I Premio

Memoria de la Emigración Española

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL Y MIGRACIONES
SECRETARÍA DE ESTADO DE MIGRACIONES
UE23 PRESIDENCIA ESPAÑOLA CONSEJO DE LA UNIÓN EUROPEA

I Premio

Memoria de la Emigración Española

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado:
https://cpage.mpr.gob.es
© Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones

Autores:

Las personas que han presentado sus trabajos al Primer Premio Memoria de la Emigración Española, coordinado por el Centro Asociado de la UNED de Zamora.

Edita y distribuye:
Subdirección General de la Ciudadanía Española en el Exterior y Políticas de Retorno
Dirección General de Migraciones
José Abascal, 39, 28003 Madrid
Correo electrónico: sgceepr@inclusion.gob.es
Web: https://ciudadaniaexterior.inclusion.gob.es/es

NIPO: 121-23-031-1

Depósito legal: M-24888-2023

Editores: Juan Andrés Blanco Rodríguez, José Julio Rodríguez Hernández y Arsenio Dacosta.

Coordinación editorial: Arsenio Dacosta y José Delgado Álvarez

Equipo de revisores: José Delgado Álvarez, José Ignacio Monteagudo, Juan-Miguel Álvarez Domínguez, Rubén Sánchez Domínguez, Noelia Ribeiro Borges, Alberto García Rodríguez, Juan Casado Fernández y Arsenio Dacosta.

Jurado: José Ignacio Monteagudo Robledo, Blanca Azcárate Luxán, María del Carmen López San Segundo, Eduardo Margareto Atienza y Juan-Miguel Álvarez Domínguez.

Este libro forma parte de los resultados de la Catedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED de Zamora y del proyecto *El asociacionismo de la emigración española en América a partir de la década de 1960: los casos de La Habana, Buenos Aires y Caracas. P*royecto PID2021-123160NB-I00 financiado por MCIN / AEI y por FEDER "Una manera de hacer Europa".

Diseño: Ananda Culebras (MISSM)

Maquetación e impresión: CYAN, Proyectos Editoriales, S.A.

La información y opiniones contenidas en este documento son responsabilidad de sus autores/as y no necesariamente reflejan la posición oficial del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones.

Índice

06 Introducción
La memoria en la historia de la emigración española

RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS

16 Edelmira Tojeiro Marrero
Primer premio
Hija de gallego Vivencias de una cubana

52 María Victoria Trigo Bello
Accésit
Espigas al otro lado del mar

74 María Díeguez Melo
Mención honorífica
Un bebé que lloraba

88 Helena González
Mención honorífica
Apuntes para una historia familiar

122 Beatriz Celina Gutiérrez Gómez
Mención honorífica
Semblanza de mis cuatro abuelos

154 Celia Otero Ledo
Mención honorífica
Historia de la emigración española

170 Jorge Roca
Mención honorífica
Años de orfandad

196 Jesús Villarino
Mención honorífica
Emigrando a los cincuenta

226 Gretter Armas García
Historias del apagón

244 Luis Auñón Muelas
Huellas en la memoria

252 Julia Baamonde Lombardero
Historia de mi proceso migratorio

272 Jaime Arturo Bartolomé Mesa
Historia de Don Narciso Bartolomé Ochoa

282 María del Carmen Batlle Almodóvar
Mi abuela Carmen: una castellana ejemplar

300 Manuela Capilla Yufera
Un pequeño resumen de mis memorias

330 Carmen Carmona Rodríguez
¿Antonio, pero a dónde vas?

342 José Antonio Casas
El exilio de Lorenza

354 Santos Cejudo Sánchez-Bermejo
Carmen

360 Andrea Paola Cilleruelo García
Cilleruelo… de ida y vuelta

370 Esteban Conde Choya
Un zamorano de la diáspora

380 Christian Cruz
Historia de la inmigración española. Rigoberto Cruz y familia

390 Óscar de Dios Martín
Mi padre, Óscar de Dios

398 Herminia Delfina Moreira
Triste final

406 Ramona Díaz
El viaje

414 Marie-Laure Drouet
Destino Francia

426 Antonio J. Fernández Arias
Alemania, provincia de Granada

434 Diana Fernández Irusta
Emigración y exilio

444 Niurbis Ferrer Prada
Así fue la historia de mi abuelo en Cuba

452 Laura Paola Flores Pabello
La historia de Celestino, mi abuelo

462 Eduardo Galguera García
Inviernos y veranos de la memoria —díptico—

470 Pedro Antonio García Álvarez
Leoneses ultramarinos

480 Ramsés García Ancira
El misterio de un apellido compuesto: García Ancira

488 Mariana Beatriz García
Partir para volver. Estirpe de mujeres migrantes

496 Fernando Gracia García
Relato autobiográfico

506 Mirta Guadys Antelo
Cuando la memoria se vuelve novela

512 María Rosa Iglesias López
De Santiago de Compostela a Buenos Aires

526 María Eugenia Jordán Muñoz
Venezuela contigo 1960. Una vida partida en dos

536 Mónica Jordán Muñoz
…Quemar las naves

544 Paula Cristina Lobón Fernández
Con destino a Cuba

552 Julia López Dabat
Hilos de barriletes

558 María Teresa Lucas Jiménez
A mi madre y a mi padre los trajo el mar

584 Yaritza Álvarez Acosta
Vicisitudes de la emigración de mi familia

594 Iris Martín Gallego
Carta de un emigrante

600 Ana María Mateos
Sólo un anhelo del alma

612 Aldo Óscar Miranda
El mismo camino

620 Rosanna Moreda Carrizo
Una sangradeira en el país de Juanita

628 Cyntia Moron
Relato autobiográfico

634 Rosario Mourentán Pérez
Nostalgia e incertidumbre del gallego

650 Loreto Murillo Murillo
Padre: el siglo XX en España a través de una familia de La Serena

662 Jorge A. Navarra
El hijo de Juan

668 Felicitas Navarro Pérez
Esta es mi historia, pequeña y humilde historia de una emigrante más

680 Norma Pereira Castro
La cartuchera verde

686 Clara Lucía Pérez Arroyave
La migración de mi abuela desde España a América en 1941

704 Carmen Periáñez Orozco
Memorias de una emigrante de los sesenta

716 Olga Inés Pintado
Historia de la emigración de la familia de Santos Antonio Pintado y María Natividad Iglesias

722 Yeney Ramos Camejo
El bisabuelo que no conocí

728 José Riaño Martín
El correo de las tres de la tarde

856 Beatriz Alicia Rosón
Nuestro abuelo leonés

866 María Cristina Sáenz Cardama
Mi abuelo el inmigrante

880 Antonio Alberto Sánchez Couto
Al otro lado del mar

886 Laureano Sendín Martín
Relato de la vida de una familia de emigrantes nacidos en el municipio de Villarino de los Aires

924 Lisandro Raúl Silveira Sánchez
La historia de Domingo Antonio Díaz Díaz, un emigrante español

930 Ana María Tormo Almiñana
Una vida difícil

936 Juan B. Tormo Almiñana
Memoria y vivencias en la construcción de la biografía

950 Hilda Eleonora Vallet
Torcuato Rodríguez Castro, un compositor olvidado

976 Adriana Villamisar Naveira
Destino Kiev

CARTAS O EPISTOLARIOS

996 María Xosé Vázquez Lojo
Primer premio
Cartas a José Pérez Vaqueiro

1012 Pablo José Abascal Monedero
Accésit
Cartas de un exilio: Félix Gil Mariscal

1020 Gemma Candela
Epistolario

1026 Óscar de Dios Martín
Epistolario

1034 María José García Hernandorena
Swak: sealed with a kiss: cartas de amor migrante

ÁLBUMES Y COLECCIONES DE FOTOGRAFÍA

1046 María Aurora Pérez Guardamino
Primer premio
¡Paisano!

1054 Justa Zulema Nieto
Accésit
Somos Nieto

1062 Raúl Adolfo Garrido González
Colección fotográfica

1076 Rosario Mourentán Pérez
Nostalgia e incertidumbre del gallego

MATERIAL AUDIOVISUAL

1086 Tana Garrido Ruiz
Primer premio
La tierra llama

1092 Pablo Cueto Parcero
Accésit
Indianos d'Azucre

1102 Alejandro Zapatero
Mención honorífica
Mis recuerdos abreviados

1106 Román Castaño Frieiro y Margarida Rodríguez Tilve
José Iglesias Fernández. Un ilustre ourensán descoñecido

1112 Rosario Mourentán Pérez
Nostalgia e incertidumbre del gallego

1116 María de las Mercedes Ordóñez López
Esta es mi historia

Introducción

LA MEMORIA EN LA HISTORIA DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA

Después de dos décadas de estudiar el proceso migratorio que había afectado decisivamente a casi todas las provincias de la actual Castilla y León, incluyendo el ámbito territorial del Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de Zamora que engloba esta provincia y la de Salamanca, desde esta institución académica entendimos que era necesario incidir en la memoria que los propios emigrantes y sus descendientes tenían de su experiencia vital. Las causas de la decisión de emigrar, el destino escogido, las circunstancias en las que se llevaba a cabo, la actuación de los emigrantes en los lugares de llegada y la relación que mantenían con sus familias y pueblos de origen, precisaban esa perspectiva personal de los propios protagonistas.

Así, con la ayuda del Archivo de la Escritura Popular Bajo Duero y de la Diputación de Zamora convocamos el I Premio Memoria de la Emigración Zamorana en 2006 con un notable éxito de participación entre los emigrantes residentes en América. A partir de ahí, visto el resultado para el conocimiento de la experiencia migratoria, con la colaboración de la Junta de Castilla y León, fuimos convocando hasta el pasado 2020 seis ediciones seguidas de los premios Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa. Estos premios han dado lugar a un acervo documental sobre la emigración muy amplio con un fondo de relatos personales y familiares de singular importancia. Posiblemente sea, en Europa, la principal colección en su género, esto es, relatos de vida sobre la

emigración. En febrero de 2022 la UNED, en colaboración con la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo del Centro de la UNED en Zamora, y el apoyo de la Secretaría de Estado de Migraciones del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones, y la Secretaría General para el Reto Demográfico, del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, convocó el I Premio Memoria de la Emigración Española con el objeto de recuperar y mantener el testimonio de los emigrantes de nuestro país. Hemos publicado una selección de los premiados en una versión electrónica y, también, su publicación junto con el resto de materiales presentados a la convocatoria tanto en este formato como en papel.

España es un país en el que el fenómeno migratorio ha sido —y es— intenso. Sus áreas rurales, así como los espacios menos urbanizados e industrializados, han registrado las consecuencias más negativas de este proceso de movilización poblacional, repercutiendo en su preocupante situación demográfica y socio-económica actual. A pesar de ello, las cifras que conforman los censos demográficos no reflejan la verdadera realidad asociativa configurada por la "población vinculada". Esta la conforman aquellos que, residiendo lejos de su lugar de origen, así como sus descendientes, mantienen una conexión que fomenta el desarrollo local, ayuda a paliar los estragos del éxodo y, por ende, han de ser tenidos en consideración como parte fundamental del devenir futuro de nuestro país.

Como respuesta, resulta necesario recuperar y mantener la "memoria" individual y colectiva de los emigrantes, así como sus mecanismos de relación y cooperación. Así, sus testimonios, conservados en cualquier soporte o formato (escrito, gráfico, audiovisual), pueden promover el conocimiento de esta experiencia y pueden servir, al mismo tiempo, como mecanismos de avance y progreso.

El trabajo realizado por la UNED de Zamora durante más de dos décadas, descrito someramente, ha permitido conformar un importante acervo documental que debe sostenerse y ampliarse en lo posible. Estos premios contribuyen a esta tarea y, para cumplirla, es fundamental la implicación de los emigrantes y sus familias, pero también de las numerosas asociaciones de

emigrantes fundadas en los diferentes países y regiones de acogida, que atesoran la memoria institucional de la emigración y constituyen una parte muy significativa de la misma. Recoger esa memoria, fomentarla, difundirla, archivarla y estudiarla supone un ejercicio de responsabilidad con nuestra historia más reciente, pero también con nuestro presente y nuestro futuro, a través de la "población vinculada" que sin duda es, y será, fundamental en el desarrollo de nuestro país.

La presente convocatoria, primera a nivel nacional, ha sido un éxito habiendo concurrido 80 participantes distribuidos entre cuatro categorías:

A. Modalidad de relatos autobiográficos 65.
B. Modalidad de cartas o epistolarios 5.
C. Modalidad de álbumes y colecciones de fotografías 4.
D. Modalidad de materiales audiovisuales 6.

Como en ocasiones anteriores, el jurado estuvo formado por profesionales de reconocido prestigio, algunos con mucha experiencia en este tipo de convocatorias, tanto en los premios Memoria de la Emigración Zamorana y de la Castellana y Leonesa promovidas por el Centro de la UNED de Zamora, como en otros certámenes relacionados con la memoria y las historias de vida. Lo componían D. José Ignacio Monteagudo Robledo, actualmente profesor de la Universidad Federal de Integración Latino-Americana en Foz do Iguaçu (Brasil), Dña. Blanca Azcárate Luxán, catedrática de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Dña. María del Carmen López San Segundo, profesora de Comunicación Audiovisual en la Universidad de Salamanca, D. Eduardo Margareto Atienza, periodista y director de cine documental, y D. Juan-Miguel Álvarez Domínguez, doctor en Historia e investigador del Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa de la UNED de Zamora que actuó en calidad de secretario.

En atención a las bases, el jurado buscaba premiar fundamentalmente la calidad de la narración, de la colección o del testimonio, no tanto en sus dimensiones literarias y estéticas, como en lo expresivo de una experiencia, la migratoria, que caracteriza la historia contemporánea de España. Una tarea difícil,

reconocida por el jurado, dada la elevada calidad de los materiales a concurso.

En la modalidad de relatos autobiográficos, el jurado destacaba dicha calidad, junto con una notable cantidad de relatos presentados. La ganadora del premio resultó ser Dña. Edelmira Tojeiro Marrero por el relato *Hija de gallego. Vivencias de una cubana.* El jurado valoró muy positivamente la naturalidad y sencillez con la que la autora describe una historia que sintetiza muchas de las características de la emigración española a América. Se concedió también un accésit a Dña. María Victoria Trigo Bello, por *Espigas al otro lado del mar*, una biografía colectiva de tres miembros de una familia aragonesa que emigran a Argentina. Como prueba de lo dicho sobre la calidad de los relatos, el jurado propuso la concesión de hasta seis menciones honoríficas a los relatos de María Diéguez Melo, Helena González, Beatriz Celina Gutiérrez Gómez, Celia Otero Ledo, Jorge Roca y Jesús Villarino Pérez, por sus relatos referidos a la emigración a México, Venezuela, Cuba, Argentina y Reino Unido.

En la modalidad de epistolarios, el jurado declaró ganadora a Dña. María Xosé Vázquez Lojo por Cartas de José Pérez Vaqueiro, una amplísima colección epistolar que se inicia en 1887. También concedió un accésit a D. Pablo José Abascal Monedero por *Cartas de un exilio: Félix Gil Mariscal*, material significativo de un tipo de emigración muy característica de nuestro país como consecuencia de la Guerra Civil y la Dictadura Franquista.

En cuanto a la modalidad de materiales audiovisuales, Dña. Tana Garrido resultó ganadora por *La tierra llama*, una preciosa película documental centrada en la historia de varias mujeres de origen vasco en Cuba. El jurado tuvo a bien conceder un accésit a la película documental *Indianos d'Azucre*, presentado por D. Pablo Cueto Parcero, sobre la emigración asturiana a Australia, y una mención honorífica a *Mis recuerdos abreviados: desde que salí de mi pueblo hasta que llegué a Buenos Aires.*

Finalmente, en la modalidad de álbumes y colecciones de fotografías, los ganadores resultaron Dña. María Aurora Pérez Guardamino y su hermano Joaquín Domingo por *¡Paisano!*, una colección de fotografías de gran riqueza documental donde se sintetiza la

vida de un emigrante burgalés a Cuba. El accésit en esta categoría correspondió a Justa Zulema Nieto por *Conózcanos: somos Nieto*, una amplia colección familiar con localizaciones en Buenos Aires, La Habana o la provincia argentina de Chubut.

Ello nos ha animado a convocar una segunda edición de estos premios con la colaboración de la sede central de la UNED, la Asociación Etnográfica Bajo Duero, el Centro de Estudios de la Emigración Castellana y Leonesa y, sobre todo, la Secretaría de Estado de Migraciones del Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones.

La Secretaría de Estado de Migraciones, como antes sus predecesoras orgánicas, viene contribuyendo a esta difusión de la memoria migratoria por medio de sus programas de ayudas y subvenciones, lo que ha permitido que personas particulares, investigadores, periodistas o entidades públicas y privadas tengan la oportunidad de ver publicados libros de recuerdos, ensayos, estudios o revistas sobre y para la emigración.

Pero además de "causa" de la generación de escritos, la Secretaría de Estado sufre el "efecto" de esta acumulación de documentos en la medida que asume la función de archivo y conservación de todo este material escrito en su Biblioteca. Heredera de los documentos, legajos y libros del Instituto Español de Emigración y depositaria ahora de los numerosos textos escritos y audiovisuales generados por las unidades administrativas con funciones inmigratorias, esta Biblioteca se constituye en espacio esencial para el estudio histórico y actual de los movimientos migratorios desde o hacia España, pues en su catálogo se reseñan casi 3.000 referencias bibliográficas.

Como consecuencia de ese doble papel, generador y archivero de documentación, la Dirección General de Migraciones ha estado en el epicentro de diversas iniciativas, de carácter público o privado, que intentan contribuir ahora a la difusión de estos fondos: la digitalización del archivo gráfico de la revista *Carta de España* (40.000 documentos, entre fotografías en papel, negativos y diapositivas) y de todos los ejemplares publicados desde su aparición en enero de 1960; exposiciones directamente organizadas por la Dirección General o que desde ella se ha contribuido a

realizar (en especial *Memoria Gráfica de la Emigración Española)*; la histórica colaboración con Radio Exterior de España y el Canal Internacional de Televisión Española para la emisión de contenidos relacionados con la emigración; la subvención de la emisión de numerosos programas radiales en Europa y, especialmente, en la América de habla hispana (lo que incluye a Estados Unidos) e incluso la producción, rodaje, distribución o difusión de audiovisuales de carácter documental e incluso de ficción; o, en último término, diferentes iniciativas tendentes a difundir la memoria migratoria, bien a través de sus propias páginas en Internet, bien apoyando por distintas vías (ayuda, subvención, plan editorial) la creación y mantenimiento de páginas web destinadas a esta función memorialista (como la dedicada a *Los niños que nunca volvieron).*

A todas estas iniciativas se suma ahora la emprendida en febrero de 2022 por la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo del Centro de la UNED en Zamora, con la convocatoria del I Premio Memoria de la Emigración Española, cuyo éxito de participación encuentra relejo en este volumen que recoge, en una edición electrónica y en papel, tanto los trabajos premiados como el resto de los materiales presentados a la convocatoria.

Ahora sólo queda desear que la segunda convocatoria del Premio reciba tan excelente acogida como la que destilan estas páginas.

Juan Andrés Blanco
Director de la Cátedra
de Población, Vinculación y Desarrollo
(UNED Zamora)

Arsenio Dacosta
Profesor Titular de Antropología Social
(Universidad de Salamanca)

José Julio Rodríguez
Subdirector General
de la Ciudadanía Española en el Exterior y Políticas de Retorno
(Ministerio de Inclusión, Seguridad Social y Migraciones)

RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS

Edelmira Tojeiro Marrero

Primer premio

HIJA DE GALLEGO. VIVENCIAS DE UNA CUBANA

(Cuba)

Mi padre nació en Galicia el veinte de abril de 1910 en una zona llamada Campo del Hospital, en Cedeira, pequeño poblado de La Coruña, conocida por el famoso puerto de donde partían la mayoría de los barcos que traían sus cargas de emigrados hacia Cuba.

Fue el tercer hijo de seis hermanos y su padre, Andrés Toxeiro Teixeiro, era labrador y había nacido en un pueblo llamado San Andrés de Teixido, sede del famoso santuario del mismo nombre que existe en lo alto de la montaña de dicha región y al que se le atribuye una antigüedad de más de dos mil años, o sea, anterior al nacimiento de Jesucristo.

El apellido de mi padre se convirtió en Tojeiro desde su arribo a Cuba. Todos mis antepasados españoles, gallegos por más señas, incluso mi padre, recorrieron estos lugares infinidad de veces, allí oraron, allí soñaron, en resumen, fueron desdichados y felices a la vez, vivieron, porque así es la vida. Recordando las palabras de mi padre, mi abuelo bajó a la zona de Mundín y conoció a la que después sería su esposa, Antonia Breijo Domínguez, y se quedaron allí en la zona donde ella vivía para hacer una familia.

Su labor sería la de labrador y pastor de cabras, sus hijos heredarían la tierra y por consiguiente, desde niños habrían de realizar el

Mi padre joven. Año 1935

Tío Vicente joven. Año 1935.

mismo trabajo que ellos, aunque mis abuelos abrigaran la esperanza de que al menos, aprendieran a leer y a escribir, lo que se llamaba “saber las cuatro reglas y leer la cartilla”. Así comenzó mi padre su contacto con la tierra natal, ayudando a ordeñar las vacas, cuidando el rebaño de cabras, lejos de su casa, muy lejos, en el monte “La Capelada”. Tenía que subir al monte, caminando por senderos pedregosos y angostos, con una vegetación agresiva que lo lastimaba y que le dejaba cicatrices en el cuerpo y en el alma.

El invierno era terrible, sin ropas adecuadas, calzado con zuecos desgastados y para colmo, el estómago vacío en ocasiones, teniendo que realizar el trabajo a como diera lugar porque era la única forma de sobrevivir. Sufría con el frío, inundándole el cuerpo porque sus pobrísimas ropas no lo resguardaban como era debido, ese frío que le ocasionaba sabañones en las manos y que le congelaba los pies, aun teniendo puestos los zuecos de madera. Eran contadas las veces en que podía ir a alguna taberna a tomar un vaso de vino caliente, calentado en ollas de hierro al fuego vivo, que le bajaba por la garganta y lo iba calentando hasta llegar al estómago, pero,... ¡qué poco tiempo le duraba el calor del vino!

Tenía que ir a buscar las cabras al monte, iba caminando por la nieve, hundiéndose en ella, la humedad entrándole por los pies, congelándolo, paralizándolo.

Cuando regresaba a su casa, estaba aterido, su madre siempre tan cariñosa con todos, tan noble, le preparaba un caldo bien caliente con pan de centeno y maíz, así iba entrando en calor junto al fuego del hogar en compañía de sus padres y hermanos. No podían comer pan blanco porque era necesario vender el trigo cosechado para solucionar otras necesidades del hogar y de la familia.

Su niñez fue difícil, las pocas letras que pudo aprender las recibió en la escuelita de la aldea teniendo curas como maestros que los trataban severamente y que les enseñaban más rezos que números y letras. Cualquier error cometido durante las enseñanzas les costaba muy caro, siendo frecuente que les golpearan las manos con una regla. Otra de las sanciones consistía en arrodillar a los niños castigados sobre granos de maíz, dejándoles lastimadas las rodillas y adolorido el cuerpo por la rigidez de la posición y la duración del castigo. Sin embargo, existía uno que constituía la refinación de la crueldad, pues era de tipo sicológico, precisamente los que más daño hacen porque marcan para toda la vida, ya que se veían humilladas y rebajadas su dignidad y autoestima ante el resto de sus condiscípulos. A los niños que cometían errores se les colocaban gorros en la cabeza con la palabra burro impresa al frente, parados durante horas de espaldas a sus compañeros de clase y con la mirada fija en la pared hasta que el maestro entendiera que el castigo era suficiente. A mi padre se le quedó grabada la horrible palabra de burro como secuela de este castigo y nos la repetía mucho, culpándose a sí mismo y repitiendo con obstinación que era un burro y que no servía para otra cosa que no fuera hacer trabajos de animales. Una de las asignaturas principales era el catecismo y tenían que ir a misa todas las mañanas antes de comenzar las clases.

Mi padre. Año 1936.

Mi tía Generosa. Año 1936.

Los chicos que no soportaban esta situación dejaban la escuela sin posibilidad de ir a otra, pues no había opción. Mi padre fue uno de estos casos, prefirió el rudo trabajo del campo antes que seguir en la escuela sufriendo vejaciones y maltratos con aquellos curas que más bien parecían representantes de la Inquisición que profesores. Pero a pesar de todos los malos tratos que sufría, soñaba con viajar, conocer lugares distintos, de los que tenía vagas ideas, pero pensaba que algún día saldría de su terruño a ver mundo. Al parecer, esta idea germinó obsesivamente en él, pues con dieciocho años tuvo la fortaleza suficiente para tomar la decisión de

Mi padre, mi madre y Victoria Breijo. Año 1936.

Mi padre. Año 1937.

salir de su tierra natal hacia otro lugar, dejando atrás a sus padres y hermanos. Mis abuelos criaron a sus hijos con mucho esfuerzo y abnegación. Los varones, Justo, mi padre y Vicente, fueron a la escuela hasta aprender a leer y sacar algunas cuentas, con la única perspectiva de ser labrador y pastor de cabras, para esas tareas no era necesario tener más conocimientos.

El trato a sus padres no permitía el tuteo, había que adaptarse a la forma de vivir del padre, autoritaria, dictatorial, amo y señor de la casa y con quien no era posible discutir ninguna discrepancia porque sólo su opinión bastaba, los criterios de los demás quedaban relegados hasta que cada uno de ellos constituyera su hogar, única forma de tener independencia. El futuro que les aguardaba a mi padre y al resto de sus hermanos era labrar la tierra y trabajar como bestias de carga hasta el final de sus días pasando privaciones, hacer una familia al igual que sus padres y darles a sus hijos las mismas o similares condiciones que ellos tuvieron. En cuanto a las hermanas, Eulalia, Dolores y Generosa, casi nunca podían ir a la escuela, tenían que ayudar en las labores del campo, en la casa y velar además porque todo estuviera en orden. Mis tías no aprendieron a leer ni a escribir, desgraciadamente se quedaron analfabetas. Más dura fue su adolescencia porque deseaba disponer de ropa adecuada para ir a las romerías y no las tenía; a beber al menos un refresco, y a su vez poder tomarse una copa de vino y tampoco había posibilidades de lograrlo aunque trabajara fatigosamente en el campo como hacía todos los días de su corta y azarosa vida.

Mi padre no pensaba en aquel entonces convertir en realidad la salida de su patria a buscar fortuna ni escapar de una guerra de la que no sospechaba siquiera sus razones porque en su ignorancia desconocía que sus anhelos eran muy simples, no contenían grandes ambiciones, eran modestos como siempre fue él. Meses antes de cumplir los dieciocho años de edad comenzó mi padre a pensar con

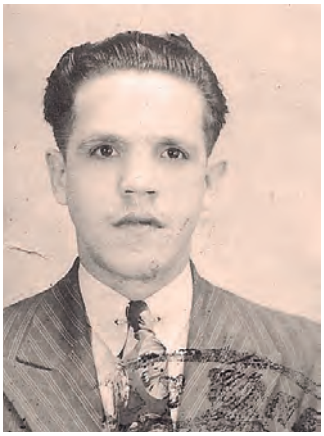
mucha fuerza en la idea de marcharse de España alentado en gran medida por varios amigos que se encontraban en su misma situación, teniendo la ventaja de que Cuba podría proporcionarles lo que nunca alcanzarían en su patria. Esas eran las ideas de una buena parte de la juventud gallega en la década del veinte del pasado siglo, no estando descaminados porque las posibilidades de que España mejorara eran nulas. Entonces, qué mejor lugar para él que Cuba donde tantos otros ya habían partido y se corrían rumores de que les había ido bien.

Mi madre joven. Año 1938.

Tenía diecisiete años y el mundo era algo bello que debía descubrir porque lo que lo rodeaba eran sólo escaseces, miseria, y quería algo mejor, sabía que sus aspiraciones no estaban donde había nacido sino fuera de allí, allende los mares. Las informaciones que le habían dado sobre Cuba eran maravillosas y quería conocer aquel país de ensueño, de promesas, de riquezas enormes que podrían ser suyas. Su propio primo José Breijo, sobrino de su madre y primo hermano suyo, estaba en Cuba y escribía muchas bondades sobre este país. No lo pensó más y decidió hablar con su padre para conseguir la aprobación de su idea. Antes, ya había hablado con su madre y esta sufrida mujer a quien las penurias y el trabajo habían envejecido prematuramente, estuvo de acuerdo con la idea de su hijo Antonio. También pensaba que a él sólo le faltaba un año para el servicio militar y no quería que lo involucraran en alguna guerra que a fin de cuentas les era ajena.

Boda de mis padres. 15 de marzo de 1939.

Había vivido esa amarga experiencia con su hijo mayor Justo. Este se vio obligado a pasar el servicio militar en Ceuta, donde estuvo cerca de tres años; allí, enfermó de algo que ella no entendía bien, pero supo que le había hecho mucho daño porque nunca más fue el mismo de antes. Había regresado flaco, avejentado, con el carácter trastornado y los nervios destrozados, hosco, huraño, fiero. Nunca dijo lo que le sucedió mientras estuvo en el ejército, pero ella que era su madre sabía que algo terrible no confesado



Mi padre. Año 1945.

había sucedido que lo había cambiado tan tremendamente; ya no era el muchacho risueño de antes, una mueca ocupaba el lugar donde antes había una perenne sonrisa.

Al hablar con su padre y notar que aceptaba la decisión tomada sin vacilaciones supo que su madre había tenido buena parte en el cambio de actitud del viejo. Pero mi padre, a pesar de su miedo por las incógnitas que le podría deparar el porvenir era un joven en la edad en que se conciben los más bellos sueños, en que se palpan los imposibles con las manos y la mente da por cierto lo que sólo pertenece al campo de las divagaciones.

Galicia, región costera con un hermoso puerto en La Coruña, ofrecía todas las posibilidades para emigrar. Pienso que ésta haya sido la razón por la que más del ochenta por ciento de la emigración española hacia Cuba fuera gallega.

Mis padres, mi hermano y yo. Año 1947.

A partir de la decisión tomada de viajar a la isla, ya entonces comenzó a soñar con hacer fortuna para ayudar a su familia y finalmente, retornar a su patria con un futuro garantizado. Aunque muchos no lograban ninguno de estos bellos ideales, tal y como le sucedió a mi padre, estaba poseído por ellos y confiaba en que lograría en pocos años de duro bregar en Cuba, todas las maravillas que albergaba en su alma.

Los padres, a pesar de haber dado su aprobación experimentaban el temor de no volverlo a ver, de que sucediera algo que lo impidiera, y él a su vez tenía el temor, en lo profundo de su corazón, de no volver a ver a sus padres ni al resto de su familia. Fueron proféticos, el Destino, ese ente inmutable, les dio la razón a todos, pues no pudieron encontrarse jamás. Decididos a hacer lo que fuera necesario para que viajara lo antes posible, su padre y él marcharon rumbo a La Coruña para comprar su pasaje en el barco. Para reunir el dinero necesario mi abuelo

Mi padre, mi hermano y yo. Año 1948.

Andrés se vio precisado a vender una vaca y tres o cuatro cabras, además de utilizar algún dinero de reserva para emergencias que tenía en la casa. Le escribió también una carta a José Breijo, el sobrino de su mujer, del cual se decía que había tenido éxito en los negocios y aspiraba que ayudara a su hijo en todo lo que fuera menester.

Ninguna de las ideas horribles que le pasaban por la mente se las decía a Antonia. Andrés no sospechaba ni la milésima parte de los pensamientos que pasaban por la mente de su mujer. A ella le venían un millón de preguntas a la vez, a ninguna de las cuales sabía responder con certeza. Cada vez que pensaba que a su hijo Antonio pudiera sucederle algo terrible su corazón se oprimía y comenzaba a latir fuertemente. Su esposo Andrés tampoco las tenía todas consigo porque no ignoraba que muchos de los que iban para Cuba encontraban las penurias y las desdichas allí también aunque, por supuesto, las posibilidades de desenvolvimiento económico eran incomparablemente mayores que las que tenía España en aquellos tristes años. Tan triste se sintió la madre que no tuvo el valor de verlo partir por lo que no lo acompañó hasta La Coruña, desde donde saldría el famoso buque que tantos viajes de ida y regreso había dado a Cuba, llevando en éste la preciosa carga que constituía su querido hijo Antonio. Sin embargo, la cara de mi padre era de alegría, no le pasaba

Mis padres y nosotros en el Zoo. Año 1950.

por la mente que sus anhelos no pudieran materializarse, sentía una enorme felicidad porque iba al encuentro de un nuevo mundo que lo esperaba, tan convencido se sentía él, para alcanzar todos sus sueños, y con estas optimistas ideas se hinchaba su corazón de felicidad. ¡Hasta pronto, España! ¡Bienvenida, Cuba, voy a por ti!

Arribó a la Isla el veintiocho de abril de 1928 a bordo del buque español "Marqués de Comillas" como pasajero de tercera clase. Salió del puerto de La Coruña en un día de lluvia, neblinoso y triste. Lo fueron a despedir al puerto su padre y su hermano Vicente. Los demás quedaron en la casa esperando el regreso del padre y del hermano menor. De esta forma me lo contó mi tío Vicente pocos días después de mi llegada a España. Ocho días antes mi padre había cumplido dieciocho años de edad y a pesar de sus cinco pies diez pulgadas de estatura, así como de su fuerte complexión física era un niño grande, carente por completo de maldad alguna, no había visto otra cosa que la aldea donde nació y sólo había ido en dos o tres ocasiones a Cedeira para acompañar a su padre en la venta de animales y cosechas.

Al llegar a Cuba lo primero que hizo fue tratar de encontrar a su primo José Breijo para que lo ayudara a encaminarse, consiguiéndole algún trabajo. Por aquel entonces su primo José Breijo era socio comanditario en una lavandería y tintorería llamada "El Estilo de París" situada en la Ave. Menocal # 1658 en la barriada del Cerro en la capital.

José Breijo fue un hombre a quien la fortuna le sonrió. Había llegado a Cuba unos años antes y trabajando fuerte, primero, pero con algunos golpes de suerte además, pudo hacerse socio en el negocio, logrando posteriormente comprar algunas casas que alquilaba, permitiéndole ambas actividades vivir holgadamente. Su primo José le consiguió trabajo en una bodega, ya que al momento de llegar no tenía una plaza disponible que ofrecerle en su negocio. El dueño de la bodega era amigo suyo y aceptó que mi padre trabajara en ella. El trabajo era fuerte y prolongado ya que laboraban doce horas

continuas o más con un pequeño receso para el almuerzo. Al finalizar, casi de noche, se bañaba, se arreglaba un poco y salía a la calle para conocer el barrio, la ciudad, ver el mundo, como decía él. Pequeño mundo el que estaba a su alcance, aunque era feliz porque todo era nuevo, todo era luz y alegría.

El paisaje de la capital cubana era mucho más atrayente que el de su tierra natal, ya que la vida nocturna que existía en La Habana era inconmensurablemente más fulgurante y llamativa que en el terruño donde nació. Como le gustaba el baile, cada vez que tenía oportunidad, ésta se presentaba casi todos los domingos, iba a las matinés bailables de La Tropical o de alguna Sociedad donde se reunía la juventud gallega para divertirse, bailar, y sobre todo enamorarse y vivir a plenitud la juventud que poseía a raudales. Lo que más le gustaba de Cuba era que nunca nevaba, el frío no era ni con mucho el de Galicia, lo que le molestaba sobremanera era el calor excesivo en el verano que lo hizo sufrir bastante en los primeros años de su estancia en la isla hasta que pudo aclimatarse a él, muchos años después.

Con el paso de los meses trabajando en la bodega la vida se le presentaba difícil y llena de escollos porque el jornal era poco y no le permitía costearse algunas comodidades necesarias en su nueva situación de hombre solo y sin familia. Habitaba en la trastienda de la bodega donde tenía un camastro y un pequeño armario para guardar sus pertenencias. Almorzaba de pie, frente al mostrador, un pedazo de pan con jamón, queso o cualquier otra comida ligera que estuviera a mano sin descuidar su trabajo ni un instante. Así le pasaban las horas una tras otra, al igual que los días y los meses.

Mi padre, Motica y mi hermano.
Año 1952.

Los domingos, cuando se iba de parranda a la sociedad gallega acostumbraba contactar con sus paisanos para inquirir por nuevas posibilidades de empleo. En uno de esos días tuvo la suerte de conocer a varios jóvenes, gallegos como él, dos de los cuales le prestaron su apoyo y que además, continuaron siendo sus mejores amigos, uno de ellos hasta la muerte.

Manuel García era cinco años mayor que él y tenía una novia cubana, la cual vivía cerca de donde se encontraba su pequeño negocio, un taller para fabricar alpargatas, calzado de uso diario, tanto de sus coterráneos como de la mayoría de los trabajadores cubanos de la industria y el comercio de aquella época. Este taller se encontraba al fondo de un enorme garaje que ocupaba una manzana completa y pertenecía a un matrimonio, también oriundos de Galicia.

Mi padre en la bodega. Año 1952.

Cuando terminaba su larga jornada en la bodega se iba para el taller de su amigo Manuel y trabajaba en la producción de ese barato calzado que le permitía tener una entrada adicional de dinero. Manuel le había propuesto que trabajara con él para que pudiera ganar algo más y ayudar a su familia en España. Sus padres y su hermano Vicente le escribían y le contaban que todo andaba mejor por allá, pero sabía que no era cierto porque sus amigos también tenían familia y éstos le decían que lo que estaba ocurriendo en su patria era terrible y que las necesidades pululaban por doquier. Su padre le había aconsejado que guardara siempre algo por si venían tiempos malos. Este sano consejo le fue muy útil en su vida en Cuba. Le habló en la forma que estilaba cuando iba a decir algo serio e importante:

> *— Hijo, usted sabe que le he permitido dar este viaje porque es interés suyo no ir al servicio militar y porque se siente con valor para ir en busca de fortuna para ayudarnos a nosotros. Quiero decirle que antes de enviar unas pesetas a su familia, tiene que guardar algo para que no pase hambre, que es lo peor que le puede suceder a un cristiano y que gracias a Dios y con la ayuda del trabajo de nuestra familia, ninguno de vosotros la ha conocido porque siempre hemos tenido un pedazo de pan, al menos, para llevarnos a la boca. Lo único que quiero es que usted logre todo lo que tiene pensado y que en cuanto haga unos duros venga para acá, con nosotros, con su familia, que lo estará esperando siempre. No olvide nunca esto que le digo.*

No pudo contestarle nada a su padre porque las lágrimas pugnaban por salir a raudales de sus ojos y no quería que éste lo viera llorar. Pero el consejo nunca lo olvidó, quedó guardado en su mente y formó parte de su vida hasta el final, dejándolo grabado indeleblemente en sus hijos a quienes le trasmitió las palabras de su padre, convirtiéndose en uno de los legados espirituales de la familia.

Había llegado la ocasión de poner en práctica su consejo, por lo que guardaba todos los meses algo de lo que ganaba para tener sus ahorros, muy bien escondidos en una gaveta de su pequeño armario. De él también recordaba una copla, aprendida desde niño y que algunos años después mi madre y nosotros le oiríamos cantar frecuentemente en nuestra casa, copla que lo llenaba de nostalgia y a nosotros de tristeza: *Camiño, camiño longo... / A choiva, a neve y as silvas / Enchéronme de friaxe... / Cubríronme de feridas... / Camiño longo / Da miña vida.*

Fue providencial para él conocer a los dos amigos que había conocido, pues lo estaban ayudando en todo lo posible para que pudiera ganar algún dinero adicional, así como también en la obtención de otro empleo que ofreciera más remuneración que el de la bodega. Además, ambos amigos constituían un apoyo espiritual insustituible en aquellos primeros tiempos en que debía enfrentarse completamente solo a la vida que se le ofrecía en su nueva patria.

Mi madre en la fábrica de medias. Año 1952.

Se encontraba satisfecho y contento pues allí junto a él, estaba laborando su otro amigo, Maximino Martínez, quien era socio junto con Manuel en el negocio de las alpargatas, haciendo las veces de la familia que tanto extrañaba. Maximino era asturiano y llegó a ser tan buen amigo de mi padre que éste le pidió que fuera mi padrino, cuando después de dos años de casados, supo que mi madre estaba nuevamente embarazada. Mi padre lo consideraba como hermano suyo. Trabajar en ambos lugares era extenuante, pero no para él que contaba dieciocho años y estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio para abrirse paso en la vida como fuere menester. No obstante, al tener más posibilidades económicas volvió a recordar, y se dio cuenta de la certeza

Mi primo Andrés en la escuela. Año 1954.

del mismo, de lo cierto del refrán que siendo niño le repitiera frecuentemente su padre: —*Tanto tienes, tanto vales.*

Pasó el tiempo y su situación económica se tornó más favorable yendo a vivir al cuarto que tenía alquilado su amigo Maximino cerca del taller de alpargatas, donde compartía los gastos, por acuerdo de ambos. Con el desahogo monetario adquirido, gracias a su nuevo trabajo por las noches, sintió un alivio inmenso al saber que podría hacer envíos estables de dinero a su familia en España y además adquirir algunos artículos suntuarios que le permitirían mayores comodidades en su vivienda compartida. El cuarto era amplio y le permitió acomodar su cama y un pequeño escaparate con sus ropas que para esa fecha se habían ampliado bastante y que, de acuerdo con su gusto, eran de buena calidad. De esta forma pasaron los dos primeros años de su vida en Cuba, pero siempre con la vista puesta en el futuro promisorio que seguramente le esperaba, pleno de riquezas conque colmar sus sueños y los de la familia que dejó allende los mares.

A finales de 1930, con el presidente Gerardo Machado convertido en dictador, su amigo Manuel le presentó en una romería en La Tropical a un gallego que tenía estrechas relaciones con los dueños de la panadería y dulcería "Toyo", famosa en toda La Habana por la calidad de sus panes y dulces. Todavía hoy mantiene su gran prestigio, a pesar de las enormes dificultades por las que en la actualidad atraviesa Cuba para obtener las materias primas necesarias para la elaboración de pan y dulces, dos de los productos alimenticios más gustados por los cubanos.

Se personó en la panadería y habló con el encargado del negocio. A pesar de su timidez pudo explicarse lo suficientemente bien como para que fuera aceptado como ayudante de panadero con sueldo decoroso y estable. Imagino que su rostro de persona noble y honesta convenció a ese hombre que lo veía por primera vez, pero que al ser paisano suyo tenía la seguridad de que aquel joven que solicitaba trabajo no lo defraudaría. No obstante, la situación del país se había tornado crítica, tanto política como económicamente. La represión se agudizó y todos los negocios existentes comenzaron a

Mi hermano y yo en la escuela. Año 1955.

sufrir las consecuencias de una terrible depresión y un alto desempleo. Mi madre me contaba que cuando iba a la bodega a comprar dos centavos de café le daban el azúcar de contra. Se podía comer una buena comida por veinticinco centavos, compuesta de bistec de res con papas fritas, arroz, potaje, postre y café. El hecho real era que pocos podían ir a las fondas o a las cafeterías para comer, lo más que podían pagarse era un vaso de café con leche y pan con mantequilla. Por suerte, mi padre no tuvo problemas con su trabajo porque precisamente el pan era el producto más socorrido por los pobres que se veían atenazados por las necesidades y penurias.

Desde que comenzó a trabajar en la panadería el horario de trabajo de mi padre cambió, de doce de la noche a ocho de la mañana. Esto era así gracias a que desde hacía algún tiempo se había aprobado la jornada de ocho horas diarias. Dicho beneficio le permitía trabajar unas cuatro horas por la tarde en el taller de alpargatas de su amigo Manuel, siempre a costa de restarle tiempo al sueño, pero cuyos ingresos le eran indispensables para los planes que se había trazado.

El matrimonio dueño del garaje, Aquilina y Tiburcio, tenían dos hijos llamados Alejandrina y Pedro. Eran buenas personas que gustaban de ayudar a los demás, especialmente si eran gallegos como ellos. A

sus hijos les pagaron estudios y como decían ellos mismos, “sus hijos estaban muy bien preparados”. Fueron Aquilina y Tiburcio buenos amigos de mi padre, ayudándolo en todo lo que estuviera a su alcance. Tiburcio pertenecía a la congregación católica de la iglesia del Pilar y era el encargado todos los años de disparar un pequeño cañón con salvas para anunciar el inicio de la procesión en honor de la Virgen del Pilar. También era el responsable de lanzar los fuegos artificiales que se iban encendiendo paulatinamente, al paso de la procesión.

Guardo en mi memoria una anécdota pintoresca del lanzamiento de estos fuegos, la cual fue provocada por Tiburcio, quien ya estaba viejo y achacoso, además de tener problemas con la vista. En ocasión de encender los famosos y esperados fuegos, sacó la caja de fósforos de su bolsillo y encendió uno, pero como le temblaba la mano a causa de la edad, en vez de un solo cohete se incendiaron varios a la vez. Tiburcio se asustó grandemente al ver que le explotarían en la mano y los lanzó, no sin antes proferir una buena cantidad de malas palabras y maldiciones que hicieron reír mucho a la chiquillería que iba detrás de él entusiasmada con los disparos del cañón y los fuegos. Lamentablemente, cayeron dos de éstos encima de la plataforma donde iba colocada la Virgen del Pilar, incendiándose casi inmediatamente la tela y si no sucedió ninguna otra desgracia fue debido a la rapidez con que actuaron los otros miembros de la Orden que se encontraban alrededor del altar. Al año siguiente fue otra persona quien lanzó los fuegos artificiales, pero en razón de su lealtad a la Orden continuó disparando el cañoncito hasta el mismo año en que murió.

De más está decir que para mi hermano y para mí fue una diversión todo lo acontecido aunque ahora comprendo que tanto Tiburcio como los demás miembros de la congregación vivieron unos momentos terribles que no habrán olvidado mientras vivieron. Mis padres, mi hermano y yo asistíamos todos los años a esta festividad que tanto nos gustaba porque nos permitía salir de paseo con nuestros padres, además de recibir dulces, caramelos y regalos, todo lo que hacíamos se convertía en diversión y regocijo, pues en nuestra mentalidad de niños era sumamente emocionante. Después de transcurrido ese día no nos acordábamos más hasta el próximo año en que nuestra madre volvía a recordarnos la gustada actividad religiosa.

Esta familia fue muy buena para mi padre y sus amigos Manuel y Maximino, puesto que los ayudaron moral y materialmente en sus primeros tiempos de inserción en la vida de Cuba. Posteriormente, se portaron muy bien con mi madre y con nosotros dos, ya que a todos ellos les gustaban los niños y nos atendían maravillosamente bien cada vez que iba a arreglarles las uñas y peinar a las mujeres de la casa, Aquilina y Alejandrina. Mi madre era una mujer emprendedora y para ganar unos pesos extra que siempre venían bien en la casa, ofertaba a las vecinas y sus amigas los servicios de peinado y arreglo de uñas. En una de estas visitas que no me perdía por nada del mundo, ya que la casa y el garaje me atraían en gran medida porque se prestaba a la perfección a las fantasías de mi mente, tuve la ocasión de divertirme mucho con una de las más graciosas anécdotas provocada por Tiburcio a quien siempre le estaban sucediendo cosas risibles, si nos atenemos a las opiniones de mi hermano y a las mías.

Había dos bellos gatos, Muñeca y Tito, padres de seis gaticos con los que Alejandrina me permitía jugar, además de Mocho, un perro ya viejo y al que en honor a su nombre le faltaba el rabo. Todos los animales estaban consentidos y muy bien alimentados, los cuidaban como si fueran personas, estando plenamente de acuerdo con ello porque los de nuestra casa eran tratados de la misma forma. Ese día terminé de jugar con los gaticos y me puse al lado de mi madre para ver cómo le arreglaba las uñas a Alejandrina, cuando de pronto oímos aullar a Tito; ella fue la primera en darse cuenta que su padre le estaba pisando el rabo al gato y le dijo con premura:

—Papá, levanta el pie que le estás pisando el rabo a Tito.

Pasaron unos segundos y Tito seguía aullando a más y mejor, por lo que Alejandrina se volvió de nuevo para ver lo que estaba haciendo su padre y detectó que Tiburcio, increíblemente para nosotros pero no para él, había levantado el pie contrario. Inmediatamente le gritó:

—El pie izquierdo no, papá, levantaste el que no era, es el derecho el que tienes que levantar para que sueltes al gato.

Tiburcio, que ya estaba viejo y era muy lento en sus movimientos y reacciones, al fin se dio cuenta del pie conque estaba pisando al gato, lo levantó y Tito salió disparado como una flecha.

Mi madre comenzó su negocio de arreglo de uñas con la ayuda material de mi padre que aportó el dinero inicial y también sus manos para que ella practicara. Como tenía "buena mano" para arreglar las uñas y peinar, según el decir de sus clientas, fue ampliándose paulatinamente el número de señoras que atendía, permitiéndole las ganancias obtenidas satisfacer un cierto número de necesidades de sus hijos y también, pequeños caprichos, tales como llevarnos a merendar a una cafetería cercana a la casa, comprarnos ropas y zapatos de mayor calidad, entre otras cosas. Debo destacar con todo orgullo que siempre sus hijos fuimos los principales beneficiarios de todas sus ganancias.

En cuanto a las manos de mi padre, en su primera práctica con ellas quedaron desastrosas, tanto que nos comentaba posteriormente, riéndose mucho, que cada vez que le ponía la sal a la masa del pan sentía cómo las manos le escocían y ardían enormemente, manteniéndose así durante varios días. Fue imposible para mi padre mantenerse al margen de la situación política existente en Cuba y en unión de su amigo Maximino deciden ingresar en el partido ABC, formado por jóvenes cubanos y por todo aquél que teniendo las mismas ideas quisiera formar parte de dicho partido. Este fue creado para luchar contra la dictadura de Machado y lograr la implantación de un sistema democrático en el país. Muchos españoles como mi padre integraron el partido ABC con la esperanza de ayudar a Cuba y además contar con un apoyo político, ya que este partido era financiado por sociedades mutualistas españolas en lucha contra Machado por haber sido afectados comercialmente al aprobar éste la reforma arancelaria. En una de aquellas reuniones a las que ambos asistían pudieron observar a dos adolescentes, rubias y bonitas que atrajeron mucho su atención. Maximino se interesó por Edelmira y mi padre quedó prendado de Micaela desde que la vio por primera vez. Continuaron encontrándose en las distintas actividades que organizaba el partido hasta que un día se celebró una reunión en casa de las muchachas, estando ya ambos enamorados perdidamente, con un amor a primera vista que no daba lugar a dudas.

Resultó ser una familia de clase media en dificultades, de vida honrada y de principios morales estrictos, lo usual de la época. La familia estaba compuesta por los padres, Estrella y Flavio, y los hermanos de mi madre: Luis, Edelmira, Julio, Caridad, Emilio y María de los Ángeles.

Mi padre había tenido la oportunidad de conversar en varias ocasiones con la joven que tanto le atraía, pero ella tenía sólo quince años y por su mente no pasaba ninguna idea acerca de noviazgo ni mucho menos de casamiento. Maximino y él mantenían su devoción por las dos jóvenes porque se sentían seguros en sus sentimientos y deseaban formalizar relaciones a la mayor brevedad, sabiendo de antemano que los noviazgos solían durar siete u ocho años antes de llegar al matrimonio, según las estrictas costumbres de la época.

Maximino había tenido más suerte que mi padre, pues Edelmira se mostraba más accesible a sus halagos y no era renuente a los encuentros con él para conversar y tratar de comenzar el noviazgo. Ella tenía diecisiete años recién cumplidos y era más responsable de sus ideas y acciones. Aunque Maximino no tenía un futuro estable todavía, estaba trabajando fuertemente para lograrlo y de esta manera, poder contar con lo necesario para que Edelmira lo aceptara y con posterioridad, pedir su mano ante sus padres. Era conocido que ningún pretendiente podría pedir la mano de ninguna joven si no contaba con medios económicos suficientes para ser aceptado.

Sin embargo, a mi padre le fue mucho más difícil pues la extrema juventud de mi madre y su forma de ser independiente le impedía aceptar una relación que podía significar y de hecho lo era, una atadura. A pesar de todo, no se rindió ante la difícil tarea y como era muy persistente, al cabo de dos o tres años de relaciones amistosas, de encuentros aparentemente fortuitos a la salida de la fábrica donde ella trabajaba y de algunas invitaciones a bailes y fiestas, se inició el noviazgo oficial con su querida Micaela. Estábamos a mediados de 1933.

Mi padre continuó con su trabajo en la panadería y a pesar de lo rudo del mismo y del enorme calor que debía soportar pegado a los hornos de cocinar el pan, se sentía a sus anchas porque había demostrado ser un buen trabajador, recibiendo elogios del dueño gallego que tenía consideraciones con él e incluso lo distinguía con su amistad.

Sin embargo, a finales de 1933, exactamente el día ocho de noviembre, el gobierno provisional aprobó el decreto No. 2583 publicado en la Gaceta Oficial de la República de Cuba, el cual establecía la obligación de los patronos en la explotación de actividades agrícolas, industriales o mercantiles, de utilizar en los trabajos a que se

Mi padre. Año 1971.

Otra foto de mi padre. Mayo de 1971.

dedicaran, un cincuenta por ciento por lo menos, de obreros y empleados cubanos nativos.

La cubana ley del cincuenta por ciento que Guiteras y Grau aplicaron durante el llamado gobierno de los cien días logró frenar en alguna medida la periódica inmigración, fundamentalmente de españoles, dando satisfacción y seguridad a los nativos por una parte, pero que traía el desconsuelo y la ruina para los desafortunados que obligados por el hambre y la miseria en su país natal venían a Cuba para encontrar la fortuna, o al menos, la posible solución a sus muchas penurias.

El doce de agosto de ese mismo año había caído la dictadura de Machado, pero no por eso la situación económica había mejorado como por arte de magia, sino que seguía siendo difícil e incierta. Los emigrados españoles, gallegos fundamentalmente, seguían arribando a Cuba y eran verdaderos rivales de los cubanos en la obtención de puestos de trabajo. Como, por otra parte, una gran cantidad de negocios de diversa índole eran propiedad de españoles, éstos preferían contratar a sus paisanos para ayudarlos a asentarse en la isla. Esta ley fue conocida por el pueblo cubano como la del cincuenta y cincuenta.

Si esto sucedía no podría seguir ayudando a su familia en España aunque fuera modestamente, como lo venía haciendo desde su llegada a Cuba, ni tampoco podría pensar en constituir una familia en la isla, tal y como tenía en mente desde que era novio de Micaela. Todo esto lo atemorizaba, sabiendo además que no podría volver a España, ya que conocía por su hermano Vicente que la situación

allende los mares se encontraba en forma igual o peor a como él la había dejado cinco años atrás. Conocía, por informaciones que se había procurado, las lógicas demoras en la aplicación de leyes y decretos y mantenía la esperanza de que no se llevara a cabo en forma tajante, pero lamentablemente, fue puesta en práctica con todo rigor. No obstante, mantuvo su ciudadanía española hasta el día veintisiete de enero de 1937, tres años, dos meses y diecinueve días después de promulgada la ley.

Esperó hasta el último momento, aquél en que el dueño de la panadería le solicitó que se acogiera a la ciudadanía cubana para asegurarle el empleo, puesto que ya tenía cubierto el cincuenta por ciento restante con trabajadores españoles de mayor antigüedad que mi padre. Se vio obligado a seguir este consejo como tantos otros españoles que se sintieron amenazados por un despido y renunció a su ciudadanía española tan querida, ya que siempre se mostrara orgulloso de serlo y específicamente, gallego.

Con el paso del tiempo fue comprendiendo que los cubanos tenían un carácter humorístico, también jodedor, y que se reían hasta de sus propias desgracias, pero también contaban con la capacidad para tomar las cosas en serio cuando era necesario.

Le costó algunos años llegar a entender a los cubanos, pero a fin de cuentas tuvo sobrado tiempo para hacerlo, pues vivió en Cuba el resto de su vida hasta que finalmente murió y fue enterrado en esa misma patria donde decidió hacer su familia y que nacieran sus hijos. Con el paso del tiempo, gracias a su vida laboriosa y honrada, se fue ganando el respeto y el cariño de todos los que lo conocían, razón por la cual a partir de entonces nos convertimos orgullosamente en "los hijos del gallego Antonio".

Aquélla era una época despiadada donde el trato amable y respetuoso lo recibía quien tuviera dinero para gastar, mantener a su familia, enviar a los hijos a escuelas privadas, pagar puntualmente el alquiler de la casa donde vivía, vestirse decorosamente, y en fin, ocupar un espacio en la capa media de la sociedad. Nosotros cumplíamos estos requisitos porque el empleo de mi padre en la panadería le permitía asegurarnos una vida con ciertas comodidades y en nuestro barrio, esto era algo que ganaba el respeto y hasta la admiración de nuestros vecinos. Tenía una bien ganada fama de hombre serio,

responsable y justo a carta cabal, ayudaba a los amigos en desgracia, siendo generoso con todo aquél que lo necesitara.

A mi padre le gustaba pagar sus deudas con la mayor prontitud porque tenía el firme convencimiento de que debía respetarse mucho la confianza que había depositado en uno el amigo que nos prestara el dinero y por tanto, en cuanto cobraba, su primera decisión era saldar sus deudas, pues de esta manera mostraba su agradecimiento por la buena acción de la persona que había confiado en él. En esos principios nos educó, con ellos crecimos, y han quedado tan fijos en nosotros que no concebimos contraer deudas con nadie, únicamente aquéllas de orden moral que no pueden ser pagadas con ningún dinero, pero sí con una amistad sincera y una lealtad absoluta al amigo del alma hasta nuestro último aliento. Aplicando las enseñanzas de mi padre puedo enorgullecerme de tener pocos amigos, pero buenos y fieles hasta la muerte. Con igual moneda les pago yo y ellos lo saben. Sólo después de realizada esta acción, separaba el dinero de los pagos que habían de realizarse en la casa priorizando el alquiler, la electricidad, las quintas y la escuela de sus hijos. Siempre quedaba una cierta cantidad de dinero, suficiente para la adquisición de comida y de ropa, especialmente de lo primero, pues es bien sabido que los gallegos tienen fama de comer abundante y bien y mi padre no era una excepción.

Por esta época, después de varios años de arduo esfuerzo se convirtió de ayudante en segundo jefe del turno de madrugada, trabajo muy agotador, ya que el calor de la panadería era sofocante y para él doblemente difícil de soportar, desacostumbrado como estaba al caluroso clima de Cuba, pero le pagaban lo suficiente para que mi padre pudiera pensar seriamente en casarse. Alcanzar este cargo de confianza no había sido fácil para él, pues en aquel entonces la oferta de trabajadores era enorme, pero su laboriosidad y sentido de la disciplina fueron determinantes para su selección.

Quería constituir un hogar porque se sentía enamorado de su novia cubana y los cinco años de permanencia en Cuba solo, sin su familia, le hacían comprender que carecía del apoyo espiritual que todo ser humano necesita. Pensaba, con toda lógica, que su matrimonio con Micaela era la mejor decisión para alcanzar una estabilidad emocional que le hiciera sentir seguro y feliz.

Hasta ahora la ayuda que le ha enviado a su familia no es lo suficientemente importante como para sacarlos de las penurias en que están sumidos y que no pueden ser resueltas por ellos mismos, dada la difícil situación económica de su patria. Eso le preocupa mucho, bullendo en su mente sin descanso, pero sin tener otra solución a mano para ello. Los sueños de montar un negocio han resultado infructuosos, ni siquiera contando con la colaboración de sus amigos Manuel y Maximino. La amistad con su amigo asturiano Maximino se profundizó aún más, gracias al noviazgo que éste mantenía con Edelmira. Aunque la situación en Cuba estaba bastante normalizada desde el punto de vista económico y también social, en España se ennegrecía cada vez más el panorama político. La sublevación fascista encabezada por Francisco Franco por una parte, y por la otra, los republicanos con la noble idea de hacer prevalecer un gobierno libre e independiente, se encontraban en plena ebullición. Los barruntos de la guerra no se hicieron esperar y en 1936 estalló lo que tanto se temía: España entraba en una guerra civil.

El quince de marzo de 1939, con once años de vida en Cuba y después de seis de relaciones, mis padres se casan en la misma modesta vivienda donde vivía la familia de mi madre. Según la costumbre, la novia vestía de blanco con un velo transparente que le cubría el rostro y también mostraba en su faz toda la alegría propia de la mujer que ve transformada su vida completamente de la noche a la mañana, producto del matrimonio.

Unos días antes de la boda habían alquilado una habitación con los ahorros que mi padre había podido obtener producto de su trabajo en la panadería y en el taller de alpargatas. La habían amueblado modestamente contando con un juego de cuarto compuesto de cama, escaparate y coqueta. En la parte correspondiente a la cocina tenían los enseres fundamentales de cualquier hogar y además, entre los regalos de los padres de la novia se encontraba una nevera pequeña que les permitiría tomar agua fría, un lujo para la época, utilizando los servicios del nevero que les traía todos los días a la puerta de su vivienda un pedazo de hielo por valor de diez centavos, que alcanzaba para todo el día, y venía envuelto en un saco de yute para que no se derritiera rápidamente a causa del caluroso clima de Cuba. Frecuentemente, en estos sacos de yute venían pequeños alacrancitos, algunos de color marrón y otros negros, pero todos me causaban impresión y temor porque en cuanto tocaban el suelo levantaban el aguijón para clavárselo a lo

primero que encontraran. Nunca me picó ninguno, pero a mi padre sí lo agarraron una vez y nos contaba que la mano se le adormeció por el veneno que le inoculó el alacrán, a pesar de ser tan pequeño.

También el ajuar usado en la boda por la novia fue un regalo de mis abuelos, así como otras pequeñeces, necesarias en cualquier hogar recién estrenado. Mi madre trabajaba como obrera textil en una fábrica de medias para hombres pertenecientes a unos judíos que la apreciaban mucho por ser una buena obrera. El sector textil en la isla por esa época era predominio de judíos que poseían fábricas productoras de medias de hombre y de mujer, además de piezas de ropa y otros artículos. Eran tiempos de escaseces y grandes dificultades, pero mis padres no tenían muchos problemas económicos en aquel entonces porque ambos tenían trabajo asegurado y ésa era la patente de corso para desenvolverse convenientemente en aquellos tiempos de la Cuba de los años cuarenta del pasado siglo XX. Ella fue obrera textil durante cuarenta y dos años, ya que a causa de las necesidades económicas de la familia se vio precisada a comenzar a trabajar con sólo trece años declarando que tenía quince para que no la rechazaran. Mi padre pasó a ocupar la plaza de maestro panadero en "Toyo" y esto le permitió ganar lo suficiente para mantener la casa y costear las necesidades de dos niños pequeños, con suficiente holgura, pero sin grandes pretensiones.

Conociendo la difícil situación por la que estaba pasando su familia en España desde varios años atrás, mis padres habían comenzado a hacer envíos de ropa y otros artículos para su familia española, lo que aliviaba en algo sus penurias. Esta información me la dio mi tío Vicente en sus relatos sobre el pasado, cuestión que no recordaba en lo absoluto porque aunque me esforcé por memorizar, en la casa no se hablaba de ello. Su agradecimiento hacia mis padres era inmenso por el gesto que tuvieron para con ellos, y con una admiración especial hacia mi madre que fue la encargada de las compras de ropa y zapatos y otros artículos necesarios, así como de las gestiones de envío. Otra vez volví a darme cuenta de la nobleza de alma de mi tío y de la gratitud que les guardaba a mis padres, puesto que han transcurrido más de cincuenta años de este hecho y todavía lo recuerda con devoción. Entra en detalles sobre los envíos que ellos le hicieran hace tanto tiempo atrás:

> *—Tu madre me compró unos pantalones y unas camisas de muy buena tela, zapatos y otras cosas más que ya no recuerdo, lo*

que sí no se me olvida es de que los pantalones y las camisas me quedaron grandes porque ellos pensaban que estaba igual a como me habían visto en las fotos que había enviado algunos años antes, pero la guerra, las amarguras y las miserias que sufrí me convirtieron en un hombre flaco y arrugado. Ella también ayudó a otros de la familia, ya que les enviaron piezas para el radio a Justo y herramientas de carpintero para mi sobrino Atilano y otras cosas al resto de la familia. La memoria me falla y ya no puedo recordar la gran cantidad de cosas que nos enviaron en aquel tiempo y que nos ayudaron mucho a aliviar nuestras penurias. Todos estamos muy agradecidos a tus padres, mi sobrina, especialmente a tu madre que es una gran mujer. No olvidaré nunca lo que hicieron por nosotros.

—Sí, tío Vicente, ella fue una buena esposa y es muy buena madre, aunque pienso igual que como pensaron ellos en aquel entonces: sólo cumplieron con su deber, además, estoy segura que lo hicieron con mucho gusto porque sabían lo que significaba para ustedes.

Cuando la situación económica se hizo más estable en Cuba mis padres comenzaron a hablar frecuentemente de nuestro futuro y las posibilidades de estudio, especialmente para mi hermano que por ser varón, tendría que asumir al ser adulto la responsabilidad de mantener a su futura familia. Mi madre era la que más insistía sobre este asunto y con visión de futuro, puesto que mi hermano comenzaría la escuela en un corto lapso de tiempo, avizorando la posibilidad de que su hijo mayor estudiara una carrera en la Universidad. Esta era una idea fija en la mente de cualquier familia que tuviera hijos y deseara para ellos lo mejor del mundo, puesto que era sabido que teniendo un buen nivel cultural, existirían mayores posibilidades de salir airosos en los múltiples escollos y altibajos de la vida. No es menos cierto que la tarea era casi imposible de lograr en aquellos tiempos difíciles que se vivieron en Cuba en la década del 50, ya que los estudios universitarios eran casi inaccesibles para familias con modestos recursos como la nuestra. En el aspecto de la educación, mi padre era más reticente a entender esta obsesión de mi madre porque nosotros estudiáramos una carrera, ya que decía que siendo un burro como era había llegado a obtener un buen empleo y ganaba lo suficiente para mantener a su familia en una forma digna. Recuerdo que mi madre discutió muchas veces este asunto con él sin perder

su ecuanimidad porque comprendía que mi padre no podía aquilatar en su verdadera magnitud, dadas las dificultades de su vida, la importancia de que sus hijos realizaran carreras universitarias. Con esa paciencia que la caracterizaba, cuando tenía ante sí cuestiones importantes por decidir, paulatinamente lo fue convenciendo de que debíamos estudiar una carrera, al costo que fuera, en este caso, con el sacrificio abnegado de ellos dos. Finalmente, quedó plenamente convencido con la idea y a partir de ese momento actuaron mancomunadamente para lograr tan difícil objetivo. Con esa intuición premonitoria que siempre ha tenido mi madre, auguró lo que sería perfectamente posible, más de veinte años después, no sólo para mi hermano sino también para mí.

La situación del país se complicó a causa de la Segunda Guerra Mundial y de las escaseces de algunos alimentos, fundamentalmente la leche. Este producto fue racionado para los recién nacidos y niños pequeños, obteniéndose mediante bonos y enormes colas de cuatro y cinco horas de duración que era necesario hacer para comprarlas, en algunos casos, clandestinamente.

Mi abuela Estrella era muy diligente en estas tareas y aliviaba mucho a mi madre resolviéndole sus problemas domésticos, entre ellos, la obtención de las ya mencionadas latas de leche condensada que necesitaba, pues era la única que mi organismo asimilaba bien. En aquellos tiempos las dificultades eran inmensas, había que hacer cola por cualquier artículo de primera necesidad, incluido el jabón, la grasa comestible, las carnes, el arroz, así como otros productos secundarios. Aconteció además algo que preocupó sobremanera a mi padre, pues en abril de 1943 recibió una citación de las autoridades militares cubanas para que se presentara a cumplir el servicio militar obligatorio que se había decretado en el país con motivo de la guerra que azotaba al mundo. Mi abuelo, al conocer de esta situación, lo asesoró debidamente, pues era notario, y le explicó que podía acogerse a la cláusula de exención del servicio por estar casado con dos hijos. La ley del servicio militar obligatorio en Cuba eximía a los hombres casados, los que de presentarse para ir a combatir lo hacían por voluntad propia, no por cumplimiento de la ley. Gracias a esta salvedad mi padre se vio librado por segunda vez del servicio militar y de tener que usar uniforme, lo que tanto odió siempre. Mi abuelo realizó los trámites de rigor y a mediados de mayo del propio año recibió la carta donde se le autorizaba a no presentarse a filas.

Desde que fue nombrado maestro panadero tuvo permanentemente el horario de madrugada. Comenzaba a las doce de la noche y terminaba a las ocho de la mañana, todos los días, religiosamente. En días de ciclón, mal tiempo o de cualquier otro cataclismo que surgiera, lo mandaban a buscar en un camión perteneciente a la panadería para que no se dejara de hacer pan y dulces para los clientes.

Mi padre recibía correspondencia de España cada dos o tres meses, enviadas por mi tío Vicente. Justo, el hermano mayor, no era muy dado a escribir, sus hermanas eran analfabetas, sólo quedaba Vicente para informar a mi padre y a su vez, ser el enlace entre ellos y él, aquí en Cuba. Sabía por las cartas que le hacía su hermano Vicente que en España estaban sucediendo cosas terribles, aunque no le contara casi nada sobre el tema, a sabiendas que él sufriría enormemente por no poder estar con ellos ayudándolos en lo que fuera menester. No obstante, cada vez que tenía una oportunidad enviaba algo, lo que estuviera a su alcance, para ayudarlos y contribuir así de alguna manera a aliviar las dificultades que tenía la familia. Mi padre conocía perfectamente que su madre estaba enferma y achacosa, aunque mi tío tratara de atenuar la realidad en sus cartas. Comprendía que el peso de los años y las penurias sufridas habían quebrantado su salud. Por otra parte, no podía ni soñar siquiera con viajar a España para verlos y estar un tiempo con ellos porque un viaje en barco era imposible, ya que lo que ganaban mis padres no permitía realizar un gasto de esa envergadura; el dinero sólo alcanzaba para cubrir los gastos de la casa y mantener una pequeña reserva para contingencias. Recuerdo que él hablaba con mi madre sobre este tema y se desesperaba porque estaba convencido que su madre ya no viviría mucho tiempo. Volvía a encontrarse en una situación similar cuando ocurrió la muerte de su padre, pero en esta ocasión ya llevaba en Cuba veinticuatro años y estaba seguro que no podría volver a España, no tenía más remedio que resignarse a esta idea. Ellos dos trataban de que las conversaciones sobre la situación en su patria no fueran oídas por nosotros, pero no comprendían que los niños son muy curiosos y buscan cualquier ocasión que se les presente para escuchar. En aquel entonces, tanto mi hermano como yo teníamos muy buen oído y comprendíamos que ellos estaban preocupados por la familia de nuestro padre, allá lejos, allende los mares, como decía él. Y la oportunidad se dio algún tiempo después, al conocer nosotros por casualidad, la muerte de nuestra abuela paterna.

Al llegar de la escuela nos sorprendimos porque nos encontramos con el cartero a la puerta de nuestra casa y vimos también que le entregaba a mi madre un sobre blanco con reborde negro. Nosotros no sabíamos el terrible significado que tenía aquella carta, pero mi madre sí, por lo que nos advirtió que mantuviéramos silencio y nos portáramos bien porque esa carta era una mala noticia para nuestro padre. No sé si era costumbre en Cuba usar ese tipo de sobre para anunciar la muerte de algún familiar, no recuerdo haber visto ninguno después. Desde España sólo vinieron dos, el primero para informar la muerte de nuestro abuelo, Andrés Toxeiro, y el segundo, el de mi abuela, Antonia Breixo, diez años más tarde. Nunca había visto llorar a mi padre por lo que me conmocionó hondamente y a la vez me asustó mucho. No era un hombre expresivo en sus emociones. Nos hablaba con cierta frecuencia de nuestros abuelos y de nuestros tíos, aunque hacía excepción con sus hermanas Dolores, Eulalia y Generosa, de quienes siempre nos comentaba aspectos de su vida con ellas, allá en el terruño, en su casa. De la primera, nos decía que era de un carácter fuerte y de las otras dos, se notaba en sus palabras que les tenía mucho cariño. Por supuesto, para hablar de su hermano Vicente nunca faltaban palabras de elogio y a nuestro tío lo conocíamos, desde que tuvimos uso de razón, por sus buenas acciones y sus nobles sentimientos para con nuestro padre, aspectos que él nos explicaba convincentemente.

Desde esa etapa tan lejana de nuestras vidas actuales, comenzó nuestro sentimiento de cariño, admiración y respeto hacia nuestro querido tío Vicente, de quien sólo se puede hablar en mayúscula. Conversaba con nosotros sobre su casa, de los animales, de su trabajo de pastoreo y en el campo. Cuando explicaba los pormenores de su hogar, el rostro se le iluminaba y los ojos brillaban como luceros. A los animales los quería como si fueran personas, pero del trabajo se expresaba con dolor, denotando que sufrió mucho con lo rudo que eran las labores agrícolas y el clima, este último lo atormentaba. El clima de Cuba, aunque caluroso, le gustaba. A partir de su muerte y a causa de su ausencia lo empecé a comprender realmente.

A mi padre no le gustaba salir de la casa, era muy hogareño, especialmente después que se casara con mi madre y nacieran sus hijos. Sin embargo, siempre he tenido presente en mi mente que en ciertas ocasiones en forma repentina, incomprensibles para nosotros, mi padre nos llevaba sorpresivamente de paseo hasta el malecón habanero. Íbamos caminando desde la barriada donde vivíamos hasta la

zona del malecón mencionada, a pie. El lugar quedaba cerca del Hotel Nacional. Esta caminata representaría unos cuatro kilómetros, ida y vuelta. A él no le gustaba ir en ómnibus porque le molestaba la aglomeración de personas, por eso los detestaba. En distintas partes del malecón se estacionaban unos trailers que vendían medianoches, sándwiches de jamón y pierna, surtidos, y además, batidos, refrescos y helados. Nosotros siempre íbamos llenos de contentura y entusiasmo porque sabíamos que al final del viaje el premio sería una medianoche o un sándwich con un batido o un helado, según escogiéramos. Mi madre era la más reticente a ir caminando hasta el malecón porque siempre estaba un poco cansada, ya que trabajaba en la fábrica y después en la casa. Pasados tantos años de estos paseos por fin logré entender el poco deseo de mi madre, así como también hoy más que nunca me doy cuenta del interés de mi padre por caminar hasta la costa habanera. Como expresé anteriormente, Cedeira y La Coruña tienen una cierta similitud con la zona costera de La Habana por lo que pienso ahora con el conocimiento que tengo de su lugar natal, que él calmaba su angustia al ver algo parecido a lo que había dejado allá en Galicia, su tierra de nacimiento.

Era un buen padre de familia que todo lo que ganaba lo destinaba a la casa y era obvio que nos quería muchísimo, pero a su manera. No creo ser una excepción, pero muchas cosas referentes a la forma de ser de mi padre las comprendí años después de su muerte. Desde que éramos niños nuestro padre nos hablaba mucho del terruño, como acostumbraba decir, nos explicaba cómo era su casa donde en los altos se ubicaban los cuartos de la familia y en los bajos se encontraban la sala, el comedor, la cocina, un baño, así como el establo para las vacas y otros animales de la casa. Nos contaba también que siendo un mozalbete, después de llegar del monte de pastar cabras entraba a la cocina donde sus hermanas ya habían hervido la leche y en silencio, muy sigilosamente, les robaba la nata para ponerla encima de un pedazo de pan negro y así mitigar la mucha hambre que traía del campo. Las hermanas le reñían y le daban las quejas a la madre que se veía obligada a regañarlo porque con la nata hacían la mantequilla para la casa.

Algunos años después mi tío Vicente haría lo mismo que mi padre y recibiría las mismas reprimendas por robar igualmente la nata deliciosa de la leche recién hervida. Me contaba, brillándole mucho sus ojillos azules, que no le importaba que su madre lo regañara porque

de todas maneras se comía su hogaza de pan recubierta con la nata que había robado y que consideraba un préstamo sin importancia, ya que después volverían a hervir más leche para recuperar la nata perdida. Sentado cómodamente en un sillón de portal situado en la sala de nuestra casa del Cerro, con su boina verde ladeada a la derecha y una pierna encaramada sobre el brazo del sillón, nos contaba estas anécdotas y se ponía después a cantar algunas tonadas gallegas, entre ellas la famosa canción de los gallegos emigrantes, que algún tiempo más tarde supe se llamaba "Aires da miña terra". También en ocasiones tocaba una flauta que se componía de tres piezas que se ensamblaban, ésta le había sido obsequiada por su hermano Vicente, no sé si traída por alguien que viniera de allá o de un paquete que mi tío le hubiera enviado a través del correo, después que la terrible situación en España tomara mejores cauces.

Antes de visitar España tuve la oportunidad de leer en una revista Bohemia que cayó en mis manos por casualidad, editada en Cuba, un párrafo escrito por un famoso escritor gallego, Manuel Murguía (1888), que define con exactitud a su pueblo. El mismo dice así:

> *"Muy pocos pueblos como el gallego han sabido conservar a través de los tiempos más pura, más constante, más indeclinable su fisonomía. No es posible dudarlo. Todo en él es tradicional y está en la costumbre mejor que en la ley escrita; en la literatura oral, que en la erudita; en su vida interna, que en la histórica; en su corazón, y no en las manifestaciones exteriores. No se verifica modificación alguna que no se lleve a cabo con una cierta parsimonia y como contra la voluntad. Ríndese a lo incontrastable de los destinos que así lo quieren, mas no se hace otro ni se desprende por completo de la tradición, antes impregna la nueva vida de cuanto es en él privativo y congénito".*

Ellos, desde el primer día de mi arribo, me instalaron confortablemente, comenzando desde ese preciso instante las conversaciones que durante tantos años deseé tener con el hermano predilecto de mi padre, aquél que conocí por carta apenas tener uso de razón y con el que podría esclarecer todas mis dudas, curiosidades, existencia, así como del misterio que constituyó siempre para mí su actitud ante la vida, tan distinta del resto de los seres que me rodeaban, incluidos entre ellos la familia de mi madre. Con estos encuentros empecé a interiorizar el profundo amor que los aldeanos gallegos le tienen a la

tierra, a su tierra que les da la vida, el sustento y que en gran medida es su principal razón para vivir.

A pesar de que mi padre fue un obrero industrial prácticamente desde que llegó a Cuba hasta su retiro, conservaba una exacta idea acerca de sus tierras y de sus animales en España, tal como me expresó mi tío Vicente que eran las suyas. O sea, que viviendo en dos continentes distintos, separados por miles de kilómetros y entre costumbres diametralmente opuestas, ambos conservaban la misma manera de pensar como si mi padre no hubiera desarrollado su vida en otro lugar sino que continuaba allí, en mente y espíritu al lado de sus hermanos y de su familia gallega. Con cuánta razón mi padre lo quería tanto, era su honradez tan acrisolada que nunca se sintió dueño de esas tierras que eran de su hermano Antonio, gracias a su determinación de considerar a mi padre como uno más en la distribución de los bienes de mis abuelos.

El día que cumplí quince años, mientras limpiaba la casa en horas de la mañana, mi padre me llamó y me dio un beso en la frente con mucha solemnidad y timidez, como si se sintiera culpable de algo. Fue el primer beso que recuerde, me fuera dado por él conscientemente y frente a mi madre y hermano, sin embargo, a pesar de sus pocas muestras de amor, sabía que mi padre veía por mis ojos y que era muy importante para él. El otro beso me lo dio cuando me casé. Estoy segura que ese día fue uno de los más felices de su vida.

En verano, acostumbraba, usar un sombrero de fibra vegetal de ala estrecha volteado en el frente un poco hacia abajo para taparse la cara del sol cuando salía a la calle a pasear, solo o con su familia. Esta prenda era muy usada entre los hombres por los años cincuenta. Recuerdo muy especialmente una visita que hicimos al Parque Zoológico de La Habana un domingo de verano, de la cual conservo la fotografía que mi padre le pidió al fotógrafo que nos hiciera para enviar a su familia en España.

Siguiendo los consejos de su primo, José Breijo, al poco tiempo de su llegada a Cuba mi padre se inscribió en la Sociedad Naturales de Ortigueira, una de las instituciones más famosas creada por gallegos residentes en Cuba para todos aquéllos que vinieran “allende los mares” entre los cuales se encontraba él. Esta sociedad daba romerías anualmente para todos sus asociados y sus familias, las cuales

no perdíamos nunca, siendo un motivo de felicidad para todos nosotros, especialmente para mi padre. En esas fiestas conversaba con infinidad de compatriotas, algunos de lugares cercanos a su aldea, otros de diferentes regiones, pero casi todos gallegos. Hablaba en su lengua natal desde que llegaba hasta que se iba, pareciera que quería practicarla temiendo que se le fuera a olvidar. Reía mucho, fumaba, bebía bastante, pero salía feliz y henchido de orgullo. Se acompañaban musicalmente chocando los cubiertos con los vasos de cristal o sonando las manos encima del mostrador o de las mesas cercanas haciendo un ruido ensordecedor. Nunca dejaba de tocar algunas piezas con la gaita que siempre obtenía por el préstamo que Manolo, el gaitero y fiel amigo de él, le hacía para que le extrajera, muy a su pesar, esas notas nostálgicas y plañideras que al provenir de mi padre me parecían las mejores de todas. Mi padre conservaba un diploma de honor que le fue entregado por su fidelidad y constancia a las actividades que promocionaba dicha sociedad entre sus miembros.

Él tuvo una salud de hierro siempre; de vez en cuando algún constipado, alguna fiebre no muy alta, malestares provocados por extracciones de piezas dentales, y otros de menor cuantía. Lamentablemente, antes de cumplir los cincuenta años ya ambos usaban dentadura postiza completa, superior e inferior. No se estilaba ir al dentista para empastarse las piezas cariadas, pienso que porque no era fácil solicitar permiso en los centros de trabajo, faltando por esta causa que no era considerada importante. Sencillamente, cada pieza cariada significaba su extracción sin más análisis. No obstante, las clínicas dentales, tanto de la Quinta de Dependientes como de la Covadonga ofrecían excelentes servicios estomatológicos. Solamente en una oportunidad mi padre estuvo grave y fue a causa de una operación de fístula que, al parecer, no fue atendida correctamente, lo que le provocó varias hemorragias de consideración que lo dejaron muy debilitado.

Teniendo sesenta y seis años aproximadamente, se le presentaron los consabidos problemas en la orina, tan común en los hombres mayores de sesenta años. Mi hermano lo llevó al hospital y determinaron que era conveniente operarlo de la próstata. Él se mostró de acuerdo con la operación porque hacía más de un año que estaba padeciendo de obstrucciones en la orina con sangramiento y dolor, teniendo que ser sondeado con frecuencia, lo que le provocaba grandes molestias. Se sentía infeliz cuando tenía que ir al médico,

sabiendo de antemano que le colocarían una sonda por algunos días hasta que se regularizara la inflamación. Así, una y otra vez, por lo que nos manifestó su deseo de operarse y salir de una vez por todas de ese problema. Estuvimos de acuerdo y fue operado a mediados de junio de 1977. Salió de la operación perfectamente, sólo con un poco de pérdida de sangre que la recuperó prontamente, gracias a la sobrealimentación a que lo sometimos.

Por el mes de julio de ese mismo año comenzó una epidemia de dengue, de relativa gravedad porque una buena parte de la población se contagió. Este dengue presentaba sus variantes, ya que existía uno que era simple y otro, llamado hemorrágico, que era el más peligroso. Los más propensos a sucumbir eran los niños y los ancianos, en caso de contagiarse con este último. Mi padre comenzó a toser con cierta frecuencia, temiendo mi hermano y yo que fuera el dengue, por lo que lo llevamos con premura a la Quinta Covadonga para que le realizaran un chequeo.

Sintiéndose en perfecto estado físico fue a que le realizaran el chequeo general que para mi hermano y para mí era pura rutina, también mi madre pensaba que sólo era una simple gripe, pues conocía de su enorme fortaleza y gran salud. Nunca nos pasó por la mente que nuestro padre pudiera estar enfermo de muerte y mucho menos todavía que le quedara tan poco tiempo de vida. El resultado del diagnóstico del Dr. Iglesias fue preciso: nuestro padre tenía cáncer en el pulmón derecho, el cual estaba prácticamente tomado y le estaba pasando ya al pulmón izquierdo, sin siquiera tener la esperanza de que una intervención quirúrgica pudiera prolongarle la vida. Se asombró mucho de que no sintiera fuertes dolores y de que no hubiera tenido sangramiento, dado que la enfermedad se encontraba muy extendida. Desgraciadamente, al ser asintomática no pudo ser diagnosticada a tiempo. Su pronóstico final fue terrible: un año de vida como máximo. Para fatalidad nuestra, el Dr. Iglesias se equivocó por muy poco tiempo porque solamente alcanzó a vivir otros seis meses más después del examen médico. De todas maneras, el especialista que lo atendió, uno de los mejores del Hospital Covadonga, lo remitió para el Clínico-Quirúrgico de Diez de Octubre con el objetivo de que le dieran treinta aplicaciones de cobalto para tratar de detener un poco el mal que avanzaba a pasos agigantados. Finalizadas éstas, comenzarían a suministrarle los sueros citostáticos en número de seis, inspeccionando la reacción de su organismo, ya que es un

Boda de mi hermano. 1 de febrero de 1964.

Mis padres y yo. Mayo de 1971.

Mi padre con su garlopa. Agosto de 1972.

Mi boda. 3 de mayo de 1976.

Con mi padre el día de mi boda.

medicamento sumamente fuerte que provoca pérdida del apetito, caída del pelo y vómitos. Mi hermano tuvo la misión de acompañarlo para que le aplicaran los sueros citostáticos. El médico que atendía a nuestro padre nos había dicho que este tratamiento era fuerte y debía ser vigilado estrechamente. Esto nos creó una seria preocupación a nosotros, aunque nos dimos cuenta que fueron estériles los esfuerzos porque no le hicieron daño alguno, pero el mal continuó avanzando en forma inexorable.

Logró sobrepasar esta terrible fase para él y para nosotros, sin que nuestra madre supiera la desgracia de su muerte inminente. Nosotros le ocultamos la terrible verdad porque siempre le tuvo terror al cáncer y sabíamos que la angustiaríamos en extremo, sabiendo que el conocimiento de la verdad sólo le traería dolor y desesperación. Después de este último tratamiento pasaba hospitalizado diez o doce días y el resto en la casa, pero notábamos que se deprimía cada vez más y que la hospitalización en vez de beneficiarle lo perjudicaba. Decidimos hablar con el médico que lo atendía y logramos llevarlo para la casa. Instalado ya en la casa cómodamente notamos que su ánimo mejoraba a ojos vistas. Su cara mostraba cierto cansancio, un poco desencajada, pero era feliz por lo que comprendimos que había sido una magnífica decisión, ya que nos encontrábamos ante una muerte segura con un plazo que se acortaba día tras día.

A principios de 1978 su estado general era aceptable, habiendo logrado que mejorara mucho su estado anímico, a partir del momento en que lo llevamos para la casa. Sin embargo, producto de su terrible enfermedad fue perdiendo el apetito paulatinamente hasta que tuvimos que ingresarlo de urgencia con unas diarreas incontenibles que se le presentaron en forma repentina. El Dr. Iglesias nos explicó, cuando supo de su hospitalización, que tanto las diarreas como la pérdida del apetito eran signos inequívocos del desenlace final. Estuvimos tres días con sus noches al lado de él, sin abandonarlo un solo instante, sabiendo que su fin estaba próximo y con el temor de enfrentar a nuestra madre que ignoraba la triste verdad.

Al concluir el segundo día de ingreso, el médico a cargo de su caso nos llamó al consultorio, explicándonos la suma gravedad de la situación: el hilo de su vida estaba a punto de romperse y aunque no podía precisarlo con exactitud, consideraba que el desenlace no

rebasaría las cuarenta y ocho horas. Estaba inconsciente y decía palabras incoherentes referidas a su trabajo en la panadería; tanto lo amó que en los minutos finales de su vida, su mente inconexa retenía lo que había sido siempre sumamente importante para él. En su inconsciencia solo tenía mente para pensar en su trabajo, no reconocía quiénes estaban con él, pero el débil hilo que lo sostenía a la vida todavía estaba ligado fuertemente, hasta el fin, con la labor que constituyera su vida y la seguridad de su familia que fue siempre lo primero para él. Si el corazón fallaba, según nos expuso el médico que lo atendía, su muerte sería tranquila, como en un sueño. Y sucedió así, sencillamente. Falleció el día dieciséis de marzo de 1978, a causa precisamente de un paro cardíaco. Nosotros y nuestra madre tuvimos la suerte de no verlo sufrir, ya que él no sintió dolor en ningún momento, ni tampoco supo lo que tenía. No llegó a cumplir los 68 años de vida. Fue enterrado en el panteón de la Sociedad Naturales de Ortigueira.

La historia de mi padre es una más entre las de tantos millones de migrantes que existen en el planeta Tierra.

Mi padre con sombrero. Año 1976.

María Victoria Trigo Bello

Accésit

ESPIGAS AL OTRO LADO DEL MAR

(Argentina)

Esta fotografía fue realizada en Jaca en el año 1927. Todos lucen sus mejores ropas. Al día siguiente se casaba mi abuelo paterno, Dionisio, el primero por la derecha. Aunque fueron nueve hijos los habidos del matrimonio de Miguel e Ignacia —sentados—, la segunda de esa descendencia, Eugenia, nacida en 1897, murió con tan solo un año de edad. La foto de Antonio, en Argentina desde 1913, fue incorporada por la madre al llevar a enmarcar la fotografía, para recoger también a su primogénito en la estampa familiar.

Jaca, 1927. Familia Trigo-Gracia. Foto de Antonio, el primogénito, incorporada al grupo.

LOS DE AMÉRICA

Así llamaban alguna vez mis mayores a los tíos y primos de Argentina, los de América. Y así América nació para mí como un lugar casi mágico, un enclave indefinido a una distancia mucho mayor que la que separaba Zaragoza de Valencia, que era el viaje más largo que yo había realizado.

La vida me ayudó a entender las razones que cada uno de esos familiares había tenido para, queriéndonos tanto como nos repetían, marcharse tan lejos y permanecer allí. Con el tiempo, según los familiares de Argentina fueron ampliando su círculo de amistades en Mar del Plata, fueron sumando a más personas para que nos enviaran sus saludos y recuerdos, tanto por carta como en las grabaciones magnetofónicas que merecen un espacio propio en este trabajo. Eso era la prueba de la importancia que tenía para nuestros familiares recibir nuestras noticias, lo mucho que presumían de sus raíces aragonesas y cómo les gustaba compartir el cariño que enviábamos con sus nuevos allegados. Sin duda hubo mucha añoranza que mitigaban aquellas comunicaciones de ida y vuelta, kilómetros de palabras enlazadas con nostalgia y buenos deseos.

Los familiares de Mar del Plata fueron muy buenos anfitriones, tanto de conocidos como de extraños. A ese entorno afectuoso nos invitaban en cualquier ocasión hasta los tiempos más recientes. Nunca olvidaré la sincera oferta de tío Antonio para que pasara en Mar del Plata mi luna de miel en 1983.

En mi infancia, yo me quedaba embobada leyendo sus líneas dedicadas a mí o escuchándoles hablar de la piscina —la pileta— y, sobre todo, de la playa, que ellos tenían muy cerca de su casa. Para una niña zaragozana, la playa era algo muy excepcional. También lo era tener tíos y primos en Mar del Plata y que, pese a conocerme únicamente en fotos, se mostraban tan cariñosos hacia mí.

CARTAS EN PAPEL CASI TRANSPARENTE

En los años sesenta del siglo pasado, a mi Zaragoza natal de vez en cuando llegaban cartas escritas en un papel muy fino, casi transparente. Las remitían los familiares de Argentina. El papel tenía que pesar poco porque así podía ir en avión. ¡Con lo grandes que me parecían los aviones en el cine y la cantidad de gente que cabía en ellos

y, sin embargo, las cartas que transportaban tenían que ser ligeras como alas de mariposa!

Para la visión de una niña, tener familia en Argentina, un país lejano en el que sin embargo se hablaba castellano, constituía una experiencia singular. Rozar con mis dedos esas cartas, ver la dirección de mi casa en el sobre, pensar —pensar casi imaginando— que alguien sabía de nuestra existencia a tantos kilómetros y años de distancia, lindaba con lo fantástico.

... PERO ADEMÁS DE CARTAS HUBO CINTAS MAGNETOFÓNICAS

Zaragoza, primavera de 1968. Mi padre, Esteban, al frente de una grabación para la familia de Argentina. El magnetófono era marca Abet y sustituyó a un modelo Ingra. Junto a mi padre, a su derecha, estoy yo. Esa niña entonces tenía 8 años.

Mar del Plata. Junio de 1971. Antonio Trigo con su esposa, su hijo y su nuera, con un grabador portátil marca Winco.

En los años sesenta Alfredo-Felipe en Mar del Plata, y su primo Esteban —mi padre— en Zaragoza, posibilitaron que las comunicaciones familiares rebasaran el papel y se enriquecieran con el testimonio sonoro de cintas magnetofónicas. Yo recuerdo que por lo menos había cuatro ocasiones al año de enviar y recibir esas cintas que, en realidad eran la misma, pues se aprovechaba el material regrabando el nuevo contenido sobre el anterior, lo cual es una lástima pues habría permitido hoy disponer de aquella especie de diálogos y afectos entre uno y otro lado del Atlántico.

Tanto en Mar del Plata como en Zaragoza, la grabación de las cintas constituía un encuentro festivo entre los participantes. Yo tendría no más de cinco años cuando comencé a aportar mis comentarios respondiendo a las preguntas que mi padre, como mantenedor de la velada, me hacía llegado mi turno. No puedo evitar expresar mi reconocimiento y gratitud a mi padre —fallecido en 2019—, grandísimo comunicador, eslabón principal desde Zaragoza con la familia de Argentina en aquellas ocasiones de reunirnos en torno al magnetófono.

La reproducción de las cintas, dado que el magnetófono estaba en mi casa, ocurría en el mismo día de su recepción, en pase privado para mi madre y para mí. No pasaría ni una semana hasta escucharlas todos, normalmente en casa de mis abuelos, a donde mi padre llevaba aquel pesado magnetófono que, no por conocido, dejaba de representar una ilusión, tanto para la audición como para la grabación de cintas. Mi tía madrina, hermana mayor de mi padre, se preparaba un escrito y lo leía de tirón. Se notaba que lo suyo era una lectura, pero aquella inocencia vergonzosa significaba que, ante todo, lo que imperaba era la voluntad de comunicarse con los tíos y primos de Argentina. Los demás hablábamos según nos tocaba el turno. Mi padre era un genial entrevistador que conseguía que nada se nos quedara en el tintero, preguntándonos a cada cual, por nuestras cosas, ayudándonos a recordar y sacando a colación lo que podía resultar más ameno para los receptores.

Hablar de aquellas grabaciones, con un voluminoso aparato en medio de la mesa, una especie de noria horizontal donde giraban dos carretes, uno cediendo cinta y el otro recogiéndola, es ver ante mi boca aquel micrófono que mi padre me acercaba, no sin antes repetirme que lo que yo dijera lo escucharían los tíos y primos —y enunciaba sus nombres— que estaban muy lejos, en Argentina. Esos familiares para mí eran voces, voces con las que dialogábamos en unas

conversaciones que se sucedían a modo de capítulos de una serie apasionante en la cual yo era uno de los personajes.

Aquellas epístolas sonoras de uno y otro lado del Atlántico siempre comenzaban: Esta es una grabación de carácter familiar y, a continuación, tanto Alfredo como mi padre, utilizando idéntica fórmula, indicaban el lugar y la fecha de dicha grabación. Mi padre me explicó que aquella introducción que a mí me parecía una especie de abracadabra para inaugurar la sesión, se decía para que, si alguien abría el sobre para inspeccionar su contenido, supiera inmediatamente de qué trataba. Yo aún no podía adivinar que entonces en España no todas las cartas ni paquetes estaban a salvo de ser considerados subversivos.

Cuando el cartero nos entregaba un sobre que no cabía en el buzón y cuyos sellos de franqueo no llevaban el precio en pesetas sino en pesos, yo sabía que allí dentro, entre las muchas palabras y dedicatorias de esa cinta magnetofónica, iba mi nombre pronunciado varias veces con una entonación risueña y dulzona, obviamente influenciada por el habla marplatense. Con el paquete aún sin abrir, yo me preguntaba cómo era posible que en agosto estuvieran en invierno esos tíos y primos únicamente visibles en fotos y que, además, llevaran siempre los relojes retrasados varias horas según me contaban mis padres. Ahora allí son las... Pero a pesar de ese mundo a destiempo del mío, yo los sentía muy cercanos. Eran unos seres quizás próximos a la entidad de Melchor, Gaspar y Baltasar, pero con la ventaja sobre los magos de Oriente de que los tíos y primos de Argentina eran visibles en fotografías.

Las comunicaciones sonoras más recientes ya fueron a través de cinta casete.

Hablar por teléfono fue algo que se realizó en muy pocas ocasiones, dado el elevadísimo precio. Una vez tuvo lugar entre Jaca (Huesca) y Mar del Plata y los interlocutores apenas aprovecharon el tiempo, pues lo pasaron ambos sollozando, cada cual pegado a su auricular, con un mar físico y emocional mediando entre los dos.

ANTONIO, EL PRIMERO EN EMIGRAR

Fueron dos hermanos —Antonio y Conrado— y una hermana —Carmen— de mi abuelo paterno los familiares de la generación Trigo Gracia que marcharon a Argentina. Sus padres —mis bisabuelos— no

Antonio Alejo Trigo Gracia.

volvieron a ver a estos tres hijos emigrados. Cuando Antonio, Conrado y Carmen regresaron a España fue temporalmente, pues sus vidas ya estaban encauzadas en Argentina, donde Antonio y Conrado terminaron sus días. Carmen, en cambio, retornó para morir en la tierra de su origen.

El pionero de este trío fue Antonio Alejo Trigo Gracia, primogénito de una familia de nueve hijos, nacido el 17 de julio de 1895 en un caserón llamado Torrijos, en las inmediaciones de Jaca (Huesca). A los dieciocho años Antonio entendió que en su tierra natal las oportunidades, de existir, le llegarían mucho más tarde que en Argentina. Cabe imaginar el dolor que supuso para los padres ver que su Antonio se les iba. Cabe imaginar lo que sería aquella despedida que ya fue la definitiva. Cabe imaginar a aquella madre incorporando una foto de Antonio al retrato hecho años después del grupo familiar en el intento de completar a su prole, una prole que ya nunca más se reuniría sin ausencias en torno a la misma mesa.

Recién llegado a Argentina, Antonio trabajó como camarero en el Bristol Hotel de Mar del Plata y de ayudante en una tienda de muebles, pero su alma emprendedora no se conformó con ser un asalariado y montó su propio negocio, que fue muy conocido y en el que trabajarían los hermanos que le sucedieron en emigrar a Mar del Plata. El negocio consistió en una mueblería, fundada en 1927, Casa Trigo, cuya rentabilidad procuró a Antonio y a la familia que allí constituyó un cómodo nivel de vida.

Allá por 1918 se casó con otra aragonesa, Presentación Gabás, natural de Bagüés (Zaragoza), con la que en 1923 tuvo un hijo, Alfredo-Felipe, argentino de nacimiento, pero muy encariñado con las raíces de sus padres. Para mi visión de niña nacida en 1959, que mi apellido Trigo fuera también el de un hombre, primo de mi padre, que me hablaba con un acento distinto del nuestro, constituía algo muy singular. Llegué a pensar que tener tíos y primos en Argentina no podía ocurrir a nadie que no se apellidara Trigo.

En 1963 vino a España para una estancia de varios meses con su esposa, hijo y nuera, Aideé Balzategui, una argentina encantadora, llena de amor hacia Aragón. En el barco, el Cabo San Vicente, también se trajeron su vehículo, un Chevrolet inmenso que contrastaba con

Año 1963. Visita de Antonio a España con su esposa, su hijo y su nuera. La niña de la foto soy yo. Tenía 3 años y doy la mano a la tía Presen, esposa de Antonio. A su izquierda está su nuera, Aidée. En los extremos de las fotos aparecen mis padres, Esteban y Pilar. Aún era yo muy pequeña para comprender que la familia crecía en un lejano lugar llamado Argentina.

Muebles Casa Trigo, fundada en 1927 por Antonio en la marplatense calle Catamarca. Fotografía enviada a mi padre, Esteban, en 1977 con motivo de las Bodas de Oro del establecimiento. La tía Carmen, a la que me refiero en espacio aparte, fue la remitente de la foto en la que incluyó una dedicatoria "Para Esteban, de los familiares de la casa Trigo en Mar del Plata".

Furgoneta de Muebles Casa Trigo con familiares de Antonio, el fundador. Los niños son sus nietos. Con chaqueta gris y pantalón, la entrañable tía Carmen junto a su esposo. Mar del Plata, 1982.

Mar del Plata, 1978. Mundial de Fútbol en Argentina. Fotografía enviada por Alfredo Trigo a la autora de esta memoria. La familia Trigo de Mar del Plata siempre fue receptiva a participar en cuantos eventos permitieran unir España y Argentina.

los discretos coches de nuestros conocidos. En la familia de aquí, nadie teníamos todavía automóvil. Con ese magnífico Chevrolet visitaron diversos lugares de España.

De aquel viaje de los tíos y primos de Argentina, a mí me quedó sobre todo la imagen de aquel Chevrolet en el que mis padres y yo hicimos algún recorrido por las carreteras altoaragonesas y en el que después de varias curvas me mareé y me sentí tan mal que yo misma pedía que viniera un médico.

Antonio falleció en Mar del Plata el 29 de octubre de 1985. De su papel en la fundación en 1946 con otros compatriotas de la Unión Aragonesa hablo páginas más adelante. A continuación, algunas fotos de su negocio, Muebles Casa Trigo.

CONRADO: ESCAPAR PARA SOBREVIVIR

La guerra civil española fue el detonante para que Conrado Trigo Gracia, nacido el 19 de febrero de 1899 saliera precipitadamente y de un modo épico de su casa. En la guerra civil, cuando ya Antonio regentaba en Mar del Plata su negocio de muebles, Casa Trigo, Conrado se destacaba en el entorno de Jaca por su activismo político. En una ocasión consiguieron varios republicanos cortar la vía del ferrocarril para impedir a los sublevados de Zaragoza comunicarse con los de Barcelona. Conrado, por baja médica no estuvo presente en aquel grupo, es decir, que no tomó parte directa en aquella acción, aunque su nombre se vinculó a la misma por su conocida labor de concienciación a los compañeros. Un día en que afortunadamente él no estaba en su domicilio, acudieron a detenerlo. A todos los compañeros que cogieron en casa los fusilaron al día siguiente. Dionisio -mi abuelo-, avisado por un guardia civil que era amigo de Conrado y obró en base a esa amistad, supo que su hermano estaba en la lista de los que serían fusilados en cuanto fueran capturados.

Conrado Trigo Gracia.

Conrado, alertado por lo que Dionisio le comunicó, decidió que no le quedaba otra opción que la huida a Francia pasando puerto desde Canfranc a pie. Como no podía portar ningún equipaje que delatara su intención de marcharse, se vistió dos trajes, uno sobre otro, y se llevó entre la ropa unas alpargatas de recambio. En los bolsillos puso como único alimento algo de chocolate y unos frutos secos.

Aquel trayecto no lo iniciaría solo. Otro hombre también se veía en la misma necesidad de abandonar el país. Fueron juntos hasta determinado punto a partir del cual fue imprescindible separarse para ser más difícilmente localizables por los enemigos. Acordaron encontrarse en un lugar convenido, ya pasado puerto, pero ese encuentro nunca llegaría a producirse. El compañero, perdido por la niebla, equivocó el camino y fue a parar a un puesto de carabineros quienes lo llevaron a fusilar a la mañana siguiente.

Conrado, que había roto el primer par de alpargatas en tan accidentado y duro itinerario, mandó recado a la familia a través de un pastor, quien transmitió escuetamente la noticia: “Conrado, ha pasado”.

Con la ayuda económica recibida de Antonio, Conrado se embarcó hacia Argentina. Desde el barco escribió a sus familiares de España diciendo que se encontraba bien, pero que el médico le había recomendado un cambio de aires, que fue el modo de comunicar que estaba camino de la capital argentina. Posiblemente la carta fuera dirigida a mi abuelo, Dionisio, quien simulaba maldecir públicamente a Conrado para conseguir que los padres fueran liberados de la cárcel de Jaca, donde estaban prisioneros como represalia por no hallar a Conrado. El padre falleció encarcelado en noviembre de 1936. En aquellos años difíciles, Conrado mantuvo correspondencia con Dionisio a través de la Cruz Roja Internacional.

En Mar del Plata, Conrado siguió siendo un republicano convencido. En 1958 contrajo matrimonio con otra aragonesa emigrada, Dolores Rey Burro.

Boda de Conrado con Dolores. Foto dedicada a mis padres por los contrayentes.

Conrado en 1971. El tío alto, triste y callado.

Aunque Conrado había prometido no regresar a España si no había fallecido el dictador Francisco Franco, en 1971 volvió junto a su esposa a pasar una temporada. Para mí, que entonces tenía once años, resultó poco alegre conocer a Conrado en la zaragozana estación de ferrocarril del Norte a donde llegaron Conrado y Dolores procedentes de Barcelona, en cuyo puerto habían desembarcado la víspera. Saludar por vez primera a Conrado, con su mirada seria tras unas gafas de cristal grueso, significó para mí aprender que hay derrotas que no se superan. Por eso, siempre lo recordaré como el tío alto, triste y callado con el que costaba entablar conversación. En síntesis, el tío de aquel encuentro algo frustrante para una niña.

Una de las imágenes que más me impactó de su estancia entre nosotros fue cuando lo acompañamos a visitar a una pariente lejana, viuda de un fusilado en agosto de 1936 que había sido compañero suyo en el ferrocarril. Ella lo abrazó llorando. Quizás Conrado también se emocionara al rememorar que él, de haberse hallado en su domicilio cuando fueron a detenerlo y de no haber conseguido escapar a Francia, habría corrido igual suerte que el marido de esa mujer.

En 2002 aquella imagen de Conrado como hombre al margen de la alegría me inspiró un relato, “El tío de América”, incluido en mi libro *Me Entero de Todo*[1].

Las cartas de Conrado abundaban en comentarios políticos y escaseaban en ternura y familiaridad, por lo que a mi corta edad me resultaba difícil entenderlas. Participó en actividades de la Unión Aragonesa, siempre haciendo gala de su republicanismo. Conrado falleció en Mar del Plata el 25 de junio de 2004 sin dejar descendencia.

Mi tía Generosa. Año 1936.

[1] Ediciones 94, año 2019. Este relato fue finalista en el VII Concurso de Relatos Cortos “Juan Martín Sauras” 2002, convocado por el Ayuntamiento de Andorra (Teruel) y organizado por la Biblioteca Pública Municipal. (N.A.)

CARMEN: LLORAR DE ALEGRÍA

Carmen, la séptima de los nueve hijos de Miguel e Ignacia, nació el 12 de junio de 1907. Fue una mujer de rostro bellísimo, pero sobre todo es recordada por su gran amor a la familia. De joven trabajó en el servicio doméstico en Jaca, donde se casó el 26 de diciembre de 1929 con Vicente Vidallé Larrosa, un hombre cuya bondad conquistó a la guapa Carmen. El matrimonio no tuvo hijos, lo cual posiblemente acentuó el cariño de Carmen hacia sus sobrinos.

En 1951 Carmen y su marido emigran también a Mar del Plata. Allí se sumaron al clan familiar establecido por Antonio, el pionero, y se integraron tanto en el negocio de la mueblería, Casa Trigo, como en las actividades de la Unión Aragonesa, donde Carmen fue la tía Carmen de todos. Con los parientes de España fue muy participativa tanto a través de cartas como de grabaciones magnetofónicas.

En la primavera de 1968 Carmen y Vicente vinieron a España a pasar una temporada. Yo entonces tenía ocho años. Iba a ser la primera vez en que viera llorar a los mayores. Mi madre, atenta a mi gesto de sorpresa, me explicó que también se podía llorar de alegría. Mi padre, quizás el sobrino favorito de Carmen, abrazando a su tía después de diecisiete años de que ella se fuera a Argentina, junto a un tren procedente de Barcelona, en la antigua estación ferroviaria del Norte —a la que quedaban ya muy pocos años de servicio—, llorando, llorando y mostrando un rostro bien distinto. La alegría y sus diferentes formas de hacerse visible. Era verdad, existían los tíos Carmen y Vicente, los que me habían enviado algún regalito, los de las fotos, los que no sabían a qué brazos acudir para fundirse en ellos. Y yo, pegada a mi madre, sorprendida ante aquel padre mío que se hacía niño junto a su tía. Tantas lágrimas felices, tanta emoción difícil de asimilar para una niña de ocho años.

Carmen, la tía de la mirada brillante. Mar del Plata, 1971.

Porque para mí el gran regreso de los tíos de Argentina, fue el de la tía Carmen, el de imaginar trenes que eran capaces de enlazar con barcos y traer a Zaragoza hechas personas esas voces que, desde el magnetófono, según giraban los carretes, contaban y multiplicaban la vida.

Carmen en la boda de su sobrina-nieta María Victoria Trigo, autora de esta memoria. Zaragoza, agosto de 1983.

Carmen Trigo Gracia en su Jaca natal que ya no abandonaría. Año 1997.

Carmen, ya viuda, regresó a España en 1983 para asistir a la boda de dos sobrinos-nietos. Yo tuve la fortuna de contar con la gran tía Carmen en una fecha tan señalada.

En 1984, ante la mala salud de Antonio en Mar del Plata, Carmen decide volver a Argentina. Finalmente, tras el fallecimiento de Antonio, Carmen vuelve a España para terminar sus días en su querida Jaca el 29 de abril de 2004.

Alfredo, hijo de Antonio, aunque argentino de nacimiento, siempre fue proclive a perpetuar las raíces aragonesas de sus padres. Le gustaba mucho vestir el traje de Aragón. En el reverso de la fotografía, a máquina: "14 Octubre 1979. De pie vuestro primo Alfredo, agradeciendo al alcalde [de] Zaragoza don Ramón Sainz de Varanda (*sic*), el habernos obsequiado esa hermosa bandera (en otras fotos) y vuestro tío Antonio escuchando emocionado".

LA UNIÓN ARAGONESA

Si algo me parece especialmente meritorio de la actividad de los Trigo Gracia en Argentina, y con un aplauso extra para Antonio, fue la creación de la Unión Aragonesa de la que él fue cofundador.

La Unión Aragonesa no sólo fue centro de acogida a aragoneses en Mar del Plata, sino que también abrió sus puertas a originarios de otros lugares, no solo de España. El siguiente

enlace conduce a un video realizado con motivo del 50 aniversario de la Unión Aragonesa. Contiene fotos de Antonio Trigo Gracia junto al resto de fundadores, y de la carta inicial dirigida por ellos a los aragoneses en Mar del Plata[2]. La Unión Aragonesa actualmente está presente en Facebook, Instagram y otras redes sociales.

UN DESEO LARGAMENTE ANHELADO

La carta inicial dirigida en octubre de 1946 a los aragoneses de Mar del Plata por los fundadores de la Unión Aragonesa no precisa de explicación. Basta la expresión "un deseo largamente anhelado" que en la misma se contiene para dar idea de la añoranza que aquellas personas sentían no solo por la familia que dejaron en Aragón, sino por todo lo que significara referirse a su tierra de origen. En la imagen de dicha carta que incluyo a continuación, he marcado el nombre de mi tío abuelo Antonio, uno de los firmantes de la misma.

Quiero recalcar la amplitud de miras y la generosidad de esas personas que, entre vivir de un modo individualizado o hacerlo con sus compatriotas y con cuantos desearan sumarse a su amor por Aragón, optaron por lo segundo. En otras palabras, entendieron que la emigración podía ser mucho más rica y menos ingrata si se organizaban como asociación y trababan lazos de amistad entre ellos.

La Unión Aragonesa fue un corazón común, el espacio físico y emocional en el que sentirse más cerca de Aragón y, a la vez, reforzar los vínculos con los

La Unión Aragonesa llegaba también a Zaragoza. El primo Alfredo nos daba cuenta de todas las amistades que allí hicieron. En el reverso, a máquina: "Mar del Plata, abril de 1963. Querido primo Esteban: el que está al lado de don Antonio es el señor Segamarchi, la otra es una amiga y detrás su esposo. El de la punta izquierda es tío Conrado junto a Vicente y Carmen. Los demás ya los conoces. Foto tomada en la cancha de pelota de la Unión Aragonesa".

[2] https://www.youtube.com/watch?v=M-IdMSecxgA Esta información me fue facilitada por María Julia Trigo a través de Messenger / Facebook, el 07 de noviembre de 2022. María Julia es nieta de Antonio, el pionero, el líder de aquellos Trigo-Gracia que emigraron a Mar del Plata. (N.A.) La autora introduce en el relato algunas imágenes de los socios de la Unión Aragonesa de Mar del Plata tomadas de este vídeo que, debido a su escasa calidad no pueden ser reproducidas en esta edición. (N.E.)

Los primos Alfredo y Aidée, hijo y nuera de Antonio, fueron dos argentinos muy amantes de todo lo aragonés.

Los primos Alfredo y Aidée con su hija, nieta de Antonio, a la que también transmitieron el amor por Aragón.

La Unión Aragonesa, sede de muchos encuentros de los que siempre había una foto para enviar a la familia de España. En el reverso, a máquina: "Y en esta foto tomada también en el salón de actos de la Unión Aragonesa de Mar del Plata, ya conocerás a algunos de los asistentes". Manuscrito: "Abril 4 1971".

Reverso de la fotografía, a máquina: "25 de mayo de 1971. La Comisión de Fiestas de la Unión Aragonesa de Mar del Plata en pleno, en la azotea de la sede social, junto a una de las paelleras antes de ser servida a más de 100 comensales". En el centro, ante la paellera, Aidée, una de las cocineras mayores de la Unión Aragonesa.

Reverso de la fotografía, a máquina: "Mar del Plata, julio de 1975. El 17 de julio de 1975, en la Unión Aragonesa con motivo que esta entidad festejó los 80 años de mi padre. De izquierda a derecha, el tío Conrado (sentados), el que escribe Alfredo, el tío Vicente, la tía Carmen y mi padre, mientras pronuncia una alocución el presidente de aquella entidad Sr. José Guerrero".

familiares de sus raíces. Si se quiere, interprétese como anécdota que el lugar al que se convocaba a los destinatarios de la carta era un hotel llamado Ebro.

JOTAS, TRAJES REGIONALES

A la izquierda de la foto, el primo Alfredo y su esposa Aideé. Ante ellos, su pequeña hija. Obsérvese el cartel de Zaragoza, a la derecha de la imagen. En el dorso de la fotografía, a máquina: "Mar del Plata, 14 Octubre 1979. Con el nº 1 vuestro primo Alfredo, con el nº 2 vuestra prima Aidée y delante María Julia Trigo, y parte del conjunto de bailes de Unión Aragonesa con el estandarte con el que nos obsequió el Alcalde de Zaragoza".

La Unión Aragonesa siempre ha mantenido relación con otros centros regionales y con las autoridades locales, medios de comunicación y representantes de España y de Aragón. A continuación, el dorso explicativo de la foto según lo detalla Antonio Trigo: "Sentados de frente y de izq. a dcha.: 1º representante Centro Asturiano, 2º secretario Unión Aragonesa, 3º Vicecónsul de España, 4º (de bigote) tesorero Soc. Española S.M., 5º el que suscribe, 6º Vicepresidente U. Aragonesa, 7º representante diario La Capital. Los que están de pie son argentinos menos la sra. mayor que es de Prov. Teruel y madre del barbudo (foto tomada el 12 Octubre 1981)".

El folklore aragonés ha sido desde los comienzos uno de los asuntos más queridos de la Unión Aragonesa. Con el tiempo, no solo son temas joteros, sino también danzas pirenaicas las que, junto con coreografías más elaboradas, han ido componiendo el programa del conjunto de baile, que ha ampliado consecuentemente su vestuario. Desde 1946 se contó con grupo de baile. A partir de 1971, gracias a la profesora Silvia Soria, se amplía el repertorio y evoluciona la presentación de las piezas.

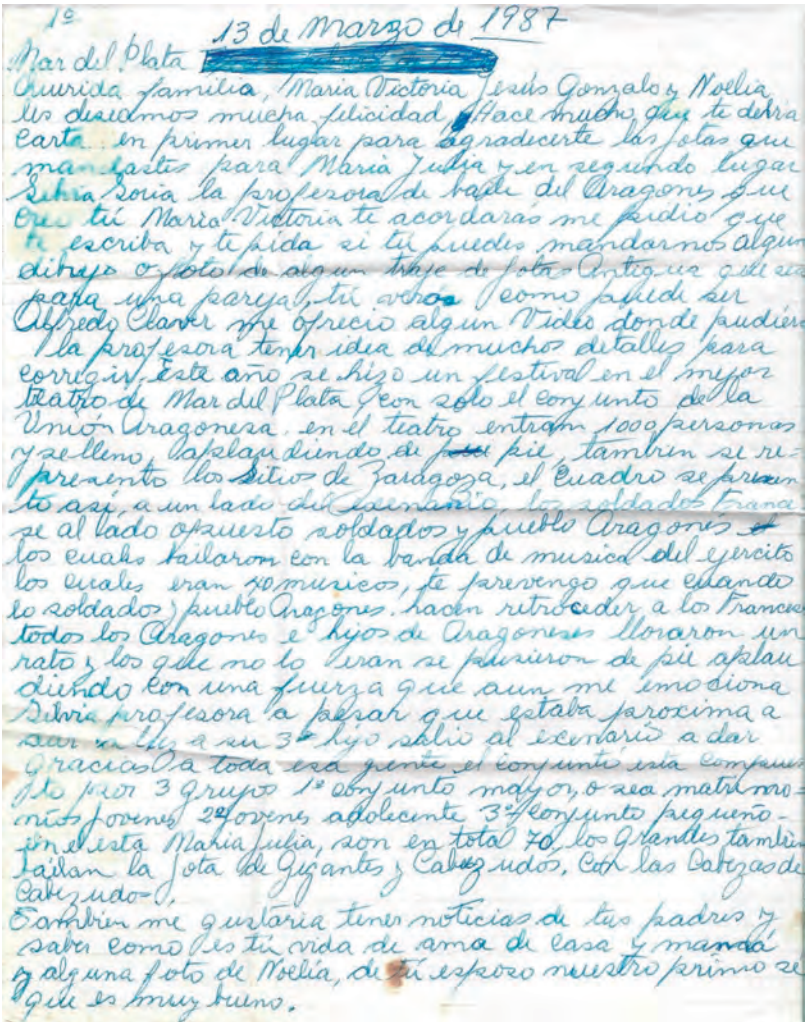
En 1991 Hipólito Gómez de las Roces, presidente en ese momento del Gobierno de Aragón, visitó la Unión Aragonesa. A pesar del entusiasmo y motivación que guiaba sus pasos, los componentes del grupo de baile de la Unión Aragonesa precisaron en algún momento de información que pudiéramos enviarles desde Zaragoza en lo referente a vestuario y a piezas musicales para baile. La carta manuscrita de la prima Aidée, de 1987, dirigida a mí —yo pertenecí a un grupo folklórico universitario en Zaragoza— habla

En el reverso de la fotografía, a máquina: “Conjunto de la Unión Aragonesa de Mar del Plata, 12 de Octubre de 1978”.

por sí misma y transmite una vez más la ilusión que en la Unión Aragonesa hacía representar temas para expresar su amor por Aragón.

En esa carta hay referencias a temas de zarzuelas dedicadas a Aragón, como El Sitio de Zaragoza y Gigantes y Cabezudos. Y sobre todo, hay ganas, muchas ganas de hacer las cosas bien. Y también sano orgullo por lo conseguido.

Aprovecho este punto referido a esa carta para hacer constar que Aidée fue un regalo de la vida para su esposo, el primo Alfredo, para sus hijos Alfredo-Antonio y María Julia, para sus suegros Antonio y Presen y para cuantos en España o en Argentina tuvimos la suerte de conocerla. Siempre recordaremos a esa argentina, excelente cocinera tanto en su casa como en la Unión Aragonesa, que formó parte en sus últimos años de la rondalla jotera y que tanto cariño manifestó hacia Aragón.



1º 13 de Marzo de 1987

Mar del Plata [redacted]

Querida familia, María Victoria Jesús Gonzalo y Noelia les deseamos mucha felicidad. Hace mucho que te debía carta. En primer lugar para agradecerte las fotos que mandaste para María Julia y en segundo lugar Silvia Soria la profesora de baile del Aragonés que tú María Victoria te acordarás me pidió que le escribas y te pida si tú puedes mandarnos algún dibujo o foto de algún traje de jota Antiguo que sea para una pareja, tú sabrás como puede ser Alfredo Clavel me ofreció algún video donde pudiera la profesora tener idea de muchos detalles para corregir. Este año se hizo un festival en el mejor teatro de Mar del Plata con solo el conjunto de la Unión Aragonesa en el teatro entraron 1000 personas y se llenó, la platea dando de pie, también se representó los sitios de Zaragoza, el cuadro se presentó así, a un lado del escenario los soldados franceses al lado opuesto soldados y pueblo Aragonés los cuales bailaron con la banda de música del ejército los cuales eran 20 músicos, te prevengo que estando los soldados y pueblo Aragonés haciendo retroceder a los franceses todos los Aragoneses e hijos de Aragoneses lloraron un rato y los que no lo eran se pusieron de pie aplaudiendo con una fuerza que aun me emociona Silvia profesora a pesar que estaba parocima a dar a luz a su 3er hijo salió al escenario a dar Gracias a toda esa gente el conjunto está compuesto por 3 grupo 1º conjunto mayor, o sea matrimonios jovenes 2º jovenes adolecente 3º conjunto pequeño- sin contar María Julia, son en total 70 los Grandes también bailan la jota de Gigantes y Cabezudos, con las Cabezas de Cabezudo-.

También me gustaría tener noticias de tus padres y saber como les tu vida de ama de casa y mandá y alguna foto de Noelia, de tu esposo nuestro primo que es muy bueno.

Carta manuscrita de la prima Aidée, 1987.

12 de octubre de 1978. Tres generaciones celebran el día del Pilar en la Unión Aragonesa de Mar del Plata ante una fotografía de la Peña Oroel, clásica estampa representativa de Jaca, ciudad de origen de Antonio Trigo Gracia, quien está a la derecha de la imagen en la que también aparecen su hijo Alfredo, su nuera Aidée y sus dos nietos, Antonio-Alfredo y Mª Julia.

Antonio Trigo, un hombre sociable, emprendedor y carismático, miembro también de la Sociedad Española de Socorros Mutuos. La explicación de la foto, en la siguiente imagen, que es el dorso de la misma: “Mar del Plata, Julio de 1975. En el salón de la Unión Aragonesa de Mar del Plata, tu tío Antonio leyendo un discurso como miembro de la Sociedad Española de Socorros mutuos de esta ciudad, en la comida que ahí se hizo”.

EL VIAJE QUE COMENZÓ EN 1913

Aquel viaje de un muchacho aragonés de dieciocho años que en 1913 salió del caserón de Torrijos (Jaca) destino a Argentina no concluyó con su propia existencia. Antonio Trigo Gracia no sólo se perpetúa en sus nietos, sino en la obra de la Unión Aragonesa que junto con otros entusiastas fundó en 1946.

En 1979, el entonces alcalde de Zaragoza, Ramón Sainz de Varanda, visitó a Antonio y le obsequió con una bandera de Aragón para la Unión Aragonesa.

Poco antes de morir, estando Antonio ya gravemente enfermo, fue galardonado con la medalla al Mérito Civil, otorgada por Su Majestad Don Juan Carlos I de Borbón, Rey de España, que le fue entregada por el vicecónsul.

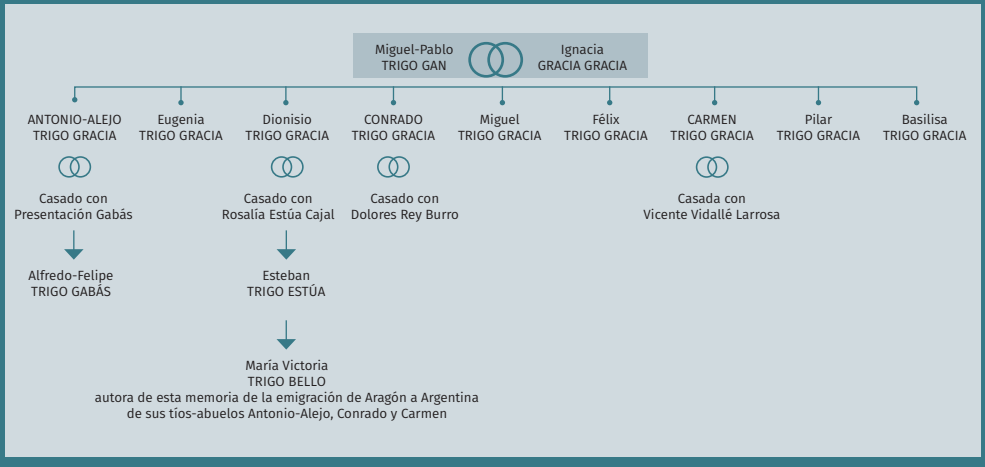
La mirada lúcida de aquel hombre sigue muy viva. Sin el espíritu generoso y solidario de Antonio y cuantos como él siguieron en la emigración amando y haciendo amar Aragón, Aragón sería menos conocido y, por tanto, menos valorado.

Mar del Plata, octubre de 1981. Antonio Trigo con sus nietos tras una tarta coronada por las banderas argentina y española. La historia familiar continúa.

Yo conservo un recipiente de tomar mate que llegó a casa de mis padres en aquella visita de Antonio a España de 1963, acompañado de su esposa, hijo y nuera. Ese recipiente fue destinado a adorno en lugar privilegiado. Nunca ha sido utilizado para su función, pero en su interior crecen espigas invisibles que se suman al árbol genealógico que late en España y en Argentina.

Gracias a esos argentinos tan aragoneses. Gracias, muchas gracias.

Recipiente para tomar mate. Llegó a casa de mis padres en la visita de Antonio a España en 1963. Este regalo es un odre mágico en el que germinan nuevas espigas y nuevas historias.



Árbol genealógico y mi ubicación en el mismo. Destacados, los nombres de los tres hermanos Trigo-Gracia que fueron a Argentina.

María Díeguez Melo

Mención honorífica

UN BEBÉ QUE LLORABA

(México)

Hay ocasiones en las que el llanto significa más que alegría o tristeza. Este es uno de esos casos porque el llanto era el único recuerdo que tenían de su hermana, un bebe que lloraba cuando ellos subieron a un tren en la estación de Francia. Los más pequeños ni siquiera recordaban que se llamaba Lolita por lo que ese llanto era el persistente eco de una pieza que le faltaba al puzle de los hermanos Melo Pinilla. Eran Manuel, Andrés, Carmela, José, Salvador, Luisa, Fernanda y un bebe que lloraba. Así fue desde 1937 hasta 1984. El protagonista de este relato es ese bebe que lloraba en 1937 y que tuvo que esperar 50 años para descubrir su verdadera historia y la existencia de sus hermanos.

Se llama Dolores, aunque todo el mundo la llama Lolita, mucho más adecuado para un carácter alegre tan alejado del presagio que parecía anunciar su nombre de bautizo. Dolores Melo Pinilla es hija de Manuel Melo y Fernanda Pinilla. Mis abuelos eran oriundos del Poniente granadino, de la comarca de Loja: él, de Huétor Tajar y ella, de Salar de Loja. De ahí habían salido con dirección a Málaga para mejorar su trabajo de jornal en el campo. La fértil vega del río Genil, golpeada en la segunda mitad del siglo XIX por alzamientos de jornaleros y a principios del XX por cambios de manos de las fincas y censos tras la muerte de Eugenia de Montijo, se quedaba pequeña para este joven matrimonio que experimentaba la primera migración familiar, sin saber que el camino iniciado volvería a repetirse mucho más lejos.

Fotografía del bebé que lloraba, Lolita. Año 1937.

En la calle Molinillo del Aceite de la capital malagueña nacieron sus cinco primeros hijos: Manuel, Andrés, Carmen, José y Salvador. En 1933 llegaron a Barcelona gracias al trabajo de Manuel en los ferrocarriles y en esta ciudad nacieron sus tres últimas hijas: Fernanda en 1933, Luisa en 1935 y Dolores el 21 de febrero de 1937. La familia se ve sorprendida en 1936 por el estallido de la Guerra Civil en la que Barcelona se convierte en uno de los bastiones republicanos. La ciudad vivió bombardeos, fusilamientos y restricción de alimentos: una difícil situación para criar a ocho hijos. Un panorama dantesco para estos pequeños que en sus memorias de infancia recordaban los fusilamientos en la playa, complejos recuerdos para unos niños de 11 y 10 años[1].

Manuel Melo.

Fernanda Pinilla [2].

[1] En la narración de sus vivencias en Barcelona, Manuel y Andrés, los dos hermanos mayores, han contado a sus hijos en diversas ocasiones como iban a la playa y se escondían para ver los fusilamientos porque después los casquillos recogidos de entre la arena les servían para jugar. Estas historias de infancia han sido recopiladas por Marco Antonio Melo Palacios, hijo de Salvador Melo Pinilla, llegado a México con 4 años, preocupado siempre por conocer sus raíces y mantener la memoria familiar. (N.A.)

[2] Fuente: archivo familiar. Cabe destacar que de Manuel solamente se conserva esta fotografía mientras que de la madre el archivo familiar conserva tres fotografías: una llevada a México por su hija Carmela y dos que provienen de las hermanas Luisa y Fernanda que se quedan en Barcelona, aunque se trasladan a Andalucía en los años 40, quedando al cuidado de familiares. (N.A.)

Desde el estallido de la Guerra Civil, distintos comités de apoyo a la República se organizaron para realizar evacuaciones oficiales de manera que los niños no presenciaran los terribles sucesos que acaecían en España. Así infantes españoles llegan a distintos países en un número muy dispar: Francia casi 20.000, Inglaterra unos 4000, Bélgica en torno a 5000, la Unión Soviética 2900 a lo largo de cuatro expediciones, Holanda Suiza y Dinamarca unos 1000 y, finalmente, México un pequeño grupo de 456. Este grupo, el más pequeño para la historia, es, sin embargo, el más importante para nuestra familia porque marcará su destino: el de los que se van y el de los que se quedan, como sucede en todo relato de migración.

Las noticias de estas evacuaciones de niños eran conocidas en Barcelona, pero eran separaciones difíciles de afrontar. El padre de familia, trabajador en el departamento de máquinas de la Estación de Francia, veía estos exilios y su crudeza descarnada. Sin embargo, ante la difícil situación que se vivía en el inicio de 1937, Manuel y Fernanda decidieron mandar a sus hijos a México en una expedición financiada por el Comité Iberoamericano de Ayuda al Pueblo Español que, en contacto con el Gobierno de la República, organizaba desde Barcelona el servicio de evacuación de republicanos españoles. La expedición se desarrolla a través del Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español creado en México por distintas damas de la alta sociedad, destacando entre ellas Amalia Solórzano Bravo, mujer del general Lázaro Cárdenas del Río quien fuera presidente de México entre 1934 y 1940. Esta organización ofrecía una acogida temporal para estos niños auspiciada por el propio presidente, destacado en su acogida de exiliados españoles, por lo que el destino definitivo del contingente será la localidad de Morelia, capital del estado de Michoacán en el que Cárdenas había nacido en 1895 y cuyo gobierno estatal ostentó entre 1928 y 1930.

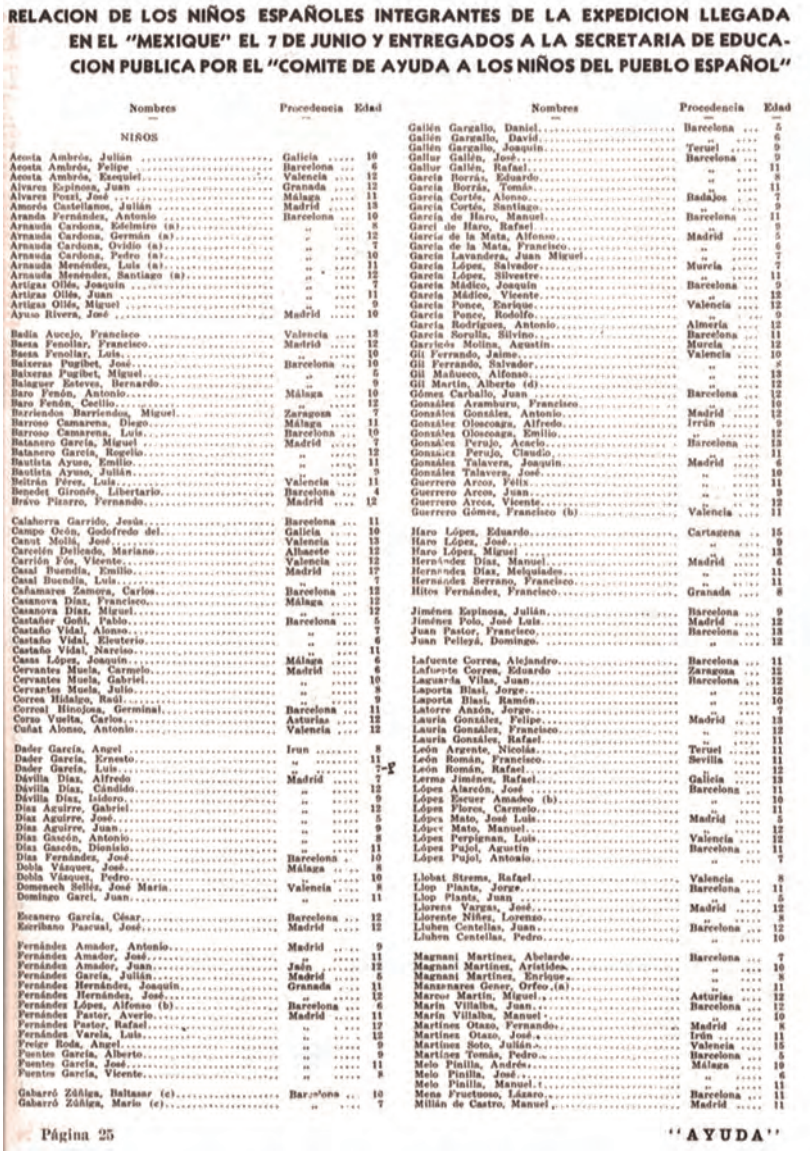
Como muchos otros padres, Manuel y Fernanda pensaron que México sería la mejor opción para sus hijos. Es cierto que era el país más alejado de España, pero al menos hablaban castellano y los niños podrían entenderse y manejarse en un nuevo entorno. Parecía una estancia más amable que la opción rusa, donde el idioma y el clima asustaba a los padres. Además, aunque México estuviera al otro lado del charco era una acogida temporal, casi como irse de colonias. A fin de cuentas, serían sólo unos meses hasta finalizar la guerra. Eso pensaron Manuel y Fernanda. Eso necesitaban creer todos los padres para soportar la separación.

Tras informarse de los requisitos establecidos para participar en la expedición vieron que solamente los cinco hijos mayores podrían embarcarse: Manuel de 11 años, Andrés de 10, Carmen de 8, José de 6 y Salvador de 4. Se habían establecido los cuatro años como edad mínima para inscribir a los niños por lo que serían ellos los que formarían parte del grupo que más tarde se llamaría "Niños de Morelia". Eran los cinco que habían llegado con ellos a una Barcelona que vivía ahora los rigores de la Guerra Civil y que, a su corta edad, vivirían su segunda migración, esta vez exterior y definitiva.

El grupo de niños se organizó en Barcelona. Hasta allí llegaron pequeños de otras partes de España (Madrid, Valencia, País Vasco, Andalucía, Aragón, Galicia, etc.) que finalmente partieron de la Estación de Francia el 27 de mayo de 1937 con dirección a Burdeos. Manuel y Fernanda habían dejado en ese tren a cinco hijos que no comprendían muy bien qué estaba pasando. Al menos los pequeños a los que ese viaje en tren les parecía una excursión una excursión emocionante. Ya adulta, Carmela recordaba que en ese trayecto a Burdeos les dieron pan y una naranja, algo que difícilmente habían visto antes en la mesa familiar por lo que ese viaje rápidamente se convirtió para los pequeños en algo más emocionante que el día de Reyes. Sin embargo, los dos hermanos mayores eran plenamente conscientes de lo que significaba. Para Manuel y Andrés no existieron juegos infantiles, sino que, con la velocidad a la que obligan las circunstancias, se convertirían en guardianes de sus hermanos, cuidadores improvisados que olvidaron apresuradamente que ellos también eran niños que necesitaban cuidado.

Rápidamente el sentimiento de aventura se desvaneció para los hermanos Melo Pinilla, teniendo lugar una separación que bien podemos calificar de dramática. El hermano más pequeño, Salvador, que salió de Barcelona con cuatro años, enfermó durante el viaje a Francia y se le negó el embarque, por lo que tuvo que quedarse en Burdeos hasta su curación. Allí lo encontró una señora, madre de Francisco Nebot, que iba buscando a su hijo, y que al marcharse para México se lo llevó para que se encontrara con sus hermanos[3]. Imaginarse esta situación desgarra el alma: un pequeño que se queda solo y cuatro niños más que prosiguen su camino.

[3] Ella se quedó trabajando como cocinera en el internado, pero su hijo Francisco murió poco después de su llegada. (N.A.)



RELACION DE LOS NIÑOS ESPAÑOLES INTEGRANTES DE LA EXPEDICION LLEGADA EN EL "MEXIQUE" EL 7 DE JUNIO Y ENTREGADOS A LA SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA POR EL "COMITE DE AYUDA A LOS NIÑOS DEL PUEBLO ESPAÑOL"

Nombres	Procedencia	Edad
NIÑOS		
Acosta Ambrós, Julián	Galicia	10
Acosta Ambrós, Felipe	Barcelona	6
Acosta Ambrós, Ezequiel	Valencia	12
Alvares Espinosa, Juan	Granada	12
Alvares Pozzi, José	Málaga	11
Amorós Castellanos, Julián	Madrid	13
Aranda Fernández, Antonio	Barcelona	10
Arnauda Cardona, Edelmiro (a)	"	8
Arnauda Cardona, Germán (a)	"	12
Arnauda Cardona, Ovidio (a)	"	7
Arnauda Cardona, Pedro (a)	"	10
Arnauda Menéndez, Luis (a)	"	11
Arnauda Menéndez, Santiago (a)	"	12
Artigas Ollés, Joaquín	"	7
Artigas Ollés, Juan	"	11
Artigas Ollés, Miguel	"	9
Ayuso Rivera, José	Madrid	10
Badía Aucejo, Francisco	Valencia	12
Baeza Fenollar, Francisco	Madrid	12
Baeza Fenollar, Luis	"	10
Baixeras Pugibet, José	Barcelona	10
Baixeras Pugibet, Miguel	"	5
Balaguer Esteves, Bernardo	"	9
Baro Fenón, Antonio	Málaga	10
Baro Fenón, Cecilio	"	12
Barriendos Barriendos, Miguel	Zaragoza	7
Barroso Camarena, Diego	Málaga	11
Barroso Camarena, Luis	Barcelona	10
Batanero García, Miguel	Madrid	7
Batanero García, Rogelio	"	12
Bautista Ayuso, Emilio	"	11
Bautista Ayuso, Julián	"	9
Beltrán Pérez, Luis	Valencia	11
Benedet Gironés, Libertario	Barcelona	4
Bravo Pizarro, Fernando	Madrid	12
Calahorra Garrido, Jesús	Barcelona	11
Campo Ocón, Godofredo del	Galicia	10
Canut Molló, José	Valencia	13
Carcelén Delicado, Mariano	Albacete	12
Carrión Fós, Vicente	Valencia	12
Casal Buendía, Emilio	Madrid	17
Casal Buendía, Luis	"	7
Cañamares Zamora, Carlos	Barcelona	12
Casanova Díaz, Francisco	Málaga	12
Casanova Díaz, Miguel	"	12
Castañer Gofil, Pablo	Barcelona	5
Castaño Vidal, Alonso	"	7
Castaño Vidal, Eleuterio	"	9
Castaño Vidal, Narciso	"	11
Casas López, Joaquín	Málaga	6
Cervantes Muela, Carmelo	Madrid	6
Cervantes Muela, Gabriel	"	10
Cervantes Muela, Julio	"	8
Correa Hidalgo, Raúl	"	9
Corroal Hinojosa, Germinal	Barcelona	11
Corzo Vuelta, Carlos	Asturias	12
Cuñat Alonso, Antonio	Valencia	12
Dader García, Angel	Irun	8
Dader García, Ernesto	"	11
Dader García, Luis	"	7-[illegible]
Dávilla Díaz, Alfredo	Madrid	7
Dávilla Díaz, Cándido	"	12
Dávilla Díaz, Isidoro	"	9
Díaz Aguirre, Gabriel	"	12
Díaz Aguirre, José	"	5
Díaz Aguirre, Juan	"	9
Díaz Gascón, Antonio	"	8
Díaz Gascón, Dionisio	"	11
Díaz Fernández, José	Barcelona	10
Doblá Vázquez, José	Málaga	8
Doblá Vázquez, Pedro	"	10
Domenech Bellés, José María	Valencia	8
Domingo Garci, Juan	"	11
Escanero García, César	Barcelona	12
Escribano Pascual, José	Madrid	12
Fernández Amador, Antonio	Madrid	9
Fernández Amador, José	"	11
Fernández Amador, Juan	Jaén	12
Fernández García, Julián	Madrid	5
Fernández Hernández, Joaquín	Granada	11
Fernández Hernández, José	"	12
Fernández López, Alfonso (b)	Barcelona	6
Fernández Pastor, Averio	Madrid	11
Fernández Pastor, Rafael	"	17
Fernández Varela, Luis	"	12
Freige Roda, Angel	"	9
Fuentes García, Alberto	"	9
Fuentes García, José	"	11
Fuentes García, Vicente	"	8
Gabarró Zúñiga, Baltasar (c)	Barcelona	10
Gabarró Zúñiga, Mario (c)	"	7

Nombres	Procedencia	Edad
Galién Gargallo, Daniel	Barcelona	5
Galién Gargallo, David	"	6
Galién Gargallo, Joaquín	Teruel	9
Gallur Galién, José	Barcelona	9
Gallur Galién, Rafael	"	11
García Borrás, Eduardo	"	8
García Borrás, Tomás	"	11
García Cortés, Alonso	Badajoz	7
García Cortés, Santiago	"	9
García de Haro, Manuel	Barcelona	11
Garci de Haro, Rafael	"	9
García de la Mata, Alfonso	Madrid	5
García de la Mata, Francisco	"	6
García Lavandera, Juan Miguel	"	7
García López, Salvador	Murcia	7
García López, Silvestre	"	11
García Mádico, Joaquín	Barcelona	9
García Mádico, Vicente	"	13
García Ponce, Enrique	Valencia	12
García Ponce, Rodolfo	"	9
García Rodríguez, Antonio	Almería	12
García Sorulla, Silvino	Barcelona	11
Garrigós Molina, Agustín	Murcia	12
Gil Ferrando, Jaime	Valencia	10
Gil Ferrando, Salvador	"	8
Gil Mañueco, Alfonso	"	13
Gil Martín, Alberto (d)	"	12
Gómez Carballo, Juan	Barcelona	12
Gonzáles Aramburo, Francisco	"	10
Gonzáles Gonzáles, Antonio	Madrid	12
Gonzáles Gloscoaga, Alfredo	Irún	9
Gonzáles Gloscoaga, Emilio	"	12
Gonzáles Perujo, Acacio	Barcelona	13
Gonzáles Perujo, Claudio	"	11
Gonzáles Talavera, Joaquín	Madrid	6
Gonzáles Talavera, José	"	10
Guerrero Arcos, Félix	"	11
Guerrero Arcos, Juan	"	9
Guerrero Arcos, Vicente	"	12
Guerrero Gómez, Francisco (b)	Valencia	11
Haro López, Eduardo	Cartagena	15
Haro López, José	"	9
Haro López, Miguel	"	13
Hernández Díaz, Manuel	Madrid	6
Hernández Díaz, Melquiades	"	11
Hernández Serrano, Francisco	"	11
Hitos Fernández, Francisco	Granada	8
Jiménez Espinosa, Julián	Barcelona	9
Jiménez Polo, José Luis	Madrid	12
Juan Pastor, Francisco	Barcelona	13
Juan Pellejá, Domingo	"	12
Lafuente Correa, Alejandro	Barcelona	11
Lafuente Correa, Eduardo	Zaragoza	13
Laguarda Vilas, Juan	Barcelona	12
Laporta Blasi, Jorge	"	12
Laporta Blasi, Ramón	"	10
Latorre Anzón, Jorge	"	7
Lauria González, Felipe	Madrid	13
Lauria González, Francisco	"	12
Lauria González, Rafael	"	11
León Argente, Nicolás	Teruel	11
León Román, Francisco	Sevilla	11
León Román, Rafael	"	12
Lerma Jiménez, Rafael	Galicia	13
López Alarcón, José	Barcelona	11
López Escuer Amadeo (b)	"	10
López Flores, Carmelo	"	13
López Mato, José Luis	Madrid	5
López Mato, Manuel	"	12
López Perpiñan, Luis	Valencia	13
López Pujol, Agustín	Barcelona	11
López Pujol, Antonio	"	7
Llobat Strems, Rafael	Valencia	8
Llop Planta, Jorge	Barcelona	11
Llop Planta, Juan	"	5
Llorens Vargas, José	Madrid	12
Llorente Niñez, Lorenzo	"	8
Lluben Centellas, Juan	Barcelona	12
Lluben Centellas, Pedro	"	10
Magnani Martínez, Abelardo	Barcelona	7
Magnani Martínez, Aristides	"	10
Magnani Martínez, Enrique	"	8
Manzanares Gener, Orfeo (a)	"	11
Marcos Martín, Miguel	Asturias	12
Marín Villalba, Juan	Barcelona	12
Marín Villalba, Manuel	"	10
Martínez Otazo, Fernando	Madrid	8
Martínez Otazo, José	Irún	11
Martínez Soto, Julián	Valencia	15
Martínez Tomás, Pedro	Barcelona	5
Melo Pinilla, Andrés	Málaga	10
Melo Pinilla, José	"	6
Melo Pinilla, Manuel	"	11
Mena Fructuoso, Lázaro	Barcelona	11
Millán de Castro, Manuel	Madrid	11

Página 25

"AYUDA"

Relación de niños españoles integrantes de la expedición llegada en el buque *Mexique* al puerto de Acapulco el día 7 de junio de 1937[4].

[4] Fuente: Archivo Ministerio Asuntos Exteriores (JARE Caja M. 221). En esta página figuran los varones a los que habría que unir a Carmen Melo Pinilla de 8 años. No llega en el *Mexique* Salvador Melo Pinilla que por razones de salud tendrá que quedarse en Burdeos unos meses. (N.A.)

El 7 de junio de 1937, el grupo de niños que salió de Burdeos a bordo del vapor de bandera francesa *Mexique* llegó a Veracruz, tras una breve escala en La Habana. Desde Veracruz, donde recibieron una calurosa bienvenida de la que dan testimonio los periódicos de la época, fueron trasladados primero a la Ciudad de México para llegar el día 10 de junio a su destino final: la ciudad de Morelia (Michoacán). Esta localidad sería su casa durante los primeros años, residiendo en la Escuela Industrial España-México, que ocupaba antiguos espacios de seminario que se acondicionaron para escuela y residencia de niños y niñas.

Fichas elaboradas por el Comité de Ayuda al Niño Español correspondientes a los hermanos Manuel, Andrés, Carmen y José llegados el 7 de junio de 1937 a Veracruz[5].

[5] Fuente: archivo familiar. El descuido en la custodia documental provocó que la investigación de Marco Antonio Melo Palacios encontrara estas fichas en la basura en el momento de su consulta en la Escuela España-México, hoy transformada en centro de enseñanza secundaria. Por ello, estos documentos pasaron al archivo familiar. (N.A.)

Mis abuelos Manuel y Fernanda, como tantos padres, se quedaron en el andén observado cómo se alejaba el tren, viendo cómo se marchaban sus hijos y volvieron a su casa. Su hogar acostumbrado al bullicio propio de ocho hijos estaba en silencio, un silencio que recordaba que en esa casa nunca volverían a ser diez. Un silencio que no era capaz de acallar el recuerdo de las voces de los hijos que nunca volverían a ver. Muy pocos volvieron a ver a sus hijos, ya que solo un 15% de los niños de Morelia regresaron tras el fin de la Guerra Civil. Manuel y Fernanda nunca más verían a sus cinco hijos mayores porque al finalizar la guerra, el régimen franquista entendió que estos niños eran todos hijos de republicanos, al partir el grupo de Barcelona y no los reconocieron porque si bien eran hijos de sus padres, no eran hijos de España[6]. Así, la separación temporal se convirtió en un exilio definitivo.

El dolor por la separación hizo mella en Fernanda. Recibir escasas cartas, todas ellas revisadas y censuradas, no era suficiente para el corazón de una madre y fallece en torno a 1940, dejando a su marido al cargo de tres pequeñas hijas, dos de las cuales (Fernanda y Luisa) son enviadas con la familia a Málaga. Manuel se quedará en Barcelona con la más pequeña, Lolita, manteniendo un trabajo que trata de poner un trozo de pan en la mesa. Estas historias que a muchos nos parecen sacadas de cuentos de Dickens sucedieron hace no tanto tiempo en nuestro país y las vivieron personas cuya memoria todavía permanece. En una cruda posguerra vivir era verdaderamente complicado y la pequeña Lolita de cuatro años buscaba comida en la calle hasta que unos vecinos se ofrecieron a cuidarla ya que ellos no tenían hijos. Este cuidado temporal se convirtió en definitivo cuando su padre Manuel, cuya situación había mejorado y se había vuelto a casar, retorna a buscar a su hija. El miedo a que se la llevara hizo que Isabel y Félix, el matrimonio que la había acogido, huyeran llevándosela a Toro, localidad zamorana en la que vivieron antes de irse a Barcelona. Así, el bebé que lloraba cuando sus hermanos se marcharon a México se esfumó de nuevo en la memoria de la familia. Su padre Manuel no sabía donde buscarla, sus hermanos en México y Málaga tampoco y su recuerdo se transformó en algo cercano a un fantasma. Era la historia familiar que todos recordaban. Era la

[6] Testimonios expresados por niños de Morelia en el documental de Fernando Villaseñor. (N.A.)

Collage familiar[7].

hermana a la que ni siquiera ponían rostro pero que colocaban en el collage familiar manteniendo un lugar que tardaría décadas en materializarse.

Lolita, como Dolores Gato Ramos, llega a Toro con unos 10 años, totalmente ajena a su origen y su historia. Allí empezará a pesar de que hay algo que desconoce. Con la crueldad que a veces tienen las palabras infantiles empezó a descubrir que los que consideraba sus familiares la llamaban "prima de paja" y aunque preguntó a la que pensaba era su madre a qué se referían nunca obtuvo respuesta. En 1965 decide contraer matrimonio con mi padre, Dionisio Diéguez Gallo, natural de Toro. Al acudir al registro para

[7] Fuente: archivo familiar. Este collage es un testigo claro de la vivencia de los Melo Pinilla y fue elaborado por los hermanos que se fueron a México. Nunca podría haberse dado en sentido histórico, pero es el testigo emocional de los lazos invisibles. Utilizando fotografías conservadas de los padres y los siete hermanos mayores compusieron esta imagen en la que también se colocó la foto de una pequeña niña que, si bien no correspondía con la imagen de su hermana perdida, ocupaba su lugar haciendo presente al bebé que lloraba cuando se fueron a México. (N.A.)

obtener la documentación pertinente descubre que aparece como Dolores Melo Pinilla sin que se haya registrado ninguna anotación de adopción por lo que eso significaba que sus documentos estaban falsificados. Para mantener la legalidad de la unión volvió a usar los apellidos que figuraban en el registro de nacimiento, Melo Pinilla, no sin preguntar insistentemente a sus "padres" qué significaba todo aquello.

Silencio. Solamente silencio fue la respuesta. Aunque ese silencio no ahogaba las preguntas interiores: ¿quién soy?, ¿seguirán vivos mis padres biológicos?, ¿tendré hermanos?, ¿podría buscar información? La negativa de Isabel a proporcionar cualquier dato hizo que estas preguntas fueran solamente un eco interno ajeno a que estas mismas preguntas surgían a este y aquel lado del Atlántico.

El resto de los hermanos Melo Pinilla estaban en contacto. Los que formaron parte del grupo de Niños de Morelia crecieron juntos hasta el cierre de la escuela a mediados de los años 40, momento en que los hermanos mayores entraron a trabajar y los pequeños fueron acogidos por distintas familias. Las dos hermanas que se quedaron en Málaga al cuidado de familiares sabían de ellos a través de cartas y, con el tiempo, llamadas de teléfono y viajes. Sin embargo, aquel bebe que lloraba había desaparecido. La alegría de formar nuevas familias y del nacimiento de la nueva generación de los Melo no hizo olvidar a la hermana perdida que se convirtió en una historia familiar recurrente que sorprendía a todo aquel que la escuchaba. Justo eso sucedió en la Navidad de 1983 cuando un familiar de Jesús López, esposo de Fernanda Melo, escuchó en Córdoba la historia y se ofreció a encontrar a esta hermana perdida a través de un detective privado. La labor de investigación fue rápida ya que, al haber vuelto a utilizar sus apellidos, Dolores Melo Pinilla apreció en Toro en la primera búsqueda realizada.

¡Ha aparecido tu hermana! Cuatro palabras que se repitieron en muchas casas a lo largo del mes de marzo de 1984.

La primera toma de contacto de Lolita con sus hermanos sucedió a principios de abril de 1984 cuando Fernanda Melo la llamó por teléfono desde Córdoba Esa llamada fue respondida por mi padre, Dionisio, que, sorprendido, preparó a una sobresaltada esposa

para el primer contacto con sus hermanos. La primera conversación entre Lolita y Fernanda fue breve y de pocas palabras. No por no saber qué decirse sino porque las lágrimas no permitían articular palabra. Demasiadas emociones, demasiado tiempo: las lágrimas de la despedida se repetían en el reencuentro. Se dieron unos minutos para calmarse a al poco rato una segunda llamada anunciaba que la familia cordobesa tenía las maletas en el coche y que viajaban a Toro inmediatamente. Se vieron por primera vez a la entrada de Toro, en la antigua carretera nacional que une Zamora y Tordesillas. Allí, Lolita acompañada por su marido y su pequeña hija esperaban. Los ojos que volvían a mirar al horizonte, no para despedir sino para recibir a su hermana. El primer reencuentro con sus hermanos, al que seguirían las cartas y las llamadas con los que estaban en México. Sin embargo, la alegría del reencuentro no fue completa porque en 1984 dos hermanos habían fallecido. Luisa, que se trasladó a México con sus hermanos a principios de los cincuenta, y Salvador, solo unos pocos meses antes de que se encontrara a Lolita.

El momento más significativo del reencuentro familiar se produjo en 1989 cuando mi madre viajó a México. Fuimos mi padre, mi madre y yo junto con mi tía Fernanda. Era la primera vez que la familia se reunía. Ese collage pretendido podía transformarse en una imagen real. Yo era necesario volver a imaginar al bebe que lloraba porque estaba allí. Las escenas que se vivieron en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México fueron impresionantes. Más de 40 personas entre hijos, nietos y demás familiares que esperaban a los que llegaban de España. Una distancia que desapareció en un instante y que nunca volvió a aparecer a pesar del océano que nos separa porque, maravillas de la genética, hasta la risa de los hermanos tiene el mismo timbre.

Como la de todos los Niños de Morelia y la de todos los migrantes, nuestra historia es una historia de separaciones. Una historia en la que la familia ha estado dividida por un mar que bien recuerda las lágrimas de esos padres que vieron a sus hijos marchar. Pero nuestra historia también son reencuentros en los que la familia Melo ha podido volver a disfrutar junta. Desde 1989, muchos de los hermanos Melo han venido a España y nosotros también hemos regresado a México.

Reencuentro de los hermanos Melo Pinilla en el Aeropuerto Internacional de Ciudad de México. 1989.

En la memoria permanece siempre el sacrificio de Manuel Melo y Fernanda Pinilla, aquellos padres que mandaron a sus hijos a México para asegurarse de que se salvaban de la guerra. Abuelos que nunca conocieron a sus nietos, pero cuyo sacrificio aseguró nuestra existencia. La semilla de los cinco niños de Morelia que llegaron en 1937 ha crecido, se ha multiplicado ha sido fructífera y nos permite caminar prácticamente toda la República mexicana desde Chiapas a Ciudad Juárez pasando por Puebla, Querétaro, ciudad de México y Morelia destino de estos niños y todavía raíz de muchos de ellos. Así, el bebé que lloraba descubrió que la soledad de su infancia era la raíz de un enorme árbol que hunde su camino a ambos lados del Atlántico. Quiero mencionar sus ramas porque ellos son nuestra memoria viva: Manuel Melo, su hija Adriana y sus nietos Ricky, Juan Pablo y Daniel. Andrés Melo, su hija Luisa Fernanda y su nieta Andrea. Carmen Melo, sus hijos Raymundo, Jorge, Alejandro, Isabel y Andrés y sus nietos Elisa, Regina, Jorge, Alejandro, Alejandra, Ana Luisa, María Fernanda, Manuel, Andrea y Adriana. José Melo, sus hijas Piti y

Rocío y sus nietos Arturo y Luisa. Salvador Melo, sus hijos Fernando, Marco Antonio, Giovanni, Sandra, Maricarmen y sus nietos Fernando, Mariana, Mercedes, Salvador, Marco, Xanath, María Fernanda, Giovanni, Gustavo, Nancy, Carmen María, Paulina y Juan Pablo. Luisa Melo. Fernanda Melo, sus hijos Manuel, Fernando y María Teresa y sus nietos Jesús, Fernando, y Marta. Dolores Melo y su hija María.

Sirva esta remembranza familiar como agradecimiento nunca suficiente a México: al general Cárdenas y su esposa, al pueblo de Morelia y a todas las familias que acogieron y ayudaron a estos niños. Sin querer opacar las voces de los protagonistas, extendiendo con este relato familiar un agradecimiento a México.

Sirva este relato como homenaje a Manuel Melo y Fernanda Pinilla, mis abuelos.

Sirva de abrazo a mis tíos Manuel, Andrés, Carmela, Pepe, Salvador, Luisita y Fernandi que ya “se nos adelantaron” y que supieron mantener la memoria y el amor a esa hermana perdida pero nunca olvidada.

Sirva, finalmente, de regalo a mi madre Lolita que siempre ha esperado. Espera para saber su historia, espera para conocer el rostro de sus padres, espera para encontrar a sus hermanos. De todas sus esperas solo una puedo zanjar: contar su historia, la historia de un bebé que lloraba.

Mosaico fotográfico con los retratos de los hermanos Melo.

Helena González

Mención honorífica

APUNTES PARA UNA HISTORIA FAMILIAR

(Venezuela)

Recordar, del latín recordari, de re (de nuevo) y cordis (corazón), es renovar lo vivido, tener a alguien presente en la memoria, regresar al corazón... En nuestro caso, más que invitar a vivir el pasado o en el pasado, invitamos a un viaje de familia, en familia, sabiendo también que la memoria inventa y esconde. Pero, primero, a manera de introducción, una mínima y necesaria referencia histórica porque...

LA POLÍTICA TAMBIÉN IMPORTA

¿De dónde venimos? Emigrar es siempre o casi siempre un acto al que uno es empujado como medida de sobrevivencia. En el origen, como siempre, una pareja, en este caso conformada por Vicente González-Román de las Heras[1] y Luisa Aznar Mira[2]. Vivían en Madrid y tuvieron cuatro hijos, guapos todos: Vicente, José (Pepe), Enrique y Alfonsita o Quica (siempre prefirió que la llamaran así, aunque fue inscrita como Alfonza porque es un nombre que no soporta). Cuando su padre murió, en 1933, José tenía 15 años, Enrique 12 y Alfonsita 8. Vicente, el hermano mayor, había fallecido dos años antes, cuando apenas contaba 16 años.

[1] 17/11/1876, Lillo (Toledo)-22/12/1933, Madrid. (N.A.)

[2] 06/10/1888, Madrid-14/12/1984, Caracas (Venezuela) (N.A.) Algunas fotografías de este relato no han podido ser reproducidas debido a su escasa calidad. (N.E.)

De izquierda a derecha, Vicente (17/04/1915-1931), José —Pepe— (12/02/1918-20/03/2010), Enrique (24/11/1900-27/03/2011) y Alfonsita (11/04/1926).

Estos tres últimos se casaron respectivamente con Joaquina Cuello (Joaqui), Carmen Tomás, y Juan Vizcaíno.

Pepe y su esposa Joaquina Cuello —Joaqui— (21/05/1917-23/01/2015).

Alfonsita y su esposo Juan Vizcaíno (20/04/1914 - 22/11/1989).

Boda de Enrique y Carmen Tomás (9/03/1921-9/01/1976).

Siendo estos aún muy jóvenes se produjo el "levantamiento" de Franco, el golpe de Estado que desencadenó la guerra civil. Evento que marca de manera fundamental desde su origen hasta el día de hoy la conformación y el desarrollo de esta rama familiar. Sobre los acontecimientos que se vivieron en ese tiempo se conserva en muy buen estado una interesante y curiosa documentación que vale la pena conocer. Por cierto, algunos de esos papeles los vi por primera vez hace muy pocos años, y ni sabía que existían. Lo que vale destacar en esta nota es que el desarrollo de la guerra obligó a Pepe, a Joaquina y a Juan a dejar España en un largo exilio que los llevó primero a Francia y luego a América. José y Joaquina, después de algo más de un año en Francia pudieron migrar primero a República Dominicana y luego a Venezuela, mientras que Juan que seguía en Francia al comenzar la segunda guerra, se incorporó a la resistencia francesa en la lucha contra los nazis, fue hecho prisionero por los alemanes y trasladado al campo de concentración de Mauthaussen de donde fue liberado al final de la guerra para unos años después ir a Venezuela. Mientras tanto Luisa, Enrique —primero solo, luego ya casado con Carmen— y Alfonsita, siempre en Madrid, al terminar la guerra civil en 1939 vivieron las penurias de la posguerra.

Pepe y Joaqui (mis padres) llegaron en 1945 a Venezuela, país que entonces estrenaba democracia. Yo nací a los pocos meses de su llegada. Asentada su vida en Caracas se hizo posible reanudar los lazos entre los que se fueron y los que se quedaron, y así la correspondencia, cartas de ida y vuelta, permitieron reanudar la relación familiar. A través de ese medio se fue organizando entonces el reencuentro del grupo familiar, por turno: primero la abuela (Luisa), después Enrique y Carmen, luego Alfonsita (que en Venezuela se casó con Juan).

Alfonsita, Enrique y Carmen, en el tren, para despedir a Luisa que partía a Venezuela desde Cádiz, con escala en Curaçao.

NAVIERA AZNAR, SOCIEDAD ANONIMA - BILBAO
Buque MONTE ARNAZA Viaje N.º 24
De CADIZ Para CURACAO
Fecha de salida 22 MAYO 1947 Billete N.º 3
NOMBRES DE LOS PASAJEROS | CABINA | LITERA | IMPORTE DEL PASAJE
Doña Mª Luisa Aznar | 6 | H | 5.000
Otros conceptos
TOTAL PAGADO 5.000
(Para uso del Billete que deberá conservar el pasajero)
CLASE UNICA CAMARA

Boleto del pasaje hacia Venezuela.

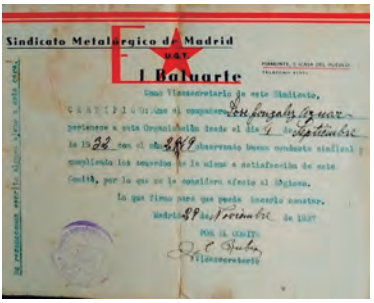
Dos hechos sucedieron muchos años después, en España y en Venezuela, que nos traen hasta el día de hoy. El primero, una vez que llegó a su fin la dictadura en España —dictadura que murió de vieja, 40 años después del golpe que condujo a la guerra civil— se abrió un proceso de revisión que permitió a los exiliados recuperar su condición de ciudadanos españoles, con reconocimiento de todos sus derechos, así como la posibilidad de obtener la ciudadanía española para los hijos de los españoles en el exilio. También en el caso de Juan, la Alemania democrática decidió indemnizar a los sobrevivientes del holocausto nazi. Fue así como después de la muerte de Franco (noviembre de 1975), tanto Joaqui y Pepe —mis padres— como Alfonsita y Juan —mis tíos— hicieron varios viajes de vacaciones a España. No así la tía Carmen (que hubiera regresado encantada) pero murió en enero de 1976, y tampoco lo hizo después el tío Enrique, que lo fue dejando un día y otro día hasta que, como en la canción, “El abuelo un día se quedó dormido sin volver a España... “.

Esos viajes de ida vuelta sirvieron para conocer y re-conocer España, también para visitar otros lugares que permitieron ampliar horizontes. De esa primera generación, después de un tiempo, mientras procesos democráticos se consolidaban en España, Alfonsita y Juan decidieron regresar a vivir en Madrid.

El segundo hecho de relevancia para esta familia se produjo en Venezuela, cuando la nueva Constitución aprobada en 1999 permitió a los venezolanos acceder a la doble nacionalidad, una disposición que llegó acompañada de una nueva dictadura que crecía con fuerza en el país, haciendo que las condiciones de vida allí se tornaran cada vez más difíciles. Y así de nuevo acontecimientos políticos han hecho que los hijos de los hijos de España hayan tenido que emigrar.

EL EXILIO (1939-1945). MILITANCIA DE JUVENTUD

La temprana actividad política de Pepe, Joaquina y Juan (los tres eran militantes de las Juventudes Socialistas) hizo que se conocieran siendo muy jóvenes y que en 1936 quisieran luchar por la legalidad y la


Sindicato Metalúrgico de Madrid
U.G.T.
I Baluarte
Como Vicesecretario de este Sindicato,
CERTIFICO: Que el compañero Juan Gonzalez Aguilar
pertenece a esta Organización desde el día 1 de Septiembre
de 1932 con el nº 2869 observando buena conducta sindical y
cumpliendo los acuerdos de la misma a satisfacción de esta
Comité, por lo que se le considera afecto al Régimen.
Lo que firmo para que pueda hacerlo constar.
Madrid 29 de Noviembre de 1937
POR EL COMITÉ
El Vicesecretario

Afiliación sindical de Pepe.

libertad en que creían. Ella ya había vivido en un entorno muy politizado: su padre, fallecido en 1929, era funcionario de RENFE y había pertenecido al sindicato de ferroviarios; su madre, mujer muy combativa, era sastra (cosía uniformes militares) y estaba también afiliada al PSOE[3]. De los tres, Juan era el mayor. Trabajaba en un taller de fundición de metales que al parecer se dedicaba a la escultura. Se sabe que allí habían fundido un busto de Pablo Iglesias, el fundador del Partido Socialista.

Pepe, en junio de 1932, con apenas 14 años fue contratado como obrero "aprendiz ajustador" en ELECTRODO, empresa que fabricaba artefactos eléctricos para uso doméstico, contrato que por ser menor de edad tuvo que firmar su padre (y eso que ya antes había hecho

En Madrid, al empezar la guerra: Luisa (al centro, madre de Pepe, mi abuela), Alfonsita (mi tía) y Joaquina (a la derecha, mi madre).

[3] De mis abuelos maternos encontré registro en los archivos de la Fundación Pablo Iglesias. Allí aparece Joaquina Belmonte Gil como candidata a concejal en Madrid, por el Partido Socialista, en el período 34/36. Andrés Cuello, ferroviario, aparece dado de baja por defunción en 1929. (N.A.)

prácticas como peluquero, oficio que abandonó cuando le cortó una oreja a un cliente... cuento que siempre ha formado parte del folklore familiar). Más tarde recibió formación como ajustador mecánico y pertenecía al Sindicato Metalúrgico de Madrid y al Grupo Sindical Socialista de Obreros Metalúrgicos de Madrid.

Joaquina comenzó a trabajar en Madrid en la Dirección General de Seguridad (adscrita al Ministerio de la Gobernación) el 9 de octubre de 1936, con 19 años, nombrada provisionalmente auxiliar de oficinas de 3ª clase. Su contratación definitiva se formaliza en noviembre de 1937 (un contrato en pergamino, lleno de sellos y firmas).

Pepe y Joaquina ya eran novios cuando la guerra civil se desencadenó en España tras el fracaso parcial del golpe de Estado llevado a cabo por una parte de las fuerzas armadas liderada por Francisco Franco, jefe del Estado Mayor del Ejército desde mayo de 1935, contra el Gobierno de la Segunda República, el Frente Popular, una coalición electoral creada en enero de 1936 por los principales partidos de izquierda que ganó las elecciones celebradas el 16 de febrero de ese mismo año. Esas elecciones registraron la participación más alta (72,9%) de las tres elecciones generales que tuvieron lugar durante la Segunda República, lo que se atribuyó al voto obrero que no siguió las habituales consignas abstencionistas de los anarquistas.

Una de las primeras decisiones que tomó el nuevo gobierno fue alejar de los centros de poder a los generales cuya lealtad a la República se consideraba dudosa, sin embargo, esa política de traslados no sirvió para frenar la conspiración militar y el golpe que finalmente se produjo entre el 17 y el 20 de julio; más bien en algún caso, como el del general Franco, aumentó su rechazo al gobierno de Azaña por considerar su destino a Canarias como una degradación, una humillación y un destierro. Ese, dicen muchos libros, fue el origen de la contienda[4].

[4] El «bando nacional», como se identificaron los sublevados, estuvo organizado en torno a buena parte del alto mando militar, e integrado por Falange Española de orientación fascista: los carlistas, los monárquicos y otros grupos conservadores que sintieron peligrar su posición con la victoria en las urnas del Frente Popular que había ganado las elecciones. En las regiones menos industrializadas o primordialmente agrícolas, los sublevados también fueron apoyados por numerosos campesinos y obreros de firmes convicciones religiosas ante el acoso a la Iglesia católica y la persecución desatada por la izquierda nada más estallar el conflicto. Por su parte, el «bando

I. Sanatorio de Milicias Populares (S. R. I.)

Parte médico de Pepe.

Una vez producido el levantamiento militar comenzaron los intentos de toma de Madrid por parte del bando sublevado al que se enfrentaron jóvenes, casi niños, que se habían movilizado para integrar los primeros batallones de milicianos republicanos. Nunca habían tocado un fusil. Sin entrenamiento, escasos de armas, los que las tenían cargaban peines de apenas cinco balas que debían utilizar solo cuando tuvieran a corta distancia al enemigo, para no desperdiciarlas. En el frente de Madrid, con ellos, estaba Pepe. No tuvo ni tiempo de disparar. En el puerto de Somosierra, desde el campanario de la iglesia, fue alcanzado por dos disparos cuando trataba de acercarse para ayudar a un compañero que había caído delante de él. Pasaron varios días antes de que Joaquina —junto a los compañeros que avisaron que Pepe había sido herido— lo encontrara en el hospital, inconsciente. Hay una constancia del Sanatorio de Milicias Populares donde se registra que fue ingresado el 22 de julio (apenas a los dos días del levantamiento) presentando en el pulmón herida por arma de fuego. La Sección Motorizada del Partido Socialista deja constancia el 28 de noviembre de 1936 de un nuevo ingreso el 14 de octubre por una fístula como consecuencia de la primera intervención. Después, otro ingreso le mantiene hospitalizado por padecer cuerpo extraño en cavidad pleural desde el 25 abril al 30 de junio de 1937 cuando es dado de alta. Varias operaciones y muchos meses transcurrieron hasta que pudo recuperarse.

Como consecuencia del avance de las columnas franquistas sobre Madrid, y ante el peligro inminente de que la capital cayera en manos de los sublevados, se crea una Junta de Defensa de Madrid y el gobierno decide el 6 noviembre de 1936 trasladarse a Valencia. Allí

republicano», constituido en torno al gobierno, estuvo formado por el Frente Popular que se componía de una coalición de partidos republicanos: el Partido Socialista Obrero Español, los marxistas-leninistas del Partido Comunista además del Partido Sindicalista-POUM, de origen anarquista, y los nacionalistas de izquierda encabezados por Esquerra Republicana de Catalunya. Contaba también con el apoyo del movimiento obrero y los sindicatos UGT y CNT, y a última hora se había sumado el Partido Nacionalista Vasco, cuando las Cortes republicanas estaban a punto de aprobar el Estatuto de Autonomía para el País Vasco. (N.A.)

también se traslada Pepe que aún no se ha restablecido totalmente de las heridas recibidas.

Pero el 31 de octubre de 1937, ante el empuje del ejército franquista tras la toma y consolidación de Teruel, que amenazaba con romper territorialmente la zona republicana si finalmente lograba alcanzar el Mediterráneo, se decide un nuevo traslado del gobierno, esta vez a Barcelona, donde Pepe es enviado un tiempo a un sanatorio en la montaña, en la población de Nuria, para culminar su recuperación. Pepe, adscrito al batallón móvil de Carabineros, recibe la orden de traslado a Barcelona junto con la certificación del jefe del batallón en Valencia, acreditando su situación militar. Para ese momento, el cambio de sede del gobierno significó también para Joaquina la orden de trasladarse "con carácter forzoso" a Barcelona conservando el mismo cargo y sueldo.

Sin embargo, las esperanzas de que la capital catalana se convirtiera en un segundo Madrid ya no tenía sentido en 1939, ni por el estado del ejército ni por la situación de la retaguardia[5]. Con fecha 1º de febrero, habiendo dejado Barcelona y a punto de cruzar la frontera, Pepe recibe una constancia que emite el Comandante-Jefe del 20º Batallón Móvil de Carabineros, Destacamento de Camprodón, identificándolo como perteneciente a ese cuerpo, prestando servicio en la Presidencia del Consejo de Ministros.

Casi medio millón de personas cruzaron a Francia entre enero y febrero de 1939, atravesando a pie los Pirineos: milicianos, mujeres, niños y ancianos, algunos heridos y enfermos. Extenuados, envueltos en mantas para protegerse del frío, la montaña obligaba a dejar por el camino bultos improvisados con la poca ropa llevaban, algún recuerdo, las fotos familiares... un reguero amontonado a lo largo de la cuneta en un silencio que solo rompía el ruido de las pisadas, el paso de carruajes, los camiones que transportaban a los heridos, y los

[5] El Gobierno republicano ordenó la evacuación de Barcelona y abandonó el país, iniciándose una retirada masiva de población civil y fuerzas militares en dirección hacia la frontera francesa, cruzando los Pirineos hostigados por la aviación. Un episodio clave de esta guerra que acontece justo después de la caída de Barcelona en manos franquistas el 26 de enero de 1939 y se prolonga hasta el 10 de febrero, cuando el ejército franquista logra cerrar totalmente los diferentes puntos de tránsito en los Pirineos, de tal manera que los soldados republicanos no puedan volver a España para combatir. (N.A.)

aviones que cada tanto se acercaban para afinar mejor el tiro. Kilómetros de carretera llenaba esa marea humana que se dirigía a la frontera. Esa huida se conoció con el nombre de "La Retirada".

DE ESPAÑA A FRANCIA, 1939-1940

El exilio es desamparo emocional, "como el brusco final de un amor, es como una muerte que se sigue viviendo conscientemente"[6]: Me muero si me quedo pero me duele si me voy... Así fue para aquellos que formaron parte de la España peregrina. Para Pepe y Joaquina comenzó así el juntos caminar: Barcelona, luego Vic, Camprodón, Molló, después, montaña arriba, Prats-de-Molló... Al final, un campo de manzanos (sin manzanas, era invierno). Improvisación y desorden. Llegaron en aluvión. No había barracas, ni agua potable, ni cocina, ni enfermería, ni letrinas. Por todos lados alambradas, arena y playa. Se formaban filas en respuesta a los silbatos que anunciaban el reparto de porciones de pan que no alcanzaban para todos. Era febrero. En invierno, como techo el cielo, la arena como cama y como mesa. A la intemperie, el frío dolía, así como una nueva separación, la primera en tierra extraña: por aquí las mujeres y los niños, por allá los hombres.

Lo que quedó del "ejército" republicano acabó en los campos de la arena. Los hombres que lo integraban habían entregado sus armas en la frontera. A la intemperie, el frío calaba los huesos. Inhóspita arena, miraban las olas durante horas sin fin... El primer campo abierto en Francia fue el de Argelès-sur-Mer, sobre la playa, a 35 kilómetros de la frontera, rodeado de alambradas y custodiado por soldados senegaleses con bayoneta calada gritando: allez, allez, allez!

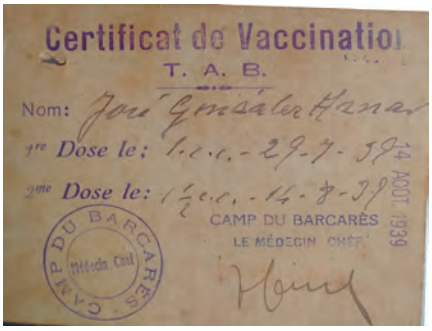
La guerra desde la mirada de una niña

> *"Esa guerra fue vivida por una niña desde los 10 hasta los 13 años. A esa edad la visión de la guerra no podía ser como la de un adulto que tomara parte en ella. Para mí, al principio, fue un juego más. Los niños del barrio nos hicimos un cucurucho de papel como sombrero, nos echamos una escoba al hombro y salimos a la calle a desfilar, cantando La Marsellesa o La*

[6] Julio Cortázar. "América Latina: exilio y literatura", El Nacional, Caracas, 13 de agosto de 1978, publicado en: Julio Cortázar (1984) Años de alambradas culturales, Muchnik Editores, S.A. Barcelona, España. (N.A.)

Internacional. Todo eso era emocionante y divertido, hasta que un día llegaron a casa Joaquina y algún otro amigo de mi hermano Pepe (que ya se había integrado en las Milicias que se formaron apoyando al gobierno de la República) para decirnos que quizás le habían herido en combate y no sabían nada de él, que estaba desaparecido. Y allá se fueron todos a buscar por hospitales, salas para curar a heridos y después hasta depósitos de cadáveres a ver si lo encontraban. No sé cuánto tiempo estuvieron buscando porque Pepe no aparecía. Al final, alguien llamó a Joaquina, que para entonces ya era para nosotros la novia de Pepe, porque habían encontrado a Pepe en un hospital y aunque muy mal herido, con un tiro de fusil en el brazo izquierdo y otro tiro en el pecho que le salió por la espalda, que según dijeron los médicos le intervino el pulmón, la pleura, el hígado y una costilla. En ese momento empezó a utilizar la primera de las siete vidas que dicen tienen los humanos... A pesar de la gravedad de las heridas pasó muchos meses en el hospital, pero al final se salvó, terminó la guerra y pasó a Francia donde fue internado en un campo de refugiados como tantos españoles que pasarían a Francia en aquella época. Poco tiempo después encontró a Joaquina y pudieron reunirse y un tiempo después embarcarse en un vapor que los llevó a la República Dominicana y allí empezaron a rehacer su vida" (Alfonsita, la tía Quica).

Al llegar a la entrada del campo, la mayoría de las mujeres y los niños eran conducidos en camiones o trenes hacia distintos pueblos del interior para ser alojados en improvisados refugios o en casas de familias dispuestas a acogerlos: en Francia, el Frente Popular en el poder tenía los mismos enemigos que los republicanos españoles: el fascismo y la Alemania nazi, lo cual generó en parte de la población una corriente de simpatía popular y solidaridad hacia la República española. Poco después se abrieron otros campos con algunas mínimas mejoras, barracas y letrinas, y la posibilidad de conseguir algún sustento como mano de obra o formando parte de los batallones de marcha, unidades militares bajo mandos franceses. Separados, Pepe fue llevado primero al campo


Certificat de Vaccination
T. A. B.
Nom:
1re Dose le: 29-7-39
2me Dose le: 14-8-39
14 AOUT 1939
CAMP DU BARCARÈS
LE MÉDECIN CHEF
CAMP DU BARCARÈS
Médecin Chef

Certificado de Vacunación Antitífica (TAB) de Pepe firmado por el Jefe Médico del Campo de Barcarès: 1ª dosis, le 29 de julio de 1939; 2ª dosis: el 14 de agosto.

de Argelès-sur-Mer, luego al de Barcarès. Joaquina fue acogida en casa de una familia francesa donde hacía trabajos de costura.

Pasaron un tiempo sin contacto, escribiendo tanto ella como él de campo a campo, hasta que un día una de las cartas encontró a su destinaria y así volvieron a retomar contacto y comunicación. Para entonces Pepe estaba en el campo de Barcarès y ella en el de Darnétal, cerca de Rouen, donde trabajó en una planta de acabado de telas.

EL FINAL DE LA GUERRA CIVIL

Fue el 1º de abril de 1939 cuando se declaró el fin de la guerra. Durante la contienda, como en toda guerra, se cometieron excesos contra gente que no había hecho nada, pero cuando ésta terminó, el bando vencedor en un segundo parte aseguraba: «Nada tiene que temer de la justicia aquel que no tenga las manos manchadas de sangre»[7]. Era falso. No había llegado la paz. Como menciona la frase final de la película Las bicicletas son para el verano: «No ha llegado la Paz, ha llegado la Victoria», porque otra guerra empezó entonces, aún más larga: la de las represalias y el terror, el fusilamiento, la injusticia. Hubo un llamado del nuevo gobierno para que regresaran a España los republicanos que habían pasado a Francia. También en Francia, la presión demográfica que significó el elevado número de refugiados y exiliados llevó al gobierno francés a establecer políticas frente al éxodo hispano orientadas hacia la repatriación, la reemigración o a conservar a una minoría de esos refugiados como trabajadores[8].

Camp du Barcarès

Déclaration

Je nomme José Gonzalez Amor, de l'Etat
r. Baragne, ci epouse de Madame Joaquina Cue-
llo Belmonte actuellement refugiée dans Rouen,
6 Rue du Passage Dyonet, département de la Seine
Inférieure, déclare ne pas donner l'autorisation
à ca femme de retourner en l'Espagne tant qu'il
ne l'aura pas décidé.

Le Barcarès le 1 avril 1939

Nota del comandante del campo de refugiados de Barcarès.

[7] "Represaliados después del 39", en *El País*, Madrid, 23 de julio 2006. (N.A.)

[8] El problema económico y político que constituyó para el gobierno francés esos cientos de miles de almas que llegaron de golpe hizo que se estrecharan contactos con los organismos creados por el gobierno republicano en el exilio, con sede en París,

Desde el Islote V, Barraca 24 del mismo campo de Barcarès, fechada el 21 de abril de 1939, hay una nota manuscrita de Pepe firmada por el Coronel Comandante del Campo, donde expresa muy claramente no dar autorización a su esposa "Joaquina Cuello Belmonte, refugiada en Rouen, en el nº 6 de la Rue du Passage Dupont, Departamento de la Seine Intérieure, para regresar a España hasta que él no lo haya decidido".

A aquellos que no aceptaron regresar el nuevo gobierno les negó la nacionalidad declarándolos apátridas. Sin contar que entre 1939 y 1951 se vivió un periodo de escasez y miseria sin precedentes, con cartillas de racionamiento, comercio clandestino, mercado negro de bienes esenciales...

Unos pocos meses más tarde a Pepe le ofrecieron trabajo en una fábrica de municiones cerca de Dunkerque. Cuenta en una postal dirigida a Joaquina el 15 de enero de 1940 el largo viaje en tren atravesando Francia de sur a norte y lo triste que le pareció Paris, sin vida en la calle, casi sin gente ni automóviles, imagen que no se correspondía con lo que sugería la expresión común según la cual Paris era "la ciudad luz". Ya Francia se preparaba para hacer frente a la ambición expansionista de Hitler. Trabajando en esa fábrica a Pepe le ofrecieron la nacionalidad francesa si se decidía a residir allí.

Juan Negrín, que había sido el presidente del gobierno en Barcelona, exiliado en Paris, había manifestado su interés en que todos los que estuvieron a su servicio procurasen ir a América en las expediciones de refugiados organizadas por el gobierno en el exilio. Y así, quien había sido jefe de la escolta de Negrín se encargó de arreglar la documentación de Pepe y Joaquina.

con el objeto de fomentar la re-emigración a terceros países. Antes de finalizar la Guerra Civil, el Gobierno Republicano había tomado la previsión de expatriar una fuerte suma de dinero y valores hacia Francia y México. Dinero con el que se organizó, al finalizar la contienda bélica, el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles, también conocido como SERE. Fueron México, Chile y República Dominicana los tres únicos países americanos que en una primera instancia aceptaron oficialmente a los republicanos españoles, una opción supeditada a ciertos criterios de selección y a encontrar el apoyo y los recursos económicos y financieros que costearan el viaje y contribuyeran a su instalación en el país receptor. Fue así como el SERE y la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles) pasaron a patrocinar el viaje de aquellos que estuvieran dispuestos a marchar. (N.A.)

Llegado el momento, debían dirigirse a Burdeos para tomar el barco, pero Pepe, que tenía que ir en tren desde Dunkerque a Paris y luego en otro tren hasta Burdeos, llegó cuando ya el barco había zarpado. Joaquina, que sí llegó a tiempo, se negó a zarpar y decidió esperarle, así que cuando él llegó se quedaron en Burdeos. Pepe pudo obtener un certificado sanitario que le permitía buscar empleo.

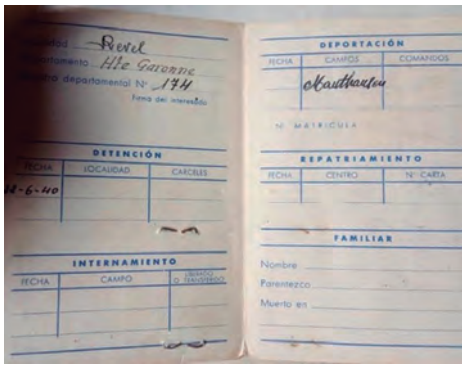
No resultó difícil conseguir algunos trabajitos ya que la movilización ocasionada por la guerra en puertas había reducido la fuerza laboral, de manera que Pepe comenzó a trabajar como repartidor de carbón, luego en los muelles de carga del puerto, también quiso entrar en la planta Renault y se entrevistó con el director que lamentó no poder emplearle en ese momento, pero le dio unas cartas de presentación para otras empresas donde pudieran necesitar operarios.Y fue así como empezó a trabajar como ajustador mecánico con un buen sueldo en una fábrica de máquinas de coser, cuando les comunicaron que tenían posibilidad de ir a República Dominicana a trabajar la agricultura. Y no lo dudaron. Pepe renunció al trabajo y se dirigieron a Le Havre, donde debían abordar el vapor De la Salle. El pasaje a la esperanza.

JUAN, UN POCO DESPUÉS, DE FRANCIA A ALEMANIA

No tenemos registro del paso de Juan a Francia. Sabemos que vivía en Revel, una ciudad cercana a Toulouse. Sabemos también que consiguió incorporarse a alguna de las brigadas de trabajadores extranjeros que servían al ejército francés para reforzar la Línea Maginot. Los alemanes ocuparon Francia el 10 de mayo de 1940. Poco tiempo después, el 12 de junio, Juan caminaba con un grupo hacia el Norte cuando aparecieron unos soldados alemanes montados en bicicletas que animándoles a caminar y a seguir siempre hacia el Norte, los hicieron prisioneros.

Según la ficha del banco de datos de la Fundación para la Memoria de la Deportación[9], Juan Vizcaíno llegó a Mauthausen el 27 de enero de 1941 procedente de un campo de prisioneros de guerra ubicado al este de la ciudad de Fallingbostel, en Baja Sajonia, al noroeste de

[9] La autora extrae estos datos y los da la liberación en mayo de 1945 de la Fondation pour la Mémoire de la Déportation. Banque des données: Partie III, liste n°2. (III.2.). http://www.bddm.org/liv/recherche.php



Libreta de detención de Juan (Revel, 12 de junio de 1940).

Alemania, en uno de los transportes más multitudinarios de republicanos españoles a Mauthausen, un tren que partió del Stalag XI B de Fallingbostel el 25 de enero de 1941 con 1472 deportados, todos españoles, pertenecientes casi todos a las CTE, las compañías de trabajo del ejército francés, que trabajaban en el Departamento de los Vosgos y la zona de Belfort.

Dentro del sistema de marcaje que utilizaban los nazis para identificar a los prisioneros, el triángulo azul era el símbolo para identificar a los apátridas. En el caso de los deportados españoles, sobre ese polígono invertido les colocaron una S, para indicar que eran Spanier (españoles): apátridas españoles...

EL CAMPO DE MAUTHAUSEN

Mauthausen, en Austria, es un pueblo muy antiguo, a 20 km de la ciudad de Linz. En 1938, Austria se fusiona con Alemania para dar forma al III Reich (Anschluss), y poco después se creó el campo de concentración de Mauthausen, al oeste del pueblo y a un nivel más elevado. La experiencia política de la mayoría de los deportados españoles se había forjado en la militancia activa en las diferentes fuerzas políticas y sindicales que habían luchado en los diferentes frentes de batalla durante la guerra de España.

Fue entre 1941 y 1942 cuando el campo adquirió el aspecto de una fortaleza, con sus torres de vigilancia, las murallas, el camino de ronda, los garajes de los SS y la kommandantur. Los republicanos españoles que llegaron a Mauthausen durante esta época fueron destinados, entre otras tareas, a los trabajos derivados de esta ampliación.

La mayor parte de ellos fueron destinados a trabajar en la cantera, un esfuerzo agotador al que se añadía la tortura de los 186 peldaños que los prisioneros tenían que subir varias veces al día, cargados con pesadas piedras de granito u obligados a acarrear piedras hasta las barcazas que navegaban por el Danubio o a excavar y aplanar los alrededores. Completamente debilitados por el hambre, las enfermedades y las palizas, el esfuerzo era tan superior a sus fuerzas que muchos perecían en este ascenso.

Su condición de primeros luchadores antifascistas europeos les hizo conscientes de que sólo organizados podrían enfrentarse a la extrema situación en que se encontraban. Así, a los gestos de solidaridad, se añadió con el tiempo la organización de redes clandestinas que permitieron, en algunos casos, acciones de resistencia y en los meses que precedieron a la liberación, la colaboración entre deportados de diferentes nacionalidades para la creación de un Comité Internacional y la AMI (Aparato Militar Internacional) que hizo factible la toma de posiciones estratégicas antes de la huida de los SS[10].

Cuando los nazis asumieron la proximidad de su derrota, ordenaron la destrucción de los registros del campo. Los republicanos destinados en las oficinas de la administración lograron salvaguardar parte de la documentación, lo que permitió en los días que siguieron a la liberación del campo elaborar el listado de los españoles fallecidos en el campo que permitió su identificación y la localización posterior de sus familiares.

Las organizaciones de resistencia clandestinas que se habían creado en el campo tomaron el control cuando los alemanes lo abandonaron durante los días 2 y 3 de mayo de 1945. Poco después, el 5 de mayo llegaron dos tanques y las fuerzas americanas.

---

10 La presencia de tres republicanos españoles en el laboratorio fotográfico de Mauthausen permitió sustraer, camuflar y sacar del recinto miles de negativos que resultaron clave para el conocimiento de lo que había sucedido en el campo y para acusar a los criminales nazis en los procesos de Nurenberg y Dachau (episodio recogido en: El fotógrafo de Mauthausen, película de 2018, con Mario Casas, dirigida por Mar Targarona. Premio Gaudí a la mejor dirección de producción. Entre 1938 y 1945 pasaron por Mauthausen cerca de 200.000 presos. La mayoría de ellos trabajó en la cantera. En torno a 100.000 personas de diversas nacionalidades de Europa murieron por el trabajo inhumano y sus míseras condiciones de vida). (N.A.)

FEDERACIÓN ESPAÑOLA
DE
DEPORTADOS E INTERNADOS
POLITICOS

14, Boulevard Montmartre PARIS . IX·

Apellidos Vizcaino
Nombre Juan
Dirección 5 rue du Tour
Revel
Profesión Carpintero
Fecha nacimiento 20-4-1914
en Madrid Pvcia

El Secretario General,

Registro Nacional

CONSEJO 000159

Constancia de identidad de Juan en París. El marco: la bandera republicana.

Al cuidado de los nuevos responsables del campo y en estrecha colaboración con la Cruz Roja Internacional quedaba la difícil recuperación física y mental de los internados y el complejo proceso de repatriaciones a los países de origen, de las cuales se vieron excluidos los republicanos españoles por su condición —en ese momento— de "apátridas". Sin embargo, poco después, la gran mayoría fue acogida en Francia.

PERDIERON ESPAÑA PERO ENCONTRARON AMÉRICA

Joaquina y Pepe, a quienes habíamos dejado en Burdeos, finalmente lograron llegar al puerto de Le Havre de donde zarparon a bordo del vapor De La Salle en marzo de 1940. Allí se reencontraron con amigos con los que habían compartido militancia durante la guerra y con los que vivieron aventuras y experiencias en República Dominicana y después en Venezuela. En la lista de pasajeros del De La Salle, que llegó a Puerto Plata el 16 de mayo de 1940 (hoy un paraíso turístico), con número de pasajero, nombre, edad y oficio, viajaban, entre otros: José González Aznar, 23 años, mecánico, Joaquina Cuello de González, 23 años, taquimecanógrafa, Antonio Giner García, 27 años, campesino, María Luisa Giner García, 18 años, mecanógrafa, Libertad Coito de Giner, 27 años, Amalia García Valenzuela, 55 años, viuda, Casimio Irrisarri Ruete, 29 años, agricultor, Jasí Abella Geset, 32 años, contable, y Armelina Alsina de Abella.

PRIMERA ESTANCIA: REPÚBLICA DOMINICANA

Fue así como, formando parte de un programa de ocupación agrícola a cambio de dos mil dólares que pagaba el Gobierno de la República

Pepe y Joaquina (a la derecha) en el vapor La Salle, en que viajaron de Francia a República Dominicana, marzo 1940.

en el exilio por cada español que allí se instalara, llegaron como colonos a República Dominicana, feudo de su presidente, a su vez jefe del ejército y del gobierno, jefe también de todos los dominicanos.

Desembarcados en Puerto Plata los trasladaron a San Juan de la Maguana. Allí, un lote de terreno —entregado de palabra, sin documento ni constancia legal—, con una parte cubierta por bayahonda —un árbol espinoso—, otra parte tierra inundada: solo la mitad aprovechable. Tierra y un machete para cada uno de aquella pequeña comunidad de cinco amigos que se conocían desde los inicios de su militancia en Madrid y coincidieron al viajar juntos desde Francia, casi todos con sus parejas, una de ellas con un niño nacido en Barcelona un año antes de la estampida.

Era un grupo de jóvenes que nunca habían visto tierra más que en macetas. La cabaña, rudimentaria, sin electricidad ni agua corriente; paludismo y sus fiebres intermitentes, además, bichos desconocidos: arañas, alacranes, cucarachas voladoras... Todos fueron trasladados

La casa donde vivieron en San Juan de la Maguana.

a la Colonia Juan de Herrera en San Juan de la Maguana, donde también se encontraron con Eduardo Fajardo (Mecánico) y Clotilde (Modista) que habían viajado en el vapor Cuba el 11 de enero de 1940.

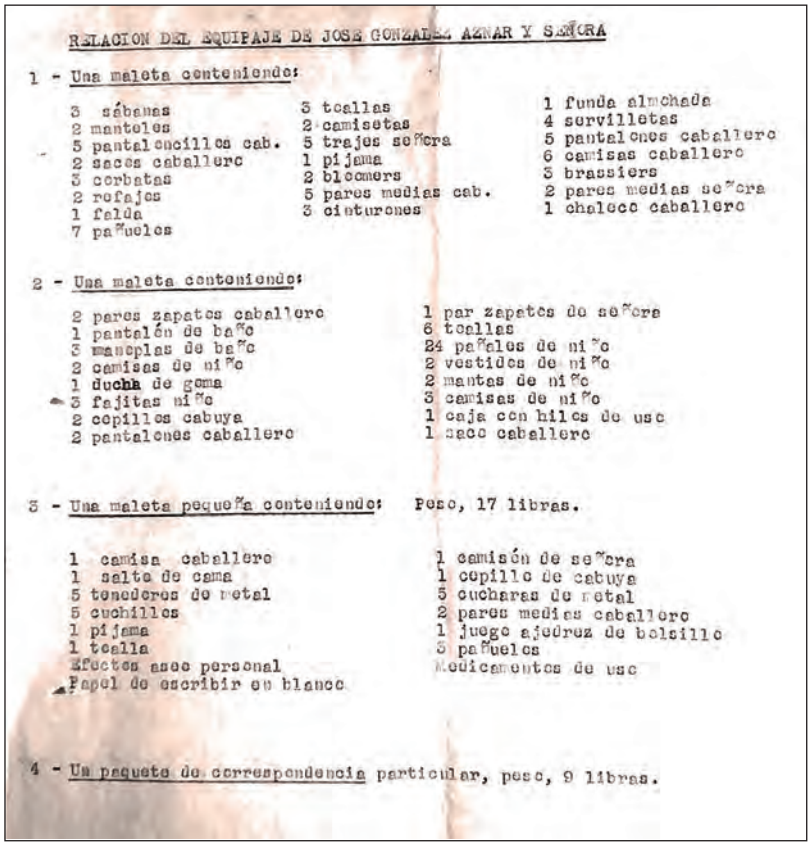
La recepción de este colectivo por parte del régimen de Trujillo respondía a la necesidad que tenía el dictador de mejorar su imagen frente a la opinión pública internacional, además de razones ligadas a la idea de que la inmigración de europeos produciría progreso económico y social. Fueron muy duras para los refugiados españoles las condiciones de vida en las colonias agrícolas que Trujillo había creado para ellos, iniciativa no alejada del afán de lucro por la suma que cobraba a cambio de los visados, además del deseo de darle un

barniz democrático a su gobierno[11]. Con todo, la colaboración y los consejos de algunos lugareños solidarios les permitió al poco tiempo hacerse de un par de bueyes, adiestrarlos, sembrar arroz y maní, unas papas que se pudrieron y unas cebollas que no lograron vender. Comida escasa, ropa la puesta. También los vecinos les proporcionaron con qué vestirse.

Así fue el comienzo y duras las condiciones hasta el punto de que incluso aquellos que habían llegado con ánimo de quedarse, todos, cuando hubo oportunidad, fueron planteándose la necesidad de cambio. Fue así como Pepe y Joaquina tuvieron la ocasión de trasladarse a Santo Domingo, la capital (en ese entonces llamada Ciudad Trujillo), donde Armelina y Abella (también compañeros de viaje) habían montado una librería. Allí Pepe se encargó de algunos asuntos administrativos —de la librería y de algunos otros negocios cercanos— a la vez que comenzó a estudiar por su cuenta contabilidad mientras Joaquina, en el mismo local, daba clases de taquigrafía y mecanografía. Fue entonces cuando el gobierno venezolano se ofreció para recibir algunos de los republicanos españoles que allí se encontraban.

Era el año 1945 y la JARE ya daba muestras del agotamiento de sus finanzas, de manera que los cuáqueros de Inglaterra y de Estados Unidos jugaron un papel de primer orden frente al drama de los exiliados. Y fueron esas organizaciones las que cubrieron los costos de transporte de quienes consiguieron otros destinos, fundamentalmente a México, Chile y Venezuela que abrieron sus puertas a la llegada de esos republicanos. Incluso, en el caso de Pepe y Joaquina,

[11] En el caso de la selección de los españoles que embarcaron en las diferentes expediciones, el criterio que primó fue el político —la necesidad de sacar de territorio francés a personas comprometidas políticamente o relacionadas con antiguos funcionarios gubernamentales, ante la inminencia del inicio de la Segunda Guerra Mundial y la invasión alemana a Francia—. ¿Estaba preparado ese país para recibir a estos exiliados? ¿Existían las condiciones laborales mínimas para que se incorporaran a la vida económica nacional? En algunas fuentes se encuentran referencias sobre la intención de la dictadura de usar a los refugiados de la Guerra Civil Española como "un cordón humano de grupos hispanos" en la frontera haitiana para evitar la penetración de la población del país vecino a territorio dominicano. Uno de los acuerdos de ese gobierno con la Junta Pro-Refugiados Españoles implicaba una inversión de las organizaciones de auxilio republicanas en áreas productivas del país. Sin embargo, esas inversiones nunca tuvieron la importancia económica que exhibieron en otros países por la actitud de Trujillo de querer controlarlas para su beneficio personal. De los 667 inmigrantes que llegaron, 628 (94,2%) fueron destinados a las colonias agrícolas mientras los 39 restantes (5,8%) se ubicaron en la capital. (N.A.)



RELACION DEL EQUIPAJE DE JOSE GONZALEZ AZNAR Y SEÑORA

1 - Una maleta conteniendo:

3 sábanas
2 manteles
5 pantaloncillos cab.
2 sacos caballero
3 corbatas
2 rofajos
1 falda
7 pañuelos
3 toallas
2 camisetas
5 trajes señora
1 pijama
2 bloomers
5 pares medias cab.
3 cinturones
1 funda almohada
4 servilletas
5 pantalones caballero
6 camisas caballero
3 brassiers
2 pares medias señora
1 chaleco caballero

2 - Una maleta conteniendo:

2 pares zapatos caballero
1 pantalón de baño
3 manoplas de baño
2 camisas de niño
1 ducha de goma
3 fajitas niño
2 cepillos cabuya
2 pantalones caballero
1 par zapatos de señora
6 toallas
24 pañales de niño
2 vestidos de niño
2 mantas de niño
3 camisas de niño
1 caja con hilos de uso
1 saco caballero

3 - Una maleta pequeña conteniendo: Peso, 17 libras.

1 camisa caballero
1 salto de cama
5 tenedores de metal
5 cuchillos
1 pijama
1 toalla
Efectos aseo personal
Papel de escribir en blanco
1 camisón de señora
1 cepillo de cabuya
5 cucharas de metal
2 pares medias caballero
1 juego ajedrez de bolsillo
3 pañuelos
Medicamentos de uso

4 - Un paquete de correspondencia particular, peso, 9 libras.

Declaración de bienes a la salida de República Dominicana.

que habían seguido manteniendo vinculación con el Grupo Socialista Español en República Dominicana, fueron exonerados de lo que hoy conocemos como impuestos de salida además de recibir ayuda de la Comisión Administradora de la Solidaridad a los Antifascistas Españoles para pagar la diferencia de viaje por vía aérea —y no en las goletas que hacían habitualmente ese trayecto— porque estaban "embarazados".

De ese viaje quedó constancia del permiso de entrada en Venezuela (en ese entonces Estados Unidos de Venezuela), también del permiso de exportación de objetos personales exonerados de pago, y detalle del contenido del equipaje que llevaban.

LLEGADA A VENEZUELA

Tierra de gracia[12]... Joaquina y Pepe llegaron a Venezuela el 12 de marzo de 1945 y se instalaron en una pensión del centro de Caracas en la que el gobierno de Isaías Medina Angarita aseguraba alojamiento y comida durante los primeros quince días de estancia. Al día siguiente de llegar, respondiendo a un aviso de la sección de anuncios clasificados de El Universal, Pepe se presentó a una empresa situada frente al mercado de San Jacinto (el lugar que hoy ocupa la plaza El Venezolano), para la que buscaban un auxiliar de contabilidad. Le entrevistaron, le pidieron algunas referencias, a los dos días lo llamaron de nuevo para hacerle una prueba, le comunicaron que en ese momento estaban despidiendo al contador y le ofrecieron el puesto. La empresa, que se dedicaba al negocio de importación de telas, funcionaba para ese entonces con la denominación de Pariente Hermanos.

Fue así como a los 17 días de haber llegado empezó a trabajar en esa empresa que después fue creciendo y diversificándose. En ella Pepe alcanzó el cargo de administrador y allí se mantuvo durante 50 años, hasta su jubilación.

Joaquina, una vez en Venezuela se consagró al trabajo del hogar. Nacieron los hijos, en 1945 y 1948 (años más tarde llegaría un tercero), y una vez estabilizada la vida en Caracas fue momento para reanudar los lazos entre los que se fueron y los que se habían quedado en España. Las cartas hicieron posible renovar afectos, liberar los miedos, despertar sueños, abrir caminos...

Primero fue la correspondencia con las madres y los hermanos. Cartas que si eran muy largas llegaban con un papel intercalado entre sus páginas, con una nota que decía: “Se ruega sean breves en la escritura para el buen funcionamiento de la censura”, y un sello con un escudo al centro y la identificación de Censura Gubernativa de Comunicaciones. Todo muy oficial, para que no quedara duda de que la correspondencia era revisada.

---

12 “Torno a mi propósito referente a la Tierra de Gracia, al río y lago que allí hallé (...) Y digo que si este río no procede del Paraíso Terrenal, viene y procede de tierra infinita, del Continente Austral, del cual hasta ahora no se ha tenido noticia; mas yo muy asentado tengo en mi ánima que allí donde dije, en Tierra de Gracia, se halla el Paraíso Terrenal” (Cristóbal Colón, Tercer viaje, 1498. Carta a los Reyes Católicos). (N.A.)

De ese modo se fue organizando el reencuentro del grupo familiar, por turno, alternativamente: primero la abuela Luisa, la madre de papá; luego los hermanos de cada uno. La abuela por parte de mamá no alcanzó a llegar. A consecuencia de una denuncia, había sido detenida recién terminada la guerra y trasladada al penal de Canarias donde cayó enferma. Debido a su delicado estado de salud fue amnistiada, fue dos veces operada y finalmente falleció en enero de 1948.

Ya para 1949 Pepe y Joaquina solicitaron la nacionalidad venezolana que les fue oficialmente otorgada el 21 de abril de 1952.

Una vez reunida toda la familia, también fueron reclamados varios amigos y compañeros de luchas y aventuras que se habían quedado en Francia. Juan fue uno de ellos.

JUAN

La liberación de los campos de concentración a la llegada del ejército norteamericano tuvo un primer momento de alegría, pero muy pronto comenzaron las venganzas y los ajustes de cuentas entre los reclusos. En ese ambiente —es lo que Juan contaba— él y sus amigos, viendo como estaba la cosa, cogieron algo de ropa y botas de civil, se cambiaron y se fueron caminando. Fue así como volvieron a Revel y allí estuvieron trabajando para el cura, arreglándole la iglesia, hasta que el llamado de Pepe hizo que Juan con algunos otros compañeros pusieran rumbo a Venezuela, vincularse con esta "nueva" familia y reorientar su vida.

En 1945 se fundó la Federación Española de Deportados e Internados Políticos (FEDIP) por iniciativa de españoles exdeportados (supervivientes de los campos nazis) o exinternados (que habían sufrido cautiverio en territorio francés durante el periodo de la ocupación nazi)[13]. Su actuación estuvo también dirigida a tramitar y gestionar las pensiones e indemnizaciones cedidas por los gobiernos de Francia y

[13] Este fondo permaneció bajo la custodia del Consulado Español en París a la espera de poder incorporar todos los documentos generados por la FEDIP hasta el momento de su disolución. Por esta razón, fue apenas el 11 de marzo de 1991 cuando dicho fondo fue incorporado a la Sección Guerra Civil del Archivo Histórico Nacional, durante la gestión de Jorge Semprún como ministro de Cultura durante el gobierno de Felipe González. (N.A.)

Alemania a los deportados e internados prestándoles asesoramiento y asistencia legal, así que fue a través de esta organización como Juan recibió la indemnización que el gobierno alemán dispuso para las víctimas y supervivientes de los campos nazis.

Juan, en Venezuela, se casó con Alfonsita, la niña que en tiempos de la guerra en Madrid cantaba La internacional y jugaba con la escoba como si fuera un fusil.

Juan y Alfonsita tuvieron dos hijas. Una vez que estas se casaron, ellos decidieron regresar a España donde el falleció unos años más tarde, en 1989. Fue entonces cuando Alfonsita se vinculó a la 'Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo', incluso participó de visitas organizadas al campo donde se rindió homenaje tanto a los fallecidos como a los que lograron sobrevivir.

También formando parte de la Amical participó en la presentación de una exposición que tuvo lugar en el Congreso de los Diputados en 2007, como recoge el Boletín Extraordinario de la Amical de Mauthausen y otros campos, nº 41, 2012, dando cuenta de los eventos realizados al cumplir 50 años.

ELLOS FUERON LOS MÍOS, PERO HUBO TANTOS...

Una nota personal. Joaquina y Pepe (ya fallecidos) tuvieron tres hijos y cinco nietos, todos venezolanos, todos profesionales. De los hijos, dos viven en España, otro sigue en Venezuela. Los nietos viven dos en España y dos en Alemania. Juan y Alfonsita tuvieron dos hijas (venezolanas) y dos nietos. Juan falleció hace años en Madrid. Alfonsita vive en España, cerca de sus dos hijas. Sus nietos viven una en Madrid y otro en Noruega. Conviene recordar, como ejercicio de memoria para que la Historia tenga sentido, en lo personal y en lo colectivo. En la guerra hay vencedores y vencidos, pero en ella todos pierden, aunque siempre alguno de los bandos se quede con el poder. La guerra es violencia, y en la guerra matas para que no te maten. De la guerra, de combates, de las tareas que debieron desempeñar como activistas en el pasado tanto Pepe y Joaquina como Juan hablaban poco o nada, casi nada de las penurias o del miedo que se supone en muchas oportunidades debieron enfrentar, solo más bien de hechos jocosos que quedaron en el anecdotario familiar. Ellos hicieron lo que consideraron debían hacer para defender aquello en lo que

creían. No fueron héroes, fueron soldados, no tuvieron formación militar, pero llevaron uniforme y portaron armas. A los que vinimos después nos alimentó una derrota que supieron convertir en vida nueva: celebrar lo que se tiene. Con el tiempo también creo que aprendimos que nunca es tarde para cambiar de rumbo.

El exilio —siempre temporal y con frecuencia permanente— es alejarse, es separación, es excluirse. Es decisión que nos aparta de la tierra que nos pertenece. También es elección. Y nostalgia, también desamparo emocional, porque aquí y allá en las familias rotas se hace presente el recuerdo de los que no están.

Así fue para aquellos que formaron parte de la España peregrina y así es hoy para sus hijos y nietos cuando el país de brazos abiertos —refugio y cobijo para oleadas sucesivas de exiliados e inmigrantes– despide a sus hijos en aeropuertos, puentes, trochas...

El país lo hicieron suyo. Llegaron para no marchar. Allí nacieron sus hijos y sus nietos, allí soñaron sus mejores sueños. Por eso no se fueron y muchos dejaron sus cenizas en las nuevas tierras donde sembraron hijos y nietos que en muchos casos hoy, empujados por otras formas de guerra —más sutiles, pero donde la vida está igualmente en juego— vuelven a la tierra de padres y abuelos.

En Alemania, nieta y biznieta de Pepe y Joaquina.

Éxodo de ayer, éxodo de hoy: exiliados, emigrantes, asilados, desplazados, nuevas carabelas vuelan en busca de vida nueva y esta familia, que primero fue española y luego venezolana, hoy —siendo también española— crece y se extiende con ramas y raíces en España, Alemania y Noruega.

ADDENDA[14]

La Venezuela del siglo XX se construyó en buena medida con el aporte de un flujo importante de población fundamentalmente española, italiana, portuguesa (también sirios, libaneses, rusos y lituanos) llegados al país como exiliados huyendo de conflictos bélicos (fuentes de migraciones forzadas como la Guerra Civil Española o la Segunda Guerra Mundial) o por motivos económicos, buscando un mejor nivel de vida, mejores condiciones de trabajo y remuneración. Conviene por ello diferenciar emigración de exilio. El exilio se refiere a la salida del país por razones políticas, movimiento forzado por la persecución de los adversarios, mientras que la emigración se entiende como un movimiento voluntario asociado a la búsqueda de mejores condiciones de vida, por razones económicas, culturales, sociales o personales.

REVOLUCIÓN PACÍFICA PERO ARMADA

El eje del proyecto de Hugo Chávez, bajo un modelo de "unión cívico-militar" inspirado en teorías de Norberto Ceresole, se puso en marcha a partir de la aprobación de una nueva Constitución que dejó a la institución militar fuera del control civil del Parlamento. A partir de ese momento muchos militares empezaron a ocupar cargos ministeriales y en la administración pública. Una decisión que convirtió a los militares en actores políticos. En paralelo, a partir de ese momento el vocabulario chavista se nutrió en buena medida de batallas, combates, milicias y gestas rimbombantes que sirvieron para enfrentar y despreciar cualquier forma de disidencia («escuálidos»

[14] "Libertad, justicia, democracia, civismo, honestidad, cuando se ausentan de un país tornan muy difícil para sus ciudadanos el hecho de vivir realmente... En Venezuela nos urge instaurar una normalidad que solo puede ser democrática". Rafael Cadenas. Premio Cervantes 2022 (Citado por Juan Carlos Méndez Guédez: "Cadenas: el espacio de las estrellas", en: *El País*, Madrid, 10 nov 2022). (N.A.) Además, en este punto, la autora introduce la definición que ofrece el DRAE de la palabra "migrar". (N.E.)

era el término con el que Chávez se dirigía genéricamente a la oposición). Fue entonces recurrente, en cualquier intervención, que Chávez recordara: «esta es una revolución pacífica, pero armada». Más tarde fue la letanía: «Patria, socialismo o muerte».

Pretendiendo la instauración de una "democracia protagónica" se llevó a cabo un proceso de desmontaje de los marcos institucionales existentes —incluso los creados por la nueva Constitución "chavista"— violentando el orden jurídico y, en consecuencia, los derechos individuales, incluyendo los de la libre expresión (cierre de periódicos y otros medios de comunicación) y de la propiedad (expropiaciones ordenadas en cadenas interminables que transmitidas por televisión), despidos públicos... Al destruir también el anterior modelo de estado descentralizado lo que se hizo evidente fue la sostenida construcción de un proyecto totalitario que se empeñaba en decir que era de izquierda cuando todo llevaba a diseñar una nueva sociedad, ciertamente, donde "el poder" (militar) decidiría la vida de cada quien (trabajo, comida, educación...).

Y esa práctica se ha visto acentuada durante el gobierno de Nicolás Maduro quien ha dado cada vez más protagonismo a los militares hoy vinculados con manejo de dinero en empresas de alimentos, transporte, construcción, telecomunicaciones, bancos estatales, servicio exterior[15] y más recientemente vinculados también con los nuevos desarrollos de minería extractiva (destrucción de la Amazonia venezolana) en la región ahora identificada como Arco Minero: "El establecimiento de la región del Arco Minero y la expansión de la actividad minera ilegal en el estado Bolívar ha creado un contexto en el que se han cometido violaciones de derechos humanos y delitos"[16]. Un régimen centralizado de férreo control social dirigido a mantenerse en el poder. Eso quiere decir que no se tolera la disidencia y si para combatirla y silenciarla hay que perseguir, apresar o matar, así se hará. Un gobierno orientado a convertir la sociedad en un cuartel donde uno

[15] Transparencia Venezuela (2021) Presencia militar en el Estado venezolano: https://transparenciave.org/presencia-militar-en-el-estado-venezolano-1/ (N.A.)

[16] Naciones Unidas-Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos (ACNUDH). "La situación de los derechos humanos en el Arco Minero del Orinoco y otras áreas del estado de Bolívar". A/HRC/51/CRP2 – OHCHR https://www.ohchr.org › files › FFMV-CRP-2-Spanish, 20 de septiembre 2022. (N.A.)

manda y los demás obedecen. Ese es el régimen que desde hace 22 años mantiene el poder en Venezuela.

EXILIO, MIGRACIÓN, INSILIO

"La revolución bolivariana ha generado efectos y consecuencias, algunas de carácter irreversible. Uno de estos efectos ha sido una enorme pérdida de población, pérdida que se expresa en talento humano y en población en edad productiva"[17].

De acuerdo con datos de los gobiernos de los países de acogida, el número de refugiados y migrantes de Venezuela ha superado los seis millones en todo el mundo; en consecuencia, se trata de la segunda crisis de desplazamiento externo de mayor magnitud a nivel mundial. A ello habría que agregar que la población que salió de Venezuela huyendo del modelo autoritario lo hizo precisamente en unos años en los cuales el país percibió los mayores ingresos de toda su historia[18]. Quienes migran buscan sobrevivir a una situación en la que el Estado no responde a las demandas sociales ni a las necesidades básicas de sus ciudadanos y que ha alcanzado el nivel de deterioro económico y social más grande que ha conocido Latinoamérica.

Quienes van a otro país para trabajar no son exiliados, son emigrados que se transforman en inmigrantes. Su realidad es diferente, porque su memoria es otra, así como lo es también su motivación para volver. No vuelve del mismo modo el exiliado que el inmigrado. No elaboran del mismo modo ni la nostalgia ni su visión del mundo, ni sus retornos.

---

17 Páez, Tomás y Phélan, Mauricio (2018) "Emigración venezolana a España en tiempos de revolución bolivariana (1998-2017)", en: Revista Internacional de Estudios Migratorios, Vol. 8 (2), pp. 319-355. (N.A.)

18 En el Informe Anual de ACNUR 2021 (Agencia de la ONU para los Refugiados, Comité Español: América, pp. 26-27), por primera vez aparece el registro de 6 millones de venezolanos refugiados y migrantes, 83% en países de América Latina y el Caribe, de los cuales 199.000 refugiados reconocidos y 971.000 solicitantes de asilo, muchos de ellos en los últimos años obligados a recurrir a métodos irregulares para cruzar las fronteras recurriendo a menudo para ello a redes de contrabando que los exponen a mayores riesgos haciéndolos vulnerables frente a traficantes, tratantes y grupos armados irregulares, sin que se hayan establecido protocolos específicos para permitir un acceso regular a los países de acogida. Esos 6 millones de venezolanos fuera del país hasta 2021 representan un sexto de la población estimada por el Instituto Nacional de Estadísticas-INE para junio 2022, con base en el Censo de población 2011: 33.360.238 (http://www.ine.gov.ve/). (N.A.)

«Exilio» es palabra de origen latino compuesta por el prefijo «ex-» (fuera) y por el verbo «sălĭo» (saltar). Frente a esta, surge un término que aunque no está en el diccionario viene siendo utilizado —que sepamos directamente— en muchos países de América Latina en estudios sobre la literatura cubana, sobre organizaciones de mujeres que vivieron la dictadura argentina, en investigación sobre desplazamientos internos como consecuencia de la guerrilla colombiana, y en estudios sobre la diáspora venezolana de los últimos 15 años. Se trata del «Insilio», palabra que dado el desarrollo etimológico del término «exilio», parece tener solidez semántica. Así entonces, si el Exilio implica kilómetros de distancia entre el punto de origen y el punto de destino, un paisaje diferente, incluso a veces lenguas diferentes, el Insilio es un estado de extrañamiento que hace que una persona en su propio país se sienta extraña, como desterrada, donde lo propio se ha tornado ajeno y convertido en territorio peligroso en todo lo que concierne el campo de la socialización y la participación ciudadana: la escuela, lo vecinal, lo cultural, lo expresivo, produciendo un sentido de pérdida y angustia ante lo impredecible. De este modo, si para el exiliado —además de la pérdida de la identidad y de la ciudadanía— se experimenta una carga económica y emocional que se suma a la pérdida de derechos civiles, políticos, sociales y culturales, para el insiliado —siendo una suerte de extranjero en su propia tierra sin visa ni pasaporte— su meta es sobrevivir, llegar al otro día, vencer el hambre y la indiferencia. En ambos casos, el del exiliado y el insiliado, lo que hay es violación de un derecho humano.

Finalmente, exilio e insilio se parecen mucho pues se trata en definitiva de una misma experiencia vital definida por las mismas sensaciones y los mismos sentimientos, cuya única diferencia sería su desplazamiento físico lo que implica, en un caso (exilio), salir del país; en el otro (insilio) seguir viviendo en un país que ya no reconocemos. En última instancia, el insilio y el exilio es el mismo dolor por la vida que pudiste tener en tu país y no fue posible. En ambos casos, "el significado del exilio, como categoría conceptual, resignificándolo como insilio, permite explicar una serie de procesos sociales y políticos, con implicaciones tanto individuales como colectivas, de nuestra contemporaneidad"[19].

[19] Tudela-Fournet, Miguel (2020) "«Insilio»: formas y significados contemporáneos del exilio", en: Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica, nº 76 (288), 75-87. Universidad Pontificia Comillas, Madrid: https://doi.org/10.14422/pen.v76.i288.y2020.004). (N.A.)

En última instancia, pérdida del entramado social, despedidas, silencio, temor, nostalgia, familias rotas, casas vacías, pilas de escombros; un pasado sin superar, un presente limitado y por delante un futuro incierto. Vacío y ausencia de quien se va y del que se queda para huir de la violencia, la inseguridad, las amenazas, la falta de alimentos, de medicinas, continua inflación y devaluación de la moneda, bajos sueldos, la deficiencia en los suministros de agua, luz y telecomunicaciones. Incertidumbre del que se va y del que se queda: heridas que no cicatrizan.

ESPAÑA COMO DESTINO

En el año 2020 ya se registraban 395.747 empadronados nacidos en Venezuela con nacionalidad española o extranjera. Más llamativo aún es que un 58% de la población venezolana ha entrado a España a partir de 2016 siendo la cifra a 1 de enero de 2020 la más alta con 71.120 venezolanos empadronados más respecto al año anterior, lo que supone un 5% de incremento[20]. Un crecimiento que sigue aumentando como también la tendencia de entrada de venezolanos sin nacionalidad española que se ve reflejada directamente en las solicitudes de asilo y en el hecho de que la Comunidad Autónoma de Madrid pase a ocupar el primer lugar de residencia de este colectivo.

En virtud de nexos históricos que han facilitado a muchos venezolanos el acceso (por herencia) a la nacionalidad española ya para el 1º de enero de 2020 la comunidad venezolana ocupa el quinto lugar de los colectivos extranjeros en España, mientras que en el año 2015 estaba el puesto decimoprimero. Cabe destacar que quien tiene la nacionalidad al llegar (considerados como españoles retornados aunque nunca antes vivieran en el país) no sólo entra de forma legal, sino que además puede acceder a la seguridad social y sanitaria como cualquier español[21]. Quedan fuera de estas cifras las solicitudes de asilo, que se duplicaron en el año 2019 e hicieron que por tercer año consecutivo los venezolanos encabezaran la lista con 35% de las solicitudes de protección internacional en España[22].

---

20 Dekocker, Katrien y Ares, Alberto (2020) La comunidad venezolana en España y el rol de la Iglesia Católica en su integración: Universidad Pontificia Comillas, Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones, Madrid, p. 19. (N.A.)

21 Dekocker y Ares, op. cit., p. 26-27. (N.A.).

22 Datos del CEAR, citados por Dekocker y Ares, op. cit., p. 28. (N.A.)

Se debe destacar igualmente que un número muy elevado de los venezolanos que han migrado a España tienen un elevado nivel de formación académica, competencias y experiencia que deberían facilitar su inserción en el mercado laboral: más del 90% posee grado universitario, 40% maestría y 12% doctorado y postdoctorado[23]. Un perfil de inmigración calificada que puede incidir que redundan en efectividad y emprendimiento, que por sus conocimientos, habilidades y experiencia sin lugar a dudas pueden incidir en el crecimiento y desarrollo de España, sin embargo, no deja de haber dificultades para lograr la inserción laboral, muchos de los que trabajan ocupan puestos por debajo de su formación y capacidades con sueldos bajos, y —entre todos— el grupo que enfrenta mayores dificultades es de los jubilados, tanto si tienen o no la nacionalidad española.

La aplicación efectiva de algunos de estos derechos deja mucho que desear. Por un lado, en lo que concierne a los jubilados, desde hace más de 4 años no reciben la paga de su jubilación aquí en España, pero incluso si esa paga se recibiera el monto a cobrar sería irrisorio debido a las sucesivas devaluaciones que la moneda venezolana ha sufrido en los últimos años[24]. Por otro lado, existe un convenio bilateral Venezuela-España que —cumpliendo algunos requisitos— permite a los venezolanos jubilados en Venezuela solicitar el reconocimiento de los años trabajados allí para acceder a la pensión en España, sin embargo, se hacen muy lentos los procesos de verificación de datos que la Seguridad Social española demanda al Instituto Venezolano de los Seguros Sociales. Dificultades que igualmente confrontan otros grupos de venezolanos cuando deberían solicitar documentos del país de origen. Son estas circunstancias que hacen que en muchos casos se agoten los ahorros propios de toda una vida y se produzcan situaciones de vulnerabilidad y pobreza independientemente del anterior condición económica y social.

Un factor adicional se agrega a lo ya mencionado: la barrera que significa tener que trabajar y querer hacerlo —en lo que sea, y al margen de la calificación, no solo por la necesidad de generar un ingreso sino

[23] Páez, Tomás. (2015) La voz de la diáspora La Catarata. Madrid. (N.A.)

[24] La pensión de un jubilado en Venezuela, equivalente al salario mínimo, es de 30 Bolívares, que para el 15 de noviembre 2022, con una tasa de cambio oficial de 9,56 Bs = US$ 1, no llegaría ni a 4€. (N.A.)

por disfrutar de condiciones físicas y mentales para ello— cuando se tiene más de 50 años.

¿REGRESO A CASA?

Se extraña una Venezuela que ya no existe. Volver al origen es hoy una esperanza muy lejana. No se ve próximo un cambio en la situación socioeconómica de Venezuela, y aun cuando se produjera algún relevo en la cabeza del gobierno o incluso un cambio de gobierno —lo que tampoco se avizora en el corto o mediano plazo— la reinstitucionalización del país y la redemocratización de la sociedad requerirá de cambios estructurales de gran envergadura que requerirán, además, de mucho tiempo. Y en este contexto, a medida que el tiempo pasa la ilusión del regreso se va desdibujando, lo que o significa que esta migración (forzada por las circunstancias) haya renunciado a la disposición de ayudar a que los cambios necesarios se produzcan.

Desde esa perspectiva, la vivencia de estos migrantes puede representar en muchos casos no solo nuevas experiencias sino también la construcción de contactos personales e institucionales que crean nuevas redes sociales que podrá tener un impacto positivo en el futuro desarrollo de Venezuela. Y hoy en día, con el desarrollo de las nuevas tecnologías, hay maneras de contribuir y estar sin necesidad de trasladarse y "estar allí", de manera presencial. A ese respecto son variados los esfuerzos que se están haciendo para incorporar al desarrollo venezolano los conocimientos y experiencias que los migrantes estarían adquiriendo en el desarrollo de los distintos ámbitos de la ciencia, la tecnología y los servicios público, en cuanto al desarrollo de la seguridad social y la atención a la salud, en los esfuerzos por contener el deterioro ambiental favoreciendo el ahorro energético, en arquitectura, vialidad y nuevos sistemas de transporte, por solo mencionar algunos campos. En ese sentido vale la pena, entre otros, citar como referencia las propuestas e ideas sobre el desarrollo futuro de Venezuela contenidas en un trabajo elaborado por Maranela Lafuente y Carlos Genatios[25].

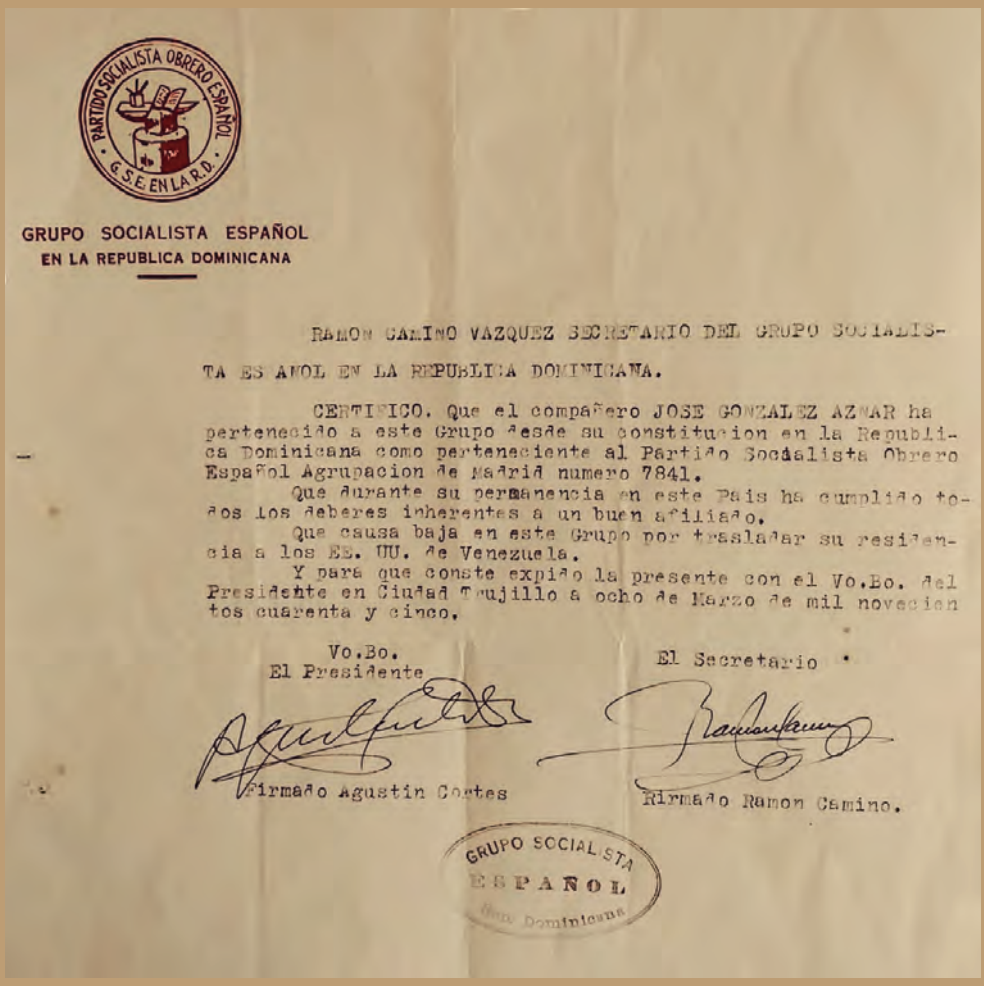
[25] Lafuente Marianela, Genatios Carlos (2021). De fuga de cerebros a red de talentos. La diáspora venezolana: análisis y propuestas, Caracas, Venezuela: Ediciones CITE-CI-ANIH. (N.A.)

DE IDA Y VUELTA

Aquel país que a lo largo de su historia abrió sus brazos y dio abrigo a tantos migrantes (españoles, portugueses, italianos, colombianos, cubanos, chilenos, argentinos, uruguayos, centroeuropeos, sirios y libaneses), el país que recibió como exiliados —junto a tantos otros— a Pepe, Joaquina y Juan, extranjeros que dejaron de serlo al poco tiempo, echando raíces en esa tierra donde reconstruyeron vida y familia y donde dejaron sus cenizas, son junto a muchos más, padres y abuelos de los que hoy salen de Venezuela en búsqueda de mejores condiciones de vida. De alguna manera, ahora la historia se repite en sentido inverso. De nuevo, hay que plantearse la diferencia entre exilio, insilio y migración.

La situación que enfrenta el emigrante siempre es muy compleja. Por una parte, el proceso de ubicación en la sociedad de acogida, adaptación a diferentes costumbres, la convivencia en sociedades donde incluso a veces se puede percibir rechazo al extranjero. La decisión de partir significa dejar atrás una vida, unas costumbres, afectos, paisajes, muchas veces también una casa. Es muy difícil guardar la vida en dos maletas. Muy difícil también pensar en regresar a un paisaje humano y urbano que ha cambiado, donde se mantienen los permanentes cortes de luz, falta de agua, escasez de gasolina (eso en el país con mayores reservas de petróleo del mundo), condiciones laborales precarias, situación económica difícil con altas tasas de inflación y una moneda a la que se le ha quitado en los últimos cinco años 16 ceros en procesos sucesivos de “ajuste”... Mucho tiempo tendrá que pasar para que Venezuela se recupere porque se ha producido una ruptura que deja el tejido empresarial deteriorado, la industria destruida, los partidos políticos muy fragmentados y el tejido social herido. En ese marco, recuperar el país quiere decir levantarlo desde los cimientos, pero no para volver al pasado: el reto es trabajar para la reinstitucionalización y la democratización y eso solo será posible con el concurso de todos (los de adentro y los de afuera, los jóvenes y los viejos) para reconstruir el tejido social en una nueva sociedad que para mirar al futuro tiene que ser posible, viable e inclusiva.

Por ello alzo mi copa y brindo para que podamos nuevamente vivir juntos en una Venezuela que clama por un reencuentro.



GRUPO SOCIALISTA ESPAÑOL
EN LA REPUBLICA DOMINICANA

RAMON CAMINO VAZQUEZ SECRETARIO DEL GRUPO SOCIALISTA ESPAÑOL EN LA REPUBLICA DOMINICANA.

CERTIFICO. Que el compañero JOSE GONZALEZ AZNAR ha pertenecido a este Grupo desde su constitucion en la Republica Dominicana como perteneciente al Partido Socialista Obrero Español Agrupacion de Madrid numero 7841.

Que durante su permanencia en este Pais ha cumplido todos los deberes inherentes a un buen afiliado.

Que causa baja en este Grupo por trasladar su residencia a los EE. UU. de Venezuela.

Y para que conste expido la presente con el Vo.Bo. del Presidente en Ciudad Trujillo a ocho de Marzo de mil novecientos cuarenta y cinco.

Vo.Bo.
El Presidente

Firmado Agustin Cortes

El Secretario

Firmado Ramon Camino.

GRUPO SOCIALISTA ESPAÑOL
Rep. Dominicana

Grupo socialista español en la República Dominicana.

Beatriz Celina Gutiérrez Gómez

Mención honorífica

SEMBLANZA DE MIS CUATRO ABUELOS

(Cuba)

En esa avalancha de emigrantes, a principios del pasado siglo, llegaron a Cuba mis cuatro abuelos españoles: Gutiérrez, Lola, José y Juanita. Intento dejar memoria de hechos familiares poco conocidos y me animo a presentarlos con vivencias personales, que retomo hoy, ya que el ciclo, que ellos comenzaron, tiene para mí semejanzas entre la ida y vuelta del tiempo, de aquel tiempo donde de Cuba para España se ayudaban, y el nuestro, donde España lo hace hacia la Isla saldando ambos una deuda de siglos[1]. Veamos estas benevolencias con beneplácito y no como algo mendicante o circunstancial, sino como la unión umbilical nacida de las entrañas de la Madre Patria.

Mi abuelo José Gutiérrez López, mi abuelo paterno, el día de su graduación en la Facultad de Medicina y Farmacia de la Universidad de La Habana. Año 1908.

[1] El relato se acompaña de fotografías que se colocan al final del texto, tal y como aparecen en el original. Lamentablemente la calidad de alguna de ellas ha impedido su reproducción. (N.E.)

MIS ABUELOS PATERNOS: JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ LÓPEZ Y DOLORES GARCÍA VILA

Son tantas las presencias y vivencias que atesoro, que no sabría a cuál darle prioridad. Comenzaré por mis abuelos paternos. Ellos, como otros tantos españoles, salieron con la ambición de buscar el vellocino que a su retorno cambiaría el estado de abandono de sus aldeas; desde entonces, del otro lado del Atlántico hicieron todo lo posible por no olvidarlas, abrigando la esperanza de volverlas a ver algún día.

Decían mis abuelos, que su tierra contrajo nupcias con el mar para lograr su anhelada plenitud de belleza, que así era su Galicia antigua: venerable, distinguida, entrecruzada por montañas coronadas de rocas, robles y landas, cubiertas de pinos, que acarician el cielo, con comarcas cinceladas por los encajados cauces de sus ríos. Así les quedaría retratada, con sus cuatro parajes: Lugo, Orense, La Coruña y Pontevedra. Contaban mis abuelos, que Galicia está adornada por el mar, por las rías, forma costeña de nombre gallego con admirables puertos naturales. Referían, que su tierra, al norte, es montañosa y agrícola, cubierta por una variable y cuantiosa flora, muy rica y fértil. La recordaban como un sitio sagrado e inolvidable que los llenaba de orgullo. Y en ese entorno, en un lugar llamado Riotorto, y otro nombrado Pastoriza, nacen mis abuelos paternos, José María Gutiérrez López y Dolores García Vila. A ellos, corresponden los hechos que voy a narrar y de los que doy fe.

Mi abuela paterna, Dolores García Vila, con sus hermanos Carmen y Antonio en Pastoriza, Lugo, Galicia.

Cuando recordaban a su río Torto, afluente del río Eo, decían que era muy caudaloso, aún en épocas de veranillo, regando ricas y abundantes praderías con aguas que diseminaban fuentes y abastecían todo el lugar con resultados mágicos para las praderas. Hablaban de las producciones de patatas, maíz, centeno

y trigo, de los rebaños de terneros que abundaban en toda esa región, de su valle de Riotorto, donde se hallaban naturales yacimientos de mineral de hierro y cuarzo con piritas y minas de manganeso, plomo y cobre rojo, aún sin explotar por la carencia de caminos; de la piedra de pizarra, con sus cualidades, de las minas de hierro, plomo y manganeso. Toda esa imagen iba impregnada de profunda nostalgia, amor y cariño a su tierra y soñaban, que algún día, su Riotorto y Pastoriza alcanzarían, gracias a sus riquezas naturales, honores de ciudades importantes, que permitirían a sus pobladores aumentar su nivel económico e imaginaban, que permanecerían allí para presenciar el desarrollo minero, agrícola e industrial del lugar que los vio nacer.

Decían que las cerezas producidas en aquel valle podrían abastecer algunas de las capitales de la nación, al igual que las castañas y los higos, y en menor escala, peras, manzanas, melocotones, ciruelas y nueces, las cuales no podían ser comercializadas por carecer de caminos, a pesar de encontrarse Riotorto a once kilómetros de su capital, y a cuarenta y cuatro de la provincia; los frutos y otros materiales eran trasladados a lomo de mula o en el clásico carro gallego, por caminos malos y veredas escabrosas hasta llegar al lugar donde la mano del hombre hizo una salida a la civilización.

Con añoranza conversaban de sus parroquias de Santa Martha, en Meilán, Ferreira Bella y la de San Pedro de Riotorto, con sus aguas minerales y medicinales, y las fuentes de Aldurfe y Meilán, que solo eran usadas por personas que vivían en sus alrededores. El abuelo idealizaba la construcción de una casa balneario en ese lugar privilegiado por la natura. Me contaban, que habían tenido la suerte de haber nacido en uno de los rincones más fértiles, pintorescas y bellos de Galicia, pero de los más olvidados, con una historia donde figuraban pocos hechos de gloria militar y mencionaban solamente un sangriento combate en la falda de los montes de Cariacedo, refiriéndose a él cuando lo creían conveniente y sin dar muchos detalles.

Un día mi abuelo dejó su tierra y cruzó el Atlántico en un barco militar con destino a Santiago de Cuba, convirtiéndose así en uno de los tantos españoles que llegarían a la Isla para luchar contra las tropas mambisas cubanas. Al llegar a puerto, mi abuelo se ausentó de la lista de los soldados y valiéndose de su astucia, se escondió detrás de unos barriles y sacos de patatas almacenados en una de las bodegas del barco, y allí, nuevamente, soportó la

Mi abuelo Gutiérrez, el que está solo, a la derecha, atendiendo a un enfermo en la quinta La Benéfica. La Habana, Cuba. Año 1937.

travesía. Esta vez de vuelta a Galicia. De esa aventura logró salir airoso y recorrió diferentes rutas hasta llegar a su Riotorto y contaba, como primera acción, el quitarse los zapatos y refrescar sus pies en las aguas de su río. Al llegar a su casa describiría el viaje de ida y vuelta a su familia.

El abuelo no conoció a su padre; la madre lo crio y lo inscribió en el registro de nacimiento con sus apellidos. Ella, y unos parientes lo criaron, y estos, asustados al conocer lo que hizo en su viaje a Cuba lo ocultaron. Salía sólo por las noches de su escondite de heno, pasando allí varios meses evadiendo las quintas. La suerte lo acompañó. Así me lo trasmitió mi abuela y siempre que mencionaba este hecho lo hacía con mucho orgullo y decía:—gracias a su astucia tu abuelo pudo salir airoso y nunca mató a ningún mambí cubano—. No sé qué hay de cierto en esto, sí puedo decir, que mi abuela Lola no era dada a contar leyendas o imaginarlas, era una gallega con muy poca instrucción, el abuelo le había enseñado a leer, a escribir y a sacar cuentas; ¡eso sí! muy avivada para su tiempo. Tenía ese don natural y creo, que al describirme esa historia lo hacía tal como la escuchó del abuelo. Ambos sentían gran respeto y admiración

Día en que se constituyó la Sociedad Emigrados de Riotorto y Pastoriza con sus miembros fundadores. En la última fila, el primero de la izquierda, mi abuelo Gutiérrez. Año 1915.

por José Martí; recuerdo ver, sobre el armario del cuarto de ellos, un pequeño búcaro de bronce, con flores blancas, colocadas al lado del busto del apóstol.

Terminada la guerra con España, el abuelo embarcó otra vez hacia Cuba, esta vez con todas las de la ley. Iría como emigrante. Su destino, La Habana, dejando atrás a su Riotorto y abrigando la esperanza de volverlo a ver algún día. Nunca más pudo hacer realidad ese sueño. Ya en tierra cubana, fue a vivir con un paisano, su estimado amigo, José María Rodríguez Luaces, que se dedicaba al comercio y llegó a poseer un café bodega al cual bautizó con el nombre Riotorto, muy cerca de la quinta La Benéfica. Mi abuelo se dedicaría a la atención de enfermos, realizando curaciones a domicilio y por las noches estudiaba en el Centro Gallego de La Habana. Años más tarde comenzaría los estudios en la Facultad de Medicina y Farmacia de La Universidad de La Habana, graduándose el 30 de septiembre de 1908 por la orden número 266 de la serie 1900 registrado al folio A, número 36; su título fue firmado por el Decano de la Facultad de Medicina; el abuelo tenía treinta y dos años de edad al graduarse. Siempre decía la abuela que estaba entre los primeros enfermeros que se graduaron en Cuba y que la quinta La Balear le abrió sus puertas para que ejerciera su profesión. Y es precisamente allí, en esa quinta, que conoce a mi abuela, una galleguita que acababa de llegar de Pastoriza, donde también en sus valles nace un río, el Miño, que baña la pradería y donde se pueden pescar abundantes truchas. La abuela había nacido en Bretoña Logilde, muy cerca de una cantería de mármol y contaba que la estación de ferrocarril

Cartilla de conducir de mi abuelo Gutiérrez. Año 1916.

más próxima estaba en Rábade, a 38 kilómetros, los mismos que la separan de la capital de Lugo.

El azar hizo que se unieran estos dos paisanos de comarcas cercanas de una forma muy peculiar, mi abuelo estaba comprometido para casarse con la hija de un médico de la quinta donde trabajaba, al conocer a mi abuela quedó prendado de su belleza. Mi abuela había llegado a La Habana mediante la gestión de su hermana Carmen, que trabajaba en esa quinta, y que al enterarse de la atracción de ambos y saber que mi abuelo ya estaba comprometido para casarse, embarcó de nuevo a mi abuela para España, pero a los pocos meses mi abuela estaría de regreso y un buen día se presentó en la quinta y le dijo a mi abuelo: —Ya sé que te casas, Joseito —.Y éste le respondió: —Dices bien, Lolita, me caso, pero contigo. A los pocos días, la tomó del brazo y la llevó a una notaría cercana a la Quinta la Balear; ese día se casaron por lo civil. Mi abuela era muy católica y siempre le reprochaba el no haberse casado por la iglesia. Años más tarde, un día, mi abuelo le dijo: —Componte Lolita, arregla a los niños que vamos de paseo. Y los llevó a todos a la iglesia San Agustín; ya él había acordado con el cura y con dos paisanos de Riotorto como testigos, y como invitados, mi padre, con doce años; mi tío, con trece y mi tía, con seis años, fue la madrina de la boda. ¡Cosas de gallegos!

En los salones de la cervecería Hatuey, en la mesa de atrás mi familia. Mi padre, Heriberto Gutiérrez García, de pie.

Mis abuelos fueron conociendo a otros paisanos que iban llegando o que ya estaban en La Habana. Estos gallegos de Riotorto y Pastoriza se reunían todos los domingos en el hogar de un pariente de la familia nombrado Antonio Bouso, que vivía en la calle Santa Clara Nº. 31, en La Habana. Apellidos como los de Veiga, Luaces, Gallo, Bragueiras, Vila, Lorigado, Basanta, Val, Gasalla, Muiño y otros tantos han quedado grabados en mi memoria porque desde niña escuchaba a mi familia mencionarlos, conociendo a muchos de ellos y a sus descendientes.

El féretro de mi abuelo, llevado en hombros, desde la entrada del cementerio de Colón, en La Habana, hasta el panteón de Riotorto. Al frente, mi padre y mi tío junto a directivos y miembros de las sociedades españolas.

A este grupo de gallegos les surgió la idea de crear una sociedad, a la que pondrían por nombre Sociedad de Instrucción y Recreo Emigrados de Riotorto, continuadora de su Riotorto y Pastoriza, para con ella lograr una mejor compenetración con los paisanos emigrados a La Habana desde esos lares. Y es así como ve la luz esa sociedad una tarde de domingo del mes de abril de 1915, en casa de Bouso, donde mi abuela y mis primas Josefa, la de Santa Clara, Encarnación, Generosa, Escolástica, América y Merced, habían preparado para ese día pulpos, harina con cangrejos, empanada gallega y freixuelos. A Josefa le decíamos en casa Josefa la de Santa Clara, por nombrase así la calle donde vivía ella con su familia. De Encarnación y Generosa guardo muy gratos recuerdos; se dedicaban a labores domésticas. Eran muy cariñosas y ocurrentes esas dos pícaras gallegas con sus leyendas y cuentos de aldea poco creíbles para el que las escuchaba, para ellas formaban parte de su fantasía.

Mi prima América y su esposo Manuel, también gallegos y personas encantadoras, tenían una gran empatía con mi abuela Lola; eran de su misma aldea y al llegar a La Habana compraron terrenos cercanos y fabricaron sus casas de madera en el mismo reparto Almendares . Todas las tardes se visitaban y cosían juntas. De niña y de joven, yo caminaba con mi abuela diariamente esas dos cuadras para ir a casa de la prima América. Me gustaba escuchar las historias que ellos contaban y

Mi abuelo, el Dr. José María Gutiérrez López. Natural de Riotorto, Lugo, Galicia.

Mi abuela, Dolores García Vila. Natural de Pastoriza. Lugo, Galicia.

el cariño con que siempre me hablaron de su terruño. Josefa, Escolástica y Merced eran otra cosa; habían hecho capital con sus esposos, que eran propietarios de comercios, y a decir verdad, sus visitas a la casa de mi abuela no me eran muy gratas porque las conversaciones giraban siempre sobre temas de negocios o alquileres de viviendas; lo único que me agradaba de aquellas visitas era el cartucho de rosquitas azucaradas que traían para acompañar con la champola, que mi abuela les preparaba con las guanábanas de la mata que estaba sembrado en nuestro patio.

Retomando el tema de la Sociedad, les diré que a partir del día en que la crearon las reuniones en casa de los Bouso tomarían otro cauce y nombrarían una Mesa provisional que presidió Antonio Val, y el día 28 de abril de 1915 el Gobernador Provincial de La Habana aprobó el Reglamento presentado por ellos, donde se les autorizaba a constituir legalmente dicha sociedad; su primera Junta General fue celebrada el día 30 de abril del mismo año. Donde mi abuelo integró la misma como vocal. En el mes de diciembre de ese año reciben la propuesta de mudarse para el Centro Gallego de La Habana, junto a otras sociedades

que también habían sido creadas aproximadamente en esa fecha. Inicialmente no estuvieron de acuerdo y siguieron realizando sus reuniones y juntas en la calle Santa Clara, meses después aceptaron la propuesta y fueron a radicar al Centro Gallego.

Como dato curioso les diré que los primeros miembros eran todos hombres y no fue hasta el mes de junio del año 1915 que autorizarían a las mujeres a ser socias; Josefa, Encarnación y mi abuela Dolores, iniciaron la lista y en pocos meses se incrementó el número de asociadas, la mayoría de ellas eran esposas de los miembros antes mencionados y a partir de que fueron naciendo sus cubanos hijos, estos también se sumarían y años más tarde nosotros, sus cubanos nietos. Dejando bien establecido, desde entonces, que para disolver la Sociedad de Instrucción y Recreo Emigrados de Riotorto, tendría que ser acordado en una Junta General Extraordinaria citada al efecto y si se oponían a ello cinco socios con voz y voto no se podía llevar a efecto tal disolución. Y si por algún motivo se acordaba su desintegración, su Capital activo se distribuiría de la siguiente forma: Todos los inmuebles que poseía pasarían a ser propiedad del Ayuntamiento de Riotorto, en la provincia de Lugo, España y con la condición que serían destinados precisamente para Escuelas Públicas, no pudiendo destinarse a otro fin alguno. Tenían derecho a hacer cumplir esta cláusula cinco vecinos del término Municipal de Riotorto capacitados civilmente. Del efectivo y valor del mobiliario de la sociedad después de cubiertas todas las obligaciones sociales, se destinaría el veinticinco por ciento para la casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana y el setenta y cinco por ciento restante se distribuiría entre los niños pobres de las escuelas del Ayuntamiento antes citado según lo determinara la comisión liquidadora que al efecto nombraría la Junta General de Socios. El Estandarte y el archivo de la sociedad serian donados también al Ayuntamiento de Riotorto. Desafortunadamente, al triunfo de la Revolución Cubana y ser intervenido el Centro Gallego todas las sociedades españolas pasaron a ser controladas por el Ministerio de Justicia de Cuba, aunque lograron mantener sus oficinas en el antiguo Centro Gallego, pero tuvieron que adecuar sus Reglamentos a los nuevos tiempos impuestos.

El estandarte al que se hace referencia fue concebido en la primera junta el 28 de abril de 1915, donde mi abuelo, José Gutiérrez López, como parte de su directiva, propuso la creación de un emblema social que representara la figura de dos niños dándose la mano en señal de

unión de los dos Ayuntamientos, Riotorto y Pastoriza. Y contaba mi abuela, que cuando confeccionaron el emblema, colocaron el estandarte sobre una carroza bellamente adornada que salió escoltada por cuatro damas de honor desde el Centro Gallego de La Habana, hasta los jardines de la cervecería La Tropical, donde se realizó un banquete con matinée para la colonia gallega. Estos festines los hacían cada cierto tiempo en diferentes lugares: en los Jardines del Parque de Palatino, en el salón Mamoncillo de la cervecería La Tropical, en la cervecería Hatuey, en la Terraza del Carmelo, en los manantiales de La Cotorra, y años más tarde, en los salones de La Polar.

Todos estos lugares atesoran recuerdos de las giras, verbenas y romerías que allí se realizaban con las familias de estos emigrantes, que entre jotas, muñeiras y pasodobles disfrutaban una feliz tarde de domingo, solamente entristecida, cuando al atardecer, se escuchaba la gaita. Yo miraba los ojos llorosos de mis abuelos y me preguntaba el por qué lloraban si estaban bailando y cantando. Así quedarían grabadas en mi memoria de infante aquellas giras y estampas gallegas.

En el mes de mayo de 1916, mi abuelo pasa a ser vicepresidente de la Sociedad y propone realizar en los Jardines de Palatino el Primer Festival Banquete de la Sociedad de Riotorto; para efectuar dicha festividad se escogió el día 18 de junio y estaría amenizada por grupos musicales creados por emigrantes de diferentes sociedades españolas invitadas a participar en el primer festival. Otras de las propuestas hechas por mi abuelo en ese año fue crear la Comisión de Glosa y realizar las elecciones cada dos años; la primera, la realizaron en el mes de mayo de 1917; siempre fueron fieles cumplidores de este acuerdo, y cada dos años, lloviera, tronara o cayeran raíles de punta —como decía la abuela— se reunían en el Centro Gallego para elegir una nueva directiva o mantener la ya existente. Mi abuelo falleció siendo el presidente de la sociedad y el mismo día de su sepelio salieron todos del Cementerio de Colón hacia el Centro Gallego para efectuar la Junta Directiva y nombrar al nuevo presidente. Emiliano Villamil culminaría ese año como suplente y no es hasta 1938 que asume José Veiga Gutiérrez la presidencia de la sociedad hasta 1940, fecha en que se celebraron las Bodas de Plata.

En diferentes mandatos mi abuelo quedó como vicepresidente y desde el año 1932 hasta 1934 y del 1936 al 1937, fungió como presidente hasta su fallecimiento. Decía la abuela, que como él era titulado y

España estaba en plena Guerra Civil, decidieron todos, que esos duros años ocupara la presidencia de la sociedad. El abuelo era una persona muy honesta, de gran sensibilidad humana, con buena preparación, muy querido y respetado por todos; tenía un carácter afable y cortés, que lo distinguía. Cualidades que permitían que su voz recibiera la atención de quienes le escuchaban.

Mi abuela, Dolores García Vila, en España. Año 1971. Falleció a la edad de 86 años en Miami. Florida. Allí descansan sus restos.

En el año 1936 crearon los Comités de Apoyo a la Guerra Civil; estos últimos hicieron todo lo posible por hacer llegar a España cualquier tipo de donación y en los salones del Centro Gallego de La Habana se recaudaban fondos a través de actividades y se embalaban los baúles y cajas que trasportarían mercancías y ropas para España. Además, se preparaban para recibir la nueva oleada de exiliados que arribarían al puerto de La Habana, procedentes de distintos puntos de la península ibérica, sumándose estos a los emigrantes ya existentes en Cuba. El Consulado Español en La Habana, desde fecha muy temprana ya había solicitado a las sociedades regionales y de beneficencia, creadas en la capital, la ayuda para la creación del Comité de Auxilio a los españoles exiliados de México; se acuerda enviar la suma de mil pesos repartida proporcionalmente entre las sociedades participantes en aquella reunión.

Uno de los primeros y de los tantos barcos anclados en el muelle de San Francisco, fue el vapor correo Manuel Arnús, que llegó cargado de exiliados a La Habana. Con relación a las peripecias de este barco, guardo muchas anécdotas, ya que algunos marineros eran amigos de mi familia y en los casi dos años que se mantuvo el barco retenido por las autoridades en puerto cubano, esos marineros visitaban a mis abuelos todos los domingos hasta que pudieron embarcar para Veracruz gracias a gestiones realizadas por el entonces presidente de México, Lázaro Cárdenas. En mi libro *El Manuel Arnús, Crónicas y*

Primera foto de mi abuelo José María Gómez Gómez estudiando en el Centro Gallego de La Habana. Año 1913.

Leyendas, relato estos hechos como me lo contaran mis abuelos y padres. El barco estuvo casi dos años impedido a navegar. Las autoridades cubanas de turno así lo decidieron.

Cuando se celebró el Primer Festival Hispano-Cubano, se creó un Comité de Cronistas de Sociedades Españolas y se vendieron talonarios con valor de diez pesos para recaudar fondos. En esa época también vería la luz el Comité Pro Casa Curros Enríquez; existían además los comités de visita a enfermos en sanatorios y quintas como La Balear, La Benéfica e Hijas de Galicia.

Desde su llegada a La Habana, mi abuelo Gutiérrez, como todos lo llamaban, practicaba curaciones a domicilio. Me contaba mi abuela, que ya en Galicia, él utilizaba plantas silvestres, la manzanilla y aguas medicinales de su región para aliviar los distintos males de los aldeanos. Ellos tenían fe en su método de sanar, era muy querido y estimado por todos en su terruño. Recuerdo que mi abuela decía que él hacía uso de la manzanilla para múltiples curaciones; para el abuelo esa planta era mágica y curó a muchas personas con ella. En el patio de nuestra casa nunca ha faltado y aún la utilizo para remediar diferentes dolencias y siento alivio al tomarla como cocimiento o al aplicarla sobre la piel. Siempre que lo hago tengo un pensamiento para con el abuelo. Si él viviera hoy día, de seguro, defendería con todas sus fuerzas el uso de la medicina verde y tradicional. Todo este conocimiento le serviría para que años más tarde lo consideraran como uno de los mejores graduados en La Habana, por el año de 1908.

Recordaba la abuela, que por entonces, en los salones de cirugía no existía la anestesia y se aplicaba éter para las operaciones; esto

deterioró gradualmente la salud del abuelo y le causó un cáncer pulmonar, él, ni fumaba, ni era adicto a la bebida, solamente antes del baño se tomaba una copita de anís o coñac. Recuerdo que la abuela hacía lo mismo.

En los años transcurridos durante la Guerra Civil Española, llegaban a La Habana muchos exiliados traumatizados o con tuberculosis; fue una etapa muy difícil para el abuelo y la Quinta La Benéfica sirvió como sanatorio para que se recuperaran muchos de estos enfermos, a quienes alimentaban y les suministraban jugo de berro en diferentes horarios del día. A todos ellos consagró el abuelo largas jornadas de labor hasta sus últimos años de vida. De ahí que la abuela Lola decía: —Gutiérrez no fue a pelear a la guerra de España, pero murió por ella—.

El desvelo por los enfermos que atendía resultó muy reconocido y a la hora de su muerte, muchos de ellos le acompañaron hasta su última morada; solamente quedaron en la quinta La Benéfica los casos graves. Todos los demás enfermos asistieron a su entierro llevando en hombros su féretro y junto a los directivos de las sociedades gallegas lo acompañaron ese día 21 de julio de 1937, hasta su panteón de Riotorto, en el cementerio de Colón. Murió a los sesenta y dos años y su despedida se convirtió en algo muy conmovedor. Decía la abuela: —Todos los presentes lloraron la pérdida de Gutiérrez—. El suceso quedó registrado en fotos, en esquelas de periódicos habaneros y gallegos de la época.

Todos estos emigrantes buscaban la forma de ser útiles a su tierra desde Cuba y cooperar también en la instrucción primaria de sus aldeas, ya que era muy deficiente, además de la situación de abandono que presentaban las pocas escuelas que existían. Una de las ideas de mi abuelo, fue brindar apoyo para la construcción de un hospital provincial en Lugo, por tal razón envían a sus respectivos ayuntamientos en Galicia un donativo e ingresan en el banco una parte del capital existente en la Caja de la Sociedad.

A raíz de esta acción reciben una carta del juez municipal de Riotorto, solicitándoles la cooperación para la construcción de una casa escuela, en la parroquia de Santa Martha de Meilán, de dicho Ayuntamiento, y otra en la parroquia de Ferreira Bella. La petición fue tomada en consideración y comienzan a enviar dos donativos para estas obras

sociales, seiscientos pesos para la primera y cuatrocientos pesos para la segunda. Al culminarse las obras, el párroco de Santa Martha envía una carta dando a conocer que en atención a las distintas aportaciones recibidas, se tomó el acuerdo de colocar en el lugar una placa conmemorativa de las donaciones hechas desde La Habana por los emigrantes.

Se recibían cartas desde Galicia de los vecinos de Espasande de Abajo, donde solicitaban fondos para la construcción de un colegio en ese pueblo y decían que el Ministerio de Instrucción Pública solamente les ofrecía maestro y material escolar, no cooperación para la construcción. Es entonces, cuando mi abuelo hace dos proposiciones: una, que se contribuya con la misma cantidad mensual que se envió para el colegio de Santa Martha, ya finalizada su construcción, y además, enviar tres mil pesetas y quinientos pesos en moneda española en tres plazos hasta la culminación de la segunda obra. La otra propuesta del abuelo consistió en que también tuvieran acceso a dicho colegio los niños de Espasande de Arriba, hasta que ellos pudieran tener el suyo y así recibirían la misma instrucción. Allá accedieron a la petición y más tarde también iniciaron la construcción del colegio de Espasande de Arriba, con la misma contribución enviada desde La Habana. Otra de las ayudas fue depositar en el Banco Hispano Americano de Madrid una letra de cambio por valor de dos mil pesetas, con fecha 20 de febrero de 1920, letra que había sido comprada por esta sociedad en el Banco Español de la Isla de Cuba, con el número 204.724, cuyo importe estaba destinado a la construcción de una casa escuela en la Parroquia de Ferreira-Bella, en Riotorto, habiendo sido acogida la negociación de dicha letra a la moratoria del citado banco. Es digno señalar que durante la construcción de todas estas obras, hasta su culminación, se cumplió desde La Habana el envío sistemático y puntual del dinero. Aquí vemos el grado de solidaridad tan alto que existía en todos estos emigrantes, que se distinguieron por sus aportes a su amada tierra.

Mi abuela me explicaba que cuando recibían las cartas enviadas desde el Ayuntamiento de Riotorto dando fe de la culminación de las obras sociales a las que ellos habían ayudado a materializar, las lágrimas brotaban en los ojos de todos aquellos emigrantes.

Siempre recordaba, y lo contaba con orgullo, que ellos, desde La Habana, habían hecho realidad el sueño de las siete escuelas, de la feria en

Las Rodrigas, de la reparación de los nueve puentes y de los caminos vecinales y ainda mais, como decía la abuela en gallego, que quiere decir y mucho más...

En el año 1925, estos emigrantes, solicitan que se le concediera al Ayuntamiento de Riotorto un Bastón de Mando por haberlos apoyado en sus proyectos e ideas a favor de su terruño natal. Es entonces, que mi abuelo, creyó oportuno comprar dicho bastón con los fondos de la sociedad, y además propone que se nombre una comisión para adquirirlo, siempre que su precio no excediera los setenta y cinco pesos de aquella época. Y es así como llega aquel bastón a la Alcaldía de Riotorto en un bello estuche, junto con un cuadro con los nombres de todos los socios donantes; José Veiga Gutiérrez es el portador del obsequio y fue quien lo llevó celosamente cuidado hasta la amada Galicia. El día de su partida todos fueron a despedirlo al muelle de San Francisco. Dacia la abuela, que estando ya Veiga a bordo del barco, sacó el bastón del estuche y comenzó a agitarlo en señal de despedida y a viva voz todos le respondieron desde el muelle: ¡Viva Galicia! ¡Viva España!

Mi abuela, Juana Llurba Abelló, en Barcelona, al quedar viuda con 27 años de edad.

Se entristecía con las cartas que llegaban de las aldeas de personas que habían tenido la desgracia de que sus hijos fallecieran en la guerra o nacieran con defectos físicos y solicitaban socorro a sus paisanos en la Isla; siempre mi abuela recordaba a dos infelices criaturas que habían nacido en el Ayuntamiento de Muras, sin brazos y sin piernas. Para ellos, abrieron una colecta para cooperar en tan humano fin, pero estas no serían las únicas personas a las cuales les brindarían auxilio desde La Habana. En noviembre del año 1921, propusieron, que las sociedad españolas hiciera un donativo a los soldados gallegos que estaban peleando en África, unos estuvieron a favor y otros en contra, llegando al acuerdo de que la sociedad enviara una carta al Ayuntamiento de Riotorto,

Mi abuela Juana Llurba Abelló, última foto tomada en Barcelona antes de partir para Cuba en el vapor Manuel Calvo. Año 1912.

para solicitar del señor alcalde los nombres de los soldados pertenecientes a aquel Ayuntamiento y que estaban peleando en territorio marroquí, para de ese modo hallar la mejor manera de hacerles llegar alguna ayuda a ellos y a sus familias. Al ser llevados a la guerra esos

hombres sus mujeres, niños y ancianos se hicieron cargo de la casa y de las labores en el campo, quedando en un desamparo total, y como en anteriores ocasiones, desde el Centro Gallego los emigrados enviaron cuotas de ayuda para esas familias.

Transcurría el año 1922, la Sociedad envía fondos para edificar otra casa colegio, esta vez en la parroquia de Aldurfe; con el apoyo del vecindario se realizó esta obra, y además, solicitan al alcalde de ese pueblo que nombre un profesor, para desde La Habana enviar los honorarios al maestro.

En ese propio año, los emigrantes, conocen de un artículo de un diario español, donde se llama la atención a los municipios de toda España acerca del Proyecto Telefónico Nacional, y en tal sentido, acogen este nuevo proyecto. La dirección de Riotorto envía una comunicación desde La Habana al alcalde de su ayuntamiento, expresándole, que si el municipio carecía de los fondos para dicha obra, la sociedad haría un esfuerzo para subvencionar parte de los gastos. Esto fue tomado también en consideración y comenzaron a disponerse los aportes financieros para el Proyecto Telefónico Nacional.

Cuando en el año 1926 azotó a La Habana un fuerte ciclón, se creó un Comité de Ayuda para socorrer a las víctimas del huracán, y cada vez que el país recibía los efectos de alguna tormenta, este Comité se activaba y ayudaba a todo asociado que había sufrido alguna pérdida material o humana. Muchos de estos emigrantes, como nuestra familia, habitaban en casas de madera, típicas de la época y al pasar los ciclones recibían daños de consideración. Mis abuelos pagaban el seguro a la compañía El Iris, pero no todos podían hacerlo y cuando ocurrían incendios, o inclemencias naturales, que afectaban sus viviendas, siempre la sociedad los socorría y les brindaba ayuda.

Todos estos emigrantes vivían del fruto de su trabajo, no todos tenían negocios propios, ni eran acaudalados, ni hicieron capital a partir de prebendas. Muchos de ellos realizaban un gran esfuerzo para cooperar con todas esas donaciones a su tierra y a sus paisanos en La Habana cuando caían en desgracia y la gran mayoría iban a pie a sus trabajos, a las reuniones de la sociedad y a recibir clases en el Centro Gallego y así se ahorraban las pesetas. Mis abuelos vivían en un reparto llamado Almendares. La abuela me contaba, que diariamente y durante muchos años, el abuelo caminaba desde la casa para ir a estudiar al

Centro Gallego y más tarde a la Universidad, y haría lo mismo cuando comenzó a trabajar en la quinta La Balear y en La Benéfica. Ahorrando así el poco dinero que ingresaba y era necesario guardar para pagar el terreno comprado, la construcción de una casa de madera y la crianza de tres pequeños hijos. ¡Qué sacrificio el de nuestros abuelos!

En todos esos años mi abuelo recibió el apoyo de mi abuela; ella, criaba animales en el patio de la casa y temprano en las mañanas recorría el barrio cortando hojas de álamo para alimentar las chivas y después ordeñarlas; desgranaba maíz para dar de comer a las gallinas. Esta labor la realizó durante muchos años. Siempre recordaré a la abuela Lola en estas faenas, y en las tardes, en el portal de la casa, sentada en su sillón de mimbre, cosiendo telas de percal para vestir a la familia.

En el año 1916, el abuelo había adquirido la categoría de chofer otorgada por la Administración Municipal de La Habana para circular por la ciudad, y tanto él, como otros emigrantes, que la poseían, se trasladaban en carros de tracción animal y en otros medios de transporte típicos de la época y con sus propios recursos iban de un lugar a otro. Hay que tener en cuenta, que por aquel entonces, aún no existían las vías apropiadas, ni las comunicaciones actuales en La Habana y en el resto de la Isla.

Deseo destacar, que con motivo de la visita a Cuba en 1928 del ilustre doctor Roberto Novoa Santos, el Centro Gallego y las demás sociedades gallegas de instrucción tomaron el acuerdo de rendir un homenaje a tan destacada figura en el Teatro Nacional del Centro Gallego; para ello se vendieron las entradas a quince pesos y resultó muy alta la recaudación. Es entonces, que mi abuelo, José Gutiérrez López, propone que se destinen esos fondos a la Universidad de Santiago de Compostela, por ser el doctor Novoa Santos paladín de la construcción de la célebre Ciudad Residencia de Estudiantes en Santiago y que este gesto sería un honor para ellos y para Galicia. Por unanimidad se aprueba la propuesta del abuelo y la alta suma recaudada es enviada. Es así como este patrimonio histórico —un sueño de aquella época—, se convirtió en realidad gracias a la tenacidad de todos aquellos emigrantes, que dentro y fuera de su tierra lo hicieron posible.

Cronistas de periódicos de Galicia y de toda España, se interesaban en conocer y publicar las noticias novedosas que llegaban desde La Habana, procedentes de todas estas sociedades de emigrantes y fueron

muchas las cartas que enviaron. A todas, se les hacía acuse de recibo, y en las columnas de los periódicos gallegos salieron a la luz algunas de estas crónicas, donde se elogiaban las ideas de estos emigrantes y el apoyo financiero que enviaban desde la Isla a sus ayuntamientos y aldeas.

Mi abuela Juana Llurba Abelló a los 38 años, en La Habana.

El 5 de mayo de 1935 realizan una gran colecta y celebran un banquete en los jardines de La Cotorra. Además, siembran el árbol Fico, en la principal avenida de dichos jardines y al pie del mismo, colocaron una placa de mármol en la que figura el nombre de la sociedad y la fecha de ese acto. Mi abuela siempre guardó con mucho cariño la fotografía tomada aquella tarde de domingo, en ella aparecían todos los miembros fundadores, entre ellos, mis abuelos con sus tres pequeños hijos, que en realidad tuvieron cuatro, porque Joseito, el mayor, murió de tifus con tan sólo un año de edad. Después, nació mi tío Pepe, mi padre Heriberto y mi tía Vitoria Dominica. Actualmente todos fallecidos. Los restos de mi tío y padre descansan en Cuba, y los de mi tía, en Miami, Florida, junto a los de su esposo, mi padrino, José Fernando Campos Simón y los de mi abuela, todos emigrantes españoles y descendientes.

Contaba mi abuela, que el 12 de octubre de 1935, a pesar de las inclemencias del tiempo y bajo un torrencial aguacero, acudieron todos al panteón de Riotorto, en el cementerio de Colón en La Habana, allí se develó un pedestal, que sostenía una piedra traída desde las canteras de Riotorto, en Galicia. Mi abuelo usó de la palabra en dicha inauguración, como presidente de la Sociedad en aquel momento. Hay un dato curioso: esta piedra soportó varios ciclones que azotaron a La Habana, sin embargo, en la década de los años ochenta del pasado siglo, dicen que fue arrastrada por un ciclón y nunca más se supo de ella. Algunos piensan —y yo entre ellos—, que la piedra fue sustraída por manos inescrupulosas que al ver sus destellos de minerales creyeron que pudieran ser piedras preciosas, o quién sabe si haya recorrido otra vez su

Boda de mis abuelos José María Gómez Gómez y Juana Llurba Abelló en La Habana. Año 1918.

ruta de llegada, como tantas fotos y documentos de la Sociedad que fueron sacados del país por personas que abandonaron el territorio cubano y se los llevaron consigo.

Mi única prima hermana, Magaly del Carmen Campos Gutiérrez, partió de Cuba a los diez años con mis tíos y abuela rumbo a España. No la he vuelto a ver desde entonces. Hace años vive en Miami, Florida, con su esposo e hijos. Ella, y yo, somos el único vínculo sanguíneo directo de los Gutiérrez que un día fundaron la sociedad de Riotorto en La Habana, Cuba ya que Jorge Antonio Gutiérrez Rodríguez, mi primo, hijo único de mi tío y Heriberto y José Luis Gutiérrez, mis otros dos hermanos, están fallecidos y sus restos descansan en el Cementerio de Colón en La Habana.

De niña y adolescente, cada vez que paseaba por mi barrio Almendares o por algún lugar de La Habana, recuerdo a mi abuela Lola, diciéndome y señalándome con su dedo: —Ves, ahí hay sudor y dinero gallego.

En el año 1981, fallece mi abuela en los Estados Unidos, con noventa y seis años de edad. Ella cruzó siete veces el océano Atlántico, en viajes de ida y vuelta de España a La Habana, y tres veces traspuso el estrecho de la Florida. Fue el destino quien hizo de mi abuela una viajera incansable y quién le iba a decir que sus restos mortales no descansarían ni en Cuba, ni en su panteón de Riotorto, ni en su querido terruño de Pastoriza, en Galicia, si no, en uno de los tantos cementerios que existen en Miami.

Entre otras remembranzas me contaban mis abuelos, que 15 de abril de 1838 fue inaugurado el Teatro Tacón, el cual debe su nombre al gobernador general de la Isla, Miguel Tacón (1834-1838). Ya para 1917 pasaría a llamarse Teatro Nacional, construido dentro de la edificación del Centro Gallego. A este teatro llegaban los más importantes acontecimientos europeos y por el pasarían ilustres personalidades del arte y la ciencia de aquel tiempo. De él, escribió la Condesa de Merlín: «(...) En Londres o en París se tomaría este teatro por un inmenso salón de gran tono (...)». Yo, estoy plenamente de acuerdo con la condesa, pero lo que ella no pudo nunca imaginar y mucho menos escribir, es que ese —gigantesco pastel de cumpleaños—, como lo viera y describiera Carpentier, soportó y pudo ver el fin de la colonia española, la injerencia norteamericana, la instauración de una República y ser testigo de luchas intelectuales, obreras y estudiantiles hasta el triunfo de la Revolución Cubana el 1ro de enero de 1959.

Para mí, los rebautizos que ha recibido a lo largo del tiempo: Tacón, Nacional, Federico García Lorca, Gran Teatro de La Habana y Teatro Alicia Alonso, todos, lo han beneficiado ilustrativamente y culturalmente, y ninguna generación de cubanos podrá olvidar a los bailarines, actrices, cantantes y músicos que subieron a su escenario; jamás olvidarán que allí estuvo sentado como espectador nuestro apóstol José Martí, que allí cantó Enrico Caruso, que allí zapateó Antonio Gades y que allí danzó nuestra Alicia Alonso. Por eso, cada vez que subía sus hermosas escaleras de mármol me transportaba en el tiempo y recordaba al muy ilustre Centro Gallego de La Habana, como le nombraban mis abuelos, con su suntuoso Teatro Nacional. ¡Cuántas veces estuve en él...!. En sus fiestas, en sus salones, en sus reuniones de sociedades españolas, en sus bailes, recordado el 20 de diciembre, fecha en que se escuchó en Cuba, por vez primera, el himno del terruño de los abuelos y que más tarde lo recordarían cada año los emigrantes, entonando sus notas y

corriéndole lágrimas por sus mejillas. De niña no podía entender por qué mis abuelos y sus paisanos lloraban, si estaban cantando...

Desde los balcones del Centro Gallego, en el mes de febrero, veía los paseos del carnaval, que por aquella época subían por todo el Paseo del Prado. ¡Y aquel gran salón, con su barra taberna construida con maderas preciosas! Allí despedíamos al año viejo y a las doce de la noche comíamos las uvas y al compás de las campanadas del reloj dábamos alegres saltos. En ese salón esperé con ansiedad mi fiesta de quince años...

Recuerdo las veces que asistí vistiendo el traje de aldeana, con la saya roja con franjas negras y su corpiño negro, blusa blanca y pañuelo rojo a la cabeza. Al escribir estas semblanzas pensé en la jota y en el pasodoble que me enseñaron a bailar los abuelos en aquellos salones y en las giras y las verbenas que se hacían. Recordé los bailes en la Artística Gallega, en la Rosalía de Castro y en el Casino Español; también recordé cuando me llevaron al Teatro Nacional vestida de sevillana para ver a Los Chavales de España y a Pedrito Rico y no puedo olvidar aquella ocasión en que me estrenaron una bella blusa de encajes, con la corbatita bordada en lentejuelas y canutillos a colores, para ir al Teatro Nacional del Centro Gallego, a ver a un pintoresco pianista al que llamaban Liberace. Músico extranjero que nada tenía que ver con la colonia gallega en La Habana. Así eran las cosas por aquel entonces y así se las cuento yo, no a título personal, ni con pretensión, solo quiero contárselas como las viví o como me las hicieron vivir.

Otro día, me engalanaron con un traje de valenciana para ir a recibir a una bella artista española que llegaría a La Habana, llamada Sarita Montiel. Hasta el antiguo Hotel Havana Hilton me llevaron para verter pétalos de flores a su paso. Recuerdo otra ocasión en que me cambiaron el traje por el de violetera, para verla actuar en el antiguo teatro Blanquita, hoy Carlos Marx. Ese día lo guardaría en mi memoria para siempre como algo muy especial, pues Sarita Montiel me paseó del brazo por los pasillos del teatro y me regaló un clavel que aún guardo, ya marchito, dentro del programa que repartían a la entrada del teatro.

Desde que abrí mis ojos escuché a mis abuelos cantarme zarzuelas, cuplés y habaneras, de ahí mi gusto por esos géneros musicales, de ahí mi gusto por bailar la jota, la muñeira, tocar las castañuelas, la pandereta, escuchar la gaita gallega y bailar una sardana; ellos me

Casa fabricada por mis abuelos en el Reparto Almendares, La Habana, Cuba. Mi cuna de Pino y Roble. Año 1920 recién construida.

enseñaron los cantos de su tierra, me enseñaron amar a Galicia y a Cataluña. Me enseñaron amar a su España.

Por todas esas experiencias, el Centro Gallego me trae tantos recuerdos de mi infancia... De allí salí una tarde con los abuelos vestida de torera para visitar la exposición del trasatlántico Toledo, barco español anclado en uno de los muelles habaneros en los primeros años de la década de los cincuenta del pasado siglo; por él pasaría, tras largas horas de cola, casi toda la colonia española residentes en La Habana, todos queríamos ver las muestras de productos españoles que en él se exhibían. Ese día, cuando subimos a bordo, mis padres y abuelos besaron la bandera española, y yo, a pesar de mi corta edad, hice lo mismo.

Recordé los relatos de los abuelos cuando se izó, no por mucho tiempo, la bandera republicana en lo alto del Centro Gallego y de las recaudaciones en ropa y comida que allí se hacían para enviar hacía España en plena Guerra Civil. Aún guardo en mi memoria el día en que nos reunimos los asociados de Riotorto, en el salón taberna del Centro Gallego, para celebrar los cincuenta años de fundada nuestra sociedad, fue en la década del sesenta del pasado siglo... La última ocasión en que toda mi familia participaría. Aquel día quedaría grabado en mi memoria con alegría y con gran tristeza; alegría, porque celebraba allí

mis quince años y tristeza, porque observaba cómo se despedían unos de los otros. Mi abuela Lola lloraba, también mi tía, mi prima y mi padrino lo hacían. Días después partirían a España definitivamente, y aunque ese era el anhelo de ellos, les resultaba difícil dejar atrás parte de la familia y todo lo que habían creado en Cuba con esfuerzo y trabajo. Nuevamente, del otro lado del Atlántico, España les abría sus brazos. Fue triste en verdad aquella separación y qué ajena estaba yo de que sería para siempre. Nunca más volví a ver a mi abuela querida...

Por aquellos años salieron muchos emigrantes de Cuba, pocos quedaron, y con el tiempo algunos se han ido muriendo; muchos de los que se quedaron se adaptarían y otros, verían con poco entusiasmo los radicales cambios sociales y políticos que se hacían en el país. Algunos de estos emigrantes simpatizaron y apoyaron la Guerra Civil en España, sin contar los cientos que llegaron a la Isla huyendo de aquella barbarie y desde aquí muchos se inscribieron solicitando participar en la Guerra Civil Española; más de mil cubanos también se alistaron por aquellos años. Esa es otra buena historia por contar...

Cuando triunfa la Revolución cubana, algunos emigrantes vieron en ella una respuesta a sus inquietudes e incluso iban dejando atrás esa imagen de emigrantes para reintegrarse y formar parte de la nueva

Mis abuelos maternos, Juana Llurba Abelló, catalana, a los 73 años y José Gómez Gómez, gallego, con 57 años. Última foto de mi abuela. Año 1951.

sociedad cubana, muchos de los que se quedaron se alistaron en los batallones de milicias, fueron a la Lucha contra bandidos en el Escambray, participaron como alfabetizadores y hubo quienes pelearon en Playa Girón en defensa de Cuba, otros, decidieron retornar a su tierra junto a la familia que habían creado en Cuba. Es muy cierto, que la gran mayoría de los que emigraron a la América eran muy jóvenes y buscaban mejoras económicas; algunos lo lograron e incluso pusieron sus propios negocios en la Isla, como mis abuelos, pero al realizarse cambios sociales profundos en Cuba, no podían entenderlos, ni comprenderlos y mucho menos ser expropiados de sus propiedades, por esa razón fueron regresando a España, o a otros países, y los que permanecieron, quedarían imbuidos en una nueva vida. Recordando con añoranzas sus raíces y el pasado vivido en una bellísima y prospera Isla, que al pasar de los años, veían, con tristeza, su deterioro y decadencia.

Para mí y otros tantos hijos y nietos de españoles no nos importa que ya no lo nombren Centro Gallego y que algunos pocos lo recuerden como tal, ahí está él y ahí está su historia. Sabemos que los tiempos no son los mismos y que hay que ver la vida con una visión más contemporánea, pero la memoria de la emigración en Cuba está allí, está en todos esos salones y está en el espíritu del alma gallega que transita por ellos y por toda la Isla. Esas presencias no se deben olvidar jamás.

RESEÑA DE MIS ABUELOS MATERNOS: JOSÉ MARÍA GÓMEZ GÓMEZ Y JUANA LLURBA ABELLÓ

El abuelo nació en el año 1895 en Lugo, Galicia, en la aldea de Toiriz y la abuela en el año 1879, en Vilella Baja, Tarragona, Cataluña. Se sorprenderán con la diferencia de edad entre ambos y es que la abuela era dieciséis años mayor que mi abuelo cuando contrajeron nupcias en La Habana. Ella llegó a la Isla en 1912 a bordo del vapor Manuel Calvo con sus dos hijos, Josefa, de veinte y Tomás, que cumplió los catorce en plena travesía por el Océano Atlántico. Sus otros dos hijos, José y Sabina murieron en Barcelona de tifus. Quedó viuda en Barcelona; su primer esposo, José Rivera Termes, era el presidente de la cooperativa La Dignidad, lo mataron en una reyerta obrera. Contaba la abuela, que su féretro fue cubierto por la bandera Republicana y lo llevaron en hombros hasta el campo santo. Todos vivían en la calle Industria número 83 en Barcelona, allí mi abuela tenía un salón de belleza. Al quedar viuda y con dos hijos por terminar de criar, decidió,

embullada por su hermana Dolores, que ya se encontraba hacia unos años en La Habana viajar hacia la Isla. A su llegada, fue a vivir a Puentes Grandes a la calle Real 93 donde los padres de mi abuelo tenían una casa, que alquilaban sus habitaciones y daban comida a los emigrantes que llegaban. En ese entorno conoce a mi abuelo José, que por aquel entonces era dueño de una carbonería y ella su clienta. Mi abuelo, al verla, quedó impresionado de su belleza y a partir de ese instante comenzaría un romance que culminaría en boda. De esa unión tuvieron una única hija, Claudia Gómez Llurba, mi madre.

Mi abuela Juanita tenía un don, leía la palma de la mano y era cartomántica. Ya desde Barcelona traía esa gracia y en La Habana ganó prestigio con sus profecías. Era conocida como La Catalana. En mi libro, Crónicas, Augurios y Mitos de una Catalana en La Habana relato su historia. Junto al abuelo trabajo codo a codo y compraron un solar y parcela en el Reparto Almendares y allí construyeron una casa con jardín y gran portal. Mi cuna de pino y roble. La abuela fallece en La Habana, un 18 de abril del año 1953. Sus restos descansan en el panteón de Baleira en el Cementerio de Colón.

El abuelo creció pastoreando ovejas y segando trigo; se hizo monaguillo en la iglesia de San Salvador de Insua. Sus padres, Serafina Gómez Rodríguez y Francisco Gómez Conde, mis bisabuelos, embarcaron para La Habana, Cuba y dejaron a mi abuelo al cuidado de un tío, que vivía en Monterroso y le tenía gran cariño al mazuelo. Al cumplir los catorce años, al abuelo lo llamaron para las quintas. Su tío se negó a que participara en la contienda y una tarde lo subió al vapor La Navarre con destino a La Habana donde lo estarían esperando sus padres. El abuelo contaba, que el tío lo pesó en oro y entregó la suma a los guardias civiles para que no se lo llevaran a las quintas. De nada sirvió y por eso decidió, muy a su pesar, embarcarlo rumbo a Cuba. Fueron noches de mal dormir, de vómitos y mareos. Durante días estuvo sin subir a la cubierta del barco. Cuarenta y tres días duró la travesía.

Al llegar a puerto lo enviaron al Campamento de Triscornia a pasar la cuarentena. Por suerte el abuelo no se contagió de viruelas y pudo salir al cumplir el tiempo establecido. Ya desde el año 1900 y durante la ocupación norteamericana, los emigrantes que llegaban en barco al puerto de La Habana, eran enviados a Triscornia. Así lo establecían las regulaciones migratorias y aduanales de la Isla. Ese campamento estaba enclavado en el poblado de Casablanca. Allí ponían a los

emigrantes en cuarentena y en condiciones muy precarias. Ese lugar debe su nombre a su fundador, José Triscornia, quien, además, construyó un muelle para el acceso a la barriada de Casablanca y un dique para embarcaciones de pequeño calado. La estancia en el refugio de Triscornia costaba veinte centavos de la época, allí permanecían por mucho tiempo los más pobres y mujeres que viajaban solas y que no tenían vínculos con los paisanos ya asentados en la Isla. Ese centro de inmigración se hallaba en la cima de una loma, cerca del antiguo baluarte de San Diego, una fortificación colonial edificada en La Habana.

En Triscornia, los dormitorios de hombres y mujeres se encontraban separados y con algunos servicios sanitarios para las miles de personas que allí se albergaban, las que se quejaban, que no eran buenas las condiciones higiénicas y que muchos emigrantes entraban sanos y enfermaban. Deportándolos a su país de origen. Las nacientes sociedades de españoles en Cuba trataban de socorrer, a medida de sus posibilidades, a los emigrantes que iban llegando a la Isla y se hacían eco y denunciaban los maltratos a que eran sometidos sus coterráneos. El Campamento de Triscornia estuvo funcionando como Centro de Inmigración hasta 1959, año en que triunfa la Revolución cubana y después de hacer un poco de historia sobre ese recinto continúo con la vida de mi abuelo materno.

Al salir de Triscornia, al abuelo lo esperaban sus padres y sus dos hermanos, Manuela y Ricardo, ambos habían nacido en la aldea de Toiriz, en Galicia, años más tarde, nacerían en Cuba Gumersindo y Pedro. El motivo de nacer, unos en Cuba, y otros en España, era que mi bisabuela Serafina viajaba todos los años a la aldea de Toiriz a cuidar sus propiedades y en ocasiones lo hacía en cinta y por eso tenía hijos españoles y cubanos. Mi bisabuela apareció muerta en su casa Abaixo, en el año 1938. Su muerte siempre ha sido una incógnita para nuestra familia. Está enterrada en el cementerio de su aldea en Toiriz, junto a la iglesia de San salvador de Insua. Mi bisabuelo, Francisco, falleció en La Habana al siguiente año. Sus restos descansan en el cementerio de Colón.

El abuelo, al llegar a La Habana, fue a vivir a la calle Real 93, en Puentes Grandes, con sus padres y hermanos. Empezó a estudiar en el Centro Gallego y a trabajar ayudando a su padre en la carbonería, que más tarde pasaría a ser de su propiedad. Trabajando allí es que conoce a mi abuela la catalana. Mi abuelo realizó infinidad de trabajos en la Isla

para buscar el sustento de él y su familia: Hizo mezclas para las primeras estaciones de policías que se edificaron en La Habana, cada una de ellas está impregnada con el sudor y laboriosidad de muchos emigrantes españoles; Vendió billetes de lotería, al hombro se echaba un saco de limones y salía a las calles para su venta. Trabajó como cantinero en Castillo del Príncipe en épocas del gobierno del presidente Machado. Tenía un carro de tracción animal donde llevaba a vender frutas y verduras a los hospitales Calixto García y Reina Mercedes, los más grandes e importantes que existían por aquel entonces en La Habana. Por último, montó en el garaje de nuestra casa un puesto de frutas, verduras y viandas. Allí trabajo hasta que fue intervenido por el gobierno revolucionario en la década de los sesenta. Sus últimos años de vida los dedicó al cuidado de sus bisnietos, los tres hijos de mi hermano mayor. El abuelo cerró sus ojos un 10 de marzo del año 1971, con un semblante feliz, seguro que retornaba a su añorado Toiriz. Sus restos descansan en el panteón de Baleira del cementerio de Colon en La Habana.

Con nostalgia, a pedazos, he relatado pasajes vividos por mis cuatro abuelos emigrantes españoles y supondrán, al leerlos, que he nacido también en España y no es así. Soy cubana y siento gran orgullo por mi tierra, pero a España, la llevo en mis entrañas, tres cepas de abuelos gallegos y una abuela catalana hacen que por mis venas corra sangre española. Gracias a esa franquicia ostento su nacionalidad y siempre estaré agradecida a mi ascendencia, a mis padres, abuelos, tíos y a los conocidos paisanos perdidos a lo largo de todos estos años, ellos, hacen que añore mi infancia y adolescencia como un tiempo más feliz.

Mis cuatro abuelos españoles se destacaron por su espíritu de economía y ahorro, por su talento natural y por su fijeza y amor al trabajo del que no rehusaron modestas ocupaciones, que les premiaran un poco de bienestar a su callado esfuerzo diario. Crecí oyéndolos decir que buscaron fuera de su tierra mejorar su vida, ayudar a la familia que quedaba en la aldea y volver algún día a su terruño. Mis dos abuelos gallegos y mi abuela catalán nunca lograron ese sueño. No así mi abuela gallega, que al triunfo de la revolución cubana decidió retornar a España junto a parte de mi familia. Años más tarde, al fallecer mi madre, también española, pude hacer realidad mi sueño y comprobar, que existían esos lejanos parajes, que aún, muchos de ellos, se mantienen detenidos en el tiempo. Soñadora y laboriosa población de comarcas y aldeas demasiado pobres que trataron de encontrar en otros

Última foto de mi abuelo José en el patio de nuestra casa en el Reparto Almendares. La Habana. Año 1971.

cielos, fuera del lugar que los vio nacer su anhelada fortuna, dejando atrás su tierra, partiendo hacia las Américas y renaciendo como emigrantes, abonando, con su simiente otras latitudes. Y allá, lejos, en tierras desconocidas, el emigrante con añoranzas y recuerdos de todo lo que abandonó en su avalancha preserva su mundo íntimo con el que convive manteniendo siempre vivo el anhelo del retorno.

He querido dar a conocer estos hechos como homenaje a mis cuatro abuelos españoles y a todos los que un día soñaron encontrar fuera de su tierra, el Vellocino de Oro que durante mucho tiempo buscaron; no lo hallaron, sin embargo, lograron crear una fortuna, las familias. Ese ha sido el gran aporte de España al Nuevo Mundo, pues se hicieron más españoles al estar ausentes de su tierra, arraigando en su descendencia sus costumbres y sus diferencias. Ante estos anónimos y comunes emigrantes, quitémonos el sombrero en señal de respeto. Las

obras de ellos han sido muy importantes para que no desaparezcan, y una forma de que esto no suceda, es continuar manteniendo vivo el espíritu de la españolidad a través de sus hijos y sus nietos, a través de las sociedades españolas y de otras instituciones. De no hacerlo así, dentro de unos años no habrá memoria, ni quien hable de ese pasado y lo testimonie.

No permitamos ver y conceptuar a todos los emigrantes como aventureros que un día llegaron en avalancha a la América; hubo aventura, pero también, esperanzas y sueños por una vida mejor para ellos y para los suyos. Por eso, con profundo amor y sentimiento les entrego mi relato y sería ingrata si no constara en él, la doble Patria que llevo dentro, aquella que por ser cuna de mis padres y abuelos, es gestora de mis principios y de mi crianza.

Y quién sabe, si al leer estas semblanzas encontrarán algo de interés; si es así, me complace habérselas presentado no como una creación literaria y mucho menos con la ambición de un lirismo embellecido, muy distante de ello he estado, sencillamente, el amor a esa tierra y a las historias reales contadas por mis abuelos motivó que transformara sus relatos en palabras, y al escribirlos, escuchaba sus voces hablándome de su España.

Hasta más ver..., como dirían mis abuelos.

En la aldea de mis abuelos, al fondo el río Miño. Toiriz, Lugo, Galicia, año 2013.

A mi llegada a la aldea de mis abuelos, en Toiriz, Lugo, Galicia. Año 2013.

Visitando la casa de Abaixo, donde nació mi abuelo, José María Gómez Gómez, propiedad de mis bisabuelos Serafina Gómez Rodríguez y Francisco Gómez Conde. En la aldea de Toiriz, Lugo, Galicia. Año 2013.

Celia Otero Ledo

Mención honorífica

HISTORIA DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA

(Argentina)

Nací el 13 de enero de 1948, aunque en mis papeles figura el 15. Dicen que, por la nieve que rodeaba la casa y cubría los caminos que llevan hasta la iglesia de Santa María de Dozón, demoraron dos días en bautizarme e inscribirme. Vine al mundo en la casa de mis abuelos, en Cubelos, una aldea de la Galicia interior, la rural, Comarca del Deza, ayuntamiento de Dozón. Contaba mi madre que serían las primeras horas de la madrugada cuando ella sintió dolores y, como era muy joven y su primer parto, no tenía idea de lo que le sucedía. Llamó a voces y las mujeres de la casa la ayudaron, en pocos minutos caí en el piso de madera de la habitación, pues ella se había puesto en cuclillas.

Celia en el jardín de infantes a poco de llegar a Argentina.

Mi padre, del que supe el nombre muchos años más tarde, no se había casado con Carmen Ledo, la cuarta hija de la familia Bardelás, apellido que correspondía a mis antepasados, pero que era y sigue siendo el "alcume" de la casa. Con el tiempo logré recopilar datos, un poco de aquí y otro de allá, e ir armando la historia. Mi padre nos visitó, y me tuvo en sus brazos, durante los dos años posteriores a mi nacimiento, a la espera de que se "arreglara" la boda, pero como tal cosa no se producía, un tanto ofendido por lo que consideraba un desaire, dejó de ir y al tercer año otra novia lo esperaba para casarse. Este fue el detonante de mi emigración. Los motivos de la desinteligencia pude reconstruirlos después de mucho tiempo y analizando las costumbres de aquella época y en aquel sitio. Corroboré mis deducciones con los dichos de mi madre y luego, después de conocerlos, de mi padre, que dieron explicaciones con puntos de vista diversos pero coincidentes en lo fundamental.

Las uniones se arreglaban entre familias, sobre todo si tenían "bienes" entendiendo por tales, los "eidos", hórreos, casas de piedra con sitio para los animales, un buen número de vacunos, y lanares, lugares de pastoreo y siembra, constituían la señal indiscutible de lo que en ese entonces se consideraban "casas buenas". Tanto la de mi familia materna como la de mi padre lo eran, por lo tanto la cuestión del casamiento superaba los deseos de la pareja, era cuestión de acomodar intereses y colocar personas. la costumbre de esa comarca era que fuese el hijo varón mayor quien tuviese derecho a "la mejora", es decir una parte mayoritaria de la herencia, a cambio de casarse con alguien aceptado y quedarse a vivir en la casa, tanto para el trabajo como para el cuidado de los mayores.

Celia con su madre a los 8 años.

El posible casamiento de Carmen y Claudino —así se llamaba mi padre— complicaba la situación de ambas familias. Mi padre era el hijo mayor de la suya, lo que lo convertía en el que debía casarse y quedarse en la casa, a cambio de ello se arreglaría una boda

"entrecruzada" entre una de sus hermanas y el hermano mayor de mi madre, el "heredero" de los Bardelás. Esta combinación no fue del agrado de mi tío y padrino, que pretendía y logró buscar esposa a su gusto y al de su familia. Tampoco le era muy agradable a mi madre, que prefería casarse y permanecer en su casa, a ir a la de una familia en la que sería siempre, la de "afuera", viviendo entre suegra y cuñadas, la que carga con el trabajo pero ninguno de los derechos.

Esta interpretación, basada, a lo largo de mucho tiempo, en la recolección de historias y comentarios de los protagonistas y en especial de familiares y vecinos, creo que explica, en el contexto en que sucedió que una pareja que había tenido una niña a la que su padre visitó durante dos años esperando la solución del conflicto, terminase por alejarse y la hija quedara con el apellido de su madre, según reza mi acta de nacimiento, Celia Ledo. Al enterarse del noviazgo de Claudino, que de hecho se concretó luego en casamiento, mi madre resolvió emigrar. Estaba herida en su amor propio. Desde su embarazo estuvo ausente de toda la vida social de la aldea por "la vergüenza de haber sido madre soltera", incluso había dejado de asistir hasta a la misa, y mucho menos frecuentaba procesiones o fiestas patronales, ella que por "campar muy bien", ya que era realmente hermosa y de una familia de "las mejores" siempre había sido una de las más codiciadas mozas en esas reuniones sociales características de las aldeas en esos tiempos. No le hubiesen faltado pretendientes, lo decía ella y quienes la conocieron, aún con una hija, Carmen, la de los Bardelás, siempre era una candidata apetecible, por ser quien era y por ser muy guapa y trabajadora. Claro que debía resignarse al pretendiente que apareciese, e ir a otra casa, "de nuera", porque en la suya ya había hijo casado.

La emigración a Buenos Aires era un hecho conocido desde hacía años en la familia Bardelás. En Buenos Aires residían desde los primeros años del siglo XX hermanos de mi abuelo materno. Los Ledo Bardelás habían emigrado en "cadena familiar" como se denomina a los que son reclamados por sus parientes. El mayorazgo lo tenía Camilo, mi abuelo, y por ende los otros hermanos tenían dos opciones, o casarse para alguna familia en que no hubiera hijos varones herederos, o bien emigrar. Y eso hicieron. La mayor, Manuela, fue la primera en partir, luego Manuel, Antonio y por último Dolores.

Cada hermano Ledo fue reclamando al siguiente y se fueron instalaron en el barrio de Flores, en la ciudad de Buenos Aires, todos en viviendas muy cercanas. Mantenían vínculos y eran solidarios, incluso fueron incorporándose a la misma rama de actividad: taxis y garajes. Hacia los años 1950 comenzó la llegada de la siguiente generación, los sobrinos. El primero fue José Ledo, hermano menor de mi madre. A sabiendas de que no tenía posibilidades de quedarse en la casa y recibir bienes y antes de que le tocara "la mili", decidió emigrar en busca de un futuro que las cartas de los "tíos de Buenos Aires" parecían pintar favorable.

Se instaló en casa de Manuela, la pionera de la familia en estas orillas del Plata. Ella, que no sabía leer ni escribir, había viajado a los catorce años a cargo de algún conocido que se hiciera responsable en el barco. Ya en Buenos Aires fue empleada en casa de una familia "de alcurnia" como niñera, su buen temple y modales la hacían querible y valiosa. En esa casa no sólo aprendió nuevas costumbres sociales sino que conoció a un leonés, que era el chofer de librea, con el que se casó. A fuerza de trabajo, esfuerzo y ahorro lograron reunir un pequeño capital que les permitió iniciarse en el negocio de los taxis, poco a poco. Primero era comprando un porcentaje, luego otra unidad y así fueron creciendo y colaborando con los paisanos y familiares. Más tarde adquirieron un gran garaje sobre la calle Trelles, a media cuadra de Neuquén, que aún existe en la actualidad.

Para cuando Manuela reclamó a su sobrino José ya tenía dos hijos veinteañeros, ambos eran el testimonio de la movilidad social ascendente que ofrecía Argentina por entonces. Uno de ellos estudiaba ingeniería y el otro, técnico industrial y aficionado a la mecánica era deportista, corría en autos de competencia de turismo carretera y participó con éxito en competencias del circuito nacional e internacional.

Pocos meses después de la llegada de José, también arribó a Buenos Aires su hermana Celia, la hija menor los ledo de Cubelos, quien había sido mi madrina de bautizo, resolvió que ningún mozo de la comarca le convenía para hacer un casamiento acorde a su posición y a sus pretensiones. Ella era tan guapa como el resto de la familia y el deseo de emular a su hermano y a los tíos, fue creciendo junto a la desazón que le presentaba el porvenir en su tierra. Llegaban cartas y fotos y lo que veía le pareció tan atractivo como para cruzar el mar a

los dieciséis años. La tía Manuela resolvió que sus sobrinos, José y Celia podrían vivir en dos habitaciones, una cocina y un baño que había construido especialmente. Eran precarios, pero con lo necesario, y estaban en una casa distante pocos metros de la suya. Era una vivienda tipo "conventillo" en donde residían otras familias, pero a sus sobrinos les preparó en los fondos de la misma un lugar que los mantuviese con cierta intimidad. Esa casa, que estuvo en pie hasta unos años, se situaba en la calle Neuquén 1852, a cincuenta metros de la Plaza Irlanda. En ella nos instalamos, un año después, mi madre y yo y en esa plaza pasé muchas horas de juegos de mi infancia.

Con mi madre a los 10 años en Buenos Aires.

En 1951, con tres años desembarqué del Alcántara, en el puerto de Buenos Aires. Mis recuerdos de los años de Galicia y de esa llegada fueron y son nulos. Ni una imagen, nada traía en mi equipaje. Sólo la lengua gallega, y eso lo sé porque me contaron que cuando me llevaban al colegio, a los cuatro años, al Jardín de Infantes, decía "non queiro", non queiro", y lloraba[1]. Esto fue hasta que me adapté, después sólo conservo remembranzas felices de mis días escolares. Asistí a la escuela "Facundo Zuviría" de la calle Franklin, casi esquina Trelles, a dos cuadras de mi domicilio, y allí cursé desde los cuatro años hasta pocos meses antes de terminar la primaria. Mi niñez durante esta etapa fue bastante feliz, no sabía que tenía que extrañar un padre, o abuelos, mis tíos abuelos oficiaban de tales. Manuela me llevaba con sus nietos a la plaza Irlanda, Manuel a su casa y a conocer Mar del Plata, y Antonio y su esposa con sus hijos completaban un tiempo de juegos

[1] Al final del relato la autora insertó algunas fotografías, pero no todas han podido utilizarse debido a que no alcanzaban calidad suficiente para su impresión. (N.E.)

y mimos. Dolores se preocupaba de mi alimentación y todos cuidaban a esa “rapaza” que por no tener padre, tenía tantos afectos sustitutos.

Cuando cumplí nueve años mi madre resolvió casarse con un señor que era almacenero en la esquina de Trelles y Neuquén, José Otero, quien se ofreció a “darme el apellido”. Allí fuimos a vivir, yo colaboraba atendiendo el almacén a mi regreso de la escuela, esto me agradaba y ponía en juego mis dotes de alumna aventajada. Era muy aplicada y tenía buenas notas en todas las asignaturas. El estímulo hacia la educación era algo indiscutible, los tíos pedían ver mi cuaderno y colocaban dinero en la alcancía, al ver los “muy bien diez felicitada”.

Leía mucho, uno de los regalos más frecuentes eran libros. Casi toda la Colección Robin Hood fue ingresando a mi biblioteca, y yo leía y releía las historias que en mi imaginación me permitían vivir otras vidas, aprender otras costumbres y disfrutar paisajes desconocidos. Muchos años después, cuando visité Suiza como turista, sus montañas y flores tan cuidadas vinieron a mi mente desde las páginas de Heidi, y llorando me abalancé sobre la cabaña que pretendía reproducir el famoso cuento y pensé, cuánto camino había recorrido de la mano de las literatura y el conocimiento.

Foto del grupo de compañeros de la escuela secundaria.

Antes de comenzar la secundaria nos mudamos a General Rodríguez, una ciudad de las afueras de la Capital Federal, distante unos 50 km. La continuidad en la educación no era algo que se discutiese o se plantease como una probabilidad. Era lo que había que hacer. La imposición fue que siguiese la orientación comercial, no la docencia, porque "con eso no se ganaba dinero". Pese a que me gustaba mucho la literatura, la historia y la enseñanza acaté el mandato familiar y casi diría del colectivo gallego y me gradué de Perito Mercantil, en la Escuela Superior de Comercio de Luján. Con ese título comencé mi vida laboral, ya que por entonces no era tan difícil acceder al primer empleo. Ingresé como empleada administrativa en una editorial de origen norteamericano.

Pocos años después me casé con Felipe Ferrero, a quien había conocido en la escuela, también un inmigrante español, nacido en Madrid, que había llegado al país a los cinco años. Ambos éramos muy jóvenes y en poco tiempo nos radicamos definitivamente en la Ciudad de Buenos Aires, pues conciliar lo laboral con la distancia al domicilio era y es muy complicado. Por entonces trabajaba como secretaria bilingüe en la empresa Citröen Argentina.

Cuando ya tenía dos niñas, mi interés por los estudios y el incentivo de mi esposo me permitieron cursar la carrera de Historia, me gradué como Profesora, en el Instituto Nacional del Profesorado Joaquín V. González. Mi vocación se hacía realidad en ese título que conjugaba dos de mis pasiones. Más tarde cursé una maestría en Historia Económica en la Universidad de Buenos Aires y trabajé el resto de mi vida laboral en la docencia secundaria y universitaria.

Mi afición por la escritura se volcó por entonces especialmente en los textos académicos de mi especialidad. Escribí en libros de estudio para alumnos, también artículos para jornadas o exposiciones, participé con éxito en certámenes que convocaba la Universidad, y hasta fui columnista en un programa de la radio universitaria. Disfruté mucho de mi labor en las aulas, de la que conservo el mejor de los recuerdos, alguno plasmado en diplomas y una placa de reconocimiento y otros, los más valiosos, en el contacto afectuoso con ex alumnos, hecho que hoy permiten las redes sociales.

Para ocupar cargos del Estado era requisito adoptar la ciudadanía argentina, en esos tiempos no existía "la doble", por ende primó mi

deseo de ejercer la profesión y adopté la ciudadanía de mi país de residencia. No me resultó pesaroso, esa condición también me habilitaba a ejercer los derechos políticos. Durante muchos años viajé con pasaporte argentino e hice la fila de "extracomunitarios". En el último tiempo, hace tres años, logré tramitar y recuperar mi nacionalidad, por lo cual actualmente soy española de nacimiento, con doble ciudadanía.

Durante mi vida adulta las raíces gallegas y españolas eran fuertes y visibles en mi familia, en los grupos de amigos de mis padres e incluso en mis suegros y familia política y también en amigos que eran españoles o hijos, esto satisfacía el arraigo con mi lugar de nacimiento pero no cubría la necesidad de aclarar mi verdadera identidad. Quería conocer a mi padre, verlo cara a cara, aunque fuera una vez.

Hice mi primer viaje a Galicia en 1974. Mi abuela materna aún vivía y me recibieron en la casa que me había visto nacer. El entorno y las costumbres del lugar fueron parte de la comprensión de los hechos de mi pasado. Sin embargo no logré establecer contacto con mi padre, aunque era vecino de la comarca, las circunstancias no fueron favorables. En el segundo, hacia mediados de los años 1980, se repitió la situación. Es cierto que en invierno todo se dificulta, especialmente en esos tiempos de caminos aún difíciles, pero creo que, en definitiva, fueron mis propios familiares quienes no alentaron o facilitaron ese contacto.

Fui comprendiendo que, para ellos, era una claudicación, no "necesitaban" de ese señor que, en su momento no había hecho lo que correspondía. Yo era una Bardelás, siempre me hicieron sentir "de la casa" aunque hubiese marchado a los tres años y me recibían junto a la familia que había creado con un amor infinito. A ese estilo gallego, que entendía perfectamente, con las ineludibles comidas, los platos rebalsando y la naturalidad para que hiciese a mi gusto, porque "tú eres de la casa, no hay que atenderte como a una visita, estás en lo tuyo". Esta actitud se reafirmó siempre, tal vez por eso volví cada vez que me fue posible. En pleno invierno, por cuestiones de trabajo, Enero era el mes indicado, pero mi inquietud no estaba en el turismo, me gustaba convivir en esa casona, comprenderlos cada día un poco más y sentarme en el gran balcón exterior para pensar que ese entorno natural era mi verdadero paisaje de vida.

Fui testigo de los cambios en la forma de producción que conllevaron la entrada en la comunidad económica, la depuración del ganado, con el consiguiente "sacrificio" de los animales que no dieran la normativa. Yo que me había asombrado de ver dos personas bajo un paraguas mirando cómo pastaba una vaca, escuchaba a mi primo, ya por entonces el jefe de familia en los hechos, que me explicaba lo importante de recambiar el ganado, la necesidad de modernizar el ordeñe y la competencia que tenía con la entrada en el comercio europeo. Todo ello mientras el resto de la familia lloraba la "pérdida de más de veinte animales".

Foto de mi padre.

Estos viajes fueron un complemento de mi conocimiento de esa sociedad tan particular, a caballo entre el matriarcado y el patriarcado, la iglesia y las creencias de ritos y "meigas". Tal vez por mi formación en historia pude comprender costumbres y tradiciones sin que me produjeran rechazo o las sintiera menoscabadas. Incluso mi propio nacimiento encontraba una explicación más amplia en los silencios de los vecinos, y en las miradas de cariño de una anciana que me dijo: "yo te llevé a bautizar, había tanta nieve que tardamos dos días en poder salir, y yo era la que llevaba a todos los niños de esta familia, cuando van a la pira no pueden hacerlo los padrinos, porque aún no están acristianados, ellos los traen de vuelta."

Mis hijas se adaptaban con tanta naturalidad a ese cariño manifestado con crudeza y sinceridad que asistieron al parto complicado de una vaca y fueron premiadas con el nombre que se le puso a la becerra. Era de noche y la pasaron en vela, entusiasmadas. Pero el ansiado encuentro y conocimiento de mi padre no se producía, tal o cual

Con mi padre, en Galicia, en uno de mis viajes.

confusión en el mensaje enviado por un intermediario, hacía que llegara el día de marchar para el aeropuerto sin que se produjese.

Pero todo llega y siempre hay un detonante para que se produzca lo esperado. En los primeros años de la década de los 90 me diagnosticaron un cáncer de cuello de útero, indicaron una cirugía total, lo cual derivó en que no hubiese secuelas. Pero el estar a la espera de una definición de vida me llevó a comprender que lo que uno no resuelve en su momento puede que no tenga la oportunidad de hacerlo. Y yo no quería posponer más ese deseo que cada día se hacía más profundo, la necesidad de conocer a mi padre.

Fue así que en mi tercer viaje, el 5 de Febrero de 1995, se produjo el encuentro. Yo había salido de Argentina decidida a lograrlo. Hice un recorrido turístico por algunas ciudades europeas y destiné los últimos días para mi terruño. Planifiqué la cita por medio de mi padrino, quien trató de eludir el compromiso, pero fue su esposa quien le habló con insistencia porque sentía que mis derechos estaban por encima del orgullo familiar.

El lugar elegido por mi padre fue la arboleda de la Pena de Francia, la mayor altura de la zona, que se eleva por sobre las aldeas y desde

donde se vislumbran los pequeños / leídos" cercados por marcos y balados. En esa mañana de invierno, nuestros pasos ascendiendo por el "carreiro" resonaban tan fuerte como mi corazón. Yo temía que me saludara con frialdad, que esa entrevista fuese para él un trámite al cual finalizar lo más rápido posible, sin embargo su abrazo superó mis sueños más optimistas. Me entregó una foto de cuando tenía la edad de mi nacimiento, con una dedicatoria que expresaba lo que me decía mientras me abrazaba. Desde entonces y hasta su muerte, más de veinte años después, mantuve contacto postal, telefónico y personal pues lo visité, a su pedido y con mi entusiasmo, muy frecuentemente. Supe así de su afición por la lectura y por escribir poesía y observé, incrédula, los rasgos casi idénticos de su letra y la mía. Durante mis visitas, breves pero frecuentes, me alojaba en su casa y convivía con su familia, aunque nunca dejaba de compartir el tiempo con mi casa natal.

Escuché sus historias de aldea y las de los vecinos, admirados de lo orgulloso que iba Claudino con su hija de Buenos Aires, a misa, a la feria, o a las fiestas patronales. En esos años fui profundizando mis raíces. Pregunté sobre tradiciones, toponimia, origen familiar, costumbres acerca del uso del molino, parcelación, todo lo respondía mi padre con gusto, era muy dado a conversar, y pasábamos horas en las que yo tomaba nota de su explicaciones, y hasta elaboramos un croquis de las aldeas y parroquias del ayuntamiento.

Desde el inicio de nuestra relación insistió en que debía llevar su apellido, sus numerosas cartas, que aún conservo, dan fe de mi identidad y su reconocimiento ante notario. Le expliqué que no era viable socialmente cambiar mi apellido en toda la documentación e involucrar a mis hijas, lo entendió, pero me incluyó en su testamento y tanto para él como para mis hermanos fui Celia Rodríguez Ledo.

Gané una familia con dos hermanos que supieron elevarse por sobre las habladurías y valorar la actitud valiente, aunque tardía, del padre. Y al conocernos pudimos rastrear cuestiones que la genética explica más allá de la crianza. Quiso el destino y las comunicaciones virtuales que pudiese cumplir el deseo de mi padre, al asistir a su funeral. Ya tenía 90 años y en el último viaje lo había encontrado un poco desmejorado, sin embargo me despidió sonriendo y diciendo "hasta pronto, pequeñita", aunque ya no pudo acompañarme al aeropuerto.

Recibí el llamado telefónico con la noticia de su defunción una tarde y al día siguiente estaba en la sala velatoria junto a mis hermanos honrando sus restos, tal como la tradición del lugar exige. Un velorio es un evento al que no se deja de asistir, aunque no haya mucha relación, la muerte se respeta y a la misa de funeral asisten hasta los agnósticos.

Con ese bagaje y los más de veinte años de contactos epistolares y viajes, mi pluma se había orientado a escribir acerca de las historias de mi tierra. Descubrí un grupo de Facebook, "Gallegos y descendientes de Gallegos en Argentina" en el que se publican temas vinculados con la colectividad. Mi presentación, impensada y espontánea, fue una síntesis de cómo entendía la Galicia interior desde el desarraigo forzoso. Así comencé a contar historias, reales o verosímiles, a las que entrecruzaba o salpicaba con un dejo de ficción. El Facebook me devolvía en instantes la recepción y beneplácito de los lectores, lo cual hizo que tomara el hábito de escribir y publicar con regularidad.

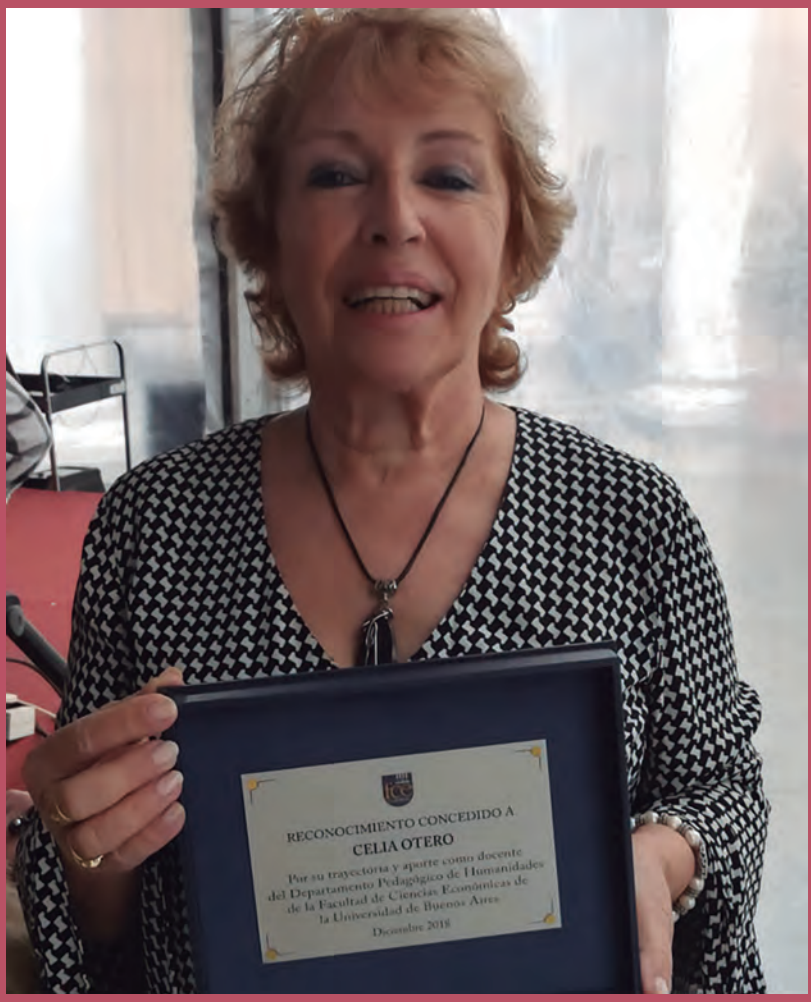
De esa forma nació mi primer libro, *Corazón Gallego*, gestado en mi mente durante años, alumbrado a retazos cuando los tiempos de la ocupación laboral académica me lo permitieron, y parido en 2018 cuando mi padre ya se había marchado. Hay mucho de autobiográfico, pero eso sólo lo detectan aquellos que leen dos y tres veces relatos que parecen independientes, aunque se va descubriendo que hay una trama, la de la vida en la aldea, que los une en una trama, como en el "fiadeiro" lo hacía el telar. Lo presenté en el Centro Galicia de Buenos Aires, luego también en el ABC Corcubión, dos entidades muy prestigiosas de la colectividad gallega porteña. Una gran satisfacción fue la distinción que me otorgó la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, que lo consideró de interés social y cultural. Al año siguiente lo presenté en el ayuntamiento de Lalín, en Galicia, cerrando así un círculo vital, tan importante para mí. Significaba el reconocimiento, en la integralidad del concepto. Una especie de Odisea, que me permitía volver a Itaca. Ver en esa sala a personas desconocidas pero que se acercaban a besarme y querían el libro autografiado, porque vivían en Galicia pero me leían en Facebook y habían ansiado la publicación, fue en parte cumplir mi sueño de adolescencia que era volver a mi tierra y que mi padre se sintiera orgulloso de mí y apenado de no haberme tenido con él todo el tiempo.

Mis hijas cursaron carreras universitaria, medicina la mayor y abogacía la menor, quien actualmente es diputada en segundo mandato en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. Me siento orgullosa y agradecida, porque ambas demostraron que desde orígenes humildes y con padres inmigrantes se podía llegar a ocupar con honra y principios lugares de importancia y valor para la sociedad.

Actualmente tengo listo un segundo libro con historias de la temática de España y de Galicia en particular, pero desde una mirada más vinculada con la realidad actual y la multiplicidad de culturas que pueden observarse no sólo en Galicia sino en toda España, una España global.

En el presente también vuelco gran parte de mi tiempo disponible en las actividades de los centros de la colectividad, soy la presidenta de la subcomisión de Cultura del Centro Lalín, Agolada y Silleda en Buenos Aires. Me aboco con pasión a dar a conocer nuestra cultura, no sólo la tradición más divulgada sino todas las figuras que supieron galardonar nuestros tiempos de oro en la literatura y en otras áreas culturales. Se busca destacar lo gallego y español alejado del estereotipo que por muchos años ha rodeado a este colectivo. Los gallegos y españoles somos mucho más que la comida buena y la pandereta o la gaita.

Entiendo que de esta forma puedo integrar una personalidad escindida, porque la emigración supone en parte eso, ya que como a tantos emigrantes las raíces les sujetan a esa tierra de la que partieron y, aunque durante el fragor de la vida la disponibilidad de tiempo no permita una actividad social importante, cuando pasan los años se hace más intensa la necesidad de conectar con la tierra, las tradiciones y el presente de nuestra patria, sin dejar de reconocer y sentir que la que nos acogió es parte indisoluble de nosotros.



Al recibir la placa de la Universidad de Buenos Aires.

Tapa de mi libro
Corazón Gallego.

Celia Otero Ledo.

Jorge Roca

Mención honorífica

AÑOS DE ORFANDAD

(Argentina)

"—Galicia es el país que da menos suicidas.
—Porque los gallegos solo tienen razones para suicidarse cuando salen de su tierra."

Castelao, *Entre sabios*, 1922-24

Mi padre posando con el mayor de sus hijos.

Ir a verlo al hospital al volver de la escuela era mi tarea de todos los días desde que enfermó. Mi madre preparaba una ollita de comida, la del hospital te sacaba las ganas de comer. Entonces no teníamos las sudaderas con capucha que se usan hoy, y se me helaban las orejas; yo había leído que si se te congelaban se podrían quebrar como una oblea, pero eso no pasaba en Buenos Aires. Envuelta en mi bufanda, la ollita con su cena, que sería la última sin que nadie lo supiera todavía, conservaba bien el calor y yo la apretaba contra mi pecho. A veces, cuando el camino era desparejo al andar sobre baldosas sueltas, la tapa se levantaba un poco y una fina bocanada de vapor subía hasta mis mejillas.

Salvo por temor de volcar el contenido, hubiera preferido trepar por encima del muro del hospital, como sabía hacer, tomar el atajo a través de la arboleda y luego el camino que conocía de memoria; su cena no se enfriaría entonces y llegaría a él en menos tiempo.

Se hacía largo andar todo el borde perimetral que ocupaba varias manzanas. En parte era un reparo caminar pegado al muro, porque el sol de invierno lo bañaba suavemente, aunque solo hasta doblar la esquina: allí lo esperaba a uno el viento para empujarlo hasta la entrada del hospital con la frialdad de un empleado municipal. Y en parte, el trayecto a la vera del muro era inquietante, y más que repararme me exponía. Con mi hermano Rubén y otros vándalos del barrio, armados de trozos de ladrillo rojo, habíamos dibujado todo a lo largo grotescas figuras amatorias de lo que suponíamos eran las posiciones extrañas que los seres humanos adoptaban al hacer el amor físico. Tenían tanta libertad como las imágenes eróticas egipcias que los turistas observan sin ruborizarse. Mirando hacia atrás ahora, no encuentro nada soez en esto. Eran en realidad preguntas gráficas que los niños de nuestro tiempo no nos atrevíamos a verbalizar, y si llegábamos a formularlas en un rapto de audacia nos contestaban que ya encontraríamos la respuesta cuando nos creciera el bigote, en el mejor de los casos.

No les costó gran cosa a las lluvias de verano lidiar con la naturaleza voluble de la tiza, los trazos de ladrillo rojo eran ahora de un naranja apagado sobre el gris. Con todo, las preguntas seguían sin respuesta, como si nadie se animase a contestarlas o si solo dialogaran entre ellas. Siempre que vuelvo atrás en el recuerdo, este tribunal espectral insiste en escoltarme acusadoramente, y zumba más que el viento en mis oídos hasta que llego al lado de la cama de mi padre con

mi carga de vergüenza inconfesada y la olla de comida aún caliente. Él está dormido, su rostro hinchado y amarillo. Me siento junto a él y espero.

Venía poca gente a verlo. Una tarde llegó hasta su cama una mujer hermosa como yo no había visto nunca antes, pero tan hermosa que sería injusto no mencionarla ahora aquí ya que no puedo olvidarla. Abrigaba su cuello y sus hombros con una estola de piel montada en bandas horizontales, se acercó con gran delicadeza y en voz baja me llamó por mi nombre. Mi padre dormía y me dio vergüenza que ella lo viese en tal estado. Yo no podía hablar, naturalmente. Una mujer así solo habitaba las pantallas del cine y no podía ser hija de Virtudes y de Plácido, como alguien sugirió después. Permaneció de pie, mirándolo en silencio, conmovida pero sin desbordes. Mi padre no se despertó y agradecí que sucediera de ese modo, que la visita fuese parte de algún sueño y no de su vigilia.

Pasa una monja ahora —había monjas en los hospitales en aquellos años— bañada en almidón y en alcanfor. Murmura algo trémulo a mi lado con una leve inclinación, y se desliza, ligera, su cofia sube y baja acompasadamente al repetir la reverencia todo a lo largo de la hilera de camas hasta que se la traga el fondo oscuro de la nave central de la sala como a un bergantín en alta mar. Quieto en la silla, abrigo con

Mi madre y mi padre antes de venir a Buenos Aires.

mis brazos la olla con comida y a mí mismo, mientras escucho la respiración pesada de mi padre.

Fue después de la cena que sintió ganas de respirar el aire fresco, se tambaleó fuera de la cama y cruzó la puerta que se abría al rellano que daba a los jardines detrás de la sala, yo con él, sordos a los reproches de las enfermeras. Permanecimos sin hablar, atentos al roce de las hojas secas al caer y al llamado crepuscular de las palomas. Hubo un chapoteo en el estanque.

—¿Oíste eso? —le pregunté, por decir algo. Asintió sin hablar.
—Las ranas se sumergen y congelan para no morir en invierno, ¿no es verdad?
—A lo mejor no era una rana —dijo. Y añadió —Tal vez alguien tiró alguna enfermera al agua.
—O una monja —susurré.
—Anoche las enfermeras ataron a un hombre a la cama. Quería huir.

No estoy seguro de si esto lo dijo, lo pensó, o lo soñé. O si estaba amordazado en un suspiro.

Concepción López y José Vázquez, con algunos de sus hijos. Esperanza es la niña que lleva de la mano a su hermanita menor. San Juan de Alba, Villalba, Lugo. c. 1919.

El aire se adelgazaba bajo la bóveda azul de eucaliptos. El portón trasero al otro extremo del camino había sido clausurado solo unos días antes. Era un atajo que conducía directamente a nuestra casa. Cerrado ahora, solo había que trepar la pared, saltar del otro lado y caminar unos cien metros. Era más rápido que salir por la entrada principal y andar todo el perímetro del hospital, y menos vergonzante. Pasó su brazo sobre mis hombros y me acercó junto a él.

> *—Mira esas nubes; hará frío mañana. Vuélvete a casa ya —dijo, al encenderse las primeras luces en la sala. —Dile a tu madre que estaré bien, —agregó, mirándome.*

Habría de pasar bastante tiempo todavía antes de obtener suficiente experiencia de la vida como para reconocer en otros ojos aquella mirada furtiva de la presa acorralada. Camino a casa a través del atajo, giré sobre mis pasos, invisible entre los troncos de los eucaliptos, y miré hacia atrás. Parecía flotar a la misma luz malva de invierno que vería yo en Galicia años después. Ingrávido, quebrado sobre un flanco, malherido, me seguía con la vista desde lejos, sus ojos fijos en mí.

Los perros se soltaron y aullaron toda la noche sin razón; patrullaban la casa, inquietos, una y otra vez. Mi hermano Rubén se agitó en su cama y gimió entre sueños:

> *—Hay que atrapar al ladrón —su voz sonaba sobrenatural. Miguel dormía con los ojos abiertos como un pez. En algún momento lo vi levantarse y quedarse de pie en el pasillo descubierto mirando al cielo, profundamente dormido. Después yo también me dormí, entregado a una pesadilla en la que volaba. Un viento helado soplaba en mi pecho y me empujaba hacia arriba con los brazos abiertos, de espaldas al cielo, más y más arriba, barrilete sin hilo, más allá de las veletas, arriba más y más, hasta que el mapa del vecindario se hace pequeño, los techos de chapa, el hospital, el albergue Warnes, todos plateados de escarcha mientras yo subo y subo, boca abajo, no ajeno al cálculo de creciente angustia de que cuanto más subiera más terrible sería la caída.*

Me sobresaltó el crujido de los postigos y un rayo de luz hendió la oscuridad del cuarto con el filo de una navaja. Reconocí la silueta de mi madre recortada en el vano de la puerta y su voz llamándonos por

Cédula de identidad argentina de mi madre, se pliega y cierra como un carné.

nuestros nombres, y luego pronunciando solamente dos palabras: la segunda era Papá.

No la vi abandonar ni un momento su lugar junto al ataúd durante toda la noche, de tanto en tanto pasaba el dorso de su mano derecha por su frente como queriendo apartar malos pensamientos. Resistía sin doblegarse. Yo podía leer en su rostro, como pueden hacerlo solamente los niños, las señas sutilmente reservadas a la gramática del gesto, pero evitaba mirarla directamente a los ojos.

Es probable que el nombre de mi madre, Esperanza, precediera a su nacimiento, y a la inscripción bautismal de mis abuelos, o que le fuese dado como humilde pero poderosa dote, o las tres cosas a la vez —sin saber que tendría, además, el don de la belleza. La elección pareciera feliz, siempre y cuando el nombrar no impusiese el modo de afrontar la vida —porque, si bien hay que reconocer que la sostuvo durante ochenta y tres inviernos, cuando la dominaba el desaliento su mirada parecía decir: —Yo no elegí ser quien soy, ni ser hermosa, ni cáliz de otros sueños, y sentenciaba, meneando la cabeza —Tras de tiempos, tiempos vienen.

Inescrutable como la frase de un oráculo, jamás podremos contradecirla ni despojarla de su ambigüedad.

La casa se llenó de rasgos vagamente familiares, miradas soslayadas, cejas arqueadas. Llegaron tías desconocidas a ayudar con las rondas de café, el anecdotario genealógico y los chistes festejados por compromiso. Busqué sin encontrarla a la mujer que lo había visitado en el hospital; nunca hubo tanta gente en casa y nunca hizo tanto frío. Después me encerré en el baño a darme cachetazos en las mejillas y frotarme los ojos para que se vieran rojos y congestionados. Me avergonzaba estar como si nada, bajo un efecto anestésico potente que adormecía torpemente tanto el dolor como su antídoto: las ranas de hielo sumergidas en invierno, los bulbos durmientes bajo la tierra, los árboles que sueltan sus hojas para no morir de frío. Hay que hibernar para seguir viviendo.

Cuando llegó el momento de partir con el cortejo, el tío Rosendo, a quien observé llorar sin remedio al afeitar por última vez el mentón endurecido de mi padre ya amortajado, me indicó que debíamos

despedirlo y besáramos su frente. Dicen que el mármol es la piedra más fría, pero no es así.

***

La mañana de un día gris, pero tan gris oscuro y grumoso que achata los relieves de las cosas y les resta identidad, una mañana como ésta, cargada de humedad y de silencio, tal vez no sea lo que se dice propicia para asistir a un entierro, salvo que uno encontrara en esa empresa algún tipo de emoción o de templanza, y yo la encuentro, pero de todos modos, si este no fuera el caso, nadie podría decir que ante ese tipo de asistencia el día no acompaña.

Salían del bar Esperanza y Rubén, ella con un pañuelo al cuello y una sonrisa de ocasional gallardía al saludarme, un poco hinchada la cara de él, con su alegría enfundada en el apuro y los malestares habituales. Contenta nuestra señora madre con el servicio de café. Ya en el auto de Rubén nos deslizamos por la avenida Rivadavia rumbo a la sala de velorios.

> *—Uno ochenta –decía él, por decir algo. —¡Un robo!*
> *—Pero venía con dos buenas medialunas, jugo de naranja y un jarrito de leche tibia, porque lo pedí cortado —decía Esperanza. Bien mirado, el tapizado del coche esta vez me pareció espantoso.*

Fueron razones de distancia y de parentesco con la difunta las que llevaron a no molestar a José de Florida, al que ya hay que cuidar como a un bebé, y a Miguel, quien todavía recibe esa merced por ser el benjamín y haber migrado al País Vasco. Apoyando un paso más que el otro en su cayado, ceñía su caminar con la mirada gacha el tío Rosendo. Fue vernos y empezar a sollozar. Le crucé un brazo por la espalda y entoné mi súbita alabanza a su bastón. Colmo de paradojas, más que ayudarlo a andar el báculo le sentaba. Y hasta podría decir que le vestía, como a un pastor su vara, como al labriego su hoz. Juntos entramos al recinto del duelo.

Saludé a Plácido y no supe que decir. La hija le sostenía, y acaso mi permanencia junto al padre le estorbaba. Cambiamos unas pocas palabras. El comentó que Virtudes había sufrido por el cáncer y yo que ahora no había que aflojar.

—Y, sí... —suspiró él, escondiendo sus ojos detrás de las espesas lentes, —pero a veces...

A Plácido y a su mujer los encontraba en los velorios, y las últimas veces los llevé al cementerio y después a su casa, porque no tenían con quién ir. Festejaban las condiciones del transporte y me lo agradecían tributando viandas que una vez acepté. Ella era una española de ojos celestes, todavía bonita. Creo que Plácido siempre tuvo el cabello blanco peinado para atrás y anteojos gruesos de carey, una sonrisa amigable que hoy declinó y ningún otro protagonismo que el de estar. Me parece el más argentino de esta banda durable de españoles.

Los de la funeraria esbozaban los ademanes previos al cierre del cajón. Esperanza acusaba carraspera de cepa incierta y resultaba inquietante atisbar la destemplada levitación de los quebradizos hilos grises que coronan su calva. Su estado de ánimo la devolvió pronto al hogar en el coche del compañero de su sobrina Silvia. Rubén fugó.

Recorriendo la ensortijada melena de la rolliza Loli, desde el asiento posterior, me demoraba en el recuerdo grato de su padre y su filosofía inoxidable: —Dólar, queridos. Diego aprendió temprano esta letanía que padecemos todavía hoy en este bendito país que con una mano te da lo que con la otra te quita, como escuché más de una vez decir a mi padre, sin comprender cabalmente su amargura. Su viuda, anciana y sorda, padecía silente los aporreos de la hija al volante. Sin embargo, en su Peugeot 505 arribamos en seguida al camposanto metropolitano.

El ruego de encomienda celestial del cura en la capilla fue elevado en voz baja, y pudo ser sentido o sosegado por algún sedativo. Después entramos en recogida procesión a una galería nueva de columnas rojas. Cuando el féretro trepó cuatro filas de nichos sostenido por unas cuantas manos y penetró en su última secular morada, se sucedieron los ahogos y, después, las condolencias de rigor.

Frente al viejo panteón del Hospital Español, nos despedimos. Yo me perdí entre la espesura gris, pensando que se nos iban de uno en uno, como cuentas que se sueltan de un collar.

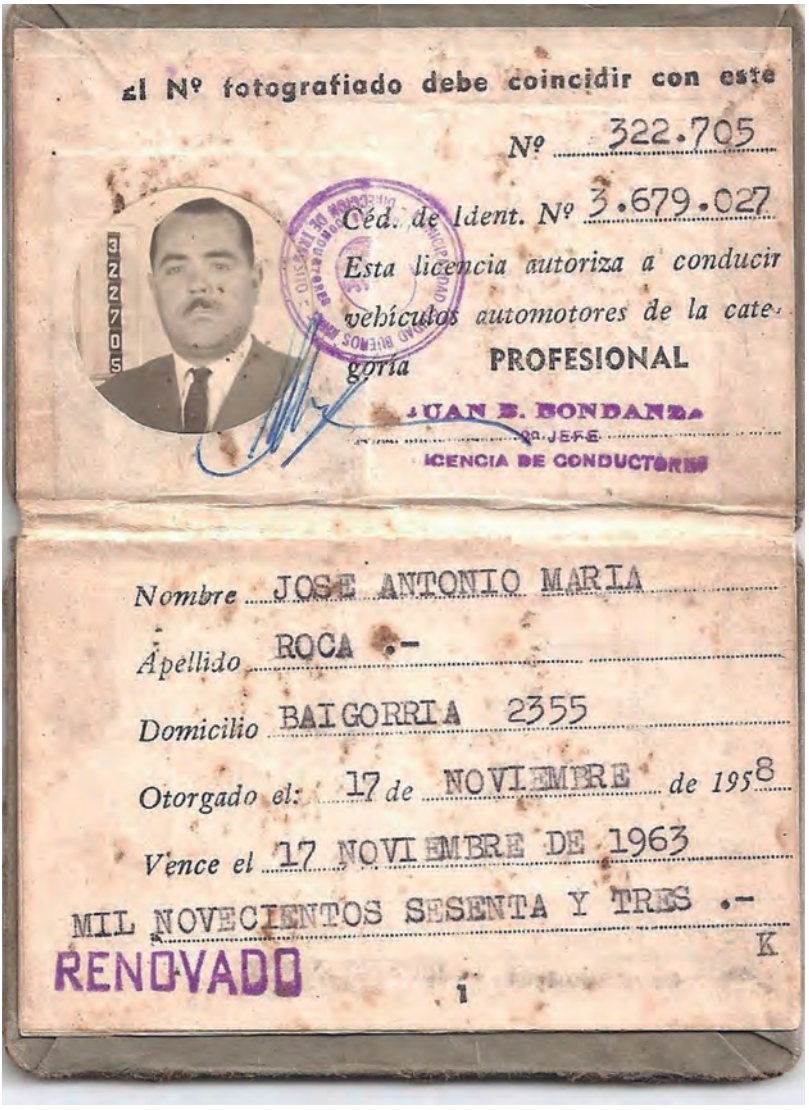
***

—Querido hermano, ¿cómo llamo a una carta que no viajará hasta salpicarse con el azul cobalto del Cantábrico? —cuando te quedaste por allá despuntando tus veinte años, antes de regresar, y de volver a irte, mamá quería que yo te escribiese en su nombre porque ella lo hacía poco y nada, y se avergonzaba de su mala letra. —Te falta práctica; si la escribo yo, ya no será tu carta —argumenté, y por un tiempo la convencí de que aceptara el rol de alumna. Debía escribir algo cada día. Se reía dudando del resultado pero, mal que mal, lo hacía, y yo la corregía. Después de los primeros amagues, decidí que debía practicar los verbos en pasado y la consigna fue que escribiese oraciones que comenzaran con la palabra ayer. Volví al día siguiente. Con letra escalonada como notas sobre un pentagrama encontré sobre la mesa una hoja de papel con una larga lista que empezaba cada renglón con el adverbio. La enunciación de la palabra ayer en cada frase sonaba como un mantra y consignaba acciones tan banales como —Ayer no cociné, —Ayer no salí, —Ayer..., Ayer..., Ayer... —la última línea, la más larga, me desarmó: —Ayer esperaba todo el día carta de Miguel.

Por eso hoy, hermano, tantos años después, tu reto es ser más viejo que tu padre, porque la fecha es un tajo en el tiempo y no sabemos si el puente que trenzamos anudando esfuerzos resistirá el cruce con éxito. Para la siguiente sería bueno imitar a nuestra madre y demorarla unas tres décadas al menos. Es una meta a largo plazo, invocando la mejor fortuna. Me dirás que tanto cálculo comienza a parecerse al cántaro de leche y la lechera. Y tendrás razón.

Cuando el viejo cumplió 50, le hice un collage con papelitos de colores que repetían ad infinitum sinónimos de la cifra. Yo recuerdo que cincuenta años se agigantaban al llamarlos medio siglo y que ésta era una solemnidad privativa de los libros de historia que mal podría caberle a mi padre. O quizás presentí que era importante exagerar la cifra como un logro, en vísperas de un desenlace ya escrito pero todavía indescifrable. Se sintió orgulloso y lo hizo enmarcar, pobre viejo, como si fuese una obra de arte. El amor es, en verdad, una obra de arte.

A veces pienso que Esperanza y Antonio llegaron con tres sueños: primero, el de venir, el segundo pudo haber sido el de hacer la América —es difícil escapar al sueño colectivo—, el tercero fue el de volver, en una forma u otra. Creo que nos repartimos la herencia equitativamente, que cada uno de nosotros encarna un tercio del deseo heredado. Y en ese orden lo cumplimos. Yo fui el impulso y el ancla,



Licencia de conducir argentina de mi padre.

la fortuna Rubén, y vos, Miguel, la vuelta. No hay espacio para la queja; a esta altura del camino podemos decir que ya no hay deudas que saldar, salvo tal vez la última: llegaron por el aire, pasaron por la tierra y el fuego, pero no conocieron el mar. Podría parecer un tema triste para un saludo de cumpleaños, pero sé que en un tiempo que presagio cercano habremos de darle agua a sus cenizas, y nos dará felicidad.

***

Estoy en el puerto de Barcelona en 1980 y espero a Miguel que llega desde Buenos Aires en el Eugenio C. Último pasajero en ese híbrido de transatlántico y crucero, mi hermano buscaba contrariar la alquimia de una época que amenazaba trocar en descartable todo romanticismo y materialidad, en primer término, y lisa y llanamente después, volverlos líquidos. Es un tiempo prepotente el que nos fuerza a la violencia de estos cambios de estado reservados antes al recinto de un laboratorio, o del claustro materno. Sea como sea, lo que buscábamos era desandar el camino que habían hecho nuestros padres y volver a la primera piedra, una dolencia sintomática que padecemos todos los hijos de inmigrantes. A excepción necesaria de Rubén,

Igrexa de Santa María de A Torre.

para justificar la regla. Miguel venía estrenando sus veinte años con una lúcida frescura que es un encanto recordar, y yo llevaba no muchos más, a salvo todavía de cualquier corrosión, menos la de la nostalgia.

No me sorprendió el malva del cielo de Galicia, es más, ansiaba verlo. Solo que suspendido sobre los campos amarillos de grelos en invierno no era mortecino sino dulce. Habíamos escrito a tío Paco anunciando nuestra visita, de fecha incierta por los derroteros del autostop, pero ¿cómo encontrar la casa?

> *—La encontraréis pasando el "teixedal" —señaló un paisano rascándose la calva debajo de la boina. ¡Vaya el dato! No fue de más utilidad que la mirada mansa de las ovejas que mascaban como en un cómic.*
> *—Lo de Roca está bordeando la carretera, andando... —nos indicaron más adelante.*
> *—Veréis la casa, es de piedra amarilla —dijo otro, apoyándose sobre el extremo del largo mango de un hacha; nos midió de arriba abajo y luego cruzó los brazos sobre el pecho, como un verdugo.*

Esperanza, foto carné en España.

—Solo le falta la capucha —susurró Miguel.

Con el corazón dando tumbos en el pecho y un puño en la boca del estómago golpeamos a la puerta de la casa.

Peregrinos recién llegados, recibimos un derroche de abrazos y de lágrimas. Después, en el dormitorio que olía a revoque fresco, colchones de espuma de goma sin estrenar, duros como tablas. El baño hecho a nuevo. Sábanas limpias. La planta baja se dividía en dos, de un lado el establo y del otro la cocina, separados por una media puerta a ambos lados y un estrecho pasillo, ambos fuente de calor para los dormitorios en la planta alta. La Rubia era su única vaca, y había leche, queso y manteca a diario. Detrás de la casa, un huerto, un cerdo, y ponedoras negras de estirpe castellana, o así creo recordar. Mucho más un miembro de la familia que una mascota rural, La Rubia alargaba su cuello por encima de la puerta del establo para participar del alborozo en la cocina. Una armonía rebautizada hoy "economía sostenible", cuando es más antigua que el arroz con leche.

Concepción, mi abuela materna.

Atontados todavía, a la mañana siguiente durante el desayuno fui sometido a una prueba capital. Pilar, una española de ojos celtas y mujer de Paco, nos presentó a los viejos. Viejos y adosados a la ventana —desde siempre, el uno frente al otro; ella, la sonrisa extraviada y la cabeza envuelta en una pañoleta negra, y él, donante directo del color inocente de los ojos de su hija.

—Oye, Jorge, aquí están mi madre, Ángeles, y Juan, mi padre —sin aviso llegó el relámpago de la pregunta: —¿a qué no sabes cuántos años cumple ella y cuántos él?
—Ochenta y seis tiene tu madre y ochenta y tres tiene él —disparé sin pensar. El estupor cedió

Josefa, hermana de mi madre.

Esperanza, con su cuñada Elvira y sus sobrinas Raquel y Nélida. Buenos Aires, 1948.

Sobre en el que vino una carta de Elena, hermana de mi madre, a dos años de la muerte de mi padre.

al encantamiento. —¡Ya lo sabías! —exclamó. —¡No lo sabía! —reí yo, y era la pura verdad. Puede haber sido adivinación. O simplemente una casualidad.

El caso es que ser tratado como una aparición no figuraba en mis planes. Miguel derrochaba bromas y simpatía y se convirtió en mi intérprete. Yo hablaba a través de él, y en los días siguientes todos le hablaban a él al dirigirse a mí. Enmudecían si se topaban conmigo a solas, y todo era sonreír y hacer gestos, y prescindir de toda comunicación verbal. Me sorprendió que mis primos Joaquín y Justo, hijos de Paco, solamente escucharan rock. Y en casa de otro de los Roca, se enorgullecían de moler el café en un molinillo eléctrico y lo mostraban sonriendo como en una publicidad de TV. Sin embargo, cuando pedí ir al baño, Antonio preguntó: —¿A qué? —Pues a orinar. —Entonces ven —y sin más decir me condujo al establo.

Acaso fuera un trance colectivo donde la propia voluntad es secuestrada y se impone el ritual como un mandato, la cuestión es que toda rutina de los hombres se detuvo y nos siguieron en séquito protector a sol y a sombra. Estaba claro que no era cosa de mujeres. Una de dos, o fuimos la ocasión perfecta para que ellos huyeran de sus tareas diarias y del aburrimiento, o despertamos un rescoldo antiguo sin esperanza de ser fuego. Es mezquino pensar que el móvil fuese el primero, pero es justo reconocer también que revivieron en mitad del invierno. Miguel y yo fuimos la llama que ardió los cinco días con sus noches, ignorantes de que avivarla era esforzada servidumbre. Puedo resumirlo en un ejemplo, la excursión a Santiago.

Llegar y montar guardia en la explanada fue, por lo visto, esfuerzo suficiente para honrar al santo apóstol y a su catedral. Sumado a la pelea contra el viento, que apagaba puros y cigarros bajo un cielo tan irremediable como gris:

—¡Nosotros ya la conocemos! —se excusaron.
—Jorge dice que habréis de retornar en Año Santo —denunció Miguel, y estallaron las bromas y las risas. Y con un guiño, se quedó afuera con ellos, por obligada cortesía y por favorecerme. Apremiado por la escolta en el pórtico aplaqué con promesas de volver mi deseo solitario de navegar el tiempo encerrado en la catedral. Lloviznaba cuando salí; un hombre con impermeable y paraguas orinaba sobre un contrafuerte. Saqué las

fotos de ocasión y partimos. A esto siguió la peregrinación más celebrada, ir de tapas y tomar vinho verde, a la cual me sumé, naturalmente, porque los fantasmas no vivimos del aire. Luego, enfilar hacia las casas, un auto tras el otro, balanceándose en procesión y echando por las ventanillas bocanadas de humo azul como un botafumeiro.

En vida de mi padre, era su orgullo dictarme cartas que yo martillaba en la Underwood ya jubilada que nos había comprado para practicar. Todas las cartas iban dirigidas a su hermano menor, Francisco, que a veces enviaba fotos. No como ahora, que tantas son ninguna. Eran momentos puntuales: en el muelle al embarcar, un casamiento, un funeral, y alguna que otra de estudio, como una fe de vida. Las nuestras, más domésticas, sacadas por los fotógrafos de plaza, quedaban en casa. Y aunque viraban fácilmente al sepia, perduraban, porque el papel conserva largo tiempo la memoria. No conocí a mi padre joven, solo conservo el recuerdo de un hombre ya maduro, de gesto adusto y amplios recesos del cabello en las sienes, y tiradores que sostenían

Andrés, hermano de mi madre, fallecido durante la Guerra Civil.

Pedro, hermano menor de mi madre y mi padrino. Emigró a Buenos Aires a los 15 años.

los pantalones de una silueta sin cintura. Tal es el que conocí y está en las fotos alzando un bebé en brazos, o rodilla en tierra rodeándome con su brazo, un privilegio reservado al primogénito. Llevo la carga de la prueba, no la culpa.

***

La cuestión es que un día antes de dejar Galicia desempolvaron para mí un álbum de fotos. No sin cierto temblor, me mostraron las piezas sueltas de un rompecabezas familiar en blanco y negro.

> *—Aquí tuvimos una de Antonio y Esperanza, poco antes de partir —se lamentaron. —¡Pero ya no está, y no sabemos que fue de ella!*

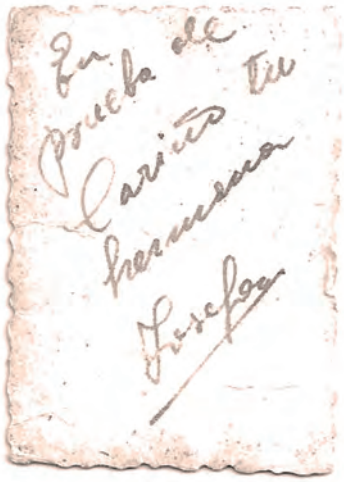
Rosendo, Pedro y Modesto (y Sra.), los tres hermanos sobrevivientes de mi madre.

El recuerdo de cómo me despidieron en la estación de tren me parte el alma todavía hoy. Paco me había comprado un boleto en primera que yo no soñaba, ni pedí, ni podía pagar. Detuvieron el tiempo en los relojes y vinieron andando, todos ahora, hasta trenzar un friso acongojado unos pasos atrás, sobre el andén, Miguel con ellos porque planeaba quedarse por un tiempo. Paco encabezaba la marcha junto a mí, el escriba invisible de las cartas de su hermano. Quiso hablar y rompió a llorar como un cántaro que se quiebra sobre mi hombro. En un último abrazo convulsivo volaron por el aire sus anteojos, puedo ver su destello todavía. Pitaba el tren, y así, partí.

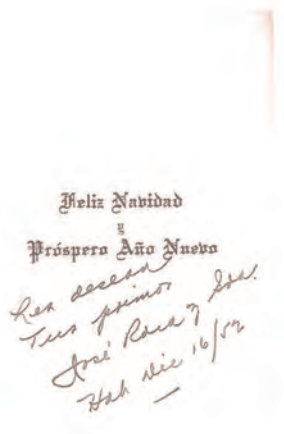
Sin duda fue cosa del azar, poco tiempo después en Buenos Aires, que tía Elvira, esposa de Rosendo, develara el misterio. Se decía de Elvira que era medio bruja. Ordenando el desván de su casa encontró un sobre de papel con fotos viejas. —Esta es tuya —dijo alcanzándome una con arrugas y puntillado en los bordes. En ella estaban mi madre y mi padre antes de venir a Buenos Aires, tan jóvenes como jamás los conocí. Ese rectángulo era bastante más que la foto perdida. Como en los hechizos de los cuentos era en verdad un espejo y por un instante estuvo vivo: ¡yo me miraba en él y él se miraba en mí!

Le di las gracias —cuando pude recobrar el habla— sin mencionar que haber sabido de un parecido físico tan extraordinario habría mitigado la tristeza de largos años de orfandad.

Mi padre dejó a los suyos al cumplir treinta y dos, y exactamente otros treinta y dos años después aparecí yo de visita, como en un espejismo. La reversión del acto marcó un antes y un después, y el despertar en ellos su imagen dormida tuvo el efecto de deshacer el tiempo. Joven se fue y joven vuelve, para volver a irse. Me sentí un ladrón pensando que por mi culpa lo perdían dos veces y yo, en cambio, lo recuperaba. Pero el precio fue alto, porque temiendo desilusionarlos para siempre nunca más volví.



Josefa, hermana de mi madre.

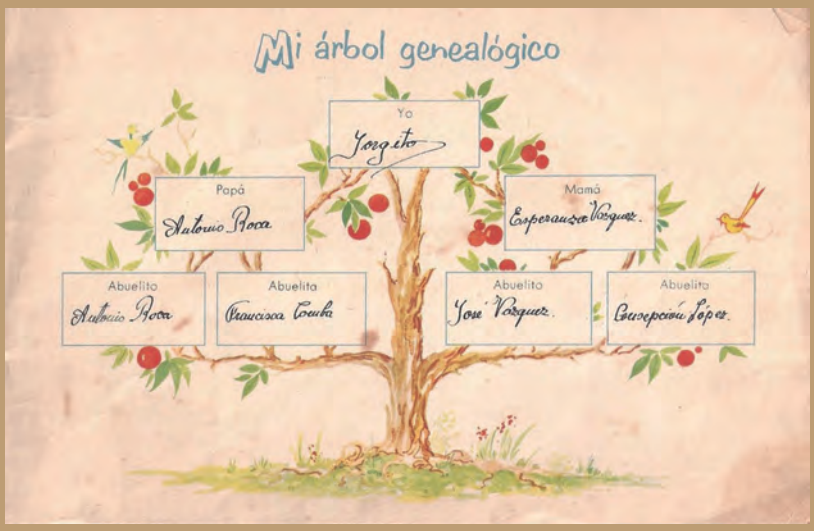


Felicitación navideña con dedicatoria.

Postal —con su sobre— recibida desde Cuba.

Plantilla y patrones tipográficos que usó nuestra madre para bordar nuestros nombres.

Álbum de mi primer año de vida, el único que llegó a completar mi madre.



Detalle del álbum anterior.

A galopar.

Jesús Villarino

Mención honorífica

EMIGRANDO A LOS CINCUENTA

(Reino Unido)

EL INICIO

La imagen que me venía a la cabeza cuando oía hablar de emigración, era la de mi abuelo y otros familiares que salieron de su pequeño pueblo cerca de Benavente, en Zamora, para emigrar a Argentina a principios del siglo XX. La veía como algo lejano y ligado a la pobreza de tiempos pasados y los imaginaba sufriendo en la nueva tierra, pueblerinos, incultos —por la escasa educación de aquellos años—, allende de un océano infinito y donde las comodidades que yo disponía en mi juventud no existían. Además, era difícil contactar con sus familias mientras durase su emigración. No era, por tanto, una imagen positiva para mí, al contrario, era un alivio que España hubiera progresado y no fuera necesario para mí ni los de mi generación, los nacidos en los 60, repetir lo que habían hecho mis abuelos. Qué equivocado estaba, pues me vi obligado a emigrar en los albores de mis cincuenta años y con muchas canas en mi cabello.

Fui a Reino Unido. Sé que muchos dirán que ir a un país europeo no es emigrar. Probablemente olvidan o desconocen lo que sintieron los que fueron a buscar trabajo y una mejor vida a Suiza o Alemania. Es posible que aleguen que estos últimos pudieron tenerlo difícil, pero que salir de España en la época actual, con redes sociales, correo electrónico, Skype o WhatsApp, no tiene ningún mérito. Permítanme decirles a estas personas que estar lejos de donde está tu corazón y tu familia es muy duro y que confunden salir de España por voluntad propia con hacerlo por necesidad. Repito porque la diferencia es muy importante, los primeros emigran de forma voluntaria, los segundos, no. Mi historia pertenece al segundo grupo. Y aquí la detallo.

Empezaré mi narración diciendo que nunca creí que me viera en la necesidad de salir de mi país a buscar trabajo, carecía de sentido teniendo en cuenta que tenía cincuenta años, estaba casado, tenía dos hijos adolescentes, una formación excelente, idiomas y una dilatada experiencia profesional en multinacionales líderes en sus sectores. Además, estábamos en 2015, bien entrado el siglo XXI. Emigrar, por tanto, estaba fuera de mi pensamiento, pero, ¡ay!, la necesidad me obligó porque las empresas en España creen que cuando superas los cuarenta años se te licua el cerebro y ya no puedes realizar eficientemente ningún trabajo. Esto último no es una opinión, es un hecho para miles de personas mayores de esa edad que recibimos rechazo tras rechazo pese a cumplir y superar los requisitos pedidos. Nos acusan de ser caprichosos y de querer mantener el status pero no es cierto, yo remarcaba en mis respuestas que aceptaba cambiar de residencia a cualquier punto de España, sueldos de becario y puestos muy inferiores a mi experiencia, aun así, no me llamaban para una entrevista.

Mi situación de desempleo se alargaba y las consecuencias económicas, emocionales y familiares que la falta de trabajo traía comenzaron a ser desesperantes, algunos meses rogábamos a Dios que no surgiera ningún imprevisto mayor de cincuenta euros porque esa cantidad era la que nos quedaba en el banco. Fue así por lo que al acercarse el segundo aniversario sin trabajo la idea de emigrar dejó de ser ridícula y pasó a convertirse en una posibilidad real. Ante la nula esperanza de lograr empleo me decidí a tratarla con mi mujer. No le hizo gracia, ninguna, pero siempre me había apoyado en los momentos complicados y volvió a hacerlo. Fijé la fecha de mi viaje para un par de meses después; si no encontraba trabajo para entonces, ese día partiría.

Había meditado bien el plan y nos quedamos tranquilos porque ambos pensamos que jamás se realizaría, por supuesto que encontraría trabajo. Cuando se lo dijimos a Bea y David, nuestros hijos, me miraron como si estuviera loco, pero dejaron su oposición frontal cuando entendieron los motivos y las ventajas que tendría para ellos vivir una temporada en otro país, una vez yo encontrara trabajo y piso. Tras ellos lo comenté a mis hermanos, a mi madre y amigos. Deseaba en secreto que me persuadieran para no emigrar, que dijeran: "Pero ¿qué dices? ¿Para qué? Quédate. Aquí estás mejor". Para mi decepción, nadie lo dijo, al contrario, todos me llamaron valiente y alabaron mi gesto por cuanto suponía de beneficio para mis hijos. Yo era, dijeron, un gran padre y mi futuro éxito un hermoso ejemplo de mi amor por ellos.

Los días volaban, la fecha de mi viaje se acercaba y seguía sintiéndome un jugador que lanza un farol, un todo o nada que quedaría en una bravuconada; sin duda alguna, la vida me diría que me había puesto a prueba y me repartiría burlona unas cartas ganadoras en el último momento. No fue así y el día que nunca deseé que llegara llegó y no tuve más remedio, tras la Nochevieja de 2014, que cruzar mi Rubicón, de gritar *Alea jacta est*, de coger la maleta e iniciar un viaje incierto sin fecha de retorno.

Reino Unido era un país rico y había más oportunidades laborales, pero ¿contratarían a un hombre de cincuenta años extranjero? Tenía mis dudas. A pesar de ello decidí seguir con el plan. Iría a Londres a casa de mi mejor amiga, que me había invitado a estar en su casa el tiempo que deseara. Solucionado el problema del alojamiento, el jueves diez de enero de 2015 cambié a libras el capital que me podía permitir teniendo en cuenta mi situación de desempleo; trescientos cincuenta euros. Cinco días después, el quince, a las 05:55 cruzaba en solitario y atemorizado el control de seguridad del aeropuerto de Barajas. Un futuro desconocido comenzaba.

Allí tuvo lugar el peor momento de mi aventura y uno de los más dolorosos de mi vida. Para entender y sentir lo que yo sentí hay que ponerse en la situación de un padre de cincuenta años que se despide de su familia en el control de seguridad un gélido día de invierno sin saber cuándo volverá a ver a sus hijos y a su mujer. Un hombre que se va sin trabajo y sin garantías de conseguirlo, un hombre que a pesar de su edad se siente pequeño y asustado ante lo desconocido,

que se pregunta si tendrá éxito o si su fracaso para conseguir empleo se repetirá en el extranjero. Eso pensaba aquella madrugada tras despedirme de mi familia y caminar sin ellos por el largo y silencioso pasillo de un aeropuerto que aún no se había despertado, en el que unos escasos viajeros dormitaban retorcidos en sus asientos y en el que las puertas aún no anunciaban vuelos. No mentiré si confieso que me sentí desubicado, viviendo una pesadilla terrorífica mientras me repetía abatido que un hombre trabajador y honrado no debería dejar a sus hijos, su mujer y su vida al otro lado de la frontera.

La estancia con mi amiga, de quien esperaba apoyo y cariño, fue muy desagradable para mi sorpresa. La encontré distante y fría, muy diferente a la amabilidad y generosidad que siempre me había mostrado. Tras dos días de convivencia cortés en la que le pregunté si tenía algún problema personal o con mi estancia, una noche me acusó furiosa de cosas terribles como querer echarla y quedarme con su casa, su dinero y sus perros, acusaciones totalmente infundadas que denotaban falta de cordura. Sin duda estaba sufriendo alguna crisis nerviosa o brote psicótico por algún asunto que no mencionó y que le hacía ver como enemigos a gente que la quería. Quise razonar con ella, nos conocíamos desde hacía veinticinco años y habíamos vivido juntos momentos importantes, pero mis ofrecimientos fueron rechazados con violencia e insultos. Nunca había visto a alguien tan fuera de sí, tanto que el miedo de que me atacara me hizo coger la maleta en ese instante y salir huyendo de la casa. Tiritando bajo el frío, la noche y la lluvia de enero me quedé atónito y roto en un banco muchos minutos, había perdido inesperadamente a mi mejor amiga de una forma tan desagradable que me afectaría varios meses. Lo que iba ser una ayuda para encontrar trabajo y calma a su lado se había convertido en un horror que me obligaba a buscar con urgencia un lugar donde dormir. Jamás volví a verla.

El cambio radical e inesperado de M. y el alto precio de vivir en Londres hicieron que me planteara mudarme a otro pueblo, pero ¿a cuál? Investigué mucho y al final decidí trasladarme a Edimburgo, en Escocia, mucho más lejos de lo que había pensado, pero allí vivía mi prima Isabel con sus hijas y sabía que no le importaría ofrecerme su casa unos días.

Fue en el camino desde Londres a Edimburgo cuando descubrí una gran mentira que había tomado por cierta durante muchos años, al

igual que la mayoría de mis compatriotas. Tenía al Reino Unido como un país superior a España en casi todos los campos, por no decir todos, pero no hay nada como salir fuera para ver que el complejo de inferioridad que tenemos los españoles es injustificado. Las carreteras que en España consideramos tercermundistas son auténticas vías maravillosas comparadas con las autovías y carreteras nacionales de Inglaterra y Escocia. Las nuestras son más anchas, con mejores firmes, sin tantos baches, sin tractores cruzando autovías. No es lo único en que España ofrece mejores servicios a sus ciudadanos.

Para ahorrar dinero realicé el viaje a Edimburgo en autobús, de noche, en un trayecto que duró diez eternas horas. Para quien no conozca la ciudad les diré que es del tamaño de Murcia y muy bonita. Tiene numerosos parques verdes, hay muchas casas unifamiliares y los edificios de viviendas son de tres o cuatro alturas y los del centro suelen tener una antigüedad cercana o superior a los ciento cincuenta años, casi todos son de piedra y excesivamente parecidos entre sí. Por su latitud en verano amanece a las tres y media y en invierno ya es noche cerrada a las cuatro de la tarde. Sus oriundos suelen ser más amables y campechanos que sus vecinos ingleses, aunque mantienen la distancia personal incluso entre ellos. A cambio de tanta belleza, Edimburgo tiene un clima generalmente horroroso, con mayoría de días lluviosos, ventosos y con temperaturas que no suelen superar los veinte grados incluso en verano. No están preparados para el calor y cuando el sol se asoma salen como caracoles a los parques y jardines para tumbarse, recibir los tibios rayos, beber cerveza y hacer barbacoas. Las temperaturas que en España tomamos como templadas hace que allí algunos colegios pidan a sus alumnos que se vayan a casa o descansen porque con más de veintidós grados pueden marearse. Aparte de su belleza, Edimburgo tenía otra singularidad que desconocía y era que la población emigrante española, generalmente estudiantes que querían mejorar el idioma y desesperados como yo que no encontraban trabajo en España, ocupaban el mayor grupo extranjero tras los polacos. No era cierto según vi en las estadísticas oficiales más tarde, éramos los terceros o cuartos según el año. Ver este dato me produjo una ambigua sensación de felicidad y rabia, la primera porque no estaría tan solo y la segunda porque centenares de trabajadores cualificados nos vimos obligados a salir de nuestros hogares a buscar sueldos decentes y un respeto profesional que no encontrábamos en España. Mientras nuestras empresas nos despreciaban, éramos recibidos con alegría por un país ansioso de

aprovecharse de personal cualificado y formado en sus países de origen, sin coste para ellos, y al que pagaría sueldos inferiores a los de sus nacionales.

PRIMEROS DÍAS

Isabel y sus hijas me recibieron con los brazos abiertos. Pasé una semana muy agradable con ellas, durante la cual intenté volver a solucionar uno de los primeros y más importantes problemas a los que se enfrenta el emigrado: el alojamiento. Dicen que quien quiere puede, pero hay cosas que, aunque puedas, no quieres. Mi situación económica no me permitía alquilar ni un pequeño estudio, por lo que tendría que compartir piso con personas desconocidas. No era un problema insalvable, pero a mi edad no era una opción placentera. Yo ya tenía casa, con hipoteca, pero mía, era mi castillo, mi refugio y ahora tendría que aceptar las normas que pusieran el propietario o los inquilinos ya instalados, sus fiestas, su limpieza o suciedad, su desorden, su volumen de televisor alto, los olores de sus comidas, compartir baño. Por desgracia, las habitaciones a las que podía optar estaban en barrios alejados, marginales y olvidados por los empleados municipales de limpieza.

No obstante, hasta los que estamos abrumados y desesperados tenemos a veces un ápice de suerte y lo que parece un obstáculo insalvable desaparece. Casualmente mi prima tenía una amiga española, Regina, que vivía en una habitación alquilada a una mujer también española. Preguntó a la dueña si podía alquilarme la segunda habitación que tenía libre y aceptó. Saber que ya tenía un lugar donde quedarme, limpio, a precio asequible y con una compañera de casa estupenda con la que podía hablar en español y que podría enseñarme muchas cosas de Edimburgo suavizó mi preocupación. La casa era muy grande y bonita, con amplias vistas al castillo, céntrica y llena de objetos curiosos y obras de arte realizadas por el marido de

Regina, Isabel y yo.

Carmen, la casera, un famoso escultor inglés. Lo primero que hice al dejar mi maleta en el dormitorio fue sacar unas fotos al parque que se veía desde mi ventana, Bruntsfield Park y mandárselas a Paz, luego por la noche le hice un recorrido por la casa con Skype. Paz sabía lo que había sufrido en Londres, en un barrio muy castigado por la marginalidad y la decadencia y en una casa, la de mi examiga, donde la limpieza había estado ausente durante años y sido sustituida por la acumulación de objetos viejos e innecesarios. Verme en un lugar tan bonito y diferente le produjo una gran tranquilidad y alegría.

Vistas desde mi ventana. Bruntsfield.

Tener alojamiento es un paso fundamental para resistir, yo lo tenía y ahora tocaba empezar con el siguiente, conseguir empleo. Comenzaba temprano por las mañanas y, como en España, inicié mi búsqueda con los puestos más cercanos a mi experiencia y capacidad, pero tuve que ir rebajando mis expectativas, la edad, el periodo de desempleo a mis espaldas y una nacionalidad ajena no animaban a las empresas a ver las virtudes de mi perfil laboral. El temor a que mi nivel de inglés no pareciera suficiente a la persona que me entrevistara también me preocupaba. Lo pasé mal, fueron momentos muy duros que oculté a mi mujer. Pero la emigración y la necesidad no me permitieron ser cobarde, si quería avanzar y traer a mi familia tenía que superar mis temores y los desprecios que ocasionalmente sufrí. Este afán por lograr empleo terminaba cuando el número de rechazos que recibía era superior a lo que mi ánimo podía soportar. A partir de ese momento, y para olvidar mi decepción, dedicaba mi tiempo a conocer la ciudad —a pie para ahorrar dinero—, su historia y a buscar cursos gratuitos o del ayuntamiento que pudieran ayudarme. Conseguí uno de inglés, donde me dijeron que mi nivel era bueno, lo que me dio confianza y esperanzas.

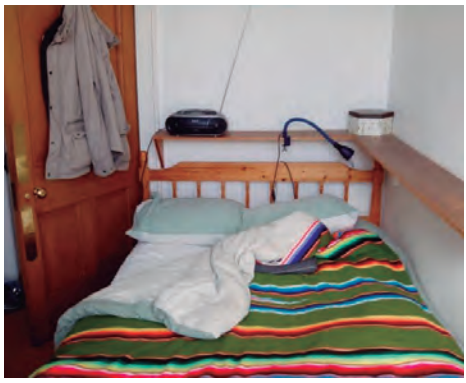
La búsqueda de empleo y los recorridos por la ciudad me distraían durante el día, por la noche me sentía muy solo. Muchas veces no podía esperar hasta entonces y me conectaba por Skype con mi familia. Era tal la necesidad de sentirme envuelto por su cariño que oír el sonido de llamada de este programa me producía alegría y bienestar.

Al ver los rostros de mis hijos y oír sus anécdotas y palabras de ánimo se me olvidaban los pensamientos tristes. Yo a cambio les contaba las cosas bonitas y curiosas que había visto ese día y les prometía enseñárselas cuando me visitaran. Paz sonreía y me animaba, pero cuando nos quedábamos solos tocaba hablar de las cosas que no eran tan bellas sino de los problemas y preocupaciones a ambos lados de la pantalla. Siempre nos despedíamos con besos y palabras de aliento. El calor de la familia es muy importante siempre, pero vital cuando estás lejos.

Cuando colgaba volvía a mí la tristeza, verlos a través de la pantalla, observar al fondo la librería del salón, el sofá en el que yo me había sentado tantas veces, la televisión, los cuadros, en definitiva, mi hogar, generaba una desazón que solo desaparecía al dormir. Nunca se lo dije, yo lo pasaba mal, no tenían por qué pasarlo ellos también. Pero no debía quejarme, mi soledad probablemente era una nimiedad comparada con la de los emigrantes de generaciones pasadas.

A veces, cuando entraba en una tienda, un autobús o una oficina encontraba compatriotas. Lo que hace la distancia, gente con la que jamás hablaríamos en nuestro país, o incluso evitaríamos por su aspecto o edad, se convertían por arte de la emigración en potenciales amigos. Conocí muchos jóvenes que habían venido a estudiar o conseguir un trabajo que no podían lograr en España. Se sentían libres fuera de las órdenes de sus padres y disponían de un sueldo por primera vez; la vida para muchos era dura pero bonita. También encontré gente como yo que a una edad más adulta habían tenido la necesidad de

Marco con fotos que llevé a Edimburgo.



Mi habitación en Edimburgo.

dejar su mundo querido y dar un salto mortal sin red a una ciudad ajena donde lograr el bienestar que no encontraron en España. Los primeros se adaptaban mejor, los segundos, peor; a los que ya tenemos una edad se nos hace terriblemente triste volver a una habitación vacía en la que no hay nada nuestro más que una maleta y un marco con fotos de la familia.

Podía sentirme abatido, pero no lloraba ni me hundía, no tenía tiempo, los continuos retos de supervivencia me obligaban a ser más fuerte. Recuerdo que la soledad me desbordaba con tiempo para pensar y me vienen a la cabeza algunas reflexiones de aquellos momentos. Una es la pérdida de amigos que produce la distancia. Muchos de los que prometieron amistad eterna y mantener el contacto dejaron de hacerlo pasados los primeros meses de ausencia. Supongo que a veces la amistad que creemos fuerte no resiste la distancia ni el tiempo. Otra reflexión es que la mayoría de los emigrantes somos mentirosos, muy mentirosos. Contamos a todos los que dejamos en España que nos va mucho mejor de lo que nos va. Quizá no sea mentir sino solo exagerar un poco, en cualquier caso, no decimos toda la verdad. ¿Cómo confesar a tu mujer que estás hundido y desesperanzado tras las enésimas solicitudes de trabajo y entrevistas rechazadas y que estás harto del clima y de empaparte día sí y al siguiente también? ¿Cómo decir a tu madre, que te añora y cree que eres feliz, que no lo eres? ¿Cómo decirles la verdad de que te cuesta mantener la ilusión? No, no lo hacemos. Preferimos mostrar durante los minutos de nuestra llamada una sonrisa falsa, un tono de voz alegre y unas palabras positivas que a ellos les reconforte. Por eso me enojan muchísimo los programas de televisión en los que aparecen emigrantes españoles que fingen que les va estupendamente, tienen trabajos muy bien remunerados, casas maravillosas y son apreciados y queridos por vecinos y compañeros. Lo que cuentan no es verdad y los espectadores deben saberlo. Esos españoles, o la mayoría, son mirados con cierto desdén por los oriundos de su país, pueden ganar más que en España, pero a cambio de callar y sonreír ante desprecios de compañeros y ciudadanos nativos. Esas sonrisas de anuncio de dentífrico desaparecen cuando oyen la orden “corten” y los periodistas se van. Yo, al menos, no conocí a ninguno que, en confianza, no confesara que prefería volver a casa.

Más reflexiones: nunca dejas de sentirte extranjero y, por ello, de segunda clase. No importa lo bien que domines el idioma, el esfuerzo

que hagas por vivir sus costumbres, los amigos del país que hagas ni lo mucho que te juren que te quieren, siempre habrá algo y alguien que te recordará que no eres uno de los suyos. Esta es quizá una de las realidades que más me entristeció y más me hizo añorar España, el lugar que llamaba casa y donde no me sentía diferente de quienes me rodeaban.

Vivir en Reino Unido me abrió los ojos respecto a España. Influido por la prensa, la televisión y el inaudito complejo de inferioridad que los mismos españoles fomentamos también me dejé llevar por la idea de que casi todos los países occidentales eran mejores que el nuestro, su gente más honesta y preparada en todo, que en ellos no había políticos corruptos sino sabios estadistas que buscaban lo mejor para sus ciudadanos. Nosotros nos vemos siempre como perdedores, incapaces de lograr éxitos, aceptamos con apatía unas cifras económicas y sociales vergonzosamente muy por debajo de las que merecemos. Es normal ver a tertulianos y población comentar que somos gente pícara, vividora y algunos hasta dicen que somos un país de mierda, de pandereta, tercermundista. Puedo decir con orgullo y pruebas que es mentira lo anterior, no somos perfectos, pero sí tenemos mucho que ofrecer, somos más honrados, valientes y trabajadores que muchos nacionales de países situados más arriba en los rankings. La frase de que no nos estiman fuera, que nos consideran vagos, es mentira porque así me lo dijeron muchos ciudadanos y empresarios británicos confirmando lo que miles en España pensamos, que los españoles somos nuestros peores enemigos.

Para no cansar al lector, compartiré una última reflexión antes de proseguir. Somos tontos cuando hablamos acomplejados y con vergüenza el idioma que hemos aprendido. Me pasó a mí y a todos cuantos conocí. Nos hemos hecho creer a nosotros mismos que si no somos cien por cien bilingües y pronunciamos un idioma con exquisita perfección debemos avergonzarnos, sentirnos incultos y evitar hablar, sin embargo, cuando un británico o de cualquier país comete errores garrafales lo disculpamos e incluso animamos y nos sentimos orgullosos de que alguien chapurree en nuestro idioma, aunque lo haga mucho peor que nosotros en el suyo. Este complejo no es baladí, pues, como a muchos, hizo que me acobardara durante las entrevistas.

Retornando a mi aventura, la falta de trabajo seguía obligándome a exprimir cada libra y meditar mucho en qué gastaba el poco dinero

que mi mujer podía mandarme, llegando cualquier compra nimia a convertirse en una decisión difícil y es que emigrar suponía apretarme el cinturón, no ya un agujero sino hasta tres o cuatro. Por esta situación y otras similares es por lo que necesitaba decirme a mí mismo que el día siguiente sería mejor, que la suerte estaba próxima, pero ni la mañana siguiente ni las posteriores lo fueron. Por supuesto oculté a mi mujer y a mis hijos mi desesperación y la oscuridad con que veía el futuro. Creían lo que les contaba, como dije antes, los emigrantes somos muy buenos mintiendo.

INTEGRÁNDOME

Considero que integrarse en el país que te acoge es una muestra obligada de respeto a sus ciudadanos y a su cultura. Yo lo intenté. Leí mucho de la historia de Escocia, su geografía, palabras en escocés e incluso aprendí a bailar el *ceiligh*, su baile, pero confieso triste que mi éxito fue muy limitado, logré tener relación cercana con menos gente que los dedos de una mano. No voy a decir que me rechazaron, mentiría, pero jamás encontré una gran disposición favorable por parte de los escoceses, sencillamente ya tenían su vida hecha y no tenían ninguna necesidad ni interés en introducir en su mundo personal e íntimo a un extranjero que había aparecido de repente en su trabajo o vecindario. Con esto no quiero decir que fueran descorteses, en absoluto, tan solo se comportaban como millones de españoles y yo con un extranjero recién llegado a nuestra oficina o barrio: ¿Cortesía? Sí, ¿Relación personal? Bueno, ya veremos.

Sin embargo, la relación con otros extranjeros emigrantes sí fue más fructífera, supongo que compartir sufrimientos y penas borra las fronteras que nuestros políticos se empeñan en dibujarnos en la cabeza y en los mapas. Por eso, cuando trataba con otros emigrantes, olvidaba si habían sido enemigos en alguna guerra pasada y miraba más lo que nos unía. Compartíamos lo mejor de cada uno y los estigmas y prejuicios con los que habíamos vivido desde niños, desaparecían una vez empezábamos a hablar; los africanos, sudamericanos, europeos, etc., no éramos de la manera que los medios o la historia nos habían hecho creer; podíamos discrepar en algún asunto o ver las cosas de otra forma, pero, en general, nos tratábamos con respeto y amistad y no como enemigos. Deshacerme de prejuicios absurdos fue uno de los grandes beneficios de haber emigrado.

Relacionado precisamente con mi integración en Edimburgo, había un asunto clave que aún estaba pendiente: obtener plaza escolar para mis hijos. Conseguirla suponía un punto de anclaje para mi estancia y la venida de mi familia, no lograrla me obligaría a plantearme mi retorno. Por desgracia, cuando acudí a solicitarlas en abril el plazo había terminado. Me informaron de que había una lista de espera larga y que tenía muy pocas posibilidades de que lograra inscribirles. Lo mismo ocurría en otros colegios cercanos. Si los emigrantes somos buenos mentirosos también tenemos fe inquebrantable en el futuro. Seguí adelante y rellené los formularios. La respuesta tardaría semanas en llegar.

Mientras esperaba la decisión seguí buscando trabajo y una casa en la que vivir con mi familia. Por casualidades de la vida, o porque ésta a veces se compadece de aquellos de los que se burla, Carmen, la propietaria de la casa, mujer encantadora y magnífica, me dijo que tenía otra vivienda muy cerca de allí. Se me abrieron los ojos al oírla y se me cerraron de cuajo cuando recordé que no tenía dinero para pagar el alquiler. Supongo que avergonzada de haberme obligado a emigrar, la vida me hizo un segundo regalo. La buena mujer me ofreció gratis el primer mes y me cobraría solo la mitad del segundo.

Las cosas mejoraban; ya tenía piso apalabrado en el centro de Edimburgo, junto a los Meadows, un enorme parque, y a pie de las principales atracciones y tiendas y pronto, si tenía suerte, mis hijos obtendrían plaza en el colegio. Solo la falta de trabajo y la ausencia de Paz impedían mi completa felicidad.

The Meadows.

The Meadows.

Comenzaba junio, algún día salía el sol, llovía menos y los parques estaban verdes, un cambio que animaba después de tantos días lluviosos y oscuros. No mencionaré altas temperaturas porque es un término que Reino Unido, especialmente Escocia, desconoce, digamos que eran primaverales, aun así, los días eran más hermosos. Muchísimo más lo fueron a partir de recibir una llamada en la que me decían que habían concedido la plaza escolar a Beatriz y David. Qué alegría, colegio, piso y mis hijos conmigo, solamente faltaba el trabajo. Y que Paz pudiera venir también.

Habían pasado varias semanas desde que Carmen me ofreciera su vivienda. Fui a conocerla el día en que se despedían los inquilinos. Viniendo del gran piso en el que yo vivía hasta entonces, ver el lugar donde viviría con mi familia, si decidía alquilarlo, fue una decepción. Era un tercero, casi quinto por la altura de los techos, los escalones de la escalera estaban desgastados, la iluminación era escasa y las paredes mostraban desconchones antiguos por doquier. Una vez dentro, el piso era amplio pero muy viejo, de más de un siglo de antigüedad, castigado por el trato diario de estudiantes que no lo cuidaban y no había sido remodelado en al menos cincuenta años, a pesar de todo, para mí era un palacio comparado con otros sitios que había visto. No estaba seguro de que le agradara a Paz, pero era al menos un lugar donde instalarnos...si conseguía trabajo. Por fortuna, la desilusión inicial cambió, Carmen fue una casera excepcional que se convirtió pronto en una gran amiga sin cuya generosidad y ayuda nuestra situación habría sido mucho más complicada. Aceptó sin problemas algunos cambios que propusimos para hacer de la casa un hogar.

Llegada de David a nuestra casa. Julio de 2015.

Bea y David vinieron por fin. Instalar a cada uno en una habitación me reconfortó, no teníamos que convivir en un espacio reducido o sucio ni compartirlo con gente desconocida. No era nuestro hogar de Madrid, pero sí una casa para

Llegada de Bea al aeropuerto de Edimburgo. 2015.

nosotros, un nuevo refugio. Su venida iniciaba el futuro que Paz y yo habíamos planeado para ellos. Si todo salía como esperábamos, nuestros hijos vivirían una experiencia maravillosa e irrepetible.

La rutina de buscar trabajo cada mañana no varió tras su llegada, mi objetivo principal seguía siendo obtener un salario. Después de tantos meses sin lograrlo no sabía qué más hacer, había bajado considerablemente mis expectativas salariales, me había abierto a trabajar de noche, por turnos, fines de semana, a dos horas de distancia ida y otras tantas de vuelta, adaptaba mi currículo a cada puesto, pero aun así no conseguía convencer a las empresas de que era un excelente candidato y mejor empleado; lo que me había ocurrido en España me sucedía también en Escocia. Hay que tener un carácter y resistencia emocional muy fuertes para no hundirte ante decenas, ya centenares, de rechazos, por fortuna yo los tenía y tras unos segundos de decepción respondía a la siguiente oferta de empleo. Mis hijos nunca supieron lo que pasaba por mi mente, no les ocultaba los fracasos, pero acompañaba la mala noticia con palabras esperanzadoras.

Nuestra casa es el último piso.

Después de la decepción mañanera dedicaba el tiempo a hacerles la comida, darles ánimos y a hacerles ver lo bueno de la emigración, de lo que conseguirían gracias a estar allí; habían salido de un entorno agradable a una edad en la que se forman las pandillas, se van a las primeras fiestas, se conoce al primer amor. Yo los había traído y sacado, literalmente, de un día para otro, a otro país, otra casa, otro idioma, otras costumbres y lejos de su madre. Por fortuna mis hijos eran más maduros de lo

que correspondía a su edad de trece y diecisiete años y comprendieron que estar allí también sería una aventura excepcional para ellos.

Llegó agosto, el mes en el que empiezan las clases, otra diferencia respecto a España. David y Beatriz se horrorizaron cuando supieron la fecha de inicio, era un mes de sol, vacaciones, amigos. ¿A quién se le ocurría iniciar el colegio en verano? Luego descubrieron que lo que se conoce como verano en España no existe en Edimburgo, el clima es muy diferente y el verano, como decían allí, apenas dura el día que el sol decide aparecer. Por desgracia, lo hace pocas veces.

Comprendí que para ellos iniciar el curso con nuevos compañeros, nuevos profesores, colegio e idioma diferentes era un gran reto, probablemente el mayor al que se habían enfrentado jamás. No dijeron nada, supongo que para no preocuparme y no parecer cobardes. Me sentí muy orgulloso de ellos; eran fuertes. De no haberlo sido dudo mucho que hubieran conseguido el éxito que lograron después.

Acompañé a David en su primer día. Fue terriblemente duro dejarle en la puerta de acceso a partir de la cual los padres no podíamos pasar. Nos miramos, él sonrió, definitivamente, yo estaba más asustado que él. Le di un abrazo y le recordé que aquel sería su peor día en el colegio porque todo sería nuevo, pero que el siguiente ya sabría dónde estaban las clases, ya conocería a sus profesores y a sus compañeros. Efectivamente, me había preocupado en exceso, cuando fui a recogerlo apareció tranquilo, como si llevara meses allí. Fue un alivio. No sé si lo diría para alegrarme, pero el nudo en mi estómago desapareció. No pude acompañar a Beatriz, tampoco le habría gustado que sus compañeras la vieran llegar con su padre, pero repetí lo que había dicho a David respecto a que aquel seria su peor día. También volvió satisfecha de su inglés y de la gente que había conocido.

Vista desde el salón. The Meadows al fondo.

Se lo contamos emocionados a Paz vía Skype por la noche. Estaba tan preocupada como lo había estado yo y ver las caras de

satisfacción de nuestros hijos, orgullosos de haberse defendido en inglés, le produjo la misma alegría y alivio que yo había sentido cuando les recogí. Lo que ocurrió los siguientes días no fue tan agradable, no todos los compañeros mostraron interés en aceptarlos; no hubo abusos ni insultos, sencillamente los ignoraron. Quizá sea imaginaciones mías, pero creo que los españoles somos más dados a preguntar al extraño que se sienta a nuestro lado, de dónde es, qué hace en nuestro país e incluso llegamos a invitarle a que venga con nosotros al comedor de la empresa o a jugar en el recreo. Pero no podía culpar a los niños de Edimburgo pues muchos adultos habían tenido ese comportamiento conmigo.

Colegio de David.

Colegio de Bea.

UN EMPLEO, POR FIN

Por fin en septiembre conseguí trabajo, no era espectacular y solo temporal, también bastante bajo para mi experiencia, pero era en una multinacional muy famosa y aunque el sueldo no era nada del otro mundo permitiría quitar presión a Paz y a nuestra famélica cuenta bancaria. Después de dos años sin empleo volví a considerarme útil y apreciado. Solo quien haya estado mucho tiempo sin trabajo y sin perspectiva de conseguirlo puede entender la alegría de volver a la maquinaria laboral, de contribuir de nuevo al bienestar de tu familia, a realizar cosas que llevabas meses o años restringiendo. Obtener ingresos me devolvía la dignidad social que había perdido por el edadismo empresarial.

Era un trabajo de solo cinco meses, por turnos que podían empezar a partir de las seis de la mañana o terminar, según la hora de entrada, a medianoche. Los domingos y festivos se consideraban días normales de trabajo. El salario era el mínimo legal, muy bajo. Quizá a un

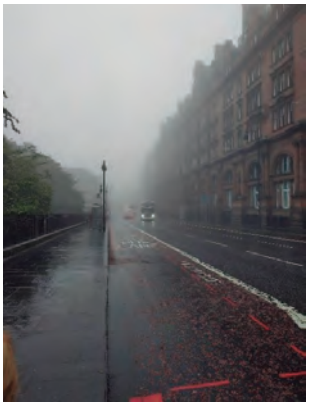
joven que empezara su carrera laboral le pareciera una fortuna que le permitía sus caprichos o irse de casa de sus padres, pero para mí cobrar lo mismo con veinte años de experiencia a mis espaldas era muy decepcionante. A pesar de ello me ponía una careta de sonrisa permanente y ocultaba mi desencanto bajo ella; hacíamos el mismo trabajo y debíamos cobrar lo mismo, era lo justo.

Mi labor consistía en atender llamadas, correos y chats de los clientes, por supuesto en inglés, la mayoría de los cuales llamaban enfadados porque su paquete no había llegado. A veces era duro porque algunos eran agresivos, otras porque sus acentos eran muy cerrados y no eran amables ni comprensivos cuando les pedía que repitiera lo que habían dicho. En ocasiones me hablaban de productos que desconocía, había más de cien mil, y también se enfadaban porque no les entendía enseguida. Pero era yo quien había decidido emigrar y buscar trabajo en Edimburgo y tenía que aguantar y soportar sus enojos y desprecios por ser extranjero. A veces, para calmar mi frustración me decía que al menos tenía trabajo y que la experiencia de mis hijos al vivir allí compensaba todos los malos momentos que pudiera tener. Para animarme también me decía tras cada llamada que estaba en Escocia, a mil quinientos kilómetros de mi hogar, que hablaba inglés cada día con centenares de personas y que con cincuenta años no me había rendido frente al paro. ¿Cuánta gente que yo conocía podría hacer lo mismo? Lo que estaba haciendo implicaba mucho valor y resiliencia. Entonces, me sentía orgulloso de mí mismo. Al final del día, cuando salía del edificio, me relajaba pensando en mi mujer y mis hijos y olvidaba vejaciones, agravios y decepciones.

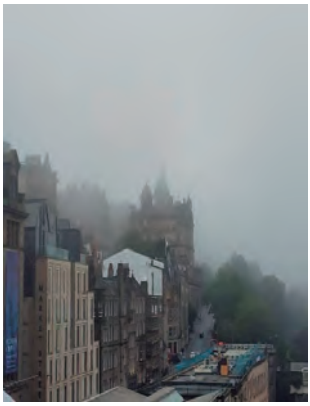
El resto de meses hasta Nochevieja los pasé trabajando en mis turnos cambiantes y con mis hijos, adaptándonos los tres a costumbres locales y, sobre todo, al clima. Por mucho que un residente en Escocia intente hacer comprender a sus familiares y amigos españoles que allí llueve mucho, pero llover, llover, varias veces al día varias semanas seguidas sin interrupción, no logrará su comprensión, pensarán que es una exageración, pero no lo es. Este clima de lluvia cuasi permanente, con algún rayito de sol que no calienta, mucho viento y oscuridad completa desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la mañana nos afectaba a la hora de disfrutar de nuestro ocio, pues no invitaba a salir a pasear por sus parques y calles bulliciosas. No obstante, terminamos por rendirnos y hacer como los edimburgueses, aceptar que, o salíamos pese a la lluvia y vendavales o no tendríamos

vida hasta mayo o junio. Llegar empapados a casa se convirtió en algo normal. No obstante, para ser justo, diré que algunos días hacía sol, aunque el significado de la frase “hace sol” no es el mismo en España que en Edimburgo.

Llegaron las vacaciones de Navidad y mis hijos, ansiosos por volver a ver a sus amigos, pidieron pasarlas en Madrid. Me dio pena, pero era comprensible, estaban realizando un gran esfuerzo en el colegio y en su vida diaria y merecían una recompensa. Yo estaba en el pico álgido de los pedidos navideños y no podía tomar ningún día de vacaciones por lo que tendría que pasar las fiestas solo. No fue así, Paz me regaló la maravillosa sorpresa de su visita durante tres días. Faltaban veinte para que transcurriera un año completo desde que nos despidiéramos en el aeropuerto de Barajas y tenerla cerca, pasear con ella de la mano, supuso recuperar el placer de su compañía y borrar el sentimiento de soledad que su ausencia me había provocado. Recorrimos la ciudad, le enseñé nuestro piso, los colegios, el edificio en el que trabajaba, los parques a los que íbamos, los monumentos. Disfrutó de los paseos y su preocupación disminuyó. Me alegré mucho de que los hubiera visto, pues los sentimientos de angustia, soledad y duda no los tiene solo el que emigra, sino que también afecta a los que se quedan atrás, especialmente a la pareja del emigrante. Fue un tiempo corto pero vivido de forma intensa que nos sirvió para ponernos al día y contarnos nuestros sentimientos y expectativas. Los tres días pasaron muy rápido, Paz regresó a Madrid, Bea y David a Edimburgo y los cuatro a la normalidad. Una semana después cumplía oficialmente mi primer aniversario como emigrante. ¡Un año ya fuera de casa!



13 de junio 2020.



20 junio 2019.

Otro día de lluvia.

Los días pasaban a velocidad de crucero. Por desgracia el contrato temporal terminó y volví a encontrarme en paro, ahora ya cerca de los cincuenta y uno. Encontrarme de nuevo en esta situación era frustrante, volvía a depender de que mi perfil gustara a un reclutador, suponía pasar horas y horas navegando en internet, registrarme en páginas de empleo, leer ofertas, recibir y encajar decenas de rechazos, volver a repartir los ingresos de mi mujer. No era el regalo de cumpleaños que deseaba recibir.

Día ocasional de sol. Portobello.

La desesperación, por fortuna, duró menos que el periodo anterior y solo tardé dos meses en encontrar otro empleo. Solo dos en número, en ánimo fue una pesadilla que parecía interminable. El trabajo conseguido en una multinacional financiera fue peor que el primero, controlaban de forma tiránica y distópica los minutos que hablaba con un cliente, que no podían ser más de cinco o me penalizaban, los que tardaba en contestar el teléfono o incluso los que iba al aseo. Encontrar este segundo trabajo me hizo volver a pensar en la situación laboral en España; me habían cogido siendo extranjero y de edad no joven. ¿Cómo era posible que en mi propio país no me hubiera querido ninguna empresa? ¿Por qué en Escocia sí cogían a cuarentañeros y cincuentañeros y en España no? ¿Cuántos miles de años de experiencia útil se perdían nuestras empresas y la economía nacional por una absurda práctica de edadismo? No podía cambiar la actitud mediocre de algunos directivos y empresarios de España, pero sí podía aceptar las oportunidades que me ofrecían otros empleadores más sabios de mi país de acogida. Acepté el puesto pese a las condiciones y volví a respirar tranquilo.

No alargaré mi relato con temas laborales, tan solo diré que tuve más empleos, ninguno de la calidad que creía que merecía, pero lo que no crecía en desarrollo profesional lo conseguían mis hijos en el ámbito escolar. Ver que sacaban buenas notas y saber que estaban contentos de cómo iba su estancia en Edimburgo compensaba cualquier sentimiento de frustración laboral que yo pudiera sentir.

La alegría de ver a mis hijos contentos me animó como padre y también lo hizo la venida definitiva de Paz en mayo de 2016 tras el

The Meadows cuando hacía sol.

fallecimiento de su madre. Fue un momento muy triste para todos, pero tras el cual se hizo realidad nuestro deseo de volver a estar juntos los cuatro. Anticipamos que venían de nuevo tiempos muy difíciles para nosotros. El motivo de nuestra preocupación es que Paz tuvo que dejar su trabajo en Madrid y buscar otro en Edimburgo, repitiendo uno por uno los pasos que yo había dado: búsqueda en internet y oficinas de empleo, frustración por los rechazos, etc., por no hablar de que aún debíamos seguir pagando la hipoteca y los gastos de la casa de Madrid pues, por diversos motivos no la podíamos alquilar ni vender. Es decir, por fin estábamos juntos de nuevo, pero solo con mi sueldo, que no cubría gastos, por lo que tendríamos que seguir tirando de ahorros y ayuda familiar. Para ambos fue un momento difícil y de mucha preocupación que supimos superar juntos como en casos anteriores, después de todo ¿Qué problema es insalvable cuando la pareja se ama y está unida?

La angustia, por fortuna o porque la economía funcionaba mejor en Escocia, no duró mucho. La confirmación de que las empresas del Reino Unido tenían una política laboral diferente respecto a la edad volvió a producirse cuando a Paz la contrató una empresa local de ámbito internacional. A diferencia de mis trabajos el suyo estaba mejor remunerado y reconocido que los que había tenido en Madrid. Verse contratada tan rápido, con mejor sueldo y horario y más responsabilidad que en Madrid fue un acicate emocionante, además de un descanso económico que, si bien no dejaba mucho tras cubrir gastos, dejaba de endeudarnos. Y ahora que los dos teníamos trabajo y los chicos estaban contentos de su estancia en Edimburgo, solo

Llegada de Paz a Edimburgo.

Los cuatro por fin juntos.

nos quedaba vivir y visitar Madrid y a nuestras familias cuando el trabajo nos lo permitiera.

ADAPTÁNDONOS

Con Paz en Edimburgo todo volvía a la normalidad, si normalidad significa estar lejos de lo que tu corazón llama casa. No obstante, seguíamos siendo considerados extranjeros y teniendo algunos problemas de comunicación, no por nuestra comprensión del idioma inglés que ya era muy alta sino porque muchos de nuestros interlocutores nos consideraban estúpidos cuando no encontrábamos la palabra buscada. No poder expresar con precisión lo que quería decir me ofuscaba porque, cuando ocurría, muchos nativos se comportaban conmigo de forma altanera y presuntuosa, lo que me enfurecía aún más. Pero igual que encontré mucha gente opuesta a los inmigrantes hallé también otra mucha formidable, cálida y dispuesta a ayudar, generalmente individuos que habían viajado a otros países, lo que me confirmó la importancia y los beneficios de conocer otros lugares.

Tras esta comparación vinieron otras porque los que emigramos, por pasar tanto tiempo en país ajeno, somos más proclives a comparar lo que teníamos y ya no tenemos, así como lo que encontramos en el país de acogida y no había en el nuestro. Por ejemplo, la actitud ante la bebida. En España se bebe mucho y hay muchos borrachos, pero en general es un acto social, no se suele beber solo ni la borrachera es el objetivo. Los escoceses tienen fama de bebedores y puedo constatar que es cierto. No era común, pero tampoco infrecuente ver a gente tambaleándose por las calles de la ciudad antes del mediodía, o incluso inconscientes y bañadas en alcohol en la calle, más aún en ocasiones especiales como el Hogmanay, su fiesta de nochevieja. Esas noches vi a varias personas tiradas literalmente en el asfalto completamente inconscientes por el alcohol ingerido, ante la indiferencia de los agentes de policía que ya habían visto demasiadas como para preocuparse más. A la vuelta también comparamos y descubrimos que hemos idealizado España y olvidado lo que no nos gusta. Ojalá, decimos, pudiéramos tener las cosas buenas de ambas ciudades o países.

El horario de las comidas también es comparado por los que no somos de Escocia. Comer a las doce y cenar a las seis es ridículo, decimos cuando nos informan de esta costumbre, pero no hay nada como estar en lugar y vivir como los lugareños para saber que los hábitos existen por razones lógicas. Tienen más respeto por la vida familiar de los empleados y suelen mantener a rajatabla los horarios laborales, principalmente el de nueve a cinco. Comen ligero en media hora —un horror para españoles que exigen tiempo para un menú de dos platos y postre— y cuando llegan a su casa a las seis llegan hambrientos, por lo que, con lógica, hacen la cena o se van al pub a beber. En España, no es así, trabajamos más horas, llegamos tarde a casa, tomamos un tentempié o merienda y cenamos más tarde de las nueve o casi diez. Hay otra diferencia adicional, debido al clima en Escocia no hay tantas terrazas o lugares donde disfrutar del sol con los amigos o hijos. Razones varias pues, para que haya costumbres diferentes, ninguna de ellas tonta.

Otro aspecto importante en el que nos gana el Reino Unido por goleada es la defensa a ultranza de su país, de su historia y sus personajes famosos. Es realmente asombrosa. Tienen una reina que se alió con piratas y la alaban en cine y televisión como conquistadora, nosotros

una reina que contribuyó a descubrir América y apenas sabemos de ella. Su pasado esclavista, saqueador y *matonista*[1] no les impide enorgullecerse ante el mundo de su imperio logrado con las armas, nosotros, con algún abuso excepcional, mejoramos la situación de los nativos, pero nos avergonzamos de ello. Magnifican su democracia, su corona y sus políticos y ocultan que muchos son tan corruptos como los de cualquier país.

Cerraré las comparaciones con una que no dejaba de asombrarme: el apoyo social, gubernamental y empresarial para que los adolescentes escolares adquieran experiencia laboral a partir de los dieciséis años. Vi centenares de ofertas y empleos para estos jóvenes que aún estaban en el colegio. No todos eran trabajos menores y los chicos se sentían emocionados de ganar un dinero para sus caprichos, los padres los veían madurar en responsabilidad y a no depender de ellos y los empresarios obtenían posteriormente empleados con experiencia. No voy a entrar en temas políticos ni abrir un debate sobre por qué España no lo hace, pero algo claramente falla en nuestro sistema económico y político gobierne quien gobierne. Gracias a esa política de fomento del trabajo juvenil David, con dieciséis años, consiguió un empleo de prácticas de un mes en una de las multinacionales financieras más importantes del mundo, donde aprendió gestión, trabajo en equipo, participación en reuniones, proyectos y otras cosas que suceden diariamente en las empresas. Además, le pagaron un sueldo muy alto. Y no fue la única experiencia laboral que consiguió.

Creo que he hablado más de comparaciones que de adaptación. Al final, como cualquier organismo, te adaptas o mueres, muchas cosas no llegan a gustarte, pero ya no las juzgas ni rechazas, sencillamente las aceptas. Nos acostumbramos a llevar varias capas de ropa porque tan pronto hacía sol, que no calor, como tres minutos después llovía a cántaros para luego soplar fuerte el viento, volver el sol y de nuevo a la lluvia torrencial. Participamos en reuniones de padres con los profesores, a llevar la cantidad exacta para pagar el billete de autobús porque no daban cambio ni aceptaban pagar con tarjeta, a que las tiendas cerraran a las cinco, algunas a las ocho y solo las grandes cadenas a las diez de la noche, a semanas seguidas nubladas desde el amanecer, a las calles repletas de baches

[1] En cursiva en el original. (N.E.)

que no habían sido asfaltadas en al menos treinta años, a su forma diferente de reciclar o a ver de vez en cuando a hombres vistiendo sus famosas faldas.

VISITANDO MADRID

No solo me sorprendieron las costumbres locales, también lo hicieron las que existían en Madrid y España y que yo hasta entonces había visto como normales. Dos me llamaron poderosamente la atención. La primera es que los españoles no hablamos, gritamos cuando charlamos. El volumen de nuestra conversación es atronador cuando hablamos en pareja y ensordecedor cuando estamos en grupo, da igual si es en un bar, un autobús o un museo, no pensamos en lo molesto que es para los que están a nuestro alrededor. No me di cuenta de esto hasta que me trasladé a Edimburgo. No voy a decir que los únicos que hablaban desproporcionadamente alto éramos los españoles, pero sí que en la mayoría de las conversaciones que se podían escuchar a decenas de metros había un español involucrado. Lo segundo que observé y que me decepcionó fue la mala educación que tienen muchos españoles al dirigirse a un empleado. Los británicos se exceden en su cortesía y lo hacen tan a menudo que, en muchas ocasiones, su sonrisa y buenas maneras son puro fingimiento. Cierto, pero es mejor ser cortés, aunque seamos exagerados que usar el aire de superioridad que conlleva nuestro acostumbrado imperativo. Mientras en Reino Unido al panadero se le dice ¿Podría darme una barra de pan, por favor? En España acortamos a "Deme una barra" "Quiero un donut". En lugar de su ¿Podría servirnos dos cervezas, por favor? Ordenamos "Pónganos dos cañas" o, sencillamente "dos cañas". El por favor se dice en España, pero con cuentagotas y muy pocas personas usan estas palabras que nos exigían de niños. Pareciera que estuviéramos siempre enfadados y con prisa. Si alguien dijera que exagero, bastaría mencionar un par de casos donde la educación brilló por su ausencia. En una de mis visitas fui a una panadería, se me había olvidado ponerme la mascarilla al entrar. En lugar de un atento, "Disculpe señor, debe ponerse la mascarilla" el empleado, de muy malos modos,

Visita de mi hermana Ana.

gritó "¡la mascarilla!". En otra ocasión, un conductor de autobús le dijo enojado a un pasajero que también se le había olvidado ponérsela "¡Eh, la mascarilla!". Creo que su forma educada de pedir las cosas es algo que deberíamos aprender en España.

Algunos productos que trajeron nuestros amigos.

También descubrí, y es un punto de vista personal, que una gran mayoría de españoles son quejicas y muy señoritos. En otra de las visitas a Madrid me sorprendió que casi todos mis vecinos y amigos se quejaran de lo mal que estaba España, hundida en una gran crisis económica según ellos. Lo decían frente a una mesa repleta de raciones y cervezas, tras hacer cola para sentarse y frente a sus cochazos aparcados. En una mesa cercana se quejaba un matrimonio porque en lugar de ir a esquiar a Estados Unidos una semana la crisis solo le permitiría hacerlo en Suiza. Así muchos ejemplos. No quiero decir que no hubiera crisis ni gente que lo pasara mal, de hecho, yo tuve que emigrar, pero decir que España vive una crisis cuando los centros comerciales están abarrotados, no solo de mirones, las carreteras colapsadas los fines de semana y los restaurantes llenos es, a mi parecer, una indignidad y un insulto a los que de verdad lo pasamos mal económicamente.

Nuestras visitas a España no eran frecuentes, una vez o como mucho dos al año, más no lo permitía el presupuesto. Su brevedad nos obligaba a ver a mucha gente en muy poco tiempo y a recorrer centenares de kilómetros para ver a mi madre en el pueblo de Zamora y a casas de otros familiares o amigos. A los más cercanos les contábamos nuestra vida en Edimburgo y les invitábamos a visitarnos, más de cuarenta lo hicieron. Nos encantaba enseñarles nuestra ciudad, el lago Ness, Saint Andrews, los museos, edificios y calles más emblemáticos de las ciudades, contarles lo que habíamos aprendido de la historia escocesa, como que la palabra chotis, el baile de Madrid, viene de Scottish —escocés—. Nos esforzábamos para que tuvieran un magnífico recuerdo de su visita y nos sentíamos orgullosos de su felicidad. Por desgracia, sus viajes tenían fecha de terminación y la tristeza de separarnos duraba hasta que llegaba la siguiente visita.

Muchos de estos amigos y familiares agradecían su visita trayendo productos de España, especialmente comida, pues lo demás lo podíamos adquirir en las tiendas de Edimburgo. Abrir el paquete que traían y oler a jamón serrano, queso curado o imaginar el chorizo recibido cocinado con lentejas provocaba que cayeran lágrimas de nuestros ojos. Estos sí eran buenos regalos. Quiero aclarar que sí se podían comprar alimentos españoles, solo que muchos eran una mala imitación de los originales o los precios de las tiendas que los importaban eran, generalmente, desorbitados. De vez en cuando una cadena de supermercados organizaba la "semana española" y traían latas de conserva, dulces y aperitivos. Esa semana los españoles arrasábamos ese supermercado y es que todos los emigrantes añoramos lo casero.

REGRESO A ESPAÑA

Así, con la visita de amigos, nuestros respectivos trabajos y los colegios fueron pasando los años y el paso del tiempo vuelve costumbre lo que antes parecía novedoso. Nos acostumbramos a los horarios, a las comidas, a sus políticos, al clima lluvioso, a sus acentos, a ir al pub y pedir *fish and chips* y pintas de cerveza, a quedar con Regina, mi prima y los pocos escoceses que conocíamos, a votar

David y Bea, antes de su retorno y viaje a Londres.

en sus elecciones locales y a ser citados como jurados en juicios importantes —hasta en cuatro ocasiones en mi caso— La lista sería larga. Éramos felices, pero siempre había algo en el día que nos hacía añorar España y recrearnos en la idea de volver, un momento que ocurriría previsiblemente cuando nos jubiláramos, doce años después. Por fortuna no tuvimos que esperar tanto ya que sucedieron un cúmulo de circunstancias que adelantaron de forma inesperada nuestro regreso. Beatriz terminó sus estudios en el *college* y consiguió plaza para estudiar diseño de moda en la universidad más prestigiosa del mundo y se había trasladado a Londres. David, por su parte, había regresado a Madrid para estudiar Economía y Finanzas, en su oferta bilingüe, en la Universidad Autónoma de Madrid y ya no vivía con nosotros. La empresa de Paz, debido a las restricciones del Covid-19, le ofreció la posibilidad de trabajar desde España. En cuanto a mí, por desgracia, los últimos meses en mi trabajo habían sido un infierno debido al abuso y al maltrato de mi jefe y me vi obligado por dignidad a marcharme. Volvía a estar sin empleo. Así, pues, si los chicos ya no vivían en Edimburgo, Paz podía trabajar desde España y yo no tenía trabajo, ¿Qué nos retenía en Escocia?

La idea de volver era muy atractiva y agradable, pero hacerlo no era tan fácil. Paz seguiría trabajando para su empresa, pero por temas legales debía hacerlo como autónoma, lo que suponía perder ciertos derechos, oportunidades y mantenerse lejos de los compañeros y de su jefe. En cuanto a mí, probablemente no conseguiría trabajo, pues si no había logrado uno con cincuenta años, ¿qué probabilidades tenía de que me contrataran a los cincuenta y seis? ¿Merecía la pena volver a la situación que había originado mi marcha de Españas casi siete años antes? ¿Era mejor que nos quedáramos donde ambos tuviéramos trabajo? Paz y yo lo meditamos mucho y, a pesar del futuro negro que me esperaba a mí en Madrid, decidimos regresar.

Nuestro deseo de volver a nuestra casa, al hogar que habíamos creado Paz y yo y donde habían nacido los chicos, ver a los hermanos, amigos y vecinos que habíamos dejado en Madrid nos causó emoción y también tristeza. Después de todo habíamos conocido gente maravillosa con la que habíamos creado vínculos emocionales como Carmen, Regina, mi compañera de piso, Isabel, la prima que me ayudó tanto en mis primeros días en Edimburgo, con

compañeros de trabajo, teníamos lugares en los que habíamos vivido momentos que recordaríamos el resto de nuestras vidas, habíamos vivido muchas experiencias que jamás habríamos tenido de no haber emigrado. Habían sido casi siete años vividos muy intensamente. Hacer la revisión de las cosas que debíamos dejar atrás fue doloroso porque nos recordaban momentos agradables, pero era imposible traerlos todos a Madrid. Finalmente, con los corazones encogidos Paz y yo tomamos el vuelo de regreso a Madrid a mediados de octubre de 2021.

¿Qué me dijeron los amigos y familiares tras mi regreso? Todos me llamaron valiente y me dieron palmadas en la espalda en señal de respeto y apoyo y repitieron que ellos jamás habrían tenido valor para emigrar. Yo sonreía con gratitud, pero en el fondo me sentía un fraude, no fui por valor sino por necesidad. Pero ahora, cuando echo la vista atrás, a veces me paro y me digo con orgullo que sí, que sí fui un valiente porque ante una mala situación tomé una decisión arriesgada y difícil que pocos habrían tomado.

Ha pasado más de un año desde nuestro regreso. ¿Cómo es nuestra vida ahora? Beatriz sigue en Londres, muy contenta y agradecida por la experiencia y las ventajas de vivir en una ciudad que le encanta. David regresó más maduro, con experiencia laboral, un inglés excelente y casi igual de francés y algunos grandes bancos ya han mostrado interés por él. Paz, por su parte, está encantada de trabajar desde casa porque tiene lo bueno de los dos países, un salario y horario estupendos y el sol y la comida que echaba de menos. En cuanto a mí me quedo con una sensación agridulce. La dulce viene porque como padre emigrante me siento muy orgulloso y satisfecho de lo conseguido por mi familia, especialmente por mis hijos, que ahora tienen una visión internacional, están más abiertos al mundo, más seguros de sí mismos y no tendrán miedo

a emigrar si deben hacerlo. La parte agria es la decepción de no haber obtenido ninguna recompensa o reconocimiento laboral por el valor, el esfuerzo y la experiencia internacional adquirida en otro país durante siete años; me fui por la imposibilidad de conseguir empleo y a mi regreso encontré la misma cultura empresarial edadista que dejé al partir y que saca del mercado laboral a los mayores de cierta edad, independientemente de su capacidad. Muchos días me desespera la sensación de que la emigración, en este ámbito, no me ha servido de nada pues las empresas a las que pido empleo ignoran todo menos mi edad. Como escribí antes, en Edimburgo me decía cada día que el siguiente sería mejor, que encontraría trabajo, sigo diciéndomelo cada mañana mientras leo los correos de rechazo. A veces, cuando apago el ordenador me pregunto triste si mi aventura de emigrar debería tener una segunda parte.

Antes de terminar mi relato, les contaré que algunas personas se han dirigido a mí para preguntarme si, a pesar de mí desencanto, creo que merece la pena emigrar. Son personas que se hallan en una situación laboral difícil o piensan en mejorar el futuro de sus hijos. Mi respuesta es un rotundo sí ya que lo que he relatado y lo que hayan podido escuchar o leer de otros emigrantes son historias autobiográficas únicas. Cada emigrante vivirá una aventura diferente que nunca sale mal, pues sea cual sea el resultado siempre es mejor vivirla que preguntarse el resto de la vida "¿Qué habría pasado si hubiera emigrado?". Los que decidan marcharse pasarán momentos malos y lamentarán a veces la decisión tomada, pero también encontrarán gente estupenda como Regina, Isabel o Carmen que les ayudarán y harán que el viaje y lo conseguido resulten maravillosos.

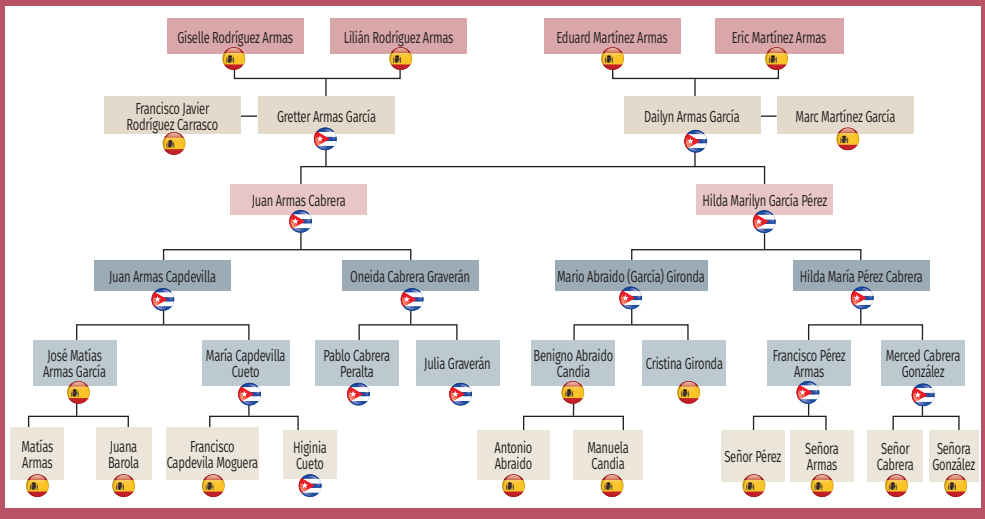
Emigrar es una aventura apasionante que merece la pena. A los que decidan vivirla, enhorabuena.

Gretter Armas García

HISTORIAS DEL APAGÓN

(Cuba)

Quiero[1] explicar una historia que en realidad son varias, las contaban mis abuelos cuando vivíamos en Cuba y llegaba /a hora del apagón. Había que entretener a los niños y a los no tan niños durante esas noches calurosas del Caribe, donde no se puede dormir sin ventilador y los apagones programados del gobierno no dejaba más opción que conversar entre nosotros. Una locura, pensaríamos ahora, hablar hasta quedar rendidos, tumbados en el suelo. Durante muchos años los protagonistas de las noches cubanas fueron los que más tenían que contar.



Genealogía familiar.

[1] Colabora: Giselle Rodríguez Armas. (N.A.) La escasa calidad de algunas imágenes incluidas en el relato ha impedido que puedan ser reproducidas en esta edición. (N.E.)

Así supe que todos los cubanos tienen un bisabuelo español, que era difícil encontrar a alguien que no lo tuviese. Escuché tantas historias de familiares o amigos que vinieron a probar suerte en las Américas que dejé de prestar atención, pero ahora quiero recordarlas. Es la historia de mis antepasados —los que hace más de un siglo cruzaron el Atlántico sin ninguna promesa, cargando solo la esperanza de encontrar un futuro mejor. La misma que tuve yo, cuando en 2001 regresé a estas tierras que los vieron nacer, y que hoy vuelven a ser mi hogar y el de mis hijas.

CUENTOS DE LA ABUELITA HILDA

Mi abuelita Hilda contaba que su suegro, el bisabuelo Benigno, llegó a la Habana en el vapor Santander, en el año 1901. Salió de Ribadeo, el día 27 de agosto, con 14 años, viajando solo durante los dos meses que duró la travesía. Hay que pensarlo: un niño que se ve obligado a dejar su país de nacimiento, que sin saber lo que iba a encontrarse, se subió a un barco. Un barco que se balanceaba tan peligrosamente que él lo describía como una cáscara de nuez en el océano. Una que no sabía si iba a romperse.

En Cubela, una parroquia de la provincia de Lugo, quedaron los abuelos maternos de Benigno: Antonio Candia y su querida abuela Vicenta Rodríguez, que cuidó de él cuando sus padres se marcharon a Cuba en busca de la fortuna. Fue Vicenta quien le dijo adiós, en el puerto de Ribadeo, y eso nunca lo olvidó.

Benigno llegó a la Habana con unas instrucciones claras de su abuela: debía encontrar a sus padres y, sobre todo, no podía registrarse como español. Así que en cuanto llegara a tierra debía esconderse de los funcionarios del puerto que controlaban las entradas de los recién llegados a territorio cubano. Eran tiempos difíciles para los españoles en Cuba. Hacía solo 3 años que había finalizado la guerra de independencia y ahora la isla era una república. Los mambises cubanos llevaban luchando en las maniguas de manera intermitente contra la ocupación española, desde el año 1968. La guerra contra los rebeldes independentistas de Cuba a inicios de 1895, junto con la destrucción de la antigua flota española del Caribe —gracias a Estados Unidos—, provocó que los recursos militares españoles mermaran, hasta el punto que ya no eran considerados una potencia mundial como lo habían sido hasta entonces. Por esta situación, se puso fin a la guerra con la pérdida

de Cuba, Puerto Rico, y Filipinas. Pero las cosas no salieron como esperaban los cubanos. El gobierno de los Estados Unidos les cobró cara la ayuda prestada para finalizar la guerra. Ató de pies y manos al reciente gobierno, encabezado por Estada Palma, con una enmienda a la constitución cubana llamada popularmente como Enmienda Platt, que permitía la intervención política y militar de la Isla cuando el gobierno estadounidense lo considerara oportuno.

Ser inmigrante siempre ha sido duro; y si además eres del bando perdedor de una guerra, todo empeora. Por eso Benigno debía esconder las raíces de su tierra en lo más profundo de su corazón. Cuando desembarcó en la Habana, después de dos meses infernales de travesía, consiguió ocultarse entre la gente que bajaba del barco y pasó sin ser visto tras la mesa de registro. Ese fue el último día en que se llamó Benigno Abraido, nacido en la parroquia de Cubela el día 27 de abril de 1887, como lo inscribió su abuela en el registro de Ribadeo. Desde entonces, le llamaron Benigno García —ese fue el nombre que dio a quien le preguntara— porque sonaba a cubano de siempre. Su padre Antonio hizo lo mismo cuando llegó a Cuba, acompañado de su madre Manuela.

Benigno dejó de ser un niño de campo para ser un joven de ciudad, aunque igual de pobre que lo fue en Galicia. Vivían en el Cerro, un barrio popular de la Habana, con una industria floreciente donde se encontraban las fábricas de fósforo, jabones y bebidas más importantes del país por aquel tiempo. Aquí se mezclaba la prosperidad de la burguesía cubana que se afianzaba con la pobreza de los obreros que vivían en las calles secundarias del barrio. También había un gran número de centros médicos, como la Dependientes, donde realizaron la primera cirugía de corazón en Cuba y segunda de América en 1907. Allí también nació mi madre muchos años después, en 1958, cuando se empezaron a aplicar por primera vez las técnicas de “parto sin dolor”, que no tenía nada que ver con la actual anestesia epidural, porque decía mi abuela Hilda que dolía tanto como cualquier parto.

Benigno trabajó en lo que pudo hasta que se hizo hombre y comenzó a conducir un camión de transporte de materiales. Participó en la construcción de la carretera central de Cuba, que fue de las obras más importantes del siglo XX porque acercó los rincones de la geografía insular. Se casó con Cristina Gironda Febles en la Habana, aunque también era gallega. Tuvieron 11 hijos y todos vivían en un solar del Cerro. Esto era una comunidad vecinal que consistía en pequeñas viviendas

interiores con un patio común, donde se encontraba un baño que debían compartir entre todos los vecinos. Era un estilo de vida colectivo, donde la intimidad y el descanso eran tan escasos, como los recursos económicos de sus propietarios.

Mi abuelo Mario. Archivo familiar.

El abuelo Mario fue el tercer hijo del matrimonio y quedó huérfano de madre cuando sus hermanos más pequeños —que eran gemelos— tenían apenas 6 meses de vida. Benigno quedó viudo y no se volvió a casar; por aquel entonces ya trabajaba en el puerto de la Habana descargando barriles de bebida. Cuando "accidentalmente" se rompía algún barril del buen ron cubano, ahogaba sus penas como si ya no esperara nada más de la vida. Cuando falleció Cristina en 1933, la familia se desestructuró, apenas tenían para comer y varios fueron a vivir con otros familiares. Dos de las chicas se mudaron con las monjas, donde aprendieron el oficio de costurera para ganarse la vida. Los hermanos mayores —entra ellos abuelo Mario— y los dos pequeños, se quedaron en la casa de Benigno al cuidado de Adolfina —que era la mayor de todos los hijos— y estaba a punto de casarse. Por desgracia, la familia política se negó a aceptar la responsabilidad de criar a los gemelos. La sensación de haber fallado a su difunta madre y a sus hermanos la destruyó. Se quitó la vida bebiendo tinta rápida —que provoca una intoxicación aguda por ingestión— añadiendo otro capítulo a la tragedia familiar.

El abuelo Mario, que tenía don de gente, se convirtió en viajante, entonces fue que conoció a la abuela Hilda, en una de sus rutas por la campiña cubana. Le conocían como "Mario el retacero" pues vendía cortes de tela y ropa que confeccionaban sus hermanas.

La abuela Hilda, que era la más pequeña de 11 hermanos, era nieta de emigrantes españoles pero con una historia diferente. Sus abuelos maternos llegaron a Cuba procedentes de las Islas Baleares y se instalaron en una finca de Consolación del Sur, en la provincia de Pinar del Río, donde tenían una vida sencilla, pero no les faltaba de comer. Cambiaron las playas ibicencas por las llanuras cubanas salpicadas de palmas reales y árboles tropicales, con la esperanza de poder vivir en paz, lejos del núcleo urbano. En 1896, las familias rurales que no estaban

apoyando claramente al ejército español en la contienda bélica fueron recluidas en las ciudades para evitar que pudieran colaborar con los mambises, ya fuera proporcionándoles información o alimentos. Esta medida, que fue conocida como la "reconcentración de Weyler" en alusión al general español Valeriano Weyler que la concibió, será recordada por los cubanos como uno de los episodios más crueles de la ocupación española en Cuba. Condenó a miles de familias a perder su sustento y alimentos, separándolos a la fuerza de sus tierras y dejándolos sin medios para subsistir. En esta redada cayeron los abuelos isleños, que junto con sus cuatro hijos fueron internados en la ciudad y sufrieron las calamidades de la reconcentración. La bisabuela Merced y sus hermanos quedaron totalmente huérfanos el mismo día.

Ella decía que su padre murió repentinamente por la impotencia de no poder dar de comer a su familia, y que su madre murió de amor. Cuando vio que él los había dejado para siempre, puso la mano en su corazón y dijo "hasta la eternidad': cayendo de rodillas a sus pies para nunca más abrir los ojos. Desde entonces Merced y sus hermanos fueron unos acérrimos defensores del bando mambí en la guerra de independencia. Incluso combatieron junto a Antonio Maceo —Mayor General del Ejército Libertador— aunque según contaba abuela Hilda, sus tíos decían que "Guerra, ni de apellido".

Pero la vida sorprende con sus giros y mi bisabuela Merced Pérez se enamoró de Francisco Cabrera, que también era hijo de un español, pero de una familia acaudalada y tenía mucho que perder si España no ganaba la contienda, por lo que alistaron a mi bisabuelo Francisco al ejército. Cuando España retiró sus tropas de Cuba y se disolvió el ejército español, Merced y Francisco al fin construyeron una vida juntos, pero las relaciones entre las dos familias nunca fueron fáciles.

A los pocos años mis bisabuelos decidieron abandonar su casa en Consolación del Sur y dejar atrás todos sus recuerdos, malos y buenos. Montaron sus pertenencias en una carreta y partieron con los hijos mayores que ya habían nacido, a buscar oportunidades en otras tierras. Así llegaron a la Conchita, un pequeño caserío cerca del ingenio azucarero Merceditas —le llaman así en honor de la hija del dueño americano— donde se estaban implantando varios avances tecnológicos gracias al capital aportado por los Estados Unidos. El azúcar era el producto estrella de la economía cubana, así que la zona era próspera. Allí la familia replanteó su vida, rodeados de árboles frutales y

Mi bisabuelo Francisco Cabrera. Archivo familiar.

enormes cañaverales, donde jugaban los muchachos mascando caña de azúcar para extraer el guarapo, el dulce zumo de la planta.

Los hijos varones comenzaron como macheteros —cortadores de caña—, que era el oficio más duro de la región, pero en época de zafra —periodo de recolección de caña de azúcar—, nunca faltaba el trabajo. Hasta que con esfuerzo y buen hacer se convirtieron en comerciantes de prósperos negocios relacionados con la ganadería. Menos el tío abuelo Gerardo, que más tarde fue el padrino de mi madre, a quien no le gustaba la dura vida del guajiro —campesino— y trabajaba en la farmacia del pueblo. Cuando Gerardo se quedó sin trabajo y dejó de aportar a la economía familiar, el abuelo Francisco, que no aceptaba la pereza, le dijo "ya te estoy preparando una guataquita —azada— para que empieces en el campo". Entonces Gerardo decidió probar suerte en La Habana, donde comenzó vendiendo medicamentos puerta a puerta por los barrios, y llegó a fundar un rentable negocio de farmacias y un edificio con múltiples viviendas, que aún persiste los embates del tiempo, en el actual municipio de Diez de Octubre.

La abuelita Hilda —Abue—, nació en la Conchita el 12 de abril del año 1929, era la pequeña de los once hijos del matrimonio de Merced y

Mi bisabuela Merced Pérez. Archivo familiar.

Francisco. Contaba que cuando ella nació, su madre ya era mayor para aguantar los rigores del embarazo. Su padre Francisco, que fue quien asistió el alumbramiento —como hizo con sus otros hijos—, se puso las manos en la cintura y dijo: "Tanto trabajo y es una niña", para la consternación de sus hermanas mayores, que también habían ayudado en el parto. La posición de la mujer en la sociedad se limitaba a las labores del hogar y el cuidado de la familia —necesario, desde luego—, pero no hacían ningún aporte económico, así que Francisco prefería hijos varones. Mi abuela Hilda vivió con ellos en la finca La Fé y se encargó de su cuidado hasta que murieron. Cuando se casó con mi abuelo Mario, asistió al enlace la familia de la Habana y también vino el abuelo Benigno, vestido de blanco con guayabera y sombrero panameño, como a él le gustaba, para lucir elegante.

Mi abuela Hilda a sus 15 años.

Pocas veces se le veía feliz. Siempre estaba sentado en la entrada del solar del Cerro, en su taburete cubano, recostado en la pared, con la pipa llena de tabaco y la mirada perdida, sin decir una palabra. La melancolía le había vencido hacía ya mucho tiempo, y cuando le preguntaban si le gustaría regresar a España, decía que "nunca se tiraría otra vez al mar", que ya había tenido suficiente.

Mi madre, Hilda Marilyn García, nació el 9 de marzo de 1958, y un año después triunfó la revolución de

Invitados de la boda de Hilda y Mario, a la izquierda, vestido de blanco, el abuelo Benigno. Archivo familiar.

Mi abuela Hilda con mi madre, Marilyn. Archivo familiar.

Fidel Castro, que instauró el régimen comunista en la isla. El cambio político fue bien recibido por gran parte de la población cubana durante los primeros meses, pero poco después llegaron medidas cuestionables, que condujeron a la expropiación de todos los negocios, que con esfuerzo, la familia de mi abuela había construido. Fue entonces que el tío Gerardo decidió emigrar y regresar a España, la patria de sus abuelos, donde esperaba rehacer la vida que le había arrebatado el nuevo gobierno cubano. Tuvo que dejarlo todo, bienes y propiedades, incluso le decomisaron las perchas de los trajes en el aeropuerto porque "las necesitaba la Revolución". Tampoco podía llevarse el dinero que había trabajado en sus 50 años de vida. Solo pudo esconder, bajo la suela del zapato, algunos billetes que le ayudaron a empezar de cero.

Cuando llegó a Madrid, se encontró con un panorama poco alentador. España vivía bajo la dictadura de Franco, el pueblo tenía miedo, y el nivel de vida del ciudadano medio estaba lejos de lo que él había disfrutado en la Cuba pre-castrista. Diez días en Madrid bastaron para tomar la decisión de marcharse nuevamente, viajó a los Estados Unidos, donde había estado anteriormente cuando aún los cubanos podían hacer turismo. Al menos estaba cerca de Cuba y mantenía la esperanza que el régimen comunista sucumbiría rápido. Pero hoy sabemos, que esa historia tuvo un final muy diferente al que él esperaba.

CUENTOS DEL ABUELO JUAN

Cerca del poblado de Cabañas, a pocos metros del Ingenio Merceditas, que yo conocí como el Central Sandino —porque el gobierno comunista le cambió el nombre para borrar todo lo que oliera a imperialismo—, vivía el abuelo Juan. En una de las muchas casas de madera, las cuales antes eran barracones de esclavos cuando el ingenio era un trapiche movido por "fuerza de sangre" —animales o esclavos—.El abuelo era hijo de José Matías Armas García, que nació en Agaete, Gran Canarias, y emigró a España con sus padres, Matías y Juana. También llegaron a Cuba cuando España perdía su esplendor; a finales de la última década del siglo XIX Se establecieron en Cabañas, donde mi bisabuelo, José, se hizo mayor trabajando para el *Americano* en el ingenio azucarero.

Por sus cualidades de mando y buen hacer, llegó a Jefe de Control de Tráfico de la región, donde controlaba el transporte de caña desde los campos al ingenio. Dicen que si alguien lo veía, gritaba: "ahí viene José Armas", que, montando su gigante yegua alazana, como un caballero con

armadura, cabalgaba por los caminos polvorientos, entre los cañaverales. Entonces todos corrían a afanarse en su trabajo para evitar la reprimenda del jefe, pues como todos sabían, no le sobraba paciencia. José Armas era un hombre recto y no admitía réplica. Se casó con María Capdevila Cueto, una exótica criolla —de padre español y madre cubana— de ojos color del mar, cuyos padres fueron Francisco Capdevila Noguera —emigrante catalán de Cerdanyola del Valles—, y una mulata cubana llamada Higinia Cueto, a quien nadie de la familia mencionaba, porque él tenía de negro, tenía de esclavo, y eso era peor que la pobreza en una sociedad que intentaba dejar atrás el estigma de la esclavitud.

José Armas. Archivo familiar.

José Armas y su esposa María Capdevila. Archivo familiar.

Con la bisabuela María, José tuvo 6 hijos, entre ellos mi querido abuelo Juan. José Armas no entendía de convencionalismos sociales; así que lo que le gustaba, lo cogía, por lo que decidió que una mujer no era suficiente en su viaje por la vida. De esa forma, creó tres ramas familiares con mujeres diferentes, todos hijos reconocidos. Además le pareció práctico —aunque sin duda peco ingenioso—; llamar a cada hijo varón que nació en el seno de su segunda familia, con el mismo nombre de sus medios hermanes mayores. De esa forma, José Armas tuvo hasta doce hijos con distintas mujeres e incluso algunos con nombres repetidos. Los chicos tenían una relación cercana y fraternal pero las chicas de las diferentes familias se aborrecían entre sí, siendo un reflejo de los sentimientos mutuos de sus respectivas madres.

Cuando crecieron todos sus hijos hombres, fueron a trabajar a distintos puestos del ingenio. El abuelo Juan conducía un “carrito de línea”, que era el vehículo que se utilizaba para transportar hombres y materiales en las reparaciones de la línea de tren. Mi abuelo casó con Oneida Cabrera Gironda —abuela Neyo para nosotros—, y tuvieron 3 hijos: Juanito. Joselito y Oneidita, siguiendo la costumbre de perpetuar los nombres de sus mayores. El mayor de ellos, mi padre, era un niño inquieto que formaba un dúo letal con su hermano menor. Entre los dos podían acabar con la extrema paciencia de su padre.

Juan Armas, que era el más cariñoso de los abuelos, fue un padre estricto, que no dudaba en disciplinar con dureza a sus hijos varones, pues

no dejaban de causar problemas. Cuenta mi padre que, en una ocasión, quería acompañar a mi abuelo a la obra donde reparaba la línea del tren, pero él no accedió. El pequeño Juanito cogió una "cigüeña" —carro de línea movido por palancas—, que alguien habla dejado estacionada cerca del ingenio y consiguió ponerla en movimiento sin ser visto, dispuesto a llegar hasta la obra de su padre. El vehículo fue avanzando por la línea del tren hasta que llegó a una bifurcación donde descarriló por no saber maniobrar. Por suerte el incidente no le ocasionó grandes lesiones, pero eso no era lo que más temía. Fue su abuelo José el que intercedió por su nieto, la única baza que lo salvó de la ira de su padre, pues dispuso una cuadrilla para arreglar el estropicio e intentó suavizar el incidente del que quizás otro chico del pueblo no hubiera salido bien parado.

Recuerda mi padre que el abuelo José tenía una gran finca en una región conocida como San Juan, que años después pasó a ser una tierra destinada a la construcción de un embalse. Antes de que eso llegara a suceder, el pequeño Juanito acompañaba a su abuelo a esas tierras y pasaba horas chapoteando en las charcas con el rebaño de burros que disponía la familia para realizar los trabajos de la finca.

Por su naturaleza inquieta y ser poco dado a cumplir deberes, a mi padre le tomó tiempo superar los estudios secundarios, así que coincidió en la escuela con mi madre —a pesar de ser 5 años mayor—, y allí comenzaron su noviazgo.

En 1971 y en 1973, Benigno y José, mis dos bisabuelos españoles, dijeron adiós para siempre a su familia. Dos hombres diferentes que llegaron en los albores del siglo XX a las costas cubanas y vivieron vidas paralelas con finales radicalmente distintos. El abuelo José Armas García, convertido en pilar de la comunidad, se fue orgulloso de su legado. Y el abuelo Benigno Abraido Candia —Benigno García Candia, según su certificado cubano—, escondió sus raíces españolas hasta el final de sus días, porque creyó que con eso despejaba un futuro, que no dejó de ensombrecer.

COSECHAS DEL COMUNISMO

A los nueve meses del matrimonio de mis padres nací yo. Cuando cumplí un año de vida, la casa que estaban construyendo en Marianao para mi abuela Hilda ya estaba finalizada y mi familia se mudó a

Ciudad Habana. La construcción de la casa se había financiado en su mayoría con los recursos que dejó el tío Gerardo antes de emigrar, y otro tanto que prestó el tío Paulino; cuya pericia en la gestión del patrimonio pudo superar la expropiación de sus tierras durante los primeros años de la Revolución. Escogieron la gran ciudad para el nuevo hogar porque mi madre había comenzado a estudiar licenciatura en bioquímica en la universidad y su futuro laboral solo era posible en Ciudad Habana. Lo cierto es que la Revolución había provocado grandes cambios en la educación de las nuevas generaciones, y ahora todos los jóvenes podían tener estudios superiores, independientemente de los recursos de su familia, solo necesitaban el esfuerzo personal. El Gobierno subvenciona el 100% de la educación en Cuba, incluso el hospedaje si era necesario, como en el caso de mi madre que había comenzado la carrera cuando aún vivían en la Conchita.

La vida en la ciudad trajo nuevos retos. Era difícil mantenerse con los escasos ingresos de mi abuela Hilda, que era viuda desde los 44 años, estando lejos de las facilidades que ofrecía el campo para autoabastecerse. Tuvimos suerte del apoyo familiar, pues el abuelo Juan venía con frecuencia a visitarnos preocupado por las carencias que podíamos padecer en la ciudad. Todo cubano sabía que si quería vivir sin sobresaltos en la Cuba comunista, lo mejor era que sus opiniones políticas estuvieran alineadas con las doctrinas de la Revolución. Con la premisa de que los bienes productivos son colectivos, que el interés general prevalece y que cada ciudadano debe tomar del sistema solo lo que necesita, se aleccionaba a la población. Pero no se debe construir una sociedad sin tener en cuenta que los sueños de cada Individuo también son legítimos. ¿Quién decide cuáles deben ser las aspiraciones de cada persona? ¿Quién juzga cuando alguien tiene suficiente? En Cuba las personas que tienen acceso a los recursos colectivos, son los que tienen el privilegio de hacer esa elección. Tienen en sus manos la posibilidad de realizar —o no—, un negocio con aquello que se presupone de todos, pero que en la práctica es

La boda de mis padres. De izquierda a derecha, tío Jorge, abuelita Hilda, mis padres, abuela Nieyo y abuelo Juan. Archivo familiar.

de quien lo gestiona. Las demás personas, las cuales no pueden acceder a esos recursos, se limitan a encontrar la manera de llegar a ellos sin ser identificados, para no ser mareados con el estigma de la especulación. Así, todo lo que podías conseguir en Cuba era gracias a una relación discreta con la persona adecuada. Mi abuelo Juan estaba bien relacionado, ya que por aquella época era jefe de los mecánicos del rebautizado Central Augusto Cesar Sandino —anteriormente conocido como Ingenio Merceditas—, y era muy respetado en su comunidad. Conseguía muchas cosas para aliviar nuestras carencias en la ciudad.

Recuerdo con afecto sus visitas semanales, cuando paseábamos juntos por el nuevo barrio disfrutando de la compañía mutua. Era un momento de complicidad especial para ambos. También cuando esperaba sentada en el columpio del Barracón de Sandino a que sonara la sirena del central indicando que finalizaban la jornada; entonces llegaba mi abuelo sonriendo y me llevaba a buscar raspadura —resto caramelizado que se deposita en la caldera donde se condensa el zumo de la caña de azúcar—.

Después vinieron momentos de bonanza en Cuba. La generación que nació con la Revolución ya había finalizado sus estudios y habían buenos profesionales. Mi madre se convirtió en investigadora del Centro Nacional de Investigaciones Científicas, y mi padre era metodólogo de deporte. Mi hermana Day —que era 5 años menor—, y yo, estábamos bajo el cuidado cariñoso de nuestra hada madrina —la abuelita Hilda—, que dedicó su vida a nuestro bienestar, y era una gran entusiasta de todas las actividades que de modo totalmente gratuito disfrutábamos los niños cubanos. Ella vivía como si fueran propios todos nuestros logros, y, entre ollas y costuras —pues era tan buena cocinera como modista—, estuvo siempre que la necesitamos.

Puedo decir que tuvimos una infancia muy feliz, todo estaba bien bajo el paraguas protector de la Unión Soviética, que suplía las carencias ocasionadas por una economía poco diversificada y la ineficiente gestión de dirigentes —apasionados defensores del comunismo—, que carecían de pericia para encauzar el país hacia el desarrollo. Cuando cayó el bloque comunista en el año 1991, y comenzó el proceso de desintegración de la URSS, el pueblo cubano cayó de manera vertiginosa en un espiral de penurias que hasta hoy no ha logrado superar. Así fue como nuestra familia vio con nuevas expectativas la posibilidad de acogerse a la nacionalidad que tuvieron los abuelos, con el fin de

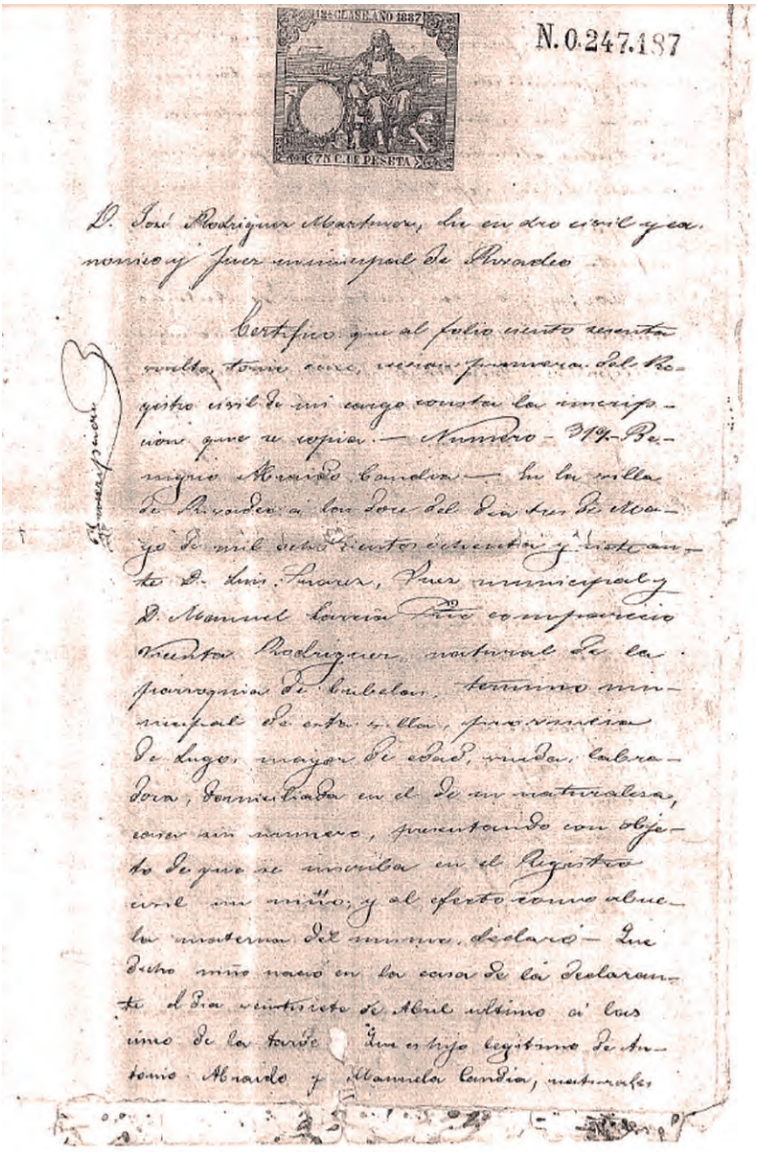
poder volver a España y salir de aquel círculo desesperanzador. Benigno Abraido y José Armas, los bisabuelos que vinieron de Europa a principios de siglo y que cien años después, volverían a rescatarnos de las penurias. Ya no era posible vivir en Cuba del trabajo honrado y mantener la dignidad. Así fue como mi padre comenzó a recolectar todos los documentos que atestiguaban el origen de José Armas —aunque su abuelo se había nacionalizado cubano por su matrimonio con María—. No quedaron dudas de que fue español, ya que en todo el pueblo los conocían como los "isleños", por el origen canario de su abuelo. Después de muchas gestiones y viajes, mi padre consiguió en Agaete el certificado de Bautismo de José Armas García, gracias al espíritu solidario del párroco, único documento que podía probar el lugar de nacimiento del abuelo, puesto que el registro civil del pueblo se había quemado en el año 1910, según notificó el juzgado de paz de Agaete.

Fui yo quien viajó a Ribadeo y entre libros de museo, me sacaron una copia del certificado de nacimiento de Benigno Abraido Candia. Pero las autoridades consulares no consideraron probado su origen español, porque en todos los documentos que figuraban en Cuba, el abuelo llevaba el nombre de Benigno García Candia y se atestiguó en la inscripción de nacimiento que formalizó en el registro civil cubano en el año 1935, cuando tenía 48 años, que había nacido en El Cerro, y también sus padres, aunque la información era falsa. Finalmente, logró el propósito de borrar su huella española de los registros cubanos, aunque nunca lo hizo de su corazón.

Mientras visitaba el puerto de Ribadeo, desde donde partió el abuelo Benigno en 1901, reflexionaba sobre nuestra historia de ida a Cuba y vuelta a España. Después de cinco generaciones los nuevos miembros de nuestra familia vuelven a hablar con acento español. Nosotros partimos del lugar que nos vio nacer y atesoramos los recuerdos de una niñez en tierras lejanas para poder contarlos a nuestros nietos. Solo espero que si algún día ellos quieren regresar a Cuba nuevamente, no sea por necesidad o por miedo como hasta ahora lo hemos hecho. Desearía que fuera por amor, por la curiosidad de conocer sus raíces, y que puedan apreciar la riqueza que supone el legado cultural que le dejamos, que tengan total libertad de vivir su vida donde sean más felices.

España es ahora el hogar de mi familia desde hace más de 20 años. Aquí están todos los que amo: mi esposo, mis hijas, mis padres, mi hermana con sus niños y toda la gente maravillosa que hoy forma

parte de nuestra vida. En Cuba solo quedan los recuerdos, igual que pasó a mis bisabuelos cuando dejaron su patria para buscar nuevos horizontes. Espero volver a visitar a los amigos que allí quedan, a ver los paisajes cubanos, a disfrutar de sus playas y a enseñar a mis hijas y a mis nietos el orgullo de tener sangre criolla.



N. 0.247.187

D. José Rodriguez Montenor, Juez de 1ra Instancia y Instructor municipal de Ribadeo

Certifico que al folio ciento veinte vuelto, tomo cuarto, sección primera del Registro civil de mi cargo consta la inscripción que se copia. — Número 214. — Benigno Abraido Candia. — En la villa de Ribadeo á las doce del día tres de Noviembre de mil ochocientos ochenta y siete ante mí D. Luis Suarez, Juez municipal y D. Manuel Correa Paz compareció Benita Rodriguez, natural de la parroquia de Cubelos, termino municipal de esta villa, provincia de Lugo, mayor de edad, viuda, labradora, domiciliada en el de su naturaleza, cuyo conozco, presentando con objeto de que se inscriba en el Registro civil un niño, y al efecto como abuela materna del mismo, declaró — Que dicho niño nació en la casa de la declarante el día veintisiete de Abril último á las nueve de la tarde, es hijo legítimo de Antonio Abraido y Manuela Candia, naturales

Certificado de nacimiento en Ribadeo del bisabuelo Benigno Abraido Candia, año 1887.

Nº 215

GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE LA CORUÑA

PERMISO PARA EMBARQUE

SEÑAS PERSONALES

Sexo Varón
Edad 21 años.
Estatura
Pelo
Ojos
Nariz
Barba
Cara
Color

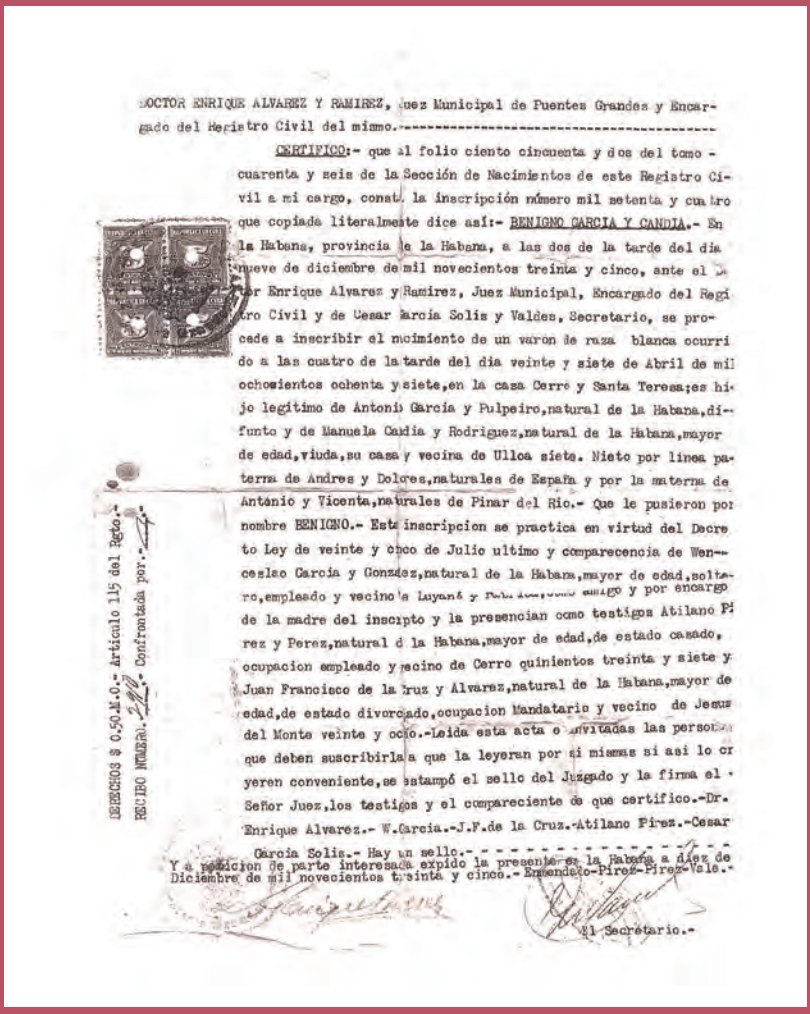
Particulares

D. Benigno Abraido Candia natural de Castelo, provincia de Lugo, cuyas señas personales se expresan al margen, justificó no tener impedimento legal para embarcarse con destino á La Habana en el vapor Santanderino La Coruña 21 de Agosto de 1901.

El Gobernador, interino.

Va sin enmienda

Certificado de embarque en Ribadeo del bisabuelo Benigno Abraido Candia, año 1901.



DOCTOR ENRIQUE ALVAREZ Y RAMIREZ, Juez Municipal de Fuentes Grandes y Encargado del Registro Civil del mismo.----------

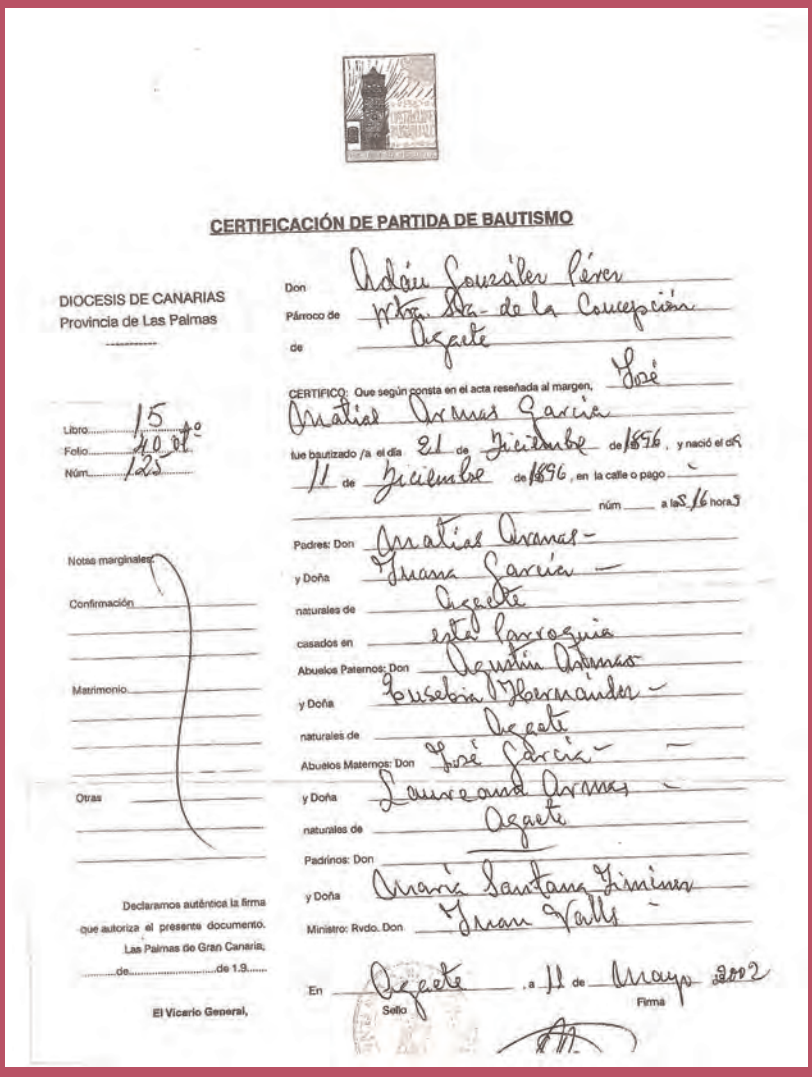
CERTIFICO:- que al folio ciento cincuenta y dos del tomo - cuarenta y seis de la Sección de Nacimientos de este Registro Civil a mi cargo, consta la inscripción número mil setenta y cuatro que copiada literalmente dice así:- BENIGNO GARCIA Y CANDIA.- En la Habana, provincia de la Habana, a las dos de la tarde del día nueve de diciembre de mil novecientos treinta y cinco, ante el Señor Enrique Alvarez y Ramirez, Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Cesar Garcia Solis y Valdes, Secretario, se procede a inscribir el nacimiento de un varon de raza blanca ocurrido a las cuatro de la tarde del dia veinte y siete de Abril de mil ochocientos ochenta y siete,en la casa Cerro y Santa Teresa;es hijo legitimo de Antonio Garcia y Pulpeiro,natural de la Habana,difunto y de Manuela Cadia y Rodriguez,natural de la Habana,mayor de edad,viuda,su casa y vecina de Ulloa siete. Nieto por linea paterna de Andres y Dolores,naturales de España y por la materna de Antonio y Vicenta,naturales de Pinar del Rio.- Que le pusieron por nombre BENIGNO.- Esta inscripcion se practica en virtud del Decreto Ley de veinte y cinco de Julio ultimo y comparecencia de Wenceslao Garcia y Gonzalez,natural de la Habana,mayor de edad,soltero,empleado y vecino de Luyanó y [illegible],como amigo y por encargo de la madre del inscripto y la presencian como testigos Atilano Pirez y Perez,natural de la Habana,mayor de edad,de estado casado, ocupacion empleado y vecino de Cerro quinientos treinta y siete y Juan Francisco de la Cruz y Alvarez,natural de la Habana,mayor de edad,de estado divorciado,ocupacion Mandatario y vecino de Jesus del Monte veinte y ocho.-Leida esta acta a los invitados las personas que deben suscribirla a que la leyeran por si mismas si asi lo creyeren conveniente,se estampó el sello del Juzgado y la firma el Señor Juez,los testigos y el compareciente de que certifico.-Dr. Enrique Alvarez.- W.Garcia.-J.F.de la Cruz.-Atilano Pirez.-Cesar Garcia Solis.- Hay un sello.- - - - - - - - - - - - - - - - - -

Y a peticion de parte interesada expido la presente en la Habana a diez de Diciembre de mil novecientos treinta y cinco.- Enmendado-Pirez-Pirez-Vale.-

El Secretario.-

DERECHOS $ 0.50 M.O. - Artículo 115 del Regto. RECIBO NUMERAL [illegible] - Confrontada por: [illegible]

Asiento del certificado de nacimiento cubano del bisabuelo Benigno Abraido Candia del año 1935, con el nombre de Benigno García Cadia, a los 48 años. Todos los datos referentes al lugar de nacimiento de Benigno, de sus padres y de sus abuelos maternos son falsos.



CERTIFICACIÓN DE PARTIDA DE BAUTISMO

DIOCESIS DE CANARIAS
Provincia de Las Palmas

Don Adán González Pérez
Párroco de Pta. Sta. de la Concepción
de Agaete

CERTIFICO: Que según consta en el acta reseñada al margen, José
Matías Armas García
fue bautizado /a el día 21 de Diciembre de 1896, y nació el día
11 de Diciembre de 1896, en la calle o pago
núm a las 8 /6 horas

Libro 15
Folio 40 vº
Núm 125

Padres: Don Matías Armas
y Doña Juana García
naturales de Agaete
casados en esta parroquia
Abuelos Paternos: Don Agustín Armas
y Doña Eusebia Hernández
naturales de Agaete
Abuelos Maternos: Don José García
y Doña Laureana Armas
naturales de Agaete
Padrinos: Don
y Doña María Santana Jiménez
Ministro: Rvdo. Don Juan Valls

Notas marginales:
Confirmación
Matrimonio
Otras

Declaramos auténtica la firma
que autoriza el presente documento.
Las Palmas de Gran Canaria,
de de 19

El Vicario General,

En Agaete a 11 de Mayo 2002
Sello
Firma

Partida de bautismo del bisabuelo José Matías Armas García.

Luis Auñón Muelas

HUELLAS EN LA MEMORIA

(Barcelona, Islas Baleares y Valencia)

Quiero retroceder, regresar tras los pasos de la infancia. Conceder cuerda triste de cangrejo al relato de nuestros días y revivir otra vez los tiempos ya casi olvidados. Retrocedo, vuelvo lentamente, me roza con dulzura la nostalgia, me acaricia levemente el primer recuerdo. De los remotos confines de la memoria surjo convertido en niño. En uno de los rincones más apartados de la evocación, aparezco sentado en la silla baja de los niños, junto al fuego de la lumbre, en la cocina de casa. A mi lado, hierve el pucherillo de barro trabado por el canto de olla. Están la tenaza en el suelo, el fuelle colgado de un clavo y el caldero, que pende de la argolla, donde se cuece el salvado para los cerdos, bajo la humeante chimenea. Acurrucada al calorcillo de la lumbre duerme la gata negra.

Tomo un palo encendido del fuego y me entretengo dibujando círculos luminosos en el aire. Madre me dice: "Deja el palo en la lumbre y ven a la mesa a almorzar". Mi hermano Miguel, más pequeño que yo, lloriquea en la alcoba. Madre corre a su lado y mece la cuna suavemente hasta callarlo. Los días pasan lentos, alegres. Vamos a la escuela. Y luego, correteamos por las calles entre gallinas sueltas. Jugamos en la plaza y en las eras, entre los montones de paja. Corremos por las afueras del pueblo tirando piedras, cazando lagartijas por las tapias de los corrales, persiguiendo perros y apedreando gatos. Peleamos entre carreras y caídas, brincamos y trotamos hasta caer sudorosos y exhaustos a la sombra de los olmos que crecen junto al río. Aquellos olmos que conocieron nuestros juegos y nuestros sueños de niños.

Remontamos las riberas del río tras el vuelo rítmico de raudas y multicolores mariposas y observamos embelesados el agua que se desliza por el cauce lamiendo los juncos de la orilla. Nos metemos descalzos en el remanso, con las sandalias en la mano y el agua hasta la rodilla, a pescar cangrejos y renacuajos. Y ascendemos hasta sus confines buscando setas entre los chopos deshojados, moras de zarza, endrinas amargas y guindas dulces, frescas y encarnadas. Era nuestro río. El río que arrastraba cauce abajo nuestros sueños y que tanta regañina nos valió al regresar a casa: desastrados, descalzos y mojados.

Escalamos las altas rocas de las hoces. Subimos a las nogueras a coger sus frutos dorados que vamos guardando en los bolsillos. Trepamos a los chopos a coger nidos y regresamos a casa con la ropa manchada, los pantalones rotos, escalabrados y llenos de arañazos. Madre comienza entonces su eterna retahíla: "Me vais a quitar la vida". "Me estáis matando entre todos". "Estáis cavando mi fosa". "Me estáis enterrando en vida".

Padre grita enfurecido: "A la cama sin cenar". Subimos cabizbajos y en silencio hasta la alcoba. Y en el delirio de mi estómago vacío tengo un sueño macabro: Estamos los tres hermanos en el corral de casa. La tenue luz de la luna proyecta nuestras sombras sobre la pared. Juan cava la fosa. Yo saco la tierra con una pala. Y Miguel, que es muy pequeño aún, nos anima: "Hacedla más honda que no cabe madre todavía". Madre espera a que terminemos sentada en una albarda vieja. "Daos prisa, que quiero morir cuanto antes", dice. Padre nos mira sin poder dar crédito a lo que ven sus ojos: "Malos hijos. Sois peor que Judas. Mira que enterrar a vuestra propia madre".

Crecemos sanos y fuertes. Pues nunca faltaron en casa las tajadas de tocino y las buenas sartenadas de gachas. Somos felices. Tú Juan eras el hermano mayor, yo el mediano y Miguel el más pequeño. Y aquellos otros amigos con los que jugábamos. Chicos, como nosotros, vestidos con raídos jerseys y pantalones cortos, cuyas siluetas se difuminan como nubes huidizas por el cielo oscuro de mi memoria.

Años después nos marchamos. Emigramos a las grandes ciudades. Las chicas a servir. Los chicos a trabajar en las fábricas. Queríamos ser libres y disfrutar de la vida. Sucedió cuando empezó a soplar

aquel viento embrujado que lo arrastró todo consigo. El viento que sopló en todas direcciones y se llevó nuestros juegos infantiles como árboles arrancados de raíz. Tú fuiste uno de los pocos que te resististe. Tú, Juan, mi Juanito, entrañable hermano, compañero inseparable de la infancia. Tú que entonces eras un niño como cualquier otro. Porque a ti el viento te arrastró hacia lugares de los que jamás se regresa. El destino te había reservado un camino diferente, un viaje sin llegada ni retorno.

Dicen que el secreto de la felicidad está en contentarse con lo que se tiene, con su suerte y su destino. Si esto es la felicidad, éramos enormemente felices. A pesar del duro trabajo: los hombres en el campo, las mujeres en la casa, cuidando de los animales y ayudando en la época de cosechas. La verdad, "no podemos quejarnos", dice padre. Tenemos nuestras tierras, una partida de ovejas, el corral lleno de gallinas y conejos, y en nuestra mesa nunca falta el pan. Padre no tiene que ir a casa del amo a dar jornales. Ni madre necesita ir a lavar, a cocinar y a limpiar a casa de los ricos, para recibir como pago a su trabajo unos chorizos y unas morcillas a modo de limosna. No. Nosotros no tenemos que mendigar en casa de los ricos ni recibir sus limosnas y humillaciones, ni ellos disfrutar sus lujos a costa de nuestros sudores. "No nos podemos quejar", repite padre.

Y nosotros, creciendo y creciendo. Sanos, fuertes, felices. ¡Qué más podemos pedir! Juan, al ser mayor, sale ya con padre al campo a faenar. Yo voy a la escuela. Y Miguel, tan chico todavía, hace la felicidad de todos. "Los hijos son la mayor felicidad de la vida", dice madre viéndonos crecer así. Pero, ¿adónde fue a parar todo aquello? ¿Quién podría imaginar entonces que aquel viento hechizado se lo llevaría un día? Allí, sólo dejaría aquello a lo que ya no podemos regresar. Porque lo que el viento de la emigración no se llevó, quedó olvidado, ¡ay!, para siempre.

Nos levantamos al amanecer. En casa, como en todas las casas del pueblo, se madruga mucho. Pero cuando nos levantamos, madre ya tiene preparada sobre la ancha artesa una masa blanca, suave y esponjosa que moldea para hacer panes mullidos y redondos como ruedas de molino, y los lleva al horno a cocer. Como cada mañana, estamos acurrucados al calorcillo de la lumbre. Padre ha aparejado el par y lo tiene atado a la reja de la ventana. Almuerza en la cocina. Se acomoda ante la sartén, corta una rebanada de

pan con la navaja y moja el huevo frito. Nosotros observamos en silencio como introduce una y otra vez sus grasientos y ásperos dedos dentro de la sartén.

"Hala, Antonio", me dice madre, "date prisa, no vayas a llegar tarde a la escuela". Vacío el agua del cántaro sobre la palangana, la pongo encima del palanganero y me lavo la cara y las manos. Me enjabono bien, con el jabón rugoso que madre fabrica con la manteca del cerdo después de la matanza, tomo la Enciclopedia Álvarez y la meto en la cartera nueva. ¡Qué contento estaba con mi cartera! Me la compró madre cuando fuimos al médico de la capital a que me arreglaran el brazo que se me rompió cuando me caí de la Traidora.

Madre prepara en la alforja el avío del día: llena la fiambrera con una tortilla de patatas y unas tajadas de lomo recién sacadas de la orza. Luego pone unos tomates colorados, el botijo del agua y el botillo del vino.

Padre carga encima de la Traidora el costal con la simiente y otro con el pienso para el par. Desata el ramal de la reja, unce el par, coloca el arado en el centro del yugo con la reja apuntalada hacia abajo y el timón arrastrando, se monta en la Lucera, la más mansa, y parte hacia la sementera.

Madre echa la comida a los animales, va al horno a recoger el pan, lo guarda dentro de la artesa y lo tapa con un paño. Un agradable olorcillo a pan tierno invade la cocina. ¡Ah, cómo recuerdo el aroma del pan recién cocido! Padre y tú ya estáis en el tajo. Tú dejaste pronto de ir a la escuela para salir con padre al campo a trabajar.

El sol de octubre cae a plomo. Rueda por el campo, se hunde en el barbecho. A lo lejos, se escuchan voces de labriegos, la dulce coplilla de un pastor, el relincho de una mula, el ladrido de un perro, el canto de una perdiz, el gorjeo de las abubillas... Allá en lo alto, un águila negra surca el cielo. Eran otros tiempos. Los campos estaban llenos de mozos barbechando, trinos de pájaros, pastores apacentando los rebaños... Todo tan distinto a estos campos desiertos, sembrados vacíos, el terruño abandonado sin yuntas que lo aren, sin mozos que le canten, sin avecillas que crucen el cielo bajo pálidas nubes de algodón.

Nosotros vamos a la escuela. Pero tú dejaste pronto de ir. Empezaste a labrar con el par siendo un niño todavía. Pero si es un crío todavía. En la escuela es dónde debería estar —dicen unos—. No creas, edad ya tiene. Más jóvenes éramos nosotros cuando agarramos el par —opinan otros—. "No comparéis unos tiempos con otros", dice Aurelio, un campesino que tiene fama de ser muy instruido. Yo lo escuché más de una vez. Estos comentarios los hacen en el bar, mientras juegan la partida de mus o truque, o cuando se reúnen a beber vino los anocheceres al regresar del campo; o los sábados por la noche, en la barbería, mientras aguardan su turno. Esperan sentados en los banquillos alargados, bajo la percha repleta de gorras y chaquetas, junto a un deslucido calendario pasado de fecha desde donde surge una joven bonita con atuendo ligero y, bajo ella, escrito con letras grandes y mayúsculas: "LA CASA DE LAS SEMILLAS. SIMIENTE Y PIENSO PARA ANIMALES". Esperan sentados alrededor de la estufa, que como sapo panzudo al rojo vivo no cesa de gorgojear en medio de la barbería mientras los hombres discuten de toros con Julián, el barbero, un hombrecillo menudo y calvo.

Esto te lo cuento ahora que ya no estás. Ahora que nunca más podrá tu mano empuñar el arado en la sementera, ni quitar la grama de la reja del vernete en el tiempo de vinar las viñas, cuando uncíamos sólo a la Lucera y la Traidora quedaba comiendo hierba entre los olivares. Aprovecho que no me puedes rebatir, pues sé que me dirías como decías entonces: "Antonio, esas cosas no me interesan. Sabes que son chismes de pueblo". Pero hoy, no estoy aquí para contarte el cotilleo de entonces. Vuelvo a recordarte. A evocar contigo los días alegres de nuestra feliz infancia. A recordar contigo la tierra recién regada por la lluvia, el rocío de la hierba en la mañana y el cielo azul y ardiente con el sol ardoroso del verano. Días felices que no volverán.

Todo sucedió en aquellos días, cuando sopló de repente aquel viento encantado que irrumpió en los campos con estridentes zumbidos de motores. Máquinas y tractores invadieron las desiertas sementeras, vacías ya de relinchos de mulas, de mozos que les canten, de gorjeos de avecillas... Los campos se llenaron del silencio de los pájaros, callados en tristes cementerios. Pájaros que murieron envenenados cuando se dejaron de escardar las malas hierbas y rociaron con líquidos venenosos los campos de sembrados.

Aquel viento que sopló por encima de la torre de la iglesia y orientó la veleta con forma de medio gallo hacia las ciudades. Sólo unos pocos aguantasteis la furia del vendaval. Los más viejos, resignados, con el impotente silencio de res que va al matadero. Los más jóvenes, como tú, os opusisteis con firmeza, emprendedores, con la clara determinación de quedaros en el pueblo para siempre. Pero después, tu vida corrió hacia algún remoto lugar de donde no se regresa.

Quiero recordar los desvanecidos campos, árboles y ríos de la niñez perdida. Tu desvaída silueta corriendo entre los campos amarillos de trigo bajo un cielo muy azul surcado de pájaros. Pero no puedo olvidar tu pálida figura inerme en la soledad de la campiña, aprisionada bajo el amasijo de chapas y hierros retorcidos. No puedo dejar de lamentarme. Por ti, por madre, que ya no estáis aquí. Por padre, por Miguel, por mí, por todos nosotros que, a pesar de estar todavía en el mundo de los vivos, hace tiempo que dejamos de vivir.

Comenzaban a soplar ya los vientos de los tiempos nuevos. Soplaba con fuerza inusitada el viento de la emigración. Los jóvenes se marchaban a las ciudades atraídos por la riqueza y el progreso. Aquellos tiempos inciertos y variables que surgieron con costumbres nuevas. Aquel viento huracanado, desconocido hasta entonces,

que se llevó nuestras tradiciones no se sabe adónde. Se llevó a mujeres remendando peales y a hombres trenzando esparto, trasnochadas de invierno y charlas de verano murmurando chismes y evocando muertos. Echaron un velo de silencio a sus palabras. Permanecían mudos, como embrujados, sólo tenían oídos para escuchar aquellas cajitas sonoras que los tiempos nuevos trajeron a las casas.

Aquel viento arrastró a los jóvenes a las ciudades y a los más ancianos, que no pudieron adaptarse a las veleidades de los tiempos nuevos, al cementerio. Allí duermen, eternamente, a las afueras del pueblo, con su nombre grabado en una cruz. Aquel viento embrujado llenó los campos de ruidos de motores. Y tú, te marchaste con ellos, volatizado en la versatilidad del tiempo. Tú que no eras viejo, que estabas en tus mejores años, joven, fuerte, recio. Por esto, no puedo evitar que unas lágrimas rueden por mis mejillas al recordarlo. Tú que ahora no estás aquí cuando regresamos en vacaciones. Tú que ya no juegas la partida de mus o truque en el bar, ni juegas a bolos junto al río a la sombra alargada de los olmos, cuando cansados de nuestro trabajo y hastiados del tráfico y la contaminación de la ciudad, volvemos en busca del antiguo hogar, del fervor que todavía conservamos al pueblo abandonado. En busca de los tiempos que no volverán. Tras los días perdidos del ayer lejano. Tras las hullas profundas e insondables que dejaron en nosotros los pasos de la añorada infancia.

Julia Baamonde Lombardero

HISTORIA DE MI PROCESO MIGRATORIO

(Cuba)

Había una vez una niña de cuatro años que asombrada estaba porque en su casa (de sus abuelos maternos) muchas personas entraban y salían, más tristes que alegres. Amigos, familiares, vecinos. Claro, su papá José era muy querido por todos porque él era maestro, practicante de medicina, deportista, apicultor, muy culto y, sobre todo, un enamorado de su pueblo de nacimiento, su querido San Miguel De Reinante. No dejaba de proponer cosas nuevas que hacer hasta lograr que fuera el mejor. Pero, como dice el refrán, "nadie es profeta en su tierra". Había decidido viajar a Cuba, donde un primo hermano de su madre, propietario de varios negocios, le ofrecía trabajo mejorando la economía de su familia.

Abuelos y bisabuelos maternos, 1926.

Ah, volviendo a la niña, esta le insistía a su papá José su atención, tomándolo de la mano y llevarlo para su habitación. Al fin, ya después de quedar pocos amigos se cumple su deseo, ambos se sentaron en el borde de la cama y su papá le insiste en que le diga su reclamo, a lo cual ésta le contesta: "ahora que tú y yo estamos solos vamos a chourar un pouquiño". Sacando su pañuelo del peto de la bata seco sus lágrimas abrazando a su papá José. A partir de ese día ya nada fue tan lindo, ni tan alegre, ni hermoso, etc. Mi mamá lloraba por los rincones leyendo las cartas de mi papá, la familia creándole momentos desagradables, creo que celos, y culpándola de su soledad con sus dos hijas de cinco y cuatro años (María del Carmen y Julia). Aunque para los vecinos y el resto de la familia todo fuera panacea.

Nosotras íbamos a la escuela, donde las clases eran en castellano y de obligatorio cumplimiento. En el resto de los lugares, y en casa sobre todo con los abuelos, era en gallego. Había merienda riquísima, todavía recuerdo ese sabor. Por las tardes hacíamos labores manuales de bordados y costura en el jardín o el patio. Visitábamos a nuestra abuela, Julia, que vivía en el Souto, dueña de una sastrería, central telefónica y huerta. Con los abuelos maternos, amigos, vecinos y mamá asistíamos a las misas los domingos, fiestas del pueblo, ferias, mercados, a lavar al rio, bañarnos en la playa muy linda, con excelente arena y sus testigos rocosos, que los han categorizado como monumentos arqueológicos, nombradas las catedrales. La mayoría de las veces con papá do Curro, montadas a caballo (el Lindo, así le llamábamos), en unas alforjas de mimbre, una a cada lado.

Fotos en San Miguel de Reinante Barreiros, Galicia, 1948-1955.

Y así transcurrieron tres años. Mi papá José ya decidido en regresar a España. Un tío hermano de mi abuelo paterno (de Lorenzana), le había preparado una encerrona y saco pasajes para que nosotras tres pudiéramos viajar a La Habana, Cuba. A este tío, que era bastante mayor, se le habían presentado problemas familiares muy delicados con su hija y necesitaba que su sobrino, más joven y de extrema confianza, pudiera representar a su hija y nieto. Pues sí, de pronto preparativos, probar ropa nueva en la modista, baúles, maletas y mis amigas de la infancia llorando a mares al igual que nosotras.

Registro Civil del matrimonio entre José María Baamonde Novo y Modesta Lombardero García, 1954.

Asociación de Foot Ball de la República de Cuba.

Papa do Curro había fallecido de un infarto cardiaco, lo cual permitía hacer tal viaje, de lo contrario nunca mi mamá lo hubiera aceptado. La abuela de mamá, tata, prometía que no me fuera, que me compraría una máquina de coser para mi sola. Le respondí que solamente vería a mi papá José y regresaba para vivir con ella. Nunca más la volvería abrazar. Mi tío Nilo, hermano de mi papá José, nos llevó a Vigo, ahí nos hospedamos e hicimos todos los trámites legales para el viaje. Pero cuando fuimos a buscar el permiso de salida en las oficinas a mi mamá le dijeron: "No. Usted no puede sacar a esas niñas del país sin su padre". Bajamos la escalera de aquel palacete. Mi mamá toda vestida de negro (luto de su padre), desbordando lágrimas, fue interceptada por un señor muy elegante y amable, el cual le pregunta porque tantas lágrimas, a lo cual mi mamá le responde la razón. La invitó a entrar y a sentarnos en una gran oficina. Ese señor era el jefe, y con inmediatez nos dio la solución a dicha negativa alegando que, al

Carnet de identificación de papá de la Federación de Fútbol de La Habana.

Papá en balompié, 1954.

Papá en balompié, veteranos, 1990.

parecer, el personal quería alguna remuneración no oficial por dicho trámite. Así, al amanecer estábamos en cubierta del Buque "Santa María", de una naviera o compañía portuguesa, viendo a mi tío diciéndonos adiós desde el muelle. Ahí permanecimos hasta que ni el pañuelo blanco de mi tío se distinguía por la distancia.

La travesía fue una maravilla, pues mi mamá desde que subió al barco se mareó, y no había forma de que pudiera controlar nuestros movimientos, las travesuras de sus niñas. "A río revuelto, ganancia de pescadores", las pequeñas galleguitas quedaban al cuidado de la tripulación del barco. No recuerdo los grados, ni cargos de dicho personal, pero sí que, aunque viajábamos en segunda clase, éramos las primeras en desayunar, almorzar y comer. Además, nos podíamos desplazar por todas las áreas del barco, piscina, salones de juego, de lectura y todos los demás, siempre vigiladas y protegidas, pero a nuestro aire.

Primera escala; Isla de Madeira. Alucinante, los pobladores invadían las áreas de circulación del barco con sus productos artesanales; alpargatas, blusas, sombreros, carteras, etc. A su vez, el capitán viajó en lancha hasta tierra, invitando a mi mamá, creo que un poco para disipar el malestar que había padecido. El viaje duraba doce días, pero es tan entretenido que el tiempo pasaba volando. No recuerdo los momentos del sueño, ni si eran en la litera de abajo o en la de arriba. Es que realmente entre los servicios del buque, maniobras o ensayos de naufragio, preparativos para la próxima escala, que debía ser Venezuela... Ahí se quedaban la mayoría de los pasajeros, celebrándose una gran fiesta, engalanando todo el barco con adornos festivos que hacíamos de papel todas las noches. Para ello, nuestro guía y promotor era un joven muy buen mozo, bonito y atractivo, que venía a estudiar para cura, creo que en Venezuela. También pasamos por la experiencia de que una pasajera se lanzó al agua, de noche, en medio del Atlántico. Se hicieron todas las maniobras y planes de rescate, se paró el barco, retrocedió, bajaron botes o lanchas,

iluminaron todo el mar con reflectores por mucho tiempo, pero desgraciadamente no apareció.

Tarjeta de identificación de la Asociación Hijas de Galicia de María Concepción, Julia y Modesta, 1958.

Llegamos a Venezuela. Toda la tripulación, formada en cubierta al pie de la escalera de desembarco, se despedía dándole la mano a cada uno de los pasajeros, con su respectivo saludo militar, incluyendo, por su puesto, al capitán. Se descendió por la escalerilla, no sin antes retirar del equipaje, si lo tenían, algún alimento o botellas con líquidos. Cuando vimos aquello, nos arrepentimos de no haberle cogido más manzanas a una señora que viajaba en nuestro camarote, pues desde el inicio no nos brindó y alerto de que no fuéramos a coger ninguna, advertencia no cumplida porque si habíamos cogido y comido. Bueno, ahora se había terminado el ajetreo del posible cura, las cadenetas, faroles y demás trabajitos manuales, las manzanas y demás. Por primera vez veíamos hombres de piel negra (trabajadores del Puerto) y, por supuesto, llené de preguntas a mi mamá sobre esa raza. Nos entristecimos un momento, porque se quedaban muchos conocidos y terminaba la fiesta, pero era tanta la ilusión de ver a papá José que poco dormíamos a partir de ese momento. La próxima escala sería La Habana.

Entramos a la Bahía de La Habana. La visual que se percibe es única y fascinante. En un momento estábamos en tierra, en el muelle (hoy terminal de Cruceros). Vi un hombre apurado ir a nuestro encuentro. Abrazos, lagrimas... y yo preguntando quién era aquel señor. Las diligencias de documentos continuaban y aquel señor era nada más y nada menos que nuestro papá José. Nos dejó a mi hermana y a mí al lado de un dispensador de refrescos de

Banquetes en la Polar, 1960.

BANQUETE DE HIJOS DE SAN MIGUEL Y REINANTE

VIDA ESPAÑOLA

BRINDARAN ACTOS HOY LAS SOCIEDADES ESPAÑOLAS POR EL "DIA DE LOS PADRES"

Noticia del Banquete celebrado por la sociedad Hijos de San Miguel y Reinante, en el Salón Trimalta, La Polar.

Coca Cola, advirtiéndonos que allí esperáramos su regreso, él con mi mamá harían las gestiones de los documentos. Todas las personas que pasaban y/o compraban refrescos también nos daban a nosotras. Les llamaba la atención vernos tan coloradas y en ese sitio sin movernos. Creo que entre las dos nos tomamos una caja, o casi. Llegaron papá y mamá, asombrados por la cantidad de refrescos que habíamos tomado, pero también se dieron cuenta que nuestros cachetes rojo tomate debido al calor, de la sed tan sofocante y de no estar nada acostumbradas al nuevo clima, que fue un justificante.

Salimos de aquel ajetreo y en un instante ya estábamos en la calle. Montamos en un carro que nos estaba esperando, alquilado por nuestro tío Baamonde. De ahí a casita. El recorrido fue por la calle Zanja, nunca olvidaré que mala impresión me causó. Le pregunté a mi mamá "¿esta es La Habana?". A lo que me contestaron que sí "¿Por qué?". Me extrañaba debido a lo sucia que estaba. Nunca a mamá aquello se le olvidó. Fuimos directamente a casa del tío para almorzar. No recuerdo que había de comida, pero sí la ensalada de aguacate. No me gustó, y nunca más lo comí, hasta el punto que cuando nos invitaban a comer lo primero que alegaba era que no me pusieran en mi plato esa cosa verde. Ya después marchamos para nuestra casa, que estaba muy cerca, a unos escasos trescientos

2º y 3º grados en la Escuela Concepción Arenal, 1958-1960.

metros. En nada ya estábamos matriculadas y asistiendo al Plantel Concepción Arenal, del muy ilustre Centro Gallego, en segundo y tercer grado con las maestras Manuela Couceiro y Enriqueta Iglesias respectivamente.

Visita a la Clínica para hacernos análisis y asociarnos. Al igual que al Balneario, ambas instituciones se nombraban Hijas de Galicia. Para la escuela se pagaba solo la matrícula, para la Clínica el recibo mensual y, en el caso del Balneario solo la taquilla. Papá nos llevaba a la escuela a pie, desde Centro Habana hasta Prado, siempre muy apurado porque tenía que trabajar en el negocio del tío "Casa Bahamonde", donde se daban todos los servicios y artículos para el sastre y la modista, venta de todos los artículos; cintas, botones, zippers, hilos, forro de hebillas, cintos y botones, ojetes, plisados, confección de ojales y planchado de ropa nueva. Papá José hacía de todo en la tienda. Vendía en el mostrador, plisaba, cuadraba la caja contadora, control del personal y preparación de la nómina, cobro de los servicios a sastres, modistas, así como el pago a los suministradores. En ocasiones, suplica a uno de los trabajadores de piel negra, llamado Jorge Pacheco, nos llevara a la escuela en la bicicleta. Duró poco tiempo, porque en la calle lo insultaban y hasta una vez le escupieron. Fue así como sentí y aprendí lo que era el racismo. Por supuesto, el pobre muchacho le pidió a papá no seguir con esa tarea por temor a que en algún momento nos hicieran algo a nosotras.

Fotos de la familia Baamonde.

Mi Primera comunión, 1960.

Mi mamá adaptándose, haciendo los quehaceres en nuestra casa, algunas en la del tío, así como el cuidado del pequeño Jorgito de 3 años (nieto del tío). A su vez, incursionaba en hacer las compras de comida, más tarde las cosas para la casa, la ropa de las niñas, incluyendo los uniformes. Todo lo hacía con el sello gallego, tanto la comida, como la limpieza. La pobre de rodillas al principio, hasta que mi abuela cubana (la vecina de al lado), le enseñó cómo utilizar el

Papá José en la tienda "Casa Bahamonde", 1960.

palo de trapear, más otras propias del clima y de Cuba. Sería esa abuela, y su núcleo familiar durante todas nuestras vidas, la verdadera familia en todos los sentidos, dándonos apoyo, orientándonos, con sinceridad, cariño e inmenso amor a toda la familia gallega.

Los domingos salíamos con el tío en un carro que alquilaba a pasear por La Habana a casi todos los parques, incluso también a otras provincias como Matanzas. Después, alternadamente, mi hermana o yo almorzábamos con la familia del tío en un Restaurante cerca de la casa. Lo cual se alternaba con la familia (hermano de mi abuelo materno) de mamá en Marianao, otras con otro tío de papá (hermano de mi abuela paterna) en el Vedado y con el primo hermano de mi abuela en el Nuevo Vedado. En otras ocasiones: a las fiestas de las Sociedades en la Tropical, la Polar, Centro Gallego, cumpleaños de hijos de amigos coterráneos dueños de negocios y de alto estándar social, de las vecinas y compañeras de la escuela. Al cine Fausto, Negrete, que estaban y están en la calle Prado y exhibían películas en español. A los carnavales que se iba disfrazado. En verano no faltaba ir a la playa Hijas de Galicia, pero muchas veces entre semana que eran las más.

Triunfa la Revolución del 1 de enero de 1959. La familia en general veía muy bien este suceso, muy justo, e inclusive participaban en las concentraciones y demás actividades revolucionarias. El tío Baamonde viaja a España con la esposa y el nieto para que conocieran su

Fotos de la familia Baamonde, 1959-1960.

Fiesta de disfraces, 1961.

lugar de nacimiento en Villa Nueva de Lorenzana. Tiene que volver rápidamente por no estar bien de salud, y de inmediato lo ingresan con un diagnóstico terrible: cáncer. Ya no regresaría más a su casa. Todo un suceso muy triste y angustioso para la familia, y sobre todo para mi papá que había sido como su padre.

Suceden las intervenciones en los negocios privados, incluso los familiares y pequeños. Esto ocasiona descontentos y desilusiones con la joven revolución, por lo que casi todas las familias se van a España y otras, las menos, a Estados Unidos. Mi papá se queda trabajando en la Casa Bahamonde, nacionalizada, también en el balompié, llegando a ser comisionado nacional de reglas y arbitraje, crea la Escuela Obrera Campesina muy cerca de la tienda y se desarrolla también como secretario en la Federación Nacional de Fútbol de Cuba, que radicaba en la Manzana de Gómez, en la calle Zulueta frente al Parque Central hoy hotel Manzana. Después sería maestro de Secundaria Básica, más tarde como especialista en la Empresa de Bienes y Servicios del Ministerio de Educación hasta su jubilación.

A mi hermana y a mí, después de cursar el 2º y 3º grados en la Escuela Concepción Arenal, nos trasladan al colegio América, muy cerca de la casa, evitando el ir y venir desde Centro Habana hasta la Habana Vieja, algo que debía hacer por lo general mamá. Todos los domingos por la mañana íbamos a misa, y también entre semana, preparándonos para hacer la Primera Comunión con el padre Lobato, en la Iglesia de Monserrate, que era nuestra Parroquia. Luego nos matricularon en la Secundaria Básica cerca de la casa; la antigua escuelas Pías de La Habana; Manrique y San Rafael, donde cursaríamos, séptimo, octavo y noveno grados. Mi hermana por hacer un curso de aceleración durante el quinto grado pasaría a uno superior. Por las tardes, y en el horario libre de las clases, asistíamos a clases de "corte y costura" tres veces por semana hasta titularnos. Estando en noveno grado (Secundaria), y mi hermana en décimo, que ya era pre-universitario, comienzan las escuelas al campo, yo en Florida Camagüey y mi hermana en Pinar del Río. Así mis padres tenían que dividirse para las visitas los domingos, sin faltar a ninguna para vernos y llevarnos refuerzo de comida y sustitución de ropas de trabajo y de cama. En esa época recuerdo que le pedí a mi papá que regresáramos a España. Realmente, aunque había nacido en una aldea del campo nada quería saber, solo de recreo. Papá quiso ganar tiempo dándome como excusa que mi hermana ya estaba medio enamorada, muy adaptada y que lo haríamos más adelante después de convencerla. Esto no me impedía sentir mucho interés en cumplir con la tarea, resultando siempre vanguardia en todas las etapas.

Fotos de la Fiesta de "los 15", municipio Playa, 1967.

En ese tiempo mi papá enferma de los pulmones y los médicos recomiendan ingresar en el Sanatorio La Esperanza, logrando así aislarse de la familia, evitando el contagio, y hacer el correspondiente tratamiento por 18 meses. Mamá tuvo que asumirlo todo: a nosotras, la casa, buscar dinero para la mantención, poder visitar a mi papá en el Sanatorio tres veces por semana llevándole alimentos, etc. Hizo panetelas para vender. Viajaba al campo a buscar comida para después, a veces sola y otras con nosotras en dependencia de las clases. Los domingos mi hermana y yo viajábamos por tren a buscar sus encargos, que casi siempre eran huevos. Parte de la familia nos dieron la espalda, y otras mucho apoyo material y espiritual. No obstante, antes de papá enfermar le celebró los 15 de mi hermana en el Círculo Social Habana Yacht Club. El mío hubo de posponerse y celebrarlo en mi dieciséis cumpleaños, cuando mi papá salió del ingreso, realizándose en el Círculo Social Casino Español, ambos en Playa.

Cursé el Bachillerato en el Instituto de La Habana, al igual que mi hermana, y aunque ya en el último no tenía mucho interés pues lo que quería de verdad, y me gustaba, era dedicarme a la costura, pero incluyendo su diseño y confección. Papá había hecho uso de sus relaciones y conocimiento de ese medio y ya había solicitado mi entrada en los talleres de alta costura que había en la tienda Fin de Siglo, con el modisto Frank Del Puerto. Pero prometiéndole que terminaría el Instituto. Ya graduada de bachiller en ciencias y letras nos hacen las entrevistas para pasar a la Universidad, presentándome a las de Arquitectura, donde obtuve la aprobación. Mis compañeras, al igual que las de mi hermana, me insistían en que fuera para la Universidad porque realmente la gran mayoría de los estudiantes así lo hacían. Me quedaría rezagada y, por ende, fuera del grupo. En la época de adolescente se actúa siguiendo el efecto de la "manada", además del ejemplo insuperable de mi padre. Ingresó en la Universidad de La Habana, en la Escuela de Arquitectura. Se estudiaba en la Ciudad Universitaria José Antonio Echeverría, en la Lisa. Mi hermana se matriculó en Ingeniería Agronómica, especializada en pecuaria, después de hacerse Bachiller, aunque su vocación eran las matemáticas, pero por razones económicas del país decide esa carrera. Se casa en 1970. Al año siguiente tiene a su primer hijo, Oscar, sin dejar los estudios. Hacernos universitarias fue siempre algo que nos inculco papá, y hasta nuestras amigas y compañeras se sentían también comprometidas con ello. En 1977 tendrían otro hijo, la primera y única nieta hembra de la familia, a la que le llamarían Débora.

El Ministro del Interior de la República de Cuba

Por la presente hace constar:

Que JULIA BAAMONDE LOMBARDERO

natural de Lugo, España 25 de Agosto de 1951

de estado Soltera de [illegible] y de Modesta

por estar comprendida en dentro de las disposiciones legales vigentes, tiene derecho al goce de la ciudadanía cubana, y a fin de que pueda hacer uso de dicho derecho de ciudadano de la República de Cuba, expido a su favor la presente Carta de Ciudadanía, autorizada con el sello del Ministerio del Interior.

Dada en la ciudad de La Habana, a los Cinco días de Octubre de mil novecientos Setenta y seis.

REPUBLICA DE CUBA

Ministro del Interior

67 1976

2957 592 44

Adquisición de la ciudadanía cubana por parte de Julia Baamonde Lombardero, 1976.

Comencé en la CUJAE en enero de 1971. El curso escolar se había corrido por la producción de azúcar para lograr una zafra de 10 millones de toneladas. Cursé estudios, becada el primer año. En diciembre de 1975 defendí mi Tesis de Grado. En esos cinco años también estábamos insertadas en los centros de producción, en primer año en las Micro brigadas de la CUJAE, como operaria en el primer edificio de viviendas para los maestros y trabajadores de dicho centro, y en Alta Habana, para los trabajadores del Ministerio del Azúcar y Empresa de Bebidas y Licores. El segundo año en el Centro de Investigaciones del MICONS. En tercero en el Instituto Nacional de la Pesca. Cuarto y quinto nuevamente en el Centro de Investigaciones, donde haría mi Tesis de Grado. Nos pagaban un estipendio mensual de 80.000 pesos hasta que se te insertara en la producción como graduada.

Fui ubicada para trabajar en Construcciones Militares como inversionista en marzo del 1976. En ese mismo año hice los trámites legales para optar por la ciudadanía cubana. Atendía técnicamente la ejecución constructiva de las obras de las Escuelas Militares y las edificaciones de viviendas. Ahí conozco al que fue mi esposo y padre de mis hijos, casándome en el año 1978 y viviendo con mis padres en la misma casa que teníamos desde que llegamos de España. Pasé cursos de posgrado de la misma especialidad, impartidos por Ingenieros del MICONS, y participé en eventos y congresos internacionales que se realizaron en Cuba. En 1979 nace mi primer hijo, Ernesto. Al año me independizo de mis padres, viviendo con mi hijo y mi esposo en otro municipio de La Habana, aunque siempre contando con el apoyo de ellos para los quehaceres de la casa, el cuidado del niño, así como la compra de alimentos y otros quehaceres hogareños. En el año 1982 me traslado para trabajar en el MINFAR, por estar más cerca de la casa y por conveniencias del mismo Organismo para atender la reparación y restauración del propio Ministerio. En 1984, viajo a la URSS acompañando al padre de mis hijos por un mes de vacaciones, visitando Moscú, Leningrado y al final Berlín. Ese mismo año mis padres visitarían nuevamente Galicia con unos ahorros que papá tenía en una cuenta bancaria heredada de sus padres en Galicia, España.

Foto familiar, 1992.

En el año 1988 nace mi segundo hijo, Fidel Raúl. Terminando la licencia de maternidad, también por interés del Organismo, me trasladan a Gaviota para crear el Grupo de Inversiones que atendería todo el desarrollo hotelero para el turismo internacional de esta incipiente empresa. Siendo también muy favorable de forma personal por la cercanía a mi domicilio, apenas era algo menos de un kilómetro de distancia. Además, al poco tiempo me separo del padre de mis hijos, contando, en todos los sentidos, tanto afectivo como económico, solo con la ayuda de mis padres. El trabajo era bastante intenso por la rapidez con que teníamos que hacer todo el desarrollo. Comenzaba el periodo especial y económicamente el país estaba en una gran crisis. Tenía que viajar mucho a otras provincias y el tiempo en la oficina había que dedicarlo en la atención, casi sin límites, a posibles inversionistas y cadenas hoteleras, las cuales tenían interés en administrar las instalaciones que existían y las que se construirían. En esa etapa viajaron algunos alcaldes de Galicia, a un evento en La Habana, y a mi padre su apoderado le pudo mandar algo de dinero para comprarle comida y ropa en las tiendas de divisas, porque la situación era realmente muy difícil para toda la familia, incluyendo a mi hermana que vivía bastante lejos con su esposo e hijos. La recreación era llevar a los más pequeños a la costa y a parques de diversiones cercanos, como el Almendares y el Zoológico. Mi padre iba todos los días ida y

Fotografías de mis hijos, Ernesto y Fidel Raúl, 1992 y 1995.

Visita a Celeiro de Marinaos, Galicia, 1999.

vuelta en bicicleta a Centro Habana. Los domingos a la Polar a jugar con los veteranos al balompié y a buscarle a mamá cerveza a granel porque para en las comidas nunca se acostumbró a tomar agua desde que había llegado a Cuba en 1958.

En el 1995 papá enferma de cáncer de próstata. Fue una etapa muy cruel para todos, y especialmente para él, sin poder ayudarnos y sintiendo que había que atenderlo sin recursos. Aunque mejoró notablemente, fallece en abril de 1997 en mi casa, rodeado de toda su familia y vecinos que lo querían como un padre y abuelo. Mamá se queda ya definitivamente con nosotros. Por razones de trabajo, y en una estancia en el aeropuerto en espera de unos posibles inversores españoles en compañía de la Embajadora de Cuba en España, aparecen unos periodistas españoles haciéndonos muchas preguntas. Al saber de mi especialidad, y de que era gallega, me acosan a preguntas por construcciones en España. No me quedó más remedio que decirles que desde 1958 yo no había visitado mi país de nacimiento, explicándoles que los viajes había que financiarlos en una moneda que yo no tenía y, aquellos apoyados por el gobierno eran para emigrantes de más edad, o sea jubilados. Le reclamaron a la Embajadora y esta enseguida contestó que se comprometía a gestionar con el Gobierno de Galicia dicho viaje, incluyendo a mi hermana, por mi solicitud. Realmente en tres días el ayudante o jefe de despacho de Fraga me estaba llamando telefónicamente para que presentáramos dicha solicitud, porque de hecho ya estábamos aprobadas. Y así viajé a San Miguel de Reinante, Lugo, Galicia, “mi tierra”, en el mes de junio de 1999, en compañía de mi hermana y por un plazo de un mes

Viaje a Cancún, México, 2001.

que se convirtieron en tres. Nadie que no lo haya vivido se imagina ese reencuentro. Yo creía estar preparada, pero no lo estaba. Es algo indescriptible, que te arranca un dolor en el medio del pecho, que brota en llanto imparable e incontenible. ¡Vuelves a sentir sabores que tienes guardados no sé dónde, pero que te trasladan a tu infancia, a tus abuelos, a tu casa, recuerdos que se despiertan y que no sabías dónde estaban! ¡Es algo increíble y MARAVILLOSO!

Todas las familias nos atendieron a cuerpo de rey, tanto la de mamá como la de mi papá. Nos pasearon por todas partes. Viajamos incluso fuera de Galicia, como a Portugal, Asturias y a Barcelona. Nuestra sede era la casa de mi abuela materna, pero todos los fines de semana nos llevaban para otros lugares o casa de la familia que tocara. Así estuvimos en Vigo, en Orense, etc. En el pueblo todos los días eran invitaciones a comer, a tomarnos un café a las ferias, a espectáculos al aire libre, a las fiestas patronales, a bautizos, a comuniones de los primitos pequeños, de compras al mercado y a las boutiques, a los supermercados donde siempre había de todo y, sin falta, a la playa de nuestro querido San Miguel de Reinante. “Nos sentíamos como peces en el agua”.

Viaje a París, 2003.

Viaje a Indonesia, 2003.

Había que regresar donde estaban los retoños, y donde estaba mamá. Nuevamente al trabajo, y a los quehaceres de la casa. Mi hijo mayor, Ernesto, ingresaba en el Servicio Militar, después matricularía en economía en la Universidad de La Habana, en el curso de trabajadores, para poder trabajar también ayudando económicamente en los gastos de la casa. El más pequeño, Fidel Raúl, cursando la primaria, y mamá como siempre, en casa, al tanto de todo y de todos, incluyendo a los vecinos y amigos, siempre dónde hacía más falta y requería de su trabajo y atención, convirtiéndose en la súper abuela.

En el 2001 viajé a México, a la ciudad de Cancún, para pasar un curso en la Universidad de La Salle sobre los Parques Temáticos por un convenio entre los dos Ministerios de Turismo, el de Cuba y México. Al siguiente año, aunque no me sentía mal de salud, mis compañeros, y sobre todo mi mamá, me insisten en que me haga un chequeo médico, detectándome una sombra pulmonar, recomendándome la operación. Fue una gran preocupación para toda la familia, amigos, compañeros de trabajo, vecinos. Sentí siempre mucho apoyo, antes y después de operada. Diariamente siempre estaba acompañada por mis hijos y mi hermana, que fue siempre una gran compañera como enfermera y cómplice. Tenía mucho miedo, uno siempre hace para que los hijos no sufran y verme en aquella situación me hacía sentir muy mal. Cuando apareció mi hijo de madrugada en el hospital, para llevarme al salón de operaciones, con mi hermana viendo a mi cirujano sonreírme, y acariciarme, todo el miedo desapareció. Me realizaron una bilobectomía superior y media del pulmón derecho, siendo la cura de dicho mal. El resultado estuvo en menos de 24 horas gracias a un gran científico, amigo y vecino patólogo, que siempre ha sido como un hermano o padre para toda mi familia. El resultado fue una actinomicosis pulmonar que me tuvo tres meses de certificado médico.

Nuevamente al trabajo, al chequeo y control de las obras en ejecución, fundamentalmente en el Polo Turístico de Varadero. En el 2003 viajo por el trabajo a varios países, para revisar el mobiliario de los hoteles que se estaban fabricando en Egipto, China e Indonesia. Viajo a Francia para analizar las luminarias y conocer las oficinas e

instalaciones de la Compañía francesa Bouygues Batiment, con la cual teníamos el contrato de llave en mano.

En mayo del 2006, me ocurre una desgracia debastadora, pierdo a mi hijo Ernesto de 26 años en un accidente de tránsito, cuando terminaba la Universidad. A partir de ese momento el sentido de la vida le cambia a toda la familia. Mi pequeño hijo perdía su guía, amigo, compañero y padre. Para mi hermana, su esposo e hijos Oscar y Débora, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, un dolor que se mantiene y perpetúa hasta nuestros últimos días de vida. Todavía recuerdo cuando el Presidente de mi empresa me vino a decir que me tomara el tiempo que quisiera, pero que él me necesitaba. Gaviota también que me esperaba en mi trabajo. Todas esas demostraciones de apoyo, amor, comprensión y lo útil que puedes ser fueron el motor impulsor para seguir caminando por la vida.

En enero del 2007, nace el hijo de Ernesto, pues la novia estaba embarazada en el momento de su fallecimiento. Nos ocupamos la familia, mis amigos y compañeros en preparar la canastilla hasta su nacimiento. Posteriormente viajaron para fuera de Cuba y nunca más he sabido de él, ni de su otra familia.

Mi hijo Fidel Raúl se gradúa de Técnico Medio en Contabilidad y Finanzas, comenzando a trabajar en Gaviota, a solicitud de mi Presidente, por

Viaje a Egipto, 2003.

dos años. Después lo haría en el Banco Nacional y, al año siguiente en la Empresa del Mueble. Habiendo obtenido la ciudadanía española, viaja a España por un programa de la Xunta de Galicia, el cual le garantizaba estar 15 días en un campamento de trabajo, y otro tiempo igual con la familia que había dado su consentimiento. Visitó mi pueblo, la casa donde nací y a toda la familia, tanto por parte de mamá como de papá. Le propusieron que se quedara y que hiciera todos los trámites para su legalización en el país. Casi en la fecha de regreso le dijeron que no, que tenía que regresar a Cuba. Gracias a un gran amigo español que vive en Zaragoza, que lo auxilio dándole dinero para los gastos, le permitieron salir de España en el plazo de tiempo del programa. De regreso se incorpora a trabajar como cuentapropista durante un año. Después viajó a Holanda por un contrato de trabajo. Actualmente vive en España con su novia, que se prepara para la especialidad en medicina. Él trabaja en unos almacenes.

En el año 2011 me jubilo, dedicándome sobre todo a la casa y a cuidar a mamá, que ya comenzaba con síntomas de demencia senil. En ese mismo año realizo todos los trámites para pasar a ser propietaria de la vivienda de la cual era usufructuaria. Comencé a dedicarle mucho más tiempo a mis actividades como cooperante del Consejo de Residentes Españoles y a la Sociedad Hijos de Lorenzana (CRE), ocupando el cargo de Tesorera. En el 2013 viajo nuevamente a Galicia por 15 días, financiado por la Xunta de Galicia, en compañía de mi hermana. El resto de la familia cuidarían a mamá y la casa. Alternando con las tareas hogareñas me ocupo también de hacer trabajos de mi especialidad, renovando viviendas de amigas y vecinas que querían comenzar a alquilar al turismo extranjero. Confecciono artículos decorativos, como cortinas y cojines, entre otros. En años posteriores viaje a México, a las ciudades de Cancún y Mérida, para adquirir materiales para mis trabajos decorativos y, a su vez, artículos y equipos necesarios para la casa, familia amigos y vecinos.

Mamá fallece en septiembre del 2018, de un infarto, a los 92 años de edad. Ya hacía varios meses, mi hermana se había mudado a mi casa para entre las dos poder atenderla como lo requería debido a la demencia senil que estaba padeciendo en rápido ascenso.

El año 2019, aparece en Cuba la Pandemia de la Covid19, como en casi todos los países del mundo, obligándonos a estar en el hogar y a cargo de los jóvenes de la familia. En el trascurso de este año ya hemos podido realizar todas las actividades y festejos de la Sociedad, optando por viajar a España por el Xacobeo, pero con mucha tristeza para nosotras no fuimos seleccionadas.

Los compañeros vietnamitas que estudiaron con mi hermana si han estado al tanto de la situación económica, y en varias ocasiones han visitado Cuba para reencontrarse con los cubanos. De vuelta a la normalidad también programaron venir en esta fecha para visitar los lugares donde estudiaron y hacer una comida aquí, en mi casa, con el resto de los cubanos, porque para ellos también formo parte de su colectivo.

Durante la emigración te sientes como si siempre te faltara algo, a pesar de haber tenido en este país muchas amistades, vecinos, compañeros y compañeras que, en cada etapa de la vida, nunca te dejan sola. Siempre recibes apoyo, una mano extendida, un hombro donde llorar y un pecho para abrazarte dándote fuerzas, y hasta su sangre cuando es imprescindible. Toda esa hermandad ha sido mi amuleto en este país, sin pedir nada a cambio, llegando a estrechar lazos más fuertes e intensos que cualquier vínculo sanguíneo.

Jaime Arturo Bartolomé Mesa

HISTORIA DE DON NARCISO BARTOLOMÉ OCHOA

Benefactor, fundador de la Cruz Roja, delegación Naolinco, y de la farmacia La Purísima

(México)

"Caminante, no hay camino, se hace camino al andar..."

Antonio Machado

BIOGRAFÍA DE DON NARCISO BARTOLOMÉ OCHOA[1]

Don Narciso Bartolomé Ochoa nació en Muro de Aguas, provincia de Logroño (España) el 29 de octubre de 1886 y murió en la ciudad de Naolinco de Victoria, Veracruz (México) el día 02 de febrero de 1967 por un paro cardiorrespiratorio a los 80 años de edad. Se casó en Naolinco, Veracruz un 28 de abril de 1926 con Doña Abigail Muñoz González, originaria de Ixhuacán de los Reyes, Veracruz. Procreó 6 hijos: Benito, Abel Narciso, Martín Agustín (mi padre), Ludivina, María

[1] Agradecimientos especiales a Rafael Guevara Santamaría por su apoyo y complicidad en la edición de este relato. (N.A.)

poco antes de 1920 después de un largo viaje en barco, se desempeñó como agricultor, cafeticultor y farmacéutico. Fue distinguido por ser un gran ser humano, benefactor y altruista con mucha visión progresista en la ciudad de Naolinco y sus congregaciones.

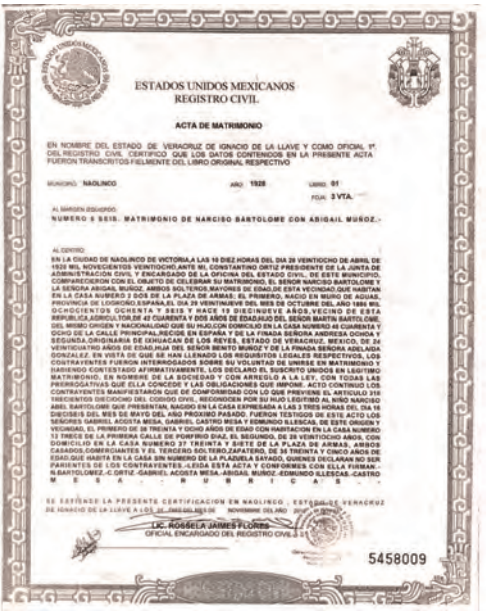
En el año 1928 Don Narciso Bartolomé Ochoa, de origen español, llega a la ciudad de Naolinco como ayudante de Don Gonzalo Recio, quien con el paso de los años enferma y deja en forma definitiva la atención de la botica "La Purísima" a Don Narciso Bartolomé siendo para entonces un prestigioso farmacéutico. Con el entusiasmo propio de todo hombre que anhela el progreso, coordinó los esfuerzos y dirigió los trabajos en 1938 de la primera brecha abierta para dar comunicación a la ciudad de Naolinco hasta entonces incomunicada; la referida brecha se alojó en el camino que va de Naolinco-Haldas-cerro del Equimite-Tenampa-Espinal.

Don Narciso Bartolomé Ochoa, fundador de la Cruz Roja delegación Naolinco, Veracruz (30 de abril de 1942).

El 30 de abril de 1942, fundó la Cruz Roja delegación Naolinco y fungió como su secretario el distinguido Dr. Carlos Gámiz Izurieta. Fue reconocido por la Cruz Roja Nacional Mexicana por el rescate del "Avionazo" en el cerro del borrego, del municipio de Chiconquiaco por el año de 1949. Fue corresponsal del prestigiado periódico "El dictamen" del Estado de Veracruz. El 8 de abril de 1939 fue nombrado presidente del patronato Pro-Construcción del tramo carretero Naolinco-Xalapa. El 6 de enero de 1956 fue nombrado por el Gobernador del Estado de Veracruz, el Lic. Marco Antonio Muñoz, T. Presidente del Comité Auxiliar Pro-Carretera Xalapa-Banderilla- Jilotepec-Naolinco-Yecuatla-Misantla. El 20 de abril de 1940, dirigió la construcción del puente de Almolonga en coordinación con el Sr. Hacendado Manuel Parra. El 24 de septiembre de 1947 fue nombrado por la Secretaría de Educación Presidente del Patronato Municipal de la Campaña Nacional contra el Analfabetismo y fue profesor rural en el pueblo de Acatlán, Veracruz. El 28 de Julio de 1944 fue nombrado Secretario del Hospital Civil Sayago. El 6 de agosto de 1945, siendo presidente municipal de Naolinco Veracruz el Sr. Gabriel H. Hernández, fue nombrado presidente de la junta de mejoramiento Moral, Cívico y Material.

SU INSTALACIÓN EN MÉXICO

Poco sabemos de la vida que tuvo mi abuelo los años que vivió en España. Todo lo que se sabe es que nació en el Muro de Aguas, provincia de Logroño (España), el 29 de octubre de 1886, y que a causa de la guerra decidió salir de la península ibérica en barco. En aquellos años difíciles, la práctica y la experiencia eran la mejor escuela. De este modo, al llegar a México, realizó diferentes trabajos, desempeñándose como agricultor, cafeticultor y, finalmente, farmacéutico, adquiriendo en cada etapa de su vida conocimientos de manera empírica. Un hecho que marcó su instalación en México, fue sin duda su matrimonio con mi abuela, Doña Abigail Muñoz González, originaria de Ixhuacán de los Reyes, Veracruz. El acta de matrimonio certifica la veracidad de los hechos.



ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
REGISTRO CIVIL

ACTA DE MATRIMONIO

EN NOMBRE DEL ESTADO DE VERACRUZ DE IGNACIO DE LA LLAVE Y COMO OFICIAL 1º DEL REGISTRO CIVIL CERTIFICO QUE LOS DATOS CONTENIDOS EN LA PRESENTE ACTA FUERON TRANSCRITOS FIELMENTE DEL LIBRO ORIGINAL RESPECTIVO

MUNICIPIO NAOLINCO AÑO 1928 LIBRO 01 FOJA 3 VTA.

AL MARGEN IZQUIERDO:
NUMERO 6 SEIS. MATRIMONIO DE NARCISO BARTOLOME CON ABIGAIL MUÑOZ.-

AL CENTRO:
EN LA CIUDAD DE NAOLINCO DE VICTORIA A LAS 10 DIEZ HORAS DEL DIA 28 VEINTIOCHO DE ABRIL DE 1928 MIL NOVECIENTOS VEINTIOCHO,ANTE MI, CONSTANTINO ORTIZ PRESIDENTE DE LA JUNTA DE ADMINISTRACION CIVIL Y ENCARGADO DE LA OFICINA DEL ESTADO CIVIL, DE ESTE MUNICIPIO, COMPARECIERON CON EL OBJETO DE CELEBRAR SU MATRIMONIO, EL SEÑOR NARCISO BARTOLOME Y LA SEÑORA ABIGAIL MUÑOZ, AMBOS SOLTEROS,MAYORES DE EDAD,DE ESTA VECINDAD,QUE HABITAN EN LA CASA NUMERO 3 DOS DE LA PLAZA DE ARMAS; EL PRIMERO, NACIO EN MURO DE AGUAS, PROVINCIA DE LOGROÑO,ESPAÑA,EL DIA 29 VEINTINUEVE DEL MES DE OCTUBRE DEL AÑO 1886 MIL OCHOCIENTOS OCHENTA Y SEIS Y HACE 19 DIECINUEVE AÑOS,VECINO DE ESTA REPUBLICA,AGRICULTOR,DE 42 CUARENTA Y DOS AÑOS DE EDAD,HIJO DEL SEÑOR MARTIN BARTOLOME, DEL MISMO ORIGEN Y NACIONALIDAD QUE SU HIJO,CON DOMICILIO EN LA CASA NUMERO 43 CUARENTA Y OCHO DE LA CALLE PRINCIPAL,NACIDO EN ESPAÑA Y DE LA FINADA SEÑORA ANDREZA OCHOA Y SEGUNDA ORIGINARIA DE IGNACIAN DE LOS REYES, ESTADO DE VERACRUZ, MEXICO, DE 24 VEINTICUATRO AÑOS DE EDAD,HIJA DEL SEÑOR BENITO MUÑOZ Y DE LA FINADA SEÑORA ADELAIDA GONZALEZ, EN VISTA DE QUE SE HAN LLENADO LOS REQUISITOS LEGALES RESPECTIVOS, LOS CONTRAYENTES FUERON INTERROGADOS SOBRE SU VOLUNTAD DE UNIRSE EN MATRIMONIO Y HABIENDO CONTESTADO AFIRMATIVAMENTE, LOS DECLARO EL SUSCRITO UNIDOS EN LEGITIMO MATRIMONIO, EN NOMBRE DE LA SOCIEDAD Y CON ARREGLO A LA LEY, CON TODAS LAS PREROGATIVAS QUE ELLA CONCEDE Y LAS OBLIGACIONES QUE IMPONE. ACTO CONTINUO LOS CONTRAYENTES MANIFESTARON QUE DE CONFORMIDAD CON LO QUE PREVIENE EL ARTICULO 316 TRESCIENTOS DIECISEIS DEL CODIGO CIVIL, RECONOCEN POR SU HIJO LEGITIMO AL NIÑO NARCISO ABEL BARTOLOME QUE PRESENTAN, NACIDO EN LA CASA EXPRESADA A LAS 3 TRES HORAS DEL DIA 16 DIECISEIS DEL MES DE MAYO DEL AÑO PROXIMO PASADO. FUERON TESTIGOS DE ESTE ACTO LOS SEÑORES GABRIEL ACOSTA MESA, GABRIEL CASTRO MESA Y EDMUNDO ILLESCAS, DE ESTE ORIGEN Y VECINDAD, EL PRIMERO DE 38 TREINTA Y OCHO AÑOS DE EDAD CON HABITACION EN LA CASA NUMERO 13 TRECE DE LA PRIMERA CALLE DE PORFIRIO DIAZ, EL SEGUNDO, DE 28 VEINTIOCHO AÑOS, CON DOMICILIO EN LA CASA NUMERO 37 TREINTA Y SIETE DE LA PLAZA DE ARMAS, AMBOS CASADOS,COMERCIANTES Y EL TERCERO SOLTERO,ZAPATERO, DE 34 TREINTA Y CINCO AÑOS DE EDAD,QUE HASTA EN LA CASA SIN NUMERO DE LA PLAZUELA SAYAGO, QUIENES DECLARAN NO SER PARIENTES DE LOS CONTRAYENTES.-LEIDA ESTA ACTA Y CONFORMES CON ELLA FIRMAN.-BARTOLOMEZ.-C ORTIZ.-GABRIEL ACOSTA MESA.-ABIGAIL MUÑOZ.-EDMUNDO ILLESCAS.-CASTRO

M E D A - R E C T A - R

SE EXTIENDE LA PRESENTE CERTIFICACION EN NAOLINCO , ESTADO DE VERACRUZ DE IGNACIO DE LA LLAVE A LOS [illegible] DE NOVIEMBRE DEL AÑO [illegible]

LIC. ROSELA JAIMES FLORES
OFICIAL ENCARGADO DEL REGISTRO CIVIL

5458009

Acta de matrimonio de Don Narciso Bartolomé Ochoa y Doña Abigail Muñoz (1928).

Como consecuencia de las tensiones políticas que se vivían en España en aquella época, y como resultado de su buena integración en México, en 1932 Narciso adquiere la nacionalidad mexicana por naturalización, renunciando, sea dicho de paso, a la nacionalidad española. Así lo acredita el certificado otorgado por el mismísimo Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, Pascual Ortiz Rubio.

Pascual Ortiz Rubio,
Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos
A todos los que la presente vieren, sabed:
Que el Señor Narciso Bartolomé Ochoa,
se ha presentado en la Secretaría de Relaciones Exteriores solicitando naturalizarse en los Estados Unidos Mexicanos ha acreditado con ese fin llenar todos los requisitos legales, habiendo formal renuncia de su propia nacionalidad como — español —
y protestado adhesión, obediencia y sumisión a las Leyes y a las Autoridades de los Estados Unidos Mexicanos, en virtud de lo cual, he tenido a bien concederle la naturalización y le doy la presente para que pueda acreditar que ha adquirido los derechos y obligaciones que impone a los mexicanos conforme a la Constitución y demás Leyes de la República.
Dada en la Ciudad de México, firmada de mi mano, sellada con el Sello de la Nación y refrendada por el Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores a los veintisiete días del mes de febrero del año de mil novecientos treinta y dos.

Carta de Naturalización Mexicana a favor de Narciso Bartolomé Ochoa (1932).

naturalizarse en los Estados Unidos Mexicanos, ha acreditado con ese fin llenar todos los requisitos legales, hecho formal renuncia de su propia nacionalidad como español y protestado adhesión, obediencia y sumisión a las leyes y a las Autoridades de los Estados Unidos Mexicanos; en virtud de la cual, le concedo la naturalización y le doy la presente para que pueda acreditar que ha adquirido los derechos y obligaciones que competen a los mexicanos conforme a la Constitución y demás Leyes de la República. Dada en la ciudad de México, firmada de mi mano y lorigada con el Sello de la nación y refrendada por el ciudadano Secretario de Relaciones Exteriores a los veintiséis días del mes de febrero del año de mil novecientos treinta y dos".

Sr. Don Narciso Bartolomé, en 1938 y 39 con el entusiasmo propio de todo hombre que anhela el progreso, coordinó los esfuerzos y dirigío los trabajos de la primera brecha abierta para dar comunicación a la ciudad de Naolinco, hasta entonces incomunicada; la referida brecha se alojó en el camino que va a las Haldas, Cerro del Equimite hasta el rancho de los Escobar y el Espinal. En esta obra participó todo el pueblo de Naolinco.

Los hermanos Carlos y Rosendo Alvarez Rodríguez finqueros de café de la ciudad de Misantla, han comprendido que sus intereses como los de su población se acrecentarán tan pronto se le de fluidez a la carretera Martínez de la Torre - Misantla. Por iniciativa del Sr. Carlos Alvarez Rodríguez se han abierto 5 kilómetros de brecha comprendidos del río Palmas hasta la finca denominada Santa Margarita; trabajos, costeados por él.

Fotografías de los años 40 donde aparece el señor Narciso Bartolomé Ochoa, su hijo Martín Bartolomé Muñoz y el chófer de la unidad. "El Orinoco" fue uno de los primeros autobuses (sino el primero) en cubrir la ruta de Naolinco hacia la capital del Estado, Xalapa y viceversa.

Narciso Bartolomé Ochoa procreó 6 hijos: Benito, Abel Narciso, Martín Agustín (mi padre), Ludivina, María de los Ángeles Victorina y Eusebia Rosalía.

ABRIENDO BRECHAS

Los inicios del siglo XX estuvieron marcados en México por la fuerte intención de mejorar las vías de comunicación, carreteras y caminos. Como lo muestra el siguiente documento, extraído de los archivos de la región, Narciso no se quedó con los brazos cruzados pues participó activamente en el desarrollo de las vías de acceso hacia la comunidad de Naolinco.

FARMACIA "LA PURÍSIMA"

Parte importante de un pueblo o ciudad es o son los lugares en donde se consiguen las medicinas. Antes de que existieran las farmacias había lugares en donde se preparaban las medicinas, estos se llamaban boticas. Antiguamente, ahí se llegaba buscando un remedio para el padecimiento físico: desde un ungüento, loción, jarabe

Imagen de La Purísima, fundada en el año 1928 por Don Narciso Bartolomé Ochoa en la ciudad de Naolinco.

e incluso drogas como la morfina o cocaína, que eran utilizadas como medicamento, o simplemente se pedía un buen consejo. Las boticas del pasado eran verdaderas instituciones donde el boticario representaba una figura importante y de quien dependía el estado de salud de una gran parte de la población, también tenía la misma autoridad y prestigio de un médico ya que las personas acudían a él en primera instancia. En el año 1928 Don Narciso Bartolomé Ochoa llega a la ciudad de Naolinco y se convierte en uno de los fundadores de "La Purísima". El señor Martin Agustín Bartolomé Muñoz (frente a la botica en una de las imágenes siguientes), hijo de Don Narciso queda al frente de la botica "La Purísima" al morir su padre; es a partir de entonces que esta botica permanece dando servicio, siendo un reflejo de tiempos pasados, y que aún en la actualidad se conservan instrumentos, recipientes, libros, tarros, morteros, pipetas, fórmulas de procedimientos farmacéuticos, sustancias herbolarias y minerales.

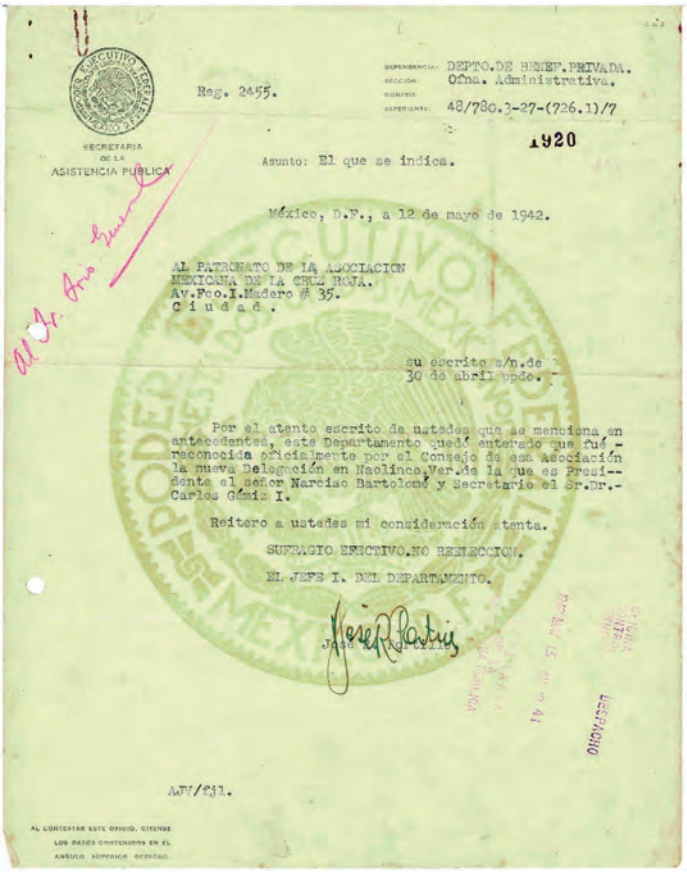
En la actualidad, son los nietos de Don Narciso Bartolomé Ochoa quienes se ocupan de esta botica tradicional, fruto de la migración española en México la botica es hoy día apreciada como museo, y es un atractivo turístico de la ciudad pues los utensilios y las técnicas que se conservan son un testimonio vivo de otra época y un ejemplo del mestizaje entre España y México. La Botica-Museo "La purísima"

Vista interior y exterior de la botica La Purísima.

puede ser visitada todos los días de 8:30 a 18:00 horas. Se encuentra en la Avenida Revolución número 6, 91400 Naolinco de Victoria Veracruz, México[2].

FUNDACIÓN DE LA CRUZ ROJA DELEGACIÓN NAOLINCO

El 30 de abril de 1942, don Narciso Bartolomé Ochoa fundó la Cruz Roja delegación Naolinco. Tiempo después, fue reconocido por la Cruz Roja Nacional Mexicana por el rescate del "Avionazo" en el cerro del borredo, del municipio de Chiconquiaco por el año de 1949. En esta sección comparto con ustedes las siguientes cartas de la época, las cuales certifican la veracidad de los hechos:



SECRETARIA DE LA ASISTENCIA PUBLICA

DEPENDENCIA: DEPTO.DE BENEF.PRIVADA.
SECCION: Ofna. Administrativa.
NUMERO:
EXPEDIENTE: 48/730.3-27-(726.1)/7

Reg. 2455.

1920

Asunto: El que se indica.

México, D.F., a 12 de mayo de 1942.

AL PATRONATO DE LA ASOCIACION
MEXICANA DE LA CRUZ ROJA.
Av.Fco.I.Madero # 35.
C i u d a d .

su escrito s/n.de
30 de abril ppdo.

Por el atento escrito de ustedes que se menciona en antecedentes, este Departamento quedó enterado que fué reconocida oficialmente por el Consejo de esa Asociación la nueva Delegación en Naolinco,Ver.de la que es Presidente el señor Narciso Bartolomé y Secretario el Sr.Dr.-Carlos Gómiz I.

Reitero a ustedes mi consideración atenta.

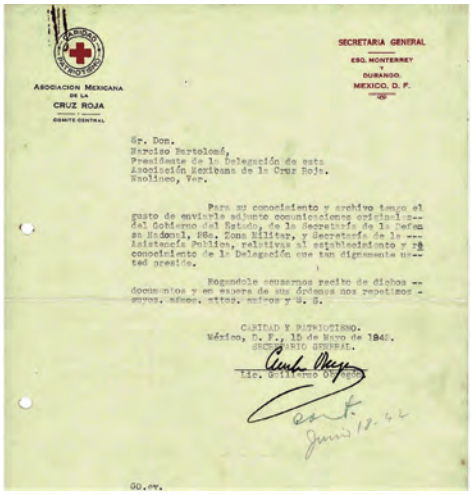
SUFRAGIO EFECTIVO.NO REELECCION.

EL JEFE I. DEL DEPARTAMENTO.

AJV/fjl.

AL CONTESTAR ESTE OFICIO, CITENSE LOS DATOS CONTENIDOS EN EL ANGULO SUPERIOR DERECHO.

[2] https://pulsoslp.com.mx/cienciaytecnologia/la-purisima-la-botica-del-mestizaje-medico-mexicano/835785 (N.A.)



ASOCIACION MEXICANA DE LA CRUZ ROJA
COMITE CENTRAL

SECRETARIA GENERAL
ESQ. MONTERREY Y DURANGO.
MEXICO, D. F.

Sr. Don.
Nereisco Bartolomé,
Presidente de la Delegación de esta
Asociación Mexicana de la Cruz Roja.
Naolinco, Ver.

Para su conocimiento y archivo tengo el gusto de enviarle adjunto comunicaciones originales del Gobierno del Estado, de la Secretaría de la Defensa Nacional, Dpto. Zona Militar, y Secretaría de la Asistencia Pública, relativas al establecimiento y reconocimiento de la Delegación que tan dignamente usted preside.

Rogándole acusarnos recibo de dichos documentos y en espera de sus órdenes nos repetimos suyos, afmos. attos. amigos y S. S.

CARIDAD Y PATRIOTISMO.
México, D. F., 15 de Mayo de 1942.
SECRETARIO GENERAL.
Lic. Guillermo Obregón.

Junio 19-42

GO.cv.

SECRETARIA DE LA DEFENSA NACIONAL

DEPENDENCIA ... SECCION ... MESA ... 12124 ... NUMERO DEL OFICIO ... EXPEDIENTE ...

ASUNTO: -Se contesta de enterado.

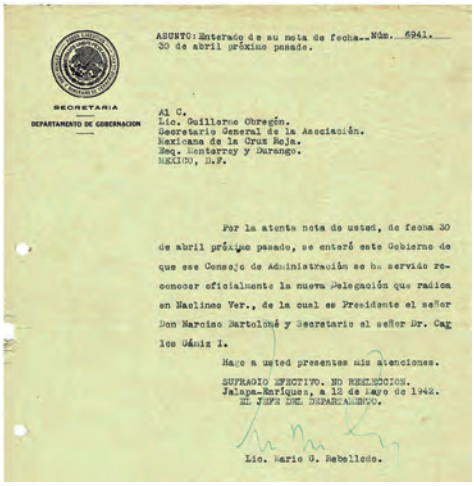
México, D. F., a 13 de mayo de 1942.

C.Secretario General
de la Asociación Mexicana
de la Cruz Roja.
Esq.-Monterrey y Durango.
C i u d a d.

Esta Secretaría ha quedado debidamente enterada del contenido de su escrito de fecha 30 de abril último, relativo a que esa Asociación ha reconocido oficialmente su nueva Delegación en Naolinco, Ver., de la cual es Presidente el señor Don Nereisco Bartolomé y Secretario el señor Dr.Don Carlos Cádiz J.

A t e n t a m e n t e.
SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION.
P.O.D.E.M. [illegible]
EL OFICIAL MAYOR.

MEJ. [illegible] FLORES C.



SECRETARIA
DEPARTAMENTO DE GOBERNACION

ASUNTO: Enterado de su nota de fecha--Núm. 6941.
30 de abril próximo pasado.

Al C.
Lic. Guillermo Obregón.
Secretario General de la Asociación.
Mexicana de la Cruz Roja.
Esq. Monterrey y Durango.
MEXICO, D.F.

Por la atenta nota de usted, de fecha 30 de abril próximo pasado, se enteró este Gobierno de que ese Consejo de Administración se ha servido reconocer oficialmente la nueva Delegación que radica en Naolinco Ver., de la cual es Presidente el señor Don Narciso Bartolomé y Secretario el señor Dr. Carlos Cádiz I.

Hago a usted presentes mis atenciones.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION.
Jalapa-Enríquez, a 12 de Mayo de 1942.
EL JEFE DEL DEPARTAMENTO.

Lic. Mario G. Rebolledo.

ASOCIACION MEXICANA DE LA CRUZ ROJA
DELEGACION EN JALAPA, VER.
CLAVERO 10

Of. No.

Sr. Nereisco Bartolomé
Presidente de la Delegación de la
Asociación Mexicana de la Cruz Roja.
Naolinco, Ver.

En nombre de esta Delegación hermana, hacemos a usted presentes nuestros agradecimientos por la eficaz ayuda que se sirvió prestar a nuestros ambulantes,- con motivo del siniestro ocurrido en la barranca de Chiconquiaco el día 1º de los corrientes y en el que perecieron 17 personas que venían abordo de un avión de la Compañía Mexicana de Aviación.

Al reconocer a usted tan valiosa cooperación, en el parte que se ha rendido a la Secretaría General - de quién dependemos, se ha mencionado lo anterior.

Hacemos a usted presentes nuestras consideraciones.

CARIDAD Y PATRIOTISMO.
Jalapa, Ver., 27 de Diciembre de 1949.

El Presidente. El Secretario.

Gonzalo Franceschi M. Manuel Rivera Tamborrell.

Documentos que acreditan la fundación de la delegación de la Cruz Roja en Naolinco.

MUERTE DE DON NARCISO Y LA FAMILIA BARTOLOMÉ EN LA ACTUALIDAD

Don Narciso Bartolomé Ochoa murió en la ciudad de Naolinco de Victoria, Veracruz (México) el día 2 de febrero de 1967 por un paro cardiorrespiratorio, a los 80 años de edad. Después de su larga trayectoria de vida, fue sepultado a 9.000 kilómetros de su pueblo natal. Su tumba se encuentra en el cementerio de la ciudad de Naolinico, atravesando el pasillo principal, a unos metros del arco que da acceso a las tumbas que rodean la capilla central, en primera línea, conservada en perfecto estado. Como es el caso de muchos cementerios mexicanos, el cementerio de la ciudad de Naolinco es muy pintoresco: las tumbas son coloridas y están cubiertas de decoraciones florales.

La historia de mi abuelo, Don Narciso Bartolomé Ochoa, es solamente una de muchas otras historias de personas que salieron de España durante la guerra para buscar una mejor vida. La ciudad de Naolinco de Victoria, Veracruz (México) fue tierra de asilo de muchos otros exiliados cuyos nombres e historias ahora han ciertamente quedado en el olvido.

En nombre de toda mi familia, es de gran gusto poder compartir con ustedes la historia de mi abuelo. En la actualidad, somos sus nietos y bisnietos quienes conservamos su legado. Desde siempre, en la

Imágenes del cementerio de Naolinco y de la tumba de Don Narciso Bartolomé Ochoa.

botica “La Purísima” conservamos visiblemente una bandera de España en honor a la historia que nos une. En casa, escuchábamos frecuentemente “Radio Exterior de España” y, aunque mi abuelo nunca regresó a España, mi padre Martín Bartolomé sí que lo hizo en los años 70.

La ciudad de Naolinco de Victoria, Veracruz tiene muchos vínculos relacionados con España y la migración española: en la gastronomía de la ciudad se acostumbra la preparación de embutidos, paellas y dulces, como turrones. En septiembre se realiza una danza tradicional “de moros y cristianos” en honor a las cruzadas. Sin duda, hay muchas cosas que se podrían investigar sobre los vínculos que existen entre España y esta ciudad. Este pequeño relato no bastaría para profundizar en el vasto tema que es la migración y el sincretismo entre culturas. Dicho todo esto, espero que este pequeño relato, sin ser exhaustivo, sea de su agrado y sirva como muestra de lo que fue la historia de migración de mi abuelo y sus aportaciones: es de mencionar que tanto la botica, como la Cruz Roja delegación Naolinco y las carreteras que dan acceso a la ciudad, siguen beneficiando a la comunidad y a los ciudadanos de Naolinco de Victoria, Veracruz (México).

María del Carmen Batlle Almodóvar

MI ABUELA CARMEN: UNA CASTELLANA EJEMPLAR

(Cuba)

Las oleadas migratorias de españoles hacia Cuba continuaron con cierta periodicidad, a pesar de que los "criollos", tras largos años de cruentas luchas para romper los lazos coloniales que los mantenían unidos a la metrópoli hispana, lograron obtener la independencia y fundar una República. La misma fue calificada de "mediatizada", gracias a la aviesa política norteamericana que involucró a los Estados Unidos en el conflicto armado y obtuvo jugosos beneficios, por la supuesta ayuda brindada por la nación a los revolucionarios cubanos. Tras el "período de ocupación" impusieron al gobierno soberano la nefasta Enmienda Platt y bajo un supuesto manto "fraternal", dominaron —de hecho— la vida del país caribeño hasta 1958. Para España fue un duro golpe la pérdida de la "fidelísima Colonia" que había contribuido durante varios siglos a engrosar las arcas del erario de la Península; además, muchos ilustres hijos de la "Llave del Golfo y Antemural de las Indias" habían sido bien aceptados por la monarquía española y hasta algunas destacadas escritoras cubanas habían sido laureadas por su quehacer cultural: Gertrudis Gómez de Avellaneda y la Condesa de Merlín.

Si se repasan los datos incluidos en el censo que se hizo en Cuba en 1899, se advierte de inmediato que aún residían en la Isla miles de ciudadanos españoles; la cifra total ascendía a 106.000 personas. El movimiento migratorio no se detuvo, en tanto que la ex-colonia precisaba de mucha mano de obra barata en aquella época, para llevar a feliz término los proyectos iniciados por el gobierno de ocupación.

Mi abuela y mamá en Tomelloso (1934).

Mi abuela y mamá en Villa Sara, Cojímar, donde residía una antigua amiga de mi abuela (1939).

Durante 3 décadas la recién inaugurada República, recibió alrededor de 100.000 españoles, que laboraron en campos y ciudades. Más de la mitad de los bodegueros registrados eran gallegos y también miles de aquellos paisanos trabajaron día y noche en la construcción de ferrocarriles y viales. Los canarios acapararon las labores agrícolas en la zona central del país y aún viven en Cabaiguán y Sancti Spíritus muchos descendientes de aquellos hijos de canarios. El censo de 1907 reconoce la presencia de 23.973 españoles —catalanes, castellanos, andaluces...— dedicados al comercio, casi la mitad del total de personas ocupadas en estas importantes tareas. Entre 1902 y 1920 se consigna a través de la documentación atesorada; que una significativa parte de aquellos comerciantes a los que se hizo referencia, habían amasado grandes fortunas, invirtiendo con éxito sus capitales y coadyuvando al florecimiento de comercios e industrias del país.

En 1931 el censo informaba que había aumentado la población hispana, alcanzando un total de 478.730 personas procedentes de la península ibérica: no se incluían en esa época un sinnúmero de castellanos. La corriente migratoria descendió por causas diversas, pero debe de tomarse en cuenta el papel que jugaron la firme aplicación de la Ley del 50 por ciento (1933) y los Decretos Nacionalistas aprobados en 1936 y 1937. A partir de 1940 ningún documento avala que continuase el flujo migratorio del que ya se ha hablado anteriormente.

Hubo una estampida de intelectuales españoles de ideas republicanas hacia Cuba y México, preferentemente a raíz de la feroz Guerra Civil Española, seguido por la salida de ex-combatientes desde diversos centros de refugiados dispersos por Francia y otros países fronterizos, quienes recalaron en naciones hispano-americanas, entre ellas en Cuba. Esta última oleada coincidía en el tiempo con la antesala de la “Segunda Guerra Mundial”; tuvo características distintas a

Dr. Antonio Rodríguez Novoa (Pipo), la abuela y mamá en la casa de Luyanó (1938).

las precedentes y sobre la temática aún queda mucho por esclarecer. La historia de Cuba constata que gran parte de los españoles que cruzaron el Atlántico para establecerse en La Isla, carecían de bienes materiales y en su mayoría eran analfabetos. Estaban convencidos que la "Perla Antillana" les proporcionaría dinero y reconocimiento social; aspiraban a convertirse en "indianos" y a regresar al amado terruño para mejorar la vida de sus coterráneos, reconstruir sus humildes aldeas y abrir nuevas fuentes de trabajo que les permitiera vivir con más holgura. La realidad casi nunca se ha ajustado a los "sueños" y en consonancia, la mayor parte de aquellos jóvenes emprendedores lo más que pudieron obtener "con el sudor de su frente" fue convertirse en: dependientes de comercios, bares y restaurantes, cocineros, mozos de limpieza, panaderos, jardineros, chóferes de autos y camiones, trabajadores agrícolas... Solo una minoría vieron coronados sus esfuerzos con el éxito, alcanzando la categoría de millonarios— un buen ejemplo es el del gallego Antonio Rodríguez (Pote)— y un número digno de ser tenido en cuenta devino en ciudadanos ricos, que controlaban los más importantes comercios e industrias. Aún viven en la Isla algunos descendientes de aquellos respetados capitalistas.

Mamá usando el traje que le confeccionó la abuela para cantar la mazurca de las sombrillas en el Colegio San Luis Gonzaga (1939).

Vale la pena aducir, que unos y otros —millonarios, ricos o humildes obreros— se integraron plenamente a la sociedad elegida para fundar sus hogares y le dieron lustre a Cuba, cada uno desde su "puesto de combate". Por supuesto, aquellos paisanos mantuvieron desde el principio estrechos vínculos con su patria natal y las sociedades españolas —culturales y de beneficencia— contribuyeron a mantener "vivas" las raíces hispánicas. En la medida que las referidas sociedades regionales se organizaron mejor y prosperaron sus proyectos, se sumaron más españoles a sus filas. La batuta la llevaron

Mima, Pipo y mamá. Foto familiar en el estudio (1939).

asturianos y gallegos, así como los andaluces, que desde los primeros momentos se preocuparon por celebrar actividades culturales en su atractivo local del Paseo del Prado; a estas actividades acudían mis abuelos.

Los palacios del Centro Gallego y el Centro Asturiano, construidos en pleno corazón de la Ciudad de la Habana, rodeando el Parque Central, no solo embellecieron el área, sino que desarrollaron una intensa vida socio-cultural con la participación de todos los socios, sin perder de vista los acontecimientos que despertaban la atención del pueblo cubano. No puede obviarse, que la mayoría de aquellos peninsulares se habían convertido en ciudadanos cubanos para trabajar legalmente en la Isla y les interesaba estar el día en los vaivenes socio-económicos y políticos de la nación.

Los bailes y las conferencias celebrados en aquellas instituciones —a los que asistieron en muchas ocasiones los abuelos—, reunían a los inmigrantes; las "romerías" se hicieron famosas en toda Cuba, principalmente las de La Habana. Los jardines de las cervecerías La Polar y La Tropical y también los que pertenecían a los manantiales de La Cotorra fueron testigos de aquellos encuentros donde primaban la alegría, la buena música y una excelente mesa. Las gaitas se sumaban a los festejos sin desdeñar los armoniosos compases de los bailes tradicionales de España: chotis, pasodoble, etc. Mi abuela guardaba en la memoria gratos recuerdos sobre aquellos fraternos encuentros. Las sociedades regionales también se ocuparon de la salud y de sepultar a sus muertos. Concurrieron muchas veces los abuelos a las misas que se celebraban en el mausoleo de la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Galicia. Nacieron los centros regionales de salud —La Covadonga, Hijas de Galicia, La Benéfica, La Balear—, así como bellísimos panteones en el Cementerio de Colón y en otras ciudades del país. Todavía no se ha escrito ningún libro que explique el decisivo papel que jugaron aquellos Centros, que tanto contribuyeron a preservar la salud de las familias españolas y sus descendientes durante varias décadas. Por una cuota módica el asociado podía acceder a las consultas, incluso a domicilio. Le

entregaban los medicamentos para el tratamiento y si era preciso le operaban; toda alabanza resulta pálida para referirse a las citadas entidades médicas. Los socios de Hijas de Galicia, además, tuvieron el derecho a disfrutar del balneario que construyeron en la zona playera de Miramar, donde se celebraron hermosas fiestas bailables.

Mis abuelos, junto a la madrina de mamá, al pie del Monumento José M. Gómez en la Avenida de los Presidentes (1941).

No puedo obviar que existe, a partir de los 500 años de encuentro de culturas (1992), una excelente bibliografía que aborda el tema migratorio; recomiendo la consulta de esta fuente. En el ámbito de los castellanos, en particular en lo concerniente a Zamora, se destaca el investigador Juan Andrés Blanco, quien ha aportado una gran información al respecto, durante las últimas décadas.

Concluidas estas necesarias reflexiones, les presentaré a mi querida abuela Carmen, a quien cariñosamente llamaba Mima, una persona a la que nunca cesaré de admirar. Había nacido en Tomelloso, Ciudad Real, procedente de una familia adinerada, que poseía grandes viñedos. Su abuelo era un terrateniente altamente respetado por los habitantes de aquella ciudad castellana. Los padres de mi abuela vivían cómodamente en una gran casona en Tomelloso, propiedad de su madre, con sus cuatro hijos, tres hembras y un varón. Mi abuelita era la mayor de las hijas y estaba muy apegada a su abuela, la cual la malcriaba muchísimo, permitiéndole hacer todo tipo de diabluras. Me comentaba que prefería estar con “Madre Fufa”, que era como nombraba a la madre de Dolores, autora de sus días. Todos los estudios que recibió en más de 10 años de internado los cursó en un afamado Colegio de Señoritas dirigido por monjitas. Recordaba con mucho cariño a Sor Inés, que cantaba precioso acompañándose con una guitarra. En aquel centro educativo aprendió ciencias y humanidades, así como múltiples manualidades que le sirvieron mucho en el resto de su vida, además, aprendió a tocar el acordeón con gran soltura. El régimen de internado había impedido una relación más estrecha con la familia, solo se reunían en Navidades, Semana Santa y en las vacaciones de verano, que pasaban en el balneario de Torre Vieja. La abuelita me comentaba que al regresar a Tomelloso definitivamente se sintió un poco fuera de lugar, pero pronto, por su

personalidad, se hizo de la compañía de un grupo de amigas de su edad con las que compartió asiduamente.

Abuelita Carmen era muy atractiva. Sobresalía por su piel que parecía de nácar, sus grandes ojos color de miel eran un poco pícaros y la nariz se erguía graciosamente separando sus pómulos rosados. Le distinguían la risa alegre y un grato timbre de voz. Aunque no llamaba la atención por sus "curvas", el cuerpo estaba bien proporcionado— acorde a su peso y estatura— y nunca se permitió el lujo de engordar. Recuerdo que lo que más le disgustaba a Mima era su pelo; no por el color, que en esa época era castaño claro, sino por lo lacio y fino que era. Para mejorar esta deficiencia acudía a la peluquería para que le hiciesen "coldwave"; debo aclarar que yo la conocí con canas en las sienes.

Algunas veces mi madre conversaba conmigo sobre cosas de la abuela antes de que yo naciera. Siempre recordaba que la "Carmencita" —como llamaban sus padres a Mima— a pesar de estar en "edad de merecer", no se inclinaba a contraer matrimonio tempranamente; quería divertirse, viajar y disfrutar la juventud, cambió de parecer cuando apareció en Tomelloso un joven profesor nacido en Aspe, Alicante, nombrado Francisco Javier Almodóvar Cremades. Era diez años mayor que ella, pero atractivo y de buena familia. Él expresó a sus padres la intención de unir su destino con la mayor de sus hijas. Logró convencer a la castellana y se casaron en la Catedral celebrando la boda con toda pompa. Se instalaron en Alicante y allí residieron hasta que un día algunos matrimonios amigos les invitaron a visitar Cuba, una hermosa Isla tropical con bellísimas playas. La propuesta les resultó atractiva y se sumaron a la expedición. La "perla antillana" les deslumbró. Almodóvar llevaba cartas de presentación que les abrieron rápidamente las puertas del país caribeño. Les llevaron a todas partes y ambos disfrutaron aquella estancia; finalmente Almodóvar aceptó una proposición de trabajo que merecía la pena en el Diario de la Marina y ambos cónyuges decidieron residir un tiempo en la Isla: probarían suerte en el

Mamá con su padre, Francisco J. Almodóvar, en el estudio Gispert en La Habana (1946).

paraíso tropical que habían descubierto. Mamá y la abuela siempre decían que lo que más les había atraído al matrimonio en la tierra americana era la calidez de sus gentes; pronto se vieron rodeados de un excelente grupo de amigos con quienes compartir penas y alegrías. Los jesuitas, los Caballeros de Colón y los Caballeros Católicos de Cuba se fascinaron con el talento de Almodóvar, cuyas conferencias sobre filosofía y pedagogía constituyeron un éxito; por tal motivo apoyaron su labor.

Mamá vestida de huertana con las otras jóvenes premiadas en el Concurso Nacional de trajes regionales. La abuela le confeccionó el traje (1952).

El Centro Andaluz invitó reiteradamente al matrimonio y se hicieron habituales a sus actividades socioculturales. Por mi parte siempre he pensado que si el esposo de mi abuela no hubiese sido un católico convencido, que llevaba el cordón de San Francisco a la cintura, el panorama hubiese sido otro. Lo cierto es que lo respaldaron plenamente y a la vez se sumaron a las tertulias celebradas en su hogar, en el edificio Otero, situado en Cienfuegos y Apodaca. Allí intercambiaban ideas profesionales destacados, como el periodista Joaquín Aristigueta, el abogado J. de San Martín, el médico Félix Lancis, el reverendo padre Chaurrondo, Paco Ichaso, Francisco Solís y otros más. Mima participó siempre en las tertulias y se convirtió en una infatigable lectora de obras literarias: Benavente, Pérez Galdós, Zola, Flaubert, eran sus preferidos. También se relacionaron mucho con la familia Alvado, que vivía en los altos de su casa, amistad que duró hasta que parte del grupo familiar se trasladó a Puerto Rico en 1960. Los lazos continuaron en el país con Esther y su esposo Manuel, hasta la muerte de ambos.

Otros matrimonios que siempre compartieron con los abuelos fueron el Ingeniero Enrique Hernández Hegea y su esposa Otilia Andino y el de Mami y Manuel Benítez, quienes ocuparon siempre un preciado espacio en el corazón de Mima. En medio de aquella etapa de adaptación a la sociedad cubana, nació mi madre —Carmen Almodóvar— en pleno machadato (1930). La bautizaron en la bellísima iglesia de la Merced que todavía posee un espléndido altar Mayor y los padrinos fueron Otilia y Enrique, anteriormente

mencionados. Mi abuelo cada vez tenía una vida social más activa y desgraciadamente olvidaba los deberes familiares, lógicamente se inició un distanciamiento que culminó en la separación definitiva a pesar de la oposición de Almodóvar, debido a su fe católica. Con la ayuda económica de amigos mi abuela compró los boletos para regresar a España. Zarparon en octubre de 1933 en el Cristóbal Colón, estupendo trasatlántico; como era temporada ciclónica nos azotó un huracán cuando cruzábamos el océano. Los relatos que me hicieron mi madre y Mima aún me pone la "carne de gallina"; durante años, mamá se despertaba gritando porque soñaba que una gran ola la envolvía en alta mar. Estimo que el miedo excesivo que le causan las tormentas y ciclones está directamente relacionado con aquellos sucesos. Después de una breve escala en New York, que permitió a madre e hija conocer "la ciudad de los rascacielos" y visitar el Empire State el barco continuó el viaje; al cabo de 9 días pisaron el suelo español. Desembarcaron por el puerto de Gijón, al norte de la Península y luego se trasladaron en tren hasta Tomelloso.

Tengo que ser sincera, a mi abuela se le aguaban los ojos cuando se refería al ansiado reencuentro con la familia. No hubo la calidez esperada por parte de su madre y tampoco la trató con afecto su hermana Dolores; solo mi bisabuelo Pedro y la tía Maruja tuvieron palabras amables y gestos de afecto con ella y mamá. Lógicamente el ambiente no fue propicio para asentarse en la amplia y moderna casa que habían fabricado sus padres en los locales que antiguamente ocupaban las cocheras de la casona anterior. Tanto Mima como mi madre quedaron impresionadas con el inmueble —de altos y bajos— que contaba con una iluminada capilla, un precioso patio con techo de cristal, pero con un mecanismo que permitía abrirlo cuando deseaban. La abuela y mi madre dormían en una amplia habitación situada junto al coquetón gabinete decorado por la tía Maruja, que entre otros muebles diferentes a los del resto de la casa, había colocada una "cama turca". Ambas me comentaban que se sentaban en unas graciosas butaquitas situadas en el precioso mirador, que engalanaba el espacioso dormitorio para ver los que ocurría en la calle. Mi madre disfrutó jugar con la nieve y hacer grandes muñecos con ella. Encontró tiempo suficiente

Fachada de la Academia Víbora, fundada y dirigida por mamá entre 1953-59 (1956).

para visitar las conejeras y disfrazar a dos gaticos. Considero que la abuela hizo cuanto pudo por limar las asperezas provocadas por su decisión de divorciarse, pero no pudo quebrar la manera de pensar de su madre, para quien una mujer divorciada era casi una prostituta. Mima tuvo que abandonar el hogar familiar donde se les rechazaba a toda hora, creo que lo que más le dolió de aquel comportamiento fue la frialdad con que trataron a mi madre, que era la única nieta. Mamá afirma que no recuerda un solo beso de la abuela Dolores.

Pipo, mima y los padrinos de mamá en mi bautizo en la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen (1965).

Sin embargo, encontraron apoyo y comprensión en los cuñados —Anita y Pepe— que vivían en una hermosa hacienda cercana a la ciudad de Alicante. En aquella preciosa Casa-Quinta pasaron una maravillosa temporada que duró unos 8 meses. La abuela siempre me comentó lo cariñosos que siempre fueron con ella y su niña; mi madre aun ríe a carcajadas recordando cuando se revolcaba en los "bancales" con los cochinitos. En fin, ambas tenían imborrables recuerdos de aquella visita y también hacían múltiples anécdotas sobre el tío "Pepe" y la pasión que despertaba en él la Astronomía, al punto de haber instalado un pequeño pero moderno observatorio en la torre de la casa. Mi madre siempre ha comentado que diariamente aprendía con aquel distinguido Barón, algo nuevo acerca de las estrellas. Al despedirse marcharon ambas a Madrid donde la abuela esperaba encontrar algún trabajo para poder subsistir, pero la época no era propicia; las fuerzas falangistas ya tocaban a todas las puertas y se sucedían los asesinatos, asaltos, incendios en las iglesias y todo tipo de actos terroristas. A pesar de los críticos sucesos, Mima visitó con mi madre el Museo del Prado, la Rosaleda, la fuente de Cibeles y la Puerta de Alcalá que daba paso al atractivo Retiro. Mamá me ha repetido miles de veces una anécdota inolvidable. Durante la visita que hicieron al Palacio Real, cuando llegaron al majestuoso salón del trono, mi madre divisó dos grandes leones que custodiaban ambos lados del imponente trono real; sin pedir permiso a nadie corrió velozmente hacia uno de ellos y se encaramó sobre su lomo de bronce muy oronda ante la hazaña. MI abuela quiso fulminarla con la mirada, llena de vergüenza por la osadía, mientras el resto de los visitantes reían y palmeaban. Puede imaginar el lector lo que ocurrió después....

Corría el año de 1936 cuando mi abuelita castellana decidió volver al puerto de partida, a la cálida Habana. Y lo logró, ayudada por los viejos amigos que no la habían olvidado. Confesaba que se marchó de España con mucha tristeza, avizoraba que nunca podría volver a su querida Patria. También le angustiaba no haberse despedido de su madre. El viaje de regreso fue agradable, sin inconvenientes. Lo hicieron en el vapor Orinoco, de una naviera trasatlántica alemana. Embarcaron en La Coruña —que estaba harto revuelta— y nueve días más tarde llegaron al puerto habanero. Los fraternos amigos se hicieron cargo de mi madre y de mi abuela. Se instalaron ambas en la casa de huéspedes propiedad de la señora de Benítez, situada cerca de la iglesia de San Francisco, muy amplia e iluminada. De inmediato mi activa abuela inició gestiones para encontrar un trabajo y lo halló en la tienda El Encanto, confeccionando vestidos sencillos que se vendían en el Departamento de "ropa hecha", cuyos precios eran más económicos que los que se vendían en el de "ropa a la medida", de la misma casa comercial. A partir de ese momento Mima se sintió más feliz y se esmeró en su superación para convertirse en una modista de "alta costura". Me comentaba que se sentía bien laborando para los Solís, dueños de la citada tienda, la mejor de Cuba en el ramo.

Los abuelos, mis padres y yo en la sala de casa (1966).

Mima, mamá y yo en nuestro hogar (1967).

Meses después la abuela sufrió un fuerte ataque gripal y el médico que la atendió —Antonio Rodríguez Novoa— se enamoró y casó con ella. Antonio —al que apodó mi madre Pipo desde el primer momento que lo conoció— había nacido en Maside, tierra orensana, y ya llevaba varios años ejerciendo la carrera de medicina en la clínica Hijas de Galicia. Llegó a Cuba para evadir el regaño familiar, dado que había suspendido el año en la Universidad de Santiago de Compostela, costeada por sus padres con sacrificio. Trabajó en bancos para pagarse los estudios de medicina y consiguió el propósito de graduarse. Mi abuela, al aceptar casarse de nuevo tomó la decisión más sabia del mundo. El matrimonio fue unido y feliz, pero en lo que más acertó, y lo recalcaba cuando conversaba conmigo, es en que había encontrado un excelente padre para su hija

Mis abuelos junto a mí en un día de Reyes (1968).

Carmita. El matrimonio alquiló una casita modesta en las inmediaciones de la clínica Hijas de Galicia y la abuela arregló con mucho amor la vivienda. Por esa época, la abuela enseñó a mamá a tocar las castañuelas y a bailar las sevillanas; luego disfrutaron los pasodobles y los chotis. Pronto hizo amistades en la cuadra donde residían y al cumplir mi madre los 7 años, la matriculó en un modesto colegio aledaño —El Instituto San Luis— dirigido por Luis Lozano Recasens; en el plantel cursó con éxito los primeros grados. La abuela contaba lo mucho que disfrutó aquella etapa de su vida. Mi madre, con su inclinación a la música, se convirtió en la "estrella" de las fiestas de graduación del colegio y Mima diseñó y confeccionó el vestuario usado por mamá en aquellas actividades anuales. Incluso, acudió a la Casa Iglesias para que transcribiesen la "Mazurca de las sombrillas y el Dúo de la flor", ambas piezas de la zarzuela Luisa Fernanda, cuya partitura ellos tenían, pero aún no se había editado. Lo anteriormente expresado, facilitó a la profesora de música del Colegio —Marina Bugarín— el acompañamiento. Las fotos aún se guardan y revelan los preciosos trajes. Lo que más me llamó la atención al observar las imágenes fue las graciosas sombrillas que Mima preparó para la mazurca. Las mismas eran de similar material al usado en los vestidos —de raso y encaje— y Mima logró que un carpintero le incorporase los mangos del largo adecuado para la época (siglo XIX). ¿Era una maga?

Desde aquellos años Mima y Pipo asistían a los estrenos teatrales y cinematográficos de fin de semana y mi madre les acompañaba. Tanto mi abuela como mamá recordaban con alegría algunas puestas en escena de zarzuelas y operetas. Ambas coincidían en que los tenores Hipólito Lázaro y Sagi Vela les habían maravillado. Mima prefirió a los "chavalillos sevillanos" y mi madre quedó prendada con la Carmen Amaya. Las dos se divertían contando anécdotas sobre las estancias en la Habana de Nelson Eddy, Tito Guizar, Jorge Negrete, Lola Flores y otros artistas. Disfrutaban mucho comentándome el quehacer de excelentes compañías teatrales a su paso por Cuba. Una y otra coincidían en que el binomio de Pepita Jiménez y Manolo Collado debía calificarse de "grandes de la escena" y destacaban su excepcional

escenificación de Rosas de Otoño de Benavente. Al mudarse Pipo y Mima para San Rafael y Gervasio, con el objetivo de abrir allí una consulta mutualista, matricularon a mamá en el colegio María Corominas, que estaba situado en la calle Neptuno, cerca de Belascoaín, céntricas calles habaneras. Mi abuelita allí colaboró en las actividades culturales en las que participó con entusiasmo su hija. Mima me contaba que le hizo a mi madre un vaporoso vestido de organza de seda para que actuase en una representación —en inglés— asumiendo el personaje de primavera. Aquella función se celebró en los salones del viejo Convento de Belén en La Habana Vieja. Años después vivían los abuelos en la Calzada de Jesús del Monte, en el edificio donde los dueños de la maderera Gutiérrez y Hermanos habían construido su residencia y las oficinas de la Empresa; la abuela arregló con esmero la nueva casa, decorándola con cojines y bellísimas cortinas coronadas con doseles de raso, que daban una nota de elegancia a la vivienda. Mi madre cursó el Bachillerato en el Instituto de la Víbora y cumplió los 15 años cuando estudiaba el segundo año. Mis abuelos se unieron en aquella fecha señalada para celebrar por todo lo alto el cumpleaños de mamá. Mamá participó en un homenaje que se le rindió a Cervantes y en aquella velada, recitó un poema dedicado a la lengua castellana. La creativa abuela le preparó un vestido para la ocasión y al graduarse de bachiller le diseñó y confeccionó el traje que usó para la ceremonia. A Mima no le bastó con brindar aquella ayuda a mamá; permitió que se usara la vivienda para los ensayos teatrales dirigidos por la profesora de español que había fundado el grupo teatral CADIV. La dirección del Instituto apoyó a la profesora, así como la Asociación de padres del centro docente. Aquello representaba bastante trabajo para Mima pero ella siempre estuvo dispuesta a brindar ayuda a las actividades en las cuales intervenía mamá. Muchas veces fungió como “apuntador” en los referidos ensayos. Ella afirmaba que hasta en los años de estudios universitarios Mima le prestó su ayuda. Por una parte, le hizo varios trajes para que los usara en veladas organizadas por la Sociedad Cubana de Botánica, así como para que cantase en el estudio de la RHC Cadena Azul durante la etapa en que formó parte de los becarios del programa Voces Nuevas.

Mima en su última foto de carnet (1985).

Debo aclarar, que Mima en lo único en que no apoyó a mi mamá fue en dedicarse profesionalmente al canto lírico y mi madre no quiso discutir con ella; por tal motivo optó por la docencia, que también le gustaba desde niña. De ninguna manera quiero obviar que en aquellas lejanas décadas en casa de los abuelos se organizaba un verdadero banquete para celebrar la Nochebuena. Alrededor de las 10 p.m. se sentaban a la mesa ante un auténtico festín. Luego bailaban hasta quedar agotados pero contentos.

Mi llegada a Tomelloso para conocer el lugar de nacimiento de mi abuela (1992).

Cuando se abrieron las puertas de la Academia Víbora en 10 de octubre y Vista Alegre, mi abuela se convirtió en el alma de aquella Institución educativa. Su presencia estaba en todas partes y recibía mejor que nadie a los padres que acudían a matricular a sus hijos en la Academia. En aquel edificio solo había dos apartamentos en la planta alta, uno lo ocupaba la escuela y el otro se dedicó a vivienda. La feliz determinación, posibilitaba un mejor control del funcionamiento del referido colegio. En poco tiempo resultó el local pequeño y fue necesario trasladar la Academia para un local más amplio. Se encontró una antigua mansión que hubo que reparar, en la Avenida de Santa Catalina, cercana a la Calzada de 10 de octubre. Mima apoyó a Pipo en las múltiples diligencias que hubo que hacer, entre ellas el embellecimiento de los jardines y la compra de un busto de Martí para colocar en el rincón martiano. Gracias a sus gestiones, se resolvieron infinitas dificultades antes de la mudanza. Muchas veces prestó su concurso para que no se interrumpieran las actividades del kindergarten musical; las lecciones de piano recibidas, cuando mamá aprendía el instrumento tutelada por la catalana Emilia Querol, le sirvieron muchísimo. Entretenía a los niños, poseía Mima un don especial para que aprendiesen la aritmética utilizando los medios audiovisuales que estaban a su alcance. Mi madre afirma que Pipo se creció como administrador y profesor del citado plantel. En aquellos años Mima y Pipo disfrutaron mucho de las romerías celebradas en La Polar y de las veladas culturales organizadas por Eduardo Muñoz,

Mima, mamá y mi suegra el día que me casé con el Dr. Félix Dickinson en el Palacio de Mayia Rodríguez (1995).

Por haber sido sorprendidas por el fotógrafo, luciendo prendida «LA FLOR DE INSIDIA» las damas que aparecen retratadas, pueden pasar por la tienda «LA FLOR OFIA» a recoger, las cuatro que aparecen en la parte superior un frasco de perfume «FLOR DE INSIDIA» de «REGALO» y las de la parte inferior un par gratis para ver en el Teatro América, la maravillosa película «FLOR DE INSIDIA» en la que fue inspirado este exquisito perfume. Durante toda la semana, aparecerán retratadas distintas personas, en este Rotograbado, las que serán obsequiadas en la misma forma. Al centro aparece la bellísima Hedy Lamar, intérprete de «FLOR DE INSIDIA».

Rotograbado del periódico *El Diario de la Marina*.

"El Sevillanito", en el Palacio del Centro Gallego.

Al triunfo de la Revolución en 1959, la vida familiar cambió bastante, en tanto en aquellos primeros años de puesta en marcha del referido proceso, el gobierno del país dictaba nuevas medidas casi a diario, las que debían ser aplicadas. Mima destacaba la de "nacionalización de los colegios privados". Mima me contaba que tanto ella como Pipo y mi madre se sumaron al carro de la Revolución, convencidos de que el discurso de Fidel y sus acciones en aquellos momentos, podían convertir a Cuba en la República añorada por el Héroe Nacional José Martí. Decidieron entregar el colegio, por tanto, no fue nacionalizado; cada uno eligió el rol que podía ocupar en esos momentos con más dignidad en aquella hora de grandes cambios políticos, sociales y culturales. Aquella hidalga castellana me refería con orgullo, que se entregó por entero a las labores que emprendieron las dos grandes organizaciones de masas creadas en el país: La Federación de Mujeres Cubanas (FMC) y los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). La FMC luchaba por ayudar a superar a la mujer y la segunda se esforzaba en mantener la tranquilidad ciudadana.

Recientemente revolviendo papeles, encontré las cuartillas escritas a máquina avalando a la abuela para que le entregasen la Distinción 23 de Agosto, que concede la FMC a las afiliadas a su organización que sobresalen en su labor. Descubrí en las citadas páginas datos que desconocía. Mima colaboró desde la fundación de la referida organización con las federadas encargadas de dirigir la FMC a nivel del Municipio 10 de Octubre, donde residía. Mi abuelita fue una de las primeras activistas del "Ropero de los círculos infantiles". Cosía en la casa trajecitos para aquellos niños y contribuyó a la organización de una Tómbola en la Plazoleta de los Pasionistas de la Víbora, con el fin de recaudar fondos para los citados círculos. Incluso se presentó ante las cámaras de Televisión para solicitar apoyo para estas tareas. La abuela

Carnet de socia de Hijas de Galicia.

también colaboró con el hermano Ambrosio de la Iglesia Los Pasionistas, para ampliar y embellecer la citada Institución religiosa; siempre estaba al frente del quiosco de las muñecas, vestidas con trajes regionales de España. Junto a otras federadas viboreñas alfabetizó al batallón de milicias que operaba en Palatino y Atocha del Municipio Cerro, bajo la asesoría de la que en esos momentos era directora del Instituto Edison ya nacionalizado. Cuando ocurrió el ataque a Playa Girón se sumó al equipo de Sanidad Militar, preparando apósitos y torundas durante largas jornadas de doce horas. Al ocurrir la Crisis de Octubre laboró en tareas referidas a la sanidad y la costura en la delegación general Víbora I. En esa delegación hizo un curso de primeros auxilios, que le valió de mucho en la práctica. Asimismo, Mima se mantuvo recogiendo ropas y organizándolas para su envío a las provincias orientales tras el paso del terrible huracán Flora. De igual manera se unió a una brigada que se encargaba de inspeccionar en la Víbora, las casas que ofrecían peligro de derrumbe; participó en la entrega de viviendas a familias necesitadas de un techo para vivir.

Deseo señalar, que después de mi nacimiento, Mima priorizó mi atención, mantuvo esta actitud hasta el fin de sus días. Durante 7 años formó parte del Consejo de Escuelas donde estudié la primaria y la secundaria básica: el Instituto Edison. Por su entrega al centro

DIPLOMA

PADRES EJEMPLARES EN LA EDUCACION

SE OTORGA A:

Carmen Muñoz

EN RECONOCIMIENTO A LA PREOCUPACION POR EL ESTUDIO Y LA FORMACION DE SU HIJO, MANTENIDA DURANTE EL CURSO ESCOLAR 1974-1975.

Director de la Escuela

Secretario de Educación Comité de Zona

¡CADA FEDERISTA, UN PADRE EJEMPLAR EN LA EDUCACION!

Reconocimiento a la preocupación por el estudio y la formación de su hijo (1975).

25

ANIVERSARIO

CERTIFICADO

Cra: Carmen Muñoz

Como reconocimiento al esfuerzo realizado en el cumplimiento de los índices de la Emulación la declaramos:

"FEDERADA VANGUARDIA"

AÑO DEL XXV ANIVERSARIO DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCION

La Habana 10 de Enero de 1984

Presidenta de la FMC

Reconocimiento al esfuerzo realizado por el cumplimiento de los índices de la Emulación (1984).

DISTINCION
"23 DE AGOSTO"

El Comité Nacional de la Federación de Mujeres Cubanas
Le otorga Carmén Muñoz Martínez

La Distinción
"23 de Agosto"
Por el Acuerdo No. 161 de
fecha 29 de Julio de
19 85

Presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas

Distinción "23 de Agosto".

DISTINCION
"28 DE SEPTIEMBRE"

EL SECRETARIADO EJECUTIVO NACIONAL DE LOS COMITES DE DEFENSA DE LA REVOLUCION
Le otorga a Carmen Muñoz Martínez
LA DISTINCION
"28 DE SEPTIEMBRE"
Por el acuerdo No. 91 de fecha 10
de Julio de 19 84
Ciudad de La Habana 15 de Sept de 19 84
COORDINADOR NACIONAL DE LOS CDR

Distinción "28 de Septiembre".

docente recibió los siguientes reconocimientos: Guerrillera XX Aniversario y Guerrillera por la Solidaridad. Anualmente le entregaron el Diploma de Madre Ejemplar y en 1974 destacaron su efectiva ayuda en el Plan la Escuela al Campo, donde estuvo al frente de la limpieza del campamento El Edén, situado en San Juan y Martínez en Pinar del Rio. Mima, además, asistió conmigo al recibimiento de líderes y concentraciones en la Plaza de la Revolución. Hizo infinidad de trabajos voluntarios en dulcerías, heladerías, y en el pequeño Coppelita de la Víbora. También se ocupó de las finanzas del CDR a nivel de cuadra. Tomando en consideración su activa participación en las tareas orientadas por las mencionadas organizaciones de masas, recibió múltiples reconocimientos; añado a los ya consignados la Distinción 28 de Septiembre otorgada por los CDR (1984).

De igual modo quiero destacar que Mima fue una "súper abuela". Sin ella mi madre no hubiera podido obtener los logros científicos alcanzados. Mima, de hecho, se convirtió casi en mi sombra desde que asistí al círculo infantil; siempre me he preguntado: "¿qué hubiese sido de mi sin su hombro presto siempre a sostenerme en cualquier situación?" No miento al afirmar que daba su vida para que yo fuese feliz. Con su ayuda y gracias a su inmenso cariño pude sortear

algunas merecidas reprimendas de mamá. Siempre se comportó como mi "ángel guardián". Me acompañó tanto en las fiestas como en las Escuelas al Campo, siempre dándome buenos consejos.

Al nacer Adrián, mi hijo, también se interesó porque no careciese su biznieto de una linda canastilla. Recuerdo aún el impacto que le causó el accidente que tuve en la playa Guanabo, para Mima fue una tragedia mi sufrimiento, pero me sostuvo siempre y ayudó a enfrentar la difícil situación que encontró una feliz solución tiempo después: Mima volvió a "renacer". La abuelita se mantuvo activa hasta los 90 años: había que regañarla para que no fregara puertas y ventanas o pintase las paredes con una enorme brocha. Un aciago día perdió el equilibrio y se fracturó una cadera: corría el año de 1994. A Mima la operaron en el Hospital Carlos J. Finlay y pudo caminar perfectamente a los pocos meses. A partir de aquellos días empezó a padecer de neumonías, las cuales se hicieron cada vez más frecuentes. Finalmente murió el 16 de junio de 1998. Nunca me he perdonado no haber estado a su lado en esos momentos, me encontraba en Santander, finalizando una maestría concedida por la Agencia Española de Cooperación Internacional en la Universidad de Cantabria; cuando regresé ya había sido enterrada en el mismo mausoleo de la Sociedad de Beneficencia de Naturales de Galicia, donde ya reposaban los restos de Pipo desde 1975. Para mí fue muy difícil entrar en el hogar y no poder abrazarla. Aún me parece que se mantiene a mi lado entre estas paredes donde vivo.

Han trascurrido 24 largos años desde su fallecimiento y hasta el último aliento me acompañará. Fue una ejemplar abuela que me enseñó a honrar a Cuba y España, digna hija de su amada Castilla, merecedora de ser recordada eternamente. ¡Dios la tenga en la gloria!

Manuela Capilla Yufera

UN PEQUEÑO RESUMEN DE MIS MEMORIAS

(Marruecos, Francia, Australia)

Mi padre, Manuel Capilla Boyer, y mi madre, Josefa Yufera García, contrajeron matrimonio el día 31 de octubre de 1933. Tuvieron un hijo en 1934, su nombre fue Sol del Progreso, el cual falleció con solo 9 meses de una meningitis. Después nací yo, el día 11 de marzo de 1936, justo un mes antes de que empezara la Guerra Civil Española. Mi nombre fue Libertad. Más tarde se tuvo que cambiar. Mi mamá me puso Manuela en recuerdo de mi padre que creía muerto. Mi padre se fue para defender su ideología, que era el socialismo. Al irse le dijo a mi madre... "si el fascismo gana esta guerra debes irte a Francia, donde yo te buscaré". Así ocurrió más tarde. Durante esta etapa de nuestras vidas el día a día fue duro, pero yo personalmente no me puedo quejar porque en realidad no sufrí de nada. Yo era la única niña mimada de la familia, la cual se componía de mi abuela Encarna, mi tía Encarna, mi tía Jerónima y mi mamá Josefa.

Mi padre Manuel Capilla Boyer, mi madre Josefa Yufera García y mi hermana Sol del Progreso.

Sobrevivimos hasta el final de la guerra si bien después todo se hizo aún más difícil. mi madre se decidió a hacer lo que la dijo mi padre. ella preparó la salida, aunque con bastante dificultad lo logró y nos fuimos.

Llegamos como refugiados a Clermont Ferrand, Francia. El recibimiento fue cordial. Nos pusieron en un campo de refugiados. En realidad era una antigua cárcel abandonada en muy malas condiciones y sin ningún confort, es decir, celdas con un montón de paja en un rincón para descansar. El ambiente era húmedo y todo estaba infestado de ratas y, además, nos pusieron un cordoncito colgado del cuello con un trocito de madera y un número. Esa era nuestra identificación, la cual por ninguna razón nos la podíamos quitar. El personal nos trataba bastante bien, pero con la crisis que había en el país en esos momentos la comida siempre era la misma: lentejas con tropezones, entre las que se encontraba alguna que otra piedra que, si te descuidabas, te rompía un diente. Junto a ello también un trozo de pan al día. Yo tendría unos 3 o 4 años y siempre estaba agarrada a la pierna de mi mamá. Tenía miedo de todo. Al día siguiente de nuestra llegada nos fumigaron a todos, aunque con ello no pudieron acabar con los piojos, chinches y pulgas que cotidianamente estaban presentes. Seguidamente nos pusieron dos vacunas. Yo no tuve suerte y se me infectó, tal vez por la poca higiene, aunque sé, por mi mamá, estuve muy malita con temperaturas muy altas. Aún hoy se puede ver la gran cicatriz que me quedó. Recuerdo que hubo algunos días mejores para todos los pequeños del campo. Los viernes venían algunas familias francesas que simpatizaban con nosotros y se llevaban a los pequeños para pasar el fin de semana con sus familias. Nos mimaban con buena comida y algún que otro regalito. Siempre estaré agradecida a esas buenas personas.

Mi padre, como soldado, primero por la izquierda, 1922.

La Segunda Guerra Mundial empezó y las cosas se pusieron cada día más feas. El tratamiento y la comida fue de mal en peor. Los días pasaban y los alemanes tomaban más fuerza, llegando a ocupar Francia. Eso fue lo peor que nos pudo pasar. Enseguida ordenaron mandar de vuelta a España a todos los refugiados. Fue un drama para todos, ninguno quería volver porque sabían lo que les esperaba, pero el día llegó. Fue en vagones de

mercancías donde nos cargaron como animales. Nos hicieron subir a la fuerza de empujones y teníamos que estar de pie por falta de sitio. Hasta el respirar se hacía difícil. Yo estaba aterrorizada, agarradita la pierna de mi mamá. El espectáculo era horrible. A pesar de que yo era aún muy pequeña esos momentos quedaron grabados en mi mente. Cuando hoy veo algún documental y muestran cómo transportaban a los judíos se me hace un nudo en el estómago y no puedo evitar recordar que hicieron exactamente lo mismo con nosotros. Los gritos de miedo y pánico estaban presentes. A medida que nos acercábamos a España muchos hombres se lanzaron al vacío. Preferían morir que volver a España donde les esperaban torturas hasta la muerte.

Manuela Capilla Yufera.

Después de un viaje interminable por fin llegamos a España. Nos recibieron con malos tratos, nos insultaban, nos empujaban diciéndonos "muévete rojo de mierda". Las filas eran largas. Empezó una selección. A unos los mandaban a la derecha, a otros a la izquierda, es decir, unos iban a la cárcel y los otros libres con condiciones que cumplir. A nosotras, después de un largo interrogatorio y papeleo, nos dejaron por fin salir. Solo obligaron a mi madre a cambiarme el nombre, hecho por el cual me puso Manuela. Le dieron una cartilla de identidad la cual durante años tuve que hacer firmar todas las semanas por las autoridades. Nos fuimos a casa de mi abuela, donde nos esperaban junto a mis tías. Hubo besos, caricias y muchas lágrimas. La vida era muy dura pero juntos era más llevadera. Aún tenían suerte porque todos trabajaban en lo que fuera. Al poco tiempo mi tía Jerónima murió de tuberculosis.

Manuela Capilla Yufera y otro niño refugiado, quien compartía celda con nosotros. Un hermano mayor para mí.

La vida continuó con todas las dificultades que lleva la posguerra. Mi mamá trabajaba en casa de unos señores. Venía a vernos solo los domingos cargada con bolsas de alimentos que recogían en la casa donde servía. De mi cuidaba mi abuela. Todas trabajaban muy duro. Después de su trabajo diario continuaban en casa cosiendo camisas. Hasta yo tan pequeñita tenía una máquina de coser también pequeña, con una manilla a un costado que daba vueltas y cosía las etiquetas de las camisas. Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial todo continuaba

igual. Seguíamos viviendo una pesadilla, sobre todo para alimentarnos. Teníamos una cartilla de racionamiento que nos permitía poder tener un poco de pan y lo más esencial, como azúcar, harina, etc.

Los meses y años pasaban. Seguí creciendo alegre y bastante traviesa, dándole muchos dolores de cabeza a mi pobre abuela. Yo siempre estaba pensando en lo que iba a hacer. Sirva de ejemplo algunas de las travesuras que más me marcaron. Por desgracia, había muchos pobres pidiendo limosna por las calles, sobre todo los gitanos a los cuales, se les tenía algo de reparo por la reputación de ladrones que tenían. Un día pasaron bailando cantando y haciendo títeres. Se paraban delante de los edificios con la esperanza de que alguien se asome al balcón y les echara una monedita. Era divertido, todos los chiquillos de la calle nos uníamos al cortejo, yo entre ellos por supuesto. Empezamos a seguirles bailando con ellos. Sin darme cuenta, me alejaba de mi calle. Al cabo de un tiempo me di cuenta de que mis amiguitos no estaban. Se habían marchado, solo quedaba yo y estaba algo desorientada, no reconocía el lugar y empezaba a anochecer. Algo temerosa pregunté y di por fin con mi casa. Sabia por adelantado lo que me esperaba. Nadie me salvaría de los azotes en el culo. Cuando llegué tuve la suerte de que no había nadie. Subí despacio los 3 pisos y me fui a esconder a la terraza. No sabía qué hacer, todo estaba demasiado tranquilo. Al ratito escuché voces y gente que subía por las escaleras. Cuando llegaron al replano nuestro escuché la voz de mi abuela llorando que decía: “estoy segura de los gitanos se robaron a mi nieta, hay Dios mío, cómo se lo voy a decir a mi hija”. Me dió tanta penita que saqué mi cabecita entre las barras de las escaleras y grité: “abuela, ¿qué pasa?, ¿por qué lloras si estoy aquí jugando? — “Ahí mi cuca”, como ella me llamaba. “Ven aquí, me vas a matar del disgusto”. Me besó me abrazó y casi me asfixia. Al rato me cogió por las orejas y me hizo entrar en casa. Me sentó en su mecedora y con la zapatilla me propinó unos cuántos golpes en mi culito, el cual estuvo rojo y dolorido un buen rato. También me gustaba jugar con fuego, cualquier ocasión era buena, aunque me lo tenían prohibido. Llegaba a jugar escondida debajo de la cama, me atraían mucho las llamas.

Un día mi abuela, mi yaya como yo la llamaba, decidieron pintar su cocina, decidiendo sacar todas las cosas y poniéndolas en una habitación encima de una gran mesa que usaban para el corte de las camisas. Ahí empezaron a llegar cosas muy interesantes para mí. Solo tenía preguntas y más preguntas. “¿Esto que es yaya? ¿y para qué sirve yaya?”

Ella, con mucha paciencia, me contestaba y me explicaba todo. Llegó a mis manos una Hornillita de alcohol. "¿Yaya esto qué es?" La pobre, seguro que cansada de tantas preguntas, igual me volvió a contestar y me explicó. "Esto sirve para calentar. Mientras hay alcohol funciona", me dijo. Fue irse a la cocina, cerrar la puerta y me dije... "voy a probar puesto que cuando no hay más alcohol se apaga". Cogí la botella de alcohol, algo pesada para mí, no pude controlar la cantidad y, antes de que me diera cuenta se derramo por encima de la mesa. Yo, inconsciente de lo que estaba por ocurrir, cogí las cerillas y encendí, acercando la llama al hornillo. La llama corrió por toda la mesa y empezó a incendiarse todo. Tengo que puntuar que después de todo tuve suerte, porque la botella no la puse sobre la mesa, la deje en el suelo. Todo ardía y yo no sabía qué hacer. El humo llego a la cocina y, automáticamente, mi abuela no tuvo que pensar mucho para saber lo que estaba ocurriendo. Salió gritando... "nena, ¿qué has hecho?" Yo solo pensé que me iba a pegar. Con mí delantal intenté apagar el fuego, y una esquinita del mismo se prendió. Me puse a correr por todas las partes y mi abuela detrás gritando... "ven aquí chiquilla, que te vas a quemar". "Quítate el delantal", cosa que hice enseguida, arrojándolo por la ventana que estaba abierta, cayendo hacia el patío de luces. En el bajo había una panadería, cuyo patio estaba lleno de sacos, cajas y papeles que empezaron a arder. El fuego en casa cada vez iba a peor, pero mi abuela solo pensaba en mí. Los vecinos avisaron a los bomberos, los cuales lograron apagar el incendio de nuestro apartamento y el de la panadería. El susto fue tan, pero tan grande, que nunca más jugué con fuego, y toda la vida le he tenido miedo y respeto.

También me viene a la mente algo que me traumatizó bastante. Un día que llovía a mares, volvía del colegio en compañía de una amiguita. Íbamos como las crías de esa edad, riendo, jugando y metiendo los pies en los charcos. De repente un coche se para cerca de nosotras y pregunta algo que no entendemos debido a lo bajito que habló. Mí amiguita me da el paraguas y se acerca para oír mejor. En un segundo paso todo. La puerta de atrás se abrió y una enorme mano la agarró y metió dentro del coche. Yo me quede congelada. Tiré el paraguas y salí disparada para casa y me oriné encima del susto. Mi abuela, cuando me vio, empezó a preguntarme lo que me había pasado. Salió corriendo para avisar a los padres de lo ocurrido. Nunca más se supo de ella. En esos tiempos se decía que había traficantes de sangre. A partir de ese día mí abuela me acompañó al colegio. Yo estuve muchísimo tiempo recordando lo sucedido, y los coches me lo avivaban.

Mi yaya y yo teníamos la costumbre de ir los veranos a Palma de Mallorca, a visitar la familia. Fueron pocas las veces que no le estropeé las vacaciones. Un día estaba jugando en la calle con todos los críos y yo tenía que cuidar de un pequeñito, pero igual me divertía. De pronto me vino una magnífica idea para divertirnos. En un rincón de la calle había una carreta. Propuse pasear a todos en ella y, puesto que yo era la mayor, sería yo quien la llevase. Todos contentos empezaron a subirse en ella. Una vez todos sentaditos cogí los mangos de la carreta y empecé, con algo de dificultad, a moverla para dirigirla en el camino. Era cuesta abajo. El peso de los niños al principio me hizo correr, pero seguidamente mis fuerzas de niña no fueron suficientes para controlar la carreta y tuve que soltarla. Yo caí rodando varios metros, pero los que estaban dentro del carro quedaron heridos en el camino. Las heridas no fueron importantes, solo golpes y rasguños de todo tipo, pero los gritos de los niños fueron impresionantes. Yo corrí en busca del chiquito que estaba bajo mí responsabilidad, pero cuando llegue donde estaba me desmalle y caí contra la acera, dándome un tremendo golpe contra el bordillo, rompiéndome el único diente de frente que tenía y el labio. Fue terriblemente doloroso. Estuve varios días en el hospital y un par de meses con gasas en la cara.

Otra vez en Palma, acabábamos de terminar nuestras vistas a los familiares y estábamos en el puerto dispuestos ya a coger el barco para nuestro regreso a Barcelona. Yo jugaba por el muelle cuando vi un perro y me acerque hacía él para acariciarlo, pero se volvió contra mí mordiéndome fuertemente. Mis gritos alertaron a la gente que corrieron para socorrerme. El perro se escapó. En aquella época los perros callejeros solían llevar el virus de la rabia. En consecuencia, mi abuela una vez más tuvo que cancelar el billete y llevarme al hospital donde me quede 40 días con un tratamiento para la rabia. Solo recuerdo las grandes inyecciones, tres por día, que me ponían. Después de este incidente les tome terror a los perros y toda mi vida he sufrido de ello. Podría contar más anécdotas de este tipo, pero no quiero resultar aburrida.

Mi abuela Encarna era una mujer alta, con un aspecto señorial muy fuerte por las circunstancias que le dio la vida. A los 25 años quedó viuda con 5 hijos. Mi abuelo falleció de la gripe española en un barco de pesca con toda su tripulación. A partir de ahí su vida fue muy

difícil, hasta el punto que tuvo que poner los hijos en un hospicio, como se acostumbraba en esos tiempos. Después de años trabajando muchísimo pudo recuperarlos. La vida en el hospicio era inhumana. Los niños, que por desgracia se encontraban ahí, eran explotados trabajando en cualquier cosa. Mi pobre madre salió de ahí sin saber leer ni escribir, pero su inteligencia y sus ansías de saber, le hicieron aprender lo básico. Yo he estado siempre muy orgullosa de ella.

Mi yaya, Encarnación García Martínez.

Mi tía Encarnación.

El tiempo pasó. Tenía sobre los 7 años cuando un día, al volver del colegio, encontré a mí madre llorando y riendo al mismo tiempo. Me abrazó muy fuerte y, entre sollozos, me dijo: “Nena, tu padre está vivo”, al tiempo que me enseñaba una tarjeta postal de Casablanca “Marruecos”. Todo el tiempo que no supimos de él estuvo en el desierto del Sahara, como refugiado político, hasta que los alemanes llegaron y lo trasladaron a un campo de concentración. Unos cuantos compañeros organizaron y prepararon metódicamente una fuga. El desierto es algo de temer y aún más si pretende escapar a través de él. Era casi impensable, pero igual estaban decididos a arriesgarse. Según lo que mi padre nos contó, fue un verdadero infierno. Anduvieron sin parar toda la noche para alejarse lo más posible del campo y, al mismo tiempo, aprovechar el frío. A la madrugada vieron una nube de polvo al horizonte, sabían que eran “ellos” a camello que los buscaban. A pesar del cansancio siguieron corriendo como pudieron hacía algo verde que se veía. Cuando llegaron vieron que eran solo unos cactus gigantes. Se lo pensaron un poco, pero viendo acercarse la nube de polvo no quedó más remedio y se metieron de cabeza en ellos, en lo más profundo para camuflarse. Sus cuerpos estaban acribillados de púas. Con un dolor indescriptible se aguantaron las ganas de gritar para salvar sus vidas. Una vez alejados los camellos pudieron gritar de dolor. Todos colaboraron en ayudarse a quitar una a una las púas de cactus clavadas en sus cuerpos crucificados.

Siguieron su camino, aun con más dificultad, dolor y calor. Cada vez que llegaban a un oasis descansaban a la sombra de las palmeras o cactus. Llegaron a un pequeño pueblo donde les acogieron bien,

Postal de Casablanca, Marruecos.

comieron, bebieron y descansaron unos días. De este modo consiguieron llegar a Casablanca, el pequeño París de Marruecos, una ciudad bonita donde no faltaba de nada. La guerra no se sentía en ese lugar. Ahí encontraron gente que simpatizaba con la causa española y les ayudaron a escapar hacía Gibraltar. De Casablanca salieron en barco de pesca. Se acercaron lo más posible de la costa de Gibraltar y, desde ahí, tuvieron que nadar hasta la costa. Una vez en Gibraltar los costeros los acogieron como refugiados políticos, los alojaron y les dieron trabajos. A mí padre le dieron el puesto de cocinero en el cuartel militar. Pasó un poco de tiempo y mi padre hizo lo necesario para que la cruz roja hiciera sus búsquedas para encontrarnos a mi mamá y a mí. Empezaron en Francia, donde mí padre pensaba que podíamos estar. Esa fue la razón de que pasaran tantos años antes de dar con nosotras.

En el mismo momento que mi madre recibió esa tarjeta de mí padre, nuestras vidas cambiaron al 100%. Desde ese día yo presumía de tener un padre enseñándoles las tarjetas a todas mis amiguitas que, por cierto, todas estaban intrigadas por lo exótico de los paisajes y personajes de Marruecos. Mis padres buscaban una manera para podernos reunir. Un buen día mamá me dijo que íbamos a viajar. Después del triste despido con mi abuela y tía cogimos el tren hacia Andalucía, a La Línea de la Concepción, un pequeño pueblo con mucha pobreza. Nos instalamos en un inmueble de 5 pisos. Al día siguiente de nuestra llegada fuimos al cónsul para solicitar una visa para entrar a Gibraltar y poder abrazar y conocer, por fin, a mí padre. El recibimiento fue malísimo, grosero y arrogante. Señalándome con el dedo, le dijo a mí madre que no merecía que yo conociera a mí padre por ser la hija de un indeseable. Mi madre no se asustó. Levantó la cabeza y le contestó: “la ideología de mí esposo es tan respetable como la suya, no tenemos de que avergonzarnos”. “Mi hija conocerá a su padre con o sin su apoyo”. Dimos media vuelta y nos marchamos con la cabeza bien alta.

Imagen de mi padre en el Sahara, 1941-1942.

Mi madre siempre causaba admiración por la calle. Bien vestida, buenos zapatos, bolso, en fin, ya saben, posiblemente pensaban que teníamos buena posición social, aunque nada de eso, éramos de clase obrera y trabajadora. Mamá no trabajaba, no porque no quisiera, sino que trabajo no había. Nosotros vivíamos de lo que mi padre nos mandaba.

La señora Sebastiana era nuestro correo. Ella trabajaba en la cocina de ayudante con mi papá y nos traía de todo para comer y dinero para pagar la vivienda que ocupábamos. Ella nos dijo el día y la hora que teníamos que subir a la terraza para, con la ayuda de unos anteojos, poder ver a mi padre al otro lado de la aduana. Así fue como vimos a mí padre por primera vez. Nos hacíamos señales con las manos y nos mandábamos besitos, eso era todo.

En otra ocasión fue por el mar. Nos subimos en una barca y nos paramos a los límites. Del otro lado estaba mi padre. Estuvimos tan cerquita que pudimos hablar. El riesgo era grande, pero la emoción nos hacía olvidarlo todo. Yo era aún muy pequeña y todo me parecía un juego. Mi madre lloraba, cosa que yo no entendía. Ella se quedaba muy triste y callada, su más grande deseo era que yo pudiera conocer y abrazar a mí padre.

Una señora inglesa, simpatizante de los refugiados españoles, acostumbraba a ayudarles como podía, se ofreció para traerme a Gibraltar. Tenía dos niños y una niña de mí edad. Le fue fácil pasarme como uno de ellos. El día por fin llegó. Ella entró en la Línea de la Concepción con dos niños y regresó de vuelta a Gibraltar conmigo, es decir, con los dos niños y yo, que se correspondía con los tres hijos que indicaban en el pasaporte. Nosotros teníamos que jugar como sí nada estuviera pasando. Estaba muy inquieta y tenía mucho miedo porque no los conocía y no entendía nada (solamente hablaban inglés y algunas palabrillas de español). Una vez pasemos las aduanas y el control de papeles caminamos por las calles hasta llegar a un inmueble de 3 o 4 pisos. Empezamos a subir las escaleras algo oscuras. Mi barriguita estaba llena de mariposas. Lleguemos al segundo replano, ahí pude ver que había unos 4 o 5 hombres de píe, mirándome emocionados. Yo asustada y temblorosa empecé a mirarles uno a uno hasta que mis ojitos se pusieron sobre mi querido padre. Todos mis temores se desaparecieron y la alegría fue inmensa. Corrí hacía el con mis bracitos abiertos, gritando “papá, papá, papá...”. Él me tomó entre sus brazos y me apretó contra su pecho. Me besaba sin

parar. Todos lloraban desconsoladamente, incluso mí padre. Eran sus compañeros refugiados. Algunos habían perdido toda su familia, otros no sabían sí aún vivían.

Ese día me sentí muy importante. Todos sentados a mí alrededor me hacían mil preguntas que, como niña que era, no pude contestar. Hicimos varios viajes de esa misma manera. Mí papá me mimaba y yo estaba feliz, pero mí mamá aún sufría y no veía la hora de poder abrazarlo también.

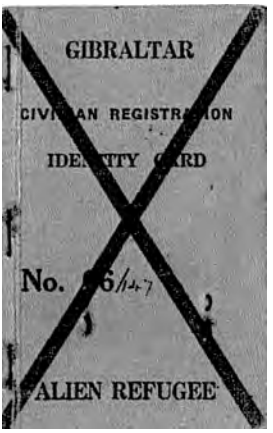
Los milagros existen. Mi padre todas las semanas tenía la costumbre de comprar lotería, siempre con la esperanza de ganar algún día. Pues bien, ese día llego. Ganó el primer premio, una cantidad bastante alta que no recuerdo, aunque sí que fue suficiente para poder reunimos. Aun así, la aventura estaba por llegar. Una noche, preparadas con solo una bolsa de ropa cada una, un señor nos vino a buscar y nos llevó al puerto de pescadores. Ahí nos hicieron subir en un pequeño barco de pesca y nos colocaron cerca del motor, tapándonos con unas canastas donde suelen poner el pescado y con unos sacos para camuflarnos. La orden era no hacer ruido, algo difícil cuando uno se marea y el ruido del motor te da dolor de cabeza. Mi mamá me calmaba como podía. Por fin pasamos las aguas españolas y pudimos salir a tomar algo de aíre. Recuerdo que se veía un lindo cielo cubierto de estrellas. El trayecto no fue muy largo. Tánger esta cerquita de la costa española. Llegamos de noche y los agentes de aduana estaba esperándonos, acompañándonos a nuestro alojamiento. “La verdad que el dinero lo puede todo”. Al día siguiente mamá y yo nos fuimos a conocer Tánger. Parecía que hubiésemos regresado al pasado, todo era tan diferente. Las calles estrechas y oscuras, los habitantes vestían con una especie de túnica con capucha llamada “chilaba o jellaba” y la cabeza con turbantes o una especie de sombreros altos de color rojo con un pompón negro que colgaba, el cual llamaban “chichía”. Las mujeres andaban todas cubiertas, solo se les veía los ojos. Todo era súper exótico incluida la música que estaba presente por todos los sitios. Tánger en esa época era una ciudad internacional, con una población

Fotografía familiar.

Yo con el primer regalo de mi papá.

multicultural, en la cual cada 5 años mandaba un país, siendo en nuestra época Francia. Lo que más recuerdo es la armonía con la cual se vivía. Era muy lindo. Todos nos respetábamos, festejando todas las fiestas (cristianas, judías o musulmanas) todos juntos. Resulta triste pensar que se hayan perdido esos valores.

Después de la Segunda Guerra Mundial se llenó de personas que, por diferentes razones, no podían volver a sus países. También era el perfecto escondite para los traficantes de cualquier índole. La droga estaba en la calle, el cannabis se vendía al granel, el cual llamaban "hachís".



Documentación de papá, Manuel Capilla Boyer.

El primer viernes fue el gran día. Mi padre venía por primera vez a vernos y, por fin, nos abrazamos. Ese día nos levantamos muy tempranito. Mi mamá se esmeró en lucir muy linda para esperarlo. Llegó con el primer barco que habitualmente hacía la travesía de Gibraltar-Tánger. Fue un encuentro muy emocional. No parábamos de besarnos y abrazarnos. Fue un día inolvidable, donde todo pasó demasiado rápido. El fin de semana la despedida fue dura. Mis padres cada vez estaban más decididos a encontrar una solución a esa inaceptable situación. Mi padre tomó la decisión de dejar Gibraltar y venir a Tánger, pero tuvo que pensárselo muy bien. El cambio iba a dar un vuelco a nuestras vidas y, ciertamente, no para mejor. De jefe de cocina con buena paga pasó a peón de albañil. Ese puesto solo estaba ocupado por los nativos y les pagaban una miseria. Nuestras vidas cambiaron de repente. Estábamos felices juntos, pero ¿a qué precio? Nos fuimos a vivir a la Mesallah, el barrio más económico, pero donde el cien por cien eran

musulmanes y donde a los cristianos nos miraban algo desconfiados. Con el lindo carácter de mí madre nos aceptaron muy rápido y la vecindad se amistó con nosotros. Nos encontramos en una situación muy pobre. Mi madre siempre tan bien arreglada, tanto de ropa como de zapatos, y de repente el cambio fue desastroso. Mientras sus ropas duraron no estaba del todo mal, pero después fue muy triste ver su cambio. Pero ella nunca se quejó, siempre tan valiente le hizo cara a la situación y pudimos vivir pobres, pero dignamente.

Me incorporé a la escuela francesa. Recuerdo que estaba bien distante de nuestra casa y me hacía el camino 4 veces al día. Mis zapatos pesaban bastante y las suelas estaban remendadas con los neumáticos de las ruedas del coche, lo que fortaleció mis piernas. Cada día era más difícil seguir en el colegio. Necesitaba un cuaderno o lápices y no sabía cómo pedírselo a mis padres porque yo sabía de antemano que no me lo podían comprar. Esto me hizo perder las ganas de estudiar. Un día en vez de ir al colegio me fui en busca de trabajo. Busqué en todos los comercios de la ciudad. Aún no había cumplido los 14. No me fue nada de fácil, pero lo conseguí, me aceptaron en una mercería para forrar botones y remallar las medias de nylon. La paga era pequeñita, pero algo mejor que nada, permitiéndome ayudar a mis queridos padres. Me fui contenta a casa, pero algo inquieta porque no sabía cómo iban a reaccionar con la noticia. Me retrasé viendo vitrinas, esperando poco más o menos la hora que acostumbraba a llegar del colegio. Cuando nos sentamos para cenar les dije que tenía algo que contarles. Una vez detallado todo vi sus rostros tristes, sobre todo el de mi papá, cuya ilusión era que yo estudiara. Mis padres me dijeron que el gusto de ellos es que hubiese continuado el colegio, pero vista la situación que estábamos viviendo entendían mí decisión y me dieron un abrazo.

Mi trabajo me gustaba. Aprendí muchas cosas. Cada fin de mes iba muy orgullosa a casa para entregar mí sobre con mi paga. Aunque no era mucho yo estaba segura que ayudaba. Mi meta era ir mejorando. Seis meses después encontré otro trabajo como vendedora en una lujosa pastelería, en una calle de mucho tráfico en pleno centro de Tánger, donde solo vivían los ricos. Los dulces eran renombrados por su calidad. A pesar de que nunca me gustaron los dulces, de vez en cuando aceptaba las ofrendas de la dueña.

Hay algo que viene a mí mente y me gustaría contaros. El horno de la pastelería se encontraba en el último piso, no sé la razón. Yo tenía

Imagen del archivo familiar.

que coger el ascensor cada vez que iba a por las placas de dulces. Un día me mandaron a recoger una tarta de novia, con mucha recomendación de que tuviese cuidado. El ascensor dio un brinco y se paró unos segundos, siendo suficiente para que la torta se aplastara delante de mis ojos sin poder hacer nada. Nunca esos novios se imaginaron lo que pasó con su torta. Ahí me quedé hasta que cumplí mis 15 años.

El día 2 de noviembre de 1951 fue el día de mí destino. No solamente encontré el trabajo de mis sueños, sí no que conocí a Filippo, el que más tarde sería mi esposo.

Déjenme que les cuente lo de mí nuevo trabajo. Fueron muchas las personas las que se presentaron con un currículo mejor que el mío, pero lo que me aventajó fue que yo escribía y hablaba francés, algo que la compañía Monopix demandaba al ser francesa. Esa fue la razón por lo que logré el puesto. En este nuevo trabajo entre como vendedora.

Me pusieron con una joven mujer que me tenía que enseñar. Al final del día, cuando hicieron la caja, faltó dinero. Esto me sentó muy mal porque yo estaba segura de haber puesto mucha atención. Ella me acusó delante del jefe diciendo que seguro que fui yo quien cometió el error. Me prometí vigilar muy de cerca todos los manejos de la caja. Pronto noté un comportamiento extraño. Ella, a cierta hora de la tarde, cerca del cierre, abría la caja, cogía dinero y cerraba. A continuación se iba al baño. Yo disimuladamente lo veía por un espejo. Me imaginé lo que hacía, escondía el dinero en el baño y luego antes de salir lo recogía. Ahora solo quedaba saber dónde lo hacía. Su escondite era entre la taza y la tapadera. Se lo conté a mis padres preguntándoles cómo debía de proceder. Ellos me dijeron de hacer lo que mi corazón me dictara. Se lo conté a una amiga que lo sabía todo desde el principio. Ella se puso furiosa conmigo y me dijo que era una tonta, que debía denunciarla y que todos supieran que la primera vez no había sido yo. Dos días después me llamaron a la oficina. Cuando entre mi amiga estaba a allí, con el director, contándole todo lo sucedido. El interrogatorio empezó. Le expliqué todo tal como ocurrió. Al rato se presentaron dos policías vestidos de civil, a los cuales tuve que volver a contar todo

de nuevo. Me pidieron trabajar con ellos para darles pruebas, es decir, que tenía que volver a encontrar el dinero y marcar en un papel los números del billete. Así hice. La pillaron con el dinero y la detuvieron. Al poco tiempo recibí mí recompensa. Me propusieron el puesto como aprendiz de decoración de las vitrinas de la tienda. Encontré lo mío, era feliz. Aprendí rapidísimo y en unos meses me dieron el puesto como decoradora general de toda la tienda y las llaves de ella. Tenía mucha responsabilidad para mí edad. No solo me ocupaba de las vitrinas, sí no que tenía que pintar a la acuarela todos los precios. El trabajo era enorme. En Tánger, por obligación, se tenían que poner los precios en dos monedas: el dólar, y la moneda del país que gobernaba, en ese momento el Franco. También teníamos que aceptar cualquier moneda del mundo. En fin, tenía bastante que hacer.

CÓMO CONOCÍ A FILIPPO

El primer día, cuando terminé mí jornada, salí feliz y contenta acompañada de mí amiga. Cuando llegamos a "el Boulevard de París", en el centro de la ciudad, donde se reunían los jóvenes, unos chicos se acercaron a saludar pidiendo que me presentara. Entre ellos estaba Filippo, el cual no me quitaba los ojos de encima. Lo encontré guapote, pero demasiado oscuro de piel. Pensé que era un árabe. Se ausentó un momento, pero volvió enseguida con dos chocolates que nos regaló a mi amiga y a mí, se despidió y se fue. En el camino de vuelta mí amiga me preguntó que me habían parecidos los chicos, diciéndome que eran italianos y todos primos hermanos. Yo le respondí que el tal Filippo me parecía más bien árabe y se echó a reír diciendo: "solo está moreno porque le gustaba mucho la playa".

Por casualidad o no, la cuestión es que lo veíamos muy a menudo durante la semana. Poco a poco fuimos conociéndonos más en profundidad. Un día le dije que dudaba que el fuese italiano. Sonrió. Al poco tiempo me enseñó el pasaporte para justificarse. Poco a poco, cuando nos dimos cuenta, estábamos enamorados. Nuestro mayor divertimiento era el cine o la playa, donde pasábamos el mayor tiempo posible junto a otras parejas.

Llegó el momento que Filippo tuvo que pedir mi mano a mí padre con todas las reglas que se acostumbraba en aquellos años. Todos los domingos el grupo de amigos nos reuníamos en un café, donde alrededor de una cervecita o Coca-Cola fresquita, acompañado de algunas tapas,

pasábamos el rato. Fue ahí donde le dio cita a mí padre para hablar con él. Filippo nos miraba, estaba muy nervioso y no llegaba a decidirse. Entonces los primos le ayudaron a levantarse y no tuvo más remedio que ir. Al pasar por la mesa anterior a la de mi padre agarró el vaso que había en ella y se lo trago de un golpe, sorprendiendo al señor que estaba sentado en dicha mesa. Se sentó y empezó hablar con mi padre, pero nosotros no le oíamos. Yo estaba también muy nerviosa, aunque conociendo a mi padre sabía que todo iba bien. Después de una larga conversación se levantó y vino hacía nosotros con una sonrisa en la cara, guiñándonos el ojo a todos. Lo celebramos.

Ahora me tocaba a mi conocer su familia. Ese día llegó un domingo que me llevo a comer a su casa y, al mismo tiempo, a presentarme a los suyos. Cabe señalar que vivíamos muy cerca uno del otro, éramos prácticamente vecinos y mí madre conocía bien a su madre. El impacto fue grande cuando llegué. Había niños por todos los lados. Filippo me cogió de la mano y me llevó hacía sus padres, presentándome como su prometida. La acogida fue cálida. Su papá me abrazó y me dijo: “bienvenida a esta tu casa”. Mi futura suegra, con su mirada de ángel me sonrió y me besó, me cogió de la mano y me mostró mí sitio en la mesa. Filippo me presentó a todos sus hermanos, uno a uno, por su nombre, cosa que fue imposible de recordar al ser 12 hermanos.

De esa comida hubo algo que siempre recordare. Después del primer plato, que consistía en pasta, hubo pollos rostidos. Mi futuro suegro

Fotografía de mi marido, Filippo, 1956.

Fotografía de nuestro compromiso, 1951.

cogió los hígados, los puso en su plato y empezó a cortarlos en trocitos. Yo no comprendía que es lo que hacía. Cuando terminó, pidió el plato de cada uno y puso un trocito de hígado en ellos. Todos tuvimos nuestra parte. Ese gesto me pareció muy lindo. Los trocitos eran pequeños puesto que, sí recuerdo bien, éramos 15. El era un hombre atractivo, alto y delgado, de aspecto serio, y más bien duro. Parecía un hombre muy severo, pero con el tiempo pude comprobar que era solo una máscara para ocultar su timidez y bondad. Creo que en aquellos años los hombres tenían que verse duros para ser respetados por la sociedad. Filippo heredó esa parte de su padre.

Nuestro tiempo de novios fue hermoso. Nos divertíamos siempre con el grupo de primos y sus respectivas novias. Éramos unas 6 parejas. Salíamos mucho a las playas, al campo, a la feria, etc. Recuerdo que había un chiringuito en la playa, que tenía música todo el día, donde nosotros bailábamos durante largos ratos y, cuando nos cansábamos, corríamos a bañarnos.

Filippo tenía un monito pequeñín, ese era nuestra más grande diversión. A mí me quería mucho porque le salvaba de todos aquellos que solo querían molestarle. Filippo también tenía pasión por las motos. Con mucho sacrificio se pudo comprar una, con la cual hicimos lindos paseos por todo Tánger. Filippo, muy romántico, me cantaba lindas canciones italianas y, sobre todo, las líricas que tanto le gustaban. Cantaba tan bien que nadie hubiese creído que, ese hombre de apariencia tímida y sería, fuese capaz de ser tan romántico y cariñoso. Ese era el Filippo del cual me enamore profundamente.

Fotografía del padre de Filippo, Salvatore Provenzano.

Fotografía familia Provenzano.

En casa todo iba mejorando. Mi padre encontró trabajo como contable en un negocio de importación de utensilios de cocina del cual era dueño Jacob, un judío escapado de las manos de los alemanes y una bellísima persona. Era tan generoso que le facilitó el dinero y mercancía a mi padre para poner una humilde tiendecita en nuestro barrio. La llevaba mí mamá, quien con su simpatía y generosidad rápidamente se hizo muy popular en el barrio. Mi madre era una persona muy generosa. Yo la he visto recoger una mendiga de la calle, bañarla, darle ropa y comida.

La crisis empezó sobre el 1954. Los atentados terroristas eran diarios. Nosotros en el trabajo estábamos con miedo, puesto que hubo varias ocasiones que tuvimos que cerrar las puertas de la tienda y armarnos para poder defendernos de cualquier ataque. Mi padre tuvo en varias ocasiones que subirse en el tejado de nuestra casita para vigilar. Fue un tiempo terrible. El trabajo empezó a hacerse difícil y Filippo tuvo que irse a Constantina (Argelia), donde había ya primos trabajando. Me quedé sola echándolo mucho de menos. Fue duro estar separados. El venía cada vez que podía y me daba religiosamente algo de dinero para nuestro matrimonio. Yo estaba triste y no le veía un final a esta situación. Una de las veces que vino le dije que, o nos casábamos o no esperaba más, rompíamos nuestro compromiso. Después de discutirlo, y con la bendición de nuestros padres, decidimos casarnos al próximo viaje. Dos meses pasaron. Nos casaríamos y nos marcharíamos a Argelia donde él trabajaba. Mis padres estaban tristes por la decisión, pero al mismo tiempo sabían que no había futuro en Tánger. El 14 de abril del 1955, recién cumplidos los 19 años, nos unimos. Mis padres pensaban alquilar el vestido de novia, pero una amiga mía, que suspendió la suya debido a la pérdida del novio en un accidente, me ofreció su vestido, el cual era muy lindo. Me quedaba como si fuese hecho a medida. Después de la ceremonia fuimos a casa de mi cuñada Rosa, quien tenía un lindo apartamento. Su esposo estaba en buena situación. Los familiares, que ya éramos bastantes, no teníamos donde sentarnos. Nos fuimos acomodándonos como pudimos. En su cama de matrimonio se sentaron un montón, pero la cama no pudo soportar tanto peso y se rompió por la mitad. Fue muy cómico. En ese tiempo nadie tenía cámara para hacer fotos y, por lo tanto, solo me queda el recuerdo de esa anécdota. Dos días después nos embarcamos con rumbo hacía nuestra nueva vida juntos, lejos de nuestros padres y a un país de cultura y lengua desconocida.

Fotografía de nuestra boda, 14 de abril de 1955.

Hoy me doy cuenta lo que mis padres debieron sufrir. Su única hija se iba tan lejos. Joven y enamorada, en esos momentos reconozco que fui egoísta y solo pensé a mí misma. Yo era feliz de haberme casado con el amor de mi vida. Encontramos una habitación en el ático de un hotel donde casi todas las habitaciones estaban ocupadas por matrimonios italianos emigrantes de Túnez que venían en busca de trabajo, como todos nosotros. Comodidades ningunas. Teníamos una cama y un lavabo donde teníamos que hacer prácticamente todo, desde lavarnos, cocinar lavar, etc. Todo empeoraba. El día 20 de agosto del 1955, solo 4 meses después de nuestra llegada, Filippo se le olvidó la cartera con su documentación. Se oían las sirenas acompañadas de tiroteos y explosiones. Tanto en las noticias de la radio, como lo que se podía ver por la ventana, podíamos comprobar que algo malo estaba pasando. Yo estaba muy preocupada porque Filippo justo ese día se había ido sin documentos, y con su color de piel, estaba en el riesgo de ser confundido por un árabe. Por ello decidí ir a llevarle sus papeles al trabajo.

Algunas calles estaban desiertas y en otras habían muertos por las aceras. Empecé a caminar con bastante recelo, pegada a las paredes y, por fin, más adelante encontré un control militar. Me pararon y me preguntaron que donde iba, explicándoles mi caso. El comandante me procuró un coche para que me llevara. En el viaje vi muchos muertos. Cuando llegué nadie sabía nada. Ningún obrero se había enterado, solo habían notado mucho movimiento. Ese fue el principio de lo que estaba por venir. Los atentados terroristas se hacían cada día más frecuentes y la inseguridad estaba presente. Yo ya estaba esperando mí primer hijo. Filippo tuvo que irse a trabajar fuera de la ciudad, donde existía un mayor peligro, pero un sueldo también más elevado.

El día de dar a luz llegó, la clínica estaba muy alejada de la ciudad, en lo alto de un monte. Estaba dirigido únicamente por monjas. Cuando llegó la noche llegó con ella el terror más grande de mí vida. Los terroristas intentaron atacar la clínica por estar dirigidas por religiosas. El pánico era total. Las mujeres corrían gritando por los corredores, de un

lado para otro, con sus recién nacidos entre los brazos. Las monjas desesperadamente nos pedían tener calma. Pusimos los colchones contra las ventanas y nos acurrucamos en un rincón, todas juntas, protegiéndonos con almohadas. Después de un angustioso e interminable rato por fin llegaron los helicópteros y los militares rápidamente tomaron el control. Fue la noche más larga de mi vida. Al día siguiente Filippo vino a visitarme. Fue una gran sorpresa para él puesto que no sabía nada de lo ocurrido. Después de unos días pude dar a luz, algo que no fue nada fácil. El día 28 de mayo del 1956 nació mi primer hijo, Salvatore. Estuvo 12 meses prácticamente sin dormir, llorando constantemente, siendo un calvario para nosotros y todos nuestros vecinos que, por piedad, se turnaban para que yo reposara un poco. Yo me encontraba cansada por la espera de mí segundo hijo, Emmanuel, nació el 4 de septiembre 1957.

Fotografía de la familia Lombardo, 1957.

Los días pasaban y las cosas cada vez estaban peor. Recibí una carta de mi padre donde me anunciaba que la situación en Tánger estaba tan mala que la gente andaba armada para defenderse de una eventual agresión. Por ello, decidió marchar a París y, por lo tanto, mandaba a mí madre a estar con nosotros el tiempo que el encontrara trabajo y alojamiento. Esta fue de gran ayuda. Mi madre intentaba hacer todo lo posible para que nosotros disfrutásemos. Se encargaba de los niños mientras nosotros íbamos al cine, de paseo, etc.

Fotografía de la familia Lombardo, 1977.

Los atentados eran cotidianos, donde menos te lo esperabas podía ocurrir. Un día decidimos salir al cine, sabíamos que no era seguro, pero igual nos arriesgamos. Para entrar al cine te registraban y te pasaban ese aparato para detectar armas como se usan en las aduanas. Yo no dejaba de estar atenta a todo. Me fijé en un hombre que se levantaba y cambiaba de asiento, lo que me pareció raro. Se lo comenté a Filippo, pero no le dio importancia. Al final de la película todos se preparaban para salir y el hombre sospechoso empezó a correr. Sin pensarlo dos veces, agarré la

mano de Filippo y salimos rápidamente. A los pocos segundos hubo una gran explosión en el interior del cine que causó muchos muertos y heridos. Gracias a mi intuición nos salvamos ese día.

Unos meses después mí padre nos informó que ya tenía trabajo y alojamiento y, por lo tanto, mi mamá se fue a París. Nos hizo prometer que íbamos a irnos a París con ellos lo más pronto posible.

CONSTANTINA

Después de tanto buscar un apartamento donde vivir mejor por fin lo encontré. Dos habitaciones comedor y cocina en el primer piso, en el centro de Constantíne. Parece que no, pero esto cambió nuestra vida. Tener una habitación para los niños. El único inconveniente era que estaba lejos de mis amigas, las que me pedían ayuda incondicionalmente. Mis hijos tenían 23 meses y 8 meses. Sus travesuras eran constantes. Un día vuelvo de comprar y me encuentro a mi Salvatore durmiendo en el suelo de la sala mientras el pequeño estaba en su cuna cubierto de todo tipo de cazuelas, platos, etc. Otra vez cuando volví el mayor se había comido un kilo de aceitunas. Se puso bastante malito. Una vecina me recomendó darle una clara de huevo con aceite de oliva. Como respuesta, lo senté en su oral y las aceitunas salieron enteras, como se las había tragado.

En el mercado de Constantina los puestos estaban en la calle, tanto los de verduras, como los de carnes o pescados. Todo estaba al aire libre, sin refrigeración, al tiempo que las altas temperaturas no ayudaba a la conservación de los alimentos. Por ello, si comparabas carne cuando llegaba a casa lo primero que tenías que hacer era mirarla muy bien, por sí la mosca hubiera pasado dejando rastros. A continuación, se ponía en remojo con agua y vinagre, o a falta de vinagre con unas gotas de lejía, y luego se lavaba muy bien, quedando lista para cocinar. A esto puede añadirse que el agua que utilizábamos para cocinas cambiaba de color constantemente, acompañada de excrementos de ratas, los cuales retiraba con una espumadera.

Pasamos cerca de un año viviendo de esta manera. No se veía ningún futuro. En el año 1958 decidimos irnos a París, donde estaban mis padres y mucha familia de Filippo. Yo me fui con mis hijos antes para buscar un alojamiento, lo que nunca pensé que fuera a ser tan difícil. Filippo me mandaba prácticamente todo lo que ganaba, al

tiempo que mis padres pusieron a nuestra disposición sus ahorrillos. De esa manera tuve suficiente para comprar una habitación y cocina en un patio de vecinos, en Pont de Neuilly, muy cerca del centro de París. Aún recuerdo con escalofríos esa primera noche que decidí irme a vivir yo con mis pequeñines. Hacía un frío impresionante, parecía más bien un refrigerador. Los tres dormimos acurrucaditos, uno contra el otro. Cuando amaneció llamaron a la puerta. Una buena mujer vecina, que se había dado cuenta de nuestra situación, nos trajo unas tostadas y un tazón de leche caliente a los tres. Fue lo mejor que nos pudo pasar después del frío. Otros vecinos también nos ayudaron ese día, invitándonos a pasar al calorcito de un viejo calentador de gas, acompañado de una sopa de verduras.

Cuando Filippo pudo vino con nosotros. Nuestra nueva vida empezaba a relucir. Filippo encontró trabajo al día siguiente de su llegada junto a sus primos, todos en el oficio de la construcción. Aunque no teníamos comodidades estábamos felices. Lo más molesto era no tener un baño donde poder asearse. Había un retrete turco en el patio, de uso colectivo. A pesar de todo estábamos bien, pero otra nube apareció. Un día llamaron a la puerta dos policías, preguntándome por Filippo Provenzano. Al decirles que era mi esposo me dieron una carta, se dieron media vuelta y se marcharon. El contenido decía que teníamos que salir del país en 15 días por no estar aceptada nuestra residencia. No sé cómo decir cuál fue el impacto que provoco en mí. "¿Cómo nos íbamos a ir a Constantina donde seguía la maldita guerra?". Me derrumbé y estuve llorando todo el día, dándole vueltas sobre qué íbamos hacer. Cuando Filippo llegó del trabajo también se derrumbó. Una de mis vecinas me recomendó ir a ver al alcalde, quien estaba casado con una italiana. Tal vez pueda ayudarte. Así lo hice. Me recibió muy cortes. Yo, llorando, le conté lo que nos pasaba, señalando que acabábamos de gastarnos todo nuestro dinero en la compra de nuestra casita, que tenía dos niños pequeñitos y que toda la familia estaba legalmente aceptada, salvo nosotros. Después de haberme escuchado atentamente se levantó y, disculpándose, me dijo que esperara un momentito. Mis piernas temblaban, la demora me pareció larguísima. Por fin apareció por la puerta y pude ver su rostro sonriente. Me tomó por los hombros y me dijo que todo está arreglado: "bienvenidos a Francia". Me dio una dirección donde teníamos que presentarnos para recibir nuestra carta de residentes. Para mí fue una explosión de alegría, echándome a sus brazos y dándole un beso en la mejilla.

Tranquilos con nuestra residencia permanente los días fueron pasando calmadamente hasta que otro problemita se nos vino encima. Mis padres tenían que irse de su habitación por que la dueña vendía. Mis padres no tenían dinero, puesto que todos sus ahorros me lo habían dado para la compra de mi casita. Por lo tanto, se vinieron a vivir con nosotros. En mí habitación tenía una pequeña cama para mis hijos, la nuestra se cerraba de día y quedaba como un mueble. Solo era cuando estábamos todos que se hacía incómodo. No dejaba un solo día de preguntar a la agencia inmobiliaria, quienes ya me conocían. Un día, viendo la vitrina, salió el dependiente y me dijo: "tengo algo para usted". Estaba bastante bien. Era una habitación limpia y muy grande, y una cocina. Me puse de acuerdo con el dueño y me fui a casa contentísima. Por fin estaríamos más desahogados. Otro día el chico de la agencia inmobiliaria saltó casi corriendo y me dijo: "tengo algo fuera de lo corriente, un palacio". Pensé... aunque no sea para mí no me cuesta nada ir a verlo. Cuando llegué a la dirección indicada me di con unas rejas y al fondo un largo jardín y un caserón enorme. Me entró la risa porque era algo imposible para mí. Apareció un señor de cierta edad acercándose a la entrada. Insistió en ver la vivienda, a pesar de mi primer rechazo al pensar que no podría permitírmelo. Me convenció y entre. El camino que nos llevaba a la casa era muy largo y ancho. A la derecha estaba todo cultivado con verduras y a la izquierda había flores muy bonitas. Disfruté solo con verlo, segura que no era para mí. Entramos en una sala muy grande, más bien diría enorme, donde estaba también una linda cocina. A la derecha de la entrada había una habitación, y en otro lado de la cocina otra con unas escaleras que daban al otro piso donde había dos habitaciones más. Le dije al dueño que era muy lindo todo pero que no creía que fuese para mi bolsillo. El me preguntó gentilmente cuanto pagaba actualmente. Pensé que se reiría de mí cuando le dijese lo que pagaba por una habitación y una cocina. Igualmente se lo detallé. Se sonrió y me dijo que lo tenía que pensar, pidiéndome mi dirección y prometiéndome venir para darme su precio. Un buen día se nos presentó, diciendo que lo había pensado bien y estaba decidido a dejármelo por el mismo precio que estaba pagando. Me indicó: "me acabo de divorciar de la bruja de mí mujer y lo que quiero es ponerle emigrantes solo para molestarla". Esa era la razón del reducido precio. Aceptamos. Cuando fuimos con las llaves en la mano, tanto mis padres como mi esposo se quedaron con la boca abierta, no se lo podían creer. Los niños corrían de una habitación a otra, todo fue una fiesta. Después de tantos años sufriendo de espacio ahora tenía demasiado. Era una casa tan grande, ideal y estupenda para criar a mis

niños. Ellos estaban todo el día fuera, disfrutando del sol y haciendo travesuras. Los años que vivimos ahí fuimos felices.

Filippo trabajaba largas horas y yo empecé a trabajar unas pocas también. Nuestra meta era ahorrar para el depósito de un apartamento. Por razones de mi salud tuvimos que ir en busca de otro hijo después de 10 años. Trabajé hasta que mí barriguita me lo permitió, aprovechando los meses que me quedaban para sacarme la licencia de conducir y la de niñera, cosa que logré. Era un trabajo bien remunerado. La panadera donde yo compraba el pan, que estaba dos meses menos que yo de embarazo, me pidió sí podría criar a tiempo completo su bebe, puesto que en la panadería el trabajo era muy duro. Me comprometí. Como tenía habitaciones de sobra adapté una de ellas pintando dibujos en las paredes con colores y llenándola de muñecos de trapo y cojines que confeccionaba yo misma.

El día llegó. Desperté poco después de que Filippo se hubiera ido al trabajo al sentir romper agua. Llamé a mí hijos y les dije que era el momento. Se vistieron, desayunaron y se fueron al colegio. Yo recogí una serie de cosas en una bolsa y con mucho valor me fui andando solita hasta donde estaba la ambulancia. Me pareció lejísimo. Cada vez que me venía una contracción paraba y disimulaba arreglándome el zapato. Por fin llegué y enseguida me trasladaron a la clínica, situada en el centro de París Place D' Italie XIII. El doctor que me atendió me dijo que tenían que ser paciente, pasarían unas horas hasta que diera a luz, por lo que todavía tenía tiempo para ir a comer. Al comenzar a bajar las escaleras la enfermera empezó a gritarle diciéndole que el bebé llegaba. Comió tarde ese día. Mi embarazo no fue fácil porque mis niños cogieron la viruela cuando yo estaba apenas de tres meses. Los doctores me dijeron que tenía riesgo de que el bebe tuviera una deformación, motivo por el cual estaba muy nerviosa, esperando el día de su nacimiento. Mi Filippo Angelo nació bastante rápido, pero me impresionó lo negro que estaba. Lo tuvieron que poner en la incubadora, algo que estaba previsto por los médicos frente a cualquier tipo de complicación al tratarse de mi tercer hijo y siendo de un grupo de sanguíneo muy raro (AB negativo). Por suerte todo fue bien. No hubo necesidad de hacer trasfusión de sangre y a las pocas horas estaba todo normal. Doy gracias a Dios. En cuanto me lo pusieron en mis brazos observé su cuerpecito para ver que todo estaba bien. ¡Qué felicidad la mía! Avisé a mi esposo, el cual se sorprendió porque no lo esperaba. Rápidamente se vino a mí lado para disfrutar de otro día de felicidad.

Fotografía del nacimiento de mi hijo Filippo Angelo.

Fotografía de mi hijo Filippo Angelo.

Unas semanas después la panadera también dio a luz a un niño, Lorenzo. En cuanto salió del hospital lo trajeron a mi casa. En pocas semanas me encontré con 5 niños: 3 bebes, mi Filippo y Lorenzo, siendo estos dos últimos como mellizos. A ellos había que incluir mis dos mayores. El trabajo era grande, no olvidemos que en esos años no se acostumbraba los pañales de tirar como hoy en día, todos los panales eran de toallita que había que lavar a mano. En cuanto me sentí fuerte llame al Ayuntamiento para decirles que estaba ya repuesta y preparada para recibir algún niño. Rápidamente me trajeron dos hermanitos y una hermosa niña de color cuyos ojos eran grandes. Los tres estaban traumatizados por malos tratos, me rompía el corazón verlos atemorizados. Cuando me acercaba a ellos se sentaban en una esquina de la sala y se cubrían la carita con sus brazos para protegerse, inmóviles como esperando los golpes. Con mucha paciencia y amor fueron mejorando día a día, poniendo peso. Era un reto que tenía que vencer. En menos de un mes eran completamente naturales y me ayudaban jugando con los bebes. Cuando se los llevaron, aunque yo sabía que iba a suceder, lo pasé mal. Poco a poco me fui acostumbrando. Fueron varios los que pasaron por mis manos, tomándome buena reputación.

Apenas salí a la calle durante más de un año. Mi hijo Salvatore me hacía los mandados cuando volvía del colegio. Como consecuencia caí en una gran depresión. El doctor me mando completo reposo y que, para empezar a reponerme, tenía que cambiar mi vida. Por ello dejé mi trabajo de niñera y devolví a Lorenzo, que fue lo más duro. A todos los quería como si fuesen mis hijos. Los cuidé 11 meses como propios. Estuve con un tratamiento antidepresivo por largo tiempo. Seguí trabajando en otra cosa más relajada y que me gustaba, tejer.

El tiempo pasaba y los niños crecían. Salvatore era el que más trabajo nos daba desde su nacimiento. Era un niño muy inquieto y cogía depresiones cada poco tiempo. Emmanuel era más travieso y muy

pillo. Siempre se salía sin castigo con la ayuda de su hermano que se culpaba de todo. Filippo Angelo era un sol, no daba ningún problema. A menudo correspondíamos con Pascal, el hermano de Filippo, que estaba en Australia, y nos incitaba a trasladarnos al decirnos que había más oportunidad para los hijos. Lo pensamos bien y tomamos la decisión de emigrar a Australia.

Fotografía familiar.

Empezamos a preparar todos los trámites y papeleos. El tiempo pasaba sin ninguna noticia, llegando a perder la esperanza de ser aceptados. Mientras tanto nos decidimos a comprar un apartamento nuevo, haciendo realidad nuestro sueño. Había valido la pena tantos años de sacrificios. El inmueble lo acababan de construir, todo era moderno. Estaba compuesto por tres habitaciones, un gran comedor, salón, una cocina de último modelo y, lo mejor de todo, un cuarto de baño que siempre habíamos echado en falta. Los ventanales eran grandísimos para poder disfrutar de la luz del día y la calefacción estaba distribuida por el suelo, que era de madera. Estábamos felices. Unas semanas después nos dieron las llaves y nos mudamos. Encontré trabajo como cajera en un supermercado cerca de la nueva casa y la guardería para mí pequeño estaba en el mismo bloque, todo perfecto. A los pocos meses nos llegó una carta del Consulado Australiano dándonos los datos de nuestra partida. Teníamos unos meses para arreglarlo todo. La decisión de emigrar estaba en pie. Tuvimos suerte, pudimos recuperar nuestro depósito, dinero que utilizaríamos en Australia para comprar una casita. Llego ese día. Todos estábamos excitados de emprender esa aventura al otro lado del mundo. Nos embarcamos en un barco llamado Marconi. La travesía fue muy placentera, solo pensábamos en pasárnoslo bien. La diversión no faltaba. Fueron mis primeras verdaderas vacaciones sin tener que hacer absolutamente nada, 28 días de sueño que nunca he olvidado.

Llegamos a Perth el día 28 de diciembre del 1971, y a Sydney el día 6 de enero del 1972. Era ya casi de noche cuando los autobuses nos trasladaron a Cabramatta Hostel. A los dos días nos dieron a Rose Carmen y a mí una dirección para empezar a trabajar en una fábrica de galletas llamada Arnott's Biscuits. Con muchas ganas nos levantamos y nos fuimos en busca de la fábrica. Aunque no hablábamos inglés, le enseñábamos la dirección a la gente y como bien se dice:

Fotografía de Pascal, Filippo, Rose Carmen, mi hijo Filippo y yo, Sydney, 1971.

"preguntando se va a Roma". Cogimos el tren y bajamos en la estación que nos indicaron. Cuando llegamos había una gran cola para entrar, todas eran nuevas empleadas como nosotras. Nos dieron un uniforme y nos trasladaron hacía nuestro correspondiente trabajo en una larga cadena donde las galletas pasaban bastante rápidas dando saltitos. Mi trabajo consistía en no dejarlas caer, recogerlas y acomodarlas en las cajas hasta llenarlas.

A pesar de mi juventud y de mis ganas de trabajar no me daba tiempo de recogerlas todas, motivo por el cual la supervisora, con plante militar, me miraba con mala cara diciendo cosas en inglés que, por suerte, no entendía. Esta mujer daba la impresión que no nos quería. Se mostraba como una guardiana de cárcel extremamente dura. Yo la vi con mis propios ojos pegar en las piernas a una compañera con un periódico enrollado diciendo: "hurry up" (primera cosa que aprendí en inglés). Mi prima, la pobre, no resistió y se desmayó. La cambiaron de puesto y la pusieron a pesar los paquetitos, era algo más tranquilo. Fue sonar la campana y toda esa ola humana saltó disparada por los corredores, empujando al que estuviera en su paso, mientras nosotras nos echamos a un lado sin comprender lo que pasaba. Cuándo llegamos a la cantina lo supimos, al ver que solo había unas cuantas mesas y sillas para tantísima gente. Al finalizar el día Rose Carmen lloraba y me decía: "para esto hemos venido a este país", con la intención de regresar en cuanto pudiera.

Una vez en el tren, de vuelta a casa, y con el cansancio que teníamos, confundimos Cabramatta con Parramatta. Cuando nos dimos cuenta que no paraba en ninguna estación nos entró pánico y empezamos a llorar desconsoladamente. Una persona se acercó preguntándonos algo, pidiéndonos con signos que nos calmásemos. Cuando paró por fin el tren nos acompañó hasta un empleado de la estación, quien nos guio hasta el tren correcto. Por fin llegamos al hostel. Era bien tarde y Filippo estaba muy nervioso e impotente, porque no sabía dónde ir ni que hacer. Volvimos hasta el puesto de trabajo al día siguiente, pero solo a devolver el uniforme.

Filippo empezó enseguida su trabajo. Tenía un primo en la construcción y le fue fácil colocarlo. Todos eran italianos, no tenía problema en entenderse con ellos. Nosotras nos concentramos en ir a las clases de inglés. Todo era más o menos llevadero, salvo la comida. La cantina daba un olor a grasa de animal rancia que, tan solo con acercarse, daba nauseas. El ambiente era muy ordinario. Había emigrantes de países de muchísima miseria. Les veías comer como cerdos. Recuerdo que las rodajas de pan se las metían enteras en la boca y las empujaban con los dedos, pobre gente, que miseria y hambre debían haber pasado antes. Filippo se negó firmemente a poner un pie dentro. El pobre se alimentaba de latas, queso, mortadela, etc. Yo estaba bastante preocupada de su alimentación, pues trabajaba muy duro y necesitaba alimentarse sano. Por ello decidí comprar un fuego pequeñito para cocinarle. También compré lo necesario para hacerle algo de pasta, quería darle una sorpresa. Cuando empecé a cocinar me di cuenta que no calentaba lo suficiente. Más adelante me enteré que era solo para mantener los platos calientes.

Después de 3 meses nos ofrecieron un apartamento cerca del trabajo de Filippo, en Mascot. Estaba amueblado con todo lo necesario. La ayuda era de una duración de 6 meses, después teníamos que empezar a volar con nuestras propias alas. Nos dieron tres habitaciones puesto que Rose Carmen estaba con nosotros, pero fue por poco tiempo. Rose Carmen tenía 21 años cuando vino con nosotros. En el barco conoció a un chico italiano que volvía de Italia, de hacer vacaciones, pero que residía en Melbourne. Siguieron en contacto después y, poco a poco, se enamoraron, llegando a casarse. El apartamento estaba bien, pero añoraba mis cosas personales. Teníamos 6 baúles llenos con nuestras cosas, pero aún estaban en el Hostel, el cual se había inundado con las lluvias torrenciales. Por desgracia para nosotros no se dieron cuenta y los baúles se quedaron con el agua todos esos meses. Todas mis cosas estaban para tirar.

Unos meses después encontramos una casa en la Gardeners Road, cerca del trabajo de Filippo. Los tramites tardarían más que el tiempo que nos quedaba, pero pedimos una extensión y nos dejaron hasta que nos dieran las llaves. Ese fue un gran día para nosotros al poder tener nuestra casita tan deseada. No fue nada de fácil. Me tenía que poner a trabajar de lo que fuera para ayudar a mi esposo. Encontré trabajo en la limpieza. Tuve que echar muchas ganas porque no es lo que yo quería

hacer. Trabajé en varias casa, una de ellas propiedad de los señores Mc Aloon, una familia muy distinguida. Me trataban muy bien, como uno de ellos. Esto me hacía sentir muy bien. Incluyo una anécdota que me ocurrió con esta familia. Un día que estaba limpiando su dormitorio y vi en la mesita de noche una lámpara hermosa, de porcelana blanca, cuyas juntas del tallado se veían cubiertas de suciedad. Sin pensármelo dos veces la desmonté y lavé con agua caliente y lejía, quedo a mi parecer preciosa y brillante. Cuando vieron la lámpara ella se puso blanca, con cara enfadada, y empezó a decir cosas que no entendía. Me quedé de mármol, sin saber que hacer o decir. Incluso me puse a llorar. Ella se retractó, me tomó por los hombros y, con la ayuda del diccionario, me explicó que era una lámpara antigua de mucho valor. Que fracaso el mío. La tuvo que mandar a arreglar.

Años después, cada vez que nos veíamos, recordábamos la dichosa lámpara. Eran personas muy lindas. Nos hicimos amigas sin apenas poder comunicarnos. Llego las fiestas de Navidad. Ella cumplía años y su esposo invitaba a todos sus empleados. Tuvimos que organizar una gran fiesta. Yo les ayudé en todo lo que pude, como en la confección de una gran ensaladera de gazpacho. Me pidieron que fuera a casa a cambiarme y volviera con mi esposo. Convencí a Filippo, al cual no le hizo mucha gracia debido a su debilidad con inglés. Al llegar todo estaba listo. Nos hizo pasar al jardín y nos presentó a las personas que ya se encontraban en el. Nos hizo señas de sentarnos. La fiesta empezó y no permitió que me levantara a servir. Unos camareros que contrataron lo hicieron. Mi gazpacho fue el rey de la fiesta. Yo me reía mucho porque lo ponían encima de la carne creyendo que era una salsa, no paraban de preguntar cómo se hacía. Yo intentaba explicarles, pero ni caso. Después de la cena el esposo se levantó, dio unos golpes con el tenedor a su copa y todos se callaron para escucharle. Habló sobre su esposa, a la cual se deseó un feliz cumpleaños. Señaló el garaje diciéndole “abridlo”, ahí está tú regalo”. Todos estábamos pendientes de ver que es lo que podía ser, aunque aparentaba un coche. Menudo coche, un masserati último modelo, casi nada. Le entregó las llaves diciéndole que lo sacara para que todos pudieran verlo mejor. Ella miró a mí marido y se acercó diciéndole: “el único italiano que hay aquí es usted, le toca hacerlo”. Pobre de Filippo. El tan tímido, se puso rojo, y me dijo: “diles que no”. No pudo evitarlo. Se levantó y saco ese hermoso cochazo del garaje. Este gesto no se nos olvidó nunca. Siempre lo hemos recordado con cariño.

Manuela Capilla Yufera de Provenzano, 2014.

Por las noches, a pesar del día de trabajo, seguía con mis cursos de inglés. Algunas veces casi me dormía de lo cansada que estaba. Fui a todos los cursos y, por fin, me podía desenvolver de buena manera. Me busqué otro trabajo, esta vez de asistente en electrónica en la STC. Luego estuve en PGF de cocinera, pero cerraron, y de nuevo en busca de otra cosa. Encontré de cocinera en James and Kirby, donde estuve muy a gusto, siempre me encantó cocinar. Filippo enfermó con diabetes bastante complicada. Estuvo muchas veces en el hospital hasta que encontraron la insulina adecuada para él. Yo tuve que dejar el trabajo fijo. Busqué otra manera de ganarme la vida. Constituí un negocio de Export-Import, a través del cual traía de España abanicos y muñecos. Al mismo tiempo, algunos días estaba encargada de una tienda de artículos chinos en el Queen Victoria Building. Los fines de semana trabajaba en Vauctuse, en una tienda de antigüedades. Eso sí que era lo mío. Gané dos veces el concurso de la mejor vitrina de Queen Victoria Building. Disfrutaba de mi trabajo. Me costó, pero lo logré.

Mis pasiones fueron, y serán hasta que me valla de este mundo, las manualidades. Siempre me gustó hacer de todo, pero mi gran pasión es el arte en papel. He pasado muchas horas de dedicación, amor y paciencia para realizar algunos trabajos muy queridos. Tuve algunos grupos donde el tiempo que convivimos juntas hizo que la amistad naciera. Siempre he sido de carácter alegre, me ha gustado hacer reír, animar y ayudar a los que lo necesitaban. Aparento ser fuerte, cosa que no es cierta. Más de una vez he llorado a escondidas por cualquier cosa que me hayan dicho o hecho. Al verme por los suelos mí esposo ha tenido más de una vez que consolarme, en realidad soy muy sensible, pero nunca lo he demostrado por no destruir la imagen que tienen de mí. Pero lo importante es que las personas que me han conocido y aceptado, tal como soy, me recuerden con algo de cariño. Con eso me siento satisfecha de mi paso en este mundo.

Carmen Carmona Rodríguez

¿ANTONIO, PERO A DÓNDE VAS? —ME VUELVO PA' MI ESPAÑA QUERIDA (1936-2021)

(Alemania)

Esta es la historia de mi padre, Antonio Carmona Graciano, una historia que podría ser la historia de muchos otros emigrantes españoles, pobres y carentes de recursos económicos en los 70, la historia de muchas otras personas inmigrantes a día de hoy que vienen de otros países por motivos de necesidad y para ofrecer a su familia, y a ellos mismos, una oportunidad para sobrevivir y no malvivir.

Antonio Carmona, o Juanito como algunos le llamaban en honor a su padre, nació el 10 de marzo de 1936 en un pueblo rural y agrícola de Sevilla llamado El Rubio. Sí, un año complicado para nacer, es en el que empezó la Guerra Civil Española. Podríamos decir que mi padre fue un niño de la posguerra, y ese mismo año se quedó huérfano de padre. No fue por motivo de la guerra, o sí, según se mire. Un señorito —así me lo contaba mi padre— decidió dar una paliza a mi abuelo porque pensaba que simpatizaba con los rojos, dejándolo tirado en una cuneta. Mi abuela nunca supo más de él y no pudo ni darle sepultura. Y de esa forma comenzó la vida mi padre, sin conocer al suyo y en una situación total de pobreza. Al poco mi abuela se casó con el que fue "mi abuelo" y se portó como un padre con el mío. Sin embargo, las dificultades económicas que envolvían la situación familiar no

mejoraban mucho. Recuerdo siempre las palabras de mi padre: "yo pasé mucha hambre de pequeño", si alguna de las veces no me quería acabar el plato o decía que ya no podía más.

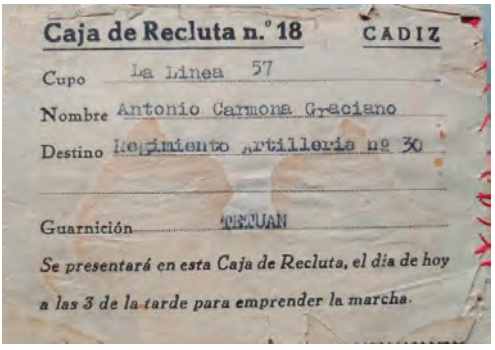
Una de esas veces me atreví a preguntarle qué le pasó de pequeño, y me dijo que tuvo que pedir en la calle, que se comía los mendrugos de pan duro que encontraba y, a veces, hasta la propia comida que echaban a los animales. Fueron tiempos muy difíciles y duros para los niños pobres y sin recursos, especialmente en zonas rurales. Una de las veces que me llevó a visitar su pueblo —tendría yo 30 años—, mientras caminábamos me confesó que no supo lo que eran unos zapatos de verdad hasta que tuvo 10 años. Él solo había llevado alpargatas de esparto y lona, nunca de goma. Al colegio solo pudo ir hasta los 9 o 10 años me dijo, ya que había que trabajar en lo que fuera para comer. Por ello solo sabía escribir y leer de forma muy básica, pero a él siempre le habría gustado estudiar y tener una educación. Recuerdo que me decía: "yo era muy jovencito y veía a otros niños ir al instituto desde la obra, y me moría de ganas de poder ir también yo". Él era el mayor y, por tanto, tenía que, junto a su padrastro, trabajar para poder traer comida a casa para su madre y sus otros tres hermanos —dos chicos y una chica—. Su padrastro vendía cosas que encontraba de pueblo en pueblo, así obtenía algo de dinero, aunque fue mi padre el que se responsabilizaba de toda la familia. Conforme mi padre se hizo mayor, empezó a trabajar en todo tipo de trabajos, en lo que fuera, en un pueblo o en otro, no importaba, todo para poder traer comida a su madre y hermanos.

Con el tiempo se mudó con su familia a otro pueblo, La Línea de la Concepción, donde pasó su adolescencia y parte de su juventud. Es importante describir dónde se encuentra esta localidad. La Línea de la Concepción es un municipio español del sur de la provincia de Cádiz, perteneciente a la comarca del Campo de Gibraltar, y que se asienta sobre el istmo arenoso que une el peñón de Gibraltar con la costa. Este dato es importante porque en la televisión salían personas migrantes que provenían de África y que querían y deseaban entrar a España, luchando incluso por su vida para tener un futuro mejor. Mi padre me decía: "Si supieras las veces que en una barquita mi amigo y yo nos acercábamos a pescar en las aguas de Gibraltar y teníamos que sortear las balas de los policías británicos para que no nos cogieran...". Él, a pesar de ser de una generación quizás más machista y racista, era capaz de ponerse en el lugar de estas personas y

empatizar con ellas. Años más tarde (1958), estando en La Línea, fue llamado al servicio militar. Su destino fue Tetuán (en árabe, تطاوان), en ocasiones conocida con el sobrenombre de “La Paloma Blanca”. Es una ciudad del norte de Marruecos, ubicada en las proximidades del mar Mediterráneo, cerca de Tánger y de la ciudad española de Ceuta, la antigua capital del protectorado español de Marruecos.

Un día de trabajo en La Línea.

En el servicio militar en Tetuán.


Caja de Recluta n.º 18 CADIZ

Cupo La Linea 57

Nombre Antonio Carmona Graciano

Destino Regimiento Artilleria nº 30

Guarnición TETUAN

Se presentará en esta Caja de Recluta, el día de hoy a las 3 de la tarde para emprender la marcha.

Reclutamiento servicio militar (1958).

REGIMIENTO DE ARTILLERIA N.º 30

Carmona (1.º Apellido)

Gracian (2.º Apellido)

Antonio (Nombre)

Art.º de la 12.ª Bateria del 4.º Grupo

A los solos efectos de identidad

Carnet servicio militar.

Padre y madre con primera hija (1963).

Al volver del servicio militar mi padre se trasladó con sus padres y hermanos a Morón de la Frontera, provincia de Sevilla, donde años más tarde conoció a mi madre, Mercedes Rodríguez Martín, casándose en el mes de febrero de 1963. Al poco nació mi hermana mayor (31 de mayo de 1963). Los motivos del casamiento eran obvios. Al año siguiente nació la segunda hija, y al siguiente la tercera. Desde que nació su primera hija, mi padre siempre había trabajado de lo que salía, pero aquella zona era principalmente agrícola y el trabajo escaseaba, motivo por el que tuvo que decidir emigrar para poder trabajar y traer el sustento a su familia.

Según diversas fuentes, como la Junta de Andalucía (año 2009), parece ser que la gran emigración andaluza de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, fue la de la emigración interna del campo a la ciudad y del interior hacia el litoral, pero también la salida hacia el exterior: casi dos millones de andaluces abandonaron la región hacia las zonas industriales españolas (Madrid o Barcelona principalmente) y los países europeos (Francia, Alemania o Suiza). Como consecuencia, el peso global de la población andaluza en España descendió del 20% al 17% entre 1950 y 1981.

Mi padre fue uno de esos emigrantes españoles. Tal y como se confirma y concuerda con los datos. En el proceso migratorio mi padre primero emigró de la zona rural y agrícola, del pueblo El Rubio a la Línea de la Concepción, zona costera, donde mi padre siguió intentando buscarse la vida. Allí aprendió a nadar, y poco a poco a amar la mar, algo que siempre nos inculcó a todas sus hijas, y luego a sus nietos y nietas. Pasados unos años, emigró a otra zona también agrícola, pero con una mayor población y recursos, Morón de la Frontera. La siguiente migración fue a Algeciras (Cádiz), donde estuvo tres años trabajando allí en la obra. En uno de esos años decidió llevarse a mi madre y mis tres hermanas mayores durante un año. La familia no terminó de acoplarse, motivando, junto a la finalización del contrato de trabajo, la vuelta de nuevo a Morón. De nuevo, como no encontraba trabajo decidió volver a salir. Había una empresa que le ofreció trabajar en el puerto de Barcelona, era el año 1967. En Barcelona, al igual que en los otros trabajos donde emigró, realizaba un gran

esfuerzo físico como peón de obra y soldador, especialmente este último en Barcelona. Estuvo yendo y viniendo un par de años más y, en 1970, dado que en Morón de la Frontera donde residía con su mujer y tres hijas mayores mi padre no podía encontrar trabajo, buscó otras alternativas.

Antonio Carmona durante su estancia en Barcelona (1967).

El flujo migratorio en España, que tradicionalmente había sido hacia América Latina entre 1901 y 1930, y en el que emigraron a estos países 2.638.000 españoles, se proyectó hacia Europa occidental en los años 60. Según las cifras oficiales del Instituto Español de Emigración (IEE) entre 1959 y 1973 emigraron al continente europeo un millón de personas (1.066.440); el 71% de los que salieron fuera de España en esos quince años. A diferencia de las emigraciones anteriores, en la década de los sesenta se da un movimiento migratorio de carácter rotativo. Al sumar los datos oficiales con los de los países receptores, se demuestra que de 1960 a 1969, la tasa media de salidas sin contrato era del 51,5% de los emigrantes, cifra que no controlaba la administración española, es decir, que fueron más de dos millones las personas que emigraron de nuestro país. Esto desmonta el mito de que la emigración española a Europa fue toda legal o regulada. En 1970 había emigrado uno de cada cuatro andaluces (1.611.791). En 1977 había más de un millón de españoles en países europeos, la mitad en

Francia y una cuarta parte en Alemania. Según los datos del gobierno, el primer Acuerdo entre el Gobierno del Estado Español y el Gobierno de la República Federal de Alemania sobre migración, contratación y colocación de trabajadores españoles en la República Federal de Alemania (RFA), fue suscrito el 29 de marzo de 1960 en Bonn. Este acuerdo resultó en un movimiento migratorio que el Gobierno español intentó controlar para evitar la marcha de obreros especializados y canalizar hacia el país germano el excedente de trabajadores no cualificados, preferentemente varones originarios de regiones agrícolas con alto índice de desempleo entre el peonaje agrario y mano de obra jornalera. Con este objetivo nació el Instituto Español de la Emigración con el que se intentó planificar y regular los flujos migratorios centralizando las ofertas de trabajo que llegaban del exterior. Pero la lentitud burocrática del sistema que se pretendía imponer y la fiebre migratoria que se desató en España en esa época provocaron que este "filtro" gubernamental fuera desbordado y muchos de los trabajadores que emigraron lo hicieran al margen de los canales oficiales.

Durante este primer periodo de la emigración española hacía Alemania, entre principios de los 60 y la crisis del petróleo de 1973 que canceló los acuerdos migratorios del país germano, cerca de 800.000 españoles se desplazaron a la RFA, mi padre fue uno de ellos. Fue una emigración de carácter rotatorio y temporal. El principal objetivo de los trabajadores españoles, incluido mi padre, era ahorrar lo suficiente para poder volver lo más rápidamente posible a España con un "colchón" económico. Esta circunstancia provocó que prácticamente el 80% de los españoles que trabajó en Alemania en esta época retornara a los pocos años.

A partir de 1973, año en que la crisis del petróleo puso freno a las migraciones laborales en toda Europa, en Alemania ya vivían 286.000 emigrantes españoles, constituyendo la quinta comunidad más numerosa de trabajadores extranjeros en el país germano y una de las más integradas. En aquella época, los principales asentamientos de trabajadores españoles en Alemania tuvieron lugar en las regiones de Renania del Norte-Westfalía, Hesse (región donde mi padre fue ubicado), y Baden-Württemberg. Más de un tercio de los españoles se instalaron en el "land" de Renania del Norte-Westfalia, zona industrial con núcleos notables en Dusseldorf y Remscheid. En torno a un veinte por ciento en cada uno se instalaron en los "lander" de

Hesse y Baden Wurtenberg. Principalmente se ocuparon, en el 70 por ciento de los casos, en industrias metálicas, químicas, de papel y textil. Un 22 por ciento encontró empleo en el sector servicios y un 8 por ciento se dedicó a la construcción.

Antonio Carmona, emigración a Alemania (1970).

Esta gran ola migratoria que comenzó con la creación del Instituto Español de Emigración en 1960 y los acuerdos migratorios con diversos países, se frenó en 1973 con la crisis del petróleo, como he comentado. Se cerraron las fronteras a nuevos emigrantes, pero siguieron llegando españoles por reagrupación familiar, la denominada segunda generación. En concreto, en el pueblo de mi padre, Morón de la Frontera, a partir de lo que allí se denominaba sindicato buscaban trabajadores no cualificados para hacerles un contrato y viajar a Alemania. Así que mi padre se enteró que buscaban personas para ir a Alemania, y con mucho dolor de su corazón y dada la necesidad real de su familia, decidió volver a salir, pero esta vez iba a ser todavía más duro por la distancia y condiciones climáticas. Mi padre no sabía bien a dónde iba ni a qué fábrica le tocaba trabajar, sólo sabía que tenía contrato, que estaría mínimo un año y que ganaría más dinero que en España. Así que en verano de 1970 cogió un tren que le llevó a Barcelona y, de allí, voló a Dusseldorf con otros españoles, pero no conocía a nadie.

Cuando él me explicaba su migración siempre lo hacía con lágrimas en sus ojos, y recordando lo duro que fue el estar allí, y mal que lo pasó. Se sentía como un animal, vivía en barracones, no entendía nada de lo que decían, y claro cómo se pasaban el día trabajando, tampoco podían socializar con personas de fuera de los barracones, él recuerda en sus historias que pasó mucho frío, que su jefe no era malo y que solo podía venir a ver a su familia una vez al año. Hoy en día con los teléfonos, y nuevas tecnologías estamos mucho más conectados y todo parece que es más fácil.

Antonio Carmona, emigración a Alemania (1972).

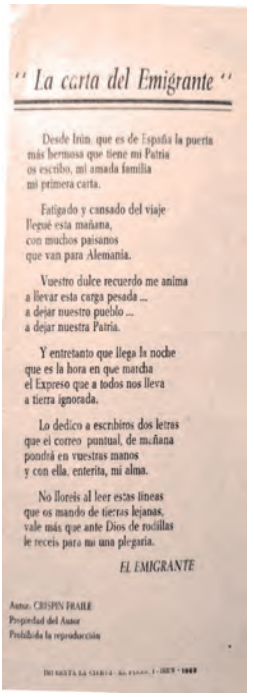
Pero en los años 70, un hombre casi analfabeto, y al que le costaba mucho escribir más allá de frases cortas, y con la responsabilidad de tres hijas a las que alimentar, su única fijación y motivación para seguir adelante en aquel país, era ganar dinero, enviarlo y darles una educación a sus hijas. Siempre me decía: "Estudia por favor, estudia, es muy importante". Desde 1970 a 1974 mi padre trabajó entre las ciudades de Albshausen y Oberbiel, en Alemania. En concreto, en la empresa de tornillos IBC Wälzlager GmbH, la cual continúa en la actualidad y con éxito la tradición de Robert Kling Wetzlar GmbH, fundada en 1918, en el campo de la tecnología de rodamientos desde hace más de 45 años en todo el mundo. Fueron 5 años durísimos. Mi padre no podía regresar en Navidad a casa porque no le daban las vacaciones durante ese periodo, así que se pasó 5 años casi sin volver en Navidad, solo en verano y si se podía, que no siempre era posible porque era muy caro el billete de avión y tren. Entre las fotos y cartas, encontré una postal que mi padre envió desde Irún una de esas veces que tuvo que marcharse, y que viajó en tren hasta Irún, y luego desde ahí eran enviados a los diferentes destinos, era una postal donde el emigrante expresaba su dolor, pesar por viajar a lo desconocido en Alemania.

Desde mediados de los años sesenta, y más claramente a partir de 1973, emigraron sobre todo cónyuges e hijos que se acogen a la reagrupación familiar. En 1974 el número de retornados por primera vez superó al de emigrados (con la sola excepción de 1967). Ocho de cada diez emigrantes españoles a Alemania acabó retornando. Así la población española en Alemania va reduciéndose paulatinamente hasta la crisis de la segunda década del siglo XXI.

Navidad en Alemania (1971).

Postal enviada o comprada en Irún.

En 1974, debido a la necesaria regularización de documentación que era obligatoria por el acuerdo firmado entre España y Alemania, mi padre tuvo que decidir si volvía para España o traía a la familia como habían hecho otros de sus compañeros. Mi padre me contaba que un día, uno de sus amigos que trabajaba en la fábrica con él le dijo: "Antonio, no te traigas a tu mujer y a tus hijas, van a estar muy tristes y van a sufrir mucho". Pasaron unos días después de aquella conversación. Un día mientras estaba trabajando, mi padre se levantó y empezó a caminar hacia la puerta de salida. Uno de sus compañeros que lo vio pensó que se había vuelto loco, que algo le pasaba. Y le dijo... "¿Antonio, a dónde vas?". Y él dijo: "me voy, me voy". "Me voy pa mi España querida".



" La carta del Emigrante "

Desde Irún, que es de España la puerta
más hermosa que tiene mi Patria
os escribo, mi amada familia
mi primera carta.

Fatigado y cansado del viaje
llegué esta mañana,
con muchos paisanos
que van para Alemania.

Vuestro dulce recuerdo me anima
a llevar esta carga pesada ...
a dejar nuestro pueblo ...
a dejar nuestra Patria.

Y entretanto que llega la noche
que es la hora en que marcha
el Expreso que a todos nos lleva
a tierra ignorada.

Lo dedico a escribiros dos letras
que el correo puntual, de mañana
pondrá en vuestras manos
y con ella, enterita, mi alma.

No lloreis al leer estas líneas
que os mando de tierras lejanas,
vale más que ante Dios de rodillas
le receis para mi una plegaria.

EL EMIGRANTE

Autor. CRISPIN FRAILE
Propiedad del Autor
Prohibida la reproducción

Texto "La carta del Emigrante", incluido en tarjeta postal.

Mi padre se volvió en el verano de 1974 a España, a su Morón de la Frontera. Había conseguido ahorrar un dinero, pero al volver de nuevo a la ciudad el desempleo en aquella zona volvía a ser lo que le esperaba. En aquel momento la empresa de construcción Dragados buscaba personal en Valencia, y mi padre, junto a mi madre y mi hermana mayor que tenía 14 años, fueron a ver un piso en Valencia, en concreto en Manises. Mis padres vieron apropiado ese piso y, pasado un mes, mis padres, mis tres hermanas, mi tío y mis abuelos migraron a Valencia. Pasados 3 años nací yo, en 1977, la cuarta de 5 hermanas. En 1980 mi hermana pequeña. Desde mediados de 1974 mi familia sigue residiendo en Manises, y es aquí donde hemos cultivado nuestras raíces. Sin embargo, la que relata esta historia en octubre de 2001 decidió también emigrar por motivos de mejora laboral. Pero a diferencia de mi padre, las condiciones con las que yo marché no eran las mismas. Había estudiado la carrera de psicología gracias al apoyo de mi familia. Siempre mi padre luchando y trabajando por todas, al igual que mi madre, que fundó junto a otras 7 compañeras una cooperativa de limpieza. Fueron tiempos difíciles, pero gracias a su esfuerzo diario de padre y madre las hijas que decidimos estudiar pudimos hacerlo, y gracias también al resto de hermanas.

Foto enviada desde Morón de la Frontera a mi padre en Alemania.

Ámsterdam el día de defensa de mi tesis doctoral (Groningen, 2006).

El destino de mi migración fue Holanda, a una ciudad universitaria llamada Groningen, donde fui para continuar mis estudios de doctorado en Psicología Social y de las Organizaciones. Al principio, con la concesión de una beca Erasmus de Doctorado, cobraba 245 euros. La habitación en la residencia eran 265. De nuevo gracias a que estuve trabajando el año anterior, junto al apoyo de mis padres, pude ese año sobrevivir allí. Además, estuve trabajando en diversos trabajos como telefonista de habla en español o limpiando en un bar, siendo este uno de los trabajos más duros que he realizado. Tenía que bajar al sótano y arrastrar contenedores de vidrio que después debía arrastrar por dos calles hasta llevarlo a un contenedor específico. Después de esas horas de trabajo me iba a duchar y a la universidad para seguir con mis investigaciones. Esos 9 meses fueron los más duros. Era la primera vez que salía de mi país y, además, tampoco dominaba el inglés tanto. Pero algo vio mi supervisor de la universidad que decidió contratarme durante 4 años más con un sueldo decente. Y así, en septiembre de 2006, defendí mi tesis. Mis padres y una de mis hermanas vinieron a la defensa. Para mi padre era la primera vez que viajaba por "placer" y no por deber de España al extranjero y, además, a una ciudad que se parecía bastante a la zona verde donde estuvo en su momento.

Recuerdo las palabras de mi padre: "Carmen, yo no entendía nada, pero miraba las caras del tribunal y veía como asentían cuando tú hablabas". Todo ese esfuerzo de lucha de mi padre y su migración, así como el esfuerzo de mi madre, tenía que devolvérselo haciendo que ellos pudieran venir a la defensa de mi tesis doctoral y que pasarán unos días de vacaciones "de verdad" en otro país.

La familia poco a poco fue creciendo, cada uno desarrollándose hacia un camino, y salvando los obstáculos que cada día se nos va poniendo, pero siempre teniendo en cuenta tus palabras papá: "trabajar, trabajar y trabajar", el esfuerzo y el tesón tendrán su recompensa. Tu legado papá, tus experiencias y todo aquel esfuerzo, sudor y lágrimas que depositaste en cada hora de trabajo nunca desaparecerán. Tu familia te lo reconoce, agradece y recuerda cada día.

Bautizo de tu nieto Carlos (2016).

Papá, mamá, hijas y nieto (2017).

83 cumpleaños de papá (2017).

85 cumpleaños papá (2021).

Papá (2021).

Gracias papá, tu familia nunca te olvidará.
(DEP, 27 de septiembre de 2021)

José Antonio Casas

EL EXILIO DE LORENZA

(Francia y Argentina)

Muchos recuerdos que guardo de mi abuela Loren remiten a su casa de la calle Entre Ríos 38, en Villa Carlos Paz, una pintoresca urbe turística cordobesa situada en la región central de Argentina. Su calidez, sus ricas comidas, su contagiosa sonrisa y, cuando no, su complicidad en darnos caramelos y algo de dinero para gastarnos en alguna que otra chuchería, seguirán bien guardados en mi memoria. Por muchos años, las vivencias de su esposo Luis Casas Ramos, un ex miliciano de origen argentino que participó en la Guerra Civil Española, marcó profundamente a la familia. Sabíamos que, en buena parte, nuestras vidas en Argentina eran la consecuencia de todo lo que le tocó pasar durante y después de esa guerra, y de ahí que cada pregunta que pretendía bucear por sus historias pasadas se centrasen en esos fatídicos años. Lorenza acompañaba con su mirada perdida los relatos de Luis, como si por un momento se olvidase que pisaba suelo argentino y volvía a sentir bajo sus pies su "tierruca" natal. Sólo ella sabía que pasaba por su mente, aunque con el pasar de los años y los datos conseguidos no me caben dudas que varias de esas añoranzas remitiesen a sus padres y hermanos, quienes en su gran mayoría se quedaron y formaron sus familias en ese suelo francés que los recibió, en un primer y aciago momento, como exiliados.

Pese a ese sentimiento de culpa por no haberme interesado más en su historia mientas vivía, me centraré en ver el vaso medio lleno y, desde los recuerdos que aún conservo y la información que he podido obtener hasta el presente, trataré de construir un relato de su vida que haga honor a lo que significó para mí y, no me cabe duda,

Lorenza Castillo Venero.

Acta de Nacimiento

Partida de nacimiento de Lorenza Castillo Venero.

para toda su descendencia. La abuela Loren, desde su más profunda humildad y ternura, fue un apoyo siempre presente, el que aún hoy nos acompaña y nos sigue regalando una sonrisa cada vez que la vemos en una fotografía o nos acordamos de alguna anécdota con ella. Ojalá estas líneas le hagan, aunque sea mínimamente, un justo homenaje.

SUS AÑOS CÁNTABROS

Cuando decidí conocer más la historia de mi abuela Loren en tierra europea, de ella sabía poco más que su fecha de nacimiento (27 de febrero de 1910), su región de nacimiento (Cantabria), y que sus hermanas y hermanos habían quedado en Francia y allí habían formado sus propias familias. Como se puede observar, el conocimiento que tenía de su primera etapa de vida era muy escaso. Además de los recuerdos que tenía de ella, una de las fuentes disponibles era recabar de mi tío Antonio Casas, uno de sus hijos, antecedentes de la familia de su madre. Por otro lado, decidí con los datos disponibles empezar a pedir sus partidas de nacimiento y matrimonio en España y Francia, respetivamente. Con esas fuentes iniciales, puedo ahora empezar a delinear una breve reseña de los primeros años de Lorenza.

Leyendo su certificado de nacimiento, lo primero que puedo destacar es que su padre se llamaba Antonio Castillo Obregón, de 25 años de edad y casado con Sofía Venero Buenaga. Ambos vivían en San Andrés, una barriada del sur de Los Corrales de Buelna, lindera al pueblo de Somahoz. Esta localidad se haya situada en la comarca cántabra de Besaya y apenas cuenta con una población de poco más de diez mil habitantes. El paisaje que la rodea es muy parecido al de Villa Carlos Paz, con sus sierras de baja altura y algunos ríos como el Besaya que la atraviesan. La casa de Antonio y Sofía se había construido bajo los típicos parámetros edilicios de la zona, destacándose por la utilización de la piedra como principal material de construcción. Tenía una planta baja y habitaciones en la parte superior. Se accedía a la puerta principal por una pequeña escalera de cemento, que constaba de cuatro escalones. Esos datos los he podido extraer luego

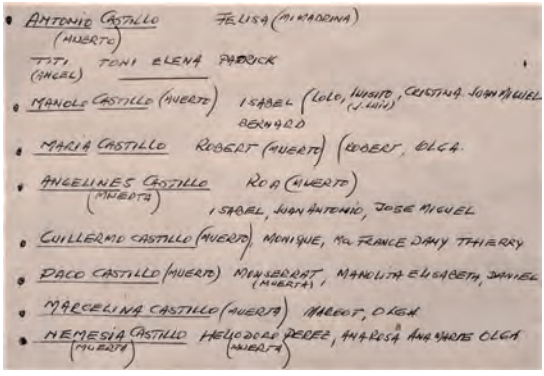
de observar las fotos que en el lugar sacó mi tío Antonio, quien visitó Los Corrales de Buelna a principios del 2000. También, y gracias a esas imágenes, pude localizar el sitio donde estaba emplazada la casa de los Castillo Venero. La tarea no fue nada sencilla. Las fotografías estaban tomadas desde planos muy cercanos y, por tanto, me costaba poder identificar el contexto en el que se hallaba. Gracias a herramientas digitales como el Google Street View, y observando las viviendas que rodeaban la casa de Lorenza, pude finalmente hallar su ubicación. Ésta se ubicaba en el barrio de San Andrés, en una esquina muy cerca de río Redondo. Así mismo, me di cuenta que la vivienda ya no seguía siendo parte del paisaje barrial, habiéndose transformado ese espacio en el patio de la única casa con la que limita. Seguramente, la casa fue derribada por su avanzado estado de deterioro, ya que las leyes municipales no permiten que se mantengan este tipo de estructuras por el peligro de derrumbe que conllevan.

Volviendo a la partida de nacimiento, constato que Antonio Castillo se presentó el 1 de marzo de 1910 a solicitar la inscripción del nacimiento de su hija Lorenza, quien había nacido en su casa el 27 de febrero a las 13 horas. Declaraba, además, ser jornalero, mientras que Sofía, su esposa, tenía 19 años, vivía en el mismo domicilio y se dedicaba "[...] a las labores propias de su sexo". Como dato llamativo, el acta también informaba de quiénes eran los abuelos de la niña. En el caso de los progenitores de Antonio, el padre era Francisco Castillo Vega y su madre María Cruz Obregón, ambos con domicilio en Somahoz. En el caso de Sofía Venero, su padre era Francisco Venero Seco y su madre Jacinta Buenaga, oriundos de Bárcena Pie de Concha y

Fotografías tomadas por Antonio Casas en la casa de la familia Castillo Venero, en Los Corrales de Buelna.

Cieza, respectivamente. De este modo, pude acceder a conocer los nombres y la procedencia geográfica de mis bisabuelos y tatarabuelos cántabros.

Lorenza fue la primera de los nueve hijos de Antonio y Sofía. Sus nombres logré conocer a través de mi tío Antonio, mientras que pude conseguir sus fechas de nacimiento a través de diversos archivos en genealogía e historia de Francia y España: Manuel "Manolo" (1/12/1923), Francisco "Paco" (24/12/1920), Guillermo (25/8/1929), Antonio (29/8/1921), María (7/2/1913), Angelines (3/8/1926), Marcelina (1911) y Nemesia (23/5/1922). El parecido con sus hermanas, que logro ver a través de esas mismas fotografías del viaje de Antonio, es sorprendente. Aún me queda saber cómo fueron esos años de su infancia y adolescencia, pero aspiro a aprender algo de esa época cuando pueda volver a territorio español, o bien de poder entrevistarme con los descendientes de sus hermanos. El último dato que me permite saber algo más de la vida de Lorenza en suelo cantábrico es un documento al cual pude acceder recientemente. En este, se dice que Lorenza había trabajado en la empresa Forjas de Buelna, una de las más grandes de su época en la región. Allí trabajó entre el 1 de marzo de 1925 (con quince años recién cumplidos) y el 20 de agosto de 1937, en vísperas de la caída inminente de Santander en manos de las tropas franquistas. Por este periodo laboral, le fue reconocida años después una merecida pensión.

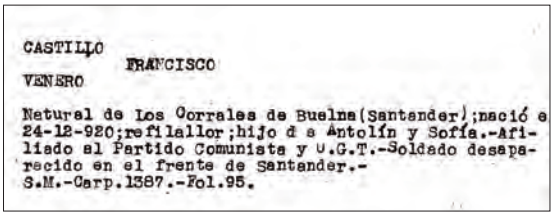


Lista de los hermanos y hermanas de Lorenza, así como de sus esposos y esposas y sus hijos, elaborada por Antonio Casas.

EL EXILIO

Lo único que sabía de las razones que llevaron a Lorenza a Francia, donde finalmente conocería a su futuro esposo y padre de sus hijos, era por la guerra civil española. Me habían contado que su familia había marchado de Santander antes que llegaran los franquistas, y que se habían radicado en el sur de Francia.

Hasta hace pocas semanas atrás, desconocía las razones de ese exilio. Pero, gracias a una de esas tantas búsquedas iniciadas en el Google accedí a una noticia que podía llegar a conducirme a encontrar algún indicio o dato que me ayudase a encontrar las respuestas a esta inquietud. Se trataba de la presentación del libro *Mujeres cántabras en el exilio republicano*, obra de investigación llevada a cabo por el historiador santanderino José Ramón Saiz Viadero con la colaboración de Patricia Gómez Camus. Cuando, por fin, pude contactarme con él por medio de un correo electrónico, fue muy amable y me dijo que iba a tratar de encontrar información de la familia de mi abuela. Poco tiempo después, recibí otro *e-mail* suyo, con los nombres de cuatro personas que, en aquellos años treinta, llevaban el mismo apellido de mi abuela y eran, como ella, oriundos de Los Corrales de Buelna. La información provenía de las fichas de los expedientes que se encuentran en el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca (CDMH), y que pocos días después pude comprobar a través de la página web de esta institución. La principal característica que unía a tres de ellos, además de las mencionadas anteriormente, era que habían sido militantes comunistas. Puedo dar por casi seguro que uno de ellos, Francisco, sea el Paco que anotó mi tío como uno de los hermanos de Lorenza. Como es fácilmente deducible, Paco es el apodo que, generalmente, se les otorga a aquellos que se llaman Francisco. Pero, como es de suponer, esto por sí solo no basta. El otro dato que me lleva a creer que es su hermano es que en la información adicional que traen esos nombres, se afirma que sus padres son Antolín y Sofía, tal como se llamaban los padres de mi abuela.

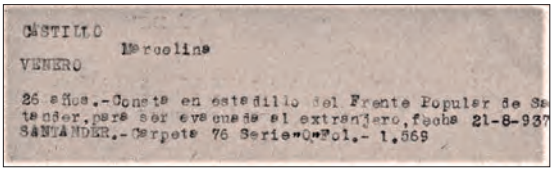


CASTILLO
VENERO
FRANCISCO

Natural de Los Corrales de Buelna(Santander);nació e 24-12-920;refilallor;hijo d e Antolín y Sofía.-Afiliado al Partido Comunista y U.G.T.-Soldado desaparecido en el frente de Santander.-
S.M.-Carp.1387.-Fol.95.

Ficha de Francisco Castillo Venero. Centro Documental de la Memoria Histórica. DNSD-SECRETARIA, FICHERO, 11, C0116294.

Con respecto a los tres nombres restantes, aparecen dos que me llaman la atención: José y Galo. También figuran como militantes comunistas de Los Corrales. En un primer momento no disponía de más data que me permitiese suponer algún parentesco con la familia de mi abuela. Sin embargo, hablando con mi tío recordaba que un hermano de su abuelo Antonio y una hermana de su abuela Sofía se habían casado. De allí que, es probable, que Galo y José fuesen sus primos.


CASTILLO
Marcelino
VENERO
26 años.-Consta en estadillo del Frente Popular de Santander,pero ser evacuado al extranjero,fecha 21-8-937
SANTANDER.-Carpeta 76 Serie-C-Fol.- 1.569

Ficha de Marcelino (sic) Castillo Venero. Centro Documental de la Memoria Histórica. DNSD-SECRETARIA, FICHERO, 11, C0116298.

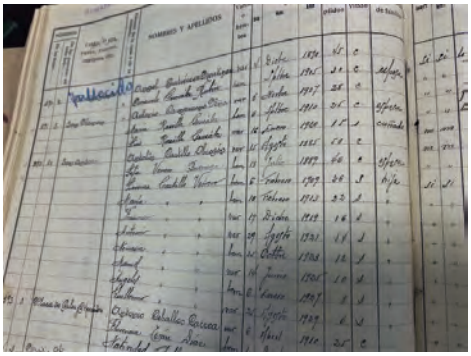
Un caso especial acontece con el último nombre que aparece con el apellido Castillo Venero. En la lista de los hermanos y hermanas de mi abuela que aportó mi tío, figuraba el nombre de Marcelina. Al observar la última ficha que hacía referencia a una persona apellidada Castillo Venero, salía el nombre de Marcelino. En un principio, la duda que tenía era develar si se trataba de la misma persona que anotó mi tío, pero en femenino, o bien si eran dos personas distintas. Luego de acceder a una imagen de la ficha del expediente, pude comprobar que hacía referencia a Marcelina Castillo Venero, por lo que mi tío había acertado y el error devenía de la elaboración de esa tarjeta.

Más allá de todos estos interrogantes, la información que pude obtener del CDMH es clave para entender los motivos por los que la familia de mi abuela se marchó de su "tierruca" a territorio francés. La militancia comunista de los hombres de la familia Castillo Venero, así como la represión desatada en Cantabria luego de la ocupación total franquista a finales de agosto de 1937, son factores de primer orden para explicar los motivos de esta marcha y el exilio posterior.

La correspondencia mantenida con el historiador Saiz Viadero también me permitió acceder a un valioso documento que provenía del ayuntamiento de Los Corrales de Buelna. Se trataba de los datos que provenían del padrón municipal de habitantes de 1935 del pueblo de Somahoz, barrio de San Andrés. Allí estaban anotados tanto los padres de mi abuela, como todos sus hijos. De este modo, la familia Castillo Venero se encontraba en España hasta, por lo menos, las vísperas del inicio de la guerra civil.

Pero, ¿por qué marcharon a Francia? Era, por cuestiones geográficas y políticas, la vía más accesible para librarse de las represalias franquistas. Francia quedaba a poca distancia de Cantabria, y además contaba con un gobierno de izquierda, lo cual le hacía un lugar receptivo para aquellos exiliados perseguidos por ideas políticas similares a las de las fuerzas que gobernaban ese país. El viaje podía ser de dos maneras: por mar, saliendo en alguna barca de Santander o Asturias, o por tierra cruzando la región vasca o catalana. En el caso

de Lorenza, la tarjeta de residente extranjero en Francia indica que cruzó la frontera en febrero de 1939. De acuerdo con una solicitud por asistencia presentada por su madre Sofía en 1938, llegaron a Francia por alguno de los puestos fronterizos situados en Cataluña.



Padrón municipal de Somahoz de 1935, enviado desde el Ayuntamiento de Los Corrales de Buelna.

Tarjeta de residente extranjero en Francia de Lorenza Castillo Venero.

En cuanto a la región o localidad en la que se asentaron en Francia, muy posiblemente la familia se haya radicado originariamente en Burdeos, ciudad donde Lorenza conoció a mi abuelo Luis y donde nacieron sus dos hijos. Precisamente en esa urbe comenzaría una nueva etapa en su vida, y de la cual quien escribe le debe su propia existencia.

EL COMIENZO DE UNA NUEVA VIDA

Otro de los períodos que nada sé de Lorenza es cómo vivió su familia durante los primeros años de su exilio en Francia. Espero que, si algún día puedo visitar ese país, pueda recabar en sus familiares aquellos datos que me permitan vislumbrar, aunque sea a rasgos muy generales, aquellos tiempos tan difíciles de exilio y desarraigo. Lo que puedo inferir de esos años provienen, sobre todo, de los relatos que su esposo Luis dejó escritos en su libro autobiográfico “Sangre y Tragedia”, publicado en el año 1984 en Villa Carlos Paz.

Todo cambiaría un día de los últimos meses del año 1940. Fue entonces que conoció a Luis Casas Ramos, un ex combatiente republicano que hacía poco tiempo había llegado a Burdeos luego de trabajar en las Compañías de Trabajadores Extranjeros en la Línea Maginot y

escapar, poco después, de la invasión nazi. Un aspecto llamativo de Luis era su origen argentino, pues había nacido el 13 de octubre de 1913 en Buenos Aires. Precisamente por ello, Luis y su amigo Andrés, también argentino de nacimiento, se dirigieron a Burdeos, pues allí había en esos años un consulado de este país sudamericano. Esta delegación diplomática se situaba en uno de los frentes de la Plaza de Quinconces, y esto quizás explique que las dos viviendas en que residió Luis en esa ciudad se hallaban próximas a ese edificio.

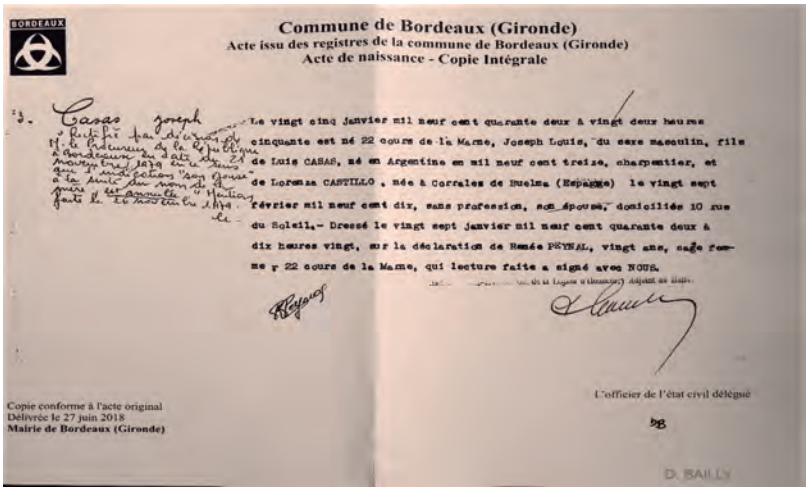
La primera dirección que habitó Luis y sus compañeros argentinos exiliados estaba en la Rue des Frères, tal como lo describe en sus memorias:

> *"A partir de entonces, alquilamos una casa en una calle llamada Rue des Frères, la cual contaba con tres habitaciones, cocina y comedor; el baño estaba en la planta baja, y nosotros teníamos el primer piso. Los primeros días dormimos en el suelo, pero más adelante compramos paja y cada uno se hizo su colchón."*

Muy cerca de esa casa encontraron trabajo en un almacén de papas. Poco después, pasaron a trabajar como armadores de barracas para el ejército alemán. En esa época conoció a Lorenza, con quien decidió irse a vivir a un modesto departamento de la calle Rue du Soleil. Luis siguió en ese empleo hasta que un contratista los denunció por no querer hacer un trabajo. Como recuerda en sus memorias, si bien la justicia local les dio la razón, pues se trataba de una tarea que no les correspondía y que Luis y sus compañeros sólo estaban dispuestos a hacerlo cobrando lo mismo que lo que ganaban por sus faenas habituales, la justicia militar alemana los condenó a pasar 13 días de cárcel en la prisión del Fort du Hâ. Al salir de ese trágico presidio, donde eran torturados los detenidos de la Resistencia, lo esperaba Lorenza, demostrándoles esa fidelidad y apoyo que los mantendría unidos hasta el resto de sus vidas.

Luego de recuperar sus fuerzas, Luis y sus compañeros de grupo volvieron a trabajar, esta vez para una empresa contratista distinta, aunque paradójicamente respondía al titular de la empresa que los habían denunciado. El trabajo era duro, pero la paga no dejaba de ser buena. En ese clima un poco más propicio, vino al mundo el primer hijo de Luis y Lorenza, José Luis. Mi padre nació en Burdeos el

25 de enero de 1942, y todavía recuerdo a la abuela Loren cuando contaba que mientras paría a mi padre podía escuchar el tronar de las bombas.



Commune de Bordeaux (Gironde)
Acte issu des registres de la commune de Bordeaux (Gironde)
Acte de naissance - Copie Intégrale

Le vingt cinq Janvier mil neuf cent quarante deux à vingt deux heures cinquante est né 22 cours de la Marne, Joseph Louis, du sexe masculin, fils de Luis CASAS, né en Argentine en mil neuf cent treize, charpentier, et de Lorenza CASTILLO , née à Corrales de Buelna (Espagne) le vingt sept février mil neuf cent dix, sans profession, son épouse, domiciliés 10 rue du Soleil,- Dressé le vingt sept Janvier mil neuf cent quarante deux à dix heures vingt, sur la déclaration de Renée PEYRAL, vingt ans, sage femme r 22 cours de la Marne, qui lecture faite a signé avec NOUS.

L'officier de l'état civil délégué

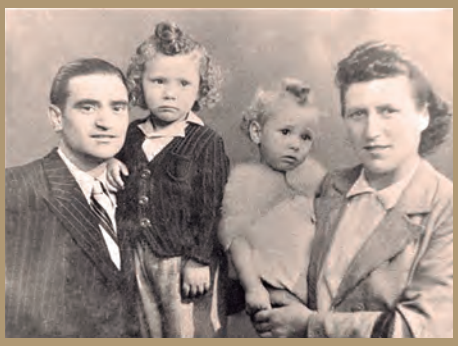
Copie conforme à l'acte original
Délivrée le 27 juin 2018
Mairie de Bordeaux (Gironde)

D. BAILLY

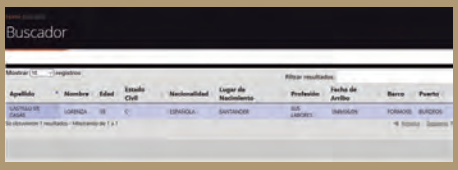
Certificado de nacimiento de José Luis. Escritura de los registros del municipio de Burdeos.

Hacia fines del año 1942, Luis y sus compañeros recibieron una nota de la comandancia alemana para que se presentasen en sus oficinas. Teniendo presente la experiencia anterior, decidieron marcharse de Burdeos hacia el departamento de Las Landas, una región maderera donde se dedicaron a elaborar carbón. En esa zona boscosa operaban los maquis, y como relata Luis era difícil que los nazis se atreviesen a entrar, ya que ello le implicaría fuertes bajas. Pocos meses después el grupo retornó a Burdeos, en vista de que ya la guerra se presentaba muy desfavorable a los alemanes y, además, la evasión a la citación que habían hecho no representaba amenaza alguna. En esos días Lorenza estaba nuevamente embarazada, y la incertidumbre y los riesgos que se avecinaban con el hostigamiento al ejército germano en la capital girondina hacían necesaria la toma de medidas de seguridad para la familia. Fue así que tomaron la decisión de que Lorenza y José Luis viajasen y se instalasen en Casteljaloux, una pequeña localidad del departamento de Lot et Garonne, donde vivían la mayoría de sus hermanos y hermanas.

Mientras tanto, Luis se comprometió de lleno con las acciones de desestabilización hacia las fuerzas de ocupación alemanas. Una vez



Luis y Lorenza posan con sus hijos José Luis y Antonio. Francia 1946-1947.



Registro de entrada de Lorenza al puerto de Buenos Aires el día 6 de junio de 1949. Registro digitalizado del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericano (CEMLA).

concluida la guerra, la familia (ahora con un integrante más, Antonio, quien había nacido el 25 de enero de 1944) vivió un tiempo más en Burdeos, hasta que decidieron mudarse a Casteljaloux. En esa pequeña localidad, finalmente Luis y Lorenza se casaron el 6 de marzo de 1948.

Al año siguiente, la familia pudo conseguir los permisos de residencia en Argentina. En los primeros días de mayo, abordaron el buque Formose con destino a Buenos Aires, ciudad a la que arribaron el 9 de junio de 1949, tal como se puede constatar en los archivos digitales del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericano (CEMLA).

LA ÚLTIMA MORADA

Al principio, la familia se radicó en Buenos Aires, donde vivían algunos familiares de Luis. Poco después, Luis debió viajar a una pequeña pero pujante localidad turística de las sierras cordobesas llamada Villa Carlos Paz. Allí debía hacer unos trabajos de carpintería en el hotel del gremio ferroviario de La Fraternidad. Al conocer el lugar, recordó las palabras de una tía suya que siempre decía que era el mejor sitio para ir a vivir. Luis quedó prendado de la villa serrana, y una vez que volvió a Buenos Aires convenció a Lorenza para mudarse a Villa Carlos Paz. Allí le estaría esperando trabajo en la constructora de Ricardo Moral, un reconocido empresario de esa población mediterránea.

La historia que sigue transcurrió ya sin los apremios de la guerra y las persecuciones políticas. Lorenza y Luis pudieron volver recién a España y Francia el 27 de abril de 1979, 40 años después de verse obligados a abandonar España y 30 años luego de dejar Burdeos a bordo del Formose, aunque esta vez a bordo de un avión de pasajeros. De esta manera, tuvo la posibilidad de volver a encontrarse con sus hermanas y darles ese abrazo tan largamente postergado. También fue el momento para conocer a sus sobrinos, algunos de los cuales ya tenían sus propias familias. Luis volvería unos años más tarde a

visitarlos, pero ya Lorenza por su avanzada edad no alcanzaría a hacerlo. Ya entonces los hijos de Lorenza y Luis habían formado sus propias familias, y las visitas de los nietos eran recompensadas con sus ricas comidas.

Lorenza sufrió el golpe más duro de su vida cuando le comunicaron que uno de sus hijos, José Luis, había sido asesinado una tarde de septiembre de 1986 por la pareja de su segunda ex esposa. La primera esposa había sido Carmen, quien luego de darle tres nietos no pudo superar un cáncer y falleció el 20 de noviembre de 1980. Lorenza vivió un dolor inmenso, pero nunca dudó en seguir adelante y superar una vez más los difíciles obstáculos que se le presentaban. Finalmente, alcanzaría a vivir hasta los 89 años, cuando aquel 31 de mayo de 1999 dejó de estar con nosotros tras padecer un edema agudo de pulmón.

Siempre supimos que ni Luis ni Lorenza vivirían mucho más tiempo después que uno de ellos partiera de esta vida. Y no nos equivocamos. Luis, como preveíamos, fue perdiendo su vitalidad tras la muerte de Lorenza, mientras su salud empezaba a desmejorar drásticamente. Recuerdo que nos quedamos con Antonio aquella última noche del 1 de marzo de 2000 en su casa, cuando ya no había nada más que hacer. Al despertarnos, nos dimos cuenta que Luis también se había marchado. Hasta allí había llegado "Sasca", el nombre de guerra que le habían puesto sus camaradas de las milicias cenetistas, y que ni las balas, ni los obuses ni los campos de concentración en Francia habían podido acabar con él. Sin Lorenza se quedó sin fuerzas para seguir, y hoy creo más que nunca que estén donde estén, Luis y Lorenza permanecerán juntos para siempre.

Estoy seguro que Lorenza nunca se imaginó que se casaría con un argentino en Francia y acabaría formando una familia y viviendo el resto de su vida a tantos miles de kilómetros de su tierra natal. Pero fue lo que la vida le fue presentando y ella acabó modelando con sus decisiones. Nada fue fácil después de aquel agosto de 1937, pero Lorenza jamás se rindió. Ojalá las generaciones que son tributarias de esta historia no dejen de tener presentes a la abuela Loren, y encuentren en ella una inspiración para enfrentar los momentos más duros que se les presenten. Gracias por todo, abuela Loren. Nunca te olvidaremos.

Santos Cejudo Sánchez-Bermejo

CARMEN

(Francia y USA)

La mujer esperaba sentada en un sillón con la cabeza inclinada sobre su propio brazo. La habitación estaba caldeada y olía fuertemente a ese manojo de claveles rojos y blancos que ella misma acababa de comprar. Les cortó un poco el tallo y las colocó en agua fresca dentro de un jarrón junto a la ventana. Entonces se sentó a esperar. La mariquita de puntos amarillos —rara especie en aquella zona y más en invierno—, que saltó espontánea de uno de los claveles al visillo, atrajo su perdida mirada como si la despertara. La libertad ganada por ese diminuto bichejo le recordó sus constantes ansias por salir de aquella España de nieblas, lluvias y hollín que tantas veces le había descrito a su amigo Ramón en sus cartas.

Diez años de incansable carteo dan para mucho, y en esos diez años, no solo el constante ir y venir de cartas se había mantenido, sino que la frecuencia, si cabe, se había intensificado. Cada vez era menor el tiempo que Ramón tenía que esperar una carta de Carmen, o Carmen de Ramón: no pasaban ni tres días antes de que Antonelli, si le pillaba en Roma, Françoise, si andaba por París o Martín si estaba de descanso en su casa de Cercedilla, en la sierra norte de Madrid, la espabilaran ondeando una de esas cartas al viento. Siempre el mismo tipo: matasellos americano; estampado de olas azul y rojo en la parte superior-derecha; una inscripción de letras grandes, pero en minúscula “San Diego, California”. Se sabía cuándo eran de Ramón porque normalmente la carta iba acompañada de un paquete que contenía una de sus últimas novelas, o recortes de sus publicaciones en el periódico de la semana, o alguna de sus lúcidas ponencias impresas en la universidad.

"Ramón supo entenderme mejor que nadie", pensaba Carmen mientras seguía esperando a que el teléfono sonara con la desesperanza de saber, que fuera cuando fuese, sería para confirmar malas noticias. "¡Qué suerte haber contado con un amigo tan clarividente! Supo consolarme, aún no sé cómo: él, con esa rabiosa capacidad de resistencia, ansiando volver a esa España que sin embargo a mí me aprisionaba y me asía en la angustia del hastío". Se levantó, se acercó a la ventana y corrió un poco el visillo para ver entrar la tímida luz de enero por el cristal. Entonces se sentó delicadamente en la cama, suspirando. "Paradojas. Sátiras de la vida".

El visillo seguía moviéndose por la leve corriente que se filtraba a través de la ventana de madera. Con el movimiento, la mariquita saltó a la estantería llena de libros que había apoyada a la pared contigua. Carmen la seguía con la vista. Se posó sobre el libro "Nada", y empezó a recorrer arriba y abajo el grabado del canto: "*Carmen Laforet*". La mujer se reconoció a sí misma, pero cuarenta años más joven. Su primera novela. A Ramón le gustaba recordarle aquello de "tuviste la rara fortuna de empezar con una obra maestra" en muchas de sus cartas. Aquel recuerdo la hizo sonreír. No era ella de vanagloriarse, pero esa novela la hizo famosa en el mundo entero. Sin embargo, y lo pensaba ahora serena, el mayor beneficio que le trajo "Nada" fue su amistad con Ramón. Aún no podía creerse que hubiera tardado casi veinte años en responderle aquella primera carta de felicitación por el premio Nadal de literatura. ¡Veinte años esperando una respuesta! Esbozaba una sonrisa mientras traía a sí ese recuerdo. ¿Qué habría estado pensando Ramón todo aquel tiempo? ¿Creería que yo no le querría contestar? ¡Pobre! Realmente Carmen había tardado casi veinte años en responder a su primera carta por encontrarse abrumada y un tanto turbada por contestar a alguien de tal altura literaria. Sí, la pereza también había hecho su parte.

Mientras Carmen paseaba su mirada por las filas de libros de esa abarrotada estantería, milimétricamente organizada, pero cargada de tantas y diversas obras de arte, no hacía más que agradecer "¿quién me iba a decir, que tras responder esa primera carta casi veinte años después, iniciaría uno de los viajes más apasionantes de mi vida al centro de una relación que me trascendería a mí misma?". Una amistad fraguada, alimentada y vivida en la adultez nada tiene que ver con los amigos de siempre: aquí no había miedo a

rozar el peligro; la posibilidad de quemarse podría ser apagada por el recelo a extinguirse; aquí el error no tiene camino de vuelta, se paga caro; hay un riesgo continuo. Si no lo alimentas, se pierde. Al amigo de siempre, siempre lo tienes. Siempre te tiene. Ramón no era eso para ella, él vino en otro momento, y a otra cosa: los límites de lo que es y no la amistad siempre andan más difusos aquí. Pero igualmente, la soledad se encuentra más acompañada: es un amor más real, más libre; elegido, no dado; ganado, no regalado. Hay cariño, hay ternura, hay afecto, y los saboreas. Te puedes ver a ti mismo experimentándolos, porque no te son espontáneos. Esos sentimientos, ahora, los degustas a boca llena. Carmen sabía que una amistad en la adultez podría, paradójicamente, decirse más volátil y profunda a la vez.

La mariquita de puntos amarillos iba y venía de estante en estante, ahora parada sobre los libros de filosofía, aquellos primeros flirteos con el existencialismo de cuando era estudiante en Barcelona. Iban y venían, también, aquellas cartas a través del Atlántico. Era un chorreo constante. En esas infatigables cartas, Ramón y Carmen hablaron de todo. No hubo tema que no se abordase, por embarazoso que fuera. Ni al marido de Carmen o cualquiera de sus cinco hijos, ni a esas amigas o incluso exmujeres que entraban y salían del piso de Ramón con asiduidad, les llegó nunca a pasar si quiera por la cabeza, que esa amistad, vivida vía aérea, pudiese nunca tornar en algo más. Cierto es que Ramón alguna vez intentó flirtear con ella. Carmen, ahora, lo recordaba sentada en su mullida y bien acomodada cama, mientras esperaba a que sonara el teléfono. Pero más cierto aún es que ella supo orientar el timón de aquella relación, entonces gestante, en otro sentido desde el primer momento. Y Ramón no solo lo aceptó de buena gana, sino que se encontró consigo mismo, y el lugar que esta relación realmente ocupara en su corazón en todo momento. ¡Tres años de incansable carteo les costó a los dos empezar a tutearse! Y eso lo dice todo.

Las pisadas fuertes de una energética joven subiendo por la escalera la distrajo de estos pensamientos. Carmen tornó la cabeza hacia la pulcra puerta mientras Cristina la abría.

— *Mamá, la comida está preparada, bájate, desde el salón se puede oír el teléfono también.*

—Comed sin mi hoy, por favor —Carmen se encontraba a gusto reviviendo su historia una y otra vez en su cabeza, ahora bañada en gris por sus sesenta y una primaveras.

—¿Te subo aquí la comida?

—No, no, por favor, prefiero estar sola un ratito más —Cristina, también escritora, sabía de la hondura a la que cala la pérdida de un compañero de camino. Y tratándose de Ramón, con quien había tratado de más joven cuando estudiaba en los Estados Unidos, mucho más.

—Mamá —Giró la cabeza Cristina cuando estaba a punto de salir por la puerta.

—¡Si, ya lo sé! Tú también lo echarás de menos —Contestó Carmen sin volver si quiera la cabeza.

—Nunca olvidaré su consigna teresiana "quien no vive para servir, no sirve para vivir" —y las dos se echaron a reír suavemente, pues siempre les pareció de gran osadía el que él sacara a relucir estas consignas estuviera con quien estuviera.

—Siempre fue Ramón muy de Santa Teresa —Concluía Carmen la meliflua risotada.

—¡Sí, y de Franco! —Volvió Cristina de nuevo a traer las risas a la habitación. Parecía como si Carmen necesitase ese momento de catarsis. En su ensoñación, estaba falta de sacar a la luz también lo que le hacía gracia de él.

—El pequeño Cesarito, como escribía tantas veces —decía Carmen mientras volvía a ensimismarse en sus recuerdos—, la única persona a la que realmente llegó a odiar. A él, y solo a él, culpó del asesinato de su primera mujer en el 39, el verdadero amor de su vida, antes de tener que exiliarse de España para siempre. En ese momento, el teléfono sobresaltó a las dos, que para entonces ya estaban más serias. Cristina, con un respeto sublime por lo íntimo, salió, dejando a su madre a solas. Solo le llevó un minuto recibir el mensaje.

—Gracias Andreíta —contestaba Carmen mientras entornaba la ventana para tomar aire de fuera—, así lo quería tu padre. Ahora podrán navegar hacia oriente y occidente sus cenizas, y quien sabe si algún día, finalmente, rozarán suelo hispano.

—En ese momento la mariquita saltó, de un brinco se coló por la apertura hacia la calle, y echó a volar.

En memoria de Ramón J. Sender y esas amistades que trascienden.

Andrea Paola Cilleruelo García

CILLERUELO… DE IDA Y VUELTA

(Uruguay)

COMIENZOS

El primer recuerdo, cual idea fuerza viene a mi memoria… Transcurre el año 1984, soy Andrea. Hija de Isabel y Manolo, hermana menor de Silvia. Mamá es uruguaya, trabaja incansablemente en los tejidos, papá es raudense (lo aprendí mayor) y trabaja en la planta frigorífica pesquera "Decano" (inexistente en la actualidad). En este tiempo tengo 8 años y estoy en tercer grado de la escuela pública. Vivo frente a una quinta de frutales inmensa. La casa es humilde, construida con sacrificio, esfuerzo y las manos de mis padres. Ubicada en la "Villa de los Ingleses", a dos quilómetros de la ciudad de "Progreso", Departamento de Canelones, República Oriental del Uruguay.

Estoy enferma y son días de estar en casa porque tengo hepatitis. Esa tarde está presente en mi memoria y sentidos. Es invierno, la luz del sol entra por los vidrios de la ventana del cuarto nos acarician el rostro e iluminan sus ojitos claros. Mamá fue hasta Progreso a llevar a Silvia a la escuela. Papá está conmigo porque no tiene trabajo y se recuesta, es uno de los pocos abrazos que tuve de él. Es un hombre delgado, de cabello lacio, rubión, muy tranquilo, "manso", como decimos en la jerga oriental, de pocas palabras y muchos silencios, pero muy bueno, noble corazón y, sobre todo, buena persona. Su infancia no fue de las fáciles, tuvo que adaptarse, como todos, a la realidad —aún sigo descubriendo su vida— resiliente y humilde.

Foto de Juan Antonio Casin Zapatero.

Inicia la charla y las insistentes preguntas de una niña inmadura, atenta y quisquillosa no cesan. Él dialoga poco, pero lo que recuerda lo comparte, habla de su pueblo Roa de Duero. Describe su casa de piedra, tenía dos pisos, ubicada frente al cine entre las angostas calles del pueblo, menciona los vecinos se conocían desde pequeños, me enseña un juego de manos que todavía hoy resuena en mí y solía jugar con Juan y Magui mis sobrinos. Pregunto: ¿qué comías allá papá? Evoca, piensa y cuenta del pan de abuela Teodora y los embutidos, chorizos y morcillas del desayuno. El mate amargo es un hábito que aprendió en su adolescencia uruguaya.

Durante la conversación ambos vivimos las corridas por las calles del pueblo junto a la tía Angelita y Silvino. El tío Domingo era el más pequeño y seguramente andaría detrás de la abuela. Víctor, su primo, lo acompaña en las travesuras. Es una de las pocas veces que veo una sonrisa en su rostro siempre cansado y melancólico. Manolo rememora... vuelve a la niñez... a su niñez española, a sus raíces que no pudo soltar mientras vivió su corta vida. Murió con el deseo de volver al terruño, igual que sus padres y hermanos varones: mis abuelos y mis tíos. Heredo la melancolía de regresar a casa, así lo siento hoy a casi cuarenta años de este recuerdo presente, vívido, constante y consistente conmigo.

Foto de Juan Antonio Casin Zapatero.

La charla continúa, breve, frugal, sin darnos cuenta que tres años después se convertirá en un recuerdo imborrable en mi retina y corazón, hasta hoy y para siempre. Papá fallece de un infarto al miocardio, el día 8 de mayo de 1987 en casa.

EN BÚSQUEDA DE RAÍCES, SE NECESITAN ALAS...

Es el año 2017, ha pasado el tiempo, estoy en el departamento de San José. Son innumerables las ocasiones importantes en mi vida que papá no ha estado físicamente, la singularidad del apellido, lo recuerda. Aquí en Uruguay somos las únicas que lo conservamos por línea paterna: Silvia y yo. Aún sigo escuchando las múltiples ocasiones que lo leen y pronuncian mal, consiguiendo la sutil invitación a corregirse.

En mi tarea docente ha aparecido la oportunidad de participar como miembro de jurado honorario de la "Casa de la Cultura" departamental, la que dirige el Profesor y Genealogista Pablo Rivero. Es en este año que asisto al Taller sobre Genealogía que él imparte. El primer desafío que nos genera tensión consiste en rearmar el árbol genealógico con al menos cuatro generaciones. ¿Cómo?, si ni siquiera sé los apellidos maternos de los abuelos. No hay ningún documento de papá..., ¿por dónde empiezo?

Al abuelo Teodoro no lo conocí, sólo tengo una foto de él. Sus ojos claros dicen mucho con la expresión, aún hoy. La fotografía es el soporte material a su existencia. Se de algunos recuerdos del abuelo que mamá guarda en la memoria y relata... Era labrador antes de la guerra, se enlistó en el ejército franquista y llegó a estar en Madrid (no tengo datos de las fechas de ello). Según continúa mamá, vinieron a América buscando un nuevo lugar para vivir con mejores oportunidades económicas, y emocionales seguramente. De acuerdo a la historia en esos años (década de 1950-1960), el paisito era considerado la "Suiza de América". Abuelo Teodoro llegó con promesas fraternas que no se cumplieron. Trabajó en un establecimiento rural en la zona de Joanicó. Murió joven y productivo después de una hemiplejia que lo dejó sin poder más. Papá tenía once años, terminó la escuela rural, la necesidad lo llevo a ser un niño adulto y comenzar a trabajar en quintas. La meta era comprar junto a los hermanos una casa para la abuela.

De abuela recuerdo verla vestida de negro, sus mates de té, la pasta frola y la alegría de ver a sus hijos, especialmente a Silvino, que se

fue a los dieciocho a Buenos Aires. Inolvidables sus ramitos de violetitas para perfumar la ropa. Yo tenía cinco cuando murió. A Silvino lo vi dos veces en mi vida: en un verano, tendría nueve años, y a los once después del entierro[1].

Volviendo a la pregunta inicial... lo primero fue, manteniendo la curiosidad y avidez por buscar y encontrar raíces, la familia al otro lado "del charco".

En una bolsita, de la cual desconocía su existencia, y qué mamá guardó después de sus segundas nupcias, aparecieron documentos que revelan parte de mi identidad: partida de nacimiento y fe de bautismo de papá. Es un comienzo. Al descubrir que el apellido de abuelo es Cilleruelo Casin improviso una búsqueda en redes sociales. Es allí que encuentro a Julia Casin Cilleruelo. Mientras escribo este relato siento en mi cuerpo la ilusión que sentí, confieso que lloré de alegría. Messenger mediante, y con la dulzura que la caracteriza, responde que ella vivió su niñez en "el pueblo", pero no somos familia. Por diferencia generacional no los conoció y vive actualmente en Burgos. Me dice con afecto y generosidad que su sobrino Juan Antonio Casin Zapatero puede ayudar. Me facilita su contacto. Juan Antonio, un experimentado investigador, conocedor y estudioso de las tierras de Roa de Duero, me va acercando a la cultura, los orígenes, me ayuda con nombres, fechas, a reconstruir partes del árbol, de mí árbol, mi clan. Ayuda que agradezco y valoro inmensamente[2].

Comienzo a encontrar algunas respuestas, gustos gastronómicos y formas de labrar la tierra que vi a papá desde mi niñez, su niñez. Desde el amor, voy recuperando fragmentos del viaje que emprendió parte de la familia años después de la Guerra Civil. Las alas serán las que me lleven al terruño raudense, a caminar y recorrer las callecitas del pueblo. Tendré la mirada "patiche", que esta vez regresará a casa, con la convicción de honrar mis raíces.

---

1 Gracias a la tecnología recuperamos el vínculo que el tiempo se llevó con las primas que viven en Buenos Aires: Roxana, Ana María, Patricia y Romina, a quién aún no conozco personalmente. (N.A.)

2 La autora introduce en este punto un extensísimo árbol genealógico elaborado por Juan Antonio Casin Zapatero que, por su formato y calidad, lamentablemente, no puede reproducirse con garantías. (N.E.)

FOTOGRAFÍAS Y RECUERDOS[3]

Abuelo Teodoro.
"Era un hombre de carácter firme... más bueno que el pan", Tío Domingo. La fotografía de la izquierda estuvo siempre en cómoda de mis padres. La foto derecha es aportada vía electrónica por mi prima Roxana.

Abuela Teodora.
Recuerdo una tarde de otoño, me quedé contigo porque no iba al jardín. Un pequeño gesto de tus labios, que no sonreían, tu mirada dulce y triste. Nos quedamos juntas armando un juego de encastre (de cajita azul). Mate de té ¡infaltable! El perfume de las violetas que colocabas entre la ropa.

Frente de la casa de la abuela. Villa de los Ingleses, Progreso, Canelones. De izquierda a derecha: Tío Domingo, Tía Angelita, Mirtha y mis padres.

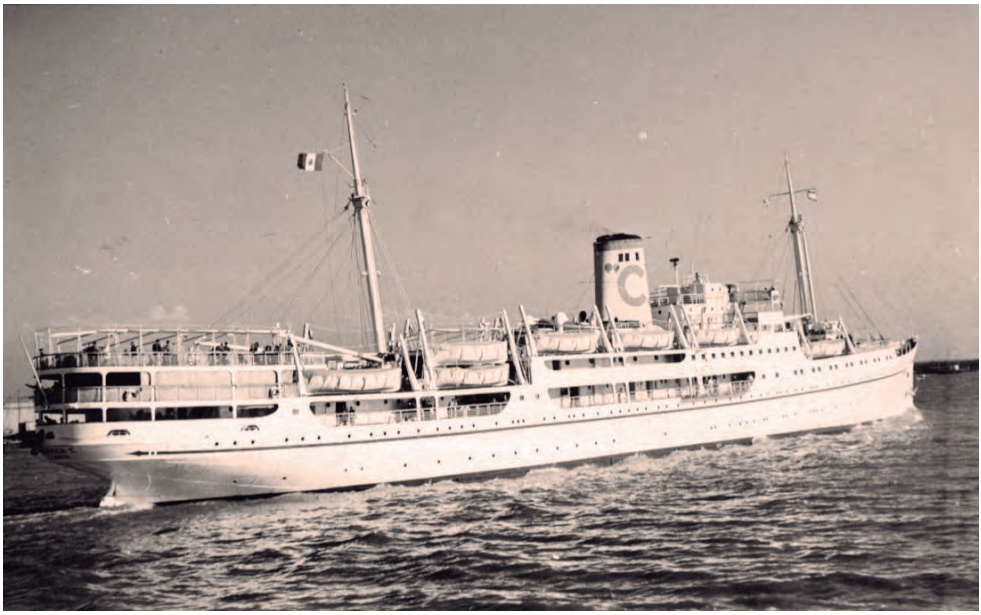
Casamiento de mis padres.
De izquierda a derecha: abuela Teodora, mamá, papá, Domingo y Angelita.

[3] Material recuperado del Taller de Genealogía 2017. Elaboración propia. (N.A.)

El viaje

"El barco era el Giovanna C, mercante, de origen italiano. En 1950 se hizo el viaje: salió desde Génova a Barcelona, escala en Dakar, siguió a Río de Janeiro y arribó a Buenos Aires. Después cruzaron el Río de la Plata en el Vapor de la Carrera..." "Los abuelos, vivieron en Barcelona por tres o cuatro meses". "Los llevaron en el carro con caballos del hermano de la abuela". (Tío Domingo, 26 de octubre de 2017).

"Papá contó que venían llenos de piojos, pasaron necesidades brutales" (Roxana, octubre de 2018).



Giovanna C. En 1947 el William Luckenbach, el Horace Luckenbach y el Robert Luckenbach fueron comprados de los armadores norteamericanos Luckenbach Line, renombrados como María C, Giovanna C y Luisa C respectivamente. Sus tonelajes variando entre 6.475 y 6.939. Fueron equipados con capacidad para 25 pasajeros de primera clase e inauguraron un servicio regular entre Génova, Montevideo y Buenos Aires.

Silvia y Andrea Cilleruelo. Año 1979.

Tía Angelita Cilleruelo.

Tía Angelita Cilleruelo.

De izquierda a derecha: Isabel (mi mamá), abuela Teodora, Manolo, Domingo, Angelita y Silvino. Mirtha, esposa de Silvino, sentada, con Roxana Cilleruelo. Año 1971.

Despedida de soltero de mi padre.

MINISTERIO DE JUSTICIA
Registros Civiles

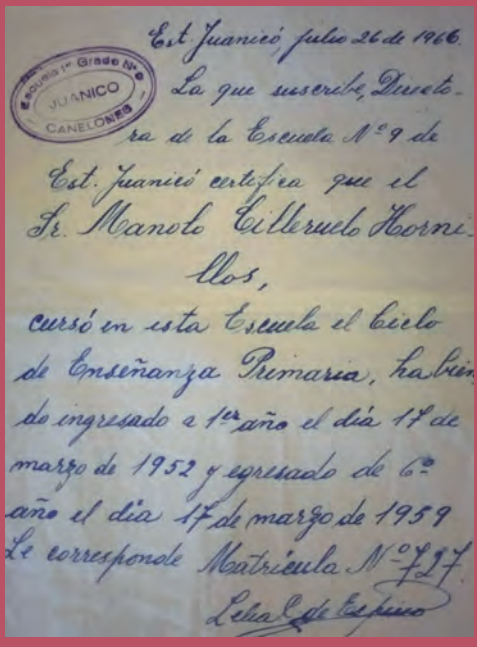
Serie BY Nº 373256

CERTIFICACION EN EXTRACTO DE INSCRIPCION DE NACIMIENTO

Registro Civil de R O A
Provincia de Burgos
D. MANOLO CILLERUELO HORNILLOS
hijo de Teodoro y de Teodora
nacido en R O A (Burgos)
el día -DIECINUEVE- de mayo
de mil novecientos cuarenta y seis

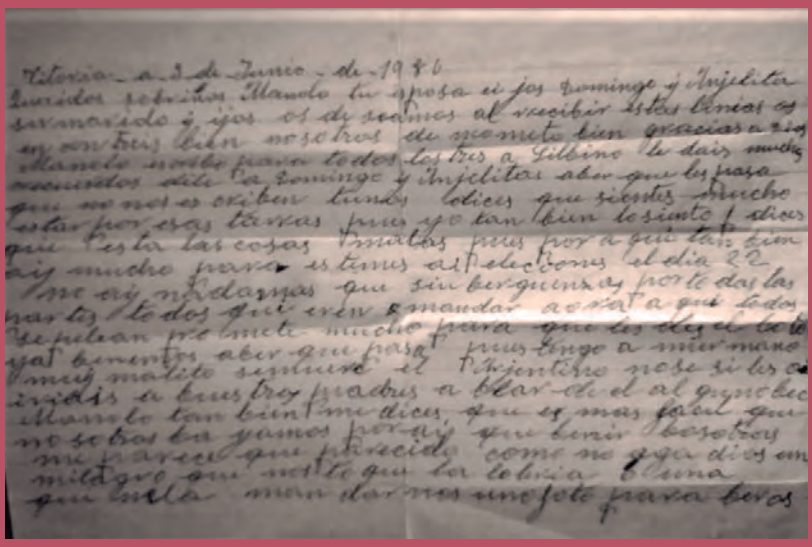
CERTIFICA: Según consta de la página registral reseñada al margen, el Sr.
Sustituto D. S.Abad Monedo
ROA(Burgos), a 15 de abril de 19 75

Certificado de inscripción de nacimiento de Manolo Cilleruelo Hornillos.



Est. Juanicó, julio 26 de 1966.
La que suscribe, Directo-
ra de la Escuela Nº 9 de
Est. Juanicó certifica que el
Sr. Manolo Cilleruelo Horni-
llos,
cursó en esta Escuela el Ciclo
de Enseñanza Primaria, habién
dose ingresado a 1er. año el día 17 de
marzo de 1952 y egresado de 6º
año el día 17 de marzo de 1959
Le corresponde Matrícula Nº 727.
Leha

Certificado de Educación Primaria de Manolo Cilleruelo Hornillos.



Vitoria a 3 de Junio de 1986
Queridos sobrinos Manolo tu esposa e hijos Domingo y Angelita
Recibimos vuestra carta el sábado y nos alegramos al recibir estas líneas y
saber que todos estáis bien nosotros estamos bien gracias a Dios
Manolo mucho para todos los tres a Silbino le daís muchos
recuerdos dile a Domingo y Angelitas saber que les pasa
que no nos escriben tanto tiempo que sientes mucho
estar por esas tierras pues yo tan bien lo siento y digo
que es la las cosas malas pues por a qui tan bien
hay mucho paro estamos ahí elecciones el día 22
me oís mis damas que sin vergüenza por todas las
partes todos que creen mandar a ver a que todos
se pelean prometen mucho para que les digan lo
que tienen saber que pasa pues tengo a mi hermano
muy malito siempre el pobrecito no se si les
vuestros padres a ver de el al que hace
Manolo tan bien me dices que es mas facil que
no se bayan por ay que venir hasta nosotros
me parece que parecido como no goza dios en
milagro que no te que la tenia Diana
que nada mandarnos una foto para veros

Carta de Damiana, cuñada de abuela, madre de Víctor Hornillos.

Esteban Conde Choya

UN ZAMORANO DE LA DIÁSPORA

(Barcelona)

Los miembros de la familia que quedábamos aún en Zamora, es decir, mis padres, mi hermana menor y yo, vinimos a Barcelona el verano de 1964. Los cuatro hermanos mayores ya vivían en la ciudad condal en un piso cercano a Montjuic que acababa de dejar un pariente nuestro vallisoletano para emigrar otra vez, ahora al otro lado del Atlántico. Mientras tanto nosotros realizábamos la migración con la paciencia y el aguante de que fuera capaz nuestro cuerpo en uno de aquellos trenes de hierro, madera y carbonilla que entonces tardaban día y medio en cruzar media España, y la alegría que traíamos en el alma por medrar en la vida para soportar la dureza del viaje.

Una vez que la familia al completo se había reunido en Barcelona, cada miembro siguió cumpliendo su cometido; el mío era estudiar la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad Central, y a ello me dediqué a fondo para seguir gozando en cursos sucesivos de la Beca que ya se me había concedido tras superar las Pruebas de Madurez en la Universidad de Salamanca. Dicho esto, debo dejar constancia de que, pese a la añoranza que sentía de la Zamora que acababa de abandonar, su respiración y su vida provincianas y tranquilas, no me costó mucho acostumbrarme a la respiración y la vida de Barcelona, más movidas y tumultuosas. Pues, pese a ello, ya el verano de mi primer contacto con mi ciudad de adopción conocí en la playa a mis primeros amigos catalanes. Eran amantes de la vida, del arte y la literatura como yo, casualidades del destino, y me enseñaron a ver la ciudad de Picasso y Gaudí, de la Sagrada Familia y Montjuic,

la del mercadillo de los libros de ocasión de San Antonio, o la Barcelona de los bares del barrio Gótico y el Raval. A cambio yo, a petición suya, les contaba cosas de Zamora, de mi vida en Cabañales, el barrio donde nací, y de mi vida en el resto de la ciudad, del Instituto Claudio Moyano donde cursé los dos Bachilleratos, de la Catedral y los templos románicos que me gustaban más (la Magdalena, Santiago, San Ildefonso, Santa María la Nueva), de la Semana Santa, de la gastronomía zamorana... y de mis aficiones (la lectura, la escritura y la pintura).

A todo esto nuestra familia de ocho miembros vivía feliz en Barcelona, cada uno bien centrado en su sitio y dedicado a su deber. Hasta nuestro padre, que siempre fue carpintero de profesión, llegó a trabajar durante un tiempo en una ebanistería de Enrique Granados, situada a espaldas de la Universidad, por lo que algunas mañanas compartíamos los dos vagón en el metro, camino de nuestras obligaciones.

Por entonces, con uno de mis amigos catalanes, con el que compartía más afinidades, fundé una especie de tertulia en el estudio de pintura que tenía en el piso de sus padres, y allí escuchábamos música de los Beatles, leíamos libros de arte, hablábamos de literatura y recitábamos poemas de Espronceda y de Bécquer y, cuando los componentes de la tertulia me lo pedían, les leía algunos versos que trataban de mis recuerdos de Zamora.

Y precisamente fue allí, en el piso de los padres de mi amigo, cuando un año más tarde tuve la enorme suerte de conocer a la muchacha que se convertiría en la mujer de mi vida, la cual, inmigrante también, había llegado con su familia un año antes que yo a Barcelona procedente de La Mancha, de donde sus padres eran oriundos.

Mientras fuimos novios, alguna tarde en que no tenía que estudiar o preparar algún trabajo o examen para la Facultad, iba a esperarla a la salida del trabajo, y casi todos los domingos y días festivos salíamos de paseo o íbamos al baile o al cine. Entonces la vida, el trabajo y el ocio en Barcelona nos parecían seguros y divertidos pese a las aglomeraciones de gente que se formaban en cualquier lugar. Y el tiempo transcurría para nosotros igualmente

feliz y prometedor. Pero la dicha no dura siempre. Y a finales de ese año, 1965, a mi padre le diagnosticaron una grave enfermedad y tuvo que ser operado en el Hospital de San Pablo, mientras que a mí me llegaba la notificación de que debía incorporarme a Filas el año siguiente. Ni que decir tiene que lo mío, comparado con lo de mi padre, no tenía ninguna importancia. Y el día de la operación los médicos nos dijeron que no habían llegado a tiempo de atajar el cáncer que devoraba rápidamente su vida. Recuerdo que poco antes de incorporarme a Filas, fuimos un día la familia en pleno a un lugar público cercano a Barcelona donde se podía comer al aire libre, en mesas y bancos de madera hechos a propósito.

De esas horas tranquilas conservo una foto en que se ve a nuestro padre, con el rostro demacrado por la enfermedad, sentado a una mesa escribiendo una carta a su mejor amigo de Zamora, acaso la última en la que se despedía de él recordando aquellos tiempos felices pasados en Zamora, cuando los dos, vestidos de ciclistas, recorrían los Saltos del Duero. Y todavía en febrero del 66 fuimos a la boda de un pariente nuestro toda la familia, incluido mi padre, cuyo cuerpo apenas mostraba su presencia bajo el abrigo que vestía y cuya mirada parecía volar a través de los grandes ventanales del restaurante para acariciar los almendros en flor que crecían a unos metros, mientras mi madre, mis hermanos y yo intentábamos disipar, coreando de vez en cuando ¡Viva los novios!, la pena que nos comía por dentro, notando a ojos vistas cómo el cabeza de familia se nos iba poco a poco.

Y llegó lo que yo más temía. Ocurrió el 11 de mayo de 1966, por la noche. Sólo habían pasado dos días de mili, y durante el toque de retreta correspondiente alguien se acercó al alférez de nuestra compañía, silenciosa y en debida formación, para susurrarle unas palabras al oído. Tras un momento angustioso, el oficial pronunció mi nombre. El oficial me dijo aparte lo que yo no quería oír por nada del mundo: “¿Sabías que tu padre estaba muy mal?”. Esa frase fue suficiente para todo se derrumbase dentro de mí.

Momentos más tarde, con mi macuto al hombro, dejaba atrás el campamento militar por la carretera de Figueras con la cabeza

llena de negros pensamientos, y el corazón de rabia e impotencia... Alguien me recogió al cabo de un tiempo de caminar bajo las estrellas en su moto y me llevó hasta el pueblo donde vivía. Le di las gracias y seguí caminando con la cabeza llena de un solo pensamiento y el corazón ocupado por la pena. Llegué de noche cerrada a la estación de ferrocarril de Figueras. Había poca luz y a través de los cristales de la entrada vi moverse en su interior a una persona. Era el factor de la estación. Entré y le pregunté por el próximo tren que iba a Barcelona. Me contestó que hasta las cinco y media de la mañana no pasaba ningún convoy. Le pregunté si podía pasar la noche allí dentro. Me respondió con otra pregunta: "¿Qué te ocurre, muchacho?". Le conté brevemente lo de mi padre. No me puso ningún reparo a que yo pasara la noche en la estación. Me dio el pésame y desapareció cerrando la puerta tras sí. Yo no era capaz de pensar en otra cosa que en la ausencia de mi padre y en la tristeza que estaría viviendo mi madre a aquellas horas. Tenía la cabeza entumecida. Puse el macuto de almohada y me tendí en un banco de madera con los ojos puestos en el reloj grande y blanco de la pared de las ventanillas.

El reloj señalaba las cinco y unos minutos cuando apareció el hombre de la noche anterior. Esperé a que despareciera en la pared de las ventanillas y a que se encendiera una de ellas. Cogí el petate y me encaminé hacia la que se acababa de encender. El hombre apareció al otro lado. Compré un billete a Barcelona, le di las gracias por sus atenciones y salí al andén.

Después de la muerte de mi padre, mi madre empeoró de la dolencia de corazón que padecía ya desde Zamora y nosotros lográbamos calmar los ataques (rara era la semana en que no sufría alguno que la ponía al borde de la muerte) con el cardiotónico que le había recetado el médico de cabecera. Aun así, no había un domingo que no quisiera subir al cementerio a hacerle una visita al hombre de su vida. Para entonces yo ya había acabado el servicio militar y había empezado a cursar la especialidad de Filología Hispánica con profesores de reconocido prestigio como Castro Clavo, Blecua y Martín de Riquer, entre otros. Por las tardes hacía horas remuneradas en la Editorial Salvat, trabajando para la Enciclopedia Universitas, e intentaba encontrar trabajo como profesor en academias y palacios de cultura con que pagar

mis gastos. El trabajo indefinido me llegó en octubre de 1967, justo el primer día de clase y de la forma más inesperada. Resulta que otro zamorano de la diáspora se pasaba de vez en cuando por la Facultad para hacer gestiones académicas y ese día me habló de un Colegio privado del Vallés donde ejercía de profesor y de buenas a primeras me soltó que, como iba a dejar su plaza ya mismo para dedicarse al mundo de las ediciones de libros de texto y diccionarios, había pensado en mí para sustituirle. Sólo tenía que presentarme en el Colegio y decir al Jefe de estudios, providencialmente otro paisano nuestro, algo mayor que nosotros, que iba de parte de él y quería ocupar su plaza.

Y así lo hice. Y tras hablar con el Jefe de Estudios y firmar el contrato para ejercer la enseñanza a partir del día siguiente (conmigo había aumentado hasta cuatro el número de profesores zamoranos, y lo más curioso era que los cuatro habíamos estudiado en promociones diferentes en el Instituto Claudio Moyano de nuestra ciudad), regresé a casa para dar la buena nueva a mi familia, y posteriormente a mi novia, las cuales se alegraron tanto o más que yo. Y, aunque a partir de entonces me vi obligado a multiplicar mis esfuerzos para compaginar los estudios universitarios que me quedaban para licenciarme, con la preparación de clases que tenía que impartir a mis alumnos del Colegio, lo hice con la ilusión y seriedad que ambas obligaciones requerían no sin ayuda de terceras personas: en la Universidad fue un incondicional amigo y compañero de estudios quien me tuvo al corriente de los trabajos que debía presentar y los exámenes parciales a los que debía asistir; y en el Colegio fueron mis colegas más expertos de quienes aprendí las estrategias didácticas necesarias para hacer amenas y provechosas mis clases, ser eficaz en mis lecciones y calificar y valorar con justicia y benevolencia las intervenciones y aplicaciones académicas de mis alumnos.

Y, todo hay que decirlo, en ese largo y delicado proceso de doble ocupación saqué tiempo para hacer mi primer retorno a Zamora, justo el año en que el hombre pisó por primera vez la luna. En ese emotivo viaje me acompañó mi hermano mayor, un verdadero amigo y mecenas donde los haya, y juntos visitamos los lugares que eran sagrados para nosotros, especialmente el barrio donde habíamos crecido y habíamos sido felices junto a

los nuestros. Fue aquél un reencuentro inolvidable con nuestra ciudad del alma, donde todo nos parecía más pequeño y más querido, precisamente por ello.

De vuelta a Barcelona, mi novia y yo empezamos a hablar de planes de boda. Ya llevábamos saliendo cuatro años y, perfectamente compenetrados y cada uno con su trabajo y sueldo, nos veíamos plenamente preparados para formar nuestra propia familia. Y en 1970, con la llegada del verano, dimos uno de los pasos más importantes de nuestra vida. Nuestro primer hijo nació al año siguiente y nos instalamos en un piso de Horta, desde cuyo balcón veíamos el Tibidabo. Éramos, como es lógico, muy felices los tres, y la vida en Barcelona nos pintaba mejor que nunca. Mi trabajo en el Colegio privado iba viento en popa y yo escribía versos con más frecuencia que nunca.

Sin embargo, en medio de esa tranquilidad y bonanza, mientras esperábamos la llegada de nuestro segundo hijo y acabábamos de dar la entrada para la compra de una casita en el campo, a la vista de Montserrat, sobrevino la tormenta más cruel, que todo lo nubla y paraliza de repente. Y es que el corazón de mi madre se resintió de la dolencia que padecía y hubo que ingresarla de urgencia en el Hospital de San Pablo, lugar donde tiempo atrás había sido operado el cabeza de familia con el fatal resultado que ya indiqué en estas líneas. Y eso movilizó a toda la familia en torno a la enferma, temerosos de que el infortunio nos la llevara para siempre de nuestro lado. Y así, con esa sensación mezcla de miedo y tristeza, en el Colegio, cuando en el comedor de profesores sonaba el teléfono y un colega se levantaba de la mesa para ponerse al habla, el corazón se me encogía temiendo que se girara para buscarme con la mirada y me anunciara con ello el temido desenlace. Y un día de noviembre lluvioso y triste nuestra madre se nos fue al no ser capaz una de sus carótidas de llevarle más sangre a la cabeza. A la casita de campo le pusimos el nombre de ella.

Y el tiempo siguió rodando. Y nuestros dos hijos crecieron hasta alcanzar la edad de llevarlos al Colegio donde yo era profesor. Y publiqué mi primer libro. Y conocí a un grupo de poetas en una tertulia que dirigía Jurado Morales, un maestro de poetas, que además mostró su increíble generosidad de presentar Agua

vivida, mi segundo libro. Y con el tercero, *El camino diario*, gané el Premio Boscán. Mis libros tenían aliento de tiempo vivido y gozado y sus poemas hablaban de la familia, de la ciudad que me había visto nacer y de la ciudad que me había adoptado como a un hijo más y, cómo no, del amor y la muerte que forman parte de la propia vida. Y aunque ya estaba convencido de que nuestra familia era una familia catalana, en el fondo de mi corazón seguían sonando latidos zamoranos, que tenían que ver, entre otras cosas, con Cabañales, con el río y los cangrejos, con los fuegos artificiales de San Pedro y los tambores y las cornetas de la Semana Santa, las aceitadas y los amigos que dejé allí.

Nada más empezar la década de los ochenta me mudé con mi familia a Cerdanyola, población muy cercana al Colegio. Y en el Ateneo de la ciudad creamos entre varios poetas un grupo cultural y literario y un premio de poesía con el mismo nombre, Viernes Culturales, que ha durado hasta hace pocos años. También gocé de nuevos reencuentros con Zamora ahora con mi familia porque quería que conocieran "in situ" las cosas que seguían siendo sagradas en mis recuerdos. Y todos esos reencuentros y retornos los hice en Semana Santa, para que vieran desfilar las imágenes que habían salido de las manos del escultor zamorano Ramón Álvarez, por quien mi padre sentía verdadera devoción. De todos esos regresos a Zamora fui escribiendo las impresiones que recibía hasta reunirlas en un librito de pura nostalgia que me publicó el Instituto de Estudios Zamoranos "Florián de Ocampo", del que yo era colaborador, en uno de sus anuarios con el título *Zamora entre la ausencia y el reencuentro*. Fue en 1995, año que tuvo para mí, a la vez, su cara y su cruz: la cara, la publicación de ese montón de recuerdos en verso y prosa sobre gentes, cosas y lugares de la Zamora más íntima; y la cruz, el despido improcedente que sufrí en el Colegio donde había estado enseñando casi treinta años de mi vida. Reconozco ahora, con el paso del tiempo, que aunque ese hecho representó para mí entonces una experiencia decepcionante y traumática, afortunadamente se curó de golpe cuando aprobé las oposiciones para Profesores de Secundaria, convirtiéndome de ese modo en funcionario del Estado.

Y mientras ejercía la docencia en los diferentes institutos de la periferia de Barcelona donde trabajé con la misma intensidad e ilusión que había mostrado y sentido siempre, gané el premio

de poesía Calasanz con un poemario titulado *Cuando la infancia es siempre*, que vio la luz en 2002. Para entonces mis hijos ya habían concluido sus estudios universitarios y poco más tarde tenían su puesto fijo de trabajo: el menor, en el Ayuntamiento de Rubí, ejerciendo un cargo importante en la sección de Recursos Humanos, y el mayor, en la Universidad de Huelva, como profesor de Historia del Derecho y de las Instituciones. De este modo, los cuatro de familia, perfectamente integrados en Cataluña, afrontábamos el siglo XXI con plena confianza y buenos augurios.

En 2006 tuvo lugar mi último reencuentro, hasta el momento, con mi ciudad natal, esta vez en verano, llevando en mi recuerdo la desaparición de un viejo conocido nuestro, el escultor Ramón Abrantes. De ahí que, tras dejar las maletas en el hotel, el primer paseo que dimos consistió en acercarnos a la calle Sacramento, donde estaba instalado su taller-museo, que en uno de mis retornos tuve la inmensa suerte de visitar mientras el artista me iba comentando detalles y anécdotas relacionados con la ejecución de algunas de sus obras allí expuestas; y una vez que hubo acabado nuestra visita, me mostró orgulloso, para mi incontenible sorpresa, el caballete que le había construido mi padre al principio de su carrera como escultor. Pensando en ello, en cuanto llegamos al lugar y miramos por encima de la verja a la casa-museo de Abrantes, ahora silenciosa y solitaria, nos asaltó el deseo de dedicar un cariñoso recuerdo al autor de la Virgen de la Amargura que, como todo el mundo sabe en Zamora, desfila en procesión nocturna todos los Lunes Santos.

En 2009 me jubilé en el IES La Románica, nombre evocador donde los haya, pues siempre que sale a relucir su nombre en cualquier conversación actual, me evoca al instante mi ciudad del Duero, nutrida de templos e iglesias de estilo románico. Ya han pasado de ello 13 años. Y en medio de ese tiempo he asistido a la infancia y primera adolescencia de mis nietos, que ya cursan la ESO (el mayor el 2º Ciclo), he obtenido algún premio más (el último, el I Premio Internacional de José García Caneiro con *Balada gallega*) y he dado a conocer nuevos libros, especialmente, dos: *Claraboya y desván*, una especie de autobiografía poética, con múltiples referencias a la primera parte de mi vida zamorana, transcurrida junto a mis padres y hermanos en aquella casa de Cabañales donde me crie y crecí, aprendiendo que la paz y la felicidad hay que buscarlas y que sólo buscándolas el hombre puede ser libre; y *Estos octubres*, libro que recoge los poemas que yo escribí y leí durante más de treinta otoños para celebrar el cumpleaños de mi hermano mayor en una reunión familiar que servía a la vez para recordar a las dos personas amadas que nos han dado la vida, convirtiéndose así en su máximo representante,

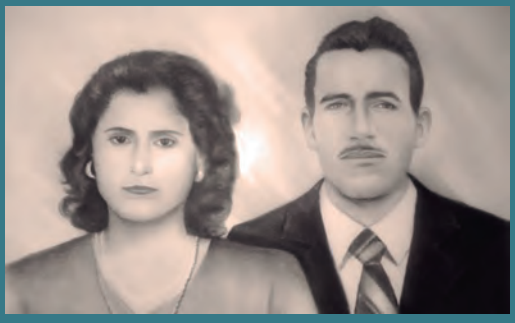
Y, junto a la renovación de mi poesía, he actualizado y aumentado mis ganas de seguir viviendo en compañía de los míos en esta tierra de adopción que es Cataluña, sin dejar por ello de llevar a la vez en mi memoria la tierra que me vio nacer, hace ahora ya más de 78 años.

Christian Cruz

HISTORIA DE LA INMIGRACIÓN ESPAÑOLA. RIGOBERTO CRUZ Y FAMILIA

(Venezuela)

Junto al sufrimiento de muchos españoles, mi padre Rigoberto Cruz Rosquete, natural de Icod de Los Vinos, Tenerife (España), tuvo la necesidad de buscar mejores condiciones de vida. Rigoberto salió el 10 de noviembre de 1959 y llegó a Venezuela el 18 de febrero de 1960 junto con su hermano, Antonio, en el barco de pasajeros Montserrat. Embarcó desde el puerto de Santa Cruz de Tenerife. Partieron desde España solos porque el padre, Cirilo, se encontraba prestando servicio en el tercio extranjero 4 de la Legión Española. El buque llegó a tierra venezolana después de viajar 6 meses.



Cirilo Cruz y Hortencia Rosquete (1946), en un lugar de Europa.

Rigoberto y Antonio desde el Internado de San Francisco de Asís en la Isla de Tenerife, Canarias (1948).

El abuelo Cirilo fue a la Guerra Civil Española en el año 1937, a la edad de 15 años. En plena guerra pidieron voluntarios para ir a África a una colonia española y él aceptó, y ahí prestó el servicio militar. Tras la cruenta guerra sirvió en el cuartel. Unos años después se casó y nacieron los tres varones. El abuelo Cirilo tuvo múltiples trabajos, entre ellos el de bombero en una estación de gasolina de Canarias. En el año 1948 decidió emigrar a Venezuela, dejando a los hijos al cuidado de su esposa. La abuela "Hortencia"[1], por su parte, emigró a Venezuela en el año 1959 con su hijo menor, Manuel, de 6 años. Dejó a los hijos mayores, de 8 y 10 años, internados en Santa Cruz de Tenerife.

Mi padre cuenta que, en el año 1950, llega a Venezuela muy contento porque son recibidos por su mamá y hermano menor, a quienes llevaban sin ver 5 años. De igual modo, vuelve a ver a su padre y conoce a su hermana. A la semana de llegar se puso a trabajar en lo que podía, porque vio la necesidad de sus padres, quienes no llegaron nunca a adquirir una vivienda propia, siempre hospedándose en pensiones. Inspirado en la Virgen de la Candelaria pude sobrellevar las humillaciones en una tierra que no era hostil a todos. Mucha gente se quedó en otro mundo después de la guerra. A partir de entonces se vio la necesidad de comer y vivir en ambientes donde solo se sentía el horror de la postguerra, siendo está la realidad de las familias Cruz y Rosquete. La familia de mi abuela paterna estuvo conformada por diez hijos: Visitación, María, Irene, Antonio, Cirilo, Ricardo, Nicasio, Lorenzo, José y Marcos.

Abuelo Cirilo en su trabajo (1948).

Tío Antonio y Rigoberto, mi padre, en internado de Canarias durante la post guerra (1941).

[1] Así aparece escrito en el texto original presentado por la autora.

Manuel Cruz en Tenerife, España (1969).

La familia de mis abuelos paternos (1933).

Mi abuela desde que salió de Canarias sufría del corazón por fiebre reumática. En el año 63 nace su hija menor, muy prematura, y de poco peso. A partir de entonces pasó más tiempo en hospitales que en casa, muriendo en enero del año 65 a la edad de 43 años.

Rigoberto se casó el año 1975, a los 28 de edad, con la hija de un Sargento de la Guardia Nacional, natural del Estado Táchira, Venezuela. Su primer hijo lo tuvo a los 29 años de edad, el 6 de junio de 1976, y el segundo hijo después de 10 meses de haber tenido el primero, el 27 de abril de 1977. Christian Cruz nace el 27 de abril de 1977 en Caracas, Venezuela. Sus padres son Rigoberto Cruz, de origen extranjero, nacido en Tenerife (España), y Gladys Vivas, nacida en el Estado de Táchira, Venezuela. Ambos casados por la iglesia católica y fieles a Dios por más de 46 años de su vida, en ejemplo de Dios. Su familia ha sido fuerte en principios católicos. Christian fue bautizado a los 6 años en la iglesia Pagüita, el 23 de enero de 1983. Por todas estas razones estudio en la Escuela Básica San Juan Bautista. De formación técnica, ya que su padre Rigoberto tenía claro que un buen trabajador calificado podía tener mayores oportunidades laborales a lo largo de su vida. Es por eso que comienza estudios de secundaria en la Escuela Técnica José de San Martin (1990). Por las complicaciones de estudiar en un liceo, con continuas marchas y poco presupuesto, siguió los pasos de su amigo

Los tres hermanos Cruz (Rigoberto, Antonio y Manuel) de niños juntos a su madre, Hortencia.

Rigoberto y Gladys celebran su boda civil en Caracas, Venezuela, frente al juez Antonio (1975).

Iriarte y fue a culminar sus estudios de bachillerato en la Escuela Técnica Popular Don Bosco, donde arraigó sus principios y vida católica, pero esta vez de la mano de una congregación de nombre salesiana en donde los jóvenes se educan para el trabajo con sólidos principios católicos y educativos (1992-1995). En ese tiempo cambia una de las principales ideas de estudios para poder formarse en esa institución en electricidad, en su mención Bachiller Industrial (1992).

Tío Antonio desde La Galera, Santa Mónica, Caracas (1978).

Mi padre consideró que los años de vida vividos en Venezuela son de progreso y crecimiento familiar. Durante su etapa migrante venían familiares de Canarias, quienes compartían mercancía, dulces, enseres y demás, como Irene Cruz y su esposo Merejo. A partir de 1998 el país dejó de crecer y muchas familias españolas lo abandonaron. Mi padre apostó por Venezuela. Como verán más adelante invirtió en una pequeña casa en San Diego de los Altos, Estado Miranda Venezuela. Se dedicó al comercio durante su vida de adulta, como vendedor de la empacadora de Jamón Wismar 1970-1982, un lugar donde aprendió mucho de ventas, de compromiso y de amor a la vida. Mientras trabajaba ahí conoció en la escuela de enfermería del Hospital Universitario de Caracas a su esposa Gladys Vivas de Cruz (1974). Durante su empleo en la Wismar pudo acceder a la nacionalidad venezolana, lo que hizo que le pagaran mejor por ser trabajador nacional. Luego comenzó a vender productos lácteos en mercados populares de Caracas. Se interesó por estudiar contabilidad, inscribiéndose en cursos para adultos en los colegios de Catia. No pudo ahondar en sus estudios porque siempre tenía que aportar a sus padres dinero para ayudar a mantener a la familia.

Pasaporte de Rigoberto.

Sus hermanos quedaron al cuidado de uno de sus tíos que no tuvo hijos. Mi papá cuenta que desde el año 1965 hasta el año 1975 le tocó vivir solo, alquilado en cuartos. En el año 1975 se enamora de una joven enfermera, hoy en día mi mamá. Mi hermano nació en el año 1976 y yo en el año 1977. Mi mamá dejó el trabajo de enfermera, de acuerdo con mi papá, para atendernos a nosotros. Mientras mi papá y su hermano mayor, Antonio, trabajaban arduamente como "luncheros" u otros oficios de restaurant y de comercio. Se sugirió a Manuel Cruz, el menor de los hermanos de mi padre, trabajar en la Maternidad Concepción Palacios como asistente de mantenimiento, cargo que aceptó por la necesidad que llevaba y el amor a su hermano mayor Rigoberto. Gracias a eso su familia e hijos han formado una empresa de éxito nacional de nombre Tecno Refrigeración Canarias.

Imagen familiar.

Ambos hijos estudiaron ingeniería alentados por sus padres. Rigoberto y su esposa Gladys se encuentran actualmente un poco delicados de salud. Actualmente sus hijos viven en Europa, regresando periódicamente para ver a sus padres. Por el hecho de haber nacido mi padre en España mi hermano y yo contamos con la nacionalidad española.

Imagen familiar.

Gladys, mi madre, nacida en Venezuela, está muy orgullosa de tener unos hijos y una familia correcta y de honor en fundamentos católicos y de orden religioso de fe. Ejerció su carrera de enfermera hasta que mi hermano Marlon nació y mi padre le recomendó criarnos mientras él trabajaba. Mi madre es muy inteligente. Lo ha dado todo para que su familia viva acorde a las normas de la sociedad y sean profesionales de éxito.

Christian Cruz en Icod de Los Vinos, España (2006).

Como comenté anteriormente, mi padre fue internado a los 8 años de edad con los Padres Franciscanos mientras la postguerra civil se vivía crudamente. La letra inigualable

Foto familiar después de un día de esparcimiento en la playa de la Guaira (Venezuela).

Imagen familiar de nuestro viaje a Gran Canarias.

Mi hermano y yo en casa de Merejo jugando con la cría de conejos.

de su escritura la adquirió bajo férreos años de vida en el internado que ahora abogan por él. Debido a lo pequeño y "gordito" que era le decían "Pichirrín". Aprendió a disfrutar del Futbol.

Durante mi crianza siempre hubo tiempo para el esparcimiento en Venezuela, lo que nos llevaba a ir los fines de semanas a las playas del litoral central de Venezuela, llamado la Guaira. Mis padres no dejaron de visitar la Isla. Cuando juntaron sus primeros ahorros, y después de haber comprado la primera vivienda, viajamos a Tenerife, Islas Canarias (1984), donde nos reencontramos con la familia que aún extrañamos. Ya Europa había cambiado. Había cierto progreso, se respiraba tranquilidad y España iba viento en popa con el desarrollo que pronto veríamos en los años venideros.

Hemos sido una familia que aplica la resiliencia para surgir ante cualquier adversidad, ya sea económica o de salud. Y superamos a lo largo de nuestra historia metas realmente difíciles, como la pérdida de seres que amamos, fracasos económicos, enfermedades tratables, etc.

Rigoberto Cruz en 1978 logró la compra de un apartamento por rienda propia. Hasta el año 1993 no logró hacer ciertos ahorros, pero ese mismo año nos hicieron un asalto, y por poco nos quitaron la vida. Logró vender su pequeño negocio que tenía en un mercado municipal y se retiró a un pequeño terreno cerca de la ciudad de Caracas. En ese mismo año nos dijo a mi hermano y a mí: "hijos hay que seguir estudiando y preparándose, porque si algún día tienen que emigrar estén preparados". En el terreno se dedicó a criar algunos ganados ovinos y porcinos. En el año 1994 vino en Venezuela la noche del "Fracaso Financiero de la Banca" y perdió buena parte de sus ahorros. En el año 1995 trato de levantar un negocio de lencería y colchones, junto a su hermano Antonio, pero no fue bien y lo cerró.

Imagen familiar.

Christian, su esposa Alba y su hija Cristina.

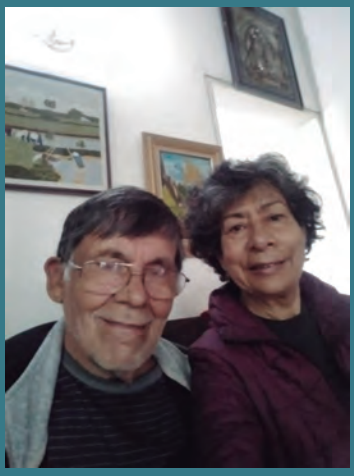
En el año 97 compró un taxi y a los 3 meses se lo robaron a mano armada. El seguro le pagó. A los 4 meses compró otro taxi, el cual le duró 4 años, y se lo robaron también a la fuerza con armas de fuego. Debido a la peligrosidad y el hambre, en Caracas se juega la vida uno en la calle.

Yo actualmente me encuentro desempleado, pero con ganas de innovar, como así nos inculcó mi padre. Busco la consecución y financiamiento de los siguientes proyectos de vida. He ido creciendo en el ámbito de la empresa privada en la que he desempeñado cargos de programador, analista programador, consultor senior, líder de proyectos, entre otros. En áreas de diseño y desarrollo de sistemas, he trabajado en Governance and Compliance y en el mantenimiento de Data Warehouse. En el año 2010 me decidí a cumplir otra de sus metas anheladas al cursar un Máster en la Universidad Metropolitana, inscribiéndome en el Magíster en Gerencia Mención Gerencia de Empresas. Tuve que dejar en Venezuela por motivos de mudanza a España. Ahora pongo mis sus sueños en el diseño y venta de dos sistemas, Mundo ISO y Maestro Seguros (2022).

Graduación de Magíster Universitario en la UNIMET (2013).

Entrega del título de Máster y Riesgo y Seguros Fundación MAPFRE – UPSA (2014).

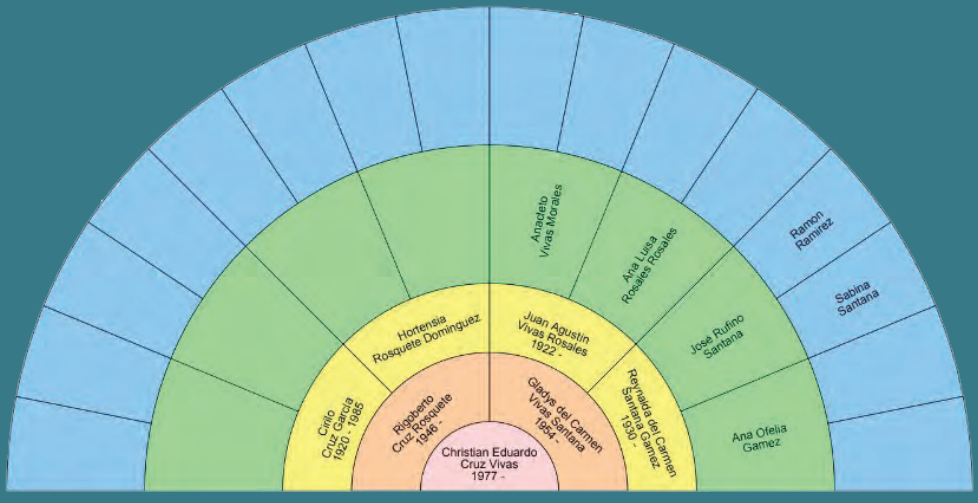
Un inmigrante tiene dos tierras: aquella en la que nació y en la que vivió. Yo soy doble nacional, como mi padre, gracias a convenios internacionales establecidos entre España y Venezuela. Estas dos tierras hacen que uno se sienta arraigado a ambas patrias y a sus costumbres, las cuales se conservan y respetan. Con su esfuerzo en Venezuela, mi padre y la familia han tenido un apartamento en la zona popular de San Juan Caracas, y una casa en la zona rural de San Diego de Los Altos, donde se dedica a la cría de conejos (costumbre canaria), corderos y gallinas, junto al mantenimiento del terreno de 8.000 metros cuadrados. La familia se ha ido incrementado y la vida ha dado sus frutos. Gracias a la tía Carmen, de Canarias, mi madre heredó parte de la cocina de esa tierra. Actualmente comemos, entre muchas cosas, conejos al salmorejo.



Fotografía de mis padres.

Imagen familiar en casa de mi padre, junto a su hermano y sobrino.

Mi padre en la faena, en la casa de Venezuela.



Árbol genealógico de la familia Cruz.

Óscar de Dios Martín

MI PADRE, ÓSCAR DE DIOS

(Argentina)

Escribir esta historia es lo mejor que puedo hacer para recordarlo. Mi padre y yo fuimos más que padre e hijo, fui su confidente y compañero de trabajo. Él fue acopiador de cereales, me enseñó el oficio y conseguí tener una buena vida, que me permitió hacer una buena familia, con tres hijos, los cuales fueron a la universidad y son profesionales. No conozco el motivo por el que llegó a Argentina, él nunca me contó es historia. Supongo que en el momento de decidir partir, pensó que como había hecho cinco años de servicio militar y que Franco estaba luchando por el Marruecos español, podría ir a esa guerra. Si a él le pasaba algo la familia se quedaría sólo con los padres y cuatro mujeres. Era más seguro para su familia que él se marchase a Argentina. Lo que sí sé es que nunca los olvidó y en tiempo de guerra no solo les mandó plata, sino que les juntaba ropa usada. Yo me encargaba de llevar los paquetes al correo, luego Buenos Aires y luego vapor a España. En ese momento no se permitía mandar ropa nueva, por eso sólo podía mandar ropa usada. Sus hermanas le enviaban cartas contado lo que habían hecho con la ropa que les llegaban, la arreglaban ellas para diferentes personas. Siempre les decía: ¡Todo lo aprovechamos!

La familia de mi madre vino completa de España, los abuelos, un varón y cuatro mujeres, con el apellido Martín Martín. Era una familia muy grande. Mi tío Eleuterio fue primero peluquero y luego puso una confitería con cine. Cuando se terminaba la película se cerraba la confitería, pero ahí no terminaba la cosa, pues había lotería hasta muy tarde de la noche. La satisfacción nuestra con los primos era ir a la mañana y buscar bajo la mesa, pues siempre alguna moneda o

caramelo encontrábamos. Todo lo regentaba la abuela Castora, dado que el abuelo Martín se había ido a vivir a Rosario en casa de unos sobrinos. Eso no significó nada para la familia, pues la abuela siempre se encargó de todo. Las cuatro mujeres se casaron con gente española y la más chica de todas fue la única que estudió piano. Era la persona que daba la música cuando las películas eran mudas. Luego mi madre corte y confección, toda nuestra ropa la hacia ella, incluso la de mi hermana la menor que como estudió baile, en especial el español, lucía sus trajes, También estudió folklore, español clásico y zapateo americano.

No sé cómo mi padre se enteró que había un pueblo en la provincia de Buenos Aires que se llamaba Mones Cazón. Posiblemente se enteró que había muchos zamoranos y salmantinos o salmanquinos, ¡no sé como se llaman! La cuestión es que tomó el tren y llegó allí. Sólo recuerdo que empezó a trabajar en un mercado (Almacén de Ramos Generales), en el que había de todo, ¡incluso una farmacia! También había un tanque australiano con molino de viento. Ese sí lo llegué a conocer, incluso me bañé en él. Lo utilizaban para que lo caballos pudieran tomar agua, aunque mis hermanos, mis primos y yo nos bañábamos en él como si fuese la pileta de natación. Mi padre empezó a trabajar barriendo el local que era bastante grande, pero también conoció todo lo que compraba y vendía: lanas, cuero, cereales. Supongo que en los ratos libres leería mucho, porque cuando yo estudiaba el bachiller estando en el cuarto o quinto año le preguntaba sobre filosofía española y argentina y él conocía las respuestas, sabía mucho. Lo cual, me daba vergüenza por que él había venido sin estudios. Salía mucho al campo, de eso sí me acuerdo porque hablaba que salía con un Ford T, y más adelante con un Ford A. con el Ford T llevaba una botella de aceite, pues en esa época los caminos cuando llovía mucho eran lagunas, algunas de hasta cuatro cuadras. Lógicamente al motor le entraba agua y tenía que parar, sacar el aceite viejo y poner nuevo para poder continuar su camino.

No recuerdo con precisión las fechas y los lugares donde estuvo, pero los nacimientos de mis hermanos los puedo utilizar de guías. Mi hermana mayor nació en 1922 en Mones de Cazón, lo que quiere decir, que ya estaría mucho mejor acomodado en su trabajo pues ya tenía familia. Yo nacía en 1928 en Pauhajó y el hermano que me sigue en 1930 en Mones de Cazón. Mis padres debían de viajar mucho trabajando en cereales con un amigo de apellido Izurrieta en una casa muy

importante de la provincia de Buenos Aires, que se llamaba Pedro Duhalde y Cía. Llegó a ser la firma más importante en hacienda de la provincia. Más tarde tuvo un ministerio no sé si con el doctor Frondizi o con el doctor Ellia. Esta relación duró muchos años, hasta que se independizó y pasó a ser el Sr. Samuel de Dios Herrero, acopiador de cereales. Trabajando en Mones Cazón, Peahujó y en un pueblito llamado Francisco Madero, llamado así por el creador del puerto de Buenos Aires. Era muy trabajador. Recuerdo cuando pedía los galpones[1] del ferrocarril, primero hacía una especie de mapa en el escritorio y luego con cal marcaba las estivas, si eran de 8, 10, 12 o 14 bolsas cada una. De esta manera si otro acopiador metía 5.000 o 6.000 bolsas, el ponía 8.000 o 9.000 bolsas. Sabía hacer las cosas. En 1936 ya tenía casa propia, coche nuevo y cinco hijos. Los dos mayores habían nacido en Pehuajó. Tenía dos empleados que eran sus sobrinos, a los que enseñó a trabajar, pero también les enseñó buena letra como ustedes verán en las cartas que le mandó. Mi tío Estanislao casado con una hermana de mamá, era el encargado del patio de los ferrocarriles. Todo pasaba por sus manos y era una satisfacción ver esas chatas[2] con 2,5 metros de altura enterarse en la arena 50 cm. Tiradas por 12 o 14 caballos para poder arrimarse a los vagones y cargarlos, mientras nosotros con los primos nos divertíamos andando a caballo o ir a nadar al molino del almacén general. Lo mismo hacíamos cuando llegaba la época de la carneada[3] y se juntaban todos los cuñados para hacer chorizos, bien al estilo español, con el verdadero pimentón. Mi tío colgaba en el galpón[4] lo que consumía primero y luego los ponía en latas de 20 litros con grasa y le duraba todo el año. A nosotros no nos pasaba eso, pues lo consumíamos antes. Fue una época gloriosa de nuestra adolescencia.

La casa de Pehuajó se hizo como quería mi padre, a gusto de él. El agua en esa época era tan salada que ni siquiera se podía tomar mate. Los jabones del tocador, apenas hacían espuma. Así que, mi padre puso dos bombas. Una para el agua salada que subíamos al tanque para toda la casa y la otra en el aljibe. Siempre tuvo miedo de que alguno de nosotros se cayera, le puso una tapa de cemento y

[1] (DRAE) Cobertizo grande con paredes o sin ellas. (N.E.)
[2] Vehículo de transporte, más pequeño que un camión y con caja descubierta, que se emplea para cargas de poco volumen. (N.E)
[3] (DRAE) Acción y efecto de carnear. (N.E.)
[4] (DRAE) Cobertizo grande con paredes o sin ellas. (N.E.)

cuando lo limpiaba venía algún vecino a ayudarlo. Cada vez que empezaba a llover dejaba que el agua limpiara el techo y luego habría para el aljibe. Mi madre para tomar mate ponía mitad y mitad, de otra manera no se podía tomar esa agua.

El cinco de enero era especial. Venían los Reyes para los más chicos y a nosotros nos tocaba una bicicleta, un par de patines y un triciclo para la hermana más chica. Había una regla cualquier cosa que le pasara a la bicicleta hasta el próximo Reyes no había arreglo. Si se estropeaba la teníamos que arreglar nosotros como pudiéramos. Tanto es así que se reventó una cubierta. Para arreglarlo, até la rueda con alambres para que quedara fija y puse un patín con las mejores ruedas debajo. Así anduvimos con mi hermano como dos meses hasta que llegaron los Reyes y nos compró otra cubierta. Así fue mi padre, nunca nos faltó nada, pero con condiciones.

En 1939, cuando comenzó la guerra mi padre hizo un viaje a Misiones con la intención de poner una fábrica de aceites. Los amigos le aconsejaron que con ese coche nuevo y usado no llegaría a ninguna parte, pero fue igualmente. Yo le pedí que me llevara con él, pero no quiso que faltara a la escuela. A la vuelta me trajo una especie de arroz y fue la conmoción de la escuela. Conocer esa espiga, aparte de contar la aventura que hizo solo en un Ford modelo 1928 y pasar bañados, lagunas y en algún río en balsa de madera, todos estábamos fascinados con esa historia. Llegó 1940 y con la guerra decidió llevarnos a todos a Buenos Aires, porque pondría allí la fábrica con dos socios. Nosotros no entendíamos nada, estábamos muy bien en Pehuajó y no queríamos ir. Después de algunos años me enteré que en la Primera Guerra Mundial perdió mucho cereal, que no pudo vender. Mientras que los dos empleados que tenía con él en cinco años se retiraron y compraron campos. ¡Qué ironía del destino!, pues con el correr de los años no les fue nada bien.

Viviendo en Buenos Aires nunca pudo conseguir banco en los colegios nacionales. Nos puso como medio pupilo en el famoso colegio norteamericano Ward con enseñanza argentina. Ese mismo colegio tenía otro en el barrio de Belgrano de habla inglesa. Sinceramente el colegio era caro. Mi hermano y yo, le pedimos que queríamos volver a Pehuajó para terminar ahí, que era gratis el nacional. Así lo hicimos. Para estudiar con mi hermana en la misma casa, a ella le venía bien, pues donde comían dos comían cuatro. Cuando yo terminé

el quinto año me recibí de bachiller volví a Buenos Aires. Había llegado a un acuerdo con mi hermano. Yo iría a trabajar y él me llevaría a toda su enseñanza. Pude trabajar muy bien en Ayacucho y criar una familia con tres hijos varones. En octubre voy a cumplir 59 años que vivo aquí. Mi padre hubiera hecho cualquier sacrificio con tal de que estudiara, pero yo le pedí trabajar con él. Gracias a esta medida aprendí mucho de él que luego pude usar en mis trabajos futuros. Como por ejemplo como controlar las balanzas para evitar ser robado con el peso, diferenciar el cereal de los cuerpos extraños. Mi padre conocía perfectamente su trabajo, mandaba comprar al corredor las semillas que tuvieran mayor proporción de aceite. Fue un futurista y visionario, ya que los demás no lo hacían. Él analizaba todo lo que entraba a la fábrica, decidía cual era la mejor y la compraba. Trabajé con él los años 1947 y 1948. Durante ese tiempo me había comprado un Overol para ir a trabajar con los peones. Él quería que aprendiera de todo, como él hacía. ¡Menos mal que me tocó el servicio militar! Dos años en la marina, porque ahí adentro había en verano e invierno 40 grados de temperatura. Eso a él no le importaba, pues muchas veces tuve que ir a buscarlo a las 10 de la noche y lo encontraba junto a los peones, desarmando una máquina que se había descompuesto. El ponía mano a todo, no le importaba estar con los peones trabajando.

Luego del servicio militar no quise trabajar con él, pues había tenido problemas con los socios y se retiró de la sociedad. No obstante quedó como gerente de la misma, y yo no quise incomodarlo. Así que aproveché a estudiar con su máquina de escribir por correspondencia, aprovechando que ya tenía la máquina. No obstante, me mandó con sus amigos a conocer la bolsa de cereales. La verdad es que la pasé muy bien. Me llamaban y preguntaban: “qué cantidad de cuerpo extraño hay aquí…” y como yo acertaba decía a sus amigos… ¿vieron? Igual el viejo y esa era mi mayor satisfacción. Me consiguieron trabajo en otra fábrica de aceite muy grande, tanto como la de Molinos Río de la Plata. Les dije que yo no quería estar todo el tiempo recibiendo los camiones, quería estar también en el laboratorio y como escribiente. No me hicieron caso, pero para poder ascender necesitaba el título de “perito clasificador de cereales”. Para conseguirlo, entraba media hora antes por la mañana, suplía al balancero al medio día y aprovechaba a salir media hora antes a la tarde. Así llegaba a la escuela que era dirigida por jefes de la Junta Nacional de Granos. Pasó el tiempo, al fin del año los exámenes y luego el título. Tuve el nº 746, hoy en día debe de haber superado el millón de estudiantes. Yo

ganaba en esa época 750, con el título 1.000, pero no quise ser gerente y me fui.

En esos días que estaba desocupado vino a ver a mi padre un íntimo amigo suyo y le dijo: "voy a comprar acciones de una fábrica chica, pero siempre y cuando las pongas en condiciones." Mi padre, ni lerdo, ni perezoso le dijo que enseguida. Así que, volvimos a trabajar juntos un par de años más. Como estaba lejos, compraron una camioneta rastrojera nueva, para que los recogiera recién salían de la fábrica. Pues teníamos dos horas de viaje en colectivo. Luego a la tarde él iba de Avellaneda al centro y volvía a casa en subte[5], en el once hasta ciudadela. Sólo tenía que caminar 5 cuadras. Ese fue el mejor tiempo de mi vida, dado que yo salía mucho a las diferentes ciudades de la provincia de Buenos Aires, Entre Ríos, parte de Córdoba y parte de Santa Fe. Un día estando en Pueblito de Ríos me encontré que la helada había hecho estragos, le mandé una muestra a mi padre. Después de analizarla nos encontramos que tenía tanto aceite como la semilla buena. Él decidió que la comprara al mismo precios que las otras. El acopiador no lo quería creer, dado que en la época las órdenes venían del gobierno. Cuando mi padre dejó en condiciones la fábrica se retiró y quedé como encardado de fábrica. Todo lo que entraba y salía pasaba por mis manos. De esta manera pude juntar plata para poder venir a Ayacucho y hacerme cargo de un acopio con dos socios más, pero lleva mi nombre "De Dios Y Cia. S.R.L.". Así que llegué a lo que había hecho mi padre toda su vida.

[5] Subterráneos de Buenos Aires, Metro. (N.E.)

Mi hermano los llevó a Santa Rosa, La Pampa, pues yo no podía traerlo. Pues el clima de aquí es muy fuerte y en la Pampa iban a estar mucho mejor, y así fue, dado que ellos habían quedado solos. De cualquier manera siempre venían todos los años en enero para darme una mano, ya sea que se encargase del movimiento de los camiones o del laboratorio, que yo me había traído de la fábrica. En fin, pasó los últimos años llenos de nietos y bisnietos y todavía no he encontrado un padre que haya hecho tanto sacrificio como él los hizo. Mi cumpleaños es el 3 de diciembre y siempre llegaba el telegrama a primera hora. Lo mandaba a la tarde del día anterior, sabiendo que yo lo recibiría a nada más llegar.

Su amigo íntimo de Buenos Aires siempre lo hacía viajar para charlar y darle plata. Cuando no pudo viajar le mandaba cartas con cheques, nunca lo olvidó. El día que falleció, la primera corona fue de la fábrica de aceite. ¿Cómo hizo para mandarla?, no sé. La cuestión es que llegó y yo me sentí el tipo más importante de la historia. Porque fue más que un padre, fue un amigo para mi, y eso no me lo va a quitar nadie.

Herminia Delfina Moreira

TRISTE FINAL

(Argentina)

El imponente[1] transatlántico atestado de gente, que había partido del Puerto de Vigo, iniciaba la marcha lenta hacia el muelle, mientras los prácticos realizaban las maniobras de amarre. Una multitud inquieta y ruidosa esperaba impaciente el descenso de los pasajeros. Pañuelos que se agitaban, banderas argentinas y españolas, nombres a viva voz, Manuel, José, Pilar... para atraer la atención de los que llegaban y ubicarlos sobre la cubierta colmada de inmigrantes, ansiosos de ser reconocidos por sus familiares y que buscaban infructuosamente un lugarcito sobre la baranda para asomar la cabeza. No era tarea fácil, ya que sólo contaban con una foto, a veces no actualizada, o referencias físicas.

Comenzaron a descender por la planchada lentamente, como dudando si ese sería el destino final; llegaban a la *tierra prometida,* Argentina, por primera vez; esa tierra que les ofrecía trabajo y tranquilidad, después de dos guerras mundiales y la "propia" que habían sufrido en su país. América era el Edén.

Don Cosme se sostenía con la ayuda de su bastón temeroso de ser arrastrado por la muchedumbre. Un accidente callejero, que casi le cuesta la vida, lo tuvo postrado tres meses y luego algo más de un año en recuperación. Con el bastón se sentía más seguro. Dentro de la casa prescindía de él. Estaba eufórico y ansioso. Se sentía como un joven enamorado al pie del altar. Eran demasiadas cosas en poco tiempo, todo sucedió muy rápido. Se había acostumbrado a la soledad, pero nunca había perdido las esperanzas de vivir en pareja y ser padre. Había llegado el momento —pensó—.

---

[1] La autora incluye dos fotografías sin pie de foto que aparecen al final del relato. (N.E.)

Un vallado impedía el paso de la multitud que pugnaba por acercarse al pie de la planchada a recibir a sus familiares.

Cosme era un gallego respetable, próximo a cumplir 60 años, que había amasado una considerable fortuna, trabajando muchas horas por día. Su lema era: una frase muy común entre los inmigrantes *vine a hacer la América* y lo había logrado.

Por consejo de sus paisanos, con quienes se reunía todos los sábados a jugar a las cartas en una Institución gallega, y de su única hermana, viuda, sin hijos, se decidió a perder su soltería y formar una familia.

> *—No te olvides de invitarnos a la boda, bromeaban sus paisanos.*
> *—¿A quién le vas a dejar tu fortuna? le decía su hermana. ¿A tus parientes lejanos que jamás preguntan por vos, ni se preocupan por tu salud?*

Lo pensaba a menudo, sobre todo después de su accidente. Era dueño de una considerable fortuna, no tenía a quien dejársela, su hermana era bastante mayor, de manera que el destino de la herencia, al desaparecer los dos sería el Estado. Esto lo entristecía, pues siempre pensó que al no tener descendencia su herencia iría a engrosar las arcas del Tesoro nacional. Todo lo que trabajó y de lo que se privó para llegar a lo que llegó, no fue tarea fácil. No tenía horario, trabajaba hasta catorce horas por día, todo ello en desmedro de su descanso y a veces de su salud.

Para él no existían sábados, ni domingos. Los pocos que tenía libres trataba de ir a bailar, le gustaba escuchar y recordar de vez cuando, cuando podía, la música de su querida *tierra gallega*.

¿No sería un poco tarde? ¿Por qué no se decidió antes?, se preguntaba con cierta duda y nostalgia. El deseo de no morir en soledad y a su vez que alguien disfrute de su enorme fortuna lo impulsaba a seguir adelante con su proyecto, casarse de inmediato.

Parecía un niño esperando los Reyes Magos. Imaginaba el encuentro, (como un chiche nuevo), la reacción de Carmiña, al ver todo lo que le ofrecía.

Imagen de los trabajos en el campo.

De inmediato comenzó a averiguar por amigos y conocidos que viajaban a Galicia periódicamente, qué jóvenes estaban disponibles, es decir solteras y con deseos de emigrar y casarse. Volaba su imaginación, soñaba con tener hijos. ¿Por qué no? El hombre no tiene edad —pensaba— la mujer sí. Decididamente tenía que ser una mujer joven. Pensó en la movilidad de su pierna, un accidente que lo mantuvo bastante tiempo inmovilizado, pero con la ayuda del bastón podía andar sin problema. Ello no impediría poder tener hijos.

Además, pensó que la casa necesitaba alguna reforma; aunque era muy cómoda, su construcción databa de unos cuantos años, unos arreglos no le vendrían mal para recibir a su futura esposa.

Carmen era una joven muy agraciada, la tercera de diez hermanos. Los dos primeros varones, por lo tanto, le tocaba a ella cuidar de sus hermanos más pequeños. Ayudaba en las tareas domésticas y agrícolas junto a sus dos hermanos mayores. El producto de la tierra y los animales que criaban alimentaba a la numerosa familia. Hizo los dos primeros años de primaria y luego abandonó, pues la necesitaban en la casa. Sintió una gran frustración, pues quería ser maestra. Tuvo que aprender a coser para vestir a sus hermanos. De muy jovencita

estaba capacitada para conducir un hogar. Soñaba con un futuro mejor. No deseaba para ella y sus hijos la vida que llevaba su madre.

Llegaban cartas a la aldea de jóvenes que habían emigrado a Buenos Aires; conseguían trabajo rápidamente y podían completar sus estudios en clases nocturnas; estas noticias contribuían a fomentar sus deseos de emigrar. Su hermana, pensó, la que quedaba después de ella, bien podía ocuparse del resto de la familia, cuando ella se marchara.

Cierto día un vecino de la aldea (primo lejano de Don Cosme) les entrega a los padres de Carmen una carta en la que un Sr. Cosme, residente en Buenos Aires, les solicita permiso para contraer matrimonio con su hija Carmen y, si no había inconveniente en enviarle una foto de ella. Aclaraba la carta, que el pasaje y demás gastos correrían por su cuenta.

Cuando Carmen recibió la noticia sintió que era una liberación. La situación en el hogar no andaba muy bien. Muchas bocas para comer y poco para satisfacerlas. Gran parte de lo producido tenía otro destino, *venderlo.* Después de una noche insomne, se levantó decidida. Esa era la oportunidad que había esperado y no podía rechazarla; seguramente Cosme era un hombre de muy buena posición económica que le permitiría vivir sin sobresaltos. Estaba cansada de hacer siempre lo mismo, sin ninguna expectativa de algún cambio.

Juan era un mozo guapo y muy trabajador, pero eso no alcanzaba. Sabía que él tenía la responsabilidad de cuidar de sus hermanos más pequeños y llegado el caso también reemplazaría a sus padres y los ayudaría a tomar decisiones. En esas condiciones, de parte de él, la posibilidad de emigrar era muy remota. Él estaba enamorado y pensaba unirse a Carmiña y formar una familia. Muchas veces habían conversado sobre emigrar y buscar nuevos horizontes. Por el momento Juan no demostraba mucho entusiasmo, sus padres eran muy mayores y tenía en su mente otros proyectos. No rechazaba la idea de emigrar, y si lo hacía sería a Europa y no América.

Si en algún momento y la mala situación económica lo requería no iría tan lejos, los países europeos necesitaban gente que realizara los trabajos que los “propios” no estaban dispuestos a hacer.

Juan trató, inútilmente, de convencerla de que no se marchara, él la amaba y no quería perderla, se conocían desde niños y siempre, de una manera u otra asistían a las fiestas juntos. Fue inútil, por más que le rogara y le advirtiera que era muy joven e iba a estar sola, y, ante cualquier problema no tendría nadie a su lado para aconsejarla y protegerla, no renunció a su partida. Además de Juan, también algunos familiares no la apoyaron, sostenían que una menor de edad quedaba a merced de su esposo hasta la mayoría de edad, en ese interín podían suceder muchas cosas. Malos tratos, indiferencia, abandono...

Fotografía familiar.

Comenzaron los preparativos para la partida, no era fácil dejar su tierra, su familia, abandonar tantas cosas que habían formado parte de su vida; para la familia fue muy doloroso, sentían que la perdían para siempre. Estaba decidida. No dudó un instante. Cuando su padre se enteró de su decisión, no emitió una sola palabra, nunca se supo si fue de aprobación o de rechazo. Su madre aceptó la decisión de su hija, y así se lo hizo saber. Aunque nunca lo manifestó, *ella* también se sentía frustrada, no le gustaban las tareas del campo, quería ser maestra y enseñar; la situación no daba para invertir en estudiar, no se podían dar ese lujo, necesitaban trabajar y mantener a la familia entre todos. Sobre esto no se discutía. Estaba establecido.

Carmiña no podía dormir pensando en el cambio que sufriría su vida. Se alejaría de sus padres y de su entorno y sola afrontaría su nueva situación con una persona que no conocía. La incertidumbre no le permitía dormir, por más que ella había decidido dejar su casa, su aldea... sentía que convivir con un extraño era una experiencia muy fuerte. ¿Sería como su padre? ¿Mandón e intolerante? Su madre la tranquilizó diciéndole que su futuro esposo la estaría esperando y "la llamaría por su nombre" al desembarcar, y además tenía su foto para reconocerla. Confiada, creyó en las palabras de su madre y en la resignación con que soportaba esa vida tan monótona y aburrida. Siempre se pensaba en el trabajo rural como

salida laboral, sin pensar que hay vocaciones truncas que quedan en el camino desperdiciadas.

Ese fin de semana, sus amigas y conocidos de la aldea la despidieron con música, bailes y comidas típicas que la gente del lugar se esmeró en prepararle como regalo de despedida antes de marchar. Juan estaba allí, presente, cabizbajo, sin ganas de festejar nada. Perdía a su amor y sabía que quizás, nunca más, la volvería a ver. No estuvo mucho tiempo, se retiró de inmediato, gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas, caminó lentamente hacia su casa y desapareció entre el inmenso castaño que cubría la entrada de la casa que soñaba compartir con Carmiña.

Mientras tanto, Cosme recibió la foto que le enviaron los padres; no podía creerlo, era una joven muy guapa con una sonrisa muy hermosa y prometedora. Se ilusionaba con ser papá; nunca es tarde —pensaba—, sentía que ese era el momento de disfrutar la paternidad y tener alguien que lo acompañara en su vejez. Marcaba en el almanaque los días que faltaban para el encuentro. Estaba muy nervioso, nunca se había sentido así. En su juventud estuvo comprometido con una moza de una aldea cercana, que abandonó para emigrar y le había prometido que, una vez instalado en Buenos Aires, *la reclamaría para vivir juntos*; con el tiempo se olvidó de su promesa, dejó de escribirle y continuó su vida como un joven normal; el poco tiempo que le dejaba su trabajo lo empleaba saliendo a bailar al Centro Lucense y de vez en cuando salía con alguna joven. Era ambicioso y deseaba progresar, por el momento, no asumía ningún compromiso con nadie.

Con el tiempo se enteró de que tenía un hijo. Nunca le dijeron nada, ni tampoco se preocupó por su novia que dejó en Galicia. Ella partió hacia Venezuela y allí se casó con un hombre que adoptó a su hijo y lo crió como propio. Según sus cálculos, su hijo debía tener más o menos 40 años.

Esto era parte de un pasado muy lejano que inconscientemente deseaba olvidar, ahora comenzaba una nueva vida y miraba hacia el futuro con optimismo; estar acompañado, ser padre y formar una familia. Encargarse de la educación de su hijo, verlo crecer y darle todo el cariño que se merece.

Ese día *tan esperado* se vistió de "gala"; como decía él, pues la primera impresión es la que vale. Condujo su automóvil y estacionó a unas cuadras del puerto, era imposible hallar un lugar libre cerca, la hilera de coches era interminable. Caminando con su bastón y sorteando los adoquines con mucho cuidado logró ubicarse en un lugar seguro, al menos sin desniveles y piedras que obstaculizaran su camino. Desde allí podía observar el descenso de los pasajeros más tranquilo y evitar la avalancha de los familiares que por momentos parecía no detenerse y arrasar con todo.

Carmiña miraba con temor el tumulto que se desplazaba inquieto y vacilante esperando el momento del encuentro. Besos, abrazos, llanto por doquier. Decidió esperar; imposible ubicar entre el gentío a la persona que sería su *futuro esposo*. Por un momento pensó que nadie vendría a buscarla, que todo fue un sueño, un escalofrío recorrió su cuerpo, tenía un mal presentimiento... Después de un largo rato y cuando quedaban muy pocos pasajeros por descender, con un pie en la escalerilla divisó un hombre con un bastón, que agitaba su brazo libre y sostenía en su mano una fotografía, (se suponía que la había reconocido) gritando a viva voz Carmen, Carmiña... Se detuvo un instante, indecisa, sorprendida, dudando si la llamaban a ella, miró hacia atrás, a los costados, no había nadie, se dirigía a ella. *¿Mi esposo? ¿Un anciano?* En ese momento recordó que no le habían enviado ninguna foto de Cosme; fue todo tan rápido que no se pensó en ello. *Sintió el dolor del engaño*. Se acordó de Juan, el mozo que la pretendía y deseaba casarse con ella; lo rechazó para emigrar, no quería vivir en la pobreza, ambicionaba un destino mejor. Creía que se desmayaba, con andar tembloroso volvió sobre sus pasos, caminando lentamente sobre la cubierta, deslizando suavemente su mano por la baranda desapareció en la tenue luz del crepúsculo...

Ramona Díaz

EL VIAJE

(Argentina)

En un lugar de España, privilegiado por la Infanzonía de los Monclús, Guillermo ha contraído enlace con Casilda Monclús, una mujer descendiente de la alta sociedad española. Ambos enamorados, tenían la férrea resistencia de los padres de Casilda y pese a esto, el matrimonio se fue consolidando. Con la llegada del primogénito, quedó atrás toda oposición y los enojos primeros. Guillermo iba siendo aceptado en los círculos de elite y así transcurrieron los primeros siete años. Así nacieron después de Guillermo, Franco y Casilda Segunda.

Y comienza España a estar en crisis, en el marco europeo de la Guerra del 14 y otras cuestiones político-sociales internas de la Península. Y Guillermo se entera de que los ingleses habían instalado un frigorífico importante en la Argentina y obtiene una conexión para ocupar un cargo importante en el mismo. Y llega a su casa con esta noticia.

> *—Me van a dar un puesto gerencial en la Argentina, en un frigorífico llamado El Anglo. ¿Qué les parece?*

Todos se sorprenden y lo felicitan, pensando que la familia completa viajaría a América y vivirían nuevas aventuras. Los niños, sobre todo. La mujer presiente que la alegría de su esposo Guillermo es limitada. Su rostro lo delata. Él la abraza y le dice:

> *—Querida mía, tengo que ir solo, primero. Sé que eres fuerte y que nuestro amor va a seguir superando todo. Y esta separación momentánea no nos va a vencer.*

Ella se sume en un estado de tristeza. Los niños lloran y agregan palabras a este diálogo patético:

—Papito, te vamos a extrañar —dijo Casilda Segunda.
—Sé que van a estar unidos —balbuceó Guillermo, mientras preparaba la valija.

Ellos le dieron unos cuadernos de la escuela, para que se lleve de recuerdo.

Guillermo partió una mañana muy temprano. Los niños dormían. El matrimonio evitaba la despedida en presencia de sus hijos. Y el mar de lágrimas.

Ya en el barco, vio que era parte de una masa de inmigrantes hacia América. Muchos iban a la deriva, sin saber qué destino tendrían, se hablaba de Río de Janeiro, de Montevideo, aunque Buenos Aires y su Hotel de Inmigrantes era lo más mencionado en España. Y obviamente, en otros rincones de Europa. Esto lo constataría Guillermo al final de viaje, donde un crisol de razas abarrotaba el puerto de Buenos Aires.

La tristeza en su esposa, desde el momento de la partida, copaba el corazón y el ambiente de una casa que parecía abandonada. Casilda estaba como partida en dos. Pero sabe que debe ser fuerte ante sus hijos.

Así transcurrieron días, semanas, meses y más de un año. Nada era lo mismo sin Guillermo. Juntos habría sido posible sobreponerse a los tropiezos y vicisitudes de la vida. Ya España tampoco era lo mismo. Comienza a pensar que debe estar al lado de su esposo con los niños. Sabe que al tomar esta decisión perderá todo derecho de herencia y del apellido de cierta nobleza al que pertenecían los Monclús.

Las noticias que llegaban desde Argentina no eran muy alentadoras. Se corría la voz que aún quedaban indios que atacaban a la gente. Los rumores eran diversos, algunos de progreso económico y otros de problemas de vivienda, de explotación en el campo, en trabajos de mozos en restaurantes, engaños, trampas y estafas. Los inmigrantes estaban a merced de la buena de Dios. Pero debía ir con los niños y juntarse con su esposo. Enfrentar la vida en Argentina.

Buenos Aires no era como Guillermo la imaginaba. El desarraigo dolía, alejado de su patria, de su familia. Aquí era uno más, que venía a trabajar y a sobrevivir. Y sólo podía lograr algunas pequeñas diferencias. Después de diez días de estar en el Hotel de Inmigrantes, lo ubican en una pensión para hombres en Avellaneda, cerca del frigorífico El Anglo, donde al fin tomó ese puesto a nivel administrativo. Portaba estudios contables y tenía conocimientos de idioma inglés. Lo que era más que suficiente para desarrollar con idoneidad las tareas de oficina en la empresa. A lo que se agregaba su trato cordial con los compañeros y clientes. Demostraba ser un hombre de mundo. Y era lector de los clásicos, amante de la buena música.

Tenía muy pocas noticias de España, apenas un par de cartas en todo este tiempo.

La decisión de Casilda estaba tomada. Se conectó con el capitán del barco Reina Victoria Eugenia. Habían acordado un hermetismo en la propia familia, como un secreto, para no crear malestar en el contexto. Sabe que será una travesía difícil y larga: nunca habían viajado a mar abierto. Y además ir a una tierra desconocida, donde todo estaba por hacerse. La decisión era audaz, la fuerza del amor por Guillermo la empujaba.

Y una mañana abordan el barco. Las explicaciones fueron de último momento, entre la urgencia y la angustia. Ella cae enferma durante el viaje, con una profunda depresión y fiebre, sin poder ingerir alimentos. A más de los mareos que sucedían con normalidad en estos viajes, los problemas de salud se multiplicaban. Se terminaba con la fiebre y empezaba algún dolor estomacal o de cefaleas pronunciadas. O se terminaban los dolores y comenzaba un estado de tristeza sin término a la vista. El deseo de encontrarse con Guillermo seguía firme, pese a estas vicisitudes, rodeada de sus hijos, que la alentaban. Tenían la fantasía de la aventura. Los chicos le solían describir las olas del mar, los marineros que cantaban y bailaban, algunos con su aspecto hasta asustaban. Pero eran muy entregados al trabajo en el barco. Y al capitán, que siempre estaba atento, no se le escapaba nada. Una sensación de seguridad daba el capitán. Para Casilda, el capitán era un sostén, con su palabra y con sus consejos.

Y casi tres meses después avistan el Puerto de Buenos Aires. Qué alegría, qué placer. Todos se agolpan en la cubierta para no perderse

un detalle del arribo. Casilda en lo único que piensa es en El Anglo, el frigorífico. Y cree ver la figura de Guillermo entre toda esa gente. Busca con ansia entre el gentío que espera en el puerto. Pero no estará.

Después de un mes de estar en el Hotel de Inmigrantes, logró conectarse con un comerciante que le indicó la pensión donde se encontraba su esposo, en un lugar cercano al frigorífico El Anglo. Él iba a dar el mensaje, para que supiera que su esposa estaba en Buenos Aires.

Dos días después, cuando llegó Guillermo, el abrazo familiar fue largo, entre el llanto de alegría, los corazones palpitaban.

—Papito, Guillermo, Casilda... Santa Teresita, gracias...

Y las voces se confundían. La felicidad los envolvía, no importaba el desarraigo, las pérdidas, lo importante era que estaban ahora y al fin, para siempre juntos. Comenzaban una nueva vida. Se tenían una fe única.

Al cabo de unos meses, Guillermo consigue un terreno en Adrogué. Un lugar muy vistoso. Los ahorros que él estaba haciendo para volver a España los utilizó para construir una casa modesta. Era un lugar que se poblaba rápidamente. Toda esa zona, con el Ferrocarril del Sud.

El Hotel era visitado por damas de la sociedad, para contratar *nurserys*, cocineras, domésticas, cosmetólogas. Y éste era el oficio que Casilda Segunda había aprendido ya en España por medio de una tía. La mamá Casilda había quedado muy resentida del viaje. Y este trabajo fue creciendo a domicilio en Buenos Aires, iba al Barrio Norte, a la Recoleta, y la cadena se fue agrandando, de forma que logró una clientela muy importante.

Y nació una hermana de Casilda Segunda, Tita, y al tiempo, un varón, Federico. Éstos seguían su ejemplo de trabajo en lo posible, porque en la Argentina no abundaba la ocupación y ella continuó siendo el sostén principal de la familia. También tenía palabras acertadas para con la tristeza y melancolía que albergaba su madre. España era España y el terruño tiraba, más aún, el tiempo pasaba ligero y las

posibilidades de darse una vuelta por la Península estaban cada vez más lejos.

La invitan a misa, a eventos familiares, a las tertulias y reuniones de canasta. Y las recomendaciones se ampliaban, poniendo Casilda Segunda su simpatía, su belleza y su conversación afable. Se abrió paso, hasta el punto de superar el sueldo de su padre Guillermo que tenía en El Anglo.

La muchacha fue creciendo y tenía a Santa Teresita como guía, le rezaba a ella, logrando una paz interior y una seguridad plena. Siempre predispuesta, ofrecía sus servicios, a veces, no cobrando o fiando. Anotaba en su libretita negra las sumas, en un debe y haber casero, por el que no se le escapaban los deudores.

Y don Guillermo siguió trabajando en El Anglo, ascendiendo a la categoría de Auxiliar primero y al tiempo, Segundo Jefe en la Sección Costos. La vida en Adrogué transcurría lenta para Casilda, la esposa, que llevaba adelante el hogar con orden, con el cuidado y la educación de sus hijos, que era puntilloso.

En una reunión Casilda Segunda conoció a Carlos Gardel, que ya comenzaba a ser mencionado en todos los reductos tangueros. El zorzal criollo, deslumbrado por su belleza la había invitado a la confitería El Molino. Ella aceptó hasta ahí, pues el apuesto artista le propuso llevarla a París, entre otras proposiciones más atrevidas. Por supuesto que su padre Guillermo no consentía esta relación “bajo ningún punto de vista” y el flirt duró lo que canta un gallo. El qué dirán de la clientela y de las amistades del barrio de Adrogué golpeaba en las cabezas de su madre y de su padre, sobre todo de éste, engolado como miembro de la gerencia de El Anglo.

Pero el progreso económico se debía a las entradas que Casilda Segunda aportaba, con una cuenta bancaria en el Banco Galicia que se fue acrecentando año tras año. La clientela fue aumentando de manera considerable, hasta no dar abasto y ocupar sábados y domingos en los barrios ricos de Adrogué y en el Barrio Norte de la Capital. Hizo amistades al compás de los negocios y una de sus mejores amigas, Carmen, le había presentado a un odontólogo recién recibido que vivía en Caballito.

El doctor Atilio Vallazza, el odontólogo en cuestión que cortejaba a Casilda Segunda, fue aceptado con bombos y platillos por sus padres.

El tiempo fue pasando y después de la muerte de ellos, Casilda Segunda contrajo matrimonio con el doctor Atilio Vallazza y habitaron una casa del barrio de Caballito. Ya casada, dejó el trabajo de Cosmetóloga y nació su primera hija a la que también anotaron como Casilda. Pese a tener una posición holgada, por el trabajo sostenido que tenía el doctor, en hospitales y en su consultorio, no pudieron hacer un espacio para regresar a España. Y siempre, con su personalidad romántica, Casilda Segunda —ahora ya madre Casilda— proyectaba ese ímpetu y fuerza interior de lucha en su hermana menor Tita y en su hija.

El ejemplo del trabajo siempre era una idea que Casilda Segunda desparramaba entre las amistades y sus familiares argentinos. ¿Había terminado realmente su viaje desde España? Los Monclús continuaban en las Casildas con esa capacidad de elevar la autoestima de las personas a cargo de ella, ya sean empleadas, amigas o vecinas. Sembraba en cada una esa libertad, para que se realicen, tanto como mujeres como en sus emprendimientos personales.

Casilda Segunda había aprendido de sus padres la costumbre del ahorro, con miras también a que algún día regresarían a España, aunque más no fuere de paseo. Y visitar su tierra, ese llamado interior que siempre estaba latente, de encontrarse con su gente.

Y Casildita, nieta de Guillermo, cerraría la serie de “Casildas”. Se ha recibido de Maestra Normal Nacional y con el tiempo contrae enlace, tiene dos hijos, con los que continúa la tradición de sacrificio, el sentimiento caritativo hacia los demás. Alejandro y Fernando logran buenos empleos en el Banco de la Ciudad de Buenos Aires y todo marchará bien hasta que llega la crisis en Argentina al filo del año 2000. Estafas, pérdidas de empleos que ocasionan una masiva desocupación, incendio y muerte en las calles sobre la navidad del 2001, dinero acorralado, descuento del 13 por ciento a los haberes jubilatorios. Y Casildita, que ya era ciudadana española, les insinúa a sus hijos Alejandro y Fernando que busquen trabajo en España.

Guillermo, el bisabuelo, había venido a la Argentina con la posibilidad de un trabajo en El Anglo, pero los hermanitos ahora debían emprender un viaje al revés. Y salir del desastre en el mismo país que habían forjado sus abuelos, en esta América del Sur, una geografía despedazada en miseria. El puerto que albergó a los inmigrantes tenía la contrapartida ahora en el Aeropuerto Internacional de Ezeiza, en vuelos de Iberia, rumbo a la Madre Patria.

La metáfora de "madre" era como un ciclo, un circuito cerrado desde los albores del siglo XX, en tiempos del Centenario, hasta este 2002 *plenificado* en penuria. La ironía enmarcaba un regreso de "viaje" en la sangre heredada, en estos dos muchachitos argentinos, descendientes de los Monclús, dispuestos a partir.

Los retratos de bisabuelos y abuelos, encima de una repisa y de un bargueño, a lo que se suma la mirada de mamá Casildita, ya maestra jubilada, son mirados por los dos hermanos, conformando una especie de saludo. Y al mismo tiempo, con un sentimiento de ruego:

—Hagan que la buena estrella nos guíe, queridos abuelos.

Y el sentimiento se hizo voz, en el último minuto de esa partida hacia España, se hizo dolor, quizá el mismo que habrán experimentado Guillermo y su esposa Casilda, pioneros de una aventura sin par.

Y hacedores de una familia, de una cadena de Casildas, verdaderas perlas de amor y de ejemplo de trabajo. Los retratos parecen tener una voz telepática para Alejandro y Fernando, ya ciudadanos españoles.

—Id tranquilos y buen viaje, con ustedes también vamos nosotros a casa.

Marie-Laure Drouet

DESTINO FRANCIA

(Francia)

Tengo el honor de presentarles mi historia de emigración y la de mi familia materna: la de mi madre Asunción Josefa M. M., la de sus padres Daniel M. M. y Asunción M. L, mis abuelos y la de Pilar y Lorenzo, mis bisabuelos.

Recorriendo mi biografía familiar sobre tres generaciones en mi línea materna, en cada una ha habido emigraciones, tanto a nivel interior, como continental y transoceánica.

— Yo nací española en el Principado de Mónaco y fui declarada en Francia.

— Mi madre emigró en 1959 de España a Francia por amor.

— Mis abuelos emigraron a Vizcaya. Mi abuela Asunción, de niña, más o menos en 1900 con su madre Pilar procediendo, de La Rioja. Mi abuelo Daniel, su esposo, de Castilla y León, me falta la fecha.

— Mi bisabuelo materno Lorenzo, emigró a las "Américas" y su esposa Pilar, a Bilbao, Vizcaya con su hija Asunción, donde nace mi madre Asunción Josefa o Asun.

La madre de la autora.

Empezaré primero por mis orígenes españoles. En mi caso no les llamamos raíces, las raíces te inmovilizan, pero bien *orígenes,* porque se trata de una procedencia en un camino que se recorre. En

primer grado nací de padre francés, Georges Drouet, y madre española, Asunción Josefa M. M.

Empecé mi vida siendo española, declarada por mi madre en el Consulado Español de Marsella, en Francia, porque nací fuera de matrimonio en el Principado de Mónaco. Luego me convertí francesa legalmente en 1974 por el matrimonio de mi madre con mi padre, cuando él me puede reconocer oficialmente. Actualmente estoy reactivando mi nacionalidad española para tener la doble nacionalidad.

Asunción Josefa, madre de la autora.

Cómo llegó a Francia mi madre Asunción. Ella nace en 1923 en Bilbao, es una mujer moderna, liberada y emprendedora. Hizo varios estudios brillantes, institutriz, enfermera y no se casó, aunque era muy atractiva. Inició alrededor de los 30 años estudios de esteticista, en la escuela Stendhal —París— precisó siempre.

Atraída por la cultura francesa, aprendió el idioma y viajó a París en varias ocasiones para perfeccionar sus habilidades y obtener productos de belleza de última moda. Abrió un Salón de Belleza —Yasmar— en Bilbao en el año 57. Ganó con éxito una clientela fija y diversificó su negocio importando moda parisina, artículos de lujo y ropa de París, a veces en contrabando ¡viajaba llevando varios vestidos nuevos unos arriba de otros!

Sin embargo, el 12 de septiembre de 1958, regresando en tren de París a Bilbao, se encontró en el vagón restaurante con un tal Georges, en la unión entre las dos direcciones, él iba en dirección contraria, según lo que sé. A mi madre le gustaba contar una anécdota de ese día: en su compartimento había compatriotas españoles ruidosos y gesticulantes que la avergonzaban delante de su nuevo amigo... ¡Le dijo que era portuguesa! El regresaba de España donde ayudaba a los refugiados españoles a salir del país. Llevaba una vida nómada como gran reportero, casado con una primera francesa de la que huye. Es el encargado de la comunicación del General De Gaulle en sus viajes por Francia desde 1947.

Georges ha nacido en 1915 en Compiègne (Francia). Su nombre, Drouet, proviene de las estepas de Asia Central y se relaciona con una línea de nómadas que se rastrea fácilmente desde Mongolia hasta Europa

del Oeste, por su apellido y derivados. Son más que emigrantes: son nómadas, pero es la otra rama la que no les interesa.

Georges Drouet.

En 1958 tienen respectivamente 35 y 43 años. El amor a primera vista que los une ese día trastornará de por vida la existencia de mi madre y fundará la línea de la que soy la última y tardía descendiente.

En 1965, cuando nazco, mi madre tiene 42 años y mi padre 50, por lo que la generación de mis abuelos maternos, de principio del siglo XIX también participa activamente en esta historia de emigración que les relato. Volveré a eso más tarde.

Mi padre es hijo único y huérfano desde 1917, toda mi vida familiar es española a través de mi madre, pero se reduce a nuestras vacaciones de verano en España con, a veces, mis abuelos: *abuelito Don Daniel* y *abuelita Asunción*, no conozco mis sobrinos hijos de mi tío, porque la distancia y lo poco de sociabilidad nos separa, mi tía no tuvo hijos.

EL EXILIO DE MI MADRE COMENZÓ EN 1959

A partir de septiembre 1958, Georges y Asun se reúnen secretamente en Francia. Ella no les dijo nada a sus padres al principio. Empiezan intercambios epistolares frecuentes, casi diarios, que yo heredé. Ella decide dejarlo todo, vende su material y su tienda de Bilbao para reunirse con mi padre en Francia un año después de su primer encuentro. Ella se lanza al vacío para hacer realidad el sueño común de formar una familia con mi padre.

El núcleo familiar se materializa en el nacimiento de mi hermano mayor en enero de 1960 en Maisons Alfort, cerca de París (Francia), es un gran momento de íntima felicidad. Su suegra que vive en la región parisina la acoge como una vagabunda, y esto le hace mucho sufrir a mi madre, pero por lo menos tiene un hospedaje, y no está sola. Mi abuela paterna, por lo menos ayuda a su hijo con su nueva pareja, reconoce su matrimonio anterior como un fracaso. Mi madre no trabaja, vive de sus economías con la ayuda financiera de mi padre. Su pareja es esporádica, estaban huyendo de su exmujer, el proceso de divorcio empieza, estaban en alerta permanente por ser ilegítimos.

Correspondencia que heredó la autora.

Mi madre es nómada, la encontramos en Toulouse, donde viven amigos de mi padre, puede encontrar estabilidad en un apartamento. Él viaja a menudo al extranjero y en Francia, puntuando las separaciones por una magnífica correspondencia de treinta años conservada hasta hoy. He decidido aprovechar este material para sacar de él una obra artística, razón por la cual no lo utilicé para esta convocatoria. *Del Amar a la Vida* es un libro y obra que rastrea principalmente los sentimientos de amor.

Ella expresa sus dificultades de vivir en un país que no sabe acogerla con dignidad. Sufre de racismo, aunque estudió durante mucho tiempo y tenía un alto estatus social en España, a menudo es humillada por su acento español especialmente en *La Poste,* Correos... tenía que ir allí regularmente, dado la cantidad de cartas enviadas. Una de las cartas habla de la intervención de mi padre con el Inspector General de *La Poste*, servicio público de Correos francés, cuando mi madre se queja de humillaciones por el personal de caja. Él hace jugar sus relaciones oficiales para obtener disculpas para mi madre. Este sentimiento de aislamiento se ve reforzado por el hecho de que ella no está casada, vive con su suegra durante los primeros meses de su exilio, tiene una situación ilegal a nivel administrativo, no esté declarada. Se queda embarazada con bastante rapidez y, a menudo, su amor está lejos.

Georges participa en las giras del General De Gaulle, donde lleva a menudo a Asun, dándole una tarjeta de prensa falsificada que ella usa para tomar fotos del General y poder darle la mano al Presidente de la República varias veces en la misma fila, pasando por detrás de la gente, para incorporarse otra vez, porque era traviesa. Pudo tomar fotos del General, que quedaron inéditas. Nos dijo que las quemó todas al salir de Argelia unos años después, durante la Guerra de Independencia por el miedo a ser considerada como independentista.

En 1960 Georges fue llamado a ocupar cargos oficiales en Argel asumiendo el cargo de redactor jefe de Radio France Argel, Radio nacional, un puesto de importancia política estratégica arriesgado porque defendiendo la independencia de Argelia estuvo amenazado por la *Organisation Armée Secrète* francesa (OAS-"Organización del

Ejército Secreto") de carácter terrorista y antiindependentista[1]. Pero esto es lo que les permitirá vivir juntos en familia, ella y él, con mi hermano bebé, en Argel, en una vivienda oficial del gobierno francés. Fue "la emigración dentro de la emigración" lo que finalmente los unió. Ella permaneció allí hasta principio de 1962, él regresa a Francia después.

Después de un aborto espontáneo, Asunción fue repatriada de urgencia a Francia. Nos contó cosas extraordinarias para este *transfugio*[2], con barco, submarino y cosas por el estilo, pero ella tenía mucha imaginación y le gustaba dramatizar y aumentar la realidad. Eso sí, se temía por la vida de los ciudadanos franceses, en particular de mi padre, su oficina en Radio Argel sufrió dos atentados con bombas. Desde entonces guardó la costumbre, que siempre le conocí yo, de poner en marcha el coche con la puerta abierta: nos dijo que en el caso de un ataque con bomba debajo del automóvil, cuando la puerta se mantiene abierta, el conductor puede ser expulsado y salvar su vida. ¡Que educación!

Con sede en Toulouse, mi hermana mayor nació en agosto de 1962. Las cartas hablan de separación obviamente, hay pocos rastros de intercambios entre Asun y su familia. Algunas pocas cartas de felicitación, tarjetas de cumpleaños de mi abuelo, otras donde expresa su preocupación por la situación de Argelia. Nuestra familia nunca fue muy sociable, mi madre tenía un alto rango social, siendo mi padre un alto funcionario del Estado, que la alejaba del "común de los mortales", todavía más por sus orígenes como extranjera, nunca le conocimos amigas francesas. A veces tuvo "criadas españolas" a las que tenía un franco desprecio.

En 1964, mi padre toma el cargo de director de Radio Monte Carlo, donde nazco yo, "por casualidad", en 1965. No tengo la nacionalidad monegasca, se necesitan tres generaciones para obtenerla de nacimiento. Como dije al principio, mi madre me declara al Consulado español más cercano de Mónaco: Marsella, para obtener la nacionalidad española.

---

1 La OAS, cuyo máximo dirigente fue el general Raoul Salan, se oponía a la independencia argelina de Francia. (N. E.)

2 No está claro qué quiere indicar la autora con este término no recogido en el DRAE (N.E.)

Su pareja se oficializó rápidamente, al menos en la vida cotidiana, el matrimonio tardío confirmó la naturalización francesa de mi madre en 1974, cuando perdió la nacionalidad española, y yo empiezo mi vida oficial francesa. Mi padre se las arreglaba cuando íbamos a las escuelas para que mi apellido sea oficialmente Drouet, y que no tenga cuestiones acerca de mi verdadero *apellido secreto* M. M., ni mi nacionalidad, hasta los nueve años, cuando se casan. Siempre pensé que era francesa, llamándome Drouet, sin más, pero no.

Yo nunca supe nada de mi verdadera situación legal y administrativa, siendo una especie de "emigrante clandestina" finalmente, hasta este año 2022 cuando he empezado la *proceduría* de pedido de doble nacionalidad. Mis padres, estando los dos fallecidos, y las leyes cambiadas en 2021 acerca de la doble nacionalidad entre Francia y España, lo he averiguado "por casualidad", frente a un agente de registro civil sorprendido.

Yo nací pues española, Martín M. por mi madre, y caí por los resquicios históricos del entramado legal de nacionalidades. Decidí recuperar mi doble nacionalidad que en realidad nunca había perdido. Nunca he negado ni perdido mi nacionalidad de nacimiento. De hecho, he sido una española "silenciada" desde que nací. Hoy tendré que inventar un nuevo nombre español combinando el de mi padre y el de mi madre, para corresponder a la administración española, o tener dos identidades distintas, una en Francia con el nombre de mi padre francés, el que tengo desde 1974 sin haberlo elegido, y otro en España con el nombre de mi madre.

Hoy me mudé a la casa de veraneo de mis abuelos en Castilla, y pensé ser una inmigrante francesa... pero no, ¡siempre he sido una especie de emigrante española sin saberlo, regresando a mi tierra natal!

Pero los fenómenos de la emigración española no se detienen ahí en nuestro caso, en las dos ramas ancestrales de mi madre, materna y paterna, hubo movimiento. Como dije anteriormente, mi madre era relativamente mayor cuando nací, sus propios padres nacieron en el siglo XIX y su abuela materna aproximadamente en 1870. Cada una de estas generaciones emigró en una escala más o menos grande.

Mi abuelo Don Daniel Malanda. M., nacido en 1891 en Palencia, Castilla y León, cambió oficialmente a Martín su apellido Malanda (probablemente de origen judío sefardí) el 19 de julio de 1949. ¿Miedo a ser judío después de la Segunda Guerra Mundial?

Mi abuelo Don Daniel Malanda.

La estirpe es pues ya en sí misma una línea de emigrados cuya procedencia sólo pude rastrear hasta mediados del siglo XIX, donde se encuentran nombres judíos en su linaje materno: Simón, Ester (1858 y 1820).

Encontramos a los padres Malanda propietarios de una finca en Bárcena de Campos, Palencia (Castilla y León) en 1920. En 1919 Daniel se casa en Bilbao con mi abuela Asunción, entonces era practicante. Tengo huellas de sus relaciones con la Escuela de Practicantes de Vizcaya en los años cuarenta. No tengo rastros de cómo pasa de Castilla a Vizcaya. Parece que las sucesivas generaciones de mis antepasados emigran en la siguiente generación, en un lento viaje en busca del ascenso social y el exilio rural al País Vasco.

Bárcena de Campos (1914). Daniel a la derecha de pie.

Asunción, mi abuela, cuando tendría una edad de 5 años. En nota caligrafiada se puede leer: "Asunción con su tía Resu en Cerezo del Rio Tirón (La Rioja)".

Mis bisabuelos: a la derecha Lorenzo y delante de él Pilar, sentada con Asunción en sus brazos probablemente en 1894. A la izquierda sentada parece ser Resu, con un niño en las piernas, y probablemente su esposo detrás de ella. Si es la misma "Tía Resu" de la foto anterior, la hermana de Asunción, entre la foto superior y esta, está muy adelgazada y la cara marcada. Son especulaciones.

La emigración ocupa más dramáticamente la línea femenina de mi madre. Asunción —mi abuela— es la única superviviente de una familia de siete hijos. Mi bisabuelo —Lorenzo M. O.—, su padre es nacido en Logroño (La Rioja, hacia 1870). Su madre, mi bisabuela —Pilar L. G.— es nacida en Cuzcurrita (La Rioja hacia 1870) y fallecida en 1955 en Bilbao. Cómo y cuándo exactamente emigran entre La Rioja y Vizcaya, no lo sé.

Lorenzo está reportado como desaparecido después de salir de España en barco para buscar fortuna "en las Américas", como se decía entonces. Podemos suponer que se ha ido en los años cerca de 1900, mi abuela siendo la mayor de sus hermanos. No tenemos fecha exacta ni destino de su salida, ni de su desaparición, nunca se ha tenido noticia de él, sigue siendo un misterio familiar. Cuando deja a su mujer Pilar y a sus siete hijos, no sé dónde viven en ese momento ¿Bilbao o La Rioja?

Tenemos registro del lugar de nacimiento de Asunción, mi abuelita, en Santo Domingo de La Calzada (La Rioja) en 1894. ¿Habrán emigrado después de 1894 a Bilbao, o solamente Lorenzo se fue solo a Vizcaya para su salida al Nuevo Mundo? No lo sabemos.

Tenemos, eso sí, registro de los frutos del empeño de Pilar por sobrevivir sola en el Bilbao industrioso de los primeros días del siglo XX hasta su muerte en 1955. Encontramos en Bilbao a mi bisabuela Pilar, viuda soltera, con siete hijos o no (no sabemos cuándo mueren), donde plancha la ropa de los burgueses. Esto son los relatos que me hizo mi madre. Una cosa lleva a la otra (*de hilo en aguja*, en francés, las palabras son correctas) con perseverancia, compró quiebras de fábricas, las reempacó[3], las re-

[3] No está claro qué quiere indicar exactamente la autora con este término no recogido en el DRAE (N.E.)

vendió, y logró la proeza de hacerse propietaria de un edificio con mercería y tienda de telas en pleno centro de Bilbao (calle Espartero), como así seis apartamentos y edificios en la ciudad. Muere en 1955 en Bilbao. El balance de este éxito sin duda se cuenta en vidas humanas, y su fuerza motriz en la necesidad.

Pilar. En nota caligrafiada se puede leer: "4 meses".

Acerca de la bisabuela no sabemos de ningún hermano o hermana, ni de su madre. De su padre, parece que era un vendedor ambulante de equipo de cocina de aluminio, por lo tanto sin una fortuna.

La leyenda familiar difundida por mi madre dice que en 1929 su abuela Pilar pudo evitar el suicidio de su único yerno, Daniel, durante el crack bursátil. Jugando a la bolsa, lo había perdido casi todo. Ofreció cobertura y alojamiento a su hija Asunción y a sus tres nietos, prestando dinero a su descendiente. Obviamente se quedan bajo su techo bastante tiempo, al menos durante la Guerra Civil, porque mi tía Pili (Pilar Petronilla), que se ha quedado soltera, trabajaba con ella en la tienda hasta su muerte.

El edificio en la calle Espartero Bilbao, la mercería está a la izquierda.

Mis abuelos en el año 75, veraneando.

Mi madre tenía un recuerdo muy claro de este lugar y aún conservo una cantidad importante de artículos de mercería de aquella época. Las telas aún tenían el trazo y el color hollín de la ciudad, se entiende por qué Pilar —la anciana— hizo fortuna con la lavandería. Era conocida por tener un carácter taciturno y una autoridad, como dicen en Francia, de hierro (lo que recuerda la plancha).

Me contó mi madre, que su propia madre quería ser médica y viajar, me dijo que su madre —Pilar— la rechazó, y la obligó a "quedarse contando botones en la tienda".

Mis abuelos no abandonaron el País Vasco hasta su muerte. Aparte de mi madre, pues, los demás niños, Pili, mi tía, y Nicolás, mi tío, se quedaron en Bilbao.

Hoy recuperé con mi hermana la casita que mis abuelos habían construido en 1962 en Medina de Pomar (Burgos, Castilla y León). Según lo que sé, gracias a un préstamo a tipo cero que el caudillo Franco ofreció a la gente de clase media. Medina de Pomar, balneario donde ellos, y luego nosotros, pasamos las vacaciones de verano.

El círculo está parcialmente cerrado en cierto modo. Viviendo en España, ¿soy inmigrante francesa o inmigrante vasca en Castilla y León? El movimiento migratorio está en mi ADN.

Todavía no puedo establecerme de forma sostenible aquí en España. He vivido principalmente en Francia, pero también en América Latina, y actualmente estoy dudando si quedarme aquí este invierno. Las dificultades financieras, el clima duro, así como las repercusiones del COVID y con la sangre pionera que corre por mis venas, me resulta más fácil imaginar emigrar a algún lugar que sufrir la incomodidad de quedarme donde estoy con frío.

El invierno pasado viví en Bélgica, el anterior en Quebec, y el anterior en República Checa, y anteriormente de profesora en el Sur de Francia...

Aunque sobrecualificada, soy universitaria geógrafa, por motivos familiares y personales, no he estabilizado mi vida en ningún lado. Siempre digo que mi patria es el viaje. Ahora es uno de esos momentos en los que se sabe, "en mi casa", que se necesita mantener la esperanza y la adaptabilidad. Porque en las maletas y los baúles, sobre todo en el de Pandora, es lo único que nos queda cuando viajamos, además de los conocimientos, ya que no ocupan espacio ni pesan nada, como decía mi abuelita Asunción. Tal vez esperar mejor.

Medina de Pomar, a 29 de noviembre de 2022.

Antonio J. Fernández Arias

ALEMANIA, PROVINCIA DE GRANADA

(Alemania)

Contemplaba satisfecha el interior del camión de mudanza. Había llegado el momento, tan ansiado, ¡por fin! Dentro de unas horas, estos muebles usados y cajas llenas de trastos estarían en alguna carretera rumbo a su pueblo. En unos días y una vez recorridos los 2.300 km que separaban Renania de Granada, con lo que había en estas cajas podrían reanudar la vida que un día allá por el 72 habían dejado atrás, al pie de Sierra Nevada.

No pudo evitar recordar los días en que 16 años antes se había despedido de los vecinos y de la familia, de su hermana y de su ya anciana madre, y todo lo que le rondaba la cabeza por aquel entonces: a sus 45 años había decidido seguir los pasos de su marido y sus tres hijas, que unos pocos años antes habían sucumbido a la tentación de abandonar la vida demasiado modesta que el pueblo les ofrecía a ellos y a la mayoría de los demás paisanos. Les habían llegado noticias desde Francia, desde Alemania y Suiza animándoles a emigrar. Casi toda la familia de su marido se había marchado ya a Alemania. Él ya había estado varias temporadas en Francia, como casi todos los hombres del pueblo: en el tomate, en la remolacha, en la uva, hasta consiguió un contrato largo en una fábrica de coches. Iban cuadrillas enteras de amigos, incluso algún patrón los volvía a reclamar al siguiente año porque había quedado muy contento con su trabajo. Se iban en tren, hasta Irún. Allí los sometían a los preceptivos controles de pasaporte y aduana (como si les sobrara nada con lo que pudieran hacer contrabando en Francia) y a una desparasitación: en

Francia no se debían de fiar demasiado de la higiene de los campesinos españoles, ni de la limpieza de sus ropas, que a base de jabón de lagarto y largas y agotadoras sesiones de colada —a menudo antes del amanecer— en el lavadero del pueblo les procuraban sus mujeres. Una vez terminada la recogida de las diferentes cosechas en Francia, siempre habían vuelto al pueblo con sus familias, siempre se reencontraban con la pobreza.

En 1969 les sobrevino un golpe durísimo: había perdido a sus dos hermanos en la maldita guerra, a su padre tras sufrir una parálisis cerebral, pero en febrero de ese año tuvo que encajar la muerte sobradamente anunciada de la mayor de sus hijas, de 17 años. Un defecto en el corazón con el que ya nació, no hubo manera de salvarla.

Tres años después, ella y sus dos hijos, de 12 y 4 años, iban a convertir a toda la familia ya en emigrantes *indefinidos*, en Alemania, como tantas otras familias del pueblo. En cierto modo era una manera de distanciarse del dolor, pero sobre todo no podía permitir que la familia se separara por querer buscar una vida más desahogada. Bastante había sufrido al comprobar que no podía hacer por su hija más que mimarla mientras llegaba su hora y darle las mejores medicinas. En la botica la verdad es que se habían portado muy bien con ellos. "En hombre joven no hay deuda vieja", le solían decir con ternura y nunca le negaron ningún medicamento, por muy caro que fuera, sabiendo que podía tardar meses en pagárselo.

La familia era lo primero. Ya nos acomodaremos a ese país desconocido, a esa gente, a ese idioma tan diferente. En realidad había sentido desasosiego, ella apenas sabía leer ni escribir y lo desconocido la hacía sentirse insegura. Pero no quería dejar solos a su marido y a sus hijas, de ninguna manera. Un hombre tiene que estar con su mujer, eso es así. Además, las niñas ya no estaban ilegales allí, ya tenían los papeles en regla y podían trabajar. Las dos mayores trabajaban ya en una lavandería; la tercera era aún muy joven, pero pronto podría también contribuir. No eran unos trabajos cómodos, pero

Foto de recuerdo de una excursión a la popular localidad de Königswinter, con una familia de otro pueblo de Granada.

mejor que servir todos los días de la semana y sin estar aseguradas. A las monjas les había dado mucha pena de que se marchara la mayor, pero claro, la vida estaba muy mal. Le habían deseado mucha suerte.

El viaje hasta Alemania lo hicieron en tren, como algunas otras veces después, cuando volvían de vacaciones. Era un viaje largo, pesado y, además, caro. Menos mal que llevaban tortillas y filetes empanados. Había que cambiar de tren en Madrid, Irún y en París, debían encontrar el andén, acarrear y cuidar de las maletas, esperar al siguiente tren, era un viaje desesperante para ella y los niños, desesperante y desolador, pues iban rumbo de un lugar que no era el suyo, al que en realidad no deseaban ir. Pero había que ir.

Mi madre y mis hermanos en 1961 o 1962.

Su marido había encontrado un piso en un edificio viejo, en pleno centro de la pequeña ciudad donde habían decidido instalarse sin saber muy bien por qué: tenía que levantarse cada mañana a las cuatro y cuarto y coger el primer tranvía, luego hacía un trasbordo, y a las seis en punto (había que fichar) entraba en la fábrica. Tardaba una hora y cuarto en ir y otro tanto en volver. Ni siquiera parecía que hubiera españoles en esa ciudad (más adelante descubrirían que sí había unas cuantas familias). El piso estaba lejos de los lugares de trabajo de su marido y de las niñas, y también de la colonia de españoles de la zona, pero era barato y tenía un pequeño aseo en la escalera, como tantos edificios de principios de siglo que había en esa región de Alemania y que a pesar de estar en malas condiciones no habían demolido porque muchos estaban protegidos. Además, tenía tres dormitorios y un salón grande. No les parecía correcto dormir todos en una habitación, como sabía que hacían otras familias, que alquilaban pisos de uno o dos dormitorios para pagar menos alquiler. Lo malo de estos edificios viejos era el frío, porque estaban mal aislados y las ventanas medio corroídas. Intentaban combatirlo con una estufa de carbón en el salón.

El transportista cerró el camión y se despidió. Ella le entregó lo convenido. Habían tenido suerte: a través de la Embajada había solicitado lo que llamaban una ayuda al retorno, que el gobierno español

otorgaba a los emigrantes que volvían a instalarse en España, siempre y cuando cumplieran unos requisitos económicos. A ellos se la habían concedido sin problemas, pues su situación económica después de todos los años de emigración en Alemania era más bien modesta.

Mi madre y yo, portando el típico cono de chuches, el primer día de cole (1974).

En su momento habían decidido que ella no trabajaría para poder atender la casa y a los pequeños y tener siempre a punto la comida. Otras mujeres de su pueblo habían trabajado (con papeles o sin ellos), y así de bien les había ido a algunas familias: pudieron comprar pisos en la capital, un chalet en la nueva urbanización del pueblo, fincas, o tenían bastante dinero en cuentas bancarias. Algunos compatriotas hacían trabajos en negro y también conocía a un paisano que solía coger una baja médica estando en el pueblo para prolongar así sus vacaciones. A su marido nunca le gustó hacer esas cosas, era demasiado legal e incluso tímido para ello. Al contrario que muchas mujeres del pueblo, ella no había cotizado ni un solo día. Para colmo, sus dos hijas mayores se casaron muy pronto: en los bailes españoles habían conocido cada una a un gallego y no habían tardado mucho en casarse e irse de casa, y con ellas se marcharon sus sueldos, que tan bien les habrían venido para acumular algún ahorro.

Lo de su hija menor fue muchísimo peor. También se casó muy joven, con apenas 19 años, y enseguida tuvo un hijo. Pero en verano de 1978 la perdió para siempre, a ella y a su nieto de 13 meses. Ese año se iban a encontrar todos en el pueblo. Ella y su marido llegaron los primeros; su hija mayor se había llevado a sus dos hermanos al pueblo de su marido en Galicia, y la mediana estaba en la localidad costera donde se había comprado un apartamento en el que se iba a instalar cuando volviera. La menor, su marido y su bebé de trece meses iban directamente desde Alemania al pueblo, en coche. El día que recibieron el terrible telegrama del consulado español en Francia, ella había estado muy nerviosa, cosa que había achacado a la alegría tan enorme que sentía por reunirse de nuevo con toda su familia en la casa que con tanto sacrificio se habían construido con los jornales que su marido había ganado en Francia. Entonces no había querido hacer la casa en la carretera, donde le ofrecieron un solar a

un precio asequible, porque justo por aquella época habían atropellado a un niño pequeño. Las cosas terribles del destino: a su hija pequeña y a su nieto no los atropellaron en la carretera de su pueblo, sino que los perdió ahogados dentro del coche, en las aguas de un río en algún lugar de Francia. Esta vez sí que se le acabaron las ganas de vivir. De no haber tenido que cuidar de su hijo pequeño y de su otro nieto, habría acabado perdiendo la cabeza, y algún amago tuvo.

No habían hecho fortuna en Alemania, para qué negarlo. Pero su marido se llevaba su jubilación a España, que —junto a la pensión española y las *paguillas* del campo y de la industria de Francia— les iba a permitir vivir en su pueblo sin demasiadas preocupaciones. Y el tiempo que habían estado en Alemania habían vivido con un mínimo de comodidad. Además le habían dado estudios a los dos niños: el mayor había logrado remontar el atraso que tenía con el idioma cuando llegó con doce años y pudo aprender un oficio reglado. Ahora tenía un buen trabajo, estaba casado con una alemana estupenda y se iba a quedar a vivir aquí. Prefería no verlo como otra pérdida más, al fin y al cabo iba a ir todos los veranos al pueblo a verlos. El pequeño, que siempre había sido muy aplicado, había sacado muy buenas notas en el colegio y él mismo se matriculó en el *Gymnasium* e hizo el bachillerato al final de los tres años preceptivos. Con el sueldo de su marido (unos 1.500 marcos) solían llegar a fin de mes, pues no eran muy derrochadores y el único capricho que se permitían era pasar las vacaciones cada dos veranos en su pueblo. Bueno, también le pagaron al pequeño un viaje de estudios a Francia y el carnet de conducir cuando cumplió los 18 años. Pero para lujos desde luego no les daba el sueldo.

De todas formas compartía un secreto con la madre de uno de los amigos del pequeño: si algún mes la cosa había ido muy ajustada, la *Frau Chela* —más o menos así se pronunciaba su nombre— le solía prestar 50 o 100 marcos para que pudiera hacer la última compra del mes sin tener que esperar a que cobrara su marido. Esa mujer era una bendita, alta y fuerte, pero cariñosa y con un enorme corazón. No se conseguían comunicar apenas, pero la amistad de sus

Permiso de residencia alemán.

hijos y el hecho de coincidir en misa los domingos era suficiente para que se apreciaran de manera sincera. Algunas señoras alemanas —inexplicablemente, según decía su hijo pequeño— sí tenían el don de comprender lo que ella quería expresar en su particular mezcla de español con acento andaluz y alemán mal pronunciado, del que al cabo de 16 años desconocía las más mínimas reglas. En muchas tiendas la conocían y con solo señalar con el dedo lo que quería la atendían correctamente, casi siempre. Sin embargo había tenido también sus experiencias humillantes. Recordó las veces que al principio la habían querido engañar con las vueltas, pensando que no dominar el idioma significaba no saber sumar o restar. O la verdadera trifulca que le montó ella a una dependienta alemana cuando quiso comprar unas sábanas grandes y ésta dio a entender que los extranjeros dormían toda la familia en una misma cama. Lo de escoger la fruta ella misma lo consiguió solventar con la solidaridad de otras señoras que debían verla tan segura al elegir las piezas que insistían ante la dependienta en que también se las cogiera a ellas.

No pudo evitar una sonrisa. Aquí nos han tratado muy bien, en el fondo, sobre todo conforme los alemanes empezaron a pasar sus vacaciones en Mallorca o en las Islas Canarias. Ahora conocían palabras como *paella*, *flamenco*, *tortilla*, *cerveza* o *gazpacho*. Al principio no fue así. Los primeros españoles que habían venido a Alemania estaban asustados con la actitud tan hostil de los alemanes. Pero eso había sido en otra época, la de los barracones, cuando los hombres venían sin sus familias y las direcciones de las fábricas les daban alojamiento en el mismo recinto de la empresa. A los *guyoslavos* o a los turcos seguían sin mirarlos muy bien. *Pobreticas*, las turcas. Ella conocía a muchas de vista, se saludaban y hasta se paraban a veces a contarse algo en una mezcla de alemán-turco-español gesticulado. Algunas de ellas lo pasaban mal, pues a veces los alemanes se burlaban de ellas y las ofendían por su ropa y por el pañuelo que llevaban en la cabeza.

—Recuerde: tiene que telefonear a mi yerno, él le abrirá la casa—, pudo gritarle al conductor antes de que el camión se alejara en dirección a la autopista.

Sus hijas habían vuelto a España años atrás, el pequeño lo hizo el año pasado, nada más terminar el instituto, para empezar la universidad en España. La que estaba en Málaga había montado un

supermercado en un pueblo costero, donde por cierto había muchos alemanes. En el negocio trabajaban ella, su marido y sus cuñados. En verano tenían mucho trabajo, demasiado, pero ya había mucha competencia por los otros supermercados y tiendas que se habían abierto en el pueblo. La mayor llevaba ya unos años en la capital, y las cosas tampoco acababan de irle bien. El marido había estado en paro mucho tiempo, luego trabajó haciendo *chapuzas* con un amigo, otras veces con un seguro de tres o cuatro horas. Ahora mismo estaba en la recogida de basura en un pueblo vecino y tenía que trabajar de noche. Habían vuelto a España cuando su hijo mayor había cumplido seis años. Pensaron que era mejor que empezara el colegio en España. Su yerno dejó un trabajo estupendo —con sueldo fijo y buen horario— que había conseguido a través de una oposición que había convocado un ayuntamiento cercano, a pesar de ser el único extranjero de entre los candidatos que se presentaban. Sin embargo, sus ganas de volver a España pudieron más y la excusa fue la escolarización de su hijo mayor. Pero sabía que aún no se alegraban del todo de haber vuelto. La vida seguía siendo muy dura en España, los buenos trabajos escaseaban y volver solo era una opción segura para los que, como ella y su marido, lo hacían con una pensión de jubilación. Por eso muchos esperaban a jubilarse antes de volver. Les daba miedo enfrentarse al mercado de trabajo en España con cuarenta y cinco o cincuenta años. Solo los que habían hecho dinero en Alemania habían vuelto pronto, habían comprado pisos e incluso habían montado algún negocio. A los que habían vivido con un sueldo modesto, como ellos, no les quedaba más remedio que aguardar en Alemania hasta cumplir la edad de jubilación. Mientras tanto, sus hijos iban creciendo, estudiando, trabajando, casándose y teniendo hijos en Alemania, como su hijo mayor, que ya no volvería a residir en España.

Se puso triste al pensarlo. Abrió la puerta de la vieja casa y pasó por delante de la puerta de la vecina del bajo. Olía a grasa de fritura alemana. Una vez tuvieron una discusión muy gorda porque la señora *Bili* (o como se diga) le recriminó que el puchero que preparaba apestaba y que toda la escalera olía mal. Eso fue al principio. Ahora, una y otra estaban acostumbradas a los olores que salían de las cocinas, y ya nadie protestaba; la señora *Bili* incluso había probado la paella y la tortilla de papas, que por cierto le había encantado.

Era ya casi fin de mes y aún tenía que comprar algunas cosas. Esta tarde iría a ver a la *Frau Chela*.

Diana Fernández Irusta

EMIGRACIÓN Y EXILIO

(Argentina)

I

Lo gregario nunca fue lo nuestro. Y ahora, recién ahora que hablo con Manolo, me pregunto si lo que para mí era normal no fue, en realidad, una excepción.

II

Mamá nació en julio de 1939, en el País Vasco. Aún estaba en el vientre de su madre cuando, podría decirse, conoció la cárcel. Una denuncia anónima puso durante unos cuantos días a mi abuela, que cursaba un embarazo avanzado, tras los barrotes de una prisión franquista.

Mi abuela, cuenta mi madre, no era una mujer politizada: cada noche rezaba el rosario, cada madrugada se levantaba a trabajar la huerta de la que dependía el pan de sus hijos; detestaba, sí, a los sacerdotes que llegados de otras regiones españolas habían reemplazado a los curas vascos. Se negaba, es cierto, a ir a misa los domingos porque para hablar con Dios "se las arreglaba muy bien sola".

Papá nació en febrero de 1934, en Asturias. Mientras él daba sus primeros gorjeos de bebé, su padre —joven minero afiliado a la UGT y al PSOE—, ya estaba ocupado en "engrasar los fusiles".

Mi abuelo participó en la Revolución Asturiana, se salvó por poco del paredón de fusilamiento, fue a la cárcel; salió de prisión tras la victoria de Frente Popular en 1936, volvió a tomar las armas con el

estallido de la Guerra Civil, se sumó al Frente Norte y, luego, fue uno de los líderes de la Federación de Guerrillas de León-Galicia. El personaje de libro es él. Pero, al menos en este escrito, prefiero hablar de los otros. Los seres comunes.

Mi madre y mi padre se conocieron en la Argentina. Llegaron al puerto de Buenos Aires en fechas distintas, provenientes de diferentes zonas de España, cada cual con su propia carga. Fue entre fines de los años 50 y comienzos de los 60. La suya no se trató de una migración estrictamente económica; los empujaban motivos más íntimos, conflictos que —intuyo— nunca se terminaron de elaborar.

Estaba la orfandad. La particular e indefinible orfandad que los marcaría para siempre.

Mi abuela materna murió siendo mi madre una niña.

Mi abuelo paterno dejó España en 1948, cuando ya no tenía sentido continuar con la resistencia armada. Pasó a Francia y, entre 1949 y 1950, se embarcó hacia la Argentina. Para su hijo solo había sido una presencia fugaz, algún relato llegado del frente (y, más tarde, alguna carta enviada desde Buenos Aires).

Durante los pocos años que duró su soltería americana, mi madre asistía a los bailes organizados por las numerosas asociaciones españolas que había en la ciudad. A mi padre no le gustaba bailar.

Se conocieron en el lugar donde trabajaban, un hotel que, como solía ocurrir por aquel tiempo, pertenecía a sociedades de españoles: inmigrantes que había logrado cierto bienestar económico y formaban sociedades anónimas, sobre todo en el rubro gastronómico. En aquel hotel, mamá trabajaba de mucama[1]. Papá era conserje. Ninguno de los dos, jamás, logró adaptarse a la Argentina.

Mi padre se había reencontrado con su propio padre, pero el vínculo entre ambos siempre fue agrio, conflictivo: demasiadas heridas por restañar.

[1] Este término es usado en diferentes países americanos para definir a una persona empleada en el servicio doméstico (N. E.).

Sé que mi madre rompió en llanto apenas el barco que la trajo comenzó a ingresar al puerto de Buenos Aires. "¿Dónde están los montes?" decía, desolada frente a la llanura que, desde ese día en adelante, sería su hogar.

Sé que desde el primer día comenzó a ahorrar para pagarse el viaje de regreso.

Sé que luego conoció a mi padre, decidieron casarse.

Y algo pasó.

Él viajó a España, visitó a su madre, que vivía en Oviedo. Buscó trabajo allá, no lo encontró. También buscó, o intentó buscar, o soñó buscar, trabajo en Francia (en casa hay un viejo diccionario francés-español; las hojas ya están algo amarillentas; lleva la firma manuscrita de mi padre en la primera página. Mi padre nunca habló francés).

Hubo unas cuantas cartas transoceánicas. En una de ellas mi padre le envió a mi madre la documentación necesaria para casarse por poder: él, allá; ella, acá. Así lo hicieron.

Pero no hubo retorno al país de origen. Tras regresar a Buenos Aires, mi padre emprendió una vida de trabajo a destajo. Mi madre, como dictaban las normas de la época, dejó el trabajo para convertirse en ama de casa. Ahorraron, compraron un departamento. Vinimos los hijos.

Construyeron un núcleo duro. Él, del trabajo a casa y de casa al trabajo. Ella, abocada al hogar. Prácticamente no hicieron amistades locales. Tampoco participaron en la miríada de sociedades, mutuales y clubes españoles que existían en la ciudad, y en las que mi abuelo sí tenía bastante presencia. Apenas llegado al país se había incorporado al Centro Republicano Español; luego presidiría la Agrupación Pablo Iglesias del PSOE; sostenía lazos activos con diversas instituciones y solía asistir cada domingo a una tertulia de emigrados y excombatientes que se realizaba en el bar Ávila (ubicado sobre la Avenida de Mayo, una zona de la ciudad que por años fue epicentro de la actividad española).

Nosotros, no. Salvo algún día de fabada en el Centro Asturiano, tuvimos poco o nada de contacto con esas instituciones. Quizás una excepción sea la Residencia Asturiana[2]. Ligada a la Asociación civil Club Tinetense, la Residencia nació en 1986, con la intención de garantizar un espacio digno para los migrantes españoles que envejecían y necesitaban acceder a un geriátrico. Desde el mismo inicio del proyecto mis padres fueron aportantes solidarios; además, una o dos veces al año participaban de las comidas que se organizaban para juntar fondos.

No hubo mucho más, salvo una vida cerrada a cal y canto a las costumbres argentinas. En casa las estatuillas que decoraban los muebles eran de porcelana Lladró; los cuadritos, recreación de algún hórreo; la música, Nino Bravo, Los Bocheros, algún compilado de gaitas asturianas. La comida, tortilla, fabada, pescados en una cantidad altamente superior a la acostumbrada en un país eminentemente carnívoro. Sopa de ajo, para mi padre. Tonada, giros, dichos españoles. Periódicos llegados de Madrid y comprados en los escasos quioscos que los vendían, en el centro de la ciudad.

Éramos un núcleo duro, cerrado sobre sí mismo. En el discurso de mis padres, España siempre fue el Paraíso perdido. Tierra prometida y esquiva, de cuyo pasado apenas se hablaba y cuyo presente era un espejo virtuoso para todas las desdichas e imperfecciones argentinas.

Nunca se adaptaron. No pudieron volver. Quedaron en un limbo, ni de aquí ni de allá, suspendidos en un dolor inasible.

Nunca fuimos gregarios. Pero ahora, hablando con Manolo, me pregunto si realmente sirve pensar en términos de norma y excepción.

III

Le dicen Manolo. Se llama Manuel Sánchez de la Rosa. Para mí, hasta no hace mucho tiempo, simplemente era “el andaluz”.

Nació en Sevilla en 1934, en el seno de una familia republicana (su padre era socialista). Migró a la Argentina en 1951, con solo 17 años.

[2] https://geriatricos.portalgeriatrico.com.ar/residencia/villa-crespo/asturiana (N. A.).

Viajó solo, en el buque Monte Udala: 20 días de viaje con el pasaje más barato, en el sector bodegas de un barco que, en vez de llevar mercadería, transportaba gente. En Buenos Aires lo esperaba su hermano mayor.

De la infancia, Sánchez de la Rosa apenas recuerda las estrecheces económicas, el hambre, el miedo. Es —se nota que siempre lo fue— un hombre optimista; en todo encuentra razones para sonreír, tanto al evocar su niñez en la España de posguerra como al rememorar la travesía en barco o al reconstruir su llegada a la Argentina.

En Buenos Aires no solo lo esperaba su hermano; había también una activa red de instituciones ligadas con la migración española, y Manolo rápidamente se sintió a sus anchas.

De la mano de su hermano, que era modelista, comenzó a trabajar en una sastrería ubicada en pleno centro porteño. Para hacerse unos pesos más, por la noche trabajaba en la *claque* del Maipo, un teatro tradicional de Buenos Aires. La vida de la ciudad, su bullicio nocturno, la autonomía y la aventura le venían servidas en bandeja: algo así como el sueño de todo adolescente despierto.

La primera organización española a la que se integró fue el Rincón Familiar Andaluz[3], espacio creado en 1938 que aún se mantiene activo, aunque en un edificio distinto del original.

A comienzos de la década del 50 la comunidad española en la Argentina era muy numerosa. Manolo estaba rodeado de españoles en la sastrería donde trabajaba, los encontraba en la calle y también se encontraba, bajo el cielo porteño, con el conflicto político que en España fue guerra y que en la Argentina seguía oponiendo a vencedores y vencidos.

“Los clubes españoles estaban todos politizados”, me dice. Cuenta que el Rincón Familiar Andaluz era republicano, y por eso hacia allí se dirigió. Había clubes de derecha y clubes de

[3] https://www.facebook.com/RinconFamiliarAndaluz (N. A.).

izquierda. Bares franquistas como El español y bares republicanos como el bar Iberia, ambos ubicados en esquinas tan enfrentadas como los insultos que se dedicaban los respectivos tertulianos.

Manolo se acercó al Rincón Familiar Andaluz al otro día de instalarse en Buenos Aires. Se encontró con las palabras, los aromas y los gestos que lo habían rodeado hasta hacía un mes atrás; descubrió un patio donde se instalaban mesas, sillas, y se hacían palmas, se cantaba, se bailaba. Su lugar.

No todos los que bajaban de los barcos lo hacían portando algún recurso o sostenidos por redes de contención familiar. A los que llegaban en esas condiciones, la comunidad del Rincón Andaluz intentaba ayudarlos; incluso se les permitía dormir en el club si no tenían otro reparo.

Manolo, ya nonagenario, irradia simpatía. No es de extrañar que hace más de medio siglo tardara poco en ser parte del nutrido ecosistema de clubes, mutuales y asociaciones españolas. Su pertenencia estaba en el Rincón Andaluz, pero pronto se hizo conocido en los clubes asturianos, gallegos, castellanos. Clubes que organizaban bailes como aquellos a los que asistía mi madre antes de casarse. Asociaciones que, en una dinámica que le hubiera encantado a Richard Sennet, el autor de *Juntos*, tramitaban solidaridad, lazos comunitarios, reparación colectiva del desgarro que siempre implica dejar el país de origen.

Manolo se casó con una italiana. Tuvo una hija. Creció económicamente: pudo dejar el trabajo de empleado y montar su propia sastrería.

Se involucró en la Federación de Sociedades Andaluzas, fue vocal por América ante la Junta de Andalucía, recorrió la Argentina visitando diversas instituciones españolas. También fue consejero en el Consejo de Residentes Españoles (CRE) en la Argentina y presidió durante cinco años su adorado Rincón Familiar Andaluz.

La crisis económica que devastó la Argentina entre finales de los años ochenta y comienzos de los noventa lo obligó a cerrar su negocio.

Pero había red. El presidente de la Asociación Mutual de Residentes de Vigo, hombre de izquierdas, le propuso ocuparse del barcito que funcionaba allí. Manolo aceptó y redobló la apuesta. Respaldado por su hija, convirtió al bar en un restaurante de comida española que en poco tiempo devino en imán de una clientela fiel: todo aquel que en Buenos Aires quiere comer una buena paella, tomar vinos españoles o saborear una natilla, sabe que debe acercarse a El faro de Vigo, un lugar pequeño, ubicado en un barrio modesto y lejos del bullicio de la "movida" porteña. El restaurante de Manolo y su familia.

IV

"Acá es como si estuvieras en España", me dice Manuel. Manolo. El andaluz.

Estamos en El faro de Vigo. Me convida con una de sus insuperables tortillas. Sobre las paredes hay láminas que reproducen pinturas de Goya y paisajes de Galicia. Al costado del restaurante, una escalera lleva a los salones de la Asociación Mutual. Allí hubo infinidad de encuentros, fiestas, cantos, muñeiras. Durante un tiempo, en una de esas salas se reunía la agrupación de Niños de la Guerra, hombres y mujeres que habían sido parte de las evacuaciones masivas de niños durante la Guerra Civil.

Como ocurre con muchos otros centros construidos por la emigración española, el espacio sigue activo, aunque cambiaron tanto el número como el origen de quienes allí asisten.

"Es como si estuvieras en España".

Sí, todavía lo sigue siendo.

Estoy aquí, hablando con Manolo, porque incluso en aquellos que somos renuentes a lo gregario, lo gregario hace su parte.

Durante mucho tiempo, Manuel para mí fue apenas "el andaluz". Así lo llamaba mi madre, que lo conoció durante un breve paso por la sede local del PSOE.

Conocer al "andaluz" implicó comenzar a ser parte de la clientela de El faro de Vigo. Un almuerzo. El Día de la Madre. Algún cumpleaños. Y

tantas otras celebraciones, al abrigo de un lugar familiar en más de un sentido.

V

La historia de la migración española en la Argentina es la historia de una migración exitosa. Una migración que se incorporó plenamente a la vida del país, tanto que para los que somos primera o segunda generación descender de extranjeros es más un detalle que un rasgo decisivo.

No sé si fueron la razón de su éxito, pero sospecho que los clubes y asociaciones que nucleaban a los españoles tuvieron un papel crucial a la hora de sostener, acompañar, suavizar el trauma de la distancia, generar recursos, forjar lazos.

Hoy por hoy me conmueve —a mí, que siempre los vi un poco de lejos— caminar por la ciudad y distinguir las siluetas de muchas de estas instituciones: construcciones por lo general sólidas, amplias. De estilo inconfundible por las fachadas macizas, algún que otro arco, ciertos escudos, las rejas de las ventanas, los aleros, mosaicos, balcones, banderas. Muchas mutaron en espacios exclusivamente gastronómicos; otras mantienen cierta actividad comunitaria o hacen convivir (tal el caso del Rincón familiar andaluz) cursos de danzas españolas con clases de yoga o de taichí.

Me tocó mirar ese mundo un poco de afuera, incluso en la época en que los nacidos en España todavía eran legión. Pero la red, su influjo, su potencia, siempre estuvieron allí. Tocándonos con su gracia a nosotros, los que armábamos nuestra pequeña España puertas adentro de casa.

Quizás no se trate de ser norma o excepción. Tal vez, así como existen infinitos modos de vivir, existan también distintas maneras de tramitar el desarraigo.

Nuestra España de intramuros fue lo que mis padres pudieron hacer: ni norma ni excepción, apenas una piecita —con su color, su textura y su forma— dentro de un mosaico que aún no termina de armarse.

Buenos Aires, noviembre de 2022.

Niurbis Ferrer Prada

ASÍ FUE LA HISTORIA DE MI ABUELO EN CUBA

(Cuba)

No conocí a mi abuelo Ángel, sin embargo, su vida no me es ajena. Su historia la he ido reconstruyendo durante años. Primero por curiosidad, porque quería saber más de ese amor que iluminaba los ojos de la abuela Patrocinia Puente, a quien llamábamos por el cariñoso sobrenombre de Tini. Responsabilidad suya es la veneración que profesamos al abuelo Ángel, pues siempre tenía alguna historia para contarnos sobre el tiempo que compartieron. Después, cuando mi profesión me dirigió al mundo de los archivos, ahondar en la vida de Ángel Jesús Prada y Sobrin tomó otra dimensión. No era, simplemente, indagar más a fondo sobre mis orígenes, sino también sobre la historia compartida entre España y las tierras de este lado del Atlántico, de la cual falta tanto por contar. Era asimismo el genuino interés por esos matices que cambiaron el curso de la vida de miles de personas y que la Historia apenas recoge como frías estadísticas. En definitiva, tratar de reconstruir memorias fragmentadas a partir de unos pocos hechos y muchas incertidumbres y suposiciones.

La mayor de estas últimas es el motivo del viaje: ¿razones económicas o políticas? El abuelo Ángel salió de su natal Rimor, ubicado en el municipio Ponferrada, en la provincia de León, y arribó al puerto de La Habana a finales de 1936, unos pocos meses después de haber estallado la Guerra Civil. Al momento de su llegada Ángel tenía 47 años pues había nacido el primero de febrero de 1889, aunque fue inscrito dos días después de esa fecha. Su edad lo diferenciaba de ese grupo que, movido mayoritariamente por intereses económicos,

Certificado de nacimiento de Ángel J. Prada.

se lanzaba a "hacer las Américas" cuando eran prácticamente adolescentes o no sobrepasaban los 25 años. Nunca es demasiado tarde para buscar mejores oportunidades, las cuales escaseaban por aquel entonces en la Península, sobre todo en el ámbito rural.

Para el caso del abuelo Ángel no tenemos razones de peso que nos permitan descartar las carencias económicas como móvil de su viaje. Sin embargo, atendiendo a la fecha de su salida de España, siempre hemos pensado que emigró huyendo del conflicto bélico. Al final de su infancia tenía que haber sabido de los estragos de la Guerra de Cuba, que tanto marcó el cambio de siglo en ese país. Igualmente, durante sus años mozos debió tener noticias de los horrores de la Primera Guerra Mundial. Así, con todas estas posibles experiencias, ¿qué impresiones le podría suscitar una conflagración que no acontecía a miles de kilómetros, sino en casa? Como es sabido, la Guerra Civil, ya sea por el horror que provocan este tipo de conflictos, o por la postura política asumida, trajo consigo el éxodo de miles de personas hacia América. Aquí llegaban, generalmente, tras un accidentado trayecto cuyo primer punto solía estar en el Caribe, y más específicamente en República Dominicana o Cuba. Hubo quien debió visitar ambas islas, tierras más bien de tránsito, antes de llegar a Buenos Aires, Caracas, Ciudad de México o una urbe estadounidense, algunos de los más recurrentes destinos.

El de mi abuelo, como ya había referido, fue la Mayor de las Antillas; pero a diferencia de muchos de los compatriotas que lograron asentarse aquí, no intentó permanecer en la capital. Se dirigió a la más oriental de las actuales provincias de la Isla, Guantánamo, y más específicamente al poblado de Filipinas, hoy llamado Niceto Pérez[1], donde aprendió el oficio de carbonero. Más tarde se instaló, de manera definitiva, en el Ingenio.

[1] Luchador incansable por los derechos del campesinado, cuya labor revolucionaria en pos de la igualdad y la no explotación de los latifundistas le costó la vida, un 17 de mayo de 1946. En su honor, esa fecha fue seleccionada para celebrar el Día del Campesino Cubano.

"Los Caños"[2], rebautizado como "Paraguay"[3], se encuentra en las inmediaciones de la Base Naval que el gobierno estadounidense mantiene en Cuba, a unos 15 km de la ciudad cabecera. Los cañaverales que estaban en sus inmediaciones fueron propiedad —hasta la nacionalización de los mismos tras el triunfo de la Revolución— de una familia española, los Campello. Sin embargo, no es por mediación de ellos, sino de su capataz, José, mi bisabuelo materno, que el abuelo Ángel obtuvo trabajo en la siembra y el corte de la caña —eventualmente realizaba labores de estiba—. Continuó así, de cierto modo, una tradición familiar, ya que por su inscripción de nacimiento sabemos que fue hijo de jornalero. Pero, por lo que referían mis tíos mayores, debió aprender en su tierra natal el oficio de carpintero puesto que, por un breve periodo, se desempeñó como tal. Posiblemente, la pérdida de ese empleo —cuando entró en vigor la normativa que establecía que los extranjeros no podían superar la cifra del 10% del total de contratados— y la dura faena de los carboneros motivaron su traslado de Filipinas a "Los Caños". Sin embargo, a ese poblado regresaría con regularidad. Durante el tiempo muerto[4] trasladaba leña en

Certificado provisional de inscripción de pasajeros.

[2] Construido en 1877 por el francés J. F. Rancolls, propietario de esclavos. Con posterioridad fue adquirido por Teodoro Brooks, ciudadano de origen americano y dueño de otros centrales de la zona. Por último, fue comprado por la compañía norteamericana The Guantánamo Sugar Company.

[3] Adopta este nombre tras ser promulgada la *Ley de Nacionalización de los Centrales Azucareros*, el día 6 de octubre del año 1962.

[4] Frase que hace referencia a los meses que seguían al fin de la zafra, donde los jornaleros debían buscar otro empleo.

Patrocinia Puente (madre).

Ángel J. Prada (padre).

su carreta, tirada por un caballo al que llamó "Pancho", para la producción del carbón. Además, en la espera de la nueva zafra y para buscar el sustento, también se contrataba como labriego en otros cultivos que había en la región y quizás realizaba algunos trabajos de carpintería.

Sigue siendo una incógnita cómo José y Ángel se conocieron. La aparente ausencia de relaciones (directas o por recomendación) de mi abuelo con paisanos asentados en la Isla y, más específicamente, en el remoto lugar donde decidió instalarse, llama bastante la atención. Y es que, como norma, los emigrantes, mayoritariamente hombres, contaban con contactos que le permitirían una más pronta inserción laboral. Máxime con las normativas migratorias vigentes, implementadas poco más de una década antes, durante el gobierno de Machado, y que se mantuvieron con posterioridad, para contener la participación extranjera en las luchas del sector sindical cubano. Sin embargo, mucho queda por investigar en Cuba sobre el asociacionismo de los peninsulares y las maneras en que el paisanismo —a nivel regional y nacional— funcionaba. Por ello, el rescate de memorias como las de mi abuelo materno podría contribuir a explicar lo que al día de hoy parece una peculiaridad.

En el batey[5] de "Los Caños" vivía otra familia española, conformada por, los muy queridos, Florencio y Carmen, popularmente conocidos como los "galleguitos"; en este caso sí por su procedencia, ya que en Cuba, en el habla corriente, español y gallego siguen siendo sinónimos. Este matrimonio poseía un establecimiento donde se podía beber y comer. Célebres eran los garbanzos con papas y chorizos que allí se podían degustar; aunque también preparaban congrí y tamales, ambos con las singularidades de la tierra oriental —platos típicos cubanos que deleitaban al abuelo Ángel, según siempre decía mi abuela cuando los comíamos en familia—. También era posible escuchar música a través de una vitrola; por lo que en las noches los jóvenes del batey iban allí a bailar. En resumidas cuentas, el "bar de los galleguitos" lo tenía todo para convertirse en el punto de reunión

[5] Nombre dado en Cuba al lugar donde se ubican las casas, oficinas y comercios de un central azucarero.

Diana Prada Puente, Luz Marina Prada Puente, Hiraelio Prada Puente, Naldo Prada Puente, Dora Julio Prada Puente (hijos).

preferido de los lugareños. Me contaban mis tíos mayores que cada tarde, tras acabar la jornada laboral, mi abuelo iba allí a tomar una bebida para refrescarse del calor abrasador, que en el extremo oriental de Cuba es más intenso y está presente todo el año. Algo que también hacía mucho era leer y sentía una predilección por Lenin, de quien dicen tenía hasta una foto colgada en una habitación que había construido en el patio para depositar su incipiente biblioteca de títulos comunistas.

Las dos familias españolas referidas, sin llegar a amasar grandes fortunas, se acercaron al sueño de prosperidad anhelado por los migrantes. Sin embargo, la mayoría murieron igual o casi tan pobres como cuando abandonaron su tierra natal. Fue este el caso de mi abuelo, aunque sí ganó, con creces, el respeto y cariño de toda una comunidad —que lo llamaba por su apellido, Prada— y el amor de una familia numerosa. Todo parece indicar que rápidamente la relación laboral entre mi abuelo Ángel y el bisabuelo José derivó en una amistad, porque el primero comenzó a visitar la casa —de madera y con el típico portal largo que tenían las viviendas que los jornaleros tenían en el batey—. Así se dio el acercamiento entre el hombre de mediana estatura, ojos verdes, pelo castaño y complexión delgada, y la bella mulata de copiosa cabellera rizada, cuyas facciones eran la más vívida muestra del rico mestizaje de nuestro pueblo. Ella era 23 años menor que él, pero tenía una gran madurez, seguramente debido a que tuvo que hacerse una mujer muy pronto. Como era costumbre en Cuba por aquel entonces, las jóvenes de pueblos rurales se casaban a una edad muy temprana, y Tini lo hizo con solo 17 años. Rápidamente comenzó a tener descendencia y también, de manera prematura, quedó viuda. Así, al unir su vida con la de ella, mi abuelo crió, con igual dedicación y amor, por una parte, a los 4 hijos que Tini tenía de

ese matrimonio anterior —Igdelisa, Enrique, José y Antonio— y los 5 que tuvo con ella —Dalia, Luz Marina, Hiraelio, Naldo y Dora Julia—. Estos últimos le dieron veinte nietos en total (diez de casa sexo), que no llegó a conocer, a diferencia de mi abuela que sí pudo disfrutar a su extensa descendencia pues vivió hasta los 90 años. Por la única fotografía que tenemos de él, que conservamos como un tesoro, hemos comprobado el gran parecido físico que algunos de mis primos guardan con el abuelo Ángel. Muchas veces pienso en lo orgulloso que estaría de nosotros, mujeres y hombres muy trabajadores —licenciados en distintas carreras, médicos, maestros, enfermeras, deportistas, marinos, agricultores y ganaderos—, pero sobre todo gente de bien. En "Paraguay" solo quedan dos de los hijos, el resto se radicó en otras ciudades cubanas y en la capital, en búsqueda de un mejor futuro. Pero siempre, en fechas importantes, regresamos al batey y la casa de los abuelos vuelve a albergar a una nutrida familia.

En mi desempeño profesional he conocido a españoles que me aseguran que las personas del norte de la Península suelen ser de pocas palabras, como siempre era descrito mi abuelo por los mayores de la familia. Su laconismo se extendió, además, a todo lo que tenía que ver con la vida anterior a su llegada a Cuba; sin embargo, ello no significaba que no pensase en su tierra. Una de las memorias más fuertemente grabadas en todos eran los momentos en que el abuelo Ángel tomaba el taburete[6] y siguiendo la usanza típica que tiene este mueble en la campiña cubana —inclinado hacia atrás y recostado contra un elemento vertical, de modo que las patas delanteras quedan en el aire—, se ponía debajo de un inmenso algarrobo. El frondoso árbol, todavía hoy en pie y ofreciendo el mismo fresco que cobijara al abuelo, se encontraba al fondo del patio. En esos momentos, según me contaban la abuela Tini y mi mamá, viajaba con el pensamiento a su terruño natal.

Durante las "tertulias del algarrobo" mi abuela siempre intentaba que no se le interrumpiera, especialmente la tropa de niños: "Hagan silencio que está pensando en su tierra", me cuenta mi mamá que les decía cuando los juegos les llevaban al patio. En la medida que el abuelo envejecía se fueron prolongando esas estancias. Mi madre siempre recuerda "como si fuera hoy" los últimos instantes de vida de su

[6] Asiento robusto y con respaldo alto, hecho con una banda ancha de cuero, preferentemente de cabra o chivo, clavada en la madera con tachuelas de cabeza grande.

padre. Ese día, el 29 de noviembre de 1958, aunque se veía algo pálido, nada en su semblante anunciaba el inminente deceso. Como de costumbre salió al patio, y puso su taburete a la sombra del majestuoso árbol. Por orden de mi abuela, mi madre fue a llevarle un vaso de agua y lo encontró, según creyó primero, dormitando, que era lo que más hacía en esos tiempos. Como otras veces procedió, dulcemente, a despertarlo, pero esta vez su padre no le respondió. Al percatarse de lo que sucedía rompió en llanto, tan solo tenía 18 años cuando su padre murió, producto de un síncope cardiaco. Así partió para siempre mi abuelo, sin un quejido, al menos tan tranquilo cómo vivió aquí.

Cuatro años después, en 1962 —se vivía por entonces la efervescencia del triunfo de la Revolución cubana, que tanto había cambiado, y en poco tiempo, el entorno rural— fue cuando la familia recibió una inesperada visita, la de Julio Prada Sobrin, hermano del abuelo. Evidentemente, algunas correspondencias debieron intercambiar, que le permitió encontrar el lejano paraje donde se radicó su hermano Ángel. Amarga fue su sorpresa al conocer la triste noticia. Tal vez los años transcurridos sin noticias motivaron su viaje. Contaban los mayores de la familia que todos quedaron sorprendidos por el parecido tan grande entre ambos y que a las mujeres, emocionadas, se le aguaron los ojos. Quedó en volver, pero nunca más supimos de él. El paradero de este tío-abuelo es otra de las tantas incógnitas de esta historia. Cuando pienso en mi abuelo aparecen otras, bien recurrentes: ¿Cuáles eran esas meditaciones que lo transportaban a cientos de kilómetros? ¿Serían recuerdos de la infancia? ¿Añoranza por la familia y los amigos dejados atrás? ¿Sucedió algo en su natal Rimor que lo compulsara a emigrar? Y muchas más, surgidas de la anulación de lo vivido antes de llegar a Cuba. Han pasado los años y el algarrobo aún se mantiene en pie. Siempre que regreso y lo miro me vienen al pensamiento las añoranzas con las que vivió el abuelo. Nos quedan muchos hilos sueltos y con este trabajo tengo la esperanza de poder atar algunos, conocer algo sobre el terruño natal de mi abuelo y la familia que seguro tenemos en España, y saldar una deuda con el viejo Prada.

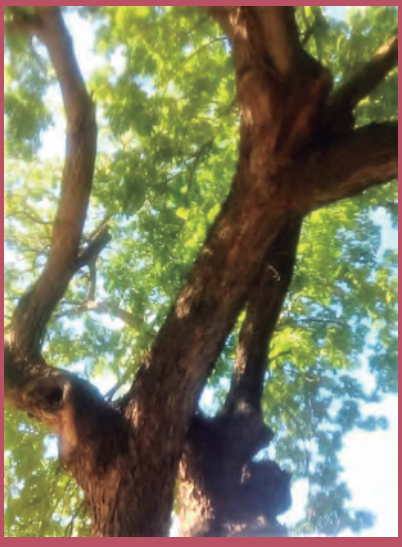


Foto del algarrobo. Casa en el batel del central, Paraguay.

Laura Paola Flores Pabello

LA HISTORIA DE CELESTINO, MI ABUELO

(México)

HEATHROW, LONDRES, NOVIEMBRE DE 2022

—"What is the purpose of your trip?" —Me pregunta el oficial de migración en el aeropuerto de Heathrow mientras ve mi pasaporte.

—"I am just visiting my friend before going back to Mexico, I have been living in Germany and the E.U. for four years, and flight tickets were cheaper from London than from Frankfurt, so I figured I could stay here for a month or so".

—"Can I see your flight back home?" —Me pregunta el oficial, y le muestro el correo electrónico con la confirmación de mi vuelo hacia la Ciudad de México. Apenas vio el título del mensaje, y me dijo que pasara, estampó mi pasaporte, y me deseó una buena estancia en el Reino Unido con un "Cheers, enjoy".

Mientras esperaba mi tren hacia Rochester, a las afueras de Londres, la verdad es que la pasaba bastante mal. Me regresaba a México sin dinero. Me vine a Europa becada por la Comisión Europea para cursar un Máster en economía, y por coronavirus y otros motivos, alargué mi estancia. Llegué a llamar a Europa mi hogar, con amigos, trabajo y una vida aquí; una vida que no podía seguir, porque para continuar con mi *Aufenthaltstitel*[1] necesitaba mostrar que tengo 11.000 euros en

[1] Término alemán que puede traducirse por documento o tarjeta de residencia o permiso de residencia. (N E.)

el banco alemán, en una cuenta bloqueada, lo cual es imposible para mí y para mi padre que gana en pesos mexicanos.

Migrar es difícil, pero a veces también lo es perderse de oportunidades para crecer que no encuentras en tu país de origen. Faltaban unos 30 minutos para que llegara mi tren, y en lo que mentalmente me desprendía de todo lo que estaba dejando atrás en Europa, me puse a pensar en mi familia, que tuvo que hacer lo mismo hace apenas unas generaciones.

Seis de mis bisabuelos nacieron en España o eran hijos de españoles en México, y sus historias fueron por mucho, más difíciles que la mía. Dejando España con hambre, a edades muy tiernas, eran niños en realidad, y se iban en barcos solos, para encontrarse con algún familiar lejano en América que tenía algún trabajito para ellos en el campo o en fábricas. Atravesaron hambrunas, guerras mundiales y guerras civiles.

No había vuelos, ni internet, y definitivamente no tenían la certeza de saber si volverían a ver a sus madres, al menos yo sí que la tengo, por lo menos por videollamada.

Al final, mi vida es un cuento de hadas con todas las certezas que tengo en la vida, muchas de ellas otorgadas por el duro trabajo de mis bisabuelos y abuelos que se lanzaron a formar una nueva vida en un nuevo continente. Tengo en mi mente la historia de muchos de mis familiares, Lorenzo, Delfina, Consuelo, pero la que voy a contar hoy es la de Celestino Martínez Collantes, el padre de mi abuela paterna.

SAN FELICES DE BUELNA, CANTABRIA, 1904

Celestino Martínez, hijo de Doroteo Martínez y Natalia Collantes, nació en 1904 en el seno de una familia campesina en los bosques de España, en San Felices de Buelna, un caserío al norte de España cerca de Santander, o por lo menos era un caserío en aquel entonces. Tenía cuatro hermanas mayores y un hermano menor, Félix. Al parecer, las cosechas y los animales en aquel entonces escaseaban, y la vida era tan paupérrima que Celestino dejó a su familia para embarcarse hacia América y ganarse la vida a los once años.

El año de nacimiento de Celestino coincide con el comienzo de una de las hambrunas españolas[2], ocasionada por sequías, plagas y movimientos obreros y sociales. Su embarque hacia América y sus circunstancias al dejar España no fueron muy diferentes a las de miles de españoles que subían a barcos, huyendo del hambre en búsqueda de un futuro mejor para ellos y para sus familias.

Saliendo desde Santander en el año 1915, emprendió un viaje hacia México, en palabras de mi abuela, "en un barco, de tercera clase en un viaje muy muy largo", lo esperaban unos familiares lejanos en el Estado de Veracruz, donde ya había una gran población migrante de Asturias y Cantabria, empujados de España por el hambre. España vio salir a un niño que dejaba atrás a su madre, y el Puerto de Veracruz recibió a un hombre que tenía que ganarse la vida con su trabajo.

VERACRUZ, MÉXICO, 1915

Celestino llegó al estado de Veracruz con la esperanza de que algún familiar o conocido de la familia lo recomendara para algún trabajo de campo o de fábrica. Ya que México, y sobre todo Veracruz en aquel entonces, tenía tierra por laborar e industrias que crecían. La tierra veracruzana es especialmente conocida por la vainilla, el café y la caña de azúcar, además de engendrar industrias textiles y alimentos. Algún trabajo tenía que salir para Celestino.

Celestino encontró trabajo en diferentes fábricas en la zona montañosa y boscosa de Veracruz, entre Xalapa y Coatepec, no muy diferente a su natal Cantabria. Una de las fábricas en las que trabajó fue la fábrica de San Bruno, donde hacían textiles[3]. Mi abuela cuenta que Celestino dormía en la fábrica, con hombres más grandes que él, que le daban mucho miedo. "También le daba miedo cuando apagaban la luz, y extrañaba mucho a su mamá".

---

[2] Harrison, R. J, 1973, *The Spanish Famine of 1904-1906*, Agricultural History, Vol. 47, Nº. 4. (N.A.)

[3] En esa fábrica era gerente mi otro bisabuelo, migrante español, José Rodríguez Fano. Se puede consultar parte de su historia en *Historia general de Veracruz,* obra coordinada por Martín Aguilar y Juan Ortiz (2011). A su vez, pueden leer los acontecimientos recientes en la fábrica San Bruno narrado por mi padre en el siguiente enlace: https://libertadbajopalabra.com/2019/12/11/san-bruno-la-fabrica/ (N.A.)

Entre oficio y oficio, fábrica y fábrica e industria e industria, Celestino logró juntar suficiente dinero para traer a Félix, su hermano menor, a México. Celestino, un adolescente, y Félix, un niño, trabajaban arduamente, y todo lo que ganaban lo ahorraban. Mi abuela cuenta que los únicos gustos que tenían los hermanos se lo daban los domingos, que es cuando iban al parque de los Berros en Xalapa, a rentar bicicletas y andar en ellas todo el día, y para cerrar la tarde, merendaban cocadas, que como el nombre da pista, son dulces hechos de coco y azúcar.

La situación en España no mejoraba, y Doroteo, el padre de Celestino y Félix acompañó a sus hijos para trabajar en México. El plan era trabajar y ahorrar y mandar dinero a la familia en Cantabria, pero el tema de la revolución en México empeoraba. Aunque Celestino y su familia habían llegado a Veracruz después del estallido de la revolución en 1910, Veracruz era tierra ocupada por Carranza, y afortunadamente no vivió los peores estragos de la guerra civil mexicana, pero se dificultaba mandar dinero, comunicarse y hacer viajes hacia España. En México las cosas no iban bien, pero en San Felices de Buelna, la familia Martínez Collantes se había quedado sin hombres.

La esquina en Coatepec donde Celestino tenía su tienda de abarrotes, circa 1930.

La esquina donde estaba la tienda de abarrotes, en la actualidad.

Lo hombres Martínez Collantes habían juntado suficiente dinero para abrir una pequeña tienda de abarrotes en Coatepec, en frente del parque. El objetivo principal, era ahorrar para que una vez que fuera posible, se mandara dinero a San Felices para construir casas y edificios en sus tierras, y eventualmente regresar todos a España. Como muchos migrantes, Celestino fue negociante y vendedor.

El tiempo y el trabajo seguían, y Celestino llegó a los 18 años de edad en 1922. Con suficiente dinero, regresó a España con su padre, y llevó a cabo su obligación ante su país, que era el servicio militar. Doroteo se quedó en España, pues a sus hijos les iba bien y España iba mejorando. Al

terminar su servicio militar, Celestino fue de vuelta a Veracruz para seguir con su pequeña tienda de abarrotes en Coatepec.

Al poco tiempo de su regreso, Celestino conoce a Cristina Fernández, hija de Lorenzo Fernández, un migrante español acaudalado que se dedicaba al mayoreo de ferretería en Coatepec, y que tenía tiendas, almacenes y casas por todo el pueblo.

Cristina era una mujer muy bella, tal vez la más bella de toda la región, y educada en el Colegio México, con conocimiento de historia, arte y piano. Celestino, de orígenes campesinos, apenas había terminado el cuarto grado, pero "era un hombre muy bueno, austero, trabajador, sabio y de vanguardia", cuenta mi abuela. Celestino y Cristina se casaron alrededor de 1931.

Don Lorenzo con sus hijas; Cristina a la izquierda.

Al poco tiempo, en 1932, tuvieron a su primer hijo, Celestino, y les siguió con María Pilar, María Cristina, María Dolores (Loly, mi abuela) y María Elisa. En 1944, cuando todos sus hijos ya habían nacido,

Cristina, esposa de Celestino, a los 18 años.

Celestino y Cristina en su boda.

Celestino se nacionalizó mexicano, pues en sus palabras, según mi padre "no eres de donde naces, sino de donde la haces", y él ya había hecho su vida en México.

Nunca se dejó de trabajar en esa familia, y la pequeña tienda de abarrotes de Celestino crecía, y ya se dedicaba a vender semillas al por mayor en la región. Poco a poco fue creciendo su negocio, y Celestino trabajaba, invertía en tierras cafetaleras y de naranjas en Veracruz, y ahorraba dinero para mandarlo a su madre y a sus hermanas a España, pues su padre Doroteo ya había fallecido.

Pero sus intentos de enviar dinero y ayudar a la familia en Cantabria se vieron interrumpidos por la Guerra Civil Española, que dejó completamente incomunicada a España por algunos años, años en los que Celestino continuó laborando en sus tiendas y en sus tierras cafetaleras. Celestino estaba preocupado por su madre y sus hermanas, pero como ya habían logrado construir casas y edificios en Cantabria, pensó que en el peor de los casos, sus hermanas podían vender esas propiedades y vivir de ese dinero.

A pesar de asumirse ya mexicano, entiendo que mi bisabuelo nunca dejó sus costumbres españolas. Mi abuela me contaba que su padre merendaba a la 1 de la tarde, tomaba la siesta, y comía pan y lentejas. Comer pan en México es común, pero lo normal para todas las familias de toda la vida, ya sean españolas, mexicanas, libanesas, etc., es acompañar las comidas con tortilla de maíz.

Poco después de terminar la Guerra Civil Española, y la Segunda Guerra Mundial, Celestino viajó a España a ver a su familia. Su madre y su padre habían muerto, y para otra sorpresa, se enteró que su madre y sus hermanas no habían vendido ninguna propiedad, y que durante el conflicto se habían dedicado a lavar y a servir en casas ajenas, y que todo lo habían ahorrado para así conservar sus propiedades. Celestino decidió que esas casas eran para quienes vivieran en España, y no reclamó ninguna de ellas a su propiedad, ya que él tenía sus casas y negocios en México.

Celestino regresó a México con la tranquilidad que sus hermanas estaban bien en España y que la guerra había acabado, se dedicó de lleno a su familia en México. Él y su esposa Cristina mantuvieron

comunicación estrecha con los familiares en España. Cristina escribía cartas y mandaba recuerdos de bautizos, comuniones y fotos de sus hijos a España, y viceversa.

Mi abuela Loly de niña.

Llegó el momento en el que Loly, mi abuela, creciera e hiciera su vida con Juan Flores, nieto del gerente de la fábrica de San Bruno donde Celestino había trabajado de niño. Loly y Juan, que era doctor, tenían una vida bastante moderna y acomodada. Viajaban por el mundo, se volvieron migrantes en otros países, e hicieron su propia familia. En 1974, cuando ellos estaban en sus 30, viajaron a España, y aprovecharon para visitar a sus respectivas familias. La familia de Loly, con la que se había mantenido contacto mediante correspondencia postal, ya no vivía en San Felices, sino en Torrelavega. Durante el viaje, mi abuela pidió que la llevaran al lugar donde había nacido su papá.

Celestino y Loly en la boda de Loly.

Loly estaba muy conmocionada de ver la casita en la que había nacido su padre, la granjita, el bosque, y el río del que tanto le contaba su papá sobre su infancia. En su emoción, pidió una pequeña bolsita de arroz y tomó un puñado de la tierra del patio donde nació Celestino, y la metió en la bolsita y la llevó consigo a México para dársela a Celestino como regalo, ya que era un hombre muy sencillo y era muy difícil encontrar algo que regalarle en viajes, ya que no necesitaba de nada. Celestino le agradeció el gesto al recibir la bolsita con tierra, sin decir ni hacer nada más.

SAN ANTONIO, TEXAS, EE.UU., 1978

Suena el teléfono en casa de Loly, quien ahora migró a Estados Unidos, y vive en Texas con sus tres hijos durante el doctorado de su esposo Juan. Quien llama es su madre, Cristina, ya apodada Tita Mami por sus nietos. Tita Mami le dice a su hija que Tito Tele, como llamaban los nietos a Celestino, había muerto. Loly y su familia van de vuelta a Coatepec, Veracruz, a despedir a Tele.

Las hijas de Celestino en una calle construida en su honor en Coatepec, Veracruz, en 2015. Loly, mi abuela, a la izquierda.

COATEPEC, VERACRUZ, 1978

La familia Martínez Fernández ya no era tan afluente[4] como lo había sido antes, y necesitaban dinero para el funeral y entierro de Celestino. No encontraban dinero en las tiendas, ni en la casa, lo único que quedaba era revisar la caja fuerte que se encontraba en el hogar principal de la familia. Todos los hijos de Tele habían viajado a Coatepec para estar con su madre y despedir a su padre, menos la hija Cristina, quien se encontraba de viaje en San Francisco.

El problema era que Cristinita era la única que sabía de las finanzas de los negocios de Tele y la clave para abrir la caja fuerte, donde se esperaba que hubiera dinero, pagarés, papeles. El otro problema es que no había manera de localizarla y pasaron días para que ella regresara a México. Cuando Cristinita regresó, toda la familia se juntó nerviosa para abrir la caja fuerte, que iba a sacarlos del predicamento del funeral de su padre. Mi papá, que era un niño de unos 6 años, me cuenta que él se imaginaba que al abrir la caja fuerte iba a haber monedas, billetes, joyas y demás riquezas, como las del Rico McPato, ya que era un hombre con mucho dinero y propiedades.

Abren la caja fuerte, y todos quedan confundidos al ver cómo es que en su interior sólo había unos cuantos papeles sin importancia, y una bolsita blanca con tierra adentro. Mi abuela chilla y dice que sabe lo que es, es el puñado de tierra que ella le había traído del patio de su casa en España. La riqueza de Celestino había sido siempre su madre, su hogar y su país. Al despedir a Celestino, se le arrojó el puñado de tierra de España junto con la tierra de México en la que fue enterrado.

LONDRES, NOVIEMBRE DE 2022

La ley de Memoria Democrática fue aprobada hace unas semanas en ambas cámaras del gobierno de España. Una de las nuevas

[4] Creemos que la autora quiso decir influyente. (N.E.)

normativas de este paquete de leyes está dedicado a muchos familiares de quienes salieron de España durante la Guerra Civil, a los hijos de madres solteras que perdieron su nacionalidad al casarse con extranjeros, y a quienes no pudieron optar por la nacionalidad española con la ley de Memoria Histórica del 2007. Entre ellos estoy yo.

Mi familia logró optar por la nacionalidad española acogidos por la ley de Memoria Histórica, pero yo quedé fuera por ser mayor de edad. Mi hermana menor sí que pudo optar por ser española, y escogió ser parte de Cantabria en honor a Celestino. Yo, a pesar de no tener la nacionalidad, viví y estudié en dos ocasiones en España como extranjera, con uno que otro problema burocrático (por parte de la universidad y la oficina de extranjería) que amenazaba con mi expulsión de territorio español. Durante mi tiempo en España fui extremadamente feliz, y siempre me sentí en casa, con mi idioma, mi religión, y con comida a la que ya estaba acostumbrada, pero era extraño ser considerada extranjera y ajena a un país y una cultura que yo sentía míos.

Viví también en Alemania, hasta que la oficina de extranjeros pidió que me retirara de Schengen. Fue muy difícil para mí ver como todo mi esfuerzo se esfumaba por mis manos y mi oportunidad de tener una vida mejor se me escapaba por no tener 11 mil euros en mi banco. A mis bisabuelos no les pedían estas cosas cuando llegaron a México, yo no tengo el dinero que requiero para permanecer en Europa, pero sí que tengo la disposición de trabajar de manera honesta para mejorar mi vida y la de mi familia, como Celestino.

El día que leí que se había aprobado la ley de Memoria Democrática, llamé a mis papás y les dije que me ayudaran a comprar mi boleto de regreso a México, para verlos después de 5 años, con la tranquilidad de que ahora podré optar por la nacionalidad española y regresar en cualquier momento. Esta acción que es un tributo, muy merecido, a todos los españoles como Celestino que dejaron atrás a sus madres y a sus países para buscar una vida mejor.

Eduardo Galguera García

INVIERNOS Y VERANOS DE LA MEMORIA —DÍPTICO—

(Madrid)

Estos días azules
y este sol de la infancia...

Antonio Machado

I. UNA VISITA REAL

Los Reyes Magos existen. Yo los vi en la galería del salón, detrás de las cortinas, un cinco de enero, cuando al acabar la cabalgata regresamos a casa con mi madre y Tatina. Estábamos cenando y alguien apartó aquellas pesadas telas de florones que colgaban hasta el suelo. Y allí estaban los tres, con sus mejores galas, tal como los habíamos visto en el desfile un par de horas antes.

Mis hermanas y yo no podíamos creer lo que veíamos. Sus Majestades de Oriente en el salón de casa, en aquel entresuelo del Barrio Bustillo de Llanes, en un piso pequeño de una villa olvidada del mundo (quedaban todavía varias décadas para que la localidad se situase en el mapa de los destinos turísticos más relevantes). En nuestro desconcierto, una de mis hermanas gritó “Baltasar, yo soy de Baltasar”. Creo que fue Luisa. Mi madre nos miraba emocionada. ¿Cómo no iba a estarlo?: sus cinco soles con la boca abierta y los

Bar Puerta del Sol, Llanes. 1957.

ojos más abiertos aún, absortos ante semejante escena milagrosa... Y al día siguiente, nos levantarnos sigilosos, con una mezcla de miedo y ansia, que desapareció enseguida cuando nos lanzamos sobre la alfombra grande para abrir los juguetes.

No recuerdo muchos más detalles de aquella noche insólita. Imagino que, por falta de espacio, el cerebro selecciona y archiva únicamente lo esencial. En este caso, la foto fija de aquellos tres aterciopelados personajes, saliendo del cortinaje del salón como de un cuento entrañable. Años después, no podría creerme la versión que nos diera mi madre de aquel suceso. “Pero mamá, los Reyes Magos existen; yo los vi en casa, cuando vivíamos en Llanes...”

A las seis de la mañana del día posterior a la noche de Reyes, mis padres abrirían como siempre la Puerta del Sol, el bar que regentaban en Llanes, donde durante años se dejaron la piel para sacar adelante a tan amplia familia, que incluía cinco hijos, una abuela, una tía abuela, un tío soltero y luego también la mujer de éste cuando se casó. Pero aquello tuvo un capítulo final cuando el negocio fue yendo a menos, hasta que no hubo más remedio que cerrar. Y llegó la hora de emigrar.

De ese modo, varios años después, también por Navidad, a principios de los sesenta del siglo pasado, mi familia cogió un tren nocturno hacia el sur y amanecimos en Madrid. Recuerdo la Estación del Norte como un lugar tumultuoso y desapacible, con un frío inoportuno que me helaba la punta de la nariz y los dedos. Aquella vez, vimos la cabalgata desde lejos y regresamos pronto al piso de Lavapiés que mis padres habían alquilado, en cuyos tendales la ropa amanecía congelada. No he vuelto a sentir aquella sensación de invierno gélido en mi vida. Nunca tanta frialdad ni tanta inquietud. Y aquel fue, sin duda, un invierno duro en todos los sentidos.

En aquel miserable salón no había cortinas ni alfombra. Y los Reyes, por supuesto, no hicieron acto de presencia. De hecho, no habían vuelto a aparecer por casa desde la primera y única vez que los vimos. Y habíamos perdido la esperanza de que aquello volviera a repetirse. Pero tampoco sospechábamos que ese cinco de enero Sus Majestades fuesen tan rácanas al dejar los regalos. A la mañana siguiente, descubrimos unos indios y vaqueros de plástico, alguna muñeca de mercadillo y algo de ropa indispensable. Poca cosa para nuestras expectativas infantiles. Al ver nuestras caras, supongo que mis padres se miraban entre ellos con incertidumbre y tristeza. Supongo, porque no recuerdo sus rostros de aquella mañana. Luego fuimos todos a pasear por el centro de la capital y conocimos la Puerta del Sol. Pero aquella plaza grande y tumultuosa nada tenía que ver con el bar de mis padres. Únicamente el nombre.

Aquella decepcionante Navidad, desencadenó en mi hermana Mercedes y en mí, los hermanos mayores, una marea de preguntas sin respuesta, que mi madre fue sorteando como pudo. Hasta que una mañana, después de desayunar, todavía sentados ambos a la mesa de la minúscula cocina, pronunció sin demasiados rodeos la frase lapidaria: “Los Reyes son los padres”. Mi hermana y yo cruzamos una mirada desconcertante. Aquella revelación era inverosímil. Los habíamos visto en la casa del pueblo, unos años atrás. Y no sólo en la cabalgata: en nuestro propio salón, realizando su periplo para repartir regalos y esperanza. “Mamá, los vimos en casa, en la galería, saliendo detrás de las cortinas…” Y nos pusimos a llorar. Y mi madre también.

Luego nos explicó por qué la última Navidad hubo tan pocas cosas en las zapatillas del seis de enero. Las cosas no estaban bien. Mi padre

tenía un trabajo miserable y eran muchas bocas las que llenar. Así empezamos, mi hermana y yo, a entender la realidad y a conformarnos con las circunstancias que nos habían tocado. Así es como salíamos de la infancia en aquel tiempo gris, donde los inviernos eran tan fríos y la ropa tan áspera.

Pero todavía quedaba una duda por resolver. Una cuestión que había quedado en el aire por falta de pruebas. Hasta que una tarde de mayo, al salir del colegio, mi madre nos llevó a dar un paseo por la calle Argumosa. Nos sentamos en un banco y ella, con una cierta dosis de misterio y puesta en escena, sacó del bolso una foto en blanco y negro que le había llegado por correo desde Asturias. En ella, aparecían los tres magos de oriente, los que habíamos visto salir de detrás de las cortinas del salón, apoyados en la barra de un bar, con copas en la mano, riendo y brindando para la foto, en una actitud cómica y grotesca. Uno de ellos, Melchor, el rubio del trío, llevaba la barba caída hasta el cuello, revelando con ello su identidad: el tío Juanjo, el hermano parrandero de mi madre. Y seguramente, los otros serían dos amigos suyos, que ese año encarnaron en la cabalgata llanisca a los célebres monarcas.

Cuando mi hermana y yo recordamos, décadas después, aquella singular historia de disfraces, cortinas que se abrían como el escenario de un teatro, misterios increíbles y llantos infantiles, algunas Navidades nos gastamos la broma de despedida de los cinco de enero: “Marcha para casa ya, que seguro que tienes a los Reyes escondidos detrás de la cortina del salón…” “Y querrán ir a tomar algo. No les hagamos esperar”, contesta ella. O yo. Depende quién inicie ese repetido diálogo.

Quizás aquella noche de Reyes empezó para mí la necesidad de imaginar el mundo de otra manera. Un mundo menos cruel y más equitativo. Como cuando éramos pequeños, ingenuos y felices. Un mundo donde las únicas mentiras tenían como objetivo endulzar los sueños infantiles. Quizás aquella noche, en la galería de casa se levantó por primera vez el telón de la vida a todo color.

II. PLAYA DE LA INFANCIA

Tenías la cara llena de pecas y sonrisa. Transcurría el verano de 1959. Las playas eran entonces lugares apacibles y limpios, y no los

Playa El Sablón, Llanes. 1959.

actuales y tumultuosos asaderos de piel grasienta, aceitada de sudor y bronceadores sobre miles de toallas, como un puzle donde apenas queda espacio para moverse. La playa del Sablón era todavía, entonces, un diminuto paraíso sin turistas, a orillas del mar Cantábrico. Un recodo de arena donde jugaban bajo el sol de agosto nuestros cuerpos menudos y nuestros pies descalzos. Un entrante marino rompiendo olas contra la afilada roca vertebral donde acababa el paseo San Pedro, batida por siglos de mareas.

El Sablón era entonces un arenal pequeño, con una escalera central de doble escalinata en ambos lados, una decena de maltrechas casetas y guardarropas, cuya madera fustigaban los inviernos severamente, y que María, la de los toldos y el mal humor, cuidaba y repintaba en vísperas del verano. Ahora el plástico lo está invadiendo todo, porque no se deteriora como la madera. Que le pregunten al mar, que sabe mucho de los plásticos y sus miserias.

Hay una foto de aquel verano, que guardo en el álbum de mis fotos más antiguas. En ella, una señora gorda nos tiene abrazados a ti y a mí, sentada tú en sus enormes muslos y yo en la arena,

mordiéndome el labio inferior para no reírme y escarbando con las manos el suelo. Y una de tus trenzas morenas te cae sobre el hombro y deja al descubierto las orejas pequeñas, tan diferentes a las mías, desproporcionadas y abiertas. Aquella señora gorda, con unas tetas enormes y cabello negro abetunado, lleva un bañador con dibujos en forma de rombo y creo que era mexicana. La queríamos mucho, porque era ella quien nos llevaba a la playa aquel verano y jugaba con nosotros. Pero yo te quería a ti, aunque tenías tres años más que yo, justo el doble que yo.

Me cogías en brazos y corríamos por la arena, mientras la señora mexicana, cuyo nombre no recuerdo, tomaba interminables horas de sol en la parte más oriental del Sablón, justo debajo del paredón grande, donde hoy se levantan un lujoso hotel y un restaurante con terraza, que antes fueron apartamentos de temporada. Las olas ya no acosan este extremo de la playa durante el invierno, porque lo han reforzado para sujetar la edificación. Y ahora se sube hasta la terraza por una larga escalera metálica con barandilla. Desde allí, mientras comen, los clientes tienen un buen mirador en primerísima línea de costa. Las lunas y los mares de todos los agostos permaneces exactos desde entonces en mi memoria, a pesar de que Llanes también haya crecido estrepitosamente. Todo va cambiando. Todo se transforma.

Un mes de enero, a principios de los años sesenta del siglo pasado, mi familia cogió un tren nocturno hacia el sur y amanecimos en Madrid, con un frío inoportuno que me helaba la punta de la nariz y los dedos. Pasó el tiempo y a Duardín le creció la barba, que luego se fue volviendo gris, y ya no se muerde el labio inferior para evitar la risa.

Los años se me han ido volando en estas décadas, descubriendo otras playas en remotos lugares. Paisajes irrepetibles en cada latitud, en los que siempre faltabas tú. Cuando miro aquella foto antigua de nosotros, te imagino una mujer adulta envejeciendo bella, guardando la instantánea de una playa de 1959 en la retina, un universo imaginario de nosotros, que besamos aquella arena, sintiéndonos dichosos e ingenuos a orillas de una infancia olvidada.

Seguramente, camino de tu trabajo, cruzas cada mañana el puente sobre la ría que forma en su final el río Carrocedo, justo al lado donde hubo un teatro llamado Benavente... Todas las mañanas, cruzo semáforos y sombreadas calles de una ciudad a la que no pertenezco, camino de ningún sitio... A menudo, te recuerdo con la cara llena de pecas y una sonrisa. El mundo es entonces un pequeño pañuelo en cuyo interior todo lo imaginado puede convertirse en posible. Y el sol luce de la misma manera en todas las playas hermosas de la infancia. Aunque ésta haya quedado demasiado lejos para volver.

Pedro Antonio García Álvarez

LEONESES ULTRAMARINOS.

Por José Luis Berjón Rodríguez "Chelis"

(México)

PRÓLOGO

En secreto o públicamente, con orgullo o con vergüenza, con prolija prosa o con faltas de ortografía, para deleite de los demás, o para su desgracia, creo que en todas las familias siempre hay quien escribe, quien deja registro, quien cuenta la historia de los suyos. En mi caso se trata de mi tío Chelis, tío abuelo para ser exactos, quien acababa de publicar un libro sobre los que él llamaba los "BR", la historia de los BR, de nosotros, los que vivimos gracias a la lejana unión de los apellidos leoneses Berjón y Rodríguez. Por eso, al encontrarme hace unas semanas con la convocatoria del Premio Memoria de la Emigración Española, llamé a Chelis para poner a prueba su capacidad de síntesis y él, entusiasmado como siempre, se animó a escribir. Faltando unos días para el cierre de la convocatoria, Chelis me escribió un correo: "Te mando los primeros cuatro, ¿Cómo los ves? Ya tengo listo mi equipo de corrección. Van a salir entre 20 y 30 páginas. Espero no competir con Unamuno".

Después de leer sus textos, le respondí para decirle que se apurara porque la convocatoria cerraría pronto, lo puse a imaginar que iríamos a recoger el premio a España, y le hice notar que, a diferencia de su libro, encontraba en esta nueva lectura una especie de alejamiento, que más allá de la anécdota, a sus crónicas las acompañaban

ciertas reflexiones tomadas con distancia y que consideré sutiles y profundas, y que, al encontrarlas atinadas, lo animé a profundizar. Le escribí que me había conmovido, por ejemplo, cuando se definía como "emigrante en mi país de nacimiento", pues el ir por México escuchando que uno no es mexicano, ir a España para que le digan a uno que no es español, darse cuenta de que uno es lo uno y lo otro, y ni lo uno, ni lo otro, ¿dónde nos deja? El correo se lo mandé a Chelis un viernes, y no tuve respuesta en todo el día. La mañana del sábado me llamó mi padre para decirme que Chelis había muerto. No solamente se iba mi tío abuelo, sino que nos abandonaba también todo un pasado remoto que lo habitaba, pero que, gracias a él y sus textos, podemos visitar de vez en cuando. Aquí están reunidas sus últimas palabras.

Pedro Antonio García.
Coyoacán, Ciudad de México.

UNA FAMILIA LEONESA QUE EMIGRÓ A MÉXICO EN EL SIGLO XX, ANTECEDENTES

La historia que voy a narrar es la de mi familia y se inicia con una pareja, mi padre y mi madre, quienes tenían una muy antigua ascendencia y residencia leonesa, ya que sus padres, abuelos y bisabuelos eran originarios todos de la provincia de León y todos habían nacido en regiones muy circunscritas. Eran orgullosamente leoneses y encontraban en su patria chica todos los satisfactores económicos, sociales, sentimentales y morales que les daban sentido y dirección a sus vidas.

Los ascendientes de mi padre nacieron todos en Santa María del Páramo o en pueblos circunvecinos. Los ascendientes de mi madre nacieron casi todos en la terna formada por los pueblos adjuntos de Otero de las Dueñas, La Magdalena y Canales, y otros pocos en pueblos vecinos. Mis abuelos paternos recién casados emigraron a Otero, pueblo que contaba con una gran mina de carbón, la cual necesitaba medios de transporte y mi abuelo que era un experto carretonero pensó que trabajar transportando carbón le daría un gran porvenir. Tenía razón, transportaba carbón a Oviedo y el negocio creció dando trabajo a tres de sus hijos, entre ellos mi padre. La familia de mi madre era más preparada, un tío daba clases a todos los niños de la región, mi abuelo era telegrafista y se puede reconocer como el

primer emigrante de la familia que abandonaba León al trasladarse a Asturias, pues lo enviaron a Oviedo a encargarse de la oficina de telégrafos. Duraron poco tiempo en Oviedo, apenas para tener tres hijos, mi abuelo enfermó y murió. Mi abuela, con todos sus hijos, regresó a Otero, dedicándose a trabajar en el campo, mientras mi madre, la mayor de sus hijos, se encargaba de todas las labores del hogar.

Mis padres se casaron en Otero hace justamente cien años (1922), y como buenos leoneses, rápidamente tuvieron dos hijos. Mi familia, habituada a vivir bien, no se dio cuenta del drama que estaba ocurriendo en España; el país se estaba desmoronando, las emigraciones de los habitantes crecían constantemente, provincias ricas y pujantes como Galicia estaban quedando despobladas. La situación en España era pésima, quizás nunca hubo una época peor, se había acrecentado a finales de la última década del siglo XIX con la pérdida de las dos últimas colonias: Cuba y Filipinas. A principios del siglo XX se estaba perdiendo Marruecos. La guerra en África, según mi padre que fue soldado ahí, era siempre un negocio brutal de los generales españoles; todos los días tomaban nuevas posiciones que abandonaban de inmediato, al día siguiente las volvían a tomar. A los mandos principales lo único que les importaba era acrecentar sus fortunas y al rey, como clásico Borbón, lo único que le importaba era la diversión y como vivía prácticamente en Francia, a ese país tenían que ir los ministros españoles para planear y definir la situación española.

Las primeras emigraciones leonesas eran pensadas y con porvenir asegurado. En Argentina, por ejemplo, ofrecían terrenos para agricultores y dos tíos maternos de mi padre emigraron con trabajo seguro a la Argentina. En la familia las emigraciones comenzaron porque mi padre, asqueado de su vida de soldado, juró que ninguno de sus hermanos iría a la guerra y entonces, para librar el servicio militar, emigró primeramente un tío a México, posteriormente cerca de 1920 emigró otro hermano por la misma razón, acompañado del hermano mayor que iba en busca de un porvenir que España comenzaba a negarle. La mina de carbón de Otero había quebrado, dejando a toda la región en una pésima situación, y para colmo, mi padre perdió todos sus ahorros pues, como muchos, los tenía invertidos en la mina. Había trabajo para un solo carretonero, mi abuelo, por lo que mi padre y otro hermano emigraron a Madrid. En 1925, mi familia malvivía. No siempre mi padre tenía trabajo y la familia la estaba pasando muy

mal, por lo que sus hermanos "mexicanos" lo convencieron para que emigrara a México. Mis padres regresaron de Madrid a Otero, y ahí se quedaron mi madre y mis dos hermanos, con mi abuela, pues solamente había dinero para un boleto de viajar a México.

EMIGRACIÓN, LLEGADA A MÉXICO, IMPRESIONES Y PRIMEROS SUCESOS

La pésima situación de España pegó duramente en mi padre que era un tipo muy ecuánime y pensante. Su emigración no era sencilla, abandonaba a su familia, a su patria y se lanzaba sin trabajo seguro a un país revuelto por una reciente revolución, con la única esperanza de obtener un trabajo que bastara para mantener a su familia. La situación en España era insostenible, cuando una persona capaz y pensante toma la decisión de abandonarlo todo por algo vano y desconocido, se deduce que ha llegado a lo más bajo y se concluye que cualquier nueva situación que se presente no podrá ser igual o peor a su actualidad. Mi padre partió del puerto de Vigo en 1925, llevando únicamente los deseos, la constancia y fuerza necesarias para labrarse en México un porvenir estable y tranquilo para él y su familia.

Después de doce días, el barco llegó al Puerto de Veracruz. A mi padre no lo esperaba nadie, sabía que tenía que ir a la estación de ferrocarril y tomar uno que lo transportara a la Ciudad de México. Todo le pareció extraño en Veracruz, comenzando por el clima húmedo y caluroso; la gente morena y de facciones diferentes; la vestimenta larga y muy amplia; poca gente usaba zapatos, la mayoría usaba huaraches; qué decir de los sombreros, eran todos de paja y de un gran tamaño; las mujeres iban cubiertas con una especie de mantilla, que llamaban rebozo y servía también para cargar a los niños; los puestos en la calle vendían frutas desconocidas en España; qué decir del idioma, entendible pero diferente, desconocían el uso de la c y de la z, únicamente usaban la s, para todo usaban el diminutivo: ahorita, poquito, ratito, etc. y tenían un gran número de vocablos desconocidos en España. Con mucha curiosidad, mi padre tomó el tren. Después de recorrer un gran trecho, el tren paró en una estación y los pasajeros bajaron a comer; mi padre entró en una fonda y pidió lo mismo que los demás, probó por primera vez tacos, salsas y chiles que confundió con extrañas aceitunas, se puso una gran enchilada y para calmarse el ardor de boca

pidió un gran vaso de pulque. Probarlo y notar que el sabor de la bebida era muy diferente al que esperaba, le hizo reaccionar y reclamar al encargado: "¡A esta horchata le falta azúcar!", al término de la frase toda la fonda soltó la carcajada, siendo motivo de risas y burlas durante un buen rato.

En la ciudad de México fue recibido por sus tres hermanos, quienes felices le platicaron cómo les iba en México; cuando mi padre contó lo de la horchata, mis tíos se doblaban de la risa y le informaron que quien tomaba pulque se quedaba en esas tierras. Mi padre haría reír una vez más a la familia; lo llevaron a cenar tortas, así tuvo su primer contacto con los frijoles refritos y el aguacate; al pedir tío José una torta de queso de puerco, mi padre dijo: "en España pobres, pobres, pero no ordeñamos a los cerdos", frase suficiente para terminar la velada entre risas y burlas, pues el llamado queso de puerco es una especie de embutido.

El principio en México fue terrible, mi padre vivía con sus hermanos en una pensión manejada por una patrona. Muy pronto se dio cuenta mi padre de que la situación de trabajo no era tan sencilla como se la habían platicado sus hermanos, a pesar de que tenía la ventaja de saber manejar automotores. Se esforzó cuanto pudo y después de un año juntó el dinero suficiente para traer a México al resto de la familia.

Mi madre era una persona muy capaz, pues desde que tenía quince años tuvo a su cargo a sus seis hermanos menores. Así aprendió a cocinar, lavar, planchar, limpiar, ordenar y cuidar de niñas y niños pequeños. Al poco tiempo, cuando la menor de las hermanas necesitó de menos cuidados, mi madre se unió a los jornaleros para ayudar a la economía de la familia. De ese tiempo tuvo mi madre muy buenos recuerdos, salían al campo de madrugada y veían el amanecer en el camino. Recordaba que iban cantando, riendo y platicando hasta llegar al sitio donde segarían; permanecían ahí hasta el atardecer, hora en que salían para llegar al pueblo de noche. Su amor al campo viene de esa época; desde entonces tuvo la necesidad física de convivir con la tierra mínimo una vez a la semana. Era, y así lo decía, "una auténtica y orgullosa labriega". Admiraba verla en México, cómo atendía y cuidaba sus macetas; la ternura que les ponía contrastaba con la facilidad y frialdad con que les retorcía el pescuezo a las gallinas.

No sé qué tanto tuvo que hacer mi madre para obtener el pasaporte, pero la situación en España era tan mala, que entre los papeles solicitados había uno firmado por el alcalde de Otero donde afirmaba que mi madre nunca ejerció la mendicidad. ¡Qué época!

Finalmente, con todos sus papeles en regla y con un enorme valor, mi madre embarcó en octubre de 1926 de Gijón rumbo a Veracruz, en el vapor Alfonso XIII, un año después de que lo hiciera mi padre. La categoría era de 3° clase preferente; los camarotes acogían de diez a doce pasajeros. Mi madre pasó trece días en ese barco conviviendo con otros siete u ocho pasajeros en el mismo camarote, cuidando a mis hermanos, el mayor tenía tres años. Existe una foto de mi madre, parece que es la del pasaporte, donde se muestra de pie, con cada hijo abrazado a una pierna; la verdad, estaba de rechupete y con veinticinco años, mi madre seguramente tuvo que lidiar con muchos zagales que pensaban pasar la travesía placenteramente. En La Habana bajó del barco, estuvo únicamente en el muelle, pues le advirtieron que, si iba más allá, correría grandes peligros. Cuando llegaron a Veracruz, mi padre los estaba esperando, el reencuentro seguramente fue formidable, quizá hubo risas, lágrimas, reclamos, besos, abrazos y sobre todo mucho amor y alegría. El hecho es que, cuatro años después, la familia tenía tres miembros nuevos: dos mujeres y un hombre.

Llegados a la Ciudad de México, se ubicaron en la colonia Roma y posteriormente en la Colonia Santa María, de donde nunca salieron hasta que murieron. El comienzo de mi madre en México fue muy difícil, los tres hermanos de mi padre se habían unido al grupo, tenía que atender a cuatro adultos y dos pequeños, que fueron aumentando hasta llegar a cinco. Como andaban económicamente muy mal, algunas veces no tenían trabajo, entonces mi madre hacía milagros para sacar el mayor beneficio a los pocos pesos con que contaba. Mi madre, acostumbrada al trabajo y las adversidades, se mostró tal cual era, “una mujer hecha y derecha”, sacando adelante con fuerza, orden y mucha inventiva a la familia.

LOS PRIMEROS AÑOS

Mis padres eran diferentes en su manera de ser. Mi padre nunca había tenido dificultades económicas y por lo tanto nunca sufrió de

restricciones de ningún tipo. Su madre era la dueña del bar del pueblo, tuvieron el primer coche de la zona, y entonces él era alegre, buen tipo, poseía un relincho fuerte, real y potente, con el cuál llamaba la atención a todas las mozas de los alrededores. Era excelente para desarrollar las labores de transportista, sobre todo constante, pero la debacle económica le afectó para siempre. Jamás volvió a arriesgar sus ahorros en ningún negocio que tuviera riesgos financieros. En México tuvo algunas oportunidades de participar en algunos buenos negocios, recuerdo uno hotelero que todo el mundo lo animaba a participar y él desechó.

La familia de mi madre era todo lo contrario. Al morir su padre, ella tenía quince años y se vio obligada a llevar una vida de restricciones y mucho trabajo, al tener que dirigir el hogar con seis hermanos menores mientras su madre iba a las labores de campo. Su carácter se volvió duro y exigente, adquirió gran experiencia en todas las labores del hogar. Después de la quiebra de la mina de carbón y volver nuevamente a la pobreza, se volvió muy precavida y temerosa de los males que le vendrían en un futuro.

Los trece primeros años en México fueron terribles, una lista de los trabajos que mi padre realizó presenta un panorama claro de la forma en que la pasaron. Estuvo de chofer de ruta en un camión de pasajeros que recorría el centro de la ciudad y algunas de las colonias vecinas, mi padre contaba que antes de llegar a la siguiente parada tenía que cantar el nombre de la misma. Estuvo de chofer repartiendo petróleo en los pueblos aledaños a la Ciudad de México. Fue repartidor de la fábrica de dulces La Cubana, así como de La Palma, gran tienda de abarrotes. En las épocas en que no tenía trabajo, un hermano hacía figuras de yeso y él las vendía. Otro hermano fabricaba letreros de cartón para poner el precio de los productos que se vendían en los mercados y mi padre se encargaba de ofrecerlos. En una ocasión trabajó de “Señor Modelo”, y su labor consistía en recorrer las cantinas, misceláneas y tiendas, pidiendo una cerveza, si le ofrecían una Corona, Negra, Modelo o Victoria, marcas de la cervecería Modelo, mi padre les daba un premio. Se me hace extraño que mi padre nunca trabajara de taxista, teniendo un hermano que tenía un sitio de taxis. El orden de los trabajos lo desconozco, pero los dos últimos fueron como repartidor de agua Mundet y por fin en 1938 (año en que yo nací), como repartidor de refrescos Mundet, donde duró hasta 1960, año en que se retiró.

Mi padre se adaptó rápidamente a México. En cambio, mi madre extrañaba a su patria, no se acostumbraba a la altura de la Ciudad de México, no le gustaba la gente, los alimentos y la pobreza con que vivía; mis hermanas se llegaron a vestir con vestidos confeccionados por mi madre con costales de harina.

Mi madre le pedía a mi padre que regresaran a España. Eran tan pobres en México que bien podrían ser pobres en España, sin embargo, mi padre siempre se negó a regresar. Mi padre intuía que España no podía seguir como iba, tendría que venir una hecatombe mayor para lograr revitalizar al país y él no quería ser partícipe de ella. Mi madre insistía, hasta que el hilo se rompió, entonces mi padre le dijo que regresaran a España, pero él se quedaba en México y si ella decidía quedarse, tendría que "dejar de joder y jalar parejo".

Mi madre optó por quedarse y comenzó a "jalar parejo", aprovechando las enseñanzas de mi padre de "consume lo que el país produce", mi madre agregó a su cocina el aguacate, los chiles, las tortillas con sus derivados y todos los productos que fueran necesarios. Hasta modificó su manera de tejer, adaptándose a la forma mexicana, que es descansando los brazos en lugar de tenerlos al aire mientras se teje.

Posteriormente hubo algunos pleitos por discrepancias, que siempre ganó mi madre. Aunque, cosa extraña, siempre tuvo la razón mi padre. Qué terrible hubiera sido regresar a España en 1932.

LOS PEQUEÑOS EMIGRANTES

Cuando llegaron a México, mis hermanos mayores, nacidos en España, tenían menos de tres años, y aquí nacimos cuatro hermanos más. Conozco muchas historias de emigrantes españoles, alguna vez escuché anécdotas de los pequeños emigrantes, pero nunca oí mencionar historias de los emigrantes nacidos en el país emigrado.

Suena un poco falso, un tanto loco: "soy un emigrante en mi país de nacimiento". Pero cuanta realidad contiene y como muestra un botón.

Cuando mi padre emigró a México, en una de sus primeras relaciones con personal mexicano se puso en evidencia, le brotaba por todas partes lo extranjero, además de sus diferencias visibles, como forma de hablar y vestimenta, llegó a casos extremos, como confundir el pulque con una horchata desabrida para provocar las risas de los locales. Veinte años después y aclarando que mi madre enseñó a sus seis hijos a leer y escribir, la anécdota de mi padre la repetí como niño en mi escuela con resultados más o menos semejantes: un día en el salón de clases y con cuarenta alumnos, mi profesor de primer año me pasó al pizarrón y pidió que escribiera vaca, yo lo hice con "b", el profesor me indicó que era con "b chica". Obediente y consiente, borré y la volví a escribir con una "b" más chica a la anterior, el profesor, cabreado, con un tono fuerte me indicó nuevamente que lo escribiera con "b chica", procedí a borrar y puse la "b" más pequeña, provocando risas en todos mis compañeros, el profesor, muy enojado, me mandó sentar y pidió a un compañero que subiera, el cual borró de inmediato mi "b" y puso una "v"; rápidamente me salió lo leonés y reclamé, indicando que la letra que pusieron era la "uve". El maestro se rio y me aclaró que la uve en México se llama "b chica". Después se rio y burló con todos los alumnos del pequeño gachupín. Que muestra más hermosa de errores cometidos en forma similar entre padre e hijo por desconocimiento de las costumbres y coincidencia hasta en el reclamo.

Mis dos hermanos mayores, emigrantes por nacimiento, recibieron la misma educación que recibimos los nacidos en México; mi madre no conocía otro tipo de educación. Con el transcurso de los años se crean diferencias entre todos los emigrantes, pero cuando uno abandona el recinto familiar a una edad mayor a los dieciocho años, sale uno empapado de las costumbres, normas y gustos de los leoneses, con sus variantes y preferencias, pero al fin con el instintivo leonés. Un Porsche no cambia porque uses diferentes gasolinas, aceites o colores. Aunque corra más rápido, sea más viejo, grande o esté mejor conservado, sigue siendo un Porsche.

Ramsés García Ancira

EL MISTERIO DE UN APELLIDO COMPUESTO: GARCÍA ANCIRA

(México)

Este es el primer paso.

Mi relación con España se relaciona con las memorias de mi padre. Como muchos miles de "indianos" él fue hijo de un cabrón que embarazó a mi abuela y la abandonó con una criatura en la segunda década del siglo pasado. Yo tendría unos siete años cuando mi padre adoptó el nombre de Jaime Ancira tras terminar la licenciatura en derecho con el nombre de José Hernández. "El abogado" era su seudónimo como novillero.

José Jaime siempre se sintió atraído por la comida, el vino, el flamenco y los toros. Hurgó en la memoria para responder a mis preguntas. Él no sabía quién era su padre. Recordaba un automóvil grande que llegaba a la puerta de su casa en la calle de Peralvillo. En el asiento de atrás había un señor que hablaba con su chófer a través de un teléfono, ya que un grueso cristal separaba el asiento trasero del delantero. Guadalupe, su madre, mandaba a Pepito a jugar a la calle mientras don Miguel, que era el nombre del visitante, era atendido en la modesta vivienda. El niño se iba a un predio donde estaba una higuera con una historia muy interesante.

Estamos ahora en el año de 1580, Felipe es un niño muy travieso, hijo de los nobles Alonso de las Casas y Antonia Martín, casados en 1570 en la Parroquia del Sagrario de Sevilla. Cuenta la leyenda que Antonia rezaba porque la higuera reverdeciera porque estaba muy seca. La nana de Felipe nada más se reía. "Ay siñora, es más fácil que su niño se haga santo a que la higuera reverdezca". Tres centurias y cincuenta años después, Pepito comía de esos higos en una casona del Barrio de Peralvillo, cuando su mamá lo mandaba a la calle para quedarse pa' "platicar" tranquila con don Miguel.

Felipe de Jesús se convirtió en mártir y santo tras la persecución de Toyotomi Hideyoshi "Taikōsama" contra los cristianos y... la higuera reverdeció. Cuando pasaba mucho tiempo entre las visitas, Guadalupe tomaba unas cadenitas de oro y las mandaba a empeñar para tener que comer. La familia la integraban Guadalupe y "Carito", las tías de Pepito, quien pasó toda la infancia sin saber quién era su padre, pero ignorando también quien era su madre.

Ahora estamos en 1969. Jaime ya se apellida Ancira y es locutor de Radio México Internacional y editor de Notimex, la recién creada agencia de Noticias del Estado Mexicano. Una prestación laboral le otorgó boletos de Aeroméxico para viajar a cualquier parte del mundo. Los ha vendido y yo me enfrento a mi padre con toda la furia posible para un niño de nueve años de edad. Quiero viajar en avión, a cualquier parte. Quiero sentir lo que sintieron los protagonistas de *Cinco semanas en globo*, la novela de Julio Verne que me apasiona.

—¿¡Por qué los vendiste!? —Le reclamo airado.

—Porque no es nada más el viaje. No tenemos dinero para el hospedaje y la comida. Imagínate, una Coca-Cola cuesta más que una botella de vino.

—Pero tú me dijiste que te morías por conocer España, la tierra de mi abuelo.

Mi padre se queda pensativo y recuerda: bueno sí, pero yo ya fui a España. Hace memoria. Me cuenta que tendría unos tres años de edad. Guadalupe ha pedido agua y le traen una palangana con agua caliente y una toallita.

—Agua para tomar.

—Señora, aquí el agua solo la ponemos para lavarse las manos.

Bueno, esa era la memoria real o inventada por mi padre. ¿Qué tan confiable podría ser la memoria de un niño de tres años de edad, y más cuando él ya pasaba de los cincuenta?

—Es de lo único que me acuerdo, de nada más, pero de la charolita con agua y las toallas, eso no se me olvidó jamás.

No olvidemos el pasado, porque sin esto no se va entender el relato. En 1939 Jaime puso a Guadalupe contra la pared, tendría unos 14 años de edad y mi papá se imaginaba que pronto lo llamarían a combatir en la Segunda Guerra Mundial.

—¿Quién es mi madre?

Guadalupe lloriqueó un rato, como correspondía a las radionovelas de moda, y acabó por responder:

—Soy yo.

En esa época todavía Darth Vader no había realizado la confesión más impactante en la historia del cine, pero el momento debió ser igualmente dramático.

—Ya me lo imaginaba, pero ahora dime quién es mi padre.

Pausa dramática.

Pausa dramática.

Pausa dramática.

Es que en realidad la respuesta se tardó bastante, pero al fin llegó después de una cuarta y definitiva, pero un poco más larga.

Pausa Dramática

—Carlitos.

—Carlitos ¿Cuál Carlitos?

—Hernández.

—¿El músico? Pero si ese pendejo es tu hermano. ¿A poco soy hijo de un incesto?

Y ante tal presión la guadalupana "señorita" Guadalupe Hernández, (hermana de Carito, la taquillera de Ferrocarriles a quien no conocí pero que fue mi tía abuela) le espetó:

—No. La verdad es que tu padre es Miguel.

¿Miguel? ¿Miguel qué? Es un misterio que no he logrado resolver ya finalizando este año de 2022, cuando Jaime García Ancira, mi padre, ya no está para responderme. Murió a finales del siglo pasado a consecuencia de un cáncer de próstata porque se negó a hacerse una orquiectomía.

—Me voy a morir completo, declaró tres años antes.

Y completo lo cremamos, con la asistencia de unos catorce de sus hijos, algunos Hernández Ramos y otros García Ancira, pero todos hermanos.

Algunas fuentes me remiten al apellido Olaguiquehuechea, o algo así, la memoria no me permite mayores precisiones.

En la década de los 50 Jaime se presentó a la casa de don Miguel, en las Lomas de Chapultepec, donde vivían los fifís, para exigirle que reconociera su paternidad.

Fifí es la onomatopeya del silbido fiu fiu, que los pelados de Peralvillo les dedicaban a los señoritos españoles que se encontraban en Paseo de la Reforma, la arbolada calzada que unía a los pobres de Tepito con los habitantes de las Lomas.

Aterrado, el señor, que no había perdido su acento asturiano, le dijo que por favor no hiciera escándalo. Le contó que en Asturias él era vaquero, pero que se casó con una mujer muy rica y en México se hizo

banquero. Si guardaba silencio lo compensaría comprándole un coche.

—Cobarde. Yo jamás le negaría el apellido a un hijo. Está bien, pero ni crea. Cuando usted se muera voy a venir a decirlo todo.

Pasaron otros nueve años y nací yo.

Antes, Jaime viajó a Linares, Nuevo León, donde había mucha gente de apellido Ancira.

Tardaron cuatro años en regístrarme, pero cuando lo hicieron, mi papá cumplió un viejo anhelo, me puso Ramsés porque dice que un maestro de historia se emocionaba al recordar la grandeza del faraón. El apellido fue compuesto García Ancira. Antes de mí, nacieron unos veinte hermanos que fueron registrados con otros apellidos, los de mi abuela y mi tío abuelo.

Todavía mi padre volvió a ver a su padre una vez más. Llovía y el señor se mojaba esperando un taxi. Quiso hablarle, ofrecerle que subiera a su coche, que no se mojara.

Por qué no lo hiciste, le reclamé, era tu padre.

Creo que no supo qué responderme. Ahora, a mis sesenta y dos años, pienso que tal vez fue orgullo, coraje, pero la respuesta es más sencilla. Mi papá no quiso humillar al suyo ofreciéndole su coche, cuando su papá ya había venido a menos.

Yo soy el primer García Ancira, entre más de treinta y dos hijos de mi padre, que nunca le negó el apellido a nadie.

A principios del 2022 empecé a buscar a los Hernández. La única pista que tenía era que tenían varios inmuebles de afinación de pianos.

Pero la pandemia acabó con el próspero negocio que había acumulado más de cinco establecimientos en el barrio de Tacubaya. Un día vi a un señor que entrevistaba Cristina Pacheco para su programa “Aquí nos tocó vivir”. Pero el programa era una repetición, el original fue transmitido en la década de los setentas.

El local de afinación de pianos había cerrado. Dos calles al sur encontré una tienda de instrumentos musicales. La persona que me atendió dijo que no tenía idea. Pero evidentemente no era el dueño.

Un hombre septuagenario entró al local y pedí su ayuda. “Estoy muy ocupado, si quiere espéreme”.

Pasaron quince minutos, me sentí ignorado y olvidado, pero al final me invitó a pasar a un anexo. Como si fuera un prestidigitador, removió los cartoncillos del tarjetero, pero no estaba seguro. No encontraba sus lentes y yo tampoco. Finalmente me dijo:

—Don Carlos ya murió, tendría unos cien años si viviera. Sus hijos también, pero hay una persona que se hizo cargo de la empresa. Durante la epidemia venía un señor a ofrecerme afinar pianos, era muy bueno. Aquí está su teléfono.

Yo no estaba preparado, mi teléfono móvil se había quedado sin pila. Le pedí una pluma y anoté los números en una propaganda de un restaurante de sushi.

Salí con la esperanza de descubrir la verdadera historia de mi abuelo español. ¿Realmente se apellidaba Ancira? El apellido importa porque significa Ankara, la ciudad de Turquía donde se refugiaron los ladinos (latinos).

Mi papá decía que yo tenía 73 por ciento de sangre judía, 20 por ciento de sangre española y 7 por ciento indígena. Mi abuela era de Perote, Veracruz. No sé cómo salían sus cuentas de hemoglobina.

El caso es que he estado ocupado con mi tesis de licenciatura y es hasta ahora que me encuentro una convocatoria para hablar de las memorias que nos ligan a España. Entonces escribo estas líneas para dar con el verdadero origen del apellido García Ancira.

Este es el primer paso.

Mariana Beatriz García

PARTIR PARA VOLVER. ESTIRPE DE MUJERES MIGRANTES

(Argentina)

Carmen fue una niña muy lógica y racional, nacida en el pliegue del siglo XXI. Desde muy pequeña, necesitaba comprobar, buscaba comprender; experimentaba explicaciones científicas de libros, History Channel o Nat Geo. Siempre fue selectiva y cerebral, aunque sensible y cariñosa también. Determinada, bella, segura, inteligente, pero vulnerable, aunque lo quisiera ocultar. Siempre supe que tenía mucho más carácter que yo misma, su madre.

Volvió de regreso a la tierra de su bisabuela Balbina Borge, recordó celularmente su pasado transgeneracional allí. Como lo había soñado desde pequeña, conociendo restos de la historia familiar, fue a un país no lejano en las costumbres, las comidas y los olores. La tierra, el clima, los perfumes, no eran extraños, eran propios de su identidad, en algún punto.

Como si aquel intento de su abuela Betty, de pertenecer al Centro Castilla de Rosario, le hubiera sembrado una semilla. Pero no, no fue solo eso. Mi madre Beatriz Albanese, fue primogénita de la castellana Balbina Borge Panero, que llegó a la Argentina de mano de sus padres rodeando el centenario de esta joven patria.

Betty llevó a su nieta Carmen, mi hija mujer, a los ensayos, en el Club Español de Rosario, en plena salida de la crisis argentina de 2001. Abuela y nieta entusiastas, caminaban de la mano escuchando las memorias familiares, igual que mi madre y mi tía lo hicieron conmigo.

Anécdotas de Balbina: su baile, sus platos, sus dichos y carácter; su militancia en el Centro Español Republicano de Rosario. Betty ya era ciudadana española, votaba a la izquierda cada vez que podía y hablaba frecuentemente con su familia Borge de España. Eran descendientes del tío Álvaro, hermano pequeño de Balbina que quedó a cuidado de la abuela y la tía cuando emigraron de Castilla y que el destino político envió a Francia, primero exiliado, luego prisionero y maqui.

Betty, que expresaba en la costura su creatividad, le hizo el mejor traje de castellana que había, puso su empeño en estudiar formas y colores, distintos trajes regionales e históricos de Castilla La Vieja y La Nueva. Investigó, le hizo hacer las medias tejidas de encaje, la acompañó al escenario de la Fiesta de Colectividades y a la ceremonia del Entierro de la Sardina. Carmen se destacó entre otros por su altura y la perfección de su atuendo; su abuela garantizaba que estuviera hermosa, aunque la consigna del cuerpo de baile fueran otros colores, siempre le importó hacer lo que quería ella y no lo que se impone. Horas de frío y calor esperando que bailara esas jotas de sonido gastado, mientras ella contaba con otros padres, con los conserjes, con la gente de otros centros y del Consejo de Residentes Españoles, algunas instituciones que cobija el Club Español, de los bailes a los que asistió cuando era joven. Hablaba y hablaba siempre con ese tono ronco e imperativo de maestra directora.

La abuela de Carmen, mi madre, intensa y controversial, tramitó la nacionalidad española y resguardó ese derecho para sus descendientes; transmitió las prácticas heredadas: la tortilla con chorizo, el puchero o cocido; los refranes: “a Zaragoza, o al charco”; “lo que natura non da, Salamanca non presta”. Betty fue una persona compleja, pero heredó eso de ser España en Argentina, a todos sus nietos. Vestidos con sus trajes llamativos, Carmen junto a su primo Paco, que aceptó dócil acompañarla, bailaron los ritmos típicos. La abuela los fotografió disfrazados, esperó a la vera del Paraná sus actuaciones. Le habló de su madre Balbina, maestra como ella, de su anti franquismo militante en la diáspora rosarina y de las consecuencias por negarse a ser peronista y no nacionalizarse.

Carmen también la tuvo que despedir de su corta enfermedad antes de partir a vivir en la península, en una empresa que sabía que sucedería un año antes, por algo de intuición de la estirpe de mujeres

fuertes, pero que igual la excedió en su recién alcanzada juventud. Velorio, fin de alquiler, mudanza, problemas de salud en la familia. Ella se hizo cargo; yo, su madre, estaba en España, por trabajo, haciendo una investigación migratoria.

La herencia familiar recibida se compone de mujeres con títulos y logros, pero también, desgarradas, trabajadoras, pensantes, sufrientes y exigidas y a la vez divertidas y creativas. Quizá las generaciones se ocupen de compensarlas. El arte de la costura, la cocina, las letras y las ciencias se fueron encarnando entre las cohortes femeninas. El linaje se transmitió en las prácticas, en los genes y las neuronas de los órganos reproductores femeninos.

Es por eso que ni Carmen ni yo nos sentimos ajenas en España, se vuelve a un pasado que es familiar, como en las charlas en las mesas de cualquier bar o café, con los parroquianos a la hora del vermut.

La historia familiar tuvo un inicio. Ese quizá está en el puerto de partida de España, desde donde salió el barco del que no se conoce aún el nombre. A pesar de que la República Argentina tomó registro temprano, —desde 1856— de los ingresos y egresos del país, la familia Borge Panero no figura en los libros de la Dirección Nacional de Migraciones. Quizá ese cuaderno se extravió, como parte de la memoria familiar del viaje de ida. La crisis europea del fin del siglo XIX, de superpoblación y superproducción coincide con la Guerra de Cuba y levantamientos en otras colonias que cuestionan la ya deteriorada corona española. En Valladolid impacta la crisis financiera en el campo y la industria harinera.

La formación del Estado Nación en Argentina difundió la necesidad de un tipo de población blanca y europea que sirviera de mano de obra para el campo, ciudadano de ese proyecto y reemplazo demográfico. Sus políticas migratorias fueron abiertas y selectivas, ya lo rezaba su carta constitucional convocando a "...todos los hombres del mundo que deseen poblar..." La euro-filia de los países de inmigración, la mayoría ex colonias, pretendía cambiar el patrón genético de los pueblos originarios y borrar todo rastro de las migraciones africanas esclavizadas. Más de 14 millones de personas vinieron a este país entre fines de siglo XIX y las dos primeras décadas del XX. Si bien la mitad regresó, su presencia dejó una marca imborrable en la sociedad, demografía, cultura y economía. Tan fuerte es esa marca

que la historiografía nomina a éste, país de inmigración, o señala: "venimos de los barcos", negando el impacto de la migración regional en el registro mnemotécnico de la identidad argentina.

Balbina vino de Castilla, la vieja, así se nombraba en el relato familiar. Villalba de la Loma, Valladolid, ahora Castilla León en los cambios políticos de la transición española. Una tierra amarilla, seca, sedimentaria y pobre en ese entonces. Vacía hasta hoy día, que tiene uno o dos negocios y menos de treinta personas censadas. Viaja con sus padres, que dejan al hermano pequeño al cuidado de la abuela y la tía. Esa fue una decisión de último momento antes de irse; dejar a Alvarito, para que les haga compañía a las mujeres, para que trabaje, herede la casita pequeña y pobre del centro del pueblo, frente a la torre. El destino tiene preparada una tragedia para el futuro del niño, de la que lo rescatará su hermana Balbina, desde Rosario, unas décadas más tarde, cuando por medio de la Cruz Roja, concluida la Segunda Guerra Mundial, lo trae a Argentina.

La decisión de elegir este país, Argentina, no fue tomada por azar, los llama Leonardo Borge, familiar que trabajaba en los ferrocarriles. Es posible también que la difusión realizada por los consulados argentinos haya alcanzado conocimiento de la familia; la eficacia de las políticas migratorias de llamada, en confluencia con razones personales y estructurales, son el contexto de esta partida. Llegan rodeando alrededor del año 1910, al joven país, de mieses y trigo, acompañando a millones que atraviesan el Atlántico antes del fin de la Primera Guerra Mundial. Recalaron en el norte de Santa Fe, provincia litoraleña y de llanura pampeana, que concentraba toda la humedad que le faltaba a sus tierras castellanas. Un pueblo rural, Coronda, los vio crecer. El matrimonio tuvo más hijos santafesinos: camioneros, costureras, comerciantes y empleados públicos entre sus profesiones.

Balbina Borge era pequeña, inteligente y audaz, siempre se destacó entre los hermanos. Fue admirada, por ser profesional, casarse con alguien con dinero y estudios. "Tenía ambiciones", se oye en la familia. "Le compraba tapaditos a las nenas en lindas boutiques de Rosario; estaban impecables siempre". No le fue fácil, se casó grande, mayor de 30, quizá no lo deseaba, quizá su novio se demoraba en la propuesta. Su marido tenía capital heredado de una familia de origen italiano y criollo; pero se lo gastaba improductivamente, y, aunque

trabajaba, su pasión era leer y estudiar; además, le hacía buenos regalos. Ella siempre trabajó como maestra normal, desde que se recibió, se proveyó su dinero y hacía sus compras de forma independiente. Tomaba sus decisiones, quizá sin consultarle a su esposo Armando, encerrado entre su biblioteca y los cafés en Tribunales o Sorocabana, bar icono de la época sobre la calle Córdoba, una de las principales de la ciudad de Rosario.

Soy Mariana, me pusieron ese nombre porque nací un 14 de julio, día de la Revolución Francesa y ése fue el nombre de la República, Marianne. Soy nieta de Balbina e hija de Beatriz, su primogénita, y siento que recién hoy, puedo comenzar a escribir esta parte de mi historia, cuando la migración de mi hija Carmen para vivir en la tierra de su bisabuela Balbina coincide con la partida definitiva de la vida de mi madre, Betty. No sé por qué no pude antes, si bien soy especialista en migraciones y mi pasión coincide con mi carrera, tuve conocimiento de este concurso mientras estaba haciendo mi tesis doctoral, y fue allí cuando preguntándome por la razón de mi investigación, pude hallar en la historia migratoria familiar algunas explicaciones y dolores.

La relación con mi madre fue dura y compleja; intuí siempre que así fue con su madre Balbina, también; pero sé que me amó a su manera y uno de los ejes de la reparación de ese vínculo para mí fue su ayuda en la edición de mi investigación. “Soy el abogado del diablo”, me decía. Muchas horas, muchos días en su casa, con tiempo para hablar frente a frente y planear un viaje a España juntas a conocer la tierra de su madre. Me lo regaló cuando estaba por defender mi tesis y cumplía años, festejamos en París, con champagne, y en el calor de Madrid, Barcelona y Oviedo. Allí conocimos a la otra parte de la familia Borge, ese vínculo que se sostuvo por correo postal con mi abuela y por Skype y Whatsapp con mi mamá.

Fuimos con mis primos segundos a conocer los restos de la casa de mi abuela Balbina, pasamos por León, Ávila y otras ciudades importantes. Un ardiente día estival, atravesamos en auto la llanura amarillenta y vacía. Ver a Betty sentada a la sombra, en la puerta sonriendo con sus lentes oscuros y su remera amarilla; o rememorando a su madre, en la mesa de la torre que preside Villalba de la Loma, es de gozo constante para mí. Ese verano tan tórrido como el que expulsó a los Borge Panero al barco, me marca que el

infinito de la vida nos lleva transgeneracionalmente a los espacios narrados.

Estoy parada frente al escenario mayor de la Fiesta Nacional de Colectividades de Rosario, la fiesta migrante más grande de la Argentina. Está entre el Monumento a la Bandera, que festeja su creación con forma de nave de ultramar de mármol blanca, y el río Paraná, pariente del mar, como dice un libro de mi infancia. Los distintos grupos de baile y canto exhiben en el escenario mayor los números de tres minutos de las asociaciones migrantes. Muestran su mejor gala en vestidos y actuación; compiten para ser elegidos embajadores y embajadoras. Una sirena de barco anuncia el paso a los siguientes: polacos, italianos, sirios, libaneses, peruanos. Celebro a "Colectividades", como le decimos, desde adolescente; con amigos, alumnos e hijos; disfruto de olores, comidas, historias. Es la fiesta de mi ciudad como confluencia de su identidad. Es la celebración de mi objeto de estudio y mi pasión: las migraciones. Desprevenida y atenta al show, veo que sale a bailar una pareja y hay una mujer vestida como mi hija cuando era pequeña, con ese traje que brillaba entre los otros y me conmuevo. Eran del Centro Castilla. Mi abuela, mi madre y mi hija se me mezclan entre lágrimas.

Acá estoy, la tercera generación de migrantes viendo que mi hija, ya joven, se va a buscar una vida mejor, como lo ansía desde niña. Sé que es parte del curso vital y de los procesos migratorios. Ese zoom anacrónico transmite la propensión a migrar como capital social intrafamiliar. Así lo había evidenciado en mis estudios con exiliados. Azar o destino, determinación o condicionamiento, este año pasa con la angustia regando las alegrías de los duelos y las idas. Anne A. Schützenberger comprobó que los traumas no elaborados se extienden hasta las terceras generaciones. Pero no todo trauma es malo ni la migración es un evento excepcional. La movilidad humana es la mayor experiencia psicosocial de una persona, por lo tanto, constituye un quiebre en su curso de vida.

Carmen, con su espíritu científico, me había enviado un artículo que en sus resultados anunciaba que la carga genética de las niñas viene incubada en el útero de sus abuelas. Le digo: “Cuidado tesoro, que te vaya bien y seas feliz, ya nos veremos, te fuiste a España a realizarte”. “No me fui, mami, estoy de vuelta”.

Fernando Gracia García

RELATO AUTOBIOGRÁFICO

(México)

LA DECISIÓN DE EMIGRAR A MÉXICO

Soy Fernando Gracia García, un español nacido en La Rioja que ha pasado la mayor parte de la vida en México. Pero a mis setenta y dos años de edad todavía siento nostalgia de mi tierra y guardo en mi mente el recuerdo infantil de los álamos estirados, llenos de pájaros y del camino verde que bordean el río Cidacos a su paso por Arnedo.

El 3 de junio de 1978 contraje matrimonio con una estudiante mexicana en la iglesia de Santo Tomás de mi pueblo. La formalización de nuestra relación, iniciada dos años antes en París, no me libró de tener que cumplir el servicio militar y ese mismo verano fui destinado, sin dilación, a un campamento de adiestramiento situado en Almería. Para mitigar nuestra obligada separación durante los meses de reclutamiento, mi esposa buscó una pensión y todas las tardes iba a verme al cuartel. Tras la jura de Bandera fui trasladado al Gobierno Militar de Granada. Los mandos del nuevo destino me permitieron combinar mi puesto en el archivo de la dependencia gubernamental con la impartición de clases de francés en la universidad. Gracias al sueldo de profesor pudimos sobrevivir mientras residimos en la hermosa ciudad andaluza, incluso nos alcanzó para rentar un piso en La Chana, el barrio popular en donde tuvimos nuestro hogar durante casi un año.

Una vez concluido el servicio militar, bien pude haber renovado mi plaza de profesor de francés en la Universidad de Granada, pero mi esposa despertó, una mañana, con nostalgia familiar y me expresó

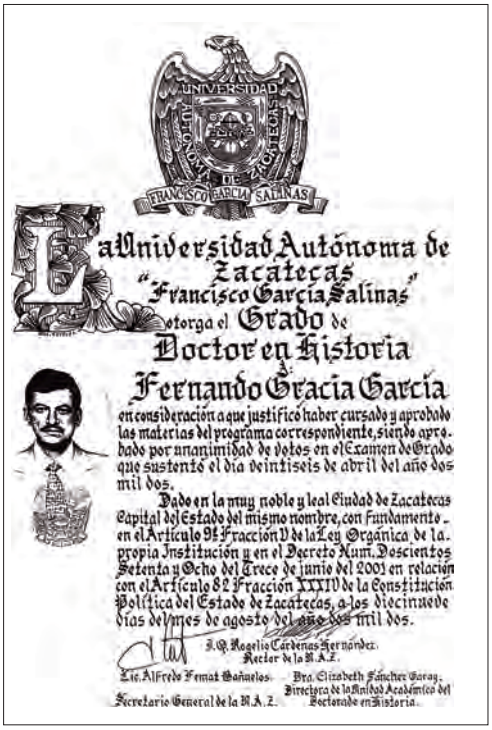
Copia del pasaporte de Fernando Gracia.

su deseo de ir a cuidar a sus padres, personas de edad avanzada. Enseguida tramité mi pasaporte e inicié los preparativos para emigrar a México.

Ahora que estoy analizando los motivos de mi partida, veo claramente, que la decisión de emigrar fue motivada en mi caso, por el deseo de complacer a mi mujer, no por buscar fortuna, el imán que siempre ha atraído a América a muchos aventureros. También advierto el hecho de haber salido de España sin el etnocentrismo y aires de superioridad cultural que cargan consigo algunos europeos. Gracias a mi actitud desinteresada y abierta, he comprendido la idiosincrasia de los mexicanos y valorado el rico pasado de mi país de adopción.

EN EL RANCHO DE AGUA NUEVA

El 9 de octubre de 1979 aterricé en el aeropuerto internacional de la Ciudad de México. Tenía mucho interés en conocer el legado arqueológico de Mesoamérica y dediqué dos días a visitar el Museo Nacional de Antropología. Entusiasmado con las referencias adquiridas, decidí pasar veinte días en los Estados de Morelos y de Guerrero. En el entorno de la ciudad de Cuernavaca contemplé, maravillado, un espléndido conjunto de ruinas prehispánicas: los templos dedicados a Tláloc y Huitzilopochtli en el sitio arqueológico de Teopanzolco, la pirámide del cerro del Tepozteco, la dedicada a Quetzalcoatl en Xochicalco; y junto a esas valiosas muestras del antiguo arte indígena, la catedral y el palacio de Hernán Cortés, destacados edificios coloniales que ocupan el centro histórico de la ciudad. En ese viaje por el sur de México comencé a darme cuenta de la mezcla cultural existente en mi país de adopción: al antiguo pasado indígena, visible en tantos sitios arqueológicos, se suma la belleza arquitectónica de los edificios construidos durante los siglos de la colonización española. Advertí, asimismo, que algunos mexicanos siguen utilizando en sus comunidades la lengua náhuatl, y a la vez hablan un español que resulta muy melodioso al oído. También aprecié el trato educado y la amable acogida de la gente a quienes descendemos, en cierta forma, de los conquistadores de los antiguos territorios mesoamericanos.



La Universidad Autónoma de Zacatecas
"Francisco García Salinas"
otorga el Grado de
Doctor en Historia
a
Fernando Gracia García

en consideración a que justificó haber cursado y aprobado las materias del programa correspondiente, siendo aprobados por unanimidad de votos en el Examen de Grado que sustentó el día veintiseis de abril del año dos mil dos.

Dado en la muy noble y leal Ciudad de Zacatecas Capital del Estado del mismo nombre, con Fundamento en el Artículo 9º Fracción V de la Ley Orgánica de la propia Institución y en el Decreto Núm. Doscientos Setenta y Ocho del Trece de junio del 2001 en relación con el Artículo 82 Fracción XXXIV de la Constitución Política del Estado de Zacatecas, a los diecinueve días del mes de agosto del año dos mil dos.

J. G. Rogelio Cárdenas Hernández
Rector de la U.A.Z.

Lic. Alfredo Femat Bañuelos
Secretario General de la U.A.Z.

Dra. Elizabeth Sánchez Garay
Directora de la Unidad Académica del Doctorado en Historia

Grado de Doctor en Historia de Fernando Gracia por la Universidad Autónoma de Zacatecas.

Para poder alcanzar mi alejado destino en el noreste del país, tuve que abordar el Regiomontano, un tren nocturno ya discontinuado, que entonces recorría a ritmo un poco lento los ochocientos kilómetros que separan la capital de la República mexicana, de la ciudad de Saltillo. Al amanecer del día siguiente, y mientras el convoy iba aminorando la marcha conforme se aproximaba a la estación, observé, medio dormido, el rojo intenso de unas ladrilleras mal ubicadas que casi invadían las vías del ferrocarril. Mientras bajaba las maletas en el desolado apeadero, tuve la repentina sensación de haber sido abandonado en un lugar desamparado, pues ningún familiar ni conocido nuestro estaba allí para recibirnos. Por un instante me puse a considerar si habría acertado al cambiar la hermosa Granada por esta ciudad sin gracia y poco hospitalaria.

De manera provisional nos alojamos en un chalet tipo americano que, por sus características constructivas, marcaba la distinción y el nivel social de la gente que lo habitaba. Me causó extrañeza el hecho de que hubiera tres baños en cada una de las dos plantas del

SNI sistema nacional de investigadores

El Sistema Nacional de Investigadores otorga al

DR. FERNANDO GRACIA GARCÍA

el nombramiento de

INVESTIGADOR NACIONAL NIVEL I

durante el periodo del 1 de enero de 2005 al 31 de diciembre de 2007, en virtud de sus logros en la realización de trabajos de investigación original de alta calidad y en la formación de recursos humanos especializados.

DR. MANUEL MÉNDEZ NONELL
SECRETARIO EJECUTIVO

Nombramiento como Investigador Nacional Nivel I, de Fernando Gracia por el Sistema Nacional de Investigadores.

inmueble, siendo el Estado de Coahuila una región semidesértica en donde el agua hay que cuidarla como algo muy apreciado. La mansión de mis suegros se hallaba muy cerca de la Alameda, un parque con un estanque casi siempre vacío, una biblioteca pública poco frecuentada por lectores y un espacio de juegos infantiles que se llenaba de chiquillos cada domingo. Al ver tantos niños, pensé inmediatamente en la necesidad de tener un rincón propio en donde llevar vida de casados y criar nuestros propios hijos. El punto es que aún no convenía engendrarlos, ya que carecíamos de estabilidad económica y tampoco sabíamos con certeza qué lugar para vivir nos deparaba el destino: si México o España.

Decidí aceptar el puesto de capataz en una plantación de cien mil manzanos que poseían mis suegros en Agua Nueva, un rancho a veinte kilómetros de Saltillo. Hacía mucho tiempo que el viejo patrón había dejado de dar órdenes en su enorme propiedad rural, y debió pensar que, por ser yo español, podría disciplinar a los campesinos que, cada día, acudían a trabajar a su huerta. Esos hombres eran ejidatarios y nunca cesaban de reivindicar para su comunidad la superficie de terreno que rebasaba las cien hectáreas de tierras de riego permitidas por la ley a su patrón. También querían apoderarse de los pozos de agua de la plantación, sin haber gastado un solo centavo en hacer que el preciado líquido brotara del subsuelo. Por lo que a mi puesto de capataz concierne, por más que me empeñé en hacer cumplir las órdenes dictadas desde arriba, nunca controlé del todo a los trabajadores, para quienes sólo era yo un empleado del viejo gruñón de Saltillo. Mi puesto de capataz de rancho se vino abajo el día que propuse al dueño indemnizar a uno de los campesinos más levantiscos, pero, en vez de pagar la cantidad exigida por la ley laboral, se lavó las manos y yo quedé desacreditado ante los trabajadores. En lo sucesivo observé, desde lejos, el paulatino derrumbe de la empresa rural en paralelo a la progresiva desintegración de la unidad familiar, pues los hermanos de mi esposa, ya fallecidos sus padres, no supieron

LA GENERACION LIII 1997 – 2001
DE LA LICENCIATURA DE LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS, DE
LA ESCUELA NORMAL SUPERIOR DE COAHUILA

Otorga el presente

Reconocimiento

A

Profr. Fernando Gracia Garcia

Por ser

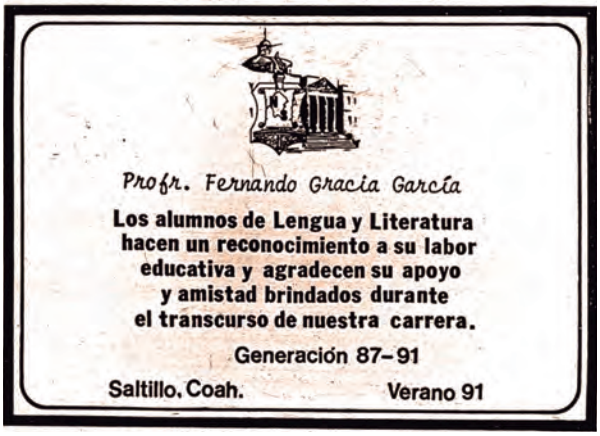
" PADRINO DE GENERACION "

Gracias

" Por sembrar ilusiones y forjar
voluntades triunfadoras "

SALTILLO, COAH., 28 DE JUNIO DEL 2001

Nombramiento como "Padrino de Generación" por la Generación LIII de la Licenciatura de Lengua y Literatura españolas.


Profr. Fernando Gracia García

Los alumnos de Lengua y Literatura
hacen un reconocimiento a su labor
educativa y agradecen su apoyo
y amistad brindados durante
el transcurso de nuestra carrera.

Generación 87–91

Saltillo, Coah. Verano 91

Reconocimiento de los alumnos de Lengua y Literatura.

ponerse de acuerdo para administrar la heredad recibida y la enorme plantación de manzanos terminó hipotecada y absorbida por los bancos.

Debo admitir que yo no podía tratar con mano firme a los campesinos de Agua Nueva y tampoco sabía nada sobre cultivos de manzanos. No obstante, haber fracasado como capataz de rancho, mi paso por Agua Nueva constituyó mi primera experiencia laboral en México, y la realicé con entusiasmo: recuerdo con nostalgia aquella ligera neblina que se extendía por la huerta al amanecer y los atardeceres encendidos que contemplaba desde el porche de la hacienda a la hora en que, de repente, las urracas se apaciguan y termina el día.

MI APORTACIÓN A LA EDUCACIÓN MEXICANA

Renté un departamento en Saltillo —ciudad sobre nombrada La Atenas de México por la calidad académica de sus centros educativos— y comencé a buscar un puesto de profesor acorde con mi perfil de Licenciado en Filosofía y Letras. No tardé mucho en conseguir horas-clase en la Universidad Autónoma del Noreste. El contacto con los jóvenes bachilleres de esa institución privada me sirvió de entrenamiento pedagógico. Además, el director de la sede de Saltillo me proporcionó la documentación exigida para iniciar los trámites de residencia y trabajo en la Secretaría de Gobernación. Simultáneamente, convalidé en la Secretaría de Educación Pública mis estudios de Licenciatura por la Universidad Complutense de Madrid. El esfuerzo empleado me produjo dividendos posteriores, cuando quise completar mi formación académica con la maestría y el doctorado.

Pronto advertí que podía mejorar mi salario incorporándome a la educación pública del Estado de Coahuila. La asignación de plazas docentes no pasaba entonces por la presentación de exámenes de oposición, pero sí conllevaba el visto bueno del Sindicato Nacional de los Trabajadores de la Educación. Sin pensarlo dos veces, me dirigí a presentar mis respetos al profesor Eliseo Loera Salazar, un cacique magisterial, asesinado después, por la propia mafia sindical. El poderoso profesor Loera me ofreció, de inicio, un interinato de Filosofía en el Instituto Tecnológico de Saltillo y, unos meses después, aprobó mi integración a la planta docente de la Escuela Normal Superior del Estado de Coahuila, ubicada junto a la Alameda de Saltillo. A partir de esa segunda asignación laboral, comencé a ver más claro mi futuro profesional en México y comencé a vislumbrar la posibilidad de enraizarme y crear una familia en este país de adopción.

En la Normal Superior impartí cátedra durante casi veintiocho años en tres Especialidades distintas: la de Lengua y Literatura Españolas, la de Ciencias Sociales y la de Idiomas. Mi desempeño académico en ese centro formador de maestros fue reconocido, públicamente, cuando ingresé al Sistema de Investigación de Coahuila y al Sistema Nacional de Investigadores de México; y recompensado con el Premio Estatal de Ciencias Sociales del Estado de Coahuila y con el nombramiento de Maestro Emérito de la Escuela Normal Superior.

No todo ha sido miel sobre hojuelas en mi país de adopción:

Jamás he querido renunciar a la nacionalidad española, requisito necesario para acceder a la mexicana y, como consecuencia de esa decisión mía, en más de una ocasión me he visto obligado a sacrificar algunos beneficios materiales y personales afectados por mi condición de extranjero. Por ejemplo, nunca he participado en la lucha sindical del magisterio o en reivindicaciones políticas por temor a ser denunciado por los agentes de la Secretaría de Gobernación. Tampoco he buscado cargos administrativos o directivos, por no obstaculizar la carrera de algún otro aspirante mexicano.

Sufrí cierta discriminación a la hora de la repartición de horas-clase: por ser extranjero se me asignaba alguna materia más difícil o que exigía mucha dedicación de tiempo. Luego, mis compañeros, con algo de cinismo de su parte, me consideraban un profesor que podía con todo e incluso alababan mi capacidad de trabajo. Padecí una frustración aún mayor cuando, una vez obtenido mi título de Doctor en Historia, el sindicato de los maestros no me asignó la categoría salarial correspondiente a ese nivel superior de estudios, sino que me siguieron manteniendo el sueldo anterior bajo el pretexto de que el Sindicato Magisterial sólo tenía contemplada la categoría de Maestría.

Por lo que se refiere a los bienes y propiedades adquiridas en México, tales como coches y casas, siempre he preferido poner todo a nombre de mi esposa por facilitar las gestiones de compra-venta de inmuebles. Por suerte mía, nos casamos en España y en México bajo el esquema de bienes mancomunados, así que, casi puedo tener la seguridad de no acabar debajo de un puente si un día mi esposa me pide el divorcio.

El peor momento a lo largo de mi carrera profesional en México lo pasé en una reunión académica en que me quejé de falta de apoyo al proyecto de abrir la maestría en Historia de México en la Escuela Normal Superior de Coahuila. Además, mi enojo lo pagué con un infarto de

Portada de libro *Con paz o con guerra*, de Fernando Gracia García.

miocardio. El accidente cardiovascular ocurrió el 3 de julio del 2001, el peor año de mi estancia en mi país de adopción. No he podido olvidar los acontecimientos paso a paso:

A mitad de la noche acudí infartado a la unidad de Urgencias de la Clínica del Magisterio y no pude hallar un cardiólogo que atendiera mi grave problema de salud. Un enfermero de guardia me hizo un electrocardiograma que no llegó a imprimir por falta de rollo en el aparato. Al amanecer del siguiente día me pasaron a Terapia Intensiva y me aplicaron electrochoques para estabilizar el ritmo cardiaco. En esa lúgubre sala escuché la discusión de dos doctores sobre la conveniencia de seguir aplicando o no el desfibrilador. Yo me inquieté mucho ante la falta de seguridad de los médicos que me atendían y pedí ser trasladado en ambulancia al Hospital San José de la ciudad de Monterrey, un centro médico privado de mucha mayor calidad que la Clínica del Magisterio. Allí me intervinieron in extremis y colocaron un *stent* en la arteria coronaria obstruida. La operación me salvó la vida, aunque, eso sí, antes de regresar a Saltillo, tuve que pedir un préstamo para pagar los gastos clínicos generados.

Salvo la adversa experiencia que acabo de relatar, la vida me ha concedido muchos favores en México. Ahora soy un jubilado del servicio educativo mexicano y gracias a ello, recibo una pensión mensual que me permite vivir decentemente en esta tranquila ciudad de Saltillo. Es verdad que me gustaría tener dinero para ir de vacaciones a La Rioja, pero los billetes de avión se han puesto por las nubes. Si tengo suerte en el próximo sorteo de la Lotería de Navidad, podré ir pronto a mi tierra, si no, seguiré posponiendo una vez más ese esperado viaje, como ya vengo haciendo desde hace varios años.

AÚN PUEDO SER ESCRITOR

He adquirido el hábito de escribir y podría narrar, con amplitud, las experiencias tenidas en mi país de adopción, pero además de a mi familia ¿a quién podría interesar el relato de mi vida? Resulta frustrante escribir para no ser leído, lo sé bien porque ya cuento con algunos desengaños literarios.

Mi última publicación ha sido una novela histórica titulada *Con paz o con guerra* (SNTE, Ciudad de México, mayo del 2022) que recoge las andanzas de un misionero español que intentó evangelizar a los indios texas sin poder conseguirlo. En mi casa tengo acumulados unos novecientos ejemplares de la edición no venal patrocinada por el Sindicato Nacional de los Maestros de México (SNTE). Si se traduce al inglés, seguramente tendrá buena acogida en los Estados Unidos.

En abril próximo publicaré otro trabajo titulado *No pido favores al despotismo* (Instituto Municipal de Saltillo, 2023), acerca de los años pasados en España por el cura liberal don Miguel Ramos Arizpe, diputado por Coahuila en las Cortes de Cádiz. Espero que ese nuevo libro sea bien acogido aquí mismo en Saltillo, porque ese cura era vecino de esta ciudad y aquí es considerado uno de los hombres próceres de México.

He comenzado un relato histórico de ficción sobre el anacoreta Gregorio López, un posible hijo bastardo de Felipe II, que huyó de la Corte real en el año 1562 para llevar vida de ermitaño en México. Pero no estoy seguro de terminarlo y menos aún de hallar una institución a la que le interese publicarlo.

Mi propósito es divulgar el conocimiento del pasado colonial de México. No pretendo dedicar mi esfuerzo a trabajos académicos y aburridos, sino a escribir novelas breves, de fácil lectura y asequibles para todos. Me gustaría que mis escritos se difundieran en mi patria, la de los veinte mil emigrantes nacidos en España que, por uno u otro motivo, hemos tenido que dejar nuestra tierra y dirigirnos a este país de adopción.

Mirta Guadys Antelo

CUANDO LA MEMORIA SE VUELVE NOVELA

(Argentina)

RELATO AUTOBIOGRÁFICO

Esta historia comienza con la palabra FIN. Esas tres letras que, después de muchas inseguridades, esfuerzos y desafíos, conseguí poner al pie de mi primer relato. Tres grafemas que no sólo me permitieron concluir un proyecto, sino que, como una adicta que apenas consume el objeto de su deseo, ya comienza a pensar en el próximo, me catapultó a la búsqueda de un nuevo tema para otro desafío, para otra historia.

"La cultura española en Buenos Aires a mediados del siglo pasado", me dije satisfecha. Una cultura que se manifestó en todos los ámbitos: la música, la danza, la literatura... Lo español tuvo una penetración mucho mayor que la del resto de las colectividades del gran abanico inmigratorio de la ciudad y de la Argentina toda. Hasta el cine que se hacía en esa época y que se consumía en todos los hogares, lo proclamaba. No había más que ver las películas de Imperio Argentina, Miguel de Molina, Pedrito Rico o de Lolita Torres que, aun siendo argentina, conmovía desde la pantalla con sus canciones españolas, en la programación de los sábados y domingos por la tarde de esa lejana televisión en blanco y negro.

En todas las fiestas familiares se bailaba el pasodoble, competía en igualdad con el tango, y toda niña a la que le interesara la danza,

tomaba clases de clásico y español, era el apogeo de la familia Pericet, que llenaba los teatros en Buenos Aires y en el mundo.

"Sí, es un buen tema para una próxima novela", proclamé con decisión. "¡No será tan difícil! ¡Con algo de investigación, más lo que conozco por haber crecido con madre gallega, más las historias de mis cuatro abuelos gallegos y además haber estudiado danzas españolas, no será muy distinto al proceso con el que escribí la primera novela!"

¡Qué ingenua fui, cuánto me equivoqué! Al comenzar a perfilar mis personajes de ficción descubrí qué poco sabía de mi propia historia familiar, de mis raíces.

Entendí que, de la vida de mi madre en España, en su pobre aldea orensana de posguerra, sólo me habían llegado retazos disfrazados de anécdotas graciosas, pero eran muchos más los que ignoraba, los que se habían guardado en algún lugar de su interior para quedar aislados y a resguardo.

Como aquella vez que fuimos al Museo de la Emigración Gallega en Argentina, ella miraba los objetos y me explicaba para qué servían. Recuerdo especialmente un diálogo:

> *—Esto es un fuso. Acá se envolvía la lana para después tejerla. Tu abuela hacía mantas como esta, dijo mostrándome una de las exhibidas.*
> *—No sabía que hacía esas cosas —contesté yo asombrada—. ¡Nunca me lo dijiste!*
> *—¡Porque nunca me preguntaste!*

Su respuesta me dejó pensando en cuántas cosas no preguntadas quedaron sin transmitir y debí cuestionarme si era justo que yo quisiera, después de tantos años, conjurar aquellos recuerdos, algunos seguramente habían sido barridos al altillo de la memoria para que no pudieran volver a hacer daño.

Pude llenar varios de esos huecos con investigación, leyendo muchos libros y entrevistando a mucha gente. Y otros quedaron flotando en las emociones que se ocultan tras los silencios.

Fue así como me sumergí de lleno en esa cultura de la que yo quería hablar, las costumbres, las artesanías, las canciones, las celebraciones, los refranes. Me divertí mucho con los refranes: "a cada porco le llega su San Martín"; "mujer casada, la pata quebrada"; "Nunca chovió que no escampara" ... Y en el proceso me encontré con que, por alguna herencia genética que no consigo explicar, entiendo perfectamente el idioma gallego, aunque todavía tengo dificultades para expresarme. Mi madre nunca me habló en gallego, ya no lo recuerda, pero tengo conversaciones fantásticas con mi vecina que me habla, a partir de mi interés en su cultura, como si yo recién bajara del barco... ¡y le entiendo todo!

Finalmente conseguí escribir mi novela con personajes entrañables que, si bien son de papel, están formados por retazos de vivencias y anécdotas, mezcla de lo estudiado y lo vivido.

Hoy mi madre ya no está en condiciones de leer y de entender algunas cosas. Los años, implacables, nublaron sus ojos primero y sus pensamientos después, pero creo que le gustaría saber que a uno de mis personajes le advirtieron al llegar a Buenos Aires "...que no te chamen Concha, que acá es mala palabra...", tal como a ella le sucedió...

O qué pensaría esa tía que ya no está, al leer sobre los manteles bordados que siempre guardaba en el ropero sin usar. Esos manteles que nunca cumplieron la función para la que fueron creados, pero que para ella eran más importantes como objetos de culto, traídos de su lejano Vimianzo como parte de su ajuar de novia y que no podrían ser reemplazados...

O que mi bisabuela Generosa se reconociera en esa abuela amorosa que emprendía sus faenas siempre con una canción en los labios...

O qué sentirá quién se haya encontrado con esa sartén que pasó de generación en generación, esa bien negrita y deslucida, en la cual se hacen las mejores tortillas, porque conservan las cualidades de la morriña, cuyo sabor no hay teflón moderno que consiga emular...

Uno no sale de una historia de la misma manera que entró. Esto vale para los lectores y vale mucho más para los escritores. Pude poner por segunda vez la palabra FIN a un relato, como una persona muy

distinta a la de la primera vez. Con un trabajo interior que no podía haber siquiera imaginado.

Este recorrido me llevó, como consecuencia inevitable y tal vez ya planeada por el destino, a tramitar la ciudadanía española. Y hoy, siguiendo un camino inverso al de mis ancestros, soy argentina por nacimiento y española por adopción.

La novela fue presentada al Proyecto de Mecenazgo "Integración Compostelana-Porteña", fue aceptada y se publicó con el nombre *De morriñas y muiñeiras* por el Centro Betanzos de Buenos Aires. Desde entonces no dejo de participar en eventos y conferencias, en los cuales la memoria de la inmigración está presente. Sigo aprendiendo y sigo trabajando en ello.

Los recuerdos tienen muchas formas de comunicarse, muchos lenguajes. Pueden transmitirse en canciones, cuadros, fotografías, cartas... Yo elegí mi lenguaje al intentar convertir la memoria en novela.

María Rosa Iglesias López

DE SANTIAGO DE COMPOSTELA A BUENOS AIRES: EVOCACIÓN DEL DESENCANTO

(Argentina)

Imaginemos a una niña que dentro de dos meses cumplirá cinco años. Para ella lo más importante es la confirmación de sus espacios afectivos: el paisaje en el que juega mientras descubre las maravillas de la naturaleza y el ámbito humano de sus vínculos amorosos. Yo era esa niña: el 2 de marzo de 1953 me subieron al barco que, a veintidós días de salir de Vigo, atracó en Buenos Aires. Iba con mamá y mi hermano a buscar a papá. Los abuelos quedaban en el muelle; las primas, en la aldea.

Mi emigración había empezado antes. A principios del siglo XX, mis bisabuelos maternos se marcharon a Buenos Aires con el chiquillo que luego sería mi abuelo. Retornaron la madre y el niño; el padre, que volvía enfermo, murió en alta mar y fue arrojado a los peces. Ya muchacho, de soltero y también ya casado, el padre de mamá anduvo de una orilla a la otra para "facer cartos" y comprar fincas. En el ínterin, había introducido en la aldea el arado de ferro que reemplazó al ancestral de madera, y nunca dejó de expresar su devoción por Argentina. Pero no intentó la emigración definitiva. El otro abuelo, el paterno, viajó una vez y, cuando quiso que su reciente esposa fuese parte de una segunda aventura porteña, no obtuvo apoyo y desistió.

Papá esperó a que mamá se recuperara de su segundo parto —el mío— y también se fue, el primero de tres hermanos varones. Como no tenía los "cartos" necesarios para el pasaje ni bienes propios para vender, aceptó la ayuda de unos primos panaderos de Buenos Aires que se habían hecho ricos, y en 1948 se subió al precario avión. Quedamos en Marrozos —parroquia rural de Santiago de Compostela—, mamá, mi hermano Eugenio, de cuatro años, y yo, de dos o tres meses.

Esta historia no difiere gran cosa de otras. Tampoco su continuación: cuatro años después, Manuel Iglesias Raíces llamó a su familia. Había devuelto el valor del pasaje con su trabajo en la panadería, había aprendido el oficio de pastelero y, habiendo juntado, privación tras privación, un capital, ya integraba la sociedad de una pizzería y pastelería. Varios lustros después, las reiteradas tentativas de emprendimientos gastronómicos darían en el clavo: asociado con tres paisanos —uno de ellos, su hermano Andrés, dieciocho años menor, al que había llamado y recibido en su casa— y dos argentinos, logró que su negocio fuese exitoso.

¿Y yo? A poco de llegar a Buenos Aires empecé a vivir con las raíces al aire.

No deja de sorprenderme la visión reduccionista, torpemente económica, de los que nunca emigraron. En la Argentina —mejor dicho, en su capital porteña— se vivía la exaltación de un destino, casi una condena, de próxima potencia mundial, de fenómeno socioeconómico y de euforia peronista. La angustia o la queja de los extranjeros era interpretada como una ofensa al país al que habían llegado "con una mano atrás y otra adelante", se les recriminaba. Según los historiadores, en relación a su población, Argentina fue el país del mundo que más inmigrantes recibió. Sin dudas, la avalancha produjo enorme impacto sociocultural y psíquico sobre una población escasa, pronto desplazada o desdibujada, salvo en el interior pobre. No hubo tiempo de cumplir el proceso de mutua adaptación, que recién empezaría a dar algunos frutos con los hijos de inmigrantes y nativos que se beneficiaron de la excelente educación pública, gratuita y obligatoria.

Los españoles llegamos tardíamente. Todavía éramos el enemigo. Primero vinieron los vascos que, aprovechando el invento inglés, alambraron la pampa y ampliaron la casta de terratenientes, la clase

alta con olor a bosta. Mucho más tarde llegamos, masivamente, los gallegos: la etnia más numerosa de cuantas inmigraron al país. Y, por su propósito de retornar, esos campesinos y marineros se concentraron en zonas urbanas y costeras, lo cual los hizo muy visibles. Siendo la mitad de los españoles migrantes, los argentinos llaman "gallegos" a todos los españoles.

Ante la invasión extranjera, los nativos ¿se sintieron avasallados, desplazados, minusvalorados? Cualquier migrante, aunque fuese analfabeto —y muchos lo eran— sabía, al menos, cultivar la tierra. Si no tenían oficio, lo aprendían con los casi siempre solidarios paisanos llegados primero y, dispuestos a todo sacrificio, aprovecharon las oportunidades de progreso. El éxito económico es el primer objetivo legitimador de la migración: se migra para mejorar. Quien ya pertenece, no necesita de ese triunfo ni de esa ambición para justificar su pertenencia. Por eso, no extraña que surjan rivalidades y celos. Y observaciones como la de una joven paraguaya —similar a las que escuché en mi infancia de boca de europeos—: "En mi barrio, los paraguayos tenemos las mejores casas, y nuestros vecinos nos envidian". Lo mismo podría decir cualquier boliviano que, además, sufre la hostilidad racial. Indudablemente, el éxito da un sentimiento de superioridad que a unos los hermana y reafirma, y a otros, a los menos ambiciosos o menos afortunados, los descalifica.

Los adultos emigran por mil razones. Los niños, por ninguna. No eligen, no calculan ni proyectan un porvenir. Pura emocionalidad, disfrutan del entorno seguro y estable, por lo que el irse lo sufren como una violencia, aunque tengan pocos meses y los recuerdos del lugar de origen estén mediados, en adelante, por los relatos de sus mayores. Procesarán el desarraigo según sus edades y temperamentos, las circunstancias sociopolíticas, los lugares de residencia, la fortaleza del grupo familiar, y también según cómo sean recibidos por sus nuevos vecinos. En toda emigración hay un elemento de azar inevitable. Y, aunque pocos de ellos pueden ponerlo en palabras, los niños no sólo son los más vulnerables, sino los más afectados por la angustia y la incertidumbre, propia y de sus mayores.

La aldea era tan mía y tan atractiva que todo me daba curiosidad. Como mi madre se ausentaba largas horas, yo vagaba a mi antojo o con la pandilla de chiquillos que cuidaban de vacas y hermanos pequeños. Me sentía en buena compañía, me acostumbré a no interpelar la

parquedad de los adultos, a observar la naturaleza y a reflexionar en silencio. Era independiente, curiosa y audaz. Nunca fui transgresora, ni desobedecía sin contar con un buen motivo. Desdeñaba a los chicos timoratos y llorones. Tenía una aguda conciencia de la igualdad y la justicia.

En ausencia de papá, mi abuelo materno asumió su rol. No me sentía abandonada, porque mi padre estaba presente gracias a las cartas, a las remesas de dinero (hasta que Perón las prohibió —según me explicó mamá, quizá haya sido una disposición tomada cuando empezó la crisis económica final del régimen peronista—) y al proyecto de reencuentro. Luego, en Buenos Aires, descubriría que papá tenía una delgada y única manta para abrigarse —manta que guardo todavía—, lo cual incrementó mi admiración hacia él. Mientras, en la aldea, yo me ilusionaba con la noticia de que pronto lo conocería, e imaginaba el encuentro. Me esperaría como mis tíos a sus hijas: con los brazos extendidos para alzarme en una pirueta feliz. Enseguida volveríamos todos juntos a la aldea. Nadie me explicó —¿a los cuatro años y medio se entiende la palabra nunca?— que no habría regreso. Llené los huecos de las palabras no dichas con mis deseos. Una noche de cielo estrellado, tan raro en la Galicia invernal y lluviosa, fui con mamá al aljibe. Le pregunté si papá veía las mismas estrellas en Buenos Aires. Aunque los cielos del hemisferio sur no son iguales a los del norte, mamá acertó al responder que sí: me permitió cruzar, en ese instante, mi mirada con la de papá y comulgar en la felicidad estética.

Un padre imaginado es perfecto: guapo, cariñoso, alegre y enamorado de la nena más linda del mundo. El que me esperaba en el puerto era de carne y hueso y, además de parco, honesto, trabajador y responsable, disimulaba, tras su aspereza, su timidez y frustración por no haber podido estudiar, y no toleraba desobediencias. Yo desobedecía mucho, un poco por la necesidad de mi carácter curioso, y bastante por enojo. Porque ¿a qué tanta autoridad de un desconocido que también mandaba sobre mamá? Ella, imperdonablemente para mí —que tuve entonces mi primer pálpito feminista—, se acopló a las órdenes de papá y me prohibió todo lo permitido en la aldea y que, en Quilmes, un suburbio de calles de tierra, resultaba peligroso: vagar al garete, charlar con todo el mundo, reír y jugar. Mi madre temía los peligros de la ciudad, pero era tolerante dentro de casa. Papá no. Exigía silencio y disciplina, ocuparse de tareas útiles y aprender a leer, a hacer cuentas y las tablas de multiplicar. Nada interesante

para una nena de cinco o seis años que no tenía juguetes ni amigos, ni diversiones ni paseos. Una nena que había perdido la intensa sociabilidad de la aldea, sin ganar ninguna.

A pocos días de llegar, saciada mi curiosidad y sin mucho más para descubrir, harta del encierro y de no tener compañeros de juegos, salvo mi hermano, esperé el anuncio del regreso. Extrañaba dolorosamente a mis primas y abuelos, el verde del monte, a los animales domésticos. Eugenio también, pero él sabía que no debía esperar: antes de subir al barco, conociendo de qué se trataba el viaje, había intentado torcer el destino a gritos y sollozos. El abuelo, con paciencia y habilidad, lo calmó. Eugenio y yo nunca volvimos a verlo, pero a los dos se nos llenaba la boca nombrándolo. Llegamos cuando la escuela había comenzado y sin tiempo para que papá lo adiestrara, por lo que, previo un examen, en vez de ir a cuarto grado, mi hermano fue a segundo, quizá más que por flojedad en la escritura y en las cuentas, porque ignoraba la Historia y la Geografía argentinas. Era muy querido por sus compañeros y maestros, lo que no impidió que lo humillaran por no llevar flores para Eva Perón, en el primer aniversario de su muerte. Era guapo, grandote y un bonachón a la legua. De regreso de la escuela, mataba la nostalgia trabajando en el fondo de la casa, sembrando y cosechando y atendiendo el gallinero. Recuerdo aquel fondo erizado de mariposas. Nunca volví a ver tantas ni tan hermosas. Y, como papá no volvía hasta la tardecita, Eugenio aprovechaba a jugar a la pelota y a remontar barriletes con los vecinos, permisos que yo no tenía, salvo por algún descuido de mamá. Por eso reafirmé mi feminismo. Pero había que estar atentos a la llegada de papá: ¡Guay de que nos encontrara en la calle!

La agónica ilusión del regreso terminó cuando, casi un año después, dos meses antes de cumplir seis años, me anotaron en la escuela. En un instante, confirmé el quiebre definitivo en mi vida y me sentí estafada, porque eso no era lo que yo creía que se me había prometido. Peor: ese día, perdí la ilusión de la infancia.

¿Cómo fue el reencuentro de mis padres? Se habían casado enamorados. Papá, disciplinado y emprendedor, progresista y resuelto, cumplió a rajatabla su rol de proveedor y, en algunos aspectos, era más moderno que mi madre. Quería que sus hijos varones —seis años después de nuestra llegada, nació Daniel— estudiaran, pero también yo, única mujer. Mamá, muy apegada al rol tradicional, además de la

memoria afectiva de la familia, era la de las restricciones: los varones podían salir a la calle y estudiar, las mujeres debían aprender las tareas del hogar y casarse. Ella no emigró de buena gana, aunque fue decisivo el consejo de su padre: Vaite filla, vaite sin pena que, en Bos Aires, non che faltará un anaco de pan. Y así fue, decía ella, ya abuela y ya conforme con las metas alcanzadas. La recuerdo admirando una enorme patata y diciendo: Bendita a terra que deu esta pataca tan grande. Ese convencimiento no llegó enseguida. Se le notó en los problemas digestivos y en el nerviosismo de los primeros años de estadía. Yo lo noté y lo sufrí. Esa madre irritada, ansiosa y a menudo enferma, me resultó una desconocida y contribuyó a mi inseguridad y mi angustia. No era la misma de la aldea, callada y triste —viuda de un vivo— pero cariñosa y paciente. En el barco estuvo más tiempo mareada, encerrada en el camarote, que en cubierta. Me sorprendió su sometimiento a la autoridad de papá, como si hubiera perdido la voz y se hubiera vuelto un poco niña. Yo me sentí traicionada por quien, en lugar de compartirla, había entregado su condición de jefa de hogar. Y más me enojó el durísimo mensaje que me transmitió sobre la obediencia femenina al varón. Aun así, no me fue nada fácil deshacerme del mandato patriarcal. Mamá basaba el éxito de su matrimonio en el amor que se tenían uno al otro y en la prudencia de no desafiar jamás al marido en público. En la intimidad trataba de mediar entre su autoritarismo y las necesidades de los hijos, aunque sin dudas, le llevó tiempo encontrar la estrategia o convencerse de que él no tenía siempre la razón. Confieso que verla resignar su rol de jefa me enfadó, entre otras cosas porque me expuso sin apelaciones a la rigidez de papá. No hace mucho que empecé a preguntarme si también mi madre se decepcionó al reencontrarse con él. ¿Papá era el mismo que ella había despedido en la aldea, o la gran urbe lo había cambiado? ¿Se le cumplieron las expectativas que tenía al emigrar?

Los inmigrantes procuran asentarse en barrios poblados de paisanos. Esto refuerza la identidad y palía el desarraigo. Yo no tuve esa suerte. En los barrios donde viví había nativos, criollos, españoles, italianos, pocos árabes y polacos. Pero en los escasos cien metros de la cuadra, tanto de mi vereda como de la de enfrente, nosotros éramos los únicos españoles; y mi hermano y yo, los únicos chicos. Y mamá no nos permitía frecuentar las casas de compañeros de escuela ni nos dejaba ir a las fiestas de cumpleaños que, en la Galicia rural no era costumbre celebrar, sino el santo. Ese retraimiento no favoreció la integración y mucho menos una infancia feliz. Con indudable buena voluntad,

algunos argentinos ponderaban mi suerte por estar en un país más adelantado que el mío. Yo guardaba un silencio indignado, sintiendo que invadían mi interioridad, desestimaban mis sentimientos profundos y tampoco entendían nada de nada, porque una no ama al país porque es el más adelantando sino porque es el suyo. Setenta años después, sigue violentándome la incomprensión de los que nunca vivieron la emigración, una que no disponía de internet ni celulares. En las repetidas alusiones a la pobreza de Galicia, yo suponía un matiz —real o no— despectivo hacia el lugar que tanto necesitaba idealizar para aliviar mi pérdida, para no sentirme aún más pobre.

Mientras tanto, ahogaba un profundo enojo hacia mi madre porque me subió al barco. Ella tampoco comprendía que mis caprichos eran una resistencia desesperada al cambio y, especialmente, que yo necesitaba "argentinizarme", al menos de puertas afuera, para sentirme aceptada, para que no me tildaran de "gallega atrasada" o no se rieran de mí porque desconocía los nombres castellanos de las cosas. A los chicos no les gusta sentirse diferentes, mucho menos inferiores, y los migrantes viven una implacable dualidad: su vida transcurre en mundos paralelos, uno de puertas adentro en el que evocan la tierra y la familia lejana y hablan en su idioma. El de puertas afuera les provoca curiosidad, deslumbramiento, y a veces miedo, porque contradice algunas reglas familiares; pero ellos necesitan ser o parecer tan argentinos como los demás, para sentirse aprobados, sin riesgo de mofas o exclusión. El proceso es largo e incluye nuevos vínculos, matrimonios y, finalmente los hijos que afianzan el arraigo. Que mi padre nos hubiera llamado a su lado lo exoneraba, a mis ojos edípicos, de la culpa que yo le achacaba a mamá, aunque a él le reprochaba su rigidez, su dificultad para demostrar el afecto. Pero enojarse con los padres, con los adultos que nos cuidan y proveen, es perturbador y peligroso y nos llena de culpa. Entonces la ira busca otros destinatarios, como ya se verá.

¿Cuánta de la represión de mamá fue acatamiento al marido o convicción? Difícil medirlo: mamá era tolerante, sensible, comprensiva, pero también muy conservadora e inflexible. No me cabe duda de que hacía de la sumisión un arma y una estrategia. Tampoco dudo de su acuerdo con las normas patriarcales, que se potenciaban por la opinión que ella y papá tenían de Elvira, mi abuela paterna: su desgobierno y preferencia por dos hijos —el mayor de los varones y la mayor de las mujeres— convirtió la convivencia en un infierno de

celos y rencillas. Nunca los oí cuestionar a la otra parte: la debilidad del abuelo.

¿Por qué cuento estas cuestiones privadas? Porque la emigración implica mucho más que buscar la mejora económica. Obliga a revisar los sistemas de creencias, acomodarse a otra sociedad y tolerar lo que no parece tan bueno. Obliga a reformular objetivos. Mi madre era muy crítica con las mujeres argentinas que se pintaban las uñas —señal de que trabajaban poco—, se maquillaban —señal de frivolidad— y andaban siempre a la última moda —señal de que malgastaban el dinero ganado por el siempre sacrificado marido—. Como las inmigrantes pobres ni se pintaban ni acataban tanto la moda y sabían ahorrar y agregaban a las tareas domésticas la costura y el tejido, mamá simpatizaba con todas. Y me enseñó lo que ella aprendió en la sociedad de subsistencia campesina: para atraer al varón hay que ser hacendosa. La seducción como arte y divertimento estaba lejos de sus valores, aunque mamá era natural y llanamente una gran seductora. Mientras, yo crecía atravesada por la necesidad de no desentonar con mis pares argentinas —educadas con más permisos— y equilibrar la desaprobación de mamá, que, lentamente, fue adoptando costumbres porteñas, especialmente en la cocina. Pero el gran paso lo dio cuando llegaron los nietos. Quizás entonces empezó a dudar de algunos mandatos recibidos.

Tal vez mi adaptación hubiera sido más rápida y menos dolorosa si no hubiera mediado la burla. Y a los gallegos se nos burlaba cruelmente, tanto como se nos respetaba y quería. En el trato con vecinos, las relaciones eran tan cordiales como con cualquier otra etnia migrante, o tal vez más, por la afinidad cultural y la generosa disposición. Pese a que hablábamos en gallego, su cercanía con el castellano no impedía la comunicación, aunque todo el mundo creía que no se trataba de otro idioma, sino ignorancia del castellano, una muestra de nuestro atraso. Al contrario que los migrantes internos y limítrofes, no padecíamos la discriminación racial, pero sí el prejuicio descalificador que, según los historiadores, fue importado desde España, y que los criollos aprovecharon para ofender al enemigo español. Esta burla fue, durante la época de la inmigración masiva, un ejercicio de ferocidad pública con gentes pacíficas, sufridas, honradas e inteligentes, con una sólida tradición cultural preservada durante siglos muy oscuros de su historia. Tal vez esas características aumentaron el ensañamiento. Hace unos

años, una editorial prestigiosa, Sudamericana, publicó un libro de chistes de gallegos escritos por un fulano que se defendió de la denuncia ante el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo con el extraño argumento de que ¿cómo iba él a ofender a los gallegos, si hasta tenía una abuela gallega? Una de las chanzas era esta: "Entras con un revólver a una habitación y te encuentras con Hitler, Bin Laden y un gallego. Tienes que disparar, pero ¿a quién? Al gallego, sin dudas. Dos veces". No puedo imaginar de qué mente tortuosa puede surgir semejante "gracia". Tampoco a quién puede hacer reír una chanza que plantea que una persona, aunque tenga excelentes prendas morales, por el mero hecho de nacer en Galicia, es peor que Hitler. Pero si el libro se publicó, se esperaba que la gente festejara.

La burla es menos peligrosa que el odio, pero tiene efectos profundamente devastadores sobre la psiquis del burlado, sobre todo si es niño. Empieza a avergonzarse y a dudar de sí mismo y de los suyos. Si un cómico o periodista trata de tontos a los gallegos, se siente aludido. ¿Y no será él mismo y también sus padres unos brutos?, se pregunta. La voz de la opinión pública, y tal vez más si se disfraza de humor, socava cualquier autoestima. En la época, el bullying a los extranjeros, aunque desaprobado, estaba naturalizado y zanjaba cualquier disputa o rivalidad, como una sentencia inapelable. De todos los estereotipos, el que más duró fue el del gallego. Apoyada en esos permisos, una compañera de escuela decidió acosarme y gritarme "gallega muerta de hambre" en todas partes. ¿Qué había pasado? Su mamá, admirada de lo bien que yo escribía, le dijo que así de aplicada y estudiosa quería que fuese ella. Y, como es peligroso enojarse con los padres, la chica, con astucia y maldad, alivió su ira por la humillación, atacándome. La tortura duró uno o dos años, hasta que la familia se mudó. No recuerdo otra agresión directa. Mis compañeros eran, como la enorme mayoría, buena gente, y admiraban mi perfil bajo y estudioso. El mayor daño me lo hizo el humor fácil que circulaba en los medios masivos: la radio, las revistas, los espectáculos y después, la televisión. Era tan folklórica la burla que, en cuanto te declarabas gallega, no faltaba el interlocutor que se sonreía socarronamente. Me llevó décadas comprender que la burla habla más del burlador que del burlado: de su inseguridad, de su resentimiento, de su envidia. Pero durante los muchos años que demoré en darme cuenta, me sentí vulnerable e injustamente mortificada.

La burla tiene otros efectos menos visibles: genera ambivalencia. Yo amaba a mi gente y, al mismo tiempo, sentía pudor por sus limitaciones, o por algunos rasgos que nada tenían de malo sino denunciar enseguida la etnia de pertenencia. Odiaba que las gallegas de mediana edad —y también las italianas, con las que tenían muchas afinidades— fuesen tan reconocibles en cualquier parte: se vestían igual, generalmente con sobrio conjunto de pollera y blusa que duraba muchos años y se acomodaba en la frontera entre la moda actual y la pasada. Odiaba el empeño en tejer o coser su propia ropa, porque se notaba que no era comprada y apuntaba al ahorro, a la deleznable condición de "amarreta", el término con que criollos y nativos definían al tacaño y que nos endilgaban, con o sin motivo. Y a pesar de eso, yo adopté esos hábitos creativos de ahorro y de cuidado y de reciclado —costumbres a las que el cambio climático está dotando de inesperado prestigio— y sigo practicándolos. Pero a veces, evité que se notaran mucho, para preservarme de una imaginaria crítica.

La administración del dinero y los límites entre el despilfarro y la avaricia constituían, a juicio de los europeos, uno de los hábitos que determinaba el diferente progreso de los nativos y los inmigrantes; y entre éstos y sus hijos criollos, ansiosos de no parecer miserables ni repetir las privaciones de sus padres o caer en el exceso de "no comer huevo para no tirar la cáscara". Exigiría muchas páginas profundizar —desde la vivencia interior de unos y de otros— en esas semejanzas o diferencias, en la audacia, hábitos de trabajo, ahorro y cuidado, no sólo de las cosas sino de bienes más intangibles, como la salud, la reputación, el valor dado al estudio, la solidaridad con paisanos y familiares, el apoyo al progreso de los hijos y lo que se esperaba del Estado. También en los desacuerdos culturales que solían interferir en la armonía de los matrimonios mixtos. Queda el tema en el tintero.

Hasta en el andar reconocía yo a mis paisanos: había descubierto que los campesinos —como los albañiles, los marinos o las mujeres coquetas— tienen un modo distintivo de caminar, de mover el cuerpo y las manos, de pararse, y hasta una cadencia diferente en el hablar. ¿Qué tenía de malo? Que denunciaba su origen y los exponía. Curiosamente, aunque yo no estuviese a su lado y sólo fuese una observadora, sentía rabia y vergüenza por una mofa improbable, que estaba más en mi cabeza que en la del descuidado transeúnte. Tanto y tan hondo calan la agresión y el injusto prejuicio.

Recuerdo el gesto con que mi madre se ponía en la cabeza un pañuelo que había traído de Galicia, de seda negra con estilizadas flores ocres, una prenda que sólo usaban las extranjeras y que, claro, denunciaba que lo eran. Yo admiraba la delicadeza con que ella triangulaba el paño y, tomándolo entre dos dedos, lo calzaba en el justo lugar. Mamá era naturalmente fina y graciosa, y el gesto de ponerse o pano da cabeza, rubricaba su elegancia natural. Hace apenas un par de semanas, viendo la quinta temporada de la serie inglesa *The Crown*, evoqué esa elegancia cuando la reina Isabel II tomó el pañuelo con dos dedos y, con el mismo gesto, lo ató bajo su barbilla. Mi mamá, más allá de las estúpidas burlas, era también una reina.

Sospecho que la instrucción pública argentina, que fue excelente por muchas décadas, produjo un efecto indeseado: los hijos letrados rechazaban los oficios de los padres, por exitosos que hubiesen sido. Y esto parece repetirse en las actuales generaciones de migrantes, casi todos limítrofes. Alguien me señaló que los hijos de los exitosos verduleros y quinteros bolivianos no quieren trabajar de lo mismo. Ni mis hermanos ni yo nos dedicamos a la gastronomía. Y no sería extraño que el rechazo provenga de la exagerada ponderación de unos saberes en detrimento de otros que se identifican con el origen extranjero y pobre. Precisamente, por los años ochenta y tantos, durante un viaje a la Córdoba argentina, advertí cuánto habían ganado en prestigio los oficios ahora ejercidos por argentinos que, ingeniosamente, promocionaban su pan, sus pastas o sus zapatos como productos de mayor calidad por ser, como siempre lo habían sido, artesanales. De vez en cuando me pregunto si mis hijos, profesionales prestigiosos, estresados y mal pagados por el Estado, no tendrían una vida más descansada y económicamente más exitosa si hubiesen elegido carreras menos librescas. Válida o no, esta duda dice mucho.

Detectar las ambivalencias referidas me producía vergüenza y culpa. Ahora me pregunto si algunas problemáticas argentinas, cierto auto odio, fanfarronería y necesidad de hacerse notar, tienen que ver con sentimientos respecto a su ascendencia, indígena o europea del Sur, ambas “inferiores” a la europea del Norte. Sea como fuese, actualmente tales chistes perdieron bastante peso. Creo que por varios motivos: la creación de organismos estatales para evitar la discriminación xenófoba y racista; porque la crisis económica que culminó en 2001 hizo valioso tener un abuelo gallego del que heredar la doble

nacionalidad que permita asentarse en países de la Unión Europea; las leyes biológicas determinaron la desaparición física de la mayoría de nuestros inmigrados y por eso, el estereotipo del gallego perdió carnadura. Pero hay otro motivo: la desmemoria. En el año 2007 viajé a Galicia y conocí a un anciano argentino que había emigrado a España para vivir con su hija casada con un español. Con bastante ligereza, le pregunté si estaba contento. El hombre dijo que no. Dudó un rato y, después de explicarme que la gravísima crisis económica del 2001 le había arrebatado la casa y que cobraba una jubilación que, en euros, era absolutamente miserable, dio otro motivo. "Acá discriminan", dijo. Yo callé para no agregar dolor a su dolor retrucándole que allá, en Buenos Aires, nunca se cansaron de ridiculizar a los gallegos.

En resumen: para un niño, emigrar es, en numerosas ocasiones, un verbo que se conjuga con perder. Un dolor excesivo e inmerecido. Y, encima, si le sumas la descalificación de su cultura, se convierte en un daño psíquico, en un dudar permanente de su valor individual y de su ser colectivo. Y si, además, le toman el pelo o lo despachan con un "gallego de mierda", se llena de ira y rencor. Los que pudieron sortear esa hostilidad —por tener edad suficiente para evitar las heridas o por vivir en barrios mayormente poblados por connacionales o por inmigrantes de otros orígenes con los que hermanarse en el dolor, o por criollos y nativos tolerantes—, pueden contar historias más felices y aceptar con mayor naturalidad la pertenencia a dos culturas. De lo contrario, construir la memoria y la identidad puede ser un trabajo arduo, plagado de contradicciones. No hace mucho, una amiga argentina a la que siempre le parecieron exageradas mis quejas y que suele recurrir al lema de que a todos los extranjeros se los recibió con los brazos abiertos y que no hubo xenofobia, confesó que no le gustaba su nombre "porque todo el mundo se daba cuenta de que era gallega". Mi amiga tardó en comprender lo que yo le señalé y era evidente: ella también había sentido vergüenza de ser reconocida y descalificada por su etnia.

Caigo en la cuenta de que no señalé hacia quién desplacé yo el disgusto contra mis padres por haberme arrancado de Galicia. Hacia los argentinos, claro. Así como mi compañera de escuela vengó la humillación recibida de su madre atacándome brutal e injustamente, yo me empeñé en ver defectos, reales o imaginarios, en los argentinos en general, aunque, en lo particular, tengo tantas y tan excelentes

amistades queridísimas. Me vengué por partida doble: de mis padres y de la crueldad criolla para ridiculizarnos. Hace años, por su imprudencia al cruzar la avenida, donde yo tenía mi propio negocio, el hijo —porteño— de los almaceneros gallegos fue atropellado; por suerte, sin gravedad. Sabíamos que había ocurrido el accidente, pero no quién lo había sufrido. Una clienta trajo la noticia: "El gallego", anunció, sin disimular la sonrisa. Nunca entendí qué le resultaba tan gracioso. Pero escribir sobre estas discriminaciones me permitió ir elaborando, lenta y trabajosamente, el inevitable rencor. Algunos inmigrantes vivieron una adaptación sin incidentes, o pertenecían a grupos prestigiosos, o prefirieron olvidar, callar o idealizar, de cara a los nietos. Yo prefiero ver la complejidad de la vida y de los vínculos humanos y comprender. A los unos y a los otros.

Hay otros elementos poco señalados que completan la identidad y ayudan al arraigo. A sesenta y nueve años de mi emigración, sigo sintiéndome extranjera en la hermosa ciudad de Buenos Aires. Pero cuando me alejo del cemento y respiro la magnificencia de la pampa o de la montaña, entonces sí, siento que pertenezco. Me siento feliz, como si la emigración no hubiera existido o como si el paisaje y el cielo pampeano fuesen una continuación de mi Marrozos. Al fin piso el suelo de mi patria.

En 2019 viajé a Galicia, y mis primas me lo dijeron clarito: no había oportunidades en la Galicia rural de la posguerra y, a los dieciocho años, todas "eligieron" marcharse a Londres, no a estudiar en la Universidad, como yo sí pude hacerlo en Buenos Aires, ni a trabajar en confortables oficinas, sino de limpiadoras o mucamas. Ellas, como tantos argentinos, tampoco entendían mi queja. Mucho menos, entendían que algunos progresos o títulos no siempre agregan felicidad. Yo trataba de explicarles que la diferencia fundamental entre su emigración con posterior retorno y mi emigración sin retorno había sido la posibilidad de "decidir" el propio destino y asumir la responsabilidad de esa elección. Pero la vida da extrañas compensaciones: si bien no pude "elegir" emigrar, sí pude elegir no volver: ¿cómo arrojar por la borda todo lo logrado para empezar de nuevo, tan lejos y con hijos que pertenecen al nuevo país y exponerlos al desarraigo?

Y de eso no me arrepiento. Por eso, sigo siendo una gallega emigrada.

María Eugenia Jordán Muñoz

VENEZUELA CONTIGO 1960. UNA VIDA PARTIDA EN DOS

(Venezuela)

¨Querida hija, emigrar es una vivencia dolorosa que ojalá nunca tengas que vivir. Para el emigrante la vida se parte en dos. Cuando estaba en Venezuela, añoraba volver a Zaragoza y ahora que estoy aquí, mi corazón no hace sino anhelar la calidez de Maracaibo y su gente. La vida del emigrante tiene eso y más.

Tu Papá".

Esa es una de las frases que mi padre me repetía muchas veces cuando nos llamábamos por teléfono. Él había regresado en el año 2000 a España para reinstalarse de nuevo aquí, después de divorciarse de mi madre y volver a casarse. Solíamos llamarnos una vez al mes o cuando el tiempo de ambos lo permitiera.

Papá y su madre. 1960.

La comunicación para los hijos de inmigrantes suele transcurrir así. Entre cartas que duran meses en llegar y en llamadas esporádicas cuando los horarios lo permiten. Nos toca aprender a aceptar la distancia que nos separa de nuestros seres queridos. Aprendemos con el tiempo a desear los encuentros y retrasar las despedidas. De una manera u otra, la vida de los migrantes

Colonia Buena Vista. Maracaibo. 1961.

empieza a estar "repartida en dos continentes¨. Así vamos aprendiendo desde muy pequeños otras maneras de ver y entender la vida.

Travesía al Nuevo Mundo. Así fue como empezó esta historia, al poco tiempo de cumplir mi padre su mayoría de edad, zarpó junto a su madre María Joaquina, por barco, rumbo a Venezuela. Era hijo único y emigró junto a su viuda madre, mi abuela, a esa nueva tierra que les prometía un país en calma y en plena bonanza petrolera.

El viaje por mar les tomaría unos veintiocho días. En ese barco, que partió de las Islas Canarias, viajaron junto a otros migrantes, con baúles cargados de ropa, enseres, muebles, lámparas, manteles, música, fotos y recuerdos. Mi yaya, como mujer previsiva de tiempos de guerra, llevaba además consigo su emprendimiento. Montaría, apenas pudiera, su gabinete de belleza. Creo que no tenían ni idea del país con que iban a encontrarse. De sus costumbres, maneras, comidas, gentilicio. Ni de la gran aventura que estaban por comenzar. Se aproximaban a un nuevo mundo por descubrir: el continente americano...

A su llegada les esperaba el húmedo puerto de la Guaira para trasladarse por tierra hasta la aún más cálida Maracaibo. Allí los esperaría el hermano mayor de mi yaya, Jesús M. quien se había hecho de un buen empleo en la plantilla de PRECOMPRIMIDOS, empresa que levantaría la construcción del Puente General Rafael Urdaneta, el puente de siete kilómetros más largo de concreto armado hecho hasta el momento.

Muy pronto se instalaron en Maracaibo (la ciudad petrolera por excelencia y la segunda más importante de Venezuela), primero vivieron en los campos de La Concepción, junto a algunos balancines petroleros, pero a los pocos meses se reubicarían en la zona de Lago, más cerca de la bulliciosa y creciente ciudad, donde mi yaya pronto instaló su negocio.

Ella se diplomó en Barcelona como esteticista antes de partir, así que, al poco tiempo de llegar, empezó junto a una peluquera española que trabajaba en un reconocido hotel. Sus conocimientos de belleza y su nivel cultural le fueron abriendo las puertas a los rostros de las damas de Maracaibo.

Aeropuerto de Maracaibo.

Cuando mi padre llegó a Maracaibo las calles eran aún de tierra y le decían “el musiu”, palabra que describe a ese mozo que va muy bien vestido y con zapatos lustrosos. Me imagino que lucía como fuera de tono en medio de aquel gentío. No solía ser común ir tan empaquetado en una ciudad en la que la mayoría iba con los pies al aire o a lo sumo con unas sandalias o cotizas. Y de seguro que los rasgos tan europeos de mi padre destacaban entre la raza autóctona de los guajiros, que son la etnia nativa. Digamos que tenía un estilo muy formal e impecable, que chocaba con el ambiente tan folclórico y colorido presente en la tierra del sol amada. Además de tener la piel muy blanca, en contraste con los tonos más tostados de la gente marabina. Todo un personaje que de seguro se hacía notar.

Y llegó el amor a su puerta. En un viaje en autobús a la ciudad de Caracas, mis padres se conocieron. Se enamoró de mi madre Ovi, una hermosa mujer de los Andes venezolanos, enfermera de profesión, con la que fundaría JORDAN PERFUMERIA y una nueva familia. Así comenzaba esa nueva relación venezolana-español. Las raíces se empezaban a gestar.

Había que generar dinero. Empezó a trabajar en una organización de Jesuitas llamada “Fe y Alegría¨, para luego pasar a llevar la contabilidad de la empresa norteamericana COCA-COLA. Pronto nacería yo, así que había que ganar PLATA. Y eso era lo que traía mi papá a casa cada

Moneda de plata de los primeros salarios de mi padre. 1960.

Monedas de plata de mi padre.

vez que cobraba, pues en aquel entonces, el salario lo pagaban en efectivo con monedas de plata, lo que se conoce como FUERTE (moneda de cinco Bolívares en Plata de novecientos sesenta gramos). Una demostración más de la riqueza que fluía por esa tierra de gracia. Todavía hoy conservo conmigo alguna de esas valiosas monedas.

Y así se fue gestando esa fusión español-Venezuela, ese encuentro de razas. De culturas. Así crecí en los brazos de mi yaya Joaquina, quien me fue instruyendo acerca de las costumbres de aquí, como la de comer conejo con tomate, sesos, caracoles y los camarones o "gambas", que se volvieron uno de mis favoritos y que a la gente de Maracaibo parecían no gustarles en absoluto. Recuerdo que pasaba todas las semanas un señor con una carretilla gritando: "llegó el Camarón", y le compraban dos-tres kilos por muy poco dinero.

La hora de la comida siempre iba acompañada de alguna lectura interesante, como las historias de Marco Polo en su camino por la Ruta de la Seda. Conversaciones animadas donde se comentaba cómo íbamos en nuestras clases y deberes. También algún aprendizaje o curiosidad era un buen tema. La sobremesa, el café con pasteles. Eran costumbres españolas. Como los churros con chocolate en mi Primera Comunión. En mi casa, mi madre siempre nos acostumbró al paladar mediterráneo, a las ensaladas con aceitunas, al aceite de oliva El Gallo, los espárragos, el pan en la mesa, que no podía faltar (a diferencia de la arepa, que es lo común) y la tortilla española, siempre presente en nuestras salidas de excursión.

Los domingos transcurrían bajo un árbol de limones y un patio lleno de abundantes mangos, se ponía el tocadiscos para escuchar la Jota aragonesa y la música llanera de Simón Díaz. Era común ver a mi papá moviendo la cintura al son de la Billo's Caracas Boys: "se va el caimán, se va el caimán, se va para Barranquilla", y a mi yaya sacando algunas sábanas blancas, todas bordadas, para airearlas al sol. Crecí

Mónica con su mamá, tía Luisa y tío Jesús.

Maracaibo. Puente.

escuchando la Historia y Geografía de Venezuela de sus labios, así como las aventuras de Don Quijote de La Mancha y las ocurrencias de Quevedo y su pícaro Buscón. Creo que aporta mucha riqueza crecer con padres de diversas tierras. Siempre he tenido como esa doble visión, poder ver y observar la realidad que acontece desde otras perspectivas.

Cuando salíamos de viaje por carretera, siempre nos hacía notar la fecundidad de esa tierra, le maravillaba ver cómo crecían de manera espontánea los brotes de maíz o los árboles de aguacate, sin que nadie los sembrara. El amarillo intenso de los árboles de Araguaney, que nos llenaban a todos el alma. Los verdores inigualables de aquellas montañas, llenas de vida, con una vegetación exuberante. Era normal toparse en la carretera con vendedores informales de animales como: iguanas enormes, armadillos, tortugas morrocoy,

los loritos “carita sucia” y hasta algún monito que podías comprar para llevarlo a casa.

Regresábamos con la maleta del carro (coche), llena de pan dulce de los Andes, piñas de Valera, papas, cebollas y demás hortalizas fresquitas y cultivadas por sus propios dueños. Hasta algún queso fresco también. Para rematar, antes de cruzar el puente, nos parábamos a tomar agua de coco fresquita, en su propia concha. Tomada a orillas de la carretera, en un kiosco improvisado pero lleno de magia. Así, con ojos de maravilla, imagino que vería todo aquel paisaje el migrante de mi papá.

La cercanía de la playa LAGO MAR BEACH, a pocos minutos de donde vivíamos, hacía las delicias de mi yaya, de mi padre, mi madre y mía también. Allí, bajo las palmeras, a orillas del Lago de Maracaibo, tomábamos el sol. Sentíamos la arena y la brisa. Estando ahora en Zaragoza, con su clima de invierno, puedo sentir la alegría que tendrían de disfrutar del verano todo el año.

Maracaibo es muy particular en su gastronomía. Recuerdo que a mi padre y mi yaya les encantaba un puesto de pescado frito que se llamaba “CABEZA DE TORO”, quedaba en las afueras de la ciudad, justo en la alcabala de Puerto Caballo. Era un lugar muy típico, te servían lisa frita que pescaban allí mismo en el lago, podías ver a los pescadores tirar sus redes, eran unos peces enormes, que los freían y quedaban tostaditos. Te pedías un par de lisas por persona, un servicio de yuca (un tubérculo muy sabroso para acompañar el pescado frito), unas huevas fritas, limón para echarle un chorrito al pescado y guardar un trozo para limpiarte las manos al terminar, pues todo se comía con las manos. No servían cubiertos. Los platos eran de metal, un material llamado *peltre* que trae figuras de colores. Las mesas y sillas de madera rústica. Era todo al aire libre, pero era genial. Para el postre solían pasar las mujeres guajiras, todas ataviadas con sus coloridas mantas y sus bandejas montadas en la cabeza, llenas de cocadas con panela. Son las mejores que he probado en mi vida. O si lo preferías, podías cerrar con una conserva de guayaba envuelta en hoja de plátano

Mi abuela y su cuñada. Maracaibo Playa. 1962.

¡EXQUISITA! ¡Ah! y al final, tirábamos, cual pecera, los restos de pescado a los peces "sapos", que nadaban justo en el canal que teníamos al frente. Era una experiencia sabrosa y divertida, llena de sencillez, pero con mucha riqueza sensorial. Como guinda, ese almuerzo tenía una vista al Lago de Maracaibo de ciento ochenta grados. Un paisaje caribeño único.

Seguro que fue un shock para mi padre y mi abuela ir asimilando con alegría esa otra forma de vivir. Todo ese clima, esos intensos colores. Todo más libre. Más espontáneo. Gente más cálida. Gente de sonrisa y trato amable. Con el espíritu a flor de labios de poder resolver cualquier contratiempo. Así somos los venezolanos.

Viajar por carretera y explorar toda esa naturaleza salvaje era una de las delicias de mi padre, así que era frecuente que los fines de semana fuéramos a recoger conchas de CHIPI-CHIPI en la Playa de Caimare Chico para preparar una buena sopa o tomar rumbo a las montañas para ver la nieve en el Pico del Águila (uno de los picos más altos de Venezuela, con nieve en el mes de agosto). Todo eso a menos de tres horas de distancia. Con carreteras cómodas y la gasolina muy barata. Eran los tiempos del boom petrolero, cuando era un paraíso.

Compartiendo un almuerzo en familia en Cabeza de Toro. Maracaibo.

Mi padre y mi abuela junto a su bisnieto. Maracaibo.

Fanática del fútbol. Para mis amigos era común jugar al béisbol o al menos tener algún partido favorito, como las Águilas del Zulia, el equipo del Zulia, pero la verdad que yo sólo tenía espacio para el futbol y los mundiales eran amarillos y rojos por España. Así que papá se hizo miembro del Club Gallego de Maracaibo, para que mis hermanos corrieran por una cancha de verdad y diéramos algunas patadas a la portería.

Las Navidades eran al estilo español-venezolano. En la mesa abundaban los turrones, las nueces y algún estofado. Fue ya de grandes, que empezamos a comer las hallacas, que son las reinas de la tradición venezolana. Recuerdo que mi mamá compraba un árbol de pino canadiense. Y mi yaya nos llevó un belén español.

"Dile al que te diga que no duelen las despedidas que se despida".

Esta frase siempre me la repetía mi padre cuando nos tocaba despedirnos. Y claro que duele. Duele no saber cuánto tiempo pasará para volvernos a ver, a abrazar, a contarnos cómo estamos. Hasta hace poco, no teníamos las videollamadas y sólo podíamos escucharnos.

Con mi yaya aprendí a escribir cartas. A llenar un destinatario y un remitente. A contarle cómo iban transcurriendo mis días hasta que ella volviera a visitarnos, que por lo general era una vez al año. Era un gran acontecimiento ir a recibir a mi yaya cuando llegaba al aeropuerto La Chinita. Aparecía con una maleta enorme en la que nos traía juguetes, las famosas muñecas "Barriguitas" con sus trajecitos tejidos, ropa con tejidos españoles, mi primer traje de baturra con su mantón de manila, sus medias, alpargatas, falda y hasta pendientes. También nos traía frutas de Aragón, piedras de río y hasta algún salchichón de contrabando. Mi mundo se ensanchaba con todo eso que traía, junto a sus historias.

Ella me enseñó el amor por las artes, la Literatura, los teatros. Con ella conocí a Goya, me enseñó a apreciar una obra, a detenerme, a observar la arquitectura de un gótico y un barroco. A leer y amar la cultura española. A saborear un buen jamón de pata negra. Disfrutar unos melocotones de Calanda en verano. Pasear en bicicleta por el Parque Grande y la delicia de caminar para descubrir una ciudad. Mi yaya Joaquina, como mujer viajera, inteligente y curiosa, me dejó un gran legado.

En nuestras largas caminatas, solía contarme las historias de hambre que pasó junto a su familia durante la guerra en España. Tenía una deliciosa habilidad para reírse de sus penurias. Recuerdo una en especial, de cuando su hermano regresó de la guerra con un amigo y en casa de su madre (mi bisabuela), no tenía carne que ofrecerle. Así que, cuando mi yaya regresa de trabajar, echa en falta al minino que tenían. Lo llama y el minino no aparece. Así que, cuando mi abuela ve que su madre sirve un estofado con patatas, enseguida se dio cuenta de dónde estaba el gato.

O también aquella de que, como comían tanta carne de caballo, su hermano le decía que cuando veía a una yegua relinchaba. Eran tiempos duros, que había que sobrellevar con algo de humor y creatividad.

Tanto mi padre como mi abuela tuvieron el coraje de abrirse paso en un nuevo país. Pero mi yaya es mi mejor ejemplo de Reinvención como inmigrante.

Ahora me toca a mí, a mis hermanos y a mis hijos crear una nueva historia. Esta vez, como españoles retornados. Son otros tiempos, con sus particularidades. Valorando todo lo aprendido de esta cultura española, que me es cercana y familiar. Espero poder cultivar ese amor por nuestras costumbres venezolanas y por la memoria de quienes somos. Una nueva vida que renace de sus raíces.

Tanto mi padre como mi abuela tuvieron el coraje de abrirse paso en un nuevo país. Pero mi yaya es mi mejor ejemplo de Reinvención como inmigrante. Gracias España por ser esa Casa Grande que nos recibe.

Mónica Jordán Muñoz

…QUEMAR LAS NAVES

(Venezuela)

Naves llenas de recuerdos y trozos de vida, que sólo el corazón del novel inmigrante logra transformar en coraje para partir.

Era el otoño del 2016 cuando visité a mi padre en España, y él, en un mandato de amor desesperado, me repetía sin cesar: "...hija, no tiene ningún sentido que sigas allí, debes quemar las naves cuanto antes y salir". La metáfora de la partida alimentaba mi fantasía y hacía que la sangre se me helara de sólo pensarlo. Era como un mal sueño aún borroso que no quería ver. Sólo un año más tarde lograría reconocer que el fuego del adiós reduce todo a cenizas, para no tener que volver. Esa Venezuela que tanto amábamos los dos se desdibujaba en el horizonte.

Luego de mucho miedo y de abundantes reflexiones, logré darle forma a nuestra oportuna salida. Hoy no sabes cuánto te lo agradezco papá.

En ese momento la amenaza de un sistema disfrazado de democracia teñía de rojo, aún más, cada segundo. La palabra crisis adquiría un color cada vez con más matices, capaces de cubrir cualquier espacio de vida. Esa casa grande llamada patria se transfiguraba poco a poco, y amenazaba con devorarnos a cada uno de nosotros si no salíamos pronto de allí. Todo cambiaba aceleradamente. Lo que hasta ese momento había sido nuestro hogar, nuestra tierra, no tenía ya nada que ofrecernos. Ni siquiera el alimento para sostenernos en pie. Mi cabeza no hacía sino dar vueltas y más vueltas. Y mi corazón también. Tomar la decisión no era un asunto fácil.

A mis cincuenta y dos años, dejar mi casa, mis amigas, mi familia, todo aquello conocido y que me constituía como mujer. Como persona. Como ser humano. Removía mi fibra más íntima. Duelo. Nostalgia. Era como si dos fuerzas antagónicas tiraran en direcciones opuestas, para romperme en mil pedazos. Por un lado, la inquietante "parálisis homicida" y por otro la prometedora "esperanza de vida". La oferta de emprender una aventura desconocida en la que un "pasaporte español" nos garantizaba la entrada a un país en calma, era el mejor boleto que de seguro podría pagar en mucho tiempo. No podía ni debía pensarlo más.

Pronto debía zarpar y dejarlo todo atrás:

> *Decir adiós a mis raíces.*
>
> *A esa raza del Caribe que me constituye en lo que soy.*
>
> *A ese pedazo de tierra bañado por el sol en la que aprendí a dar mis primeros pasos, a caminar, a jugar, a conocer el valor de la amistad y de la palabra familia. Allí, donde me atreví a amar sin barreras, para convertirme en madre de Julio César y Cristina Paola.*
>
> *Atrás quedaría ese lugar llamado Maracaibo, donde me despedí por última vez de mi madre.*

Todo eso debía dejarlo a un lado. Las tormentas y las nubes negras que amenazaban nuestras vidas se hacían cada vez más fuertes.

Una llamada telefónica de mi ex-esposo, Julio César, desde Santiago de Chile, disparaba una vez más las alarmas, él me pedía que saliera cuanto antes del país con nuestros hijos. Que, por favor, no mirara para atrás y nos pusiéramos a salvo.

Por su parte, mi padre nos decía que si no salíamos pronto quedaríamos atrapados como en una "ratonera".

La partida era inminente, portar la nacionalidad española nos permitía navegar hacia una vida más tranquila. Esa sensación me infundía valor, pero a la vez me invadía un miedo terrible a lo desconocido. A los nuevos comienzos, una vez más. Hacía análisis, proyecciones y al

rato todo perdía su forma. Reconocía que, una vez más, la vida me colocaba ante algo nuevo. En el que debía abrazarlo con el mejor espíritu. En el fondo sentía que, de alguna manera, sin saberlo, me había venido preparando para este momento.

21 SEP 2017 ▸ 30 OCT 2017
PREPARED FOR:
JORDAN/ARMANDO MR
JORDAN/MARIA EUGENIA MRS
JORDAN/CARLOS JAVIER MR
RODRIGUEZ/JULIO CESAR MR
RODRIGUEZ/CRISTINA MR
REA/MARIA LETICIA MRS
RESERVATION CODE
AIRLINE RESERVATION CODE
DEPARTURE: THURSDAY 21 SEP ▸ ARRIVAL: FRIDAY 22 SEP
IBERIA
IB 6346
PTY
PANAMA CITY PA, PANAMA
MAD
MADRID, SPAIN
Departing At:
5:05pm
(Thu, Sep 21)
Arriving At:
10:10am
(Fri, Sep 22)
Terminal:
Not Available
Terminal:
TERMINAL 4S
Meals:
Lunch, Snack
Check-In Required
Check-In Required
Check-In Required
Check-In Required

Boarding Pass de salida Maracaibo-Madrid. Septiembre 2017.

Debía decir adiós y me dolía en el alma. Dejar mi hogar, mi cama. Mis recuerdos. Mis vecinos. Todo ese mundo cotidiano que me resultaba un tesoro grande e intangible: como el vendedor ambulante de limones o la sonrisa del tanqueador de gasolina. Como testigo silente, me fui despidiendo, poco a poco, de cada uno de ellos. De mis tías abuelas, esas viejitas a las que me gusta visitar y llevar tequeños los domingos. Esas mujeres ancianas y fuertes que me dan valor para seguir y asegurar una mejor vida para los míos. Todo eso que me resultaba familiar ya no iba a estar.

Es muy triste escribir todo esto. Sólo la memoria me permite revivirlo. Nada de eso cabe en una maleta. Son "vivencias resguardadas" en un rincón sagrado de mi corazón.

> *Qué dura es la partida. Y qué dura es también la llegada. Es como morir de una forma para nacer de otra.*

El movimiento migratorio tiene eso y más, te hace desprenderte de tus raíces psíquicas. Tus pies, que reconocen y palpan esa tierra cercana, necesitan ahora despegar y aventurarse en otras pisadas. Es un dolor difícil de explicar y que sólo el tiempo logra poco a poco alivianar.

La salida. Fue un veintiuno de septiembre de 2017, a las dos de la madrugada, cuando, junto con mis hijos, cerré la puerta de mi piso e intenté agradecer y despedirme de ese hogar, que hasta ese momento nos había protegido. El tiempo en esos instantes cobra una dimensión extraña. Las emociones van y vienen como un big-bang. Y de repente, aparece esa invitada inesperada: La incertidumbre, mezclada con la ansiedad, el dolor y la tristeza. Todo un cóctel de

Esperando nuestro vuelo a Madrid. 2017.

despedida. Sin dejar de estar alerta ante las amenazas que supone tener que abandonar y traspasar las fronteras en el conflictivo territorio venezolano. Entre nervios, agotamiento e ilusión, despegamos seis almas del aeropuerto de La Chinita.

Y de repente esa otra orilla, Zaragoza.

Con su carácter y tozudez. Sus atardeceres. Su río Ebro. Y su sorpresivo "cierzo". Arrebatador viento con el que he decidido reconciliarme desde que llegué. Con él, respiro a trompicones y lo siento como niño juguetón que me despeina y empuja para seguir adelante. Y que hasta extraño cuando no aparece, pues sus susurros y cantos me hacen volar en sus brazos hacia ese país tricolor de donde provengo e imaginarlo en paz.

El reino de Aragón y su hermosa capital nos han abierto sus brazos. Su arquitectura mudéjar se va imprimiendo en mis retinas a manera de tatuaje amoroso. Me has enseñado a viajar en el tiempo y sentir a los batallones de la Guerra de los Sitios e imaginar cómo sería la vida cuando te habitaban los romanos. Cada bloque, cada baldosa que camino y contemplo, me hace sentirte de una manera única Zaragoza. Y poco a poco irme volviendo "mañica".

Mi alma romántica se deja envolver por toda tu magia cada vez que cruzo por tus variopintos puentes, como el de Piedra, escoltado por sus imponentes leones, o el de Santiago, al que atraviesan cientos de turistas cada día. Es imposible no llenarme de toda esa energía bonita que despides. Un capítulo especial merece tu Virgen del Pilar. Todavía recuerdo la primera vez que, de la mano de mi abuela a mis nueve años, besé ese trozo de mármol rosa. Quedaría grabado para siempre como una forma de respeto y profunda fe.

Y así voy sintiendo una especie de bautizo que me arrulla al escuchar las voces de tu gente. Los cantos de tus jotas. Los tambores de tus cofradías. Me deslizo como niña divertida por tus callecitas del "Tubo". Y mis pies hacen una fiesta con el crujir de tus hojas de otoño. Poco a poco comienzo a fundirme con tu esencia y me permito renacer. Son como dos orillas que se encuentran e intentan juntarse dentro de mí.

Y es que, cuando emigras, adquieres una nueva identidad más allá del documento impreso. Ahora soy ciudadana europea. Tengo DNI. Nuevas cuentas bancarias. Nueva tarjeta para tomar el bus y también el tranvía. Nuevas estaciones. Nueva ropa. Nueva forma de comer. Nuevos horarios para todo. Nueva moneda. Nuevas formas de disfrutar. Nuevos códigos lingüísticos. Nuevas tradiciones. Nuevas rutinas. Y poco a poco también nuevos amig@s.

Los rostros también son otros. Las risas también. Aunque somos los mismos, las cosas son de otra forma. Es toda una nueva organización. Es como venir del caos a un nuevo orden de vida.

Y de repente hoy, a un año de nuestra estrepitosa llegada, puedo abrazar esta nueva oportunidad. Y es que vivir la inmigración debe ser como cuando sabes que te vas de este plano. Y empiezas a valorar esas pequeñas grandes cosas que te rodean. Atrás quedaron mis visitas al mercado central de Las Pulgas. Allí, donde tantas veces acudí con mi madre a conocer nuestras curvinas, lisas y ese queso de año que hace únicas las recetas y sazón zuliana. El vendedor de cambures (bananas), aguacates y limones. La pureza y frescura roza con lo folklórico de lo que somos. Todo eso lo llevo conmigo.

Aún recuerdo uno de mis últimos recorridos en el que me deleité con las mujeres goajiras (wayuu), indígenas tejedoras que hilan sin cesar bolsos y tapices. Ellas, sin saberlo, me han enseñado el arte de la paciencia. De desafiar la creación. Cuántas veces acudí allí para soñar y perderme en sus múltiples colores. En tu callejón de los pobres absorbí los secretos del comercio genuino y frontal, en el que tus marchantes, sobre una mesa, improvisaban frases contundentes para, en medio de la algarabía, vender hasta la última prenda.

Hoy, a pesar del dolor y de que pareciera que hasta pierdes tus colores ante tanta destrucción que te avasalla, en mi mente y corazón sigues intacta, mi bella Maracaibo. Y es que los recuerdos y la ilusión tienen eso. En tus calles me hice niña, joven y mujer. Por tus territorios aprendí a transitar cómo era el mundo.

Pasaporte venezolano con el sello de salida.

A imaginar.

Me cuesta arrancarte de mi corazón Venezuela.
Tú eres parte invisible de quien soy.
Me hiciste persona y más aún ser humano.
Me enseñaste a sonreír. A disfrutar de lo poco y de lo mucho.
A aceptar las pérdidas. Y también los cambios.
A emprender. A ser resiliente y creativa.
A sentir al otro. A ser solidaria. A mirar las estrellas.
A inventar. A crear con poquito, mucho.
A sentir al vecino como un hermano.
A compartir un cafecito recién "colao".

Siempre me lo dices papá, que la riqueza más grande que tiene Venezuela no es su petróleo, ni su oro. La riqueza más grande es su gente. De sonrisa abierta y corazón cercano. Esa gente que tiene la palabra ayuda a "flor de piel".

Hoy estoy lejos, muy lejos. Y sin embargo puedo sentirte cerca. Percibir tu aroma. El olor de tu brisa marabina es un perfume que siempre estará en mis poros.

Tu Lago de Maracaibo, al que tantas veces contemplé en busca de serenidad y también de inspiración. Ver la silueta de los barcos petroleros surcar sobre tus aguas era una fiesta para mí. Hasta me gustaba visitar en mis caminatas a una familia de pequeños búhos de tierra que avizoraba de vez en cuando en sus nidos.

¡Cuánta magia! Cuánta fauna salvaje e indómita. Cuánta belleza persistente.

La codicia del poder desmedido nos ha arrebatado todo eso que es nuestro. El peligro. La desesperación. Nos ha hecho salir casi sin decir adiós. Nos sentimos expulsados de todo lo que nos era conocido. De ese hogar grande en el que se constituye el lugar donde naces y

te crías. La partida se vuelve una carrera contra el tiempo al tener que soltar tantos nudos. Tantos amarres. Poco a poco te vas liberando del peso de tantos amores para poder zarpar.

Es duro. Muy duro. Indescifrable. Y hasta inhumano. De sólo recordarlo vuelven a resbalar las lágrimas por mis mejillas. Hay que hacer acopio de mucha fortaleza interna. De un profundo amor y renuncia a la vez. Es muy triste escribir todo esto.

El movimiento migratorio te hace arrancar tus raíces psíquicas. Tus pies que ya conocen y palpan esa tierra conocida, deben despegar y asentarse ahora sobre un nuevo territorio. Es un dolor difícil de explicar y que sólo el tiempo logra alivianar. Poco a poco me despojo de esa piel con la que llegué para asumir la nueva.

Intento fundirme en la experiencia y dejarme flotar. ¿LIBERTAD?

Como diría el sabio Moisés, la Tierra Prometida, España, nos esperaba como un refugio seguro para volver a comenzar. Gracias papá. Gracias ancestros. Gracias abuela, por sentir el arrebato de querer cruzar también, en medio de la crisis española, el vasto océano para aterrizar en la cálida tierra zuliana. Por ti hoy podemos estar aquí. Por ti, mujer aragonesa, que, en tu desesperación, un día te llevaste a tu hijo, mi padre, contigo.

Ahora, cada vez más, siento la fuerza de tu legado. De tus enseñanzas. De todo ese amor que fuiste gestando en mí hacia esta España del arte, de Cervantes, de Goya, de teatro, música de zarzuelas y también de jotas. Poco a poco fuiste sembrando los colores de esta otra patria que también me habita. Nada es casual. Mis células han recorrido el viaje de ida y vuelta una y otra vez.

Las fronteras se desdibujan. Las orillas se acercan.

Las naves ya no harán falta si algún día hay que volver.

Paula Cristina Lobón Fernández

CON DESTINO A CUBA

(Cuba)

Nunca conocí al abuelo, murió cuando mi madre tenía cuatro años, así como lo ves en la primera foto, así le conocí. Tuve la dicha de compartir y vivir muchos años con la abuela, por la que supimos de él, de su gran amor, de las tristezas.

No tengo el don de la escritura, pero al conocer del concurso he decidido contar las historias que escuché de la vida del abuelo. Son también la historia de la familia, de Cuba y de España.

Abuelo nació el 8 de septiembre de 1883 a las siete de la mañana y fue inscrito por sus padres, Domingo Antonio Fernández Méndez y Georgina Quiroga García, el día 11 de septiembre de 1883 a las seis de la mañana, por el Juez municipal Figueraz Montoro, del Registro Civil de Pantón, Lugo, con el nombre de: Antonio Domingo Fernández Quiroga, número de registro 228.

De los documentos guardados por la familia no se puede precisar en qué año llegó el abuelo Antonio a Cuba, solo que se estableció en el Barrio Mateo Sánchez de un pueblo llamado Mayarí, en la entonces Provincia de Oriente (hoy Holguín), como comerciante con instrucción, que nunca se naturalizó cubano, y que contrajo matrimonio con abuela, Paula Elidia Cortés y Zaldívar, de familia acomodada, el día 31 de octubre, a las nueve de la noche, abuelo tenía treinta y ocho años, abuela solo diecisiete.

De esa unión nacieron cinco hijos: Anuncia, (el nombre se debió a la hermana más querida que quedó en España y quien nos contó

abuela, se suicidó por motivos relacionados con un nuevo matrimonio de su madre), luego Antonio, Gladys de la Caridad y Ana Teresa, mi madre, que aún no había nacido en la única foto que conservamos del abuelo junto a sus hijos. Hubo otro hijo que murió a los seis meses de nacido. Vino "cerrado", como nos diría abuela y no fue posible curarle en aquella época, en Mayarí.

Abuela Paula, que para nosotros fue como un ángel, de esas personas a las que la vida depara grandes cuotas de dolor, pero no dejan de entregar todo el bien posible, siempre nos contaba de su gran amor por el abuelo. Aún a sus ochenta años, aquellos ojos se llenaban de lágrimas al recordarle. Quizás por esto no fueron tantas las memorias que nos pudo compartir. No volvió a casarse luego de enviudar, abuelo la acompañó hasta su último día.

Abuela tenía la gracia de la cartomancia. Incontables personas desfilaban por casa para consultarse. Muchos salían complacidos, pero recuerdo sobre todo a quienes las cartas traían infortunio. Recuerdo el semblante de una señora que llegó angustiada. Abuela le advirtió de un peligro para su hija, le aconsejó que la cuidara, pasados unos días, la joven decidió por su vida. Abuela sufrió tanto aquello que dejó de consultar, pero enfermó. Solía ocurrirle cuando intentaba renunciar a su gracia, nos decía.

A sus setenta años tuvimos que operarla de cataratas en su único ojo con visión. El otro lo había perdido a los dos años, nos contaba que por caminar entretenida con una taza de cristal. Era devota de San Lázaro y sin cumplir aún el tiempo prescrito por el doctor después de la cirugía, en vísperas del 17 de diciembre (día del santo), nos pidió que quitáramos la venda de su ojo para ver el altar que nos habíamos encargado prepararle. "El viejo me acompaña", nos dijo, "ahí está él" y fue describiendo cada detalle de las ofrendas.

Con su corta visión y poca habilidad para la caligrafía, escribía semanalmente a su hija mayor, la tía Anuncia, que había marchado a los Estados Unidos de América antes de 1959 y a la que no pudo volver a ver hasta 1980, luego de veinte años, cuando se permitió la entrada de la comunidad cubana exiliada al país. Fue tanta su emoción el día del reencuentro, que perdió la voz. Solo una semana después pudo hablarle a su hija. Nunca olvido que siempre vistió de medio luto por el abuelo, la recuerdo con colores grises, violeta claro, blanco, negro

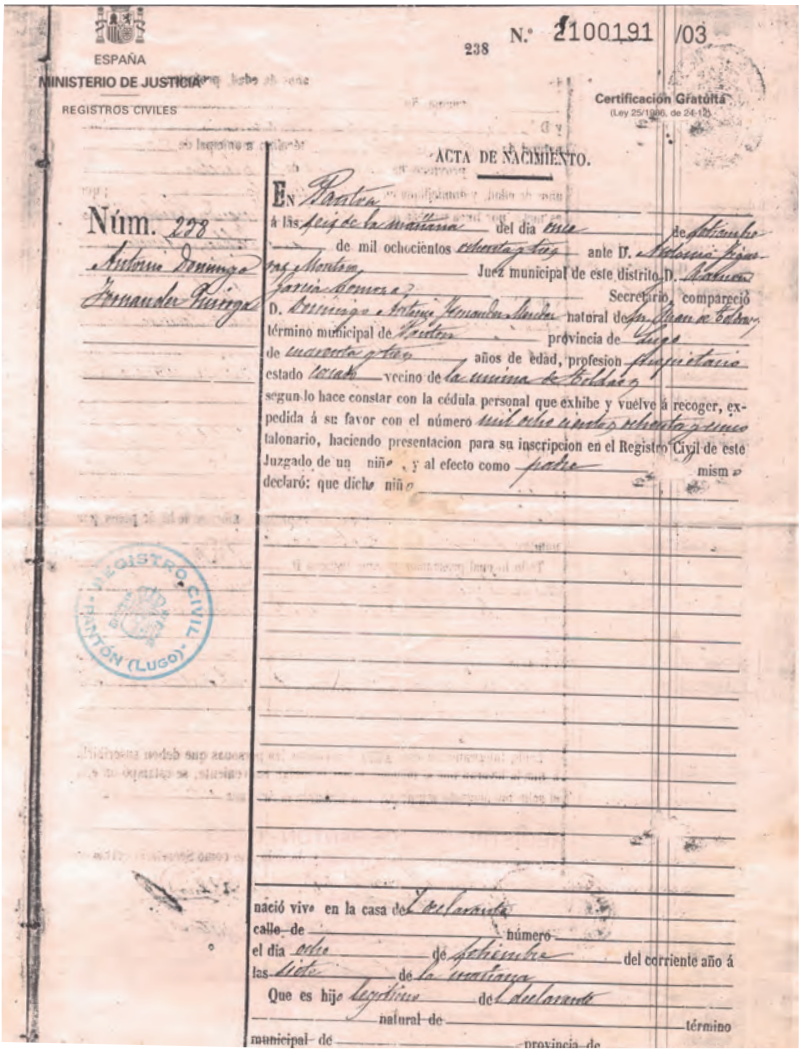
combinado con blanco, ningún otro. Pero volvamos al motivo de este relato.

Luego de asentarse y trabajar hasta el cansancio, logra el abuelo Antonio establecer negocios de tiendas (varias bodegas), al lado de la casa de la familia y cuando parecía que la vida sonreía, enfermó. Nunca supo Abuela Paula explicarnos qué padeció exactamente. Su frase para definirlo era que el abuelo "se había enfermado de la razón" y nos contaba que en el clímax de su enfermedad colocaba en el suelo todos los vasos y recipientes de la casa e iba dejando en cada uno un poquito de su orina. Su locura lo llevó también a lanzar por la letrina todo el dinero ahorrado con tanto y tan duro trabajo, las prendas de la abuela que, recordaba mi madre, eran numerosas. Mami recuerda, cómo abuela, cuando se percataba o podía, rescataba los bienes desechados y la angustia con que velaba los delirios de abuelo para evitar sus desmanes.

Así se perdió prácticamente toda la pequeña fortuna que había logrado conseguir. Mi madre tiene el recuerdo, que la lastima mucho, de verle a menudo tendido en una comadrita (sillón de mimbre para el descanso) con una funda de almohada colocada en la cabeza. Así permanecía por horas, inmóvil.

Abuela nunca pudo regañar o castigar a sus hijos. Como fiera se prestaba el abuelo a defenderlos y abrazarlos para que la abuela no pudiera alcanzarlos. Nos contaba que muchas veces llegó la guardia para intentar internarlo, con el pretexto de que un día pudiera hacer daño a los niños, pero ella nunca lo permitió, segura de que no sucedería tal cosa. No podía enviarlo al infierno que significaba el Hospital Psiquiátrico de La Habana, conocido como "Mazorra" (nombre original de la finca sobre la cual se construyó), fundado en La Habana en 1857 con el nombre inicial de Casa General de dementes de la Isla de Cuba. Cuando la presionaban, juraba que solo muertos los sacarían a todos de la casa junto al abuelo. Era triste escuchar las historias de cómo lograba, atemorizada, bañarlo, pelarlo o alimentarlo. Pero el amor siempre pudo más, pudo por encima del miedo, de todo.

El día 26 de octubre de 1940, a las ocho y cuarenta de la mañana, se decreta la muerte del abuelo. Tenía 57 años. Realmente sucedió el 25 a las diez y media de la noche. Según el Doctor José A. López Fleitas,



ESPAÑA
MINISTERIO DE JUSTICIA
REGISTROS CIVILES

N.° 2100191 /03

238

Certificación Gratuita
(Ley 25/1986, de 24-12)

ACTA DE NACIMIENTO.

Núm. 228

Antonio Domingo Fernandez Quiroga

En Ramiras á las seis de la mañana del dia nueve de Setiembre de mil ochocientos ochenta y seis ante D. Valentin Lopez Montero Juez municipal de este distrito D. Ramon Garcia Romero Secretario, compareció D. Domingo Antonio Fernandez Quiroga natural de Vilar de Barrio término municipal de Ramiras provincia de Lugo de cuarenta años de edad, profesion Arquitecto estado casado vecino de la misma de Bilbao segun lo hace constar con la cédula personal que exhibe y vuelve á recoger, expedida á su favor con el número mil ochocientos noventa y nueve talonario, haciendo presentacion para su inscripcion en el Registro Civil de este Juzgado de un niño, y al efecto como padre mismo declaró: que dicho niño

REGISTRO CIVIL RAMIRAS (LUGO)

nació vivo en la casa de Declarante calle de número el dia ocho de Setiembre del corriente año á las diez de la mañana Que es hijo legitimo de Declarante natural de término municipal de provincia de

Acta de nacimiento de Antonio Domingo Fernández Quiroga.

a consecuencia de un coma y parálisis general. Dejaba a sus cuatro hijos menores de edad. Fue sepultado en el cementerio de la Villa de Mayarí.

Abuela enviudaba a los treinta y seis años de edad. Había perdido todo lo que perteneció al abuelo. Tuvo que pedir ayuda a la familia y

amigos para que cuidaran de los niños y poder trabajar y sustentarles. Viendo que la situación empeoraba al punto de quedar sin hogar, unos sobrinos venidos de España, a los que el abuelo había ayudado a su llegada a Mayarí, Domingo y Eduardo, que habían logrado emprender negocios de tabaquería y bodegas, ayudan a la abuela a alquilar una casa en Guanina, donde recuerda mi madre vivir con mucho trabajo. La abuela ayudaba a vender en la tienda, hacía labores domésticas y cuanto se necesitara para sobrevivir con sus hijos. Los sobrinos, cree recordar mi madre, habían intervenido el negocio del abuelo.

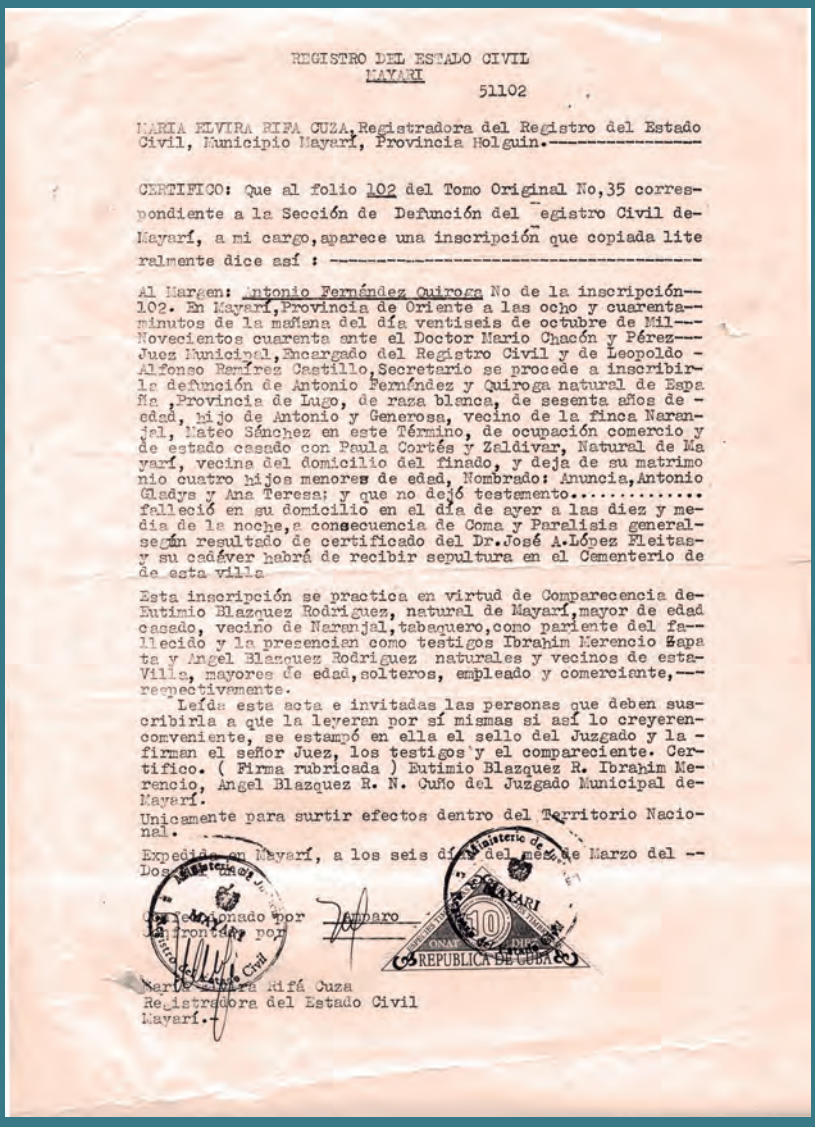
Luego de entender que no podía seguir allí, decide regresar a Mayarí y visitar a su familia materna, con la que hacía tiempo no tenía contacto. Encuentra a una hermana de crianza, Bella, establecida en una finca de la que obsequiaban a la abuela los alimentos para desechar, que cocinaba y con lo que se alimentaban ella y los niños.

Mi madre recuerda, además, a un señor de nombre Marino Medina, cuya esposa estaba emparentada con la abuela, que alquiló una casa, sensibilizado por la situación. Luego de exigir algún pago del alquiler de la bodega de abuelo, cosiendo, tejiendo y bordando, abuela consiguió un mínimo sustento. A la tía Gladys la llevaron a vivir con una familia de apellido Prieto, a la tía Anuncia con otra familia cercana y se quedan con la abuela el tío Toño y mi madre.

Ya con otra situación económica, la abuela decide vender su casa propia donde vivió con el abuelo. El tío Toño comienza a trabajar en una panadería, la tía Anuncia se casa y va a vivir al central Preston, así sigue la vida.

Recuerda mi madre que, en la noche, por no tener agua, se iban a lavar al río y en el suelo, con paletas y sobre las piedras, se lavaba el bulto de ropa que luego secaban en casa.

Abuela no concibió seguir la vida en Mayarí. Conocimos por sus cuentos, del rechazo creciente que sentía por ese pueblo donde tanto había sufrido. Así nos decía: “en ese pueblo no íbamos a salir adelante”. Como pudo, se fue a Holguín con sus hijos. Se criaron vendiendo animales, mi madre trabajando en una tienda y dando clases. Lograron cierta estabilidad económica por primera vez luego de la muerte del abuelo.



REGISTRO DEL ESTADO CIVIL
MAYARI
51102

MARIA ELVIRA RIFA CUZA, Registradora del Registro del Estado Civil, Municipio Mayarí, Provincia Holguin.----------

CERTIFICO: Que al folio 102 del Tomo Original No, 35 correspondiente a la Sección de Defunción del Registro Civil de Mayarí, a mi cargo, aparece una inscripción que copiada literalmente dice así : ----------

Al Margen: Antonio Fernández Quiroga No de la inscripción--102. En Mayarí, Provincia de Oriente a las ocho y cuarenta--minutos de la mañana del día ventiseis de octubre de Mil---Novecientos cuarenta ante el Doctor Mario Chacón y Pérez---Juez Municipal, Encargado del Registro Civil y de Leopoldo - Alfonso Ramírez Castillo, Secretario se procede a inscribir- la defunción de Antonio Fernández y Quiroga natural de España, Provincia de Lugo, de raza blanca, de sesenta años de - edad, hijo de Antonio y Generosa, vecino de la finca Naranjal, Mateo Sánchez en este Término, de ocupación comercio y de estado casado con Paula Cortés y Zaldivar, Natural de Mayarí, vecina del domicilio del finado, y deja de su matrimonio cuatro hijos menores de edad, Nombrado: Anuncia, Antonio Gladys y Ana Teresa; y que no dejó testemento..... falleció en su domicilio en el día de ayer a las diez y media de la noche, a consecuencia de Coma y Paralisis general- según resultado de certificado del Dr. José A. López Fleitas- y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio de de esta villa

Esta inscripción se practica en virtud de Comparecencia de- Eutimio Blazquez Rodriguez, natural de Mayarí, mayor de edad casado, vecino de Naranjal, tabaquero, como pariente del fa--llecido y la presencian como testigos Ibrahim Merencio Zapata y Angel Blazquez Rodriguez naturales y vecinos de esta- Villa, mayores de edad, solteros, empleado y comerciante,--- respectivamente.

Leída esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por sí mismas si así lo creyeren- conveniente, se estampó en ella el sello del Juzgado y la - firman el señor Juez, los testigos y el compareciente. Certifico. (Firma rubricada) Eutimio Blazquez R. Ibrahim Merencio, Angel Blazquez R. N. Cuño del Juzgado Municipal de- Mayarí.

Unicamente para surtir efectos dentro del Territorio Nacional.

Expedida en Mayarí, a los seis días del mes de Marzo del -- Dos

Derechos abonado por Amparo
Confrontada por

María Elvira Rifá Cuza
Registradora del Estado Civil
Mayarí.

Certificado de defunción de Antonio Fernández Quiroga.

Abuela obligó a todos sus hijos a estudiar. Trabajaban en el día y estudiaban en la noche. Mi madre puso una escuelita en la casa y con la ayuda de la abuela enseñaba a niños y en la noche estudiaba comercio. Quiso estudiar en la escuela normal para maestra, pero no era suficiente el dinero para ello.

A abuela la vida le arrebató luego, con cincuenta y cinco años a su único varón, Antonio. Tío murió en un trágico accidente automovilístico, abuela a los ochenta y cinco años de edad, con todo el amor de los suyos y la ternura intacta.

Cuando abuela envejeció, pidió ser sepultada en Mayarí, al lado de su madre, padre, su esposo y su hijo pequeñito. Mi madre cumplió su deseo. Allí está su losa y allí la llevamos para su descanso eterno.

Todos los varones de la familia, nietos, bisnietos, sin excepción, llevan el nombre del abuelo, ya sea primero o segundo nombre, así se rindió respeto a quién dejó su tierra, luchó incansablemente por su familia y al que lastimosamente el destino no permitió ver mayores a sus hijos y disfrutar su descendencia. Mi madre es la que más se le parece, tiene todos sus rasgos y a través de ella también su herencia. Mi hermana sufre una enfermedad psiquiátrica con la que hemos podido explicarnos qué pudo haber padecido el abuelo, algo que en la época que le tocó vivir era imposible diagnosticar y aliviar.

Nunca supimos del resto de la familia de España. Buscamos mucho. Mi madre optó por la ciudadanía española y le fue concedida, en ese proceso indagamos por los que pudieran estar y no encontramos huellas.

Cuando llegas a la adultez, miras con pesar cómo el tiempo borra la memoria y lamentas el no haber escrito para conservar los detalles. Por esto, decidí hacerlo hoy, consultando documentos, recordando y apelando a la memoria de mi madre, que tiene ochenta y seis años, pero gracias a dios, la mente sana, aunque a veces resulta doloroso insistir en los recuerdos.

Quiero que sirva este texto como huella de esas personas que abandonaron su país para progresar en otra tierra y, cuales fueran sus destinos, construyeron el de Cuba. Hoy, lamentablemente, la historia es al revés. Mi país no es tierra huésped, no recibe inmigrantes, produce exiliados. Nuestros jóvenes se fugan de la Isla por no encontrar futuro. Como abuela, muchas madres vivimos el dolor de no tener a nuestros hijos cerca, y será desde otros lares, como hago con abuelo hoy, que escribirán la memoria familiar.

Julia López Dabat

HILOS DE BARRILETES

(Argentina)

Soy argentina, de la ciudad de Rosario. Durante mi infancia, los domingos, a la hora de la merienda, nos llevaban a mi primo Santiago y a mí al Centro Español de Unión Republicana.

Se trataba de una antigua casa de altos en calle Mitre 1434, con una escalera que llegaba hasta el cielo y una baranda, bien barnizada, que usábamos para jugar al tobogán sin que los adultos nos molestaran. Hoy sigue funcionando en esa misma casa.

Allí se reunían las familias de españoles exiliados por el franquismo, se cantaban a voz de cuello las canciones de la Guerra Civil Española y se recitaban los poemas del exilio. Esa fue la familia ampliada que nos construyó como personas.

Lo que sucedía era siempre cambiante y a la vez de una gran constancia amorosa. A veces se sentaban en círculos y en otros momentos mi abuela hablaba desde una pequeña tarima y las sillas formaban hileras sonoras sobre el piso de pino tea de la época.

Mi abuela, Bernardina Dabat de López Elitchery, era recitadora de oficio, según su propio decir. Fue profesora de Literatura americana y española. Sus palabras se veían. Amaba nuestro idioma. También payaba. Me enorgullece mi abuela, que payaba en fiestas y casamientos, en encuentros anochecidos y discutidores. También en el Centro Español de Unión Republicana.

Rosario, mi ciudad, tiene puerto para barcos de ultramar, sobre el inmenso río Paraná. En los barcos iban y venían cartas, encargos y parientes.

Me impactaba cuando llegaba alguien de allá, por la cantidad de abrazos con palmadas en la espalda, con sonido lorquiano de tambor del llano. Y mucho, cuando se ponían de pie para leer las cartas. Descubrí que había gente que no sabía leer. Acá y allá. Esas cartas, tan esperadas, eran papeles gastados de caricias y paseos por bolsillos y carteras. Algunas tenían dibujos, fotos o perfume muy tenue, y se podían leer muchas veces. Traían noticias de pueblos, de cosechas, de gallineros y establos, de tormentas o sequías, de trabajos encontrados o perdidos, de nacimientos, de alguna muerte y de despedidas. También, saludos y abrazos para parientes y amigos, que reían y aplaudían cuando eran aludidos en las cartas.

¡Cuántas palabras, inexistentes en mi experiencia citadina, llenaban de magia las tardes de domingo! Allí descubrí el mundo rural engarzado al mundo del trabajo, de la dignidad, del profundo amor, de las luchas por la libertad.

> *El hortelano, los tridentes, los yunques, las soleares.*
> *Que si Riego murió fusilado.*
> *Las corridas, el arado, los bueyes, el frente, las caracolas.*
> *Los toreros, los castillos, las brigadas, la yunta, el salero,*
> *el corral, el Duero, los gitanos,*
> *los montes de violeta, los ayes, no murió por infame traidor,*
> *la campiña, los relicarios, La Pasionaria, los labradores, las torres,*
> *que murió con la espada en la mano, defendiendo la Constitución,*
> *el cante jondo, las panderetas, las castañuelas, las palmas,*
> *el garbo, los abanicos, los tablaos, las amorosas crueldades,*
> *el gazpacho, las natillas con canela, eterno Federico,*
> *Madrid, Madrid ¡qué bien tu nombre suena!, las*
> *castañuelas, y otras palabras coloridas, sabrosas, sonoras,*
> *deslumbrantes, que mostraban otra vida "allende los mares".*

El Centro Español de Unión Republicana fue para nosotros un mundo poblado de seres que tenían cariños y añoranzas como hilos de barriletes anudados al otro lado del mar. Cuando los barriletes vuelan muy alto, el hilo se hace invisible y demuestra así su fortaleza. Del mismo modo, esas familias estaban sostenidas por hilos invisibles a su tierra amada. Nosotros escuchábamos un rato, nos mirábamos con los demás niños allí presentes, hasta que, en algún momento, los adultos nos permitían ir a jugar.

Corríamos en tropel hacia la escalera con su baranda barnizada. Jugábamos a las escondidas, sin gritar demasiado, usando de escondite los umbrales de las casas vecinas, hacíamos carreras en la vereda, en dos pies o en uno y carreras de saltos como conejos. Los pibes llevaban las bolitas y las figuritas. Como éramos de distintos barrios, era más fácil cambiarlas. Eran grandes ocasiones para conseguir una difícil o para ganar un bolón cachado, un trofeo preciado.

De pronto, alguna madre nos llamaba para que subiéramos a tomar agua o a escuchar una carta. Alguna que podía nombrarnos: "saluda a los nietos de Lola de nuestra parte. Estarán grandes y fuertes ya...".

Aprendimos de memoria las poesías de Antonio Machado, Miguel Hernández, León Felipe, García Lorca, a fuerza de escucharlas en ese Centro.

Había lágrimas, es cierto. Los mayores transmitían emociones vibrantes, enardecidas y esperanzadas. Algunos solo dejaban correr sus lágrimas y no hablaban de lo que sentían. Cantaban todos, eso sí, el Himno de Riego, Ay Carmela, las de las Brigadas Internacionales. Cantaban: "Dime dónde vas morena/ a las tres de la mañana/ voy a la cárcel de Oviedo a ver a los comunistas, socialistas o anarquistas," esto cambiaba en cada vuelta, por lo que se entonaba tres veces siempre.

Una señora enlutada y viejita recitaba llorando los "Airiños da miña terra".

Un día, mi abuela se fracturó la cadera y no pudo subir ya la larguísima escalera del Centro Español.

Entrada al Centro Español de Unión Republicana.

Mi padre, Mario López Dabat, tomó la antorcha y hasta que murió, en 1980, siguió llevándonos los domingos a esos encuentros. Siguió recitando, emocionado, los poetas del exilio.

Llegó la dictadura argentina, mi padre estuvo amenazado, la escuela que dirigía fue intervenida y saqueada por las fuerzas militares. Los domingos, en sobremesa en familia, seguimos cantando las canciones de la Guerra Civil Española.

Tal vez mi utopía, mi isla soñada, sea esa planta alta a la que se accedía por esa escalera interminable y estaba poblada por personas apasionadas, unidas por un amor/dolor lacerante.

Cuando me hablan de España siento que estuve allí. No me falta. Yo viví esa España libre, con anarquistas, socialistas y comunistas que cantaban juntos su amor por esa tierra y esas causas.

Escribí este relato porque necesito devolverles la emoción agigantada por la nostalgia de esos españoles que construyeron, semanalmente, con orgullo de sus vidas, un país en libertad, y que muchos, entonces niños, lo habitamos naturalmente.

Subrayo que no era solo nostalgia y exilio. Era vida ganada a la muerte, era el triunfo de la humanidad, era pasión por las zarzuelas y el cante jondo, las narraciones inolvidables, la poesía inmortal. Todo vivificado, con fervor, en esta tierra americana.

Vaya un abrazo memorioso que abarque a los buenos amigos de entonces, a los que se hubieran sentido vivir en estas sencillas y ya no están. Y muy especialmente a los que hoy siguen recibiendo noticias a ambos lados del charco.

María Teresa Lucas Jiménez

A MI MADRE Y A MI PADRE LOS TRAJO EL MAR

(México)

Yo, soy hija de migrantes. Mi nombre: Teresa. Como el de mi abuela, que un día nevado, el tres de mayo de 1890, nació en Ávila, donde también nació la Santa, siglos antes. Yo, soy hija de migrantes, hija del exilio español, y a mi madre y a mi padre los trajo el mar; desde las playas hermosas del mar Mediterráneo hasta las bellas costas del Océano Atlántico. A ella, el mar la dejó en el cálido Puerto de Veracruz, en México. Y a él, en tierras de Nueva York, donde fue recibido por la Estatua de la Libertad. A mis padres los trajo el mar a un nuevo continente donde encontraron la libertad perdida en su tierra. Esta es la historia:

I

Mi madre, María de la Concepción, hija de Sevilla, hija de Teresa y Enrique, de Martín y Jiménez. Nació ahí por azares de la profesión de su padre, natural de Madrid, profesor en muchas ciudades donde fueron naciendo sus hijos, un nueve de marzo de 1923. Esto es lo que mamá contaba:

Vivimos en Sevilla hasta el año de 1934, mi padre que había estudiado ciencias exactas, y era profesor de matemáticas, ganó unas oposiciones en Madrid para ser director de la Escuela Industrial y nos mudamos a la capital. Era una ciudad muy bonita pero muy diferente a Sevilla, más grande y bastante más seria, lo cual, a veces nos parecía poco alegre a comparación de los cantos y bailes que disfrutábamos

tanto en Andalucía. El clima también era distinto y la gente vestía de otro modo, como más formal. En ese entonces tenía yo 11 años.

Mi hermana mayor empezó sus estudios de química y los demás íbamos al colegio. Éramos muy felices, como una familia cualquiera de las que vivía en esa gran capital. Sin embargo, mi padre empezó a interesarse mucho en la política, cosa que mi madre siempre criticaba, ella decía que en política ni la mamá política era buena. Ella provenía de una familia de renombre, su padre era regidor de la propiedad en Arévalo, muy cerca de Ávila, donde ella había nacido. Siempre decía, cuando alguien iba para allá de viaje, que le tomara una fotografía al balcón donde había nacido, ahí mismo en la Plaza de Santa Teresa y en otra fotografía más antigua les señalaba exactamente cuál era la ventana que había que fotografiar. Siempre decía que en Ávila hacía mucho frío, que cuando ella había nacido, un tres de mayo, estaba nevado, que eso le había dicho siempre su madre.

Ahí estuvimos hasta el año de 1936, cuando ya las cosas no pintaban nada bien para España. Ante el temor de lo que podría suceder, mi padre nos mandó a todos a vivir a Barcelona con su hermana. De pronto, así sin más, hicimos las maletas y partimos para allá. No recuerdo muy bien, era el verano de 1936 cuando empezó la guerra y nos establecimos en la ciudad para vivir desde ahí los tres años que duraría el conflicto. Mi padre se quedó en Madrid por asuntos de Estado y nos mandaba cartas que, a veces, tardaban en llegar, y otras, que no llegaban nunca. Él era diputado por Unión Republicana y, ya muchos años después, mi madre nos contaría que formó parte de la Junta de Defensa de Madrid que se constituyó a finales de ese mismo año.

Al principio no se notaban muchos cambios en nuestra vida cotidiana, pero meses más tarde empezó a escasear la comida, y comenzamos a hacer trueque de alimentos, ya que algunos vecinos tenían más de unas cosas que de otras de las que a otros les hacía falta, y así nos intercambiábamos víveres. Desde el principio que llegamos a Barcelona, la que estaba más triste era mi hermana la mayor porque había dejado de estudiar en la Universidad de Madrid y extrañaba sus clases y a sus compañeros.

Había más problemas que esos, las desapariciones de personas y asesinatos de partidarios de uno y otro bando eran constantes, por lo que no salíamos de casa prácticamente para nada. Las noticias eran

confusas y no sabíamos dónde estaba nuestro padre ni mi hermano, el mayor, que se había quedado con él y con los miembros del partido. Cuando supimos de ellos, ya estaban en el frente de guerra, donde muriera mi hermano en agosto de 1938.

Ya en enero de 1939 empezaron los constantes bombardeos sobre Cataluña, eran entre tres y cuatro veces al día, oíamos sonar las sirenas que los anunciaban, casi siempre estábamos en casa y corríamos a refugiarnos al cuarto que pensábamos más seguro, y con las pocas cosas que nos llevaríamos si teníamos que huir, una o dos cosas cada uno: la muñeca, comida, la máquina de escribir, ropa, cobijas y algún recuerdo que para nuestra edad era lo importante.

La casa se fue destruyendo poco a poco. Si alguien de nosotros se encontraba en la calle cuando sonaban las sirenas anunciando el bombardeo, corría hacia el refugio más cercano, o hacia la estación del Metro más cercana, y a esperar que todo pasara para volver a casa rezando para que los que ahí habían quedado no estuvieran muertos. Fueron tiempos terribles. Tiempos de guerra.

Dicen que mi padre pudo conseguir un coche para que nos llevara a la frontera con Francia. Yo sólo recuerdo que nos subieron a uno y cuando mi hermana, la mayor, preguntó por mi padre, mi madre le dijo que él después nos alcanzaría en la frontera. Nos fuimos mi madre, mis tres hermanos y yo. Toda la carretera iba llena de personas que caminaban llevando a cuestas sus escasas pertenencias, otros llevaban unos carritos que parecían haber fabricado en su casa, otros iban en carretas jaladas por uno o dos caballos, y muy pocos, en coche. Era muchísima gente la que salía huyendo de la guerra, de los bombardeos, de un destino que se sabía terrible. Los bombardeos arreciaban, de nada sirvieron los automóviles, ya que muchos quedaban varados en la carretera y ya no se podían mover, quedaban inservibles. Entonces, lo único que hacían era estorbar el paso de los que venían detrás y la gente tenía que bajarse a las cunetas para ir avanzando.

Pues no hubo más remedio que avanzar, la muchedumbre empujaba, nadie se detenía más que por pocos minutos para tomar un poco de aire y seguir el camino. Cada uno de nosotros llevábamos muy pocas cosas, las mantas ya nos las habíamos echado encima porque, además, hacía un frío de los mil demonios, era invierno, estábamos ya cerca de la frontera con Francia.

Por el camino, iban quedando cosas y personas heridas o muertas, a veces, algunos grupos cantaban y otras voces se les unían, como en una forma colectiva de quitarse el miedo, o de darse valor, para seguir avanzando. Llegó un momento en que mi hermana la pequeña ya no podía más, mi madre la cargó primero y luego nos turnábamos nosotros para hacerlo, pero no lloraba, sólo repetía, "quiero volver a casa, cuándo volveremos a casa, cuándo estaremos en casa", y así, por el camino.

Seguimos el camino hasta llegar a la frontera para pasar a Francia. No recuerdo nada sobre si nos pidieron documentos, pero supongo, que mi madre se encargó de todo ello. Trato de imaginar la angustia que pasaba llevando a sus cuatro hijos por caminos desconocidos y cerriles, a quién sabe dónde, y sin saber, tampoco, el paradero de su esposo y de su hijo mayor. Ni si algún día los volvería a ver. Mi padre tenía unos amigos en Langon, Francia, que nos recibieron en su casa cuando pudimos, no recuerdo cómo, llegar a ella. Era una casa en el campo y la familia tenía hijos de nuestra edad. La única tristeza es que no sabíamos nada de papá, ni dónde estaba, ni qué hacía. Tampoco sabíamos si lo íbamos a volver a ver. Mi madre, a veces, lloraba. Las noticias que llegaban eran terribles, las batallas, los bombardeos, los campos de concentración, los muertos.

Un día, después de mucho, tuvimos noticias de papá, decía que iría a Langon para recogernos y de ahí viajar a Perpignan porque había conseguido un salvoconducto para embarcarnos a México, país que estaba ayudando a la gente que necesitaba salir de ahí. "¿México?" — decía mi madre. "¿México? Y, ¿qué habrá allá tan lejos? ¿Cómo vamos a ir tan lejos? ¿Qué vamos a hacer allá?" —Y mi hermana la mayor le decía: "Mamá, seguramente estaremos mejor allá, allá no hay guerra".

Cuando se le pasó la tremenda emoción, mi madre nos habló de su hermana que había tomado los hábitos en España. Se había ido a La Habana, en Cuba, a vivir desde hacía mucho tiempo y, alguna vez en sus cartas, le había mencionado algo sobre México, pero ya no se acordaba bien de qué se trataba. Su nombre de pila era Asunción, y ahora Madre María del Corpus Domini, y pensó que, quizá, si México estaba cerca de Cuba, podría volverla a ver y se alegró.

A los pocos días tuvimos la mejor sorpresa de nuestras vidas: llegó mi padre y nos pudimos reencontrar. ¡Qué gran emoción! Nuestros

corazones latían con prisa. Lo vimos caminando hacia nosotros que estábamos reunidos en el patio de la casa, se veía cansado pero su cara enrojecida nos miraba con ternura y con alegría. Mi hermana pequeña lloraba y se fue corriendo hacia él para abrazarlo. Mi madre lloraba, todos llorábamos. Mi hermana, la mayor gritaba: Papá, papá, has vuelto por nosotros. Nos acercamos todos, nos abrazamos todos juntos. Ya no queríamos separarnos más. El abrazo entre mis padres es algo que jamás podré olvidar, tierno, cariñoso, emocionado. Al fin, estábamos juntos de nuevo. Pese a la situación, todo sería mejor desde ese momento. Era mayo de 1939.

Nos despedimos de quienes nos habían acogido, nos fuimos hacia Perpignan. Todavía quedaba un trecho largo, y no sabíamos si alcanzaríamos a llegar, el barco que nos llevaría a México, el Sinaia, saldría del puerto de Sète, un poco más arriba de Marsella.

Después de mil peripecias logramos llegar al puerto de Sète, en la costa francesa. Era el 25 de mayo. Y eso sí que lo recuerdo bien, era jueves, yo recién había cumplido 16 años, mi hermana pequeña tenía 13, mi hermano 18 y mi hermana, la mayor, 22. Llegamos en la mañana, como a las diez. Ya que bajaron las personas que venían en los trenes se empezaron a juntar, y se reconocían unos con otros, se iban juntando las familias o los conocidos de este pueblo y del otro. Muchos estábamos un poco desaliñados, cansados, con ojeras y muy flacos. A mí me habían salido unos sabañones en los dedos por el frío y mi madre estaba muy preocupada, me dolían. Ya después, en el barco, tuvieron que cortar las mangas de mi vestido para poder quitármelo y poderme curar. Algunos llevaban pequeñas maletas, otros algún bulto liado que podía ser ropa o mantas o algún recuerdo. Muy pocas cosas. Nosotros llevábamos una maleta muy maltrecha que guardaba algunas fotos y documentos, una muñeca que le habían dado a mi hermana la pequeña, y dos libros que había escrito mi padre con sus actividades de docente, por si tenía que demostrar a lo que se dedicaba cuando llegáramos a México para que le dieran un trabajo. Era todo, eso y lo puesto.

Estaba el personal representante del gobierno de México organizando todo para poder embarcar en orden. El barco, el Sinaia, era un barco de pasajeros y carga, no tenía espacio de pasajeros para todos los que íbamos a subir, sin embargo, estaban adaptando los espacios para que cupiéramos la mayor cantidad de gente posible. Eran muy

amables y nos trataban con cariño, algo extraño después de cómo nos habían tratado en otros sitios.

Empezaron a formar una serie de filas donde iban conjuntando a las familias, se tomaba nota del nombre del jefe de familia, cuando había, y el número de personas que lo acompañaban; su esposa y tantos hijos. También había mujeres solas con sus hijos, y se tomaba el nombre de la señora. Había otros hombres que viajaban solos y esos se ponían en otra fila dando su nombre y su pueblo. Ya que estaba todo más o menos organizado empezamos a embarcar alrededor de las dos de la tarde. Esto de las horas, lo sé, porque mi madre siempre nos lo contaba, en aquel momento no teníamos relojes, pero la gente siempre andaba preguntando la hora a quien tuviera, yo sigo pensando ahora, que la hora era lo de menos. Lo más importante es que teníamos un destino, incierto pero prometedor, o al menos eso parecía, y sí, así fue.

Empezamos a subir al barco, era impresionante, yo no había visto un barco así más que de lejos, desde la playa donde vivíamos. Conforme subíamos al barco nos iban asignando los lugares donde nos íbamos a quedar. Había cuartos pequeños, otros más pequeños, y uno que otro especial, un poco más amplio. A algunas familias las separaban, principalmente a los señores, todo era un poco según se presentaba. Yo creo que a nosotros nos dejaron juntos por la edad de mis padres, pero el cuarto era tan pequeño que realmente nos juntábamos en él solamente a la hora de dormir. Todo el día la pasábamos en cubierta, excepto en el desayuno y a la hora de comer que eran en un lugar específico que se había habilitado como comedor. Éramos más de mil quinientos. Muchos niños más pequeños, mucho más pequeños que mi hermana la menor, que después, ya en altamar, eran una verdadera locura, las madres persiguiéndolos todo el tiempo y ellos haciendo travesuras.

Parecía que ya estábamos a salvo, sin embargo, mi madre nos contó ya en México, que todavía faltaba algo más: poder salir de esos mares sin que fuéramos atacados por aviones u otros barcos que por ahí estaban.

Por fin, el barco zarpó y se puso en movimiento. Al pasar de los días, las actividades se iban organizando mejor y todos cooperábamos para que las incomodidades por el espacio y por otras cosas se fueran

haciendo menos complicadas. Hubo un momento, entre otros, que fue significativo: cuando el barco pasó el estrecho de Gibraltar y todos, en cubierta, decían adiós al país que nos veía partir y al que no sabíamos si un día volveríamos. Cuando la mayoría de los pasajeros se fue hacia uno de los lados del barco para la despedida, éste se ladeo de tal manera que, por un momento, pensamos que se iba a hundir. Los tripulantes nos gritaban que no nos moviéramos hacia el mismo lugar. En ese momento los mayores comenzaron a cantar el Himno de Riego y la Internacional, mientras unas mujeres sacaron pañuelos blancos, o pedazos de telas blancas y le dieron un sentido adiós a su tierra. Yo he pensado, muchos años después, que realmente la mayoría de los que viajábamos en ese barco, teníamos la convicción de que volveríamos pronto, pero la nostalgia nos envolvió a todos.

Después el viaje empezó a ser más placentero, los niños más pequeños se divertían muchísimo con la aventura y algunos eran realmente traviesos. Sus pobres madres tenían que estar tras ellos todo el tiempo para que no hicieran destrozos. Había una banda musical que se formó en el barco con músicos profesionales, algunos ya se conocían y otros se unieron al grupo. Se organizaban conferencias para que aprendiéramos como era el país que nos estaba recibiendo. Yo asistía algunas veces, pero otras, me quedaba con mi hermana, la pequeña, y con mi madre en la cubierta del barco para ver el mar. Ese inmenso mar que recorríamos por primera vez en nuestras vidas.

Después de dos o tres días de haber embarcado, vimos tierra por primera vez desde que salimos de España. Nos fuimos acercando al puerto de la Isla de Madeira. Se acercaban al barco hombres en sus barcas pequeñas con muestras de solidaridad y de apoyo, nos decían que estaban con nosotros y con nuestros ideales y que deseaban que pronto volviéramos a España a reivindicar la lucha. Los brazos con el puño en alto y los cantos emocionaban a los pasajeros. Nos decían que cuando estuviéramos en México continuáramos luchando por nuestros compañeros de ideales. Era hermosa la playa y el lugar lleno de verdor y naturaleza.

Un pasajero dijo que él quería bajarse y quedarse ahí para siempre, que nunca había visto un lugar tan hermoso lleno de alegría, pero su mujer lo convenció de que no se podía quedar, de hecho, ni siquiera se podía bajar.

Muchos días después, ya cerca de México, llegamos a Puerto Rico, mi padre pensó que podríamos bajar a conocer el lugar, sin embargo, por motivos políticos solamente se organizó una pequeña comitiva que bajaría para ponerse en contacto con las autoridades de la ciudad cuando éstas se acercaran a recoger al grupo, mientras el barco se abastecía de lo que requería para continuar con el viaje. Cuando íbamos llegando, pequeñas barquitas con mucha gente se acercaban a nosotros y nos ofrecían en venta, frutas y unas bolsas de tela con bordados de colores muy bonitas. Nosotros no teníamos dinero para comprar ninguna de ellas y nos conformábamos con sus sonrisas y sus cantos. Cuando ellos se dieron cuenta de que no podíamos comprarles nada, nos regalaban deliciosas frutas que nunca habíamos probado, unas tenían sabores extraños y no nos gustaban mucho, pero otras nos parecían muy sabrosas. Era un ambiente tropical, con palmeras y un mar soleado muy hermoso. La gente era alegre y nos saludaba como si nos conocieran, cantaban y bailaban sobre las barcas.

Cuando regresó la comisión que había bajado al puerto y el barco ya estaba listo, zarpamos de nuevo. Ya faltaba muy poco para llegar a nuestro destino: el puerto de Veracruz, México.

El 13 de junio de 1939, día de San Antonio, después de 18 días de viaje, llegamos al puerto de Veracruz. El recibimiento que tuvimos es algo que nadie, por más pequeño que fuera uno, podría olvidar nunca. Después de lo que habíamos pasado, llegábamos a un país que nos recibía con una multitud cariñosa desbordada por las calles de la ciudad. Muchos grupos de personas tenían grandes mantas que nos daban la bienvenida, personas que representaban sindicatos, asociaciones políticas, asociaciones sociales. Personas que en solitario nos demostraban la solidaridad con nuestras ideas. Todo era como una fiesta. Fuimos descendiendo del barco sin mucha idea de lo que después seguiría, lo que sí era claro es que el mundo se abriría ante nosotros para volver a vivir sin temor.

Las mujeres vestidas de blanco, con sus faldas y blusas de holanes, y flores en la cabeza, nos iban tomando de las manos y cantaban junto a hombres, vestidos de blanco también, con pañuelos de colores al cuello y tocando sus guitarras. Todos nos acompañaban mientras caminábamos hacia el centro de la ciudad para llegar al Ayuntamiento donde el gobernador nos daría un discurso de bienvenida.

A los niños les regalaban dulces y bebidas de frutas, a las señoras les daban flores. Les ofrecían cervezas que los señores recibían con mucho gusto. A mi padre, cuando le dieron una, la saboreó de tal manera que parecía que nunca la había probado. ¡Hacía tanto que no tomaba una!

Después del discurso, nos llevaron a unas mesas muy adornadas que habían dispuesto para ofrecernos los platillos de la región. Ya terminada la recepción nos acomodaron para descansar en algunas casas y hoteles. A algunos señores los llevaron a un barco que estaba en el puerto y que había sido dispuesto para ese fin.

Pasamos varios días en Veracruz mientras las autoridades resolvían a qué lugares nos llevarían, muchos se quedaron a vivir ahí. La mayoría de la gente quería volver a trabajar y a rehacer su vida. Con la familia, los que tenían, y los que no, con sus amigos y compañeros de lucha, que también eran muchos. De ahí, cada quien fue tomando su camino. Viajamos en tren a la Ciudad de México. Unos, nos volveríamos a encontrar ahí y otros, no volveríamos a vernos más.

Cuando estábamos en Veracruz, recién llegados y sin saber qué íbamos a hacer, una señora que conocimos en el puerto nos dijo que tenía una amiga en la ciudad y en una tarjeta nos apuntó su nombre y dirección. Angelita se llamaba. Cuando llegamos a la Ciudad de México, mi madre se acordó de la tarjeta y pues fuimos a buscar a la señora Angelita a la dirección que nos había apuntado la señora de Veracruz. Cuando llegamos a su casa y le avisaron que alguien la buscaba, nos recibió con mucho gusto, nos preguntó cómo la habíamos encontrado y le contamos. Estaba contenta de saber quiénes éramos y de dónde veníamos y le ofreció a mi madre que me quedara en su casa mientras encontrábamos dónde vivir todos juntos. Que yo le ayudaría a los quehaceres de la casa por las mañanas y ella en las tardes me enseñaría corte y confección en la academia, donde era la maestra y directora.

Me gustaban mucho las clases y aprendía con rapidez, es un oficio que me ha gustado mucho y me ha hecho ser muy creativa. A la clase asistían muchas mujeres jóvenes, casaderas, decía Angelita, que querían aprender a coser, más bien creo que era hacer algo mientras algo mejor sucedía en sus vidas. Después, cuando ya me pude reintegrar con mi familia, seguí yendo a las clases hasta mi graduación. Desde

entonces me dediqué al oficio de modista, hacía muchos trajes de novia, de damas para las bodas, de primera comunión y también de calle. Mi madre me ayudaba siempre con los sobrehilados; los bordados de piedras y aplicaciones; y los dobladillos. De mis compañeras de clase, la mayoría se casó y creo que sólo una o dos cosían algo para sus hijos, en casa. Las demás se convirtieron en mis clientas. He hecho trajes de novia para ellas y, después, también para sus hijas. Conservo las fotografías de la mayoría y, de vez en cuando las miro. Yo también me hice mi traje de boda, era muy lindo, tenía una cola de siete metros de largo. El día de mi boda, llovió muchísimo y al salir de la iglesia, mi madre se preocupaba de que se mojara, y yo recuerdo que le decía: déjala, déjala, es de buena suerte que llueva el día de la boda. No conservé mi vestido porque un día, la nana de mis hijas dijo que no podía casarse porque no le alcanzaba lo que tenía ahorrado para comprar el vestido de novia y que a una amiga que tenía tampoco. Era una chica muy linda, mi madre le enseñó a leer y escribir en el tiempo que había estado con nosotras atendiendo a las niñas y entonces se me ocurrió la idea de que con toda la tela de mi vestido podría hacerles uno a cada una para que se casaran. De hecho, les hice los dos vestidos, uno para Anita y otro para su amiga, así las dos se casaron el mismo día y compartieron su misa y su fiesta de bodas. Entre nosotros, y algunos vecinos, cooperamos con los gastos, y así todo salió más barato para todos. Hasta hubo para contratar a los músicos, hubo baile y nos divertimos mucho.

La vida no había sido fácil, sobre todo los primeros años de que llegamos a México, sin embargo, siempre mi familia tuvo gran fortaleza. Estábamos dispuestos al cambio, y en un lugar tan bonito como México, que nos acogió cuando no teníamos nada más que a nosotros mismos, las cosas fueron mejorando. Todavía solteros los hijos y cuando se estabilizó nuestra vida en este país, visitamos muchos lugares hermosos como Cuernavaca, Acapulco, Ciudad Valles y otros. Mis padres y yo volvimos a Veracruz varias veces como un agradecimiento a esa ciudad tan alegre de gente amable y cálida. Mi padre, cuando llegamos a la Ciudad de México siguió haciendo lo que sabía hacer, dar sus cursos de matemáticas y colaborar en la fundación de varias escuelas junto con los hombres y mujeres catedráticos que habían llegado en el Sinaia, en el Mexique, en el Ipanema. Barcos que sin duda salvaron miles de vidas de un futuro incierto y monstruoso como el que vivieron los que tuvieron que quedarse en su tierra, por falta de oportunidad para salir, o porque así decidieron quedarse sin

saber los malos tiempos que correrían a la puerta de una Segunda Guerra Mundial.

Al principio sólo mis padres y mi hermana menor habían vivido juntos, los demás nos quedamos con diferentes familias, ayudándoles en sus casas mientras nos daban cobijo, pero cuando ya nos pudimos ir a vivir todos juntos rentamos un pequeño departamento en el centro de la ciudad. Primero, mi padre no quería comprar ningún mueble, sólo las camas, porque pensaba que volveríamos pronto a España, como muchos lo pensaban. Mi hermana, la mayor, ya había entrado al Instituto Politécnico Nacional a continuar sus estudios de química, mi hermano a la Universidad Nacional Autónoma de México a estudiar ingeniería. De hecho, mi hermana tenía un novio que vino con nosotros en el Sinaia también y le dijo a mi padre que ella ya no iba a volver, aunque se pudiera volver, así que lo convenció de que amuebláramos la casa, bueno cosas sencillas, un comedor y una sala, y ya.

En la familia no se hablaba mucho de lo pasado en España, como que desde que llegamos aquí, todos querían olvidar. A veces, en las reuniones familiares que eran muy frecuentes, alguien contaba anécdotas de la guerra pero que yo me acuerde parecía que sólo recordaban las cosas agradables y victoriosas, sólo rara vez se ponían tristes y se percibía un grave silencio. La mayoría de las veces, se cantaba mucho, canciones españolas principalmente, pero con el tiempo el repertorio se hacía mayor y se integraban muchas canciones mexicanas que recuerdo muy bien. Toda la familia de parte de mi madre se quedó en España. Dentro de las mismas familias existían preferencias por bandos contrarios. De sus siete hermanos pudimos tener noticias mucho tiempo después y nos escribíamos y enviábamos fotografías. Algunos de sus hijos y nietos han venido a México y nos han visitado. Los hemos recibido con gran alegría y hemos organizado comidas para que conozcan a la familia. Cuando mi marido y yo pudimos volver a España, los fuimos a visitar y también, casi todos, nos recibieron en su casa y así nos pusimos al corriente de todo lo sucedido.

Mi padre sólo tenía una hermana que también se quedó allá. Con el tiempo, también pudimos comunicarnos con ella por carta con la ilusión de podernos ver algún día, aunque esto no pudo ser.

La dictadura duró tantos años que, en ese entonces, aunque hubiéramos tenido dinero para volver, no podíamos regresar a riesgo de que

nos encarcelaran o fusilaran, y para qué volver si habíamos encontrado otra hermosa patria donde vivir en libertad.

II

Mi padre, Ángel, hijo de Sisante, Cuenca, de Remedios y José Celedonio, de Merchante y Lucas. Nació un tres de diciembre de 1917. Siempre decía que era valenciano, pues de muy pequeño la familia se mudó a esa ciudad donde aún tengo lazos familiares. Esto es lo que papá contaba:

El barco en el que me escondí para viajar de polizón era un carguero que venía de Estambul y que había atracado en el puerto de Valencia, para cargar mercancías y proseguir su viaje hacia América. Esos cargueros no acostumbraban llevar pasajeros, sin embargo, por ser los tiempos que corrían habían transportado diez o doce personas que embarcaron en Estambul para viajar a su país de origen, Estados Unidos de Norteamérica. El barco se llamaba Exminster, un vapor que hacía viajes hacia Nueva York.

Era el mes de julio de 1940, llegué de madrugada al puerto, y un amigo, que ahí trabajaba, me escondió en la bodega, me dio una cantimplora con agua y un poco de comida, porque no sabíamos cuánto tiempo tendría que permanecer ahí. No podría ser mucho, pero tenía que ser lo suficiente para que no me encontraran antes de zarpar y, por lo menos, de haber navegado algunos días. Ahí en la bodega había sacos de harina, de nueces, de azúcar y otros insumos que quizá me ayudarían a sobrevivir. Me quedé dormido y desperté al sentir que el barco se movía, había empezado el viaje.

Pasaba el tiempo y no sabía si era de noche o de día, sólo pensaba que no tenía idea a dónde iba a llegar, ni qué pasaría conmigo. Había dejado a mis padres y a mis hermanos en la casa, en tiempos de posguerra, sin haberme casi despedido. En fin, siempre hacía las cosas así. Eso decía mi madre: siempre haces las cosas así.

Cuando estábamos en la batalla, en las sangrientas batallas, la de Teruel, la del Ebro, la de Belchite parecía que no pensaba en lo que estaba ocurriendo, era tal la cantidad de muertos que no se pensaba más que en darle al enemigo y sobrevivir de alguna manera.

Un día en el campamento, al descanso de una batalla, me distraje y uno de los camiones me pasó la llanta por encima del pie, dejándome un bulto en el empeine, en ese momento me dolía. Le había hecho un orificio a mi viejo zapato del pie derecho para que no me molestara, pero en la bodega hacía frío y lo resentía. Mi amigo también me había dejado una manta para echarme encima.

Recordaba ahora, cómo también en ese mismo campamento, los mayores me habían mandado al campo a buscar palos para hacer una fogata, como era de los más pequeños del grupo, me tomaban el pelo muy seguido. Salí fuera del campamento, estaba oscuro, a lo lejos, todavía se escuchaban balas perdidas y uno que otro cañonazo. Tanteaba en la oscuridad para encontrar algo con qué hacer leña, iba recogiendo lo que podía hasta que encontré un leño medio enterrado que intenté jalar con fuerza hasta que me di cuenta que era un brazo pegado a un cuerpo enterrado. Salí corriendo y llegué al campamento muerto de miedo. Los mayores sólo se rieron.

Cuando ya me tomaron confianza, me asignaron a uno de los tanques, por supuesto solamente para observar por la torreta y seguir las órdenes de los que realmente controlaban y dirigían el tanque. Yo creo que el oficial que decidió esto me estimaba y lo había hecho sólo para protegerme, el combate en la trinchera era algo espantoso. Uno se sentía sin protección alguna, y verdaderamente, así era. Sin embargo, en el tanque, la motivación por la lucha aumentaba, y yo me sentía más seguro, como héroe de las películas que había visto de la Primera Guerra Mundial. Nada más lejos de eso, cuando los tanques eran atacados por el enemigo quedaban hechos nada, sin poder ya funcionar.

Yo nací en Sisante, un pueblo de Cuenca, pero de muy niño nos fuimos con toda la familia a Valencia, por eso me considero valenciano, recuerdo también cuando era chico y mi padre me llevaba a la peluquería que atendía en la calle de San Luis para que yo aprendiera el oficio, no me gustaba y él insistía. Añoro esos tiempos de mi infancia, en los que pensaba que quería irme del pueblo, de la casa, a viajar por ahí...

Después de que todo ya parecía ir muy mal, de las bajas de mis compañeros en cada batalla, de que corríamos para todos lados para salvar la vida, alcanzamos, mi compañero Felipe y yo, a llegar a la frontera con Francia junto con otros miles de soldados, heridos,

hambrientos, sin esperanza alguna. Ahí las cosas no podían estar peor. Supimos que la policía francesa les quitaba sus armas a los milicianos como nosotros, y los refugiados eran internados en los campos de concentración. Entre alambradas, sin comida ni agua, llenos todos de piojos y sarna. Cuidados por hombres enormes, senegaleses. Parecía el infierno mismo. Cruzamos la frontera sin que nos molestaran, y llegamos a un pequeño pueblo donde nos atendieron bien y nos dieron agua y comida, pudimos descansar algunos días hasta que llegaron los soldados y se llevaron a todos a los campos. Nosotros nos escondimos en una casa y nos libramos de la captura. No sabíamos qué hacer, y platicando entre nosotros, decidimos volvernos a España, cruzando los Pirineos en sentido contrario a la ola de gente que salía despavorida.

Dormíamos un poco cuando se podía y seguíamos caminando, un día Felipe despertó muy triste, cansado, harto de todo lo pasado y me dijo: "Ángel, amigo, compañero, yo no aguanto más, que tengas buen camino y perdóname". Me quedé de una pieza, sacó su arma y se disparó un tiro en la cabeza.

No podía ser, habíamos librado las batallas, las feroces luchas cuerpo a cuerpo, los miedos de la persecución militar, el casi confinamiento mortal tras las alambradas de los campos, y ahora, muerto, muerto por propia mano. Me quedé quieto, callado, sin saber qué hacer. Tendría que sepultarlo, en esa sierra inhóspita, fría. De tierra dura, empecinada. No tenía herramientas para cavar así que busqué una pequeña hondonada entre unas piedras grandes. Arrastré su cuerpo y lo acomodé en ella y así pude acarrear la tierra para irle poniendo encima. Sólo eso pude hacer por mi compañero, le canté en voz queda el Himno de Riego y la Internacional, y me quedé un rato a su lado. Tenía miedo de estar ahí sólo, sin nadie cerca, sin esperanza.

Al irme caminando pude ver algo que parecía una vereda, quizá si seguía por ella podría llegar a algún refugio, o a algún pueblo donde podría esconderme y pensar qué hacer. Estaba lejos, muy lejos de casa, pero pensaba que podría volver sorteando los puestos de vigilancia y los bombardeos. A veces, pensaba si hubiera sido mejor habernos quedado en Francia, en el campo de concentración, atrás de las alambradas, pero el futuro ahí se veía aterrador y por eso habíamos escapado antes de que ya no pudiéramos salir.

Llegué a un pueblo y me acerqué a una casa, una señora vestida toda de negro, me hizo señas de que entrara, me dijo que era republicana, que si quería comer algo y que si quería descansar. Le dije que sí y nos quedamos conversando. Estaba esperando que volviera su hijo de la guerra, no quise decirle lo mal que estaba aquello para no preocuparla, aunque en su mirada se veía que sabía que su hijo no iba a volver. Me ofreció un sillón para recostarme y, después de tantos días de no dormir, me quedé profundamente dormido hasta el anochecer. Me preparó comida y una cantimplora con agua, y acordamos que saldría a continuar mi camino, al amanecer.

Eso hice. La señora me despidió, me dio su bendición y me deseo suerte. Nunca pensé que sí la iba a necesitar, mucha mucha suerte. En un descuido mío por llegar a un pueblo al que le tuve confianza, fui capturado por la guardia y remitido a un campo de concentración de soldados. Ahí pasé, como todos, hambre y frío hasta que un día fueron por algunos de nosotros y nos llevaron presos a la cárcel. Estuve ocho meses ahí trabajando forzadamente durante sólo dos meses porque solicitaron alguien que supiera de peluquería y yo me ofrecí, a fin de cuentas, mi padre me había enseñado el oficio. Así mejoró mi estancia en el penal. Después nos llevaban a trabajar a una fábrica de partes para automóviles y camiones que se usaban para los transportes militares principalmente. Salíamos custodiados del penal a las cuatro de la mañana, era época de lluvia y hacía mucho frío. Trabajábamos hasta las cuatro de la tarde, y regresábamos a la cárcel en camiones. De la fábrica, para llegar a los camiones y salir, caminábamos un trecho y pasábamos el río cruzando un puente. La mayoría de los que trabajábamos ahí, nos robábamos algunas piezas y cuando pasábamos por el río las tirábamos en una especie de diminuta venganza.

Después de estar ahí, y tampoco sé por qué, me liberaron y mandaron a Valencia, a casa de mis padres. A muchos de mis compañeros no les fue bien. Algunos murieron en los campos; otros murieron en prisión, agotados y enfermos. Otros, al tratar de escapar, fueron muertos. Un gran desastre la guerra, y la posguerra sería mucho peor para los vencidos, que viviríamos ahí después de todo lo sucedido.

Me dio mucha alegría dentro de todo lo sucedido poder volver a casa y ver, de nuevo, a mis padres y a mis hermanos y hermanas. A ellos también les dio gusto porque siempre pensamos que no volveríamos a vernos. A pesar de la alegría de estar juntos de nuevo, las cosas

cada día eran más difíciles, no había suficiente comida para todos, y había muchos asesinatos y fusilamientos clandestinos. La guerra mundial estaba gestándose, los españoles que no habían podido salir del país, o que habían llegado a Francia, morían en los campos de concentración, otros, eran enviados a otros campos peores de la Alemania nazi. Fue en ese entonces en que, todas las noches, pensaba cómo salir de ahí. ¿Pero mis padres? ¿Mis hermanos? ¿Qué podíamos hacer? El punto final fue cuando recibí la orden documentada y forzosa de enlistarme en las fuerzas de Franco, para ir a pelear a África del lado del usurpador. Entonces fue cuando decidí que tenía que irme inmediatamente de mi tierra, quizá para siempre. Tenía que arriesgarlo todo y eso hice.

Después de perdida la guerra, los sobrevivientes pasábamos hambre y no teníamos trabajo, y más aún los señalados como vencidos. Fue entonces que me dirigí al puerto a ver a un amigo que ahí trabajaba y llegamos a un acuerdo. Al día siguiente, alrededor de las dos de la mañana, me preparé para irme al puerto. Todos en casa, dormían, y procuré no hacer ningún ruido que pudiera despertarlos, no llevaba equipaje, sólo lo puesto. No quería arriesgarme, y que algún guardia me detuviera en el camino, y no poder explicar mi presencia a esas horas en la calle. Salí sigilosamente de la casa. No tuve ningún tropiezo en el trayecto, aunque me iba escondiendo por los portales para no ser visto por los guardias que vigilaban las calles. Al llegar a donde estaba anclado el barco, ya en el puerto, mi amigo ya me esperaba y me llevó a la bodega para esconderme. Tenía miedo de ser descubierto, las manos me sudaban y sentía mucho frío. Me acomodé entre unos sacos de paja y otros de lentejas, me eché encima una manta que me dio mi cómplice, y ahí me quedé, esperando que en la madrugada el barco zarpara. Después de varias horas, ahí, quieto, sentí como el barco comenzaba a moverse. Me invadía una gran tristeza por dejar atrás a los que amaba, mis padres, mis hermanos, mis amigos de la infancia, pero no había más remedio, tenía que irme, tenía que partir. Estuve, no lo sé con certeza, y aunque trato de recordarlo sigo sin saberlo, dos o tres días en la bodega. Sólo había nueces para comer y una cantimplora con agua que mi compañero me había dejado. Ya no podía más. Tenía hambre. Necesitaba salir a cubierta y, así nada más, salí de mi escondite y me presenté ante todos. Los marinos me vieron como un fantasma salido de la niebla, y me llevaron frente al capitán. Era un hombre alto, fuerte y de impecable uniforme, de buen tipo, formal y sereno. Me miró, de arriba abajo,

escudriñando mi vestimenta con un poco de compasión. Y muy serio me dijo:

> *"Muchacho, te daremos de comer y te protegeremos, pero, es mi deber informarte, que si encontramos un barco español que regrese a tu patria, tendremos que mandarte de regreso".*

Por mi cabeza sólo pasó la cuadrilla de fusilamiento: era lo que me esperaba si me devolvían a la patria. Técnicamente era un desertor. No sucedió. Nunca un barco se atravesó en nuestro camino. Proseguimos el viaje hasta llegar a Nueva York. El resto del viaje fue más cómodo, comía lo que los marineros, y les ayudaba a hacer las labores de limpieza, me dieron un uniforme y me trataron como si fuera su compañero, aunque no todos hablaban español, nos entendíamos bien en lo que se necesitaba.

Y llegamos a Nueva York, la sensación de llegar a un país que se decía libre y ver, entrando a la bahía, esa enorme Estatua de la Libertad tan famosa era como llegar a puerto seguro, aunque la incertidumbre de lo que sucedería también era muy grande.

El barco atracó, y bajaron los pocos pasajeros que llevaba y la tripulación, excepto aquellos tripulantes que se quedarían a hacer algunas labores de limpieza y de revisión mecánica. Era un barco de carga, pero en vista de las circunstancias llevaba pasajeros de vuelta a su patria. Se acercó a mí un soldado y me puso un grillete en el pie derecho. Me sentí humillado, pero, al menos, estaba vivo y sentía que algo mejor tendría que pasarme.

Me dijo en su idioma, por supuesto, y con señas para que entendiera, que caminara hacia adelante para bajar del barco. Después me llevó a un pequeño cuarto que estaba en la base de la Estatua de la Libertad. Había una cama, y me dijo que me recostara si quería, porque el trámite para que decidieran qué harían conmigo era lento, y probablemente largo. Bueno, eso me lo tradujo un hombre más viejo que estaba en el cuarto porque yo no entendí más que la seña de que me acostara en la cama. Sin embargo, no podía subir el pie que tenía el grillete porque la cadena era muy corta y la bola muy pesada. Yo estaba asustado, aunque después de las batallas, la guerra y la cárcel, más bien diría que estaba preocupado por el futuro. Tenía sólo veintidós años. El soldado hizo algo que me conmovió, me quitó el grillete,

trajo una cadena más larga, se la puso, me volvió a poner el grillete y me señaló que subiera la pierna a la cama. Nos sonreímos y se marchó. También se marchó el hombre que hablaba español. Me quedé solo y también dormido hasta la mañana siguiente.

Cuando desperté, vi que en una mesa pequeña que había en la habitación habían dejado una taza de café y un bocadillo. También un jugo que parecía de naranja, y recordé con nostalgia las grandes extensiones de naranjos que se veían en todos los campos de Valencia. Esas naranjas hermosas de un color llamativo que nos hacía saborearlas con delicia. Supuse que, si no había nadie más, serían para mí, y desayuné, no tan bien como lo hacía en el barco desde que salí de mi encierro voluntario, pero si mejor que muchos meses antes.

Al poco rato tocaron a la puerta y la abrieron casi al mismo tiempo, entraron dos hombres, uno americano y otro que se parecía a mi tío Florencio, muy español. El español se acercó y se sentó en la orilla de la cama. Me dijo que era representante de una asociación norteamericana para protección de los inmigrantes, y que estaba haciendo unos trámites para poderme ayudar a salir de ahí y ver qué era lo que se podía hacer conmigo ya que en los documentos que habían llenado a mi arribo, me habían clasificado en calidad migratoria de polizón. Después de eso me preguntó mis datos generales, los cuales apuntó en una libreta que llevaba y, supongo yo, que le explicó al americano en su idioma lo que acabábamos de conversar. Se despidió de mí diciéndome que no me preocupara, que volvería pronto, el americano se despidió también y se fueron. En realidad, no sabía qué esperar, sin embargo, sentía que las cosas serían mejores, bueno pensé que no podrían ser peores de lo que habían sido antes.

Al día siguiente de llegar a Nueva York, y de que apareciera mi salvador, el español, me quitaron el grillete y me trataron como a un invitado. Salimos de aquel lugar, y nos subimos a un barco pequeño que nos llevó a lo que entendí era la Isla Ellis, había una construcción enorme y me llevaron a una habitación que tenía el número 222 marcado en la puerta y un cuarto de baño, pequeño todo, pero cómodo. El español me explicó que me quedaría ahí, quizás un par de semanas, mientras podía conseguir un salvoconducto para ir a México e iniciar una nueva vida. Yo no sabía qué iba a hacer allá y cuando le pregunté qué es lo que haría, me dijo que me enviarían con una persona que tenía panaderías en la Ciudad de México y que él me daría trabajo. Yo

no sabía ni siquiera a qué distancia estaba aquella ciudad y del país también sabía muy poco. Cuando pasé la frontera hacia Francia, por los Pirineos había escuchado que en esa época habían salido algunos barcos repletos de exilados españoles para varios países de América, entre ellos, México, pero no tenía idea de cómo era ese país.

Pasaron dos semanas. Prácticamente no salía de la habitación, sin embargo, a las horas de las comidas podía tomar el aire fresco y, mirar a lo lejos, la Estatua de la Libertad, tan hermosa e imponente. Había otros refugiados, pero no hablaban español, algunos hablaban idiomas que no conocía, y otros, francés, alemán, también inglés. Algunos parecían familias completas que llegaban en barcos elegantes, pero ningún otro polizón como yo. Pensaba, a veces, en mis padres y mis hermanos, sentía culpa de haberme ido, así, sin ellos, sin avisar, pero creía que era lo correcto. No quería ir a otra guerra que no me pertenecía, no quería estar preso, no quería que me fusilaran. Sólo quería ser libre.

Después de esas dos semanas, llegó el español muy contento con unos papeles en la mano. Era una carta. Una carta dirigida a mi nombre con dirección room 222, Ellis Island, N.Y. del American Committee for Protection of Foreing Born. Estaba escrita a máquina, en español, con fecha Julio 29 de 1940 y decía:

> *"Muy señor nuestro y amigo":*
>
> *"Plácenos comunicarle que ya se ha obtenido la conformidad o sea la visa del Consulado Mexicano, para que usted pueda entrar a esa República, en donde irá a residir. Carey McWilliams".*

El español estaba muy contento de entregármela y yo, no sabía qué decirle, claro está que también estaba sorprendido y, a la vez, contento, pero me preocupaban los detalles, ¿cómo viajaría a la Ciudad de México?, una ciudad desconocida para mí, aunque por lo menos me alegraba saber que ahí sí hablaban español, como yo, y que habiendo tantos españoles como me habían dicho, quizás encontraría a algún conocido de mi tierra. Tampoco tenía dinero para el viaje y le expresé mis dudas, pero el español me dijo:

> *"Muchacho, no te preocupes de nada, todo está arreglado y mañana vendrá mi ayudante para traerte lo necesario y llevarte*

hasta la frontera. Ya estando allá, tomarás un autobús que te lleve a la ciudad, y ahí te recogerá el señor Rosique, que te dará trabajo en su panadería".

Al día siguiente pasó por mí el ayudante del español, un joven amable que hablaba español con acento americano, se presentó con una maleta con ropa nueva y me la dio para que me cambiara. Traía unos papeles que eran los que tenía que entregar en la frontera, y me llevó en un auto, un poco destartalado, a la estación de autobuses. Me dio un sobre con dinero para el viaje, y me explicó que tomaría el autobús de las cinco de la tarde, que me llevaría a una ciudad llamada Brownsville, en el estado americano de Texas.

—El viaje será largo, entre cuatro o cinco días según esté el camino, pero, no se preocupe, hará las paradas necesarias para comer y asearse, y podrá usted dormir en el transcurso del viaje. Llegando a esa ciudad, pasará la frontera a la ciudad mexicana de Matamoros y ahí, preguntará por la estación de autobuses que lo llevará a la Ciudad de México, Distrito Federal. Llegando a México tendrá que buscar al Sr. Rosique.

Me dio una tarjeta donde estaba la dirección y un teléfono para comunicarme con él. Tomé nota de todo en la pequeña libreta que me había fabricado en mi estancia en la isla y que me gustaba llevar siempre en el bolsillo de la camisa. En esa libreta apuntaba cosas como esas, instrucciones, direcciones, frases que veía en los anuncios del periódico o en las calles, o pensamientos que se me venían a la mente. Eso lo hacía desde niño cuando ya sabía escribir y me gustaba anotar cosas importantes para mí. Como todavía quedaba un poco de tiempo antes de salir, comimos un bocadillo en el restaurante y un café con leche. Al terminar, me entregó todos los papeles, también la dirección del español, y la suya, para que les avisara cuando ya estuviera en el lugar que habíamos acordado. Nos dimos un abrazo y se marchó. Ya era tiempo de subir al autobús y a la media hora nos pusimos en marcha.

Después de varios días de viaje, muchos más de los que me habían dicho, llegamos a Brownsville. Fue un viaje que me gustó mucho por los hermosos paisajes que íbamos encontrando en el camino. Cómo me hubiera gustado bajarme del autobús e irme por mi cuenta por ahí, por cualquier parte. Sin embargo, no podía decepcionar a aquellos que sin conocerme me habían ayudado.

Para mi sorpresa, al bajarme del autobús para ir a preguntar dónde estaba la oficina donde tenía que entregar mis papeles para cruzar la frontera, se me acercaron dos hombres muy bien vestidos y se dirigieron a mí por mi nombre. Primero sentí miedo pues podrían ser malas personas. Se presentaron muy amablemente y me dijeron que venían de parte de la asociación para ayudarme a pasar la frontera sin contratiempo alguno. Los saludé y me llevaron a una oficina de gobierno donde hablaron con la persona de uniforme que atendía, me pidieron mis papeles y, después de intercambiar algunas palabras y contestar algunas preguntas, los sellaron y nos indicaron la salida por otra puerta. Salimos los tres y los señores dijeron: "Bueno muchacho, pues ya estás en Matamoros, México".

Me quedé un poco asustado por el nombre del pueblo, moros eran los que yo había visto en España peleando a las órdenes del generalísimo, y ahora resulta que estaba en un sitio a miles de kilómetros de mi tierra en un lugar llamado Matamoros. Me dijeron que fuera a la estación de autobuses que estaba muy cerca de ahí para comprar mi pasaje a la Ciudad de México, en el centro del país que es donde tenía que ponerme en contacto con el señor Rosique, el de la panadería. Caminé hasta la estación, cruzando un puente y dejando atrás un letrero que decía Garita de Santa Cruz. Eran las oficinas donde habíamos estado y la construcción se parecía a las barracas valencianas que se construían de adobe, pero con el tejado no tan inclinado cubierto de tejas de barro. Ya en la puerta de la estación había una pizarra donde estaban apuntados los viajes que, por lo que vi, no eran muchos. Sólo había uno que salía para la Ciudad de México a las siete de la noche, me acerqué a la ventanilla y la cajera, que, por cierto, era muy guapa, me explicó que tenía que estar media hora antes y que el viaje tardaría dos días. Bueno, pensaba, y mi país es muy pequeño, y estos países de América son enormes. Pensaba si algún día podría conocerlos en toda su extensión. También me explicó que la ciudad se llamaba Matamoros pero que el estado mexicano se llamaba Tamaulipas y que yo iba a la Ciudad de México, Distrito Federal. No entendí muy bien. También me dijo que el río que pasaba bajo el puente se llamaba Bravo. Pagué el billete, di las gracias y, como no tenía a donde ir, me senté en una banca de madera que estaba vacía. Miraba a la gente, parecían muy serios, como pensativos. Todos los señores usaban sombrero, sombreros tejidos de un material parecido a las hojas de las palmeras que sólo había visto en el jardín botánico de Valencia y que había muchas por aquí. Nunca había visto ese tipo de sombreros.

Otros, usaban sombreros de paño y llevaban saco, y algunos, los menos, corbata.

El autobús salió de la estación con hora y media de retraso, un pasajero me dijo que eso era natural y que, en realidad, había sido poco. El viaje comenzó por una zona un poco desértica, con grandes extensiones donde no había nada, ningún caserío, ninguna persona, nada. Hacía bastante calor y muchos de los pasajeros platicaban mientras la mayoría parecía dormir. Después atravesamos amplias zonas con mucha vegetación donde se alcanzaban a ver parvadas inmensas volando y haciendo figuras hermosas en el aire. Se observaban pequeños riachuelos a lo largo del camino y tuvimos que pasar por algunos puentes donde el rio era bastante caudaloso, eran puentes algo estrechos, parecía que si venía algún otro autobús en sentido contrario no cabríamos en el espacio destinado. En esas zonas sí encontramos más personas a la orilla de la carretera y nos detuvimos en un lugar donde había varias casas pequeñas con techos de palma y madera en las terrazas. En ese lugar nos quedamos a estirar un poco las piernas y a comer. Para mí, toda esa comida era muy extraña, nunca había comido nada igual. Primero no quería probarlo, pero una señora insistió en que debía probar la comida porque tardaríamos en llegar a otro lugar donde se pudiera comer. Pues la probé, no estaba mal, pero era algo desconocido. Después sacaron unas frutas que me gustaron mucho, eran grandes y amarillas con un sabor un poco ácido y dulce a la vez. Después de caminar un poco y terminar de comer, proseguimos el viaje.

Llegué a la Ciudad de México a las cinco de la tarde, y me dirigí a la oficina a ver si alguien podría ayudarme, no me recibió nadie, ni amigos de la asociación, ni tampoco el señor de la panadería, así que sólo tenía un nombre, una dirección y un teléfono. En la oficina fueron muy amables, me ayudaron a hacer la llamada y pude hablar. Después de un rato y dos llamadas, estaba hablando con el Sr. Rosique, quien dijo que estaría por mí en media hora, que no me moviera de ahí y que lo esperara, que no tardaría.

Pasó poco más de una hora, entendí después que aquí el tiempo muchas veces no es exacto y que hay que tener paciencia. Era un hombre bajito, un poco calvo, con un bigote grande y la barba crecida. Llevaba una boina azul marino. Muy simpático, me recibió con un abrazo y salimos de la estación. Nos dirigimos directamente a la panadería en

el centro de la ciudad, su casa estaba encima del local, entramos y me presentó a su esposa quien me ofreció café y pan dulce, y me preguntó muchas cosas sobre España, sobre mi viaje y sobre mi familia. Platicamos largo rato, y ya entrada la noche, me enseñó el cuarto donde me quedaría y me dijo que si necesitaba algo, se lo hiciera saber. Nos despedimos y me quedé solo. Estaba muy cansado y, a la vez, emocionado. Era un lugar apacible, seguro, sin guerra, sin temor. En mucho, mucho tiempo no me había sentido así, triste por la familia que había dejado atrás y feliz por emprender una nueva vida lejos del caos y la muerte. Ya, con calma, pensaría cómo comunicarme con mi familia y ver si podía hacer algo por ellos estando tan lejos. Pensaba que, quizá, iba a ser difícil por los tiempos que corrían y sobre todo por la amenaza de una guerra mundial que se gestaba en toda Europa. El Sr. Rosique me dijo antes de despedirse que, en la mañana después de desayunar, me enseñaría la panadería y hablaríamos sobre lo que tenía que aprender y hacer en ella, para que lo fuéramos poniendo en marcha.

Al inicio de mi vida en la Ciudad de México me acordaba muchas veces de mis padres y mis hermanos, ¿cómo podría saber de ellos? ¿Estarían bien o no? ¿Qué habría pasado con ellos, con la casa donde vivíamos, con sus vidas? ¿Pasarían hambre o tendrían frío? Escribía y enviaba cartas que no tenían respuesta y tampoco eran devueltas. A veces, no podía conciliar el sueño, me levantaba a trabajar o a andar por la panadería tratando de hacer algo para no pensar. Un día conocí a un panadero valenciano que me dijo que volvería a España porque no podía vivir sin su familia que no había podido salir con él y que volvería a buscarlos, aunque la guerra mundial estaba en pleno desarrollo, traté de convencerlo de que era una locura, pero el hombre no podía más con sus remordimientos y al ver que no podía convencerlo, le di una carta para mis padres para que se la entregara. Nunca volvió, nunca supe más de él.

Años después, por fin, recibí una carta donde mi hermana me decía que estaban muy mal, que mi padre estaba muy enfermo, que no tenían forma de ayudarlo, que las cartas eran destruidas y que la guardia civil los acosaba; que no se me ocurriera volver. Me fui enterando poco a poco de los horrores de la posguerra y de lo mal que iban las cosas para las familias de los que habíamos combatido al lado de los republicanos, uno de mis hermanos había muerto en un campo de concentración en Francia, otro había sido herido y había quedado

incapacitado, y el más pequeño desaparecido. Y mis hermanas, solas con mis padres haciendo lo que podían para sobrevivir. Me reprochaba el haberme ido y estar tan lejos, me preguntaba si mi decisión había sido la correcta, me remordía mi egoísmo. Pese a todo, no podía volver, no tenía forma de hacerlo, y además tenía un miedo inmenso de volver.

Nunca volví a ver a mis padres, me enteré de que habían muerto muchos meses después de que ocurriera su muerte. Es el peso de los que nos fuimos al exilio en solitario. Aquí conocí familias que pudieron salir juntas, otras que pudieron reunirse más tarde, aunque con muchos trabajos y otros, que como yo llegaron solos y aquí se quedaron a hacer una nueva vida, con el pasado a cuestas. Con el recuerdo del pueblo, de sus calles, de su gente, de sus amigos, de lo que se quedó tan lejos y que va dejando de recordarse como si una niebla se interpusiera entre el pasado y el presente. Y se elige vivir del lado de una luz distinta, aunque la sombra no nos deje.

Treinta y nueve años después volví por primera vez a mi tierra, conocí a mis hermanas, ya mayores, y a mi hermano que dejé de ver cuando él tenía ocho años, el que había desaparecido y yo pensaba que había muerto. Aún me emociono cuando recuerdo el día que nos encontramos, nos abrazábamos y queríamos contarnos todo lo que habíamos vivido y lloramos mucho, de alegría, de nostalgia, de tristeza, todo junto.

III

Conchita y Ángel se conocieron en la Ciudad de México, alrededor de los años 50, en un baile organizado por la colonia española que vivía en México. A los dos les gustaba mucho bailar y asistían a todos los bailes a los que se podía ir. Se fueron conociendo y frecuentando hasta el año de 1955 en el que decidieron unir sus vidas para siempre. Tuvieron dos hijas, hijas de migrantes, hijas del exilio español. Volvieron a España, por primera vez, en el año 1979, ya muerto Franco y Ángel pudo reencontrase con algunos de sus hermanos y sobrinos con los cuales se había estado escribiendo años atrás. Conchita, también pudo ver a sus primos hermanos y familiares de parte de su madre y de su padre. Volvieron dos o tres veces más solamente hasta su fallecimiento en México a los 82 años Ángel, en el año 2000; y a los 95 años, Conchita, en el año 2019.

IV

Yo, soy hija de Conchita y Ángel. Hija de migrantes. Amo mi tierra, México, donde he nacido, donde vivo, donde he echado raíces. La tierra que acogió con cariño a mis padres y a la que agradecieron y amaron profundamente. Yo, soy hija del exilio español. Amo la tierra donde nacieron mis padres, España, donde ellos nacieron y en donde tenemos nuestras raíces. Así es el exilio, así pasa con los migrantes. Siempre viven escindidos: con la felicidad y la nostalgia, con la esperanza a flor de piel.

Yaritza Álvarez Acosta

VICISITUDES DE LA EMIGRACIÓN DE MI FAMILIA

(Cuba)

En memoria de mis abuelos paternos y mi tía Blanqui, que tuvieron que abandonar su país, en medio de disímiles vicisitudes.

PRÓLOGO

La emigración es una aventura hacia lo desconocido. Nadie sabe cuántos obstáculos pueden surgir en el camino. Sin embargo, uno no abandona lo que ama porque quiere, sino porque a veces, las circunstancias te obligan a hacerlo. Por ello, muchas familias españolas prefirieron apostar por la vida y la seguridad de sus integrantes en otras regiones del mundo. Mientras exista un emigrante, y descendiente español, que desee mantener vivo el legado de nuestros ancestros, concursos como estos tendrán una marcada connotación histórica.

LA AUTORA

En la parte más occidental de la comarca de El Bierzo, en las proximidades de Las Médulas, existe un pequeño lugar llamado Lago de Carucedo, al contemplarlo, parece que te pierdes en el horizonte. Su formación fue debida al cierre del valle por los lavados provenientes de una antigua explotación minera de oro romana, dejando tras de sí, un paisaje de extraordinaria belleza. Es precisamente en este maravilloso poblado al oeste de la provincia de León, donde un 6 de

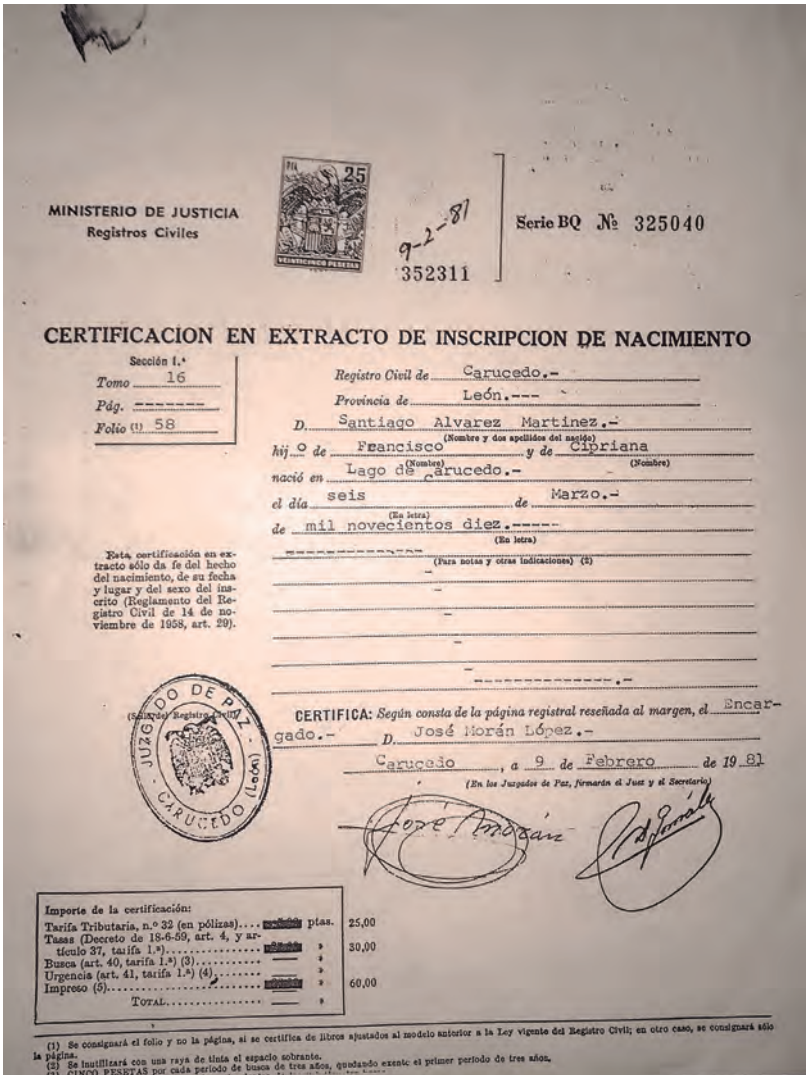
Casa donde vivió mi abuelo.

marzo de 1910 nace mi abuelo paterno, Santiago Álvarez Martínez. Sus padres, Francisco Álvarez Fernández, natural de Río Tinto de Huelva (bisabuelo), y Cipriana Martínez Gómez (bisabuela), natural de Lago de Carucedo, formaban una familia pobre pero muy unida. Desde pequeños les inculcaron a sus hijos el amor al trabajo, a su patria y cumplir correctamente con sus deberes.

Al estallar la Guerra Civil Española, en julio de 1936, y llegar a la capital las primeras noticias de una sublevación militar, se puso de manifiesto una gran resistencia del pueblo madrileño, por lo que el país se vio obligado a organizar y fortalecer sus defensas. Miles de personas se incorporaron al frente de batalla para salvar a su pueblo. En ese llamado voluntario, el 19 de julio de 1936, mi abuelo se incorpora al Quinto Regimiento Republicano Español, que contó con más de 70.000 voluntarios. En su quehacer militar, originalmente fue ascendido a Cabo, y posteriormente por sus méritos, a Capitán de Infantería. Cada uno de los combatientes de este regimiento llevaban la semilla del heroísmo, y la disciplina para escribir junto al pueblo páginas gloriosas en la defensa de la ciudad de Madrid.

En 1938, abuelo cae preso en el campo de concentración de Uriel. Posteriormente en Carabanchel, Porlier, San Marcos y Salesas. En uno de los enfrentamientos con las tropas fascistas por la región, caen vilmente asesinados, el padre y el hermano menor de mi abuelo. Este hermano menor de mi abuelo Santiago, se llamaba Arsenio, era el tambor de la banda de música del pueblo. Esta trágica situación rompió su vida en mil pedazos. Empezaba desde entonces el sufrimiento de una familia como consecuencia de la guerra.

Un día lluvioso, en un taller de corte y costura, donde se confeccionaban los uniformes para los combatientes del ejército republicano español, conoció a mi abuela Blanca Marín Griñán, madrileña de la cual quedó perdidamente enamorado desde que sus miradas se interconectaron, surgiendo en ellos una química perfecta. Ella nació un 13 de octubre de 1913. Era hija de Julián Marín, natural de Albacete (bisabuelo), y Consuelo Griñán, natural de Madrid (bisabuela).



MINISTERIO DE JUSTICIA
Registros Civiles

25 VEINTICINCO PESETAS

9-2-81
352311

Serie BQ № 325040

CERTIFICACION EN EXTRACTO DE INSCRIPCION DE NACIMIENTO

Sección 1.ª
Tomo 16
Pág. ---
Folio (1) 58

Registro Civil de Carucedo.-
Provincia de León.---
D. Santiago Alvarez Martínez.-
(Nombre y dos apellidos del nacido)
hijo de Francisco (Nombre) y de Cipriana (Nombre)
nació en Lago de Carucedo.-
el día seis de Marzo.-
(En letra)
de mil novecientos diez.-----
(En letra)
(Para notas y otras indicaciones) (2)

Esta certificación en extracto sólo da fe del hecho del nacimiento, de su fecha y lugar y del sexo del inscrito (Reglamento del Registro Civil de 14 de noviembre de 1958, art. 29).

JUZGADO DE PAZ CARUCEDO (León)

CERTIFICA: Según consta de la página registral reseñada al margen, el Encargado.- D. José Morán López.-

Carucedo, a 9 de Febrero de 19 81
(En los Juzgados de Paz, firmarán el Juez y el Secretario)

Importe de la certificación:		
Tarifa Tributaria, n.º 32 (en pólizas)	[illegible] ptas.	25,00
Tasas (Decreto de 18-6-59, art. 4, y artículo 37, tarifa 1.ª)	[illegible] »	30,00
Busca (art. 40, tarifa 1.ª) (3)	— »	
Urgencia (art. 41, tarifa 1.ª) (4)	— »	
Impreso (5)	[illegible] »	60,00
TOTAL	— »	

(1) Se consignará el folio y no la página, si se certifica de libros ajustados al modelo anterior a la Ley vigente del Registro Civil; en otro caso, se consignará sólo la página.
(2) Se inutilizará con una raya de tinta el espacio sobrante.
(3) CINCO PESETAS por cada período de busca de tres años, quedando exento el primer período de tres años.

Certificado de nacimiento de mi abuelo.

De derecha a izquierda, mi abuela y mi abuelo.

Tenía tres hermanas: Isabel, Pepita y Rogelia. Con el transcurso del tiempo y las frecuentes visitas de mi abuelo en el taller, fue surgiendo en ellos una bonita y sincera amistad, hasta que el amor se adueñó de sus corazones, y quedó en pie una propuesta de matrimonio, donde mi abuela Blanca aceptó su petición.

En uno de los movimientos de las tropas, no muy lejos de Madrid, y en medio de un intenso frío, se celebró oficialmente la ceremonia de matrimonio. En la misma, se dieron cita todos sus compañeros y familiares de ambas partes. De esta bella unión, un 3 de septiembre de 1938, en un vehículo cargado de dinamita, trasladaron a mi abuela a dar a luz. Ese día nace una pequeña hija, que pusieron Blanca Álvarez Marín (mi tía). Fue precisamente ese mismo año cuando nació el Rey de España, Juan Carlos de Borbón. En junio de 1941, tienen su segundo hijo, al cual pusieron Santiago Álvarez Marín (mi padre).

Mi padre y mi tía nacen en Madrid, en la calle Carranza nº 4, luego convertida en la cafetería Okayama. Mis abuelos y sus dos hijos deciden irse a vivir a Lago de Carucedo, donde residía mi bisabuela paterna en una finca llamada Su Pacio, en la cual crecían; ricos higos,

Ceremonia de matrimonio de mis abuelos.

moras, fresas, albaricoques, melocotones, peras, manzanas, y también buenas uvas en la época de la vendimia. Allí crecieron y jugaron los niños, hasta que al triunfar el franquismo, la vida de los soldados del Ejército Republicano comenzó a peligrar grandemente; mucho más, aquellos que ocupaban cargos de oficiales. Muchos de estos oficiales fueron objeto de persecuciones, otros fueron fusilados, o encarcelados en prisiones, y como la cantidad de prisioneros llegó a ser tan numerosa, se crearon campos de concentración. Mi abuelo, se había escapado ya en dos ocasiones de uno de estos lugares, sin lugar a duda su vida corría peligro. Mi abuelo no lo pensó dos veces, y decidió emigrar a través de los montes Pirineos hacia Francia; luego pasarían mi abuela con mi tía y mi padre.

EL CRUCE FRONTERIZO

Después de una larga caminata, toda la noche, con dos guías vascos, mi abuelo llegó a una casa también de vascos, que servía de posada, pero estaba ocupada por la guardia civil. Tras muchas súplicas a los dueños para que los dejaran quedarse, acordaron brindarles hospedaje a los guías vascos, pero mi abuelo tendría que quedarse a dormir dentro del pajar. Allí tuvo que hacer maravillas para poder fumarse un cigarro y luego para poder dormir. Al amanecer sintió un ruido, ¡estaban apartando la paja!, pensó lógicamente, que la guardia civil lo había descubierto, o que lo habían delatado, cuando de pronto se le apareció una muchacha joven que vivía en la casa y le dijo, “mire señor, le

Mi abuelo y mi padre en Ponferrada.

En el aeropuerto de Camagüey.

traigo el desayuno". —Muchacha, que susto me has dado, pensé en todo menos en que era la hora de desayunar. Antes de abandonar aquella acogedora casa rogó encarecidamente una y mil veces a aquella familia, y sobre todo a la muchacha, que si por allí pasaba su mujer llamada Blanca con sus dos hijos, les atendieran, que iban solos (en fin, ruegos y más ruegos para que auxiliaran a sus seres más queridos).

Cuando ya mi abuelo se instaló en París, llegó el aviso y la explicación de todo lo que tendría que hacer mi abuela para pasar aquella gran prueba y reunir nuevamente a su familia. Pudiera a cualquiera parecerle cosa fácil, pero situémonos en el caso de una mujer sin conocer aquel inmenso camino a recorrer, con la responsabilidad de llevar consigo nada menos que a sus dos pequeños hijos. sin experiencia alguna de esta u otra travesía de igual índole. Para colmo de males en el mes de enero, cuando el frío en estos lugares te cala hasta los huesos.

Ya en tierra de Francia, la esperaba ansioso su media naranja, sabiendo mejor que nadie, los peligros a que debían enfrentarse. Mi abuela, como experta costurera que fue, les confeccionó a sus hijos unos gruesos abrigos y les compró unas boticas altas que abrigaban bastante. El viaje lo harían con dos guías vascos, una vez entregados en la frontera con Francia, mi abuela les daría el dinero acordado. Llegó el día de decirles adiós a su querida, complaciente y cariñosa abuelita Consuelo (mi bisabuela), que sin saberlo la besaron por última vez; a su calle Carranza, a su querido pueblito de Lago de Carucedo, que los vio crecer y realizar múltiples travesuras. Comenzaría para ellos su gran aventura, pero, ¿Los cogerían presos la Guardia Civil? ¿Podrían pasar aquella barrera natural tan inmensa una mujer

y dos niños pequeños? ¿Les alcanzarían sus fuerzas físicas? ¿Podrían volver a reunirse con su padre?

De izquierda a derecha, mi padre y mis abuelos en la casita de Parajón.

Mi abuela Blanca y sus dos hijos se dirigieron hacia la estación de trenes del Norte, en Madrid, en compañía de la abuelita Consuelo. Allí abordarían un tren que los llevaría hasta San Sebastián, lugar en el que se reunirían con los guías. Se instalaron en un coche de segunda, y según he oído contar a mi padre duró unas seis u ocho horas, llegando al amanecer a San Sebastián. Cuando cayó la noche iniciaron la caminata hasta que el manto de la oscuridad lo cubría casi todo, hasta que divisaron unas moles enormes y oscuras, eran Los Pirineos. Comenzaba así la ruta del reencuentro en pleno mes de enero, uno de los más fríos del invierno español. Mi abuela abrigó bien a sus hijitos, con gorros en la cabeza, abrigos con las solapas bien levantadas, bufandas bien enrolladas en el cuello, y parte de la cara. Después de largas horas de caminata, el cansancio de mi abuela y sus dos hijos se hacía sentir. Los mismos guías le propusieron a mi abuela descansar en una casita que hacía función de posada, mientras ellos intentaban parlamentar con los dueños. Al principio se negaron por la cantidad de personas que tenían hospedadas, pero mi abuela con sus hijos de la mano le suplicó una y mil veces que la ayudaran. De pronto, cuando ya todas las esperanzas parecían perdidas, apareció una muchacha muy amable, que le preguntó a mi abuela su nombre, y al responderle mi abuela “Me llamo Blanca mi vida”, aquella muchacha la abrazó llorando, y diciéndole cuanto mi abuelo le había rogado que los atendieran si pasaban por la casa, pidiéndole mil excusas, y dándole cuantas satisfacciones se le ocurrían. ¡Todo resuelto!, en un abrir y cerrar de ojos estaban sentados al lado de la hoguera, sobre la cual colocó aquel ángel disfrazado de mujer, una sartén enorme, en la que empezó a echar huevos y chorizos, como para que comiera un pelotón, ¡el olor era a gloria! Para acabar de calentar bien los motores, les trajeron un buen vaso de vino tinto, mi abuela quiso poner objeción por la corta edad de los niños, pero la joven dijo, ¨no importa, el vino les hará bien¨ y mi abuela le hizo caso. Según mi padre aquella joven tuvo una esmerada atención con ellos. Descansaron toda la noche, el día siguiente y casi caída la noche, se despidieron de aquella casa que albergó y salvó la vida primero de mi abuelo y luego la de mi abuela con sus dos hijos.

Boda de Santiago y Carmen.

Comenzaba la segunda parte de la jornada, aquella muchacha debía llevarlos hasta la frontera, claro, si la guardia civil no los descubría. Aquí tuvieron serias emociones, pues tenían que atravesar dos ríos con aguas casi heladas y ninguno de mis familiares sabía nadar, lo que hizo más peligroso el cruce. El primer río que cruzaron era el menos profundo, de corriente muy rápida, de fondo pedregoso y se hacían como olas de espuma blanca, al chocar contra ellos el agua a esa notable velocidad. Este, por su escasa profundidad, lo cruzaron todos a la vez, mi tía y mi padre encima de los hombros de los vascos, mi abuela a pie, pero agarrada por las manos de los guías. El otro río es uno de los principales ríos del país vasco, el Bidasoa, un poco más caudaloso que el anterior, y próximo a la frontera con Francia. Precisamente, a orillas de este río, en la población de Hendaya, sostuvieron los fascistas Hitler y Franco la reunión más importante entre ellos el 23 de octubre de 1940.

Aquí la táctica usada para el cruce fue otra; primero uno de los guías subió a mi tía encima de sus hombros para cruzarla, mi abuela y mi padre tenían una angustia horrible, al verla perderse en la noche río adentro, con aquel hombre, del cual no conocían ni su nombre. Al cabo de un buen rato, apareció de nuevo el hombre sin mi tía, la cual debía estar escondida en la otra orilla. Tocaba el turno de mi abuela y mi padre; el guía subió a mi padre a horcajadas en sus hombros, y el otro hizo lo mismo con mi abuela hasta que lograron tocar la orilla. En un montecito de bambú se reunieron los tres, que alegría sintieron.

FRANCIA

Esa noche descansaron, con una calefacción que les quitó el frio que traían. Al otro día, por la mañana mi abuela hizo los trámites de rigor y le comunicaron que ese mismo día podía hacer el viaje a París, todo era alegría. El reencuentro con mi abuelo fue de lágrimas, pero al final todos se sintieron emocionados y felices. En París, vivieron casi un año, en el cual, mi abuelo no pudo encontrar trabajo. Gracias a los dotes de mi abuela como costurera, pudieron subsistir, ya que ella

cosía muy bien la ropa fina de mujer. Mi tía y mi padre fueron aprendiendo con gran facilidad el idioma, para ayudar a sus padres a realizar las compras de la comida, y otros servicios que necesitaran, eran los intérpretes de la familia. Como en Francia no tuvieron una situación económica favorable, mi abuelo decidió viajar a Cuba. Con una ayuda que les concedió el gobierno francés, sacaron los pasajes y en avión de Cubana de Aviación hicieron el viaje.

A la izquierda, mi padre y sus hermanas, a la derecha, mi madre y sus padres.

LLEGADA A CUBA

Aterrizaron primero en Camagüey, un 28 de Julio de 1949, allí se hicieron una foto al pie de la escalerilla del avión. Luego de un poco más de tiempo, aterrizaron en La Habana. Durante la llegada de mis abuelos, esposa e hijos tuvieron que vivir agregados en casa de un hermano de mi abuelo llamado Jesús, en Miraflores (Naranjito). Luego vivieron en Párraga. Posteriormente, en el municipio Boyeros, construyó una modesta casita en el Reparto Parajón. En este poblado continuaron sus estudios y la familia creció al dar a luz mi abuela, a su tercera hija: Dania Álvarez Marín.

Mi padre y mi tía estudiaron siempre en escuelas públicas, cursando todos los grados con buenas notas. Cada uno de ellos se graduó y comenzaron su vida laboral. Mi padre tuvo un primer matrimonio de la cual nacieron dos hijos. Esta unión no pudo materializarse del todo y deciden separarse. Años más tarde mi padre conoce a mi madre: Carmen Acosta Castro. De este feliz matrimonio nacen dos hijos, Yaritza Álvarez Acosta, la autora de este relato y mi hermano Abel. Actualmente mi padre tiene 81 años de edad y padece de Alzheimer degenerativo, pero a pesar de su enfermedad aún recuerda y añora la tierra que lo vio nacer. Sería para mí un inmenso placer conocer la madre patria de mis ancestros, y revivir las anécdotas que mis familiares me contaron en diferentes épocas de la vida.

Iris Martín Gallego

CARTA DE UN EMIGRANTE

(USA, Reino Unido)

A quien pueda interesar.

Escribo esta carta desde Oxford en Inglaterra, donde he estado viviendo los últimos dos años con mi marido, también español, y mis dos niños. Esta es mi segunda mudanza internacional, antes de eso, nos fuimos de Madrid a Nueva York en 2013, y vivimos allí hasta que en 2020 llego la Covid. Mi vivencia es probablemente muy diferente a la que mi abuela, que nació en 1930, vivió. Teniendo que mudarse al pueblo de al lado del que se crío en Salamanca, porque era donde mi abuelo tenía más posibilidades de trabajo arando las tierras. También diferente a la de mi padre y mi madre, que se fueron de sus pueblos natales en Salamanca y Cádiz, para empezar una vida en Barcelona, donde había más trabajo en fábricas que en las zonas de campo.

En el 2013, cuando nos mudamos a Nueva York, España venia de una gran recesión, que había empezado con la burbuja inmobiliaria en 2008, y había evolucionado a una situación con cifras de paro y deuda disparadas en 2012. Cuando dejamos Madrid, la tasa de paro era del 25,7%, es decir que una de cada cuatro personas que conocías estaba sin trabajo. Estaba trabajando para una cadena internacional de hoteles, y uno de los jefes que teníamos en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York, me llamo porque tenían una vacante, y querían considerarme para el puesto. Fue un proceso de selección duro, incluyendo entrevista final cogiendo un vuelo un domingo, y volviendo el mismo lunes por la tarde, pero me dieron el trabajo y las cosas estaban en marcha. Tuvimos que planear una

boda, vender dos coches, y meter en cajas todas nuestras cosas en los dos meses que tardaron en llegarnos los papeles del visado. Íbamos a ciegas sin saber que esperar de la experiencia, pero sabíamos que si dejábamos pasar este tren, probablemente nunca más pasaría. Era algo que siempre me había gustado soñar, vivir en el extranjero, conocer otras culturas de primera mano y aprender cómo viven en otras sociedades. Además, por mi trabajo, todos los días hablaba con personas de diferentes nacionalidades en diferentes países alrededor del mundo. Por mis experiencias de vida, y laborales, hay dos enseñanzas vitales que he aprendido. Una que todos somos diferentes, pero queremos las mismas cosas. Dos, que una vez que estas más de un año fuera de tu hogar, ese nuevo sitio se convierte en lo que llamas casa, y ya no sientes que perteneces a ningún sitio, en un aspecto nostálgico, pero también maravilloso, sientes que podrías ser ciudadano del mundo, no sólo de donde naciste.

Dicho esto, en el momento que dejas atrás lo que has conocido toda tu vida, las cosas más simples se vuelven imprescindibles. Cada año nuestra familia venía a visitarnos con la maleta llena de galletas Príncipe, magdalenas y queso manchego, todo de España. Cosas como las natillas se convirtieron en artículos de lujo. Lo primero que te inunda cuando estás fuera, además de echar de menos a tus seres queridos, lo que primero extrañas, son los sabores y la luz del sol. Es una ironía, es el mismo sol, pero no luce igual. Los sabores te pueden transportar inmediatamente, todavía recuerdo ponerme a llorar en unas vacaciones en el barrio cubano de Miami, porque me sirvieron un café con leche en vaso e inmediatamente me supo a España. Son emociones inexplicables, como las de ser capaz de reconocer a una familia de españoles en Manhattan desde lejos, por la manera de gesticular, la expresión de la cara y la mirada. De alguna manera, estar fuera te acerca más a lo que significa ser de España. Te encuentras también haciendo cosas que quizá no harías si siguieras en el país, como llamar a diez pastelerías de manhattan para encontrar un roscón de reyes, y viajar hasta donde está la pastelería de Queens que los tiene más auténticos, comprarlo religiosamente cada año, para que tu hijo que ha nacido allí participe de la tradición.

Nuestros primeros tres meses fueron un completo choque cultural. Aprendes a no asumir, lo que tu entiendes por normal. Porque, ¿qué

es lo normal? No es lo que hay en general en todos sitios, sino sólo lo que tú conoces, y esta obviedad se le olvida a uno hasta que llegas al supermercado a hacer la compra y tienes que invertir veinte minutos en encontrar cada sección. O te acostumbras los fines de semana a invertir tiempo en ir a la lavandería, porque no hay lavadoras dentro de las casas. Pero más allá de lo mundano, y de las pequeñas cosas que de repente se convierte en un mundo, es el carácter de tus raíces, y el del nuevo sitio donde estás viviendo. También tu mentalidad es diferente cuando estás visitando por ocio, a cuando estás viviendo. Te cambia completamente la mentalidad, la manera en la que absorbes las diferencias, porque sabes que están ahí para quedarse, y tienes que aprender a adaptarte sin cambiar tu esencia.

Poniéndolo en perspectiva, una de las cualidades más generalizadas que he encontrado en los españoles es nuestra hospitalidad, y resalta todavía más cuando estas fuera. Si tengo que resaltar una cualidad de los americanos, que me gusta quedarme como propia desde entonces, es el positivismo, el intentar mantener una actitud optimista, y creer que todo es posible hasta que te demuestren lo contrario. Los valores son los mismos, pero las prioridades son diferentes. El ritmo de vida marca como ganas dinero y en que lo gastas. Los sueldos de media son el doble de lo que puedes encontrar en España, pero también lo son los gastos. La diferencia más grande la marca el seguro médico, eso determina literalmente tu capacidad de desarrollo en el futuro, donde vas a vivir y lo que te puedes permitir. Aprendí a normalizar conversaciones que en España me hubieran resultado imposibles, sobre lesiones que tenían que esperar a ser operadas porque la persona no se lo podía permitir. Ese fue uno de los principales motivos por los que decidimos marcharnos de Nueva York, ambos trabajando en turismo teníamos un futuro incierto, a expensas de cuando reabrieran mi hotel, y sin poder permitirnos seguro médico. Así que, de nuevo, vender coche, meter todo lo que podías permitirte llevar, decidir que dejar atrás, esta vez la mudanza no la pagaba la empresa, así que muchas cosas tenían que quedarse allí. Y todo en un tiempo record de diez días, porque era cuando salía el último vuelo antes de que cerraran todas las conexiones. Eran tiempos de confusión en todo el mundo, y en momentos así necesitas estar cerca de tu familia y de tu apoyo vital, así que regresamos a España hasta que pudiéramos respirar tranquilos y volver a empezar.

Estuvimos tres meses allí y nos mudamos en plena cuarentena a Reino Unido. Llegamos de nuevo a lo desconocido, pero no se sentía extraño, algo en nuestra cabeza había cambiado, y ya no nos generaba miedo el llegar a un sitio completamente diferente. Hemos aprendido muchas cosas de los ingleses en estos dos años, y hemos reafirmado las que ya sabíamos de los españoles, que nos gusta ser hospitalarios y ayudar, dar de comer y beber a la gente. Probablemente mi abuela no se creería las vueltas que hemos dado si viviera para verlo, la perdimos en medio de una niebla de demencia cuando la Covid llegó y se la llevó, pero seguro que en alguna parte ahí arriba, sonríe con todas nuestras aventuras, y las muchas más que nos quedan.

Al final, no importa donde estés, si tu familia está contigo, tu casa está donde ellos estén. Estos pequeños momentos son los que representan lo más importante de lo que hemos vivido estando fuera todo este tiempo. Nos gusta mucho vivir en Reino Unido, porque estamos más cerca, y podemos visitar España cada vez que el corazón lo necesita.

La riqueza de vivir en diferentes países, es una experiencia de por vida que nos sentimos orgullosos de poder dar a nuestros hijos, pero lo que lo hace más valioso es el hecho de poder seguir manteniéndolos conectados a sus raíces en España. Vivimos en un mundo en el que la economía marca las diferencias entre países, pero está en nosotros preservar lo que de verdad es importante, tanto lo que nos hace iguales, como lo que nos atrae por diferente.

Ana María Mateos

SÓLO UN ANHELO DEL ALMA

(Argentina)

LA CONEXIÓN CON MI ABUELO MATEOS

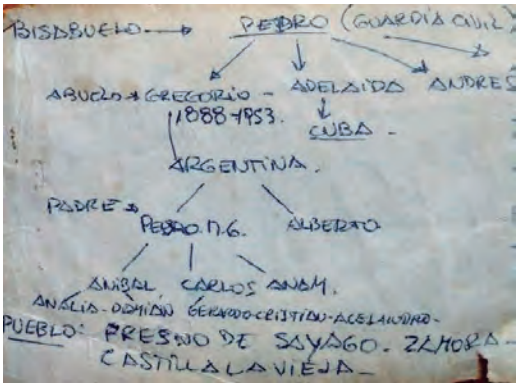
Mi padre, Pedro Mateos, como suboficial del Ejército Argentino, había sido destinado a la ciudad de Río Gallegos, provincia de Santa Cruz, a 2550 km al sur de Buenos Aires. Un lugar con clima muy frío y con vientos de 120 km/h. Allí le habían asignado una casa en el barrio militar para vivir con su familia; mi madre (embarazada de mí de ocho meses), y mis hermanos, Aníbal de cuatro años y Carlos, también de cuatro.

Corría el mes de marzo del año 1953. Se presentó en su casa un soldado preguntando si estaban todos en casa, si estaban todos bien: —¿Qué pasa? —Preguntó mi padre— Es que escuché por el telégrafo que está llegando una mala noticia. Alguien falleció en Buenos Aires. Parece que un tal Goyito. En esa época los telegramas se recibían por telégrafo en código morse, y luego se transcribían a papel, para que un cartero pudiera entregarlo en el domicilio. Este proceso tardaba varias horas. Mi padre, pensando que se trataba de su hermano Alberto, a quien apodaban así, fue inmediatamente a la oficina del correo. Allí le entregaron el telegrama: "Falleció papá. Goyito". Así supo que Goyito era quien firmaba el telegrama. Había fallecido mi abuelo Gregorio. ¡La situación fue muy triste, estaba tan lejos! Debido al embarazo de mi madre, no le fue posible a mi papá viajar a Buenos Aires para despedir a su padre, y acompañar a su madre y hermano en esa circunstancia tan dolorosa.

Mi abuelo había salido ese día, como todos los días, a hacer el reparto de leche, en su carro tirado por su fiel caballo. A pesar del intenso calor de más de 45ºC, no había querido ese día dejar a sus clientes sin la leche para los niños. Alguien lo encontró desvanecido en el carro, no hubo nada que hacer. Había fallecido. Así fue que mi abuelo y yo no pudimos coincidir en esta vida. Él, terminando su vida en el extremo calor en Buenos Aires. Yo, iniciando la mía un mes después en el extremo frío de la Patagonia argentina. Quizás esa circunstancia marcó en mí el anhelo inmenso de conocerlo, de saber su historia, conocer su pueblo, recorrer esos caminos, desandar el tiempo hasta llegar a los orígenes, buscar familiares, volver a enlazar las ramas de ese árbol. Y así ser yo quien vuelva a su pueblo, tal como él lo habrá deseado tantas veces. Cerrar ese círculo, y permitir que nuestras vidas se encuentren por fin. ¡Vamos, abuelo, vení conmigo! ¡Vamos a cumplir tu anhelo y el mío!

EL ANHELO

"¡Nena! (Así me llamaba siempre mi papá) Escribí esto que te voy a decir. Porque después uno se olvida. Quizás un día puedas encontrar a alguien..." En la nota se refiere al bisabuelo como Pedro Mateos (guardia civil). Los hermanos de mi abuelo Gregorio (1888-1953) son; Adelaida, que partió hacia Cuba, y Andrés, e indica la existencia de un tercer hermano sin especificar el nombre. Despues se refiere a Pedro M.G. Mateos (mi padre), Alberto (mi tío). Más abajo aparece el nombre de mis hermanos con sus hijos, y mi nombre. Por último, el pueblo, "Fresno de Sayago, Zamora, Castilla la Vieja".



Así me pasó toda la información que tenía sobre la familia que había quedado en España. Lo anoté todo en un papelito de unos 10 x 6 cm.

Pasaron los años. En 1996, luego de dos años de permanecer en un ensueño, reviviendo su niñez en la estancia donde se había criado con su hermano, mi papá partió también. Hasta ese entonces no había podido agregar ninguna información a ese papelito. Lo tenía siempre a mano y al verlo cada vez, mi corazón daba un salto. ¿Cómo hacer? ¿Por dónde empezar?

LA BÚSQUEDA, EL COMIENZO

En 1997 llegó la primera computadora a mi casa. Algo de otro mundo para mí. Sólo la manejaban mis hijos. Teníamos servicio de internet por vía telefónica, bastante caro, precario, lento. Sólo se usaba para el estudio o el trabajo. Poco a poco, las cosas fueron cambiando, mejoró el servicio de internet, se instaló separadamente del teléfono. Fui aprendiendo a manejar el PC, y así fue llegando la época de los emails, los foros, el chat. Comencé a entrar en los foros de los pueblos de España, dejando mensajes, esperando respuestas. Muy lentamente todo en el mundo se fue digitalizando, ¡Se abrió un abanico de posibilidades! Pude entrar a la página del CEMLA (Centro de Estudios Migratorios de Latino América) Allí existen los registros de las listas de pasajeros que llegaron en barco al puerto de Buenos Aires. Encontré personas con el mismo nombre y apellido, pero en ninguno de los casos concuerda la edad que tendría mi abuelo al momento de llegar. A la actualidad, no hay cambios en esta situación.

Museo de la inmigración, ex Hotel de Inmigrantes.

Mapa de Fresno de Sayago, Zamora, España.

También consulté la página del ex Hotel de Inmigrantes, hoy convertido en el Museo de la Inmigración. No logré encontrar datos allí.

Una de las entradas al pueblo.

Llegó el día en que pude recorrer el pueblo de mi abuelo en un mapa virtual. ¡No podía creer que todavía existiera, estaba ahí! Tenía unos 80 habitantes. Mi sueño se reafirmó, lo sentí más cercano, más tangible. ¡Quiero conocer Fresno!

Las calles de Fresno.

La iglesia y el pueblo.

MATERIALIZANDO SUEÑOS

Dicen que cuando alguien desea algo con mucho fervor, a la vida no le queda otra opción que dárselo. De pronto un día alguien respondió el mensaje que hacía mucho había dejado en el foro, "Mi madre se ha emocionado al oír nombrar a Gregorio que siempre supo que se había marchado a Argentina". Luego... silencio. Nunca más se contactó. Mucho tiempo después, en el mismo foro, alguien escribió: "Hola! Soy Juan, el nieto del hermano Andrés de tu abuelo Gregorio, tu primo segundo", ¡Me galopaba el corazón, qué emoción inmensa!

Juan me pasó muchos datos de la rama del árbol familiar que derivaba de Andrés (Hermano de mi abuelo), y además me contó sus recuerdos a modo de semblanza. Me dio a conocer el segundo apellido de mi abuelo: Burrieza (En Argentina se acostumbra usar sólo un apellido, el paterno). Eso me facilitó muchísimo al momento de buscar personas y ordenar las generaciones. Juan un hombre mayor, no se entendía muy bien entonces con las nuevas tecnologías. No tenía internet en su casa, y tenía que salir para comunicarse conmigo. Él me ayudó a completar los nombres de los hermanos de mi abuelo Gregorio: Andrés, Adelaida, María Consolación y Emilio. Luego de varios emails, se cortó la comunicación. Según supe después, su esposa se encontraba delicada de salud, y él no salía de su casa para poder cuidarla.

Unos años más tarde, encontré en Facebook la página del centro Zamorano en Buenos Aires (Casa de Castilla y León), no dudé en entrar y contar sobre mi búsqueda. Me comentaron que ellos no tenían facultad para pasar información sobre personas, pero me ofrecieron su apoyo para contactar con instituciones de búsqueda. Además, es un hermoso grupo humano que está siempre presente para mantener vivas las raíces, las tradiciones y el recuerdo de la tierra natal de nuestros ancestros. A raíz de esa publicación, al poco tiempo me contactó Manoli y después su hermana Puri. ¡Su madre recordó haber oído de la partida de Gregorio! Ella es sobrina nieta de mi abuelo. Mi parentesco con ella es de primas segundas. Los lazos

comienzan a unirse más. Con los datos que me pasó logré armar parte de una rama, la que proviene de la hermana María Consolación de mi abuelo (También incluyó una foto de ella con su esposo y sus hijos). Aparecieron además algunos datos de Adelaida, otra de las hermanas, la que había partido a Cuba. Las cosas se fueron acelerando. Noni me contactó a través de Facebook. Me dijo que le sonaban los apellidos, que se volvería a contactar. Ella es la esposa de Joaquín, otro de mis primos segundos, quien me contactó inmediatamente. ¡Un contacto de lujo! Él tuvo el privilegio de ser el depositario de algunos documentos e información de la familia, de parte de su tío, una persona muy metódica y prolija que había guardado muchos datos y documentos importantes. Joaquín me facilitó muchísimos nombres y parentescos provenientes también de María Consolación, la hermana de mi abuelo. Gracias a él conozco los nombres de mis bisabuelos y tatarabuelos. Y sigue esforzándose mucho por encontrar nuevos datos.

Al poco tiempo, apareció Eva, que, al igual que Juan, es descendiente del hermano Andrés de mi abuelo. Ella me acercó datos acerca del primer matrimonio de mi tío abuelo Andrés, algo desconocido para mi hasta el momento. Me envió fotos del pueblo y algunas del cementerio. Los cementerios son lugares muy importantes a la hora de recopilar fechas y parentescos. Con algunos datos que me pasó logré inferir que quizás mi tío abuelo Andrés que viajó varias veces a Argentina, hubiera conocido a mi padre cuando tenía unos cuatro años (Año 1920). Aparentemente él había trabajado en la misma estancia que mi abuelo Gregorio, o quizás en las inmediaciones.

A día de hoy, con la información que pude rastrear en estos años logré armar un árbol que ocupa varias páginas de un cuaderno universitario con muchísimos datos y anécdotas que aún tengo que ordenar y pasar en limpio. Contiene el desarrollo familiar a partir de tres de los cinco hermanos Mateos Burrieza, nacidos en Fresno de Sayago, quienes por circunstancias económicas muy difíciles decidieron separarse, y aceptar la oferta de trabajar, y comenzar una nueva vida en América. Los datos de los otros dos hermanos se diluyen en el tiempo y no he encontrado aún quien recuerde algún detalle, o sepa dónde buscar más información. Seguramente con el tiempo aparecerán.

Monumento al emigrante, Vigo.

ARMANDO LA HISTORIA: LA PARTIDA

Sin duda la separación fue muy dolorosa. Una mezcla de tristeza y de esperanza. Los padres deseando retener a sus hijos con el alma, pero sabiendo con el pensamiento que tenían que intentarlo, tenían que irse. La extrema pobreza y la falta de trabajo no era un buen futuro para ellos. Una decisión difícil, la casa quedaría vacía. Para los hijos, la enorme tristeza de dejar una vida entera en el pueblo y dejarlo todo para afrontar un nuevo futuro incierto, el desarraigo, el temor a lo nuevo, pero aferrados a la esperanza de volver a verlo partieron hacia América. Había mucho qué hacer ahí. Iban a "hacer las Américas". Para muchos, entre ellos mi abuelo, el regreso no fue posible...

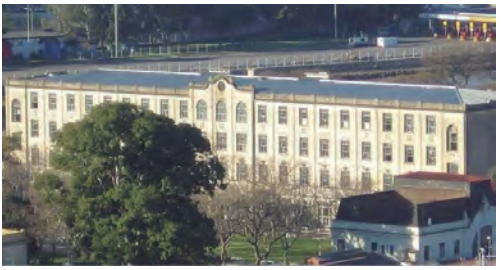
LA VIDA DE MI ABUELO MATEOS EN ARGENTINA

A su llegada a Buenos Aires como a tantísimos otros, los esperaba esa ansiedad "¿y ahora? ¿Por dónde empezar?" Nada fue un lecho de rosas. Las multitudes de inmigrantes eran recibidos en el puerto por escribientes que, sentados en una larga mesa, tomaban nota de los datos. Muchas veces, especialmente con los apellidos no españoles, cometían el error de escribirlos tal como sonaban, eso dificultó mucho el rastreo de antepasados de origen italiano, francés, alemán. Algunas personas voluntariamente se cambiaron el apellido, otros se cambiaron o quitaron nombres, algunos mintieron en la edad. El control no era exigente en esa época, tampoco era posible que así fuera debido a la enorme cantidad de personas que ingresaban.

Llegando al puerto.

Para ese entonces, principio del siglo XX, Buenos Aires ya era una ciudad caótica, chocante para quienes venían de pueblos pequeños. Muchos de los recién llegados podían hospedarse por cinco días en el Hotel de Inmigrantes mientras buscaban trabajo. Los que ya tenían algún familiar o amigo que hubiera llegado antes, eran recibidos en alguna habitación de los conventillos. Eran las casas que las familias

pudientes habían dejado desocupadas, donde los inmigrantes de diferentes orígenes podían alquilar habitaciones. Allí tenían cocina, baño, piletas de lavar, comedor, todo de uso común. No era fácil la convivencia debido al hacinamiento. De estos lugares, debido a la variedad de idiomas, surgió el lenguaje propio de Buenos Aires llamado lunfardo, base de las particularidades del idioma español que se habla en Argentina.



El Hotel de Inmigrantes, Puerto Madero. Buenos Aires.

Dormitorios del Hotel de Inmigrantes.

Algunos inmigrantes venían ya con referencias de dónde pedir trabajo. Otros, golpeaban de casa en casa en la búsqueda de alguna tarea que se adaptara a lo que sabían hacer. Desconozco si ese fue el caso de mi abuelo, y cuánto tiempo permaneció en la ciudad hasta encontrar trabajo. Lo cierto es que consiguió un puesto en el interior de la provincia de Buenos Aires, en la ciudad de Daireaux. Fue contratado para hacer tareas de campo en la estancia "La Larga", un latifundio de más de 20 leguas cuadradas, perteneciente al entonces presidente de la República Argentina, General Julio A. Roca. Se desempeñó como puestero primero, y luego tuvo a cargo el cuidado de los caballos.

Allí conoció a mi abuela Cándida Cao Arnáu, gallega, de Lugo. Mujer fuerte, de mucho carácter, muy valiente. Había viajado sola a Buenos

El comedor del Hotel de Inmigrantes.

Transporte desde el hotel al conventillo.

Avenida de Mayo, centro de Buenos Aires. Año 1910.

Estancia “La Larga”, Daireaux, provincia de Buenos Aires.

Calle Maipú, principal de Banfield. Donde se encontraba la casa de mi abuelo, en el Nº 1108.

Aires mintiendo la edad para que le permitieran viajar (tenía 15 años, dijo que 18). Buscando por la ciudad, después de mucho andar, había conseguido trabajo de cocinera en la misma estancia. Tuvo que aprender una por una las recetas propias del campo argentino: los embutidos, los guisos, también sabía hacer manteca y dulce de leche. Además de sus tareas habituales; sabía coser, bordar, tejer. Fue muy estimada por la familia Roca con quienes mantuvo contacto hasta muy avanzada edad. Ella falleció a los 91 años sin haber padecido enfermedad alguna, sólo el desgaste propio de la edad, cumplido el tiempo, su vida se apagó en el año 1968.

Se habían casado en 1915. Tuvieron dos hijos: Pedro, mi padre (según decía mi abuelo, le puso ese nombre en honor a su amigo que quedó en Fresno), y Alberto, mi tío. Mi abuela viajaba en tren a la Capital a parir a sus hijos en un hospital, y luego, a los pocos días volvía a retomar sus tareas en la estancia. Cuando mi padre cumplió 9 años, en el año 1925 la familia regresó a Buenos Aires. Gracias al duro trabajo de esos años, pudieron comprar dos propiedades, paradójicamente, en el partido de Lomas de Zamora, ciudad de Banfield, al sur de la Capital Federal. Allí criaban gallinas, tenían higueras, parras. Llevaban una vida tranquila. A don Gregorio le gustaban mucho las comidas que hacía mi abuela y disfrutaba el café recién molido. Cuentan que lo compraba en *Bonafide* a pocas cuadras de su casa (todavía existe el local en ese mismo lugar), de a poca cantidad, para que siempre fuera recién molido.

Allí mi abuelo cambió el trabajo del campo por el de comerciante. Logró tener un importante reparto de leche. Con su carro tirado por

El carro lechero.

un caballo, iba a la estación de tren de Banfield a la madrugada, a esperar la llegada de los tachos de leche fresca. Antes de comenzar a vender, controlaba la calidad de la leche con un densímetro que llegó a mis manos hace tiempo, y todavía atesoro. En esa época los clientes lo esperaban con una olla, allí recibían la leche. Al entrar, esa olla iba directamente al fuego para hervirla y que no se echara a perder. Tuvo dos caballos que le ayudaban en el trabajo. Uno de ellos muy inteligente que conocía el recorrido sin que hiciera falta orden alguna. Cierta vez un vecino le pidió prestado el carro para hacer una diligencia. El caballo lo llevó a hacer el recorrido completo y el señor no pudo ir adonde necesitaba. Don Gregorio, como todos lo llamaban en el barrio, fue una persona muy metódica, llevaba cuentas de todo el dinero que ganaba en unos libros diarios muy grandes que yo ojeaba fascinada a mis dos años de edad (recuerdo haber preguntado por qué el abuelo dibujaba "sillitas al revés", refiriéndome a los números cuatro que aparecían en sus cuentas). Toda persona que haya conocido a mi abuelo Gregorio refiere que fue una buena persona, un "tipazo" como se dice en Argentina. Si bien llevaba su libro de cuentas, no se fijaba si algún cliente no podía pagar. No reclamaba, sólo le dejaba la leche de todas maneras, agregando además una "yapa". Una de mis primas cuenta que cada vez que iba a comprar la leche, mi abuelo le regalaba un pequeño paquete de galletitas "Manón" muy populares en esa época, que él tenía a mano para los niños.

Algunos vecinos que aún están en el barrio, cuentan que lo acompañaban de "colados" en el carro a hacer el reparto. Él los llevaba sin poner objeción. Estaba siempre de buen humor. También mis hermanos recuerdan haberlo acompañado. Mi padre le ayudó en esa tarea por algunos años hasta que le tocó el servicio militar (año 1938). Luego se incorporó al Ejército Argentino, en esa época una excelente opción para estudiar mecánica, que era su vocación. Fue destinado a Río Gallegos, Provincia de Santa Cruz, donde fue uno de los miembros pioneros del primer regimiento destinado allí. Cumplía tareas de mantenimiento de los camiones que abastecían de carbón de piedra la ciudad, y daban asistencia a los nativos tehuelches ubicados al pie de la cordillera de Los Andes. Les alcanzaban provisiones, y

mantenían interesantes conversaciones. En una zona extremadamente fría e inhóspita, avanzaba con su camión guinche al frente de una caravana de camiones para cumplir con las tareas asignadas. Allí se encontraba mi papá al momento de recibir la noticia del fallecimiento de mi abuelo[1].

A LOS QUE QUEDARON EN FRESNO

Regimiento 24 de infantería Motorizada. Río Gallegos.

Como tantos otros que vinieron a "hacer las Américas", los inmigrantes hicieron un aporte invaluable a la cultura de los pueblos americanos. Trabajaron durísimo, dejaron huellas profundas, construyeron desde abajo, desde la familia, con todos sus valores y su simpleza.

Sepan que mi abuelo, Gregorio Mateos Burrieza, fue un hombre de bien, de buena familia, una buena persona. Trabajó duro, logró salir adelante, criar a sus hijos, cuidó que nunca les faltara nada, progresó, recibió el respeto y el cariño de todos quienes lo conocieron. Fomentó en sus hijos el amor por su pueblo Fresno de Sayago, no permitió que se borrara la memoria de su amada familia zamorana. Y tan fuerte fue su legado, que hoy, después de tantos años, gracias a la tecnología, puedo abrazar ambas puntas de esta historia, y hacer más tangible ese retorno tan ansiado y así poder reconocernos como una familia íntegra.

[1] Este documento no se adjunta en este trabajo, para no comprometer la privacidad de muchas personas que se mencionan. Por supuesto se le dará a conocer a las familias involucradas, con el objeto de que puedan agregar o cambiar lo que consideren necesario.

Dicen que las personas sólo mueren cuando son olvidadas. Nadie morirá aquí. Esta historia se completará cuando llegue a Fresno, recorra sus calles, toque esas piedras, respire ese aire, cuando conozca sus familias y me cuenten sus historias. Me da mucha felicidad saber que los que quedaron tampoco olvidaron a los que partieron. Permanecieron sus espacios vacíos. Soñaron con verlos volver. Son también buenas personas, con las mismas raíces...

Quedo muy agradecida con todos los familiares que fueron contactándose con mi misma ilusión, con esa buena predisposición de ir a Fresno a tomar fotos, de averiguar datos, reunirse con aquellos que quizás tienen alguna anécdota o recuerdo.

Siento que ambas partes necesitábamos armar esta historia. Es algo inexplicablemente sencillo: Sólo un anhelo del alma. Mi abuelo Gregorio irá conmigo a ocupar su lugar, y por fin sanarán esas viejas tristezas...

Es nuestra tarea mantener encendida la llama, para que la memoria siga viva en los retoños.

Aldo Óscar Miranda

EL MISMO CAMINO

(Argentina)

La abuela Isabel, acostumbraba por las tardes a sentarse en su sillón, ya hundido por tantos años de encuentros juntos, y tantas soledades. El sillón, muy pegadito a esa ventana, que por incontables amaneceres había recibido su mirada, cuidado y limpieza, también estaba gastada y vieja por el tiempo. Algunas veces, sus hábiles manos maduraban con la lana o el hilo, alguna prenda, otras, miraba a través de los vidrios transparentes sin ver nada, solo sus pensamientos y recuerdos vivían en esa vista, fija y detenida en el tiempo. Los ojos, abiertos y sin parpadear, parecían duros, pero la comisura de sus labios reflejaba una tenue sonrisa feliz, insinuando querer ocultar alguna tristeza. Sus manos vacías, entrecruzadas sobre su falda, se asemejaban a un nido, como queriendo acunar para sí, todos esos recuerdos, además de su duro y arduo pasado. Ese pasado que, más allá de sus sin sabores, le había regalado, como fruto, a su querida familia. Esos ojos grandes, tan fijos, parecía que conformaban como un refugio, para aquel recuerdo de su inolvidable y humilde pueblito provinciano, donde el sol del amanecer nacía todos los días, entre las pocas casas que había, dejando ver hasta el horizonte. Sus rayos, aún tenues, remarcaban el verde de los árboles y los sembrados, con cambiantes coloridos, e iluminando como en un escenario a las aves y pajarillos que, en variados colores, hacían vistosas cabriolas en el aire, mientras las mariposas comenzaban a surcar el aire.

Todo ello (recordaba), eran el marco de los primeros movimientos mañaneros de su terruño. Le parecía ver, también, a las personas que ya comenzaban su labor, algunos en el campo, otros con su caminar lento, pero firme y constante hacia sus quehaceres diarios, por esas calles de tierra y barro, con alcantarillas para que corriese por ellas el agua de la lluvia, así se embarraban, pero no se inundaban y podían pasar los carros, *sulkys* y caballos de la época. Completando así, el

comienzo de poblar las no muchas calles y veredas que poco se diferenciaban entre sí.

Como la mayoría de esos antiguos y pequeños asentamientos provincianos, hace muchos años, tenían su iglesia, su calle principal, una plaza y algunos carros, carretas, bailantas y gente con carretillas cargadas, además algunos gauchos a caballo, circulando muy tranquilamente por esas arterias de tierra. Ella, sentía también a su lado ese niñito, todo sucio y embarrado, con los pantalones cortos y las zapatillas azules, esas zapatillas que solo se las sacaba para dormir y que tanto quería. Le parecía, sentir su bracito a través del tiempo, entre sus manos. Instantáneamente, se transportó a aquel día, que le dijo a su travieso pequeñín:

> *—¿Mira cómo estás?, siempre con esa pelota, no tenés vergüenza..., no sé, cómo voy a lavar esa ropa, no vas a salir más a la calle. ¡Los vecinos van a decir que tu mamá es una dejada!, ven aquí, que te voy a pasar un trapo mojado por esas patas y rodillas negras como el carbón. Te lavas la cara y el pelo en el fuentón, con el agua de lluvia..., porque a la tarde, hoy te voy a bañar todo.*

Por esos tiempos, el baño no era muy constante en función de la incomodidad y el frío, ya que podía acarrear alguna enfermedad chica, pero ante la gran carencia de cobertura para la salud, enseguida todo se podía transformar en un gran problema. Los tiempos que corrían, eran muy duros, agresivos y además estimulados. Por la gran pobreza reinante, hacían resaltar la falta de una gran fuerza de trabajo, y el gobierno estimulaba el pedido de trabajadores a otros países. Llegando así, camadas de personas con variadas nacionalidades, que se esparcían, radicaban y además poblaban, algunos pueblitos muy humildes como este. La segunda opción era ir a los campos u otros lugares, aún con muy poca explotación, donde se los pudiese requerir y tuviesen un espacio para ellos.

Así, la vida por esos tiempos de su familia, según sus recuerdos, donde ella, criada con estructuras educacionales muy rígidas, fuertes castigos corporales y poca cultura, conformaban su mundo campestre. Allí, todo giraba al compás del trabajo y las órdenes del amo de la casa, por lo que la escuela, casi no se la conocía, y aun teniendo conocimiento de ella, no se la tenía en cuenta. En realidad, para los mayores no era desconocida la educación, pero por el muy dificultoso acceso para

llegar a los sitios de estudio, ante las grandes distancias, falta de transporte, tiempo de traslado, etc., no lo consideraban apropiado y menos para el sexo femenino.

Pero la vida no se detiene en circunstancias y al igual que la rudeza y pobreza, también estaban los lindos momentos para olvidar los problemas. Inolvidables eran, generalmente, los domingos. En la pulpería, sus espacios muy grandes y parajes para carreras de caballos, sortija, doma, etc., comenzaban desde la mañana. Con los payadores que amenizaban la velada y servían para que, al escucharlos, la gente consuma más bebidas, siendo el lugar de reunión para toda la vecindad. El mostrador estaba protegido por grandes y fuertes rejas hasta el suelo, además de los reforzados tablones que, colocados detrás de las rejas en caso de urgencia, protegían a los dueños y la mercadería. Al medio día, estimulados por los chismes recibidos, la música fuerte que se sentía de lejos, el colorido entorno y el sabroso olorcito de los chorizos, morcillas, entrañas y asado, colocados casi siempre en cruz alrededor del fogón (a fin de llamar la atención). Comenzaban a llegar las familias, un gran movimiento con fluida circulación de comensales, mayores, jóvenes y pequeños, se movían y repartían por todos los sitios y juegos, de acuerdo a sus gustos y conveniencia. Los sectores más concurridos, siempre estaban determinados por los entretenimientos, cancha de taba, bochas, sortija, sapo y carreras de caballo o de embolsados.

De acuerdo con su memoria, a la noche, el predio se llenaba de faroles y lámparas a kerosene, preparando el gran final, "El baile al aire libre", marcando la pista, recién regada para aplastar lo más posible, el polvo de tierra y unos cuantos luceros con aserrín y kerosene, colgados de un largo alambre, para iluminarla lo más posible. Algún que otro acordeón, guitarras y alguien que se animaba a cantar, hacían que la noche no fuese tan negra, y las pupilas de todas las campesinitas se encendiesen de chispeante alegría y emoción. Todo, para poder conseguir a su hombre que las lleve al poblado, las haga señoras y les dé hijos. Las polleras grandes, con enormes enaguas almidonadas, rodetes en la cabeza, un pañuelito siempre entre las manos y en zapatillas de lona con medias "tres cuartos" negras o grises, se revoleaban por los aires haciendo levantar polvo en la pista de tierra, a pesar de estar recién regada y alardeando con el ir y venir de sus movimientos, al compás de la música casi siempre repetitiva, chispeante y muy alegre. ¡Qué recuerdos imborrables aquellos, que hacían llenar su corazón de júbilo...!

Los inmigrantes o forasteros, eran los que más atraían las miradas de las jóvenes campesinitas, posiblemente por ser estos, algo distintos en sus modales y trato, o por contar ellos con más educación y cultura. Atributos estos que era mejor esconderlos a fin de no tener desencuentros con su entorno. La mayoría de ellos no querían problemas ni pleitos, porque siempre salían perdiendo y, además, en tiempos de poca cultura, el cuchillo, machete, facón o la navaja, eran los reyes y los que mandaban, especialmente en los bailes. Así esos tiempos, olvidados en el tiempo. Pero el encuentro y camino a recorrer por los seres humanos, no está regido por leyes, límites, distancias, credos, nombre de países ni color de la piel. Así, esta paisanita muy humilde, aquerenciada en una familia que la recogió por no tener papá ni mamá, se levantaba antes que salga el sol para ir al tambo, ordeñar las vacas, y así llevar la leche fresca a toda su familia que tanto quería, en agradecimiento por tenerla con ellos.

Y allí, todo su ser renace, cuando recuerda que, entre vergonzosas miradas y mejillas sonrosadas, encontró a ese galleguito que, entre danza y danza, sin un peso ni donde caerse muerto, pudo darle una familia, hijos y lo más importante, poder ser ella mamá con un papá, cosas que la vida le había negado. Su sonrisa, nacida espontáneamente ante estos pensamientos, la devuelve nuevamente a su cuarto, donde todavía podía sentir a su lado el bracito de su pequeño niño que, como la gran mayoría en esa época, sobresalía por su oscura indumentaria, producto de estar constantemente en la tierra, el barro y jugando con la pelota de trapo. Por ello, las reprimendas, zamarreos, tirones de oreja y rezongos constantes, eran la constante de todos los días para la mayoría de los pequeños.

Pero ese día, ante tanta mugre, ella recuerda haberlo tomado fuertemente con dos dedos por la parte superior de su oreja izquierda. El niño, pataleando todo sucio con la pelota de trapo en la mano, no paraba de gritar y vociferar, pero consiguiendo hacerlo caminar, aunque a la fuerza, para lavarse. Mientras caminaban por el pasillo de la casa hacia el fuentón con agua, por el fondo de la casa apareció el papá, pipa en mano, caminando suavemente como si, en lugar de andar, estuviese mirando la vida a su alrededor y le dijo, como al pasar: —¡Deja vieja!, el barro con el agua se lava y mientras el niño corra, juegue, esté sano y feliz, nosotros también somos felices.

El papá, como ya mencionamos, era un español (le decían el gallego). La vida lo había depositado en ese pueblito provinciano y no quería descargar en sus hijos la agresividad del ambiente, sino que intentaba darle un mundo, posiblemente conocido por él, con otra cultura, otros modales, otra manera de trabajar en comunidad, etc. A este galleguito, como lo llamaban, le gustaba también, por las tardecitas sentarse en un tronco al fondo de la casa, rodeado de algunos árboles y malezas. Su pensamiento volaba como los pájaros, y hasta a veces, muy pocas, los ojos se le llenaban de lágrimas que no alcanzaban a rodar por sus mejillas. Posiblemente, recordando a sus seres queridos o la guerra de su país, que le había llevado tantos hermanos y amigos; o también sus montañas, su río en el cual había tenido muchos momentos alegres, soñando con su futuro, allí sentado sobre una piedra y mirado el interminable horizonte de aguas y montañas, que tanto amaba. Solía llegar ese niño con los brazos abiertos, abrazándolo hasta que lo sentaba en sus rodillas y le contaba sus recuerdos, de ese río con piedras de las montañas, que por no haber en esa zona geográfica en donde vivían, el niño no conocía. Siempre añoró volver a su terruño algún día a ver sus hermanos y amigos, pero la vida no lo quiso así. Además de figurar en su país como desertor. Sus papás, hermanos y toda su familia, habían quedado en España, allá tan, pero tan lejos para él. La guerra había hecho que lo enviasen fuera del país, para que no se lo lleve como a tantos, pero a veces su soledad, le parecía tan dura como esa guerra, hasta que Dios, en su inmensa sabiduría, le regaló la familia.

Aquella tarde, el sol esparcía su luz de vida, mientras los pajaritos cantaban y brincaban sobre el verde follaje de los árboles. Parecía que, con sus coloridos revoloteos y trinos alegres, querían mostrar al mundo lo hermoso que es vivir en libertad. Una suave brisa primaveral soplaba sobre aquel pequeño pueblito, perdido en las pampas del olvido y debajo del árbol, en el fondo de su casa, seguía sentado sobre ese viejo tronco el galleguito, al final de ese patio grande, rodeado por el gallinero, la pequeña huerta, un montecillo de árboles frutales y aquel aljibe en el centro del gran patio, rodeado de macetas con flores y algún limonero o naranjo en flor en su alrededor cercano. Acostumbraba tomar un palito o una ramita y clavar la vista en el horizonte, mientras con ella hacía en la tierra dibujitos. Ya estaba viejo y habían pasado muchos años de aquel momento, que no podía olvidar, pero su mente, continuaba repitiéndole constantemente, siempre el mismo pensamiento.

Yo era tan niño..., recordaba, cuando la milicia española se apareció en casa. A los golpes y culatazos derribaron la puerta de entrada y sin decir palabra, tres fuertes detonaciones que mis pequeños oídos las sintieron como explosiones, hicieron tambalear a papá y otras tres, a mi hermano mayor. Abrieron sus bocas enormemente, como queriendo hablar, y sus manos se cubrieron de sangre al llevarlas al pecho. Cayeron ambos al piso en un charco de sangre, ya sin vida. Mis pequeñas manos se aferraban temblorosas y con desesperación al largo, ancho y oscuro vestido de mamá. Todo mi cuerpito temblaba como una hoja en el viento, las lágrimas brotaban como manantial, y sin darme cuenta, el pis comenzó a recorrer mis piernitas hasta formar otro charco debajo de mí. Los fusiles nuevamente apuntaron, pero esta vez a mi mamá, mientras uno de ellos decía "¡Apúntale a la cabeza y terminemos esto de una buena vez!", pero el jefe se adelantó diciendo "¡Basta, coño!, vayámonos..., ella es tan burra y bruta que no entiende nada de política". Aún con los cuerpos ensangrentados en el piso y mis otros hermanos lejos, sentí los brazos de mamá que me tomaban en los suyos y fue entonces, cuando comenzamos a correr. Trepamos y bajamos varios morros, hasta que apareció el mar a lo lejos. Ya en el puerto, subimos a ese barco tan grande. Mis manos no se despegaban de su vestido, llorando, suplicando, gritando y pataleando, pero los fuertes brazos de aquel marinero no tuvieron compasión y me arrancaron de ella, hasta depositarme en estas tierras.

Corrió el viejo tronco donde estaba sentado, para disfrutar más la sombra del árbol, y el anciano se sentó en una punta. Movió nuevamente la varita en sus manos, cuando a lo lejos vio aparecer a su esposa con el mate, esa compañera que siempre lo había acompañado, en las buenas y en las malas. Viéndolo pensativo y triste, ella se sentó a su lado... Él la miró a los ojos y tomándola de las manos, cariñosamente le dijo: "¿Te acuerdas vieja del malevo Morlaca?", apretó sus labios la paisanita y sus brazos rodearon a su esposo. Luego cerró los ojos y se vio en ese campo que la vio nacer.

Hacía poco tiempo (recordaba), que había dejado la etapa de niñez, cuando fue por primera vez al baile. Mis buenos momentos pensaba, se contaban con los dedos de una mano, por ello ese domingo era especial para mí. Iría al baile donde la noche no era tan negra y mis pupilas de jovencita contenta veían el sol, aunque no fuese de día. Con chispeante gozo y emoción, mis ojos querían salirse de sus

órbitas ante tanta música, alegría, color y fuerte sonido... Y allí estaba ese galleguito que, entre danza y danza, me hacía sentir en sus brazos, ser la mujer más feliz del mundo y la más bella del pago. De pronto, mi corazón dio un salto, era el malevo "Morlaca", con cortaduras en su cara de algunos encuentros a cuchillo en eventos anteriores, y con triste fama en todo el pago, de matón asesino. Lo vi pararse frente al galleguito y desenfundando el facón le dijo: "¡Esta prienda es para mí, a ver si sos macho!", sentí caer otro cuchillo cerca de los pies del galleguito, pero casi no tuvo tiempo. El facón del malevo se incrustó de lleno en su vientre y la sangre brotó como agua entre sus dedos. Cayó boca arriba, mi llanto regó su rostro y mis lágrimas como lluvia no paraban. Sin embargo, Dios no quiso que ese fuese su último día y al no haber tocado ningún órgano importarte, la herida, con hierbas de la curandera y el cuidado que le brindé sin moverme de su lado, salió adelante.

Se acurrucó más a su lado, entregándole el mate y mirando sus profundos ojos azules, le dijo, "¡No!, no puedo olvidarlo, ellos, mis hijos y tú, son mi vida y mi existir". Y sus ojos se llenaron de lágrima sin llamarlas, en esa habitación de color gris tiempo, con esa tenue luz sobre el ambiente, quizás pensando que, en el cielo ya la estaban esperando.

El trabajo de estos inmigrantes, fue muy duro, emprendedor y tenaz ante las adversidades. Por lo que estos pequeños, pobres pero pacíficos pueblitos, que dieron su tierra y los cobijaron para poder crear sus propias familias, mucho les deben no solo a sus hijos nativos, sino también a todos los llegados de otras latitudes. Estos pequeños y olvidados asentamientos provincianos, pudieron demostrarle al mundo, que también existen desconocidos conquistadores, que no aparecen en los libros, porque no llevan la cruz, armas, ni siembran un camino de muerte. Estos nuevos conquistadores que, únicamente con el trabajo y amor, consiguieron más que conquistar tierras... Sembraron las raíces con hijos y familias para llenar esas tierras de vida y trabajo, fomentando un país, que aprendió a amar la paz, la libertad, y a trabajar en comunidad. Años y tiempo no se detienen..., Dios sigue estando en todos lados, sin fronteras ni límites y continúa pidiendo "el mismo camino" (amor, igualdad y respeto).

Relato basado en recuerdos de la mamá, escritos por el niño de la pelota de trapo.

Rosanna Moreda Carrizo

UNA SANGRADEIRA EN EL PAÍS DE JUANITA

(Uruguay)

La muerte puede disparar el relámpago a su alrededor, como cualquier otro suceso de la vida, de la naturaleza misma. Ya sé que están pensando en buitres o en gaviotas, en el picoteo contento sobre la carne ya inerte. Pues así es. Supe que dejaría Foz, el pueblo de mi padre en el Cantábrico gallego, cuando el citado murió. Recuerdo como si se tratara de una película de esas que se asientan para siempre en un rincón privilegiado de nuestra memoria, cuando lo velamos en la habitación que era solo mía en el caso de no tener veraneantes. El momento en que le besé en la frente, luego de observarlo muy de cerca por un rato interminable... lo helado que estaba. Besé un pedazo de mármol. Y ese mármol se llamaba Víctor Moreda. Tal fue mi primer encuentro con la misteriosa dama. Poco tiempo después: Uruguay. ¿Qué era Uruguay para mí, me preguntan? Primero que nada, el país lejano de mi madre, y luego toda la extrañeza, el calor, la pasta casera, los tangos roncos y donde Elsa aprendió a cantar "La loca del Bequeló", canción dramática donde las haya. En aquellos tiempos, los divinos años 80, todavía se conservaba bastante intacto el mito de la aventura transatlántica. No como ahora, que la gente se sube a un avión como si se tratara de un autobús, y no se da cuenta de que ha cambiado de país hasta que le avisa el móvil.

En aquellos tiempos, viajar, conservaba todavía un algo de arrojo. Mi madre Elsa Carrizo, también llevada por la misteriosa dama, era la tercera uruguaya del pueblo. Yo siempre quise emigrar a Uruguay, mi hermano Flavio no tanto. Curiosamente él, a quien también se llevó

la misteriosa (a estas alturas ya menos misteriosa, pues se le veía demasiado el plumero), terminó sus días allí, aunque haya muerto técnicamente en el aeropuerto de Barajas, mientras que yo luego de algunas cabriolas, me instalé en la ciudad herculina. Uruguay para mí era exótico. Hace años tenía algo de sentido este concepto. La sola pronunciación de Uruguay me llenaba de felicidad. Por aquello de la rima con guay que en plena movida se repetía todo el tiempo, y por la propia fonética charrúa o guaraní, qué sé yo. Teníamos un libro muy vistoso de países, y en una de sus páginas se leía: Uruguay y Paraguay: la historia del país rico y del país pobre. Más adelante volveré sobre esta cuestión. Con 14 años me despedí de Foz con los bolsillos empapados (había metido apresuradamente allí las lágrimas de mi mejor amiga Verónica, porque de los nervios, no tenía donde atesorarlas) y una mudez repentina que me impidió hablar hasta que tomamos mi primer avión. Hasta que pisé el país riñón, como me gusta llamarlo, mi único contacto con Uruguay eran mi madre con sus historias rocambolescas (era verdaderamente un personaje muy extravagante). Las otras dos uruguayas de Foz (todo lo contrario, a extravagantes), ciertas comidas como los triple sándwiches que los amigos de mi hermano devoraban, y las cartas, las fotos, las cartas-fotos y los paquetes. Por las cartas-fotos, me refiero cuando el anverso sería la foto, y el reverso la carta. Sabrán tan bien como yo, que hace décadas, se escribía detrás de las fotos. Supongo que habría más motivos que el aprovechamiento del espacio en blanco, porque en realidad, yo arruinaba muchas estampas al escribir por atrás, ya que tengo una letra muy marcada y repleta de tinta, pero lo seguía haciendo. Les explico: Mi tía Anita es una de las hermanas mayores de mi madre, y Mónica es su hija, es decir, mi prima mayor por parte de madre. Desde pequeña, las hermanas y hermanos de Elsa (once en total, contando a la pequeña Lilián Mabel que falleció con solo tres años de edad), eran para mí seres a medio camino entre lo humano y lo fantasmal. La impresión que tengo es que antes, al no disponer de un mundo paralelo tan mediado por las imágenes, a diferencia de la actualidad, las personas que sabíamos que existían pero que no conocíamos en carne y presencia, habitaban otra especie de dimensión. No las configurábamos como reales porque la técnica no nos los permitía. No como ahora que sería necio hablar de un mundo "real" y otro "virtual". Si a esto se le agrega la imaginación de una niña de padre marino diagnosticado a los cuarenta y pocos años de esquizofrenia, que vivía en un pueblo de en aquel entonces, bastante menos de 10.000 habitantes, donde las almas en pena competían en canto con las lechuzas, esa presencia fantasmal, se acentúa, se

sobredimensiona, y adquiere una configuración completamente integrada a lo que eran mis felices días. Pero al mismo tiempo, esas figuras fantásticas que eran mis familiares, tenían algo de vamos a decir, sagrado. Porque mi madre, ni un solo día desde que abandonó el paisito, dejó de pensar en su familia, y de hablarnos de ella. Y aunque esté mal decirlo, mi tía Anita era su hermana preferida. Cuando miraba aquellas fotos e intentaba memorizar todos los nombres, algunos difíciles como el de mi tío Aníbal, tenía la impresión de estar conjurando un rito que me atravesaba, que venía desde mucho más atrás que mi madre, y que no se acabaría nunca. Era el rito de las olvidadas porque se han ido, han cometido la osadía de dejar la pachamama, esa poderosa madre tierra, pero sin embargo recuerdan a sangre y fuego.

EL RITO DE LAS MIGRANTES

Y una vez en Montevideo, como que el rito se escondió, más bien se puso a descansar por algunos años, para luego levantarse lleno de vitalidad. Y paso a relatarles en este preciso momento, algunos episodios que me llenan de vergüenza, como que, al pisar suelo montevideano por primera vez en mi vida, me llamó la atención la cantidad de gente negra que allí vivía. Recordemos que Montevideo tiene una población afrodescendiente notoria en comparación con otras ciudades latinoamericanas. El caso es que yo no estaba acostumbrada. Es más, el primer hombre negro que creo haber visto por primera vez, era un vendedor de alfombras, en Foz, y yo tendría unos 10 años. Y he de confesar que me asustó la diferencia, y que eché a correr. Les informo que Foz no es Burela, donde desde hace décadas, la población caboverdiana es numerosa y está bien asentada. De ese primer, si se quiere, racismo infantil, fui como quien dice evolucionando, hasta que finalmente, terminé dedicándome a la igualdad (sí, ese concepto tan manido, pero tan necesario si se parte de la base de que hablamos de igualdad de derechos de las diversidades, obviamente. Pero como siempre me toca aclararlo, lo he vuelto a hacer casi que de forma mecánica).

Retomemos ahora lo del país rico y el país pobre que les prometí. Era en el barrio de la Unión, donde mis tres tías abuelas Clara, Maruja y Rosita Carrizo, junto con un pequeño puñado de hermanos varones, tenían el caserón al que pusimos de nombre “Comercio”, porque así se llamaba la calle. Y la basura volaba por los aires. De repente me pareció ver tierra por todas partes. De ahí que, para ponerlos en situación, las hojas virtuales en las que escribo, elegí que fueran de ese color

canela adherido al recuerdo del que les vengo a hablar, con ese pedacito de ola azul gallega representada si observan el final, en la esquina izquierda de cada página. Ese pedacito de ola con olor a salitre y algas que da vida a mis pulmones y que siempre me acompaña, esté donde esté. Un color, (y ahora vuelvo al canela), que con el tiempo se me hace bonito, mientras que de pequeña me producía desagrado, porque en mi mente de niña, cuya familia siempre soñó con subir el peldaño tan ansiado de la clase media, asociaba inmediatamente la mugre con la pobreza, y vi que aquel libro no tenía la razón. Me llevó bastantes más años de los que hubiera deseado, darme cuenta de que la riqueza y la pobreza tienen que ver con otras cosas, a decir de Mujica. Para mí, emigrar, no fue tanto descubrir un país nuevo, como reencontrarme con un lugar al que pertenecía desde antes de nacer. Justamente, porque de allí era mi madre. Y cuando la madre de una se muere joven, y la primera de sus tres criaturas antes que Flavio y servidora, ha sido víctima del tráfico humano (sí, lo que están pensando, un bebé robado fue mi hermano mayor), créanme que se acentúa esa sensación. Sin embargo... Qué verdad la de María Casares cuando afirma que siempre llevó su Galicia a cuestas. Y cuánto horror al descubrir que mi acento era objeto de burlas, y que toda España era Galicia. ¡Hasta las tropicales islas Canarias! Siempre me sentí una persona incompleta, imposible de definir como de aquí o de allá, porque a todo esto se añade, que soy catalana de nacimiento, y que pasé allí más de una década, cuando volví a emigrar del paisito a Barcelona. Y el único alivio a ese estar partida en dos o tres de por vida, es que hay mucha más gente como tú.

Pero volviendo al hilo de la basura, el hecho en sí fue medio traumático. Lo mismo abrió un antes y un después: Del supuesto orden europeo al supuesto caos sudamericano. De ahí que mi madre resolvió apresuradamente instalarme por más de ocho meses en el pueblo de su prima Susana Acuña, a quien ella quería mucho: Nueva Helvecia, que pertenece al departamento de Colonia, a un paso de Argentina. Y allí comenzó el periplo de mi adaptación. Curiosamente, en Nueva Helvética no era “la gallega”, sino “la española”. ¿Significaría aquello que había subido de categoría? Quiero pensar que no. O en todo caso, si así era para la sociedad, ese ente que va de abstracto, pero que de abstracto tiene poco, para mí, jamás. Porque, aunque mantenga una relación amor-odio con Galicia, eso es solo producto de la excesiva confianza. Cuando me integro en el verde y en la lluvia, y en su mar, es decir, cuando la habito. Cuando estoy lejos, la fuerza de su imantación

de tierra mágica, tarde o temprano me lleva a ella. Es como si me llamara, incluso en sueños, su mejor elemento líquido de comunicación.

Pero permítanme dejar por el momento Nueva Helvecia y Galicia, y llevarles de la mano al barrio de Villadolores, en Montevideo. Esta casa significó mucho para mí, porque permitió el ansiado reencuentro con Flavio. Volvíamos a ser una familia, solo que sin mi padre. Este barrio, conocido antiguamente como La Mondiola es motivo del mítico tango "Garufa" de Roberto Fontaina y Víctor Soliño, cuya letra con explicaciones mías del lunfardo uruguayo al margen, dice así:

> *Del barrio la Mondiola sos el más rana (algo así como pilluelo) y te llaman Garufa por lo bacán; (comodón, por no necesitar trabajar) (persona alegre, fiestera). Tenés más pretensiones que Bataclana (coristas parisinas de la Bataclán que llegaron a Buenos Aires en los años 20) que hubiera hecho suceso con un gotán. (Tango al revés. En el lunfardo rioplatense es común hablar al revés). Durante la semana, meta laburo, y el sábado a la noche sos un doctor: Te encajás las polainas y el cuello duro y te venís para él. Garufa, ¡Pucha que sos divertido! (Eufemismo para no decir puta) Garufa, ya sos un caso perdido; Tu vieja dice que sos un bandido porque supo que te vieron. La otra noche en la calle San José (Calle céntrica de Montevideo donde abundaban los Garufas). Caés a la milonga en cuanto empieza y sos para las minas el vareador (Las chicas, el paseador que presume, que se luce). Sos capaz de bailarte la marsellesa, la marcha a Garibaldi y el trovador. Con un café con leche y una ensaimada (nótese que los postres también son un fiel reflejo de la emigración, en este caso catalana, la ensaimada es casi más popular en Uruguay que en la misma Cataluña) rematás esa noche de bacanal, y al volver a tu casa, de madrugada, Decís: "yo soy un rana fenomenal".*

Antes de la antigua Mondiola pasé con mi madre un mes, (mi hermano ya vivía allí desde hacía dos años, pues dejó Galicia antes que nosotras), en otro de los caserones heredados de la familia, en el mismo barrio de la Unión, pero en una calle conocida como Irlanda. Fue una estadía muy breve; el tiempo que le llevó a Elsa comprar la casita de Villadolores. Cumplí mis 15 años en Irlanda, y decidí no hacer la fiesta típica en esos países para las adolescentes. En realidad, se trata de un rito de paso, y tiene una fuerte impronta patriarcal. Las jóvenes se

visten de blanco y bailan con todos los varones de la familia. Se supone que, mediante ese rito, dejan de ser niñas para pasar a ser mujeres. Cuando mi madre me preguntó si querría fiesta o un pequeño viaje (a Buenos Aires, que el dinero no abundaba para viajes más largos), yo no lo dudé: ¡EL VIAJE! Pese a que había asistido a unas cuantas fiestas de 15 y las disfrutaba (principalmente por la comida del banquete), nunca las llegué a entender. Es más, percibía un extraño alejamiento de esas amigas ayer desprolijas y hoy maquilladas, con zapato blanco de tacón, de peluquería, y yo misma, que me sentía a años luz de toda aquella parafernalia. Me preguntaba: ¿Tendré que pasar por esto para convertirme en mujer? Y se me hacía un nudo en la garganta, porque de ser así, prefería quedarme niña, y por lo tanto, más cercana a los niños, que no estaban diseñados para tal rito. En el caserón de Irlanda, volvamos a él, supe que mi abuela Juanita y su marido, mi abuelo el Toto, habían tenido a su numerosa prole. Era ella una niña más, siempre contenta, y gran amadora del chocolate. Me decía Elsa, que parecía su hermana más que su propia madre, y que la recordaba por su alegría, a pesar de la pobreza de su medio.

De Uruguay ambos, aunque descendientes de una mezcla común: emigrantes de países europeos como Portugal, Italia y España, y guaraníes de Argentina y Uruguay; era un matrimonio por lo tanto criollo, como tantos del paisito. Se podrá observar, que en esta clase del año 1930, correspondiente a un 2º año de educación primaria, de un aula de más de 40 niñas y niños, se aprecian solamente poco más de 12 niñas, y la proporción va disminuyendo a medida que de manera inversa, avanzamos en los años de primaria. Por lo tanto, es entendible que mi madre estuviera orgullosa de haber terminado el liceo, como se llama allá, aunque no alcanzara a cursar el bachillerato. El destino de las mujeres uruguayas no difería del de las mujeres de la mayor parte de los países del globo: quedarse en casa y reproducirse. Y eso es lo que hizo mi abuela Juanita, hasta que esa misma reproducción (que intensiva, y no tan intensiva, puede ser letal, aunque sea tabú hablar de ello) acabó con su vida con poco más de cuarenta años.

Yo..., cómo les diría, podría continuar hablándoles del resto de domicilios y sus respectivos países que he ido habitando, pero voy a detenerme por acá. Quizá porque luego de la casita de Villadolores comencé a vivir en algunas pensiones y casas de familia antes de instalarme por bastantes años (desde 1992 hasta 2000 exactamente) con el que en aquel entonces era mi marido: Federico Macazaga otra vez en una

Imagen de niñas y niños en clase de segundo de primaria en Uruguay en 1930.

callecita del barrio de la Unión, barrio por excelencia de mi familia materna, donde como comentamos, estaban los dos caserones queridos "Comercio" e "Irlanda". Pero ya quisiera dejarlo en este debutar del siglo XXI. Quizá porque hay cosas que no pueden ser escritas. O, mejor dicho: no llegó la hora de que sean escritas. Porque en ocasiones, el solo hecho de accionar ciertas teclas, puede accionar también el muelle de muchos miedos. Más bien de muchos horrores. De sangre incluso. O quizá por aquello de que soy sangradeira, como así apodaban en Foz a mí abuelo Eliseo Moreda (el marino de nombre bonito y cachetes colorados), que no cicatrizo, porque somos de una estirpe que sangra por costumbre.

Pero resisto. A pesar de que soy la última Moreda de nuestro clan. Es decir, una vez muerta yo, al no haber tenido descendencia, el apellido Moreda de mi linaje en concreto, se extinguirá. De ahí que este relato autobiográfico sea una oda importante a la forma generacional de desaparición de mi rama paterna. Al escribirlo desde una inmersión plenamente verídica, el fundirse en el universo se vuelve colectivo de forma inmediata, de alguna manera más material. Mi historia pasa a ser gen. Me han dicho tantas veces que tenía que escribir un libro de todas estas tragedias y otras que no fueron contadas... (que conste que lo hice y lo sigo haciendo). Más de uno. Quizás esa sea mi misión: catalizar catástrofes. Por lo tanto, ni la condena de los cien años, ni la que más importa, la de la soledad. Sin embargo, yo sí puedo decir que tuve una segunda oportunidad.

Cyntia Moron

RELATO AUTOBIOGRÁFICO

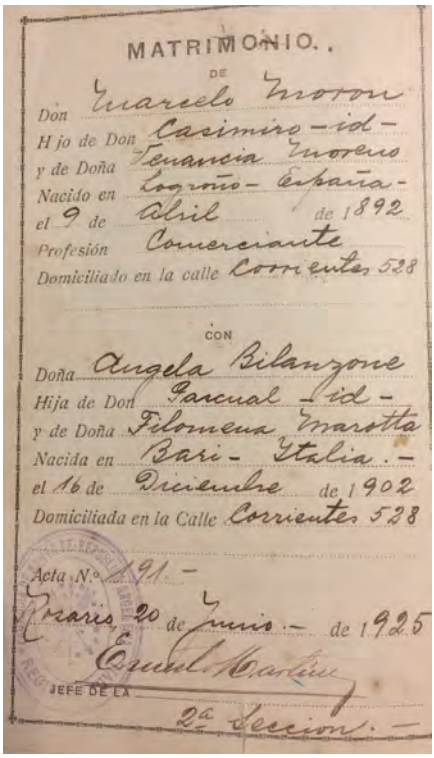
(Argentina)

Miro tu foto, la misma que vi a lo largo de mi vida como una imagen más, pero ahora es distinto, se hace un puente y desaparecen los kilómetros y los años, será por lo que descubrí recientemente que me siento una consecuencia de tu vida, de tus elecciones. Ese gesto, esa mirada ahora me transmiten dulzura, amor, pero también un profundo dolor, y sin poder razonarlo me sumerjo en este camino de que me cuentes tu vida, aunque nunca te conocí me sorprende lo que va llegando a mí.

Hasta ahora eras el abuelo Marcelo..., que vino desde Logroño joven, y conoció en Rosario a una italiana hermosa, se casaron y tuvieron tres hijos, luego se mudaron a Buenos Aires donde nació el cuarto y último, que era mi papá. Te dedicabas al comercio, y aprendiste el oficio de camisero. Tu muerte fue repentina, tenías 58 años, mi papá tenía 14, sufrió mucho tu perdida, le hiciste falta, esa fue la historia hasta ahora. Pero un día de septiembre de este año, tu nieta más chica hizo una pregunta que yo le repetí a otra nieta que vive en España, y gracias a ella, que compartió todo lo que guardó por años, pasas de lo abstracto a lo real, tus facciones cobran movimiento. En principio agradezco todos los custodios de este tesoro de palabras, y a vos por escribir esas cartas, porque me permiten conocerte y saber lo que sentías. Y ahí es

Marcelo Moron Moreno.

Foto de la familia.



MATRIMONIO.

DE

Don Marcelo Moron
Hijo de Don Casimiro -id-
y de Doña Venancia Moreno
Nacido en Logroño - España -
el 9 de Abril de 1892
Profesión Comerciante
Domiciliado en la calle Corrientes 528

CON

Doña Angela Bilanzone
Hija de Don Pascual -id-
y de Doña Filomena Marotta
Nacida en Bari - Italia -
el 16 de Diciembre de 1902
Domiciliada en la Calle Corrientes 528

Acta N.° 191 -

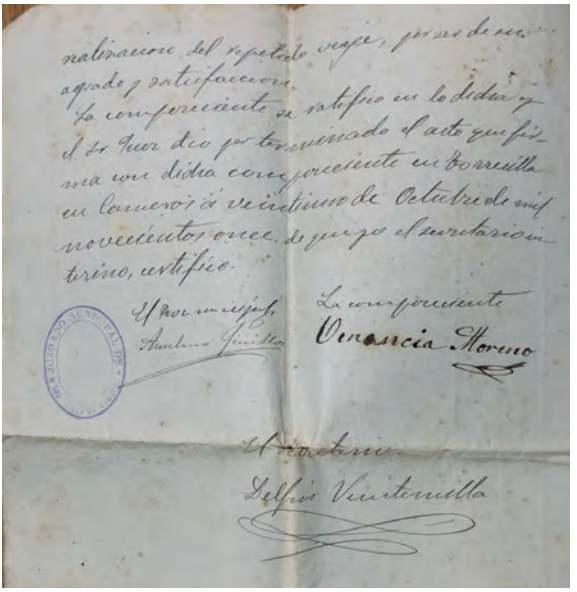
Buenos Aires 20 de Junio - de 1925

JEFE DE LA 2a Seccion. -

Certificado de matrimonio.

donde descubro realmente a mi abuelo Marcelo Moron Moreno, que nació en 1892 en Torrecilla de Cameros, hijo de doña Venancia Moreno y don Casimiro Moron, que también murió Joven. Como consecuencia de ese hecho, viajas a Argentina teniendo 16 años, siendo el mayor de varios hermanos. en paralelo comienzo a investigar tratando de armar un rompecabezas y formulando preguntas que nunca me hice hasta ahora:

¿Por qué viniste tan chico? ¿Cómo te recibió Argentina?, por lo que escuché siempre fue un país de oportunidades y de buena gente. ¿Qué pasaba en España, o en tu familia, para que tu mamá tomara esa decisión, y que después enviara 3 hijos más? ¿Las costumbres que tenía mi padre de regalar orquídeas, o de traernos regalos cuando estábamos enfermos, el gusto por la Paella, o el queso, se los transmitiste vos? ¿Después de 1938 que paso? ¿Qué fue de las hermanas que vinieron a Argentina? ¿Tu hermano Eduardo que Murió acá, había formado una familia? ¿Te enojaste con tu tierra? ¿Al perder tanto allá la



Hoja de autorización del viaje.

angustia no te dejo volver?, por lo que sé ninguno de tus hijos quiso viajar.

En la actualidad sigue pasando, hay muchos argentinos hoy descendientes de otros, que como vos vinieron a forjarse un futuro que viajan a España con el mismo anhelo. Lo primero que hice, y gracias a la tecnología, fue buscar ese lugar cuyo nombre leía por primera vez. Torrecilla en Cameros, en La Rioja, España. A través de la computadora comencé a ver fotos, mapas, preguntarme si te bañaste cuando eras chico en el rio Iregua y si le rezaste a Nuestra Señora de Tómalos antes de viajar. También veo que hay un centro de migrantes con el que trataré de comunicarme, para seguir conociendo esta historia. Es un pueblo hermoso, pero no lo veo solo con ojos de turista, ahora todo me resulta familiar, veo el nombre de las calles y quiero adivinar en cual quedaba tu casa, quiero recorrerlas, descubrir, respirar ese aire, rezarle a la virgen y agradecer.

Comienzo leyendo las cartas que le enviabas a mi abuela cuando todavía era tu novia, descubro que eras un buen comerciante del rubro textil, tenaz y constante que viajaba por la provincia de Santa Fé y de Buenos Aires, que aprendiste mucho y que hubo gente que te enseñó el oficio de camisero, esto fue lo que te permitió sostener a tu familia,

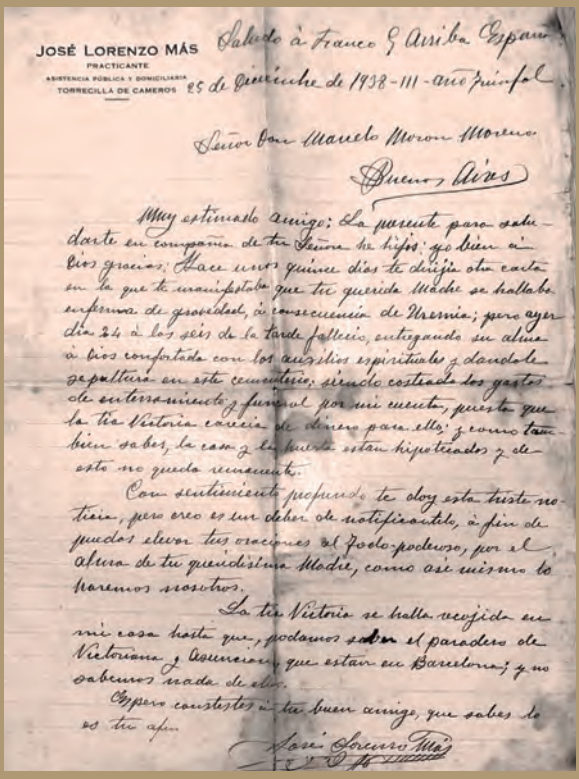
tener una marca propia y que después de tu muerte continuara tu hijo mayor. En varios fragmentos mencionas tu estado de salud, tu cansancio permanente tus reiteradas gripes, no sé si eso tuvo que ver con tu temprana partida. También eras un romántico, un hombre íntegro y empático, tu amada también sufrió mucho, una desgracia en su familia la dejo sola con 24 años y con tres hermanos menores, y vos lejos de asustarte, brindaste el apoyo y el amor para salir adelante.

Hay una carta fechada el 18/01/1925 que dice:

> *Estimada Angelita:*
>
> *Está usted dentro de mi corazón. De tal manera que no puedo dejar de pensar en sus condiciones que tanto me agradan; esta carta le demostrará que esto es verdad y le recordará que me tiene prometido quererme mucho, y que yo después de esa promesa solo vivo para quererla, y si me quiere a mi mucho, le aseguro que he de hacer que se considere la más feliz de las mujeres.*

En junio de ese año se casaron, ella te quiso hasta el fin de tus días y después también.

Por ultimo llega el turno a las cartas que recibías de tu madre y tus hermanas donde se hablaba de desgracia, miedos, necesidades, privaciones, cartas que tardaban en llegar y parecía que nunca eran suficientes. A medida que las leo descubro nombres, detalles, sentimientos, llegaste a Argentina en 1908 y las últimas cartas que leo están fechadas en 1938, y te las envió un amigo. Las leo con dolor y entre llantos, imaginando tus ojos recorriendo las mismas palabras, enterándote que tu madre estaba enferma, sola, y luego en otra carta el más doloroso final. Esa es la última que hay, también dice que no se sabe nada de dos de tus hermanas. Como quisiera leer las cartas que respondiste a esas tan dolorosas, lo que sentías con ese desarraigo y esa distancia imposible de acortar. Que ganas de abrazarte, de consolar tu pena. Pero lo que sí puedo hacer, es decirte que celebro tu vida, que agradezco que hayas tenido el valor de venir a esta tierra siendo tan chico y solo, de permanecer aquí y formar tu familia y que, aunque ese dolor te haya roto el corazón, no opacó tu humanidad ni tu esencia, fuiste un padre amoroso, así te recordaban, y gracias a vos mi padre también lo fue. A medida que conozco tu historia, tu letra, tus expresiones y tus decisiones voy reconociendo detalles de mi



JOSÉ LORENZO MÁS
PRACTICANTE
ASISTENCIA PÚBLICA Y DOMICILIARIA
TORRECILLA DE CAMEROS

Saludo à Franco ¿ Arriba España

25 de Diciembre de 1938 - III - año triunfal

Señor don Manuelo Moron Moreno

Buenos Aires

Muy estimado amigo: La presente para saludarte en compañia de tus Señora e hijos: yo bien á Dios gracias. Hace unos quince días te dirijia otra carta en la que te manifestaba que tu querida Madre se hallaba enferma de gravedad, á consecuencia de Uremia; pero ayer dia 24 á las seis de la tarde falleció, entregando su alma á Dios confortada con los auxilios espirituales y dandole sepultura en este cementerio; siendo costeado los gastos de enterramiento y funeral por mi cuenta, puesto que la tia Victoria carecia de dinero para ello; y como tambien sabes, la casa y la huerta estan hipotecados y de esto no queda remanente.

Con sentimiento profundo te doy esta triste noticia, pero creo es un deber de notificartela, á fin de que eleves tus oraciones al Todo-poderoso, por el alma de tu queridisima Madre, como asi mismo lo haremos nosotros.

La tia Victoria se halla recojida en mi casa hasta que, podamos saber el paradero de Victoriana y Asuncion, que estan en Barcelona; y no sabemos nada de ellas.

Espero contestes á tu buen amigo, que sabes lo es tu afm.

José Lorenzo Más

Carta con la noticia de la muerte.

padre, de mí y mis hermanos, eso es identidad y pertenencia, la misma que hace que ame España sin conocerla, sus costumbres, su música, y tantas cosas que no tienen explicación.

Pero hay algo pendiente, seguiré buscando las piezas que faltan, hoy quiero decirte que haré todo lo necesario para llegar a Torrecillas en Cameros, buscar el lugar donde descansa Venancio Moreno y Moreno, y Casimiro Moron, llevarles unas hermosas flores en tu nombre, contarles tu vida y la de tus hermanos. Llevaré mis lágrimas, que también son las tuyas, y la de tantos otros, que no pudieron sostener la mano de sus seres amados. Me presentaré como su bisnieta argentina, que ama su país porque te albergo a vos, y a tantos otros, y que nada de lo que sabe de la historia familiar le es indiferente.

Te quiero abuelo.

Cyntia Moron

Rosario Mourentán Pérez

NOSTALGIA E INCERTIDUMBRE DEL GALLEGO

(Brasil y Argentina)

Lejos quedan varias décadas, las cuales dejaron huella en mi familia gallega, igual en muchas otras españolas, causadas por las consecuencias de la guerra, y *a posteriori,* la inestabilidad económica del país. Tuvieron que dejarlo todo y partir, con el corazón roto a otros continentes, y es triste ver, como seis hijos lamentablemente tienen que emigrar, distantes del entorno de sus seres queridos.

Mis abuelos, Concepción Méndez y Francisco Mourentán, nativos de Touro (La Coruña), y casados, de su relación tuvieron siete hijos. Una niña gemela con estrella, y otro hermano, que fallecieron al nacer. De las seis hermanas, mi padre era el pequeño, único varón. Las hermanas de mi padre Maximino se llamaban Socorro, María, Virtudes, Purificación, Estrella y Leonor. Maximino Mourentán Méndez, nació el 10 de noviembre de 1931 en Enquerentes, en el Concello de Touro, de Santiago de Compostela (provincia de La Coruña). Estaba casado con Nieves Pérez, fallecida en febrero del 2008, y tuvieron cuatro hijos; Francisco, el mayor, que falleció muy joven tristemente (a los 16 años en 1975), y sus otras tres hijas: Rosario, Concepción y Salomé.

Las hermanas de mi padre Maximino se llamaban Socorro, María, Virtudes, Purificación, Estrella y Leonor. Contaba mi padre las anécdotas de cuando viajaban mis tías a España. Eran reencuentros deseados después de mucho tiempo. Todavía recordaba la tristeza de mis padres y hermanas cuando tenían que despedirse de ellas para cruzar

Libreta Cívica.

Cédula de Identidad argentina.

al otro país. Mis tías, estaban muy afectadas emocionalmente, y a la vez, satisfechas, de poder reunirse con su familia en su tierra, después de muchos sacrificios. El motivo por el que tuvieron que emigrar mis tías y los demás españoles tenía un factor un común. Así, la crisis del económica del país y las consecuencias de la guerra, afectaron masivamente a los ciudadanos. La gran mayoría de la población rural gallega seguía trabajando los campos en las aldeas, muy remotas y aisladas, con terrenos pequeños. Utilizaban aperos antiguos como la grade, el cañizo, el arado y el carro, poco eficaces. Todos esos materiales eran de madera y arcaicos, y no se preparaban los campos adecuadamente para recoger cultivos, además de la escasa variedad que cultivaban. Económicamente no eran rentables, además, el manejo de dinero escaseaba, no lo utilizaban en sus ventas, sino que intercambiaban los productos entre ellos como un trueque. La guerra ocupó un lugar importante hasta la década de los sesenta, y provocó años de miseria. Época en la que mis tías decidieron buscar lejos un lugar donde progresar, y sacar a la familia adelante.

Aquellas historias reales eran contadas por mi padre, los avatares del día a día, detalles con emoción y dureza de aquella época, en la que la necesidad de emigrar era evidente. Él se quedó en la casa natal, junto a mi madre Nieves, su hermana Virtudes, y mis abuelos. Le dejaron la mejora de las tierras de sus padres y había que trabajarlas.

La supervivencia por aquel entonces se hacía difícil. El trabajo en la agricultura y las tierras eran insuficientes para sostener a todos. Los conocidos del entorno y otras familias, también habían emigrado del mundo rural, la mayoría empobrecidos. El rumbo a otros continentes

supuso dolor, pero satisfacción también de los gallegos, progresando con negocios a costa de esfuerzo y dedicación. Las catástrofes de la guerra y el bajón económico en el país, marcaron tiempos difíciles. Solo llevaban las maletas y lo poco que tenían, y muchas veces el dinero prestado por algún familiar, para viajar al otro lado del océano.

Pasaporte.

Mi padre cumplió 91 años el 10 de noviembre. Quizás más favorecido en cuanto a tierras, le quedó su parte de mejora, y años más tarde, cuando ya mis tías habían resuelto la vida en Argentina y Brasil decidieron vender o pasar los terrenos de sus herencias a mi padre. Por ese lado, había aumentado su patrimonio. Sin embargo, no ha tenido la experiencia de conocer otras culturas, ni de viajar, ni de prosperar de la manera que lo han hecho sus hermanas, u otras familias. Arriesgándose con negocios, a veces dudando si serían rentables o no, pero finalmente lo sacaron de precariedades.

Pasaporte.

Los padres priorizaban el trabajo en sus tierras y la vida del campo antes que el colegio. Los niños faltaban días a la escuela para ayudarles, y no eran conscientes, que estudiar abría puertas al futuro. Los niños se quedaban sin colegio por ese motivo a los diez, doce o catorce años, para trabajar en el campo. Mi padre a los catorce años ya comenzó en un aserradero de jornalero, en el cual tuvo un primer incidente, que le provocó lesiones en los dedos de una mano. Le gustaría haber estudiado más, pero lamentablemente en esa época, otros niños, mis tías y mi padre, no tuvieron la suerte de poder acceder más que a los estudios primarios. Quizás los padres luchaban para dejar un buen futuro a los hijos, en las aldeas del rural. entendían que era lo único que tenían, y creían estar en lo correcto.

Un recuerdo agradable, en casa de mi abuela donde también vivíamos nosotros, y que para mí tenía un significado especial, hogareño y cercano, era el momento en el que se reunían los vecinos para

Billete de barco.

Certificado de Nacionalidad.

charlar y jugar en la sobremesa. Como costumbre, cuando anochecía, se acercaban a casa, para pasar el rato, con la partida de cartas y buen vino casero de sus cosechas. Éste hábito era típico y usual, una forma de familiarizar con los vecinos y sus tertulias. Vivían pocas familias en la aldea, y aprovechaban para comentar el día a día, mencionando como tema prioritario casi siempre, las anécdotas de los seres queridos que estaban lejanos.

En aquella época, lo habitual era dejar al primogénito varón la mejora de los bienes. Si eran sólo mujeres también le correspondía a la mayor. Mi padre tenía siete años de diferencia con su hermana pequeña, junto a mi madre, cuidaron de los abuelos e intentaron compartir lo que tenían, incluso con su hermana Virtudes, mientras permaneció allí. Socorro, la hermana mayor, de no haber tenido un hermano varón (contaba mi padre), le correspondería quedar al cuidado de los padres en la casa natal.

Mis abuelos y siete hijos que criar, llevaban un modo de vida diferente. Para poder mejorar en todos los aspectos, mis tías tuvieron que

armarse de valor para salir a volar, alejadas de su tierra sin la protección de sus padres que de alguna manera se sentían arropadas. Socorro Mourentán Méndez, fue la primera en dar ese paso tan duro. Llegó a Buenos Aires, después de haber arribado Andrés Vázquez en Argentina en el año 1935, y en el año 1937 se casaron. La pobreza y las secuelas de la postguerra fueron detonantes para hacer ese tránsito. El momento era apropiado, solo faltaba ponerle coraje y valentía para hacer esa marcha. Andrés emigró en momentos conflictivos donde se veía la llegada de una guerra. No quisieron volver a Galicia por todo lo que allí se estaba viviendo, y poco a poco se fueron adaptando al país.

Una vez decidida, equipada con lo justo, tomó las maletas y partió en barco desde el Puerto de Vigo. Entró en Buenos Aires, con un pasaporte falso, pero guardaba fotocopia de una cédula de identidad, documento que la habilitó durante un tiempo como persona legal dentro de su país. La conservaba como algo fundamental, porque desde el año 1930 hasta el 1948, fecha que se emitió, fue prácticamente ilegal dentro del tema laboral. No le pusieron trabas en ningún momento. Luego, una amnistía entre los años 1946 y 1948, permitió que ella regularizase su situación. Nada le impidió su casamiento, tener a su hijo, y permanecer junto a Andrés, su marido, hasta el final.

A pesar de no haber conocido a mi tía Socorro, sólo a través de las cartas que nos enviábamos mutuamente, expresaba y transmitía siempre confianza y cariño, Siempre inculcó a sus hijos y nietos, la necesidad de prepararse para tener un futuro mejor que ella. Según cuentan sus nietos era muy arraigada a su tierra gallega. Sentía morriña por estar lejos de los suyos. En su casa en Argentina, siguió como tradición, cocinar a menudo los platos típicos de Galicia.

Roberto, su hijo, a día de hoy, desde Argentina dice, que hay cosas que solo

CERTIFICACIÓN LITERAL DEL ACTA DE NACIMIENTO

Certificado de nacimiento.

INSTITUTO FELIX PACHECO
S.R.E. n.º 631004
Esta carteira de identidade pertence
Purificación Mourentán Mendez de Salgado
Natural de La Coruña - España
Nascido a 23 de setembro de 19
Filiação Francisco Mourentán Mendez e Concepción Mendez
Côr branca olhos castos.
Nacionalidade espanhola
Rio de Janeiro, 4 de fevereiro de 19
Diretor
Assinatura do Portador
Não é válido o retrato que não tiver o carimbo do I. F. P.
POLEGAR DIREITO
série 8 4333
F. D. Secção 4222

"Carteira de Identidade" de Purificación.

uno las conoce a través de conversaciones o sentimientos que escuchaba de pequeño de los mayores y paisanos que iban y venían. Cómo una de las anécdotas, recordaba acompañar a su madre, en los trámites migratorios y bastante complejos, para que sus hermanas Leonor y María pudieran llegar a Argentina. Hablar de la tierra donde nacieron sus padres a cualquiera de nosotros nos emociona, el vínculo de la familia y las raíces están presentes. Algunos primos se sienten gallegos, han nacido allí, luego de pequeños, emigraron con sus padres a Brasil y Argentina. Socorro, recordaba su tierra, donde nació, sus padres, la familia y la nostalgia de no haber visitado más de una vez de nuevo su país. Cuando viajó mi tía, 1962, año que yo nací, mi hermano era muy pequeño, y años más tarde, tristemente con 16, falleció. Desde esa fecha no pudo regresar, y yo sentí mucha pena de no haberla conocido.

El hijo Roberto e Hilda, su esposa, han tenido la posibilidad de viajar a España, para visitar y abrazar a la familia, pero también otras por razones de trabajo. Los tres hijos de Roberto, Laura, Cecilia y Juan Pablo, conocen el país en el que nació su abuela, y las anécdotas y emociones transmitidas por mi tía a sus nietos. Además de ayudarles a crecer con ese sentimiento, les inculcó que tenemos un origen,

y por larga que fuese la distancia y el arraigo es muy difícil de olvidar.

Siempre trabajando y luchando por esa estabilidad que hoy tienen todos, y agradecidos al país argentino, por haberle propiciado las herramientas necesarias para conseguir una estabilidad para ellos y sus hijos (mejor si cabe).

Una vez acomodada mi tía en Buenos Aires, reclamó a María. Los últimos años, mi tía Socorro había empeorado de salud, ya viuda de su marido Andrés desde tiempo atrás. Con una edad muy avanzada, 97 años, falleció tristemente, sin poder conocerla.

María Mourentán Méndez llegó a Buenos Aires en 1949, en tiempos difíciles en España y con la ayuda de su hermana Socorro, todavía soltera, fue la segunda en tomar las riendas y con el dolor de separarse de su familia, decidió que su rumbo iba ser Argentina, país en aquel momento prometedor para trabajar.

Una vez acomodada en casa de su hermana, la urgencia de encontrar trabajo era prioridad. Estaba soltera, y un sueldo solo era insuficiente para ir progresando cada día. Su primer empleo fue en una fábrica de pinturas, decoraban botellas. Sin embargo, al poco tiempo una alergia y bronquitis, le provocaron síntomas que le impedían realizar su trabajo en condiciones óptimas, afectándole de una manera importante. Los médicos le aconsejaron un cambio a otro empleo para no perjudicar su salud. Por consiguiente, no había otra opción, cambiar o dejar de trabajar. Evidentemente eso no lo podía contemplar. María, tenía una deuda pendiente con su hermana Socorro, y prefería saldarla cuanto antes. El dinero que le había prestado mi tía para el viaje, se lo devolvió en el plazo de dos años. Ahorros a base de trabajar mucho, con la desventaja de sus hermanas, que habían llegado a Buenos Aires casadas con sus maridos.

Una vez que renunció en la fábrica se dedicó a ser empleada “mucama” en casas de gente pudiente, con riquezas. Así le llaman en Sudamérica, a las personas que se dedican a hacer trabajos domésticos de una casa, hotel o pensión. Trabajó de cocinera, niñera, limpiadora, un poco de todo para salir de la pobreza y conseguir un futuro prometedor, tratando siempre de superarse.

Cumplidos 38 años en 1957, María se casó con Vicente de 54, un italiano diecisiete años mayor que ella, del sur de Italia en Calabria, de Catanzaro, que conoció en el barrio del Conventillo. Ya no eran tan jóvenes, 40 y 54 años respectivamente, y a los dos años de casados nació su única hija, María del Carmen. Vicente Comerci, trabajó como camionero transportista en la empresa petrolera Shell, tan conocida, incluso después de jubilado. Su vida en Buenos Aires fue dura, mientras no conseguían casa en propiedad, trabajaron incansables, pero estaban felices. Mi tía, siempre quiso volver a su tierra Galicia, sin embargo, no fue posible. Falleció en 1990 mi tía, y mucho más tarde Vicente, su marido, a los noventa y cinco años.

Con su trabajo diario, consiguieron unos ahorrillos que invirtieron acertadamente. Era difícil para ella, pensar que no pudo viajar a España, desde el día que ingresaron en aquél país, para reencontrarse de nuevo con toda la familia. María, los primeros años en Buenos Aires, consiguió lo básico, a base de trabajar y trabajar para salir adelante, y conjuntamente fue creciendo con Vicente, cuando se casó para conseguir el bienestar que siempre habían buscado. La emigración, relata María del Carmen, su única hija, fue muy dura, supuso un cambio tremendo en varios aspectos, social, económico, emocional, lo más costoso y al mismo tiempo cultural para todos. Han progresado y conseguido estabilizarse, era lo importante y lo que parecía una pesadilla cuando partieron, ahora es su modo de vida, satisfactoriamente sin precariedades.

Leonor Mourentán Méndez, junto a Manuel Méndez Fernández, su marido, fueron los terceros reclamados en Argentina, acompañados de su hijo José. Su hermana Norma nació en Buenos Aires. Comenzaron la década de los cincuenta con una decisión importante y dolorosa. Tramitaron el pasaporte nº 273/52 de mis tíos y mi primo José, españoles y nacidos en Enquerentes con fecha 07/01/1952. Partieron rumbo a América el 13/02/1952, en *Vapor Buenos Aires de Dodero* y arribaron en el 05/03/1952. La incomodidad, y el largo trayecto había sido pesado, y en los barcos de aquella época, la incomodidad se hacía notar. En el Vapor, con destino a Argentina, la mayor parte de emigrantes con bajos recursos, realizaban el viaje en la bodega del barco, todo el trayecto hasta llegar a Buenos Aires. La mitad de ellos eran de carga y el resto de pasajeros.

Foto familiar con estatua ecuestre.

Una vez arribados en el país extranjero, su hermana Socorro los recibió para dar alojamiento en su vivienda, situada en la calle Cochabamba, del barrio San Cristóbal de Capital Federal. Allí permanecieron por un periodo de tiempo corto, arropados por su familia mientras conseguían una vivienda. En dicho barrio, denominado Conventillo,

las viviendas eran apartamentos pequeños, con un gran pasillo por medio, en los que vivían varias familias. Disponían de servicios comunitarios, la cocina y un único baño, para compartir todas las personas que allí se alojaban, excepto las habitaciones. Según los documentos, habían llegado unos meses más tarde, el veintitrés de marzo, y se apuntó un dato por el buen conocimiento de Evita y Francisco Franco. Precisamente el veintiséis de julio, fallece Eva Duarte de Perón, este acontecimiento provocó una gran congoja y tristeza nacional.

En el edificio *El Conventillo*, también vivía otra familia de apellido Del Miró, conocida y cercana a la aldea donde habían nacido mis tíos, en Galicia y ambos mantenían largas charlas, recordando su pueblo y otros lugares de Galicia. Mi tío Manuel, al poco tiempo de su llegada a Argentina, pronto consiguió trabajo, en un laboratorio de medicamentos, llamado "Laboratorios Millet". Sus dueños franceses, estaban ubicados en Cangallo y Montevideo Capital General, próximo a la plaza del Congreso de la Nación Argentina.

Madrugaba para comenzar la jornada las seis horas de la mañana, y terminar a las tres de la tarde. También realizaba otro trabajo de Mantenimiento de Oficina, ubicado en Diagonal Norte Capital Federal, hoy transformado en dependencias judiciales. Este trabajo realizado fuera de su horario laboral, ayudaba para poder obtener y asegurar las primeras necesidades, y al mismo tiempo, poder cubrir cualquier gasto imprevisto que fuese necesario. Había pasado un año, cuando llegó a contactar con unos paisanos gallegos, cercanos a la aldea en donde habían nacido ambos, que vivían a veinticinco kilómetros de la Capital, y allí se mudaron, a calle Pellegrine, Burzaco (Buenos Aires), pagando su alquiler. Así comenzó una nueva etapa de grandes esfuerzos y trabajo para progresar y lograr su objetivo.

Mis padres y yo, les escribíamos, siempre hemos estado en contacto con mis tías desde que dejaron la casa natal. Nos comunicábamos a través de cartas y mi padre corregía las mías, en la redacción antes de enviarlas. Mis tías transmitían el cariño y la confianza, como si las conociese personalmente. Deseábamos en todo momento, que algún familiar de Argentina o Brasil nos viniese a visitar, para ir con toda la ilusión, a esperarlos al aeropuerto en Santiago de Compostela, situado en Lavacolla, era una alegría para todos, cuando aterrizaban en avión, y en tierra, ya podíamos abrazarnos.

Años después, en 1969, se cumplió ese viaje deseado. Se quedaron tres meses, conviviendo todos en casa de los abuelos y mis padres. Fue la primera vez que vi la realidad de las personas que habían emigrado, escuchábamos a mis primos, pero mucho más las anécdotas de mis tíos, y como fue de difícil dejar a toda la familia tan lejos. La angustia y el miedo al integrarse en el país extranjero, que, pasado un tiempo, les dio la oportunidad de mejorar. Había sido para ellos un cambio, del que hoy están agradecidos, a pesar de separarse de sus seres queridos. Mis tíos figuraban entre los emigrantes, pero yo no fui muy consciente del significado de esa palabra. Por aquél entonces, yo tenía siete años. Pero sí, recuerdo uno de los momentos anecdóticos de aquél viaje. Mi primo José en la casa de mi padre, salió al corral con una vara o "Pao" (le llamamos así a un palo largo similar a un asta de la bandera, que llevaba la persona delante de las vacas o bueyes, levantado, para darles órdenes, listas para tirar del carro), José lo hacía como si fuese un veterano.

Por suerte y con trabajo diario, mis tíos han tenido la facilidad para retornar varias veces a España y reunirse con la familia, en su morriñosa tierra de Enquerentes, donde partieron con dolor. Mi prima Norma no regresó desde el año 1969. José con su pareja, también llamada Norma, nos dieron la sorpresa este año, después de tanto tiempo y muy emocionados. Mi tía y Manuel, su marido, han tenido la ocasión de visitar a sus otras tres hermanas y sobrinos en Rio de Janeiro, Brasil, entre los años 1976 y 1982 con los que mantenían contacto. Leonor, mi tía falleció joven, con 65 años, el 3 de febrero de 1994. El tío Manuel, también muy querido, falleció el 5 de octubre de 2013.

Estrella Mourentán Méndez, fue la primera en embarcar a Brasil, y conocer aquél país tan distinto a Galicia, con sus costumbres y culturas diferentes, incluso para comunicarse con el portugués, que pronto pudieron entender y hablar.

Estaba casada con Manuel López Aguiar, tuvieron un único hijo llamado Francisco, que también había nacido en España. Llegaron a Rio de Janeiro con la referencia de amigos y conocidos con los que después tuvieron relación de amistad, y los festejos los celebraban reuniéndose todos. Embarcaron desde el Puerto de Vigo, y después del viaje en barco, tan largo y pesado, arribaron en Brasil, con miedo después de pensar, si ese país esa iba ser la solución o no a su futuro incierto.

Por supuesto habían superado todos los inconvenientes y prosperaron como esperaban. Vivían en Tijuca, o terreno de los "Cariocas" es así como llaman a los que nacen en ese barrio, en Río de Janeiro, próximo a las favelas.

Estrella y Manuel, regresaron a España varias veces, disfrutando siempre de las comidas en familia, recordando y escuchando chistes o historias que él contaba con mucha gracia, relacionadas con ellos y la vida del emigrante. Pero los principios no fueron nada fáciles. La seguridad era diferente a España. Manuel, mi tío trabajó duramente. Mi tía, quedó al cuidado del hijo, pero no realizó trabajos fuera de casa. Trabajaron para un porvenir mejor y Manolo decía: "La suerte de tener trabajo y esforzarme duro, para dar un futuro estable a mi familia, es un revulsivo para continuar en el país". Era una persona muy emotiva, le gustaba estar cerca de los suyos y lo disfrutaba.

Purificación Mourentán Méndez, nacida el 23 de octubre de 1921, casada con Manuel Salgado Esturao, nació el 6 de mayo de 1921, salió de Touro en 1957, para dejar en España a mi tía Pura y cinco hijos. Cuando tuvo empleo fijo comenzó a sentir morriña, y en diciembre de 1958, Pura fue reclamada por su marido y dejó todo en Prevediños, su aldea en Galicia y se fue a Brasil con los cinco hijos. Embarcaron tristes, y al mismo tiempo contentos de poder reunirse allá con Manuel su marido, en el navío Cabo de Hornos en el puerto de La Coruña. Llegaron a Río de Janeiro en enero de 1959, pretendiendo una vida en principio, con más opciones de progresar que en su tierra. Muy tristes al salir de su tierra, sin embargo, la integración en el país, fue mejor de lo esperado.

Los hijos mayores comenzaron a trabajar y los más jóvenes a estudiar. Construyeron la casa donde vivieron, educaron a sus hijos y fueron felices por mucho tiempo. Viajaron a España varias veces, y en uno de ellos, para llevar a su hermana Virtudes que estaba viviendo en la casa natal con mis abuelos junto a mis padres. Nunca tuvieron problema para que estuviese con ellos en Río de Janeiro. Siempre amaron España, de donde son, y aprendieron a querer Brasil, que los recibió con los brazos abiertos y nunca discriminados por ellos. Estuvieron siempre en contacto con el consulado español, y una entidad llamada Casa de España, donde se reunían con emigrantes de otros países y celebrábamos fiestas conmemorativas.

Su hermana Estrella, fue quién la reclamó. Amigos y vecinos de la aldea que se habían ido antes, habían sido una referencia para facilitarles el periodo de adaptación. La comunicación con ellos (aun no teniendo mucha dificultad) era diferente. Diferentes culturas y comidas, todo era reciente para ellos. Los primeros años le resultó duro pensar, que habían dejado y cerrado su casa en Galicia, para trabajar fuera de su país, en el que vivían, con sus campos de plantaciones y las tierras donde cultivaban para uso doméstico y comer día a día. Sin embargo, trabajando duro los dos, mis tíos, fueron mejorando adecuadamente, contentos en Brasil, país que los acogió sin ningún problema.

Mi primo, José Mª Manuel hijo mayor de Pura, llegó a Brasil con 17 años, está casado tiene dos hijas y cuatro nietos y vive hasta el día de hoy. Su hermana Sara llegó con 16 años, casada e infelizmente, falleció en marzo de 2021. La tercera hermana, Norma Nélida, casada con un hijo y nieto, también tristemente, falleció en octubre de 2021. Otro hijo de Pura, Jesús, tenía nueve años cuando llegó a Río de Janeiro, después casó. Tiene una hija y nietos, y falleció en noviembre de 1983 muy joven. Y Teresa la más joven llegó con tres años. Soltera, tuvo oportunidad, se formó en biología y sigue trabajando. Viajaron varias veces a su pueblo natal, ya más cambiado y cuando se habían adaptado en Rio de Janeiro, al cabo de unos años, decidieron vender su

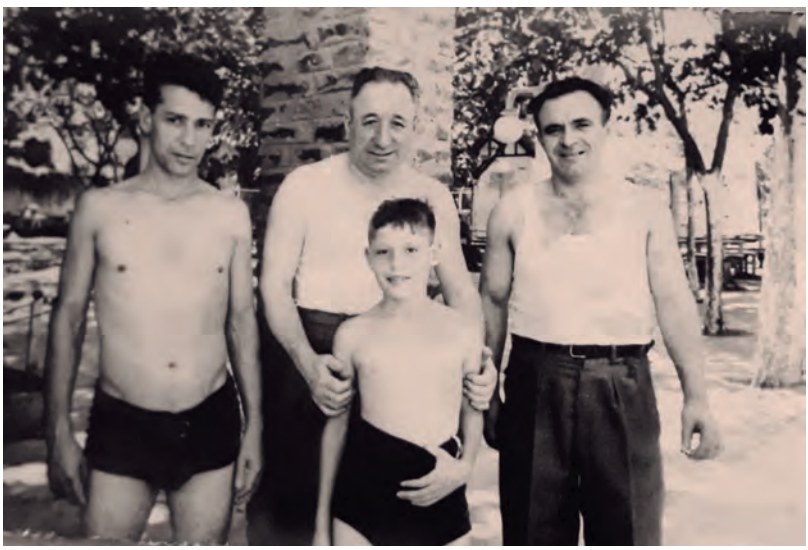


Foto familiar en traje de baño.

Foto familiar felices en el sofá.

patrimonio gallego, para adquirir una vivienda en Brasil. En principio la idea de no regresar al país de origen, estaba clara. Tomaron la decisión, no se arrepintieron y consiguieron afortunadamente estabilizarse y progresar satisfactoriamente en todos los aspectos.

La tía Pura, ya tenía edad avanzada cuando falleció, el 10 de julio de 2022 y su marido el 15 de diciembre de 1995, veintisiete años atrás. Disfrutó muchos años de sus hijos, vivían todos próximos y se reunían con su hermana Estrella y Manuel (Manolo). Siempre la veíamos acompañada de todos sus hijos y nietos, en cumpleaños, fiestas y cualquier acontecimiento que celebrasen.

Virtudes Mourentán Méndez, nació el 10 de septiembre de 1918. Estaba soltera y se quedó en la casa natal con los abuelos, mis padres y

los cuatro hijos, una familia numerosa. Mi tía, cumplidos casi los sesenta años, veía que su futuro allí en la aldea no iba ser prometedor y se planteó embarcar junto a sus hermanas. Decidió coger rumbo y cruzar el charco a Río de Janeiro. Para entrar y acogerse en el otro país tuvo que ser reclamada por los familiares, en este caso por sus hermanas, que no pusieron nunca impedimento alguno para tenerla allí con ellas. Pura, vivía cerca de Estrella, en Tijuça, Alto da Boa Vista, y se reunían las tres asiduamente. Se adaptó y disfrutó pocos años en Buenos Aires, porque emigró mayor que sus hermanas, pero con más calidad de vida que en la aldea, en aquella época. Virtudes, ya no regresó a España y tengo poco recuerdo de ella. Falleció el 17 de julio de 1991, cerca de sus hermanas.

Considero, como narradora, que no ha sido para ninguna de las partes beneficiosa la emigración a nivel emocional y de desarraigo, pero la vida a veces nos da esa oportunidad de cambiar el destino y lo bueno está en saber aprovechar el momento y pensar que a los seres queridos se llevan dentro, por tiempo y lejos que estén. La parte positiva es que "el mundo nos enseña", dicho muy común, y abre puertas a la mente, algo muy enriquecedor, y no todos tienen esa oportunidad. Felizmente, todos han progresado, sintiendo esa morriña gallega que no es fácil de olvidar. Esta historia, hecha realidad, fue la emigración. Quizás, en aquellos tiempos las emociones no se transmitían tanto, pero las separaciones entre padres e hijos o matrimonios que dejaban a sus hijos con los abuelos por necesidad, les marcó un antes y un después en su vida. El ejemplo de los emigrantes, por el sacrificio ante un mundo desconocido para ellos (teniendo en cuenta que la mayoría eran personas aferradas al campo, que vivían en los rurales, en aldeas muy aisladas), por la separación de sus familias y por comenzar desde cero. Por todo ello, mi familia siempre fue agradecida al país donde le proporcionaron las herramientas para salir de aquella situación de carencias y necesidades.

Loreto Murillo Murillo

PADRE: EL SIGLO XX EN ESPAÑA A TRAVÉS DE UNA FAMILIA DE LA SERENA

(País Vasco)

Padre nace el 3 de marzo del año 2015, el día que fallece Pedro Murillo Barquero en su casa de Quintana de la Serena. Ya tenemos una serie de entrevistas con Pedro y de ahí surge nuestro *Padre*, una breve crónica familiar. Después incorporamos las entrevistas con su esposa, Rosa Murillo Valor, y otros testimonios. Esta crónica comienza con los datos que conservamos de Diego Murillo Díaz, nacido el 23 de mayo de 1865 en Quintana de la Serena, y termina con el regreso de sus nietos Pedro Murillo Barquero y Rosa Murillo Valor, a Quintana desde el País Vasco, en los últimos años del siglo XX.

Diego Murillo Díaz realiza el servicio militar en Santiago de Cuba. Embarca en Cádiz el 30 de noviembre de 1886 y llega a la isla del Mar Caribe después de una travesía de veintiún días. Sirve durante tres años, tres meses y quince días. A su

Fotografía de portada: Pedro Murillo Barquero y Rosa Murillo Valor. Ondárroa, 1965 o 1966. (Foto Víctor. Bilbao).

regreso se casa con Inés Martín Nogales y tienen ocho hijos: Leonor, Loreto, Juan, Pedro, Isidro, Agustín, Manuel y Ángel. Así recuerda a Diego otro de sus nietos, Rosa Murillo Valor: "Abuelo Banero es muy exquisito, padece del estómago y tiene los alimentos bajo llave. De vez en cuando, nos convida a mí y a otros niños".

Otro de sus nietos, Pedro Murillo Barquero nace el 26 de febrero de 1926 en la calle de la Bota en la puerta del rincón de Quintana de la Serena. Don Julián es el maestro asturiano de Pedro en la Calle Nueva. Pedro puede tener seis o siete años. Don Julián pide todas las tardes a los niños que canten "Asturias patria querida". La Guerra Civil afecta a la familia de Pedro y Rosa como a todas las familias. Ángel Murillo Martín, el chacho Ángel, no se casa. Muere en la guerra, según su sobrino Santiago Murillo Barquero:

> *—El chacho Ángel sirve en África. Durante la guerra se encuentra en Brunete, en Villanueva de la Cañada, en Madrid. Cae un proyectil y le da en la nalga. Lo llevan al botiquín y allí no hay ni botiquín ni hay nada. Muere desangrado. A mí me lo cuenta uno de Quintana que está en esos momentos con el chacho Ángel.*

Durante los primeros años de la guerra, Rosa Barquero Barquero y su hijo Ángel se quedan en Quintana, que es zona roja. Loreto Murillo Martín y los otros tres hijos (Santiago, Inés y Pedro), se trasladan a Ciudad Real, y con ellos, un grupo de parientes, como Leonor y Pedro Murillo Martín. Van a Las Casas, a siete kilómetros de Ciudad Real. Así lo recuerda Pedro:

> *—Salimos de Quintana con un mulo y entre doce y dieciocho cochinos. En esto que pasamos las vías del tren y los cochinos se paran. Al poco llega el tito Pedro y dice que tenemos que echar a andar de nuevo. Los cochinos no están acostumbrados a andar tanto y tienen las pezuñas rotas. Vamos a por ellos y dicen los cochinos que no siguen. Así que allí se quedan. Vamos por Castuera, Cabeza del Buey, Zarza Capilla, Peñalsordo y Capilla. Y de aquí pasamos a la provincia de Ciudad Real.*

En Las Casas viven en unas zahúrdas. Han derribado unas pocilgas que hay en la finca y tienen una explanada para ellos. No son empleados de los propietarios del cortijo:

—Comemos de lo que recogemos por el campo, de lo que cazamos o de lo que pescamos en el río Guadiana. Ponemos unas cuerdas en el río y luego vamos a recoger los peces que han quedado atrapados. Después, las mujeres se las apañan para cambiar los peces por alubias y otros alimentos. Mi hermano Santiago; además, ayuda a un panadero y el panadero le paga con panes. Los primeros que matan en Quintana son los rojos. Matan a doce personas. Luego viene la respuesta de los fascistas. No recuerdo a cuantas mujeres matan.

Rosa Murillo Valor tiene cuatro años cuando comienza la Guerra Civil.

—Mi padre me lleva a los campos desde muy chica. Vamos a espigar, por ejemplo. Los segadores cortan las espigas y nosotras vamos por detrás y recogemos las espigas que se caen. Vamos haciendo ramos con ellas, las llevamos a casa y luego las vendemos o las llevamos al molino. Y con eso teníamos para el pan.

Años más tarde, mi madre quiere que las cinco hermanas entremos a servir en las casas de los pudientes. Pero mi padre siempre se niega porque dice que los señores abusan de las muchachas. Por eso nos lleva al campo.

Después de la guerra llegan años de escasez, de malas cosechas, de hambre. Hablamos de un clima severo. Algunos años apenas llueve. Así lo recuerda Rosa:

—Íbamos mi hermano Rafael y yo con las vacas por la carretera. Éramos muy chicos. Entonces pasaban los camiones de los soldados llenos hasta arriba de naranjas. Nosotros les decíamos: tirar unas pocas, tirar unas pocas... Nos daban unas naranjas y nos comíamos hasta las cáscaras.

En esos años, cuando es una niña, ni siquiera puede ir a la escuela a aprender a leer y a escribir al menos:

Nosotros somos cinco hermanas y un hermano. La mayor se lleva muy pocos años con el pequeño. Hay que ayudar en la casa y en los campos. Los hombres sí. Pedro, por ejemplo, pasa el día con las tareas del campo desde por la mañana y, cuando terminan, se asean un poco y a eso de las ocho de la tarde van a enseñarse. Los hombres sí. Va el que quiere y el que puede porque esa escuela hay que pagarla.

Me enseñó a leer un poco y a poner mi nombre y mis apellidos y poco más. Un cero a la izquierda. Después mis hijos me quieren enseñar, pero ya soy mayor. Ahora, yo creo que me he desenvuelto en la vida sin ningún problema. Creo que nadie me ha engañado. Las cuentas las hemos llevado bien. Pedro sí. Pedro se enseña a leer, a escribir y a echar las cuentas.

Rosa recuerda cómo pasan los aviones y tienen que ir corriendo a tirarse al Arroyo del Tío Pepe. Con ocho años, hacia 1940, va con su madre al estraperlo. Después de la medianoche, salen con un burro camino de Castuera. Cuando el burro empina las orejas es que hay algo cerca. Un día pasa esto y más adelante hay un grupo de personas acostados en el campo aguardando a que amanezca para llegar a Castuera.

> *—La casa de mis padres tiene los cuartos, la cocina, el doblado, un corral y el establo para los animales donde criamos gallinas, cochinos o vacas, el que puede tener vacas. Hacemos nuestras necesidades en el establo o en campo abierto. Los cuartos no tienen puerta, tienen una cortina. El suelo es de tierra lisa y dura que nosotros fregamos para que esté limpia. Los cuartos tienen un zócalo de menos de una cuarta de alto que hace mi hermana Inés. Dormimos sobre una jerga. Vamos con la jerga a los campos y la llenamos de paja una vez que han segado el trigo, por ejemplo. Y sobre esa jerga dormimos. Luego, mucho más tarde, llegan los colchones de lana. Entonces, se pone el colchón encima del jergón y allí dormimos. Una vez al año, por lo menos, tenemos que lavar la lana del colchón. Luego la extendemos*

para que se seque bien y cuando está seca la vareamos para que esponje un poco porque está muy aplastada. A ver.

En los años treinta y cuarenta en la vivienda no hay luz eléctrica ni agua corriente:

—En casa no tenemos agua corriente ni pozo. Nos alumbramos con velas y con candiles. Tenemos que ir a buscar agua a un pozo. Traemos agua para beber y agua salobre que no vale para beber, ni para hacer de comer ni tampoco para lavar. Veníamos con un cántaro en el cuadril, otro cántaro en la cabeza y un caldero en la mano. Luego había un mueble para los cántaros. Era un mueble de madera. En la base tenía unos huecos para que asentara el cántaro sin caerse. Años más tarde también hay una bodega, a la que llamamos la nave, donde mi padre pisa la uva y donde está el cono para el vino. La cocina también tiene el piso de tierra. Y tenemos nuestra chimenea, claro. Hacemos la lumbre en el suelo con leña y con carbón. Sobre las trébedes ponemos la sartén, el puchero o la cazuela y así cocinamos.

Para comer dependen del huerto, del corral, del establo y de las tareas en los campos. De vez en cuando se permiten algunas alegrías:

—Comemos carne cuando podemos. En el corral tenemos gallinas. Cuando son viejas las matamos y hacemos un caldo que está muy rico. Y luego tenemos pollo, que es la carne que más comemos a lo largo del año. También tenemos un pariente pastor que es el que nos trae los corderos. Mi madre guisa el cordero y le prepara una salsa con cebolla, ajo y pimientos —lo que tenemos en el huerto, vamos— y aquello está para chuparse los dedos. La carne de ternera no la vemos en todo el año. Comemos mucha fruta, eso sí, de los árboles de la cerca de mi abuelo Diego. Cría brevas, higos, uvas, albarillos, melocotones. Y el melonar. Y luego, todo lo del huerto claro.

Son familias estrictas también con la limpieza de las ropas:

—Lavamos a mano en el arroyo, en la panera o con el batidero. Y, claro, luego está esa ropa de algodón que queda

muy arrugada y hay que planchar. Tenemos la plancha de carbón que se abre, se llena con brasas de carbón y cuando se calienta planchamos con ella. Y también tenemos la plancha de hierro, más pequeña. La metemos entre las brasas y cuando se calienta planchamos con ella. Todas nos enseñamos a coser y todo lo hacemos a mano: las sábanas, las camisas, muchas ropas, los trapos de casa...

EL NORTE

En realidad, Pedro y Rosa nunca se van de Quintana. Si acaso los primeros años. Sobre todo, porque no pueden regresar y solo tienen contacto con sus padres y con sus hermanos por las cartas y las fotos que se envían. Esas cartas que comienzan por lo común con el párrafo: "Queridos Padres y hermanos. Esperamos que estéis bien al recibir la presente. Nosotros estamos bien Gracias a Dios. De lo que decís..."

Durante años, ni siquiera pueden hablar con ellos por teléfono:

—La señora de López, en la casa donde trabajaba, me decía: Rosa, por qué no habla usted con sus padres. Ahí tiene el teléfono. Y yo le decía: Gracias. ¿Cómo voy a hablar con ellos si no tengo adónde llamarles? En Quintana, en toda la calle no había ni un solo teléfono hasta que lo puso la Paula y gracias a ella podía hablar con mis padres.

Ahora nos quejamos porque no hablamos con nuestros hijos por teléfono una semana o porque no vemos a nuestros hijos durante unos meses. Yo estuve sin ver a mis padres y a mis hermanos durante años. Tan solo esas cartas que escribíamos. A lo mejor, la primera vez que volví a Quintana fue cuando la quiniela de catorce. Seis años sin ver a mis padres y a mis hermanos.

No cambian mucho las cosas después de esas vacaciones en Quintana durante la Navidad de 1967 que alumbra el año nuevo de 1968. Pedro comienza a trabajar en la fábrica de conservas de pescado Ortiz, en la Calle San Ignacio, el 1 de abril de 1968. Acaba de cumplir 42 años. Por esas fechas, Rosa abandona la Fábrica de Conservas de Pescado Orlando, en la Calle Antigua, en la Dársena de Eguidazu,

que es como se llama el puerto. Quizá porque no puede atender a la fábrica y a su casa, con el cuarto hijo recién nacido. Quizá porque van a cerrar la fábrica de Conservas Orlando. Quizá por las dos razones. El caso es que Pedro y Rosa entran en años de mucho trabajo. Pedro defiende su puesto en la fábrica de conservas Ortiz y sigue haciendo descargas de barcos. Esto supone noches sin dormir y fines de semana ocupados en las tareas del puerto. También se ocupa del terreno donde cría hortalizas, conejos y gallinas. Rosa comienza a ayudar a la familia de Ángel López Gimeno y también continúa con las descargas. Además, se ocupa de una familia con cuatro hijos menores de doce años y de Rafael, el primo soltero que vive en el mismo piso. Cuenta con la ayuda de la abuela Rosa. Es posible que pasen más de ocho años sin que puedan regresar a Quintana.

El 15 de septiembre de 1986 nace en Zarauz la primera nieta de Pedro y Rosa: Rosana. Después vendrán Javier, Pablo, Rosa, Juan, Naia, Alba y los gemelos Álvaro y Pedro.

> *—Yo quiero que todos mis nietos se coloquen como mi nieta mayor. Rosana tiene un buen puesto como profesora. Su hermano Javier está empleado en Getafe, en Madrid. Mi nieto Pablo en San Fernando de Henares, también en Madrid. Mi nieta Rosa en Barcelona. Creo que todos van a tener un buen puesto porque lo han trabajado.*
>
> *Sin trabajo no hay destajo y el trabajo da su fruto siempre. Y los demás nietos van por el mismo camino. Mi nieto Juan está con sus estudios en Barcelona. Mi nieta Naia está a las puertas de la Universidad en Mérida. Es un orgullo muy grande. Quedan mis nietos chicos: Alba, Álvaro y Pedro. Álvaro y Pedro son gemelos. Uno es derecho y el otro es chobo. También llevan bien sus estudios. Conseguirán lo que se propongan porque lo trabajan. Eso lo tengo yo ya en los calcañales. Estoy muy orgullosa de mis hijos y de mis nietos. Nosotros no nos pudimos preparar, pero me alegro que ellos hayan estudiado todos.*

El 26 de febrero de 1991 Pedro se retira de la fábrica de Conservas Ortiz, el mismo día que cumple 65 años. Días antes de la Navidad de 1993 Rosa se retira de las descargas y de la vivienda de la

familia López. Lo comunica a la familia entre lágrimas en el salón del piso de José Antonio Garramiola, 72:

> *—Yo me encontraba bien de salud y tenía fuerzas para seguir unos años más. Pero mis hijos me decían muchas veces: Venga mamá, que las descargas son muy duras, de día y de noche. Un día te caes, Dios no lo quiera, y para nada queremos más. Entonces, me arreglan los papeles del retiro y me quedo en mi casa.*

REGRESO A EXTREMADURA

Algunos emigrantes tienen un afán: comprar tierra. Quizá porque han sido labradores sin tierra. Quizá porque no han tenido tierra en propiedad:

> *—Pedro quería emplear nuestros ahorros en tierras. Y yo le decía: ¡Tu barriga! ¿Para qué queremos la tierra? ¿Para que corran los lagartos por ella? ¿Para pagar más contribuciones? Y luego, ¿qué sacas de la tierra? Ni tampoco nada.*

En realidad, Pedro y Rosa nunca se van de Ondárroa. Una vez se establecen en Quintana, en su nueva vivienda, deciden pasar el invierno en el Norte. Exactamente al revés que las grullas. Disfrutan de las fiestas de Navidad con la familia en Extremadura y después de Reyes se trasladan al País Vasco para pasar entre dos y tres meses:

> *—Cuando volvemos a Quintana Pedro quiere que vendamos el piso de Ondárroa. ¿Para qué lo queremos?, decía. Yo me negué. Sabía que si lo vendíamos no íbamos a volver. No es malo que lo conservamos. Tiene hasta el gas ciudad. Y le da el sol todo el día.*
>
> *Desde que falta Pedro mis hijos se empeñan en que pase allí los meses de julio y agosto. Nos quitamos las semanas de más calor de Extremadura. Y voy todos los días un rato a caminar a la playa. Eso me viene bien para la espalda, para la circulación, para los pies. Y para la cabeza, claro. Algunos días me cuesta llegar. Pero siempre vuelvo mejor de lo que he ido. Y en la playa hablo con mucha gente que me conoce y con otros que no me conocen. Nos paramos en la orilla y*

charlamos. Algunos van a disfrutar de la playa de Arrigorri desde Berriatúa, desde Marquina, desde Bérriz y hasta desde Durango y Vergara.

Pedro es feliz en el pequeño olivar que compra a la familia, una de las rajas de la cerca del abuelo Diego Banero. Se van al Norte después de Reyes y vuelven a Quintana en torno a San José para sembrar las patatas en el huerto. Después llega todo lo demás. Los puerros, las coliflores, las espinacas, el calabacín y la calabaza, los tomates, los pimientos, los pepinos, los melones, las sandías. Y en verano, claro, disfrutan también de los albarillos, las ciruelas, las brevas, los higos. Pronto cerca una parte del terreno para criar gallinas y conejos. Pedro tiene una relación especial con los gatos. Se hace amigo de todos los gatos que se acercan por el huerto. Rosa recupera alguna de sus costumbres anteriores a 1963, anteriores a la emigración al Norte. Entre otras, la visita al Santísimo Cristo de la Quinta Angustia, el Cristo de Zalamea, durante la feria y el rodeo del mes de septiembre:

—Siempre hemos ido al Cristo de Zalamea. Hacemos una promesa y tenemos que ir. Por ejemplo, si un hijo se pone malo. Decimos: Dios mío que se ponga bueno. Si se pone bueno prometo ir al Cristo de Zalamea. Vamos andando desde Quintana a Zalamea. Salimos de madrugada, sobre las cuatro de la mañana, y llegamos para desayunar en uno de los bares del parque. Vamos a la misa y damos gracias al Cristo. Algunas veces, compramos dulces en la fábrica de dulces y volvemos a Quintana

Una generación de hombres y mujeres nobles, fuertes, con genio, con humor, desprendidos, que hacen las cosas sin darse importancia, empieza a irse.

Desde el 3 de marzo del año 2015, desde que falta Pedro, Rosa vive sola en el número 37 de la Calle Juan XXIII de Quintana de la Serena. Uno de sus cuatro hijos pasa el fin de semana con ella para que no le falte de nada. El resto de la semana convive con su hermana Chata, sus sobrinos, sus primos y sus vecinos. De vez en cuando también sus nietos van a verla.

—Le doy la paga a mis nietos hasta que empiezan a trabajar, hasta que empiezan a valerse por sí mismos. Entonces les

digo: a partir de ahora os doy el dinero del día del cumpleaños, pero la paga ya no porque lo ganáis. El otro día se lo recordé a mi nieta Rosa cuando le di la paga. Hay que encondurar para mañana. Mariana, guarda para mañana. Ahora ya saben de dónde viene. Que quieren guardarlo...Bien. Que no. Pues el día de mañana estarán sin dinero cuando les haga falta.

La pandemia del virus Covid-19 que llega a España en marzo del año 2020 sorprende a Rosa como a todos los demás. Siempre se lo ha tomado muy en serio. Desde los primeros momentos se acostumbra a usar la mascarilla y se confina en su casa donde se siente segura. Cierra su casa a todas las visitas. Ni siquiera puede pasar su hermana Ana. Hasta entonces, se reunían todas las tardes en casa, pero eso también se acaba:

—Esto, ¿qué es? ¿De dónde viene esto? Nunca he visto cosa igual en todo el tiempo que tengo. Pero es que; además, está en todo el mundo entero. Esperemos que termine bien y que no haga más daño. Y si no, cogeremos lo que venga.

A Rosa no le apasiona la cocina. No la vuelve loca hacer de comer. Siempre ha dicho: “Ahí está la cocina para quien la quiera”. Se la entrego. Pero es una gran cocinera de comida tradicional, de comida casera. Cuando los hijos de Rosa son chicos preguntan a menudo: “¿Qué hay para comer hoy?” Muchas veces les responde de la misma manera: “Confroncios y pasas largas”. Los nietos de Rosa, los gemelos Álvaro y Pedro preguntan a menudo a la abuela: “¿Qué hay para comer?” Muchas veces, la abuela responde con la misma frase: “Alcachofas al sol”. Hasta que un día, abuela llama a la casa que tienen en la barriada de Llera de Badajoz y pregunta: “¿qué vais a comer hoy?” Pedro, como si lo tuviera guardado, responde: “alcachofas al sol”. Y, efectivamente, Inés ha preparado ese día alcachofas y otras verduras para almorzar y las comen al sol de la terraza. En ese momento, Álvaro y Pedro tienen ¡tres años!

Jorge A. Navarra

EL HIJO DE JUAN

(Argentina)

I

Siempre tuve la inquietud de conocer las causas que llevaron a mis abuelos paternos, que nunca conocí, a enviar a sus cinco hijos menores a la Argentina en 1912. y dejar a los seis hermanos mayores en España. Juan, mi padre, era el menor. Desde niño vislumbré, que la infancia de mi padre había sido muy modesta. Juan arribó a la Argentina con doce años y hablando solo el catalán. Como tantos otros emigrantes, sería un analfabeto más que debería adecuarse a su nuevo lugar y a un nuevo idioma. Con los años fue olvidando el dialecto y solo recordaba algunas palabras sueltas. La Argentina le dio la posibilidad de crecer, de ser comerciante y tener hijos que fueran a la universidad.

II

Formé una familia con cuatro hijos. Todos pudieron ir a la universidad, y sobrepasar las diversas crisis de Argentina. En la del 2000-2001 Andrés, mi segundo hijo, me dijo: —Terminamos la facultad. Con Josefina nos casamos y nos vamos a vivir a Barcelona. —Tratá de visitar el pueblo de Tremp, está cerca de Barcelona. Allí nació tu abuelo Juan. Y luego me contás qué viste. Tiempo después, ya instalado en Barcelona, me comentó: —Estuve en Tremp, es un pueblo de montaña en los bajos Pirineos, no encontré a ningún pariente, cuando vengas vamos a conocerlo juntos.

III

Fui a visitarlo unos pocos años después: —Viejo, a vos te gustan las obras de arquitectura. En Barcelona hay mucho para visitar —dijo

Andrés. Así es que fuimos a conocer los edificios del arquitecto A. Gaudí, visitamos la iglesia de la Sagrada Familia. Otras edificaciones como el Palacio de la Música, el museo de Picasso, la casa de Dalí y muchas más. —Andrés, hay algo que no me cierra, todas estas obras fueron construidas a principios del 1900. En la misma época que Juan y sus hermanos emigraron a Argentina ¿Qué pasó en el pueblo de Juan? ¿Qué hizo que mis abuelos despacharan en un barco a cinco de sus hijos?

Fuimos a Tremp. Lo primero que visitamos fue la iglesia. Allí estaban los registros de los acontecimientos de los habitantes del pueblo desde el 1700. El sacerdote que nos atendió había sido párroco en Quilmes, provincia de Buenos Aires, y nos prestó toda su atención. Leí los registros y me llamó la atención un hecho: —Andrés, mirá. El nacimiento de tu abuelo está registrado en 1900. Gracias a esta anotación me reconocieron a mí, como hijo de españoles y vos podés tener la residencia, pero de la familia no hay anotaciones de ningún movimiento después de 1910. ¿Qué pasó con mis abuelos y los seis hijos que quedaron? No hay inscripciones de fallecidos, ni de nuevos nacimientos. No entiendo esto —comenté. El sacerdote, al observar mi desconcierto, nos dio algunos datos para averiguar en el pueblo. —Vamos a recorrer el pueblo a ver si aparece algún pariente —dijo Andrés.

Caminamos por el pueblo y los lugares en donde podría haber sido la casa de mis abuelos. No encontramos ninguna referencia. Los lugareños se mostraron reticentes a dar información. Nadie hablaba de cómo era la vida en 1900. Recorrimos las afueras de Tremp, pensando que algunos de esos campos de olivares habían sido el hábitat de Juan. En las afueras del pueblo había varias líneas eléctricas y una represa de agua generadora de energía eléctrica. Reparé en lo agreste de esa campiña de los bajos Pirineos. Lo que se veía eran olivares y algunos viñedos. Regresaron a mi memoria las historias de mi padre: al amanecer, su madre lo enviaba al campo para que llevara a las cabras a que pastorearan. A él le daban para alimentarse porciones de queso, pan, algún chocolate de vez en cuando y agua. Mis abuelos deberían haber llevado una vida muy rústica, no podía imaginar aquella vida a la vista de lo que hoy es Europa.

En el pueblo se veían pocos españoles en las calles. La mayoría eran inmigrantes africanos, con su reluciente tez color caoba, aportando

una visión inesperada al pueblo. —Los españoles ya no trabajan la tierra, para eso están los africanos y los árabes —me explicó Andrés. Mis ojos contemplaban sorprendidos esa integración y mezcla de culturas, en el pueblo donde había nacido mi padre. —Andrés, no hemos encontrado ningún rastro familiar en Tremp. La pregunta de por qué mi abuela despachó cinco hijos a la Argentina sigue más vigente que nunca.

Días después, antes de volver a la Argentina, Andrés apareció con unos libros. —Yo doy clase en una Universidad. La bibliotecaria me separó estas publicaciones acerca de la vida en la época de 1900 en Barcelona y la campiña. Léelos, quizás te ayuden —dijo Andrés.

IV

Ya de vuelta en Argentina, pasadas unas semanas le envié un mail a Andrés:

> *Leí lo que me diste y creo que en la familia pasó algo de lo siguiente: los intereses comerciales de la burguesía industrial de Barcelona requerían electricidad para impulsar sus fábricas textiles. Hasta fines de 1880 la generación de electricidad se efectuaba con centrales que quemaban carbón, que compraban a Inglaterra. El carbón escaseaba y su precio aumentaba. Se buscaron otros métodos para generar electricidad. Se comenzaron a construir grandes represas de agua y centrales hidráulicas que originaron ese fluido eléctrico. Los bajos Pirineos fue el lugar para su construcción. También se construyeron las líneas eléctricas que llevaron la energía eléctrica hasta Barcelona. Se invadieron grandes extensiones de tierra en poder del campesinado, quizás desde siglos. Los terrenos agrarios dejaron paso a embalses de agua, tuberías, centrales eléctricas y un rosario de torres y líneas eléctricas. Se expulsó a las familias allí localizadas. Ese fue el gran costo para los lugareños y el beneficio para la industria de Barcelona: recibir energía eléctrica para su industria textil. No fue solo la pobreza de la zona rural, sino que habían ocurrido distintos acontecimientos que expulsaron a miles de campesinos. Hubo un traspaso de recursos del campo a la ciudad. Este fue el costo que pagó la zona rural con su empobrecimiento para que Barcelona se transformara en una de las ciudades industriales más importantes de Europa.*

Otros factores colaboraron. En 1911 la zona rural de Cataluña padeció una grave crisis económica, a causa de las sucesivas sequías que destrozaron las cosechas de cereales. Una prolongada plaga de la filoxera destruyó la mayoría de las plantaciones de vid. Hubo un cambio social y territorial de su hábitat, un cambio para el cual los campesinos no estaban preparados. Entre 1900 y 1911, la comarca rural perdió un tercio de su población. Los grandes intereses económicos usaron todas las tierras del campesinado para tener energía eléctrica más barata.

No puedo dimensionar, cuán intenso debe haber sido el dolor de mis abuelos por la pérdida de sus tierras. ¿Habrá sido de mi abuela la decisión, bajo la luz de la esperanza de buscar una vida mejor para sus hijos, y enviar a cinco de ellos a Argentina? ¿Cómo habrá sido el convivir con el desconsuelo de esa pérdida presencial, los restantes años de su vida?

V

Nuevos interrogantes sin respuesta. Llegaron los cinco hermanos a Buenos Aires, pasaron por el Hotel de los Inmigrantes, como otros miles de recién llegados. Al llegar al puerto de Buenos Aires, eran contabilizados en las oficinas de migraciones. Se los inscribía con sus nombres y apellidos, de acuerdo a la documentación que portaban, tal fue el caso de mi padre. Si no disponían de documentación se les daba una designación de apellido, que en muchos de los casos derivan de uno de sus nombres de pila. Todos pasaban por esa puerta de ingreso denominada Hotel de los Inmigrantes, situado en el Puerto de Buenos Aires. Allí la interacción cultural se acentuaba con el tiempo de convivencia. Hombres, mujeres y niños que comenzaban a sentirse, sin saberlo como

grupos de pertenencia y referencia (inmigrantes), ya que todos compartían la incertidumbre de un lugar desconocido.

Se integraban y convivían, durante unas cuantas semanas, todas las nacionalidades. Lo mismo acontecía con las distintas creencias religiosas: los católicos con los protestantes, judíos, musulmanes y ateos, que habían ingresado aproximadamente en la misma fecha. Las convicciones políticas también estaban representadas en esos emigrantes que habían arribado en busca de un futuro mejor, o por lo menos distinto. La dialéctica se daba entre los socialistas, trotskistas, anarquistas, comunistas, nacionalistas, lográndose en ese contacto ya un intercambio de creencias y costumbres.

Juan y sus hermanos recalaron después en Mendoza, provincia que se asemejaba al hábitat original de su familia. Andrés, esto puede ser lo que ocurrió con tu abuelo Juan. Espero poder verte pronto cariños a Josefina y a los nietos.

VI

Años después, en otra visita a Andrés y familia, fui a retirar a mi nieto de la guardería. La maestra me hizo ingresar al aula y allí escuché a todos los niños hablando el catalán. Era el idioma del bisabuelo en boca de esos niños de todas las nacionalidades, vinculándose en catalán. La integración y convivencia en la diversidad cultural estaba presente en esos niños. Interiormente, al escuchar la voz de mi nieto hablando en catalán, sentí que el destino daba respuesta al desconsuelo de esos campesinos que habían enviado a sus hijos a una tierra desconocida. Su bisnieto estaba ahora integrándose a su cultura y viviendo en la tierra natal.

Felicitas Navarro Pérez

ESTA ES MI HISTORIA, PEQUEÑA Y HUMILDE HISTORIA DE UNA EMIGRANTE MÁS

(Argentina)

El tiempo supo enseñarme a no buscar culpables y aceptar mi destino en esta lejana tierra de Argentina, donde vivo desde hace 70 años, donde estudié, formé una hermosa familia de la que hoy brotan hijos y nietos. Una familia que sabe de costumbres españolas, de bailes y de cantares, una familia que derramó muchas lágrimas pero que también tuvo muchas alegrías. ¿Cómo o desde dónde comenzar? Creo que debo iniciar mi relato mucho antes de nacer, con hechos que fueron marcando el futuro destino. La familia de mi padre vivía en Altea, provincia de Alicante. Durante la Guerra Civil, mi padre se fue de voluntario a luchar por sus ideales republicanos. Al término de la guerra fue llevado a un campo de concentración. Luego de un año y por el milagro de reconocer al Dr. Alfonso de Santolaya que era el Jefe del Campo de Unamuno, lo liberan (pero esa es otra historia aparte). Mi abuelo fue puesto por su edad, en una cárcel en Alicante de donde salió en 1942 para morir seis meses después. La posguerra y el sufrimiento de una familia tildada de "roja" en ese pequeño pueblo mediterráneo, fue increíble. Mi padre era acosado continuamente y detenido por cualquier suceso, del que lo suponían sospechoso, hasta que se aclaraba que no tenía nada que ver y volvían a dejarlo en libertad. Su trabajo, ya que no podía desarrollar su oficio, consistía en llevar el pescado que le daban los pescadores en el puerto, cruzar la sierra de Bernia para llegar al pueblo de Gandía donde lo cambiaba por arroz o

Batallón Disciplinario de Trabajadores núm. 52

EXPEDIENTE PERSONAL

del Trabajador

Reemplazo de 1945

Francisco Barcelló Francisco

2ª Compañía - Destacamento

Pedidos informes a Alicante

Guardia Civil: día 14/12/46 Recibido el día 18/12/46

Ayuntamiento: " " " "

F.E.T. y J.O.N.S.: " " " "

Alta en el Batallón 6/10/46

Se remite el expediente a la Inspección

Baja por pase a

Documento militar. Batallón disciplinario de trabajadores.

BATALLON DE TRABAJADORES Nº 108 2ª Compañía

MEDIA FILIACION del Trabajador.

Nombre Francisco Apellido Navarro

Apellido Caballo

Hijo de Francisco y de Felicitas, natural de Alicante

Ayuntamiento de [illegible] Partido Judicial de [illegible]

Provincia de Malaga que nació el 14 de Agosto de 19 14 de oficio albañil residencia Alicante

calle Floreda núm. 2 estado S. hijos [illegible]

sabe leer Sí, y escribe Sí, y pertenece al reemplazo de 1934

SEÑAS: Pelo rubio cejas rubio pelo [illegible] nariz recta

boca regular labios regulares barba afeitada particulares [illegible]

Ingresó en este Batallón en 6 de Octubre de 1946 procedente del Campo de Francisco

Estatura cuando ingresó 1 metro 700 milímetros, peso 70 kilos, perímetro torácico 87 centímetros.

Fué destinado en Alicante 22-9-950 Campo donde fué conducido 63 Bon. Valencia Comisión clasificadora a que pertenece

perteneció 94 Bon. Clasificado en el grupo Unidad armada a que pertenece Especializado en el trabajo de Soldado

Tiene en el campo el núm. [illegible]

Fué baja en el Batallón en [illegible] del mes [illegible] de [illegible]

por pase a Madrid 6 de Octubre de 1946

El Comandante,

Documento militar. Batallón de trabajadores.

Batallón de Trabajadores "Cangas" núm. 20 Compañía

FILIACIÓN DEL TRABAJADOR

Francisco Navarro Caballo hijo de Francisco y Felicita natural de Ayuntamiento de [illegible]

Provincia de Málaga avecindado en Alicante

Ayuntamiento de [illegible] Provincia de Alicante

Oficio Albañil edad 35 años, estado soltero

hijos [illegible] estatura [illegible] Sus señas son: pelo [illegible] cejas [illegible] ojos [illegible] nariz [illegible]

barba [illegible] boca [illegible] color [illegible]

Señas particulares [illegible]

Alta en esta Unidad el 15 de Julio de 1939

CIRCUNSTANCIAS

Fué hecho prisionero Marzo 14 Febr 1939

Unidad cerca donde sirvió: [illegible]

en [illegible]

Fué concentrado en el Campo de [illegible]

Declaró en la Comisión Clasificadora [illegible]

de [illegible]

Procede del Campo de Concentración [illegible]

de [illegible]

Documento militar, batallón de trabajadores "Cangas" nº 20.

4042

Remo

4

Cumplimentando lo ordenado por V.S. en escrito nº 3009, de fecha 7 del actual, con fecha 22 del mismo, fué detenido, e ingresado en este Depósito Municipal, a su disposición, en virtud de este, FRANCISCO NAVARRO CABALLO, de 18 años, albañil,

Lo que tengo el honor de participar a V.S. para su superior conocimiento, debiendo significarle, que dicha detención, no se participó directamente a V.S. porque en el escrito recibido en este puesto, se ordenaba se incoase el Sr. Primer Jefe de este Comandancia, como así se efectuó.

Dios guarde a V.S. muchos años. Alicante 3 de Septiembre de 1940.

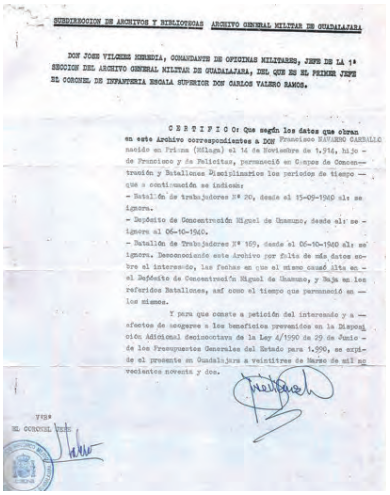
El Comandante de Puesto.

Excmo. Sr. Subinspector Jefe de los Batallones Disciplinarios de la Región.

Valencia

Documento militar. Batallón disciplinario.

aceite. Con él iba siempre mi tía Paca, pues la tía Milagros era muy débil, y los demás hermanos demasiados pequeños. Dejándole a su madre hasta su última moneda y cansado de tanta injusticia, decide irse a un lugar grande donde encontrar trabajo acorde con sus conocimientos en la construcción. Como estaba enamorado de mi madre y ella vivía en Barcelona, se decidió por esa ciudad. Allí se casan un 25 de diciembre de 1947. Un 11 de setiembre de 1949 llego yo al mundo, mi familia me cubre de amor y me convierto en el centro de ese universo. Abuelas, abuelo materno, tías y tíos... y yo la única niña.



SUBDIRECCION DE ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS ARCHIVO GENERAL MILITAR DE GUADALAJARA

DON JOSE VILCHES HERNANDIZ, COMANDANTE DE OFICINAS MILITARES, JEFE DE LA 1ª SECCION DEL ARCHIVO GENERAL MILITAR DE GUADALAJARA; DEL QUE ES EL PRIMER JEFE EL CORONEL DE INFANTERIA ESCALA SUPERIOR DON CARLOS VALERO RAMOS.

C E R T I F I C O: Que según los datos que obran en este Archivo correspondientes a DON Francisco NAVARRO CARBALLO nacido en Tetuan (Melilla) el 16 de Noviembre de 1.914, hijo de Francisco y de Felicitas, permaneció en Campos de Concentración y Batallones Disciplinarios los períodos de tiempo que a continuación se indican:

- Batallón de Trabajadores Nº 20, desde el 15-09-1940 al que se ignora.
- Depósito de Concentración Miguel de Unamuno, desde el que se ignora el 06-10-1940.
- Batallón de Trabajadores Nº 169, desde el 06-10-1940 al que se ignora. Desconociendo este Archivo por falta de más datos sobre el interesado, las fechas en que el mismo causó alta en el Depósito de Concentración Miguel de Unamuno, y baja en los referidos Batallones, así como el tiempo que permaneció en los mismos.

Y para que conste a petición del interesado y a efectos de acogerse a los beneficios previstos en la Disposición Adicional decimoctava de la Ley 4/1990 de 29 de Junio de los Presupuestos Generales del Estado para 1.990, se expide el presente en Guadalajara a veintitres de Enero de mil novecientos noventa y dos.

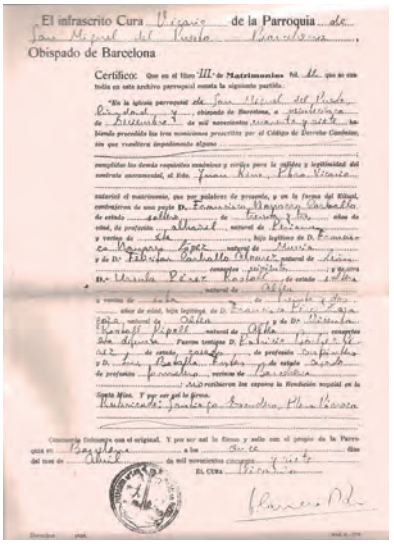
EL CORONEL JEFE

Legalización fotocopias de documentaciones.

DON FRANCISCO MARTIN VALENTIN, COMANDANTE INTENDENTE HONORARIO DE LA ROSEMIA MILITAR DE GUADALAJARA.

C E R T I F I C O: Que la presente documentación consta de CUATRO folios, fiel reflejo de su original, siendo todos foliados, sellados y rubricados por esta Intervención.

Guadalajara, 16 de Agosto de 1.980.



El infrascrito Cura Ecónomo de la Parroquia de San Miguel del Puerto Barcelona, Obispado de Barcelona

Certifico: Que en el libro III de Matrimonios fol. 46 que se custodia en este archivo parroquial consta la siguiente partida.

"En la iglesia parroquial de San Miguel del Puerto, Barcelona, a veintinueve de diciembre de mil novecientos treinta y siete, habiendo precedido las tres amonestaciones prescritas por el Código de Derecho Canónico, sin que resultara impedimento alguno

cumplidas las demás requisitos canónicos y civiles para la validez y legitimidad del contrato matrimonial, el Rdo. Juan Ribas Vicario

autorizó el matrimonio, que por palabras de presente, y en la forma del Ritual, contrajeron de una parte D. Francisco Navarro Carballo de estado soltero de veinte y tres años de edad, de profesión albañil natural de Tetuan y vecino de Barcelona, hijo legítimo de D. Francisco Navarro López natural de Melilla y de Dª Felicitas Carballo Alvarez natural de Melilla, y de otra D. Urbana Pérez Rodal de estado viuda de veinte y tres años de edad, hija legítima de D. Francisco Pérez Paja natural de Chilla y de Dª Urbana Rodal Piñeiro natural de Chilla, siendo testigos D. Salvador Sanchez Vera y de estado soltero de profesión Empleado y D. Luis Bonilla Pardo de estado soltero de profesión Empleado vecinos de Barcelona

Advertidos los esposos la Bendición nupcial en la Santa Misa. Y por ser así la firman. Francisco Navarro Urbana Pérez

Concuerda fielmente con el original. Y por ser así la firma y sello con el propio de la Parroquia en Barcelona a los diez días del mes de Diciembre de mil novecientos cincuenta y siete

EL CURA

Nº 24

NOMBRES Y APELLIDOS: Felicitas Navarro Perez

INSCRIPCION.- La inscrita Dª Felicitas Navarro Perez HA RECUPERADO LA NACIONALIDAD ESPAÑOLA (art. 26 C.C.) por Acta suscrita en Ceuta a 6 de Enero de mil novecientos noventa y ocho ante el Encargado del Registro Civil Consular de España en dicha Ciudad.

Barcelona 65 99

de fecha VEINTITRES de ENERO de MIL NOVECIENTOS NOVENTA Y OCHO (23/01/98) ante el Encargado del REGISTRO

Encargado Sr. FERNANDO ALMER VEIRAS

Secretario Sr. JOAQUIN GARCIA SANCHEZ

En Barcelona a VEINTITRES de ENERO de MIL NOVECIENTOS NOVENTA Y OCHO.-

Certificado de matrimonio de mis padres.

Documento registro civil.

Mi padre trabajaba en el Monte Pío como picapedrero, era muy querido por compañeros y encargados de personal. Pero la empresa, al pedir sus papeles al pueblo de Altea, comprueba que en estos había un sello con la palabra “ROJO” y pierde su puesto, negándole la

Casamiento de mis padres.

oportunidad de trabajar en lo suyo y en su país. A su cargo tenía la familia de Altea, que lo tenía como único sustento, y a nosotras. Mi madre cosía para afuera, pero, así y todo, las cosas iban de mal en peor. Se dedicó entonces al estraperlo, compraba en los barcos: leche condensada, café, cigarrillos, azúcar para revenderlo por las calles. Era un trabajo riesgoso que cada vez se tornaba más y más peligroso. Argentina surge como una buena opción de mejores condiciones de vida ya que allí habían emigrado José y Magdalena, los hermanos mayores de mi padre. Con el objetivo de poder trabajar y hacer la América, como se decía, y volver con dinero para vivir felices por siempre como en los finales de los cuentos.

Mi abuela Felicitas lloraba en silencio y le suplicaba a mi padre: — ¡Hijo mío, tú también me abandonas! José y Magdalena se han ido y no los he vuelto a ver, no conozco a sus hijos, solo veo sus caras por fotografías. Tú harás lo mismo. —No madre, yo volveré se lo juró. —No jures... sólo déjame a tu hija y así sabré que volverás. No puedes llevarte también la única nieta que conozco. Pero nos fuimos, y allí quedó mi abuela leonesa, la que nunca pudo incorporar el idioma valenciano, la que hablaba el castellano castizo con mucha dulzura. Subimos al barco un 11 de febrero de 1952 del puerto de Barcelona donde solo había lágrimas y promesas de volver. Con nosotros viajaba mi tío Manolo (Manuel), que también tenía la esperanza de "hacer la América" y volver. En el barco a vapor llamado "Salta" los camarotes eran para varias personas, es por eso que los hombres dormían separados de las mujeres. Si tenían niños pequeños dormían con sus madres, los varones hasta 10 años. Pero si tenían más edad dormían con sus padres en los camarotes de hombres. Yo contraje sarampión y estuve muy grave, por eso la mayoría del viaje estuve en la enfermería junto con mi madre que me cuidaba día y noche.

Fotografía familiar junto con una de las casas que hizo mi padre.

Al llegar al puerto de Buenos Aires, para pasar por la tramitación de inmigración, me llevaba mi padre en los brazos cubriéndome las piernas con una manta. Esto fue lo que le aconsejaron los médicos de abordo, de otro modo nos pondrían en cuarentena. Gracias a Dios todo salió bien y pudimos encontrarnos con mi tío Jaime (marido de mi tía Magdalena), que era la que nos había tramitado la "Carta de llamada", sin la cual una familia republicana no podía entrar en este país por decreto del entonces presidente Juan Domingo Perón. Cuando recuperamos todo el equipaje, el viejo baúl, maletas, cajas de madera con la vajilla, colchones arrollados etc., nos dirigimos en un camión alquilado por mi tío hasta la estación de trenes de Buenos Aires llamada Retiro. Allí tras varias horas de espera tomamos el tren que nos llevaría a nuestro destino final: el pueblo de Coronel Dorrego. Luego de un agotador viaje, ya que febrero en Argentina es uno de los meses de mayor temperatura del verano, el tren se detuvo en la estación donde se volvieron a abrazar después de muchos años mi padre con sus hermanos José y Magdalena. Mi tío Manolo que no conocía a su hermano José, ya que había nacido después que él emigrara le abrió los brazos... ¡tenía tantas ganas de abrazar aquel hermano mayor del que tanto hablaba su madre!... Pero José no sentía igual, para él solo era un joven desconocido y le estiró la mano como saludo.

Fotografía familiar bailando jotas con mi hermano.

Mi padre comenzó de inmediato a trabajar en la construcción de casas, enviaba mensualmente una suma de dinero para su madre y sus hermanos. El cambio del peso argentino de aquel entonces favorecía mucho a los que lo recibían en España. Recuerdo que cada vez que volvía del correo desde donde enviaba el giro, sus ojos tenían un brillo distinto. Ponía en una caja de zapatos el recibo con gran emoción y la guardaba sobre el ropero como un tesoro secreto. Pensaría lo mucho que lo necesitaban y con cuantas ansías esperarían ese dinero. En esta ciudad, nació mi hermano que como era sabido le pusieron el clásico

Bailando pasodobles en la Plaza Central junto con otra hija de emigrantes.

Fotografía familiar. Bailando con mi padre en mi fiesta de egresada.

nombre de familia: Paco (Francisco). Y aquí vivimos, siempre pensando, imaginando y planeando volver. Las cartas y fotografías que iban y venían nos conectaban a través del Atlántico. En el patio de la casa que hizo mi padre para vivir nosotros, moldeo dos grandes macetas de cemento. En una grabó la palabra ALTEA y en la otra ME VOY. Aún están en pie, indicando la imperiosa necesidad de ese emigrante de volver a su tierra. La ilusión de conservar su tierra hizo que a mi hermano y a mí nos enviaran a Danzas Españolas. Sus ojos al mirarnos bailar tenían un brillo intenso, hoy pienso que eran lágrimas entre mezcladas de nostalgia y orgullo. Mi hermano como era argentino, siempre se llevó bien con sus compañeros de colegio. En cambio, yo puedo decir que fui discriminada muchas veces. Mis propios compañeros y muchos de mis maestros tomaban mi nombre como motivo de burla, mis dos apellidos, otro. Aquí se ponía solo el del padre. Cuando se celebraban las fechas de la independencia de este país con España, o de alguna batalla entre los dos países, todas las miradas se dirigían a mí. ¡Cuántas veces me hubiese querido desvanecer en el aire! Pero luego venía el 12 de octubre con Colón y eso me elevaba un poco la autoestima, ya que, gracias a ese marinero, mi patria en ese día era mejor mirada.

También estaba el idioma, pues mis padres hablaban en casa el valenciano, haciendo que muchas veces mi mente me traicionara y dijera alguna palabra nuestra frente a la clase o en los juegos. Todo era motivo de guasa. En las tiendas veía con dolor como se burlaban de mi madre por su acento, y como ella los enfrentaba con altura haciéndoles ver a veces su propia ignorancia. Los emigrantes nos agrupábamos en fiestas, en reuniones, en eventos. En una Asociación Española de Socorros Mutuos que habían fundado un grupo de emigrantes españoles muchos años antes. Allí estábamos: gallegos, asturianos, vascos, valencianos, leoneses, andaluces. Allí estaba nuestra bandera que nos unía, allí no habían burlas por palabras mal pronunciadas ni por dobles apellidos ni por nombres extraños. Fue en esa Asociación Española que fui designada como Presidenta de los Festejos de su Centenario y luego cuando me jubilé como maestra, trabajé durante dos años como voluntaria de la Consejería

Laboral y de Asuntos Sociales de España en Argentina, para colaborar con los españoles en las tramitaciones de diversas ayudas.

Fotografía familiar. Mi casamiento.

Pasaban los años, mi padre trabajaba, nosotros estudiábamos, recibí mi título de maestra, conocí el amor y me casé. Mi hermano fue a la Universidad, se recibió de Ingeniero y quedamos anclados aquí, en estas tierras, que no nos abrieron los brazos como tan fácilmente se dice, nos permitieron sí, trabajar y estudiar. Pero todo con esfuerzo y con tesón, con honestidad y humildad, con los valores que nos trasmitió nuestra familia. Para poder ejercer de maestra, tuve que obligatoriamente renunciar a mi nacionalidad española, pues en el Reglamento Docente de la Provincia de Buenos Aires dice textualmente: "Podrán ejercer el cargo de maestras todas aquellas personas que posean el título y sean argentinas o nacionalizadas". Como necesitaba el trabajo tuve que aceptar esa condición, y así con todo el dolor de mi alma dije las palabras de renuncia, que no sentía mi corazón y estampé mi firma temblándome la mano. Mi profesión de maestra me brindó muchas satisfacciones. Pude dar y recibir mucho amor, respeto, valores humanos. Cuando enseñé historia Argentina y sus fechas patrias de independencia lo hice con justicia. Mostrando siempre las dos partes de la historia. Cuando llegaba algún alumno de otra nacionalidad como: chilena, paraguaya y hasta

Momentos de mi accionar docente.

Junto con mis alumnos.

Fotografía durante mi etapa docente.

Fotografía familiar. Mis padres junto con cinco de sus seis nietos y sus tres primeros biznietos.

coreana, siempre supe hacerlos sentir como en su patria. No lo estaban... por supuesto, pero eran niños... solamente niños que necesitaban más afectos que los demás por haber perdido los suyos. Siempre me veía reflejada en ellos.

Casi a punto de jubilarme y en el pozo de una profunda depresión, mi psiquiatra comenzó a "escarbar" mi vida y me dijo que un paso fundamental en mi recuperación era recuperar mi nacionalidad y otro volver a visitar mi patria. La ley española permitía la recuperación de la nacionalidad si había sido para poder ejercer una profesión. Así es que acompañada por mi querida amiga vasca: Arantxa, las dos tramitamos juntas el recupero de nuestra nacionalidad. Sé que los papeles no son llevados al cielo, solo nuestras acciones, todo queda aquí, pero el Municipio de Coronel Dorrego me otorgó un diploma al cumplir los 50 años de estar en el país, agradeciéndome el aporte que hice a la cultura argentina, me recompensó de algún modo los sufrimientos vividos. Otra cosa a la que me llevó mi dolor por el desarraigo, fue a escribir. Escribía mis angustias o las que veía en las personas que estaban a mí alrededor. Conté sus historias de emigrantes, escuchadas en las conversaciones de sobremesas, y sobre todo la historia de mis padres, para que no se pierda la memoria en mis descendientes. Para que sepan llevar con orgullo sus apellidos. De algunas obras presentadas obtuve importantes premios.

Quedamos en esta tierra lejana, en este Coronel Dorrego de la llanura, enraizados con amores, hijos y nietos que la vida me fue dando como pago de todo lo que me quitó. Mi padre dejó su obra en pie, fue

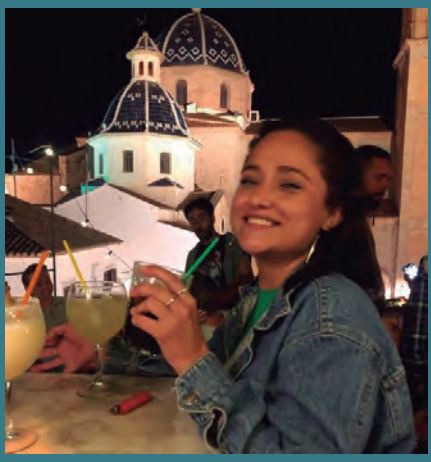
Mis padres en una carroza, durante unas fiestas del pueblo.

Bailando junto con mis nietas.

uno de los mejores constructores de la ciudad y de la zona. Construyó muchas casas, varios edificios públicos. Decían que cobraba caro, pero aun así le daban las obras por su prolijidad, por su integridad y por su responsabilidad en hacerlas. Sus peones de albañil eran otros emigrantes españoles que iba reclutando y enseñándoles el oficio para ayudarlos. Era el que mejor pagaba a sus hombres. Era reconocido por todos como "hombre de palabra", como un ejemplo de trabajo y honradez.

Mis padres hace diecinueve años que descansan en esta tierra a la que solo vinieron "por un tiempo". Estoy casada desde hace 54 años con Anastasio Madariaga Rodríguez, nieto de vascos, leoneses y holandeses. Tenemos 3 hijos y 7 nietos. Estoy orgullosa de ellos, son excelentes personas que tienen valores morales íntegros. Mi hija Vanesa es Profesora de Ciegos y de Deficientes Mentales. Hace su trabajo con mucho amor. Ahora es directora de una Escuela Especial. Tiene dos hijas: Johanna 27 años (este año emigró a España), Ainara 25 años (Licenciada en Psicología) y un hijo Ulises (trabaja en la empresa de su abuelo). Estos dos últimos viven en esta misma ciudad. Mi segundo hijo Sergio es Ingeniero Industrial, emigró a México en el año 2001, vive en la ciudad de Monterrey, en México. Se casó y tiene dos hijas; Mariana de 17 años y Mailén de 15 años. Es emigrante como yo, sufre en carne propia el desarraigo. Mi hijo más pequeño Federico, es profesor de tenis en el Club Universitario de Bahía Blanca tiene una hija de 16 años, Anastasia y un hijo de 10 Mikel. Ambos están estudiando. Mi hermano Paco vive en Cipolletti, provincia de Río Negro, Argentina. Tiene 3 hijos: Manuel, Periodista, casado, tiene una hija de 4 años, Olivia y un hijo de 2, Camilo. Viven en Cipolletti.

Mis tres hijos.



Mi nieta mayor que emigró y está viviendo en Altea.

Francisco: Ingeniero Civil, provincia de Buenos Aires. Casado, tres hijos: Felipe de 11 años y dos hijas de 7 años: Lola y Juana. Viven en Cañuelas, provincia de Buenos Aires. Úrsula Jimena: Arquitecta. Vive en La Línea y trabaja en el proyecto EuroCity Gibraltar. También emigró a la tierra de sus abuelos. Cuando recibí el pago de mi jubilación con el premio docente, después de 51 años de ausencia, pude volver a España (como recomendó mi psiquiatra). Encontré todos los tíos y tías que había dejado. Los pude abrazar, sentir sus voces, contar mis anécdotas de niña. Mis abuelos ya no estaban, no pudieron esperarme tantos años. Conocí a mis primos. Recorrí las calles blancas de Altea, escuché los arrullos del mar cuando juega a redondear piedras. Caminé por Barcelona y entré a la iglesia de San Miguel del Puerto, donde se casaron mis padres y fui bautizada. ¡Bailé sardanas en Monserrat!

"Un inmigrante es un par de manos y un alma encallecidas,
unos ojos por donde silenciosamente se le escapa un llanto más significativo,
que el mar que lo trajo y lo separa.
Y es tesón y esfuerzo... una agridulce canción .... un vacío en el alma"

La Comisión Municipal de Cultura

distingue a la Inmigrante

Felicitas NAVARRO PEREZ

le agradece su aporte a la cultura Argentina, y le reconoce tanto afecto manifiesto a la comunidad dorreguense, al cumplir 50 años de residencia en el país

Día del Inmigrante, 4 de Septiembre de 2002. -

Nora del Carmen CENCI
Directora de Cultura

Dr. Osvaldo Aníbal CREGO
Intendente Municipal

Distinción por el aporte a la cultura argentina, tras 50 años viviendo en el país.

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS
CORONEL DORREGO
1.901 - 7 de Julio - 2003

IV CONCURSO LITERARIO
" NUESTRAS RAICES"

A la Sra. Felicitas Navarro Perez

MEJOR TRABAJO DE AUTOR LOCAL
Género: Poesía
"MI PADRE Y SU AMIGO"

Coronel Dorrego, 07 de Julio de 2003

Diploma por trabajo literario.

Por las calles vi a otras personas que eran emigrantes, como yo lo era en Argentina, vi el dolor reflejado en sus ojos, el desarraigo dentro de su alma, ¡ellos estaban donde yo debí estar!, y yo estaba solo de paso en mi propia tierra donde estaban ellos. ¡Qué cosas extrañas nos hace hacer la vida!, o tal vez serán los hombres que, con sus políticas corruptas y su afán de poder desmedido, no tienen en cuenta el sufrimiento de las personas de su país, que deben dejarlo para poder vivir dignamente. Me pregunté también ¿de dónde soy? En Argentina me consideraron extranjera siempre, en las calles de mi patria también me trataban como extranjera por el acento adquirido. Mi corazón bombeando al ritmo de pasodobles y jotas me lo respondió: SOY ESPAÑOLA, siempre lo seré y siempre estaré dividida entre estas dos patrias, la de mi nacimiento y mis ancestros y la de mis hijos y mis nietos, la que vivo y en la que esperaré la muerte.

Norma Pereira Castro

LA CARTUCHERA VERDE

(Argentina)

Un relato que nada tiene de ficción, todos los hechos son reales con una narradora en primera persona que es la autora del mismo. Su primera nieta[1].

Esa foto vieja que aún se encuentra en mi mesa de luz. Erguido con su traje de milicia, y su sombrero negro en mi perchero vienés, me llevan a tiempos e imágenes amarillentas y craqueladas del álbum familiar. El copetín del domingo, la mesa servida con tanto amor por mi abuela, mis primos revoloteando por la casa, y yo, la nieta mayor, esperando que me cuente historias de su pueblo, de la guerra, de su vida. Historias que lo hacía el héroe familiar. Aún conservo entre mis recuerdos más preciados, esa cartuchera de color verde militar, con ribetes rojos y dentro de ella una libreta que tenía como título: "EJÉRCITO ESPAÑOL", "Cartilla Militar" y el número de afiliación de soldado. Me impresiona abrirla, y ver que dentro de ella sólo quedaban de mi abuelo unas huellas digitales en tinta roja... las acaricio, trato de buscar al tacto un acercamiento con esa figura tan querida para mí. Continúa un título de "Reclutas en caja" y la esquela posterior de "Situación de servicio en las filas", allí habla de su reincorporación en el Regimiento de Infantería número 24, Escuadrón número 8 del año 1936, año que comenzó su Odisea, su largo retorno al hogar, dejando a su mujer tejiendo y destejiendo como Penélope una mortaja que, como tantas mujeres en el país, no sabía si la usaría. Mientras tanto... lo esperaba...

[1] La autora envía algunas imágenes de documentos cuya calidad es insuficiente para ser reproducidas. (N.E.)

Esa foto vieja que aún se encuentra en mi mesa de luz, parece tomar vida propia al recordar con qué orgullo me mostraba las esquirlas en sus nalgas, de una guerra que más tarde vería como incomprensible. Sus ojos cargaban un brillo de tristeza cuando relataba que al poco tiempo de casarse y esperando a su primera hija tuvo que partir hacia una guerra injusta. La conoció después de dos años, cuando volvió lleno de piojos y barbudo haciendo referencia a esa canción infantil, de una muchacha que no reconoce a su marido cuando vuelve de la guerra: "...estaba la Catalina, sentada bajo un laurel, dispense mi soldado a mi marido ha visto usted, mi marido es alto y rubio y no pasó los veintiséis..." y ese soldado tan distinto en aspecto y sentimientos era su marido... siempre pensé que mi abuela era la Catalina. Pero tuvo que volver...volver al infierno... hasta que finalizó la guerra y en esa carta vieja dentro de su libreta militar, le daba la baja en noviembre del 39. Fue entonces que emigró hacia un continente lejano, que prometía un nuevo sol para él y su familia, a quien dejó con la promesa de ir en busca de otra tierra... "...Toma tu mula, tu hembra y tu arreo, sigue el camino del pueblo hebreo y busca otra luna. Tal vez mañana sonría la fortuna y si te toca llorar, es mejor frente al mar..."[2] un continente lejano, que prometía un nuevo sol para él y sus hijas.

Ese Quijote mío, que contaba su lucha con una serpiente en una trinchera, quizás esa serpiente era una culebra que yo imaginaba una boa constrictora; o cómo salvó a un amigo de caer en manos enemigas ¿Enemigas? ¿Acaso no eran sus hermanos? Cargó su cuerpo herido por varios kilómetros. Siempre me imaginé que se enfrentaba a los molinos de viento... Él les decía a sus hijas que nació en el lugar equivocado, o tenía una ideología errada en ese lugar. Tarde comprendí su metáfora. A pesar de todo nos cantaba la canción que entonaban en la guerra y yo, tan pequeña, no entendía el sentido de su letra: "...cara al sol con la camisa nueva que Franco...", al nombrarlo, sus ojos brillaban de rabia y luego me decía "...mejor te enseño el himno español o Madrid, Madrid, Madrid, quítate el sombrero "¿Cómo podía entender un niño, que la guerra que luchaba no era la suya, cómo entender que mi abuelo luchó para ese señor, pero que él, era izquierdas? Cada hombre que mataba entonces, era ¿matarse a sí mismo? ¿A su ideal? ¿A su propia sangre?

---

[2] *Pueblo Blanco*. Autor Joan Manuel Serrat. Fragmento. (N.A.)

Me quedaba horas enteras escuchando sus historias, pero siempre llegaba un momento que se levantaba, y me decía "...basta por hoy bonita que estoy cansado..." se iba caminando despacito a su dormitorio, y lo escuchaba llorar. ¿Cómo no entendí los fantasmas de mi abuelo? Mamá me decía "... ¡deja al abuelo tranquilo niña!" con el transcurso del tiempo me contó que ella suponía que él habría pasado muchos momentos terribles, como saqueos, violaciones, y cuántas cosas más. Además de extrañar terriblemente a su tierra, y perder todos sus seres queridos sin poder besarlos o abrazarlos nuevamente, interceptado por un océano inmenso que lo separaba de ellos. Sentí así su tormento, cada vez que pasaban los años y tuve la certeza el día que murió "ese señor" al que llamaban Franco. Era domingo, día de reunión familiar. En la televisión blanco y negro pasaban el féretro del General. Mi abuelo fue a la heladera, descorchó una Champaña, que luego nos enteramos tenía guardada para esa y sólo esa ocasión. Levantó su copa y nos hizo brindar a todos porque él había sobrevivido a ese hombre que lo llevó a él y a tantos más, a la experiencia peor de su vida. ¡Dios mío! ¿Puede una persona tan buena y generosa, guardar tanto odio y rencor después de cincuenta años? ¿Cómo no entendí los miedos de mi abuelo?

A partir de ese momento el abuelo quería volver a su pueblo, no tan lejano a Madrid, quería volver a besar su tierra. Ya no estaba el cancerbero que le impedía volver. No tuvo suerte, primero en un país tan difícil como el nuestro, la economía no ayudaba, luego se enfermó la abuela, más tarde la perdimos. Y él, siempre Quijote, siempre erguido, se daba sólo un gusto, visitar Mar del Plata. Mi abuelo me llevó a conocer el mar por primera vez cuando tenía cinco añitos, esa pileta grande con olas inmensas. Luego la vida quiso que viviera en una ciudad del Atlántico, quizás para recordar siempre mi primer día en el mar. Él pasaba horas enteras mirando las olas. Eso creía yo. Pero miraba más allá... Un día me dijo: "...aunque tu madre no quiera, cuando muera quiero que tiren mis cenizas aquí. De esa manera podré estar frente a mi tierra, y quien te dice, llegar allí..." Luego se reía y me abrazaba. Por supuesto, cuando mi abuelo abandonó esta tierra, sus hijas no lo permitieron ¿Cómo no entendieron los sueños del abuelo? Ya pasaron quince años de su muerte, y de tanta insistencia con mi madre, me permitió cumplir mi promesa.

Traje sus cenizas conmigo, a esta playa hermosa en la que vivo. Sé que está feliz. Aprieto la urna contra mi corazón y siento la conexión que siempre tuvimos. Comienzo a sentir el agua fresca y salada en mis pies, poco a poco voy caminando hacia adentro. Es un día como los que le gustaban a él, soleado, con una brisa fresca. El mar está tranquilo, comienzo a realizar la entrega prometida. Ofrendo a Neptuno y a mi Dios unas lavandas cortadas del jardín de mi casa. A mi abuelo le gustaban las lavandas, él las llamaba cantuescos y decían que perfumaban los campos de su tierra. Es increíble. Las cenizas vuelan lentamente hacia el oeste. Es como lo había Imaginado. Como él, alguna vez, lo había soñado: "... ¿Sabes Cachuricita por qué me gusta el Atlántico? Porque como dijo algún viejo escritor... tiene un balcón a España. Un grandioso balcón a mi tierra. Al sentarme en esta playa siento que la estoy mirando a ella, mi pueblo querido... siento que aquí no tengo dolor, ni tanta tristeza por no haberla vuelto a ver. En este balcón veo a mi padre cosechar la tierra, huelo a mi madre cocinando y siento las risas de mis hermanos. Lo peor lo olvidé, la sangre, los gritos de dolor, la muerte...olvidé todo... en este balcón sólo veo transcurrir lo mejor de mi vida, allí... en la vereda de enfrente, en mi amada tierra..." Me siento plena, llena de orgullo por lo que fue ese ser a veces tirano, otras dulce como un niño, otras un loco de la guerra como le decían

todos, con la inocencia de una niña, sin saber literalmente como esas palabras lo herían. Sola con el agua hasta los hombros y la urna levantada, ya sin contenido, siento que las cenizas vuelan con todo su ser a ese lugar que el destino quiso que abandonara por temor a otra guerra o por hambre, o porque como a Miguel de Unamuno "¡le dolía tanto España!". En este momento, adulta y niña a la vez, comprendo tus sentimientos, tus fantasmas y tus miedos. Miro el reloj y me doy cuenta que el tiempo había pasado sin registro alguno. El mar me devuelve una ramita de lavanda. En este balcón a tu tierra se mezcla el perfume fresco de las manzanillas de la vereda de tu segundo hogar, en Ramos Mejía, con la casa de tu infancia, el aroma tantas veces añorado de las lavandas de su pueblo, y una bandurria que suena lejana. Risas y cánticos alegres que alguien muy querido me enseñara "...y adiós con el corazón, que con el alma no puedo... y al despedirme de ti, al despedirme me muero... tú serás el bien de mi vida, tú serás el bien de mi alma, tú serás el pájaro pinto que a veces canta por la mañana...", vuelvo a sentir la voz de mi abuelo que me agradece haber unido con tanta simpleza a sus dos continentes amados.

Ya no hay nostalgia en su voz...

Clara Lucía Pérez Arroyave

LA MIGRACIÓN DE MI ABUELA DESDE ESPAÑA A AMÉRICA EN 1941

(Argentina y Colombia)

Para mi prima española de noventa y cuatro años, única sobreviviente actual de la migración con mi abuela en 1941.

Mi historia comienza por efectos de una guerra, aquella de la que huyó mi abuela materna, María del Carmen Portela Rodríguez, en 1941. La guerra que afectó a millones de españoles y que hoy me lleva a narrar esta historia: la Guerra Civil Española. Soy su segunda nieta, Clara Pérez Arroyave, y quiero contar su historia porque ha sido también mi historia. Una historia de migración, llena de miedos y de nostalgias, a consecuencia no solo de las difíciles condiciones económicas por las que pasaba su familia debido al conflicto interno, sino también explicada por la desaparición y el posterior asesinato de uno de sus miembros, que la dejó a ella y a su hermana sin otra salida que buscar refugio en tierras americanas.

Mis bisabuelos con tres de sus hijos.

Ana Rodríguez Camoyán, mi bisabuela.

Ana y Joaquín: mis bisabuelos.

LA NIÑEZ Y LA JUVENTUD DE MI ABUELA EN CÁDIZ

Una vida feliz y tranquila. Mi abuela nació en 1909 en Cádiz-España. Fue la cuarta y última descendiente de Joaquín Portela González (1869-1939), oriundo de Puerto Real, y de Ana Rodríguez Camoyán, nacida en Cádiz. Ella tuvo tres hermanos mayores: Joaquín, Juan y Amalia. Sus abuelos paternos y maternos eran gaditanos; se llamaban Juan y Francisca, y Federico e Hipólita, respectivamente.

Joaquín, mi bisabuelo, se graduó de bachiller en 1884 en el Instituto de Enseñanza Media de Murcia. En 1885 ingresó a estudiar a la Facultad de Medicina de Cádiz. Ejerció como médico general, y se formó en París por un tiempo, a partir de lo cual se dedicó a la Otorrinolaringología. Fue colaborador de la universidad desde 1893 en varios cargos. Ejerció además su consulta privada en el piso inferior de su casa de Cádiz. Desde 1912 hasta su muerte en 1939 se desempeñó como Catedrático numerario de la disciplina de enfermedades de oídos, nariz y garganta de la Facultad de Medicina de Cádiz.

Su hijo Juan Portela Rodríguez —mi tío abuelo, a quien tuve la alegría de ver una sola vez— y, luego, su nieto Joaquín Portela de Villasante, continuaron con su legado médico en Cádiz; este último hasta años antes de morir en 2010[1].

[1] https://www.diariodecadiz.es/cadiz/Fallece-doctor-Joaquin-PortelaVillasante_0_362364011.html (N.A.)

Mi bisabuelo con sus dos hijas; a la izquierda, mi abuela.

En medio de su familia, mi abuela pasó una niñez tranquila en Cádiz, según nos contaba. Vivían en medio de comodidades económicas que le permitían comer bien, estrenar vestuario y hacer paseos. Desde niña siempre estuvo atendida por su mamá y al cuidado de varios empleados que le prestaban todas las atenciones. Ella, por ser la menor, era la consentida de todos. De joven, ella estudió francés y mecanografía. Se veía con frecuencia con primos y amigos. Habitaba una casa grande y bien dotada de tres pisos, ubicada en la Calle Cervantes en el norte de Cádiz.

A pesar de las condiciones cómodas que vivió mi abuela al principio de su vida, ella nos hablaba de que su niñez y juventud se dieron en medio de acontecimientos mundiales de gran trascendencia, que afectaban su tranquilidad y la de los suyos. Tenía cinco años cuando estalló la Primera Guerra Mundial, y veinte, cuando ocurrió la Gran Depresión o crisis financiera de 1929. Además, siendo adulta, fue testigo de las atrocidades acontecidas en la Segunda Guerra Mundial, entre 1939 y 1945.

Dormitorio de la casa de mis bisabuelos en Cádiz.

Comedor de la casa de mis bisabuelos en Cádiz.

Consultorio médico de mi bisabuelo, dentro de su casa en Cádiz.

Sala de la casa de mis abuelos en Cádiz.

¿CUÁNDO COMIENZA A CAMBIAR LA VIDA DE MI ABUELA EN ESPAÑA?

Desde 1874 Alfonso XII era el rey de España. Ante su prematura muerte en 1885, le sucedió su hijo, que apenas se formaba en el vientre de su madre. Este al nacer recibió el nombre de Alfonso León Fernando María Jaime Isidro Pascual Antonio de Borbón y Habsburgo-Lorena. Él, Alfonso XIII, fue rey desde su nacimiento, aunque representado primero por su madre, María Cristina de Habsburgo, hasta que, a sus dieciséis años, el 17 de mayo de 1902, asumió de manera personal el cargo.

Ejerció el reinado por casi treinta años hasta el 14 de abril de 1931. En dicha fecha, tras un proceso de votaciones, no fue posible la

continuidad de la monarquía, y decidió renunciar, dando paso a la Segunda República Española. Pronunció ese día aquella frase que sería célebre: «Las elecciones me revelan que no tengo hoy el amor de mi pueblo». Esa noche de 1931, cuando mi abuela tenía veintidós años, su familia, que escuchaba la radio, supo que el rey había huido de España para buscar exilio en Francia, pues deseaba evitar una guerra. En los medios de comunicación se cuenta de su viaje durante más de veinte horas en un automóvil con una escolta de carros y súbditos, hasta la ciudad de Cartagena, a orillas del mar Mediterráneo, donde lo recibieron allegados y opositores. De allí huyó a Marsella, Francia, en el buque Príncipe Alfonso. Su esposa y sus hijos, excepto uno, viajaron al día siguiente en tren para acompañarlo. Juan, de dieciocho años, no viajó con ellos pues se encontraba a esas horas en clase en la Escuela Naval de San Fernando. El rey dejó instrucciones para que su hijo fuera sacado de España por alguien de confianza y llevado al exilio.[2] Hasta este punto, el relato sobre el rey y su hijo Juan suele contarse de ese modo en las fuentes históricas. Casi nunca se mencionan otros protagonistas que quedaron a la sombra, historia que afectó a quien sería mi abuela.

Javier Biondi Onrubia junto con compañeros.

El capitán de navío que en 1931 llevó al hijo del rey al exilio, de nombre Francisco Javier Biondi Onrubia, era el cuñado de mi abuela, es decir, el esposo de su hermana mayor. Biondi era capitán de corbeta, comandante del cañonero Lauria, y recibió el mandato de transportar al hijo del rey hacia Francia. Y así lo hizo, en el torpedero 16, fiel al juramento de cumplir con sus responsabilidades. De ese modo salvó la vida de don Juan, el hijo del rey Alfonso XIII, permitiendo, sin saberlo, la sucesión de sus descendientes al trono.[3]

---

[2] Extractos del relato efectuado por José Rivera y Álvarez de Canedo, encargado de acompañar al rey al exilio, que pueden leerse, entre otros, en: https://www.publico.es/actualidad/huida-del-borbon.html https://www.elconfidencial.com/espana/2010-04-10/antes-de-abandonar-el-barco-recibio-honores-y-despues-rompio-a-llorar_478870/ (N.A).

[3] https://www.elimparcial.es/noticia/124503/nacional/don-juan-hijo-de-rey-y-padre-de-rey.html (N.A).

Imagen del día del enlace matrimonial. Cádiz 1933.

La renuncia del rey Alfonso XIII no eximió a España de una guerra, pues esta se dio con posterioridad, entre los años 1936 y 1939: la Guerra Civil Española. Este conflicto de gran violencia afectó a toda la población y, por supuesto, a la familia de mi abuela, que sintió sus consecuencias de manera directa. En 1936 Javier Biondi Onrubia, cuñado de ella, fue asesinado en cautiverio, después de haber sido desaparecido por un tiempo. En años recientes, la Asociación por la Recuperación de la Memoria Democrática, Social y Política de San Fernando (AMEDE) gestiona la excavación y la exhumación de restos óseos de víctimas de la represión franquista en este cementerio municipal de Cádiz, acciones que incluyen la búsqueda de los restos de Javier Biondi Onrubia .

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA Y LA DECISIÓN DE MI ABUELA DE VIAJAR A ARGENTINA EN 1941

La muerte de Javier Biondi en 1936 se produjo en un momento de muchas dificultades para la familia de mi abuela. La Guerra Civil Española, acaecida entre ese año y 1939, comenzaba a afectar su cotidianidad y a generar grandes preocupaciones. Escaseaba el dinero y con este, la comida, la ropa y los bienes de primera necesidad, a los que hasta unos años antes habían estado acostumbrados. Había disminuido el trabajo de mi bisabuelo en sus consultas médicas privadas. Él enfermó y murió poco después en 1939. Todos, que había vivido bien y de manera tranquila, se vieron enfrentados a una época de mucha escasez y de gran incertidumbre: ¿qué iba a sucederles a ellos? Entre tanto, unos años antes de iniciarse la guerra, mi abuela había conocido en Cádiz a un estudiante de medicina de origen colombiano. Se llamaba Ezequiel Arroyave, alumno de mi bisabuelo, uno de sus mejores estudiantes. En cierta ocasión fue invitado por el profesor a comer en su casa. Fue así como este joven colombiano compartió la misma mesa con su hija María del Carmen. Él y mi abuela apenas sí se cruzaron algunas palabras, pero pronto, conforme

hubo más invitaciones y encuentros, se enamoraron, hasta que decidieron casarse. La ceremonia se realizó el 4 de febrero de 1933 en Cádiz. Mi abuela quedó pronto en embarazo, y en marzo de 1934 nació un hijo de ambos, pero, desde antes, mi abuelo se había regresado a Colombia para arreglar algunos negocios y ver a su madre, prometiéndole un pronto regreso. Mi abuela se quedó en Cádiz con su hijo, esperando el regreso de su esposo, que nunca se dio.

Durante los años posteriores, la vida de la familia de mi abuela se volvió insoportable, en particular la suya, una mujer sola y con un hijo, y la de su hermana, recién enviudada y con dos hijas pequeñas. Dos mujeres sin esposos que vivían las penurias económicas y políticas del día a día de una atroz guerra, y que se dieron cuenta de la imposibilidad de permanecer en España, pues ya comenzaban a experimentar períodos de hambre y de total escasez de bienes de primera necesidad. Ellas sentían que el país no era propicio para permanecer y criar a sus hijos, y entendieron finalmente que su única salida era migrar hacia América, donde tal vez podrían contar con el apoyo de parientes lejanos de Javier Biondi. Fue así como cinco españoles —dos mujeres adultas y tres niños— compraron boletos de barco con los pocos recursos que les quedaban y se hicieron a la mar en el año 1941, a pesar de las incertidumbres que tenían respecto al viaje y a su destino.

Mi tío abuelo despidiendo a sus dos sobrinas en Cádiz en 1941, que partían para América.

Pasaporte de mi abuela emitido por el consulado de Colombia en Sevilla.

El grupo familiar desembarcó en Argentina, país de Suramérica, localizado a más de ocho mil kilómetros de su tierra natal, después de casi un mes de navegar. Lo hizo como miles y miles de españoles que desde diversos puertos se lanzaron a la incertidumbre de buscar asiento en tierras americanas, a pesar de que, por entonces, les resultaban territorios inhóspitos, de los que se tenían noticias poco alentadoras que rayaban con la falta de educación de sus habitantes. Como si fuera poco lo hicieron a sabiendas de que los capitanes de navío de aquella época se sentían atemorizados de navegar en aguas oceánicas porque, tras la Primera Guerra Mundial y en medio de la segunda, los artefactos de guerra dejados en las profundidades del mar podrían causarles daños a los trasatlánticos y a sus pasajeros.

PERO EL VIAJE NO HABÍA CONCLUIDO

Mi abuela, su hermana y los tres niños llegaron a Buenos Aires con las pocas pertenencias que cabían en dos o tres maletas —unas cuantas mudas de ropa y abrigos—, sin la certeza de un lugar donde alojarse, sin reserva de comida, a la espera de hallar a los parientes lejanos, y de que estos aceptaran acogerlas. No quiero ni imaginarme qué sintieron estas dos mujeres jóvenes al bajarse en el puerto, solas, agarrando de las manos a sus hijos, en una tierra desconocida, a la espera de una probable ayuda: ¿adónde debían dirigirse?, ¿qué debían solicitar?, ¿qué futuro les esperaba en Buenos Aires? Ellas encontraron a los parientes y recibieron cierto apoyo de estos

CONSULADO GENERAL DE COLOMBIA
BUENOS AIRES

PARA QUE LA INTERESADA, DOÑA MARIA DEL CARMEN PONTELA DE ARRIVAVE, PUEDA SEGUIR A COLOMBIA, ADJUNTASE ESTA HOJA A SU PASAPORTE Nº 37 DEL CONSULADO GENERAL DE COLOMBIA EN SEVILLA.

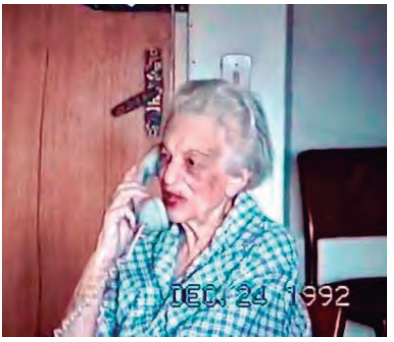
Buenos Aires, Enero 23 de 1942.

Ignacio Pombo
Consul General.

No paga derecho.
Por Ex. 4173-134.
M.R.E. Decreto 5741.

Anexo al pasaporte de mi abuela, emitido por el consulado de Colombia en Buenos Aires.

Mi madre y yo.



Desde Colombia mi abuela hablando con su sobrina en España, compañera de migración. Fuente: fotografía tomada al video familiar realizado el 24 de diciembre de 1992.

Hijas y nietos alrededor de mi abuela después de hablar con su sobrina en España. Fuente: fotografía tomada al video familiar realizado el 24 de diciembre de 1992.

que, con el paso de los meses, cada vez se hizo más exiguo, al punto de que se encontraron de nuevo, tal y como habían llegado: sin nada, desprotegidas, solas, llenas de desesperación. Resistieron esas condiciones por un tiempo, hasta que ante la escasez de dinero y la soledad que enfrentaban, decidieron buscar a la única persona que les quedaba por localizar en América. Se trataba de mi abuelo, Ezequiel, el padre del hijo que la acompañaba, quien vivía en Colombia, es decir, a unos siete mil kilómetros de donde ellas se encontraban. Mi abuela le escribió cartas y telegramas de manera insistente, que demoraban en ser respondidos, buscando su ayuda. Después de intercambiar diversas comunicaciones, por fin, en enero de 1942, luego de nueve meses, él se decidió a viajar hasta Argentina en avión y aceptó llevar al grupo familiar a vivir con él a Colombia, país del trópico. En Medellín, ciudad del occidente colombiano, y con una cultura a la que no estaba acostumbrada, mi abuela se residenció, y tuvo prontamente dos hijas con mi abuelo. Una de ellas es mi madre.

La hermana de mi abuela y las dos hijas que vinieron en barco con ella vivieron durante casi treinta años en Colombia. Mi abuelo les brindó apoyo para su mantenimiento y permanencia, lo cual fue bien importante para ellas y mi abuela. Yo de niña apenas si tengo algunos recuerdos lejanos suyos, pues por esa época se regresaron a vivir a España, donde actualmente viven los descendientes. Mi abuela vivió durante cincuenta años en Medellín. Se dedicó a su hogar y a sus

hijos, así como a su esposo, médico que atendía pacientes en un consultorio ubicado en la planta inferior de su casa. De España recibía cartas, así como algunas llamadas telefónicas cortas. Por un tiempo tuvo un grupo de amigas españolas que también residían en la ciudad, con quienes solía tomar el té y coser.

Su hijo mayor —mi tío—, nacido en España, su acompañante en el transatlántico, migró del hogar, siendo apenas un joven menor de edad, para estudiar Medicina en España. Se radicó de manera definitiva en Europa. Comenzaría para él, para mi abuela y para la familia otra historia de migración que produjo satisfacciones, pero también tristezas. En diciembre de 1992, un año antes de que mi abuela muriera, sostuvo tal vez la última conversación telefónica con una de las sobrinas en España con quien había migrado a América —la otra había fallecido antes—. Todos recordamos aquella conversación que quedó grabada en un video, donde con emoción mi abuela decía, casi gritaba, el nombre de su sobrina con entonación.

La muerte de mi abuela se produjo a sus ochenta y cuatro años, el 17 de diciembre de 1993, un año después de esa conversación, y a la semana de mi matrimonio. Ella murió después de haber pisado su tierra natal luego de su exilio, solo en dos ocasiones y por pocos días. La primera visita la realizó en 1963, es decir, veintidós años después de su salida de España, en un viaje que hizo con la familia por Europa, luego de que mi abuelo vendió una propiedad para reunir el dinero necesario. La segunda y última visita de ella la realizó conmigo en 1979, cuando yo tenía trece años, y quiso que la acompañara. Recuerdo nuestra llegada al aeropuerto, y posterior encuentro con el único hermano que para entonces estaba vivo. Fuimos a su casa en Madrid, donde nos atendió con su esposa. Hubo muchas emociones, que hoy me hacen derramar más lágrimas.

A la fecha, en 2022, solo vive una persona de las que viajaron en aquella ocasión por el mar Atlántico desde España a América. Se trata de una de las sobrinas de mi abuela, de noventa y cuatro años, quien reside en Cádiz con sus hijos, nietos y una bisnieta. Cuando ella muera desaparecerá la última persona que fue protagonista directa de aquella migración. Continuarán existiendo, sin embargo, infinidad de relatos y de recuerdos en nosotros,

los descendientes. Son imposibles de borrar pues queramos o no se llevan en la sangre.

EL REENCUENTRO CON MIS ORÍGENES ESPAÑOLES

Sé que España existe desde que tengo recuerdos. Tenía completa claridad sobre el origen español de mi abuela. No era sino escuchar su acento andaluz, que a todos llamaba la atención y gustaba, para confirmar que ella era de ese país, uno que, no obstante, me resultaba lejano, y del que conocía por el colegio cuando nos hablaban del descubrimiento de América. Sin embargo, debo decir que debieron pasar muchos años, varias décadas, para que yo comprendiera la historia y las implicaciones del viaje de mi abuela a América, tanto para ella como para nosotros y, además, para que yo pudiera reencontrarme con mis parientes españoles. En 2016 volví a viajar a España para visitar a mis primos de Cádiz y San Fernando. En ese viaja tuve, además, la alegría de conocer la casa donde nació y vivió mi abuela. Hoy en día funciona allí el Colegio Oficial de Médicos de la Provincia de Cádiz. Cuando viajo a España me siento en mi casa. Mis primos y yo conocemos el significado de la palabra migración. A cada uno de nosotros nos atraviesa ese viaje que ambas mujeres adultas emprendieron por el mar con tres niños.

MI NIÑEZ Y JUVENTUD JUNTO A UNA ABUELA MIGRANTE

Mis recuerdos de mi abuela se relacionan con su impronta española, que a todos dejó. Cuando ella murió, yo tenía veintisiete años, así que tuve la oportunidad de estar a su lado desde que yo era una niña

Mi prima (sobrina de mi abuela, única sobreviviente de la migración) y yo (de azul).

Mis primas, hijas de la sobrina de mi abuela.

Mis primas (a la izquierda) y yo (a la derecha).

Reunión familiar.

Placas con nombres de las instituciones que hoy funcionan en la que fue la casa de mi abuela en Cádiz.

Fachada de la casa.

y en mi juventud. Tengo presentes los sentimientos de convivir con una persona que, luego de su migración por causa de una guerra, no regresó a su país de origen en los veinte años siguientes. Hago parte de los tres hijos y los nueve nietos que tuvo, diez bisnietos y un tataranieto —más de veinte personas—, que de una u otra forma llevamos su legado español.

Nací en Medellín-Colombia en 1966, cuando ella —Pipa como la llamábamos los nietos— tenía cincuenta y siete años. La recuerdo por su cabello cano con brillos violáceos, sus vestidos blancos, negros y cafés —siempre con colores de luto— y su semblante de permanente melancolía que solía confundirse con impavidez. Solo ahora,

mientras escribo, advierto que su edad, siendo yo una niña, no era tan avanzada como para estar siempre de ese modo: apesadumbrada, abatida, absorta. Así son mis recuerdos de ella: una mujer cariñosa, pero llena de melancolía. A pesar de un acento andaluz —que era música para quienes la escuchábamos—, y de unas comisuras de labios que extendía con dulzura cuando sonreía, yo solía notar en ella, de pronto, casi sin motivo alguno, unos rasgos que me confundían: miradas elevadas que perdía en la lejanía de cualquier panorámica —un balcón, una ventana—, ojos que cerraba durante largos momentos al recostarse sobre el sofá de su casa, o silencios infinitos que mantenía.

Mi abuela no acostumbraba a bailar ni a cantar ni a escuchar música; tampoco practicaba deportes, y no tenía aficiones. Me desconcertaba tal austeridad suya en contraste con otros rasgos que me hacían verla como una niña llena de alegría y sensibilidad, promoviendo felicidad en mi niñez: ella siempre gustó de enseñarnos a recortar figuras de papel —pequeñas muñequitas en círculo unidas por sus manos, así como hojas de cuaderno con figuras geométricas troqueladas por sus tijeras—; o de hacernos monos con su cara provocando nuestras risas —entrecerraba sus ojos, juntaba su lengua con el frenillo labial y se halaba las orejas—; o de recitarnos poemas de Federico García Lorca —Me han traído una caracola/Dentro le canta un mar de mapa/Mi corazón se llena de agua, con pececillos de sombra y plata/Me han traído una caracola—; o, también, de cantarnos la canción de Pinocho: Hasta el viejo hospital de los muñecos llegó el pobre Pinocho mal herido... Salvo esas acciones, mi abuela dedicaba sus días a leer sobre religión, a rezar con bisbiseos, a escribir sus recetas de cocina —de tradición española— en un viejo cuaderno, así como a coser. De sus manos blancas y delicadas, con uñas que nunca barnizó de color, proviene la colcha de crochet que aún conservo sobre una cama de mi casa, elaborada por ella durante años, y compuesta de pequeños cuadros verdes con flores en su interior —rojas y amarillas, azules y naranjas— que unió con puntadas diminutas.

Hoy que soy una adulta pienso en mi abuela con una perspectiva más amplia.

Comprendo el peso con el que ella cargaba: migró a un continente desconocido, a una distancia abismal del suyo, con una cultura diferente. Por eso evoco de otro modo sus nostalgias y sus silencios. Yo

Mis abuelos, conmigo.

Mi abuela con algunos de sus nietos.

misma tuve la experiencia de migrar a otro país por ocho años. Viví con mi familia en Guatemala, y aunque fue por motivos laborales, sentí la lejanía de la patria a pesar de visitarla por lo menos una vez al año.

Fue precisamente en aquel período de mi migración, e influenciada por mis sentimientos de nostalgia, cuando me hice varias preguntas sobre mi abuela. ¿Qué podía haber sentido ella a miles de kilómetros de su origen si yo, más cerca y viajando con frecuencia a mi país de origen, me sentía en ocasiones tan triste? ¿Qué pudo sentir ella durante largos veinte años sin haber pisado su patria si yo, que la visitaba todos los años, quería ir todos los meses?

Mi abuela no regresó a España durante largos veinte años, que coincidieron con la plenitud de su juventud, siendo absorbida por sus tareas de madre y de esposa en Colombia. Su madre murió poco después de ella migrar y no pudo acompañar su cuerpo en las honras fúnebres; sus hermanos murieron en su ausencia; nunca más vio a amigos y a vecinos; se alejó de sus compañeras de escuela; no volvió a frecuentar lugares de su niñez. ¿Qué podía sentir ella ante esa lejanía que convertía su mundo de niñez y juventud en algo inaccesible? La imagino queriendo escuchar el sonido de las olas del mar Mediterráneo, deseando sentarse con su bañador sobre la arena blanca de la playa de La Victoria, anhelando andar por la calle Cervantes para entrar a su casa natal, pretendiendo disfrutar de los churros calientes de su tierra. La imagino también —porque así nos lo hizo saber muchas veces— figurándose un viaje adonde sus primos del puerto de San Fernando, a escasos kilómetros de su tierra natal.

Nosotros somos sus descendientes directos, que llevamos su legado, sin que la historia haya terminado: hoy en día mis hijos, es decir sus bisnietos, se preguntan quién era y cómo era ella, por qué emigró, cuáles eran sus dolores, y cómo los afecta a ellos esta historia. La migración de un antecesor supone una carga emocional no solo para quien la efectúa sino para los descendientes. Es un legado, tal y como algunos pueden dejar bienes y riquezas a sus descendientes: mi abuela nos dejó ese legado con lo bueno y lo malo que puede tener. Cada uno de los descendientes hemos tenido que ver con esa historia, queramos o no, la percibamos o no. Ser descendiente de un migrante representa llevar una carga, que se traslada a los bisnietos, y quién sabe a cuántos más. Demorará en desaparecer si es que sucede de ese modo, pues tal vez siempre se llevará en la sangre y en los relatos familiares.

Es por ese motivo que los encuentros esporádicos que puedo tener con mis primos españoles me conectan con mis raíces. Mis primas han venido a Colombia y han disfrutado de esta tierra porque, entre otros motivos, algunas de ellas pasaron su niñez aquí. También me visitaron en Guatemala cuando viví allí un tiempo. En todas las ocasiones, cuando nos vemos, sentimos como si nos conociéramos de toda la vida, como si no tuviéramos que decirnos mucho para entendernos.

LA RECURRENCIA DE LA MIGRACIÓN EN MI FAMILIA

De alguna manera las condiciones estaban dadas para que el hijo de mi abuela —mi tío—, que migró con ella en barco a América, sintiera la necesidad apremiante de retornar a su patria, a España, es decir,

Mis primas en Guatemala en 2017, conmigo y con mi hija.

Visita de mis primas en Guatemala en 2017; una de ellas, en su sesenta cumpleaños.

de migrar de Colombia. Lo hizo siendo apenas un joven, cuando se radicó por unos años en España para estudiar Medicina al lado de sus tíos y primos, trasladándose luego a Inglaterra, donde ejerció como psiquiatra y formó su familia.

Mi abuela enfrentó siempre la lejanía de su hijo mayor con muchísima nostalgia. Era un dolor que no encontraba alivio en nada ni en nadie, y que reproducía los sentimientos mismos que ella tuvo al alejarse de su propia familia. En aquella época no existían los desarrollos tecnológicos de hoy con el Internet, que permiten cercanía y comunicación a pesar de la distancia física. Las únicas formas de comunicarse era mediante cartas que demoraban en llegarle uno o dos meses, y que cuando llegaban le traían noticias desactualizadas; o las esporádicas llamadas telefónicas, a través de operadoras que hacían de intermediarias, con duración de muy pocos minutos, donde sus emociones casi siempre manifiestas en lágrimas y suspiros le impedían conversar. La recuerdo sentada junto al teléfono fijo de su casa, puesto en una pequeña mesa al lado de un directorio telefónico, esperando a que el aparato timbrara, pues con anticipación de dos o tres meses, mi tío le había escrito alguna carta diciéndole que esperara su llamada telefónica en determinada fecha y en cierto rango de horas. Y cuando aquel aparato de discado sonaba en la casa, todos callábamos. Y cuando ella escuchaba la voz de una operadora diciéndole que se lo iba a pasar al teléfono, su rostro nos daba las señales necesarias para saber que debíamos silenciarnos, a la espera de aquella conversación que casi siempre comenzaba con la enunciación —casi en forma de un grito desesperado— del nombre de mi tío, seguido de aquella palabra que hoy moja mis ojos al recordarla, sobre todo por saberme madre de dos hijos y comprender a cabalidad su significado: ¡hijo!, ¡hijo! Por este relato, y por otras situaciones de mi vida, un día, no hace mucho, cuando vivía en Guatemala como

inmigrante, decidí hacerme escritora. Quería contar historias; algunas, de mi propia vida.

En 2011 escribí un relato inspirado en otra de las implicaciones de la migración de mi abuela. Las bases de participación permitían la incorporación de ficción, así que este no da cuenta de nombres reales. Relata una historia relacionada con ella y con mi tío. Después de muchos años de vivir en Inglaterra, él falleció allí a mediana edad por una enfermedad. Para entonces mi abuela aún vivía, y todos quisimos ocultarle el estado de salud de su hijo. Cuando él murió sentimos que había que decírselo con precaución para no afectar su propia salud. Pero fue ella quien nos sorprendió, cuando al reunirla con la familia, incluso con presencia de un médico psiquiatra, para contarle del fallecimiento, nos expresó que ya lo sabía y que solo necesitaba que le dijéramos cuándo había fallecido. Su intuición de madre se hizo presente, a más de ocho mil quinientos kilómetros de distancia de su hijo.

LA HISTORIA CONTINÚA

Mi mamá, que nació en Colombia en 1944, hizo los trámites para adquirir la nacionalidad española, que disfruta desde 1996. Mis dos hermanos también se sienten felices de haberla obtenido con la ley de Memoria Histórica 52 del 2007. Yo me encuentro a la fecha reuniendo los documentos para solicitarla a propósito de la nueva ley 20/2022 del 19 de octubre. Llevo en mi sangre la historia de migración de mi abuela y espero ser española en los próximos años.

Por lo pronto continuaré planeando nuestro próximo viaje a España para visitar a mis primos.

Carmen Periáñez Orozco

MEMORIAS DE UNA EMIGRANTE DE LOS SESENTA

De hija de colonos a mujer que emigra en el éxodo rural

(Comunidad Valenciana)

Me llamo Carmen Periáñez Orozco, nací en un pueblo de Cádiz llamado el Torno de Jerez de la Frontera, tengo 74 años y les voy a contar mi historia: Mis padres Antonio e Isabel procedían de un pueblo también de Cádiz llamado Olvera. Digo procedían porque ninguno de los dos viven ya. Cuando mi madre tenía 24 años conoció a mi padre y se hicieron novios. Fueron unos años muy malos porque poco después empezó la Guerra Civil Española y mi padre por sus ideas políticas se tuvo que ir huyendo al monte. Al terminar la guerra, mi padre cuando pudo, volvió al pueblo. Según me contaba mi padre fueron años muy duros, no tenían para comer, pasaban mucha hambre y muchas penalidades.

Un día, un amigo de mi padre le contó que en Jerez de la Frontera estaban haciendo la transformación parcelaría, que consistía en que cada matrimonio que no tenía para vivir le daban una parcela y una casa para que cultivaran la tierra y poder darle de comer a su familia. Al día siguiente mi padre se fue a Jerez para informarse de cómo podía solicitar la parcela y le dijeron que eso lo llevaba el Instituto

Nacional de Colonización. Se fue donde le habían mandado y cuando el empleado le preguntó que deseaba, mi padre le contó lo que su amigo le había comentado. El señor muy amable le informó de todo, que tenía que rellenar un impreso solicitando la parcela, que harían un sorteo y que le avisarían por carta. Mi padre me contó que ese día fue muy especial para él incluso sin saber si le darían la parcela y la casa. También decidió no contarle nada a mi madre para que no se hiciera ilusiones. La carta tardó un tiempo en llegar a Olvera. Cuando mi padre llegó a casa de un largo día de trabajo y su madre le dijo que tenía una carta del Instituto Nacional de Colonización, no se atrevía a abrirla por si le daban malas noticias, pero cuando vio que en ella se decía que le habían concedido una parcela con el número 20 en el Torno, en la Vega de Espínola, se volvió loco de contento y se lo contó a su madre a la que no le había contado nada. Con la ropa que llevaba de trabajar todo el día en el campo, se fue a decírselo a mi madre que como tampoco sabía nada del tema no supo que decirle, se quedó sin palabras. Cuando ella se dio cuenta de la situación, le dijo que tenían un problema y grande ya que no estaban casados y no podían vivir juntos. En aquella época, lo que hacían las parejas era que la chica se iba con el novio a escondidas de sus padres y como ya habían convivido juntos pues se tenían que casar. Y eso es lo que hicieron mis padres, y aquí empieza mi vida y la de mi familia en el pueblo que me vio crecer en mis 16 primeros años de vida.

Al llegar mis padres a mi pueblo, se encontraron con el problema de que podían trabajar en la parcela, pero la casa no estaba terminada y no tenían dónde hospedarse. Los colonos que habían llegado antes que mis padres y tenían el mismo problema se habían hecho chozos para poder estar con sus familias, algunos como mis padres no tenían cargas familiares, pero otros tenían hijos y personas mayores a su cargo. En la zona que construyeron los chozos había personas que procedían de pueblos cercanos de Jerez de la Frontera y dio la casualidad de que una familia era de Arcos y conocían a mis padres porque habían estado un tiempo viviendo en Olvera y habían trabajado juntos en el campo. Esa noche se quedaron a dormir en el chozo de su amigo que le dijo que no se preocupara que entre todos le ayudarían a construir un chozo, que a él también le habían ayudado. Y así estuvieron viviendo juntos como pudieron hasta que construyeron el chozo que iba a ser el primer hogar de mis padres. Poco a poco fueron habituándose a la nueva vida. Mi padre empezó a sembrar en la parcela lo que podía... porque había poco dinero y

MINISTERIO DE AGRICULTURA 1685

EL DIRECTOR GENERAL
DE COLONIZACION

Por cuanto D. ANTONIO PERIAÑEZ ROMERO
reúne las condiciones exigidas por la legislación vigente, queda admitido como Colono en tutela de la finca SPINOLA
, asignándole con este carácter el lote nº 20
que se detalla en la Libreta del Colono, que asimismo se le entrega.

El referido colono deberá cumplir las condiciones de explotación que para el régimen de tutela se estipulan en la Orden del Ministerio de Agricultura de 30 de mayo de 1945.

Si en el período de cinco años, o antes, el citado colono hubiera cubierto con el importe de sus entregas los cargos de su cuenta individual y reuniera las condiciones necesarias, podrá pasar al período de acceso a la propiedad, haciéndosele entrega al interesado del Título de Posesión correspondiente.

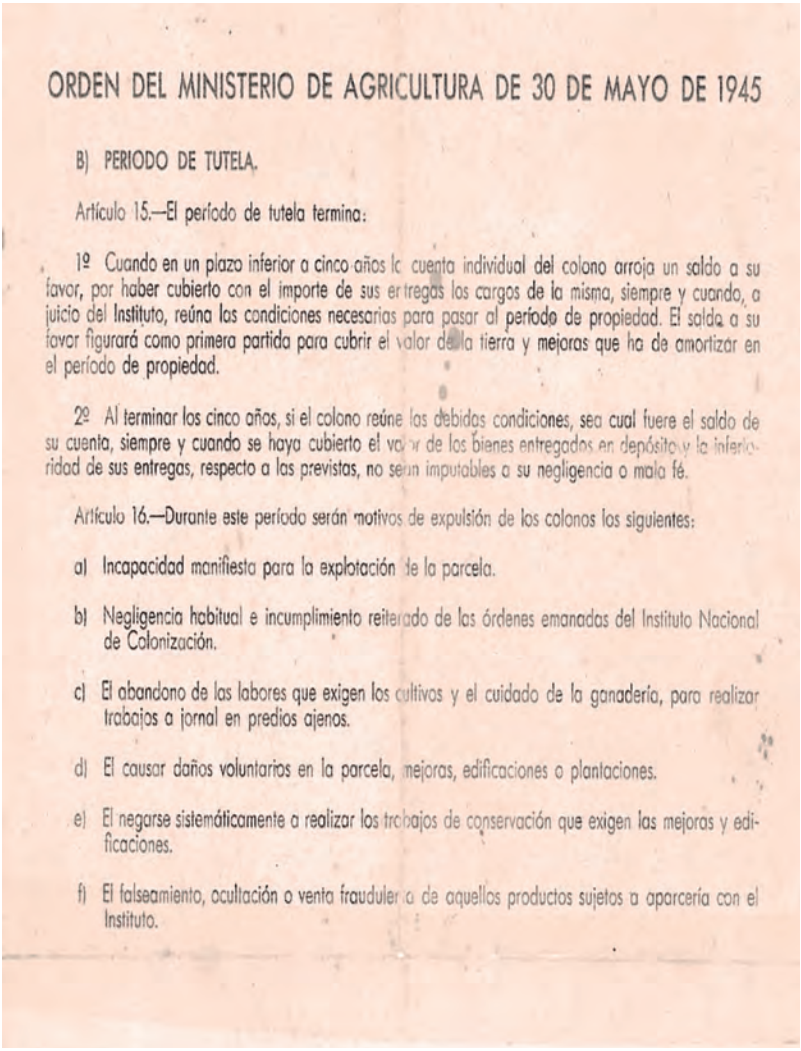
Y para que el interesado pueda acreditar su condición de Colono en tutela del referido lote, expido el presente en Madrid, a 17 de Octubre de 1952 .

SC - 43

Documento del director general de Colonización, año 1952.

muchas necesidades, y mi madre estaba sola en el chozo con poco que hacer ya que no tenían nada. Dormían en el suelo con un colchón de paja que les había dado un vecino y cuatro cacharros donde cocinaba en la leña. Hasta que mi padre volvía del campo ella ayudaba a las otras familias que tenían niños, les ayudaba a lavar, a coser y a cuidar de ellos.

Eran años muy difíciles, había mucha hambre y poco para comer. Los niños pedían comida a sus madres y ellas sufrían porque no tenían



ORDEN DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA DE 30 DE MAYO DE 1945

B) PERIODO DE TUTELA.

Artículo 15.—El período de tutela termina:

1º Cuando en un plazo inferior a cinco años la cuenta individual del colono arroja un saldo a su favor, por haber cubierto con el importe de sus entregas los cargos de la misma, siempre y cuando, a juicio del Instituto, reúna las condiciones necesarias para pasar al período de propiedad. El saldo a su favor figurará como primera partida para cubrir el valor de la tierra y mejoras que ha de amortizar en el período de propiedad.

2º Al terminar los cinco años, si el colono reúne las debidas condiciones, sea cual fuere el saldo de su cuenta, siempre y cuando se haya cubierto el valor de los bienes entregados en depósito y la inferioridad de sus entregas, respecto a las previstas, no serán imputables a su negligencia o mala fé.

Artículo 16.—Durante este período serán motivos de expulsión de los colonos los siguientes:

a) Incapacidad manifiesta para la explotación de la parcela.

b) Negligencia habitual e incumplimiento reiterado de las órdenes emanadas del Instituto Nacional de Colonización.

c) El abandono de las labores que exigen los cultivos y el cuidado de la ganadería, para realizar trabajos a jornal en predios ajenos.

d) El causar daños voluntarios en la parcela, mejoras, edificaciones o plantaciones.

e) El negarse sistemáticamente a realizar los trabajos de conservación que exigen las mejoras y edificaciones.

f) El falseamiento, ocultación o venta fraudulenta de aquellos productos sujetos a aparcería con el Instituto.

Orden del Ministerio de Agricultura de 30 de mayo de 1945.

nada que darles. Mi madre me contaba que un niño le decía, Isabel dame un trocito pequeño de pan y ella le contestaba, si no tengo como te voy a dar. A mi madre se le rompía el alma de oír a la criatura y no poder dárselo. Para poder comer, mis padres criaron gallinas y en los campos cada uno plantaba una cosa distinta que compartían entre ellos para poder comer de todo y así fue como poco a poco pudieron salir adelante. Mi madre me contaba que de noche le

lavaba la ropa a mi padre y si era invierno la secaba en la chimenea porque no tenían otra para cambiarse, pero decía que ellos con lo poco que tenían eran felices.

Al poco tiempo mi madre se quedó embarazada, pero no sé si fue por lo que trabajaba o por la vida de penurias que a los tres meses de embarazo abortó. Pronto volvió a quedarse otra vez embarazada, y esta vez sí salió a flote mi hermano José, que nació el día 2 de julio de 1944. Mis padres se casaron después, el día 28 de diciembre de ese mismo año, así que tenía mi hermano seis meses cuando contrajeron matrimonio. Poco después el 29 de noviembre de 1945 nacerá mi segundo hermano Nicolás. En poco tiempo mis padres se encuentran con dos bocas más que alimentar, pero mi madre a pesar de lo poco que tenían para comer tenía mucha leche y podía amamantar a mis hermanos. Yo nací el 21 de septiembre del año 1947, dos años después que mi segundo hermano y me pusieron de nombre Carmen, ¡la tercera, la niña!, mi madre la pobre ya no se aburría, en tres años nos tuvo a los tres. Yo tenía tres meses cuando una noche de diciembre el río Guadalete que pasaba muy cerca de donde mis padres tenían el chozo se desbordó como era habitual en los inviernos lluviosos. Esa noche llegó el agua a las puertas de los chozos y cuando mis padres vieron hasta donde había llegado el agua cogieron mucho miedo. Al día siguiente se fueron al Torno; el pueblo donde le estaban haciendo la casa. El tío de mi padre ya vivía en la casa que le habían asignado, que según iban terminando iban entregando a los colonos. Mi padre le contó lo que había pasado y que tenía miedo por los niños y le pidió por favor que les dejara quedarse en su casa hasta que terminaran la suya que tardaría tres meses. Su tío no lo dudó, le dijo que fuese por su familia y que podían estar en su casa todo el tiempo que hiciera falta.

Como estaba previsto, en la fecha que le dijeron nos dieron la casa y según me contaba mi hermano, mis padres estaban muy contentos de pensar que ya iban a tener una casa y que sus hijos iban a dormir en una cama y no en el suelo. Todos los años de duro trabajo merecieron la pena cuando les dieron la casa, ya que les cambió la vida. El Instituto de Colonización le dio a cada colono una yunta de vacas para labrar el campo, una vaca lechera, una yegua, arados, azadas y todo lo que necesitaba para el campo. Mis padres hicieron un gallinero donde criar gallinas pero los huevos los vendían para comprar otras cosas. Mi madre solo nos freía un huevo cuando estábamos con fiebre y no comíamos porque decía que el huevo nos lo comíamos

hasta con cuarenta de fiebre. Poco a poco la situación era mejor, se recolectaban más cosas y se hacía con menos trabajo.

En esa época nació mi tercer hermano llamado Antonio y dos años después mi hermana Isabel, que fue la quinta y última en nacer. En total tres chicos y dos chicas que formaron mi bonita y gran familia. Haciendo un repaso de mi niñez, la recuerdo muy feliz ya que, a pesar de que no teníamos lujos ni comodidades, disfrutábamos de libertad y naturaleza para jugar con los juguetes que hacíamos nosotros: Como las muñecas de trapo con el pelo de lana, las pelotas hechas con trapos viejos y tiras de goma que sujetaban los trapos o las cuerdas de saltar que eran las que se usaban en el campo. Éramos niños libres y felices. Yo era una niña muy inquieta y siempre estaba haciendo algo. Me encantaba ir al colegio y tuve mucha suerte porque como era chica mi padre no quería que fuera al campo, creo que pensaba que tenía que aprender cosas que a mis hermanos no les harían falta, como coser, bordar y limpiar la casa. Ellos trabajaban en el campo, de hecho, mis hermanos mayores no se pudieron sacar el certificado de estudios primarios y yo sí, pues estuve en el colegio hasta los catorce años.

En aquellos años, los niños iban a una clase y las niñas a otra. Una tarde el profesor de los niños nos llamó al salir de clase a varias niñas y niños que destacábamos de los demás y nos contó que en la radio hacían un curso llamado bachillerato radiofónico donde los profesores daban clases por la radio y que desde Madrid nos mandarían libretas para hacer exámenes. Nos dijo que a él no le teníamos que pagar nada, que quería que su hijo lo hiciera pero que no era buen estudiante y que lo hacía para ver si así se animaba pero que los libros y los gastos sí lo teníamos que pagar nosotros. Todos nos pusimos muy contentos y le dijimos que, sí queríamos, porque en ese grupo que eligió a todos nos gustaba estudiar, el problema era si nuestros padres aceptarían pagar ese dinero. Al día siguiente todos estábamos muy contentos porque nuestros padres nos habían dicho que sí, que todo lo que fuera para aprender que adelante. Estuvimos dos años y la experiencia fue muy positiva, aprendimos mucha cultura general que no hubiéramos aprendido de otra forma, ya que en aquellos años no había probabilidad de estudiar si no tenías dinero para pagarte los estudios. Si yo hubiese nacido en esta época, seguro que no hubiese desaprovechado el tiempo, porque ahora el que no estudia es porque no quiere, ya que se tienen todos los medios para poder hacerlo y es una pena que no sepan aprovecharlo.

Con 14 años me dieron el certificado de estudios primarios, ya acabábamos el colegio y yo lo pasé muy mal porque a mí me encantaba ir a la escuela. Pensé ¿y ahora qué? La vida en el pueblo era, el hombre a trabajar en el campo y la mujer en casa ayudando con las tareas domésticas y por la tarde a bordar o coser. Como en la escuela todas las tardes hacíamos labores yo sabía bordar y decidí ir todas las tardes a casa de una modista para aprender a coser, que era la carrera de la mujer en los pueblos. Aun así, yo me sentía una privilegiada porque tenía dos hermanos mayores que ayudaban a mi padre en las tareas del campo, pero tenía amigas mías que como todas eran chicas salieron del colegio para trabajar en el campo y así ayudar a sus padres que necesitaban ayuda y no podían pagar un jornal. Pasaba el tiempo y mi padre veía que mis hermanos sé hacían mayores y en la parcela no había trabajo para todos, y pensó ¿qué porvenir les espera en el pueblo si no hay trabajo para todos? Y a las niñas ¿casarse y tener muchos hijos? Pensó que tenía que hacer algo para resolver el problema y así, gracias a mi padre, cambió el rumbo de nuestra vida.

Decidió escribirle una carta a su sobrina que había emigrado a Valencia. En esta le contaba la decisión que había tomado y le preguntaba si había trabajo donde ella estaba. Su sobrina al recibir la carta y leer lo que su tío le contaba se puso muy contenta porque estaba sola con su marido y no tenía a nadie de su familia en Valencia. Le contesto que era muy buena la decisión que había tomado, que trabajo había mucho, que no se preocupara y que el pueblo donde vivía le iba a gustar, porque era muy tranquilo y se vivía muy bien, pero que tenía que ir primero mi padre a verlo y mirar pisos. Al tener contestación de la carta y ver que no había problema con lo del trabajo, mi padre no se lo pensó, nos reunió a toda la familia, nos contó lo que había decidido y, nos dijo que no nos quiso decir nada hasta que lo tuviese claro. Él tenía mucha ilusión y nos la contagió a todos, en especial a mi madre. En diciembre del año 1962, cogió el tren en Jerez de la Frontera y se fue para Quart de Poblet, que era el pueblo donde vivía mi prima. Ella estaba esperándolo en la estación de Valencia que al verlo bajar del tren se fue hacia él y le dio un fuerte abrazo y le dijo que le parecía que estaba soñando.

Cuando iban en el tren que los llevaba a Quart de Poblet, mi prima le dijo que tenían que ir lo más pronto posible a ver pisos, porque con la emigración había mucha demanda de vivienda. En esos años

llegaban emigrantes de Cuenca, Albacete, Ciudad Real... pero de los que más llegamos era de Andalucía. Los constructores de viviendas no daban abasto, por eso al día siguiente mi padre y mi prima se fueron a mirar pisos, aunque no les acababa de gustar ninguno. Al final vieron uno que les encantó y que era lo que mi padre iba buscando. Tenía cuatro dormitorios, el salón, su cuarto de aseo y cocina, sin mucho pasillo y era muy luminoso y soleado. Onofre Sanmartín, que así se llamaba el constructor, le dijo que hasta febrero no estarían terminados y mi padre respondió que eso no era ningún problema, por lo que quedaron de acuerdo para hacer el contrato. El día señalado fue mi padre como habían quedado para firmar el contrato de compra-venta. Las condiciones eran las siguientes; el precio total del piso eran ciento veinticuatro mil pesetas y teníamos que pagar treinta y cinco mil en el acto y otras treinta y cinco mil a la entrega de llaves, el resto en mensualidades de cinco mil pesetas. Mi padre aceptó las condiciones y firmó el documento que lo acreditaba como futuro dueño del piso. Como ya tenía claro lo de la vivienda, se dedicó a conocer el pueblo y le gustó mucho todo lo que vio, pensando que su esposa y a sus hijos se iban a sentir felices en Quart de Poblet.

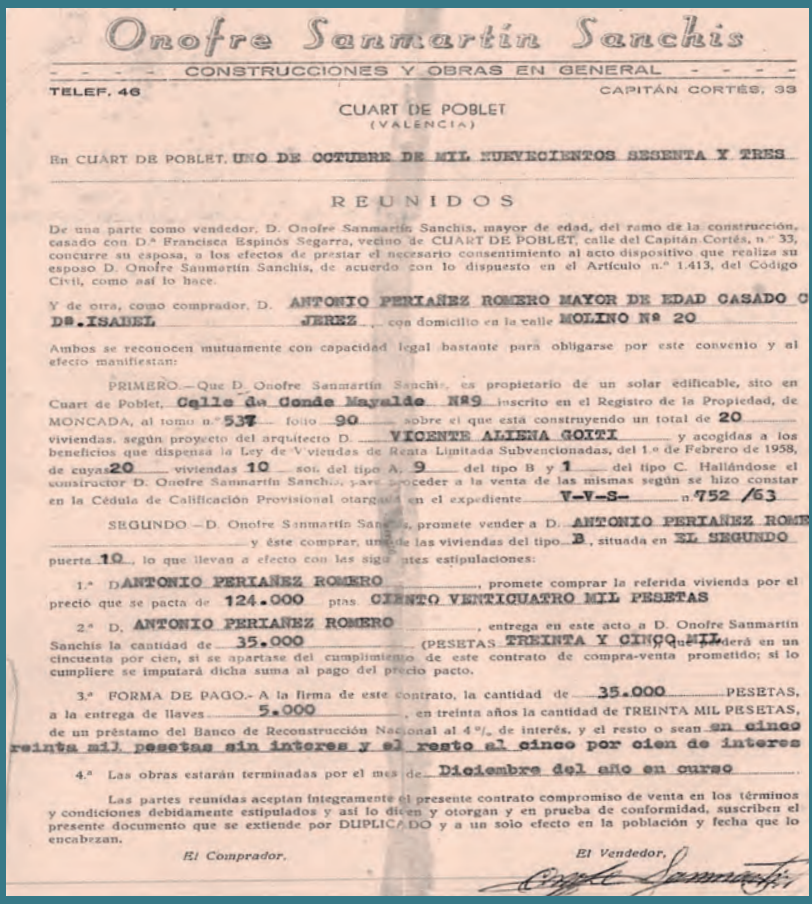
Cuando mi padre regresó a mi pueblo y nos contó todo, solo con la ilusión que nos transmitía, nosotros saltábamos de alegría, mientras mi madre de pensar que todo era para que tuviésemos un mejor porvenir, estaba contentísima con la decisión que habíamos tomado. Al enterarse que nos íbamos, la gente del pueblo no daba crédito porque nosotros fuimos los primeros que nos íbamos. En febrero del año 1963 salimos de mi pueblo en una furgoneta de un amigo de mi padre, nos metimos mis cinco hermanos, mis padres la ropa que teníamos y poco más. Yo tenía 16 años y lo pasé en el viaje muy mal, pues eran mil kilómetros de carretera y estuve todo el camino mareada. Me parecía mentira que íbamos a llegar a Valencia. Recuerdo que llegamos a las once de la noche, pero pronto se nos olvidó el cansancio del viaje al subir al piso, ya que mi prima se había ocupado de comprar los muebles que necesitábamos y estaba todo montado, no dábamos crédito a lo que estábamos viendo y dábamos saltos de alegría. En mi pueblo no teníamos agua en casa y teníamos que ir con un cántaro a la fuente, que estaba un poco lejos. A lavar íbamos al río mi madre y yo, que volvíamos a casa con la ropa ya seca que tendíamos en los matorrales. Tampoco teníamos cuarto de aseo, por lo que nos lavábamos en una palangana y hacíamos las necesidades en el corral. Por eso, cuando entré en la cocina y vi que había una pila para

lavar y un grifo que echaba agua y un cuarto de aseo completo, llamé a mi madre para que lo viera y las dos nos abrazamos de contentas que estábamos. Yo pensaba que estaba soñando y que no era cierto lo que estaba viendo.

A la mañana siguiente, cuando nos levantamos, subimos a ver la terraza que tampoco sabíamos que era, ya que en mi pueblo eran todas casas con tejas. Estando en la terraza pasó un avión muy bajo, porque el aeropuerto de Manises estaba muy cerca y nos asustamos tanto que nos quedamos sin saber qué hacer porque nunca habíamos visto un avión. Tampoco habíamos visto un tren, ni el mar que teníamos tan cerca, así que todo era una novedad para nosotros, y aunque nos costó un poco adaptarnos, nos gustaba ver cosas que antes no conocíamos.

A los dos días de estar en Quart de Poblet mi padre salió a dar un paseo y se sentó en los hierros del paso a nivel del tren, ya que era costumbre que los hombres se sentaran y hablaran al mismo tiempo que veían pasar el tren que pasaba muy despacio porque estaba cerca la estación (ahora el tren ha sido substituido por el metro). Ese día, mi padre tuvo la suerte de que el señor que estaba a su lado era el encargado de una fábrica de azulejos de Manises, por lo que mi padre le contó su situación; que había llegado de Andalucía, que tenía cinco hijos (tres con edad de trabajar) y el señor le dijo que tenía trabajo para dos y que si querían al día siguiente se podían incorporar a trabajar.

Así lo hicimos mi hermano Nicolás y yo, que al día siguiente nos fuimos a Manises a la dirección donde nos dijo que estaba la empresa de Leopoldo Mora, que así se llamaba. Yo iba un poco asustada, era mi primer trabajo y no sabía si lo iba a poder realizar. El trabajo era un poco sucio porque se trabajaba con barro y barniz, pero se podía sobrellevar y poco a poco nos fuimos adaptando. Contaré una anécdota de aquellos años en la fábrica. Un día, cuando ya llevábamos cinco meses trabajando, viene el encargado y nos dice a unos cuantos trabajadores, de mi edad, que nos metiéramos en la mufla (que era el horno donde se cocían los azulejos) y que no saliéramos hasta que el nos dijera. No entendíamos nada, pero cuando salimos, los otros compañeros nos desvelaron el misterio. Había habido una inspección de trabajo y como no estábamos dados de alta, nos escondieron allí hasta que los inspectores se fueron.



Onofre Sanmartín Sanchis

CONSTRUCCIONES Y OBRAS EN GENERAL

TELEF. 46 — CAPITÁN CORTÉS, 33

CUART DE POBLET
(VALENCIA)

En CUART DE POBLET, UNO DE OCTUBRE DE MIL NOVECIENTOS SESENTA Y TRES

REUNIDOS

De una parte como vendedor, D. Onofre Sanmartín Sanchis, mayor de edad, del ramo de la construcción, casado con D.ª Francisca Espinós Segarra, vecino de CUART DE POBLET, calle del Capitán Cortés, n.º 33, concurre su esposa, a los efectos de prestar el necesario consentimiento al acto dispositivo que realiza su esposo D. Onofre Sanmartín Sanchis, de acuerdo con lo dispuesto en el Artículo n.º 1.413, del Código Civil, como así lo hace.

Y de otra, como comprador, D. ANTONIO PERIAÑEZ ROMERO MAYOR DE EDAD CASADO C
Dª. ISABEL JEREZ, con domicilio en la calle MOLINO Nº 20

Ambos se reconocen mutuamente con capacidad legal bastante para obligarse por este convenio y al efecto manifiestan:

PRIMERO.—Que D. Onofre Sanmartín Sanchis, es propietario de un solar edificable, sito en Cuart de Poblet, Calle de Conde Mayalde Nº9 inscrito en el Registro de la Propiedad, de MONCADA, al tomo n.º 537 folio 90 sobre el que está construyendo un total de 20 viviendas, según proyecto del arquitecto D. VICENTE ALIENA GOITI y acogidas a los beneficios que dispensa la Ley de Viviendas de Renta Limitada Subvencionadas, del 1.º de Febrero de 1958, de cuyas 20 viviendas 10 son del tipo A, 9 del tipo B y 1 del tipo C. Hallándose el constructor D. Onofre Sanmartín Sanchis, para proceder a la venta de las mismas según se hizo constar en la Cédula de Calificación Provisional otorgada en el expediente V-V-S- n 752 /63

SEGUNDO.—D. Onofre Sanmartín Sanchis, promete vender a D. ANTONIO PERIAÑEZ ROME
y éste comprar, una de las viviendas del tipo B, situada en EL SEGUNDO puerta 10, lo que llevan a efecto con las siguientes estipulaciones:

1.ª D. ANTONIO PERIAÑEZ ROMERO, promete comprar la referida vivienda por el precio que se pacta de 124.000 ptas. CIENTO VENTICUATRO MIL PESETAS

2.ª D. ANTONIO PERIAÑEZ ROMERO, entrega en este acto a D. Onofre Sanmartín Sanchis la cantidad de 35.000 (PESETAS TREINTA Y CINCO MIL) que quedará en un cincuenta por cien, si se apartase del cumplimiento de este contrato de compra-venta prometido; si lo cumpliere se imputará dicha suma al pago del precio pacto.

3.ª FORMA DE PAGO.- A la firma de este contrato, la cantidad de 35.000 PESETAS, a la entrega de llaves 5.000, en treinta años la cantidad de TREINTA MIL PESETAS, de un préstamo del Banco de Reconstrucción Nacional al 4 °/₀ de interés, y el resto o sean en cinco reinta mil pesetas sin interes y el resto al cinco por cien de interes

4.ª Las obras estarán terminadas por el mes de Diciembre del año en curso

Las partes reunidas aceptan íntegramente el presente contrato compromiso de venta en los términos y condiciones debidamente estipulados y así lo dicen y otorgan y en prueba de conformidad, suscriben el presente documento que se extiende por DUPLICADO y a un solo efecto en la población y fecha que lo encabezan.

El Comprador. *El Vendedor.*

Documento de compra de vivienda.

Yo les escribía cartas a mis amigas contándoles que estaba muy bien en Valencia y que trabajaba en una fábrica de azulejos, y ellas me contestaban preguntándome que eran los azulejos porque en mi pueblo no se conocían y yo tampoco los conocí hasta que entré a trabajar. Al poco me enteré que en Cedolesa (otra fábrica de azulejos) necesitaban chicas y como era una empresa muy grande donde se ganaba más, no me lo pensé, pedí la cuenta y me marché. En esta empresa se ganaba más porque íbamos a destajo y al principio lo pasé muy mal porque me pusieron de embaladora. No tenía práctica por lo que no llegaba al tope que ponían y pensaba que me iban a despedir, pero nunca me llamaron la atención. Pasaban los meses y

yo veía que el trabajo me cundía más y estaba más animada. Cuando finalizaba el mes y nos daban el sobre con lo que habíamos cobrado yo me ponía contentísima y estaba deseando llegar a casa. Yo era la que más dinero llevaba a casa a pesar de ser la más pequeña y además chica. Mi padre y mis hermanos ganaban 400 pesetas y yo, 600 pesetas cosa que me llenaba de orgullo.

En la zona donde vivíamos éramos todos emigrantes y había mucha juventud, mis hermanos mayores formaron un grupo de amigos y se lo pasaban muy bien. Todos los fines de semana se reunían en una planta baja que alquilaban, se llevaban la cena de sobaquillo (que así se llamaba en Valencia a llevar el bocadillo de casa para cenar con los amigos). Y después de cenar bailaban porque en aquellos años no había baile en Quart de Poblet. Para la música el grupo de amigos alquilaban un tocadiscos que en aquellos años llamaban "picú" y lo pasaban muy bien. Mi padre al principio no me dejaba ir con ellos, pero mis hermanos lo convencieron y al final me convertí en una más del grupo. Así cuando tenía 18 años conocí al que sería mi marido, que era amigo de mis hermanos y todos los fines de semana subía a mi casa a buscarlos. Estuvimos seis años de novios y el día de mi santo, el 16 de julio de 1972 contrajimos matrimonio, por lo que este año hemos cumplido las bodas de oro. Tenemos dos hijos maravillosos, una chica y un chico y dos nietos preciosos que nos dan mucho amor y felicidad, tanto, como nosotros a ellos. En estos cincuenta años hemos tenido buenas y malas rachas, pero siempre hemos sabido resolver los problemas, el amor podía con todo. Mi marido y yo nos pusimos una meta, que era que nuestros hijos estudiaran una carrera, ya que nosotros no tuvimos la oportunidad de estudiar. La verdad es que hemos tenido mucha suerte y también hemos sabido transmitirles buenos consejos para que aprovechasen las oportunidades que fueron teniendo y ahora con su trabajo y esfuerzo los dos tienen además de su carrera, un buen trabajo, por lo que estamos orgullosos de ellos. Mi marido y yo estamos muy contentos y satisfechos de la familia que hemos formado con mucho amor y con buenos valores, y todo gracias a mis padres que fueron los que comenzaron esta historia que he contado y que es parte de mi vida.

En Quart de Poblet, 12 de julio de 2022.

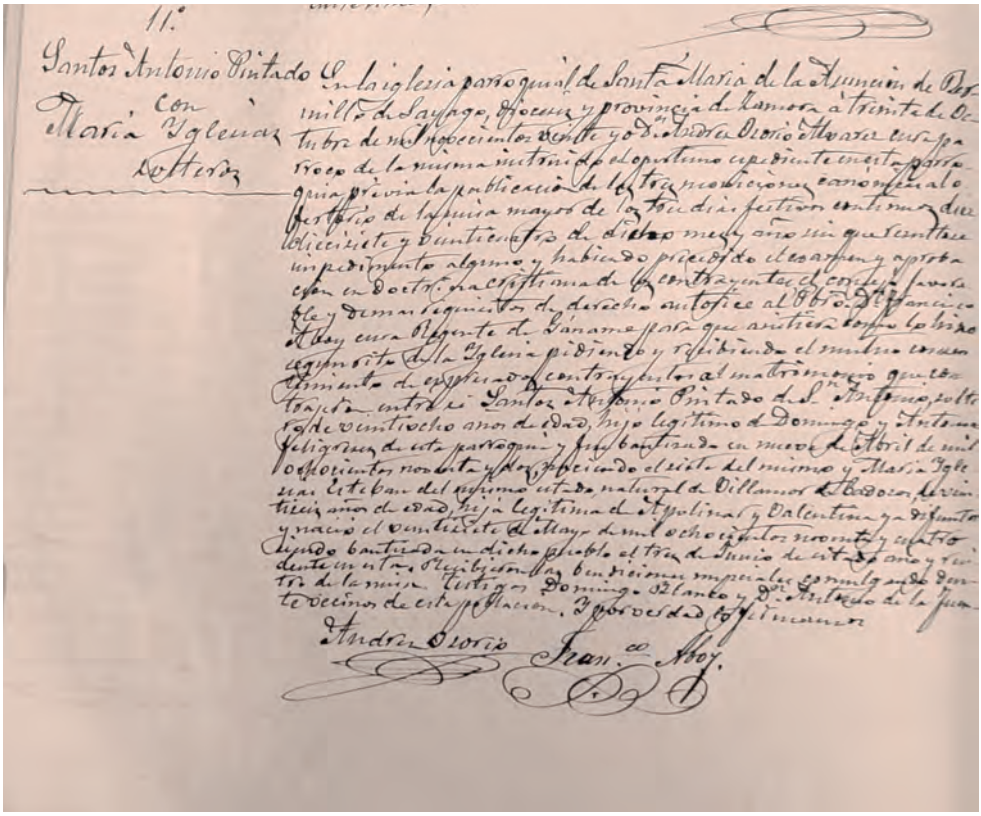
Olga Inés Pintado

HISTORIA DE LA EMIGRACIÓN DE LA FAMILIA DE SANTOS ANTONIO PINTADO Y MARÍA NATIVIDAD IGLESIAS

(Argentina)

Santos Antonio Pintado de San Antonio nació el 1 de noviembre de 1895 en Bermillo de Sayago, hijo de Domingo Pintado Lucas y de Antonia de San Antonio. A principios de la década de 1910 emigró a Argentina, junto a dos hermanos. Se establecieron en la provincia de Buenos Aires, trabajando como labradores. Unos años más tarde volvió a España para cumplir con el servicio militar, que lo hizo durante dos años en África. Además había dejado a su novia en Bermillo y quería casarse para volver a Argentina. El 30 de octubre de 1920 se casó con María Natividad Iglesias Esteban en la Iglesia de Santa María de la Asunción de Bermillo de Sayago.

María Natividad Iglesias Esteban, nacida el 27 de mayo de 1894 en Villamor del Cadozos, hija de Apolinar Iglesias y Valentina Esteban, y desde niña vivió en Bermillo de Sayago. Después de casarse, Antonio y María, viajaron nuevamente a Argentina. Se establecieron en el campo en la Provincia de Buenos Aires. Uno de los hermanos de Antonio se había trasladado a San Salvador de Jujuy, en la Provincia de Jujuy, en donde había mejores posibilidades económicas. Allí Antonio y



Acta de Matrimonio de Santos Antonio Pintado de San Antonio y María Natividad Iglesias Esteban.

María instalaron un almacén de ramos generales. Eso en Argentina era un lugar en donde además de alimentos se vendían artículos de bazar, menaje y ferretería. En el trabajaban Antonio y María. El almacén se llamaba El Chañi, nombre de la montaña más alta de Jujuy. En la Provincia de Jujuy, en esa época, las construcciones tienen cierto parecido con las de Bermillo de Sayago, incluso las paredes que dividen las distintas propiedades. Actualmente ese tipo de construcciones existen en el norte de la provincia, en la Quebrada de Humauaca. Quizás ese fue uno de los motivos de la elección del lugar para vivir. En 1922 nace el primer hijo, al que llaman Antonio Francisco y 8 años más tarde nace Alberto Domingo.

El gran esfuerzo que pusieron en su trabajo dio sus frutos y construyeron una casa en el centro de San Salvador de Jujuy, en donde

también instalaron su negocio. Con el tiempo el Almacén se dedicó a la venta de comestibles únicamente, llegando a ser quizás el más importante de San Salvador de Jujuy. Siempre estuvieron relacionados con otros inmigrantes españoles que se habían radicado en Jujuy y Antonio tuvo una activa participación en la Sociedad Española de esa provincia. Antonio era un hombre muy trabajador, que se esforzó mucho para darle bienestar a su familia y educación a sus hijos. Su único pasatiempo era ir a un bar a jugar al dominó con los amigos. Los hijos: Antonio y Alberto asistieron a escuelas públicas, terminando sus estudios secundarios en el Colegio Nacional Teodoro Sánchez de Bustamante. En 1943, cuando Antonio terminó sus estudios lo enviaron a la Provincia de Tucumán para que estudie en la Universidad Nacional de Tucumán, porque en Jujuy no había Universidad y quería un futuro mejor para su hijo. El deseo de Antonio era estudiar medicina, pero en Tucumán no se podía y se decidió por Farmacia. Cuando se fue a Tucumán, tenía una novia en Jujuy desde hacía varios años, Olga Amanda Pisa. Sin dudas fue una época muy dura para él. Viajó a Tucumán, sin conocer a nadie. Tenía que buscar el lugar en donde vivir, inscribirse en la Universidad y organizar su vida solo, sin el apoyo familiar. Las comunicaciones eran muy precarias. El único medio para comunicarse con la familia eran las cartas. Siempre recordaba que volvía a Jujuy a ver a su familia una o dos veces al año, para fin de año y a veces en Julio. El único modo de viajar era en tren y el viaje duraba 12 horas o más. La distancia de San Miguel de Tucumán a San Salvador de Jujuy son menos de 400 kilómetros. Alberto, una vez que terminó sus estudios en Jujuy, comenzó a trabajar en el negocio familiar. Alberto tuvo una activa vida empresarial, estando muy relacionado con la Unión Empresarios y con la Sociedad Española de Jujuy.

Antonio, cuando terminó sus estudios universitarios en 1948 volvió a Jujuy y comenzó a trabajar en la farmacia de un hospital. No estaba conforme con ese trabajo y decidió entrar en las fuerzas armadas como profesional. En 1950 se casó con Olga Amanda Pisa, su novia desde la adolescencia. Al poco tiempo, en 1951, compraron una farmacia en San Miguel de Tucumán. La provincia en la que viviría la familia Pintado-Pisa estaba decidido que sería Tucumán, la elección del lugar fue porque vieron mejores posibilidades de progreso que en otras ciudades más pequeñas de la provincia o de otras provincias. Algunos de los hermanos de Olga se habían establecido en esa ciudad. El edificio de la farmacia familiar fue construido en el siglo XIX

Superior, de izquierda a derecha, Antonio Francisco Pintado, Santos Antonio Pintado y María Natividad Iglesias. Abajo, Alberto Pintado.

y según data en los archivos del diario La Gaceta de Tucumán, en 1904 ya funcionaba en ese lugar una farmacia, antes era un almacén en el que había corrales para que la gente deje los caballos cuando iban al centro de la ciudad. Actualmente, la farmacia, funciona en el mismo edificio, que no fue nunca modificado. Es la farmacia más antigua de la ciudad de San Miguel de Tucumán. En 1952 nació la primera hija de este matrimonio, Olga Inés y en 1954 el hijo, Juan Antonio. Ambos estudiaron en Tucumán, Olga Inés es Doctora en Física y se

dedica a la investigación científica y Juan Antonio, siguiendo la tradición del padre estudió farmacia y está a cargo de la farmacia del padre.

Alberto Pintado, se casó con Ivonne Pico, también de Jujuy y tuvieron cuatro hijos: María Elena, Eduardo, María Marta y María Mercedes. Eduardo y María Mercedes estudiaron en la Universidad Nacional de Tucumán y María Marta en la Universidad Nacional de Jujuy. Ellos se establecieron todos en Jujuy, salvo María Mercedes que vive en la provincia de Buenos Aires. Santos Antonio y María siempre tuvieron la intención de volver a España, aunque sea de visita. Eran épocas en la que no era tan fácil hacer un viaje tan largo. Su intención era hacerlo cuando la primera nieta, Olga Inés cumpliese 15 años. Cuando ella tenía 14 años falleció María y Santos Antonio no quiso viajar sin su esposa. Santos Antonio Pintado mantuvo contacto con el único hermano varón que había quedado en Bermillo hasta su muerte en 1972. La primera descendiente de Antonio y María que pudo viajar a España fue Olga Inés, que lo hizo en 1988. En esa oportunidad de contactó con la familia de su abuela en Madrid y tuvo la posibilidad de ir a Bermillo de Sayago. Conoció a su tía abuela Isabel, esposa del hermano de su abuelo. Isabel conservaba las cartas y fotos que les había enviado Antonio. Una hermosa sorpresa saber que en una época en que las comunicaciones no eran fáciles, los hermanos mantuvieron contacto. También tuvo la posibilidad de conocer la casa de la familia Pintado y la de la familia Iglesias, que estaban como cuando sus abuelos emigraron a Argentina. Ella tuvo la posibilidad de volver varias veces a España y tuvo un contacto fluido con la familia de la abuela (María Natividad Iglesias).

En 2018 hizo una larga visita a Bermillo de Sayago. En esa oportunidad conoció a gran parte de la familia del abuelo (Santos Antonio Pintado) y de compartir con ellos muchas conversaciones. Esta visita le dio la oportunidad de conocer muchas cosas de la familia que no conocía. Especialmente saber lo difícil que era la vida en el pueblo, y entendió el esfuerzo que hicieron sus abuelos para lograr conseguir una vida tranquila y cómo le inculcaron a sus hijos la disciplina del trabajo.

Yeney Ramos Camejo

EL BISABUELO QUE NO CONOCÍ

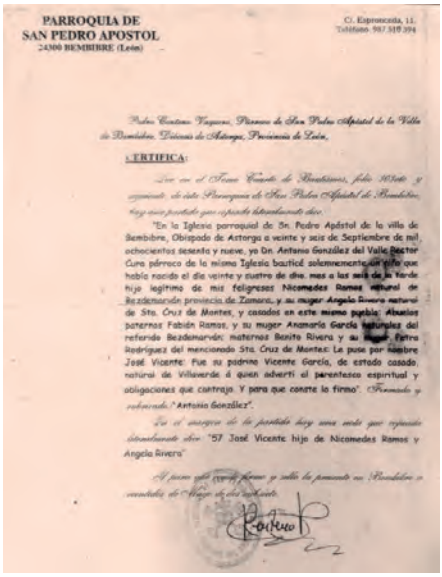
(Cuba)

Durante la segunda mitad del siglo XIX, al decir de Maritza Pérez Dionisio en "La inmigración española en Santiago de Cuba (1868-1898)".

> *"Ocurrió una de las mayores migraciones transcontinentales de la historia contemporánea; siendo Europa la que aportó un gran número de emigrantes a los países de ultramar. España, se incorporó a este movimiento migratorio aportando una cifra superior a los tres millones de emigrantes."* (Pérez, 1996).

Asimismo Pérez Dionisio afirma, *"La diáspora española fue muy heterogénea no sólo por la diversa condición social de los pasajeros, sino también por su procedencia geográfica. De todos los puntos de la península Ibérica emigraron hombres y mujeres de un variadísimo status socioeconómico." (Pérez, 1996, p. 427).*

> *"fueron los factores que estimularon el éxodo de millones de europeos. Entre ellos se destacan la proletarización del campesino, las crisis agrícolas y el aumento demográfico, entre otros. En el caso particular de España se suman otros como la liberación de las leyes de emigración a partir de la década de los años cincuenta del siglo XIX y el restablecimiento de las relaciones diplomáticas de España con las nuevas repúblicas americanas (Aragón, 1990)."*



PARROQUIA DE
SAN PEDRO APOSTOL
24300 BEMBIBRE (León)

C/. Espronceda, 11.
Teléfono 987 510 394

Don Cristino Vaquero, Párroco de San Pedro Apóstol de la Villa de Bembibre, Obispado de Astorga, Provincia de León,

CERTIFICA:

Que en el Libro Cuarto de Bautismos, folio 90 vto. y siguiente de esta Parroquia de San Pedro Apóstol de Bembibre, hay una partida que literalmente dice:

"En la Iglesia parroquial de Sn. Pedro Apóstol de la villa de Bembibre, Obispado de Astorga a veinte y seis de Septiembre de mil ochocientos sesenta y nueve, yo Dn. Antonio González del Valle Pastor Cura párroco de la misma Iglesia bautizé solemnemente a un niño que había nacido el día veinte y cuatro de dho. mes a las seis de la tarde hijo legítimo de mis feligreses Nicomedes Ramos natural de Bezdemarván provincia de Zamora, y su mujer Angela Rivera natural de Sta. Cruz de Montes, y casados en este mismo partido: Abuelos paternos Fabián Ramos, y su mujer Anamaría García naturales del referido Bezdemarván; maternos Benito Rivera y su mujer Petra Rodríguez del mencionado Sta. Cruz de Montes: Le puse por nombre José Vicente: Fue su padrino Vicente García, de estado casado, natural de Villaverde á quien advertí el parentesco espiritual y obligaciones que contrajo. Y para que conste lo firmo". Firmado y rubricado." Antonio González".

Es el margen de la partida dicho cura arriba citado dice: "57 José Vicente hijo de Nicomedes Ramos y Angela Rivera"

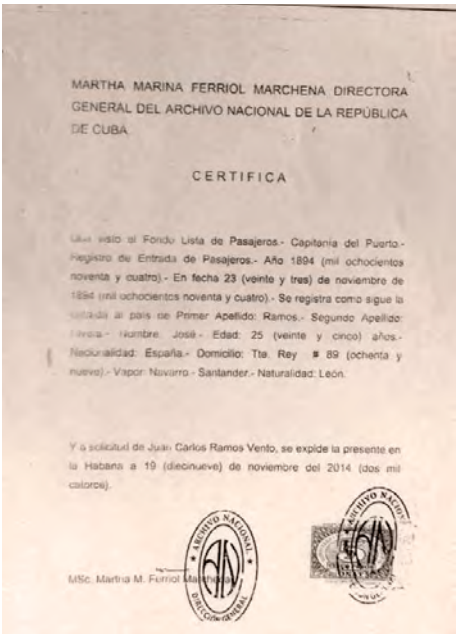
Fe de bautismo literal de mi bisabuelo.

Además del empeño realizado por esta para reconquistar el desintegrado imperio colonial que ocasionó el agotamiento de sus recursos y la agudización de las contradicciones internas. Igualmente hechos históricos como la anexión y Guerra de Santo Domingo (1861-1865), la expedición a México del General Juan Prim y Prats (1861-1862), la Guerra del Pacífico (1865-1866) y las guerras por la independencia de Cuba (1868-1878 y 1895-1898), reclutaron a miles de soldados y oficiales españoles los que formaron parte del movimiento migratorio de carácter hispano. "Más de medio millón de españoles llegaron a Cuba para defender y perpetuar la dominación hispana de la Isla" (Pérez, 1996, p. 427).

En el contexto cubano migratorio del siglo XIX juegan un papel trascendental en el incremento de españoles a la mayor de las Antillas las corrientes migratorias entre las provincias de España hacia Cuba, las que se reforzaron por la necesidad de incrementar la fuerza de trabajo ante el auge económico; el interés de los sectores dominantes de equilibrar el número de habitantes de origen europeo y africano y posteriormente, la necesidad de remplazar la mano de obra esclava por la libre asalariada. Tras la culminación de la Guerra del 95 y bajo el dominio neocolonial, los nexos entre España y Cuba continuaron. Cuba se erigía como la tierra de las oportunidades para muchos españoles que emigraban huyendo de la pobreza en busca de un futuro mejor. Tal es el caso de mi bisabuelo, un emigrante español como tantos otros.

La historia que a continuación narro, pudiera parecer trillada. Pero, para mí es especial; es la historia de mis ancestros y de la conexión con lugares recurrentes presentes en mi memoria telúrica. Mi bisabuelo, José Vicente Ramos Rivera nació el 24 de septiembre de 1869 en Bembibre, comarca El Bierzo, provincia de León, España. Territorio que antaño fue habitado por los celtas prerromanos y cuya repoblación entre los siglos IX y XI estuvo ligado a la iglesia y la construcción de los distintos monasterios bercianos. De padre herrero y

madre ama de casa, quedó huérfano a la edad de 8 años, debido a la epidemia de cólera que azotó la península Ibérica durante el siglo XIX, quedando al amparo de su tío y padrino Vicente García. Desde muy pequeño supo ganarse el pan diario realizando el oficio que aprendió de su padre, a la vez que lo alternaba con la buena instrucción que recibió de su padrino, el cual lo enseñó a leer y escribir. De adolescente, trabajó como minero en las minas de carbón y hierro de la comarca El Bierzo.



MARTHA MARINA FERRIOL MARCHENA DIRECTORA GENERAL DEL ARCHIVO NACIONAL DE LA REPÚBLICA DE CUBA

CERTIFICA

Que existe el Fondo Lista de Pasajeros.- Capitanía del Puerto.- Registro de Entrada de Pasajeros.- Año 1894 (mil ochocientos noventa y cuatro).- En fecha 23 (veinte y tres) de noviembre de 1894 (mil ochocientos noventa y cuatro).- Se registra como sigue la entrada al país de Primer Apellido: Ramos.- Segundo Apellido: Vento.- Nombre: José.- Edad: 25 (veinte y cinco) años.- Nacionalidad: España.- Domicilio: Tte. Rey # 89 (ochenta y nueve).- Vapor: Navarro.- Santander.- Naturalidad: León.

Y a solicitud de Juan Carlos Ramos Vento, se expide la presente en la Habana a 19 (diecinueve) de noviembre del 2014 (dos mil catorce).

MSc. Martha M. Ferriol Marchena

Registro de entrada de pasajeros a la Capitanía del Puerto de La Habana, 1894.

Contaba mi bisabuelo que cansado del trabajo agotador y la poca remuneración producida por la actividad minera, una vez que reunió 250 pesetas, abandonó su pueblo y decidió emigrar hacia Cuba. Se desarraigó de su tierra natal con la esperanza de una vida mejor; forzado a partir de sus orígenes para asegurar su supervivencia. Arribó el 23 de noviembre de 1894 a la Capitanía del Puerto de La Habana en el vapor Navarro - Santander a la edad de 25 años. Al llegar a La Habana, se enroló en las filas del ejército español donde se desempeñó como herrero en un regimiento ubicado en Guanajay, Pinar del Río; territorio donde residiría hasta su fallecimiento. En el Ejército, realizó la labor de ponerles herraduras a los caballos. Al finalizar la Guerra de 1895 y con el inicio de la intervención norteamericana en la Isla, comenzó a trabajar como obrero en la Empresa del Ferrocarril del Oeste, contribuyendo a la construcción del ferrocarril que abarcó hasta el actual territorio de Guane, Pinar del Río en el año 1908. Terminada esta obra, trabajó en el acueducto de Guanajay hasta su jubilación. Residiendo en Guanajay, conoció a Herminia Suárez, mi bisabuela, con la cual contrajo matrimonio. Del fruto de esta unión nacieron 13 hijos[1] de los

[1] Debido a la pérdida de tantos hijos, mi bisabuela, devota de San Lázaro, hizo una promesa de vestirse de morado de por vida si su hijo menor sobrevivía. Promesa que cumplió hasta su fallecimiento. (N.A.)

cuales solo dos sobrevivieron: el hijo mayor (mi abuelo) y el menor. Mi bisabuelo —20 años mayor que mi bisabuela—, una vez alcanzada la edad de jubilación, se dedicó al cuidado de sus dos hijos, mientras mi bisabuela se desempeñaba como conserje en una escuela primaria.

A mi bisabuelo había que conocerlo por dentro. Quienes lo hicieron, aseguran que fue una persona de buen corazón, buen padre y abuelo, pero con muy mal carácter. Según mi tío -nieto mayor- cuando se ponía bravo había que correr. A la hora de comer no le gustaba que se hablara en la mesa porque era sagrada. Había que comerse toda la comida servida en los platos pues no se podía dejar nada en ellos. Era muy recto de carácter. Para llamar a sus hijos les silbaba, teniendo que dejar lo que estaban haciendo y llegar corriendo antes del segundo chiflido. Le gustaba cocinar y lo hacía muy bien, en especial, las torrijas: un dulce típico de las celebraciones de Cuaresma y Semana Santa en España: tradición que ha mantenido mi familia, pues en las celebraciones de fin de año hacemos torrijas que acompañamos con vino, como aseguraba mi bisabuelo se hacía en las antiguas tabernas de la península. En ocasiones, dedicaba tiempo a sus nietos y le contaba historias de España y de su pueblo natal. Siempre les narraba el cuento de un maestro y sus discípulos; en el cual el maestro siempre tenía la razón. Un día fueron el maestro y sus alumnos de excursión a un río. El maestro que no era muy ducho nadando, empezó a ahogarse. Un discípulo exclamó:

—¡Ayuden al maestro que se ahoga! Y otro expresó:

—Dejen al maestro pues él sabe lo que hace.

Era una persona que se dejaba ayudar, pero no le gustaba que le dieran consejos. Al igual que el maestro del cuento, mi bisabuelo, siempre tenía la razón. Falleció la noche del 14 de enero de 1966 a los 96 años. Asegura mi tío, que quisiera retroceder el tiempo para preguntarle todo lo que no supo de él. Aunque no lo conocí personalmente, su imagen se me revela. Guardo el recuerdo de mi abuelo que convaleciente en la cama debido a una penosa enfermedad me hacía agarrar papel y lápiz para escribir las historias que me relataba de su padre. Mi bisabuelo, seguramente donde quiera que se encuentre está contemplando su pueblo natal, su querido Bembibre.

Asimismo a Cuba, su segunda patria, país que lo acogió y le abrió sus puertas.

Bien es cierto que, "lo que no ha podido desaparecer, lo que el tiempo no debe borrar, es el reconocimiento al aporte que hicieron los emigrantes españoles a la tierra que los recibió y a la que dedicaran todas sus energías" (Blanco, 2009, p. 25)[2].

[2] Referencias bibliográficas: Aragón Bombín, Raimundo. La emigración Española a través de la Legislación y de la Organización Administrativa. En: *Revista de Economía y Sociología del Trabajo*, 1990. Blanco Rodríguez, Juan Andrés y Bragado Toranzo, José María. *Memoria de la emigración castellana y leonesa*, vol. 3. Junta de Castilla y León, UNED Zamora, Caja España. Diputación Provincial de Zamora: España, 2009; Pérez Dionisio, Maritza. *La inmigración española en Santiago de Cuba (1868- 1898)*. Universidad de Oriente: Santiago de Cuba, 1996.

José Riaño Martín

EL CORREO DE LAS TRES DE LA TARDE

(Francia)

El llano paisaje calinoso recoge todo el esplendor que le envía el sol. Los viñedos y sus incipientes frutos aparecen como una inmensa alfombra verde esparcida por toda la campiña manchega, donde sólo emergen algunas casas de campo encaladas que disipan un poco la monotonía del paisaje.

Gonzalo Montana percibe, con toda su magnitud, el ambiente duro que generan los rayos solares en todo lo que su vista abarca fuera del tren de alta velocidad. Confortablemente instalado en un vagón de primera clase bien acondicionado, lo que procura una agradable temperatura, inexplicablemente siente el bochorno exterior; el panorama que contempla desde su amplia comodidad le atrae recuerdos, vivencias adheridas a lo más íntimo de su personalidad, que en estos momentos pujan por salir y liberarse de su conciencia.

Instintivamente desabrocha un botón más de su chaqueta de invierno, aspira aire con avidez y vuelve la mirada al paisaje que puede observarse tras las ventanas, a los extensos y planos campos de viñedos, y tiene Gonzalo Montana que elevar la vista para que del neto horizonte se divise alguna irregularidad que disipe lo liso del terreno. A Gonzalo Montana se le aparecen imágenes vividas en un viaje que realizó por los años cincuenta de paso por estas tierras en un vagón de tercera con poco más de veinte años; un viaje inolvidable lleno de peripecias y encuentros con seres que tenían mentalidades y preocupaciones de otros tiempos. Como duda si

sería bueno para él recordar aquel viaje, presta atención a los ocupantes de su vagón, a los cuales por la disposición de los asientos, a pocos puede observar; y estos van tranquilos, reservados y silenciosos. Los observa discretamente, los ve inabordables e indiferentes, porque, sin que pueda evitarlo, los compara con aquellos otros viajeros fuera del tiempo en el que vive. Este viaje se desarrolla para él en una terrible soledad, en un tedio que le fuerza a retornar con el pensamiento a un pasado que ha quedado grabado en lo más recóndito de su mente y, finalmente, deja que de sus recuerdos afluyan imágenes precisas y que fueron reales, como lo es la inmutable geografía que percibe a través de la ventana del tren que devora distancias.

Gonzalo se encuentra en un vagón de tercera fabricado con el roble gallego, en uno de esos trenes correos que fueron testigos del devenir de hombres sencillos y primitivos, endurecidos por el duro trabajo de tierras no demasiado generosas que les vieron nacer. Con esos seres, que probablemente muchos ya no existan, Gonzalo Montana rememora unos días vividos en sus años mozos, no todos agradables, aunque son siempre los añorantes juveniles de tiempos pasados.

Al principio de los años cincuenta en Sevilla no era nada fácil para un joven, mismo educado en un colegio religioso y novísimo licenciado en derecho, en atinar con un empleo con el que pudiera ganarse la vida. No pocos casos hubieron en los que jóvenes ex universitarios tuvieron que contentarse, al menos durante cierto tiempo, en corretear de puerta en puerta vendiendo seguros, por entonces algo novedoso, o representar tal o cual marca de embutidos, que a tanto llegaba la penuria de ofertas de empleo que había en aquella villa; salvo para médicos, que entonces se formaban para la nueva y todavía poco difundida sanidad pública y, para, naturalmente, los sacerdotes del estado confesional que reemplazaban a los asesinados por los extremistas de izquierda durante la Guerra Civil. A Gonzalo no le hubiera importado buscar y conseguir cualquier empleo por humilde que hubiera sido con tal de recabar experiencia en la vida y sentirse independizado; pero la madre, heredera de los prejuicios de la pequeña burguesía —que ya se debatía en los postreros espasmos de su desaparición— por el qué dirán y no rebajarse de clase, se lo impedía. La madre nunca le hubiera consentido que emprendiera la aventura bien fatigosa de representar a ningún seguro, y menos a

las chacinas de Jabugo o de toda Sierra Morena. Por ello, Gonzalo no tuvo más remedio que dedicarse con toda su voluntad a prepararse a las inevitables oposiciones de funcionario del estado en sus diferentes ramas. Así que, donde había alguna oferta de empleo público plantaba su demanda, ¡y a esperar...! Y con la sensación de inutilidad que sienten todos los desocupados, y sin poder contribuir a los gastos económicos de la casa y con ello aliviar a la madre de los gastos que tuvo en su educación, que sólo disponía de la paga de viuda por la muerte del padre en la Guerra Civil y de la modesta renta que le procuraba una finca vendida al final de la guerra, Gonzalo pasaba el tiempo libre, que era mucho, en la tranquila e inalterable vida de aquellos tiempos de posguerra, consumiendo lecturas en la pequeña biblioteca paterna, si no era preparándose para oposiciones de todo tipo.

Una mañana recibió una carta sellada en Madrid que le avisaba de la fecha de un examen para un pretendido cargo en la administración estatal. Por ello, de acuerdo con la madre, se dispuso a partir para la capital un mes antes de acudir al examen, con el fin de familiarizarse con el ambiente donde debería realizar las pruebas. Iría a la casa de unos tíos que no tuvieron descendencia y que lo esperaban, al parecer, con gran contento.

Y llegó el día de la partida a la capital. Gonzalo veía a la madre llorosa en tanto que cuidaba de los menudos detalles del contenido de su maleta y le ensartaba una letanía de recomendaciones y consejos que acababan por molestarle. Él tomaba aquel viaje como una posibilidad de encontrar un medio de vida y formar parte de la sociedad y, además, como una pequeña liberación de la tutela materna. Así que, después de abrazar a la madre y oír los plañidos de Petra, la criada, que entonces parecía que los criados debían cargar con las penas y no con las glorias de los amos, acortando cuanto pudo la despedida, dejó su casa por vez primera en su vida.

En principio, Gonzalo debía tomar el tren rápido de las dos de la tarde, pero había decidido, sin comunicárselo a la madre, tomar el correo de las tres de la tarde, porque suponía un substancioso ahorro en su presupuesto. Como le sobraba tiempo, salió de su casa sin apresurarse rumbo a la estación entonces conocida por el nombre de Cádiz, punto de paso de los trenes que apuntaba al eje norte sur de la península.

Con un terrible bochorno andaba con su maleta hacia la estación, bordeó la catedral, penetró y caminó por el casco antiguo de la ciudad, el encantador barrio de Santa Cruz, por donde siempre le gustaba perderse entre sus angostas calles perfumadas por los jazmines y las esencias que desprendían los patios de las casas. Sudando como iba por el peso de la maleta, cuando descansaba en un portal mientras contemplaba a uno de esos patios, a cubierto del sol y revestidos de flores y veía a uno de sus privilegiados moradores —también él era uno de ellos— que probablemente se preparaba para la siesta, pensaba en lo que se dejaba atrás, y para no desmoralizarse volvía a ponerse en camino y sin mirar a parte alguna.

Marchando hacia la estación por el parque exterior al Alcázar de Sevilla, del cual le separa murallas vestidas por tupidas redes de jazmíneas y donde detrás de ellas se elevan verdes palmeras que amamantan copiosos racimos de jugosos dátiles, las huellas que han dejado otros pueblos del pasado, Gonzalo siente pena de abandonar los paseos por donde la imaginación se desborda y los sentidos se alimentan de voluptuosos recuerdos y se rechazan realidades penosas. Por esos lugares soñó en su pubertad en mundos irreales que fabricó su mente, pensamientos y conceptos de la vida de las cosas que luego, con el paso inexorable del tiempo tienden a desaparecer a la par que nuestras células. Al llegar al final de la muralla que envuelve el alcázar, ya cerca de la estación, cansado de llevar la maleta y viendo en su reloj de pulsera que le sobraba tiempo para tomar el billete de tren, se sentó en un banco alicatado a la sombra de un ciprés. Descansando, con la camisa y todo el cuerpo empapado de sudor se dio al reposo y a pasar el tiempo, frase atávica repetida hasta la saciedad en el país en aquellos tiempos; como si el tiempo fuera un estorbo o no tuviera ninguna validez, cuando, por el contrario, es lo más preciado, y demasiado corto, que tiene el ser humanos en la tierra. Quizás no pensara en aquello Gonzalo porque al cabo de muy pocos minutos soñó despierto con los fontanares que embalsan nenúfares y riegan los esmerados jardines del alcázar, cuyas flores y sus risueños y vivos colores, así como el chispeante rumor de las miles de fuentecillas que rocían geranios y petunias alegran el espíritu. No duraron mucho aquellas idílicas representaciones, un fuerte olor a tabaco le hizo desviar la mirada hacia otros bancos y sus ocupantes; varios “colilleros”, como eran nombrados entonces, habían tomado posición de un par de bancos y allí liaban

en flamante papel de fumar puntas de desechos de cigarrillos que metían en cartones, y el todo, de dudosa o ninguna higiene, seguro que lo mercantilizaban haciendo la competencia a la industria tabacalera del país.

Gonzalo observaba con indiferencia la tarea que, para muchos, en aquellos días de la dilatada posguerra, todavía les procuraba el pan de cada día. Aquellos hombres, muy de mañana limpiaban las calles de toda traza de tabaco sin reparar en la longitud del resto de cigarrillo que recogían; no discriminaban el color ni el grado de suciedad del residuo del pitillo. Los mismos barrenderos efectuaban esa labor de recolección de colillas con precisión germánica. La ciudad fumaba tabaco malo, mercancía que pudiera incrementarse con hierbas naturales que abundan en la región. Como no existen estadística digna de reseñar sobre epidemias debidas al tráfico de viciado del tabaco, aquí queda el caso y, sin embargo, ¿cuantas veces la misma picadura pasaría por las mismas manos...?

Seguro que Gonzalo Cerrada hubiera reposado más tiempo en aquel lugar, si no hubiera recibido los pestilentes olores de fibras de tabaco quemado que herían su olfato. Consultó su reloj, la aguja apenas rebasaba las dos de la tarde. Se levantó, tomo su maleta y salió con presteza del lugar. Al llegar al extremo del parque, al borde de una avenida donde ya se avistaba la estación —la que hoy día no existe— pensó que, en las sombras del arbolado del parque, y a la frescura que rezuman las plantas, pasaría mejor el tiempo que le quedaba para la llegada del tren que en la misma estación. Esta idea debió tenerla no pocas personas, porque por allí no halló un hueco libre en ningún banco; familias al completo llegadas de los pueblos o soldados y marineros de reemplazos aguardaban como Gonzalo el correo de las tres y ocupaban los bancos.

Ya hacia algunos años que en la posguerra los pueblos se vaciaban y emigraban hacia las ciudades, en busca de los servicios sociales de nuevo cuño creados por el régimen. Huían de la incuria en la que se vivían en esos pueblos milenarios de las sierras extremeñas y andaluzas —y de toda España— donde nada cambiaba desde tiempos inmemoriales y, sobre todo la mentalidad de su gente, que no movía un dedo por adecentar el terruño, estuviera constituida por una sala cabaña, la aldea o un pueblo. Por entonces, y durante más de veinte años, las estaciones fueron hormigueros, primero de

aspirantes a nuevos ciudadanos y algo más tarde de futura mano de obra barata en el extranjero.

Para los desafortunados inmigrantes nacionales que llegaban a la ciudad, tomar posición de un banco en un parque era como el primer pequeño territorio que se les ofrecía libremente en la urbe, al menos durante el día y tal vez la noche; después, con suerte, invariablemente acabarían en los extrarradios de las urbes, en los nuevos barrios en construcción con edificios muy diferentes de sus rústicos hogares, los que comenzaron a afear las ciudades desfigurando pintorescos centros arquitectónicos de interés, sitios testimoniales de un pasado más armonioso del hombre con la naturaleza.

Gonzalo, deseoso de quemar el tiempo en el frondoso parque, se volvió a sentar esta vez en el bordillo de una pila donde el suelo regado desprendía humedad, lo que le daba una reconfortante sensación y más que desde su posición veía a la gran avenida que convergía en la estación, sobre la cual el sol desplegaba libremente sus ardientes rayos. Observaba a los pocos vehículos a motor que circulaban por esa y otras avenidas en esa hora próxima a la siesta; sólo se veía y de tarde en tarde algún que otro taxi y, con más frecuencia, la clásica calesas tiradas por trotones con el ruido acompasado y machacón de sus pies calzados con herraduras, que sonaban en el silencio casi sepulcral que acompañaba a las casi sagradas horas de la siesta nacional.

En Sevilla, en verano, un mundo popular y bullicioso se manifestaba por las mañanas, más que hablando, gritando y con aspavientos derrochando muestras de su existencia como si temieran que sus congéneres les ignoraran. Con más o menos intensidad pudiera ocurrir lo mismo después de la siesta y, en igual medida, se oían por la noche vocerío, palmadas rítmicas acompañadas de cantes en las casas de patios comunales o familiares y por los pintorescos barrios, y todo esto hasta pasada la medianoche que llegaba el descanso; pero en medio de todos aquellos movimientos, algunos ruidosos, otros festivos y los más alegres, cuando llegaba el mediodía, como por encanto, dominaba la siesta; durante su duración el pueblo desaparecía o casi de la ciudad y de los pueblos andaluces; era la hora de la siesta en cuartos oscuros de pobres, o en los confortables sillones de los más agraciados por la suerte, en patios sombreados con fuentecillas que despiden humedad y el cantarín ruido de

suaves corrientes de agua. Fuera de los hogares sólo quedaba el sol como dueño y señor y al que pocos osaban presentarle cara —salvo el solitario turista anglosajón que no se resiste a dejar de dominarlo todo—. Eran, entonces, momentos de recogimiento, de intimidades respetadas por todos, un pacto tácito sellado entre los hombres y la naturaleza; incluso ese alto en el ajetreo diario se observaba en las campiñas abrasadas por la canícula, que se les permitía a los braceros descansar en las horas de la siesta.

La siesta era más que una costumbre, una necesidad en la España del pasado y todavía en la que vivía Gonzalo en su juventud. Las horas de trabajo eran interminables, y más en el campo, con el añadido del clima en los veranos; de manera que a no ser por la siesta la vida hubiera sido casi imposible. En estos tiempos de supercapitalismo desaforado, de prisas inventadas, países como España, que han perdido conquistas sociales y costumbres ancestrales, algunas de ellas sanas de acuerdo con la naturaleza, si no se frena la emulación al gigante americano, se irá perdiendo el alma del país y de muchas otras de los cinco continentes.

Gonzalo en cuanto vio que se vaciaba un banco de posibles viajeros, allá fue. Sentado cómodamente, la maleta a sus pies, sentía con fuerza que había llegado la hora de la siesta, pensaba que estaba en las horas sosegadas del día en su habitación, la que, oreada por la mañana, ya debía estar a oscuras, rechazando insectos, presencia humana y en perfecta quietud para descanso del cuerpo y del espíritu; solo un pequeño lunar de luz para permitirle iluminar las páginas de un libro y saborear en soledad los jugos de las ideas. Sin embargo, quiere desechar aquellas imágenes cotidianas de sibarita, sabe que otra vida le espera y debe prepararse para afrontarla; pero entre que intenta no pensar en nada del pasado y centrarse en el presente, cansado, se adormila.

Gonzalo se espabila, mira para su reloj, son las dos y media de la tarde, nervioso coge su maleta, sale del parque y atraviesa la bochornosa avenida y penetra en la entrada de estación la que, a cubierto del terrible sol de mediodía, aparece a la vista de Gonzalo como difícilmente pudo haberse imaginado en la desierta y calurosa avenida; en la estación, se diría que todos los seres vivientes de la ciudad se habían dado cita o refugio en la entrada y en las salas de espera de la misma. Había tremendas colas en las taquillas de

ventas de billetes de tren. En el interior de la estación y en ambos andenes, muchos viajeros sentados en cualquier rincón permanecían silenciosos y como amodorrados; al contrario, otros grupos en los andenes y, sobre todo, en las salas de espera, aparecían repletas de gente escandalosamente bulliciosa gritando y cantando en el caluroso ambiente, donde el aire era viciado por el humo del tabaco de los que fumaban.

A la entrada, Gonzalo se abrió paso como pudo con la maleta como escudo y punta de lanza, hasta dar con la taquilla donde en rústicas letras se anunciaba dirección "Madrid". Con mucha pena y más trompicones dio con el final de la cola, la que había descrito complicadas curvas y allí sentó plaza. Se sintió sorprendido de verse, por vez primera en su vida, en la siesta, entre un gentío desordenado y vocinglero de viajeros, vendedores de chucherías, estraperlistas de pequeñeces, aguadores y los que ofrecían pensión barata o una habitación con derecho a cocina o, simplemente, una cama en cualquier lugar.

La mayor parte de toda aquella multitud que allí respiraba el aire turbio y caluroso del mediodía sevillano y en pleno verano, eran campesinos sin tierras propias. Esperaban, con pasmosa paciencia, al tren que les llevara a cualquier parte donde la vida fuera más generosa con ellos; llevaban las camisas sudadas, apagados los colores por los lavados, calzaban alpargatas estrenadas para esta gran ocasión, y en los rostros quemados por el hiriente sol meridional se reflejaba un cierto desamparo ante lo desconocido que les aguardaba. Había viajeros de todas las edades, desde niños de pecho hasta los abuelos, a los que se les veía arrugados por el tiempo que soportaban una anatomía que pedía desaparecer de la tierra y, sin embargo, estaban contentos de sentirse vivos, respirando el mismo aire que las generaciones que les habían sucedido, y sintiendo las mismas sensaciones que aquellas que le precedieron en los éxodos de todos los tiempos del humilde pueblo español. Por allí también aguardaban para esa aventura que es la emigración, mujeres, jóvenes y menos jóvenes, muchas enlutadas, esposas y abuelas que llevan las penas en el alma y el luto en los cuerpos que le durarán de por vida, que será el tiempo de recuerdo que tendrán los muertos. Algunas madres amamantaban a hijos: una estampa de una naturalidad conmovedora que hoy día, años de tecnocracia, algunos denigran. Se veían por la estación familias al completo con atadillos de

ropas, canastos y maletas que llevaban como si fueran tesoros. De esos canastos sobresalían crestas de gallinas y se oían los intentos de agitar sus alas clamando libertad; de otros canastos y cestas le llegaban olores de chacinas que acompañaban a los viajeros hasta el más lejano destino como si fueran talismanes. No faltaban soldados de reemplazos, pequeños hombres indolentes, desaliñados, con ropas mal ajustadas a sus anatomías, lo que le recordaba a tropas sudamericanas tal y como solían representarlas el cine estadounidense de entonces, y el de ahora. Con todo ese mundo variopinto viajaba también sus pertenencias: enorme cantidad de sacos, bultos y pesadas maletas de madera que golpean el suelo embaldosado y muchas de ellas sin cerraduras, aunque aseguradas con toscas cuerdas.

Y entre esa multitud viajera, a la entrada y por los andenes legiones de vendedores detallistas mostraban lo que vendían con ostentación: cigarrillos por unidades, piedras de mecheros, pepitas de girasol, altramuces, cacahuetes y camarones de dudoso frescor; estaban los corbateros quienes, sin importarles que vende algo que está fuera de lugar y temporada, ofrecen un muestrario de corbatas, lo que es un signo de distinción social, a pobres campesinos. No podían faltar los coros de aguadores que pregonaban sus mercancías en porrones que se llenaban en dónde nadie sabía en qué lugar. Por el lado de Gonzalo pasan quienes susurran a los oídos, como si fuera un secreto celosamente guardado, si necesitan una pensión; normalmente la famosa pensión española, las austeras y tardías cenas, silenciosas como conventos, de las miradas recelosas, de los gestos cohibidos y toses retenidas. Y rellenando los espacios de la estación siempre hay quienes esperan un tren siempre con retraso, y estos últimos les parece a Gonzalo que, sumisos y fatalistas no muestran ni pizca de impaciencia.

De pronto un torbellino vino a importunar al desorden normal en la estación; una pareja de guardias armados se apresta a imponer simetrías delante en las colas de las ventanillas aún cerradas de ventas de billetes. La de Gonzalo, que ya no es el último, se distorsiona aún más de lo que estaba, niños lloran, hombres se impulsan unos a otros o tropiezan en maletas, se retrocede o se avanza como gigantescos muelles, y todos queriendo agolparse en la primera línea se pierde el orden anterior. Los guardias ordenan con desabrimiento que guarden la vez y los viajeros, con temor, obedecen en desorden,

y la cola se dilatada de tal manera que sale fuera del amparo de las sombras, de la acera y va a parar bajo un sol que se da a placer. Y en ella se encuentra Gonzalo bien prensado entre dos campesinos y sus equipajes.

Cuando a los guardias se les antojó que la cola de Madrid quedó bien determinada, se fueron a enfilar otra, lo que aprovecharon los ya "ordenados" que salían del interior de la estación para disgregarse buscando cobijo bajo los salientes de la estación que daban sombras; pero la llegada de nuevos colistas provocó nuevos desconciertos y al poco, Gonzalo no supo quién le precedía y tuvo a su lado a una gruesa señora que se abanicaba con sorprendente nerviosismo, en tanto que repetía sin cesar: —¡Qué calor, Dios mío, qué calor...!

Las madres protegían a los hijos con sus cuerpos de los rayos solares en las largas colas y de otros viajeros y sus bagajes. La voluminosa vecina de Gonzalo no cejaba en su empeño de refrescarse con su abanico con una destreza envidiable; y cuando el vientecillo que ella fabricaba con nerviosos vaivenes, que semejaba al de un pequeño ventilador, llegaba a Gonzalo, nuestro viajero sentía un agradable cosquilleo de satisfacción y placer.

Muy próximo a la imponente señora, un hombre maduro que ha llegado a la cola en la última sacudida, lía un cigarrillo con paciencia y arte admirable, las briznas de hierba las aloja en lo cóncavo del papel de liar, lo prensa con el índice, equilibra el volumen tratando de modelar un perfecto cilindro con sus rústicas manos; es evidente que toma placer al prepararlo y más al fumarlo. Otro hombre del campo, con un desmesurado pañuelo de algodón empapa el sudor de la frente que resbala por sus mejillas; ¡nada comparado como el transpirar del hombre que faena bajo el terrible sol del mediodía en tierras andaluzas! Y a todo esto no cesa de afluir nuevos viajeros para largas y cortas distancias, principalmente jornaleros que van siempre persiguiendo unas semanas de trabajo en el campo o en la construcción, los que, una vez finalizada la obra, regresan al pueblo con las pesetas que consiguieron ahorrar prescindiendo de lo necesario; comiendo pan y cebolla, alimento tradicional del pueblo y durmiendo en la obra. Y quizás estos mismos obreros u otros volverán a la capital, esta vez para quedarse para toda la vida, después de haber vendido sus pobres bienes, y trabajarán para uno de estos nuevos constructores en este negocio tan lucrativo de la posguerra

de la reconstrucción y de las casas baratas, que se irán haciendo más rico cada día y formará parte de la clase media que tanto faltaba en el país.

Son más de las dos y media de la tarde, las ventanillas de venta de billetes, todas al mismo tiempo como si obedecieran al tiro de salida de una competición deportiva, se destapan con fuertes golpes de hojas que se abren o caen como guillotinas; nuevamente la cola se descompone y desaparece de la vista de Gonzalo la enorme señora con su abanico, así como sus inmediatos vecinos. La espera es bien compensada, pronto aparecieron por las ventanillas las adustas y desconfiadas figuras de los empleados públicos, los que, al igual que los vendedores de sellos del estado, con gestos toscos e imperativos comenzaron ágilmente a expedir billetes a los de la cola de Gonzalo, la del correo de las tres de la tarde.

Con el billete de tren en la cartera, Gonzalo franqueó la entrada a los andenes que nadie controlaba entonces. Allí un apiñamiento impresionante de viajeros esperaban o vagaban por las sombras de la inmensa nave y se repetía el ejército de buhoneros, tabacaleros, loteros, minoristas de fruslerías que estimulaban el paladar y los vocingleros y muy solicitados aguadores, que hacen, nunca mejor dicho, su agosto con tanto mundo sediento que transpira como benditos. También destaca, entre aquella variada muchedumbre, los soldados con sus uniformes caquis muy poco adaptados a los cuerpos, marineros en deslucidos equipos de faena que arrastraban sus petates por el mugriento suelo de los andenes, guardias civiles en sus uniformes verdosos con correajes y fusiles como si fueran a un frente de guerra; de ellos destacaban sus antiestéticos tricornios sujetos a la cabeza por los barbuquejos, lo que no les facilita la ventilación de la cabeza, que transpiraban por todo el cuerpo y enrojecidos los rostros daban la nota cómica a tanta rigidez. No está ausente la pareja de la policía armada que en una esquina al lado del muro de uno de los andenes mira con indiferencia el trajín cotidiano; lo mismo que hace los guardias de la Renfe enfundados en sus uniformes de color marrón, desvaídos por los lavados.

Emigrantes esperanzados, obreros, campesinos y gente de armas que los controlan, víctimas y verduguillos, comparsa y actores de segunda de la trágica España aguardan la aparición de correo de las tres procedente de Cádiz, que ya lleva retraso.

Ya hace tiempo que el reloj de la estación señalara las tres de la tarde, el retraso es ya considerable; pero ya se oyen pitidos de la vieja máquina de vapor que va entrando entre la maraña de vías, agujas de cambio y trenes de mercancías que se alinean en los aledaños de la gran estación del sur. Y se puede observar perfectamente la negra humareda que despide la máquina del tren que, por lo denso del ambiente, pena por elevarse. El viejo monstruo negro con sus estridentes ruidos se va acercando a la estación. Todos los asistentes en los andenes, viajeros, curiosos y guardias, como colegiales aplicados, están pendientes de la entrada del tren, un viejo fenómeno de la civilización que hace ya varias generaciones que dejó de ser misterioso.

El correo va entrando en la estación con sus fragores: escapes de vapores de alta presión, chirriar de frenos, traqueteos de vagones de madera y el humo de la chimenea de la locomotora que va diluyéndose lentamente en el aire, y ya aparecen los últimos vagones que, aparentemente, se salen de un eje imaginario plegándose al trazado de las vías. De las ventanas de los vagones, se distinguen las cabezas de viajeros que se asoman a la estación, algunos de ellos van llegando a su meta, otros sólo a una parada más entre tantas que tendrán que efectuar en el gran viaje, y para muchos de los que aguardan en la estación va llegando el tren que será el medio de realizar esperanzas y sueños no realizados. El correo emite el postrer rechinido al frenar bruscamente echando gases y humos. A ambos lados de los andenes de la estación el gentío se agita, gritos, voces de llamadas, interpelaciones, movimientos de personas, todo ello es el tumultuoso concierto de vida que se respira en la estación de Cádiz a la llegada del correo. De inmediato la vanguardia de los viajeros toma de asalto el más cercano vagón de tercera clase. Los que viajan ya instalados en el vagón, se preparan para defender sus posiciones; muchos de ellos, asomados a las ventanas en la tranquilidad de sus asientos, no quieren perderse el espectáculo de los nuevos viajeros que, alterados, van a subir al tren como si fuera el último eslabón que podría salvarlos de la miseria. Por todas partes redoblan los gritos de llamadas a las familias, parientes, amigos y todo ello con los inevitables golpes de maleta contra cuerpos y otras maletas, algunas de las cuales rompen marras y se desparraman las pobres prendas y objetos íntimos por el andén o sobre las vías del tren. Alguien pierde pie en un escalón de la subida al vagón, se desequilibra y provoca el tropel que le sigue; hombres imprecan, mujeres gritan y

niños lloran, todos: soldados, civiles, obreros y campesinos aspiran a toparse con un asiento para el largo viaje, la aventura en el correo.

A veces, allí donde hay mujeres y niños, los movimientos desordenados de la muchedumbre se calman un tanto; en ese caso siempre hay una voz potente y desconocida que ha apostrofado a los más agresivos y que manda sosiego y reclama ayuda para los más débiles. Después de una breve pausa en el desorden, se reanuda con más vigor, si cabe, el empeño por subir a los vagones y hallar un asiento libre. El correo estaba formado por un vagón de segunda clase y seis de tercera y el furgón de cola, vagones que ya circulaban en el siglo diecinueve y todos de madera. En cabeza una máquina de vapor inglesa, más vieja aún que los vagones, y el ténder seguido del único vagón de segunda clase que conseguía diferenciarse del resto de los vagones por las placas y adornos de bagatelas que llevaban incrustados en el exterior y por una cierta comodidad en su interior.

Al verlo, Gonzalo siente pesar de no poseer el billete que le hubiera dado el derecho de viajar en calma y comodidad en el vagón de segunda, tentado estuvo de volverse hasta la taquilla y cambiar su billete por otro de segunda; no lo hizo por lo tardío de la hora. Tuvo la idea de subir al final del andén al primer vagón justo detrás del de segunda clase donde, con menos dificultad de lo que hubiera pensado, halló un asiento libre en uno de los bancos colectivos de cuatro asientos que se miran en direcciones opuestas. Puso su maleta en el portaequipaje y se acomodó en el asiento libre orientado en el sentido de la marcha del tren. Al poco, experimentó el terrible bochorno del mediodía de un agosto sevillano; tenía la impresión de encontrarse en un horno que radiaba fuego, y a esto se añadía el humo de los que fumaban tabaco de poca calidad, y todos allí soportaban estoicamente el irrespirable ambiente.

Llegaban más viajeros en el vagón en el que acaba Gonzalo de encontrar asiento, buscando plaza donde aposentarse, pasan de un vagón al otro con sus maletas dando golpes contra el suelo o contra asientos, gritan llamadas o saludos; los más numerosos son soldados y marineros llamando la atención de sus compañeros, y no se quedan mudos los civiles, que igualmente intentan agrupar a sus familiares, amigos y conocidos, por sentirse entre los suyos, entre sonidos y acentos que le son propios. Los vagones, atestados de viajeros por los pasillos y en sitios incómodos, aún tienen que soportar los

zarandeos que le producen los que pasan con sus petates y maletas. Entre todo este ajetreo, ya hay grupitos de jóvenes soldados que unidos por sentimientos afines cantan canciones regionales facilonas y repetidas hasta la saciedad; otros, andaluces, solistas improvisados, se dan al cante flamenco ritmado con palmadas que pueden terminar en asonancias alborotadoras; el todo con la complacencia de los demás viajeros, mismo de los viejos, que se sienten lejos de la soledad en el ambiente del vagón.

Gonzalo, sentado en el estrecho banco de madera entre dos hombres, en un ambiente caluroso y enrarecido en extremo, transpira como un bendito, se abre la camisa sobre el pecho, aspira aire y con un soplo arroja de sus labios las gotas de sudor que resbalan extraviadas de su frente. En ese instante "siente" que le observan y, por vez primera desde que tomó posición del asiento en el banco colectivo se atreve a fija su atención en la mujer que tiene frente por frente en el banco colectivo situado en el sentido inverso de la marcha del tren; es una mujer joven de hermosos ojos verdes, cabellos de un rubio pálido, la que al recibir la mirada de Gonzalo, como si la rechazara o se azorara, inclina la cabeza ligeramente hacia el hijo que lleva en su regazo. La mujer viste de un luto absoluto, el milenario y fatalista de los pueblos ibéricos que de alguna manera perpetúan a los muertos de familias y de seres queridos. Su cutis es sonrosado y de un ovalo perfecto, su nariz es fina y proporcionada, sus labios trazan una bonita figura y toda su persona trasciende espiritualidad; lo que le hizo pensar a Gonzalo que tenía delante a una "madona" italiana de Rafael de ojos verdes que se exhibía en el museo de pintura de su ciudad.

El niño, de apenas dos años, rubio y de tez sonrosada, mira para Gonzalo con ese fondo de inconsciencia que caracteriza a la infancia. Las manos de la madre, que abrazan al hijo, se presentan frente a Gonzalo finas y sonrosadas, algo difícil de ver entre las campesinas de la región. Al costado izquierdo de la mujer enlutada, el marido, quien más joven de lo que aparenta su austera gravedad, cubre la cabeza de cabellos atezados, como su rostro, con un negro sombrero de poca ala que no parece molestarle en el caluroso ahogo del estío. Su rostro rugoso, tostado por el sol es la característica normal por estas tierras de todos los campesinos; pero hay algo en su persona que llama poderosamente la atención de Gonzalo, son sus manos. Del cuerpo de aquel campesino casi inmóvil en su asiento y de

pasiva actitud, sobresalen sus manos por sus desmesuradas proporciones, las manos reposan sobre los muslos de sus piernas, Gonzalo compara aquellas manos de selección natural para los trabajos camperos con las finas de la mujer. Un pequeño detalle más, el hombre lleva un crespón negro cosido al fieltro del sombrero, lo que comparte con el vestido enlutado que lleva la mujer.

A la izquierda de la pareja presentada, junto a la ventana, los dos asientos restantes están ocupados por dos jóvenes, uno de ellos pasa de los treinta años y el otro apenas llega a los veinte. Al primero se le ve endomingado, luce, como el compañero, la clásica gorra campera y una camisa reluciente de blanca con lunares de sudores, los dos llevan alpargatas y, por lo blancas, completamente nuevas. El de mayor edad le habla al joven compañero, parece que desea acaparar su atención; sin embargo, el muchacho, como si le molestara lo que oye, mira, de vez en cuando, por la ventana hacia otros trenes y vías de la estación; en realidad recibe consejos, a los que no pocas veces prestan oídos sordos la juventud, que prefieren experimentar y sacar consecuencias de sus propias vivencias y no de las de los demás.

Gonzalo por vez primera en su vida viaja en un vagón de tercera de bancos colectivas de madera, con sus portaequipajes repletos de paquetes, sacos, canastos y bultos colocados en desorden, atestado de soldados, marinería, campesinos y muchos emigrantes con sus maletas de madera que dificultan la circulación por los pasillos; ya los padres de estos rústicos viajeros iniciaron el despoblamiento de las zonas rurales del país para instalarse en las torres de hormigón y cemento de la ciudades, al principio de los años cuarenta del siglo veinte y los hijos continuaban con lo mismo en la década siguiente, aumentando el despoblamiento rural con masivas emigraciones al extranjero, con lo cual contribuyeron y mucho al desarrollo de las naciones ricas y progresistas de la Europa occidental.

Inmediatamente a la derecha de Gonzalo, un hombre de avanzada edad, y que aparenta aún ser más viejo de lo que es en realidad, soporta un defecto físico que le repele: su pierna izquierda hasta más arriba de la rodilla es de madera, como se puede observar cuando se remanga el pantalón y deja al descubierto el muñón que reposa atado sobre la parte superior de la pata de palo, y sin que parezca importarle nada que esté a descubierto. Cuando el hombre

se mueve, Gonzalo roza la pata y le produce un movimiento de rechazo que a duras penas puede contener; en ese caso, el lisiado, que percibe el efecto que causa su sólida pata, la remueve y aleja cuanto puede del cuerpo de Gonzalo, y con el moviendo que ejecuta origina un ruido de madera superior a la maleta más pesada de todas cuantas hasta ese momento hay en el vagón; da la impresión de que el hombre muestra su mal humor golpeando adrede con la punta de la pata de palo el tablado del vagón. Se da cuenta Gonzalo de su inconsciente torpeza y se siente cohibido y desarbolado; sin embargo que no es la primera vez que ve una pierna de madera; que en aquellos tiempos no pocos supervivientes de la reciente Guerra Civil señalaban en sus cuerpos las huellas de un pueblo dividido aparentemente en dos bandos irreconciliables. Según una leyenda sin apoyo histórico muy extendida en el extranjero, uno de los bandos lo comprendería la serie de los privilegiados envanecidos con pretendidos derechos milenarios, los acaparadores de fortunas más o menos ilícitamente, funcionarios con emolumentos de reyes, un capitalismo acaparador y una iglesia que desde las amortizaciones del siglo pasado se alejó del pueblo. El enemigo de aquellos sería un pueblo analfabeto y arrinconado en su miseria el que, en momentos de convulsiones arengado por políticos de baja calidad y partidos políticos revolucionarios, muchos de ellos destructivos, lanzaban con rabia y odio salvaje todo el potencial de insana energía que poseían contra los más débiles de la sociedad: los religiosos, e intentaban construir una sociedad igualatoria sin fundamentos morales ni culturales. Esto es lo que siempre han pensado no pocos escritores y comentarista tanto españoles como extranjeros y estos con mayor subjetividad que aquellos. En el bando nacional hubo hombres de talento, de moral, patriotas sin demasiado celo y con ideas sociales muy avanzadas e, incluso militares de alta graduación, sin que fuera impedimentos para que se cometieran crímenes en la retaguardia. También hubo en el otro bando hombres semejantes a aquellos, y no todos fueron culpables de ceder a extranjeros el patrimonio nacional que significaba el oro del país, acción desvergonzada inconcebible e única en la historia, o el de los cobardes crímenes de sacerdotes y religiosas; aunque, en general, estaban demasiado fragmentados en partidos anárquicos o muy diferenciados entre ellos; de todas maneras, muchos de los actores de aquella terrible contienda estaban donde la suerte y el interés les llevaron y la mayor parte, el pueblo, los pasivos, sufrieron las consecuencias de los odios y venganzas de unos y otros... Y aquella cruel Guerra Civil,

como las anteriores del siglo diecinueve, se originaron en el apéndice sureño del viejo continente, en teoría sabio, filosófico y moralista por sus herencias grecolatinas; desgraciadamente, las conquistas sociales, la felicidad, que estaban en juego en la guerra, se siguen buscando hoy día en la democracia siquiera para recuperar lo social perdido desde la transición, quizás por la modernización y economía del estado, diría un político actual, que parece que no hayan aprendido nada del pasado.

Continuando con el relato principal, en la posguerra, no era difícil ver hombres con piernas de maderas, mancos y mutilados de todo orden más los estropeados por accidentes de trabajo en los campos, en las fábricas, en las minas y construcciones de toda índole; todo ello por la falta absoluta de buen ambiente y seguridad en toda suerte de tareas y las deficiencias sanitarias y médicas que había antes de la guerra, durante y una parte posterior al conflicto. De manera que una falsa pierna de palo no tenía nada de extraordinario por los años cincuenta, que todavía se veían docenas de ellas por los barrios miserables, en los tugurios malolientes y ruidosos con sus cantaores y el vino peleón donde se podía oír el cadencioso golpear de una pata de palo contra aceras y cementos. Con todo esto, Gonzalo nunca vio una de ellas tan cerca de su cuerpo como la que veía esa tarde, ¡y que le rozaba el pantalón!

El Cojo, que así le nombraremos por el momento, presentaba un aspecto negligente con su camisa sudada y abierta sobre el pecho, que dejaba ver el trazado de las clavículas las que con todo su cuerpo descarnado eran testigo de la desnutrición que padecía. Sus cabellos de un negro azabache aún no habían retrocedido de su frente, sus ojos, pequeños y tan oscuros como su pelo parecían apagados, la nariz roma y el aspecto rudo de toda su persona le hacía pensar en un español ordinario; y apurando la comparación y si Gonzalo hubiera podido verlo con algo más de carne en su cuerpo, quizás lo hubiera tomado como un tipo popular recogido en un dibujo de Goya.

La verdad es que no se debería juzgar al Cojo ni a nadie por sus caracteres físicos al relacionarlos estrechamente con su ser interior, como si este fuera una proyección de aquel o viceversa: sería un error, la fisiognomía no es una ciencia ni el fondo de un ser puede representarse en pintura, ni siquiera un Velázquez podría hacerlo, ni

tampoco describirse con exactitud en palabras la esencia de un hombre; todo lo más esbozar el objeto de nuestra atención. Infinidad de veces no coinciden en los hombres el fondo y la forma del ser; como si el uno y el otro estuvieran desunidos y sin conexiones entre ellos. Como se verá con el denominado cojo, su cuerpo no era ni mucho menos un trasfondo de su alma. Este caso de personas se presente en muchísimos andaluces, que al primer contacto que tenemos con ellos se nos aparecen con semblantes adustos, modales toscos y, como todos los españoles, poco corteses o educados; pero, entrando en trato con ellos, de alguno se podría ver y oír salir de su boca propósitos paradójicos, metáforas ingeniosas, y con la pícara sonrisa del que toma la vida del lado cómico transmitiendo empatía.

Al costado del lado izquierdo de Gonzalo va un hombre que le ha facilitado el asiento, se trata de un joven con una camisa de sello militar de la legión instalada en el pequeño protectorado español de Marruecos, la que le facilita que descubra parte del tórax requemado por la exposición al sol y que lo muestre con afectado deleite; sus pantalones son de corte civil. Sentado, moviendo el busto con petulancia, aparenta aguantar el calor sin dificultad, al menos no muestra ningún gesto de desagrado por la alta temperatura que invade el vagón; y sin embargo calza botas de cuero poco curtido que deberían estar asándoles los pies; las puntas de las botas, en algunos de los movimientos que ejecuta el "legionario", tocan o rozan las pulcras alpargatas de la "madona" con el hijo. El voluntario militar lleva patillas ridículamente largas, tanto que, si nos lo imaginamos con una montera sobre la cabeza bien hubiera podido participar en un coro de "Carmen". El militar, arrellanado en su banco de madera, fuma un cigarrillo, de los que por entonces se designaban en Marruecos de "kifi", con evidente voluptuosidad y con el que contribuía a viciar el aire sin que ello le importara un bledo.

Al lado del Cojo junto a la ventanilla, un hombre de edad madura, con un fino bigotillo, de apariencia calma, mira por la ventanilla sin aparente curiosidad y cuando cambia el punto de mira hacia el bullicioso mundo del vagón del correo lo hace rápido y con indiferencia.

Minutos más tarde después del hallazgo del asiento, Gonzalo ve al vagón asediado por los viajeros que retroceden de los demás

vagones; sin duda no han tenido suerte de encontrar un hueco en donde situarse con los equipajes; así que este primer vagón de tercera del tren, de buenas a primeras se encuentra abarrotado de viajeros, a tal punto que nadie puede moverse por el pasillo, ni atrás ni adelante y el aire se vicie cada vez más y los cantos desafinados de unos, las quejas de otros y las discusiones y griterías de los demás añaden un pesar suplementario a la cargada atmósfera y generan una terrible confusión. Todos los viajeros enclavados en aquel relleno vagón de seres sudosos y faltos de aire, como en los demás vagones, sienten la fervorosa necesidad de salir de la estación con el tren en marcha, para que pueda renovarse el aire aunque esté caldeado. Un joven militar exclama con toda la potencia de su voz: —¡Que salga el tren, nos asfixiamos...!

Varios soldados corean lo dicho y al poco en todos los vagones se grita lo mismo y, como en un desconcierto orquestado, las exclamaciones, acompañadas de golpes de maletas de madera contra maderas de vagones, pataleo y griterías y ruidos atronadores se van propagando por todos los vagones del tren y sus ecos se transmiten por toda la estación. Se alarman los guardias de ferrocarriles con sus uniformes marrones, la guardia civil con uniformes verdes y la guardia armada, que lo eran todas, hoy guardia nacional con sus uniformes grises y la policía secreta, nombre muy recogido, tal vez porque visten como todo el mundo, más el jefe y subjefe de la estación que piden a los guardias que hagan callar a los viajeros.

En los bancos de los viajeros presentados planea una contrastada calma con respecto a los demás bancos del vagón; lo mismo el marido como la bella mujer y el niño permanecen en silencio, los muchachos de al lado del matrimonio conversan en voz alta para hacerse oír el uno del otro. Al lado de Gonzalo el Legionario continúa fumando el porro impertérrito, mostrando una aparente flema, el hombre de al lado de la ventanilla sigue ensimismado en su mundo interior y el Cojo suda aparatosamente. Gonzalo huele el sudor, un sudor que él siente o le parece que es fétido y que le llega del muñón de la pierna mutilada; en todo caso, presta atención a los movimiento del Cojo para poder evitar el roce de su pierna con la falsa del Cojo y menos con el muñón, que sólo con pensarlo y con el calor que soporta le da náuseas: siente tanta o más necesidad que cualquiera de los viajeros del vagón que el tren se desplace para que pueda aliviar el sofoco que padece y soportar el olor, el verdadero y

el creado por su imaginación, que desprende el muñón de la pierna invalidada del Cojo.

Gonzalo consulta su reloj a menudo, las manecillas ya hace tiempo que han traspasado las tres de la tarde, hora de salida del correo de la capital; pero esto de la hora, aparte del deseo de verse fuera de la estación y aspirar aire puro, no es de gran importancia para él ni para nadie en la vida española, que el "venga usted mañana de Larra" todavía es de recibo en el país. La guerra ha terminado ya hace tiempo, pero todavía en la paz de los vencedores hay inmovilismo en todas las acciones del país; en parte por la falta de medios para crear industrias, que todavía pesa en el país la pérdida del tesoro nacional, los destrozos producidos por los dos bando en la Guerra Civil y por el rechazo de la Europa occidental, tras la Segunda Guerra Mundial, al régimen considerado fascista, que cerraron las fronteras y aislaron al país asfixiándolo económicamente: todo lo soportó estoicamente el pueblo español. Hoy día puede parecer extraño que en aquellos días cuando los primeros emigrantes que salían hacia el mundo favorecido por el famosos plan Marshall con contratos de trabajo —a la expiración del cual eran devueltos a España— para desempeñar tareas duras, no calificadas, mal pagadas y peor tratados de palabras y obras, los europeos occidentales les consideraran seres inferiores, súbditos de un pérfido país de asesinos conquistadores. Los españoles eran los chivos expiatorios de todos los males del mundo, porque los privilegiados y premiados países por los americanos ya se habían liberado de los males que únicamente ellos pensaban que existían en España. A los españoles, a los pobres obreros, les consideraban seres antisociales, sin cultura ni educación, que no dudaban de matarse entre ellos y de denigrar al mundo civilizado europeo. Lo peor de todo era que los refugiados políticos arremetían con más dureza, si cabe, contra ellos que los autóctonos de los países receptores de emigrantes, que les reprochaban connivencia con el régimen político y que únicamente buscaban ahorrar la entrada para el piso en la ciudad sin combatir al que ellos consideraban como el que debería ser el enemigo común: Franco.

Seguimos en el vagón de tercera del correo de las tres de la tarde. Los guardias con gestos intentaban apaciguar a los sufridos viajeros. Gonzalo, con sus molestias y pensamientos no sabe hacia dónde dirigir la mirada; la envía hacia el único lugar que le parece agradable de ver, hacia la mujer con el niño en los brazos, porque del lado

del pasillo con las temibles maletas de madera, los civiles o militares agitados, o peor con su vecino, el Cojo quien, como él se imagina, apesta, le es enormemente molesto, y en cuanto a pasar el tiempo en uno de los libros que lleva en su maleta, en ese medio tan agitado y ruidoso entre dos hombres que casi los toca, no lo ve posible.

Sin reflexionar que era indiscreto y poco correcto, Gonzalo observaba a la madre con complacencia. Sus bellos ojos verdes no desprendías la viveza que le hubiera dado al conjunto de su rostro un aire distinguido, su cuerpo era algo fuerte, al igual que sus piernas y brazos, muy a gusto en tiempos de la juventud de Gonzalo, al que la mujer le hacía recordar a una de esas graciosa figuras femeninas del renacimiento, y cuando su mirada fue a parar a las piernas se le despertó la libido. Al darse cuenta de su indiscreción y atrevimiento de lo que le pareció torcidos pensamientos, por su educación religiosa, cohibido, apartó la vista de las piernas de la mujer y la fijó en el niño, cuyos ojos eran reflejos de los de la madre, ojos de niño, de mirada en apariencia curiosa y en realidad vacía de todo pensamiento.

Poco faltaba para que el gran reloj de la estación diera las tres y media de la tarde cuando con estridentes pitidos y sones de campana anunciaban el gran acontecimiento de que el correo iba a proseguir su viaje con un retraso sobre el horario teórico de salida que, incluso para la época y falta habitual de puntualidad en el país, comenzaba a ser significativo.

Pitidos que se confundían con chillidos, golpes de maletas retumbantes, gritos de júbilo, vítores triviales, elevaciones de voces en los coros de militares y suspiros de alivio; toda aquella juventud vibraba como si partieran a una tierra prometida. El primer empuje de la máquina fue estrepitoso, la sacudida hizo caer bultos y perder el equilibrio a los que iban de pies por los pasillos y por ambas salidas y entradas a los vagones del tren; había quienes se balanceaban o se recostaban sobre los que se mantenían firmes ante el esfuerzo gastado por la locomotora para vencer la inercia del convoy. El tren sale de la estación despacio, tirando la máquina de los vagones con sacudidas ruidosas que se amortiguan y aceleran a medida que va saliendo de la estación, gracias a la formidable energía que crea el vientre de la vieja máquina conducida y servida de carbón por el conductor y el fogonero; los que más de una vez en su larga vida de trabajo

debieron pensar que servían a la caldera de un infierno en la tierra; en realidad, era un trabajo oscuro y mal retribuido que sólo acababa con una tardía jubilación o con la muerte. El tórrido ambiente en los vagones, con la remoción del aire que desplaza el tren, se atenúa. Atrás van quedando los andenes con las figuras humanas que agitan brazos y muestran pañuelos como signos de despedidas interminables, figuras que van reduciéndose a medida que se aleja el correo de la estación.

Los pitidos de la locomotora advierten de su paso a los que atraviesan vías sin pasos a niveles ni control alguno. En los vagones redoblan las intensas y monótonas tonadillas de los jóvenes militares; son aires de letras sencillas y pueriles de reciente creación, otras son endechas que sirvieron, y siguen sirviendo, a generaciones acomodándolas a cada región con sus acentos peculiares y con ellas se despiden del mundo de mirones, amigos y familiares que quedan en los andenes con la esperanza de volver a verlos al regreso en el mismo o parecido correo.

¡Ya se aleja el correo de la capital andaluza, para muchos el tren de la esperanza! No fue ni mucho menos la gran salida que todos esperaban, pues apenas cinco minutos más tarde, y sin que la máquina del correo hubiera tomado la velocidad normal de acuerdo con su potencia, el correo se detuvo en San jerónimo, pequeña estación de cercanías y depósito de mercancías de la gran ciudad. Frenó como cabía esperar, bruscamente, y otra vez los que ocupaban los pasillos volvieron a ser bandeados como peleles, las maletas a golpearse entre ellas y contra los bancos; las imprecaciones se sucedieron y como si toda esa batahola formara parte de un desconcertante espectáculo, los soldados la acompañaban con sus repetitivas e insípidas canciones secundados por emigrantes nostálgicos ya antes dejar la patria, tanto la chica como la grande.

Esta gran pausa en el viaje del correo, para cargar o descargar mercancías y, sobre todo, ya que apenas existían dobles vías en el país, para dejar pasar a los trenes denominados rápidos –rapidez que en nuestro tiempo harían reír a más de uno— los que, como de costumbre, podrían también llevar retrasos. Esta parada en un tramado de vías la tomaron los viajeros para acomodarse algo mejor por los pasillos, y como se había propagado la voz de que el correos estaría al menos una hora en espera, y como todos los vagones estaban

expuestos al temible sol de la tarde, y en el interior de ellos se respiraba mal, y no solamente por el calor, sino que también por los humos de tabaco, que nadie respetaba a nadie y menos a su propio ambiente en un tercer clase. Así que los viajeros que no temían perder sus asientos o pequeño espacio en los vagones salían a tomar aire más puro fuera de los vagones, en tanto que se cargaban o descargaban mercancías del tren con una indolencia rayada en la dejadez extrema. Gonzalo, que sólo llevaba escasos minutos de viaje, no se movió de su banqueta.

Por las vías alrededor del correo aparecía una legión de aguadores de todas las edades y de los dos sexos; mujeres llevan rodetes de trapos sobre la cabeza que soportan cántaros de agua; hombres y chiquillos con porrones llenos de agua vendían la principal y más barata mercancía del mundo, aparte del aire, con la importancia que requiere la oferta mediante unas "perrillas" o por la voluntad. La gran armada de aguadores se desparramaba por todo el dilatado correo bajo las ventanas de ambos lados de los vagones, por donde se trasladaba el preciado líquido de los búcaros a las gargantas secas de los sufridos pasajeros del correo. Los aguadores que agotaban el agua de sus búcaros corrían hacia el lugar de llenado, en tanto que oían el alegre retintín de las perrillas que llevaban ganadas en los bolsillos; era el estimulante que le daban alas de energía para apresurarse a repetir la cosecha de monedas. Corren los mozalbetes por el erial para llenar sus porrones con el agua de los cántaros que las madres o hermanas han traído del pozo tradicional de las casas. Y mientras corren para continuar con el incipiente instinto comercial que les azuza, parece que una voz interior les enardece: "¡Corre, llena tu búcaro y apresúrate y vuelve al correo antes que los demás, te espera el alegre canturreo del pequeño metal que llevas encima!"

Unas horas más tarde, pasa el rápido, ya lentamente por San Jerónimo, teniendo el jefe de la locomotora a la vista la ciudad de Sevilla. Minutos más tarde, el desaliñado y apático responsable del apeadero comunica al encargado de la locomotora del correo que hay vía libre —recordaremos que en España, contrariamente de lo que ocurre en casi la totalidad de la red ferroviaria europea, hasta entonces había pocas vías dobles—.

Pitidos y chorros de vapor anuncian la salida descorreos de San jerónimo, los aguadores recogen sus porrones y sus últimos céntimos, los

viajeros vuelven a acomodarse como mejor pueden por los estrechos pasillos de los vagones y recomienzan los tirones y pérdidas de equilibrios de viajeros y los golpes de maletas contra maletas y bancos de madera: ¡Ahora es la gran salida, la verdadera, hacia los anchos campos y las tierras caldeadas por el sol del mediodía andaluz!

Los viajeros, muchos de ellos con los vientres hinchados por los intentos de calmar la sed y sacar provecho de la perrilla que dieron, sienten con satisfacción la corriente de aire que penetra por los vagones con todas las ventanas abiertas. Atrás va quedando la armada de aguadores, docenas de puntitos en la lejanía que cuentan las perras gordas que han entrado en sus bolsillos; hoy, con el calor ha sido un buen día, mañana seguro que también lo será, que todavía queda verano para rato.

La marcha del correo sigue con una sostenida lentitud; ya van diez minutos desde su salida de San Jerónimo oyendo los compases regulares al paso de traviesas de raíles, en tanto que no cesan los confusos coros de la marinería y soldados del dilatado servicio militar obligatorio. El calor, por la escasa velocidad del correo y por el ardiente sol que le da de lleno, es asfixiante. El Cojo, removiendo su pata de palo y girando todo su cuerpo cuanto puede, preguntó a Gonzalo: —Hace calor, ¿verdad?

Gonzalo le respondió con un evasivo sí, no estaba de humor como para charlar con nadie y menos con quien le echaba su vaho encima, que ya comenzaba a pesarle el viaje en ese vagón envuelto en desapacibles voceríos, con un calor bochornoso y el olor a sudores.

El Cojo, que siente la necesidad de comunicarse, cambia el rumbo y pregunta al joven que está al costado del marido con el más joven de los viajeros, al que ha visto más asequible que a Gonzalo: —¿Van ustedes lejos?

El aludido, que había subido con el joven en el pueblo de Dos Hermanas a unos diez kilómetros de Sevilla, le responde de buena gana: —Vamos a trabajar a una mina en Bélgica, formamos parte de una expedición de treinta hombres que están por ahí en este vagón.

—¡Vaya hombre, qué suerte tenéis, ya me gustaría poder ir con vosotros a esa mina, si no fuera por esto!

Y mientras decía aquello miraba para su pierna, la que por unos momentos fue el centro de observación de las ocho personas reunidas en aquellos bancos de madera.

Extraña mala suerte era la de los emigrantes a los que parecía que envidiaba el Cojo, aquellos de aquel correo sólo era un pequeño grupo de las miríadas de emigrantes que partían en aquellos años de todas las provincias españolas que no fueran mineras, a reemplazar a los emigrantes italianos que tras la enorme catástrofe en la mina Marcinelle —más de cuatrocientos muertos por una explosión de grisú[1]— el gobierno italiano prohibió dar visados a ningún italiano para Bélgica. Esto no parece que se supiera en España. ¿Se sabía...? ¡Más de cuatrocientas víctimas de la imprudencia y la avaricia de multinacionales! Los más de cuatrocientos ataúdes negros embellecidos con la bandera italiana fue la gran noticia de los primeros años de la segunda posguerra mundial. Aquí nunca se supo, o se ocultó aquella enorme tragedia a los que iban en el correo de las tres y en muchos otros correos que partirían en los meses sucesivos hacia la Europa progresista.

Cuando el trágico accidente de Marcinelle, en Italia hubo crisis ministerial, golpes de pecho e hipócritas declaraciones de políticos, se rindió homenajes a las oscuras víctimas, a las que se enviaron en féretros, portes pagados por la empresa minera, a los soleados paisajes calabreses, costas napolitanas y hasta Sicilia. Italia guardará el recuerdo de aquella y otras catástrofes mineras durante años en los cuales pocos sureños italianos se atreverán a franquear los Alpes para trabajar en minas Pero allí estaba la legendaria y pobre España y sus millares de campesinos sin tierras, y los millones de ciudadanos sin trabajo dispuestos a emigrar a cualquier lugar de la Tierra, con tal de huir de la miseria tradicional del pueblo español; ellos contribuirán, mal pagados y peor tratados, al desarrollo del famoso "milagro alemán" y a la reconstrucción de la Europa occidental. Y Allí en ese correo iban, sin saberlo, la mano de obra barata a la mina Marcinelle, en Bélgica, a reemplazar a los fallecidos en el fondo de sus entrañas. Para trabajar en las minas belgas, el reclutamiento se

[1] El autor se refiere al accidente en la mina de carbón Bois di Cazier, en Marcinelle, Bélgica, uno de los mayores accidentes laborales sucedidos en Europa, con 262 muertos, sucedido el 8 de agosto de 1956. (N.E.)

haría por los sindicatos verticales de la época. Los aspirantes deberían colocarse en interminables colas para mostrar sus manos, que deberían ser duras, callosas por la constante brega con aperos o recios materiales de construcción; todo el aparato del estado se puso en marcha para enviar buenas, sana y joven mercancía al matadero que eran las minas en aquellos tiempos; se requerirían los mejores especialistas en medicina clínica para triar y enviar la mano de obra más perfecta del país, que era como decir la más dócil y trabajadora de toda Europa, para que pudiera acabar con todo el carbón del Borinage, la gran región carbonera de Bélgica. Allí trabajaron y murieron —¡por fin!— en fraternal armonía hombres de todas las provincias españolas. Pero de esto, por entonces, pocos lo sabían en España y menos los dos pobres diablos que iban en el mismo vagón que Gonzalo Cerrada con sus ilusiones y la ignorancia hacia su destino.

A Gonzalo le llamó la atención el tono rabioso con que el Cojo expresó su deseo y, de soslayo, le examinó; desde la perspectiva de sus pocos más de veinte años Gonzalo veía al Cojo, tal vez por su extrema delgadez, viejo y desgarbado; la verdad era que el hombre aún no habría cumplido los cincuenta y, aunque estaba sentado, se intuía que era de elevada estatura, porque su cabeza traspasaba el respaldo de las bancos más que ninguna otra de las visibles en el vagón, y como llevaba la camisa toda empapada de sudor, parecía que descuidaba de su persona; en realidad el aire que atravesaba los ventanales del vagón, cargado de humedad, aumentaba la sensación de bochorno, y tan solo el movimiento del cuerpo y el remover de la tosca pierna de gruesa madera se traducía en transpiraciones que dejaban entrever huesos de su esqueleto y exhalar los olores que a Gonzalo les parecía que eran repelentes.

El Cojo, al sentirse examinado, miró detenidamente a Gonzalo quien, algo confundido, esquivó la mirada y se entretuvo secándose el sudor de la frente con el pañuelo que todavía olía a casa. En aquel momento por el abarrotado pasillo del vagón se debatía, para abrirse paso, uno de los vendedores de golosinas y loterías que subían sin billete al correo y que, sorteando al revisor volvía de la misma manera y en el mismo día al punto donde subió; el vendedor, que pasaba con enorme dificultad cerca de la banqueta de Gonzalo, llevaba un canasto de mimbre empapelado de colores vivos y repleto de confites que bamboleaba con destreza por encima de las cabezas

de los viajeros, mientras anunciaba con atronadora voz: ¡Diez números por un real, cuarenta por una peseta y se gana todo el canasto! Y como si ofreciera el canasto se internaba entre las banqueta colocándola delante de los viajero hasta el punto de cosquillearles las mejillas con las ristras de papelitos con los números del sorteo; y a duras penas los que le daban la espalda a la "fortuna" lograban desembarazarse del incisivo vendedor, por lo que todos, y más por los pasillos de los vagones, procuraban cederle el paso con tal de perderle de vista, con el consiguiente revuelo que ello originaba el incisivo lotero con su canasto de mimbre engalanado. Gonzalo dirige la vista hacia la ventana de su derecha y por el hueco que le dejan los del al lado de la ventana, mata el tiempo viendo pasar los campos de rastrojos amarillos aplastados con tanto sol, las tierras verdes de algodonales y los enormes bancales con restos de girasoles ya marchitos, y a lo lejos, bajos los azules claros del cielos, percibe los albos cortijos borrachos de luz; son como castillos de la soberbia y vanidades heredadas que se envidian, y más lejos, en las serranías de estas fértiles tierras, percibe los puntos verdinegros de olivares. Y al contemplar todo este colorido que en buena parte se manifiestan por la seca España, Gonzalo se pregunta qué milagro acontece por estas tierras; y la respuesta está en el trabajo concienzudo y el cuidado mimoso, tal vez no con amor, pero sí con el respeto de campesinos, los cuales tal vez piensen que la tierra establece con ellos lazos más fuertes y perdurables que los de la posesión jurídica. Y para aquellos labriegos el paso del correo, un reflejo de la España del siglo veinte, el de la esperanza para muchos emigrantes, era un pretexto para erguirse y saludar a los viajeros, lo que equivalía a un corto descanso en la ruda e interminable brega diaria al ritmo agotador impuesto por toscos capataces que contentan a señoritos, los que tal vez sesteen al lado del patio del cortijo o de la lujosa casa con surtidores de agua fresca y perfumes de geranios y jazmíneos; sino se encuentran instalados cómodamente en su residencia madrileña. Y como la velocidad del correo no era ni mucho menos exagerada para la época, tiempo había para que correspondieran a los saludos de los campesinos los viajeros del tren con movimientos de brazos, voceríos y superficiales canturreos regionales.

Pasaba el tiempo sin que el paisaje apenas se modificara, y al cabo de una media hora el correo se detuvo en Brenes, donde haría un alto de más de quince minutos. Brenes, gran pueblo o pequeña ciudad de las que tantas hay en Andalucía a partir de las reconquistas

del siglo trece al mundo musulmán andaluz, era una de tantas ciudades andaluzas cargada de historia, de vestigios de antiguas y lúcidas civilizaciones que por allí se establecieron desde bien antes de los romanos hasta la reconquista por los cristianos castellanos.

Al comienzo de esta historia Brenes era un micro mundo casi autosuficiente con sus mercados de variados frutos, chacinas y carnes y también un centro de educación y cultura que no pretendía deslumbrar, ni mucho menos, pero sí que era interesante; vivía la pequeña ciudad como si todo hubiera sido, dicho y hecho en el ancho mundo, en una suerte de contemplativa existencia ajena a todo lo que pidiera pasar o existir fuera de ella. A pesar de su relativa riqueza, en Brenes hubo poco intercambio de cargamento de mercancías, a no ser la de los vendedores de agua y pacotillas, y sólo subieron media docena de emigrantes, y pronto con la campanilla que resonaba por la estación repartió el correos haciendo sonar su pitido y dando espesas bufonadas de humo mientras poco a poco iba tomando velocidad por la cuenca del Guadalquivir, por donde volvieron a aparecer por los planos verdes del terreno los algodonales y los braceros, los que hacían recordar a aquellos otros de la cuenca del Misisipi del nuevo continente. Por los pasillos de los vagones del correo no cesaban los movimientos de bultos y maletas, todo ello mal colocados y molestando el paso. Ya, por el cansancio, las canciones se oían en tonos más apagados, de manera que por los bancos cercanos a Gonzalo podía oírse la voz protectora de uno de los dos muchachos, el de más edad, que decía a su compañero: —¡Vamos, Juanito, que no es para tanto...!

Esta vez el punto de mira fue el adolescente alentado, quien con un movimiento reflejo con un puño intenta secar las lágrimas de su liso rostro limpio de vello. Se contuvo la emoción manoseando y girando la gorra campera de la región, estrenada para esta gran ocasión, y disgustado consigo mismo, por haber evidenciado debilidad y públicamente demostrando que todavía era un “chiquillo”.

—¿Qué le pasa al muchacho? —pregunta con visible muestra de curiosidad el Cojo. El acompañante de Juanito le responde con la intención de dirigirse a todos los de su entorno: —Es la primera vez que sale del pueblo, es hijo de viuda y deja a su madre sola por primera vez en su vida; no es como yo que, con esta vez, son tres los contratos que consigo para trabajar en el extranjero—. Termina de explicar el acompañante de Juanito con una pizca de orgullo.

En España, Andalucía es una de las regiones con menos propietarios de tierras de labranza, por causa de la repartición de terrenos durante la reconquista entre nobles y gente de guerra distinguida, y más tarde, luego de la expulsión de judíos y musulmanes de España, por la ocupación de los terrenos de los expulsados por aprovechados, los que más tarde al comprar terrenos baratos a causa de las amortizaciones llevada a cabo en el siglo diecinueve en el país, serían los futuros caciques. Es curioso que hayan sido los andaluces, hasta maquinización del campo, los que menos emigraron al extranjero; era evidente que el apego a la tierra que no les daba oportunidades de vivir confortablemente era notorio. Los padres, que esperaban que los hijos le volviesen con su trabajo la deuda contraída al nacer, aprovechaban los meses de recolectas de cereales para emplearlos como mano de obra subalterna y almacenar las pocas pesetas que sacaban en los campos de los señores para poder vivir el resto del año. En realidad, también es un hecho el que emigrar era un lujo que pocos podían pagarse como lo hacían gallegos, vascos, catalanes, valencianos y otros habitantes de la meseta.

El Cojo se dirige con la voz a Juanito y en tono paternalista le da ánimos, al mismo tiempo que remueve su falsa pierna: —¡Vamos hombre, apenarse por salir a ver nuevos mundos...! ¿Qué edad tienes? Juanito le responde respetuosamente: —Dieciocho años, señor. — ¡Dieciocho años, quién los cogiera, muchacho, el mundo es tuyo, eres libre y puedes buscar una vida mejor y tener aventuras! Si yo pudiera equipararme en algo a ti me sentiría feliz. ¡Mírame, voy para viejo, me falta una pierna y la sana no lo es tanto! Este brazo —indica su brazo izquierdo— casi no me obedece y mi cuerpo me sirve de observatorio del tiempo por las heridas que llevo, y debo apoyarme en un bastón para andar; y con todo esto no me siento desgraciado. ¡Eres un hombre con suerte, muchacho y no lo sabes! Argumenta el compañero de Juanito: —¡Eso es lo que yo le he dicho muchas veces! No hará el servicio militar, es hijo de viuda, le han dado un pasaporte y, después de haber pasado la prueba en el sindicato con los extranjeros que les van a contratar y la del reconocimiento médico, lleva un contrato de trabajo que le durará por lo menos un año, con un sueldo semanal cinco veces superior a cualquier trabajador del campo; además, como le dije a su madre, que es bueno salir fuera para espabilarse. ¡Anímate, Juanito, que vamos a ganar dinero, hombre! —¡Está bien, Curro, sé lo que tengo que hacer! —declara Juanito

que no desea desvelar sus intimidades a nadie y no se las ve muy seguras con su compañero de viaje, primo suyo y convecino.

El Cojo, que ha abierto brecha al diálogo con la pareja de emigrantes, pregunta a Curro, el de más edad: —Dijo usted que había que pasar la prueba en el sindicato de los extranjeros. ¿Qué es eso?

Sí, la prueba de las manos, los extranjeros belgas enviado por las minas nos escogen al examinar las manos; las de Juanito no eran suficientemente callosas y lo rechazaron la primera vez; a la segunda, con hierbas y cuidados del viejo Eusebio endureció las manos y pudo pasar.

El Cojo vuelve a preguntarle: —Usted dice que ya ha estado en el extranjero. ¿Cómo es que vuelve a España?

—Pues, verá usted, con esta son tres veces que salgo de España como emigrante temporero, para las recolecciones, ya sabe, la remolacha, el arroz y la vendimia, por poco tiempo, que en cuanto se termina las recolecciones, ¡a casa! No te renuevan el contrato, si nos lo renovaran se vaciaría España de obreros agrícolas. He estado trabajando en España por el norte y no crea que se nos miran mejor que en el extranjero. He trabajado en las campanas de Avilés donde he visto morir con mis propios ojos a hombres aplastados por la presión, asfixiados bajo escombros o destrozados por caer desde las alturas de las construcciones donde se trabaja con poca o ninguna seguridad. Trabajé en Barcelona, doce horas diarias y poco pude ahorrar. De todas maneras por el norte de España tardarías media vida en poder juntar el dinero con qué dar la entrada para un piso Así que esta vez vamos al extranjero con un año de contrato y un buen sueldo; es para trabajar en minas de carbón y si todo me va bien, con el dinero que nos han dicho que ganaremos, en cuanto ahorre lo suficiente como para dar la entrada para un piso en la capital, encontrar trabajo en la construcción o en lo que sea, nos iremos del pueblo para siempre: ¡en el pueblo no hay nada que hacer!

Sorpresivamente, el hombre de al lado de la ventana junto al Cojo, en apariencia taciturno, que se había mantenido hasta ese momento ajeno a cualquier conversación habida en las bancos desde la salida del tren de Cádiz, apoya aquello que decía Curro: —Es cierto que en las regiones del norte, desde el siglo diecinueve han sido

las privilegiada de todos los gobiernos españoles en crear inversiones y sedes industriales, mismo el actual gobierno, favoreciéndolas notablemente en detrimentos de otras menos favorecidas. En Cataluña se ha creado, junto con el país vasco, la única burguesía industrial del país, burguesía que, siempre mirándose el ombligo, ha podido enviar sus hijos a las universidades y crear privilegiados que, quizás, hubieran podido elevar el bastón cultural y científico de España. Pero no ha sido así, que lo poco que nos ha llegado de bueno y selecto en el país, en todos los sentidos, ha sido de la pobre meseta y sus aledaños, y de sus pobres obreros que se han dejado la piel con su trabajo para enriquecer a quienes no les han correspondido en nada: esa es la España negra que se desconoce aquí y en Europa.

Desconcertados quedaron todos los de los bancos y más Gonzalo por los propósitos traídos por el hombre que se había mantenido callado hasta ese momento. No eran ideas que se manifestaran por entonces habitualmente, sobre todo públicamente, como en estos tiempos en los que se empieza a oír, y cada vez con voces más potente realidades supuestas o verdaderas como estas tan peregrinas y desconcertantes sobre la transición española: “Que las tremendas diferencias de antaño algo disminuyeron con el franquismo y que se han disparado últimamente con la democracia de los “Padrastros de la Patria” con sus casi totales recortes sociales y sus autonomías a las que sólo le faltan cobrar totalmente todos los impuestos estatales y regionales —que son muchos, para figurar como verdaderos estados.

Volviendo a nuestro correo de los años cincuenta, el hombre de al lado de la ventanilla, que había estado como si no formara parte de las bancos y sin importarle lo que allí se decía, como si recuperara el tiempo que había guardado silencio hasta unos minutos antes, se dirige a Curro con una pregunta que implica tácita negación: —¿Usted cree que en un año o dos va a reunir dinero para pagar una entrada para un piso? Mucho dinero me parece, que si usted ya ha estado en el extranjero ya sabrá que allí no atan los perros con longaniza.

Responde Curro: ¡Hombre, no te dan nada sin trabajar; pero los contratos que llevamos no son para un mes ni de dos, es de un año y nos dicen lo que vamos a ganar, y no es moco de pavo!

El del bigotillo no parece muy optimista y le opone: ¿Se llama usted Curro, no? Yo me llamo Santiago. Mire, Curro, no quiero quitarle ninguna ilusión, pero si es verdad lo que dice el contrato le harán trabajar todo el día, ¡que yo he estado en el extranjero y allí, como en todas partes no te dan nada gratis! —¡Hombre, eso lo sé yo, pero en el contrato pone ocho horas diarias! —¡Bueno, que así sea, ya verán ustedes, claro que el trabajo de minas pueda que sea diferente por allí! Santiago andaba completamente descaminado sobre la Europa occidental en el momento en el que hablaba; él tenía un recuerdo y una visión de la Europa de los años cuarenta, de cuando se fue voluntario a la División Azul, en la Segunda Guerra Mundial del siglo veinte, que entonces en la Europa ocupada por los alemanes, y en la misma Alemania, la vida era muy dura para el obrero y la población; y probablemente también lo sería en los países de la Unión Soviética en los años cincuenta; pero ya no lo era para todo el occidente europeo tras los Pirineos gracias al famoso plan Marshall, que ya se habían recuperado de la guerra y se habían desarrollado en lo industrial y social enormemente. Era evidente que Santiago, a pesar de poseer una cierta cultura, andaba anclado en su pasado y se sentía orgulloso de su aventura en Rusia donde en su regimiento demostró, como todos sus camaradas, un valor y coraje sobresaliente, reconocido de amigos y enemigos, luchando contra el comunismo, que fue lo que juraron al dictador alemán; pero nunca fueron crueles ni maltrataron al pueblo ruso, muy al contrario, se sabe que convivieron con ellos en armonía. Lo curioso del caso es que poco divisionarios sabían nada del sistema comunista, y muchos ni probablemente les importaba quien ganara la guerra; fueron por dinero, ansia de gloria o necesidad de huir del paro o por ese inmovilismo y monótona sociedad creada en la posguerra española.

En los bancos del correo donde iba Gonzalo fructificó la pregunta del Cojo con la cual, se iniciaron intercambios de palabras e ideas y terminaron en francas charlas. El Legionario se presentó y sacó un paquete de cigarrillos fabricado en el protectorado marroquí, marca “Toledo” que todos tomaron menos Gonzalo que apenas fumaba, y que le costaba entrar en ese pequeño espacio de gente que comenzaba a expansionarse llevando las conversaciones al terreno personal. Con la iniciativa del Cojo, muy pronto los viajeros se abrieron a manifestar sin reparos las motivaciones triviales o de peso, que les impulsaba a cambiar de situación y de país. Cada cual se daba voluntariamente a exteriorizar con naturalidad sus problemas. Juanito

perdía su timidez y miedo a presentarse como débil o sentimental, y no dudaba de confesar su pena por dejar sola a la madre y ese leve temor de la mina extranjera en donde tanto dinero se ganaba; pero que presentía que sería tan diferente de los trabajos al aire libre habituales de toda la vida y en el pueblo. La mujer participaba escuchando a todo el mundo, que clavaba sus ojos en quien llevara la palabra. Y casi lo mismo el marido, que arrastraba sus enormes manos arriba y abajo del pantalón como si aprobara o disintiera de los propósitos que allí se exponían. El Legionario también había entrado en las conversaciones, ya ha declarado que va a Madrid, al barrio de Vallecas, a reengancharse por un año más a la legión. Y lo mismo Santiago que dejaba de mirar el paisaje y entraba en la conversación cuando le parecía que tenía algo oportuno que decir, como Gonzalo que, aunque tímidamente al principio, acabaría por concertarse en el ambiente de los viajeros sentados en los bancos de madera del correo; de manera que allí se vivía en aquel cuadrado un ambiente propio, sin que pareciera que les molestara los ruidos exteriores, las de las otras vidas del vagón con sus canciones, gritos y palmadas flamencas, lo propio de la región.

***

El Cojo, al que se le ve con ánimos de llevar la iniciativa en las charlas y, a veces, con un entusiasmo juvenil, ha dirigido la palabra a su vecino de la derecha quien, como ya se ha dicho, ya va más abierto a convivir con sus acompañantes: ¿Usted también pertenece al grupo de los que van a las minas?

—¡Hombre! ¿Usted cree que tengo edad para salir otra vez por esos mundos y a combatir en minas?

—Ya me parecía a mí; pero usted no es tan viejo.

—Yo ya he estado en el extranjero en la División Azul y durante dos años, y ya he tenido bastante del extranjero. Trabajo en Barcelona, he estado de vacaciones en el pueblo, ahora voy a Madrid por unos días, asuntos de papeles relacionados con derechos adquiridos.

El Cojo, al saber que Santiago de alguna manera estaba relacionado con el régimen político de entonces, más prudente calló. No duró

mucho el silencio ya que el Cojo volvió a preguntar, esta vez al legionario: —Usted no va a trabajar en minas, ¿me equivoco?

—No, yo voy e reengancharme por un año más a la legión, prefiero lo malo conocido que lo bueno por conocer. —¡Ya, comprendo! —deja caer el Cojo sin aprobar del todo el refrán del legionario, y vuelve a preguntar: ¿No tiene otra salida? —¿Cuál...? ¿Las minas belgas? ¡Ni hablar! En mi pueblo sólo tenía la de dejar pasar el tiempo sin hacer nada, allí sólo hay faena temporal en el campo y después de tres años en el ejército yo ya no trabajo de sol a sol por cuatro cuartos, ni soporto las esperas a que nunca salga algo de trabajo que valga la pena. ¡Son largas las esperas en mi pueblo! Así que un día, cansado de esperar a no sé qué, decidí volver al tercio y aquí estoy, como legionario veterano camino de reengancharme en la legión.

—¿No esperaba algo en el ejército, a conseguir un galón o a finalizar su tiempo de enganche, siempre se espera algo? —deja caer el Cojo a lo que sin tardar le replica el legionario: —Sí, es verdad, allí esperé tres años a que terminara el tiempo de mi enganche. ¿Para qué? Para volver al mismo sitio. ¡Bueno, esta vez sólo para un año y ya soy veterano, un año pasa pronto! Después, ya veremos...

Le añade el Cojo: —Se lo pregunto porque yo de esperas sé lo mío, ¡y lo duro que es la espera cuando se va acercando el día de la liberación! Nos parece que el tiempo se alarga y que nunca llega el día de la liberación. No sé por qué vuelve usted a esa espera.

La pregunta velada, que por cierto se imponía, sorprendió al veterano legionario, que dudo antes de explicarse: —Bueno, por ahora estaré un año más y pensaré qué hacer después, ¡quién sabe si me apunto a la emigración! Ahora no temo a pasar un año nuevo en Marruecos. Esta vez no me pasará lo que la primera vez, que entonces era muy joven y recuerdo que al principio de mi llegada al Tercio contaba los meses que me parecían años, las semanas, meses y los días, semanas; es curioso cómo me pesaba el tiempo. Hasta hace unos días tenía la impresión de haber vivido toda una eternidad en el tercio, y sentía miedo de volver a revivir los pesados ejercicios físicos, las marchas militares por las noches, las revistas y el temor al cabo que podía ponerte firme mientras te daba cachetes hasta que sangrabas sin saber por qué. Las últimas horas de aquellos tres años, cuando siempre había pensado que serían los más felices de

mi vida, al contrario, fueron los más inquietantes de toda ella, pues creía que nunca llegaría el momento de mi libertad, y cuando llegó y me veía en el barco que me llevaba a casa no sentía nada; como si todo hubiera sido un sueño pasajero. Y ahora vuelvo otra vez al Tercio, como si quisiera repetir lo ya vivido. Hay algo que me llama y que es más fuerte que yo...

El Legionario calló, no quiso proseguir sus confidencias, prudente, algo le impedía desvelar el o los motivos de su viaje a Madrid para reengancharse y reanudar sus experiencias de cómo era la Legión de los años cincuenta. De su aire chulesco ya no le quedaba nada al legionario; se había adaptado inmediatamente al ambiente creado por el Cojo. Y es que en poco más de una hora, el Cojo, con su desaliñada fachada y su pata de palo había caído bien en el grupito de viajeros al que pertenecía Gonzalo, y por ello no chocaba tanto su insaciable curiosidad; tal vez porque en un trayecto tan largo y con los medios de la época —no se esperaba la llegada del correos a Madrid hasta al menos las tres de la tarde del día siguiente— no estaba mal que hubiera alguien que les entretuviera, y que fuera un comprensivo receptor de sus cuitas. Gonzalo Cerrada, en esos momentos, aún creía tener a su lado a un charlatán o curioso personaje y, aunque seguía evitando de mirar o rozar el muñón adherido a la madera que substituía a la pierna que le había repugnado y de que la cual le parecía que se desprendían olores y transpiraciones pestilentes, ya no lo era tanto. Era evidente que, aunque no se encontraba del todo a sus anchas con personas que no eran de su mundo y no las comprendía del todo, escuchaba.

Para Gonzalo Cerrada aquel viaje también era decisorio en su vida —al menos así lo creía él—. Se trataba de aprobar la oposición a una plaza del estado, un empleo de por vida con sus ascensos y prebendas inherentes al cargo que siempre serán superiores, normalmente, a los que pudiera obtener en cualquier empresa privada. Ese era el simple ideal inmediato de su existencia, por lo que fue educado y lo que le debería importar. En cuanto a lo que oía en las bancos, por el momento, no le daba demasiada importancia y tampoco a lo que ocurría en el país y en el mundo; para él todo ello eran peripecias normales y sin ninguna conexión con lo que le interesaba; estaba allí en esas bancos de tercera clase por roñería y temía que el Cojo le dirigiera una vez más la palabra; lo que no tardaría en llegar: —¿No va usted con ellos, muchacho? Lo de “muchacho”, esa familiaridad

que el Cojo le demostraba y la pregunta, que le pareció capciosa o impertinente, la respondió Gonzalo con una irritación suavemente contenida, y aunque estuvo a punto de responderle con algo así como, ¿le importa mucho? No respondió, fingió no haberle oído y volvió la cabeza hacia el atiborrado pasillo de viajeros, para no enfrentarme al curioso vecino que se atacaba a su celosa intimidad. En esos momentos deseaba alejarse de los bancos y del vagón y pasar con su maleta al de segunda clase y pagar la diferencia de precio al revisor. Pero, poco a poco se le pasó el ligero enfado y pensó que se dejaba llevar por impulsos injustificados y que tal vez la hermosa mujer habría advertido su inadecuada actuación, lo que sentiría, y que no era para tanto un olor más o menos desagradable en un incómodo tren repleto de sudores, que poseía un asiento para todo el viaje y podía descansar y que el tren seguiría de todas maneras avanzando hasta llegar, más o menos, a la hora prevista a su destino. Así que sudando como un bendito y sintiéndose incómodo y mismo cohibido cuando cruzaba la mirada con la de la mujer, quiso enmendar su anterior incorrección ante la pregunta del Cojo y le dirigió la palabra: —¿Me decía usted? El Cojo le respondió sin que se advirtiera en él ningún enfado: —¡Sí, que si usted no va para la emigración!

—Tiene razón, no voy con ellos. —Eso pensé yo, usted no tiene nada de ser un emigrante, ni tampoco me parece que haya viajado mucho en tercera y en un correo.

Quizá sería su blanca camisa de seda y sus pantalones de verano pulcramente blancos y planchados los que le sugeriría aquella afirmación al Cojo. Gonzalo, con asentimiento de cabeza le respondió y el Cojo quedó tranquilo todo cabizbajo y sin hablar.

***

El correo con lenta y mayestática marcha se va deteniendo en la pequeña estación de “Los Rosales”. El pueblo, reluciente de blanco, no está lejos, se adivina al final del camino sembrado de cipreses. En la estación no había rosal alguno ni rosaledas, pero sí que ornaban sus ventanas macetas de geranios, claveles y en parte de los muros y paredes exteriores plantas trepadoras aún verdes a pesar de la sequedad del estío, señal de que eran regadas con asiduidad. Sobresalía en la estación una enorme higuera que proyectaba su sombra sobre un tropel de gente que aguardaba el tren como si

fuera la novedad del siglo; llevan horas esperándolo los mercachifles de todos los tiempos y gran parte de los desocupados que acuden a la gran atracción diaria. Allí están los viejos rugosos contemplando el mismo correo que un día tomaron para ir a la guerra de Cuba, muchos de ellos sustituyendo a los hijos de caciques que podía redimirse del servicio militar, de servir a la patria por una suma de dinero. Una generación que, a pesar de haber vivido esta última Guerra Civil, la más cruel y devastadoras de todas cuantas España ha padecido a lo largo de su historia, curiosamente cuando acontece un desastre importante sale de sus bocas la expresión popular: "¡Ozú esto es peor que la guerra de Cuba!" Quizás se la nombre así aquella con tanta asiduidad porque todavía, después de más de diez años, no se ha digerido la civil del siglo veinte o se la ignora deliberadamente. Están allí, y en otras estaciones a lo largo y ancho del país, los viejos nostálgicos de un pasado oscuro y trágico; pero la juventud, el divino tesoro que decía el poeta, están presentes por doquier en la estación, son chiquillos libres de escuelas por vacaciones o por falta de plazas, niños de pobres, los de las libertades salvajes, para ellos siempre rica en imaginaciones cuando corretean por los barbechos y por los páramos que son de todos, al igual que por la estación, la que probablemente un día no muy lejano será el punto de partida hacia los espacios abiertos donde, quizás, se harán realidad sus sueños.

¿Cómo no podían faltar a la cita cotidiana en la estación los vendedores de chucherías y los de los higos chumbos? Estos últimos, en previsión de un atasco en el esófago del cliente, siempre llevan el porrón de agua. Tampoco faltan los estraperlistas que tanto pululan por el país; algunos de ellos, poniendo un poco más de ingenio, pudiera ser que llegaran un día a formar parte de la opulenta clase media que siempre faltó en el país en el pasado y que ahora se está fraguando. Aquí, ocultándose de la guardia civil, uno de ellos vende por el andén pan del bueno, es decir de puro trigo que ha comprado a un privilegiado panadero que pueden amasarlo. Están los que venden camarones saladitos y gambitas en cucuruchos posicionados geométricamente en una canastilla y, como reclamo, llevan la camisa resplandeciente de blancura. No faltan el de las mechas y piedras de mechero que pregonan y afirman con vehemencia que nunca falla el encendido ni tan siquiera con el viento más rebelde, y muestras sus cordones a los del correo como si fueran raros trofeos. En el andén de la estación, algunos grupos de muchachas, las más

atrevidas, que quieren participar del espectáculo de la llegada del correo, se sienten alagadas cuando oyen los silbos que le destinan los jóvenes viajeros, fingen no oírles; pero no quisieran perderse la pequeña dicha de provocar en el "macho" admiración o un irresistible deseo y sentir, al mismo tiempo, un vaporoso goce prohibido. Quizás, ellas también partirán un día en el mismo correo a nutrir las capitales de provincias de "chachas" que se irán distribuyendo entre las casas de los nuevos ricos que a la sombra de las nuevas industrias que se van creando en el país atesorarán los nuevos poderes y la nueva moral a seguir; estas advenedizas señoras de los nuevos ricos no tendrán todas la piedad ni las alturas de miras de las burguesías y señorías tradicionales de estirpe, ni el sentimiento de eternidad de una función social con derechos y deberes. Tampoco aquellas tradicionales burguesías fueron todas modelos a imitar.

De los Rosales saldrán, al igual que en tantos pueblos y ciudades de España las mocitas que comenzarán a adquirir conocimientos y destrezas picarescas con qué defenderse de las diversidades de la vida; las habrá que volarán más lejos, y casi nunca cumplirán sus sueños "sirviendo" en las casas parisinas y menos en las fábricas alemanas; ellas formarán parte del mayor ejército que jamás organizó España para el engrandecimiento de la nueva Europa de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial.

No pasaríamos por alto no mencionar a los tradicionales aguadores que están allí y por toda Andalucía con la sublime intención de pretender calmar, por una "perra chica", la sed de los viajeros del correo, lo conseguirán durante algunos minutos y ello ya es laudable. Aquellos chiquillos voceaban la calidad, la frescura y pureza del líquido como si propagaran al mismo tiempo la importancia vital del agua; muchos de ellos sostenían o contribuían al sostén de la familia. Escurridísimos como ardillas, poseían ese vitalismo y alegría del vivir que tanto se echaba de menos en los viejos de aquellas generaciones, que sólo habían vivido para sufrir la legendaria pobreza española; si es que llegaron a ella después de una de esas desafortunadas y mal llevadas guerras coloniales, en las cuales mal alimentados y peor tratados sólo hubo descalabros y rendiciones ante el enemigo. En aquella estación, como en todas las del país estaban los viejos, que le daban la espalda al pasado y no esperaban nada bueno ni malo de la vida y la chiquillada que todos lo esperaban del futuro, y en medio un mundo indiferente al pasado y al futuro que

solo veía el presente de la emigración como salida a lo desconocido; todavía hay en el ambiente de los pueblos una vida inmutable, y un paisaje eterno, donde el negro de los lutos se lleva de por vida y se hereda en los ajuares, donde los campesinos visten blusas y alpargatas como sus mayores, trabajan en los mismos campos y para los mismos amos que antaño, utilizan los mismos arreos y animales de siempre y los pueblos permanecen con sus ejidos y calles sin asfaltar y mismo infinidad de ellos sin agua corriente en la casas. Por todo aquello, el tiempo parece haberse detenido en casi todos ellos, lo que pasaba ayer pasa hoy y mañana también, no hay prisa para nada que no sea agradar al patrón en las largas horas laborables. Algo cambió hace un siglo con la llegada del tren y durante la guerra y ahora con las emigraciones masivas y el espectáculo del correo que llega todos los días, más o menos tarde, con la escolta de la guardia civil, con los "quintos" de reemplazo y los emigrantes; luego, cuando el tren se pierda en la lejanía, la estación se quedará silenciosa y triste. Desde hace un siglo el pueblo tiene, al menos, el correo que saben que volverá a detenerse mañana, más o menos a la misma hora y se oirán de nuevo los cantos meridionales de los militares que cumplen largos y anodinos meses y años de servicio militar, y los de los emigrantes que ya comienzan a añorar el terruño con canciones de la patria, que van a servir de mano de obra barata y sumisa a las regiones de España privilegiadas por aforamientos ñoños y decadentes, si no traspasan fronteras para enriquecer con su trabajo a las democracias que los desprecian como a obreros de una raza que se auto aniquila, que es uno de los epítetos más corrientes que se oían más allá de los Pirineos.

***

El marido de la agraciada campesina, el hombre a las manos enormes y encalladas, que vela por su familia, se levanta y pide el porrón a un aguador que se ha aventurado por los pasillos del vagón, llena un vaso de latón y se lo ofrece a la madre, que da primero de beber al hijo, luego el marido bebe un largo trago de agua, termina y pasa el botijo a Curro, que previamente se lo había pedido, le sigue Juanito, Santiago, el Cojo y Gonzalo, quien a su vez cede el porrón al legionario que apura la poco agua que queda con el gusto rancio y arenoso del pozo; y todos dieron una pequeña moneda al chiquillo aguador que contento se apresuró a salir del vagón para volver a rellenar su búcaro de agua. Por la dificultad del tráfico ferroviario

español de un solo carril en los dos sentidos, el correo se tardaba en aquella pequeña estación esperando a un tren que llegaba del norte, sin que ello inquietara en lo más mínimo a los pasajeros del tren. Se rumoreaba que era un tren de mercancías que llevaba retraso. En realidad, el jefe de estación, que había telefoneado a la estación más al norte, la de Lora del Río, por si sabía cuánto retraso llevaba el tren de mercancías y si tenía tiempo de avanzar hasta aquel pueblo y allí efectuar el cruce de trenes; como no recibió una respuesta adecuada, el jefe de la estación de Brenes decidió aguardar la llegada y paso del mercancía en la vía muerta y dejarle vía libre al mercancías. Para los viajeros del correo supuso un motivo de asueto y regocijo, la mayor parte de la juventud viajera bajaron de los vagones y se agolparon por el andén o por los alrededores de la estación; soldados piropeaban a las chicas, vendedores de golosinas vaciaban sus canastas, los aguadores hacía su agosto y de la higuera, por la indolencia de la guardia civil, desapareció hasta el que parecía el higo maduro más inaccesible de su copa. Grupos de emigrantes, algunos con las clásicas "botas" de vino hablaban de ir al pueblo a por más vino, otros les disuadían de hacerlo, pues nadie podía informarles del tiempo de parada en la estación y les infundían miedo de perder el correo. Así que, con apenas espacio para pasearse por el andén, casi codos con codos, viejos y jóvenes, marinos, soldados de reemplazos, vendedores de pacotilla y chucherías, todos acompañados de la gritería de los chiquillos y los bufidos de la expansión de los gases de la vieja locomotoras, el tiempo pasaba para ellos sin que, al parecer, nadie lo lamentara en la pequeña estación de "Los Rosales": era un tiempo en el que se vivía a un ritmo lento y despreocupado. Nadie se ha movido de los bancos ocupados por nuestros presentados. Juanito conversa con Santiago quien parece entrar de lleno en lo que se habla en ellos. Curro explica al marido algo sobre el trabajo que ambos han tenido en común en sus respectivos pueblos y el Cojo intenta sonsacarle palabras a Gonzalo que ya le responde con monosílabos y asentimientos, en tanto que el ex legionario ha aprovecha la relativa calma en el vagón para fumarse un "porro", costumbre que se adquiere con facilidad en el "Tercio"; el busto algo inclinado a su izquierdo, mirando para el pasillo y ocultando el pitillo con la mano izquierda, intenta pasar desapercibido para sus compañeros de bancos.

El calor apretaba todavía en las últimas horas de la tarde, aunque al estar el pasillo descongestionado facilitaba la ventilación del vagón

y por ello y por sentirse menos agobiados por la aglomeración de personas todos estaban más tranquilos y habladores, hasta que se oyeron el ruido de la campana de la estación que atrajo la atención de todos cuantos estaban en el correo, por los andenes y por los alrededores de la estación.

Fue una sorpresa para todos, los sonidos insistentes de la campana con la cual el jefe de estación comunicaba que llegaba el tren mercancías y que el peligro acechaba a todos los que atravesaran por las vías. La campana fue el detonante, nunca mejor dicho, para que los viajeros sacudieran la indolencia y subieran a los vagones como si estuvieran perseguidos por un invisible enemigo; en realidad intentaban tomar los mismo o mejores sitios que antes, y no sin discusiones y forcejeos como era de prever.

El mercancías pasó sin aminorar su velocidad, que no era mucha, y pronto el andén de la estación se quedó vacío de viajeros, desaparecieron vendedores, aguadores, viejos, chiquillada y las muchachas que se pavoneaban con sonrisas tardías y provocativas, que ahora ya no tendrían ninguna correspondencia y menos incidencia alguna, y hasta dejó de verse al jefe de estación, que sabía que ya no pasaría ningún otro tren con cualquier retraso hasta la madrugada.

El correo parte de nuevo con sus zarandeos, tirones e inclinaciones, por el trazado del trayecto, con curvas, malos enlaces de vías y traviesas. Y lo curioso del caso era que la ancha vía del tren se hallaba en un terreno llano, y sin que para ojo de ningún mortal existiera obstáculo alguno que impidiera desacreditar la eficacia de la línea recta, sin embargo que lo que los radios cortos de las vías obligaban a los viajeros que iban de pie en los pasillos de los vagones, a sujetarse como podían en los cantos de las bancos, aristas de las puertas de los vagones o en los cuerpos de otros viajeros.

El tren marchaba con sus ruidos, los viajeros presentados seguían con sus charlas más o menos interesantes, todos se sienten más cómodos viendo como el tren avanza hacia el destino de cada cual de los viajeros. Gonzalo miraba el paisaje que se presentaba tras la ventana más cercana, la de la derecha, cuando el correo avanzaba paralelo al gran río del sur, y como todavía el paisaje se veía iluminado con esplendor, el río reflejaba los rayos solares y la llanura, copiosamente regada, se veía envuelta en una tenue neblina de vapor,

en tanto que los braceros, con gestos lentos y mesurados, perfectos para economizar energías, aún continuaban en la brega y con ellos mujeres aún peor pagadas que los hombres, contribuían al enriquecimiento de los latifundistas; pero para distinguirlas a lo lejos, todas embozadas de pie a cabeza, no era fácil. A Gonzalo aquel panorama le recordaba ciertas estampas de costumbres rusas o balcánicas con las que estaban decorados algunos libros que ya pertenecieron al abuelo, libros que ojeó con interés cuando niño con la sorpresa mágica del que descubre nuevos mundos. Los personajes de aquellas ilustraciones se cubrían casi todo el cuerpo sea para resguardarse del calor como del riguroso frío de aquellas latitudes. Y aquellas representaciones de seres en penosas labores y en malas condiciones climáticas, iguales o semejantes a las que veía desde su vagón, le hacía pensar; quizás por su incultura en cuestiones sociopolíticas, que existe relaciones poderosas entre seres humanos de raza, posiciones sociales o culturales, que se nace, dentro de la colmena más o menos ordenada como son las sociedades, para ser obrero, guerrero, rey o reina. Aquellos seres que veía tras las ventanas serían para el joven Gonzalo de aquellos tiempos lo que diría un mediocre economista: que son aptos para la función primaria de las sociedades, que no es otra cosa que fabricar el pan y las necesidades corrientes de la vida, con el fin de permitir que vivan los pensadores, emprendedores, artistas, políticos y financieros que gestionan riquezas y permiten que el mundo se desarrolle y marche ordenadamente hacia el futuro.

Inútil es aclarar que siempre habrá quienes aprueben aquellas excelencias con las que se laurea a las primeras figuras de los estados modernos, como Gonzalo que lo había aprendido en la escuela religiosa y platónica de su tiempo; pero, también hay quien, anticonformista, lo negará exponiendo otras razones y fundamentos...

Gonzalo, que no se había movido de su asiento desde que salió de Sevilla, sintió la imperiosa necesidad de ir a los lavabos; no había ido antes porque sabía que para trasladarse hasta ellos tendría que atravesar la muralla de viajeros en los pasillos con sus maletas, petates y demás enseres y no le sería fácil; pero había llegado el momento en que la necesidad le era ineludible y aprovechando que el correo se había parado en la estación de Lora del Río, se levantó, salió al pasillo y comenzó a abrirse paso con movimientos lentos y con suavidad, que la gente apenas podía moverse y un desplazamiento de personas, por

corto que fuera podría originar un desajuste generalizado en los pasillos. Al paso de Gonzalo por el pasillo soldado sentados en sus recias maletas de madera se erguían, emigrantes elevaban brazos y otros viajeros permutaban sus precarios espacios por otros aun más inconfortables.

Con paciencia y tesón Gonzalo llegó cerca de la puerta del lavabo de vagón de tercera, ya colindante con el de segunda clase. Allí los concentrados a la espera de poder entrar en el lavabo se sostenían mutuamente, pues en esta parte del vagón con los enganches al siguiente vagón, los movimientos del tren eran, a veces, violentos; por lo topetazos entre vagones, los chirridos de hierros y el traqueteo al paso de vías, de manera que la sensación de inseguridad era mayor que en el interior de los pasillos y bancos. Allí, con la puerta abierta al exterior, el aire que el tren desplazaba algo mitigaba el malestar y ese sofoco que se padecía más al interior del vagón. Por ello los viajeros se agrupaban tanto en aquel extremo del vagón, aunque era imposible saber quiénes iban al lavabo y quienes no y menos quienes pertenecían a la cola. Gonzalo preguntó a quien tenía más próximo: —¿Está usted para el lavabo? —¡Yo no, yo ya he estado en él, pregunte por ahí! Gonzalo se dirigió a otra persona con la misma frase, y esta vez acierta, el hombre le respondió algo alborotado: —¡Sí, pero yo sólo sé que voy detrás de aquel alto que se ve ahí y no sé quién es el último, cómo no puede moverse uno! Gonzalo debió recordar en su cómodo viaje que las colas parecen ser para muchos una institución española, la única manera de conseguir las pequeñas cosas del día a día y también las indispensables y las trascendentales de la vida. Aquí parecía que se imponía las colas para regocijo y gusto de los conseguido, si no fuera así, —puede uno preguntarse— si las colas hubieran sido cortas y rápidas, ¿no se hubiera desvalorizado, para el común, lo que se deseaba conseguir? Entonces todavía no nos había llegado la fluidez en los despachos, la buena atención y compresión de funcionarios y su abnegada ayuda a las familias en las intricadas selvas de la administración española. Tampoco llegaría más tarde en las repletas autonomías de funcionarios regionales, y no parece que nos llegue, con plenitud, lo que en los países más prósperos y vanguardistas es un hecho consumado: excelentes servicios sociales. Continuamos haciendo colas como si fuera el deporte nacional para obtener el más anodino papelito, para cualquier compra, en los momentos de ocio para el cine, los toros, discotecas y,

desgraciadamente con exceso, en las consultas médicas, en los hospitales y en cualquier trámite burocrático.

En los tiempos del correo de las tres y en todas las ciudades y pueblos de la nación española, las colas era la norma. La media España campesina, sino las tres cuartas partes, la formaban hombres adaptados a su tiempo en cuerpo y alma a ellas: eran sufridores de pocas palabras o ninguna, pacientes, sumisos, futuros emigrantes que llegaban a las urbes a pedir pan y el techo donde dormir en las largas colas de las administraciones tanto civiles como estatales. La cola que buscaba Gonzalo en su vagón del correo de las tres es deforme, imposible de localizar. A esto que alguien sale del retrete gritando como si estuviera contento de dar la mala nueva siguiente: —¡Se acabó el agua, el depósito se ha vaciado! Gonzalo, aprovechando que el correo empezaba a moverse, sin pensarlo dos veces, franqueó la pasarela y los enganches que unían el vagón de segunda a los de tercera. Ya en el segunda clase, a Gonzalo le pareció que una magia o trastorno mental pasajero le había transportado a otro mundo, aunque no muy distinto en cuanto a los traqueteos y movimientos de los demás vagones; pero sí que notó, y mucho, la calma, la fluidez y la ausencia de olores desabridos y la limpieza y ornamentos con que iba revestido el vagón. De repente sintió un temor o respeto como si hollara un lugar prohibido; era consciente de que nadie de los vagones de tercera clase se había aventurado por allí como él lo hacía y sólo para buscar el lavabo. Pronto se tranquilizó pensando que él hubiera podido ocupar ese vagón de privilegiado, que su clase y precio estaban a su alcance, que sólo un error por su parte, una “brizna” de cicatería le había impedido el disfrute de un bien natural. Y siguió por el pasillo cubierto por un tosco alfombrado que amortiguaba las pisadas; a su derecha los anchos ventanales invitaban a la contemplación de los campos; a su izquierda, todos eran departamentos independientes que incitaban a la intimidad. En algunos de ellos podían verse personas relajadas en sus cómodos asientos, señoras con sus abanicos aventándose con más o menos celeridad, pues las más llenitas que eran las pasadas los cuarenta y muy abundantes en el país no cesaban de enlazar el estribillo tan manoseado de: ”¡Qué calor, Dios mío, qué calor”. Los hombres, con trajes claros de hilo y encorbatados como si estuvieran en un salón de ceremonias, permanecían impasibles o fumaban sin importarles enrarecer el ambiente. Gonzalo descontento consigo mismo a la vista de aquellas comodidades que había perdido por unas cuantas

pesetas, continuó por el pasillo al encuentro de lo que necesitaba para su necesidad orgánica. En ese instante casi se golpea con el revisor que busca y rebusca al posible viajero sin billete; el encuentro fue tan brusco que Gonzalo paró en seco contra el cuerpo del empleado, quien, con un áspero tono le reclamó: —¡Su billete, muéstreme su billete!

Gonzalo saca la cartera de uno de los bolsillos de su camisa y, nervioso, buscaba el billete del tren en tanto que el revisor se mantenía tranquilo e imperturbable y con una expresión de contento en su rostro, y cuando, por fin, Gonzalo encuentra el pequeño cartón que le da derecho a viajar, el empleado, como si le hubiera molestado el hallazgo del billete, transforma la expresión de su cara y gestos y, autoritario y distante, como era de rigor entonces en los que ostentaban algún poder, le espeta: — ¡Este billete es de tercera, no tiene usted derecho a andar por aquí; márchese enseguida, si vuelvo a verlo le cargo la diferencia y con recargo!

Tal vez a Gonzalo se le hubiera ocurrido pagar aquella diferencia de precio del billete y con ello salir del vagón de tercera, de los alborotos de la multitud y sus maletas de madera; pero aquel pensamiento no se concretó después del encontronazo con el puntilloso y rudo revisor. Confundido y avergonzado, dio la espalda al revisor y se apresuró a abandonar el reconfortante vagón de segunda, y a las personas que arrellanadas en sus confortables compartimentos habían presenciado la escena que le había avergonzado. Gonzalo Cerrada, luego del trivial suceso, confundido y malhumorado, echó una mirada nostálgica hacia el vagón de segunda clase, y pasando por la pasarela que une vagones penetró en el vagón de tercera, y enseguida recibió el choque de viajeros apelotonados en el pasillo del lavabo. Esta vez entraría en la cola, estuviera donde estuviera, pues era muy urgente la necesidad que sentía; así que descargando parte de la irritación que sentía pidió a voces dónde terminaba la cola y quién era el último en ella. Una voz campesina le dio la respuesta: —¡Soy yo, detrás de mí, pero dicen que ya no hay agua! "¡Al diablo con el agua" —pensó Gonzalo, que para lo que necesitaba hacer no la echaría de menos, y esforzándose cuanto pudo consiguió llegar al lado del último de la cola, donde tenía a su espalda la buena y dura madera del roble gallego que algo le serviría como apoyo de las sacudidas del vagón. Examinó al colista para recordarlo si lo perdía de vista; tenía la nuca rapada y una camisa a cuadros.

Espaldas contra la madera del vagón estuvo Gonzalo un momento y sin dejar de mirar para quien tenía delante, cuando una mano se posó sobre su hombro y oyó la voz que le resultaba familiar que le preguntaba: —¿Qué, se hace larga la espera, eh?

Gonzalo volvió la cabeza y le respondió desabrido: —¡Sí, demasiado y tontamente en este estúpido vagón!

—¡Se ve que usted no ha viajado mucho, tome un cigarrillo, hombre, le ayudará a la espera!

El Cojo con su alta talla y largo brazo no tuvo dificultad en poner en la boca de Gonzalo un pitillo de tabaco, un "ideal" cuya calidad estaba muy lejos de acreditar tal nombre; de todas maneras, en aquellos tiempos, tan asentado estaba en la sociedad la droga del tabaco que, a falta de ella nadie sentía ascos al tabaco fuera de la calidad que fuera. Gonzalo, aunque fumaba poco y de mejor clase no lo rechazó; en el fondo deseaba tener alguien a su lado en quien descargar su mal humor o que le soportara sus quejas. El Cojo, con los potentes tembleques que producía el vagón, que a veces parecía que iba a descomponerse, consiguió dar fuego a Gonzalo, que enseguida aspiró el humo del cigarrillo con avidez y se desahogó: —¡Es un fastidio tener que esperar tanto para ir a la letrina, y parece que ni siquiera queda agua para lavarse las manos! —Pequeños inconvenientes que tenemos los pobres; para los ricos esto sería un gran inconveniente —expresión que le sale al Cojo, ya trillada hasta la saciedad desde que existen la sociedades diferenciadas en clases sociales, y añadió: —Uno ya es veterano en esto de las esperas, no he conocido otra cosa en mi vida: he esperado para poder llevarme a la boca algo con qué alimentarme, para el retrete, para encontrar poder dormir tranquilo y para todo... Usted no parece que sepa mucho de todo esto, ¿me equivoco?

El Cojo había dado salida a una pregunta que tenía pendiente de dirigirla directamente a Gonzalo, quien no se cortó y, mostrando su contrariedad, se sinceró: —¡No se equivoca, y ni falta que me hacía saber nada de esas carencias!

—¡Bah, no le dé tanta importancia, muchacho! No es nada malo pasar por ciertas "carencias", hay que tener paciencia: sobrevivirá. Dígame, ¿ha sido usted universitario?

A la indiscreta pregunta del Cojo, Gonzalo respondió sin reticencia: —Lo fui, ahora hago oposiciones, lo normal.

—¿Lo ve? Todos tenemos que tener paciencia, tanto la gente de tercera cuanto los de segunda; aunque estos un poco menos. En nuestro país sin la paciencia se anda mal. Gonzalo, después de echar una bocanada de humo del cigarrillo desata nervios: ¿Llama usted paciencia a todo esto...? ¡Querrá decir borreguismo y fatalismo ancestral! —¿De dónde sale usted, joven amigo? ¿Viene de otro planeta? —objeta el Cojo.

Gonzalo le mira sorprendido por el tono calma, seguro e irónico que empleó el Cojo, pero calló y escuchó lo que sigue: —No los desprecies, joven, están adaptados al mundo en el que viven, son como yo, pasivos y con la sola ambición de poder subsistir; estos que usted ve en este vagón son en su mayoría gente que sólo buscan un trabajo que les procuren pan y seguridad. No son mejores ni peores que los que nos dominan; por ahora estamos a horcajadas entre el norte de África y la Europa culta y democrática. Gonzalo se sorprendió con las ideas y reflexiones que, en parte, se le antojaban que eran rimbombantes y bizarras agudezas que salían del hombre que unos minutos antes en poco le tenía, y del cual le había repelido el sudor y la pierna y no supo qué decir, responder o añadir; encontraba que, arrinconado contra un muro de madera, soportando la ofensiva siempre presente de los viajeros y sus vapuleos, no era el momento oportuno de mantener una conversación de cualquier nivel que fuera y más con la necesidad acuciante que estaba padeciendo. Felizmente, pasado un tiempo demasiado largo para Gonzalo, vino a sacarlo de su espera el hombre a la nuca rapada, el cual al salir del excusado le avisó con voz potente que era su turno: —¡Dese prisa, hombre, si no quiere perder la vez! ¡Por fin llegaba la gran ocasión, más feliz y reconfortante para su humanidad que todo el discurso del extraño cojo! —pensaría Gonzalo— Así que, como un alma en pena, Gonzalo deja al Cojo y entró en el lavabo a descargar la urgencia. El excusado era un antro donde los ojos debían situarse antes que los pies; se veía que no lo hicieron otros, ya que el caos era indescriptible por el suelo y el olor insoportable. La falta de agua no contribuía a la liquidación de los sólidos que se amontonaban en la taza, los que, por inverosímil que parezca, manchaban todo el común, que hasta las paredes del apestoso recinto presentaban trazos de suciedad.

Gonzalo contenía la respiración cuanto podía y forcejeaba contra la gravedad para mantenerse en pie y no caer, frotar o apoderarse de lo que allí, en principio, se debe dejar. Y en cuanto Gonzalo satisfizo su necesidad, con el sigilo que le permitieron los vaivenes del vagón, dejó el apestoso lugar, al menos reconfortado. No vio al Cojo entre el gentío y pensó, "extraño hombre", estas palabras habían tomado plaza y significado propio relevándolas de aquellas otras de "cojo maloliente", que era lo que secretamente había pensado de él cuando lo sentía a su lado. Bregó mucho por abrirse paso entre los viajeros que llenaban los pasillos de los vagones del correo antes de llegar a su banco donde tampoco vio al extraño hombre. Una vez sentado, pensó que tal vez no le hubiera importado reanudar la corta conversación que tuvo con él, al fin y al cabo, era una buena manera de pasar el tiempo; pero, por el momento, no le importó demasiado, miró de refilón a la bella mujer, luego al panorama que corría lentamente tras la ventana en tanto que sonaban por el vagón tonadillas quejumbrosas de campesinos y canciones de militares desentonadas.

Apareció por los bancos el extraño personaje que piensa Gonzalo que era el Cojo, y se sentó a su lado. Gonzalo ya no pensó en su pierna de madera ni en olores, se limitó a saludarle levemente y dar otro rápido vistazo a su alrededor, primero a la mujer, a la que al verla entretenida con el hijo, detuvo la mirada en ella; allí estaba clavada en su asiento la mujer de belleza rural, inmutable, con grave seriedad, cargada con el hijo de grandes ojos de equivocas miradas, que parecía, como muchos niños, que todo lo presencian, lo comprenden y lo archivan en lo más profundo del cerebro. Miró para el marido, el de las manos cuales excavadoras, estaba, como siempre, impasible, con la mirada perdida y cubierta la cabeza con el sombrero y su crespón que debía provocarle un calor añadido a su cuerpo. Pasó rápidamente la mirada sobre los dos emigrantes con contratos de trabajo avalados por el sindicato, entonces vertical —una manera geométrica de interpretar los agrupamientos de poderes humanos— que le aseguraban una larga temporada extrayendo carbón del cual sacarían dinero, si la suerte les ayudaba. De Curro había oído que decía que con el dinero que ganara, una parte sería para dar un avance de la compra de un piso y la que quedara para ahorrarla y conseguir pequeños sueños o bienes de lo necesario. A Juanito lo vio silencioso y meditabundo; es verdad que Juanito a medida que se alejaba de sus orígenes tras la ambigua esperanza, parecía que iba

perdiendo media vida, ¿quién sabe cuántos secretos sueños alumbraban su mente? El Legionario, por su parte que ya ha finalizado el pitillo estaba, como ellos dice, "colocado" y, como parte a lo conocido, va con poca o ninguna ilusión y tal vez sin recelo; a todas luces no se le veía que fuera uno de los pocos hombres que sienten desprendimientos metafísicos y otras lindezas místicas o sensiblerías sicológicas, pues se le veía tranquilo, despreocupado; sólo trataba de echar una imposible siesta o una corta cabezada. En cuanto al veterano de la "división azul" dormita recostado contra la banqueta. Por su parte, Gonzalo, en su asiento tomaba conciencia del tiempo, el que le parecía que corría lento, como el tren, monótono y aburrido en aquel vagón ruidoso y desordenado, atestado de soldados, emigrantes y peones de brega.

Fuera, por el campo la tarde caía sobre los ricos campos mimados por los peones, los que desfilaban a través de las ventanas del vagón, todavía bajo el sol que aún se percibía sobre la línea donde se juntan el cielo y la tierra, sol que se iba despidiendo con morosidad de la tierra, en tanto que el gran río del sur, el del caudal equilibrado de aguas cantarinas que da la vida a un país al servicio del destino, corría lentísimo hacia el océano. ¡Dios, que faltaba allí que impidiera entrever caminos, por muy azarosos y torcidos que fueran que condujeran hacia espejismos de felicidad!

***

El mundo del correo, vapuleado por tantos y tan bruscos movimientos de vagones, comenzaba a manifestarse señales inequívocas de cansancio, y se iban oyendo menos cantares y aires militares; parecía que el repertorio se acababa. Las posiciones de los viajeros en los pasillos, chaflanes y bancos se materializaban con más precisión. A pesar de que la tarde iba cayendo, el sofoco aún planeaba en el ambiente; ¡pero es tan escasa la velocidad que alcanzaba el tren por las regadas llanuras del Guadalquivir! Iba por la pequeña pendiente hacia la meseta que parecía que renqueaba al pasar por las traviesas y puntos de unión de carriles. Gonzalo se habituaba al Cojo y a su pierna de madera, ya no pensaba en ella ni en hedores reales o imaginarios. De alguna manera, se iba habituando a los compañeros de viaje del correo en un vagón de tercera. En un momento la "madona", que presentía el apetito que tenía el niño, siempre en su regazo, le daba de comer el bocadillo que previamente le había

preparado. Gonzalo reparaba una vez más en la cabeza del niño, demasiado desproporcionada para su cuerpo, que ni siquiera los grandes y hermosos ojos aminoraban el defecto de la criatura. El niño siempre sentado parte sobre los muslos, parte sobre el vientre de la madre; como temeroso de alejarse demasiado de donde nació y temiera lo exterior, el desconocido mundo que le espera, comía con mucho apetito. El padre seguía cruzando sus manazas en una postura de casi pasividad budista, no mira para el niño ni pone reparo en su mujer, parecía que le era suficiente sentirla a su lado, pues no le había hablado todavía en todo el tiempo desde que Gonzalo había subido al vagón... Es seguro que entre ellos sólo había miradas rápidas, inquietudes sutiles y prácticas; se diría que aparte de aquello no hubiera nada más que decirse, que tienen un pacto tácito, sin posibilidad de revisión ni de enmiendas de silencio, que todo se dijo entre ellos una vez por todas y sólo conversan entre ellos los sentidos primarios.

A Gonzalo Cerrada la vista del matrimonio le evocaba ciertos óleos de Van Gogh, figuras de seres imperturbables, fatalistas que de alguna manera cargan sus cuerpos con las desgracias del mundo, y esperan a que en última instancia que la misericordia divina o un hado benigno les eviten dolores e infortunios.

De pronto, cuando menos se lo esperaba Gonzalo la "madona" pregunta al legionario, con una voz aguda que se sobrepuso al traqueteo del tren: —Si tan mal le ha ido en la legión, ¿por qué vuelve? Puede trabajar en Madrid y llegar a tener una situación estable y segura. Tanto el Cojo como Santiago dejaron de hablar y todos prestaron mucha atención a lo que respondió el Legionario: —Lo pensé mucho antes de dar este paso, pero entre marcharme a la emigración, a lo desconocido, y al tercio, no lo pensé dos veces, en la legión tienes una paga y la comida segura y porque hay cosas que le atraen a uno... El Legionario no quiso decir más, pero era evidente que le atraía la droga, lo que en Marrueco llaman la grifa y el kifi. Y entró Curro en la conversación defendiendo la emigración: —¡Hombre, yo no me quejo de la emigración, lo que pasa es que los contratos son muy cortos y no te los renuevan, pero esta vez es diferente, ya tenemos seguro un año, luego ya veremos...!

Curro había tomado el correo un par de veces y luego en la frontera el expreso francés que la primera vez le pareció un bólido supersónico,

llegó a la granja y se instalaría en un barracón junto con otros peones, lejos de cualquier población y, sin medios para desplazarse, trabajaría un par de meses hasta el final de la cosecha. Eso sí cada semana sentiría la satisfacción de palpar los billetes que había ahorrado con mucho sacrificio y que, al cambio, el banco español mermaría antes de llegar a la familia. Y todas las veces lo mismo; ¡pero él estuvo allí, en extranjero! Y ello le bastaba a él para representarlo ante los de su pueblo como "El Dorado".

Curro siguió comparando: —En el pueblo los que no tenemos tierras ni trabajo pasamos la vida dando vueltas entre sementeras observando los olivares y, haciendo de espantapájaros, vigilando cómo van los frutos; esperamos que todo vaya bien y nos llamen para las peonadas. Así cuando va llegando la hora de las recolecciones y de la selección de los peones, ya todos estamos preparados, hasta las mujeres y los niños de más de catorce años; pero no todos trabajamos, ¡somos tantos! Cuando se trabaja podemos pagar al tendero, se borra la vieja cuenta y otra nueva aparece; pero si no tienes suerte y el capataz, por lo que sea, no te coge, la cuenta del tendero sube, sube hasta que por vergüenza no apareces por la tienda. Así es siempre, porque un trabajo fijo de criado en un cortijo eso es para pocos y de padres a hijos.

—¡Por lo que veo todo sigue igual que antes de la guerra!— exclamó el Cojo, aparentemente sorprendido, a lo que Curro confirmó con gestos explícitos al mismo tiempo que le preguntó: —¿Usted no es de por aquí, no?

El Cojo, como si hablara para todos y mirando para Curro: —No sé si se puede hablar claro y no quisiera que alguien me interpretara mal. —¡Hombre, ahora no es como antes, ya se puede hablar de todo entre nosotros, mientras no se ofenda a nadie y no se hable de política...! —le tranquiliza Santiago, lo que le da confianza al Cojo para explicarse: —Bueno, yo no soy de aquí, es verdad, pero eso no importa. Acabo de salir de la cárcel dónde llevaba más de doce años; pero tengo la impresión que hay muchas cosas que no han cambiado en el país. El Cojo dejó caer sus palabras en un tono tranquilo y como si dejara reposar su frase para que las digirieran sus compañeros de viaje, y se calló enseguida; y se respetó el silencio en gestos y palabras entre los vecinos en medio del ajetreo y el vocerío del vagón que sólo lo rompió el Cojo: —Yo estuve en la guerra por mis

ideas, no en contra de mi voluntad como casi todos en los dos bandos, caí herido y perdí la pierna y cuando los nacionales tomaron la plaza me acusaron de haber tomado parte en unos fusilamientos que se cometieron, al parecer por donde yo había servido y en los que yo no había participado; ya se sabe que por unos pocos siempre pagan muchos.

Que lo creyeran o no lo dicho por el Cojo esto no importa para nuestro viaje en el tiempo, y volvió el silencio en los bancos; pero esta vez lo rompió Santiago quien sin lugar a duda se le había despertado la curiosidad: —Yo también fui voluntario a la División Azul por eso de la fama y dineros, ¡como muchos otros! Ahora que a mí no me cogieron prisionero y no tuve que pagar nada a nadie. Otra vez el silencio en los bancos, y esta vez fue el marido quien lo rompió al preguntar a Curro lo que le interesaba: —¿Qué hay que hacer para ir al extranjero? Curro, como siempre, contento de mostrar sus conocimientos de extranjería, se apresuró a informarle: —Hay que presentarse todos los días en el sindicato a esperar que salga una convocatoria de peones para trabajar con un contrato en buena y debida forma, ya hace más de un año que van saliendo de tiempo en tiempo, cuando salga sólo hay que presentarse y mostrar las manos, que si las tienes bien callosas y luego entregas los papeles que te pidan, no hay problema.

—¿Se tarda mucho en arreglar todo eso?— vuelve a inquirir el marido, quien por lo de las manos no se quedaría atrás, también sobre los papeles le informa Curro: —Si hace los papeles en el mismo sindicato donde vives, sólo unos días. Lo que más puede tardar es el certificado de penales; pero si no has estado en la cárcel no hay nada qué temer, te lo darán enseguida.

Yo, señores —explica el marido como haciendo su presentación—, no he tenido ocasión de entremeterme en esto de la emigración, porque he trabajado en un cortijo del partido judicial del Cuervo y bastante alejado del pueblo y allí no hay sindicatos de lo que usted dice, de emigración, que si hubiera tenido conocimiento de ello... Ahora vamos a Madrid a casa de un cuñado que me ha buscado faena en la construcción. Nosotros, como les decía, vivíamos y trabajábamos en el cortijo de Nuestra Señora de los Dolores. Su propietario, el bendito Don José, que ya es viejo y no puede atender a su finca ni quiere complicaciones por la poca salud que tiene, como

necesitaba dinero para retirarse a Madrid vendió sus propiedades y nos ha prometido que nos ayudará si algo nos va mal. ¡Bendito sea don José! Yo a ese no le daría ni agua para beber, si me la pidiera, —exclamó Curro. Hubo un silencio de hielo en los bancos, el marido, algo contrariado por la exclamación de Curro, removió sus manazas que descansaban sobre la parte del pantalón que cubría sus muslos, de arriba a abajo como señal de descontento. Para el marido el recuerdo del amo lo asociaba a las horas venturosas de su infancia y de su primera juventud, cuando tenía seguro el pan de cada día y contemplaba las tierras altamente productivas del latifundista en un ambiente estable. La mujer recibió las palabras del aspirante a minero con beatífica neutralidad y el legionario rompió el silencio preguntando a Curro, sin excesiva curiosidad: —¿Cuánto ganarán trabajando en las minas? El veterano en emigraciones, Curro, respondió dando una cifra semanal que en aquellos tiempos cuadruplicaba a la de un obrero cualificado del país; aunque en cuanto entró en juego averiguar la paridad de la peseta con la del franco belga, Curro no estaba muy seguro de cuál sería esa paridad, ni tampoco lo sabía ninguno de los allí presentes. El Cojo confesó modestamente: —Aún no me doy cuenta exactamente del valor de la peseta; ¡me parece que está extraordinariamente desvalorizada! Y es que el Cojo, ex presidiario, consideraba el valor adquisitivo de la peseta con la memoria del año 39 del siglo veinte y en la zona republicana.

***

La máquina del correo renqueando silbaba, prevenía a los cuatro vientos que aparecía por la estación de Posadas, una pequeña ciudad regada por aguas del Guadalquivir, rodeada de un exuberante vergel y cultivos donde no faltaba nada de lo que pueda dar el viejo mundo mediterráneo. El correo entraba en la estación al final de una tarde larga y pesada. En el estrecho andén se agolpaban la multitud de aquellos tiempos: los vendedores de chucherías y pequeñas mercancías de la pobreza, la pareja de la guardia civil, siempre omnipresente, buscadores de clientes para hospedajes, muchachitos que soñaban con aventuras y viajes por el ancho mundo, la juventud del largo periodo de servicio militar que subía o bajaba del tren, mocitas con jazmines al moño y sonrisas de bienvenida y los viejos, los que siempre lo fueron por resignados o juiciosos y los que se veían morir sin penas ni nostalgias, todos contemplaban la vida que da el también viejo correo testigo del tiempo que pasaba, largo para la juventud, corto o

muy corto para los más viejos. Aquella tarde el correo a pesar de haberse detenido menos tiempo en las últimas estaciones, traía un poco más de retraso, había habido negligencia y necesitaba agua para sus gastadas calderas, por ello, en cuanto se detuvo en la estación, el maquinista desenganchó la locomotora y abriéndose paso entre raíles movibles se detuvo al lado del depósito de agua y comenzó la operación de llenado de la sedienta locomotora; el maquinista con la manguera ya dentro del depósito de la máquina y abierta la válvula de llenado de agua, se quedó sorprendido: no había agua en el depósito. En aquel momento llegaba el jefe de estación donde el maquinista intentaba cargar de agua a la locomotora, quien, flemático, como si todo el mundo estuviera al corriente de la avería, se limita a preguntar: —¿Aún no ha llegado? El maquinista pregunta a su vez: —¿Qué pasa, hay avería? —El jefe de estación: —Hemos perdido agua por una cañería, yo creía que ya habían reparado la avería.

Llega el perito que está a cargo de las reparaciones, es tan pequeño de talla que no supera el metro y medio de altura que se exige para el cumplimiento del servicio militar obligatorio, se aproxima al jefe de estación y le informa: —Como ya le dije hemos tenido que llamar de urgencia a una cuadrilla de obreros, a un fontanero y a un soldador, y todavía tardarán un rato en dar con la fuga. El jefe de estación declaró: —Pues si no llegamos a tiempo a Córdoba o al menos a Villarrubia para dejar pasar al expreso del sur, tendremos que esperar aquí a que pase el expreso. Al perito de la compañía, que parece que desearía quitarse de en medio al correo, se le ocurre una idea genial: —¿Por qué no se llena la caldera con cubos? Tenemos una cuadrilla de peones trabajando en la búsqueda de la fuga.

El jefe de estación dudaba en considerar seriamente el plan del perito; fue el fogonero de la máquina quien temeroso de que le endosaran un trajín extraordinario, después del paleo incesante de carbón que lleva desde Cádiz, juzgó: —¡No habrá bastantes cubos en el pueblo para llenar el depósito de agua!

A lo que opuso el perito como queriendo tener la última palabra: —¡Pero si se puede hacer una gran hilera de hombres que hagan de lanzadera con pocos cubos!

—Tardaremos mucho tiempo en llenar la caldera; ¡pero si no hay más remedio! —Añadió el maquinista.

—¡Hombre, esperemos un poco más a ver cómo va esto! Por allí están las cuadrillas cavando— concluyó el jefe de estación llevándose tras él al perito, al maquinista y su fogonero.

Los tres hombres llegaron al lugar, no distante del andén de la estación, donde una brigada de peones buscaban con picos palas y azadas el lugar donde brotaba el agua. A la vista estaba las charcas de agua, que desenterraban la tubería y no hallaban la fuga. El jefe de equipo de la cuadrilla, con la presencia del perito, más que mandar aullaban a los obreros; como un sabueso mandaba a uno que rebuscara con las manos, a otro que tuviera cuidado de no percutir la cañería y a otros que achicaran rápido el agua que, por irregularidad del terreno, en algunos sitios llegaba hasta los tobillos. Al cabo de unos minutos el jefe de equipo informó al perito de la poca suerte habida. El perito: —¡Está bien, no desmayen y apresúrense, estos hombres necesitan agua urgentemente, el tren espera!

En el correo la gente comienza a reaccionar; el tiempo va pasando y el calor, sin corrientes de aire que haga desplazar el correo, es asfixiante en los vagones, y lo de la avería comienza a correr por todo el tren, de manera que soldados marinería, emigrantes y viajeros desciende buscando fuera de la estación un espacio donde estirar las piernas; muchos se van hacia las charcas que se han formado con la fuga a chapotear y refrescarse. Con las decisiones más explicitas del maquinista y el fogonero que no deseaban tener que esperar al expreso en Villarrubia, peor que en Córdoba y con el asentimiento del perito y el jefe de estación, determinaron pedir voluntarios a los viajeros para llenar el depósito de la máquina juntos con la cuadrilla que busca la fuga. La cuadrilla no vio con malos ojos el nuevo trabajo, y los soldados y jóvenes voluntarios tampoco, que aquello suponía una excelente ocasión de desentumecerse. Inmediatamente se dispuso de una armada de voluntarios; sólo faltaban los cubos, baldes, cubetas o cualquier recipiente que sirviera. De modo que partiendo de la cantina y de un simple grifo se dispuso una lanzadera humana que, con los cubos, regaderas y cualquier recipiente que traían gentes de las primeras casas del pueblo, llenaban el depósito de agua de la locomotora. Muchas mocitas contagiadas del ardoroso voluntariado se añadieron a la cola y aquello fue un jolgorio, una gran fiesta improvisada; pero al cabo de media hora, como el agua que se trasvasaba dependía de un solo grifo poco se llenaba, hasta que nuevos voluntarios, con más cubos traídos de casas particulares los

llenaban de las charcas que algunos obreros cavando buscando la fuga habían creado. El revuelo armado en la estación y por sus alrededores era mayúsculo; todos los allí presentes participaban de la fiesta, momentos de asueto en la monótona vida de la posguerra con sus carencias vitales. La guardia civil impasible observaba todo aquel movimiento que escapaba a su jurisdicción con asombro; se diría que se preguntaban si deberían intervenir en qué y para qué. Entretanto llegaban gente del pueblo, muchos traían viejos cubos y cualquier cacharro que pudiera servir para el trasvase del agua que recogían de las charcas. Así que la llegada de más voluntarios y curiosos se tornó, siguiendo la tendencia natural del país en amontonamiento de gente que se molestaban unos a otros. Se improvisaron coros y salieron a relucir los bailes y palmadas regionales y los chasquidos de dedos junto con coplillas y tonadillas. Al final no faltó del barrio gitano —todos los pueblo andaluces tienen el suyo— que llegara un grupo de ellos con una de sus primeras figuras: un mozo de tez oscura y cabellos negros ensortijados, quien temperamental se lanzó al ruedo habilitado por su familia y comenzó un impetuoso zapateado coreado por los suyos con rítmicas palmadas y como contrapunto sonó un cante jondo, ronco y profundo, de los que califican de tenebroso aquellos que no aprecian el cante flamenco, en tanto que se resquebrajaba el ardor primario que mostraron los de la lanzadera, que miraban con envidia para donde se desarrollaba la verdadera fiesta. El agua y su problema pasaba a segundo plano y hubiera desaparecido del todo a no ser por el interés que tenían el mecánico y el fogonero de llegar a Córdoba y dejar el relevo y tomar el descanso bien merecido, por lo que con gestos y gritos alentaban a los de la lanzadera: ¡Que no está lleno el depósito y nos están esperando, vamos!

Pero tanto la cadena humana de voluntarios como los curiosos que llenaban la estación, apenas ladeaban la vista del núcleo central de la fiesta, y alguien de la cadena exclamó, como quien ha recibido un desaire: —¡Espere, hombre, a que termine el baile, que el mundo no se va acabar por unos minutos...!

Y aquellas palabras fueron el detonante que hizo posible que se rompiera la cadena humana y muchos fueran a presenciar al "bailaor", quien como una caña de bambú contorsionaba su cuerpo en una endiablada danza a un ritmo verdaderamente felino; muecas en su cara las había que cualquiera que no fuera de la región creería que

deseaba mala suerte o los peores males a alguien desconocido. No, son expresiones "flamencas" que no inquietaban lo más mínimo a nadie; la muchedumbre veía aquel frenesí con los ojos de su propia estructura mental, contagiada con los palmoteos y los trémolos apasionados de los "¡oles!" El pueblo se dejaba ir con desbordamientos efectivos que transportaban los ecos de su alma. El moreno y seco danzarín terminó la fatigosa danza y el "cantaor" su cante; pero en el ánimo de todo los allí presentes, ya lanzados, estaban por seguir con la fiesta. Menos mal que esta vez el mecánico, el fogonero, el perito y el jefe de estación todos a la vez, con imprecaciones, advertencias y convencimientos lograron que los voluntarios volvieran a instalarse en la cadena de la fraternidad y de la causa del correo, y los cubos a ser transportados a mano hasta el paciente maquinista y el sufrido fogonero, que nunca dejaron abandonada a la vieja máquina que era como el sostén material de sus vidas. Y cuando la bochornosa tarde tocaba a su fin, el fogonero, que controlaba el llenado, por fin puedo proclamar victorioso que el pueblo había llenado el depósito de agua: ¡El correo ya podría repartir por esos caminos de raíles del ancho español!

***

De nuevo arrancó el correo, llenó su depósito de agua, la locomotora, rejuvenecido, silbaba, humeaba su chimenea palpitando de vida dejando una estela negra sobre los caminos de hierro en el crepúsculo de la tarde.

La noche entra en la cuenca del Guadalquivir y la claridad de la luna envuelve los campos, frescas brisas de viento atraviesan los ventanales de los vagones refrescando a los cansados viajeros, que las reciben con deleite aspirando exhalaciones de la flora regional de los llanos como azahares de naranjos y limoneros, mixturas de tomillo, lavanda y resinas de las sierras cercanas: miles de fragancias y manifestaciones de vitalidad traspasaban los ventanales de los vagones del correo que aliviaban a los sufridos viajeros del caluroso día pasado.

El tren con sus vagones pálidamente iluminados, serpenteaba por la ribera del gran río y la locomotora pitaba, como si reclamara a los cuatro vientos su derecho al paso, y que nada se interpusiera en su carrera a la máxima velocidad por el empeño de llegar a tiempo a

Villarrubia, y mejor todavía a Córdoba, para dejar el paso al expreso de Madrid.

La débil claridad en los vagones acentuaba los rasgos de los rostros de los viajeros; más firmes y hermosos aparecían los de la bella mujer con el hijo a los ojos de Gonzalo, quien por no parecer descarado evitaba mirarla demasiado tiempo. Ella, al costado de marido, siempre con el niño en brazos, permanecía en silencio, quizás consciente, de acuerdo con los tiempos, de la barrera que suponía el sexo para tratar "asuntos de hombres". La mujer apenas pasaría de los veinte años y Gonzalo no la veía destinada a seguir el deplorable destino de las campesinas de su región y, quizás, de muchas ciudadanas de la España de entonces, las que cuando apenas despertaban del letargo de la pubertad serían madres y sirvientas hasta la muerte, como si desde el nacimiento la mujer, sus actos y pensamientos estuvieran encaminados solo a la conservación de la especie y para la oculta esperanza de verlos crecer y retenerlos junto a ellas, cuando saben que el fatalismo de la raza debería cumplirse inexorablemente: unos se irían a la emigración, la lejanía, tal vez un adiós quizás eterno y otros, y más la mujer, a organizar otro nido para perpetuar la especie. Así fue siempre, las mujeres se salieron del hogar familiar para casarse, depender y someterse al marido en cuerpo y alma y para dar hijos al mundo; los varones, los más osados, para ir en busca de la felicidad, las que para los más sería como la camisa del padre Mariana; pero siempre habría un hijo o hija que se aferraría al terruño, junto a los padres, para seguir viviendo lo conocido e inmutable durante el poco tiempo que dura la vida humana. Gonzalo miraba de reojos a la madre con el hijo de ojos saltones y cabeza desmesurada, al que veía fuera del cuadro como una figura superpuesta y fuera de contexto. La miraba y enseguida cerraba los ojos por miedo a que ella descubriera el interés que sentía por ella. Abiertos los ojos y mirando para la ventana, pensaba que con un nada de coquetería esa madre tradicional española se la vería bella por cualquier natural de estas tierras y de otras más exigentes, ya que aún no presentaba esa tendencia natural a la obesidad tan corriente todavía en aquellos años. Un momento se cruzaron las miradas, la de la "madona" con el hijo, engaño de la naturaleza errátil, con la de Gonzalo de admiración. La madona no se turbó lo más mínimo, antes bien hizo frente impasible y tranquila a la de Gonzalo, mirada meridional y superficial perdida en el nimbo de lo indeterminado, y

sin que hubiera huella alguna en su semblante de desdén o de simpatía; como siempre, Gonzalo, pudibundo y avergonzado no pudo sostenerla, hizo como si intentara dormir y se preguntaba si la madre no habría advertido la admiración que sentía por ella, y si habría cabida en su corazón de madre y esposa tradicional para pensar siquiera en tal cosa. Hay que decir que Gonzalo Cernada tenía en mente al tipo de mujeres muy en boga de aquellos tiempo, las que aún se caricaturizan en las fallas valencianas de nuestros días: hombres achaparrados que no pasaban del metro y medio, cuerpos rechonchos, piernas cortas y mujeres que pasando los treinta años, por el duro trabajo, alimentación y malos tratos envejecían de antemano; por lo que Gonzalo, en el ambiente en que iba y ante la excepcionalidad de tener una hermosa mujer campesina, la había idealizado. En los sombríos bancos ningún cambio de posiciones a la vista; aunque, salvo el matrimonio y el Cojo, los demás todos habían descendido del vagón para despejarse, desentumecerse y asistir o ayudar al acarreo del agua. Juanito que fue un voluntario de la primera hora, ya el correo en marcha comentaba: —¡Lo bien que lo pasábamos! ¿Si hubieran visto, como cogíamos cubos, regaderas y barreños? ¡Un asa para veinte manos sin saber de quienes eran! Había una mocita a mi lado que estaba para comérsela; con ella me hubiera ido a gusto hasta Bélgica. Compadre, ¿se divierte tanto la gente como aquí lo hacemos nosotros? El compadre, muy "enterao", le responde seriamente: —¡En pasando los Pirineos, qué digo, Despeñaperros, se acabó la juerga! —¿No se ríe la gente por ahí? –pregunta ingenuo y preocupado Juanito, que el recuerdo de las mozas de Posadas le ha dejado un sabroso gusto sin saciar. —¡Hombre, se divierten, pero de una manera que a nosotros no nos va, bueno que no es igual!— puntualizó el "advertido" Curro, del que ya sabemos algo de su pretendida experiencia. El Cojo puntualizó: —¡Seguramente encontrarás todas las diversiones que pueda procurarte con tu bolsa de dinero! ¿Ya me entiendes? Chicas no te faltarán. ¿No cree usted?— esta vez el Cojo se dirigió a Santiago, el ex combatiente de la División Azul, quien de buen talante explicó: —En mi tiempo, por todas partes en guerra y en los frentes de Rusia poco nos divertíamos, pero aunque parezca mentira ni mujeres ni familias nos veían a nosotros españoles con malos ojos. —¡Pues claro! —apoyó Curro lo dicho por Santiago, quien ofreció su bota de vino a quien quisiera beber de ella; todos los hombres bebieron —también Gonzalo por aquello de quedar bien— y se ofrecieron unos a otros cigarrillos.

El correo seguía hacia Madrid haciendo las infinitas paradas reglamentarias, las que acortaban todo cuanto podían los sucesivos jefe de estaciones, por si el correo pudiera llegar a Córdoba antes de que lo hiciera los trenes que descendían de Madrid; pero como no había certeza de que se consiguiera, se decidió, a la llegada a Villarrubias, a eso de las nueve de la noche a relegar el tren en una vía muerta a la espera de que pasara el expreso.

Pocos cantares se oían en los vagones instalados en las vías muertas algo alejados de la estación, que aunque la juventud tal vez vivía los mejores años de sus vidas, muchos de los cuales ya llevaban más de doce horas desde la salida de Cádiz, ya estaban cansados y aislado entre vías muertas y no era nada como para alegrarse.

Desde las bancos de nuestros amigos viajeros, se percibían las claridades de la estación y a lo lejos las del pueblo; también los grandes faros de la entrada y salida de la estación y las lámparas de los guardagujas. Esta vez el pobre correo estaba solo, parecía olvidado entre viejos raíles y como ya se sabía lo de dejar pasar el tren, aunque nadie sabía cuándo, Juanito preguntó sin dirigirse a nadie en particular: —¿Cuándo llegará ese tren?

Fue Santiago quien respondió: —Se ve que no tienes experiencia en viajes. Yo tenía poco más o menos tu edad cuando desde Madrid tomé con mis compañeros de la División Azul el camino por el que iba a participar en la guerra, se decía, contra el comunismo. Tardamos días y sus noches recogiendo voluntarios por el camino, hasta llegar a la frontera francesa. En cada ciudad importante nos deteníamos para coger nuevos voluntarios, y oír discursos oficiales y largas despedidas y nos parecía que no llegaríamos nunca a la guerra. Si tardamos tanto en llegar a la frontera, algo que nos pareció normal, nuestra sorpresa fue al tomar el tren francés en Hendaya; aquel corría de tal manera que los campos, los árboles y las nubes todo parecía desaparecer a velocidades vertiginosas, algo que nunca habíamos visto antes; de manera que no teníamos tiempo de contemplar el paisaje, todo verde y arbolado, como jardines. En Alemania, después de una corta instrucción, nos llevaron a pie adonde no sabíamos dónde, fueron días y semanas de marcha por terrenos llanos que tampoco parecía que tuviera un final, en tanto que veíamos columnas de alemanes en carros de combate o en camiones que cantaban y nos saludaban con gestos que nos parecían que eran burlones.

Llevábamos con botas nuevas los pies ensangrentados y sufríamos del calor durante el día y de frío, ¡sí de frío durante las noches durmiendo al raso! Al final deseábamos llegar a cualquier parte, mismo al infierno con tal de que terminara aquella interminable marcha. Creíamos que íbamos a salvar al mundo de todos los males de la tierra cuando, en realidad, comparando la extensión del país en el que estábamos, los frentes de batallas que había y los millones de hombres que participaríamos en aquella guerra, éramos poca cosa o casi nada.

En un alto que hizo el excombatiente de Rusia, a Gonzalo le salió espontáneamente la observación siguiente: —¿Si tan mal les iba, como es que lucharon, según se dice, tan valientemente contra los rusos?

—¡Por amor propio, aunque parezca mentira, sólo por amor propio! No creo que todos, ni mucho menos, estuviéramos allí para luchar contra el comunismo ni contra el pueblo ruso, con los cuales nos llevábamos bien.

A aquello opuso el Cojo espontáneamente: —¡Por amor propio, hacer la guerra y poder perder la vida por amor propio, eso nunca lo había oído yo antes! Eso tiene algo de idealismo fantástico. Yo, por amor propio nunca hubiera perdido mi pierna, ni mi juventud en una cárcel.

Quizás, sin poder evitarlo, al Cojo le salió con algo de ironía en lo que pensaba sobre el amor propio que traía a colación Santiago, quien, a su vez, algo picado le pregunto: —¿Y usted porqué lucho, por amor al arte?

—No, aunque yo tenía mis ideas estaba donde no hubo rebelión o el alzamiento, como se dice ahora, y estábamos obligados a tomar las armas; en uno o en otro lado nadie se escapaba de la guerra.

—¿Y ha pasado doce años en la cárcel por nada...? objeto Santiago sin demasiada inquina.

—Pues sí, aunque no lo crea. Parece ser que un pelotón de mi compañía se desmadró en una operación de reconocimiento y pagamos justos por pecadores.

Gonzalo, que probablemente creyó que el aparente antagonismo de los dos hombres podría ir a mayores, cortó por lo sano la conversación y preguntó al Cojo: —De todos los que estamos aquí sólo usted no parece llevar prisa por ir a alguna parte.

El Cojo removió su pierna de madera, se inclinó suavemente hacia Gonzalo y con voz grave y serena explicó: —Si tiene razón, no voy a un sitio determinado, me da igual donde aterrizar; de momento en Madrid, allí buscaré algo que me permita vivir, si no, seguiré hasta el norte, no tengo en mente ningún sitio determinado. Yo saboreo el tiempo, la vida cuanto puedo en libertad; esto no puede comprenderlo nadie que no haya estado en prisión, en un lugar en el que tiempo ni los hombres tienen valor. Hoy no espero nada de la vida más que respirar en libertad y encontrar una oportunidad con qué ganarme el pan de cada día.

En llegar a este punto de su discurso el Cojo dejó de mirar para Gonzalo y comenzó a toser aparatosamente, su rostro perdía color, parecía que le faltaba aire y todos lo que le miraban y escuchaban con respeto no sabían qué hacer, afortunadamente, se fue reponiendo poco a poco de su molestia y enseguida continuó su discurso: —Esto me pasa desde que me condenaron a la pena capital, en los días, mejor, desde que comenzaron las madrugadas que esperaba en mi celda que llegara el pelotón que me conduciría al paredón; madrugadas enteras temblando de miedo, oyendo pisadas de botas de soldados en los pasillos, sabiendo que iban a detenerse en una celda, que leerían varios nombres y con miedo de que uno de ellos fuera el mío; y solo cuando pasaban de largo o no llegaban a tu celda respiraba: sabía que me quedaba, con toda seguridad, un día más de vida, y así semanas y meses; los condenados que éramos todos unos acababan locos y otros con secuelas imborrables y yo con esta falta de aire que a la menor emoción se apodera de mi cuerpo. En guerra, en las trincheras o en las batallas, sea atacando sea defendiéndote, en el peor estado, sientes un miedo natural que se puede combatir y superarlo, la naturaleza te ayuda creando tus defensas que se manifiestan insensibilizándote y saliendo la parte salvaje de cada cual que tiende a matar antes de que te maten; pero no es nada comparado con la pasividad forzosa que sientes, la incertidumbre y la angustia que te ahoga por no saber cuándo vendrán a por ti para fusilarte. Y quieres liberarte de ese terror y gritar ¡Dios mío! Cuando no crees en nada fuera de este mundo. Piensas en

la madre y volvería millones de veces de buena gana al seno en donde naciste. Necesitas pensar en cualquier cosa la más absurda que pueda concebirse o intentas hacer un vacío perfecto en tu mente para poder escapar de tu celda. No lo consigues, sólo te queda que acabe las pesadillas lo antes posible. Y si ese día te parece que nunca llega y no puedes soportar la espera, ¿Qué hacer, el suicidio? Sí esa es una solución y has llegado a la conclusión de que has descubierto que tú puedes librarte de tu mal, que tienes la llave de tu futuro inmediato y has vuelto a tener el poder de ser dueño y señor de tu destino y nadie más. Y este último sentimiento es el que deberá prevalecer en tu espíritu noche y día si no quieres enloquecer. ¡Ah! ¡Qué bien se respira aquí!

Silencio en los bancos de Gonzalo, sólo un corto minuto que apuró el Cojo antes de volver a su relato: —No tengo mañanas, no me apura el tiempo ni me importa el lugar donde pueda respirar. Es difícil entender lo que digo, ¿lo entiende usted? —La pregunta fue dirigida a Gonzalo, quien con deferencia le da su parecer: —Creo que le he comprendido, que usted quiere olvidar su pasado, que es sólo eso lo que busca, que no pide nada a nadie y que tampoco espera nada de nadie. ¿Es eso...? Si lo es tiene que volver a integrarse en la sociedad, para ello tendrá que buscar un empleo, y por el norte, tengo entendido, que los hay más y mejores que por aquí abajo, aquello está más industrializado, no sé por qué siempre han recibido más ayudas y atenciones que aquí abajo; pero creo que con el tiempo se irá todo nivelando y llegará un momento en el que todos tendremos cada vez más servicios sociales, hasta que nos pongamos a la par de los mejores países europeos.

—¡Qué bien me lo pinta usted todo esto, sí que es usted optimista! ¡Bueno no está mal! Por el momento no necesito gran cosa, gozo de mi existencia; es verdad que soy un lisiado, y que sólo tengo como bienes un billete de tren para donde quiera ir y unas pocas pesetas. El tesoro que tengo es el de estar libre de poder mover mi cuerpo para donde quiera y hacer con él lo que quiera. Esto, que puede parecer poco para usted y todos los que están aquí, para mí, que he estado tantos años sin poder ejercer mi voluntad, es como renacer a la vida.

—No he querido molestarle. Le pido perdón si lo he hecho sin querer.

El Cojo mirando a Gonzalo le dio una suave palmadita en el hombro al tiempo que le dijo: —A mí no me molesta en absoluto, muchacho, poder hablar y decir lo que se piensa es ya de por sí algo relajante.

La conversación entre Gonzalo y el Cojo continuó en un tono confidencial, por lo que algunos de los de los bancos se desentendieron de lo que decían, que se organizaron otros coloquios por separado, uno entre Santiago y Juanito y el otro entre Curro y el marido; el Legionario hablaba con la madre de trivialidades.

A Gonzalo le interesaba lo que le pudiera decirle el Cojo, un hombre recién salido de prisión, un republicano o rojo, como se los denominaba a los perdedores de la Guerra Civil que, pasado el tiempo, ya nadie los discriminaban, al contrario, siempre había entre la gente del pueblo que sufría de carencias, alguien que pensaba que de ganar los republicanos todos sería mejor que lo que había; sin que nunca hubiera habido algún precedente durante la República que justificara esa lejana posibilidad, que pocos ignoran que sólo hubo promesas que nunca se cumplieron y si grandes diferencias de clases, pocos repartos de tierras o ninguno y nada que trascienda que fuera social y benéfico para las familias, a no ser palabrerías y promesas que siempre cayeron en saco roto.

Una corriente de simpatía comenzaba a manifestarse entre Gonzalo y el Cojo. Gonzalo después de presentarse dando su nombre y apellidos al Cojo, éste, por fin, se dio a conocer: —Me llamo Antonio Casas Martín y acabo de salir de la cárcel del Puerto de Santa María.

El correo detenido, el tiempo pasaba más aprisa para Gonzalo y Casas inmersos en francas y agradables conversaciones. Era evidente que Antonio Casas necesitaba comunicarse, claro que, como todos los hombres que han pasado por momentos cruciales, como era el caso de Casas y durante largos periodos de tiempo en prisión, en los cuales ha experimentado crueles e indelebles tormentos sicológicos, la conversación no podía ser que de asuntos serios, ya que, por el momento, Casas no le daba demasiada importancia a lo habitual y cotidiano. Y el tiempo pasaba para todos en el correo aparcado en una vía muerta a la espera que llegara, naturalmente con retraso el que pronto se supo que era el expreso de Madrid.

Unos desagradable y rechinantes silbidos anunciaban en la noche que se acercaba el esperado expreso del sur. Al pasar por la estación de Posadas el expreso no aminoró su velocidad, de manera que pronto desaparecieron de la vista de los que esperaban en el correo y estaban presentes en la estación; sólo se apercibieron que los vagones del expreso estaban bien iluminados tanto los de primera como los de segunda clase, ambas, para privilegiados de aquellos tiempos. El paso del expreso debió de parecerles a los viajeros del correros y curiosos que deambulaban por el andén de la estación al de un cometa en los cielos, cuando en realidad la velocidad sólo era algo más rápida que la de los correos de la época: sólo se manifestaba la diferencia en que no paraba en todos los pueblos y en el lujo y la comodidad de los vagones.

En cuanto se oyeron los primeros silbidos se despertaron los que habían conseguido dormirse. Como todos sabían que la salida del correo sería inminente, se prepararon los cuerpos para recibir los primeros choques y topetazos de vagones entre sí. Aunque no fue enseguida la salida sí que fue impetuosa, tanto que sorprendió a todos los viajeros; se diría que todo el tren se desenganchaba de enormes garras de hierro. Se produjeron empujones, basculamiento, pitidos y expulsiones de vapor como nunca antes, pues fueron varias las maniobras que hubo que ejecutar el correo para volver a instalarse en la buena vía, la única que había de ida y vuelta, como en todo el país.

Tan fuerte fueron los tirones que, con un poco de imaginación, pudiera pensarse que la locomotora se vengaba de haber soportado la forzada quietud. Arrastró sacudiendo a todos los vagones con los sufridos viajeros; afortunadamente no fue nada más que una pequeña experiencia más, hubo juramentos, rasguños y más miedo que otras cosas. Finalmente, todos volvieron a ocupar sus respectivos lugares, sentados o de pie y el tren en su buena y única vía salieron pitando hacia Córdoba, hacía la larga espera que les aguardaba.

Sería algo más de medianoche cuando entraba el correo en la estación de Córdoba, empalme importante de comunicaciones ferroviarias, de una sola vía, entre el sur, oeste y norte del país. Por allí pasaban los correos de los cuatro puntos cardinales de la España más pobre, y atestados de gente que emigraban hacia las urbes más

prósperas del país donde podían disfrutar de las conquistas sociales aún en ciernes, que en vida programara el malogrado José Antonio, y los que viajaban al extranjero contratados por los sindicatos verticales.

A pesar de la hora tardía, una muchedumbre heterogénea se removía por los andenes de Córdoba, principalmente la de los emigrantes, figura principal de la posguerra y de ellos los más privilegiados, sin duda alguna, los de contratos al extranjero: trabajo y alojamiento seguro, mientras que los que van por su cuenta a la España privilegiada, a igualdad que los mendigos, se les ve perdidos entre sus iguales y paisanos sin contratos de trabajo. Aquellos y estos, soldados y marinería estaban por todas partes en la estación de Córdoba y principalmente en las salas de espera. De los pequeños soldados de reemplazo se destacaban sus uniformes mal entretenidos y peor adaptados a sus cuerpos; desgarbados cómo iban se confundiría con los legendarios revolucionarios latinos americanos de principio del siglo veinte. También iban desaliñados la marinería con sus uniformes de faena y sus inconfundibles petates que llevaban sobre los hombros o arrastraban sobre el suelo tiñéndolos de mugre; tampoco faltaban las familias al completo que se preparan a pasar el resto de la noche a la espera de su tren correo. Estaban por los andenes la omnipresente guardia civil con su armamento, cartucheras y pesadas vestimenta guerrera, la policía secreta que todo lo vigila y nada en particular; y no podían faltar los buhoneros, pequeños mercaderes de la pobreza con poca carga que liquidar a céntimos o reales. En esa hora tardía aún se veía aguadores que la ofrecían cantándola, otros, café o tabaco, marca Ideales o Toledo y el “kifi” que suelen traer legionarios y pequeños traficantes del protectorado marroquí.

Se instaló nuestro correo en una vía secundaria frente por frente a la estación. Por los altavoces se comunicó que el tren estaría estacionando en la vía un cierto tiempo, que se comunicaría la salida con antelación en cuanto todo estuviera a punto, sin más; pero pronto se supo, por viajeros veteranos, que estarían cuanto menos dos horas, que iban a cambiar de máquina, de personal y que había que esperar a otro correo.

Alborotados jóvenes viajeros, principalmente militares, contentos de tener horas de asueto en una gran ciudad abandonaban los

vagones y atravesando las vías irrumpían en los andenes ruidosamente sin que los guardias le molestaran. Los menos contentos de encontrarse en una nueva e importante parada, también terminaban por salir del correo y emprender excursiones por los alrededores de la estación, que a esa hora estaba singularmente animada con bares de alterne, prostitución, vendedores de estraperlo y de baratijas.

Los jóvenes viajeros desalojaban los vagones y algunos campesinos, no tan jóvenes, hacían lo mismo; pero no se alejaban de los andenes y de la vista del correo, en él llevaban sus familias y pertenencias, todo lo que poseían en este mundo, y lánguidamente recorrían los andenes de un lado para otro como si descubrieran un nuevo mundo y no supieran donde detenerse o con quien hablar. Los que no dejaban los vagones, fueran soldados o campesinos y que iban solos o se habían quedado para vigilar el equipaje de los compañeros de bancos o, en el caso de los campesinos, los tesoros que llevaban en las maletas, que temía que se los robaran, como las chacinas del pueblo y sus humildes efectos personales.

Gonzalo se despidió de Antonio Casas y de la madona y de los demás con un ligero ademán de mano y dejó el vagón. Al llegar al andén principal de la estación echó una ojeada hacia el tren, percibió confusamente a la madona en la tristeza y la poca luz del vagón. Permaneció unos segundos mirándola como si su retina pudiera representársela al natural y pudiera admirarla sin ser visto. De repente, todo se tornó negro y la confusa imagen de la madre desapareció por completo. La máquina se había desligado de su arrastre cortando al mismo tiempo el suministro eléctrico dejando al tren en la más completa oscuridad.

***

La vida bullía en la estación de Córdoba en aquella hora tardía en una noche normal de verano, aparecía los andenes atestados de personas de posibles viajeros; cualquiera pensaría que todo aquel mundo noctámbulo pensaba huir de la ciudad, que buscaba desesperadamente un tren que partiese de allí a cualquier parte donde la vida fuera fácil; quizás aquel cuestionable pensamiento se podría deducir por las expresiones de tantas personas inquietas y aborregadas que se veían por doquier. Allí se mezclaban campesinos con

sus gorras camperas y peones de brega, hombres sin calificaciones laborales que ofrecerían su cuerpo y alma al primer patrón, fuera nacional o extranjero y a cualquier precio, con tal de tener pan y casa, lo que su patria chica y las circunstancias le negaban; y estaban obligados a aceptar, en cualquier lugar de la tierra, lo que les ofrecieran aunque el camino por llegar al buen o mal sitio estuviera plantado de espinas.

Gonzalo Cerrada anda mezclado con todo el gentío por el gran andén de la estación. Malicioso, ve a los soldados en sus descompuestos uniformes verdes y los compara, por lo de la pequeña talla, a los japoneses de esta última guerra mundial, la gran contienda que tanto le apasionó seguir en la revista "Mundo" de papel satinado y en el "Nodo" de los años cuarenta. Había en la mente de Gonzalo una mezcla de curiosidad, piedad y desdén contra esos soldaditos sudorosos y mal compuestos que gritaban, llamándose los unos a los otros, entre el gentío que poblaban los andenes. Camino de la salida de la estación Gonzalo se topaba con personajes locales que se cubrían la cabeza con el famoso sombrero cordobés; algunos con adustas y rígidas figuras los llevaban con majestuosidad, como si fueras "pasos" de semana santa; mas, no nos engañemos, en este mundo andaluz, no todo es lo que parece, que poco es necesario para echar por tierra esa falsa y primera impresión que se tiene del andaluz; que poco a menester para que cambie de faz y de gestos, si la situación así lo requiere; en el fondo cualquier andaluz puede reírse de su propia sombra y sacar de lo trágico, como de una chistera, lo cómico en un alarde incomparable de fantasía, indolencia, fatalismo y superación de la cruel realidad. A la salida de la estación le abordó a Gonzalo un vendedor de gambas salobres, le puso el canasto a muy poca distancia de la nariz y Gonzalo se deshizo algo brusco del insistente vendedor, otros minoristas le proponían altramuces, pepitas de girasoles o los pegajosos vendedores que pregonaban, alardeando de imaginación, sus pacotillas. Ya en la calle el ambiente se despejaba de curiosos, vendedores y viajeros; pero no por ello Gonzalo se libraba del acoso de los que buscaban el pan diario de los pobres, que se le acercó una señora de edad avanzada y pegadiza, la que con una voz y tono de espía teatral le aconsejaba: —Venga a pasar la noche a mi casa, caballero, le espera una velada deliciosa, todo barato, tengo bellezas que pintaría el mismísimo Julio Romero. Gonzalo, respetuoso, le respondió con una educada evasiva; unos

metros más adelante un hombre mayor le ofrecía en moderada voz: —Pensión barata, señorito, venga conmigo que tengo lo que le conviene. Un poco más lejos un joven con aire desenvuelto le proponía las huríes más hermosas de la ciudad de las sultanas, casi por nada, le decía. Gonzalo aceleró los pasos dando a entender su desinterés por las insinuaciones que le salían a cada paso. En el barrio contiguo a la estación aparecían bares de donde salían tufos de aire viciado por humos de tabaco, esencias de licores y ese tufo tan característico de los locales de alterne. Por allí se ejercía la profesión más antigua y deseada de todas cuantas el hombre ha necesitado, después de alimentarse. Las mujeres que daban el efímero placer por dinero, ellas mismas pregonaban sus encantos, y lo hacían por varias calles limítrofes a la estación. Había locales de varias categorías y debía suponerse que, tal vez, las que los ocupaban compartían escrupulosamente la clase: o pudiera ser que la valorara el local, el barrio o la mujer, por esa manía humana tan subjetiva de determinar valores, cuando las circunstancias priman tantas veces sobre otras apreciaciones. Y en la España de la posguerra, cuando tantas familias sufrieron desgarros propios de guerras civiles, tantas madres viudas y jóvenes sin medio de vida, la prostitución fue un medio de sobrevivir en un país destrozado física y moralmente. En los principios de los años cincuenta todavía no se habían desaparecido las secuelas de la espantosa Guerra Civil; aunque algo de lo que ocurría no era nada nuevo en España, nunca lo fue tanto ni tan palpable como lo era entonces en la católica, casta, decente y atestada de prejuicios de la España de posguerra, que semejaba a un extenso y libre prostíbulo. Era también el principio del consumismo, la emigración a las ciudades donde comenzaba a funcionar la sanidad y las ayudas sociales, donde se refugiaban las familias, las miles de viudas, las mocitas que iban huyendo del pueblo, donde, de quedarse, estarían deshonradas de por vida, por el "pecado", como se decía, de haber tenido unos minutos de relajación con un hombre. Muchas de ellas, sin referencias para servir de "chacha", caerían en una casa de cita de calidad o de menos, o peor en los descampados de los extrarradios de las urbes, por donde avanzaban las construcciones de las casas dormitorios. También era raro que el pueblo de cierta categoría o industrializado no poseyera su barrio chino, como se solían llamar los lugares de alterne; así que, ¿cómo no iba a dejarse notar una estación tan populosa como era la de Córdoba las fáciles e interesadas con quistas que dejan amargos sabores...?

Gonzalo huyó de aquello, el deseo carnal no le era extraño a su pensamiento; eran las miles de voces producto de su educación que le hacían sentirse incómodo y culpable de simplemente pensar en el sexo y le atosigaban para que huyera de allí. Siempre que le llegaron al pensamiento lo que era inevitable a su edad, aquellas vocecitas invisibles, tenaces y mordantes le contrariaban. No por ello, en esa lucha entre su instinto natural, su deseo de amor, aunque sólo fuera el carnal, y el miedo al pecado ya, algunas veces, había salido vencedor su impulso natural. Pero aquella noche, por los alrededores de la estación de Córdoba, se sentía cansado por el correo, sensibilizado por las confidencias de Casas, por la inquietud que le producía la oposición a la misteriosa y casi inaccesible plaza, por la cantidad de pretendientes a ella y porque no andaba sobrado de pesetas; así que por esto y por aquello se alejó del barrio de la estación y tomó la dirección que le condujo a una gran avenida de la ciudad, ancha a dos vías, y en cuyo centro y en todo su largo recorrido la poblaba frondosa arboleda con jardincillos recoletos y sus chispeantes fuentecillas; era un parque bien entretenido escoltados por sus bordes por líneas de inhiestas palmeras que recordaban el nombre de la avenida. Por allí respiraba humedad y sosiego. Se paseaba aspirando aromas de jazmines, de pequeños abetos envueltos con rosaledas, begonias y arrayanes. Olía leves chasquidos de pequeños surtidores, cantarinas cascadas herencias de los adoradores de los verdes. Gonzalo, en el frescor del parque, lejos del bochorno del vagón, de los ruidos desafinados y estridentes de todo el tren, de la algarabía incoherente del gentío campesino y militar que viajaba en el correo, respiraba a pleno pulmón; sentía que se liberaba de los problemas que no le atañían de sus vecinos de viaje, que debía de alejar de su mente todo asunto que no fuera el de su futuro, el de prepararse para la oposición en las mejores condiciones posibles, sin que nada ni nadie le importara.

Bien sabía Gonzalo que poseer la plaza que persigue u otra equivalente, por poco importante que fuera, sería como poner los pies en la seguridad que da el ser funcionarios en su país, objetivo de cualquier español que se precie. ¿Quién no buscaba un empleo en una institución gubernamental al abrigo de lo aleatorio? Pensaba el Gonzalo Montana, español tradicional de los años cincuenta del pasado siglo. Se detuvo en un parquecillo y se apoyó ligeramente en la barandilla de un estanque, donde ánades evolucionaban con graciosos movimientos. Palomas acurrucadas entre negras espesuras

alrededor del pequeño estanque pasaban la noche. Con la mirada perdida Gonzalo olvidaba el momento en que vivía, incluso los exámenes, intentaba vaciar su cerebro de recuerdos e ideas y sólo sentir los aromas de las flores de los verdes, color, sumamente sugestivo en los habitantes de la seca y atormentada geografía española. Así que, con aquel idílico pensamiento, Gonzalo terminó por sentarse en un banco cercano al estanque; sentado apaciblemente sólo oía los murmullos de ligeras corrientes de agua y, a poco, consigue olvidarse de todo: del tren y de sus compañeros de viajes, de los deseos de independizarse de la madre y fabricar sus propias vivencias, de la legitima ambición de sentirse útil en un puesto y, si posible, importante en la sociedad y de los fastidiosos exámenes para conseguir todo aquello.

Gonzalo, solo, rodeado de verdes espesuras, oyendo suaves chapoteos de graciosas criaturas que jugaban a prolongar la vida y en un diálogo mudo con la naturaleza, pronto le pareció a Gonzalo que se le iba esa relativa noción que es el tiempo, esta vez demasiado aprisa, mira para su reloj y viendo que ya pasaba, y mucho, de las doce de la noche y como era consciente que nunca podía saberse con exactitud cuándo estaría listo el correo, se decidió a volver a la estación. Una vez en ella y en el andén principal al volver a ver grupos de gente conocida de su correo, respiró tranquilo y más cuando consiguió distinguirlo, allá, una vez más en una vía muerta, descabezado, sin locomotora ni luz, y, como no había luna llena, con la poca claridad que le llegaba de las luces de la estación sólo veían sombras detrás de las ventanas de los vagones. Súbitamente pensó en la madona y para no dejarse llevar por ningún impulso sentimental, volvió al centro del andén principal y preguntó a un empleado si sabía algo de la hora que se suponía que partiría el correo de Cádiz que subía hasta Madrid. El empleado sin apenas mirarle le respondió que partiría en cuanto le engancharan la locomotora: era la indicación más precisa que podría obtener en esa y en otras muchas estaciones de España, una ambigüedad. El valor del tiempo en un país que parecía haberlo fijado una vez por toda en el reloj de sus pueblos, parecía que trascendía a todo lo que era oficial, de manera que frases tales como, pronto, enseguida y el rutinario “mañana” podría equivaler, en ciertas circunstancias a las “calendas grecas”. Todo aquello equivalía a expresiones que no significaban nada o algo así como que no se sabe o vaya usted a saber, que nadie se comprometía a saber nada. Por no querer acercarse a su vagón Gonzalo se

detuvo en un rincón apartado del andén desde donde se podía ver, aunque confusamente, a los vagones de su tren que semejaba un convoy fúnebre de una tristeza infinita. Comenzó a marchar por el andén principal y pasó delante de las salas de espera que en aquellos tiempos era, y no sólo en España, de tres clases igualmente que los trenes de entonces. En la sala de primera clase el vacío era total, nadie se atrevería sin billete de primera clase hollar aquel santuario, lo que era aquello para la casi totalidad de la población andaluza de aquellos tiempos. La sala de espera de segunda se veía ocupada, pero todavía con asientos libres. En la de tercera se agolpaban tantas personas que era imposible ver ni tan siquiera los asientos ocupados. Había familias enteras agolpadas en exiguos espacios, chiquillos por el suelo y algunos de corta edad sobre los regazos de las madres que lloraban. El ruido de la gente allí era confuso e ininteligible y tenían los mismos o parecidos gestos de todos los desarraigados del mundo y en muchos se les notaba la pesadumbre por el miedo a lo desconocido: la nostalgia, la enfermedad del emigrante, aún quedará por llegarles. Como la emigración al extranjero sólo comenzaba, todavía estos de la espera de tercera clase no iban demasiado lejos, Madrid, el norte o Barcelona serían sus metas y por la lengua, aún podrían hacerse comprender y reciclarse en esas urbes; tal vez en otras menos populosas o en pueblos vascos, valencianos o catalanes, provincias favorecidas por los poderes estatales desde el siglo diecinueve al centralizar la industrias y los poderes de las tecnocracias allá donde menos harían falta para conseguir un país más conexionado. Esos emigrante de la tercera clase de la sala de espera de la estación de Córdoba y los correos del sur serán lo que irán a parar a los suburbios de casas baratas, mal visto y peor pagados y servirán para encumbrar los nuevos ricos de estos tiempos y a la burguesía española de todos los tiempos, la que nunca ha pagado a la nación el privilegio sin ningún fundamento que siempre tuvo: uno de tantos desequilibrios cuantos arrastra el país y del que todavía no se vislumbra un final feliz.

Las esperas de tercera clase en la estación de Córdoba era un cuadro tradicional de siempre en la vida española. En el pasado se emigraba tomando caminos polvorientos o carreteras sin asfaltar; algunas familias, las más pudientes, llevaban el carro con todas las pertenencias que tuvieran un valor de uso inmediato y vital para el largo camino; otros iban solo con mantas para dormir por los caminos y no más de un lío de ropa y así cruzaban los Pirineos. Ellos fueron los

que secaron los terrenos pantanosos y plantaron pinedos en lo que hoy es unos de los pulmones de Europa: “Le Landes”. Los que contribuyeron con sus trabajos a modernizar el París del Barón Hausmann y a batir la catedral de Lourdes, y poblar los departamentos agrícolas franceses despoblados por las guerras del imperio francés o “la Gran Guerra” del siglo veinte. Tampoco fueron pocos los que tuvieron la suerte de ahorrar para embarcarse, ya en el siglo veinte, con destino a la América española, donde, curiosamente, ya independiente se podía emigrar libremente, y de donde algunos, casi todos de las regiones favorecidas, volvieron ricos con el sobrenombre de “indianos”.

Gonzalo miraba para la sala de espera de tercera clase de la estación de Córdoba del principio de los años cincuenta, con un sentimiento cercano a la compasión, están las familias alrededor del padre, el hombre que los conducirá a una nueva vida, será un hombre con más o menos recursos, de una casta que nunca ha contado para nada o muy poco en este país, puede que sea un hombre con pocos o muchos recursos espirituales, no importa, estará allí para proteger a los suyos de los inconvenientes que, sin duda, tendrán que sortear en otras tierras desconocidas y, sin embargo, el pobre hombre quizás estará tan perdido como la familia y sin saber qué le deparará el futuro. Los hijos, a esa hora tardía aun despiertos con esos ojos mitad de miedo, mitad de temprana curiosidad, quietos, silenciosos junto a las maletas de madera, intentarán dormir en medio de un bochornoso calor y ruidos de petates, maderas, de voces roncas, de humos de tabaco y olores de sudores humanos. Con toda aquella multitud de gente en desamparo, había grupitos que derrochaban buen humor, ese humor negro y desmesurado muy español con que el andaluz se sobrepone a todas las adversidades, mismo a las trágicas, que se ríe de sí mismo.

Gonzalo cerrada dejó de mirar para la sala de espera y se fue a observar a su estático correo, que daba la impresión que se quedaría allí por un tiempo indefinido, y no quiso pensar en los que seguían en los oscuros y tristes vagones del tren. Todavía no era consciente de que sentía una cierta simpatía por el Cojo y un sentimiento indefinible por la madre y curiosidad por los tipos de hombres que nunca antes había frecuentado, como el legionario y el excombatiente de la División Azul. Como no sabía cómo pasar el tiempo ni tenía con quien hablar continuó paseándose de un lado para otro del andén,

cruzó a una pareja de la guardia civil con los tricornios y barbuquejos encajados al cuello, y a otra de la policía armada, y para remate a los guardias de ferrocarriles con sus uniformes marrones y todos indolentes e indiferentes ante la muchedumbre que vigilaban.

En ese momento pasó por su lado Santiago, que le puso una mano en el hombro y le saludó: —¿Qué, paseándose? Le acompaño un poco, es bueno estirar las piernas.

Gonzalo: —Si usted quiere—. Y como no se sentía muy a gusto con Santiago y sin saber qué decirle, se le ocurrió recordarle algo de lo que le había oído decir de la guerra: —Lo que ha contado Casas de la guerra y lo suyo de la División Azul no tienen nada en común, él parece que no tuvo más remedio que hacer la guerra contra su voluntad mientras que usted fue voluntario.

—Eso es lo que él dice ahora, en cuanto a nosotros es verdad que había falangistas voluntarios, pero la mayor parte íbamos por la aventura y por necesidad; nos decían que ganaríamos gloria y dineros, y como la mayor parte de la gente en Cádiz y en otras partes no teníamos trabajo ni dinero ni presente ni futuro, lo único que había era eso, ir a la guerra de Rusia la que nos la presentaban que sería como un paseo militar. Todo eso ya ha pasado y yo no me arrepiento de nada. En cuanto a lo que ha dicho el Cojo de haber pasado en la cárcel tanto tiempo, no digo que no tenga lo suyo, pero algo habrá hecho, que los rojos en la guerra y en retaguardia no dejaban títeres con cabeza, y no era muy valiente, que digamos, asesinar a monjas y curas. De todas maneras, yo no le deseo haber pasado lo que pasó mi batallón en las trincheras, que recibíamos días y semanas cañoneos y katiuscas rusos sin poder movernos de las trincheras: era para volverse loco, y muchos llegaron a serlo, que cada uno ha vivido lo suyo.

También he oído decir que los nacionales no eran cojos ni mancos en eso de fusilar y tomar represalias —sacó a relucir Gonzalo.

—¿Y qué cree usted que ellos hacían y sus aliados comunista con la checa y todo eso? ¡Eso no se lo dirá el Cojo! ¡Bueno, yo me voy al vagón no sé usted!

Santiago, un poco contrariado contra Gonzalo se fue a su vagón y Gonzalo entró en los lavabos públicos y después de una espera y

luego refrescarse antes de volver a salir a los andenes, oyó un vocerío que tronaba por toda la estación como si fuera un acontecimiento extraordinario, y lo era para los que aguardaban la salida del correo: —¡Nos marchamos, están enganchando la máquina, hay que darse prisa!

Gonzalo se apresuró todo cuanto pudo para volver a su correo, sin saber que no se pondría en marcha el correo tan aprisa como aventuraban las voces, algunas estentóreas, de los viajeros que corrían hacia el correo. En efecto, todavía, había que ajustar los topes y los enganches, empalmar otros vagones, mantener las calderas a presión comprobar frenadas, expansiones del vapor y, finalmente, esperar las campanadas con las cuales el jefe de estación anunciaba la llegada y salida del expreso de Madrid y la salida del correo. Era ya pasa la una de la madrugada cuando todos los viajeros del correo, incluidos los que en Córdoba se había instalados en los nuevos vagones enganchados. Gonzalo había saludaba a sus compañeros de viaje, que ya todos estaban allí, incluso el legionario a quien él había avistado por el andén de la estación y no quiso hacerse ver. Todos correspondieron al saludo de Gonzalo, quien creyó o se lo imaginó ver una mirada atenta de la parte de la madre hacia su persona. Se alegró de volver a verla, para él era lo mejor de todo cuanto le rodeaba en los bancos. Como ya había luz y más animación en los vagones, Curro departía sobre lo que le interesaba a Juanito con ese aire de eficiencia que se daba con el joven emigrante. El marido participaba como oyente, siempre muy interesado sobre lo que se decía del extranjero. El Legionario, que se había ausentado del vagón y escondido en alguna parte de ella se había fumado un par de cigarrillo de grifa, que es como se solía llamar al porro en el Marrueco español, se le veía con los ojos entornados y como si estuviera medio inconsciente. En cuanto a Casas, el Cojo, parecía metido en una muy seria conversación con Santiago, los dos trataban de moderar el antagonismo de pareceres sobre política. Decía Casas: —En guerra, yo no estaban contra nadie, mientras que Casas le replicaba: —En la zona republicana yo defendía mi vida.

Con aquellos cortos y consistentes razonamientos los dos curiosos viajeros justificaban sus respectivos pasados. Santiago que no deseaba por nada del mundo perder los papeles en este civilizado pugilato, insistía: —Nosotros íbamos a luchar contra el comunismo, que era lo que había mandado en la República durante la guerra.

Los que nos reprochan que luchábamos al lado de los alemanes y habíamos jurado lealtad a Hitler, eso se nos fue impuesto como indispensable para que nos alistáramos; pero la verdad era que nos importaba un pito el juramento y si le digo la verdad, simpatizábamos más con el pueblo ruso que con los alemanes y yo, por mi parte, me fui con mis veintitantos años más por la aventura que por política.

A aquello le opuso Casas con mucha discreción y tino: —La verdad es que cuando se invade un país, por muchas razones que se tengan, no siempre se es bien visto.

—¡Hombre! En aquellos tiempos se pensaba de otra manera que ahora; pero le recuerdo que en nuestra guerra los mandos republicanos estaban bajo el dominio de los rusos que enviaba Stalin, y no digamos en la retaguardia. ¿Y sabe usted lo que hubiera pasado de ganar la guerra los comunistas? Ahora se critica mucho a Franco, pero yo le aseguro que de ganar la guerra los comunistas, nadie se atrevería a criticar a nadie, ¡yo sé cómo se pasaba en Rusia por boca de ellos mismos! Y créame que se sentían más libres con nosotros, los que invadíamos el país como usted dice, que con sus comisarios del pueblo y autoridades locales. Y en cuanto a escasez y hambre, ¡para qué contarle lo que se oía y veía allí! Según decían, parece que estaban peor que nosotros aquí en el año cuarenta y uno; quizás porque les dábamos algo de nuestro rancho.

Casas, que no quiso prolongar la conversación y llevarla a cómo había pasado el tiempo en prisión y hablarle de toda suerte de escasez, de los fusilamientos de presos, que muchos de ellos pagaron por otros y sin saber cuándo y qué madrugada vendrían a buscarle, para ponerles frente al paredón. Así día tras días, semana tras semana y meses tras meses en los que sólo cuando oían en las madrugadas las descargas de fusiles y la pistola que remataba al herido, era en esos momentos cuando respiraban hondo, sabían que tendrían un día más de vida, un día entero hasta la próxima madrugada intentando retener el tiempo. Así que, Casas pensó que sería mejor callar, y se silenció. Gonzalo escuchaba aquello que no conocía con mucho interés; él era de la generación de los hijos de la Guerra Civil, la más cruel de tantas cuantas guerras civiles ha habido en España, de las que corren sangre, y mucha y las más de las veces de inocentes. La visión que tenía el joven Gonzalo Montana de esta última era,

en algunos puntos y por la propaganda del régimen, lo que ya había apuntado antes, que había sido por la defensa de valores tradicionales, y que una vez ganada la guerra, el nuevo régimen político, con los escasos recursos existentes en el país debido en gran parte a causa del expolio republicano del tesoro español que vergonzosamente entregaron al extranjero, caso inaudito en la historia de los pueblos; que a pesar de todo, gracias al testamento político de José Antonio, el hombre más honrado de todos cuanto políticos han existido en el país, se estaba instalando un sistema social altamente avanzado: La fundación de la seguridad social, trabajos hidráulicos y regadíos, repartición de tierra, escuelas y universidades laborales para el pueblo, casas baratas, impuestos casi inexistentes, derecho con pocos años de cotización a un retiro, seguros e indemnizaciones, pagas extras de beneficios, paga para los niños y las madre y un largo etcétera que a medida que se iba industrializando el país se vería reflejado en toda su plenitud por todo el país. Y era verdad que todo aquello todavía no se había realizado; pero Gonzalo pertenecía a una generación que había visto o se sabía que en los principios de los años cuarenta se veía por los pueblos, como siempre, niños, mujeres y tantos y tantos pobres que andaban descalzos, sin escuelas, sin socorro social y mujeres viudas de guerra que se daban a la prostitución y al comparar aquel tiempo con el suyo, diez años más tarde, pensaba como muchos en su país y no solamente aquellos que no se identificaban con el nuevo régimen político, que se había consumado un milagro. Es cierto, el país seguía siendo pobre, pero las hambrunas habían desaparecido y los niños podían usar al menos, alpargatas, y se estaba viviendo el éxodo más grande de la historia del país de los pueblos a las ciudades y todo esto se desarrollaba a un ritmo bastante rápido en país de costumbres y atavismos difíciles de borrar y con pobres recursos. ¿Qué diría uno de estos nuevos economistas que discuten décimas de crecimiento o de disminución del producto nacional como si fueran misterios del Universo? Por ello, aunque Gonzalo era de una pequeña burguesía y no había totalmente participado de la tremenda escasez del reciente pasado, se daba cuenta de los cambios, para mejor, de la sociedad y por ello, con sinceridad y con algo de orgullo pensaba aquello del momento en el que vivía su país.

Políticamente, Gonzalo, a pesar de la propaganda del régimen político de aquellos tiempos, como casi todos los jóvenes de su generación era apolítico, pensaba de la Guerra Civil que había sido una guerra

entre hermanos de un país poco socializado, según el pensamiento de la época, y de poca educación cívica. Sabía, por lo que había oído, que muchas familias, muy a su pesar tuvieron parientes que lucharon en uno o en otro bando y sin ideas políticas definida y que, sin embargo, fueron obligados a luchar en uno o en otro bando sin tener noción de por qué luchaban; que en el bando de los republicanos se hablaba de libertad, palabra mágica donde cabía todo y para todo el mundo y toda clase de idealizaciones utópicas o realistas, teniendo el capitalismo, la religión y sus allegados como el enemigo a aniquilar; por otra parte, no ignoraba que la República había sido un caos, que enviaba el ejército contra obreros, su falta de justicia social, falsas promesas y su connivencia con el comunismo estaliniano. Del otro lado creía o le habían hecho creer, que el levantamiento militar había sido ineludible y que no faltaban ideales, como los de falange; pero que prevalecía una dictadura militar. Si bien, como a tantos y tantos en el país, el sentimiento más profundo que tenía de la Guerra Civil era que había sido una vergonzosa y cruel, hasta el paroxismo, guerra entre hermanos, de la que había salido vencedor el que ponía más fe en sus creencias, más orden o que tuvo mejor ayuda militar exterior. Gonzalo, en su banco del correo, en tanto que en su ambiente se charlaba y nadie le molestaba o se dirigía a él, pensaba en todo aquello que contaban los dos hombres, actores de un pasado turbulento, era algo que nunca más volvería a ocurrir, que ya no vivía en un país inculto y violento, que todo aquello era un pasado a borrar para siempre. De todas manera él se sentía y diferente de sus vecinos de bancos y sobre todo del marido, al que viéndole con esas manos aptas para hoces, picos y palas al lado de aquella bella mujer no podía impedirse de sentir un rechazo momentáneo hacia el pobre hombre, pensaba que tanto él como los que estaban a su lado no poseían su sensibilidad, que eran personas colocadas por su nacimiento y, tal vez, por la Naturaleza en otra posición en las sociedades, que era normal que buscaran un trabajo que les permitiera vivir mismo fuera de la patria que los vio nacer o, peor aún, alistándose en guerras foráneas. Gonzalo estaba convencido de que tenía que haber un hado o un ser superior que escogía a los seres y que los posesionaban en el lugar que merecían, luego todas esas personas con tan diferentes metas e ideas estaban en el lugar que les correspondía. Y esta idea aún ya en la mitad del siglo veinte era la que la pequeña burguesía española, la de Gonzalo, aún admitía como normales en la sociedad española todavía fuera de los circuitos morales y sicológicos de la Europa occidental, a pesar del fuerte traumatismo que ocasionó el desastre del 98.

Cenaban Curro y Juanito en aquella hora tardía, según dijeron porque así se les haría el viaje más corto. El matrimonio ya había cenado en la negrura y casi en la soledad del vagón. Santiago había salido a tomar un bocadillo y una copa de vino en la cantina de la estación, y después del encuentro con Gonzalo cuando volvió al vagón en su asiento aprovechando la relativa calma en la que se encontraba todo el correo, echó una cabezada. También salieron Curro y su protegido, y mismo que estuvieron en un bar cercano a la estación tomando un "chato" de vino, donde llenaron de vino la bota de la cual bebían mientras cenaban. En cuanto al legionario, que también salió para drogarse y comprar una botella de vino, seguía en el Nirvana, fuera de lo que ocurría en sus bancos y por sus alrededores. Casas, que había respondido al saludo de Gonzalo particularmente contento de volver a verle, no se había movido de su asiento, y Gonzalo, que no había probado bocado desde el desayuno, a la vista de la comida de los dos emigrantes se le despertó el apetito y se decidió a abrir su maleta y hurgando en ella extrajo de ella dos bocadillos envueltos con esmero en una servilleta, y tomando uno de ellos se alimentaba con mucho apetito, pero con moderación, cuando un momento reparo en Casas que miraba al bocadillo entero con un deseo inconfundible. Gonzalo, que se sintió molesto, con tacto le preguntó: —No tengo mucho apetito, ¿qué le parece si me ayuda a acabar con este? —¡Hombre, se agradece! Pero, ¿no se va usted a quedar sin comida? —No importa si se queda en la maleta con este calor, se agriará, ¡cójalo! Y Antonio Casas engullía el bocadillo como jamás había visto Gonzalo que nadie lo hiciera antes, ni siquiera a los tradicionales pobres que a escondidas de los guardias tomaban las sobras que pudieran ofrecerla las criadas de casas ricas. También a los dos futuros mineros se les despertaron sentimientos generosos ofreciendo a Casas parte del sustento; pero ni Gonzalo ni Casas aceptaron, argumentaron que les sobraba comida con los bocadillos, aunque si bebieron de la bota de los futuros mineros y lo mismo Santiago. Gonzalo tenía la bota empinada frente a la boca justo en el instante que ocurrió la frenética embestidas de la locomotora, la que con pitidos y bufos de vapor gritaba a todos los vientos su salida de la gran estación de Córdoba encaminándose por la llanura del Guadalquivir hacia la capital de España, y lo hacía por las barriada de la ciudad con su violentas expulsiones de gases y topetazos de vagones entre sí, algunos de tal magnitud por la deficiencia de algunos enganches, que, probablemente despertaría a más de uno que durmiera en las cercanías de la estación, y todo acompañado

con los alaridos de los viajeros, que parecía que partían a un combate ganado de antemano.

***

Pasada la media noche, el correo proseguía su andadura, lenta y ruidosa, dejaba los puntos luminosos que emergían de los edificios más altos de la ciudad de Córdoba, y se adentraba en el negro de la noche escoltado por una media luna a veces huidiza y burlona por alguna nube pasajera que la ocultaba y con todos sus pasajeros espabilados y contentos de recibir la suave corriente de aire fresca que penetraba por las ventanas de los vagones.

El Legionario, que cuando la primera sacudida del tren le había pillado transportado en el mundo eufórico de la droga, cayó del lado de Gonzalo quien a su vez hizo carambola sobre Casas y Santiago, lo que en tono guasón provocó en Juanito, que había tomado unos buenos tragos de vino y se sentía animado, una exclamación que visaba al estado del legionario: —¡Vaya topetazo, si continúa así el tren no llegaremos a las minas y tampoco usted al Tercio!

El Legionario sintiéndose aludido: —¡Sí, iré y volveré al pueblo, y otra vez volveré al Tercio! A mí no me hables de profundidades ni de minas, yo prefiero vivir y trabajar sobre la tierra; yo lo que necesito es llegar pronto al banderín de enganche de Vallecas, firmar por un año y luego en mi bandera fuera de servicio poder fumarme un porro o el mogollón de quif, y no me importa que me llamen “aguilón” ni le temo al “pelotón”.

Era evidente que el Legionario iba “colocado”, pues de ninguna manera si estuviera en sus trece hablaría y menos desearía visitar el pelotón de los legionarios, palabra que le entró curiosidad a Juanito por saber lo que significaba: ¿Qué es eso del pelotón? —¿De verdad quiere saber lo que es el pelotón? El pelotón es un sitio donde te llevan por fumar quif, por vender ropas para comprarlo o para ir a casa de putas o por cualquier cosa, como que si no le caes bien a un oficial, sargento o a un cabo. ¿Así que quieres saber lo que es el pelotón de la legión, eh? Pues te lo diré para que no te pase nunca por la mollera irte al Tercio. Si te envía al pelotón por algo de lo que he dicho antes, al llegar a la celda de la prisión que estarás alejada del cuartel principal, te colocan un saco de arena atado con alambres o

cuerdas sobre las espaldas. Con él, aunque parezca mentira, te harán trabajar de sol a sol, alimentarte y dormir, si lo consigues. Con el saco a cuestas, cavarás zanjas y trincheras para una guerra que la deseas con toda tu alma y que nunca llega. Con el maldito saco cargado te golpearán los vigilantes y mearás y harás tus necesidades: es una pesada y viscosa medusa pegada a tu cuerpo. Los que terminan las semanas o meses de castigo y salen del pelotón ya nunca más serán los mismo que cuando entraron: estarán medio "majaras" hasta no sabría decirte por cuanto tiempo. Cuando los vemos desfilar balanceando los brazos, encorvados bajo el peso del saco, desfilando hacia el tajo sean en granjas, porquerías o canteras siente escalofríos por todo el cuerpo, por si por alguna de aquellas hubieras cometido una falta como haber vendido a los moros una prenda para comprar droga o ir de copas y temes que te descubran cuando llegue un chequeo improvisado; pero también puedes sentirte el más feliz de los hombres al verlos: ¡tú estás fuera de aquel infierno! —¿Y por qué fumáis la droga si arriesgáis tanto? —le sale con naturalidad la pregunta a Juanito, a lo que el legionario le responde prontamente y de muy buena gana: —Por eso, porque el juego es peligroso, es un aliciente, una variedad de la rutina diaria. Allí los días, los meses pasan en una paz chicha que te abruma: los mismos horarios, los mismo jefes, los saludos constantes y marciales como si estuviéramos en un teatro de presentaciones, las guardias de noche e imaginarias sin enemigos a la vista y todo ello en un mismo paisaje, donde por un lado un desierto plano uniforme y sin fin y por otro la mar Chica y más lejos el Mediterráneo, y cerrando el círculo los montes del Muluya que a lo lejos aparecen como una amenaza que nunca sabes de qué; parece ser que en las pasadas guerras cayeron por allí miles de los nuestros en emboscadas y derrotas. ¿Disciplina? Si el temor al castigo lo es, pues sí hay mucha disciplina y aburrimiento para los legionarios, que ya no hay guerra, y como también se aburren los cabos y sargentos, se divierten a nuestra costa o pagan contigo el aburrimiento a base de golpes y castigos por quítame allá esas pajas. Si este no me gusta su cara, le zumbo, si aquel mira de través allá va un cachete; si alguien le parece que no estira el cuerpo o mantiene el fusil de un modo que no le va, le arrea un par de mamporros. Si durante la fatigosa instrucción se marca un mal paso, o al pasar una de las tres o cuatro listas diarias no se responde rápidamente, o se acude a ella con un pequeño retraso les llueve bofetadas, puñadas o patadas que es un contento y no para hasta que se cansa. Y esto son minucias... Al principio de tu llegada no hay nadie

que no piense en desertar y alistarse en la legión extranjera francesa; pero pocos son los que lo consiguen, la frontera con Argelia la vigilan la "Mehala" un cuerpo militar marroquí, y ya se sabe que si recogen te espera primero el pelotón y luego el Hacho, un penal para militares desertores. Así que desearías que empezara una guerra en las que todos, desde el novato hasta el capitán de la compañía estuviéramos en igualdad ante el peligro, que entonces se suavizan los tratos. Lo bueno es que en el Tercio tenemos asegurado el pan de cada día, en el centro de la fortaleza la cocina echa humo y nos llega ese tufillo que nos anuncia las dos comidas diarias a los que escapamos del hambre, del paro de los pueblos donde sólo hay mañanas iguales unas a otras, la nada. Tenemos, los que necesitamos algo que nos haga olvidar lo malo de la vida, la "Arguila", la pipa marroquí en la cual escondidos en los jardincillos de la bandera fumamos el "quif" con el cual uno se siente como si estuviéramos en el mundo que uno quisiera estar, y esto supera con creces el miedo de que te vean o que alguien que no te quiere bien te denuncie. Le causaba evidente placer al legionario relatar aquello, y es difícil asegurar si contaba toda la verdad o si exageraba algo por aquello de dárselas de no sé qué; en todo caso, bien se veía que le tardaba llegar al banderín de enganche y volver a sentirse en su Paraíso en medio de un triste y olvidado desierto, y viendo que todos le escuchaban con atención, continuó: —Si pensamos en todo, la vida en la legión no es tan mala, también en la vida civil te mandan, tienes los patrones que te achuchan para que des lo más que puedas con tu cuerpo en el trabajo, y si vives en un pueblo no puedes protestar, el cacique no perdona, la guardia civil vigila y mismo los compañeros de las cuadrillas de trabajadores te llamarían rebelde y te aislarían para defender al señorito. En la sociedad el pobre que no tiene nada que dar, no le queda más remedio que mendigar un trabajo y someterte como un perrillo al jefe de equipo de turno y ¡ojo que no te vea ninguna sombra de rebelión, que si no, ya no te coge para ningún trabajo! Y si estás en el paro, dando tumbos de un lado para otro en busca de un trabajo, te sientes más inútil y solo que la una. Yo, que estaba en esa situación pensaba que, en el Tercio, una vez que te acostumbras a la rutina diaria, no te sientes nunca sólo, que todos hacemos los mismo y participamos de lo mismo; cuando a la semana te llegan las "sobras", las dos pesetas y cincuenta céntimos diarias que pagadas semanalmente suman diecisiete cincuenta, con ellas te crees un señor durante un par de días. Tendrás, en primer lugar la grifa y el quif, quizás para toda la semana, el vino peleón,

cajetillas de “Toledo”, los cigarrillos y, por cinco pesetas la puta mora, ¡y a vivir, viva el Tercio! A esto que Curro —como si defendiera su posición— salió a dar su opinión: —A mí no me va eso del Tercio como tú lo cuentas, yo prefiero emigrar, que, aunque te den un mal trabajo siempre será mejor que lo que hay aquí para nosotros, los que no tenemos nada más que las manos para ganarse la vida. Eso sí que antes de hacerte el contrato te las examinan los contratistas, para ellos las manos es como un libro de saberes de trabajadores sean del campo o de la construcción.

A esto que el marido se las mira como si fuera la primera vez en su vida que fuera consciente de sus manazas. Curro aprovecha pare decirle a manera de información: —Usted hubiera pasado el examen en un santiamén. Por un reflejo, todos se las miraron y Casas cuenta lo que era a propósito en esos momentos: —Y bien que te las miran la guardia civil cuando te topas con ellos fuera de la ciudad, en un camino o en un descampado de pueblo. Yo tuve que enseñarle a una pareja el documento que mencionaba la salida de prisión, que si no lo hubiera llevado conmigo mal lo hubiera pasado en un cuartelillo. Gonzalo, después de observar las suyas, cerró los puños cohibido, era la primera vez en su vida que se sentía incómodo por no haber tenido en su vida una herramienta de trabajo tan descomunalmente hábil como son las manos.

***

El correo seguía su camino intentando colmatar el enorme retraso que llevaba; en realidad sólo paraba cuando lo ordenaba el jefe del tren o cuando debía descargar algún bulto, paquetes o veía algún viajero que aguardara a subir al correo o alguien bajara, como la pareja de la guardia civil. Y a eso de las dos de la madrugada llegó el correo a la estación de Montoro, pueblo situado algo lejos de la propia estación, donde se detuvo bastante tiempo para hacerse cargo de un cargamento muy especial. Para ello engancharon al convoy unos vagones sin techumbre, como tortugas sin caparazones, y el caso era que a pesar de que nunca los ruidos habían cesado por completo en el tren, de pronto se oyeron ruidos confusos y balidos que seguramente acabarían por despertar al que durmiera todavía en el correo. En aquella hora tardía, podía verse que se enganchaba a la cola del correo vagones de carga y oírse golpes de plataformas que se colocaban en ellos, y luego gritos de pastores que hostigaban

a los corderos para que subieran por la pasarela a los vagones de carga, en tanto que se asomaban cabezas de viajeros por las ventanas de los vagones que no creían ver lo que veían.

Duraría más de media hora aquel trasiego de animales del campo al correo, hasta que los ruidos de pasarelas, el campanilleo con que el jefe de estación daba permiso a la salida del correo, que fue cuando entonces se despejaran de las ventanillas las cabezas de los curiosos viajeros.

Los primeros minutos de marcha fueron confusos para los viajeros de los vagones cercanos a los mercancías, ya que recibían sonidos hasta esos momentos desconocidos en el correo; pero pronto se acostumbraros a los belidos de sus vecinos y a los de algún grupito que había bebido algo más de los usual y que, seguramente excitados por los belidos, se dieron de nuevo al cante sin importarles que pudieran despertar a los que pudieran dormir.

Con el correr del tiempo los sones, tanto los de los animales cuanto lo de los humanos, se debilitaban, parecía que todos se iban acomodando para pasar la noche que quedaba; se hablaba en voz baja o menos chillona que lo natural en el país, además el traqueteo acompasado incitaba cuanto menos a dormitar. En general se estaba a gusto en los vagones con el aire algo fresco que entraba por las ventanas con olores de henos y rastrojos; con todo, muchos viajeros, como Gonzalo, hasta este momento no habían echado ni siquiera una cabezada. La madre entornaba los ojos y repentinamente los abría como si tuviese miedo de haber descuidado la vigilancia del hijo; no, el hijo dormía profundamente adentrado en sus sueños infantiles. El marido, siempre todo oídos, como una estatua de piedra y las manazas sobre las rodillas, como si fuera el soporte natural de toda su anatomía, se mantenía despierto y como si mirara para el infinito. Juanito dormía con una esbozada sonrisa en los labios, como nostálgico y soñara que un día regresaría al pueblo con dineros bastante como para aprender mecánica y montar ese taller de reparaciones con el que sueña cuando está despierto.

El legionario, que se había bien despachado de yerba y de vino, dormía con la boca abierta y el pecho descubierto entregado completamente al olvido. En cuanto a Santiago, que aspiraba voluptuosamente el suave viento que desplazaba el tren y entraba por la ventana,

sacaba su paquete de “ideales” e invitaba a tomar uno de ellos a los que permanecían despiertos. Gonzalo no quiso fumar, si lo hizo Casas y al poco el olor del humo del tabaco que la brisa del exterior no lograba disipar envolvió los bancos; algo que entonces poca gente, fueran de las clases desfavorecidas o las de la suerte, no les daba demasiada importancia. Gonzalo, aburrido, preguntó a Casas, lo que ya era sabido: —Lo suyo, lo de la cárcel, fue por hacer la guerra con la República, ¿no?

—Sí, en una retirada me quedé solo y estaba herido; seguramente fue mi estado lo que me salvó que me fusilaran y sin juicio.

—Entonces, es usted mutilado de guerra— expreso Gonzalo, lo que era evidente.

—¡Exacto! –corroboró Casas, soy mutilado sin paga ni honores de ninguna clase.

—Ha tenido mala suerte, Casas.

—¡Sí, es verdad! Cuando empezó la guerra yo era perito industrial y trabajaba de capataz en las minas de Río Tinto y poco me faltó para ser fusilado como a muchos de mis compañeros. Por subversivos, decían, nos cogieron prisioneros y nos pasearon subidos en camiones y escoltados por legionarios por toda Sevilla como si fuéramos marionetas. Yo, por suerte, antes de que me fusilaran, en San jerónimo como a mis compañeros, logré escapar corriendo campo a través con cuatro más detenidos, dos de ellos fueron abatidos y yo conseguí llegar a la zona republicana y, ¡aquí estoy! Muchos en aquella guerra estuvieron en el bando en el que el destino los puso, sin tener ninguna idea política determinada. Todo depende de la suerte que tenga cada cual, ¡así es la vida! Por ello en la vida civil, como en la militar, no todos ni mucho menos, los que han conseguido situarse arriba sobre otros hombres lo merecen por méritos propios, ni sirven para el puesto que ostentan; al contrario, que pueden ser hasta funestos e inútiles. A muchos ambiciosos poco les ha costado subir los peldaños de la fama, la riqueza y el poder: Un estar allí en el buen momento y no allá en el malo, o estar acompañado con este y no con aquel otro y un sin fin de bagatelas circunstanciales trastorna los destinos de los hombres, que pueden llegar a ser héroes, acaparadores de bienes sin ganarlos o simples perdedores que terminen en un paredón o mendigando.

—Y a todo ello, ¿dónde pone usted la voluntad y el carácter de algunas personas? —argumenta Gonzalo, más cómo pregunta que como idea personal.

—Yo insisto en lo de la suerte y, además si se es tan bueno como usted dice por su nacimiento, también ayuda; sinceramente, creo que lo que cuenta es el empujoncito, el llegar en buen momento y en una situación determinada y caer bien junto a ganadores que te necesitan y tú a ellos. Las cualidades y preparaciones de los hombres, por lo menos en nuestro país, poco valen sin la suerte.

—¿No cree usted en las individualidades y en los hombres superiores?

—Eso es lo que los hombres que están arriba, para justificarse, quieren hacernos creer. Qué harían esos hombrecillos sin los miles de aduladores y los mediocres veletas que infectan el mundo. Ese supuesto superior es un puro producto de múltiples circunstancias. Los hay adornados con las prendas del saber, lo que le procuró su posición social al nacimiento. Otra cosa es el tesón, la imaginación del científico que trabaja oscuramente y con la curiosidad infantil de hacer avanzar el mundo en beneficio de todos; ¡y aún a esos no les faltó el primer empujón y la buena ventura! Sin embargo, reconozco que, en general, no son los que buscan el medro a todo precio: eso se queda para los que militan en el mundo de los políticos y en los de las finanzas. ¿Son esos hombres públicos que gobiernan a las mayorías los más competentes para que este mundo funcione mejor? Lo dudo. Primero tendría que haberse generalizada la igualdad de oportunidades y poder situar a los más capacitados en los puestos relevantes. Esto en las sociedades actuales es muy difícil, en el mundo antiguo en las ciudades estados, podría ser, pero hoy día es casi imposible y menos en los países con muchos partidos políticos como ocurría durante la República. Esto no impide que, finalmente, la suerte, las indecisiones y la falta de visión y lógica cambien el ritmo de la historia. Fíjese que en las primeras horas de lo que ahora se llama el alzamiento nacional, si la República hubiera permitido que el frente popular se armase como reclamaban muchos, Queipo del Llano no hubiera triunfado en Sevilla ni en muchas partes del territorio nacional y no hubiera habido Guerra Civil. A veces, lo que nos parece que son pequeños e insignificantes sucesos hacen variar por completo el curso de los acontecimientos: imprevisiones y azares siembran la historia.

Gonzalo, sorprendido de que aquel minero hiciera discursos políticos o de historia que el desconocía, se atrevió a preguntarle: —¿Qué hacía usted antes de entrar en la guerra?

Ya se lo dije antes, era minero. ¿Le extraña que un capataz de minas pueda hablar de algo que no sea de minas?

—¡No, no es eso, es que no sé mucho de la guerra!

—¡Si supiera a cuántos desgraciados que he conocido en cárceles valía la pena escucharles hablar! Algunos eran genios, solo les faltaba los medios materiales y la credibilidad que da a la gente suponerles universitarios, políticos o capitalistas; claro que esto da mucho poder y empaque; si en las cárceles he conocido hombres inteligentes, de cualquier manera de pensar, que sólo eran pobres perdedores mismo antes de nacer que jamás tuvieron una ocasión en la vida para nada.

Antonio Casas hablaba sin pasión, con gravedad y sintiendo con todo su ser las ideas que exponía. Gonzalo sacó a relucir lo que le escocía: —No sé si usted conoce los discursos de José Antonio Primo de Rivera, yo creo profundamente que era un hombre noble, el único en la historia de España quien con sus puntos programaba un Estado justo, social y moderno, tanto o más que el de cualquier país nórdico.

—Algo he oído de ello, pero por ahora sus descendientes no parecen que vayan por el buen camino. A lo que le opone Gonzalo: —¡Hombre! Para hacer las grandes obras y el estado de bienestar que se está haciendo se necesita, primero paz, ella la tenemos, pero no capitales o fondos acumulados de símbolos de riquezas, estos se los llevaron los rojos o como quieran que se les llamen, sin conciencia ni escrúpulos. Nunca la República hizo nada de social que sea digno, a no ser asesinar a pobres obreros y enviar al ejército a castigar a mineros como en Asturias y a arrasar pueblos enteros de obreros sublevados por el hambre, para muestra Casas Viejas o Modruedo y permitir matanzas cobardes contra pacíficos religiosos y no digamos las infamantes humillaciones y muertes de religiosas, o permitir divisiones y nacionalismos que generan divisiones y odios. ¿No era normal que hubiera un levantamiento que parara a tamaño desconcierto y con más propiedad que los del siglo diecinueve? Lo malo fue que al revés que

aquellos este fue un fracaso. Me parece, Casas que usted es un hombre inteligente, y estoy seguro de que sabe lo suyo y que puede que tenga buenas ideas, pero uno también tiene las suyas. Reconozco que no he vivido su tiempo, luego no tengo su experiencia, pero tengo una larga familia de la cual muchos han participado en la guerra en uno o en el otro bando, y algunos están de acuerdo con lo que acabo de decir. A Casas, Gonzalo le había caído bien, se daba cuenta de que el joven estaba firmemente insertado en la nueva sociedad y de que era obvio que, aparentemente, justificaba el golpe militar y todo lo que ello conllevaba, y aunque reconocía que Gonzalo tenía buenos argumentos, en conjunto estaban lejos de ajustarse a su esquema mental producto de la temprana educación recibida; para no enemistarse con él no le opuso nada más a sus comentarios políticos y, en voz queda, que muchos dormían, se sinceró: —Puede que tenga razón en mucho de lo que dice, claro que yo salgo de una prisión sin conocer nada de cómo va el país; y como la política nunca me ha traído suerte, creo que será mejor en respirar libremente y olvidarla. Esta mañana con el billete del tren en Cádiz, esperando la salida del correo canturreaba para mis adentros, como un viejo andaluz. Quería gritar como un loco que estaba en libertad, que formaba parte del movimiento que me rodeaba y me confundía con la tierra, con el cielo y con todo el universo. Tomaba plena conciencia de que existía. Olvidaba que había sobrevivido durante meses a la espera de que te fusilen y luego a terribles años de cárcel con enormes carencias de lo indispensable para vivir. Esta mañana hacía tabla rasa de mi pasado, quería estar en plena comunión con todos; para mí en esos momentos no existían nacionales ni republicanos, buenos o malos, ni pobres ni ricos, únicamente seres humanos en blanco. Y yo participaba de ese sentir, distante y fuera de las rencillas domésticas, de los trabajos penosos, de las prisas y angustias de lo cotidianos, algo tan común en los pobres. Así que aparentemente en mis sueños alejados del torbellino diario, con una visión de la vida desde un plano excepcional, momentos hubo en esta mañana en los cuales andando sobre el andén con mi pata de madera que creía estar soñando, viviendo un delicioso sueño, uno de esos sueños que te fábricas en prisión con el cual te evades de la realidad. Creía que soñaba y tenía miedo de despertarme en mi celda, de manera que andaba machacando con mi pata de madera el pavimento, no sé si porque mientras oyera el ruido seguiría en sueños o en la realidad. Dudaba, ¡pero era verdad y ahora estoy aquí, marchamos, vivimos estoy libre! Y creo que de ello debo pensar y hablar y nada más.

Gonzalo, creyendo que habría podido molestarle antes de su discurso, a modo de excusa: —¿Le molestado antes, Casas?

—¡No, hombre, no, soy yo quien habla demasiado!

***

Plena noche en el correo, los vagones, alumbrados por pálidas luces, aparecen viajeros que intentan dormir en sus bancos, por los pasillos o en algunos rincones al lado de sus maletas. En los bancos, los favorecidos por la suerte duermen en mejores condiciones, aunque hay que soportar el monótono traqueteo del tren, que parece imposible que el cerebro no lo registre, o el de las paradas en estaciones con sus interminables ruidos de cargas, descargas y el vocerío tan español y de todos, sean del norte, sur este u oeste. Siempre donde haya españoles el correo recibirá las broncas voces españolas, de manera que el descanso en el interior del tren es una proeza de difícil realización. Si después de una estancia algo más larga en una estación —que parece que se empieza a olvidar el enorme retraso acumulado— el reposo llega a los cansados cuerpos de los viajeros, la campana que anuncia la salida del correo, los topetazos y escupidos de gases de la locomotora sobresalta a los viajeros y los despierta. No hay por qué alarmarse todo ello es normal, y el correo reparte con el lento zarandeo, tirones intempestivos, saltos de vías, cojinetes que rechinan y escapes de gases de la máquina. Se adivina la cortina negra del humo de la máquina que se esparce por los campos y las finas partículas de carbonilla y sus acres humos que penetran por las ventanillas, cuando ligeros vientos de costados las empujan. Entre todos esos ruidosos movimientos del tren, al marido le puede ganar el sueño, también a la mujer, que entonces se cubre el rostro como si pudiera guardar algo de su intimidad y defenderla de las miradas de sus compañeros de viaje, mientras da una somera cabezada. En las paradas, y durante los bruscos cambios de sonidos, abre los ojos, aprovecha para vigilar al hijo que duerme profundamente y no los vuelve a entornarlos hasta que el tren sale del inmovilismo y recupera el ritmo del traqueteo habitual. A los dos futuros mineros los tediosos sonidos de rieles o los de las paradas y salidas no parece que les afecte lo más mínimo, que duermen como benditos ambos apoyándose el uno sobre el otro. Nada le inquieta al legionario que duerme drogado y ebrio un profundo sueño. Sin embargo Casas no consigue el reposo del sueño, está en tensión, da la impresión de que desea vivir en plena conciencia todos

los instantes del viaje; como si una premonición apenas perceptible en su conciencia le advirtiera de que no siempre sentirá esa euforia pasajera de su nuevo estado, mientras que Gonzalo, a su lado, no puede conciliar ni un momento el sueño, siente el traqueteo del tren como un martilleo constante que le mantiene en vilo y aborrece esa campanilla que anuncia paradas y salidas con los sobresaltos de golpes de toda las intensidades y desconciertos.

En plena noche en el correo, cuando remonta la ancha cuenca del Guadalquivir, se habla poco y ya nadie canta en las paradas: el cansancio es general, buena prueba de ello es que no se oyen ni tan siquiera belidos. En alguna estación en la que la guardia civil relevada penetra en un vagón, a su paso los cuerpos se balancean, se estremecen y dejan pasar precipitadamente a los guardias. Todo el mundo siente un temeroso respeto; es el miedo del inocente a lo desconocido y absurdo. Según la expresión popular, los guardias van armados hasta los dientes como si estuvieran en un estado de guerra permanente. Antonio Casas deja sus particulares pensamientos y pregunta a Gonzalo, que acaba de removerse y mirar para su alrededor: —No puede dormir, ¿eh?

—Me molestan todos los ruidos, la luz, las campanadas, todo...

—Ya ve, a mí, al contrario, todo me anima y todo esto es algo nuevo y fascinante, no me importaría pasarme el resto de mi da viajando en este o en otro vagón. ¿Y usted dónde va?

La actitud y muchas de las palabras de Casas chocaban a, y mucho, a Gonzalo, que nunca se había topado con un hombre tan extraño como Casas; pero a su pregunta echa en un tono neutro no tuvo ningún inconveniente en responderle: —Voy a Madrid, a casa de unos parientes, es para prepararme para unas oposiciones, llevo buscando un empleo hace casi dos años; me paso la vida estudiando para concursos y oposiciones.

—¡Hombre, tiene usted suerte! —exclama, Casas.

—¿Por qué suerte?

—Porque eso de estudiar no le está permitido a todo el mundo en este país, a no ser que haya cambiado algo desde, ¡bueno, usted sabe!

Es curioso, y no lo digo por usted, para muchos el estudio es una obligación impuesta, cuando para infinidad de personas que no han tenido la suerte de satisfacer una vocación y la curiosidad, algo normal en muchas personas, entre las que yo me encuentro, sería una buena parte de los deseos y sueños de la vida hechos realidad. Cuando la gente se instruye sin pasión ni curiosidad en cualquier disciplina, ¿cómo pueden desempeñar cargos y ejercer profesiones en la sociedad con eficiencia? Los individuos deberían poder aprender aquello que corresponde a su curiosidad y a su capacidad de entrega; entonces es seguro que estarían realizándose al mismo tiempo que sirviendo a la sociedad en la que viven, sociedad o país que sería probablemente más feliz y eficaz para afrontar el destino. En mi caso le diré que, cuando niño, sentía verdaderos ávidos deseos de saber con mayúscula. Temía al mundo que me rodeaba porque no podía explicármelo, pensaba que la escuela era la respuesta a todo; y sólo teníamos en aquel miserable pueblo minero un pequeño local mal ventilado con bancos colectivos de madera, un maestro sin título y con pocos conocimientos y ningún libro de texto; nos pasábamos horas enteras recitando la tabla de multiplicar y nos hablaba de naciones y regiones de Europa que ya no existían. ¡Y éramos privilegiados por tener esa escuela! Desgraciadamente, no siempre podíamos acudir a ella, había que ir al campo a ayudar a los padres en las recolecciones temporeras, por las sierras a buscar frutos salvajes con qué contribuir a la parca alimentación y, a lo peor, a recoger “morras”, desechos del carbón. Por entonces aprendí que el saber era para los afortunados, ¡ellos lo tenían todo! Podían satisfacer curiosidades, si las tenían, elevarse en los puestos de las sociedades y desde las alturas juzgar y dominar; más que gobernar, ordenar, en provecho propio, algo que ha sido la norma en mi país en todos los tiempos. Yo no quería poder, deseaba saber, y cuando en un viejo catón conseguir aprender a leer, y leía todo cuanto llegaba a mi vista y, muchas veces, sin entender lo que leía. Con el tiempo llegué a vislumbrar ideas que me hacían gozar y otras lo contrario Ya ve, para mí el estudio y el conocimiento era algo muy serio. Soy de los que se les suele llamar autodidacta, estudié y leí en soledad solo lo que he podido, que era bien poco y sin poder salir de mi condición de obrero, lo que ha sido siempre en mi país sinónimo de torpeza grosería e ignorancia. En cuanto comencé a trabajar y ganar algo de dinero lo dediqué a estudiar, y en menos de tres años conseguí el diploma que estaba a mi alcance. No fue difícil para mí, era joven y fuerte, mi voluntad y mi curiosidad pudo más que todos los inconvenientes que me salieron al paso.

Casas hizo un alto en su discurso, se sentía satisfecho como si sacara sus demonios del cuerpo, y Gonzalo aprovechando el alto y descanso que hizo Casas volvió a repetir casi punto por punto, como si no tuviera otro repertorio que sacar de sus pensamientos, lo que había dicho antes: —No sé si usted sabrá que hoy se está elaborando grandes planes sociales que vienen de la falange, de los puntos de José Antonio, y que podrá acabar con siglos de incuria, porque, por lo que yo sé, la República, poco o nada hizo por acabar con las injusticias contra el pueblo, ¿o es que usted no piensa así?

Le seré sincero, la República es verdad que fue la gran desilusión del pueblo, claro que hay que reconocer que no tuvo mucho tiempo para hacer nada y que entre discursos y decretos modernistas de parada para la galería y regalías para los políticos pasaba el tiempo. El obrero nunca tuvo total libertad para hablar y cuando surgió el gran acontecimiento del frente popular ya se sabe lo que pasó. En realidad, solo durante la guerra éramos libres de hablar y morir en los frentes. ¡Bueno! De eso, quizás por su edad, usted no sepa mucho y le estoy aburriendo con mis recuerdos.

Casas dijo esta frase mirando para Gonzalo quien entró a su vez en el tema que trataban preguntando verdaderamente interesado: —No, de verdad, usted no me aburre, ahora bien, me gustaría saber lo que usted piensa si hubiera ganado la guerra la República, ¿el paraíso comunista? No parece que haya mucha libertad ni justicia social, tal y como nosotros llamamos al bienestar general. A lo que argumenta Casas: —La libertad sin pan que echarse a la boca de poco sirve, sobre todo si no hay igualdad en la sociedad, que lo malo de muchos se sobrelleva mejor que no que soportar a ojos vista las enormes desigualdades entre los humanos, por muchos méritos que se atribuyan a los privilegiados. Gonzalo, algo perplejo, porque no hallaba un molde donde colocar con exactitud el carácter y pensamiento de Casas, ya que la imagen que proyectaba su cerebro, fruto de su educación, sobre rojos, republicanos y otros aprendidos en su tiempo no concordaba con las ideas que proyectaba Casas, se atrevió a sincerarse con su interlocutor: —No estoy de acuerdo con usted en eso de las igualdades, se ve que la vida, en la naturaleza y en las sociedades está repleta de diferencias naturales; mismo si situamos a los hombres en un inicio hipotético de igualdad en educación y oportunidades, sin coacciones posteriores ni sin buenas o malas suertes, siempre saldrán diferencias entre ellos, sean en fuerza de

carácter, sentimientos, debilidades, capacidades, taras incurables circunstancias temporales. ¡Así nos ha hecho la Naturaleza y nadie ni nada puede cambiarlo! Casas, al igual que uno de esos hombres con ideas aprendidas y sedimentadas en lo más profundo del ser, los que si se contradijeran sería algo así como si anularan su personalidad, no parecía que iba a dar su brazo a torcer y se defiende: —¡Si la Naturaleza está contra la igualdad de los hombres y sobre todo con la de las oportunidades de llegar a ella, la Naturaleza está mal hecha y es injusta con el hombre!

Ante aquella contundente reacción de Casas, le responde Gonzalo, irónico: —¿Hicieron ustedes la guerra contra la Naturaleza? —¡Hombre! Nosotros no escogimos la guerra y reconozco que tampoco muchos nacionalistas. Todos sabemos que fue uno más de tantos pronunciamientos que hubo en España en el siglo pasado y este fallido, luego la guerra nos fue impuesta a unos y a otros. Mucha gente en mi campo también queríamos un país mejor y sin llegar a las consecuencias como a las que se llegó.

—¿Quiénes éramos nosotros, fue usted comisario político?

—No, era simplemente suboficial de la República en guerra, estaba al mando de campesinos y obreros que luchaban por sobrevivir y realizar unos ideales justos.

—¡También había ideales en el bando nacional! —opone Gonzalo con firmeza.

—¡Y en todas partes los hay, pero no es lo mismo! El burgués defiende su burguesía, su arte su música, sus artistas su política o sistema económico, lo que es su próspero, bonito e inteligente mundo: Los capitalistas, rentistas, las tecnocracias y los parásitos bolsistas su librecambio junto con empresarios usureros y la inmensa burocracia que trabaja en su beneficio que defienden a los políticos liberales democráticos que los mantienen en el poder. Pero el obrero y el campesino sin tierras, ¿qué defienden? Sólo poder ganarse su pan y el de sus hijos y un techo donde vivir. ¿Es mucho pedir? ¡No! Pero muchas veces ni eso consiguen tenerlo con esa gente que se cree superior.

Aprovecha Gonzalo un respiro de Casas en su recito para sacar de su pensamiento lo que le cuece: —Habla usted como quien tiene toda

la razón. Los hechos mandan, la República no tuvo nada de social, ni mucho menos y no son con palabras con las que se consigue la felicidad. En el bando nacional también se luchaba por una España unida y más justa, y algo de ello ya se está produciendo, ¡ya lo verá usted! Y por lo que yo sé, en República con sus frentes populares y cantos de libertad y de muerte y torturas a curas y terratenientes o a cualquiera que no fuera pobre, obrero o anarquista no se consigue nada de social y bienestar Ya verá usted que aquí, en las ciudades, hay auxilio social para los pobres, casas baratas, derechos a asistencia médica y hospitales, ayuda pecuniaria para las madres y para cada hijo, trabajo seguro con pagas dobles y una de beneficios y seguros para accidentes, jubilación para los viejos y para los obreros que quieren superarse universidades laborales. ¿No es esto social y no palabras? Aunque reconozco, que no es fácil que todos puedan beneficiarse por ahora de estas mejoras, son millones de personas las que salen de los pueblos y no hay mucho capital para crear industrias; con todo, se va por el buen camino, creo yo. También le digo que si el mundo, bueno o malo, ha llegado con sus mejoras sociales, técnicas y conocimiento, en general, es porque ha habido seres superiores: son las diferencias las que mueven el mundo y lo perfeccionan, lo mismo en el reino animal que en el de los humanos, de otra manera el mundo sería peor de lo que es. ¡Es lo que yo creo! Gonzalo termino su réplica un tanto alterado, lo que advirtió Casas, quien mirando para los que dormían o dormitaban a su lado, lo que le supuso como un tranquilizante, ya que temía que alguien pudiera increparle por sus ideas contrarias a las de Gonzalo; aunque en aquellos tiempos pocos obreros lo hubieran intentado, por no comprender lo que allí se trataba o simplemente por desidia y falta de discusiones de aquella clase. De todas maneras, para no enfadar a Gonzalo; aunque no temía en absoluto nada de la parte de su joven interlocutor, expresó: —Estoy de acuerdo con usted en buena parte de lo que dice, nadie tiene enteramente toda la razón ni la verdad de nada. Me gusta su manera de pensar y es bueno conocer otras ideas, pero no se enfadará si le digo que hay que procurar que, con leyes apropiadas, esos seres superiores no se suban a la parra y esclavicen a los que somos normales. Sé que el mundo ha funcionados con los hombres superiores o encumbrados arriba y los esclavos abajo soportando el pesos de los inconvenientes y miserias de este mundo, desde siempre. La verdad es que no me arrepiento de mucho de lo que he dicho antes; si volviera a nacer y tuviera poder y conocimientos suficientes para comprender lo que no sé todavía, me

dedicaría de una manera totalmente pacífica y en plena libertad, a cambiar la vida para mejor de los oprimidos. Y se lo digo con toda sinceridad, que quizás sea el odio que tengo contra los acaparadores que roban a los humildes lo que más me incita a pensar como yo pienso, quizás más que la compasión que tenga por nadie. Sea por lo que sea, no es justo y no hay excusas que valgan cuando se dice que esto siempre ha sido así y el mundo ha marchado perfectamente hasta nuestros días. Detesto a los talentos arropados en vanidades y delicadezas pueriles que ignoran a la miseria que les rodea. Se diría que cada uno de ellos quiere navegar por el mundo por su cuenta como dioses arrebatando la vida —aunque sea inconscientemente— a la de sus semejantes con menos suerte. Y ya no nos sirve la moral religiosa, están anclados en las sociedades intentando inmortalizar su moral y tampoco nos sirve el conocimiento que tienen sobre la vida y la muerte y menos la de las tecnocracias que comienzan a invadir el mundo: esos no son los únicos valores que puedan servir a nuestras sociedades.

Gonzalo viendo que Casas se despachaba a su gusto hablando sin ningún reparo, algo que no era fácil hacerlo en público, que si por una parte admiraba con qué sincera convicción exponía las ideas que expresaba y para él todas nuevas, se daba cuenta de que algo o mucho había de veraz, pero que también atacaba sin ningún miramiento a todo lo que le rodeaba y que lo dejaba desnudo o casi de creencias que arropaban su personalidad, por lo que intentaba defenderse con todos sus argumentos: —¿Dónde está ese mundo perfecto o utopía que me pinta usted tan lindo en Moscú, o sólo son ideas suyas? Porque lo que se sabe de Rusia no parece que allí aten los perros con longanizas y no nos llegan muchos valores que puedan servirnos. Si hablamos de valores, señor Casas, yo por mi poca experiencia no hallo más valor que el cueste ganarse la vida, y todo lo que nos llega tras el telón de acero y de otras partes da miedo.

Calla Gonzalo y le da paso a Casas para que se explique: —No sé lo que se pasa en Rusia y no soy comunista, y si le digo la verdad tampoco sé si existe hoy día un partido político que vaya con mis ideas ni quiero saberlo, sólo adaptarme a mi nueva vida y vivirla en paz. Es la primera vez que hablo en libertad de política y me emociono fácilmente, aun no estoy acostumbrado a mi nueva vida, estoy completamente perdido o no sé si estoy fuera de circuito o no soy normal.

—¡Hombre! No es para tanto, ya verá como poco a poco se acostumbrará a su nueva vida y verá que han cambiado muchas cosas desde la guerra hasta hoy. La sociedad es cada vez más justa, ya no estamos en la España que usted conoció, pienso que hay que olvidar rencores, acortar diferencias para que nuestro país sea distinto del que fue.

La conversación se interrumpió, probablemente Casas no comulgaba totalmente con las ideas de Gonzalo, al que veía como un muchacho educado en el nuevo régimen, y no quiso prolongar las "conversaciones". Por su parte, el Gonzalo Cerrada del siglo veinte todavía no había comprendido que casi todos los actores de la Guerra Civil y en particular los republicanos que sufrieron prisiones y familiares fusilados y, con toda seguridad, todos los exiliados, mismo durante la transición guardaron rencores y odios que se manifestaría, a destiempo en las generaciones posteriores de izquierdistas con extremada virulencia en España; sin embargo que la generación salida de la Guerra Civil se mostró completamente neutral y partidaria del olvido tanto de los crímenes en las checas rusas, los de las milicias y otros, y particularmente las torturas de religiosos, así como también olvidarían los fusiladas perpetradas en el bando nacional, con o sin procesos.

Los dos hombres en silencio no sentían ninguna animadversión el uno contra el otro. Gonzalo sostenía la mirada sobre la mujer, hasta que ella abrió los ojos y apresuradamente, antes de que ella se diera cuenta de su embelesamiento, desvió la mirada y echó la cabeza sobre el respaldo. Gonzalo, como si pudiera apretar un botón y misteriosamente alejarse del vagón, siquiera, con el pensamiento, cerró los ojos; muy pronto se dio cuenta que no podía, que estaba demasiado nervioso a causa de la civilizada controversia sostenida con Casas. Al volver a abrirlos vio a la bella durmiente que apenas inclinada la cabeza sostenía al hijo que sintiendo el vientre de la madre dormía profundamente. Gonzalo, sin que nadie en los vagones reparara en él, fijó nuevamente la mirada en la madre y pensó libidinosamente en ella, conscientemente la deseaba, sentía el irresistible prurito de besarla, de sentir su respiración junto a la suya y su cuerpo junto al suyo; hasta que ella se removió como intranquila y antes de que se diera cuenta de que era observada, Gonzalo desvió la mirada y avergonzado volvió a cerrar los ojos e intentó de nuevo hacer trabajar su imaginación, para pasar el tiempo y situarse fuera del

vagón; y lo conseguía situándose en la soledad oscura de su dormitorio en tardes de siesta, mientras respira suaves aromas des jazmines que le llegaban del patio de casa y oyendo el murmullo del agua de la fuentecilla que caía suavemente sobre el receptáculo. No, no duraba mucho tiempo esas agradables imágenes, su mente era rebelde y se las borraba y volvía al correo, a su monótono traqueteo; está con una muchedumbre esperanzada en encontrar el rincón de la tierra que los acoja o en acabar con el largo tiempo de servicio militar que los liberen y puedan hacer el viaje hacia el Paraíso. Piensa en Casas, quien con tantas ideas nuevas y otras manidas sólo busca vivir. ¿Qué es vivir? Se preguntaba Gonzalo intentando no abrir los ojos y no encontrarse con los de la madre para no sentirse cohibido o avergonzado. Para él el vivir inmediato es conseguir la oposición que le supondría la seguridad para él y para la madre, la posibilidad de llegar a ser alguien en la sociedad, ir subiendo peldaño a peldaño en la escala social que es lo que valoriza a los hombres cuando se sienten realizados y, si posible, antes de llegar a los treinta de edad. Esto es lo que pensaba el joven Gonzalo de su existencia y futuro.

Una sacudida del tren, una de tantas en las salida o paradas de pequeñas estaciones le impulsa a abrir los ojos a Gonzalo, ahora los tiene frente por frente a la bella e inaccesible pobre mujer de pueblo, piensa, como un trasnochado petimetre de los tiempos de antes de la guerra de Cuba: —¿Podría un beso de amor despertarla a la vida de las pasiones? No, no lo cree, porque ve a la mujer despierta o amodorrada concentrada en proteger al hijo en un abrazo maternal en el que parece agostar todo el calor emocional de su cuerpo sobre él.

Gonzalo ensayaba una y otra vez en dormirse y cuando creía que estaba a punto de conseguirlo, una parada del tren lo mantenía alerta y esperaba a que volviera al monótono traqueteo. Mientras esperaba la salida del tren miraba para el pasillo, a los cuerpos de los viajeros alabeados en posturas y semblantes grotescos, y entonces, aunque el tren se pudiera en marcha, temía quedarse dormido y caer en una de esas ridículas actitudes que veían por doquier. Cuando el tren se detenía en alguna parada importante, miraba para la ventana y era raro que no viera a campesinos que esperaran el correo que llegaba del norte; no había pausas de silencios y tranquilidad por los andenes y salas de espera, que media España permutaba el paisaje y la tierra

que le vio nacer por otra de su mismo país o por el misterioso, por desconocido, mundo extranjero. Algunas veces en la noche, se veía como si fuera solo en el vagón, en un mundo desconocido hasta ese momento, oía el nervioso campaneo y los silbidos del tren que anunciaban la salida de la estación y sentía las sacudidas impetuosas que daba el correo al arrancar como si fueran latigazos. Cuando la marcha era lenta y acompasada, una vez más cerraba los ojos y soñaba despierto, soñaba que se le levantaba y cedía su asiento al niño para que la madre descansara, o modificaba las imágenes instalando a la madona en el lugar que ocupaba Casas. A ella la veía alegre, con gracia apoyaba la cabeza sobre su hombro, y el incipiente vello de su mejilla acariciaba la de ella, olía su piel, palpaba su cuerpo, recibía su aliento y, con una pirueta imaginativa, se recostaba sobre la parte cubierta de los senos de ella y dormía: ¡Pensaba que dormía tiernamente a su lado! Su cerebro excitado por el insomnio y el cansancio no le permitía un reposo agradable, sospechaba que tenía mala conciencia y que sentía celos del hijo y que deseaba suplantarlo. En cualquier caso no podía dormir, ese maldito traqueteo por muy monótono que fuera se lo impedía; si bien lo prefería a las paradas interminable, las agrias voces de llamadas o despedidas, los ruidos y golpes sin sentido en las estrepitosas estaciones, la campanadas de la estación que le parecía que tocaban a muerto o a inminentes peligros; y con todo aquello la luz mortecina y triste del vagón que reflejaba cuerpos relajados y al mismo tiempo contorsionados, bocas abiertas, muecas bufas o rostros violentos de los que duermen en pesadillas. Sí, de los dos estados Gonzalo prefiere el movimiento del tren, el frotar de hierros de las ruedas de la locomotora contra los raíles del trazado ferroviario, el traqueteo del salto de vías, que indica la marcha, el seguir adelante y conocer nuevos mundo, que siempre será mejor que el inmovilismo de las paradas y el mismo teatro de pobre gente que espera... Gonzalo posicionado lo mejor que puede para entrar en sueños, el olvido inmediato del vagón y sin poder conseguirlo, se imagina que la mujer le mira y, dormitando, se pregunta: ¿Cómo son las miradas de mujeres como ella, esposas de rústicos jornaleros que hacen el gran viaje de sus vidas para darles las gracias a los don José españoles de todos los tiempos y mendigarles una ayuda? ¿Saben ellas lo que es el amor, el gran amor que nos sublima?

Gonzalo abre los ojos y se da cuenta que dormitaba apoyado sobre un hombro de Casas; ya despierto, le pide perdón. Le responde Casas con muy buen talante: —¡No se preocupe, hombre, duerma, a mí

no me molesta! —No, no puedo dormir. —Yo, tampoco, figúrese doce años en prisión y de pronto... No quisiera dormir y despertar de un buen sueño. —Le comprendo, su primer viaje en doce años. ¡Doce años sin moverse del mismo sitio! —¡No, hice viajes en ese tiempo! —¡Cómo! ¿Viajaba en la cárcel?

—Los traslados, estuve en la prisión de Córdoba, luego, después del motín, en la del Puerto de Santa María y por terminar en la de Cádiz, de donde vengo.

—¿Qué es eso del motín?

—Sí, aquello ocurrió en la prisión de Córdoba. Fue después del final de los juicios sumarísimos del final de la Guerra Civil contra los que, se decía, que habían asesinado o contribuido al exterminio de religiosos, monjas y gente de derechas y condenaban a muerte. Una vez en la cárcel pasábamos tanta hambre que pensábamos que quería matarnos faltos de alimentos y, morir por morir mejor lo era amotinándonos; y así se hizo y, a nuestra sorpresa no pasó nada y en cambio el rancho mejoró algo. Más tarde se supo que no nos llegaban víveres porque el director de la prisión se estaba enriqueciendo a costa de vidas humanas y ya alguien de importancia que tuvo compasión de los condenados le había denunciado. Recuerdo que cada día salían de la prisión provincial una media docena de cadáveres muertos por la disentería, el tifus o el hambre. ¡No hay manera de contar el horror en el que vivíamos! El hambre es algo triste y desgarrador, con ella sale a relucir nuestra animalidad, borra de nuestra alma todo rastro de cultura y espiritualidad: cualquier cosa creada para dar sentido a la vida. El hambre envilece, doblega y arrastra al más firme de los hombres a los más bajos instintos: ¡Todo se desmorona a nuestro alrededor si nos falta la gran dependencia que tiene nuestro cuerpo de alimentarse! Faltos de alimentos todo se vuelve a nuestro derredor oscuro, mentira, superfluo y no hay civilización que valga. Por ello, cuando aún teníamos fuerzas, en la prisión provincial de Córdoba gritábamos como energúmenos pidiendo un pedazo de pan, era suficiente avistar y de lejos cualquier porquería para lanzarse sobre ella o sobre el cuerpo de cualquier camarada con tal de robarle una cáscara de patata. Y los golpes de varas que llueven contra tu cuerpo no te detienen. ¡Qué difícil es olvidad aquello! Hombres hechos guiñapos, abatidos descarnados, sintiendo la muerte que les llega y suplicando que les diera algo de

comer antes de morir. Al cabo de los años aquello me parece una pantomima, una farsa sin sentido: lo trágico y cómico unido.

Gonzalo, completamente desvelado e impresionado por el trágico relato de Casas, sin saber bien qué decir, se le ocurrió la pregunta que le pareció más pertinente en aquel momento: —¿Cómo fue lo de su pierna?

—Fue un accidente estúpido, como todos los que ocurren en las guerras; salí de una trinchera y cuando menos me lo esperaba estalló una granada cerca de mí. En los frentes de guerra vives muerto de miedo antes de entrar en combate, siempre piensas en lo peor, vives una tensión tal que el cuerpo acaba desgastándose, insensibilizándose de tal manera que en llegando el combate no queda más que un cuerpo que busca matar al enemigo. Y siempre es así, los miedos, los temblores y de pronto, ¡nada! Te haces a la idea de matar o morir. Ahora que esto no es nada comparado con la espera a las madrugadas por si te toca el fusilamiento, lo que puede durar meses antes de que te fusilen o te conmuten la pena de muerte si ya no estás enfermo, muerto de hambre o completamente loco. Recuerdo cuando el motín que un grupo de prisioneros enloquecidos consiguieron llegar a la cocina de la prisión y se hacían matar con la boca llena de basura: habían sobrepasado la barrera del miedo y la desesperación y el hambre eran más fuerte que el instinto de conservación.

—¿Y qué pasó después del motín? —pregunta Gonzalo muy interesado.

—Hubo las esperadas represalias; pero se retrasaron los juicios sumarísimos y se conmutaron muchas penas de muerte a cadena perpetua, se repartieron los presos por otras cárceles y, pasando el tiempo, se fueron atenuando los veredictos. A mí me enviaron al penal del Puerto de Santa María donde me condenaron a treinta años de reclusión y, finalmente algo inesperado, tal vez por mi pierna y mi buen comportamiento, dijeron, pasé los últimos diez años en la cárcel de Cádiz hasta que me indultaron, total pasé doce años, los últimos años de mi juventud. En todo ese tiempo tienes que fabricarte una razón para seguir viviendo; para ello tienes que imaginarte que vives un mundo irreal adaptado a tu necesidad espiritual, fuera del lugar y del tiempo en que vives. Sueñas día a tras día, con la capacidad imaginativa del niño, creando escenas que se encadenan con lógica, y con todo esto acatas y cumples las rutinarias

obligaciones del internado; pero en cuanto estás desocupado, vuelves a refugiarte en tu mundo imaginado; ocupas la plaza del personaje que te has inventado y les da una vida propia, paralela a la tuya verdadera. Acabas siendo consciente de que tienes el enorme poder de vivir otra vida libre y muy diferente de la que te imponen en prisión. Es como un teatro que tú manejas a tu antojo con sus decorados y personajes que cumplen gestos y palabras tal y como tú las has escrito en tu cerebro; y puedes meterte a la plaza de cualquier actor en cualquier momento de la representación. De tal manera puedes arreglar tu vida carcelaria, o en otra situación similar, que cuando estás despierto sueñas y dormido recuperas tu verdadero estado y personalidad, de manera que tanto la realidad como la ficción son inseparable en tu vida carcelaria.

Casas hace un alto en la exposición de su curiosa capacidad de inhibirse de malos ambientes, y Santiago, que hace un momento que no duerme y le escucha interesado, aprovecha para ofrecerle un cigarrillo al mismo tiempo que le dice: —¡Vaya, hombre, es la primera vez en mi vida que he oído algo parecido!

—¿Me estaba escuchando? —le pregunta Casas. —Pues sí, me he interesado por esta última parte de lo que decía de su manera de llevar la cárcel, ahora que lo del hambre y demás, no le digo que no sea verdad, pero le diré que, por lo que yo sé y me han contado, en el bando republicano tampoco se han quedado corto en lo del hambre, si no me cree pregúntele a los que aún sobreviven de las docenas de barcos anclado en el puerto de Barcelona repletos de gente de derecha, como decían, que morían de hambre o los desembarcaban para fusilarlos, y eso es algo que funcionó durante casi tres años, o en Madrid, que si no es por un anarquista no queda títeres con cabeza en la capital de España, y en Aragón donde el famoso Durruti no perdonaba a nadie, aunque se rindiera y les prometiera la vida, con él nadie, ni usted hubiera podido soñar despierto ni durmiendo. Y paso por alto miles de casos...

Gonzalo metió baza en ese inesperado civilizado forcejeo entre dos experiencias, circunstancias o maneras de pensar, para dar la suya y, quizás instintivamente, hallar un término medio o desenlace a aquella controversia generacional: —Creo que somos un país que ha generado demasiada crueldad y desgracias. Nosotros, los hijos de los que hicieron esta guerra no tenemos nada que ver con ninguno de

los dos bandos, ni deberíamos diferenciarlos. Ahora ya ningún español honesto debería mirar para atrás y superar todo aquello, sólo pensar en mañana y sin rencores. —Casas, sintiendo un reproche velado a su persona y no queriendo llegar a mayores en la discusión, en un tono humilde se excusó: —Tiene usted razón, yo sólo cuento mis experiencias, no hago comparaciones.

El despertar en los vagones era casi generalizado, ya se oía las broncas voces, los golpes de maletas, el trajín habitual de la juventud. En frente de Gonzalo, el niño, que había despertado a la madre, lloriqueaba y se movía violentamente; la madre apenas podía controlarlo y como el padre finalmente se había quedado dormido como estatua de piedra, Gonzalo se atrevió a preguntarle tímidamente: —¿No le deja dormir el pequeño?

—El pobrecillo no tiene mucho sitio para moverse, es muy nervioso y duerme mal. Gonzalo se apresuró a ofrecerle un sitio en su lugar: —Yo pienso ir al pasillo a estirar las piernas, y si el niño pudiera acomodarse en mi sitio usted podría descansar un poco, seguro que no molestaría al señor Casas ni a usted— dijo Gonzalo mirando para el legionario, quien con un gesto indicó que no le molestaría, en tanto que Casas hacia sitio desplazando su falsa pierna del lugar que ocupaba. La madre intervino: —No se levante, muchas gracias, si no es conmigo el niño ni descansa ni duerme, es más pequeño de lo que parece. El niño se crispaba y se removía violentamente, parecía que iba a separarse de las manos de la madre, Gonzalo, atento sostuvo a la criatura y en el forcejeo se le cayó al niño una alpargata que fue a parar debajo del asiento de Casas. Gonzalo, al recogerla vio allí a una persona echada cuán larga era bajo la banqueta colectiva, le dio a la madre el calzado y en voz queda le dijo a Casas: —¿Ha visto usted lo que hay debajo del asiento? —Sí, hombre, no se preocupe, es un muchacho que subió en la estación de Córdoba, yo mismo le ayudé a meterse dentro, no lleva ni billete ni dinero. —¿Y, adónde va? —No lo sé, qué más da, en busca de trabajo o de aventuras, una escapada de juventud. Llegará a Madrid sin que la guardia civil ni los revisores lo vean, dejémosles que duerma. La mujer oía lo que decía Casas con toda tranquilidad, Gonzalo conjeturaba que ella también sabía, desde la misma estación de Córdoba, que tenían un polizón bajo los bancos y no parecía que estuviera turbada por nada, sí que la veía cansada y ello afinaba sus facciones y le daba carácter. Tan bella y humana veía a la esposa que, aprovechando que ella se afanaba en

calmar al pequeño, no cesaba de mirarla, era evidente que el luto que llevaba y la dulce melancolía que trascendía su rostro realzaban su rústica belleza. Y pensaba melancólicamente, quizás impresionado por el ambiente que estaba viviendo, que su admirada viajera en plena juventud iba camino de marchitarse tempranamente y que, además, parecía que guardaba en su interior una pena que se unía a la que llevaba con el luto, que no debía ser otra que la que da los socavones de la pobreza.

***

Y la aurora aparecía con los primeros claros de día y una brisa deliciosa y acariciante penetraba por los ventanales, y poco después los primeros rayos del sol se escindían por las frondas de olivares y al paso del tren aparecían los innumerables frutos de secano que miran para los cielos suplicando que aparezcan las escurridizas nubes en esta seca estación. En los bancos de los vagones y en los pasillos, que seguían abarrotados de viajeros, estos terminaban de desperezarse y se echaba el primer cigarrillo matinal, y sentados sobre las maletas se introducían conversaciones intrascendentes. Gonzalo Cerrada siente que ya ha pasado las horas de la intimidad y las confidencias que relajan en la quietud y el silencio de la noche. Con el día todo se torna público, los ruidos se confunden y la algarabía que empieza a instalarse en el vagón se impersonaliza. Ya no podrá observar Gonzalo con toda con toda tranquilidad el bello rostro de la viajera con simpatía, compasión y un incipiente amor, sentimientos fronterizos que en la noche pasada estuvieron rondándole; quizás se consuela pensando que el correo con su traqueteo, lo va llevando a su destino. Un frenazo, uno de los que dan el do de pecho, detuvo el correo en una suerte de apeadero y paso a nivel de una pequeña carretera de tierra comarcal de la alta Andalucía: era poco más de las seis de la mañana y se diría que tanto los fogoneros como el jefe del tren habían olvidado el enorme retraso acumulado por el correo. Inmediatamente un vocerío pregonando café con leche apareció en el apeadero, y una media docena de vendedores penetraron en los vagones. ¿Se detuvo allí el correo para el desayuno de los viajeros y facilitar la venta...? Fuera previsto o no por la empresa estatal, los viajeros pedían el vaso milagroso del café con leche como si fuera el agua de mayo en Almería. Uno de los cafeteros hizo su aparición por el vagón de nuestros viajeros, llevaba una lechera de café, un balde con agua y sobre la cintura a manera de cartucheras, latas de leche

merengada y vasos de hojalata. De todos los viajeros de nuestra banqueta fue Juanito quien se atrevió a salir al pasillo y acaparar la demanda de café y, muy galante, cedió el primer vaso a la mujer, la que, naturalmente, lo cedió al hijo, luego todos tomaron café con leche merengada a cincuenta céntimos el vaso, mismo Gonzalo tomó uno después de vencer la repugnancia que sintió al ver aclarar los vasos en agua turbia y secarlos en un paño cada vez menos aseado. Gonzalo quiso invitar a Casas, quien rehusó.

Viajeros había que se apeaban del tren y se dirigían hacia la casucha del apeadero, y paso a nivel, allí el vigilante del paso les indicaba una fuente natural al pie de un montículo que hacía las veces de abrevadero de animales donde podían refrescarse y coger agua potable. Gonzalo también bajó del tren, esperó su turno en la cola del manantial y como el agua caía de la sierra además de fresca generosa, pronto le llegó su turno, puso la nuca bajo el caño de agua, lavó la cara y ya bien despierto y vigorizado, se fue hacia la parte trasera de la falda de un cerro de poca altura, donde hizo una necesidad y luego se fue a estirar las piernas tomando un sendero pastoral que bordeaba la vía férrea sin alejarse demasiado ni perder de vista el correo. El un alto y ya de vuelta, veía el tren como un juguete a la moda y a los viajeros que andaban por los alrededores del apeadero como hormiguitas. Desde aquella perspectiva y con recuerdos y añoranza de su niñez, volvía a sentir la sensación de poderío del gigante mitológico que abrazara con su poderío todo cuando abarcaba su vista. Y ante aquella que por unos segundos le pareció agradable y disparatada sensación se sonrió para sus adentros.

La mañana era agradable, a Gonzalo le llegaba las esencias de las plantas de la sierra, avistaba reatas de ovejas esquiladas que en los vagones de animales olfateaban sustentos del campo. Todo en torno suyo aparecía sereno, espacios puros sin holladuras perniciosas. Una bandada de grajos pasaba graznando por los aires, se diría que protestaban por la presencia del correo el que abajo, al lado del apeadero, permanecía inmóvil mientras la máquina echando el sobrante del vapor que no utilizaba, reposaba. Ni el maquinista ni la guardia civil y ni siquiera los viajeros daban señales de salir pronto de aquella incongruente parada. ¿Por qué aquella parada en un lugar tan solitario, sin cargas ni descargas, ni destino de viajero y con sólo una barrera de paso de un camino de herradura?

Gonzalo, ya en el apeadero, tuvo sobrado tiempo para asperjarse nuevamente y luego pasearse como hacían otros viajeros por el lado del apeadero. Más de media hora estuvo detenido el correo en el insignificante paradero por el cual solo se vio pasar un borrico seco de carnes como el campesino que lo montaba.

Por fin, con un gesto muy exagerado del maquinista accionando la maneta del silbo, anunciaba la salida del apeadero del correo, que no se hizo hasta que el último viajero subió al tren. El tirón de la máquina hizo dar un salto al niño que desprendido de la madre pudo haber caído de no ser por la presteza de Gonzalo que lo prendió a tiempo, y luego recogió el bizcoche que se escapó de la mano del crío. La madre por vez primera sonrió agradecida a Gonzalo, que le dio las gracias y le explicó: —El niño está algo retrasado para su edad, y venimos a Madrid también porque aquí hay un hospital de la seguridad social donde podrán cuidarle. Gonzalo comprendió que la razón del viaje del matrimonio no esa sólo por esperar a que don José les ofreciera apoyo para instalarse en la capital, y con este nuevo conocimiento aumentó la simpatía que sentía por la mujer, que le hizo ver en ella una cualidad que la sublimaba y otra, como el timbre de su voz, que lo consideró suave y ondulado, que lo contrastaba con el agudo, chillón y la excesiva vocalización que es propia de la gente de su región. Gonzalo, al cumplimiento de la madre le había respondido respetuosamente con “un no había de qué” y algo azorado como para proseguir el reducido diálogo que hubo entre ellos, no habló más.

El correo se columpiaba serpenteando por la sierra , cegaba túneles remontando respetables desniveles y, como es de suponer, subía lentamente. Jóvenes militares se divertían marchando a paso forzado en los descampados al costado del tren imitando su lentitud y gritando palabras triviales, a los cuales gritos parecía responderles los belidos de las encerradas ovejas que olían los pastos frescos de los collados de las sierras. —¿Dónde estamos? —preguntaba Juanito sin dirigirse a nadie en particular. Se había aseado en el apeadero, llevaba la gorra campera bien puesta y estaba de buen talante. Santiago les respondió: —Por Despeñaperros andamos, pronto llegaremos a Castilla.

—¿Echan los perros “pabajo”? —pregunta Juanito queriendo dar a sus palabras y gestos una entonación graciosa.

—Es una leyenda— aclaró Santiago.

—¿Por qué no nos la cuentas?— Pidió Juanito.

—Bueno, voy a intentarlo. Oí esto que voy a contar que ocurrió en tiempos del rey Fernando III de Castilla, quien emprendiendo la conquista de Baeza y su región tuvo por estas tierras, cerca de Las Correderas, una notable resistencia por parte de los moros. Se cree que estos viéndose perdidos ideaban toda clase de tretas y artimañas para impedir el avance de los cristianos: derrumbamientos de tierras, lanzadas de piedras, de víboras y enviaban perros rabiosos. Uno de ellos mordió al conde de Berlanga, al que el rey estimaba como a un hijo y lo tenía como hombre de su confianza, enfurecido, mandó prender a todos los perros de la región, y mientras el conde rabiaba muriéndose se tomaba venganza despeñando perros, y se dice que también muchos gatos tomaron involuntariamente el mismo camino que los perros, ahora que esto último puede que no sea verdad.

—¡Pues no acabaron con todos los perro, que en mi pueblo seguimos despeñándoles!

—¡Es cierto! —sacó a cuento Casas— siempre fuimos crueles...

Probablemente pocos en las bancos comprenderían la pausa que hizo Casas al final de pronunciar lo de cruel y lo que significaba, el caso fue que el cuento o la leyenda dio origen para que se abrieran las válvulas de los recuerdos o de narraciones más o menos verosímiles, y del asunto de los animales se pasó a lo sobrenatural con sus aparecidos y otros sujetos interesantes. Curro y el legionario, este último que se había fumado un “petardo”, como se decía, fueron los cuentistas más notables; y con estos desenfadados relatos el buen humor se instaló en los bancos de nuestros protagonistas, cuando ya los rayos solares, si los accidentes del terreno se lo permitían, inundaban con su calor los rostros palidecidos de los que habían pasado una mala noche, y coloreaban las mejillas de los viajeros cercanos a las ventanillas del vagón. Gonzalo miraba de soslayo para la mujer, que presentaba la frente con algunos cabellos rebeldes y los ojos espléndidamente brillantes en su rostro ovalado; ella seguía con el lastre del hijo que parecía ocuparle todo su ser. Gonzalo paseaba la mirada sobre las manazas del marido y no las

relacionaba para nada con la mujer. En ella veía fragilidad, delicadeza y al mismo tiempo carácter, mientras que en el pobre hombre sólo veía —en el afectado pensamiento romántico que le llegaba— su rusticidad y sus manazas. Le sacó de su abstracción la voz grave y algo cavernosa de Casas que le preguntó. ¿Qué clase de oposición prepara?

—La de la escuela del cuerpo diplomático. —¡Ah, una buena carrera! Funcionario, el sueño de cada español, viajes, promociones y sinecuras, le deseo suerte. Gonzalo, para cambiar de tema y no tener que dar más explicaciones preguntó a su vez: —¿Y usted, persigue algo de inmediato? —¿Yo...? No, ya lo he dicho, como en mi pueblo sería una carga para alguien, voy a Madrid a perderme en multitud, allí buscaré un empleo, y si no me sale nada, iré al norte; y si tampoco allí pudiera vivir dignamente, no tendría más remedio, como tantos otros que he visto desde mi salida de prisión, que mendigar; así aliviaré conciencias que ganarán los cielos de nuestro pueblo tan católico: un mendigo más en la capital o en otra parte no creo que moleste a nadie... —Siento no poder hacer nada por usted, voy casi sin dinero a casa de unos parientes —dijo Gonzalo con sinceridad. Y todas las miradas en los bancos estaban puestas en Casas, quien removiendo su pierna de madera y con una pizca de orgullo, dijo: —No necesito nada, por ahora soy feliz.

A Gonzalo le impresionaba aquel hombre pobre y desdichado en extremo que con grave calma se entregaba a su destino sin un gesto de rebelión. Reconocía que el tal Casas era la persona más extraña que jamás había conocido hasta ese momento en su vida, y con una personalidad y vivencias muy distinta a la suya, la de un pequeño burgués, según la terminología marxista, que de niño nunca sintió la falta de algo elemental y que de mayor viajó, una sola vez, en uno de los correos en los que se fraguaron las historias de seres anodinos y olvidados en los siglos diecinueve y veinte de este país tan extremadamente diferenciado.

***

A eso de las ocho de la mañana se desayunaba o almorzaba en los bancos. El marido y Curro invitaron a los compañeros de viaje a que participaran de los alimentos que llevaban; nadie aceptó salvo, naturalmente, el viajero clandestino. Gonzalo, para quedar bien, sólo

bebió algo de vino de la bota de Curro, también bebieron Santiago y Casas. El legionario, aparte del vino, tampoco quiso tomar nada, en realidad se moría de ganas por llegar al banderín de enganche y fumar la droga que seguramente ya no llevaba encima.

Mientras el tren correo subía lentamente por las últimas escarpas de Despeñaperros, en los bancos se fumaba y se charlaba apaciblemente. Juanito, a pesar de la distancia que le separaba, había hecho carantoñas al niño y le mostraba por la ventanilla, cuando el panorama se despejaba algo de montañas, los asnos que aparecían por los senderos y que daba tiempo de contemplarlos a placer, porque parecía que marchaban a la misma velocidad que el correo. Todos, mismo con pequeños gestos se habían ocupado del niño, de manera que el crío al sentirse mimado se le veía alegre y vivaracho. Con todo, Gonzalo había momentos que la enorme lentitud del correo —poco más del paso gimnástico del hombre— le exasperaba, pensaba en lo que había leído de los largos trazados de vías de ferrocarriles con sus famosos trenes como el Oriente Expreso y, sobre todo, el Transiberiano, el tren que cubre distancias fabulosas durante días y días de vida en común con seres desconocidos, y en cómo sería n las relaciones entre viajeros condenados a soportarse durante tantas horas y días juntos.

Juanito le pasaba la bota al pasajero clandestino, y como no podía empinarla, Casas organizó un parapeto humano para ocultarlo en el que figuró el legionario que vigilaba si llegaba el revisor o la guardia civil y también el marido, el que hubiera bastado con su cooperación, por su altura y corpulencia para el caso. Apareció el mozalbete, que apenas tendría quince años, seco, desgarbado y con pinta de lince, bebió un buen trago de vino que debió sentarle de maravillas después de haberse engullido un buen pedazo de pan de pueblo y chacinas, a continuación, escurridizo como una anguila, volvió a colocarse bajo la banqueta. Gonzalo, complicado como todos en una infracción por ocultar un polizón, una falta menor, aunque al fin y al cabo un delito entonces, se quedó más tranquilo cuando desapareció el muchacho bajo el banco.

El correo tocaba la llanura manchega, la caldera de la máquina presionada al máximo se desahogaba echando tras ella una negra estela de humo negro, en tanto que imprimía una velocidad al correo que tal vez superaría los sesenta kilómetros; por lo que los

pasajeros, animados, ya se imaginaban poder ver Madrid al fondo de la rasa campaña. Ya cercano el mediodía, avanzaba el correo hacia Madrid pitando a los cuatro vientos anunciando su presencia por la Mancha, rodeado de tupidas alfombras de verdes viñedos que avivaban la sed de los viajeros. El calor se hacía sentir ya con mucha fuerza en los bancos, la madre calmaba al niño con arrullos e intentaba darle de beber y refrescarlo con agua de una pequeña botella. Gonzalo, como probablemente casi todos en los vagones del tren, sediento, deseaba que apareciera una estación, apeadero o lo que fuera donde poder apagar la sed. Hubo un alto sí, en medio del campo rodeado de amplias perspectivas de viñedos sin paso a nivel, finca o modesta casa de campo que se viera por todos los alrededores.

—¿Por qué para? —preguntaban algunos.

—¿Qué ha pasado? —inquirían otros.

La guardia civil atenta y omnipresente descendía de un vagón y se dirigía hacia la cabeza del convoy. Cabezas de viajeros asomadas por las ventanas de los vagones seguían con la vista a los guardias esperando que les aclararan el porqué de aquella misteriosa parada en medio de cultivos de viñedos y sin nada más a la vista. El revisor, invisible hasta entonces, todo acalorado, también desciende del vagón de segunda y se va hacia la locomotora. Pronto, no se sabe de dónde surgieron voces que desvelaban el misterio: ¡Se ha averiado la máquina! Al oír aquello, viajeros comenzaron a descender de los vagones y dirigirse a la cabeza del tren, pero antes de que llegaran a ella, la Guardia Civil los mantuvo a distancia con un simple gesto. Desde fuera del tren se veía que la máquina echaba vapor negro a raudales. No pocos de los que presenciaban aquello a distancia se preguntaba si la locomotora no llegaría a estallar, tal era la fuerza con la que se expansionaba la caldera. Curro y Juanito ambos no perdieron la ocasión de ir a presenciar la nueva atracción que se les presentaba en aquel viaje, el que parecía que los retrasos no les afectaban para nada a nadie. Detrás de ellos salió el legionario, y Casas, dirigiéndose a Gonzalo: —¡Bueno! Es momento de estirar la pierna que me queda. ¿Usted no sale? ¡Esto sí que parece que irá para rato! —Sí, voy con usted. —Gonzalo tuvo el gesto de querer ayudar a Casas a descender del vagón, pero este, algo brusco, rehusó. Y los dos hombres se llegaron hasta lo más cerca que le permitieron la

guardia civil, y sin ningún temor aguardaron por allí apelotonados con otros viajeros por ver de qué se trataba la parada. Veían que el revisor discutía con el maquinista acaloradamente y que, al final, que tomaron la decisión que fue presenciado por todos los allí presentes de enviar de urgencia al fogonero en busca de socorro a Almuradiel, a un par de kilómetros. Y todos pudieron ver cómo se perdía el fogonero por el horizonte con paso apresurado. El vapor y el humo que expulsaba la locomotora por la válvula de seguridad y la chimenea simultáneamente disminuían con el tiempo, ya no había ocasión de peligro alguno, los guardias dejaron acercarse a los viajeros y se comentaba lo sucedido y ya más o menos, todo tuvieron una idea del último acontecimiento del viaje.

Sucedió que la reserva de agua que servía a la caldera de vapor de la máquina perdió por una fisura toda el agua, y la poca masa acuosa que quedaba en la caldera se vaporizó rápidamente elevando la temperatura y presión con mucho peligro para la estructura tubular de la caldera. El maquinista detuvo la máquina, expansionó al máximo la caldera, extrajeron del hogar el carbón incandescente que el fogonero proyectó sobre el terraplén de las vías y aguardaron impacientes a que el calor se disipara en el ambiente y luego decidieron enviar al fogonero a la próxima estación, Almuradiel, naturalmente a pie a pedir ayuda. El tiempo se presentaba libre y ancho a los viajeros, que se dispersaban por los viñedos con muchos de sus frutos aún en agror. Gonzalo y Casas penetraron en un sendero en medio de plantaciones, y ya bien adentrado por él y fuera de la vista de nadie tomaron unos racimos que expuestos al sur paliaron en mucho la sed que ambos llevaban. Casas decía, como si hablara consigo, mientras saboreaba grano por grano: —No podía comenzar mejor mi nueva vida cuando la naturaleza me ofrece sus frutos en toda libertad. ¿No sería una hermosa realidad aquella en la que se cuenta que el hombre podía tomar libremente lo que necesitaba para su sustento de la tierra virgen y repartirlo entre todos? Gonzalo, imitándole con un racimo en la mano añade: —Lo que dice usted es una utopía quijotesca, estamos infringiendo una ley de la propiedad privada, no sea usted ingenuo, Casas, no creo que haya habido tiempos aquellos, quizás en los primitivos que, como en el caso de los animales, los hombres hayan podido disfrutar, con toda libertad, de lo que hubiera en la naturaleza virgen. Yo creo que siempre ha habido gente o pueblos que se han impuesto a otros más débiles y que han debido alimentarse de las sobras que dejaban los más fuertes.

—Tiene usted parte de razón amigo, ya veo que no es usted muy optimista; no le contradigo, que sé muy bien que aquello que yo decía era un sueño estúpido, pero no crea que no han dejado de soñarlo pocos hombres inteligente o ingenuos, como usted dice. Lo que es verdad y eso no tiene vuelta de hoja es que hemos complicado las relaciones sociales una enormidad.

Y como Gonzalo se percibe que ha sido algo pretenciosos, para apoyar algo de lo último que dijo, y viendo la juventud del correo que buscaba racimos maduros, exclama: —¡Y tanto! ¡Mire, mire, por allí! Si nos permitieran coger tantas uvas como quisiéramos sería una verdadera devastación, nadie piensa en los propietarios. Lo que me extraña es que la guardia civil lo permita. A mí también, aunque lo de la devastación me parece demasiado riguroso para el caso, y también nos atañe, ¿no le parece? —dijo sonriendo Casas. —Bueno, me pasé un poco, lo reconozco y tiene razón, algunas veces juzgamos a la ligera a los demás sin mirarnos a nosotros mismos. —Me alegro, es bueno cambiar de parecer —decía Casas que miraba a los frutos y al cielo azul con un semblante animadamente juvenil. —¡Mire qué racimo, está completamente maduro! –observó Gonzalo.

Decir aquello Gonzalo y quebrar el tallo y tomar el racimo fue todo uno y, enseguida, quiso compartirlo con Casas, quien bromeando le dijo: —Ha tomado algo de la famosa propiedad privada, Gonzalo.

—Usted Casas, no cree en la propiedad privada, ¿me equivoco?—De esto se ha hablado hasta por los codos desde hace casi dos siglos. No creo que, en buena lógica, que alguien que no posea nada crea en el derecho de la propiedad privada y al contrario, quien posea algo, por poco que sea, no la defienda y, si se tercia, con su vida. Creo que es bueno sentirse propietario de lo que produce el siglo y es necesario y razonable para el sustento y ocio de las familias, y no creo que sea bueno que las riquezas se capitalicen entre unos pocos y las posean las tecnocracias sin que las controlen las naciones para que se beneficie el pueblo, quien, en definitiva, es alguien importante en crear lo que llamamos “valor” palabra misteriosa como la que más. Creo que la vida tiene que socializarse y democráticamente, no es justo ni bueno ni recomendable que el mundo lo manejen unas cuantas saciedades financieras. Dentro de cien o doscientos años se dirá: hubo un tal periodo de sociedades en la Tierra en el cual las riquezas las controlaban unas cuantas tecnocracias y sus

correspondientes sociedades de inversiones acaparando y explotando los cinco continentes hasta dejarlos exhaustos. ¿No nos damos cuenta de que sólo tenemos este planeta para vivirlo? Hay que racionar, planificar y realizar cultivos y producciones duraderas, y para ello debe haber un poder y control en los gobiernos de los estados y del mundo, de manera que ningún país pueda imponerse ni económica ni militarmente sobre cualquier otro por pobre y débil que sea.

—Usted cree en un mundo colectivista, ¿no es así, Casas? —Si a eso le llama usted planificar, intentar prever un futuro más controlado y sostenible de las riquezas totales del mundo, estoy de acuerdo. Creo que la humanidad se sentirá mejor cuando desaparezcan los grandes monopolios individualistas, las grandes fortunas de prepotentes encumbrados y, desgraciadamente, muchas veces por los mismos asalariados y pobres de este mundo: dos estados sociales antagónicos que no tienen sentido de existir. De todas maneras, es posible que la opinión que yo tenga de cómo debería ser la vida para todos sea algo ingenua sino lo es del todo, pero yo, con tanto tiempo como he tenido para pensar en todo ello y en algo más, he llegado a esa conclusión. —No quiero contradecirle, Casas, sé que no tengo su experiencia, pero tengo para mí que lo que usted dice es una de las muchas utopías que se han escrito por el mundo y, no lo niego, por hombres de mucho talento, y todas de difícil, sino imposibles de realizar; aunque sean todo lo razonables que usted quiera. —Tienes usted razón, Gonzalo, y sin embargo la humanidad siempre ha vivido contra el sentido común y la razón, porque nadie en ningún sitio del mundo, nadie admite las diferencias extremas de riquezas a no ser que se las impongan por la fuerza y necesidades naturales y religiosas. Desde el siglo diecinueve a esta parte cada vez es más difícil que las masas soporten las diferencias que disminuyen al ser humano, que llegan hasta el punto de no poseer un hogar ni el pan de cada día, como sé que ocurre en tantas partes del mundo y ocurrió durante nuestra guerra. Es curioso, la miseria colectiva e igualatoria puede sobrellevarse si, al menos, hay alimentos, pero la opulencia vecina, a la vista, el hombre de hoy no la soporta, su estructura mental discrepa de los moldes que en el pasado envolvían a los hombres.

—No sé si le comprendo del todo, Casas, ¿no estará usted pensando en el comunismo de los países de este, de los cuales no hay ninguno

de ellos que nos llegue buenas noticias? Se piensa que en ellos se pierde la individualidad, que aniquilan el libre albedrío, que esclavizan al hombre en comunidades de hormigas y en trabajos forzados y donde los talentos que hicieron posible los avances de la humanidad con sus ideas y creaciones no tienen valor y son perseguidos; yo no me apuntaría para vivir en ninguno de esos países.

—¡Ni yo tampoco, Gonzalo! Yo no me refiero a ninguno de ellos ni los conozco ni deseo conocerlos. Tenéis una mala visión de los rojos, en las prisiones españolas ha habido miles de hombres con mucho talento, corazón y cultura que soñaban con mundos mejores y no eran comunistas. De ellos yo he aprendido lo poco que sé durante mi periodo carcelario. Mis ideas yo las siento, las razono y no sé tampoco si existe un partido político o alguien que piense igual o parecido a como yo pienso; en cuanto a los individualistas, Gonzalo, y no quiero hacerle cambiar de ideas, que no sé cuáles son, esos individualistas, digamos los encumbrados, esos han necesitados de la suerte, de un buen nacimiento y de panaderos que le cuezan el pan. ¡Está bien! Hay que tratarlos correctamente y, si quiere, admírelos, ¡pero no hay que subirlos en pedestales, son hombres como todos! No he querido alabarlos a tal punto, era un detalle importante, me parece. Yo no tengo ningún ideal político, creo que, en general, mi generación sea por las circunstancias sea por algo que desconozco es totalmente apolítica; vemos la Guerra Civil como una guerra de familias en la que ganaron los más fuertes y preparados. Por lo que sabemos de la República, poco hay de ella que el pueblo eche de menos. Las promesas que hicieron al pueblo se quedaron en el vacío, hubo terribles anarquías y crímenes impunes, los gobierno enviaban el ejército a masacrar pueblos de pacíficos y hambrientos campesinos sin tierras o, como en el caso de Asturias al mismísimo Franco a sofocar rebeliones de obreros, y no digamos durante la guerra lo que hicieron muchos de tantos y tanto partidos políticos, muchos con mandos rusos. ¿Lo sabía usted? —Sí, lo sabía, también en los nacionales se fusilaban y no creo que haya habido muchas diferencias entre unos y otros, somos españoles, un país con poca educación y muchos odios y rencores, egoísmos y diferencias sociales. —Creo que es verdad lo que usted dice, Casas, pero a mí me parece que los ideales estaban del lado nacional, si le digo la verdad no estoy con Franco, ni creo que haya sido el gran estratega militar de África, una pequeñísima parte de Marruecos que, comparándolo con los imperios de Francia en Inglaterra y mismo Portugal, es para

reírse. Sí que simpatizo con José Antonio, por su talante, ideas y sobre todo por su programa con sus puntos sociales, los primeros que un político y estadista español aportaron al país para socializarlo prácticamente. Claro que muerto el perro se acabó la rabia, pero algo de esos puntos se han implantado en el país por segundones de su doctrina, como la Seguridad Social, ayudas familiares en dinero, casas baratas, protección al obrero, pagas dobles y de beneficios, seguros sociales avanzados para los accidentados, vacaciones pagadas, universidades laborales y con diez años de cotización algo de pensión para la vejez. Todo esto se va implantando y fundamentándose poco a poco en el país. Ahora bien, reconozco que si José Antonio viviera a lo largo del tiempo no tendría más remedio que haber modificar algo de su sentido del gobierno; pero eso no quita su gran sensibilidad, la única sensibilidad práctica y humana que ha habido en un político español, y no sería yo quien lo fusilara dos veces, que parece que a muchos les interesó su muerte, en uno y en el otro bando. —¡Vaya, amigo Gonzalo, me ha dejado atónito! ¿Y dice que no tiene ideas políticas? Todos tenemos alguna pequeña idea de cómo pensamos que debe ser el mundo en el que vivimos o, al menos, en nuestro país. Puede que le parezca un poco loco, Gonzalo, leí mucho en mi vida, devoré lecturas de todo cuanto caía en mis manos. ¿Sabe usted lo que aprendí sobre la vida y la muerte cuando tenía poco más de veinte años? Pues que todo lo que vemos y vivimos lo traducimos según nuestra particularidad y las circunstancias que no rodean. Entre la vida, en general, y la muerte, nadie descubre nada, todo está allí delante de nuestros ojos. ¿Se acuerda cuando le dije que no me gustaban los encumbrados que piensan, vanidosamente, que nada deben a nadie, que todo se lo deben a su voluntad y talento, sean capitalistas políticos o artistas? Pues con ellos comienza una ininterrumpida cadena de diferenciaciones que nunca termina...

Gonzalo le replica con vehemencia: —¡Sé que todo es complicado, pero en un colectivismo igualatorio se ahogaría la personalidad y se sentiría uno comprimido y sin poder realizarse!

—¡Continúa con su pesimismo, está usted obsesionado con el colectivismo, Gonzalo! Todo depende de qué clase de colectivismo hablemos. Si realizarse uno implica necesariamente que centenares de seres deben esclavizarse o cuanto menos, subordinarse a mal vivir, no creo que sea natural en el hombre, por lo menos en el ser

civilizado. Yo no creo, Gonzalo, en superioridades que no sean morales, por muy inteligentes que sean los hombres que no las posean, que siempre estos serán perjudiciales para las sociedades. Es cierto que en el hombre existe una tendencia natural al individualismo, uno oye sólo los latidos de su corazón, siente su dolor físico y el pulso vital de todo su cuerpo. ¡Así estamos hechos! De ahí la importancia de la educación que doblegue ese instinto vital. En las sociedades modernas capitalistas nuestra educación exclusivista, quizás sin pretenderlo, nos incita a ganar para que otros pierdan, a subir los escaños del poder para que otros bajen, a destacar en algo para que otros se hundan. En suma, cada hombre lucha contra otro hombre más o menos solapadamente, y se ha mantenido un equilibrio por el temor y los castigos derivados de las religiones en el otro mundo o en este por los poderes públicos civilizados. Repito que hay que acabar con los individualismos que no esclavizan. Gonzalo andaba confundido con aquellas insólitas ideas, por cierto muy en boga todavía en su tiempo, claro que de poco calado en la España por razones obvias, y se le antojaba que Casas era un cándido y desconcertante idealista, aunque le admiraba. Y Casas siguió explayándose a sus anchas sabiendo que tenía a su lado el interlocutor perfecto: —Lo que ocurre es que la cultura, la lógica y la claridad de pensamiento hoy día como antiguamente es de pocos, y si estas ideas que acabo de manifestar no son de recibo, acaban perdiéndose en la memoria de la gente, de ahí la idea mía de la importancia de una educación social que transmita la cultura universal de generación en generación, pero no exclusivamente técnica, sino que también la de los sentimientos y del bien común, que ya se sabe que nunca andan pareja, que esta última siempre queda muy rezagada...

Casas hablaba entusiasmándose, gozando de la libertad que por fin veía después de doce años de prisión en aquel viaje en su vagón de tercera. Para él el tiempo ya no contaba, ya no era para él estrecho ni largo era un presente que respiraba en libertad. Gonzalo, si no fuera por la presencia de Casas, seguro que el viaje se le hubiera hecho cuesta arriba, interminable y lleno de incidentes que retrasaban la llegada a su meta inmediata. Así que los dos hombres, bien compenetrados, proseguían su paseo por un sendero que serpenteaba entre viñedos, cruzando grupos de soldados, emigrantes y viajeros del correo desperdigados por toda el área rebuscando el buen grano, en tanto que la guardia civil indiferente cumplía su misión de custodiar el correo. Gonzalo y Casas luego de saciar en parte

la sed con racimos de uvas, marchaban sin cuidarse de la viña ni de nadie, absortos en sus especulaciones sociales; siempre procuraban no perder de vista al correo y su máquina que parecía exhausta gastando los residuos de carbón en ascuas y escupiendo las últimas vaporizaciones. Gonzalo, al costado del hombre que al principio de conocerlo le hizo ascos su pierna de madera, le escuchaba con atención y respeto, y Casas enlazaba discursos unos tras otros; su veta de sujetos que trataba era inacabable y variado, hasta que paró en seco al encontrarse en una bifurcación de senderos con Juanito que llegaba acompañado con el pasajero clandestino, un muchacho algo más joven que él. Juanito exclamó: —No hemos puesto "morao" de uvas, ahora vamos al pozo de aquella casa de campo que se ve allí a llenar esta botella de agua y a refrescarnos, igual que lo han hecho esta gente que viene de allí. ¿No vienen ustedes con nosotros? ¡Hay "pa" rato con la máquina, nos vamos!

Los jóvenes paisanos se fueron con racimos de uvas y cantimploras. Casas dijo a Gonzalo: —Vaya con ellos, conmigo tiene que ir arrastrando los pies, yo les seguiré. Gonzalo, que no le apetecía, en absoluto, irse ir tras los jóvenes y dejar solo a Casas, expresó: —Puesto que hay tiempo de sobra no hay porqué apresurarse, iremos juntos.

Así que, espaciosamente, los dos hombres se fueron tras los dos muchachos con otros viajeros que iban a lo que ya era el espectáculo del momento, mientras cruzaban a los que ya volvía bebidos y refrescados y con cantimploras llenas de agua o con cualquier recipiente que pudiera contener agua.

Los jóvenes y menos jóvenes viajeros del correo, como hormiguitas que recogían grano para almacenarla para el invierno, recorrían el sendero del pozo, picando racimos mismo aún ácidos; unos cantaban, otros, reían y todos lo pasaban bien en este incidente para ellos agradable, normal en tiempos de relativa libertad en lo civil e irresponsabilidades. Gonzalo decía: —Se han hecho amigo Juanito y el chico sin billetes. —Sí, son casi de la misma edad, con destinos diferentes, los dos en busca de su identidad; seguro que sentirán tener que separarse. —¿Tenía usted amigos en la cárcel? —preguntaba Gonzalo, tal vez por decir algo. —¡Hombre, claro que sí! Como en todas las concentraciones de seres humanos siempre hay personas con afinidades. En las cárceles, en los barrios marginados y en la más absoluta pobreza, nunca falta un "alter ego", otra persona con la

que puedes comunicarte, si esto no fuera así la vida sería insoportable. Los necesitados sienten la soledad con extrema tensión y para escapar de ella desarrollan el instinto social: nadie en ese caso puede permitirse el lujo de ser individualista. —Me parece, Casas, que usted ve la generosidad, la solidaridad y el altruismo en la pobreza, es decir, en aquellos que no pueden ser generosos ni solidarios. ¿Me equivoco?

—Verá... Los necesitados, los que cumplen funciones de esclavos modernos en las sociedades, alivian su desgracia comunicándose con otros de su misma clase. A los individualistas encumbrados la solidaridad les es completamente inútil a no ser que busque en otros la unión que defiendan sus privilegios. Ha habido y habrá una tercera clase de individuos que no son ni pobres ni ricos ni egoístas ni altruistas, y en esta clase se encuentran muchos dogmáticos y salvadores políticos a los que les guía el odio o envidia que sienten contra los encumbrados, y con el pretexto de defender a los oprimidos buscan el medio de suplantar a los encumbrados.

—¿Entonces, según usted, tal vez José Antonio entraría en esa tercera clase? No sé... Ya veo que para usted ese hombre representa un ideal. Yo no sé nada de los puntos ni qué es lo que hay de nuevo, porque ese hombre fue fusilado, ¿no?, y muerto el perro se acabó la rabia.

—Algo se está haciendo... —replica y repite Gonzalo, algo triste y como molesto. Con estas charlas, más o menos trascendentales, se acercaban a la casa de campo donde el valioso pozo se veía en medio del patio de una vieja granja, donde viajeros se afanaban en subir un cubo de agua por medio del aparejo tradicional y la lo vaciaban en un abrevadero de animales. Sin nadie a la vista que defendiera la entrada de la propiedad, se pusieron a la cola viendo como jóvenes se refrescaban y algunos, incluso, jugaban lanzándose agua con la mano: la algarabía de siempre. Juanito, que acababa de subir un cubo repleto de agua, dio de beber a Gonzalo y a Casas, que se refrescaron en el abrevadero, que era de grandes proporciones, y enseguida, tranquilamente, emprendieron el camino de regreso los dos bebidos y refrescados y, cómo no, Casas explayándose con Gonzalo. Próximos al correo se toparon con el marido que se había decidido a salir a por agua; llevaba en una mano una pequeña garrafa, saludó a los dos confidentes con deferencia llevándose la mano

libre al sombrero. Los dos hombres correspondieron al saludo y en cuanto se alejaron de él Gonzalo comentó: —Es un pobre hombre, no parece muy despierto. —¿Le tiene lástima o le critica? —arguyó Casas. —Pues, no sé...

—No lo tome a mal, Gonzalo, creo que es compasión lo que deberíamos tenerle. ¿Sabemos lo que le pasa por su alma sintiéndose pobre, sin recursos y mendigando a su antiguo amo una limosna y con una bonita mujer y un niño? La mujer es bonita, ¿eh? Me he dado cuenta de cómo la miraba y le comprendo.

Gonzalo no le replicó, se sentía desnudo ante el hombre que había descubierto su pensamiento y debilidad; estaba profundamente molesto y bruscamente sintió un cambio de sentimiento respecto a Casas, al que deseaba, en ese momento, tenerlo lejos de su persona y sentirse solo. Casas, que había advertido la inversión de Gonzalo hacia él, sin sentirse especialmente afectado, esperaba que se le pasara el enfado, pero no, que llegaron al lado del correo sin soltar palabra ninguno de los dos. El sol todavía martirizaba con sus potentes rayos cuando llegaba al galope de un caballo un hombre con una camisa resplandeciente de blancura y un sombrero campero que, sin desmontar, hablaba con la guardia civil, la que enseguida se pone en movimiento y con voces y modales inquietantes se desplegó por los viñedos ordenando a los “vendimiadores” de ocasión que cesaran la recogida de uvas y que devolvieran los racimos. Una media horas más tarde ya nadie se veía por los sembrados. Casas y Gonzalo subieron al vagón y volvieron a sentarse cada uno en sus respectivos asientos. Todos, a excepción del marido estaban de nuevo reunidos en los bancos. Juanito y el joven viajero clandestino habían hecho una buena provisión de racimos de uvas, y le habían dado uno de los más maduros al niño, y se reían comentando la buena cosecha de uvas obtenida en la parada circunstancial. En esos instantes, clamores generalizados anunciaban la llegada de la máquina de socorro que se perfilaba cada vez más sobre el verde horizonte de la planicie. Los últimos recogedores de uvas llegaban corriendo y ya la guardia civil, el celo siempre inclinado con exceso, los detenían para confiscarles los racimos de uva que al momento los recogían unos peones del caballero quien habría exigido a la guardia civil que ordenara la devolución de los racimos de uvas a sus peones.

Ya la máquina auxiliar con sus pitidos anunciaba que estaba lista para continuar el viaje. Los que aún continuaban por el sendero corrían y la mujer, siempre con el niño en los brazos, exclamó: ¿Se dará prisa ese hombre? ¡Mira que si nos quedamos solos...! —y miraba al hijo con ternura.

—No se preocupe, señora, hay tiempo, —la tranquilizó Casas.

La mujer, con la preocupación que traducía su semblante, miraba hacía la ventanilla con la poca visibilidad que tenía desde su emplazamiento por ver si llegaba el marido, y no podía verlo. Juanito, con vista de lince, sí que lo ve que, con cierta cachaza, va llegando al tren mientras los guardias le jalean para que se dé prisa. Juanito la pone al corriente de que va llegando y la mujer se calma, y enseguida su faz se torna serena y bella. Gonzalo no se atreve a mirarla, le avergonzaba pensar que se hubiera apercibido, lo mismo que Casas, de la atracción que sentía hacia ella. Y el marido, por fin llega cargado con el agua, y la mujer, que nada más verle le reprocha: —Creí que te iba a quedar aquí.

—¡No digas tonterías, mujer, había tiempo! —estas fueron las palabras de la conversación más dilatada que oyera Gonzalo que gastara el marido con su mujer desde que subió al correo en Sevilla.

***

Sin campanadas de estaciones ni silbatos de máquina, pero sí con aclamaciones y vítores de la juventud del correo, la nueva máquina enganchada a la averiada del correo repartía por la llanura manchega. Curro, para festejar el gran acontecimiento tomaba su bota: —¡Vamos a terminar con ella, la llenaremos en la próxima estación! Se pasaron el cuero unos a otros. Gonzalo no bebió, se sentía en su asiento aislado, confuso y extrañado como un pequeño colegial cogido en una falta bochornosa. Por una parte le gustaría estar lejos de sus compañeros de viaje, de los ruidos de los cancioneros populares y de todo lo concerniente al correo, por otra, cuando miraba de reojo y sin que nadie de sus compañeros de viaje reparara en él, pensaba en el chico que iba debajo de su banqueta, en Juanito, esperanzado en que encontraría un nuevo mundo, en la pobreza señorial del mutilado Casas y sus discursos, todos nuevos para él y, sobre todo, en la belleza serena y natural de la madona. Era consciente de

que estaba nadando entre dos orillas, una la suya, la de su cuerpo y alma, la de su propia vida con sus escasas vivencias y experiencias y otra, la del mundo del correo, inédito para él, distante y desconcertante que había descubierto tan de repente, por ser de una clase media algo descalabrada, pero que le había evitado de conocer y de convivir plenamente, hasta esos días, en la verdadera España de su tiempo.

Al poco, el correo llegaba a Almuradiel, que fue en donde el fogonero pidió socorro, al entrar en la estación el correo, por los altavoces apresuraban al maquinista, y también el jefe de estación con el banderín para que se adentrara en una vía de espera anunciando la inminente llegada del rápido de Andalucía para desenganchar la máquina averiada. A nadie que viajara en el correo debería haberle extrañado esta nueva retención. Era como un reflejo del destino de los viajeros, siempre cediendo el paso a los más rápidos y mejor preparados y esperando una oportunidad para alcanzar y poder situarse en la vía principal

Gonzalo, lo mismo que muchos del correo, aprovechó, sin decir nada a nadie, para salir del vagón y encaminarse a la cantina de la estación. Desde ella, teniendo a la vista el correo, se tomó un bocadillo y un vaso de vino. Oyó por la atronadora voz del jefe de estación la llegada del rápido, naturalmente algo retrasado, porque por lo de la rapidez no habría mucho qué decir. Finalmente, con insolentes pitidos, el rápido aparecía por la pequeña estación y se detenía en la ancha vía española. La locomotora del rápido, imponente y negra como el carbón que la alimentaba, semejaba a un orgulloso monstruo de acero pletórico de fuerza. Arrastraba el ténder, seis vagones, de los cuales dos eran de primera y el resto de segunda y un furgón de cola. Los de primera descollaban y mucho del resto por el lujo interior algo barroco o, mejor, quizás modernista de antes de la Primera Guerra Mundial y un tanto pretencioso. Los asientos de tejidos afelpados, encajes de finos hilos con dibujos pueriles, espejos ovoides, cortinas discretas y otras filigranas eran frecuentes en el interior de aquellos vagones. Los de segunda clase, con algunos visillos de menos, felpudos desengrosados y otros objetos más o menos modernistas y las indicaciones de clase, no se distinguían demasiado de los anteriores: con seguridad eran vagones comprados a buen precio a los galos. En sus interiores, lo mismo en unos que en otros, había encopetadas señoras y señores a tono con el país y la época,

que ni la canícula desencorbataba a los señores, ni a las señoras los distintivos de clase, lujos de respetabilidad que ellas vestían; algunas miraban con olímpica indiferencia a la población campesina que deambulaba por el andén de Almuradiel.

Gonzalo salió de la cantina y tuvo que pasar forzosamente delante del rápido y de sus vagones de primera para alcanzar la vía muerta del correo. Y en esos momento tuvo el sentimiento vergonzoso de creerse observado y tenido en menos por los excelentes viajeros del rápido tren y, para armarse de dignidad, volvió a pensar que él también pudo haber viajado en uno de esos lujosos vagones, al menos en el de segunda clase, que solamente por su avaricia el mismo se había privado de ello, y que ya debería estar con su familia en Madrid preparando la oposición que le interesaba, el camino natural de los hombres de su condición.

Enojado consigo subió a un vagón del correo, al penúltimo, por el momento no le apetecía compartir la misma banqueta con sus vecinos de viaje y escuchar las eternas quejas de campesinos, emigrantes y tal vez la mirada burlona de la bella señora, y tampoco le agradaba —siempre en ese momento— sentirse pequeño antes las ideas cargantes de Casas sobre solidaridades e igualdades, como él dice con ese aire de saberlo todo. ¿Por quién se tomaba? Y la mujer, ¿qué sentía por ella? Sería el ambiente deprimente del tren lo que le procuraba desvariar. Permanecería en ese penúltimo vagón hasta que el maldito correo se ponga una vez por todas en marcha.

Una columna de humo ácido combinándose con el aire disipándose en la distancia, y un vacío en la vía principal quedaba de la estancia del rápido en la estación, y fue entonces, cuando, ya cambiado el tender, se interesaron por el correo, que lo sacaron de la vía muerta y, finalmente, con pitidos y silbatos se despidió de la estación, y Gonzalo volvió a las bancos donde Casas les recibió removiendo la falsa pierna para despejarle un sitio.

Habría transcurrido una media hora desde la salida del correo de Almuradiel, con sus atestados vagones de viajeros y los especiales de ganado, tirados por su valiente máquina, la que avanzaba a todo vapor hacia Madrid; no cabía duda alguna que el maquinista como el fogonero intentaban recuperar algo del enorme retraso acumulado en tantas paradas; seguramente ya sabían que a su llegada a la

capital serían amonestados, por ser los últimos eslabones de la cadena del sistema, aunque sin mayores consecuencias. Por ello, en Santa Cruz de Mudela, con el consiguiente asombro del jefe de estación y los viajeros que llevaban hora y horas aguardado el correo, vieron como el revisor y el maquinista, irritados, apresuraban con voces y gesto a que los viajeros bajaran o subieran al tren y que se descargara o cargara lo que había que trajinar; así que en cuanto cesó el movimiento de viajeros el tren arrancó pitando y echando humo a placer en su acelerada carrera. Y lo mismo ocurrió en Valdepeñas, a pesar de ser una estación importante. Allí, el jefe de estación no cesó de tocar la campana agitadamente hasta que el correo volvió a iniciar la marcha.

Con aquella desacostumbrada velocidad para una vieja máquina, avanzó el correo durante unos veinte minutos hasta que, de pronto, una formidable sacudida, estirones en todos los sentidos, golpes y un estrepitoso ruido conmovió a todo el tren y, naturalmente, al vagón donde se hallaba Gonzalo que volcó y se salió de las vías junto con otros. Gonzalo fue proyectado fuera de su banco contra cuerpos que, afortunadamente, amortiguaron el golpe que sufrió contra la madera del vagón. Atolondrado por la conmoción, oía espantosos gritos de dolor, clamores de viajeros que pedían auxilio y gemidos de heridos que no podían parangonarse con nada de lo que hasta ese momento de su vida había oído. Tenía la impresión de estar padeciendo el final del mundo con el que se amenaza en su religión a los pecadores, sino estaba inmerso en una cruel pesadilla en un terrible sueño. Abrió los ojos como queriendo despertarse y todo fue a peor, pues se vio que se le echaba encima viajero gritando rabiosos, como enloquecidos por salir del vagón. En cuanto pudo se levantó y realizó que había caído sobre alguien que yacía con la cabeza destrozada. Se palpó las sienes, sentía dolor y se vio las manos ensangrentadas. ¿Era suya la sangre o de cualquier otra persona? Atónito, sin detenerse a averiguarlo, ni acudir a los gritos de socorro que se oían aquí y allá, escapó de aquel infierno saliendo del vagón y del terraplén donde parte del vagón se hallaba detenido, y se sentó varios metros más lejos de donde el accidente sobre la seca hierba mirando para el correo; entonces pudo ver el trágico accidente del cual era una víctima más. La visión era del más horrible Apocalipsis que mente humana pudiera imaginarse. La locomotora, acostada sobre el terraplén fuera de la vía echaba humo y fuego de la caldera, le seguían vagones destrozados, su madera se

desparramaba en todos los sentidos a varios metros en ambos lados de las vías. Peor parados se encontraban los últimos vagones hundidos las planchas de los suelos y techos. De ellos salían quejidos de heridos desgarradores de cuerpos mutilados y chillidos estremecedores que originaban una sonoridad macabra impresionante. La máquina, al salir de las vías y perder la verticalidad se llevó con ella al tender que perdió su cargamento de carbón junto con el del fuego de la caldera que se desparramó por el terraplén prendiendo a la hierba seca de los alrededores. Las ovejas que lograron escapar indemnes, atolondradas huían a ninguna parte: belidos, juramentos, súplicas, lloros y el silbido que se escapaba de la máquina formaban un espectáculo dantesco enloquecedor. Del interior de los vagones llegaban voces angustiadas de cuerpos destrozados, voces que sólo el hombre puede emitir cuando sufre lo indecible, era lo que se le clavaba en las sienes a Gonzalo. Pronto tomó conciencia del desastre del que había huido precipitadamente sin saber la suerte que habrían tenido sus compañeros de viaje, se sentía paralizado y sin fuerzas. Instintivamente, con una mano intentaba detener la sangre que le salía por las sienes y corría por sus mejillas y no sabía qué hacer con su cuerpo. ¿Pediría ayuda como oía a tantas voces que la pedían? ¿Intentaría levantarse y acudir a su vez a ayudar en lo que pudiera? Con una mano ocupada en atajar la herida y la indecisión en su espíritu, miraba fijamente para lo que quedaba del correo; vio unas manos que aparecían de entre los desechos de un vagón intentando liberarse de lo que le aplastaba en aquella trampa, recordó a la madona y al hijo y, debatiéndose entre el dolor que sentía y el entumecimiento de su cuerpo y el deseo de saltar impetuosamente y correr hacia su vagón y ayudarles, Gonzalo, echando fuerzas de donde no las había, logró levantarse.

Pasado el estupor de los primeros instantes, sobrevino un segundo tiempo aún más dolorosos, si cabe, los parientes en vida o heridos de poca gravedad con gritos desgarradores llamaban a los suyos: la amplitud del desastre aparecía ante ellos con toda su crueldad. Tan bien que mal, los que estaban ilesos se organizaban para ayudar a los necesitados, algunos corrieron hacia Manzanares, ciudad de la cual se perfilaba los campanarios de sus iglesias, a pedir ayuda. Gonzalo avanzó hacia el que fuera su vagón, estaba fuera de las vías, torcido sobre su eje, parte en el terraplén, parte en la parte llana del terreno. Allí no se observaba ningún movimiento de cuerpo ni se oía voz alguna fuera de dolor o de socorro; parecía

imposible que en aquel revoltijo de cuerpos, maderas y equipajes pudiera sobrevivir nadie, ni Gonzalo se explicaría más tarde cómo había podido haber salido indemne de aquel lugar. Titubeando, progresaba hacia donde pensaba que había viajado; la muerte y el caos le acompañaban y no podía avanzar sin hacerlo sobre cuerpos ensangrentados, sentía náuseas, y una suerte de neblina se le aparecía a su alrededor, sus fuerzas flaqueaban y no sabía si vivía una realidad o si navegaba con la imaginación por mundos fantaseados en su infancia. Reptando llegó a lo que fuera su banqueta, porque reconoció la falsa pierna de Santiago, vio la hermosa faz de la bella mujer esposa y madre en una última expresión de dulce serenidad con los ojos cerrados, se diría que le sorprendió la muerte antes de la catástrofe, también el hijo los tenía cerrados para siempre a todas las maravillas y desastres de la vida. En medio de aquella fantasmagoría, algo que desechaba su mente como real y sucedido, una ruda voz a cierta distancia a sus espaldas le gritó: ¿Se encuentra usted bien?

Gonzalo, de pronto, sintió el vacío en su cuerpo y en su mente, un espeso manto incoloro rodeó el espacio inmediato, el cuerpo sin energía le abandonó y perdió totalmente el conocimiento.

***

Cuando Gonzalo volvió al mundo consciente, ya se encontraba en el hospital provincial de Manzanares acostado en una cama instalada temporalmente en un pasillo del hospital, donde había un rosario de otras camas ocupadas por los accidentados del correo. Al entreabrir los ojos, lo primero que vio fue el elevado techo del hospital y al inclinar la cabeza a uno y al otro lado de su cama, las hileras de heridos en sus lechos, oía sus gemidos, sus lamentos de dolor y percibía los fuertes olores de antisépticos que desprendía el hospital. Su primer pensamiento fue para la madre, sabía que estaría angustiada en caso de estar al corriente del accidente del correo. Una monja se acercó a su cama y animosa se interesó por Gonzalo: —¡Vaya, ya ha despertado el jovencito! ¿Cómo se encuentra?

—Bien, respondió Gonzalo –aunque pudiera haber dicho algo distinto y con propiedad—. La monja, que ya estaba al corriente del parte médico de Gonzalo, añadió: —Le darán el alta enseguida, no tiene nada más que un golpe en la cabeza. ¡Ha tenido suerte, jovencito!

—Quisiera enviar un telegrama a mi madre. —Para que se levante tiene que darle permiso el doctor, vendrá enseguida, está pasando revista en otra sala.

Esperando al doctor, Gonzalo pasó su mirada al herido cercano a su derecha, el que, completamente envueltos en vendas apenas asomaba el rostro. Por el silencio que manifestaba era fácil conjeturar que estaba drogado para evitar que sufriera. A su izquierda otro herido con pierna y un brazo escayolados se lamentaba suavemente: por toda la sala sólo había miseria y dolor. Gonzalo reflexionó sobre lo bien fundado de la exclamación de la monja respecto a su situación.

Unos minutos más tarde aparecía por el pasillo de la sala el equipo médico del hospital. Un doctor le informó que le daba el alta, y alguien que iba en la comitiva médica de inspección informó a Gonzalo que se procurara en las oficinas del hospital un justificante, que le serviría para continuar el viaje hasta su destino y, en el caso de que no encontrar plaza en tercera, en segunda clase. Una monja le trajo sus ropas, su cartera y reloj y esperó algo retirada a que se vistiera, luego le condujo a las oficinas. Salió de ella con el justificante del accidente para dirigirse a Madrid, y sin más demora se encaminó a la oficina de correo donde puso el telegrama a la madre comunicándole que estaba sano y salvo. Ya más tranquilo, tomó el camino de la estación por una de las largas y empedradas calles transitadas por viajeros y lugareños que comentaban pasajes del accidente ferroviario, y el número elevado de muertos y heridos.

Camino de la estación, Gonzalo, aún traumatizado sicológicamente, acudía a su mente, curiosamente, vistas del lugar donde no tuvo lugar la catástrofe, sólo del hospital que acababa de dejar, los lisos y largos espacios de las salas y corredores del hospital repletos de heridos, las puerta para gigantes, los ventanales inmensos y, sobre todo la gama de colores: el blanco del personal sanitario, el negro de las religiosas y el rojo de la sangre de los heridos y sentía, con enorme intensidad, olores a desinfectantes que le deprimían. Andando a buen paso se estremecía y se palpaba todo su cuerpo. Sí, tomaba conciencia de que estaba vivo, que estaba escrito que él Gonzalo Cerrada, alguien insignificante y que probablemente haya nacido para un destino mediocre había sobrevivido a uno de tantos accidentes ocurridos desde que se instalaron los ferrocarriles en España.

En la estación de Manzanares, muy concurrida por los personajes de siempre, campesinos, emigrantes, militares de reemplazos, el viajante solitario y los ilesos del correo, el reloj marcaba algo más de las seis de la tarde. ¡Qué poca importancia tenía esa hora para nadie en la estación! Gonzalo, indeliberadamente, acordó su reloj de pulsera al de la estación y se unió a otros heridos leves del accidente, con certeza de su mismo tren, y con ellos dejó pasar el tiempo volviendo a revivir las escenas que le llegaban sin poder retenerlas en su inconsciente; luchando contra ellas consiguió sentir el regocijo interior de saberse sano y sano y mismo que le vino el apetito, lo que suele suceder a menudo después de grandes momentos de tensión. Y fue en la cantina mientras se alimentaba que oyó por los altavoces de la estación que llegaba un expreso con vagones de segunda.

El expreso llegó a la estación impresionante de fuerza, ya se sabía tanto por el revisor, fogoneros y viajeros lo ocurrido en el correo, de manera que por las ventanas de los vagones del expreso las miradas de los viajeros hacia los andenes se proyectaban con mucha más curiosidad que de ordinario. Los rescatados del correo ocuparon asientos que encontraron vacíos con facilidad, y con ese instinto ovejero proverbial de las clases populares, casi todos fueron a parar a un mismo vagón. A Gonzalo en cuanto lo vieron con la cabeza vendada, lo que siempre parece aparatoso, pronto le hicieron un sitio en un compartimiento. En él pronto oyó la campanilla que daba el

jefe de estación de salida y los pitidos de la máquina, luego el empujón que vence a la inercia y finalmente la marcha, esa sensación de salir a los espacios abiertos, hacia una libertad imaginaria. Un instante se figuró que estaba en "su" correo y miró para sus vecinos. ¡No, no estaban allí! Estaba en otro tren, con otras figuras humanas, tal vez con los mismos problemas, con otros emigrantes y "madonas". Alguien le preguntó si era uno de los heridos del correo, a lo que respondió de mala gana con un simple sí; pero las miradas curiosas esperaban que les recitara como otros hacía con aspavientos cómo había ocurrido el enésimo accidente ferroviario en las vías españolas de aquellos tiempos. No, Gonzalo no tenía ánimos para contar nada, necesitaba la soledad como compañera, deseaba meditar y pensar en la serena y bella mujer que amó unas horas y que podría haber amado toda su vida, en el pequeño de ojos de luna, pequeña víctima del ciego destino, en las confidencias de Casas, probablemente un hombre no demasiado instruido que pertenecía a una época en la que todavía había quienes soñaban con utopías y, por qué no, en Juanito que en la primavera de la vida partió para su primer viaje para ese El Dorado que siempre buscan los hombres y sólo encontró la fastidiosa eternidad, donde vamos todos, y finalmente en todos aquellos que fueron sus compañeros de viaje. Muchos años más tarde, en el tren de alta velocidad bien acondicionado rendiría homenaje con el pensamiento a los millares de seres humanos que viajaron en correos por este tosco y enrevesado país, con promesas y esperanzas no siempre cumplidas.

Beatriz Alicia Rosón

NUESTRO ABUELO LEONÉS

(Argentina)

1

El abuelo Ángel nació el 13 de septiembre de 1885 en una aldea de León, España, llamada Caboalles de Arriba (Se adjunta copia del documento). Sus padres se llamaban Francisco y Balbina Beneites. De sus numerosos hermanos, Belarmina y Gonzalo siguieron el camino de su hermano mayor y vinieron a radicarse a Argentina. Gonzalo, también como agricultor. El caso de nuestro abuelo era urgente: le tocó la milicia en tiempos en que los soldados eran enviados a las colonias de África; y con sólo 19 años se embarcó como polizón en un

Ángel Rosón en su edad madura.

Matrimonio de Ángel Rosón con Agustina Lacombe. 19 de abril de 1910.

barco que partía a Argentina desde Portugal, a donde huyó cruzando montes. A unos días de navegación, se hizo ver y pasó el resto del viaje lavando la planchada o acudiendo a cuanta tarea se le encomendase.

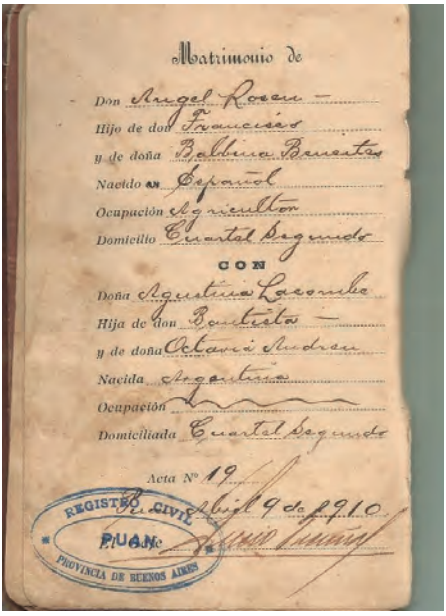
Ya en Buenos Aires, con ayuda de unas "changas" (en Argentina: trabajo pago al terminar de hacerlo), se costeó el viaje hasta Erize, en el interior de la provincia del mismo nombre que la capital del país, donde vivía un paisano de su aldea, con quien su padre había intercambiado correspondencia. Trabajaba en cuanto podía, y en la breve urbanización alrededor de la estación ferroviaria de Erize, fue dependiente de un almacén de Ramos Generales, de donde lo echaron porque se atrevió a amenazar a uno de los ricos del lugar con una botella cortada al medio, después que aquél le dijera: "A ver si te apurás, galleguito de mierda". La tradición familiar presenta esa versión, y otra, según la cual el abuelo le pegó en la cabeza al mencionado parroquiano, con su bandeja de acero, por lo que se ganó unos días en el calabozo, función que cumplía en un vagón de ganado. Más tarde trabajó en la estancia de los padres de mi abuela. Y se enamoró de Agustina, una de las hijas del matrimonio Lacombe, dueños de la estancia. Podemos pensar que fue correspondido, porque contrajeron nupcias.

Según consta en la Libreta de Familia, él todavía vivía en la estancia de la familia Lacombe, cuando se casó, porque ambos tienen la misma dirección: Cuartel 2do., modo en que se designan los domicilios rurales en Argentina. Para instalarse con nuestra abuela, Agustina Lacombe, compró 380 hectáreas, que fueron hipotecadas en el acto de compra, para poder pagarlas. Están ubicadas en "Cuartelero." Allí plantó una casa con forma de "U", numerosas habitaciones, cocina,

despensa y hasta cuarto de vestir. En dos oportunidades estuvieron a punto de perder la tierra, por falta de pago. Pero la bandera roja no llegó a colgar de la tranquera. Según una tradición familiar, en una de esas oportunidades, paisanos de León ayudaron económicamente al abuelo, que nunca les habría pedido dinero a sus suegros. Otro recuerdo actualiza que la víspera de uno de los remates, organizaron un baile. Muy temprano, cuando llegaron las autoridades y el martillero, había unas cien personas (que se habían quedado después del baile), por lo que el procedimiento no se realizó. Según otra versión en la tradición familiar, en una oportunidad llevaron preso al abuelo y a mi padre. En fin, como Agustina hablaba francés, el esposo y sus primeros hijos lo sabían. De modo que, aunque los habían puesto en celdas separadas, podían comunicarse entre ellos y los guardias no les entendían. Mi abuela manejaba un Chevrolet "con cortinitas", (aclara una de mis tías) y les llevaba comida a la cárcel, hasta que los liberaron, que no fue tanto el tiempo que estuvieron encerrados. Sin embargo, aunque el relato de la encarcelación fue escuchado directamente de una de sus hijas, el sentido común hace pensar que más bien se debe contextualizar en las revueltas por la causa agraria, de las que el abuelo participó.

2

Llegué a Villablino a las nueve de la noche, en un bus que abordé después de bajar del tren que había tomado en Zaragoza, donde vive nuestra prima Viviana, a quien no veía desde hacía dieciséis años. Viviana Olagüe es nieta directa de Ángel Rosón, y mi prima hermana. Dejé mi mochila en el hotel y busqué un lugar para cenar. El único restaurante estaba cerrado, pero en frente, en letras rosadas se anunciaba "El cafetín". Al entrar, los siete u ocho parroquianos me miraron como a forastera; así que aproveché la situación, me presenté como argentina, de apellido Rosón, y aclaré que mi abuelo había nacido en Caboalles de Arriba, y que andaba buscando parientes lejanos. Empezaron a atar cabos y una de ellas, Inés, se acordó de "Nieves la de Dámaso", y sin mediar otra cuestión, me pidió mi celular para pasarme el teléfono fijo de Nieves y Dámaso. Hablamos un rato, cené y volví al hotel. Al otro día lloviznaba un poco. Averigüé por el Registro Civil y me encaminé hacia allí. Me informaron que había habido un incendio hacía unos años, y que no guardaban información tan antigua; pero me proporcionaron varios contactos para dar con



Matrimonio de

Don Angel Rosen —
Hijo de don Francisco
y de doña Babbina Benenato
Nacido en España
Ocupación Agricultor
Domicilio Cuartel Segundo

CON

Doña Agustina Larcombe
Hija de don Bautista —
y de doña Octavia Andreu
Nacida Argentina
Ocupación —
Domiciliada Cuartel Segundo

Acta Nº 19
Abril 9 de 1910

REGISTRO CIVIL
PUAN
PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Libreta de Familia, primera página.

parentela lejana en Caboalles. Salí de allí, busqué un taxi y le pregunté al conductor qué precio cerrado me hacía para ir a mi destino, estar más o menos una hora y regresar. El precio fue aceptable, y en el trayecto llamé a uno de los contactos quien me dijo: "¿Con quién vienes?". El taxista se llamaba Joselo. La voz al otro lado del teléfono dijo "Pásamelo" y le indicó a Joselo que nos encontraríamos en casa de Abelino Rosón. Allí fuimos, y Abelino, de 80 años, terminó emocionándose. Tenía un árbol genealógico hecho en manuscrita, donde figura don Pedro Rosón, según Abelino, el primero que llegó a Caboalles; y sus numerosos hijos e hijas. En el árbol no figuran Ángel, ni Gonzalo, ni Belarmina. Le conté a Abelino que mi padre decía que en Caboalles de Arriba el apellido Rosón era como García o Pérez, que mucha gente en el pueblo lo tenía.

Frutería en Caboalles de Arriba.

En fin, Abelino me hizo pasar a su casa, me mostró el árbol, y fotografías. En un tierno momento, me apretó las mejillas y dijo: "Eres una Rosón, porque tienes la cara redonda". Saqué fotografías de otras fotografías donde veía el parecido con mis primos. Abelino me mostró también su pequeño museo con la maqueta de la mina de carbón que había funcionado en el lugar después que mi abuelo partiera. Nos fumamos un cigarrillo juntos, y me confió que los Rosón teníamos "algo" en el carácter. No especificó qué, pero supe a qué se refería, inexplicablemente. Se excusó por no poder invitarme a almorzar al día siguiente, porque se iba a Portugal. Nos despedimos con un gran abrazo y abordé el taxi para conocer la aldea, consciente de que el tiempo que había pasado era demasiado largo.

Caboalles de Arriba.

Caboalles tiene calles empedradas, al estilo del casco urbano de todas las ciudades de Europa, por donde circulaban, hacia los piletones de agua, vacas flacas de una raza desconocida, casi montuna; los "hórreos", silos colgantes hechos de madera y tejido. Las casas de piedra, "como para que duraran toda la vida", la iglesia abandonada. Ni siquiera bar queda en el pueblo, con lo importantes que son los bares en España. Tal vez, sigue habitando allí un veinte por ciento de la población de las épocas de la mina. Y de esa pequeña aldea había partido mi abuelo a los diecinueve años; y luego en Argentina, había llorado ante San Martín de los Andes de aquellos tiempos, viéndolo desde los cerros, porque añoraba su tierra, a donde no podía volver, por su condición de desertor (recupero un relato de mi padre, Ángel Agustín, el primero de los varones hijos de Ángel).

Desde un mirador tomé varias fotografías para compartir con mis hermanos. Uno de ellos me había encargado tierra de la aldea, y semillas de árboles. Estaba con el intríngulis de cómo entraría a Neuquén (región fitosanitaria protegida, a raíz de las plantaciones de fruta), pero sin embargo esa noche, en el bar, se lo comenté a María Inés González Barrero. Así fue como al día siguiente me llevaron en auto hasta Caboalles otra vez, y el marido de Inés, con una pala, sacó casi medio kilo de tierra, e Inés y yo trepadas a lo escarpado de un terreno recogimos semillas de abedules (yo); plantines, ella y su esposo (ante mi mirada atónita porque a eso, seguro, no lo entraría a Neuquén, si es que lo entraba a Argentina). En fin, terminé dejando la tierra y los plantines a mi prima, que tiene una casa con patio, y me traje muy envueltas dentro de un zapato, semillas de abedules y de robles, que, por cierto, nunca germinaron. Así es como los doce mil

kilómetros que nos separan del terruño originario por el lado paterno, se hicieron más largos todavía. En bus a León, me fijé en los carteles que decían "Liga agraria" y me acordé de la defensa de los chacareros (campesinos) sin tierra de mi abuelo y de mi padre. Pero esa es la perspectiva que quedó en la familia.

3

Por fortuna, tengo en mi poder la Revista de Historia regional "Museos del desierto"[1], que obra como documento: mi abuelo y también mi padre se comprometieron en la lucha por la causa agraria. Recuperar la memoria de Ángel Rosón, es recuperar una historia colectiva, que forma parte de la historia del país: Los orígenes de la Federación Agraria Argentina, que remiten a la declaración de la huelga de Arrendatarios y Aparceros que tuvo lugar en 1912 y que la historia llama "Grito de Alcorta". El 15 de agosto de 1912 se constituye la Federación Agraria Argentina. Según palabras del abogado italiano Francisco Netri, impulsor de la revuelta y asesor letrado de la FAA, "los chacareros conformaron una entidad con el fin de unir a todos los trabajadores de la tierra, para conseguir, por todos los medios lícitos, una mejor condición de vida, poniendo la energía de todos al servicio del derecho de cada uno". El Dr. Netri fue asesinado en 1916. Recién en 1927, se constituye la filial local de la Federación Agraria en el partido de Adolfo Alsina, provincia de Buenos Aires.

Dice la Revista del Museo: "El 14 de octubre de 1927 se reúnen 40 agricultores locales bajo los propósitos y objetivos de la FAA...". Bien sé que esa primera reunión ha sido impulsada por mi abuelo Ángel Rosón, junto a otros chacareros. El 10 de noviembre del mismo año, después de la reunión de agricultores y de la conferencia del jefe de la delegación Bahía Blanca de la Federación Agraria Argentina se constituyó la filial Carhué de la FAA. Cito de la revista: "quedó electo presidente (...) el Sr. Ángel Rosón...". Todas las acciones de la filial giran alrededor de las necesidades de los chacareros. Consta en la revista: "En 1931 el Sr. Ángel Rosón integra la CD central de la FAA".

[1] Revista Nº 11, 2012. Publicación de los Museos Históricos Guaminí y "Dr. Adolfo Alsina". Editores de la revista: Eduardo Hiriart – Gastón Partarrieu. Para contactarse con el Museo de Carhué: museo@adolfoalsina.gov.ar (N.A.)

El 4 de octubre asisten a un gran acto agrario en el cual se constituye la fuerza política Unión Nacional Agraria. Ángel Rosón y Juan M. Lamberto fueron los representantes locales en el Concejo Directivo de esa fuerza. A partir de la lectura de la revista, se observa el reclamo por temas candentes relacionados con la causa agraria. De hecho, consta en la Revista del Museo la convocatoria a una asamblea en 1947, que "fue prohibida (...) por parte de la División Orden Público de la Jefatura de Policía de la provincia de Buenos Aires quien (sic) inhibió desde ese momento todas las reuniones agrarias autorizadas ya o en trámite, lo que provocó la protesta unánime...". Consta en la Revista del Museo que se reunían, según la ocasión, hasta más de 1500 chacareros.

De nuestro abuelo, hay un pasaje aparte, citado de otra fuente, del que recupero: "...Ocupó diversos cargos en instituciones locales de carácter cooperativo, gremial, etc. en las que siempre se distinguió por su entusiasmo batallando a favor de la masa campesina con su ideal de superación. En el momento de su fallecimiento era presidente de la Sección Local de la Federación Agraria Argentina"[2]. "(Ángel Rosón) Fallece luego de una breve enfermedad el 2 de mayo de 1950 a los 65 años. A su funeral asistieron delegaciones de la zona, el delegado de Bahía Blanca Antonio Di Rocco, deteniéndose el cortejo frente a la Filial local de la F.A.A., en donde hizo uso de la palabra el joven Ricardo Bruinin en representación del Club Juventud Agraria 'Paso de los Andes' y el sr. Serafín Fontana por la sección local[3]".

El abuelo se regía por la ley de mayorazgo, que ya no era ley, pero sí costumbre familiar, de modo que mi padre, Ángel Agustín quedó a cargo de la tierra cuando él murió, seguramente como recomendación que el abuelo había dado a su esposa o hablado con su hijo. Mucho más tarde, mi padre les compró a sus siete hermanos y hermanas, su parte. En el escritorio de la casa en forma de "U", se destacaba un enorme cuadro del Dr. Netri, que nosotros veíamos desde pequeños. También desde pequeños veíamos a varios campesinos desfilar por la cocina de casa. Venían a conversar con mi padre, o a consultarlo. Papá había sido formado por las ideas de mi abuelo y hasta había integrado el Consejo Directivo Central de la Federación

[2] Diario *El Pueblo* n° 1144. Carhué, 6 de mayo de 1950 (Fuente citada en la *Revista del Museo*). (N.A)

[3] *Ibidem* (N.A.)

Comisión Directiva de la filial Carhué (o Adolfo Alsina) de FAA. De izquierda a derecha, el segundo, sentado es Ángel Rosón.

Agraria Argentina, al igual que su padre. La herencia del abuelo es esa indignación ante el atropello de los poderosos, y la defensa incondicional de los campesinos. Está grabado en nuestros genes, y fue la razón por la que me emocioné ante carteles que decían “Liga Agraria” en pueblos por donde pasaba el bus, a mi regreso a León para volver a tomar el tren rumbo a Zaragoza.

Ángel y Agustina tuvieron ocho hijos e hijas y criaron a la hija menor de Gonzalo, hermano de Ángel, cuya esposa había fallecido. Cuatro generaciones después podemos contar casi un centenar de descendientes que son profesionales, trabajadores, agropecuarios, mieleros, escritores, etc. En casi todos se encuentra esa impronta de indignación ante la injusticia. El abuelo y su descendencia contribuyeron a la consolidación de la Nación Argentina, fusión de culturas de inmigrantes españoles, italianos, franceses, rumanos, húngaros, etc. A la vez, quedaron lazos con España, que viví en mi viaje de dos meses, andando por Madrid, Toledo, Andalucía, Zaragoza y León; y que observo en algunos de mis primos, que, a su jubilación, ansían radicarse en España. Tenemos el mismo idioma, y compartimos una manera de ser que franquea las distancias cuando hablamos, de manera que, aunque nos separa tanto trecho, nos sentimos hermanas y hermanos del pueblo español, así como los ciudadanos españoles nos manifiestan su afecto y simpatía.

María Cristina Sáenz Cardama

MI ABUELO EL INMIGRANTE

(Argentina)

Mi padre era español y mis cuatro abuelos también lo eran. Yo heredé de ellos, además de los genes que me identifican, la nacionalidad hispana de la que me enorgullezco. Mi abuelo materno, Ángel Cardama Diz, era un gallego parco, malhumorado, serio, siempre con el ceño fruncido. Tan parco era que solo lo escuchábamos emitir monosílabos en respuesta a alguna pregunta de sus hijas. Nosotros, sus nietos no nos dirigíamos a él porque le temíamos. No es que lo hubiéramos visto nunca en una situación de violencia, ni que gritara, ni que se enojara. Pero todo en él era un enigma que no podíamos descifrar y eso nos hacía temerle.

Fotografía de Ángel Cardama Diz.

Una tarde, mi mamá y sus hermanas se tuvieron que ir al hospital porque la menor de ellas estaba por parir y deciden dejarme con el abuelo. En realidad para que nos hiciéramos compañía mutuamente.

El abuelo, como todas las tardes, estaba sentado en el patio en su sillita de mimbre liando un cigarro. Tenía la costumbre de hacerlos, no fumaba los comprados en cajetillas. Meticulosamente echaba el tabaco en el papel, lamía los bordes, lo enrollaba y lo encendía. Y de pronto me preguntó si sabía quién era él y de donde venía. Me sorprendió un poco su pregunta pero le contesté que sabía que era mi abuelo y que había venido de España. Me contestó que entonces no sabía nada de él que era lo mismo no saber nada de mí. En ese momento sus palabras me resultaron un enigma que, con el tiempo y con lo vivido, llegué a comprender. Y así, sin preámbulos y sin más me contó su historia de vida. Le llevó toda la tarde y varios cigarros más. Obscurecía cuando terminó, justo cuando llegaron sus hijas con la buena nueva de un niño más en la familia.

Ángel había nacido en 1893 en el pueblo de Padrón, en la Provincia de La Coruña, Galicia. Su familia y él eran campesinos muy pobres, siempre sufrieron mucho trabajando la tierra para el amo, malcomiendo, pasando frío y penurias. Su padre había muerto joven por las condiciones de vida tan hostiles. Así que su madre había convencido a sus hijos que debían emigrar a América donde ya estaba un hermano suyo. El hijo mayor, Joaquín, ya se había ido y estaba preparando el viaje para Ángel. Y cuando estuviera instalado marcharían sus otros hijos: Jesús, Carmen y José. De su tierra recuerda sobretodo el agua... el río Sar, el Mar Cantábrico, el océano Atlántico, las rías, las lluvias. El agua, siempre el agua. Era su medio natural y esperaba que en América no le faltara que, como veremos más adelante, no le faltó porque vivió siempre rodeado de agua. También rememora las fiestas de carnavales con el concurso de comparsas donde él formaba parte de un grupo tocando la guitarra. Por la mañana recorrían los pueblos vecinos y, al atardecer, se preparaban para el gran desfile por la Rúa Longa que se adornaba con serpentinas y flores para la ocasión. Al paso de las comparsas los padroneses aplaudían y festejaban las canciones y piruetas de los jóvenes del grupo. ¡Cuánto extrañó estas parrandas y a sus amigos de toda la vida! Por eso se llevó la

guitarra y siguió componiendo canciones, la música siempre lo ayudó tanto en los momentos de grandes alegrías como en las peores tristezas.

Otro de los grandes temores al alejarse de su tierra era el idioma, él solo hablaba, componía canciones y pensaba, en gallego. La carta que le envió su hermano también estaba escrita en gallego y Joaquín no hablaba nada de esto que tanto lo preocupaba. No era un tema menor para un gallego campesino. En realidad el gallego se comenzó a hablar en la época medieval en el reino de Galicia y surgió como una mezcla del latín y del vecino portugués. Pero en ese entonces los amos eran los únicos que hablan castellano, una de las tantas formas de discriminación y de dominio de una clase sobre otra. Era el idioma de la clase dominante. Pero decide que aprenderá el idioma del lugar al que va a emigrar. No es lelo y además sabe leer y escribir, capacidad poco común para alguien de su condición. Y fue gracias a su madre que convenció al padre que debía ir a la escuela si querían triunfar en América porque siempre estuvo en sus planes que los hijos emigraran. Si hasta Carmen, la única hija mujer, aprendió a leer y escribir, no fue a la escuela pero dejaron que Ángel le enseñara lo que aprendía. Este fue el mayor logro de su madre. No quería que su única hija mujer pasará por todo lo que ella pasó: cavar, sembrar, regar, cargar los sacos repletos de maíz hasta el molino, amasar, cortar la leña en el monte, encender el horno, pacer los bueyes, ordeñar las vacas, tratar de vender algún producto de su huerta en el mercado, lavar la ropa, hacer la comida para todos, hacer, hacer, hacer...

Y al despedirse de su tierra se llevó consigo pimientos de Padrón que, como dice el dicho, “unos pican y otros no”. Y es así: algunos tienen la característica de ser ligeramente picantes y otros no. La incertidumbre de saber si los elegidos serán picantes es la nota de originalidad de estos pimientos. Dicho esto metió la mano en un bolsillo pequeño de su chaleco, saco una bolsa y deslizo en la palma de mi mano unas minúsculas piedras oscuras: eran los pimientos disecados y encogidos que trajo de su pueblo. ¡Lo único que le quedaba de su tierra!

Siguió con el relato. Ya en el barco pasó mucho miedo. Por el tumulto de gente y por la cantidad de idiomas y dialectos que se

escuchaba por doquier. Al ver a Joaquín esperándolo en el puerto se calmó y cuando abrazó a su hermano mayor tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar. Es que era un niño metido a hombre a la fuerza. Y lo primero que atinó a preguntarle a Joaquín fue idioma hablaban allí. La respuesta no lo tranquilizó porque su hermano le explicó que en Argentina se hablaba el español, si bien con una tonada extraña, español al fin. Pero que en el pueblo donde viviría de aquí en más se hablaba genovés. Le dijo que ese pueblo, que aquí le decían barrio, se llamaba La Boca. Que el nombre se lo pusieron porque allí se encuentra la boca del Riachuelo que desemboca en el Río de la Plata. Le tuvo que explicar que el Río de la Plata era ese inmenso río color chocolate, espeso y oscuro como esa bebida, por el que había navegado desde que salió de Montevideo hasta entrar al puerto de Buenos Aires. Y le advirtió que si creía que iba a encontrar una semejanza con las rías de su amada Galicia estaba muy equivocado. También le contó que fue el puerto más importante de Buenos Aires en el siglo pasado, y pronto se vio ocupado por marinos genoveses que, como tales, hablaban el dialecto xeneixe, como si estuvieran en su tierra. Los historiadores señalaban a La Boca como el lugar donde Pedro de Mendoza fundó la ciudad de Santa María de los Buenos Aires en 1536. Casi todos los habitantes eran genoveses y mantenían sus tradiciones marítimas construyendo astilleros y almacenes. Además rodeados por las aguas y los buques, y en constante contacto con los compatriotas que llegan a instalarse en estas tierras, se encuentran como en su casa. Luego le describió el barrio. Contó que tenía iglesia y escuelas pero las calles eran horribles, llenas de barro y cubiertas de camalotes que se transformaban en un lodazal cuando llovía mucho y que se inundaba cuando el río subía. Las casas eran de madera y de chapa acanalada con balcones de hierro, y estaban pintadas de los colores más diversos porque para estos menesteres usaban los sobrantes de pinturas que traían de los barcos. Además, como la pintura era cara, se aprovechaba hasta la última gota. Así pintaban los marcos de un color y las paredes de los colores que consiguieran.

Tomaron un tranvía y llegaron al barrio y al conventillo que de aquí en más sería su casa. Tenía alquilado un cuarto para los dos porque el tío José se había casado y vivía en otra casa con su mujer. A los pocos días de llegar comienza a trabajar con su hermano. La

labor de ellos era limpiar la cubierta de los barcos luego que se descargaban las mercaderías que transportaban desde Europa a Buenos Aires. Era el trabajo que el tío José les había conseguido y que no se cansaba en insistir que trabajando en estos menesteres irían progresando y consiguiendo mejores empleos. Y como todas las noches una melancolía inmensa lo embargaba mientras pensaba en sus hermanos y en su madre. Y acariciando apenas las cuerdas de su guitarra para no despertar a su hermano se ponía a cantar bajito en gallego.

Os bos e xenerosos
a nosa
Os bos e xenerosos
a nosa voz entenden
e con arroubo atenden
o noso ronco son,
Mais sóo os iñorantese
féridos e duros,
Imbéciles e escuros non nos entenden, non
Los buenos y generosos
nuestra voz entienden,
y con arrobo atienden
nuestro ronco sonido,
pero sólo los ignorantes,
los fieros y duros,
imbéciles y oscuros
no nos entienden, no.

Esta canción, que ya muchos llamaban el Himno Gallego, fue compuesta por Eduardo Pondal en La Habana. A Ángel le gusta cantarla porque expresa los sentimientos del inmigrante. Y porque estaba en gallego. A veces tenía miedo de olvidarse su idioma natal y cuando volviera a encontrarse con su madre y sus hermanos no poder comunicarse. Al año siguiente, 1913, Ángel se muda a la zona del Canal de San Fernando. Dos fueron las razones: por un lado tuvo una buena oferta de trabajo y, la más importante, Joaquín se enamoró y se fue a vivir con su mujer, Rosario, a la calle Rivadavia al 1800, lejos de La Boca. Pero los dos hermanos quedaron de acuerdo que Ángel haría punta en esto y si el trabajo era como lo pintaban, Joaquín lo seguiría en la mudanza. La verdad es que Ángel se sintió muy triste y muy

solo y más resuelto que nunca a traer al resto de la familia de Galicia.

Las islas del Delta del Paraná deben su existencia a la gran cantidad de sedimento que lleva el agua del río Paraná. Este sedimento que es aportado mayormente por el río Bermejo, afluente del Paraguay, es depositado en el estuario conjunto del Paraná y el Uruguay, el Río de la Plata. Los bancos de sedimento son colonizados por juncos, ceibos, pajonales y otras especies que contribuyen con sus raíces a consolidar las islas que posteriormente son colonizadas por otras especies. El Delta del Paraná de este modo va avanzando, por colmatación, sobre el estuario del Río de la Plata; las islas que se forman son características: sus costas o riberas son más elevadas (por albardones naturales) que sus centros, en los centros isleños suelen existir pantanos y pequeñas lagunas.

Para cuando Ángel llegó a instalarse en San Fernando la navegación isleña ya estaba organizada. No eran las rías de su añorada Galicia pero estaba rodeado de agua y eso le calmaba el espíritu y le daba un poco de paz. Las primeras embarcaciones transportaban los productos del delta: frutos, hortalizas y maderas y, a veces, también llevaban pasajeros. Estos barcos eran impulsados a botador, a vela o a remo para sus maniobras. A principios del siglo XX los hermanos Tomás y Pedro Urmeneta con el vaporcito "Francisco Crespo" primero y "Jilguero" después, fueron los primeros en transportar pasajeros y encomiendas regularmente. El servicio de correos ya era realizado por otros vapores pero sin continuidad y en forma irregular. Como las distancias eran muy grandes y los traslados muy dificultosos para los isleños, fue muy bien recibido el servicio de distribución postal en la zona del Delta a tal punto que fue el correo mejor organizado de toda la Argentina.

Los hermanos Urmeneta consiguieron un contrato con el Correo Argentino para transportar tres veces por semana valijas postales desde el Canal de San Fernando a las estafetas postales ubicadas en el arroyo Cruz Colorada y la horqueta del arroyo Carabelas, en la provincia de Buenos Aires. Iniciaron esta tarea el 1 de noviembre de 1902, y por iniciativa de ellos comenzaron a entregar y recibir las correspondencias postales y telegráficas pertenecientes

a los residentes a lo largo de la ruta. Esto tuvo gran acogida entre los isleños quienes hasta ese entonces debían recorrer en canoa o lancha varios kilómetros para llegar a la estafeta más cercana. En la zona vivían muchos extranjeros, más de 35 colectividades en su mayoría europeos. La primera corriente migratoria importante llegó a principios del siglo XX, y la otra entre ambas guerras mundiales. Para esta gente las comunicaciones postales eran muy importantes pues los mantenían en contacto con los familiares que habían dejado en sus tierras. Además por este medio recibían los periódicos editados en sus respectivos idiomas y esto les permitía sentirse vinculados culturalmente con sus lejanos países. A tal punto era importante este servicio que existía una red solidaria entre los vecinos para hacerle llegar las piezas postales a quienes residían en lugares apartados. En estos casos las lanchas las dejaban en almacenes donde concurrían a hacer sus compras. O si les llevaban la mercadería a domicilio en pequeñas embarcaciones, también les entregaban el servicio postal. Y por supuesto si un lugareño concurría al almacén y se encontraba con cartas de su vecino, se la llevaba a su casa. El sistema era eficiente y efectivo y se consideraba una cuestión de honor entregarla pronto y segura al destinatario.

Es precisamente con los hermanos Urmeneta que Ángel consigue trabajo. Y a los pocos meses puede llevar con él a su hermano Joaquín. Y así los dos se inician en el servicio postal náutico en el vapor “El Jilguero”. Sus tareas se iniciaban al recibir los paquetes de la oficina de Correos del Canal de San Fernando. Estos venían con un matasellos cuya bandeleta estaba ilustrada con una lancha. Al clasificar la correspondencia por tramos del recorrido, le estampaban un sello de goma, un gomígrafo, con el emblema de la empresa. Por el importante volumen de piezas y la falta de tiempo, es que contrataron a los dos hermanos para realizar exclusivamente este trabajo. Luego de clasificarla, y a medida que se acercaban al lugar donde debían dejar la encomienda postal, preparaban el envío. Usaban una estaca recta de unos 30 cm de largo de madera verde. Se usaba madera verde para darle más peso y evitar que se cayera al agua, y si esto ocurría siempre flotaba y podía ser rescatada. Ángel le hacía una ranura con una navaja y Joaquín insertaba en ella la carta o telegrama. Al aproximarse a la vivienda, donde estaba destinada, el capitán del vapor tocaba la sirena alertando a los de la casa. Y Ángel, que era el más

corpulento de los dos, lanzaba la estaca a tierra firme. Los diarios se ataban arrollados y así eran arrojados a la orilla. Cuando había varias piezas o encomiendas, la lancha se acercaba al muelle de la casa o a la costa y las entregaban en mano. En el caso de la certificadas se arrojaban acompañadas con un recibo cuyo destinatario debía devolver firmado el siguiente viaje de la lancha, si no la hacía se le suspendían las entregas hasta que cumpliera con esta obligación.

Cuando los isleños querían despachar una carta colocaban una banderita blanca (igual que cuando había pasajeros para embarcar) para que la lancha redujera la velocidad y se acercara a la costa. Ataban la carta o la enganchaban en un tajo hecho en una larga rama de sauce y Ángel la tomaba al paso. En algunos casos la entregaban franqueada con las estampillas que llevaba a bordo. Pero el transporte no era solo postal, llevaban pasajeros la mayoría de los cuales eran pobladores de las islas que viajaban solos o con su familia. Así es que Ángel y Joaquín también realizaban otras tareas. Ayudaban a los viajeros a subir al barco y sobre todo los ayudan con las valijas y bultos que portaban. Algunos, los más grandes se colocaban en el techo del vapor, y los trastos más pequeños se acomodaban debajo de los asientos.

Como la mayoría eran europeos aquello era una romería de idiomas. A veces, para alegría de Ángel subía algún gallego y podía hablar en su lengua natal que tanta nostalgia le traía. Y no solo hablaba a los gritos para que su idioma tapara los otros, sino que cuando los viajeros estaban todos acomodados y disfrutando del paisaje, Ángel sacaba su guitarra y se ponía a cantar en gallego. Pero también tenía en su repertorio canciones muy divertidas y la gente hacía palmas o coreaban los que entendían el idioma. Claro que muchas veces debía interrumpir la música porque llegaban a un muelle en donde debían entregar o recibir cartas y había que ponerse a trabajar. “Que para eso te pago, no para cantar, ¡joder!” le increpaba el capitán del barco. Pero se lo decía solo para guardar las formas y cuidar la disciplina porque se daba cuenta que la gente disfrutaba más el viaje acompañada por el canto de Ángel.

Este trabajo estaba mucho mejor pago que el que tenían en La Boca por eso es que los dos hermanos decidieron ahorrar lo que

estaban cobrando de más para poder traer a los hermanos y a madre. Y lo consiguen, bueno... en parte ya que madre decide quedarse en Galicia hasta vender las miserables pertenencias y hasta que muera la tía Vicenta, la última tía que le queda y que no se casó y solo la tiene a ella. O por lo menos eso es lo que argumenta para no irse a América. A fines de noviembre de 1914 llegan Jesús de 19 años, Carmen de 17 y José de 16 años. Logran salir de España a poco de declararse la Primera Guerra Mundial. Acá el abuelo detiene el relato. Lo noto más triste que cuando me empezó a contar su vida. Por eso me quedo callada hasta que con gran esfuerzo y con dolor, sigue narrando.

Jesús, el tercero de los varones nacido en 1895, aprende en Buenos Aires el oficio de sastre y se emplea en una casa de ropa masculina muy importante. Trae de España ideas anarco comunista que desarrolla plenamente bajo la influencia de un compañero francés. Es así que se pone en contacto con la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) y se afilia al comunismo anárquico. Cuando comienza la Guerra Civil Española se vuelve a su país y al año siguiente lo apresan y muere en prisión en 1938. Carmen, la única mujer, nacida en 1897, se adapta rápidamente a estas nuevas tierras, se casa, forma una familia y muere feliz rodeada de sus hijos y nietos argentinos. Y José, el pequeño Joselito nacido en 1898, nunca fue feliz. Sus hermanos y su madre lo obligaron a viajar a América contra su deseo de quedarse a cuidar a madre como se lo había prometido el día que murió padre. Y desde el día que puso los pies en la nueva tierra trabajó como un animal para juntar el dinero necesario para traer a María junto al resto de la familia pero sobre todo junto a él. En sus ratos libres jugaba al futbol y dicen que era muy bueno. Pero al comenzar la Guerra Civil regresa a España junto con su hermano para traer a su madre y muere fusilado no se sabe por qué bando. Y es todo lo que cuenta de ellos. Y no me atrevo a preguntarle.

Los hermanos Ángel y Joaquín con la esposa de este alquilan una casa grande de madera en el Canal de San Fernando y se van a vivir todos juntos. En esa casa conoce a la que sería mi abuela, María Sampayo había nacido en Victoria en 1890; ella y su hermano Ángel eran los únicos de la familia nacidos en Argentina. El resto de la familia venía de España. Su madre María Jacinta Montes y su esposo José María Sampayo eran de Castilla la Vieja. Su

padre murió joven y sus hijos varones, José y Guillermo, se hicieron cargo de la madre y de las dos hermanas mujeres: María y Remedios. La madre, María Jacinta, que moriría de vieja a los 84 años, traía de su España natal la profesión de matrona. Lo común de las familias de aquella época eran los partos naturales, en la casa donde habitaba la parturienta porque existía un pudor exagerado a exponer estos menesteres femeninos ante un hombre por más médico que fuera. Este conocimiento era transmitido de una generación femenina a otra, unidas por lazos filiales y en el ámbito del hogar. Y a ella se lo había enseñado su madre que a su vez lo recibió de la suya. El aprendizaje se basaba en la tradición transmitida oralmente de experta a aprendiza. Por otro lado el ejercicio de esta actividad les daba a las mujeres de aquella época la posibilidad de ejercer una actividad relacionada con la medicina, profesión que le estaba vedada al sexo femenino. Y también les dio la posibilidad de salir de la propia casa y de realizar un trabajo que paulatinamente se convirtió en remunerado y con cierto reconocimiento social. De todas maneras María no ejercería como matrona a pesar que su madre la llevaba con ella como asistente de los partos desde que tenía doce años. Hubiera querido ser médica pero como eso era imposible por la época y por su condición social, fue enfermera. Acompañando a su madre en uno de esos partos conoce a Ángel, se enamoran y luego de un corto noviazgo, se casan.

A los pocos meses de casarse María quedó embarazada. En 1915 nacen lo que fue una gran sorpresa para todos: ¡mellizos! Joaquín Serafín y María Jacinta. Y como si fuera poco una hembra y un varón. “El casal” como le decían por estos pagos. Los mellizos ya tenían cinco años cuando nació Irma y la casa resultaba chica así que se mudaron a San Fernando. Esta vez Ángel elige la ciudad de San Fernando, no el canal donde vivió cuando llegó de la Boca buscando mejores posibilidades laborales y que, por cierto, las consiguió. Se instalan en la calle 9 de julio, pasando las vías del tren, cerca del río.

Era una casa grande, de madera, con techo a dos aguas de chapas, levantadas sobre pilotes para prevenirse de las subidas del río cuando vienen las sudestadas. Se accedía a la vivienda por una escalera de madera que daba a una galería cubierta por un alero también de chapa. Se entraba a un gran ambiente donde estaba

la cocina a leña y una gran mesa de madera con largos bancos a cada lado y dos sillas en las cabeceras. Los pisos eran de madera y se los veía blancos de tanto que los cepillaban todos los días con lejía para que luzcan limpios. Al fondo había dos cuartos: uno para el matrimonio y el otro para las hijas mujeres. Joaquín dormía en un camastro en el salón porque era el único varón (fuera de su padre, claro está). Luego llegaron los otros hijos: Irma Venus, Ángela Celsa (mi mamá), Blanca Linor y la más pequeña Ada Eva. Estos nombres, algo peculiares, se los elige mi abuelo y no me atrevo a preguntarle que lo motivo a esa elección.

También me contó lo que hacía entre viaje y viaje: actividad gremial en la que su hermano Jesús, el tercero de los varones, lo había metido desde que llego de España en 1914. Y que la familia se entera por las redadas policiales que muchas veces fueron a buscarlos a su casa y, que por suerte, nunca lo encontraron. En realidad acompañaba de vez en cuando a Jesús a las reuniones de la FORA, que para la década del 20 fue perdiendo fuerza frente a otras organizaciones obreras que negociaban con el gobierno. Luego de liar otro cigarro cuenta que, con los años, consiguió un buen trabajo y eso fue en la "Sociedad Colectiva Hansen y Puccini". Era un gran astillero fundado en 1927 que se dedicaba solo a la construcción y reparación de embarcaciones fluviales. Entró por una recomendación de Puccini. A veces, luego de un viaje, se sentaba en el muelle a trabajar en la talla y armado de reproducciones de veleros. Eran muy buenas artesanías y copias exactas de los barcos originales que le llevaba mucho tiempo y trabajo concluir. Generalmente las vendía pero también las obsequiaba cuando quería quedar bien con alguien. Una tarde que estaba terminando uno de esos bellos barcos que tallaba, pasaba por allí un grupo de amigos, Don Puccini socio del astillero Hansen y Puccini. Se ponen a charlar sobre la obra que Ángel está haciendo, le pregunta a que se dedica, y le ofrece trabajo en la planta industrial que estaba ubicada en la margen derecha del Río Luján a pocos metros arriba del Canal de San Fernando. No solo acepta encantado, si no que le regala a Puccini el barco que ya había terminado y al que estaba dándole los retoques finales cuando se pusieron a platicar. Y allí se quedó a trabajar hasta que se jubiló. Para ese entonces el astillero pasó a llamarse Astilleros Río de la Plata más conocido como ASTARSA. Fue un astillero muy importante a tal punto que el primer buque mercante del país de

Fotografía familiar.

más de 1000 toneladas fue construido por ASTARSA para Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

En el año 1945 fallece su esposa María rodeada de sus hijos en su casa. Para ese entonces ya todos estaban casados o no vivían con ellos. Por lo que decide dejar la casa y se va solo a una pensión. Pero en 1950 su hija María Jacinta se lo lleva a vivir con ella y su familia a San Isidro, en la casa donde nos encontramos uno, el abuelo, contando su vida y otra, yo, conociendo mis orígenes como me dijo al principio de su relato. Al finalizar se queda callado unos minutos que se me hacen interminables y, mirándome fijo, con una mirada que intuyo cargada de sufrimiento, me dice que si bien tuvo una buena vida nunca fue feliz del todo porque sus pies pisaban una tierra que no era la suya. Que le estaba agradecido por todas las posibilidades que le dio pero que sus raíces no pudieron prender en esta tierra, se habían quedado enterradas en su Padrón natal.

Años después, en 1957 Ángel enferma de cáncer de pulmón y al año siguiente fallece. Mucho tiempo después, siendo ya adulta, le cuento a mi madre de ese tarde y de las confidencias del abuelo. Se sorprende mucho porque desconocía tantos detalles de la vida de su padre. Y lo mismo pasa con sus hermanas cuando les transmite el relato de vida que acaba de conocer. Por eso es que decidí contarlo. Para que nuestros orígenes no se pierdan. Que mis hijos puedan transmitírselos a mis nietos y estos a su descendencia. Siempre habrá un resto de Cardama en la familia. Por los tiempos de los tiempos.

Antonio Alberto Sánchez Couto

AL OTRO LADO DEL MAR

(Argentina)

Se hace difícil relatar tanta vida vivida a ambos lados del mar, pero lo intentaré. Ante todo, quiero aclarar que escribo estas líneas en Castellano, que me gustaría haberlas hecho en gallego, pero por respeto a ese bello idioma romance, me permitiré solo algunas palabras sueltas.

Como decía, se hace difícil describir la vida vivida por mis padres en su Galicia. En la Lalín de "su con razón o sin ela" de Manolo y en la Silleda de las rosquillas de Marcelina, apenas separados por el río Deza. Se hace difícil, y más aún desde la perspectiva del hijo, que, como yo, nació al otro lado del mar: Argentina.

Empezaré por Manolo, meu pai, que partió del puerto de Vigo en un barco llamado "Formosa" allá por el 51, escapando de la miseria que dejaba la postguerra, buscando un horizonte mejor, no solo para él, también para toda la familia, padres y hermanos. Pero sobre todo para su novia Marcelina a quien prometió "pedirla" en cuanto se acomodará un poco. Y eso sucedería pronto. No se trata de perder el tiempo cuando de un Mar de distancia se trata. *¡Consiguió un trabajo en una gran empresa naviera de Buenos Aires, atendiendo el teléfono, sin haber visto uno en su vida!* Al mes, desde su orgulloso contar, ya era Jefe de Ordenanza. Pero eso no alcanzaba... aunque sí, para "pedir" a mi madre que viniera sola. Allá en su aldea, no solo el rio Deza separaba a mis padres. Se decía en esos tiempos: "Ella era de una buena casa" ...en cambio la casa de él era como una casilla de madera que daba pena verla, de no ser por el verde y bello paisaje que la rodeaba. Es decir, que mi padre debía demostrar algo más que

audacia para marcharse tan lejos... también capacidad y don de gente, para que la dejaran ir a ella tras él. Los Couto de la casa de pedra, de sus vacas, sus gallinas y su hórreo, les impuso el casamiento por poder, antes de irse y así se hizo: Por Iglesia y del brazo de su hermano, se casaron Manolo y Marcela. ¡Sí! Patético pero real. Al decir patético no quiero subestimar el hecho, es que era tan grande el miedo y el desarraigo que había que agarrarse de algo "seguro" ante tanto mar de penas e incertidumbre. Como patético era lo que se trajo Manolo de su aldea: ¡herramientas para hacer zocos! Jaja. Y un día de 1954, Marcelina también se embarcó en busca de su Manolo. ¡Viajó cargada de su máquina de coser (por las dudas, que Manolo no estuviera) y junto con una amiga que al llegar al puerto de Bs. As., se despidieron como si fuera para siempre, ya que ella seguía viaje hasta Río gallegos... casi el fin del mundo! Pero, su Manolo estaba ahí en el puerto, esperándola y organizaron una fiesta de bienvenida y de casamiento a la vez, en la casa que él y sus hermanos fueron haciendo de a poco en las afueras de Bs. As. No sería de pedra... pero sí de material. Al tiempo llegaron los hijos... primero mi hermana mayor y luego yo en el 60. La vida en esa Argentina pujante era buena con nosotros, progresábamos, pero a fuerza de lucha, sudor y lágrimas. Mudanzas y más mudanzas marcaron mi infancia, aunque feliz porque la vida en este país era linda. Hasta que llegó el momento de la vuelta a Galicia después de 27 años, pero con el sabor dulce de haber "triunfado". Corría el año 1978 y yo particularmente no entendía nada, todo era emociones, abrazos y más familia que veía por primera vez. Me sentía confundido, pero también feliz por verlos felices a ellos. ¡Prometí volver algún día hablando con una prima, pero dentro de 40 años! ¡Así me salió! Parece que presentía lo difícil que sería y así lo fue... Pero esa vez: lo decreté. Y al tiempo llegó el momento de volver a la Argentina. Como una anécdota divertida, pero a la vez triste... les cuento que cuando nos estábamos despidiendo en el aeropuerto ante tanto revuelo, abrazos y lágrimas, un periodista de un diario local (creo que Faro de Vigo), atento a tanto alboroto, se acercó a mi padre y le preguntó: ¿Qué fue lo que más le llamo la atención de Galicia después de tanto tiempo?... Y le contestó sin reparos: "que ahora existen cuartos de baño en las casas". En fin, volvimos al otro lado mar y la vida transcurrió como siempre, pero con las dificultades de una Argentina que se complicaba entre golpes de estado, inestabilidad económica y una sensación de inseguridad que fue creciendo con los años. Recuerdo que yo con orgullo me incorporaba a la "colimba", quería tener, por fin, el sentido de pertenencia a mi patria.

Algo que me costaba encontrar... en el colegio, con los amigos del barrio, y es que mi idiosincrasia en parte era otra. Quería sentirme argentino completamente. Pero siempre quedaba como descolocado con las experiencias que vivía. Por eso, no la pase nada bien, veía muchas injusticias y desatinos que me revelaban. Los años fueron pasando, la distancia y la morriña de mis padres parecían hacer mella en sus vidas. Ellos, cada uno en lo suyo, no paraban de hacer cosas. Mi padre se dedicaba a construir casas y con sus hermanos construyeron un Hotel que le pusieron "Soutullo" en honor a su terruño de Lalín. Mi madre a las tareas de la casa y a apuntalar todo lo que su (Manolo iba haciendo). Lo pongo entre paréntesis porque pienso que fue entre todos los que hicimos "La América", como se decía por ese entonces. Por eso, no había mucho tiempo de charlas, risas y paseos, era una carrera desenfrenada para asegurar el futuro ... esa es la parte fea, me hubiera gustado más momentos de alegría, aunque obviamente los había, pero no había tiempo para detenerse. Las familias se agrandaban. Por mi parte, formamos con mi esposa a tres hermosos hijos, trabajé entre otras cosas, mucho tiempo en un taxi que me enseñó mucho de Buenos Aires, aunque era muy duro. Cada vez el país se fue poniendo más difícil y con eso venían los miedos, la incertidumbre. Mi padre era en el fondo muy tímido, pero a fuerza de salir adelante fue creciendo también socialmente, me refiero en la colectividad. Curiosamente, aunque él era de Lalín, fue presidente de la Sociedad hijos de Silleda muchos años y quedaron sus obras como impronta. También participaba en el club Lalín del cual era miembro de la comisión directiva. Luego de la unificación con "agolada y silleda", fue nombrado socio N.º 1. Bueno ..."la competencia" era su hermano (el presidente). En fin, todo quedaba en familia, jaja, ¡digamos! A mi madre, en cambio, algunos años mayor que él, fue invadiéndole la tristeza, la morriña; cada tanto volvían los dos a Galicia, pero a mi madre le hacía mal las idas y vueltas. Aunque nos tenía a nosotros... sus hijos, sus nietos. Pero la depresión y la enfermedad de Alzheimer ya la empezaba a carcomer. Tiempos difíciles vinieron. MARCELA de una ternura y bondad absoluta fue mutando a los silencios, a perderse en su mente, y a perderse en todos los sentidos. Un día se perdió en la calle viniendo de la Iglesia, pero por suerte llego a la casa. ¡Traspirada y asustadísima! Una vez estando de vacaciones en el mar... como le gustaba ir a mojarse los pies donde estaban las pedras (claro, seguramente recordaría aquellas pedras de Grava) su mente viajo tanto, que de golpe unas olas vinieron con fuerza y la revolcaron por la arena. ¡Pobre! se había lastimado bastante y así iban sucediéndole

las cosas feas, casi sin darse cuenta. ¡Maldita enfermedad! Otra vez... Como había dicho al principio, esa amiga que seguía viaje al sur del país, un día llamó a casa y la atendió mi padre, a quien le contó que regresaba a Galicia y que le gustaría ver a Marcela para despedirse ya que pensaba quedarse y terminar sus días en su Aldea. *¡Tan mal estaba mi madre, tan perdida!* que no se sintió con la entereza y con las ganas de volver a verla, hasta quizás no la recordaba! A pesar de las insistencias de mi padre, no quiso despedirla. Así continuó su vida por muchos años. La llenaban de pastillas que no le hacían nada, cada vez peor, hasta que un día dejó de sufrir. El Centro gallego, aunque ya no era esa institución modelo que supo ser (donde nacieron mis tres hijos, además) la ayudó a partir de este mundo o quizás, "al otro lado del mar". Mi padre, por su parte, acusó el golpe y pasó mil penurias antes de irse a acompañar a su Marcela. Dondequiera que estén los extraño como el primer día que se fueron y, con seguridad, están en mi corazón. Finalmente voy a relatar sobre aquel viaje que me prometí: ¡Fue en 2018 y como dije premonitoriamente, hace 40 años! ¡Además, que justo que fuimos! Con esta pandemia... no sé cómo quedaremos. Fue difícil, incluso por mi salud, ya que tuve que operarme un mes antes del viaje y lamentablemente hubo una mala praxis que hizo que casi pase para el otro lado. ¡Sí! literalmente, no como la metáfora con que titulé mi relato. Gracias a dios zafé, pero se terminaba el año. Sentía y quería hacer realidad ese deseo tan postergado y deseaba que fuera tal como lo había predicho. ¡Así que lo hicimos! Con mi esposa viajamos a España al mes de la operación. Ella por primera vez y yo como si lo fuera. Disfrutamos de cada momento; las calles de Santiago, las comidas y los paisajes. Tanto, que hasta mi esposa Analía bailó una muñeira al son de un gaitero a metros de la plaza de Obradoiro ...Yo no, apenas podía conmigo, pero me sentía feliz. Tuvimos la suerte de ver en la catedral de Santiago, el rito del botafumeiro. ¡Hasta eso se nos dio, ya que no es muy frecuente y coincidimos! ¡Que emocionante! También fue el momento de las emociones fuertes, como cuando con el auto que alquilamos llegamos por

fin a Lalín y Silleda, para luego adentrarnos (con la ayuda de "ángeles guardianes", así les llamo a las gentes que nos fueron ayudando) a las aldeas de Grava de mi madre y Soutullo de mi padre. ¡Cuándo llegamos a Grava ...! qué emoción ver la casa de pedra de los Couto, pero sobre todo ver a mi prima y una señora viejita que no tenía en cuenta ver: la hermana de mi madre, ¡María! ¡Me sorprendió porque dentro de lo poco que hablábamos con mi madre de Galicia y de Grava, lo que recordaba sobre lo que contaba mi madre sobre María, es que ella (mi madre) era la mayor y en realidad era al revés! Jaja. ¡En fin, cosas de familia que ahora me voy dando cuenta por dónde van, pero en ese momento ...era como volver a ver a mi mamá, era su única hermana mujer y eran muy parecidas! Entre lágrimas y una gran emoción la abracé, pero ella, por supuesto, no me reconocía. hasta el Alzheimer las hermanaba. Ocurrente como era mi madre, decía: "aquí chove e chove non sei que pasa". Finalmente, quiero agradecer a los organizadores de este concurso porque más allá de cualquier otra cosa, me dio la oportunidad de volcar en un papel este relato (que es estrictamente real), difícil de sacarlo fuera de otra forma. Reconforta el alma... tanto lo malo como lo bueno. Y decir por otro lado, que el seudónimo que se me ocurrió también tiene un poco que ver con mi madre. Un día cuando era chico le pregunté a boca de jarro de qué equipo era hincha, ¿del Real?, ¿del Celta? Primero me dijo: de ninguno, pero después, por mi insistencia, me respondió con una pregunta – ¿Vos de qué cuadro eres? ¡De San Lorenzo! le dije. "Bueno, yo también soy de San Lorenzo"... contestó. Me llenó el alma, me sentí con más sentido de pertenencia y arraigado en mi ser. Una pavada quizás, pero a mí me hizo más hincha que nunca, porque ella también lo "era". Lo era por amor a mí. Si a eso le sumo el hecho inconcluso de todo hincha del ciclón, que es volver al viejo Gasómetro de Av. La Plata, la analogía es perfecta con todos los inmigrantes, como mis padres y yo como hijo. Todo está dicho con mi seudónimo; y mis ganas de volver siempre donde sea que Dios quiera, a Boedo o... al otro lado del mar. "El Cuervo Celta".

Laureano Sendín Martín

RELATO DE LA VIDA DE UNA FAMILIA DE EMIGRANTES NACIDOS EN EL MUNICIPIO DE VILLARINO DE LOS AIRES

(Cuba)

INTRODUCCIÓN

Soy descendiente directo de toda una familia de emigrantes del pueblo de Villarino de los Aires. Conservar y difundir la memoria histórica es una ineludible obligación que tenemos los que hoy, como yo, somos los descendientes de todos los emigrantes españoles.

Se trata de un compromiso de amor, orgullo y de reconocimiento a nuestros ancestros: bisabuelos, abuelos, padres, tíos, primos, familiares y paisanos, que vinieron a Cuba para poblarla, fundar familias y trabajar con dedicación a favor de la felicidad, la paz y la creación de frutos materiales y espirituales. Es el legado de nuestros ancestros y el nuestro propio, es además el de muchos de los descendientes de villarinenses en Cuba.

En nombre de todos, homenajeamos la memoria de quienes nos precedieron en esta labor. Queda aquí escrita y documentada esta parte de nuestra historia, de la que nos sentimos orgullosos, y que agradecemos a quienes la han hecho posible, mientras día a día se siguen escribiendo nuevas páginas, con la tinta que mejor pueden ilustrar las gentes del pueblo de Villarino de los Aires en Cuba y Argentina.

LA EMIGRACIÓN DE LA COMARCA Y EN PARTICULAR DEL PUEBLO DE VILLARINO DE LOS AIRES HACIA CUBA Y ARGENTINA

Como es de todos conocido, el pueblo de Villarino de los Aíres, según el Censo del año 1900, acogía una población de 2125 residentes y en el año 1930 sumaban solo 1770 personas, como se puede apreciar, emigraron 355 jóvenes de Villarino de los Aires en los primeros treinta años del pasado siglo, principalmente hacia Cuba y Argentina.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, Cuba será después de Argentina el país de Iberoamérica que reúne el mayor porcentaje de emigrantes españoles, con un flujo continuo y en aumento a partir de los años cuarenta del siglo XIX. El pueblo de Villarino de los Aires va a formar parte del contingente, de donde a partir del año 1900 y hasta 1940, llegaron a Cuba más de 200 jóvenes villarinenses.

Llegaron mayoritariamente a principios del siglo XX, con la oleada de centenares de miles de emigrantes españoles a Cuba, generando un proceso asociativo que, lógicamente, se adaptó a la división de España en este momento. Así surgió nuestro amado Club Villarino de La Habana, que agrupó a más de ciento cincuenta emigrantes del pueblo de Villarino de los Aires (Salamanca, España).

A principios del siglo pasado, nuestro padre, nuestra madre y el resto de nuestra familia, emigraron a Cuba siguiendo una tradición familiar y la corriente de más de 300 villarinenses que se trasladaron a la Perla de las Antillas desde los años ochenta del siglo XIX. Muchos echaron raíces en la Isla, gran parte de ellos, como mis padres, tíos, hermanos de mis abuelos y el resto de toda la familia, se quedaron en Cuba, donde se casaron y formaron su familia, trabajaron en muy variados trabajos prácticamente hasta su muerte, nunca dejaron de mencionar y hablar de su pueblo natal, Villarino de los Aires, siempre tenían presente su terruño y no dejaron de celebrar las Fiestas

Tradicionales de su pueblo natal, como son: “El Día de la Hispanidad”, “El Día de la Autonomía”, “Un Día en Castilla” y “el Día de San Roque”, patrón del pueblo de Villarino de los Aires.

Principales razones de la emigración tan grande del pueblo de Villarino de los Aires. Motivos por los que surge la emigración del pueblo de Villarino de los Aires:

Primero: la plaga llamada filoxérica, que destruyó a principios del siglo XX inmensas áreas de viñedos, estos efectos tan negativos tras la llegada de la plaga, desencadenaron la emigración exterior en el pueblo de Villarino de los Aires.

Segundo: las condiciones tan precarias existentes en el pueblo, donde carecían de agua potable, luz eléctrica o teléfono y sumado a la muy mala comunicación por falta de una carretera, pésimas condiciones de trabajo, ya que tenían las fincas muy lejos, entre las lomas, además, las cosechas dependían mucho del clima, con un intenso frío en invierno. Otras, como el traslado de las cosechas: de las uvas, el trigo, la cebada y todo lo demás que se cosechaba, era extremadamente muy trabajoso, su traslado solo se podía hacer con carros de caballos o de mulos.

Tercero: tratar de evitar el Servicio Militar Obligatorio, ya que por esos años había comenzado la guerra con Marruecos. Citaban a los hombres desde muy jóvenes, era una forma de librarse de ir a la guerra.

Cuarto: las expectativas de éxito de todos los emigrantes que tenían familiares que habían llegado a Cuba con anterioridad: les brindaban ayuda y alojamiento mientras no encontraban trabajo, unido al deseo de tratar de conseguir puestos de labor menos agotadores y mejor remunerados, para así ayudar a los familiares que habían quedado en España, principalmente a los abuelos, padres, tíos, hermanos, sobrinos, primos u otros parientes cercanos.

Quinto: la creación de varias Sociedades para ayudar a todos los emigrantes a establecerse en el país; fue el caso del Centro Castellano de La Habana, la Sociedad Castellana de Beneficencia, la Sociedad Benéfica Burgalesa, la Colonia Zamorana de Cuba, El Club Villarino de La Habana u otras, por solo citar algunas de ellas.

Sexto: otra de las razones, no menos importante, fue la Revolución de los Transportes, en particular el ferrocarril y la navegación en barcos a vapor, con lo cual se redujo el tiempo de la travesía, a veces hasta diez días, lo que anteriormente era de dos o tres meses en barcos de vela.

Séptimo: también podemos señalar que, al reducirse el tiempo de la travesía, se redujeron también las posibilidades de contraer enfermedades como la disentería, muy abundante en aquel tiempo.

Octavo: por último y no menos significativo, la disminución de los costos del pasaje, que llegaron a valer en los primeros treinta años del siglo XX hasta 80 pesetas: sépase que casi costaba más el viaje en ferrocarril a Vigo o Barcelona, que el trayecto de estos puertos de Vigo o La Coruña, de España, al puerto de La Habana, en Cuba o al puerto de La Plata, en Argentina.

De nuestra familia emigraron entre el año 1910 y 1930 (todos de Villarino): Nicolás Sendín Martín (emigró en al año 1920. Nuestro padre. Cuba), Marta Martín Hernández (emigró en el año 1926. Nuestra madre. Cuba), María A. Sendín Martín (migró en el año 1930. Tía por parte de padre. Argentina), Ángel Sendín Martín (emigró en el año 1930. Tío por parte de padre. Argentina), Manuel de Celis Sánchez (emigró en el año 1917. Tío por parte de madre. Cuba), Isabel Martín Hernández (emigró en el año 1917. Tía por parte de madre. Cuba), Teresa Sendín Martín (emigró en el año 1910. Tía por parte de padre. Cuba), e Isabel Sendín Martín (emigró en el Año 1915. Tía por parte de padre. Cuba).

Todos emigraron para Cuba: Francisco Martín Benito (emigró en el año 1915. Hermano de mi abuelo por parte de madre), Manuel Martín Benito (emigró en el año 1920. Hermano de mi abuelo por parte de madre), Vicente Martín Benito (emigró en el año 1925. Hermano de mi abuelo por parte de madre), y Ángel Martín Benito (emigró en el año 1930. Hermano de mi abuelo por parte de madre).

Según ellos, hubo muchos españoles que emigraron en el siglo XIX y principios del siglo XX, principalmente a los países de Argentina y Cuba; también a otras partes de América y a otros países del mundo, buscando una mejor vida y poder ayudar a sus familias que dejaban atrás, venían muchos de ellos como polizontes en los barcos, porque en aquellos momentos, algunos no tenían ni para pagar el pasaje.

Dedico este Relato al ejemplo de nuestro padre y nuestra madre que ya no están.

Nicolás Sendín Martín y Marta Martín Hernández, los cuales siempre me inculcaron no olvidar nunca nuestras raíces y nuestro terruño, así como saber siempre de dónde somos y de dónde venimos. Después de muchos años de oír a nuestra familia, como siempre lo hacían, me veo obligado e inspirado en nombre de nuestro padre y nuestra madre, puros villarinenses, a escribir este relato, el cual he podido conocer.

Nicolás Sendín Martín. Nacido el día 11-02-1900, hijo de Miguel Sendín Martínez y de Petra Martín Benito, ambos naturales de Villarino de los Aires, teniendo como abuelos paternos a Nicolás Sendín Conde y Concepción Martínez Martín y como abuelos maternos a José Martín Hernández e Isabel Benito Prieto, todos naturales del municipio de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca, España.

Nicolás Sendín Martín, hijo de una familia de labradores, trabajadores del campo.

Nicolás (mi padre) y dos hermanas, llamadas Teresa Sendín Martín e Isabel Sendín Martín, ambas emigraron para Cuba en los primeros años del pasado siglo XX, entre los años 1910 a 1915, buscando un modo de vida mejor y más remunerado que el que ellos habían alcanzado hasta esos momentos en el pueblo de Villarino de los Aires.

Los otros dos hermanos, llamados Ángel Sendín Martín y María Antonia Sendín Martín, emigraron para la Argentina a principios del pasado siglo XX, también buscando un modo de vida mejor y un trabajo menos agotador del que siempre tuvieron en España.

A Nicolás, cuando niño, le fue muy difícil estudiar en su pueblo natal, él tenía que participar con su padre en las labores agrícolas del campo. Su padre era labrador y toda su vida se dedicó a cultivar la tierra y trabajar en las fincas que tenían, muy lejos del pueblo, entre las lomas.

Las familias cosechaban trigo, cebada, maíz, ajos, cebolla, uvas, manzanas, peras, aceitunas, papas, frijoles, tomates, ajíes, hortalizas y otros productos de la agricultura. También fabricaban embutidos,

longanizas, chorizos, morcillas y quesos en forma artesanal con los animales que criaban: puercos, ovejas y otros animales; además elaboraban vinos y realizaban algunas otras tareas dentro de la vida agrícola de la región, como recolectar hierba para los animales y otros tipos de alimentos para el tiempo de frío.

Desde muy pequeño tenía que llevarle la merienda y el almuerzo a su padre, el cual trabajaba entre las lomas, en las fincas muy distantes de donde vivían, en el pueblo de Villarino de los Aires.

Cuando cumplió doce años de edad tenía que ir a cortar hierba para la alimentación de los animales y trabajar en el campo junto a su padre, en la siembra y recogida de las cosechas.

Toda la familia, los padres, hermanos, sobrinos, primos y otros familiares, se reunían dos o tres veces por año en su pueblo natal, Villarino de los Aires, a principios del siglo XX, y hacían Romerías como la de "San Roque", "Las Candelas" y las "Fiestas de Fin de Año", brindando con vinos elaborados en las bodegas que tenían en el mismo pueblo. Comían chorizos, longanizas, jamón, quesos y otros productos, todos los cuales eran fabricados con la carne y la leche de los animales que ellos criaban en sus fincas.

Todos los años, el día dieciséis de agosto se celebraba el "Día de San Roque", el cual es el Patrón del pueblo de Villarino de los Aires. Se celebraban corridas de toros en la Plaza de Villarino, frente al Ayuntamiento; también se hacían peregrinaciones, se sacaba al santo San Roque de la iglesia y se paseaba por todo el pueblo; se hacían fiestas con todos los vecinos y otros paisanos que venían de vacaciones, se bailaba y cantaba por varios días, celebrando las Fiestas y las Romerías tradicionales del santo representativo del pueblo de Villarino de los Aires: "San Roque".

Nicolás Sendín Martín, con veinte años emigra de España para Cuba, el día 26-09-1920 en el vapor "Espagne". Viene con el objetivo de poder ganar algún dinero y de esta forma ayudar a su padre y madre, que habían quedado en España, también para unificarse con sus dos hermanas, que anteriormente habían emigrado a Cuba y, además, conseguir un trabajo menos agotador y algo más remunerado que el que tenía en su pueblo natal, Villarino, donde solo había sido labrador y jornalero.

Se adjunta al final una foto del Pasaporte Cartera de Identidad de Nicolás Sendín Martín, con el cual llegó a Cuba en su primer y único viaje que realizó a Cuba cuando emigró de España.

Cuando Nicolás llega a Cuba, fue a vivir a casa de su hermana Isabel Sendín Martín, la cual vivía en el Reparto Arroyo Apolo, Barrio Azul, Municipio Arroyo Naranjo. Comienza a trabajar en el año 1920 como empleado en una fábrica de mosaicos, en el Reparto Arroyo Apolo, Barrio Azul, que era propiedad de su cuñado Gonzalo Fernández. Ahí se mantiene fabricando mosaicos (lozas de piso), por un periodo de quince años.

Desde su llegada a Cuba, en el año 1921 se hace socio del Centro Castellano de La Habana y de la Quinta Castellana, en el año 1923 se hace socio del Club Villarino de La Habana, siendo reconocido como Socio Fundador con el número 7.

Tradicionalmente toda la familia, las hermanas, sobrinos y primos de Nicolás, se reunía dos o tres veces en el año, y hacían una fiesta familiar como tradicionalmente hacían en su pueblo natal, estas fiestas familiares se efectuaban casi siempre en los Jardines de la Cervecería de la Tropical o de la Polar. Allí llevaban comida española, embutidos, chorizos, empanadas gallegas y otras comidas, compraban un barril de cerveza y celebraban una gran fiesta familiar bailable. Buscaban algún personal que tocara la flauta, un gaitero y un tamborilero, los cuales tocaban música tradicional del pueblo de Villarino de los Aires, allí cantaban y bailaban todos en familia, junto con otros paisanos que se unían en estas fiestas tradicionales. Esta tradición se mantuvo por más de treinta años, de los años 1920 hasta el año 1958, tal como lo hacían a principios del siglo XX en su pueblo natal, Villarino de los Aires.

En el año 1935 Nicolás compra una carnicería en Fuentes y 3ª y comienza a trabajar como carnicero (actualmente calle 50 y Avenida 25, en el Reparto Almendares), Municipio Playa. En el año 1938 se asocia con otro paisano de apellido Marín, en la misma carnicería de Fuentes y 3ª. Ahí estuvo trabajando como carnicero hasta el año 1949.

En el año 1938 nuestro padre Nicolás se casa con nuestra madre Marta Martín Hernández, producto de este matrimonio nací yo, Laureano Sendín Martín el día 29-03-1939. Ver al final una foto de un Día de

"San Roque" celebrado en los Jardines de la Cervecería La Tropical, en el mes de agosto del año 1944, en la primera mesa del frente a la izquierda, el matrimonio de Nicolás y Marta, y Laureano Sendín Martín a la edad de cinco años.

El 13-04-1948 actualiza su Carnet de Extranjero, cuando vivía en Fuentes y 3ª.

En el año 1949 vende la carnicería de Fuentes y 3ª en el Reparto Almendares y compra otra, ubicada en calle 88 esquina a 9ª en la Playa de Marianao (ahora calle 110 esquina a Avenida 9ª del Municipio Playa), ahí trabaja como carnicero del año 1949 al año 1956. Posteriormente pasa a trabajar en el año 1956 a otra carnicería, en la calle 96 e/ 9ª y 11ª, Municipio Playa, hasta mediados del año 1958.

Los treinta y ocho años que vivió en Cuba mantuvo correspondencia con toda su familia, que había quedado en España y con los dos hermanos que habían emigrado para la Argentina.

Nicolás fue un hombre muy trabajador y luchador, pero tuvo pocas oportunidades en su vida, no tuvo suerte de poder hacer alguna fortuna, por tal motivo, no pudo volver otra vez a España, cosa esta que anheló toda la vida, poder llevarme a mí a conocer nuestro terruño, donde nacieron todos nuestros antepasados: mis padres, abuelos y bisabuelos. Lo que él ganaba, malamente le alcanzaba para poder pagar los alquileres donde vivíamos, comprar la comida, la ropa y para muy poco más.

Era muy familiar, amigo de ayudar a todos los que de una forma u otra lo necesitaban, sobre todo a los paisanos que llegaban de España como emigrantes, les brindaba todo tipo de amistad y la ayuda que necesitaran.

Nicolás Sendín Martín desde su llegada a Cuba se hace Socio Fundador del Club Villarino de La Habana.

El 8 de noviembre del 1919 se constituyó el Club Villarino, para que "quedara perpetuo el recuerdo del Pueblo de Villarino en Cuba y como cohesión entre los villarinenses". Se planteaba "unir a todos los hijos de Villarino en Cuba, en la inteligencia de que, en el local acogedor del Club, hallaran un ambiente familiar que les permitiera

recordar las añoranzas de la tierra ausente, estrechando los lazos de amor y confraternidad entre los villarinenses españoles y los cubanos". Asimismo, se trataba de enaltecer "la memoria del pueblo de Villarino de los Aires, su provincia Salamanca y la Madre Patria España". Especial atención se dedicaba a la prestación de auxilio mutuo, a los asociados que lo necesitasen y a "realizar actividades benéficas y recreativas".

Han transcurrido más de cien años de esta fundación y se mantiene aún este Club, con vida renovada con las primeras, segundas y terceras generaciones de los descendientes de estos emigrantes: hijos, nietos y biznietos de los Socios Fundadores.

Nicolás, nuestro padre, fue de los socios fundadores del Club Villarino de La Habana, haciéndose socio del Club en el mes de agosto del año 1923. Se mantuvo como Socio Fundador por más de treinta y cinco años y es reconocido como el socio número siete del Club Villarino de La Habana; al final se adjunta foto. Al final se adjuntan varias fotos de las juntas directivas del Club Villarino. El periodo del año 1926, el primero sentado, de izquierda a derecha, es Nicolás Sendín Martín. El periodo del año 1927, el segundo parado, de izquierda a derecha, es Nicolás Sendín Martín. Fue miembro del Comité Pro-Escuela de Villarino, conjuntamente con seis socios más. Asimismo, ayudó y cooperó con dinero en varias colectas para recaudar fondos y ayudar a las reparaciones del mismo Club y en la fabricación de las cinco escuelas en el Pueblo de Villarino. El periodo del año 1929, de los siete parados, el del centro es Nicolás Sendín Martín. En las elecciones del año 1931 fue electo vicepresidente, manteniéndose por cuatro años consecutivos hasta el 1934 inclusive. Como socio, hizo un gran trabajo y tuvo una gran participación por mantener las raíces de todos los emigrantes del pueblo de Villarino de los Aires en Cuba. Participó, junto a un reducido grupo de paisanos, en las luchas y sacrificios por mantener y engrandecer esta Sociedad Club Villarino. Se mantuvo como miembro activo por muchos periodos de tiempo, en la junta directiva estuvo dos años consecutivos de vicesecretario y por más de cuatro años ocupando la vicepresidencia del Club. Nicolás fue el segundo asociado en ser nombrado vocal vitalicio del Club en el año 1945.

En la junta directiva extraordinaria, celebrada el 8 de agosto de 1958, participaron los vocales natos y vitalicios en funciones, el Sr. Presidente

dio a conocer el objeto de dicha junta: dar cumplimiento al artículo 68 del Reglamento, nombrando un vocal vitalicio, en sustitución del socio y vocal vitalicio fallecido el 20 de julio de 1958, Sr. Nicolás Sendín Martín. Dicho vocal, de acuerdo con el mencionado artículo, tiene que ser nombrado por los vocales natos y vitalicios en funciones. Fue nombrado vocal vitalicio un primo de Nicolás llamado Mateo Martín Sendín, seguidamente se solicitó ponerse de pie y guardar un minuto de silencio en su memoria.

Como resumen de las tareas realizadas por Nicolás Sendín Martín en el Club Villarino, podemos decir que al morir ostentaba el título de Vocal Vitalicio por más de quince años, habiendo participado en la directiva por más de treinta años, además ocupó por cuatro años consecutivos la vicepresidencia, dos años de vicesecretario y participó en la comisión creada para la construcción de las cinco escuelas del pueblo de Villarino de los Aires. El Sr. Nicolás Sendín Martín, fallecido el 20 de julio de 1958, esta fue una pérdida irreparable, la cual causó un profundo dolor entre la junta directiva, así como a la masa social, ya que, con su deceso, perdía la Sociedad uno de los luchadores más tenaces hasta esa fecha. Nuestro padre fallece el día 20-07-1958 a la edad de cincuenta y ocho años, siendo sepultado en el panteón del Club Villarino, en el Cementerio de Colón, donde reposan sus restos.

Marta Martín Hernández. Nacida el día 28-11-1905, hija de Laureano Martín Benito y de Carmen Hernández García, ambos naturales de Villarino de los Aires, teniendo como abuelos paternos a José Martín Hernández e Isabel Benito Prieto y como abuelos maternos a Francisco Hernández Montes y María Antonia García Hernández, todos naturales del pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca, España.

Marta (nuestra madre), proviene de una familia de labradores, la cual estaba integrada por ella y seis hermanos más, llamados Isabel Martín Hernández, quien emigró a Cuba el 03-07-1917 y los otros cinco hermanos, llamados José Martín Hernández, Teresa Martín Hernández, Manuel Martín Hernández, Joaquina Martín Hernández y Juan Martín Hernández. Todos se quedaron viviendo en España, unos en el mismo pueblo y otros emigraron, una para Salamanca, otro para Segovia y otro para Bilbao.

De niña pudo estudiar muy poco, casi no pudo ir a la escuela, ellos eran seis hermanos más y, por tanto, tenía que ayudar a su madre y

atender a los hermanos más pequeños. Desde muy pequeña la pusieron a cocinar, lavar, lo cual tenía que hacer en Ambas Aguas, donde se unen los ríos Tormes y Duero y caminar una gran distancia por no tener agua en el pueblo, fregar, cargar agua y otros quehaceres de la casa.

Desde muy niña le gustaba mucho coser, oficio este que aprendió muy bien, además también aprendió a tejer y bordar en su pueblo natal, Villarino de los Aires.

Marta viene en su primer viaje a Cuba el día 24-09-1926, saliendo por el puerto de La Coruña en el vapor "Espagne", de una línea francesa, llegando al puerto de La Habana el día 04-10-1926. A su llegada a Cuba se va a vivir a casa de su hermana Isabel en la calle Primelles 19, (ahora calle 56), Reparto Columbia, Municipio Playa.

En este viaje a Cuba, Marta vino con su hermana Teresa y el esposo e hijo llamado Manuel, ellas trajeron dos fotos de la familia que vivía en el pueblo de Villarino de los Aires. En esta foto se encuentran la madre, llamada Carmen Hernández García y cinco hermanos llamados José, Manuel, Juanito, Marta y Joaquina Martín Hernández. En la otra foto se encuentran sus padres, llamados Carmen Hernández García, Laureano Martín Benito y tres hermanos llamados Joaquina, Marta y Juanito Martín Hernández. Esta foto, enviada del Pueblo de Villarino el 02-10-1926 por Joaquina Martín Hernández a Marta cuando estaba viviendo en Cuba en casa de Isabel (al final se pueden ver estas fotos).

Ella y su hermana Teresa retornaron a España a finales del año 1926, y vuelven al pueblo de Villarino de los Aires a juntarse con su familia nuevamente. En este viaje llevan la foto que se adjunta al final, de Isabel en el patio de su casa en Cuba, para entregársela a sus padres en España. En su estancia en España, del año 1926 al año 1937, se dedica a ayudar a su madre en los quehaceres de la casa, además, a coser y bordar ropa para sus hermanos y el resto de la familia. Regresa en su segundo viaje a Cuba, saliendo por el puerto de Lisboa el día 02-09-1937 en el vapor Iberia, entrando por el puerto de La Habana el día 12-09-1937. Los motivos de este viaje fueron la reunificación familiar y casarse con Nicolás Sendín Martín. A su llegada a Cuba se va a vivir nuevamente a la casa de su hermana Isabel en la calle Primelles 19, Reparto Columbia, Municipio Playa. Se adjunta el pasaporte

de Marta Martín Hernández en su segundo viaje a Cuba. Se hace socia del Centro Castellano el día 06-02-1930, con la inscripción número 937, se adjunta el pasaporte y el carnet de identificación del Centro Castellano.

Se casa con Nicolás Sendín Martín a finales del año 1938 y se van a vivir a la calle Fuentes y 3ª (ahora calle 50 Esquina a Avenida 25) en el Reparto Almendares, en Marianao (ahora Municipio Playa). Con la unión de este matrimonio nací yo, Laureano Sendín Martín, en la Quinta Castellana, el día 29-03-1939.

Ella participó, junto con nuestro padre, el cual era de los socios fundadores del Club Villarino de La Habana, en fiestas, banquetes, reuniones y otras actividades que se realizaban en el Club Villarino todos los años.

Todo el tiempo que vivió en Cuba se dedicó a los quehaceres de la casa, además, a coser, tejer y bordar, oficios estos que aprendió en su pueblo natal de Villarino de los Aires, de esta forma podía ayudar a la familia económicamente. Fue una mujer muy trabajadora y luchadora, también muy sacrificada y cariñosa con todos los que la rodearon, su familia, amigos, vecinos y todos los paisanos a los cuales ayudó todo lo que le fue posible. En el año 1950 nos mudamos mis padres y yo para la Avenida 9ª, número 11035, e/ 110 y 112, en la Playa de Marianao, Municipio Playa.

Muere con la añoranza de no haber podido satisfacer sus mayores deseos de volver a su Madre Patria de origen, España, a visitar su familia, cosa esta que siempre anheló, así como poder llevarme a conocer toda nuestra familia que había quedado en España. No tuvo la suerte de su hermana Isabel, la cual pudo hacer algo de fortuna y viajar varias veces a España a visitar a su familia y otros viajes a Miami de vacaciones y a las Playas del Este de La Habana.

Fallece el día 16-11-1961, a la edad de cincuenta y seis años, en la Quinta Castellana, siendo sepultada en el panteón del Club Villarino, en el Cementerio de Colón, donde reposan sus restos.

María Antonia Sendín Martín. Nacida en el año 1898, en el pueblo de Villarino de loa Aires, hija de Miguel Sendín Martínez y de Petra Martín Benito, ambos naturales de Villarino de los Aires, teniendo como

abuelos paternos a Nicolás Sendín Conde y Concepción Martínez Martín y abuelos maternos a José Martín Hernández e Isabel Benito Prieto, todos naturales del pueblo de Villarino de los Aires, Provincia de Salamanca. Mi tía por parte de padre, llamada María Antonia Sendín Martín, de profesión jornalera, emigra y llega a la Argentina el día 11-11-1930. Había salido por el puerto de Vigo, de la provincia de Galicia, en el vapor "Gelria", casada con Juan Manuel Martín Cordero.

Ángel Sendín Martín. Nacido en el año 1905, en el pueblo de Villarino de los Aires, hijo de Miguel Sendín Martínez y de Petra Martín Benito, ambos naturales de Villarino de los Aires, teniendo como abuelos paternos a Nicolás Sendín Conde y Concepción Martínez Martín y abuelos maternos a José Martín Hernández e Isabel Benito Prieto, todos naturales del pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca. Mi tío por parte de padre, llamado Ángel Sendín Martín, de profesión jornalero, emigra y llega a la Argentina el día 01-11-1930. Había salido por el puerto de Vigo de la provincia de Galicia, en el vapor Monte Sarmiento.

Isabel Martín Hernández. Nacida el día 14-10-1897, hija de Laureano Martín Benito y de Carmen Hernández García, ambos naturales de Villarino de los Aires, teniendo como abuelos paternos a José Martín Hernández e Isabel Benito Prieto y como abuelos maternos a Francisco Hernández Montes y María Antonia García Hernández, todos naturales del pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca. De niña pudo ir muy poco a la escuela, ella era la mayor de los siete hermanos, tenía que ayudar a su mamá a atender a los hermanos más pequeños, cocinando, fregando, lavando y planchando, prácticamente tenía la responsabilidad de los quehaceres de la casa, también aprendió a coser, tejer y bordar en su pueblo natal, Villarino de los Aires. Isabel Martín Hernández y Manuel de Celis Sánchez contraen matrimonio canónico el día 10-02-1917 en el Juzgado Municipal de Villarino de los Aires, como se puede observar en el documento que se adjunta al final, elaborado por Don Casimiro Montes Hernández, Juez Municipal de Villarino y encargado del Registro Civil del mismo, el día 09-11-1923.

Isabel, con veinte años, estando embarazada de cinco meses y Manuel, con veintiséis años, vienen por primera vez a Cuba el día 03-07-1917, en el vapor Infanta, ambos como emigrantes a buscar fortuna y a tratar de conseguir algún trabajo, mejor y más remunerado del que tenían en su pueblo natal Villarino, donde siempre fueron labradores.

Este matrimonio, a su llegada a Cuba fue a vivir a una casita que compraron en la calle Primelles 19 (ahora calle 56), en el Reparto Columbia, cerca de Buenavista, Municipio Playa. De este matrimonio nace su primer hijo el día 05-11-1917, llamado Manuel de Celis Martín. Al llegar a Cuba, Isabel comienza a lavar y planchar ropa a familias que tenían un poder adquisitivo algo desahogado y le pagaban por este trabajo. Este matrimonio de Isabel y Manuel fueron haciendo algún capital y compraron tres cuartos de un solar, los cuales colindaban a su casa, posteriormente compraron tres más, hasta llegar a doce cuartos. Los doce cuartos con que contaba esta cuartería sirvieron de alojamiento a los paisanos emigrantes que venían de España, sin cobrarles una peseta; así ayudaron por mucho tiempo a todos los paisanos, conocidos españoles, los cuales llegaban prácticamente casi sin dinero. De esta forma se comenzaba con un proceso de integración de todas las familias de los emigrantes españoles en nuestra Patria Cuba. También alquilaban a otras personas que necesitaban donde vivir y así comenzaron a hacer alguna fortuna.

Esta emigración siempre fue con la idea de poder hacer algún capital y así ayudar a la familia que había quedado en la Madre Patria y también con la idea de volver a visitar a la familia en España, llevándole de Cuba todo lo que pudieran alcanzar y compartirlo con los padres, hermanos y sobrinos, algún dinero, ropa, zapatos, etc.

Nace el segundo hijo del matrimonio de Isabel y Manuel el día 06-07-1919 en la Quinta Castellana, ubicada en el Barrio de Arroyo Apolo. Este sanatorio, llamado "Santa Teresa de Jesús" era un centro de salud que contaba con una unidad clínica y otra quirúrgica, en la cual se atendía a la mayoría de los emigrantes castellanos y leoneses que llegaban a la isla. Estuvo prestando estos servicios hasta el año 1961, cuando el Gobierno Revolucionario nacionalizó todos los centros de salud de la isla. El primer hijo de este matrimonio, llamado Manuel de Celis Martín, se enferma, ingresando en la Quinta Castellana, presentándosele una fiebre muy alta, poniéndose muy grave, falleciendo con menos de tres años el día 02-03-1920, siendo enterrado en el Cementerio de Colón. El matrimonio de Manuel e Isabel vuelven en su primer viaje de retorno a España con su pequeño hijo Antonio de Celis Martín, de cuatro años, el día 30-06-1923, a bordo del vapor "Espagne" desembarcando por La Coruña. Se adjunta foto del trasatlántico "Espagne", de la línea francesa, en el cual regresaron a España. Se adjunta también la foto del pasaporte del primer viaje de retorno a

España con la familia completa de Manuel de Celis Sánchez, Isabel Martín Hernández y su pequeño hijo, Antonio de Celis Martín, cuando llegaron por La Coruña. Estuvieron el matrimonio y el hijo en el pueblo de Villarino de los Aires por espacio de cuatro meses aproximadamente, visitando a toda nuestra familia, llevándoles algún dinero y ropa a los padres, hermanos y sobrinos que habían quedado en el pueblo de Villarino.

Poco tiempo después de su llegada a Cuba en su segundo viaje, Isabel Martín Hernández hace su inscripción en el Centro Castellano de La Habana, el día 23-11-1925, con el número de inscripción 737; este centro se encargaba de unificar y unir a todos los emigrantes castellanos y leoneses. El segundo viaje a Cuba lo realizan el día 02-11-1923, a bordo del vapor Alfonso XIII, llegando por el puerto de La Habana el día 12-11-1923.

La tercera hija del matrimonio de Isabel y Manuel nace el 31-05-1926, llamada Carmen de Celis Martín, en la Quinta Castellana, al igual que su hermano Antonio de Celis Martín. La foto de Carmen de Celis Martín a la edad de cuatro años, enviada por Isabel y Manuel a su hermano Antonio de Celis Sánchez el día 10-02-1931, el cual se encontraba en el pueblo de Villarino de los Aires. Se adjunta al final la foto de María del Carmen Francia Martín, hija de Joaquina Martín Hernández cuando tenía cuatro meses, en el año 1935 en Villarino. La foto fue enviada a Cuba, a su tía Isabel Martín Hernández. Considero bueno destacar que esta niña que tenía cuatro meses en 1935, vive todavía en el pueblo de Villarino de los Aires, fue maestra de la escuela de Villarino por varios años y tiene cumplidos ya ochenta y siete años.

Nuevamente, vuelven a España en su segundo viaje el matrimonio de Isabel y Manuel, ahora con su pequeña hija de nueve años, llamada Carmen de Celis Martín, saliendo el día 09-06-1936 en el vapor "Mexique", entrando por el puerto de La Coruña el día 19-06-1936. Esta familia se mantiene en el pueblo de Villarino por un tiempo mayor de seis meses, Manuel ayudando a los republicanos en sus tareas, antes de empezar la Guerra Civil. Cuando va a comenzar la guerra tienen que emigrar nuevamente a Cuba.

Vuelven en su tercer viaje a Cuba el 14-12-1936, en el vapor Iberia, alemán, saliendo por el puerto de La Coruña y desembarcando en el puerto de La Habana el 24-12-1936.

Se recibe una carta de Villarino, a finales del año 1939, comunicando que la madre de Isabel, llamada Carmen Hernández García, nuestra abuela por parte de madre, había fallecido en el pueblo el día 25-11-1939, como puede observarse en la certificación de defunción que se adjunta al final, emitida por Don Manuel Fernández González el día 23-02-1987 en el pueblo de Villarino de los Aires.

En el año 1942 se muda la familia de Isabel y Manuel de la calle Primelles 19 (ahora calle 56), para una casa de la Avenida 35 Esquina a calle 50, en el Reparto Almendares (antiguo Municipio Marianao), ahora Municipio Playa. Isabel, al igual que su esposo Manuel, se acoge también al derecho de solicitar la ciudadanía cubana, autorizada por el Ministerio de Estado de Cuba; se adjunta foto de la carta de ciudadanía, el día 24-01-1946. En el año 1950 compran una casa en la calle 50, 3309, entre 33 y 35, Municipio Playa, donde viven el resto de su vida Manuel, Isabel y Carmen de Celis Martín.

Carmen de Celis va en su segundo viaje a España el día 25-07-1954 en un avión de Iberia, línea aérea española, llegando por el aeropuerto de Barajas, donde se une a sus padres, los cuales se encontraban esperándola en Madrid. Carmen de Celis y sus padres Manuel e Isabel, van para el pueblo de Villarino de los Aires, donde se encontraba toda la familia, su abuelo Laureano Martín Benito, sus tías Teresa y Joaquina y sus tíos José, Manuel y Juan Martín Hernández, así como muchos primos y el resto de la familia.

Isabel se queda en España viviendo en el pueblo de Villarino con su padre, hermanos y sobrinos, hasta el día 08-01-1955, fecha en la que embarcó por el puerto de Cádiz a bordo del vapor “Monteulia”, rumbo al puerto de La Habana, llegando el día 25-01-1955.

En carta enviada a Cuba por Juan Martín, hermano de Isabel y Marta, les comunica la triste noticia del fallecimiento del padre de Isabel, nuestro abuelo por parte de madre, llamado Don Laureano Martín Benito, el día 13-01-1956 en el Pueblo de Villarino. Esta familia, entre los años 1948 y 1960, viaja a Miami, en los Estados Unidos de Norte América, en cuatro viajes que describimos a continuación:

Primer viaje a Miami. Isabel y Carmen de Celis viajan en avión a Miami, saliendo el día 22-07-1948, estando en esta ciudad por un periodo menor a un mes, visitando algunos amigos y disfrutando de las

playas, regresando el día 19-08-1948 por el aeropuerto de Rancho Boyeros.

Segundo viaje a Miami. Manuel de Celis y Carmen de Celis viajan en avión a Miami, saliendo del día 30-07- 1949. A su llegada van a visitar a algunos amigos y a algunos religiosos de la Iglesia Metodista. Carmen se retrata con una amiga y su hija junto al auto de Miami Latin Center. Después de estas visitas regresan el día 10-08-1949 por el aeropuerto de Rancho Boyeros.

Tercer viaje a Miami. Toda la familia, Manuel, Isabel y Carmen, viajan en avión a Miami, saliendo el día 24-12-1950. Este viaje tuvo el objetivo de pasar las Navidades y el Fin de Año en compañía de varias familias amigas y religiosos metodistas. Al llegar a Miami se van a Tampa y visitan una Iglesia Metodista. Después de pasar unos diez días, regresan el día 03-01-1951 por el aeropuerto de Rancho Boyeros.

Cuarto viaje a Miami. En este viajan Manuel de Celis y Carmen de Celis, saliendo en avión a Miami el día 08- 08-1960, visitando a algunos amigos y analizando algunos asuntos personales que tenían allá. A la semana siguiente regresan en un avión de Cubana por el aeropuerto de Rancho Boyeros el día 16-08-1960. Este fue el último viaje que pudo realizar esta familia a Miami, a partir de este año se hizo muy difícil poder viajar a los Estados Unidos.

A partir del año 1960 y hasta finales del año 1964, esta familia se mantiene viviendo en la calle 50, 3309 e/ 33 y 35, Municipio Playa; Manuel como jubilado e Isabel como ama de casa, sin que transcurra nada digno que señalar.

En el mes de noviembre del 1964, sufre una quemadura muy grande Rosaida Sixta Orozco Nápoles, la mamá de Laureano Sendín Orozco, nuestro hijo mayor, el cual tenía ocho meses; la madre fue ingresada en la sala de quemados del Hospital Calixto García, y el niño fue llevado a casa de Carmen de Celis Martín e Isabel Martín Hernández, en la calle 50, 3309 e/ 33 y 35. A partir de esta fecha se hacen cargo de criar al niño. A partir de este momento la vida de esta familia cambió totalmente con la entrada de nuestro hijo, al cual acogen como un hijo, Carmen de Celis Martín y Manuel e Isabel, como un nieto que nunca habían alcanzado.

Así transcurrió el tiempo en esta familia, la cual tuvo la suerte de poder hacer alguna fortuna, como se puede comprender, con las posibilidades de viajes que realizaron a España y a Miami. Nuestro hijo Laureano continuó viviendo con esta familia, comienza en la escuela y con la ayuda de Carmen logra notas excelentes en toda la enseñanza primaria y secundaria. Laureano continuó sus estudios y logró notas excelentes en el Preuniversitario, obteniendo que le autorizaran a matricularse en la carrera de Controles Automáticos en la CUJAE.

Posteriormente, en el año 1981, Carmen de Celis Martín, por motivo de un accidente, fallece el día 22-10-1981 en el Hospital Militar de Marianao, siendo enterrada en el panteón del Club Villarino, donde permanecen sus restos. Cuando ocurre el accidente de Carmen, Laureano se encontraba estudiando el primer año de la carrera de Controles Automáticos y, a partir de la muerte de Carmen, comienza con una crisis nerviosa y pierde la carrera, saliendo de la Universidad (CUJAE).

Finalmente, Isabel se queda viviendo con Laureano Sendín Orozco hasta su fallecimiento el día 28-01-1987, a la edad de ochenta y nueve años, siendo sepultada en el panteón del Club Villarino, donde permanecen sus restos.

Manuel de Celis Sánchez. Nacido el día 29-04-1891, hijo de Manuel de Celis, natural de Villarino de los Aires y de Juliana Sánchez, natural de Pozo Rubio, en la provincia de Cuenca, teniendo como abuelos paternos a Alonso de Celis y Manuela Seisdedos, ambos naturales de Villarino de los Aires. Los abuelos maternos son Manuel Sánchez y María Vico, ambos naturales de Pozo Rubio, en la provincia de Cuenca. Fue bautizado en la Parroquia del Pueblo de Villarino de los Aires el día 05-05-1891, documento emitido el día 05-12-1925 en la Parroquia del pueblo de Villarino de los Aires.

Manuel, cuando niño, prácticamente no pudo ir a la escuela en Villarino de los Aires, él tenía que trabajar con su padre en las labores del campo. Su padre era labrador y siempre se dedicó a cultivar la tierra, trabajando en las fincas que tenían en las lomas, a las afueras del pueblo de Villarino. Cosechaban trigo, cebada, maíz, uvas, aceitunas, papas, frijoles, todo tipo de hortalizas y otros productos agrícolas, también tenían bodegas para fabricar vino. En sentido general, hacían todas las actividades comprendidas en la vida de los labradores.

También tenían algo de ganadería, ovejas y puercos, de los cuales era muy necesario cuidar los rebaños y acopiar comida para ellos, con los cuales hacían embutidos, quesos y otros productos para la alimentación de la familia.

Cuando era muy pequeño, tenía que llevar la comida al padre, que trabajaba bastante apartado del pueblo de Villarino. Cuando fue algo mayor, lo mandaban a segar trigo y cebada, cortar hierba y recoger maíz para los animales y también a trabajar junto a su padre en las recogidas de las cosechas.

Manuel de Celis Sánchez e Isabel Martín Hernández contraen matrimonio canónico el día 10-02-1917 en el Juzgado Municipal de Villarino de los Aires, como se puede observar en el documento que se adjunta al final, elaborado por Don Casimiro Montes Hernández, Juez Municipal de Villarino y encargado del Registro Civil del mismo, el día 09-11-1923.

Manuel, con veintiséis años e Isabel con veinte años, estando embarazada de cinco meses, vienen por primera vez a Cuba el día 03-07-1917 en el vapor Infanta, ambos como emigrantes a buscar fortuna y a tratar de conseguir algún trabajo mejor y más remunerado del que tenían en su pueblo natal Villarino, donde Manuel siempre fue labrador.

Estos matrimonios a su llegada a Cuba fueron a vivir a la calle Primelles 19, (ahora calle 56), en el Reparto Columbia, cerca del Reparto Buenavista, Municipio Playa. De este matrimonio nace el primer hijo el día 05-11-1917, llamado Manuel de Celis Martín. Manuel, al llegar a Cuba, comienza a trabajar como repartidor de leche en un carro tirado por caballos de la Lechería Munguía Alejo, ubicada en el Vedado, propiedad de unos paisanos también naturales del pueblo de Villarino de los Aires. Al poco tiempo de su llegada a La Habana se hace socio del Centro Castellano.

Este matrimonio de Manuel e Isabel fueron haciendo algún capital y compraron tres cuartos, los cuales colindaban a su casa, posteriormente compraron tres más, hasta llegar a doce cuartos. Los doce cuartos con que contaba esta cuartería sirvieron de alojamiento a los paisanos emigrantes que venían de España, sin cobrarles una peseta, así ayudaron por mucho tiempo a todos los paisanos conocidos españoles, los

cuales llegaban prácticamente casi sin dinero. De esta forma se comenzaba con un proceso de integración de todas las familias de los emigrantes españoles en nuestra Patria Cuba. También alquilaban los cuartos a familias que no tenían donde vivir, y de esta forma hacían algún capital. Esta emigración siempre fue con la idea de poder hacer algún capital y así ayudar a la familia, y también pensando en volver a visitar nuevamente a la familia que había quedado en España, llevándole de Cuba todo lo que pudieran alcanzar y compartirlo con los padres, hermanos y sobrinos, algún dinero, ropa, zapatos, etc.

Nace el segundo hijo del matrimonio de Manuel e Isabel el día 06-07-1919 en la Quinta Castellana, ubicada en el Barrio de Arroyo Apolo, en el sanatorio llamado "Santa Teresa de Jesús" (Quinta Castellana). Así continuó esta familia de Manuel e Isabel, de los años 1917 al 1923, trabajando y ayudando a todos los paisanos que llegaban como emigrantes y necesitaban ayuda, hasta que podían comenzar a trabajar en Cuba.

El matrimonio de Manuel e Isabel vuelve en su primer viaje de retorno a España con su pequeño hijo, Antonio de Celis Martín, de cuatro años, el día 30-06-1923, a bordo del vapor "Espagne" desembarcando en La Coruña. Se adjunta la foto del trasatlántico "Espagne", de la línea francesa, en el cual regresaron a España. Se adjunta también la foto del primer viaje de retorno a España con la familia completa de Manuel de Celis Sánchez, Isabel Martín Hernández y su pequeño hijo, Antonio de Celis Martín, cuando llegaron por La Coruña.

Estuvieron en España visitando a toda nuestra familia por espacio de cuatro meses aproximadamente, llevándoles algún dinero y ropa a los padres, hermanos y sobrinos que habían quedado en el Pueblo de Villarino.

El segundo viaje a Cuba lo realizan el día 02-11-1923, a bordo del vapor Alfonso XIII, llegando por el puerto de La Habana el día 12-11-1923.

La tercera hija del matrimonio de Manuel e Isabel nace el 31-05-1926, llamada Carmen de Celis Martín, en la Quinta Castellana, al igual que su hermano Antonio de Celis Martín. La foto de Carmen de Celis Martín, a la edad de cuatro años, enviada por Isabel y Manuel a su hermano Antonio de Celis Sánchez el día 10-02-1931, el cual se encontraba en el pueblo de Villarino de los Aires.

Nuevamente, vuelve a España en su segundo viaje el matrimonio de Manuel e Isabel, ahora con su pequeña hija de nueve años, llamada Carmen de Celis Martín. Esta familia se mantiene en el pueblo de Villarino por un tiempo mayor de seis meses, Manuel ayudando a los republicanos en sus tareas, antes de empezar la Guerra Civil. Vuelven en su tercer viaje a Cuba el 14-12-1936 en el vapor Iberia, alemán, saliendo por el puerto de La Coruña y desembarcando en el puerto de La Habana el 24-12-1936. Manuel se hace socio del Club Villarino en el mes de octubre del 1937, correspondiéndole el número de orden 38 del Club Villarino, manteniéndose más de cuarenta años como socio de constancia, habiendo participado en varias juntas directivas como directivo del Club.

En la década de los años treinta del pasado siglo cesa en un elevado porcentaje la emigración de España a Cuba. Ante la situación económica que presentaba entonces la isla de Cuba, detuvieron y casi eliminaron el ingreso de emigrantes, limitando su participación en sus respectivos empleos laborales. Con el gobierno de Gerardo Machado, en el año 1933, se deterioraron las condiciones políticas y económicas en la isla, uniéndose a esto la aprobación de un Decreto que limitaba en un porcentaje muy grande la participación de los extranjeros en los trabajos existentes en el país. Por tal motivo, un gran número de españoles se acogieron a la ciudadanía cubana, tales son los casos de Manuel de Celis Sánchez e Isabel Martín Hernández. Con fecha 19-01-1942, Manuel de Celis Sánchez se acoge al derecho de solicitar la ciudadanía cubana, autorizando el Ministerio de Estado de Cuba la carta de ciudadanía, con lo cual se le daba el mismo derecho a trabajar que a los cubanos nacidos en la isla. Manuel, con esta ciudadanía cubana, comienza a trabajar como conductor en los tranvías en el año 1942, trabajando diez años aproximadamente, hasta el año 1952, cuando se jubila.

En esta fecha de 1952 dejan de funcionar los tranvías en la ciudad de La Habana y comienzan a trabajar ómnibus Leyland, traídos de Inglaterra, los cuales fueron transporte de tropas en la Segunda Guerra Mundial. Estos ómnibus eran de color blanco y fueron conocidos entre toda la población de la ciudad de La Habana con el nombre de enfermeras por su color blanco.

En el año 1942 se muda la familia de Manuel de la calle Primelles 19 (ahora calle 56), para la casa de la Avenida 35 Esquina a calle 50, en el

Reparto Almendares (antiguo Municipio Marianao), ahora Municipio Playa.

El tercer viaje a España de Manuel e Isabel lo realizan en el vapor Monteulia, saliendo por el puerto de La Habana el día 04-06-1954 y llegando a España por el puerto de Vigo el día 15-06-1954. Manuel e Isabel, después de su llegada, van al pueblo de Villarino de los Aires a visitar toda la familia, posteriormente, el día 24-07-1954, se van a Madrid. Después de visitar la familia en Villarino, recorren varias provincias en España y también visitan Portugal. Adjuntamos dos fotos de este viaje a Portugal, tomadas en la frontera de Fermoselle, en la cual se encuentra Manuel con tres paisanos, y la otra foto tomada el 12-08-1954 en la carretera de Portugal, en la Fuente, antes de entrar en Guarda, donde se encuentra Manuel, un Guardia Civil y otro paisano.

Carmen de Celis y su padre Manuel de Celis regresan a Cuba nuevamente el día 03-09-1954 por vía aérea, saliendo del aeropuerto de Barajas a bordo de un avión Iberia de las Líneas Aéreas Españolas, como se muestra en el certificado que se adjunta, llegando al aeropuerto de Rancho Boyeros. Del año 1954 hasta el año 1976 continúa ayudando en la casa, haciendo los mandados y reparando cualquier cosa que se rompía en la casa, porque él era un gran emprendedor, lo mismo trabajaba de técnico de radio, electricista, plomero, albañil... hacía de todo en el hogar.

En el año 1976 se enferma Manuel, ya con ochenta y cinco años de edad, se cayó y tuvo una fractura en la columna vertebral, comenzó a decaer hasta el día 09-12-1976, fecha en la cual fallece en la Clínica Camilo Cienfuegos, a la edad de ochenta y cinco años, siendo sepultado en el panteón del Club Villarino que existe en el Cementerio de Colón, donde permanecen sus restos.

Teresa Sendín Martín. Nacida aproximadamente en el año 1894, en el pueblo de Villarino de los Aires, hija de Miguel Sendín Martínez y de Petra Martín Benito, ambos naturales de Villarino de los Aires, teniendo como abuelos paternos a Nicolás Sendín Conde y Concepción Martínez Martín y como abuelos maternos a José Martín Hernández e Isabel Benito Prieto, todos naturales del pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca. Mi tía por parte de padre, llamada Teresa Sendín Martín, emigra a Cuba aproximadamente el año 1910, casada con Manuel Rivas Seivane, fueron a vivir al Municipio Arroyo Naranjo.

Falleció aproximadamente el año 1965. De esta unión nacieron dos hijos, llamados Antonio Rivas Sendín, el cual nació aproximadamente en el año 1920 y falleció el día 07-09-1993 y Luis Rivas Sendín, el cual nació aproximadamente en el año 1925 y falleció el día 08-06-1968.

Antonio Rivas Sendín. Tuvo dos hijos llamados Teresa Rivas, nacida en el año 1941 y fallecida aproximadamente en el año 1975 y Luis Rivas, nacido en el año 1945, el cual está vivo actualmente.

Luis Rivas Sendín. No tuvo descendencia alguna.

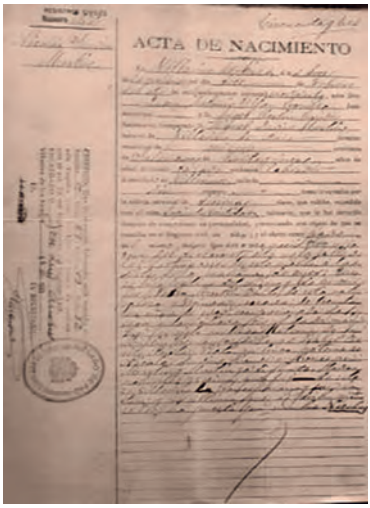
Isabel Sendín Martín. Nacida aproximadamente el año 1896 en el pueblo de Villarino de los Aires, hija de Miguel Sendín Martínez y de Petra Martín Benito, ambos naturales de Villarino de los Aires, teniendo como abuelos paternos a Nicolás Sendín Conde y Concepción Martínez Martín y como abuelos maternos a José Martín Hernández e Isabel Benito Prieto, todos naturales del pueblo de Villarino de los Aires, provincia de Salamanca. Mi otra tía por parte de padre, llamada Isabel Sendín Martín, emigra a Cuba aproximadamente en el año 1910, casada con Gonzalo Fernández y van a vivir a Barrio Azul, en Arroyo Apolo, del Municipio Arroyo Naranjo. Falleció aproximadamente el año 1970. De su unión nacieron tres hijas llamadas Concha Fernández Sendín, que nació el año 1910 y falleció en Miami (E.U.A.) aproximadamente en el año 2005, Carmen Fernández Sendín, que nació el año 1916 y falleció en el año 2004 e Isabel Fernández Sendín, que nació el año 1934 y falleció en Miami (E.U.A.) el año 2010.

Concha Fernández Sendín. Tuvo dos hijos llamados Pepín, nacido en el año 1934 y Gonzalo, nacido en el año 1936, ambos viven en Miami (E.U.A.).

Carmen Fernández Sendín. Tuvo dos hijas llamadas Cuquy, nacida en el año 1940 y fallecida en el año 2012 y Dania, nacida en el año 1943, que aún vive en el Municipio Playa, provincia de La Habana.

Isabel Fernández Sendín. Tuvo un hijo llamado Reinaldo, nacido en el año 1950, vive actualmente en Miami (E.U.A.).

FOTOS PERSONALES DE NICOLÁS SENDÍN MARTÍN[1]



Certificado de nacimiento emitido el 05-09-1920 por el Juez Municipal Don Casimiro Montes.

La casa donde nacieron Nicolás Sendín Martín y sus cuatro hermanos, en el pueblo de Villarino de los Aires.

[1] El autor del relato ya participó en el *V Premio Memoria de la Emigración Castellana y Leonesa* con un par de relatos, distintos del presente, en el que incluía abundante material gráfico. Además, en calidad de activo miembro del Club Villarino, colaboró en las labores de documentación del libro *Un siglo de una asociación resistente: el Club Villarino de La Habana* (Zamora: UNED, 2019). Ambas obras pueden ser consultadas online. Se ha optado por no reproducir las fotografías que ya aportó en aquellas ocasiones. (N.E.)

Vapor Espagne, donde vino Nicolás desde España.

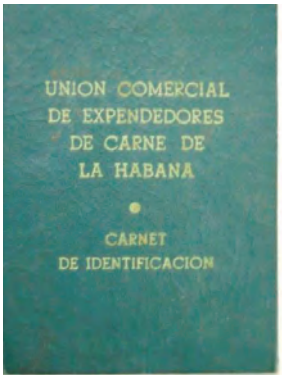
Pasaporte Cartera de identidad de Nicolás Sendín Martín.

Certificado de Nacionalidad de Nicolás Sendín Martín con fecha 17-12-1935.

Nicolás Sendín Martín y Marta Martín Hernández, finales del año 1938, cuando mi madre se encontraba en estado.

Matrimonio de Nicolás Sendín Martín y Marta Martín con su hijo Laureano Sendín Martín a los seis años.

Carnet de extranjero de Nicolás Sendín Martín.

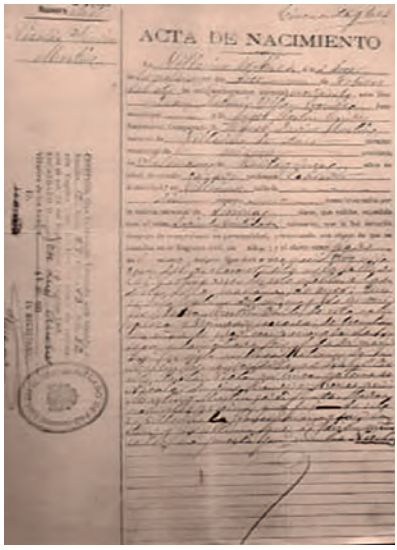


Carnet de la Unión Comercial de Expendedores de Carne de La Habana emitido el 15-12-1953 en la Delegación de Almendares.

Última foto de Nicolás Sendín Martín con fecha 23-01-1954.

FOTOS PERSONALES DE MARTA MARTÍN HERNÁNDEZ

La casa en el pueblo de Villarino de los Aires donde nacieron Marta Martín Hernández y sus seis hermanos.



Certificado de nacimiento emitido el día 16-06-1993, es copia fiel, del que existe firmado y acuñado por el Juez Municipal de Villarino de los Aires.

Primer viaje a Cuba 24-09-1926 en el vapor Espagne.

Marta Martín Hernández en el año 1926 a su llegada a Cuba.

En esta foto se encuentran los padres de Marta llamados Laureano Martín Benito y Carmen Hernández García y los hermanos Joaquina y Juanito Martín Hernández sentado.

En esta foto se encuentran la madre de Marta llamada Carmen Hernández García y los hermanos José, Manuel, Marta, Juanito y Joaquina Martín Hernández.

Joaquina Martín Hernández en Villarino de los Aires.

Isabel Martín Hernández en su casa en Cuba.

Segundo viaje a Cuba el día 02-09-1937 en el vapor Iberia.

Pasaporte de Marta Martín Hernández.

Carnet de identificación de Marta del Centro Castellano.

Marta Martín Hernández en septiembre del año 1958, poco tiempo antes de su fallecimiento.

FOTOS PERSONALES DE ISABEL MARTÍN HERNÁNDEZ

Pasaporte familiar de Isabel, Manuel y Antonio.

Carnet de identificación de Isabel del Centro Castellano de La Habana.

Carmen de Celis Martín a la edad de cuatro años.

Foto de los padres de Isabel, Laureano Martín Benito y Carmen Hernández García y tres hermanos: Juanito, Joaquina y José Martín Hernández, enviada desde el pueblo de Villarino el día 29-05-1931 a Isabel en Cuba.

Tarjeta postal con la Catedral de Salamanca, enviada el día 23-12-1934 por Joaquina y Marta Martín Hernández por el Fin de Año, desde Villarino, a Antonio de Celis Martín (su sobrino) que vivía en Cuba.

María del Carmen Francia Martín, hija de Joaquina Martín Hernández cuando tenía cuatro meses en el año 1935 en Villarino. La foto fue enviada a Cuba, a su tía Isabel Martín Hernández. Ella fue maestra en Villarino y vive todavía en Villarino con 87 años.

Pasaporte familiar con la foto de la familia de Manuel, Isabel y Carmita en el mismo Pasaporte.

Certificado de defunción Carmen Hernández García.

Carta original de ciudadanía de Isabel Martín Hernández.

Pasaporte de Isabel Martín Hernández.

Fotografía de la primera comunión de una sobrina de Isabel llamada Mercedes Martín a la edad de ocho años, la cual actualmente vive en Valladolid y tiene casi sesenta años.

Isabel en una playa de Miami.

Isabel y Carmen de Celis.

Carmen se retrata con dos amigas religiosas.

Última foto de Isabel Martín Hernández.

FOTOS PERSONALES DE MANUEL DE CELIS SÁNCHEZ

Pasaporte familiar con la foto de la familia de Manuel, Isabel y Carmita en el mismo pasaporte.

Carta original de la ciudadanía de Manuel de Celis Sánchez.

Pasaporte de Manuel de Celis Sánchez.

Manuel e Isabel se retratan con otros paisanos frente al edificio del Congreso en Madrid.

Manuel con dos paisanos. 24-07-1954.

Manuel, un Guardia Civil y otro paisano.

Frontera de Fermoselle. Manuel con tres paisanos.

Foto tomada el día 12/08/1954 en Portugal, en la frontera de Fermoselle donde está Manuel con otro paisano.

Manuel de Celis, Isabel Martín y Carmen de Celis con otro paisano retratados en Salamanca.

CERTIFICAMOS

que D. MANUEL DE CELIS Y SANCHEZ
ha atravesado el Atlántico en uno de los aviones de IBERIA por lo que esta Compañía Aérea Española, expide el presente certificado como recuerdo de su vuelo trasatlántico.

A bordo del avión EC-AIX el día 3 de Sep. de 195 Y

El Comandante Jefe de la Aeronave,

Certificado (1)

Trayecto de MADRID a HABANA

Certificado de llegada al aeropuerto de Rancho Boyeros.

Última Foto de Manuel de Celis Sánchez.

ÁRBOl GENEALÓGICO DE LA FAMILIA DE NICOLÁS SENDÍN MARTÍN Y MARTA MARTÍN HERNÁNDEZ

Emigrantes del pueblo de Villarino de los Aires

Nicolás Sendín Martín
Nacido (11-02-1900)
Fallecido (20-07-1958)

Marta Martín Hernández
Nacida (28-11-1905)
Fallecida (16-11-1961)

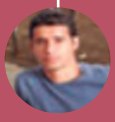
Laureano Sendín Martín
Nacido 29-07-1939

19-07-1963

Rosaida Sixta Orozco Nápoles
Nacida 28-03-1933

Laureano Sendín Orozco
Nacido 10-03-1964

Antonio Sendín Orozco
Nacido 06-07-1966



Michel Laureano Sendín Ros
Nacido 06-02-1986

Richart Sendín Ros
Nacido 12-03-1992

Adrian Antonio Sendín Fuentes
Nacido 04-11-1996

Mariam Sendín Medina
Nacida 23-08-2010

Kevin Sendín Ibarra
Nacido 05-07-2012
en Cuba

Thiago Sendín Lasso
Nacido 12-07-2019
en España

Lisandro Raúl Silveira Sánchez

LA HISTORIA DE DOMINGO ANTONIO DÍAZ DÍAZ, UN EMIGRANTE ESPAÑOL

(Cuba)

"Madre. No sueltes mi mano. No sé a dónde voy, ni lo que me espera. Vida, injusta vida. Regresaré es mi promesa, si muero traed mi cuerpo o mis cenizas, porque mi alma nunca se fue de este lugar". Patria que me viste crecer, hoy me ves partir.

SÍNTESIS BIOGRÁFICA

Domingo Antonio Díaz Díaz, mecánico y eléctrico de origen español, dio los primeros pasos para la electrificación del poblado Vásquez (Puerto Padre), La Tunas. Nació el 21 de octubre de 1890 en Saviñao, Lugo, España. El mismo vino en barco escondido dentro de un barril siendo un niño. A su llegada a Cuba lo trasladan a los barracones situados en el poblado de Guabinillón 8, cercano a Vázquez, poblado del municipio Puerto Padre, en la provincia de Las Tunas. Comenzó a estudiar mecánica y electricidad por correspondencia, consigue empleo hacia el año 1919, en el Central Delicias, como chofer del doctor Padilla. Contrae matrimonio con María López Batista, el día 22 de noviembre de 1922, matrimonio que duró hasta su muerte.

Para diciembre de 1922, en compañía de su esposa, construye una vivienda en el poblado de Vázquez, la que sirvió como casa de familia no solo para sus hijos. Cuentan los que lo conocieron que alojaba allí a algunas personas necesitadas de la localidad. Armó en el terreno de su casa un pequeño taller de mecánica, equipado de un molino para maíz, y emplazó un pequeño motor para la generación de electricidad. Este hecho constituyó el primer intento de electrificar el poblado. En sus inicios este pequeño generador aportaba a las líneas eléctricas 32V con el objetivo de darle luz eléctrica a los obreros de la "Compañía Azucarera", El tráfico, Oficina de Pesadores y al Departamento Comercial. En el año 1956 sitúa un generador más potente.

TRAYECTORIA LABORAL

Con el fin de unificar la Empresa Eléctrica en Cuba es nacionalizado el pequeño generador que había hecho feliz a las personas de Vázquez (Puerto Padre) durante las oscuras noches. Continúa trabajando como auxiliar electricista en la nueva planta instalada por la Revolución Cubana en el poblado. Durante un evento de carácter nacional en el que participó, recibió un certificado de manos del Ministro de Industrias, Ernesto Guevara de la Serna, que lo acreditaba como obrero vanguardia nacional.

MUERTE

Sufre una isquemia cerebral y se retira de su trabajo a causa de su enfermedad. Falleció en el año 1976 en el poblado de Vázquez (Puerto Padre).

ANÉCDOTAS

A inicios de la Segunda Guerra Mundial, (1939), Domingo Antonio Díaz Díaz, Horacio Ponce, José Prada, Florencia Álvarez (El Jíbaro) se encontrabas reunidos en la sede del Sindicato Azucarero situado donde hoy se encuentra ubicado el restaurante "Sierra Maestra". En amena conversación, Antonio habló sobre la televisión y dijo: "los americanos han inventado un aparato que puede visualizar imágenes transmitidas desde una emisora en La Habana y sin el empleo de cables. Según Carlos Reyes Pérez (Toti), esto causó tal impacto en los interlocutores, que nadie creyó el cuento. Tres años después, en ese mismo

local, se situaría uno de los primeros televisores traído a Vázquez y comprado por la dirección del Sindicato Azucarero radicado en la localidad.

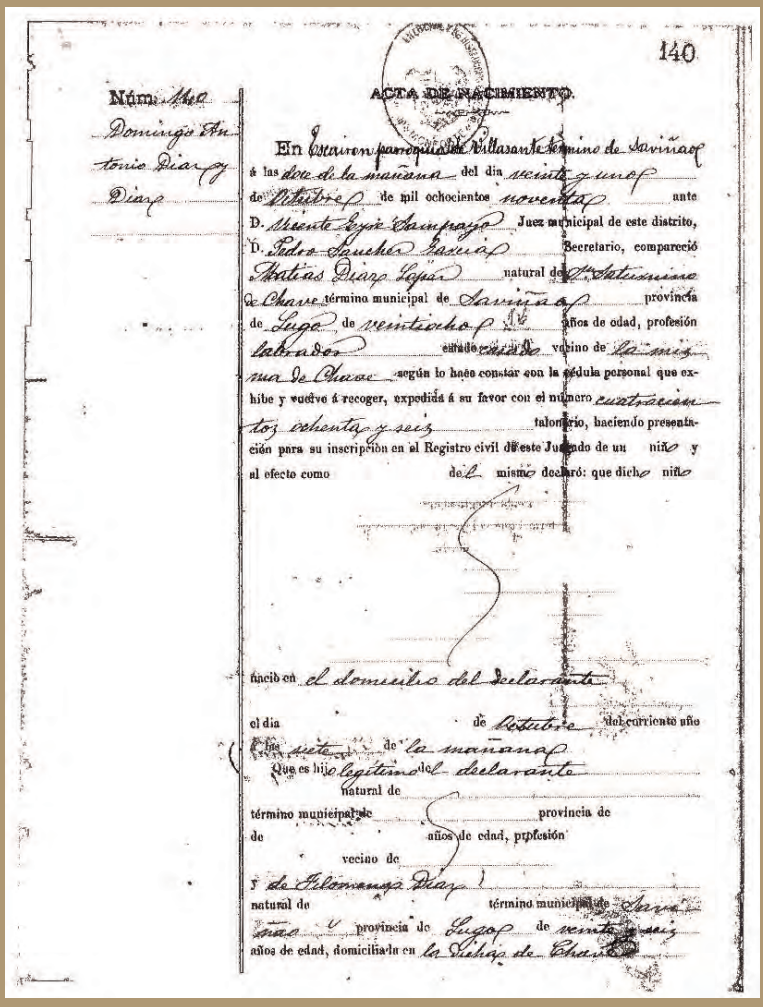
Cuenta Adela del Pilar Álvarez Reyes que Domingo Antonio Díaz Díaz atendía en su casa, además de a su numerosa familia, a todas las personas de la localidad que frecuentaban su casa. Durante los llamados festejos de noche buena Antonio compartía con todos los que llegaban a su casa y les decía: Cristóbal Colón no se equivocó, "esta es la isla más bella del mundo".

En su pequeño taller existían aparatos para soldadura que funcionaban a base de carburo. Entre sus hazañas está además el intento de construir un avión en compañía de amigos. De este hecho se sabe que el aparato nunca voló. Debido a lo ingenioso de su carácter sus compañeros lo apodaban "El brujo". Cuentan los más viejos que no había motor que no pudiera arreglar, en las conversaciones podía manejar con seguridad varios temas de actualidad con gran destreza.

CONCLUSIONES

A modo de conclusión digo, y me pongo la mano en el corazón, "no es fácil salir de tu tierra sin saber lo que podemos encontrar al otro lado del mundo". La vida nos pone retos en determinados momentos, esto fue lo que pasó con estas personas, "un gran reto que cambio sus vidas". Mi bisabuelo fue ese niño que no sabía sí tendría un futuro, si tendría un mañana.

Si alguien me dijera que escogiese una palabra con la cuál puedas nombrar a estas personas, mi palabra sería héroes. En la actualidad, somos una familia humilde, sencilla y lo más importante unida. Mi abuela, mi padre y el resto de la familia crecimos como personas de bien gracias a la enseñanza que nos dejó como legado. Mi bisabuelo fue uno de esos tantos españoles emigrantes que llegaron a sus países de acogida y aportaron grandes ideas progresistas y desarrolladoras. Debemos saber que la mayoría de nuestros abuelos y bisabuelos españoles fueron forzados a emigrar debido a las condiciones económicas y políticas (Franquismo). Fue una de las etapas más dolorosas de España, hubo un flujo migratorio masivo. Un gran número de ellos eran niños, que dejaron detrás a sus padres y hermanos. Imagino que fue un intenso dolor con el cual siempre cargaron.



140

Núm. 140

Domingo Antonio Diaz y Diaz

ACTA DE NACIMIENTO.

En Estraviron parroquia de Villasante término de Saviñao á las doce de la mañana del dia veinte y uno de Octubre de mil ochocientos noventa ante D. Vicente Leyre Campazo Juez municipal de este distrito, D. Pedro Sanchez Garcia Secretario, compareció Matias Diaz Lopez natural de S.t Saturnino de Chave término municipal de Saviñao provincia de Lugo de veintiocho años de edad, profesión labrador estado casado vecino de la misma Chave según lo haée constar con la cédula personal que exhibe y vuelve á recoger, expedida á su favor con el número cuatrocientos treinta y seis talonario, haciendo presentación para su inscripción en el Registro civil de este Juzgado de un niño y al efecto como de él mismo declaró: que dicho niño

nació en el domicilio del declarante

el dia de Octubre del corriente año

de siete de la mañana

Que es hijo legítimo del declarante

natural de

término municipal de provincia de

de años de edad, profesión

vecino de

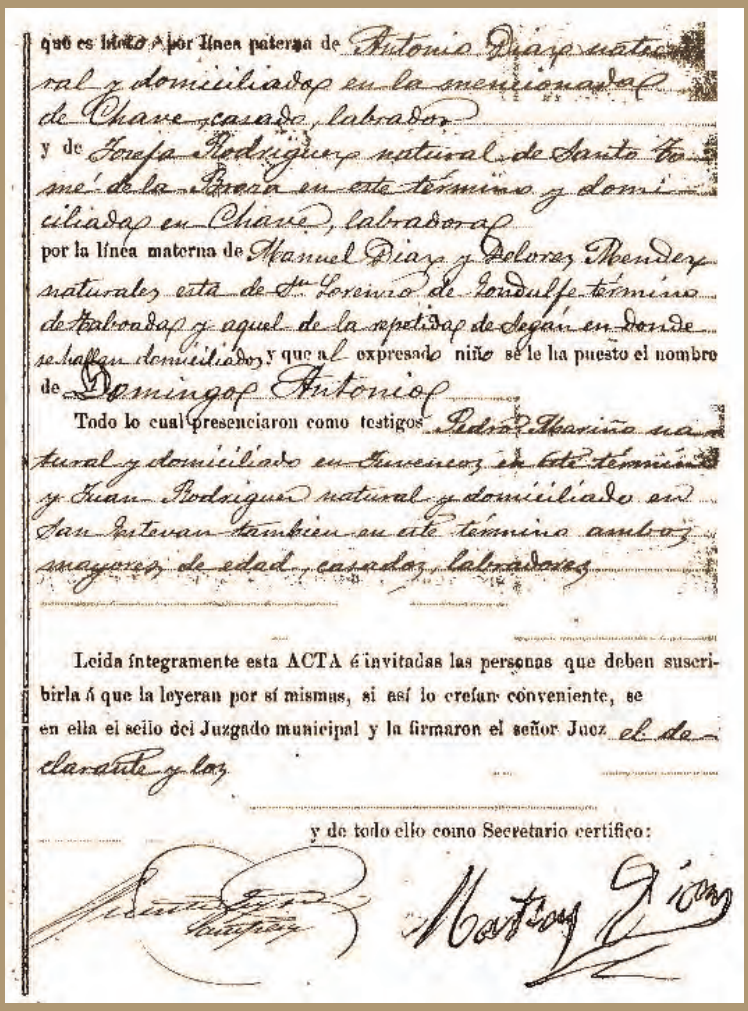
y de Filomena Diaz

natural de término municipal de Saviñao provincia de Lugo de veintisiete años de edad, domiciliada en la Iglesia de Chave

Acta de nacimiento de Domingo Antonio Díaz Díaz (parte 1), 21 de octubre de 1890.

estoy orgulloso y agradecido de llevar su sangre gallega, mi familia se siente arraigada a esas raíces españolas. Viva Galicia, viva España...

Yo no tuve la oportunidad de conocer a mi bisabuelo, pero si crecí escuchando sus historias narradas por mi abuela Magalis Díaz López, hija de Domingo Antonio Díaz Díaz.



que es hijo, por línea paterna de Antonio Díaz vecino
ral y domiciliado en la mencionada
de Chave, casado, labrador
y de Josefa Rodriguez natural de Santo To-
mé de la Roca en este término y domi-
ciliada en Chave, labradora
por la línea materna de Manuel Diaz y Dolores Mendez
naturales esta de dicha Feligresía de Gondulfe término
de Taboada y aquel de la expresada de Segán en donde
se hallan domiciliados, y que al expresado niño se le ha puesto el nombre
de Domingo Antonio

Todo lo cual presenciaron como testigos Pedro Fariña na-
tural y domiciliado en Cancelos en este término
y Juan Rodriguez natural y domiciliado en
San Esteban también en este término ambos
mayores de edad, casados, labradores

Leida íntegramente esta ACTA é invitadas las personas que deben suscri-
birla ó que la leyeran por sí mismas, si así lo creían conveniente, se
en ella el sello del Juzgado municipal y la firmaron el señor Juez el de-
clarante y los

y de todo ello como Secretario certifico:

Acta de nacimiento de Domingo Antonio Díaz Díaz (parte 2), 21 de octubre de 1890.

Cada vez que hablo de mi bisabuelo me recuerda a alguien muy grande, y me gustaría citar un pequeño fragmento de uno de sus poemas que muchos conocemos.

> *...Quién reniega de su tierra debería ser castigado. Mi orgullo es ser andaluz, por todos los cuatro costados. El amor de mis amores, lo que más quiero en la vida, y ésta es mi tierra señores y se llama Andalucía. (Federico García Lorca).*

Ana María Tormo Almiñana

UNA VIDA DIFÍCIL

(Alemania)

Mi padre, Juan Bautista Tormo Peiró, jamás hubiera imaginado que tendría que marcharse a Alemania a trabajar como emigrante. Nació en 1913, en Gandía, en el seno de una familia acomodada dedicada al comercio y compraventas de fincas. Su padre, hombre muy apreciado en la ciudad, descendía de Adzaneta de Albaida, de una familia numerosa que se dedicaba al transporte de mercancías.

Mi abuelo tuvo la mala fortuna, siendo un niño, de ser atropellado por un carro. Como se le gangrenó la herida tuvieron que cortarle la pierna. Como consecuencia de ello, y para que pudiese recibir una mejor educación, su familia se trasladó a Gandía. Como tenía limitaciones para desempeñar según que tareas, se dedicó al comercio y a los negocios.

Mi padre era el mayor de los hijos. Muy joven tuvo que trabajar y ayudar a su padre, ya que en algunos asuntos notaba la falta de su otra pierna. Recibió educación en los Escolapios de Gandía, pero muy pronto dejó de estar escolarizado para realizar estudios nocturnos. Así aprendió del negocio al lado de su padre, aunque él tenía más ambición, quería ampliar las oportunidades.

Mientras, había estallado la Guerra Civil y se tuvo que alistar. Durante tres años estuvo luchando en el frente, y en algunos momentos jugándose la vida. Nos contaba en las batallas que participó y como tenia metralla en una pierna que le dejó una leve cojera. A la vuelta de la guerra le concedieron varias condecoraciones. Medallas al valor y al mérito en campaña. Como excombatiente, cuando acabó la guerra, le ofrecieron la concesión de gasolineras. El estado era el dueño, pero la explotación era privada. No quiso aceptarlo, le faltó visión de futuro o, quizás, le dio miedo meterse en un negocio que desconocía.

Hasta 1947 que murió mi abuelo los negocios iban bien, pero mi padre quería ampliar, diversificar, siendo entonces cuando comenzó una serie de operaciones que podríamos llamar de dudosa rentabilidad. Tenía yo alrededor de 10 años cuando mi padre compró una finca enorme, muy cerca de Benidorm. En aquel momento Benidorm (año 1957) empezaba a tener algo de turismo, era un pueblo de pescadores y aún era desconocido el negocio que luego sería una industria a nivel nacional.

Su ilusión era convertir esa finca en regadío para plantar naranjos, pero allí no había agua o, mejor dicho, muy poca. Invirtió mucho dinero en ese proyecto e hizo venir a zahoríes que, con un péndulo, señalaban donde había que construir el pozo. Suponía un dineral en excavaciones, lo que fue ya el golpe total que le condujo en poco tiempo a terminar en quiebra. Recuerdo oír hablar del Plan de Estabilización, del Ministro Ullastres. Parecía que eso precipitó la debacle económica familiar.

Ya estamos en 1959-1960. En casa se empezó a vivir una época muy mala. Los bancos nos embargaron todos los bienes, vivienda incluida. Yo, como era la mayor de los cuatro hermanos, y pese a mi corta edad, doce años, viví todo esto en primera persona. También, al ser la mayor y muy formal, me contaban y me hacían partícipe de las penas. Recuerdo ver llegar a casa a los directores de los bancos a pedir saldar las deudas, directores que habían recibido regalos como relojes de oro a cambio de seguir concediendo créditos.

A las dos hijas mayores, cuando comenzó un nuevo curso, nos mandaron con una tía, hermana de mi madre y religiosa escolapia, a un internado en Valencia para cursar el bachillerato. Al menos allí pudimos vivir con menos presión. Estábamos con niñas de nuestra edad que vivían felices y despreocupadas. Cuando han pasado los años es cuando piensas que la vida no ha sido muy amable contigo, que me tocó vivir unos problemas que no me pertenecían y tuve que hacerme adulta antes de tiempo.

Si antes era doloroso después fue peor. Casi no había dinero ni para comer y mi padre buscando trabajo. Era muy muy difícil en aquella época que un hombre de 47 años lo encontrase. No tenía titulación universitaria y, para más añadido, tenía problemas graves de asma. Recurrieron a amistades, a conocidos y todos se lamentaban de la

mala suerte. Un hombre aún joven, con mujer y cuatro hijos, pero no salía nada, o lo que le ofrecían era muy malo. Se puso también en contacto con antiguos jefes del ejército por ver si, debido a los méritos obtenidos de guerra, encontraba alguna salida, pero nadie le ayudó.

Por fin alguien le comentó que se estaba marchando mucha gente a Alemania a trabajar. Gracias a un contacto en un ministerio le arreglaron los papeles, no sin antes tener que pasar por el quirófano. Le tuvieron que hacer una pequeña intervención, ya que en el reconocimiento médico le habían encontrado una especie de quiste, sin la cual no le daban la documentación, la cual tuvo que pelear para conseguirla pues decían que con su edad era demasiado mayor para irse. Momentos de gran incertidumbre, casi de desesperación. Al final, un mes de mayo consiguió salir hacia Alemania. Iban en un tren desde Valencia y, creo recordar, luego en Barcelona un autobús llevaba a todos los emigrantes a la misma ciudad.

En casa quedaban mi madre y mis dos hermanos pequeños de 4 y 6 años. Las dos mayores seguimos en el internado. Nos sentíamos muy tristes, la situación no era para menos. Mi padre llegó a Düsseldorf, sin saber alemán, y como estaba todo organizado desde España, por el Ministerio de Emigración, le mandaron a trabajar a La Post, Correos alemanes. Era un buen sitio, pues era del gobierno, lo que no sabía era que tipo de trabajo iba a realizar.

Todo era muy duro. Nos contaba que trabajaba en una nave, solo con un techado, y en invierno se llenaba de nieve. Allí llegaban los camiones con los paquetes y tenían que descargarlos y clasificarlos según la población o el código postal. Estos iban a una cinta sin fin o a otras. Eran horas y horas de pie. Había veces que enlazaba con la noche para hacer horas extraordinarias y poder mandar más dinero a casa. El sueldo, aunque se pagaba en marcos alemanes, y al cambiarlo a pesetas resultaba más cuantioso, no era para poder hacer muchos ahorros.

Su alojamiento en Düsseldorf era una Residencia que había sido un antiguo hotel. Allí vivían también los compañeros de trabajo españoles. Mi padre hizo muy buena amistad con el Director, encargado de la residencia, un alemán llamado Matías. Tenían largas conversaciones, aunque no sé cómo se entenderían, quizás Matías hablase algo

de español. La residencia estaba bastante bien, tenía habitación individual y una cocina comunitaria. Con quien más relación hizo mi padre era con Matías y con un español que decía era abogado y, por circunstancias, no sé de qué índole estaba allí. Con el resto de españoles la relación era más difícil por las diferencias, tanto en edad, como vivencias y educación. Siempre hay gente en los grupos que le gusta meterse con el diferente, y aquí mi padre era el mayor y, además, con mentalidad de empresario que les animaba a trabajar: "tenemos que dejar el pabellón español muy alto". Al resto no les hacía gracia que les hiciera trabajar más y, encima, un compatriota.

La comida la hacía si le coincidía con el turno de trabajo en La Post, en lo que llamaban "la Cantina", y mi padre se maravillaba de ver como los jefes hacían la misma cola que los trabajadores y comían lo mismo. Eso en España era inusual, por no decir imposible.

Estaba muy triste cuando llegaban las Navidades y no podía regresar a su casa, con su mujer y sus hijos. Para él y para nosotros. Unas veces no les daban suficientes días de permiso para hacer el viaje tan largo, y otras el costo de los billetes. Pero, por lo menos, en verano solía venir un mes. Los primeros años el viaje lo hacía en autobús, atravesando Alemania, Francia y España. Normalmente salía de noche y, después de 15 horas, llegaba a destino, no sin antes cambiar en Valencia a otro autobús hasta Gandía. Ya al final de su estancia empezó a poder venir en avión, la diferencia era abismal. Íbamos ilusionados a esperarlo, y siempre venía cargado de regalos, con cosas que aquí aún no se vendían. Era emocionante, estábamos horas y horas sentados a su lado escuchando sus relatos.

Mi padre no quería que fuéramos a vivir con él a Alemania, pero suponía tantos cambios que no lo veía posible. De estar él en una residencia por un precio módico a tener que buscar vivienda, colegios para los cuatro hijos y mi Madre sin saber el idioma. Se hubiera visto desbordado. Creo que esa decisión que tomaron fue la más correcta. Nosotros teníamos la escolarización sin problemas puesto que éramos sobrinos de la Superiora del Colegio.

Así transcurrieron quince años de su vida, entre trabajo e idas y venidas. Entonces no teníamos teléfono en casa, pero tampoco hubiéramos podido usarlo para conferencias pues en aquella época las comunicaciones eran un artículo de lujo. Nos conformamos con las cartas. Mi padre nos escribía con mucha frecuencia y nos daba muchos consejos y normas de vida, siempre con la idea de que lo importante era la honradez y el esfuerzo. No siempre captamos todo el significado de lo que quería transmitirnos en la distancia, éramos demasiado jóvenes para entenderlo. Nosotros también le contestábamos y le poníamos al corriente de nuestras vidas.

Los años que mi padre estuvo en Alemania aun se respiraba el ambiente político de la Segunda Guerra Mundial. Habían pasado cosas atroces y, según nos contaba, era mucha gente la que aun seguía con mentalidad antisemita. Había calado hondo la política Hitleriana. Especialmente la gente a punto de la jubilación llevaba mal el haber perdido la guerra, y seguían con la sospecha de si este jefe o aquel eran judíos. Eso era el equivalente a echarles la culpa de lo malo que pudiera ocurrir. Así que el país se estaba construyendo de nuevo con la ayuda de muchos, y por ello necesitaron a tantos emigrantes. Pero debo recalcar que los españoles eran apreciados, pues siempre había habido una fuerte conexión con España y, además, estaba floreciendo el turismo, por lo que no era raro encontrar que el médico que le atendió tenía un chalet en Villajoyosa.

Al final mi Padre tuvo que regresar un poco antes de lo previsto, pues cayó enfermo con una lesión en la espalda que le impedía estar mucho tiempo en pie. Le dieron la baja y vino a España, donde mejoró un poco. Ya solo regresó a Düsseldorf para arreglar sus papeles de jubilación. Siempre esperó un reconocimiento por su implicación en el trabajo, pero esto nunca llegó. Se quedó en Gandía jubilado y cuidándose, pues tenía agravada su salud. Murió de un ataque cardíaco el 3 de diciembre de 2001.

Juan B. Tormo Almiñana

MEMORIA Y VIVENCIAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA BIOGRAFÍA

de aquel muchacho, hijo del productor Juan Bta. Tormo Peiró que, en 1962, arruinado y con cincuenta años, emigró a Düsseldorf

(Alemania)

Creo fundamental poner luz sobre este hecho histórico que también conformó nuestro país. Nunca se llegará a valorar suficientemente el coste emocional que supuso para tantas familias la separación por emigración. Un trauma que yo viví con enorme tristeza el estar separado de mi padre durante la infancia y adolescencia y al que sólo llegué a conocer realmente cuando regresó a Gandía ya para jubilarse.

Mi padre era comerciante, eso que hoy podría llamarse un emprendedor. Naturalmente esto nunca significó que necesariamente se tuviera éxito. Recién terminada la Guerra Civil, aquel apuesto joven de veintiséis años con carácter y afán de superación deseaba progresar y, en la medida de lo posible, mejorar el negocio de cereales de su padre. En un contexto de Guerra Mundial las cosas eran complejas, especialmente en el ámbito de la economía, con un entorno de hundimiento de la producción y del consumo, cartillas de racionamiento para productos básicos y escasez general.

Mis padres se casaron en 1946. Entre 1947 y 1958 nacimos mis tres hermanas y yo. Todos somos de Gandía, de la que siempre se decía que "bufen en caldo gelat", (soplar en caldo frío) expresión que señalaba la desmedida importancia que en esta ciudad Ducal acostumbraban dar al convencionalismo y a las apariencias. Entre un exceso de ingenuidad por un lado e impotencia por otro, mi padre que no quería renunciar a sus aspiraciones, se vio obligado a confiar en los Bancos que por aquellos años 40 y 50 prestaban los créditos a cortos plazos y altos intereses. Mi madre se ocupaba de los cuatro hijos y también ocasionalmente del almacén en los momentos cada vez más prolongados en los que mi padre debía salir para ocuparse de asuntos que las circunstancias, en ese contexto, desaconsejaban por suponer mucho riesgo y pocas garantías de rentabilidad a corto plazo. Mi padre siempre fue inconformista con su limitada situación económica, pero creo que sobrevaloró, cándidamente, su visión del futuro. Aunque interesado por la cultura y el deporte, era una persona fundamentalmente práctica que no encontró nunca la calma necesaria para permitirse ni mucho estudio ni mucho ocio. Jamás vi a mi padre fumar, beber, jugar a las cartas o ir a un bar. Ya antes de los diez años su padre lo sacó de la escuela y le proporcionó los rudimentos de contabilidad necesarios para que fuera su permanente ayudante en la compra-venta de género por los pueblos de alrededor. Imagino que el hecho de que mi abuelo hubiera perdido una pierna, atropellado por un carro cuando era un niño, determinó esa necesidad de sentirse más seguro y acompañado. Así pues, disponía normalmente de poco tiempo libre para sus propias cosas. Todavía conservo de aquella época de su juventud, anterior a la guerra, las revistas de boxeo que mi padre coleccionaba. Recuerdo una anécdota que él pocas veces contó. Se había organizado en Gandía un combate de boxeo profesional. El aspirante no pudo presentarse por enfermedad y algún insensato propuso que mi padre, un disciplinado aficionado que

El padre de mi padre, Bautista Tormo Molina.

Foto de mi padre, años 20.

entonces tendría alrededor de veinte años, podría sustituirlo, al menos para amenizar un poco la velada y no perder la recaudación. En el primer *round* mi padre tumbó sobre la lona al campeón. Mientras todos se recuperaban de la sorpresa, los preparadores tuvieron al menos la astucia para sacarlo inmediatamente del cuadrilátero y esconderlo antes de que el boxeador reaccionara y lo cogiera por delante. Nunca se vanaglorió de aquella imprudencia.

La experiencia comercial adquirida desde pequeño le proporcionaba un saber arraigado en el intercambio, en esos compromisos que los hombres rubricaban dándose la mano para cerrar el pacto. Mi padre tenía ideas de emprendedor, pero no tenía capital para desarrollarlas. En realidad, no debe ser tan extraordinario tener ideas geniales, pues de hecho es mucha la gente que las tiene. Lo realmente asombroso es poder llevarlas a cabo y materializarlas con éxito para que esas ideas puedan abrirse camino frente a las habituales adversidades.

Su honestidad y rectitud junto a su enorme fuerza de voluntad le llevó a confiar, diría que excesivamente, en esas sentencias populares que estimulan el esfuerzo y el sacrificio como salvoconducto para asegurar la buena suerte. “Querer es poder”, “A quien madruga Dios le ayuda”, “El tiempo es oro. No lo perdáis”, eran fórmulas que nos repitió toda su vida intentando inculcarnos esa energía y capacidad de ánimo para no desfallecer nunca.

A partir de 1957 el llamado Plan de Estabilización obligó a la cancelación de todos los préstamos. El cierre del comercio exterior le dejó bloqueado con los vagones de cebolla ya preparados para la exportación a Inglaterra. La urgencia en vender algunas propiedades y fincas como la de Alfaz del Pi, situada en un terreno muy próximo a Benidorm, y que habían sido adquiridas en gran parte con préstamos e hipotecas, supuso depreciar su valor y prolongar la angustia unos meses más, durante los cuales se renovaron los plazos bancarios esperando un milagro.

Dicen que antes de un tsunami la orilla se retira unos metros mar adentro, los pájaros abandonan sus nidos, los animales marchan inquietos buscando tierras altas y queda un extraño silencio premonitorio invadiéndolo todo. Estoy seguro de que mi padre, un hombre intuitivo y perspicaz percibió la catástrofe mucho antes de que le notificaran oficialmente su ruina. Por eso durante aquella época de

Foto mi padre entrenando Boxeo, principios años 30.

BOXEO

Mañana en el Nuevo Mundo

Boxeo

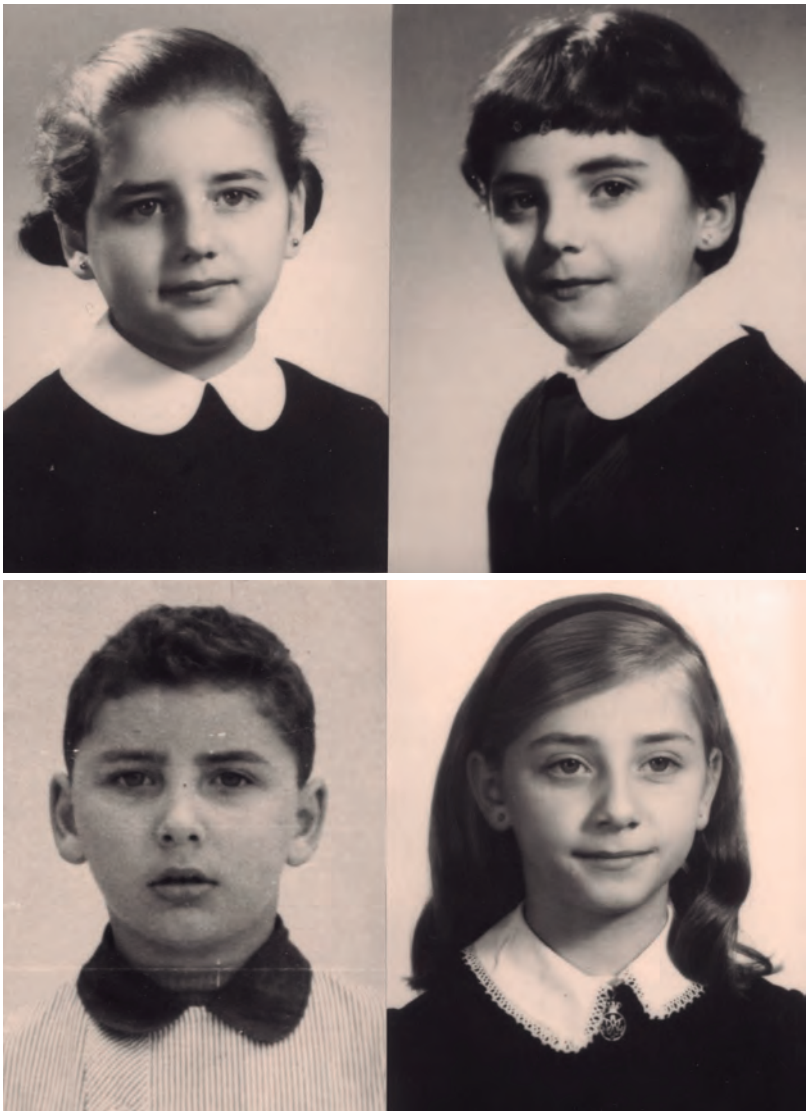
Dos valientes frente a frente: Ara, flamante campeón europeo, contra el resistente púgil Sperticlle

Revista Boxeo, años 30.

Foto familiar, 10 abril de 1944.

Placa en el Almacén de Gandía, Comercio.

finales de los cincuenta, aunque yo era muy pequeño, veía a mi padre ahogarse, abatido entre sus crisis asmáticas y un desahucio cada vez más próximo. La situación en casa siempre era muy tensa. Me recuerdo dibujando y coloreando mapas de un mundo lejano que no comprendía. Repasar con el lápiz los contornos artificiales de cada país me permitía un paseo imaginario por cada lado de la frontera. Creo que fue así como pronto me convertí en relativista cultural y precisamente por ello pensaba sobre la necesidad de pactar unas reglas universales justas para todos. Frente a los consejos de familiares que le recomendaban llevar a cabo una suspensión de pagos, para evitar precisamente perderlo absolutamente todo, mi padre con un exagerado sentido del honor tomó la decisión de venderlo todo para saldar todas las deudas en lugar de salvarse. Siempre me resultó difícil juzgarlo por esta decisión que no sólo le afectaba a él, pues de ese modo sacrificó también a toda la familia. Para una mentalidad como la suya, el honor, la dignidad o la rectitud lo situaban en una posición más próxima al imperativo categórico kantiano del deber que a posibles relativismos morales que quizás le hubieran permitido sobrevivir más fácilmente haciendo, por ejemplo, estraperlo. Él era incapaz de defraudar a sus acreedores, pero también a él mismo. Me recuerdo abandonando el domicilio que había sido expropiado subido a un carro entre algunos muebles y pertenencias que habían podido ser salvados. De nuevo regresaban mis padres al piso alquilado junto a la calle Mayor en el que vivieron de recién casados. Entre mis brazos yo sólo llevaba aquella caja del tren Payá de la que no me separé ni un instante.



Los cuatro hermanos. Foto escolar.

Foto de familia numerosa.

Tras unos difíciles años buscando desesperadamente trabajo y alternativas, mi padre pudo, finalmente, ser admitido en la empresa alemana de Correos en Düsseldorf. Allí marchó solo y arruinado en mayo de 1962, tan sólo a tres meses de cumplir los cincuenta años. Quizás fuera uno de los emigrantes de mayor edad de los que llegó, por esas fechas, a la República Federal Alemana. Dejaba en España mujer y cuatro hijos de corta edad. Todas sus pertenencias cabían en una maleta de madera en la que no faltó un pequeño diccionario de español-alemán. Tal como se explica en los libros de Historia, entre principios de 1960 y la crisis del petróleo de 1973, emigraron a Alemania alrededor de 800.000 españoles. El objetivo de mi padre fue, desde ese momento, dar a sus cuatro hijos una carrera universitaria como la mejor herramienta y oportunidad para que no dependiéramos de nada ni de nadie. Jamás cedió a la opinión de la familia materna que, con una visión digamos más práctica, pensaban en una solución más sencilla y a más corto plazo, especialmente para mis hermanas mayores. Paradójicamente la protección de esa independencia e igualdad que defendía para con sus hijas no era aplicable para mi madre, pues de hecho siempre se negó a la iniciativa planteada por ella de buscar un trabajo. Sus prejuicios y su orgullo le impedían ver esa ayuda con buenos ojos.

Mi madre con 38 años garantizaba, quedándose en Gandía, una simbólica unidad familiar como ama de una casa donde en ese momento ya solo quedábamos mi hermana pequeña y yo. Mis dos hermanas mayores, por mediación de una de mis tías, monja Escolapia, ya habían sido admitidas como internas con beca en Escolapias de Valencia ya desde el momento en que las cosas empezaron a ir mal económicamente. Allí vivieron ellas la riada del 14 de octubre del 57.

A los nueve años el Estado me concedió una beca oficial como hijo de Emigrante para estudiar interno en el Colegio Menor Masculino Alonso de Ojeda de Cuenca. Durante aquel verano mis hermanas mayores, ya expertas en internado, me anunciaban el ingreso en mi nueva etapa. Yo pensaba que se trataba de una broma de mal gusto; que si vestiría uniforme con calcetines altos y botas de Segarra, que si dormiría con otros muchos compañeros en un gran dormitorio, que si "casas colgadas", ...la verdad es que yo me iba poniendo cada vez más nervioso pues también me percaté de que mi madre empezaba a despedirse de mí. Para entonces yo ya sabía con absoluta certeza que para estar "colgado" no hacía falta marchar a Cuenca.

Con una maleta de gran tamaño en la que sólo faltaba un albornoz para completar el listado de ropa que me pedían en el Colegio, aparecí con mi madre en una ciudad fría y desconocida, expectante, pero sin expectativas. No era soledad lo que sentía, era simple abandono. Siempre había oído en casa que lo más importante era que la familia estuviese unida. Desde luego esto debía ser una prueba de amor transcendental ideada por algún genio maligno. Mi padre en Alemania, mis hermanas mayores en Valencia, mi hermana pequeña y mi madre en Gandía y yo en Cuenca. Inconsolable, me pasaba el día llorando. Tal era la congoja, que compañeros y profesores preocupados me preguntaban por qué lloraba. Mi respuesta, "toda mi familia ha muerto", desactivaba cualquier comentario posterior. No recuerdo de aquella época a ningún compañero ni a ningún profesor. Nada se puede aprender desde un profundo bloqueo emocional. Sólo consigo evocar el frío exterior de Cuenca en octubre y un frío abismal en mi alma, una música de marcha militar para despertar cada mañana y aquel periodo de estudio que yo dedicaba cada día para escribir a mi madre cartas de varias cuartillas que, a modo de castigo escolar, sólo contenían una súplica repetida, "mamá ven". Al fin conseguí que la "guerra psicológica" tuviera su efecto y, un domingo de finales de octubre, acudieron a rescatarme Ana, mi hermana mayor de 17 años,

y mi madre, que al fin cedió ante la petición de auxilio de aquel niño que ya se sabía huérfano.

Hay momentos que determinan el futuro, como en un "macht point" que se decide en el filo de una red. El Director del Colegio Menor me cogía de una mano, mientras yo con la otra me aferraba a la de mi madre. Él, con un tono que sonaba a amenaza, le dijo a mi madre que si finalmente consentía en que yo me marchara de aquel internado "jamás lograría ser un hombre". Por supuesto tampoco el Estado volvería a concederme ayuda alguna. Son momentos dramáticos en los que de pronto ves con claridad la respuesta a ese supuesto dilema. ¿Qué es mejor "ser un hombre de provecho" que pronto aprenderá a no llorar al precio de arrastrar un mayor déficit emocional, o arriesgarme a no llegar a serlo precisamente por ese señalado exceso de sensibilidad, temor y fragilidad? Aquellas palabras se grabaron en mí de forma indeleble. También aquella experiencia de abandono. Yo aún no había asimilado la marcha de mi padre, como para que también mi madre me alejara de ella.

Mientras tanto en la TVE de los domingos se presentaba "Reina por un día". Era octubre de 1964. En España vivíamos instalados en un modelo de Estado autoritario en el que se daba prioridad al Estado frente al individuo. Se trataba de una propuesta política de tipo estatalista y organicista, donde unos pocos oligarcas creían ver lo que a todos convenía, creían saber lo que todos debían hacer. Hasta Platón exigía, en su República, más garantías al elegido para ocuparse del gobierno de la ciudad siempre comprometida con el bien común. Así que, aunque por un corto período de tiempo que, desde luego, yo viví como una eternidad, he considerado interesante este episodio que marcó mi vida mucho más allá de la etapa infantil.

De vuelta a Gandía, también en Escuelas Pías me concedieron una beca de estudios por ser hijo de emigrante. La disciplina, el orden y el silencio envolvían un ambiente que podríamos definir basado en el miedo, al menos en el mío propio. Como becado me sentía deudor y como niño, culpable por no estar a la altura del sacrificio tan enorme que mi padre hacía por mí y que cada día me recordaba mi madre. Debería haber sido mejor estudiante, pero sólo hacía lo que podía para no caer en el desánimo. Dos grandes portones daban acceso a aquel edificio histórico que fue Universidad en la época del Duque Francisco de Borja. Ya desde la entrada al Colegio se mantenían dos

filas paralelas separadas por la presencia central del Padre Rector situado exactamente frente al cuadro de honor de aquellos alumnos más brillantes que por sus calificaciones merecían tal distinción. Allí aparecían inscritos con letras doradas sobre fondo negro, como en una momificada lápida, los alumnos que representaban el éxito de las profecías que se cumplen a sí mismas. Diría, con poco riesgo a equivocarme, que nunca se cambiaron aquellos nombres pues durante años siempre figuraron como los mejores, los mismos estudiantes.

Unas veces en verano, otras en navidad, mi padre regresaba a casa durante el mes de vacaciones. Siempre aparecía con varias maletas y paquetes de regalo para todos, que abría lentamente mientras nos contaba anécdotas del viaje, del trabajo y de su vida en Düsseldorf. Una vez fue una magnífica caja de arquitectura Lego, otra, una bicicleta plegable con los frenos incorporados en los pedales, otra, una radio portátil. Todos aquellos regalos "Made in Germany" tenían una garantía de calidad que estaba muy lejos de la actual obsolescencia programada. Quizás para compensar el hecho de ser uno de los españoles de más edad en la Deutsche Bundespost y acostumbrado toda su vida a organizar su propio almacén de comercio, mi padre demostró siempre tener una enorme capacidad de trabajo. Fundamentalmente se ocupaba de la carga y descarga de las sacas en los vagones de la estación de trenes de Düsseldorf. Se trataba de un trabajo duro y en ocasiones expuesto a temperaturas de muchos grados bajo cero. No se dio de baja ni un solo día. A pesar de que en Alemania los aspectos sociales estaban ya mucho más avanzados que en otros países, pues al trabajador le ingresaban un plus por separación familiar o por cada hijo estudiante, mi padre doblaba turnos para hacer horas extraordinarias. Cada mes la llegada del "giro postal" en marcos alemanes lograba divisas para España, aunque sólo con el gran esfuerzo y la austeridad en la que vivíamos toda la familia se conseguía hacer frente a unos gastos, cada vez mayores, de una familia numerosa. Sé que para mi padre fue muy importante mantener en todo momento la corrección, la discreción y un comportamiento ejemplar, demostrando ante los posibles prejuicios de algunos alemanes e incluso de otros compatriotas la cualidad de ser español. Precisamente en el entorno de los propios colegas españoles ejercía de "Pepito Grillo" pues también a ellos les animaba a evitar el alcoholismo o la prostitución, recordándoles qué habían venido a hacer en Alemania dejando, en muchos casos, a sus familias a la

Foto de mis padres, años 60. Ya en Alemania.

intemperie. Se trataba de trabajar duro durante el menor tiempo de separación posible, recoger los beneficios y recorrer el camino más seguro de regreso a casa.

En nuestro caso, este reencuentro sólo fue posible cuando mi padre volvió enfermo poco antes de la jubilación. Yo tenía alrededor

de veinte años. Asombrosamente, mi decisión de cambiar, por aquella época, los estudios de Farmacia por los de Filosofía no supuso para mi padre ningún problema. De hecho, fue él quien más me animó a mantener siempre firme la esperanza y la fuerza de voluntad en mi nueva etapa, contento de verme al fin valiente tomando iniciativas. Imagino que las cosas habían cambiado con el tiempo, pero yo que había crecido en el temor, creyendo en un padre ausente pero omnipresente e inflexible que no aceptaría jamás mi decisión, descubría a los 20 años, el engaño de una amenaza que sólo era la prueba de mi propia candidez.

El reencuentro después de tantos años no fue sencillo. Todos habíamos crecido y tomado ya nuestras propias decisiones. En casa sólo quedaban ahora mis padres. También a él le costó adaptarse a esa nueva etapa ya sin hijos y sin grandes tensiones, aunque para un hombre que jamás renunció a sus ideales y aspiraciones la batalla continuaba, esta vez anhelando encontrar un sentido a la propia vida. Vivió con gran interés la caída del muro de Berlín, la guerra de Irak y todos aquellos acontecimientos de un mundo que cambiaba a gran velocidad. Estaba expectante pero también desorientado ante la llegada del euro. Sólo unas semanas antes de fallecer vio caer las Torres Gemelas.

Con él compartía charlas, historias, anécdotas y también dudas trascendentes. Era un hombre sencillo pero inteligente con una gran capacidad de resiliencia. Siempre vi en él la viva representación de la voluntad, el valor y la esperanza. El tiempo emocional no se mueve en las coordenadas del tiempo cronológico. La memoria juega con nosotros de forma selectiva y destaca algunos momentos, fechas, lugares y personas. Han sido tantos y tan profundos los cambios experimentados a lo largo de nuestras propias vidas que a veces nos cuesta reconocernos. Posiblemente no recordemos el nombre de todos aquellos con los que hemos compartido el camino, pero por fortuna, los demás también conforman nuestra memoria y nos pueden proteger del olvido. Por eso creo que proyectos como éste sobre la memoria de la emigración son muy importantes, porque ayudan a construirnos, dando cuerpo a lo intangible.

Hilda Eleonora Vallet

TORCUATO RODRÍGUEZ CASTRO, UN COMPOSITOR OLVIDADO

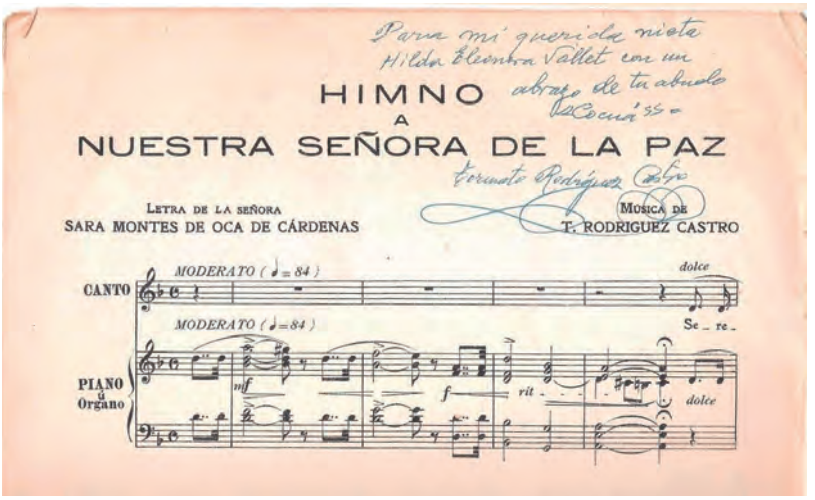
Estudio y relato autobiográfico familiar

(Argentina)

PRÓLOGO

La presente investigación es inédita, y está basada en fuentes familiares, archivos documentales familiares, y partituras de bibliotecas públicas, y personales. Yo, la autora, Hilda Eleonora Vallet, soy nieta del compositor, quien fuera mi abuelo materno. He escuchado los relatos de mi abuelo sobre su querida España, su querida Asturias, y su muy querido El Cándano, así como las historias de su venida a Buenos Aires, y su actividad artística en Argentina. Por lo tanto, este es un relato autobiográfico familiar y un estudio de la vida y obra de mi abuelo materno, Torcuato Rodríguez Castro. He tenido también la fortuna de conocer El Cándano, de conversar con los muy pocos pobladores que, en 2012, aún estaban allí; y he tenido la oportunidad de conocer también San Cristóbal, en donde aún vivían varios primos de mi madre. El presente trabajo cuenta con archivos documentales de mi abuelo que están en custodia familiar.

Retratos del compositor Torcuato Rodríguez Castro.

Se han estudiado tanto historias de vida, como la importancia que el compositor ha tenido en la República Argentina. Torcuato Rodríguez Castro fue compositor, y maestro de maestros (entre ellos, de Alberto Ginastera). Pero, el abuelo, no era de darse importancia, era un aldeano con formación musical, que llegó a ganar el Premio Julián Aguirre, y ver interpretada una obra suya en el Teatro Colón de Buenos Aires. Dado su carácter algo retraído, y su humildad, se le recuerda poco después de su muerte. La idea de rescatar su obra de manera formal en el ámbito académico, me surgió después de leer una crónica periodística sobre el Festival Internacional de Ushuaia, concierto en el que el pianista Goran Filipec interpretó la obra "En el bosque sombrío" de mi abuelo. En esa crónica se decía de él "[...] un olvidado compositor argentino que fue, sin embargo, el primer maestro de Alberto Ginastera [...] ". Torcuato no era argentino, era asturiano, pero había llegado a Buenos Aires a la edad de 13 años. Luego de leer esa crónica, tomé la decisión de rescatar la obra y vida del abuelo. Somos familia de músicos. Yo soy licenciada en artes musicales, especialidad piano. Mi madre, Hilda Otilia Rodríguez Zubieta, hija de

Partitura del Himno a Nuestra Señora de la Paz, con dedicatoria con apodo que le puse al abuelo: "Cocuá".

Torcuato, también fue pianista, directora de coros y compositora. El padre de Torcuato, José Rodríguez y Rodríguez (mi bisabuelo materno) era labriego, y tenía una banda que tocaba durante los veranos en las romerías. Su esposa, Sinforosa Castro (mi bisabuela) aún era recordada en El Cándano como "la Sínfora, la que cantaba". Realizar este relato ha sido un tributo a mi abuelo materno Torcuato y, por supuesto, una enorme emoción para mí. Agradezco a Torcuato sus lecciones de solfeo, de teoría musical, de armonía, y su cariño de abuelo. Sea también este estudio un homenaje a tantos españoles que llegaron a Argentina, con sus talentos y sus sueños, sueños que aquí, fueron realidad.

UN COMPOSITOR OLVIDADO

En abril de 2008, en el marco del Festival Internacional de Ushuaia, el pianista croata Goran Filipec abrió su recital con Cantos Líricos, "I En el bosque sombrío", de Torcuato Rodríguez Castro (1893-1983). Según el crítico musical Pablo Kohan "[...] un olvidado compositor argentino que fue, sin embargo, el primer maestro de Alberto Ginastera [...]". Torcuato no era argentino, era asturiano, venido a Buenos Aires a la edad de trece años. Mi abuelo Rodríguez Castro fue compositor, arreglador, docente de armonía y contrapunto, que frecuentó diversos cenáculos artísticos de Buenos Aires. Personalidad destacada en los

ámbitos de la música académica, su obra fue trascendente, de ahí que haya sido maestro de maestros.

Como ya adelantara, Torcuato Rodríguez Castro fue mi abuelo materno, e importante figura en lo familiar, con gran presencia en mi vida artística; así que, si se lo considera un compositor olvidado, este trabajo busca hurgar en algunas particularidades de su obra, rescatando relatos y documentos, y dando a conocer la existencia de un legado que no debiera olvidarse.

Para este relato ha sido fundamental mi archivo personal, dada mi condición de nieta del músico. También se ha accedido a parte del archivo personal de mi madre, hija, la profesora y compositora Hilda Otilia Rodríguez Zubieta. Recuerdo, además, las conversaciones sostenidas con mi abuelo. Él fue uno de mis maestros en la actividad musical. Ha sido reveladora la visita que realicé hace una década a El Cándano, (Asturias, España), lugar de nacimiento de Rodríguez Castro. Allí pude tomar contacto con parientes lejanos y vecinos. En especial fue relevante el testimonio de Manolo Menéndez, que recordaba, por relatos de sus mayores que la madre de Torcuato, mi bisabuela era "Sinforosa, la que cantaba". Así, pude tener mayores noticias sobre la actividad musical familiar que en los veranos, permitía incrementar los ingresos de la familia Los datos que aportaron los parientes, sobre todo Concepción Fernández Menéndez, Claudio García Fernández, Camilo Fernández Castro y Raquel Álvarez Pumar, que viven en España, abrieron un camino que aún tránsito. Ellos me acompañaron en mi recorrida por El Cándano. Estas fuentes se conservan en e-mails intercambiados, y en notas tomadas al vuelo. Las experiencias serán también fundamentales para echar algunas luces sobre las fuentes de inspiración del autor, y sus motivaciones a la hora de componer.

INFANCIA EN EL CÁNDANO. SITUACIÓN SOCIO FAMILIAR

Torcuato Rodríguez Castro nació en El Cándano, Ayuntamiento de Salas, Asturias, España, el 7 de noviembre de 1893, y falleció en Buenos Aires el 8 de agosto de 1983. Se le considera maestro de maestros; fue compositor, pedagogo y arreglador. El padre de Torcuato, José Rodríguez y Rodríguez (músico y labriego), era el director de una pequeña orquesta popular (seis músicos), que ensayaba en un cobertizo de paredes de piedra en el minúsculo caserío de El Cándano, cerca de San

Desde Oviedo, camino a El Cándano.

El Cándano, a finales del siglo XIX.

Entre colinas, El Cándano, año 2012.

El Cándano. Lugar en donde ensayaba la orquesta de José Rodríguez y Rodríguez, muros de piedra originales. Año 2012.

Cristóbal, Concejo de Salas, Asturias. Estas orquestas solían tener gran actividad en las romerías y fiestas de verano. En esas temporadas, era usual que se les unieran músicos provenientes del centro de Europa (en particular, alemanes que, en tránsito veraniego, actuaban en España). De estos músicos aprendió el pequeño Torcuato sus primeras letras musicales, iniciándose primigeniamente en el estudio del trombón y el bombardino, para luego dominar el resto de los instrumentos de viento de la orquesta.

El abuelo hablaba con cariño de su infancia; siempre recordaba su querida Asturias, y la vida campesina en “El Cándano”. La infancia de Torcuato, estuvo signada por los aprietos económicos. Sin embargo, recibió educación primaria completa, algo excepcional en esa época y en esos lugares, en los cuales los niños prontamente eran llevados

Casa de la Cantera de los Rodríguez Castro a finales del Siglo XIX. Hórreo en la parte superior.

Familiares retratados en El Cándano a finales del siglo XIX. La mujer que está a la izquierda de la figura del santo es Jacoba López Castro, prima hermana de Torcuato Rodríguez Castro.

De izquierda a derecha: Concepción Fernández Menéndez (sobrina nieta del compositor), Hilda Eleonora Vallet (nieta del compositor), con Manolo Menéndez; en El Cándano, año 2012.

El Cándano, año 2012. El mismo camino más de cien años después.

al trabajo campesino, acompañando las tareas de sus padres. Es por ello que recuerdo azorada su relato sobre que era "[...] el único alumno en la clase del último año de la escuela [...]", y que caminaba diariamente algo más de diez kilómetros para asistir a clases.

Torcuato creció en las tierras que pudo adquirir su padre, a fuerza de rudo trabajo y endeudamiento, en un contexto económico y social desfavorable, que propició la emigración de los habitantes de la región hacia América, en particular hacia Cuba y hacia Argentina.

En el viaje, realizado en 2012 pude recorrer los senderos y bosques por los que mi abuelo caminó durante su infancia. Es curioso ver cómo fue afectada la región por guerras, hambrunas y sucesivas crisis. En la fecha

de mi visita, el lugar contaba con sólo cinco habitantes. Observé que, el camino que me llevó a las pocas casas que conforman El Cándano es de montaña, y de una sola mano. Imagino ese sendero hace cien años, tan solitario e inhóspito como bello. De eso dan cuenta las imágenes de archivo, que comparamos con las fotos tomadas en 2012. Se deberá pensar que el abuelo, con tan sólo 13 años de edad, tuvo que bajar de noche solo por ese sendero para encaminarse hacia Oviedo en busca de su tío, a los efectos de pedirle una ayuda económica para viajar a Buenos Aires, en busca de su padre.

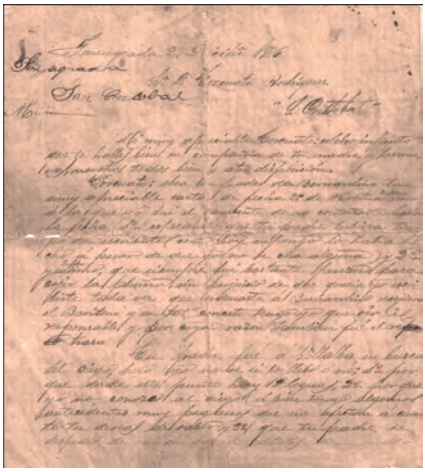
Según registros familiares, la casa de los Rodríguez Castro sería la denominada como "La Casa de la Cantera". Los relatos familiares refieren que, con cada nombre, los habitantes del lugar ya conocían los rasgos de cada casa.

LA EMIGRACIÓN A LA REPÚBLICA ARGENTINA

En 1906 Torcuato y su familia buscaban afanosamente a su padre, con el cual habían perdido contacto tiempo atrás. Un amigo de la familia, Antonio Castañeira Díaz, escribió una carta en Fonsagrada el 24 de diciembre de 1906, dirigida a Torcuato, que estaría residiendo en San Cristóbal por esa época. Castañeara Díaz en esta epístola, explica el motivo del viaje repentino a Buenos Aires de José Rodríguez y Rodríguez, padre de Torcuato.

> *[...] que la familia lo que quería era dinero para poder comer y gobernarse, sin prejuicio de que tenía un pequeño empeño por compra de bienes, y que era lo que más le apuraba y que por cuya razón hacía el viaje a Buenos Aires [...] tu padre se despidió de mí sin darme detalles de su modo de vivir y empresa de su viaje tan repentino [...]*

En la misma carta se alude al pedido de Torcuato de devolución del bombardino barítono de su propiedad: "[...] ordenaste a Bernardino recogiera el barítono [...]". El autor de la carta y su hijo, Bernardino Castañeira Yáñez, eran también músicos de la orquesta del padre de Torcuato. La misiva revela que el motor del viaje repentino de mi bisabuelo José Rodríguez y Rodríguez, fue la presión de la familia ante las deudas contraídas por este último. Este músico y labriego era un enamorado del campo, por lo que se endeudó para comprar pequeñas fracciones de terreno alrededor de su pueblo. Ante su partida,



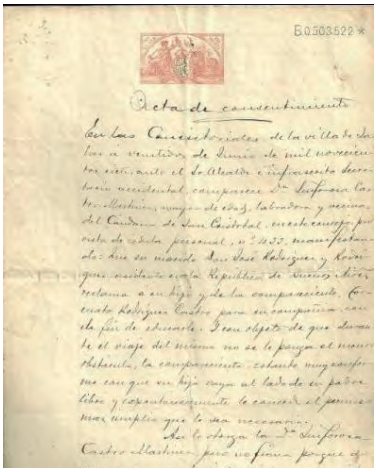
Primera de cuatro páginas de la carta de Antonio Castañeira Díaz a Rodríguez Castro. Año 1906.

que produjo la disolución de la orquesta que dirigía, también Bernardino firma una posdata en la que pide:" [...] Torcuato me dirás si haces banda para el año que viene [...]"

En 1907, Torcuato fue el primero en partir, con la misión de localizar a su padre. Con posterioridad, viajaron a Buenos Aires su madre, Sinforosa Castro y Martínez, y sus hermanas. La desazón que despertó esta experiencia habría de marcar de por vida el carácter del abuelo.

Determinado Torcuato a viajar a Argentina para buscar a su padre, recorre de noche a pie y solo la distancia entre El Cándano y la ciudad de Oviedo, en donde visita a su tío obispo en busca de ayuda. El tío le niega toda ayuda económica para el viaje, y lo despacha sin más, recomendándole que volviera a su pueblo. El recorrido nocturno por esos bosques, que se visualizan en las fotografías acompañadas a este trabajo, sería luego la fuente de sensaciones que inspiraría la obra para piano "En el bosque sombrío".

Así, Torcuato Rodríguez Castro llega a la Argentina hacia 1907 antes de cumplir los catorce años. Su madre, mi bisabuela, Sinforosa Castro Martínez, había firmado autorización para el viaje del niño, que emprendería la travesía solo. Es por ello que, al llegar al puerto de Buenos Aires, nadie lo está esperando. Luego de permanecer alrededor de tres días en el Hotel de Inmigrantes, una familia checoslovaca, con hijos de la misma edad, le regala algo de ropa. Entonces el abuelo toma una decisión que sería símbolo de su carácter: se viste con la ropa obsequiada y, haciendo un atado, arroja al Río de la Plata la ropa traída de España. Luego de firmar la salida del hotel, los empleados, conmovidos por el desamparo del niño, y asombrados por su manera de expresarse y de firmar, le dan 20 centavos para que llegue al lugar en donde estaría el padre. Recuerdo que el abuelo firmaba con hermosa caligrafía, y que siempre contaba jocosamente que, al firmar la salida del Hotel de Inmigrantes, un empleado, asombrado de que el niño supiera escribir, les dijo a sus compañeros: "¡che, vengan a ver la firma del galleguito...!".



Autorización de Sinforosa Castro Martínez a su hijo Torcuato Rodríguez Castro, para realizar el viaje a Buenos Aires.

Foto tomada en Buenos Aires a Sinforosa Castro Martínez, quien falleciera a los 98 años de edad.

Sale entonces Torcuato del Hotel de Inmigrantes, toma el tranvía del puerto hasta Gerli, Avellaneda, Provincia de Buenos Aires, en donde da con paisanos asturianos (de los cuales traía datos), quienes le informan que su padre estaría en San Andrés de Giles, Provincia de Buenos Aires. Finalmente, después de unas semanas, Torcuato da con su padre en un doloroso encuentro en el que José lo trata secamente diciéndole: "¿Qué haces tú aquí? Vuélvete a España". Este relato era siempre recordado por mi abuelo.

Torcuato, que no pudo convivir con su padre, fue albergado por la comunidad asturiana local. Los asturianos, viendo las capacidades del niño, lo alentaron para que cursara estudios en el Conservatorio de Música de Buenos Aires, dirigido por Alberto Williams.

ESTUDIOS Y TEMPRANO INICIO DE SU CARRERA DOCENTE

En el Conservatorio de Música de Buenos Aires, el abuelo completó en un solo año los cuatro cursos de teoría y solfeo. Luego obtuvo el diploma de profesor de solfeo con la mención de primer premio, en el concurso llevado a cabo el 11 y 12 de diciembre de 1913.

Continuó sus estudios en el conservatorio de música de Buenos Aires hasta egresar como profesor de armonía y contrapunto, recibiendo el

CONSERVATORIO DE MÚSICA

DE BUENOS AIRES

El Presidente declara en nombre del Jurado que en el Concurso verificado el 10 y 11 de Diciembre, el Sr. Torcuato Rodriguez alumno del Conservatorio de Música de Buenos Aires, obtuvo el Diploma de Profesor de Solfeo, con la mención de Primer Premio

Buenos Aires, Diciembre 20 de 1913.

Diploma de profesor de solfeo con la mención primer premio. Firma, entre otros, Pascual De Rogatis y Alberto Williams.

CONSERVATORIO DE MÚSICA

DE BUENOS AIRES

El Presidente declara en nombre del Jurado que en el concurso verificado el 29 de Diciembre el Sr. Torcuato Rodriguez alumno del Conservatorio de Música de Buenos Aires, obtuvo el Primer Premio de Armonía

Buenos Aires, Diciembre 30 de 1916

Primer Premio de Armonía.

primer premio de armonía en el concurso del 29 de diciembre de 1916, y el primer premio de contrapunto en el concurso del 24 de diciembre de 1918.

CONSERVATORIO DE MÚSICA
DE BUENOS AIRES

Primer Premio de Contrapunto.

Fueron sus profesores, Pascual de Rogatis, Jaime Bustamante, Eduardo Huguet y Alberto Williams, entre otros. En 1914 pasó a integrar el cuerpo de profesores de ese conservatorio, hasta fines de la década de 1950. En ese período también fue vicedirector de las sucursales Don Bosco y Florida de esa casa de estudios. Esta labor educativa se multiplicó en diversas instituciones. En 1916 fue nombrado profesor de armonía *ad honorem* en la Escuela Nocturna Presidente Roca, conociendo allí a Juan de Dios Filiberto (Compositor de tango argentino), quien fuera uno de sus alumnos. Posteriormente, fue confirmado como profesor rentado, cargo que desempeñó por más de 50 años.

Clase de armonía. Escuela Roca, 1917.

Dadas sus extraordinarias cualidades pedagógicas, fue requerido como profesor de armonía en el Conservatorio de Música y Arte Escénico de la Provincia de Buenos Aires y como profesor de contrapunto en el Conservatorio Nacional de

Escuela Roca, antes de 1920.

Recuerdo de sus alumnos: al pie, firma Juan de Dios Filiberto (1917).

Música y Arte Escénico Carlos López Buchardo, de la Ciudad de Buenos Aires.

En 1920 contrae matrimonio con mi abuela, Josefa Zubieta Mezo, también inmigrante como él, proveniente de la ciudad de Bilbao, País Vasco. El matrimonio se establece entonces en una casa de la Calle Humberto de la Ciudad de Buenos Aires. En la sala principal de esa casa, que el matrimonio alquilaba, Torcuato daba clases particulares de armonía y contrapunto. En 1921, nace su primera hija, Hilda Otilia Rodríguez Zubieta, destacada pianista, y alumna directa de Alberto Williams. En esos años, y con ese clima de creación y armonía personal y familiar, el abuelo muestra su más inspirada faceta musical. De ese tiempo data “En el bosque Sombrío” (1923), que recibiera excelentes críticas en Italia.

Torcuato prontamente cobró reconocimiento. Recibió el primer premio en el “Concurso de Canciones de Cámara”, realizado en el conservatorio de música de Buenos Aires (Año 1920), y el Premio “Julián Aguirre” de la Asociación Wagneriana de Buenos Aires (1926).

Homenaje por los 50 años como profesor de la Escuela Roca. (1966).

Algunos de sus discípulos fueron notables compositores. Además de Alberto Ginastera, a quien inició en los estudios de armonía y contrapunto, fueron sus alumnos Pedro Alejo Sáenz, José Martí Lorca y Juan de Dios Filiberto, entre otros.

En 1927, nace su segunda hija, Isolda Eulalia. En 1929 se establece la familia en el pueblo de Don Bosco, Quilmes, Provincia de Buenos Aires, y poco después nace su tercer hijo, Héctor José. La casa de la familia es la cuarta en construirse en ese lugar. Don Bosco, por esos años, comportaba un paisaje cuasi rural, que mi abuelo amaba por recordarle el ámbito campestre de su infancia. A comienzos de 1930, Torcuato fue presidente de la Comisión de Fomento de dicho pueblo, interviniendo personalmente para conseguir mejoras en infraestructura y hasta fondos para ello. En ese empeño, organizó festivales musicales en Quilmes con la colaboración de su amigo Filiberto, quien acudió a tocar en forma gratuita con su "Orquesta Porteña".

"LA PEÑA" DEL CAFÉ TORTONI

Quienes hayan paseado por la Avenida de Mayo de la Ciudad de Buenos Aires, habrán conocido este mítico café, sede de eventos

culturales desde hace más de cien años. Desde muy joven, el abuelo se integró a las reuniones artísticas del Buenos Aires de principios de Siglo XX. Así, y de estos cenáculos espontáneos, nacería la Peña del Café Tortoni, de la que Torcuato es cofundador (Socio Nro. 16). Al principio, las reuniones de la que después se denominara "La Peña", transcurrían en el Café Paulista, y en el Café De la Cosechera (ambos en Avenida de Mayo), pasando luego al Café Tortoni.

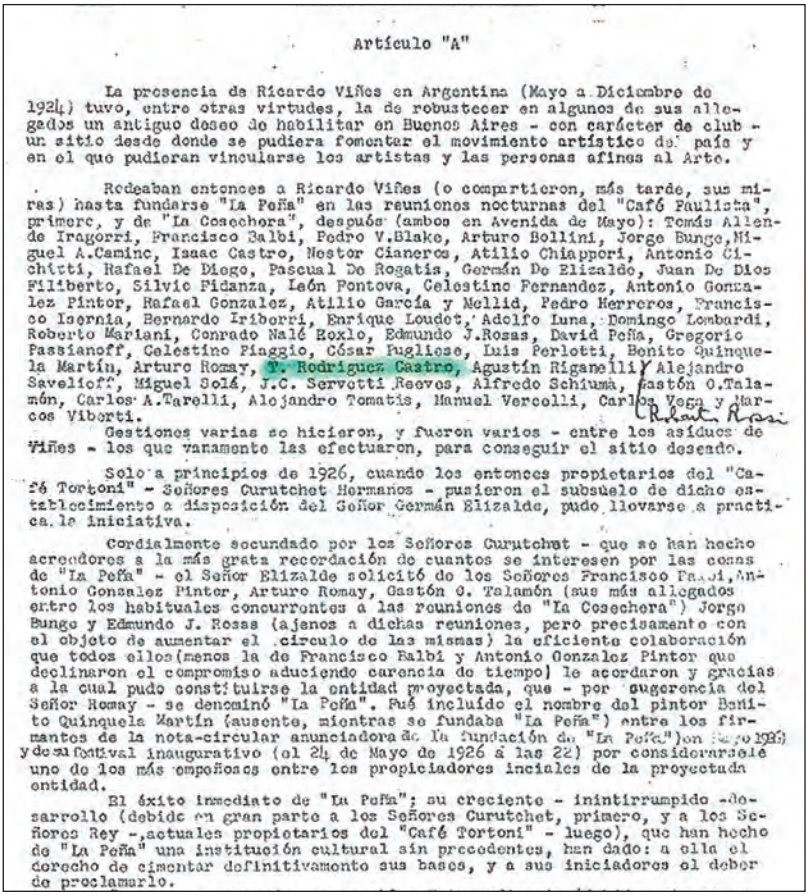
En el Preámbulo de Asamblea Extraordinaria de "La Peña", se consigna que:

> *[...] La presencia de Ricardo Viñes en Argentina (mayo a diciembre de 1924) tuvo, entre otras virtudes, la de robustecer en algunos de sus allegados un antiguo deseo de habilitar en Buenos Aires (con carácter de club), un sitio desde donde se pudiere fomentar el movimiento artístico del país y en el que pudieran vincularse los artistas y las personas afines al arte [...]*

El texto cita, entre quienes "rodeaban" entonces a Ricardo Viñes, a Torcuato Rodríguez Castro, junto a celebridades de la época tales como Conrado Nalé Roxlo, Carlos Vega, Benito Quinquela Martín (de quien también Rodríguez Castro fuera entrañable amigo), Juan de Dios Filiberto, Pascual de Rogatis, Alfredo Schiuma, y a otros artistas de renombre. El acta consigna que, a principios de 1926, y ante el pedido de Germán Elizalde, que era uno de los "peñistas", los entonces dueños del café "pusieron el subsuelo de dicho establecimiento a disposición del Señor Germán Elizalde", para que en ese lugar se continuara con este tipo de eventos.

La nota circular anunciadora de la fundación de "La Peña", se firmó en mayo de 1926. Según el acta aquí acompañada:

> *[...] el éxito inmediato de "La Peña"; su creciente —ininterrumpido— desarrollo (debido en gran parte a los Señores Curutchet, primero, y a los señores Rey actuales propietarios del "Café Tortoni" —luego), que han hecho de "La Peña" una institución cultural sin precedentes, han dado: a ella el derecho de cimentar definitivamente sus bases, y a sus iniciadores el deber de proclamarlo [...]*



Artículo "A"

La presencia de Ricardo Viñes en Argentina (Mayo a Diciembre de 1924) tuvo, entre otras virtudes, la de robustecer en algunos de sus allegados un antiguo deseo de habilitar en Buenos Aires - con carácter de club - un sitio desde donde se pudiera fomentar el movimiento artístico del país y en el que pudieran vincularse los artistas y las personas afines al Arte.

Rodeaban entonces a Ricardo Viñes (o compartieron, más tarde, sus miras) hasta fundarse "La Peña" en las reuniones nocturnas del "Café Paulista", primero, y de "La Cosechera", después (ambos en Avenida de Mayo): Tomás Allende Iragorri, Francisco Balbi, Pedro V.Blake, Arturo Bollini, Jorge Bunge, Miguel A.Caminc, Isaac Castro, Nestor Cisneros, Atilio Chiappori, Antonio Cichitti, Rafael De Diego, Pascual De Rogatis, Germán De Elizalde, Juan De Dios Filiberto, Silvio Fidanza, León Pontova, Celestino Fernandez, Antonio Gonzalez Pintor, Rafael Gonzalez, Atilio García y Mellid, Pedro Herreros, Francisco Isernia, Bernardo Iriberri, Enrique Loudet, Adolfo Luna, Domingo Lombardi, Roberto Mariani, Conrado Nalé Roxlo, Edmundo J.Rosas, David Peña, Gregorio Passianoff, Celestino Piaggio, César Pugliese, Luis Perlotti, Benito Quinquela Martín, Arturo Romay, T. Rodriguez Castro, Agustín Riganelli y Alejandro Savelioff, Miguel Solá, J.C. Servetti Reeves, Alfredo Schiuma, Gastón O.Talamón, Carlos A.Tarelli, Alejandro Tomatis, Manuel Vercelli, Carlos Vega y Marcos Viberti.

Gestiones varias se hicieron, y fueron varios - entre los asíduos de Viñes - los que vanamente las efectuaron, para conseguir el sitio deseado.

Solo a principios de 1926, cuando los entonces propietarios del "Café Tortoni" - Señores Curutchet Hermanos - pusieron el subsuelo de dicho establecimiento a disposición del Señor Germán Elizalde, pudo llevarse a practica la iniciativa.

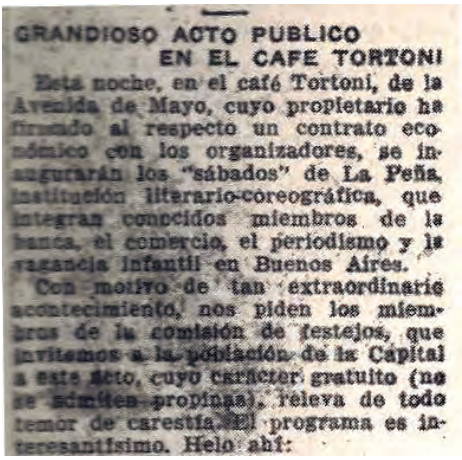
Cordialmente secundado por los Señores Curutchet - que se han hecho acreedores a la más grata recordación de cuantos se interesen por las cosas de "La Peña" - el Señor Elizalde solicitó de los Señores Francisco Paoli, Antonio Gonzalez Pintor, Arturo Romay, Gastón O. Talamón (sus más allegados entre los habituales concurrentes a las reuniones de "La Cosechera") Jorge Bunge y Edmundo J. Rosas (ajenos a dichas reuniones, pero precisamente con el objeto de aumentar el círculo de las mismas) la eficiente colaboración que todos ellos (menos la de Francisco Balbi y Antonio Gonzalez Pintor que declinaron el compromiso aduciendo carencia de tiempo) le acordaron y gracias a la cual pudo constituirse la entidad proyectada, que - por sugerencia del Señor Romay - se denominó "La Peña". Fué incluído el nombre del pintor Benito Quinquela Martín (ausente, mientras se fundaba "La Peña") entre los firmantes de la nota-circular anunciadora de la fundación de "La Peña" (con fecha 1926) y de su festival inaugurativo (el 24 de Mayo de 1926 á las 22) por considerarsele uno de los más empeñosos entre los propiciadores iniciales de la proyectada entidad.

El éxito inmediato de "La Peña"; su creciente - ininterrumpido desarrollo (debido en gran parte a los Señores Curutchet, primero, y a los Señores Rey -,actuales propietarios del "Café Tortoni" - luego), que han hecho de "La Peña" una institución cultural sin precedentes, han dado: a ella el derecho de cimentar definitivamente sus bases, y a sus iniciadores el deber de proclamarlo.

Preámbulo del acta de asamblea extraordinaria de “La Peña”, Café Tortoni, 17 de diciembre de 1926.

La primera parte o del documento que da cuenta de la reunión del 17 de diciembre de 1928, ofrece un resumen de la importancia de “La Peña”, realizando un reconocimiento a sus fundadores, y propulsores, todas personalidades de la efervescente vida cultural y artística de principios de siglo XX en Argentina.

Otro de los asistentes a estos eventos, fue el presidente Torcuato Marcelo de Alvear, quien concurriera con su esposa, la cantante lírica portuguesa Regina Pacini. También frecuentó estas reuniones la



GRANDIOSO ACTO PUBLICO
EN EL CAFE TORTONI

Esta noche, en el café Tortoni, de la Avenida de Mayo, cuyo propietario ha firmado al respecto un contrato económico con los organizadores, se inaugurarán los "sábados" de La Peña, institución literario-coreográfica, que integran conocidos miembros de la banca, el comercio, el periodismo y la vagancia infantil en Buenos Aires.

Con motivo de tan extraordinario acontecimiento, nos piden los miembros de la comisión de festejos, que invitemos a la población de la Capital a este acto, cuyo carácter gratuito (no se admiten propinas), releva de todo temor de carestía. El programa es interesantísimo. Helo ahí:

Nota en "El telégrafo", sobre la inauguración de "La Peña" del Tortoni, 29 de mayo de 1926.

FOLIO Nº 682

"BUENOS AIRES BUILDING SOCIETY" Ltda.

Avda. Pte. ROQUE SAENZ PEÑA 615

Sr. Ernesto Rodriguez Castro

Tenedor de 6 BONO Nº 110141/46 Sec. 296

ha integrado la cuota Nº 103 Mes Octubre 1937

B. E. u. O.

Por Integración	18 -
" Ingreso	
" Intereses	45 -
" Multas	7 -
Total $ m/n. c/l.	70 -

Son Setenta pesos moneda legal.

Anotado en Caja:

"BUENOS AIRES BUILDING SOCIETY" Ltda.

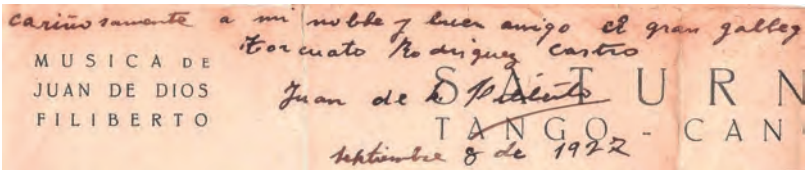
$ 0.50

Recibo de la "cuota nº 103", octubre de 1937, por la hipoteca con "Buenos Aires Building Society Ltda." por crédito hipotecario contraído para levantar la casa. El monto por intereses y multas casi triplica la suma que se salda por pago del capital.

escritora y poetisa Alfonsina Storni. Así, y hasta 1943, "La Peña" constituyó uno de los lugares de reunión artística más importantes de Buenos Aires. Con posterioridad, el abuelo Torcuato, que además era gran ajedrecista, frecuentó las mesas del café "Los 36 billares", en donde también compartió reuniones artísticas con algunas figuras de la época.

LA MUERTE DE ISOLDA

En 1930, la situación socioeconómica de gran parte de la población de Argentina, que ya era precaria, se deterioró aún más. La desocupación y las endebles condiciones laborales fueron moneda corriente por esos años. En particular, el trabajo del docente privado, que no fue ajeno a esta crisis, se desarrollaba en condiciones totalmente desfavorables: no existían vacaciones ni aguinaldos. Durante el año, los pagos eran un porcentaje de la cantidad de alumnos habidos en cada clase. Llegado el verano, y no teniendo actividad docente, esos largos meses transcurrían sin cobrar ingreso alguno. A mediados de marzo de cada año, y al reanudarse las actividades en el conservatorio de música de Buenos Aires, Rodríguez Castro reemplazaba a



Dedicatoria de Juan de Dios Filiberto a su amigo, Torcuato Rodríguez Castro, en la partitura del tango canción "Saturnia", 8-09-1927.

Alberto Williams en las clases de armonía, mientras Williams prolongaba sus vacaciones de verano hasta principios de abril, en la ciudad balnearia de Mar del Plata, Provincia de Buenos Aires. Estos "reemplazos" mitigaban algo la situación económica de la familia, que durante los meses de enero y febrero no tenía ingreso alguno. Recuerdo la frase de mi abuela Josefa, que decía, que en el verano "estiraba la plata de los exámenes de diciembre..."

Las dificultades en la vida de la familia se agravaron ya que, en el marco social de la Crisis del 30, ocurrió la larga enfermedad y posterior muerte (1933) de su segunda hija Isolda Eulalia. Las deudas que tuvo que contraer el abuelo Torcuato para intentar salvar la vida de su pequeña hija Isolda, marcaron su actividad durante esos años; fue así que trabajó hasta la extenuación. Enseñó teoría, solfeo, contrapunto, y armonía en su casa de Don Bosco, en sus cátedras en la casa central del conservatorio de música de Buenos Aires, en las sucursales Banfield y Lomas de Zamora, Provincia de Buenos Aires, así como en otras localidades de dicha provincia, y de las provincias de Córdoba, Entre Ríos y Corrientes. Tanto trabajo y dolor dejaban escaso tiempo para emprender la tarea compositiva, sobre todo la que era característica del abuelo Torcuato: la inspiración musical, unida al detallismo y purismo de sus armonizaciones.

Así, la actividad contemporánea y posterior a la muerte de Isolda se vio marcada por obras compuestas por encargo. En 1932 compuso el "Himno a Rivadavia", con letra de Gabriel Monserrat, obra encargada por la Honorable Comisión Nacional del Monumento a Rivadavia. Estas composiciones, si bien sumaban ingresos a la precaria economía familiar, postergaban la dedicación final a otras obras de mayor envergadura que permanecen inéditas a la fecha. Algunas veces la obra por encargo era terminada, pero no se concretaba el pago correspondiente, quedando el trabajo inédito y sin difusión. Prueba de ello es

el tango "El Medallón", que Torcuato compuso por encargo para una obra de teatro que el empresario nunca montó.

También de esa época datan algunas obras escolares para canto y piano, con temática infantil como "El Negrito Mandinga", canción escolar, con letra de J. Ferrés Villalonga, "Beso Maternal", y la canción "El Jilguero" con versos de Leopoldo Lugones, que data de 1938, poco antes de la muerte del escritor.

En 1934 nace el cuarto hijo de la familia, Honorio Hermenegildo. A finales de la década de los años 30, se suma su hija Hilda (mi madre), a los esfuerzos por sostener la economía familiar. Hilda, desde los 15 años, enseñó piano a diversos alumnos.

MAESTRO Y ALUMNO: TORCUATO RODRÍGUEZ CASTRO Y JUAN DE DIOS FILIBERTO

Torcuato Rodríguez Castro dictó clases particulares al compositor de tango Juan de Dios Filiberto, aproximadamente entre 1916 y 1941. Y así fue como entablaron una entrañable amistad. Recordemos que Torcuato conoció a Juan de Dios Filiberto en las clases de Armonía y Contrapunto de la Escuela Julio Argentino Roca, Ciudad de Buenos Aires, en el año 1916. Hasta esa época, Filiberto sólo había compuesto un tango, (Guaymallen, 1915). Además de esas clases, Torcuato recomienda a su alumno continuar estudios musicales en el Conservatorio de Música de Buenos Aires. La amistad entre ambos compositores cruza en un punto dos mundos: el de la música académica, y el de la música popular. Torcuato, compositor académico, es arreglador y maestro de armonía de Filiberto, quien se consolida como compositor popular.

Foto dedicada al abuelo del artista Benito Quinquina, amigo de "La Peña".

Durante la década de 1920 y toda la década del 30, Torcuato siguió asistiendo a Filiberto, reuniéndose con él, mate de por medio, en la casa de la plaza Matheu-Magallanes 1140 del barrio de La Boca. Torcuato colaboraba en la armonización y arreglos de la obra de Filiberto.

Mis abuelos Torcuato y "Pepita" (Josefa Zubieta Mezo) de paseo por la Rambla de Mar del Plata, Provincia de Buenos Aires, 1953.

Contaba el abuelo que, hacia 1941, y frente a una pueril discusión con Filiberto, rompe esa amistad, harto de los reiterados caprichos del músico popular; sin duda, la situación debió haber colmado la paciencia de mi abuelo. Poco es lo que en vida ambos quisieron referir sobre esta disputa; lo que sí sabemos es que, luego del entredicho, Filiberto se hizo presente varias veces en la casa de familiar de Don Bosco, intentando convencer al abuelo para que regresara a las reuniones en el barrio de La Boca, sin conseguir resultado alguno. Años después, el abuelo Torcuato participaría del primer programa de televisión del ciclo "Volver a Vivir" (abril de 1960), en el cual la conductora y productora *Blackie* (seudónimo de Paloma Efron), realizara un homenaje a Filiberto. A pesar de que la amistad no continuó, Torcuato siempre recordó con cariño a Filiberto, y lo visitó en su lecho de enfermo. Según registros, el 94 por ciento de la obra tanguera de Filiberto se realizó, precisamente durante el periodo de influencia de Torcuato, es decir durante el lapso 1916-1941.

PERÍODO 1944-1970

Para 1944 la situación económica de la familia muestra una mejoría: las sucesivas hipotecas sobre la casa de Don Bosco, por deudas contraídas durante la enfermedad de Isolda, fueron saldadas definitivamente en 1943, también gracias al trabajo docente de mi madre, Hilda. La familia mantiene entonces su primera casa y, a finales de la década de 1940, logra comprar la casa en donde Torcuato se hace cargo de la sucursal Florida Provincia de Buenos Aires, del conservatorio de música de Buenos Aires, mudando el domicilio familiar a esa localidad. Conjuntamente con su hija Hilda, y en esta sede, llegan a tener casi cien alumnos. De esta época datan obras para piano como "Gauchesca" (1945), "Júbilo en la Campiña" (1942), así como para canto y piano como "Mi Manecita", el "Himno a Nuestra Señora de la Paz", con letra de Sara Montes de Oca de Cárdenas, y el "Ave María para coro y orquesta" (Alrededor de 1943). También en esa época, el abuelo compuso las obras para canto y piano "Guardaba mi Dolor", y "Soledad", las cuales denotan la profunda marca emocional que significó la muerte de Isolda, herida que hubo de acompañar por el resto de sus vidas a mi abuelo Torcuato, y a mi abuela Josefa.

Es en 1953 cuando Alberto Ginastera lo invita a formar parte del cuerpo docente del Conservatorio de Música y Arte Escénico de la Ciudad de La Plata, en donde el abuelo Rodríguez Castro se desempeña como profesor de solfeo, armonía, y contrapunto. Hacia 1960 es nombrado profesor de contrapunto en el Conservatorio Nacional de Música "Carlos López Buchardo", de Buenos Aires; de este modo, el abuelo continuó dictando sus cátedras en ambos conservatorios hasta 1970, año de su jubilación.

Torcuato falleció en Buenos Aires, el 8 de agosto de 1983, alejado del ambiente artístico musical. En cuanto a aquello de "olvidado compositor", puedo apuntar que, del estudio de cientos de documentos, de los relatos recogidos y de lo escuchado de boca de mi abuelo, se desprenderían las razones del olvido en que se encuentra su obra. Y esas razones nos descubren que el primer propiciador de ese olvido es el mismo Torcuato. Si bien la memoria social suele ser frágil y díscola, sobre todo en cuanto a encumbramiento o derribo de figuras artísticas, considero que, íntimamente, mi abuelo Rodríguez Castro fue quien en vida quiso que lo olvidaran. Así, se podría decir que los hechos traumáticos que marcaron la

vida de Torcuato condicionaron su producción artística y oscurecieron su carácter; que los contrastes entre la vida campesina de "El Cándano" y la extraordinaria vida artística de la Argentina de principios de siglo XX debieron afectar su emocionalidad; o que la circunstancia de pasar de ser un niño músico en la orquesta de su pueblo asturiano, a joven compositor premiado por la Asociación Wagneriana de Buenos Aires hubo de ser un salto demasiado brusco para su personalidad. Recuerdo que, muchas veces, al preguntarle: "abuelo, ¿por qué no ordena sus documentos? ¿quiere que yo lo ayude?" (así, "de usted" lo tratábamos en la familia) de manera cariñosa el abuelo me contestaba: "eso..., eso, no tiene importancia...". Creo que Torcuato nunca dejó de ser un aldeano, un campesino músico, profesor formado, maestro de maestros, que llegó con su talento hasta el Teatro Colón de Buenos Aires. Hombre sencillo y humilde, no era de sentarse en primera fila en los actos, ni de reclamar honores. El abuelo desdeñaba la figuración y la fama: sólo amaba a su familia, a su España natal, y a su música.

Querido abuelo "Cocuá", no sé si le gustará a usted que hablemos tanto de su vida y de su obra. Donde quiera que usted esté, vayan estas emocionadas líneas en su honor y recuerdo, de parte de su nieta Eleonora, que lo ama y admira.

Hilda Eleonora Vallet, nieta de Torcuato Rodríguez Castro
Buenos Aires, noviembre de 2022

Carné de la Asociación Amigos de la Educación, 1935.

APÉNDICE I

Catálogo de obras

Tangos:

- El Medallón, para canto y piano, compuesto por encargo para una obra de teatro que, finalmente, no se representó.
- Himnos.
- Himno a Rivadavia, con letra de Gabriel Monserrat (1932).
- Himno a Nuestra Señora de la Paz, con letra de Sara Montes de Oca de Cárdenas (alrededor de 1943).
- Ave María, para coro y orquesta (alrededor de 1943), estrenada en 1988, Zeoli.

Obras para piano:

Cantos Líricos: " I En El Bosque Sombrío" (1923).

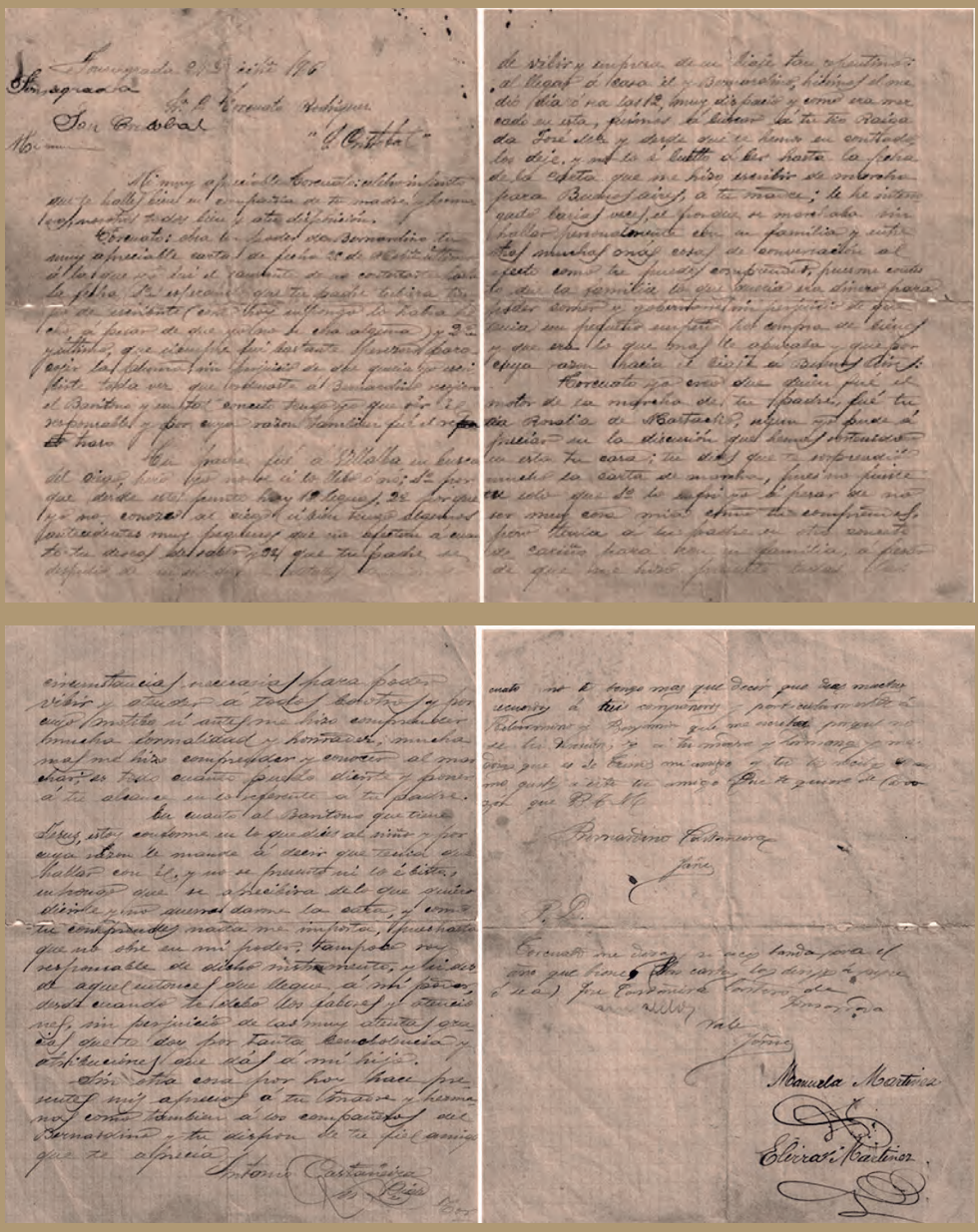
- Gauchesca (1945).
- Júbilo en la Campiña (1945).
- Evocación Hispánica.
- Nocturno en re bemol.

Obras para canto y piano:

- Canción de Cuna, con letra de Enrique Banchs. (Premio Julián Aguirre, 1926).
- Barcarola (Premio de la Revista Musical *La Quena*, 1920).
- Tribulación.
- Beso Maternal.
- Mi vida.
- Mi Alma, con versos de Alma fuerte.
- Adiós Adiós.
- Al viento y al mar.
- Serenata Argentina.
- El Negrito Mandinga, canción escolar, con letra de J. Ferrés Villalonga.
- Soledad (posterior a 1940).
- Guardaba mi dolor (posterior a 1940).
- Mi manecita (posterior a 1940).
- El Jilguero, con letra de Leopoldo Lugones (antes de 1938).
- El Burro Flautista, canción escolar, sobre poema de Tomás de Iriarte.

APÉNDICE II

- Carta de Antonio Castañeira Díaz y artículo periodístico.



Carta de Antonio Castañeara Díaz con posdatas de Bernardino Castañeira Díaz, y firmas de Manuela y Elvira Martínez, parientes maternas del compositor.

Página 8/Sección 4/LA NACION — Espectáculos — Jueves 17 de abril de 2008

Opinión

Por Pola Suárez Urtubey

Romeo y Julieta, tragedia de un amor adolescente

Hoy lo leemos en los diarios. Con caras distintas, ambientes vibrantes o barrios corridos. En Brasil, Francia, Africa, Australia... dondequiera. En el lugar más inesperado del planeta, dos adolescentes se suicidan abrumados por la tristeza, la incomprensión y la intolerancia. Sentimientos conocidos, que nos tocan una y otra vez, todos tuvimos dolores de amor; en la adolescencia y mucho más allá, a veces inmensos. El tema es eterno, y en la historia de la literatura lleva siglos, como que los rumores mundiales de una tragedia similar a la de aquellos asciendan al relato griego *Aridna y Afrocomas de Jerofonte de Efeso*, en el siglo II. A esa trama la recogió, arreglo y amplió Masuccio de Salerno, que en 1476 ubica una historia parecida en Siena, hasta que, 50 años después, Luigi da Porto sitúa su narración de los amantes desdichados en Verona, pero ahora recogiendo un episodio, histórico según nos dice, que habría estado en boca de todos. Los personajes ya llevaban el nombre de Romeo y Julieta. Matteo Bandello, inspirándose en Porto, recogió el tema para una colección que, traducida a distintos idiomas, llega a conocimiento de Shakespeare. Lo demás es terreno conocido.

La visión profunda de los conflictos y emociones fue la gran herencia de Shakespeare

La ópera temprana, la italiana de los siglos XVII y XVIII, no regresó en los amantes de Verona. Esa historia perturbadora, que se ubica en 1303, se apoyaba además en la existencia real del balcón en el que sostuvieron el divino coloquio Julieta Capuleto y Romeo Montesco, y en el sarcófago de mármol rosa donde se dice que estuvieron sepultados los amantes.

* * *

Pero en que el melodrama de los siglos XVII y XVIII se interesó fundamentalmente por los mitos griegos o por los grandes héroes de la historia y no por los hechos de la realidad cotidiana. Al fin y al cabo, las luchas de partidos, de facciones, de actas y bandos, dominados por familias más o menos nobles, formaban parte del paisaje cotidiano dentro de las murallas de las ciudades de la Italia medieval y renacentista. Pequeños o grandes conflictos domésticos encendían la mecha que llevaba, por el juego de las alianzas y venganzas, a que todo el burgo o la ciudad se convirtiera en un baño de sangre. La tragedia de dos adolescentes que gratuitamente violan la fidelidad ciega exigida por el código del honor familiar no era un motivo prestigioso para la ópera en esos dos primeros siglos de vida.

Tenía que llegar el Romanticismo, y con él la revitalización de Shakespeare, ídolo de las juventudes rebeldes e incomprendidas, para que literatura y música encontraran en sus dramas profundamente sabios y armoniosos esa mas apasionantes fuentes de inspiración.

La visión profunda y comprehensiva de los conflictos y emociones de la naturaleza humana, que fue la gran herencia dejada por Shakespeare, se convertía ahora en la fuente generosa del arte occidental. Luego, Victor Hugo mediando, Shakespeare ganaba desde 1822 el corazón del París romántico.

Y en esa citada Ilegó este milagro de belleza, de intensidad, de genialidad incomparable que es *Romeo y Julieta*, para sacudir en 1867 la inspiración de Charles Gounod.

Juventus Lyrica inicia ahora, a partir de mañana, su temporada de ópera en el teatro Avenida presentando con *Romeo y Julieta*. Una buena oportunidad para los aficionados de volver a vivir, cada vez de otra manera, según pasan los años y las durezas del mundo, este drama social sobre la intolerancia y la incomprensión.

MUSICA CLASICA

(Acordes)

■ **Mehta en Varsovia.** El director de orquesta Zubin Mehta (foto derecha) dirigió anteanoche el concierto de la Filarmónica de Israel en el Gran Teatro Nacional de la Opera, en Varsovia, que finalizó las celebraciones del 65° aniversario del levantamiento del gueto de Varsovia, en el que miles de judíos se rebelaron contra los nazis para evitar su traslado a los campos de concentración.

■ **Anzolini y Glass.** Fue muy bien recibido por la crítica especializada el debut del director de orquesta argentino Dante Anzolini en el Metropolitan Opera House de Nueva York. Anzolini, titular de la Estable del Teatro Argentino de La Plata, dirigió el último fin de semana la ópera *Satyagraha*, de Philip Glass. La segunda ópera de Glass es una meditación sobre la filosofía política de Gandhi y está ambientada entre 1893 y 1914, años que Gandhi pasó bachando por los derechos de los hindúes en Sudáfrica.

El director Zubin Mehta, frente a la Filarmónica de Israel

■ **Casa nueva.** Noruega cuenta desde el último fin de semana con una nueva Casa de la Opera (Operahuset), una construcción de mármol blanco de casi 40.000 metros cuadrados, que se alza en el puerto de Oslo imitando la forma de un iceberg. La Casa de la Opera, que se empezó a construir hace cinco años, costó 750 millones de dólares y ha estado rodeada de la polémica: parte

Interior de la flamante Casa de la Opera de Oslo

de los platos de mármol de Carrara del edificio bávaro que ser sustituidos el pasado otoño después de descubrirse que habían adquirido un tono amarillento en vez del blanco habitual. Pero pueden encontrarse, no bromo, con otro problema de mayor calado: los empleados de la Opera y del Ballet Nacional han dado plazo al gobierno hasta mediados de mayo para cerrar un nuevo convenio laboral que incluya una sustancial subida de su sueldo, bajo amenaza de huelga.

■ **Barenboim y la mafia.** BERLIN (EFE).- El pianista y director de orquesta argentino-israelí Daniel Barenboim actúo al paso de la polémica que ha desatado su decisión de no dirigir *Don Giovanni*, puesta en escena por el intendente de la Opera Estatal de Berlín, Peter Mussbach, después de que éste lo acusara de prácticas mafiosas. "Los motivos son personales y nada tienen que ver con la dimisión sostenida en la Comisión de Cultura del Senado de Berlín", recoge el comunicado difundido por la Staatsoper, de la que Barenboim es director desde 1992. Mussbach anunció así que su indisposición a dirigir la producción de su colega en la dirección del coliseo fuera una venganza por las afirmaciones que Mussbach hizo contra él. Mussbach aprovechó el debate sobre los presupuestos de las óperas berlinesas, realizado el pasado lunes, para arremeter contra los que "han decidido que no se me renovará el contrato". El intendente reveló que esa decisión, anunciada en marzo por el alcalde socialdemócrata de Berlín, Klaus Wowereit, le fue comunicada por Barenboim.

(Allegro) Por Pablo Kohan

Las escasas habilidades de dos genios

Hay algunas sensaciones sonoras: si Chopin escribía unos estudios de técnicas sobremanera duras, es porque era un pianista fantástico. El mismo razonamiento puede aplicarse sobre Paganini, Schumann o Liszt. Pero las cuestiones comienzan a hacerse menos evidentes frente a una obra orquestal. Según aquella lógica casi inquebrable, pues los grandes orquestadores deberían haber sido exactos ejecutantes de todos los instrumentos. En otro terreno, habría que suponer, entonces, que los hedonistas como Rossini o Donizetti tienen que haber sido consumidos portentosos. En realidad, todo se rodinea a entender que los compositores no tienen por qué ser músicos prácticos, como los dramaturgos no tienen necesariamente que ser dedicados actores sobre un escenario. Lo que un compositor debe saber es cómo funcionan los instrumentos o la voz humana y cuáles son sus posibilidades técnicas y sonoras. Sido así.

Pero aún después de esta revelación no tan compleja, desde la simple curiosidad, cabe preguntarse cuáles son o eran las habilidades instrumentales de los grandes orquestadores. A veces, pocas si no insignificantes. Wagner, por ejemplo, no tocaba bien ningún instrumento y cuando quería demostrar los avances de alguna de sus óperas en el piano, sus maestras eran de una pobreza proverbial. Sin embargo, cuando una vez le hicieron notar que era extraño que no supiera del oficio, no fuera capaz de tocar algo más o menos decente, Berlioz respondió que recuerda la risa del maestro por el comentario del descabezado: "Berlioz toca peor que yo". Y era cierto. Berlioz, en el piano, era una nulidad total. Paradójicamente. Berlioz revolucionó la escritura orquestal cuando pasaba de el romanticismo y sentó las bases del gran sinfonismo del siglo XIX con consecuencias directas, incluso, sobre compositores tan lejanos en el tiempo como Mahler y Richard Strauss. Pero, para Wagner, era, simplemente, un pesr pianista que él....

(Notas sociales)

Bodas de oro

■ Con motivo de cumplir sus bodas de oro el señor Manuel E. Ibañez y su señora María Carmen Pichaperdomo de Ibañez fueron celebrar una misa de acción de gracias mañana, a las 19.30, en la iglesia Mater Admirabilis, Arroyo 931.

Beneficios

■ Continúa la campaña organizada por la comunidad religiosa de la parroquia Santa Elisa para recolectar elementos para la merienda colmotivo de Sallia 2290. Constitución, en el que ofrecerá durante más de 700 personas de bajos recursos de la zona. También se está ayudando a reunir ropa y medicamentos para el cabaña de electricidad de la escuela. Para ofrecer las donaciones comunicarse con la señora Lorenza de Vedia por el teléfono 4305-3613.

■ En beneficio del Comedor Infantil de FAN, la Asociación Argentina de Rosacruces hoy organizando una Muestra Didáctica de Rosas y Diseños Florales que se realizará hoy, en el Hipódromo de Palermo, avenida Rocca 1451. Los que deseen reponer deberán presentarse de 10 a 12 y los precios son los siguientes: A partir de las 12 se podrá asistir al Hipódromo y a las 15, habrá una charla sobre "Cultivo de rosas, preparación del suelo, elección de semillas y plantación". También se podrá almorzar y tomar el té en el salón comedor de club. Los interesados pueden llamar a los teléfonos 4665-0591 y 4857-0506 o por el e-mail info@rosacruces.org.ar

Cumpleaños

■ En cumplimiento de la señorita Mercedes Aguilar en el señor Tomás Dantas fue cumplir los cuatro años de esperanza en la parroquia de San Marcos, en Olivos. Los tíos, Amparo, Carmen Belmonte y los señores Mauricio Rodolfo Aued y señorita Mercedes Vassallo, y Enrique Dantas y la señora Angeles Fernández.

■ En la basílica de Nuestra Señora del Socorro se celebrará esta mañana, a las 20.15, el cumpleaños de la señorita Victoria Prusik con el señor Ramón Rubiolo. Son los padrinos los señores Juan Alberto Prusik y su señora, Dua Bonfanti, y Rodolfo Rubiolo y su señora, Ana María Valdemarca Jones. En el acto del cual serán testigos las señoras Rubén Rubiolo de Cohen Arazi y Cecilia Prusik de Pardo Argerich, la señorita Alejandra Tinaco y el señor Juan Prusik.

In memoriam

■ En memoria de la señora Berta Roldán de Figueiras, de cuyo fallecimiento se cumple el aniversario, se oficiará una misa mañana, a las 19, en la catedral de San Isidro.

■ En recordación de la señora Josefina Tallarico viuda Suárez del Carril, recientemente fallecida, se oficiará una misa mañana, a las 19.30, en la iglesia Mater Admirabilis, Arroyo 931.

■ En sufragio del señor Alejandro Mateo recientemente fallecido, se oficiará una misa hoy, a las 11.45, en la basílica de Nuestra Señora del Pilar, Junín 1904.

■ Por el señor Pedro Leutaro Pisos, en el aniversario de su fallecimiento, se celebrará una misa mañana, a las 11, en la iglesia del Patrocinio de San José, Ayacucho 1064.

Poderoso y sutil, en cantidades justas

Gran concierto de Goran Filipec en Ushuaia

En todo festival, así en Salzburgo como en Ushuaia, las variaciones de calidad son parte de la norma. En el mejor de los sentidos, hay desniveles. En el punto más alto de esas variantes se ubicó Goran Filipec con su presentación en el salón del hotel Las Hayas, donde se lleva adelante, mayormente, el Festival Internacional de Ushuaia. Este pianista croata, de veinticinco años, ofreció un recital asombroso, perfecto, artístico e intensamente musical.

Dueño de una técnica asombrosa y un digno exponente de los modos de aproximación musical de la escuela pianística de Europa oriental, Filipec pone todas sus habilidades y destrezas, que, decididamente, son muchas, al servicio de un tipo de expresión intensa, aplomada, sensible y artesanal según las características de cada una de las obras que interpreta.

Misterioso y atractivo

Correcto y sin exageraciones incomodantes, comenzó con una breve pieza inaugural y romántica de Tarcisio Rodríguez Castro, un olvidado compositor argentino que fue, sin embargo, el primer maestro de Alberto Ginastera. Pero el nombre sobrevino cuando atacó la *Sonata apassionata* de Beethoven, con una pasión y una cantidad de variantes infinita para abarcar todos los aspectos expresivos. Misterioso y atractivo en la presentación del tema, espectacular en los pasajes de furia beethovenianos y sumamente poético en cada una de las ocasiones en las que, correctamente, aparte el fraseo y la ejecución. El casi coral del segundo movimiento, austero y profundo, tuvo una lectura impecable y el final fue ondeonulado y lírico, una combinación tan atractiva como poco frecuente.

El resto estuvo dedicado a los tres primeros grandes románticos del piano. En primer término, fue la tercera balada de Chopin y, después de la pausa, *Humoreske* Op. 20, de Schumann, y *Visite de Obermann*, de Liszt. Y en este reportorio, Filipec demostró ser un auténtico y brillante heredero de aquella escuela europea oriental que remite a Emil Gilels, Sviatoslav Richter y Lazar Berman. Poderoso y sutil en las cantidades justas, con una capacidad ilimitada para frasear y profundizar con poesía en los pasajes más trascendentes, Filipec hizo casi omiso de las infinitas dificultades que pueblan con generosidad casi ilegal las partituras y se dedicó a hacer música.

Excelente

Diario del premio

Croata Goran Filipec, Obras de Tarcisio Rodríguez Castro, Ludwig von Beethoven, Frédéric Chopin, Robert Schumann y Franz Liszt. Festival Internacional de Ushuaia

En la *Balada N° 3* de Chopin, puso la atención en el peculiar melodismo que identifica a Chopin y lo expuso de un modo magistral. En *Humoreske*, un extenso ciclo schumanniano integrado por pequeñas miniaturas cambiantes, complementarias y contrastantes, Filipec se mantuvo concentrado, atento a cada una de las peculiaridades de cada cuadro, y concluyó, como la partitura lo indica, con decisión, pero siempre atento a la expresión de ideas musicales.

Con todo, la gran perla de la noche fue *Valle de Obermann*, una extensa pieza de la colección *Años de peregrinación*, de Liszt, profundamente romántica y en la que el compositor indaga en amenas cromáticas, en melodías tan onduladas como de dirección indefinida y en misterios de difícil resolución. Tal vez con aquellas lecturas profundas y únicas de Berman en su historia Filipec trabajo arduo y expuso una interpretación insuperable de una obra que entremezcla a para magia meditaciones poéticas con pasajes volcánicos con un idioma que, a su modo y desde el teclado, anticipa las armonías wagnerianas. Fuera de programa, ante un público que había valorado exactamente las maravillas ofrecidas, Filipec tocó dos estudios de Rachmaninov. Sí, claro, impecables, perfectos.

Pablo Kohan

Diario *La Nación*, 17-04-2008.

Adriana Villamisar Naveira

DESTINO KIEV

(Ucrania)

LA DECISIÓN

Sentada en mi minúscula habitación sin ventana en el centro de Lisboa, me puse una americana, encendí la luz y puse la cámara de mi ordenador portátil. Me miré fijamente en el reflejo de la pantalla y sonreí levemente. Debía aparentar la seriedad requerida para una profesora de secundaria, a pesar de tener solo 25 años. No era mi primera entrevista para un liceo francés en el extranjero, pero si la primera en la que tenía la oportunidad de conseguir el puesto.

Todo había empezado unos días antes cuando vi la oferta en un portal de empleo: se busca profesora de español en el liceo francés de Kiev. La oportunidad que llevaba años esperando. Busqué en internet Ucrania y lo primero que leí fue *tensión en la frontera*. No pasa nada, pensé, en el peor de los casos me volveré a España. La ligereza de ese pensamiento, me pesa todavía hoy en día.

—El puesto es suyo.

Después de esas palabras, me di cuenta de que los años de malos sueldos y cuartos sin ventana en Lisboa se habían terminado. No volveré nunca más. O eso creía.

LA LLEGADA

Aterricé en el aeropuerto de Boryspil el 23 de agosto de 2021 con treinta kilos de equipaje distribuidos en dos maletas. Cuando el avión tocó el suelo, todos los ucranianos empezaron a correr hacia el control de pasaportes para no esperar la larguísima fila que se formaba con la llegada de todos los vuelos internacionales. Después de

Ciudad de Kiev.

una media hora de espera, el policía de aduanas selló mi pasaporte.

—*Welcome to Ukraine*— dijo sin sonreír.

El primer consejo que me habían dado a mi llegada a Ucrania era nunca coger un taxi en la salida del aeropuerto, ya que no tenían licencia y me cobrarían más de cien euros por un trayecto que en realidad costaría diez. Finalmente encontré un auténtico taxista y emprendí el viaje hacia la ciudad.

En el viaje hacia la ciudad se extendieron ante mis ojos una enorme cantidad de torres habitacionales de veinte a treinta pisos de altura. El gris de los grandes bloques contrastaba con el verde de los parques que los rodeaban. Todos los edificios del margen izquierdo del Dnipro parecía que no habían sido reformados desde su construcción durante la Unión Soviética.

Mientras observaba el desfile de bloques, reflexioné sobre su historia reciente y me pareció un tema complejo. ¿Cómo sienten los ucranianos ese largo período histórico? ¿Cuál será su relación con la lengua rusa? ¿Sentirán su identidad nacional amenazada? Sabía que era un tema sensible del que sería mejor no hablar con gente con la que no tenía confianza. A pesar de que el país estaba oficialmente en una guerra civil desde hacía seis años, me habían asegurado que la vida era completamente normal en la capital.

Llegué al barrio de Podil, en el centro histórico de Kiev, donde estaría mi futura casa. En una acera, todo estaba lleno de negocios, restaurantes japoneses y discotecas de moda. Podía escucharse música electrónica por todas partes a gran volumen, saliendo de los coches, de las casas y de los bares. Las calles estaban llenas de gente joven paseando y tomando cervezas en las numerosas terrazas de los bares

24 de agosto, día de la Independencia Ucraniana.

alternativos del barrio. Sin embargo, en la acera de enfrente podías encontrarte una fábrica abandonada, un edificio en ruinas y una *babushka* vendiendo cualquier producto en una manta en la calle. La gentrificación había llegado también a Ucrania, convirtiendo espacios post-soviéticos en lugares de cultura y ocio.

Decidí entrar en un bar para esperar la hora de poder entrar en mi alojamiento. Nada más llegar, un hombre me vio cargando con mis dos pesadas maletas y me ayudó con todo. Así empezamos a entablar una conversación sobre los motivos que me llevaban a mudarme a Kiev. Escuchó con atención pero con un aire extrañado. No podía entender como una española podía abandonar su país para venir a uno más pobre. Entonces sonrió enseñando un diente de oro y me preguntó riéndose si era una espía. Esa fue la primera vez que escuché esta broma, pero no sería la última.

EL 24 DE AGOSTO

Me despertó un ruido ensordecedor. Me asomé a la ventana pero no pude ver nada. Mi ventana daba a un patio interior en el que había un pequeño jardín en el que descansaban un par de gatos callejeros y los coches de los vecinos aparcados. Pasados unos segundos vi como una serie de aviones militares sobrevolaban el centro de Kiev.
—Claro, hoy es el día de la independencia, pensé.

Me apresuré a salir a la calle y visitar por primera vez la que pensé que sería mi casa durante los próximos años. Aún estando todavía sumidos en la epidemia de Covid-19, la muchedumbre se reunía para celebrar el trigésimo aniversario de la república. En el barrio el ambiente de alegría y fiesta impregnaba el aire de verano. La gran mayoría de los transeúntes llevaban la *vyshyvanka*, la típica camisa bordada, y la bandera del país.

Me acerqué al centro de la ciudad y la marea de personas me arrastraba. Todo estaba lleno de escenarios y pantallas gigantes en las que se veía una representación teatral de la historia de Ucrania. Después, miles de personas asistían al desfile militar agitando sus banderitas. En el medio del eterno desfile de tropas, hubo un pequeño grupo que destacaba por llevar banderas diferentes: eran las del Batallón Azov.

Realmente, sabiendo el alza de la extrema derecha en los países democráticos, recuerdo no sentirme sorprendida por la presencia de un grupo tachado de neonazi en el día de la independencia. Su papel durante las protestas de Euromaidán había sido clave, de forma que se habían ganado el respeto de los civiles ucranianos. Aquella fue la única vez que vi esa bandera en toda mi estancia en el país.

Volviendo hacia el apartamento provisional, decidí seguir conociendo el centro de Kiev. Me fascinó la gran avenida Jreshchátyk, destruida completamente durante la Segunda Guerra Mundial y reconstruida en estilo soviético. En este estilo uno de los factores más importantes era el impresionar al resto del mundo con edificios gigantescos y aceras kilométricas. En mi caso, lo habían conseguido. Al terminar la avenida la ciudad se fundía con un bosque a las orillas del río Dnipro. En él destacaba un inmenso monumento: *El arco de la amistad de los pueblos*, en el que un artista añadió una quiebra, simbolizando la ruptura de la paz entre Rusia y Ucrania.

LAS GESTIONES

Después de un par de noches en el apartamento que había alquilado por un precio exagerado, encontré mi propia casa. Era un apartamento de una habitación con unos muebles enormes y que se veían realmente desfasados. No obstante, la vista de la pequeña iglesia de San Nicolás anclada al fondo del río me enamoró al instante.

Recuerdo sentirme confundida en la búsqueda de apartamento, los estudios en la ciudad costaban más de 450 €, es decir, mucho más que el salario mínimo. ¿Cómo podían los ucranianos vivir en su propia ciudad?

Saliendo a la calle las diferencias entre los ciudadanos eran palpables. Por una parte, muchas jóvenes paseaban por el centro en coches de lujo con bolsos caros y labios operados. Por otra parte, muchos intentaban sobrevivir de cualquier forma, vendiendo rosas o ropa interior en los numerosos pasajes subterráneos de la ciudad. Pronto entendí que mi visión de Ucrania no se correspondería nunca con la de una persona de clase media en Ucrania. Yo era una grandísima privilegiada.

EL LICEO

La vida en los liceos franceses me pareció una burbuja. Era como vivir en Francia, un sistema internacional más adaptado a los profesores de origen francés que a los alumnos o al país.

Desde el primer día supe que no encajaría con mis compañeros de trabajo. En su gran mayoría eran personas nacidas en buenas familias en Francia y que justificaban su desmesurado salario en base a la

meritocracia y no al privilegio absoluto de ser extranjeros en un país fuera de la Unión Europea. Lo único que salía de sus bocas eran quejas sobre el trabajo, los alumnos, el país, la ciudad... pero llevaban años en el puesto. A pesar de todas sus reclamaciones, haría falta que pasase algo muy grave para hacerles volver a Francia.

Ellos habían vivido allí ya varias revoluciones populares, la pandemia y la quema descontrolada de los bosques de Chernobyl, que había teñido el cielo de la ciudad de color naranja y obligado a los habitantes a colocar toallas mojadas en las ventanas para que el aire tóxico no entrase en su casa. Esta gente había criado a sus hijos en Ucrania y pensaban trabajar allí hasta la jubilación.

Por otra parte, los alumnos en su gran mayoría pertenecían a la élite del país o eran hijos de trabajadores de las numerosas embajadas, todos salvo algunos hijos de profesores. Era una juventud motivada y con ganas de comerse el mundo. A pesar de la riqueza de sus padres, no veías ninguna muestra de derroche y eran muy humildes. Todavía pienso en ellos cada día.

LOS PLANES

Pronto entablé amistad con otros extranjeros que trabajaban en Ucrania. Todos pertenecíamos a una clase social alta, por lo que podíamos hacer planes con los que nunca habría soñado antes de esta oportunidad. Nuestros planes de fin de semana estaban llenos de restaurantes, conciertos, saunas y actividades culturales. Kiev era una ciudad que te ofrecía todo lo que podías soñar, si podías permitírtelo.

La juventud ucraniana había nacido en la democracia, no obstante, les perseguía una sombra del pasado soviético y una guerra civil en el este que hacía que la ciudad estuviera llena de personas que huían del conflicto. Todos estos hechos hicieron que naciera una gran expresión artística en la ciudad, siendo un centro cultural importante en Europa del Este. Los numerosos teatros estaban llenos todos los días de semana y cada día podías perderte entre las exposiciones de arte contemporáneo o disfrutar de música en directo.

Estaba enamorada de mi vida en esta ciudad. Cuando volví a Madrid en octubre para arreglar los papeles de mi visado, no podía parar de describir lo maravilloso que era todo.

VOVA

Todas las mañanas hacía el mismo ritual. Me despertaba a las siete, tomaba un café mirando el amanecer en el río, me ponía todas las capas necesarias de ropa para poder afrontar las temperaturas gélidas y salía cerrando las dos puertas de mi casa.

El viento frío de la mañana me espabilaba en un instante. Mientras escuchaba música iba paseando por la icónica plaza de Kontraktova mirando la catedral de San Andrés que vigilaba la ciudad durmiente desde lo alto de la colina.

Desde principio del año escolar, pasaba siempre a la misma hora por el mismo camino atravesando por el medio de la plaza. Era muy temprano y ni siquiera los comercios estaban abiertos, así que cada mañana asistía al despertar paulatino de la ciudad. Todas las mañanas me cruzaba con el mismo chico, era alto, ancho, con

Catedral de San Andrés, Kiev.

Puente de Cristal de Kiev.

unos grandes ojos azules y una cara seria de quien acaba de despegarse de las sábanas. Siempre calculaba si llegaba temprano o tarde a coger el tranvía según a qué altura de la plaza nos cruzásemos.

Un día por casualidad vi que trabajaba en una cafetería cerca de mi casa. Me pareció una buena idea contarle cómo usaba su presencia como un reloj cada mañana. Él no tenía ni idea de qué le estaba contando pero se le escapó una risa que hizo retumbar el local y después me sonrió dulcemente. A partir de ese momento, el ritual cambió por un gran abrazo matutino en la plaza central y mucho café durante todas las tardes mientras le acompañaba a fumar durante sus horas de trabajo.

EL PRIMER SUSTO

El 27 de noviembre un grupo de amigos que trabajan en la embajada de Francia organizaron una partida de *paintball* en una de las islas del río Dnipro. Camino a la partida, pasé por el puente de cristal y me paré a observar las suelas de los zapatos de los pocos turistas que quedaban en la ciudad.

Al pasar el puente me encontré con mi amigo y me dijo unas palabras que me dejaron helada:

> *"En la embajada de Francia nos acaban de avisar, Zelensky acaba de dar un comunicado en el que declara que los equipos de inteligencia han descubierto los planes de un golpe de Estado el miércoles que viene". —¿Creéis que va en serio?*

La verdad es que no les he visto demasiado preocupados. No es mi primera experiencia en este tipo de situaciones, así que yo estoy tranquila. De hecho mi amigo estaba en Kiev debido a un cambio de

destino. Había pasado un tiempo en Myanmar, hasta que el repentino golpe de Estado le obligó a irse de un momento a otro con su novia birmana, que debido a su arte activista no podría regresar al país mientras gobernasen los militares. Siempre hacía bromas al respecto. Aquel día no tocamos más el tema y jugamos tranquilos la partida que habíamos reservado.

LA TRANQUILIDAD UCRANIANA

Al día siguiente fui al instituto asustada por lo que podría pasar. Tenía que mostrarme fuerte y tranquila por si los alumnos hacían algún comentario poder responder de forma racional y calmada.

Para mi gran sorpresa, cuando se habló del tema, mis alumnos de último año de instituto se rieron y me dijeron que no tenía que preocuparme, que era una forma de llamar la atención por parte del presidente. Por otra parte, en la sala de profesores, los que vivían cerca del parlamento, comentaban con humor como habían vallado todo el recinto y como al día siguiente ya habían retirado las vallas. Nos reímos tranquilamente.

LOS MERCADOS NAVIDEÑOS

Llegó el gélido mes de diciembre y con él las grandes nevadas y los famosos mercados navideños. La ciudad estaba llena de movimiento, a pesar de lo difícil que era soportar las temperaturas de -18 grados. Era la época favorita de los ucranianos, los niños jugaban en la nieve y los adultos bebían vino caliente en las plazas. El ejército ruso acumulaba tropas en la frontera pero a nadie parecía preocuparle. La vida sigue y no siempre puedes tener miedo, será igual que el año pasado, quieren que nos preocupemos pero no lo haremos. No pueden controlar nuestras vidas —afirmaban orgullosos los ucranianos.

LA TENSIÓN DE ENERO

Pasé las Navidades en España con mi familia ya que casi ninguno de mis amigos se quedaba en Kiev para pasar las fiestas. Para mi sorpresa, Ucrania salía en todos los telediarios con títulos como *tensión en la frontera* o *acumulación de tropas.* Mi madre miraba de reojo para ver mi reacción despreocupada. “Mamá, no te preocupes, si estuvieras allí verías que no pasa nada.”

Mercado navideño.

—“Confío en tu impresión, seguro que exageran para inflar la noticia”. Volví la primera semana de enero. Los rayos de sol se reflejaban en la capa de veinte centimetros de nieve y los días empezaban a alargarse paulatinamente. Respiraba tranquila viendo como todo estaba igual que hace dos semanas, como la ciudad seguía como siempre a pesar de los acontecimientos. Sin embargo, la epidemia de Covid golpeaba fuertemente la ciudad. La mitad de mis clases eran a distancia debido a casos positivos en el instituto. Algo que era de esperar después de las reuniones familiares y el bajo nivel de vacunación en el país.

LA CITA

Un lunes a finales de enero tuve una cita con George, un inglés que trabajaba como editor en una agencia de noticias en la ciudad. En medio de la cena me habló de forma sincera:

> *"¿No tienes miedo por lo que está sucediendo en la frontera? Mi familia está realmente preocupada y mi tía me llama cada dos horas. Yo la verdad que estoy realmente asustado, llevo cuatro años viviendo aquí y nunca había vivido nada así".*

Yo simplemente me reí.

EL PRIMER GRAN ANUNCIO

A los pocos días hubo una última hora que me heló la sangre: los familiares de los diplomáticos eran invitados a abandonar Ucrania ante la amenaza de una invasión rusa. Lo comenté con mis compañeros de trabajo, que le sacaron peso al asunto.

> *"Los ingleses y los estadounidenses siempre fueron unos cobardes. Fueron los primeros en querer irse durante la revolución naranja de 2004 y Euromaidán. No hay que preocuparse por nada. Será como siempre y volverán de aquí a unos meses".*

Esa misma mañana me llegó el mensaje que hizo que se me encogiera el pecho. George, el inglés con el que había tenido solo una cita, había comprado un billete de avión para la próxima semana, esperando poder volver pronto. La gente está empezando a huir y yo no.

LA REUNIÓN

Llevaba días durmiendo mal. Me despertaba en medio de la noche sudando. A veces soñaba que comenzaba la invasión y tenía que irme corriendo a la embajada. Otras veces soñaba que estaba en el instituto cuando estallaba la guerra y tenía que encargarme de tranquilizar a mis alumnos mientras les venían a buscar sus padres. Miraba alrededor y, a pesar de que las conversaciones sobre Covid-19 empezaban a dar paso a conversaciones sobre una posible invasión, nadie parecía nervioso. Yo estaba al borde de explotar.

La dirección del liceo convocó una reunión pedagógica. El tema del día era cómo gestionar la gran cantidad de cursos que seguían las clases a distancia debido al covid-19. El liceo dejó un punto muy claro: la escuela no cerraría como el año escolar pasado para paliar los casos de contacto aunque todas las clases fueran a distancia. El liceo representaba a Francia y Francia no le daba la espalda a Ucrania. No querían que un cierre de la escuela por la situación epidémica fuese mal interpretado. En la reunión quisimos preguntar qué pasaría si finalmente fuesemos invadidos. No obtuvimos ninguna respuesta pero tampoco se insistió demasiado. No podíamos mostrar ninguna debilidad delante de los alumnos o de los compañeros. Era como un pacto no escrito: todos teníamos que conservar la calma.

LAS PLANTAS

Fui a despedirme de George a su casa. Ver como alguien que vivía desde hace tiempo en Kiev recogía sus cosas y se iba me hizo explotar. Le hice saber que empezaba a estar muy tensa pero él, obviamente, estaba mucho peor que yo y solo conseguía decirme: *—You have to make a plan! RIGHT NOW!*

Yo, sin embargo, no podía hacer como él y abandonar todo. Tenía que quedarme por mis alumnos. No me imaginaba cómo sería su reacción si yo huyese a España en medio del año escolar por miedo. Miré alrededor de las numerosas cajas de su salón y entre los electrodomésticos, bicicletas y libros tenía una gran cantidad de plantas. Él era el último de sus amigos en irse y entonces le habían dejado la misión de regarlas esa semana.

—Yo las cuidaré, me las puedo llevar, vivo aquí cerca.
—Sí, ¿y quién las regará cuando tú no estés?
—Yo... es que yo no me voy a ir...
—Te acabarás yendo como todos nosotros.

LOS MENSAJES

—Hola, ¿eres Adriana Villamisar? Te llamo del periódico La razón, ¿tienes cinco minutos? Son solo unas preguntitas.

—Buenos días, le escribo para preguntarle si le gustaría hablar en el programa del domingo de la Sexta. Solo para que nos cuentes qué tal vives la situación.
—"Quería perguntarlle pola situación que está vivindo en Kiev. ¿Vostede é da Coruña verdade?"
—No gracias, no tengo nada que contar, por favor, no me llamen más.

LAS FIESTAS

George y gran parte de los ingleses ya habían abandonado Kiev. A los pocos días de que se fueran, y viendo que la situación no avanzaba, decidí que iba a ser feliz y vivir mi vida como hacían los ucranianos. Empecé a beber cervezas todas las noches y salir dos o tres días cada semana hasta el amanecer. Tenía la mente ocupada todo el tiempo, haciendo nuevos amigos y bailando en macrofiestas. Sin embargo, cada viernes y sábado noche me llegaban los mismos mensajes a mis redes sociales. La mayoría de gente que hacía años que no me hablaba.

—¡Estás loca! Tienes que irte ya, te vas a morir. ¿Empezaste a cavar la trinchera? ¿Cómo que no estás haciendo las maletas?
—Por favor, dejad de meteros en mi vida, yo sé lo que hago.

LA ÚLTIMA SEMANA

Por primera vez desde el inicio de la remontada de tensión, mis compañeros de trabajo hablaban abiertamente de la posibilidad inminente de una guerra en toda Ucrania. Todos los franceses habían recibido desde la embajada un mensaje en el que se les aconsejaba tener preparada una bolsa de viaje con agua, frutos secos, dinero, documentos importantes y una muda por si tenían que escapar urgentemente de sus casas.

También por primera vez me enviaron un mapa de vital importancia. En él figuraban todos los refugios antiaéreos de la ciudad y nos aconsejaban empezar a comprobar los que estaban cerca de nuestra casa, dado que era mejor saberlo de antemano y no esperar al último momento. Cerca de mi casa solo había un pequeño pasaje subterráneo pero no me parecía lo suficientemente seguro. Había pensado que en caso de bombardeo correría al metro, allí estaría segura.

Como todos los días fui a la cafetería a pasar la tarde con mi amigo Vova. Nunca habíamos tocado el tema pero la tensión que sentía me hizo preguntarle:

—¿Tú qué harás si finalmente todo estalla?
—Este es mi país, el de mis padres, de mis abuelos... No tengo otro sitio a donde ir y aunque lo tuviera sé cual es mi deber. Me quedaría a luchar si fuera necesario.
—Otros pueden luchar en tu lugar.
—Yo nunca abandonaría Ucrania.

LA LLAMADA

Era sábado doce de febrero de 2022, me levanté casi al mediodía con la boca seca después de una larga noche de fiesta. Cogí mi móvil y mientras tomaba un café leía los mensajes.

Esta mañana me he levantado temprano y he ido en coche hasta la frontera de Polonia para que mis hijos estén en un lugar seguro —escribió una compañera de trabajo.

Empecé a sentir escalofríos. ¿Sería hoy el día? Salí a hacerme la manicura y cuando estaba cruzando el umbral de la puerta recibí una llamada.

—Buenos días, ¿Adriana Villamisar? Le llamo desde la embajada de España, hemos cambiado nuestras recomendaciones de viaje y aconsejamos a los españoles residentes que abandonen Ucrania lo antes posible. Necesito apuntarle en una lista, dígame, ¿va a abandonar el país?
—Yo trabajo para Francia, ¿creen que ellos tomarán la misma decisión? ¿de cuántas horas estamos hablando para irme?
—Seguramente todos los países europeos llamen a sus ciudadanos en las próximas horas. Digamos que dispone de máximo unas 72 horas, contamos con que el miércoles se terminen los aviones comerciales.
—Vale, buscaré un vuelo y me iré inmediatamente.

El pánico se apoderó de mí. Ya está. Llegó el momento. Tengo que irme corriendo a casa a planificar cómo irme lo más pronto posible del país. De camino a casa pasé por el café de siempre y avisé a Vova.

Me consoló abrazándome mientras yo lloraba desconsolada. Solo podía repetirme en bucle: serán solo tres semanas, ya verás, tres semanas y volveremos a estar juntos.

LA MIRADA PERDIDA

Llegué a casa y miré alrededor. Todo estaba hecho un desastre. Cogí mi portátil y miré todos los vuelos posibles. En aquel momento la gran mayoría de países habían invitado a sus ciudadanos a irse. Los precios eran una auténtica locura. Mi mejor opción era un vuelo a Madrid. ¿Cuántas maletas llevo? ¿Una, dos o una de mano? ¿Estaré de vuelta en tres semanas o me preparo para lo peor? Quizás no sea definitivo... Sí, voy a reservar dos maletas.

¿Y qué hago con mi apartamento? ¿Volveré o no? Dejaré 500 € sobre la mesa. Vale, ¿y qué pasa con los bancos de un país en guerra? ¿y si me quedo sin absolutamente nada? Voy a cambiar todo mi dinero a euros.

Tenía tanto que hacer pero mi mente no respondía. Mis brazos no se movían. Pasé horas sentada en mi cama temblando y diciéndome a mi misma que tenía mucho que hacer. No quería hacer nada. No podía.

Cuando mi cuerpo por fin reaccionó, empecé a limpiar como una loca y dejé la decisión de qué objetos dejaría en Ucrania para el último momento, cuando mi mente hubiera asimilado la información. Salí a la calle, mi barrio tenía casas de cambio en todas las esquinas. Pregunté en más de diez, parecía que los euros se habían acabado. Todo el mundo hacía fila para cambiar sus grivnas a euros. Algunos optaron por cambiar dinero ilegalmente en el aparcamiento enfrente del mercado pero yo no me fiaba. Finalmente encontré un negocio con euros.

Así pasé la última tarde en Kiev, del cajero a la casa de cambios y viceversa.

LA CENA

Para la última noche cambié el título de un grupo de Whatsapp. Pasó de ser cena de cumpleaños a cena pre evacuación. A las ocho nos veríamos en un restaurante georgiano del centro de Kiev.

Imagen con mi amigo Vova.

De camino al restaurante, escuché que alguien gritaba mi nombre en la plaza de Santa Sofía. Eran dos de mis alumnos. Les conté que había recibido la famosa llamada. No estaría el lunes en el instituto pero no pasaba nada, era solo por si acaso. Ellos me comentaron felices que a los marroquís todavía no les habían llamado. Sonreí amargamente.

—¿Se han ido más profesores?
—Sí, sé que hay más profes que se han ido.
—¡Qué guay! Así no tendremos muchas clases el lunes.

Me despedí de ellos dándoles un abrazo. Después supe que pasarían los primeros días de guerra en un refugio antiaéreo de Kiev, antes de emprender un viaje que duraría cuatro días hasta la frontera. Llegué al restaurante. Todos mis amigos estaban allí. A los franceses, la gran mayoría de los presentes, no los habían llamado para abandonar el país. Todavía tenían esperanza. Muchos no sabrían que para ellos su llamada de evacuación sería demasiado tarde y que tendrían que vivir en su propia piel las primeras bombas del conflicto. Durante la cena, había alguna cara preocupada pero la verdad es que nos lo pasamos genial. Comimos muchísimo, nos abrazamos y brindamos por Ucrania y por volver a vernos en Kiev.

EL AEROPUERTO

Tras otra noche en vela, cogí mis maletas y en un último momento posé mis plantas en las escaleras, esperando que alguien las regase mientras yo no estaba. Después fui a desayunar con Vova. Le pregunté si no quería venir a España conmigo, aunque fuera solo por si acaso. Me lo agradeció pero rechazó mi propuesta rotundamente. Nos despedimos entre risas y abrazos, prometiéndonos los mejores planes para el mes que viene.

A las ocho fui hacia al aeropuerto. Estaba completamente lleno. Había gente de todas las religiones y nacionalidades volviendo a sus países de origen. En medio de la muchedumbre se escuchaban ladridos, maullidos y gritos de bebés.

Todos abandonábamos el país. En el último momento tuve la suerte de encontrarme con algunos alumnos que también huían aterrados. Nos deseamos mucha suerte cada uno se dirigió hacia su puerta de embarque.

Cuando el avión despegó sentí como al fin estaba a salvo. Me sentí hipócrita después de ese pensamiento. Miré por la ventanilla y pensé en todo lo que este país me había dado: gente maravillosa, el mejor trabajo de mi vida y experiencias increíbles.

LA LLEGADA

Nada más llegar a La Coruña, mucha gente que hacía años que no veía o que directamente no conocía me paraban por la calle para preguntar cómo había sido la experiencia de huir de un país a las puertas de una invasión. Uno de los comentarios que más se repitieron fue:

—¡Qué mala suerte! Ojalá no hubieras ido.

La verdad es que no me arrepiento de nada. Si pudiera volver atrás, volvería a hacerlo.

CARTAS O EPISTOLARIOS

María Xosé Vázquez Lojo

Primer premio

CARTAS A JOSÉ PÉREZ VAQUEIRO

(Brasil y Argentina)

UNIDADES

58 cartas, escaneadas junto a sus sobres, con anotaciones de la fecha de recepción.

FECHAS EXTREMAS

1887-1935.

REMITENTES

Dolores Troncoso, esposa; José Pérez Solla, padre, desde Salceda de Caselas (Pontevedra); Ángel y Antonio Pérez Vaqueiro, hermanos; otros emisores desde Río de Janeiro y varias localidades en Argentina.

DESTINATARIOS

José Pérez Vaqueiro, salvo una, enviada por él a sus hermanos y devuelta por el correo, y otra de su hijo dirigida a Dolores, su esposa.

CONSERVACIÓN

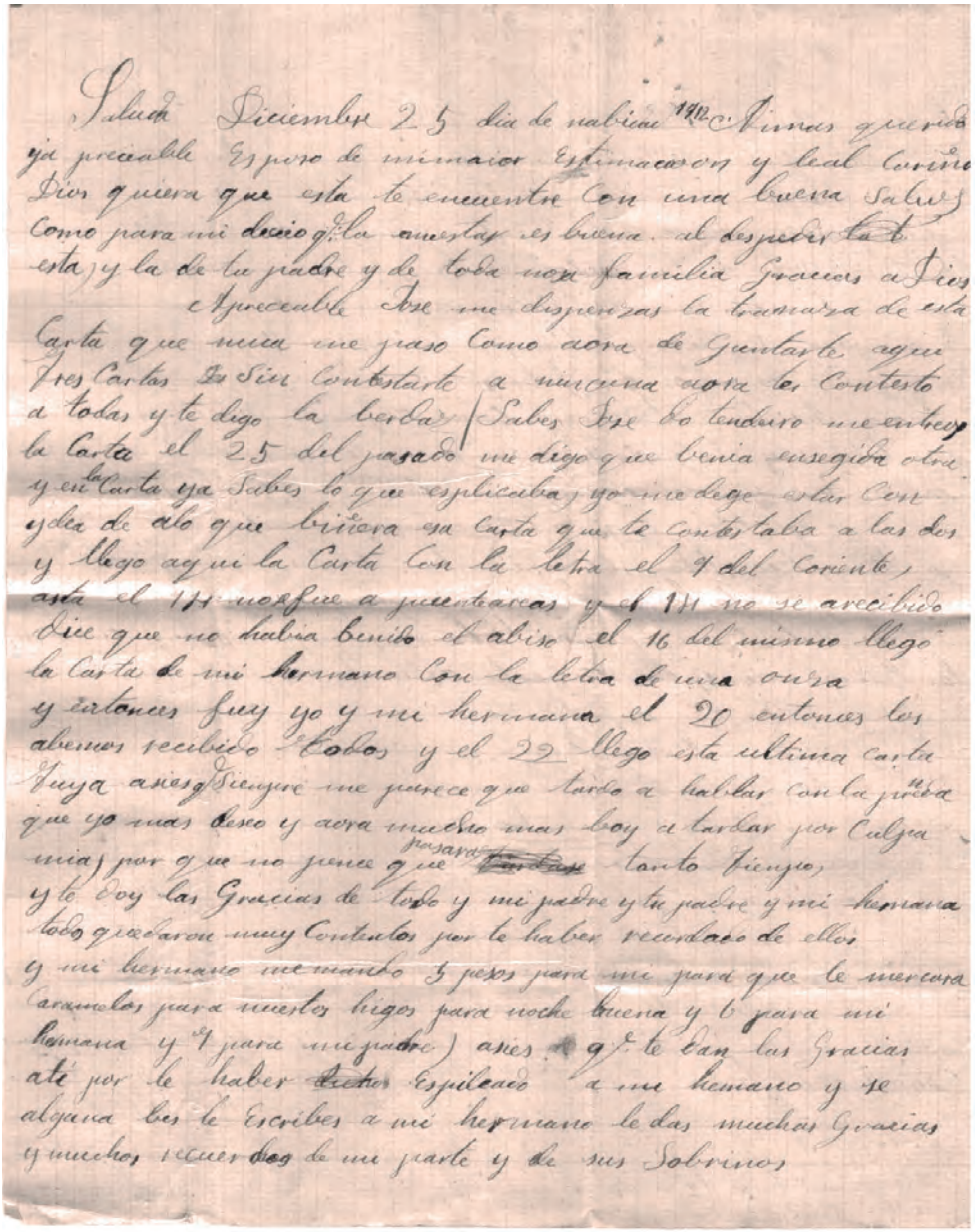
El epistolario, junto con dos cuadernos de anotaciones y documentación diversa, forma parte de un archivo personal conservado por Hermosinda, hija de José Pérez Vaqueiro. Fallecida esta sin descendencia, los documentos están depositados en el Archivo Municipal de Salceda de Caselas.

CONTENIDOS

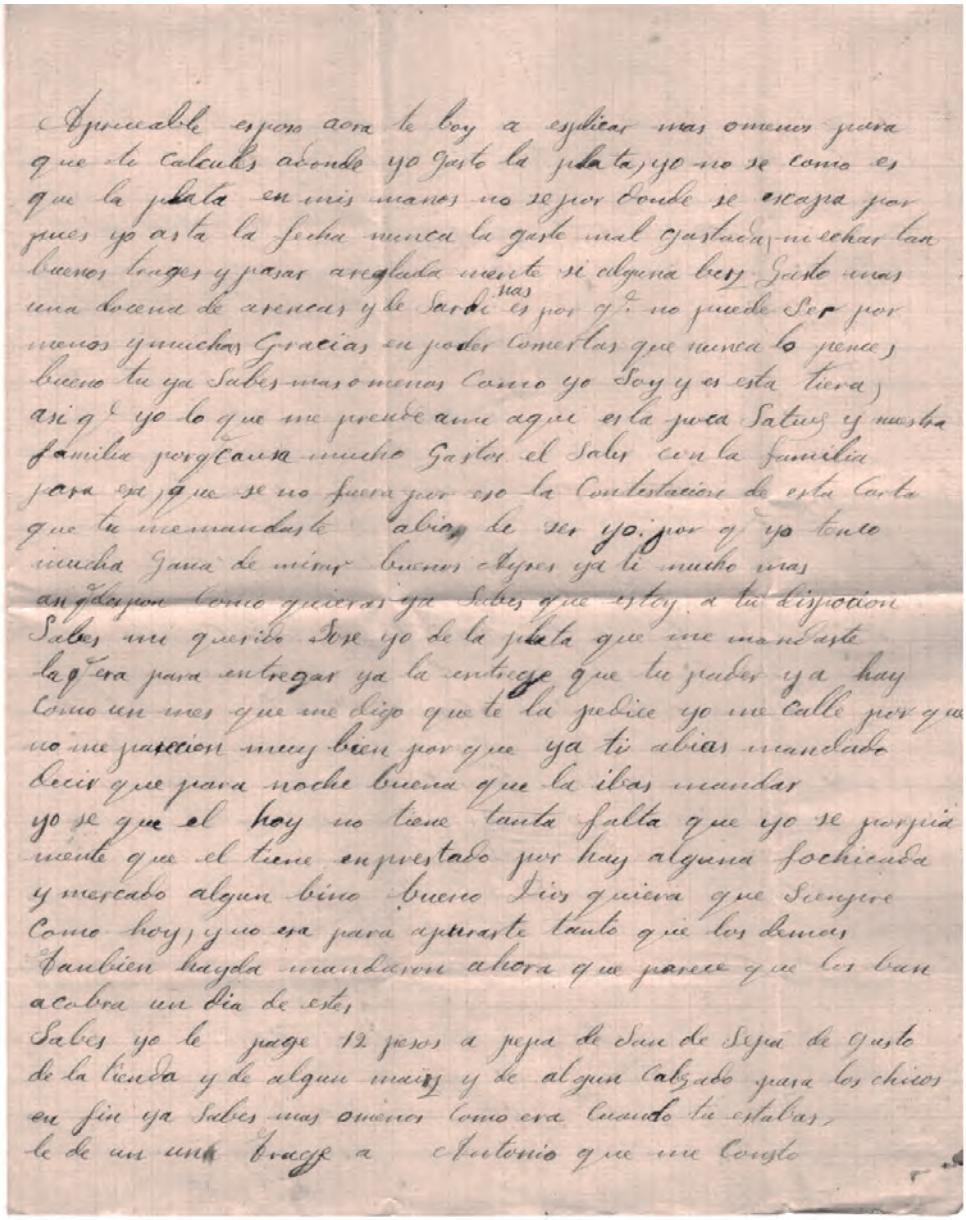
Gestión de la economía familiar y local, con abundantes remesas, préstamos, etc. Relaciones afectivas. Noticias del pueblo y chismorreos sobre paisanos.

CLASIFICACIÓN

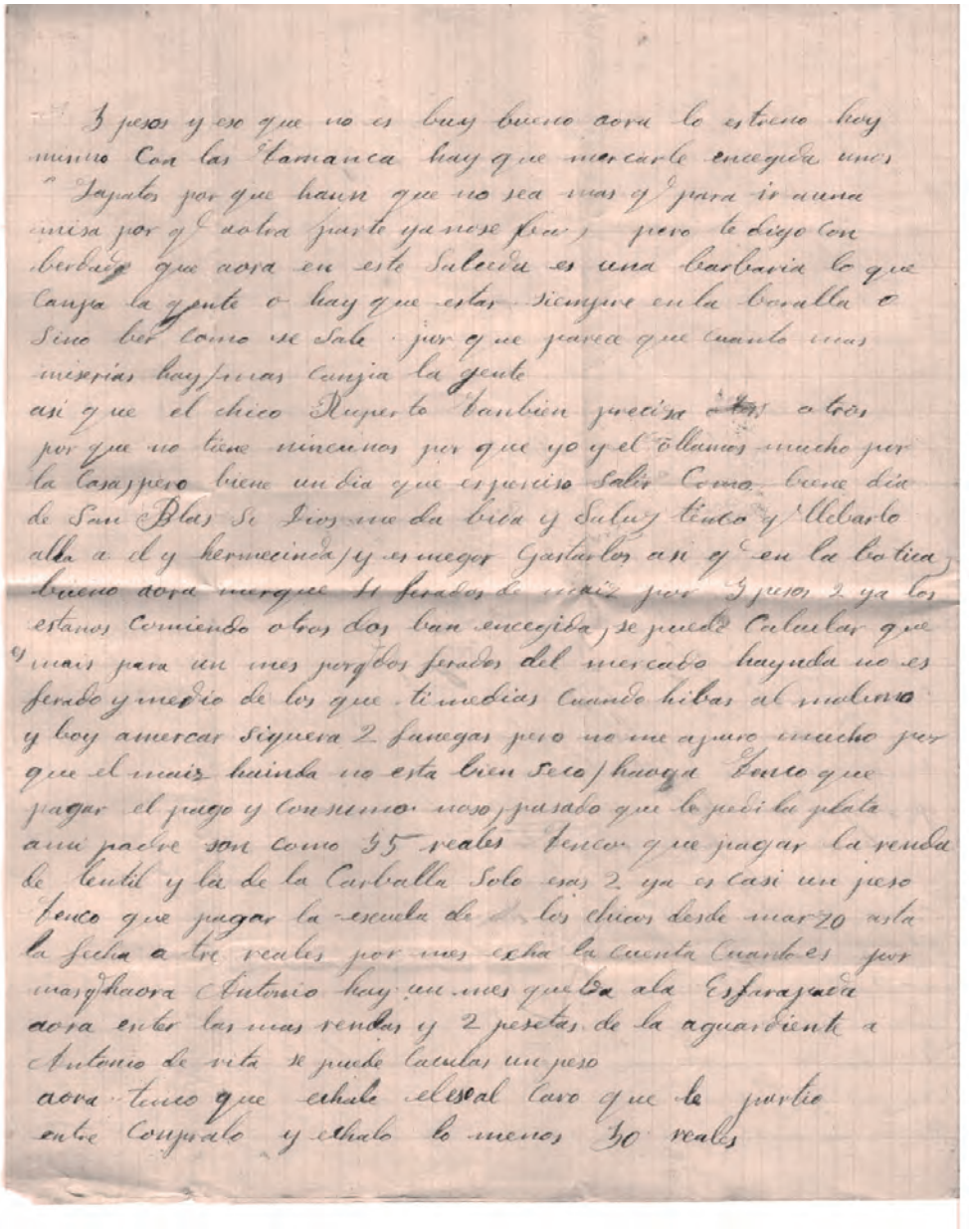
- 7 cartas del padre, desde Salceda (1887-1893). En las primeras también escriben sus hermanos Ángel, Antonio e Indalecio. Consejos para evitar noviazgo. Menciona las penurias y pide insistentemente dinero para pasajes, necesidades básicas y para librarlo del servicio militar. En las últimas, da cuenta del uso del dinero recibido.
- 21 cartas de su esposa, desde Salceda: (1905-1919). Cartas sinceras, íntimas en ocasiones, airadas en otras (crisis en 1912 por habladurías). Cuenta sus pesares en casa, enfermedades de ella y de sus hijos, problemas con su familia política, los conflictos en la aldea. Rinde cuentas de su gestión doméstica.
- 9 cartas de su hermano Ángel, desde Río de Janeiro y Salceda: (1905-1916). Organización de los envíos de remesas, noticias de paisanos. Quejas y peticiones desde la aldea.
- 6 cartas de otros parientes: (1890-1935). Agradecimientos por las ayudas recibidas. Desavenencias con el cuñado por motivos laborales y financieros.
- 5 cartas de amigos y socios, desde Buenos Aires y Chacabuco (1911-1928). Peticiones para gestiones económicas.
- 3 cartas de su hermano Antonio, desde Salceda y Río de Janeiro (1887-1908). Corresponsabilidad en los arreglos de la casa paterna.
- 3 cartas de vecinos, desde Salceda (1909-1913). Solicitan informaciones para emigrar o sobre las muchachas del pueblo.
- 2 cartas de su hijo Antonio, desde Buenos Aires, (1931-1948). Sobre las remesas enviadas.
- 1 carta de él a sus hermanos Ángel y Manuel, reenviada por Ángel a José Estévez Martínez (1911). José comenta su llegada a Buenos Aires desde Brasil y hace cuentas con sus hermanos y cuñado. Ángel manda la carta como prueba.
- 1 carta de su hermano Indalecio (s. d.). Le pide intercesión con su madre con distintos propósitos y da noticias de mozos del pueblo.



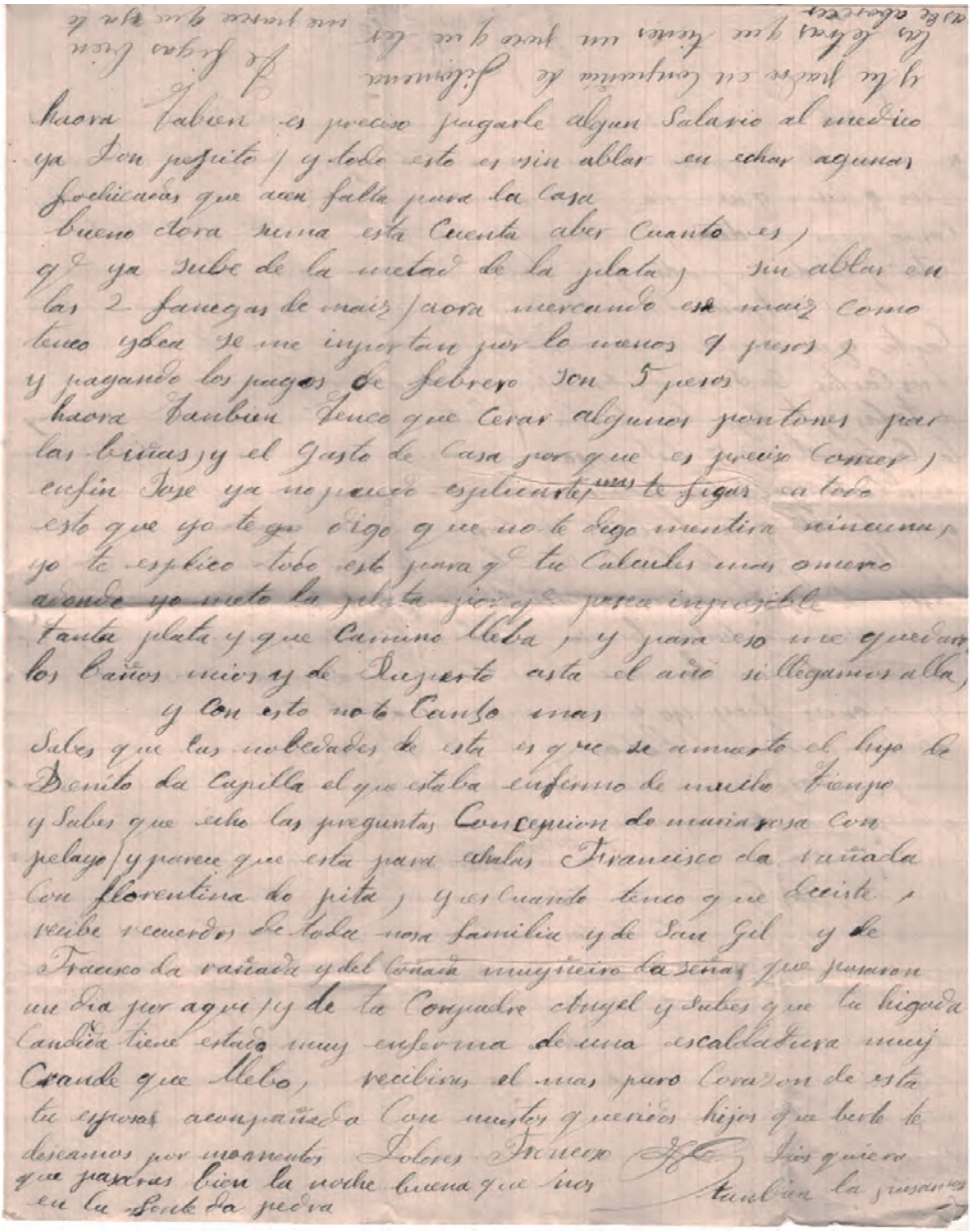
Salceda, 25 de diciembre de 1912, de Dolores Troncoso a su esposo José. 4 pp. Carta en la que responde a varias anteriores para confirmar que ha recibido el dinero enviado por su marido e informarle de su destino, insistiendo en que no alcanza para las necesidades básicas de la familia. El tono duro y sincero de sus explicaciones no impide algunas demostraciones de cariño.



Agradable espero aora le boy a esplicar mas omenos para
que le calcules adonde yo gasto la peseta, yo no se como es
que la peseta en mis manos no se mejor donde se escapa por
pues yo asta la fecha nunca le gasto mal gastada, ni echar tan
buenos bouges y pasar arreglada mente si alguna bez gasto mas
una docena de arencas y le sarde mas es por q.e no puede ser por
menos y muchas Gracias en poder comerlas que nunca lo prence,
bueno tu ya sabes mas o menos como yo soy y es esta tierra,
asi q.e yo lo que me prenbe ame aqui es la pueca Salud y nuestra
familia porq.e cuesta mucho Gastos el Salud con la familia
para ya q.e se no fuera por eso la Contestacion de esta Carta
que la mesmadaste sabia de ser yo. por q.e yo tanto
mucha Gana de mirar buenos dibujos ya li mucho mas
an q.e dibujos como quieras ya Sabes que estoy a tu disposicion
Sabes mi querido Jose yo de la peseta que me mandaste
la q.e era para entregar ya la entregue que tu puder ya hay
como un mes que me dijo que te la pedise yo me calle por q.e
no me parecion muy bien por q.e ya ti abias mandado
decir que para noche buena que la ibas mandar
yo se que el hoy no tiene tanta falta que yo se porque
mesmo que el tiene empuestado por hay alguna hochienda
y mercado algun bino bueno Dios quiera que Sienpre
Como hoy, y no era para apurarte tanto que los demas
Tambien hayda mandaron ahora que parece que los ban
acobra un dia de estos,
Sabes yo le juege 12 pesos a pega de Sam de Seja de gusto
de la tienda y de algun maiz y de algun Calzado para los chicos
en fin ya Sabes mas omenos como era cuando tu estabas,
le de un un Brazo a Antonio que me Consta

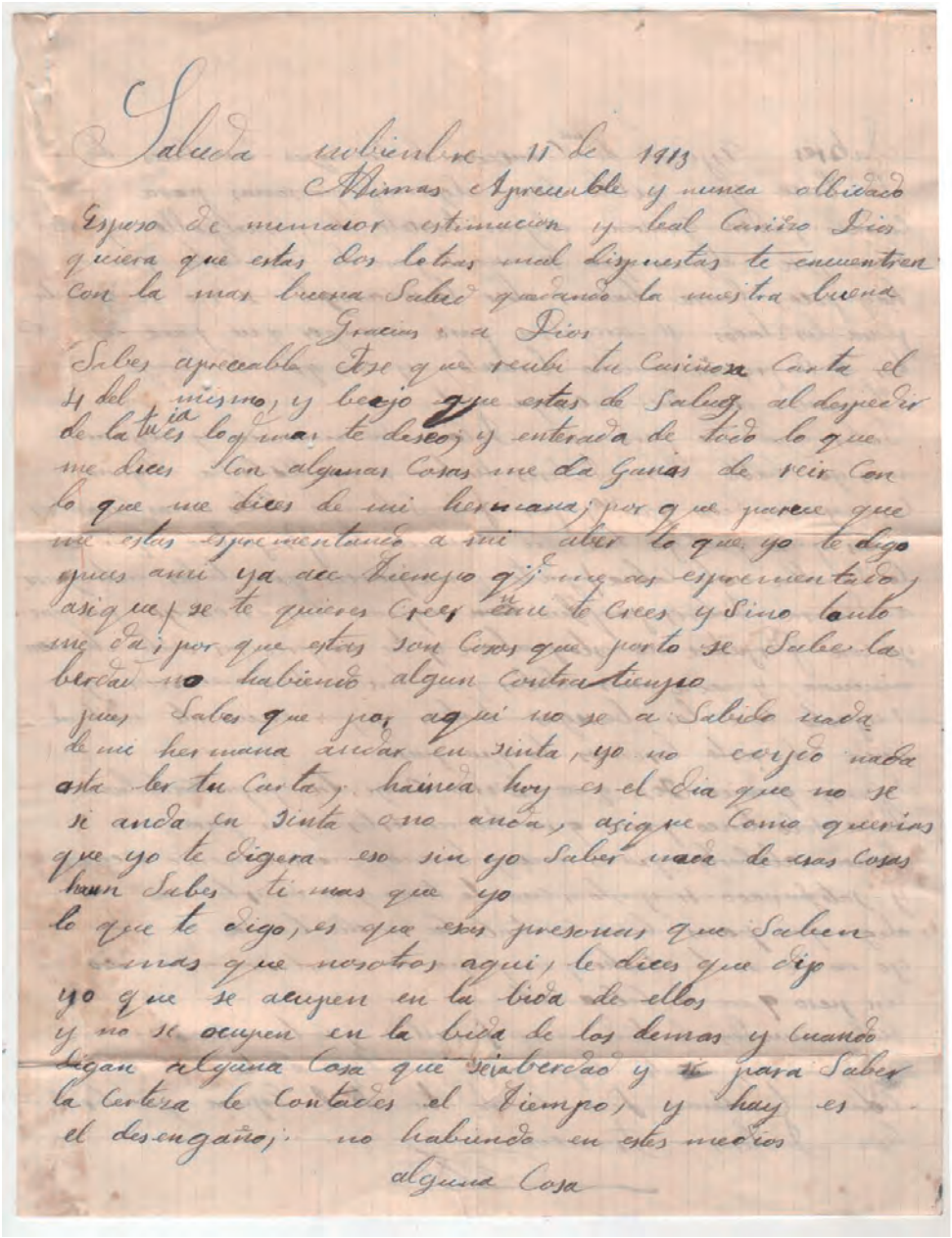


3 pesos y eso que no es muy bueno aora lo estamos hoy
mismo Con las Tamanca hay que mercarle encerada unos
Zapatos por que haun que no sea mas y para ir a una
misa por y aotra parte ya nose fiar pero le dijo con
berbaje que aora en este Saleeda es una barbaria lo que
Cunja la gente o hay que estar siempre en la batalla o
Sino ber como se Sale · por y me parece que cuanto mas
miserias hay mas cunja la gente
asi y que el chico Ruperto tambien precisa otros
por que no tiene ninguno por que yo y el ollamos mucho por
la Casa pero bueno un dia y que es preciso Salir Como bueno dia
de San Blas Si Dios me da bida y Salud tengo y llebarlo
alla a el y hermecinda y es mejor Gastarles asi y en la botica
bueno aora mergue 11 fanegas de maiz por 3 pesos y ya los
estamos comiendo a dos dos han encerdo, se puede Calcular que
y mais para un mes pero dos fanegas del mercado haynda no es
fanega y medio de los que ti medias Cuando hibas al molino
y hoy amercar siguera 2 fanegas pero no me apuro mucho por
que el mais haynda no esta bien seco y haoga Tengo que
pagar el pienso y Consumo mes y pasado que le pedi le pidio
ami padre son como 35 reales Tengo que pagar la renda
de tentil y la de la Carballa Solo esas 2 ya es casi un peso
Tengo que pagar la escuela de los chicos desde marzo asta
la fecha a tre reales por mes echa la Cuenta Cuantos es por
mas y haora Antonio hay un mes que ba ala Esfranjada
aora entre las mas rendas y 2 pesetas de la aguardiente a
Antonio de rita se puede Calcular un peso
aora tengo que echale el sebal Caro que le pusiste
entre Compralo y echalo lo menos 30 reales

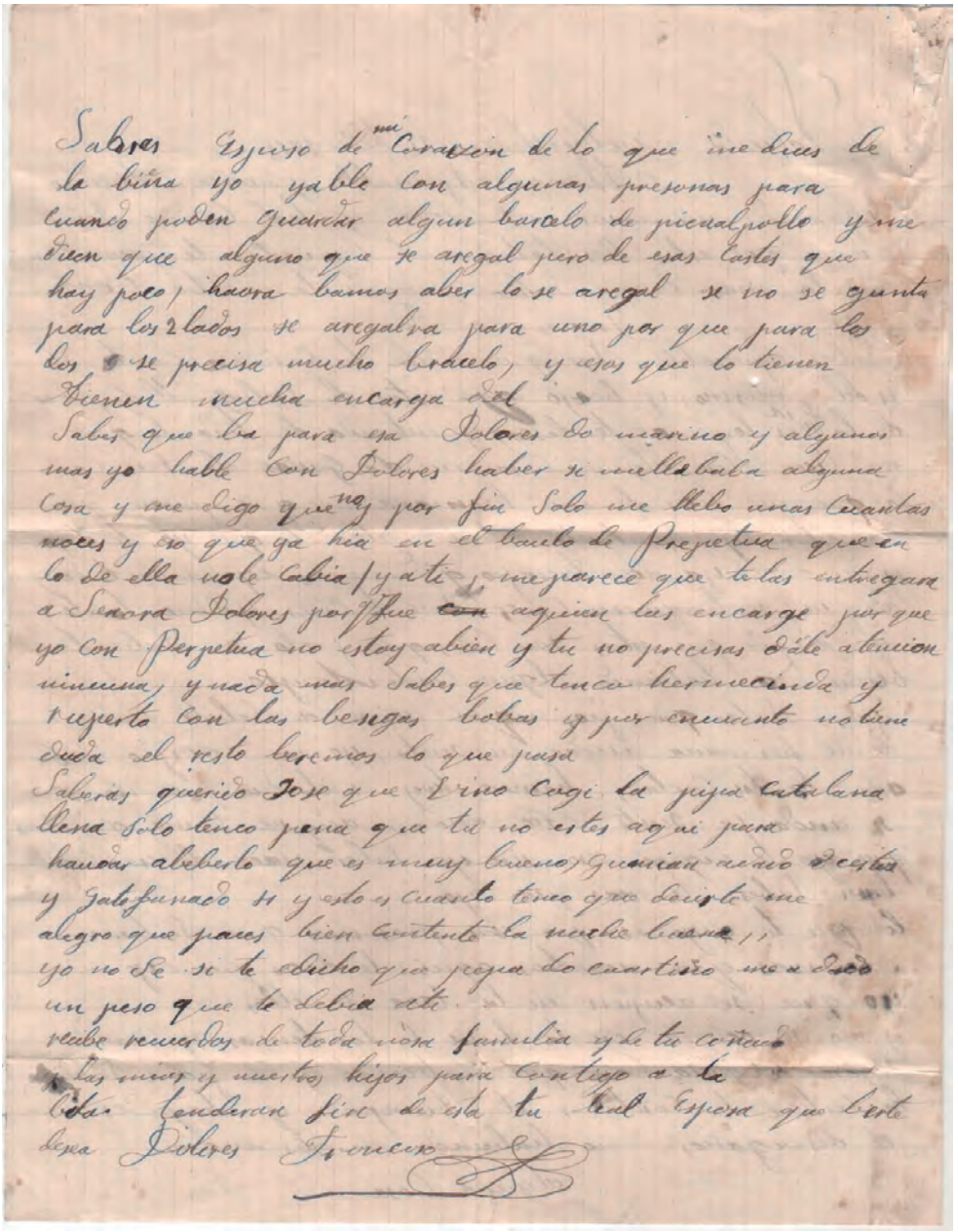


ahora saben es preciso pagarle algun Salario al medico
ya Don pujito / y todo esto es sin ablar en echar algunas
fochincadas que aun falta para la casa
bueno ora suma esta Cuenta aber Cuanto es /
q.e ya sube de la mitad de la plata / sin ablar en
las 2 fanegas de maiz / ora mercando ese maiz como
tenco ydea se me ingortan por lo menos 4 pesos /
y pagando los pagas de febrero son 5 pesos
ahora tambien tenco que cerar algunos portones por
las viñas / y el Gasto de Casa por que es preciso comer /
enfin Jose ya no parece esplicarte mas te figuras en todo
esto que yo te go digo que no te digo mentira ninguna /
yo te esplico todo esto para q.e tu Calcules mas o menos
asonde yo meto la plata por q.e parece imposible
tanta plata y que Camino lleba / y para eso me quedan
los baños nuevos y de Juguete asta el año si llegamos alla /
y Con esto no te Canso mas
Sabes que las novedades de esta es que se a muerto el hijo de
Benito da Capilla el que estaba enfermo de mucho tiempo
y Sabes que echo las preguntas Concepcion de maria rosa con
pelayo / y parece que esta para casarse Francisco da viñada
Con florentina do pita / y es Cuando tenco q.e escribir /
recibe recuerdos de toda nosa familia y de Son Gil y de
Francisco da viñada y del viñada muyteiro da sena / que pasaron
un dia por aqui / y de la Comadre Angel y Sabes que la higuera
Candida tiene estado muy enferma de una escaldadura muy
Grande que lleba / recibirás el mas puro Corazon de esta
tu esposa acompañada Con nuestros queridos hijos que berte te
deseamos por momentos Dolores Meneses Dios quiera
que pasaras bien la noche buena que nos
en tu Sente da pedra
tambien la pasamos

Sobre de la carta, con anotación de la fecha de recepción por el destinatario.

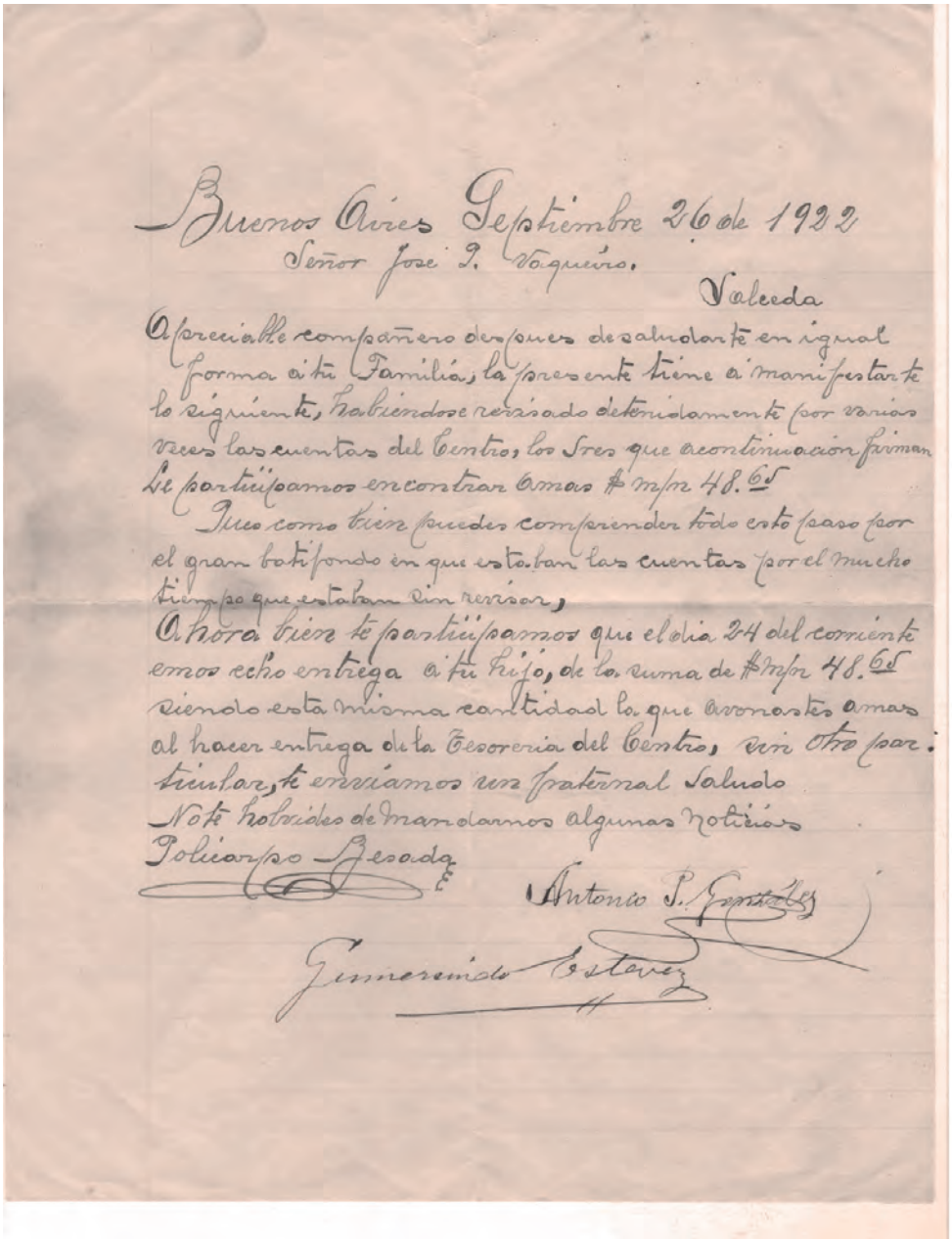


Salceda, 11 de noviembre de 1913, de Dolores Troncoso. 2 pp. En el mismo tono, entre cariñoso y agresivo, se defiende de las habladurías y se queja de que su esposo les dé crédito y quiera sonsacarle informaciones.



Sabras Espero de mi Corazon de lo que me dices de
la biña yo yable con algunas presonas para
cuando poden guardar algun barcelo de pienalpollo y me
dicen que alguno que se arregal pero de esas castes que
hay poco, hasora vamos aber lo se arregal se no se yunta
para los 2 lados se arregalva para uno por que para los
dos se precisa mucho bracelo, y esos que lo tienen
tienen mucha encarga del
Sabes que va para ya Dolores de marino y algunos
mas yo hable con Dolores haber se mellababa alguna
cosa y me digo que no por fin solo me llebo unas cuantas
noces y eso que ya hia en el baulo de Perpetua que en
lo de ella no le cabia / y ate, me parece que te las entregara
a Senora Dolores por / que con aquien las encarge por que
yo con Perpetua no estoy abien y tu no precisas dale atencion
ninguna, y nada mas Sabes que tenga hermecinda y
rejuerto con las benegas bobas y por cumento no tiene
duda el resto bereinos lo que pasa
Saberas querido Jose que Dino Cogi la jiya catalana
llena solo tenco pena que tu no estes aqui para
hacear abeberlo que es muy bueno, Guarian anño de cesta
y Jalofunado si y esto es cuanto tengo que decirte me
alegro que pases bien contento la muelle buena, /
yo no se si te dicho que pegue do cuartiño me dado
un peso que te debia ati
recibe recuerdos de toda nuestra familia y de tu coñada
y las mias y nuestros hijos para contigo a la
vida tendreas fin de esta tu tia Espera que berte
deja Dolores Jimenez

Sobre de la carta, con una caligrafía más esmerada y elegante composición.



Buenos Aires Septiembre 26 de 1922

Señor Jose P. Vaquero.

Valceda

Apreciable compañero despues de saludarte en igual forma a tu Familia, la presente tiene a manifestarte lo siguiente, habiendose revisado detenidamente por varias veces las cuentas del Centro, los Sres que a continuacion firman Le participamos encontrar a mas $ m/n 48.65

Pues como bien puedes comprender todo esto paso por el gran batifondo en que estaban las cuentas por el mucho tiempo que estaban sin revisar,

Ahora bien te participamos que el dia 24 del corriente emos echo entrega a tu hijo, de la suma de $ m/n 48.65 siendo esta misma cantidad la que avonastes a mas al hacer entrega de la Tesoreria del Centro, sin otro par. ticular, te enviamos un fraternal Saludo

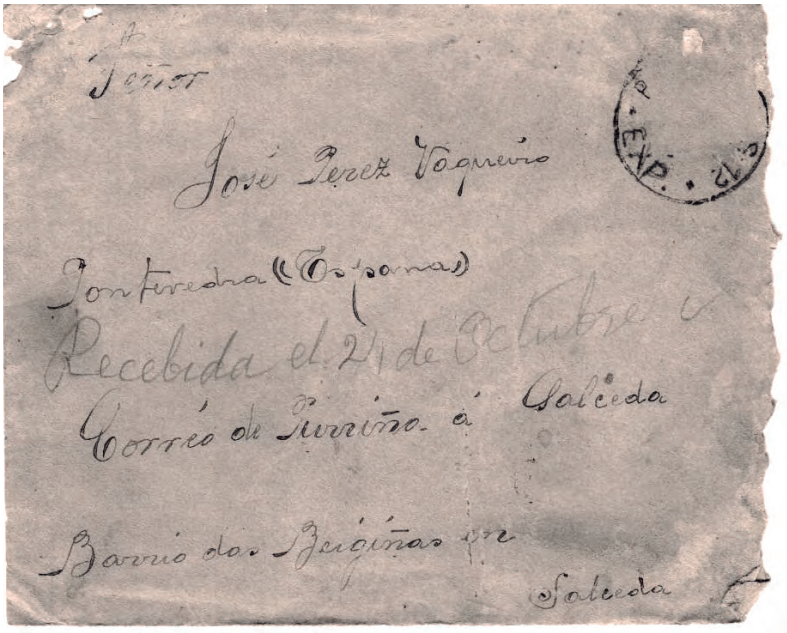
Nota hobrides de mandarnos algunas noticias

Policarpo Posada

Antonio P. Gonzalez

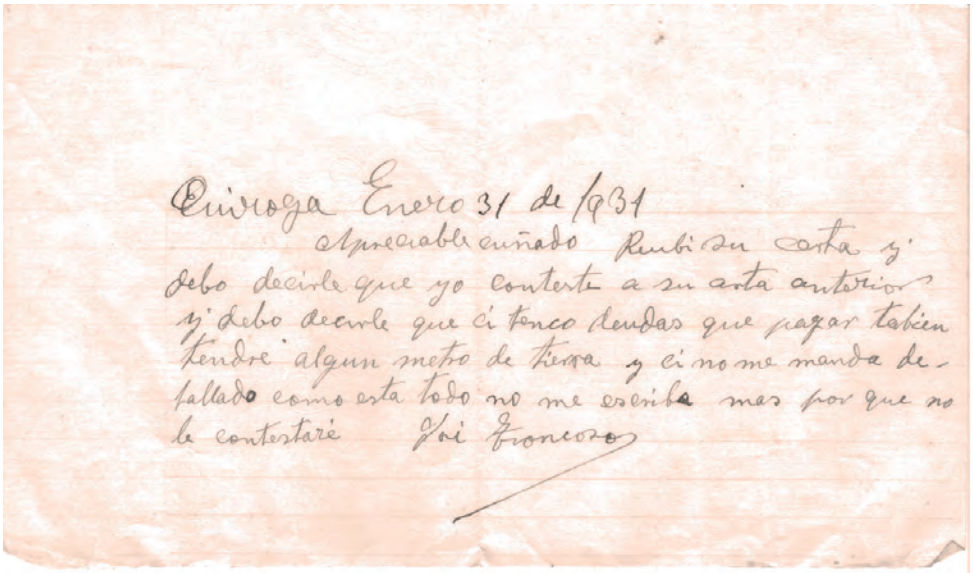
Gumersindo Estevez

Buenos Aires, 26 de septiembre de 1922, 1 p. A José, de vuelta en Salceda, de sus compañeros del Centro de Protección Agraria del Distrito de Salceda en Buenos Aires, sociedad microterritorial fundada en 1913, de la que había sido tesorero.



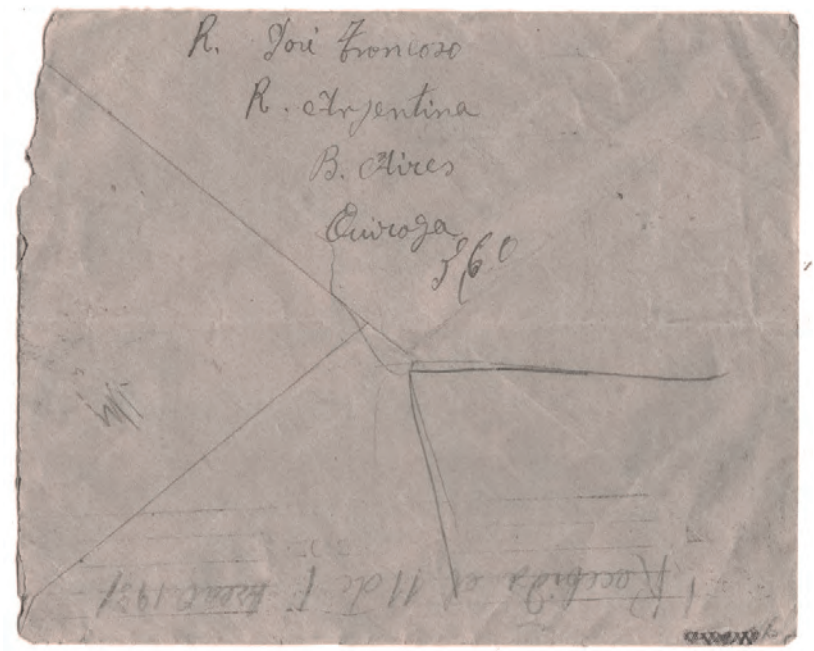
Sobre de la carta, con anotación del destinatario.

Sobre original de la carta.



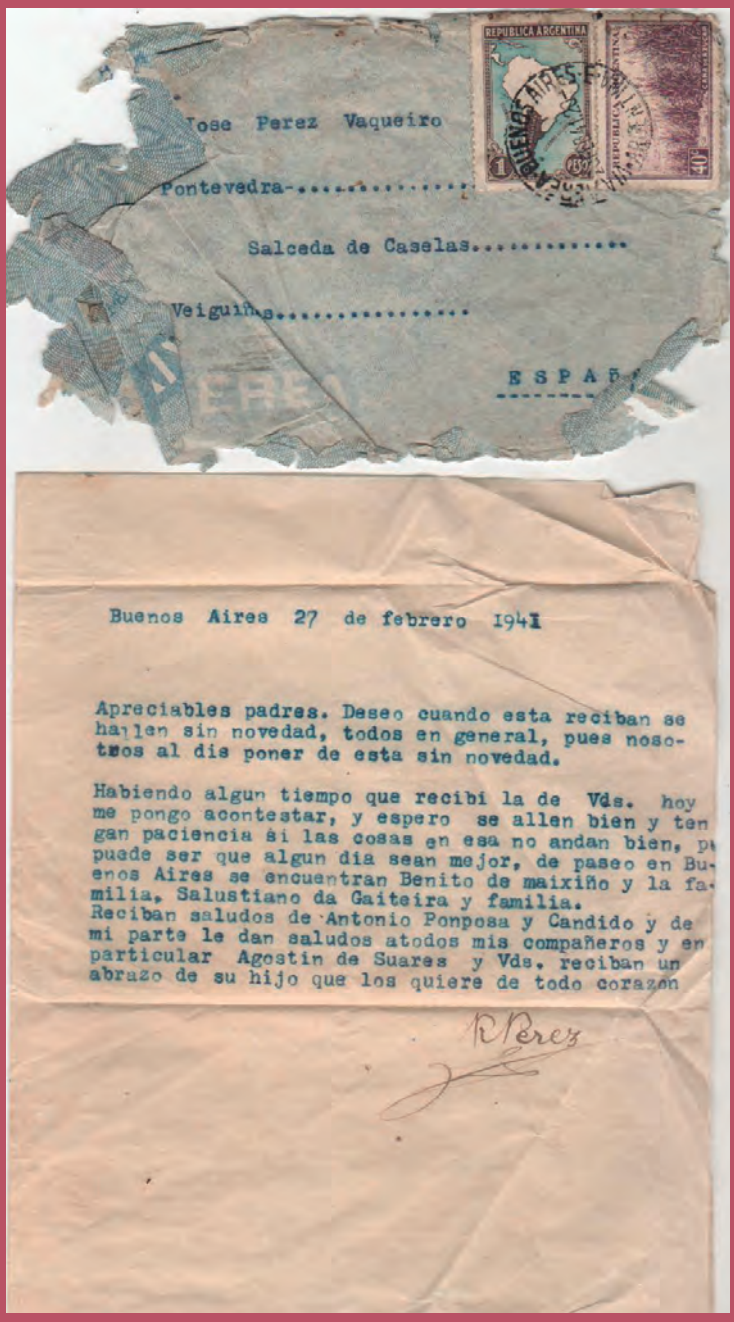
Quiroga Enero 31 de 1931

Apreciable cuñado Recibi su carta y debo decirle que yo contesté a su carta anterior y debo decirle que si tengo deudas que pagar tambien tendré algun metro de tierra y si no me manda detallado como esta todo no me escriba mas por que no le contestaré Josi Troncoso



R. Josi Troncoso
R. Argentina
B. Aires
Quiroga
760

Quiroga, 31 de enero de 1931, 1 p. De José Troncoso a su cuñado en Río de Janeiro. Lacónica y contundente respuesta del hermano de Dolores, radicado en una ciudad del interior de la provincia de Buenos Aires, testimonio de una relación poco cordial.



Jose Perez Vaquero

Pontevedra-.....

Salceda de Caselas.....

Veiguin.....

ESPAÑ

Buenos Aires 27 de febrero 1941

Apreciables padres. Deseo cuando esta reciban se hallen sin novedad, todos en general, pues nosotros al dia poner de esta sin novedad.

Habiendo algun tiempo que recibi la de Vds. hoy me pongo acontestar, y espero se allen bien y ten gan paciencia si las cosas en esa no andan bien, p puede ser que algun dia sean mejor, de paseo en Buenos Aires se encuentran Benito de maixiño y la familia, Salustiano da Gaiteira y familia.
Reciban saludos de Antonio Ponposa y Candido y de mi parte le dan saludos atodos mis compañeros y en particular Agostin de Suares y Vds. reciban un abrazo de su hijo que los quiere de todo corazon

R Perez

Buenos Aires, 27 de febrero de 1941, 1 p. De Antonio Pérez Troncoso a sus padres en Salceda. Única carta escrita a máquina del epistolario. Breve y un tanto frívola respuesta tardía a unos padres que debían estar padeciendo los rigores de la posguerra en la aldea pontevedresa.

Pablo José Abascal Monedero

Accésit

CARTAS DE UN EXILIO: FÉLIX GIL MARISCAL

(México)

UNIDADES

21 cartas escaneadas a partir de fotocopias de los originales (la mayor parte mecanografiados con añadido manual), con problemas de legibilidad en algún caso.

FECHAS EXTREMAS

946-1951.

REMITENTE PRINCIPAL

Félix Gil Mariscal (1889-1951), magistrado de la II República, masón, exiliado en México.

DESTINATARIO PRINCIPAL

Amando Gil Mariscal

ORÍGENES

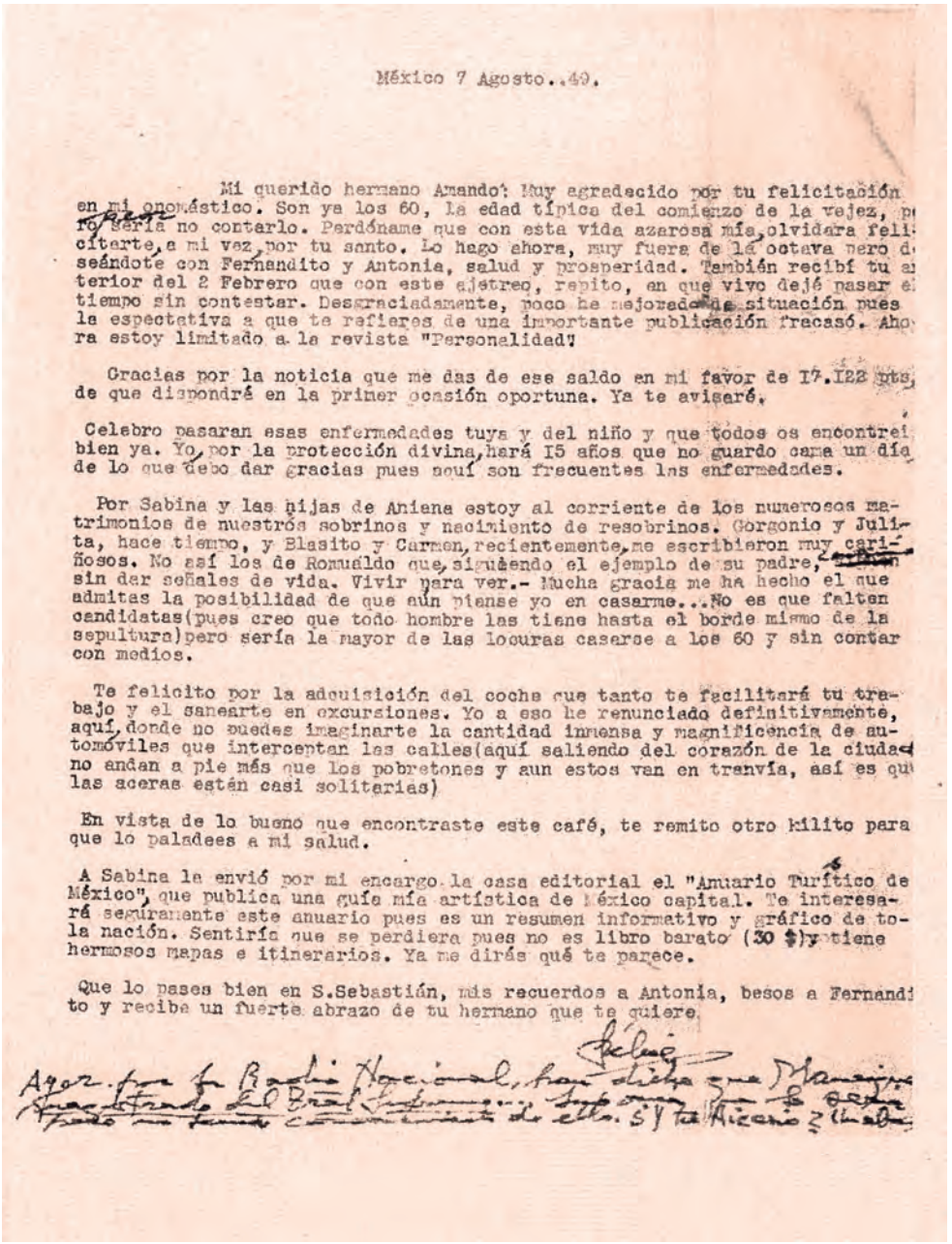
Ciudad de México y Madrid.

CONTENIDOS

Quejas sobre su situación económica y su estado de salud, referencias salida como exiliado por Francia, envío de productos. Intercambio de información y fotografías de los acontecimientos familiares en España.

CLASIFICACIÓN

- 16 cartas de Félix Gil, desde la ciudad de México, a su hermano Amando, en Madrid (1946-1950). Gestión de los bienes que dejó en España y otros encargos económicos. Escasos comentarios sobre su "vida monótona" y su soltería, algo más de sus viajes y su ocupación periodística. Dedica algunas líneas a sus sobrinos.
- 1 carta de Félix Gil, desde México, a su hermana Justa, en Madrid (1948). Se lamenta por tener que "resignarse a ser perdonado de delitos imaginarios" pese a su intachable conducta.
- 1 carta de Félix Gil, desde México, a su hermana Eloísa (1950). Agradece la felicitación por el cumpleaños.
- 1 carta de Amando, desde Madrid, a su hermano Félix, en México (1950). Se disculpa por no conseguir gestionar la recuperación de sus bienes.
- 1 carta de Manuel Alba, amigo de Félix, desde México (1951), a Armando, en Madrid, comunicando su fallecimiento.
- 1 carta Elisa, hija de un amigo de Félix (1951), a su tío Julio, para hacerla llegar a la familia Gil Mariscal.



México 7 Agosto..49.

Mi querido hermano Amando: Muy agradecido por tu felicitación en mi onomástico. Son ya los 60, la edad típica del comienzo de la vejez, pero sería no contarlo. Perdóname que con esta vida azarosa mía, olvidara felicitarte, a mi vez, por tu santo. Lo hago ahora, muy fuera de la octava pero deseándote con Fernandito y Antonia, salud y prosperidad. También recibí tu anterior del 2 Febrero que con este ajetreo, repito, en que vivo dejé pasar el tiempo sin contestar. Desgraciadamente, poco he mejorado de situación pues la espectativa a que te refieres de una importante publicación fracasó. Ahora estoy limitado a la revista "Personalidad"

Gracias por la noticia que me das de ese saldo en mi favor de I7.I22 pts, de que dispondré en la primer ocasión oportuna. Ya te avisaré.

Celebro pasaran esas enfermedades tuya y del niño y que todos os encontrei bien ya. Yo, por la protección divina, hará I5 años que no guardo cama un día de lo que debo dar gracias pues aquí son frecuentes las enfermedades.

Por Sabina y las hijas de Aniena estoy al corriente de los numerosos matrimonios de nuestros sobrinos y nacimiento de resobrinos. Gorgonio y Julita, hace tiempo, y Blasito y Carmen, recientemente, me escribieron muy cariñosos. No así los de Romualdo que, siguiendo el ejemplo de su padre, [illegible] sin dar señales de vida. Vivir para ver.- Mucha gracia me ha hecho el que admitas la posibilidad de que aún piense yo en casarme...No es que falten candidatas (pues creo que todo hombre las tiene hasta el borde mismo de la sepultura) pero sería la mayor de las locuras casarse a los 60 y sin contar con medios.

Te felicito por la adquisición del coche que tanto te facilitará tu trabajo y el sanearte en excursiones. Yo a eso he renunciado definitivamente, aquí, donde no puedes imaginarte la cantidad inmensa y magnificencia de automóviles que interceptan las calles (aquí saliendo del corazón de la ciudad no andan a pie más que los pobretones y aun estos van en tranvía, así es que las aceras están casi solitarias)

En vista de lo bueno que encontraste este café, te remito otro kilito para que lo paladees a mi salud.

A Sabina le envió por mi encargo la casa editorial el "Anuario Turítico de México", que publica una guía mía artística de México capital. Te interesará seguramente este anuario pues es un resumen informativo y gráfico de toda nación. Sentiría que se perdiera pues no es libro barato (30 $) y tiene hermosos mapas e itinerarios. Ya me dirás qué te parece.

Que lo pases bien en S.Sebastián, mis recuerdos a Antonia, besos a Fernandito y recibe un fuerte abrazo de tu hermano que te quiere.

Felipe

Ayer [illegible] Radio Nacional, han dicho que Manuel [illegible] del Real [illegible] de ello. Si [illegible]

México DF, 7 de agosto de 1949. Esta carta a su hermano Armando revela las situaciones que le aquejaban en las puertas de la vejez al que había sido magistrado en la Segunda República: su trabajo como periodista se ha restringido a una sola revista, no puede permitirse adquirir un coche que le ayudaría laboralmente (acababa de publicar una guía turística) y asume su soltería por falta de medios.

México 29 dbre. 1950.

Mi querido hermano Amando: Muchas gracias por tu felicitación de Pascuas y Año Nuevo. Yo también reitero mi deseo que los paseis lo mejor posible. Esta Nochebuena tuve muchas invitaciones para la cena pero no acepté ninguna por causa del frio extraordinario que impera aquí desde hace veinte dias y la celebramos reunidos un vecino de la casa y yo. En cambio en la Pascua y otros días comí con ~~otros~~ Fernando amigos españoles y mexicanos.

Espero la visita de esos compatriotas que me anuncias.

Hace un mes aproximadamente te remití un kilo de café. Que llegue sin novedad y sea de tu agrado como los anteriores, deseo. Periódicamente te iré remitiendo más

Respecto a la gestión sobre el líquido de Juan Simeón me dice este que presentandose ocasión lo manden pero procurando que sea en forma más favorable para él que el anterior; y me encarga transmita las gracias.

Celebrando os encontreis todos bien de salud, comunica mis cariñosos saludos a Antonia, besos a Fernandito y recibe un fuerte abrazo de tu hermano que te quiere

Fabián

México DF, 29 de diciembre de 1950. Breve misiva, última de las remitidas a su hermano Armando, en la que muestra la importancia de sus amigos. Ellos le acompañarán en sus últimos días, pues fallecería en abril del año siguiente.

Sobres de las últimas cartas remitidas por Félix Gil Mariscal a su hermano desde el exilio mexicano. En la anotación manuscrita se especifica el envío de un cheque.

MANUEL ALBA BAUZANO
Av. Chapultepec,233
México D.F. 27 de abril de 1951

Sr Dr. AMANDO GIL MARISCAL
Madrid.

Muy señor mío:

Supongo ya en su poder la carta que por mediación de mi hermano Ramón envié a usted con fecha 21 del corriente, dándole cuenta de la grave enfermedad que padecía su hermano Félix, buen amigo mío y al que quería entrañablemente.

Hoy le vuelvo a escribir para comunicarle la triste noticia de su fallecimiento, ocurrido ayer, día 26, a las siete de la tarde. Acabo de regresar ahora de acompañarle por última vez y hemos dejado sus restos en el Cementerio Español en una sepultura perpétua. Otros buenos amigos suyos, entre los que se cuentan el Lic. Alfonso Sierra Partida y su esposa que se han portado con él como si fueran familiares, han colaborado conmigo en cuantas gestiones hubo que hacer desde su internamiento en el sanatorio y ahora finalmente para su enterramiento.

Hace unos días me pidió Félix (q.e.p.d.) fuese a su casa, un modesto pisito amueblado en el que habitaba desde hace años, para que recogiese algún dinero que tenía allá y se lo guardara hasta su restablecimiento. Encontré 2.300 pesos, que hemos empleado en atenderle y enterrarle. También recogí un reloj, al parecer de oro, y que por ser antiguo y el estado en que está supongo que sea un recuerdo de familia; naturalmente está a su disposición y espero me diga qué hago con él. El Lic Sierra y yo iremos mañana a su casa para ver si tuviera allí alguna otra cosa que merezca recogerse y si la hubiera le daré cuenta de ello. Pensamos así mismo poner una lápida sobre su tumba que será costeada por sus amigos.

Aunque los médicos tenían alguna esperanza de prolongarle la vida algunos meses, una uremia que se le presentó hace pocos días, precipitó el fallecimiento. Al ocurrir éste le rodeábamos unos cuantos amigos que al tener noticia de la gravedad en que se encontraba ayer,no nos separamos de su lado en todo el día.

Todos ellos me encargan exprese a usted y a sus familiares el sentimiento que le embarga por el deceso de nuestro querido amigo. Por mi parte quiero testimoniar a usted mi más sentido pésame que ruego haga extensivo a su respetable familia y me reitero suyo atto, s.s.

q.l.e.m.

Manuel Alba

México DF, 27 de abril de 1951. De Manuel Alba Bauzano, comunicando a Armando las circunstancias de la muerte de Félix. Muestra final de la que fue una vida austera y honesta.

Gemma Candela

EPISTOLARIO

(Bolivia)

UNIDADES

9, de las cuales 4 reproducen correos electrónicos y 5 cartas y postales

FECHAS EXTREMAS

2011-2017.

REMITENTES

Gemma Candela, y su madre, Pepa Candela.

DESTINATARIOS

Inespecífico (amistades y familia), Pepa Candela y Amélie (amiga).

ORÍGENES

La Paz (Bolivia) e Ibi (Alicante)

CLASIFICACIÓN Y CONTENIDOS

- 2 correos electrónicos enviados desde La Paz (febrero y marzo de 2011) a varios destinatarios, parientes y amigos, comentando su llegada e instalación. El segundo, a su madre, a la que considera "una de mis mejores amigas", en la que comenta su intención de permanecer más tiempo en Bolivia.

- 2 correos electrónicos enviados por Pepa Candela desde Ibi, en captura de pantalla, traducidos del valenciano al castellano (2011-2012). Transmisión de afecto y noticias familiares.

- 1 cartas y 1 postal remitidas por Gemma desde La Paz a sus familia (2013). Felicitación por el cumpleaños del padre y tarjeta navideña.

- 2 cartas y 1 postal remitidas por Gemma desde La Paz e Ibi a su amiga Amélie (2014-2017). La última, después de su regreso a España. “A mí me sentó bien volver a casa. Más que todo, el estar con mis padres y mi hermano y mis mejores amigos; ver mi cuarto y mis cosas materiales... Pero la verdad es que me sentí un poco fuera de lugar en general.”

¡A lo mejor voy al carnaval de Oruro, que es el más famoso de Bolivia!
Sí hay una cosa que quiero decir y que nunca pensé que diría... ¡echo de menos el metro de Madrid y la red de buses de la EMT y del cercanías! Va a ser un lío aprender a moverme por esta caótica, pero linda, ciudad.

Besos a todo el mundo y perdonad por todo el rollo que he soltado (es que acabo de llegar...).

Gemma Candela
desde La Paz
Para [redacted]

Detalles

Hola a todo el mundo (si, como el grupo de música. Para poco originales, ellos):

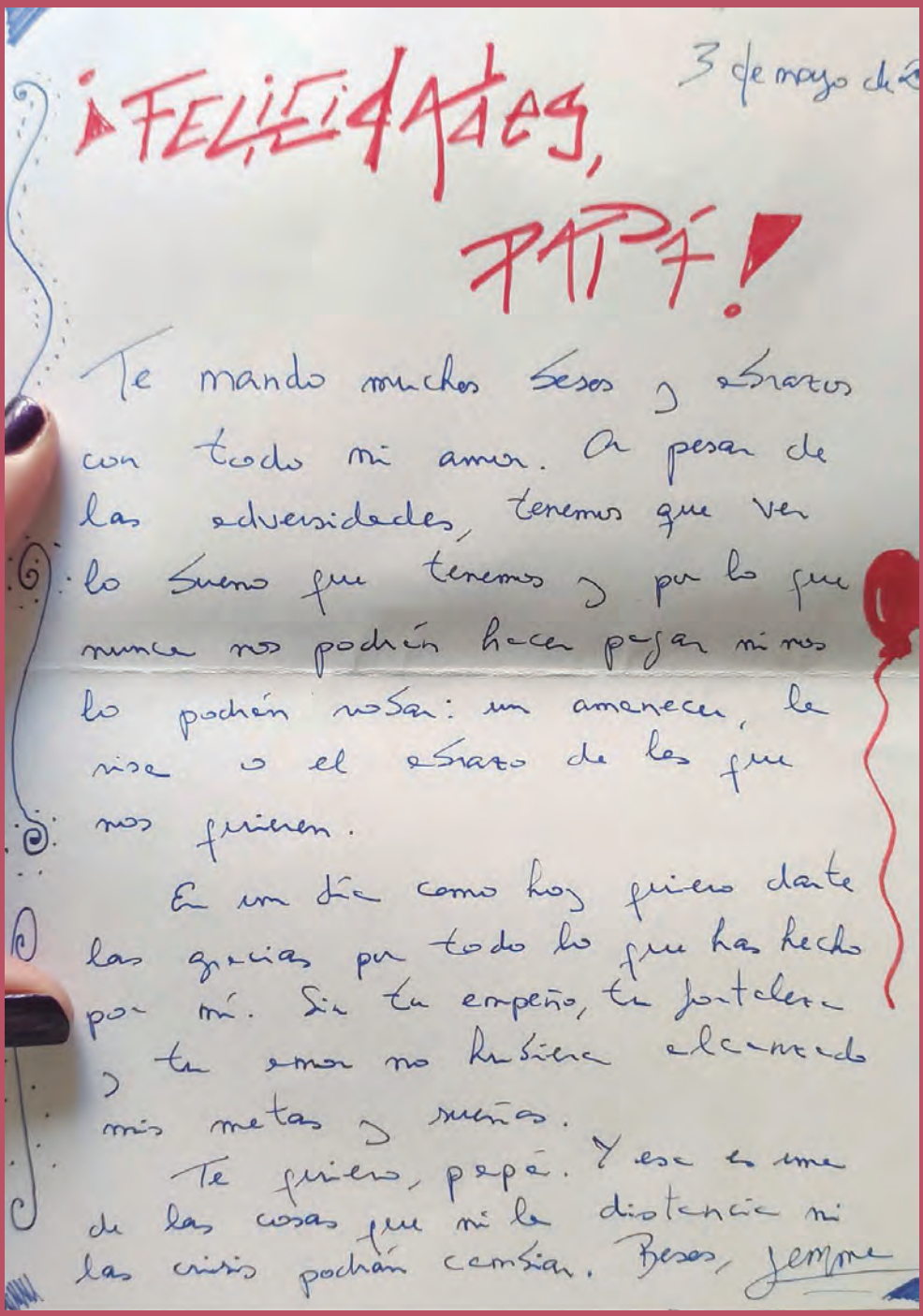
¿Cómo vas la cosa por la madre patria? Aquí voy poco a poco, conociendo la lengua boliviana y a la gente de este país que, por el momento, me parecen muy amables y agradables (aunque ellos mismos dicen que los paceños son más cerrados que la gente de Santa Cruz y de otros lugares).
Ya estoy en un piso instalada, aunque por poco tiempo. Si, no será una sorpresa para los que conocéis mi tendencia a estarme mudando constantemente (por cuestiones ajenas a mi persona, que conste). Bueno, ahora luego os contaré por qué. Voy a contaros un poco desde mi llegada hasta hoy:

El vuelo transatlántico fue eterno, pero lo superé. La noche que pasé en Lima esperando el siguiente avión fue bastante incómoda. No pararon de entrar y salir vuelos en toda la noche, por lo que había mucho trasiego de gente y la megafonía anunciando destinos y procedencias y solicitando que personas concretas fueran a los mostradores de algunas aerolíneas. Los restaurantes y cafeterías, en su mayoría, estaban abiertas. Incluso una tienda de Movistar y un servicio de masajes (las chicas masajistas, mientras no había clientes, dormían en el suelo acurrucadas tras el mostrador). Pero encontré un rincón donde había más gente durmiendo, aparqué mi carrito lleno de bultos, puse mi plumífero en el suelo, el palestino a modo de almohada y el abrigo rojo por encima y me medio abracé al portátil. Conseguí dormir, a trompicones, unas dos horas.
Fue asqueroso entrar a los wateres. Eran tipo antiguo, con muchísima agua. Bastante inútiles para el propósito para el cual están hechos, la verdad.
Estaba en Lima pero no tenía la sensación de haber llegado a América. Podría haber sido cualquier aeropuerto español, de no ser por los acentos y por algunos letreros (como "Recojo de equipajes").
Tomé el vuelo y llegué al aeropuerto de Cuzco. Allí sí me sentí en un supuesto "país del Sur". Por ejemplo, en la puerta de embarque no había pantalla, sino una paleta con letreros cambiables en los que poner el nombre de la compañía, el destino y la hora de vuelo.
Tardamos un montón en poder facturar y en pasar el control. Menos mal que el anterior vuelo no se había retrasado mucho y que éramos pocos los que íbamos a volar (ah, y que tampoco había más vuelos previstos).
Antes de llegar al mostrador de la compañía, había una mesa por la que tenías que pasar, enseñar tu pasaporte (buscaban tu nombre en una lista -impresa- y hacían una marca con boli cuando lo encontraban); te daban unas pegatinas para que apuntaras tus datos y los pegaras en el equipaje que ibas a facturar y **te preguntaban qué tipo de cosas llevabas, así como si todas las cosas eran tuyas o llevabas regalos para alguien.** Además, tuve que pagar el impuesto (35 soles =30 dólares) por salir del país. Suerte que había cambiado unos euros que llevaba en el monedero la noche anterior y me vinieron prácticamente justos.
Facturé y fui, con mi equipaje de mano, a pasar el control. Bueno... Me abrieron hasta el monedero, sacaron las cosas que llevaba dentro... Rebuscaron entre la ropa interior que llevaba en el equipaje de mano por si me perdían las otras mochilas, **abrieron los libros que llevaba y pasaron hoja por hoja mientras olisqueaban**... supongo que buscando cocaína. Y no sé cuántas veces tuve que enseñar mi pasaporte.

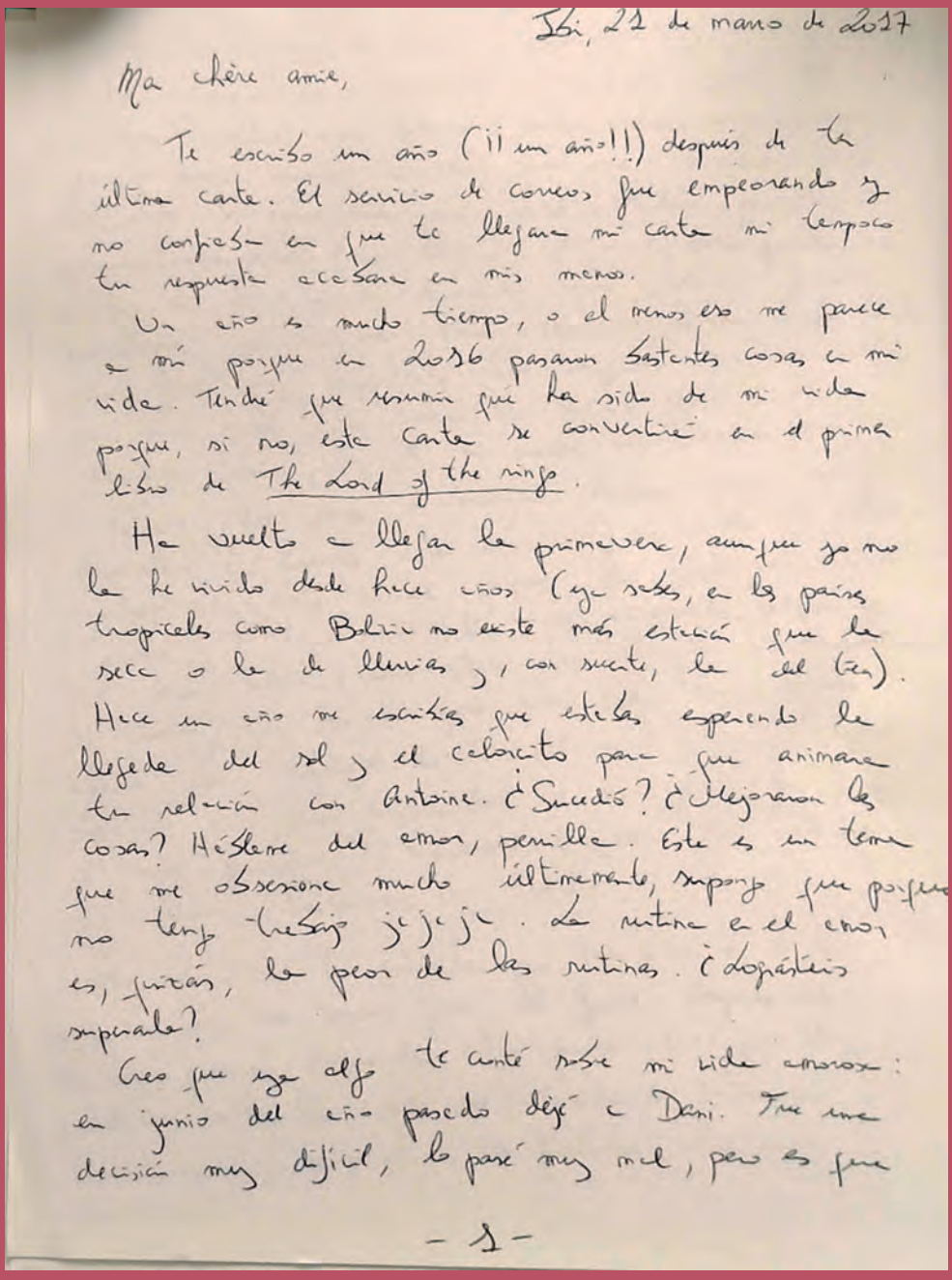
Subí al avión y, a los 50 minutos, ya estaba en El Alto (que resulta ser una ciudad, no un barrio de La Paz como yo pensaba). Allí había una chica del periódico esperándome, tomamos un taxi y comenzamos el descenso. El taxista era un rancio, como todos aquí, pero la chica muy maja. Bajamos, bajamos y bajamos por las calles de El Alto. Vi un acantilado rodeado de montañas: allá abajo estaba La Paz. Fui hablando con la chica, Mª René, quien fue muy maja y me contó que iba a vivir con Cristina, la chica española con la que me he estado escribiendo y que se vino a hacer las prácticas y se quedó más tiempo (ya lleva un año y tres o cuatro meses).
El tráfico es una locura. Conducen a lo marroquí y, siguiendo este estilo, no hay semáforos para peatones ni casi pasos de cebra (los que hay, están prácticamente borrados y nadie los usa). Por lo visto, es bastante frecuente que muera gente atropellada. Una jodida locura.

Fuimos hacia casa de Cristina, con la que vivo. Ella salió de la casa cuando llegamos y nos ayudó con el equipaje. Mª René fue a pagar al taxista pero el hombre no tenía cambio, por lo que dejamos mis cosas en la puerta de la casa (da a un jardincillo) y la chica se metió adentro para ver si tenía cambio. En eso que apareció un matrimonio y me preguntaron, con cara de asombro: "¿Viene a hospedarse aquí?". Total, que aseguraban que Cristina no les había dicho nada. Y en eso que apareció ella y se pusieron a discutir. Era un círculo vicioso: ella diciendo que les había avisado y ellos que no, que les había dicho que yo llegaba hoy pero no que me fuera a quedar. Mª René intentó mediar, pero ellos querían hablar con Luis Mendoza, que es el jefe de esta chica, de RRHH, y es el que se encarga de gestionar el tema del alquiler. A todo esto, yo con cara de: "Por favor, estoy cansada, quiero una ducha y dormir". Al final, lo llamaron por teléfono y, después de ello, estaban como la seda: acordaron que nos quedaríamos una semana más y luego se vería (pero luego, hablando directamente nosotras con Luis Mendoza, nos dijo que nos buscará otro piso). Total que la señora, de repente, **en vez de dejarme en la puta calle con todas mis maletas y con mis 28 horas de viaje**, dijo: "Venga, pasad que esta chica necesita descansar y un *matesito* de coca". Aunque yo sólo pensaba en ducharme y dormir... (eran las 12 y pico de la mañana, es decir, las cinco y pico de la tarde en España y yo había salido a la 1 del mediodía del día anterior).
Subimos al piso (departamento) que tiene Cristina en la parte alta de la casa. Está bien, un poco viejuno pero muy luminoso. Y lo mejor de todo... no tiene calefacción (no es muy habitual aquí) ni estufa, ni lavadora... Y, para tener agua caliente en la ducha, hay que mover una palanquita que hay por ahí que funciona con electricidad.
Después de comer (me llevaron a algo muy típico aquí: Pollos Copacabana, una cadena boliviana de pollo frito), me duché y demás y nos fuimos al periódico. Para llegar, hay que tomar una "movilidad", es decir, transporte. Aquí cerca para un **mini bus** del periódico para recoger a los trabajadores. Un mini bus no tiene nada que ver con los de España: **es una furgoneta en la que caben unos 13-14 personas.** Tienen una ruta fija pero tú puedes pedir que paren donde mejor te venga (imagínaros como entorpece esto el tráfico). Y, si te has subido al final, los pasajeros que están sentados en las filas de delante tuyo tienen que bajarse para que tú puedas bajar. Normalmente va el conductor y detrás un voceador, creo que se llama: va gritando por la ventanilla la ruta. Según me contó Cristina, es una tradición que ha quedado de la época en que se voceaba la ruta porque la gente no sabía leer. A veces no gritan, pero siempre están para abrir y cerrar la puerta y para cobrar el pasaje (que, según la ruta y la hora, varía entre 1,50 y 2,30 pesos -no sé hacer la equivalencia en euros, serían unos céntimos). Lo malo es que muchas veces este trabajo lo hacen niños que deberían estar en el colegio, como pasa con los que embolsan la compra en los supermercados (esto me recordó taaaanto al un capítulo de los Simpson...-por cierto, aquí **a Homer lo llaman Homero** y a Ralph, Rafa; a la Rana Gustavo, René; a Goofy, Trivilín...-).

Fragmento de un e-mail enviado en 2011 desde La Paz a varios destinatarios.



La Paz, 3 de mayo de 2013. Tarjeta de felicitación remitida a su padre.



Ibi, 21 de marzo de 2017

Ma chère amie,

Te escribo un año (¡¡un año!!) después de la última carta. El servicio de correos fue empeorando y no confío en que te llegara mi carta ni tampoco tu respuesta accesible en mis manos.

Un año es mucho tiempo, o al menos eso me parece a mí porque en 2016 pasaron bastantes cosas en mi vida. Tendré que resumir qué ha sido de mi vida porque, si no, esta carta se convertirá en el primer libro de The Lord of the rings.

He vuelto a llegar la primavera, aunque yo no la he vivido desde hace años (ya sabes, en los países tropicales como Belice no existe más estación que la seca o la de lluvias y, con suerte, la del (ven). Hace un año me escribías que estabas esperando la llegada del sol y el calorcito para que animara tu relación con Antoine. ¿Sucedió? ¿Mejoraron las cosas? Háblame del amor, pesadilla. Este es un tema que me obsesiona mucho últimamente, supongo que porque no tengo trabajo jejejeje. La rutina en el amor es, quizás, la peor de las rutinas. ¿Lo superasteis?

Creo que ya algo te conté sobre mi vida amorosa: en junio del año pasado dejé a Dani. Fue una decisión muy difícil, lo pasé muy mal, pero es que

21 de marzo de 2017, Ibi, Alicante. Comienzo de la carta a su amiga Amélie.

Óscar de Dios Martín

EPISTOLARIO

(Bolivia)

UNIDADES

11 cartas fotografiadas a partir de reproducciones de los originales, con escasa calidad, alguna prácticamente ilegible.

FECHAS EXTREMAS

1937-1982.

REMITENTES

Samuel de Dios Herrero y su esposa Manuela

DESTINATARIOS

Su hijo Óscar y otros parientes.

ORÍGENES

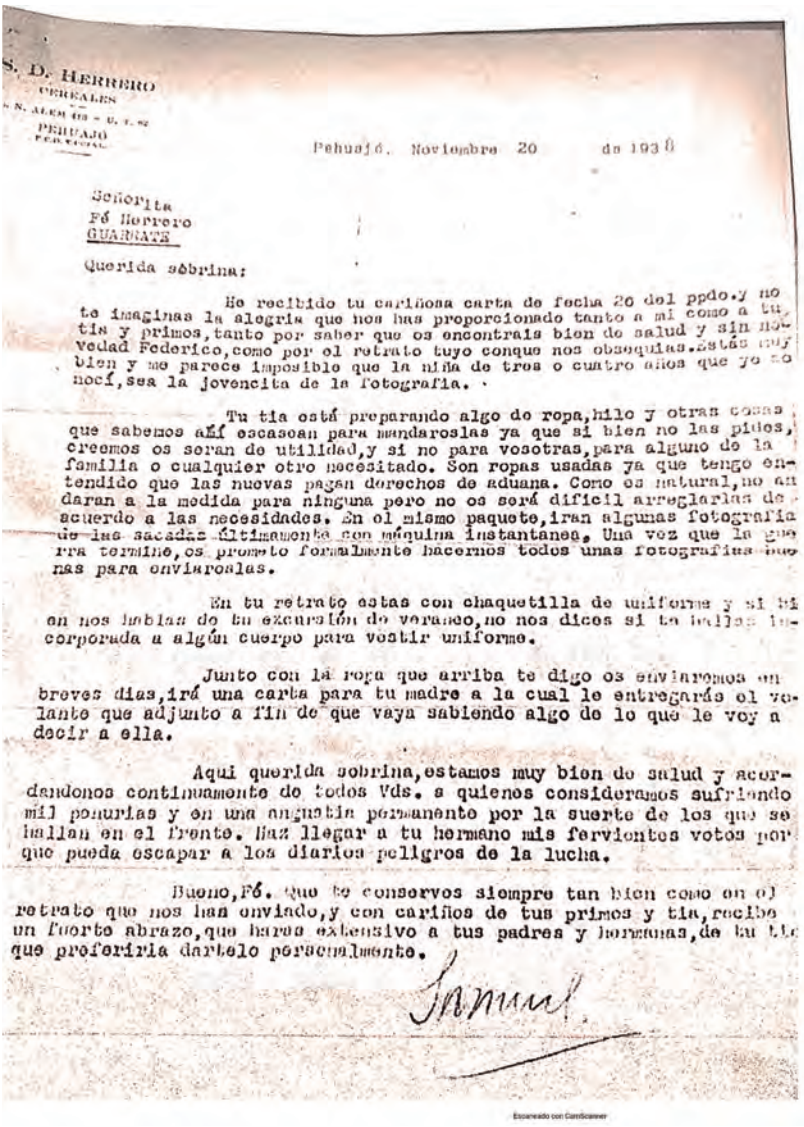
Pehuajó, provincia de Buenos Aires, y Santa Rosa, en La Pampa

CLASIFICACIÓN Y CONTENIDOS

- 1 carta de Samuel a su hermana Francisca: (1937). Preocupación por los sucesos de la Guerra civil.

- 5 cartas de Samuel a sus sobrinas (1938-1982). Envío de ropa usada. Intercambios de fotografías. Noticias familiares: fallecimiento de Francisca, enfermedades, problemas económicos...

- 5 cartas de Samuel de Santa Rosa a su hijo Óscar, en Ayacucho, provincia de Buenos Aires (1978-1981). Organización de encuentro, problemas de salud, devolución de dinero, buenos augurios para el negocio.



S. D. HERRERO
CEREALES
PEHUAJÓ

Pehuajó, Noviembre 20 de 1938

Señorita
Fé Herrero
GUARRATE

Querida sobrina:

He recibido tu cariñosa carta de fecha 2o del ppdo.y no te imaginas la alegria que nos has proporcionado tanto a mi como a tu tia y primos,tanto por saber que os encontrais bien de salud y sin novedad Federico,como por el retrato tuyo conque nos obsequias.Estás muy bien y me parece imposible que la niña de tres o cuatro años que yo conocí,sea la jovencita de la fotografia.

Tu tia está preparando algo de ropa,hilo y otras cosas que sabemos aÑí escasean para mandaroslas ya que si bien no las pides, creemos os seran de utilidad,y si no para vosotras,para alguno de la familia o cualquier otro necesitado. Son ropas usadas ya que tengo entendido que las nuevas pagan derechos de aduana. Como es natural,no andaran a la medida para ninguna pero no os será dificil arreglarlas de acuerdo a las necesidades. En el mismo paquete,iran algunas fotografia de las sacadas últimamente con máquina instantanea. Una vez que la guerra termine,os prometo formalmente hacernos todos unas fotografias buenas para enviaroslas.

En tu retrato estas con chaquetilla de uniforme y si bien nos hablas de tu excursión de veranco,no nos dices si te hallas incorporada a algún cuerpo para vestir uniforme.

Junto con la ropa que arriba te digo os enviaremos en breves dias,irá una carta para tu madre a la cual le entregarás el volante que adjunto a fin de que vaya sabiendo algo de lo que le voy a decir a ella.

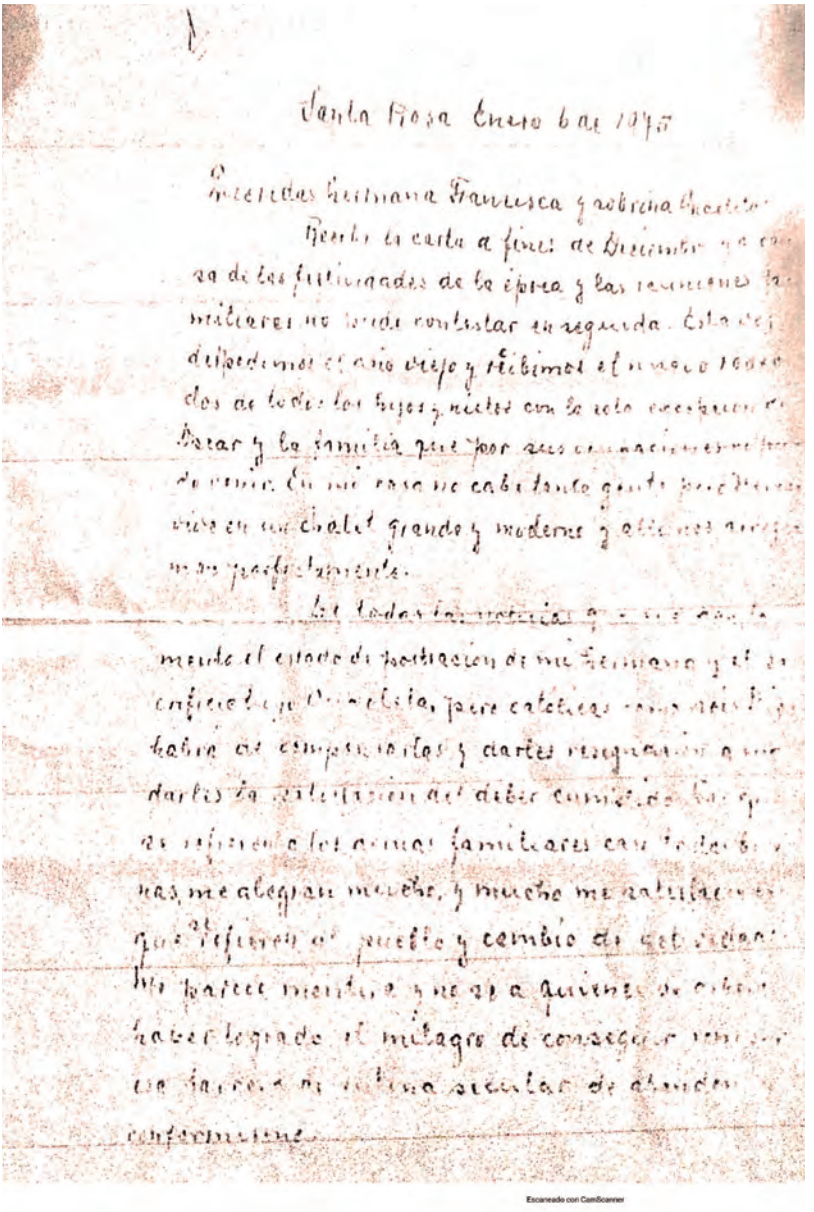
Aqui querida sobrina,estamos muy bien de salud y acordandonos continuamente de todos Vds. a quienes consideramos sufriendo mil penurias y en una angustia permanente por la suerte de los que se hallan en el frente. Haz llegar a tu hermano mis fervientes votos porque pueda escapar a los diarios peligros de la lucha.

Bueno,Fé. que te conservos siempre tan bien como en el retrato que nos han enviado,y con cariños de tus primos y tia,recibe un fuerte abrazo,que haras extensivo a tus padres y hermanas,de tu tio que preferiria darlelo personalmente.

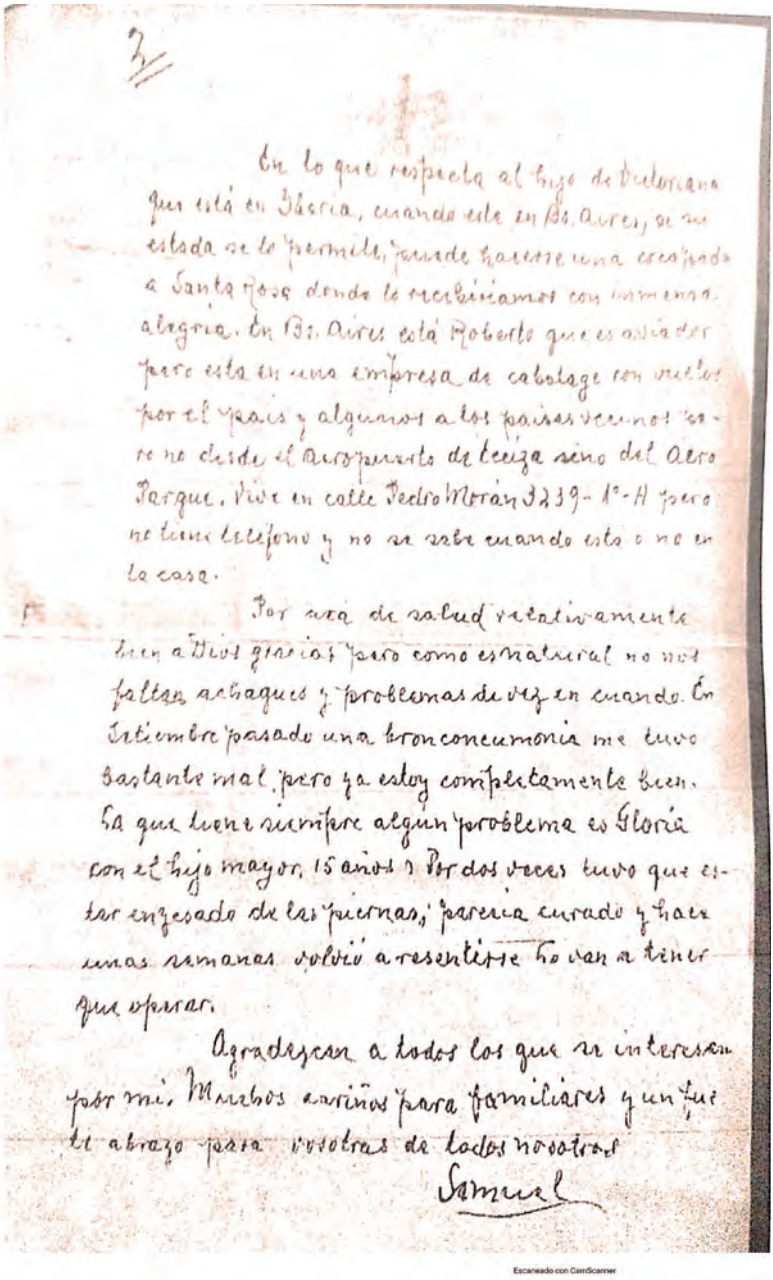
Samuel

Escaneado con CamScanner

Pehuajó, Buenos Aires, 20 de noviembre de 1938. 2 pp. De Samuel de Dios Herrero a su sobrina Fe Herrero, en Guarrate, Zamora. El membrete impreso indica la ocupación comercial del remitente. Anuncia el envío de ropas y fotografías.



Santa Rosa, La Pampa, 3 de abril de 1975. 2 pp. De Samuel y Manuela a su sobrina Anacleta. Pésame por la muerte de Francisca, madre de esta. Muestra pena “a causa del poco tiempo transcurrido de nuestro reencuentro, aunque solo haya sido epistolarmente”.



3/

En lo que respecta al hijo de Valeriana que está en Siberia, cuando este en Bs. Aires, si su estada se le permite, puede hacerse una escapada a Santa Rosa donde le recibiríamos con inmensa alegría. En Bs. Aires está Roberto que es oficinista pero esta en una empresa de cabotaje con viajes por el país y algunos a los países vecinos así que no desde el aeropuerto de Ezeiza sino del Aero Parque. Vive en calle Pedro Morán 3239 - 1°-H pero no tiene teléfono y no se sabe cuando esta o no en la casa.

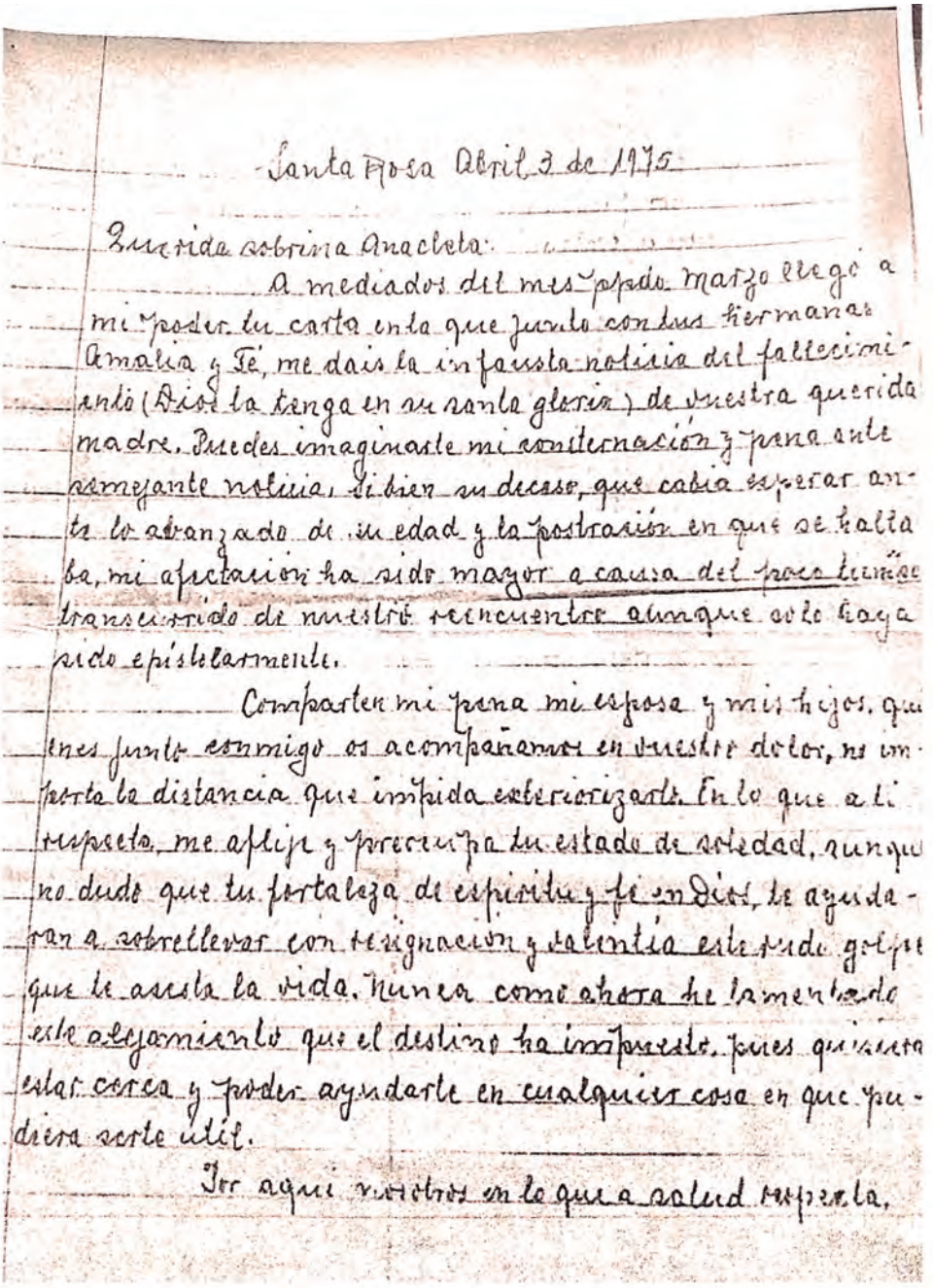
Por acá de salud relativamente bien a Dios gracias pero como es natural no nos faltan achaques y problemas de vez en cuando. En Setiembre pasado una bronconeumonía me tuvo bastante mal pero ya estoy completamente bien. La que tiene siempre algún problema es Gloria con el hijo mayor, 15 años y por dos veces tuvo que estar enyesada de las piernas, parecía curada y hace unas semanas volvió a resentirse ha vuelto a tener que operar.

Agradezcan a todos los que se interesan por mi. Muchos cariños para familiares y un fuerte abrazo para vosotros de todos nosotros

Samuel

Escaneado con CamScanner

Continuación de la carta anterior.



Santa Rosa Abril 3 de 1975

Querida sobrina Anacleta:

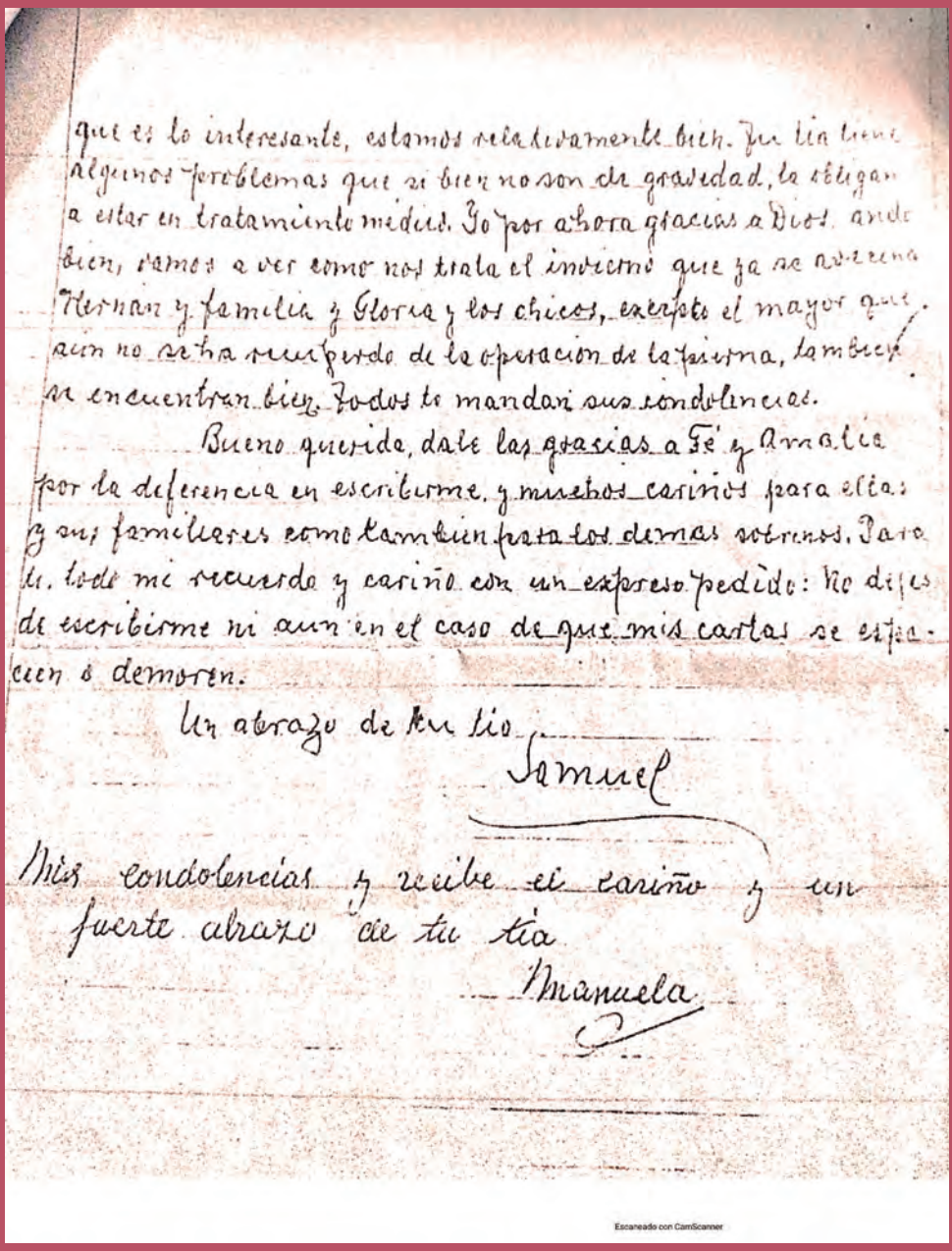
A mediados del mes pasado marzo llegó a mi poder tu carta en la que junto con tus hermanas Amalia y Fé, me dais la infausta noticia del fallecimiento (Dios la tenga en su santa gloria) de nuestra querida madre. Puedes imaginarte mi consternación y pena ante semejante noticia, si bien su deceso, que cabía esperar ante lo avanzado de su edad y la postración en que se hallaba, mi afectación ha sido mayor a causa del poco tiempo transcurrido de nuestro reencuentro aunque solo haya sido epistolarmente.

Comparten mi pena mi esposa y mis hijos, que unes junto conmigo os acompañamos en vuestro dolor, no importa la distancia que impida exteriorizarlo. En lo que a ti respecta, me aflije y preocupa tu estado de soledad, aunque no dudo que tu fortaleza de espíritu y fe en Dios, te ayudaran a sobrellevar con resignación y valentía este rudo golpe que te asesta la vida. Nunca como ahora he lamentado este alejamiento que el destino ha impuesto, pues quisiera estar cerca y poder ayudarte en cualquier cosa en que pudiera serte útil.

Por aquí nosotros en lo que a salud respecta,

Escaneado con CamScanner

Santa Rosa, La Pampa, 3 de abril de 1975. 2 pp. De Samuel y Manuela a su sobrina Anacleta. Pésame por la muerte de Francisca, madre de esta. Muestra pena "a causa del poco tiempo transcurrido de nuestro reencuentro, aunque solo haya sido epistolarmente".



que es lo interesante, estamos relativamente bien. Tu tía tiene algunos problemas que si bien no son de gravedad, la obligan a estar en tratamiento medico. Yo por ahora gracias a Dios, ande bien, vamos a ver como nos trata el invierno que ya se avecina. Hernan y familia y Gloria y los chicos, excepto el mayor que aun no se ha recuperado de la operacion de la pierna, tambien se encuentran bien. Todos te mandan sus condolencias.

Bueno querido, dale las gracias a Fé y Amalia por la diferencia en escribirme, y muchos cariños para ellas y sus familiares como tambien para los demas sobrinos. Para ti, todo mi recuerdo y cariño con un expreso pedido: No dejes de escribirme ni aun en el caso de que mis cartas se especifiquen o demoren.

Un abrazo de tu tio

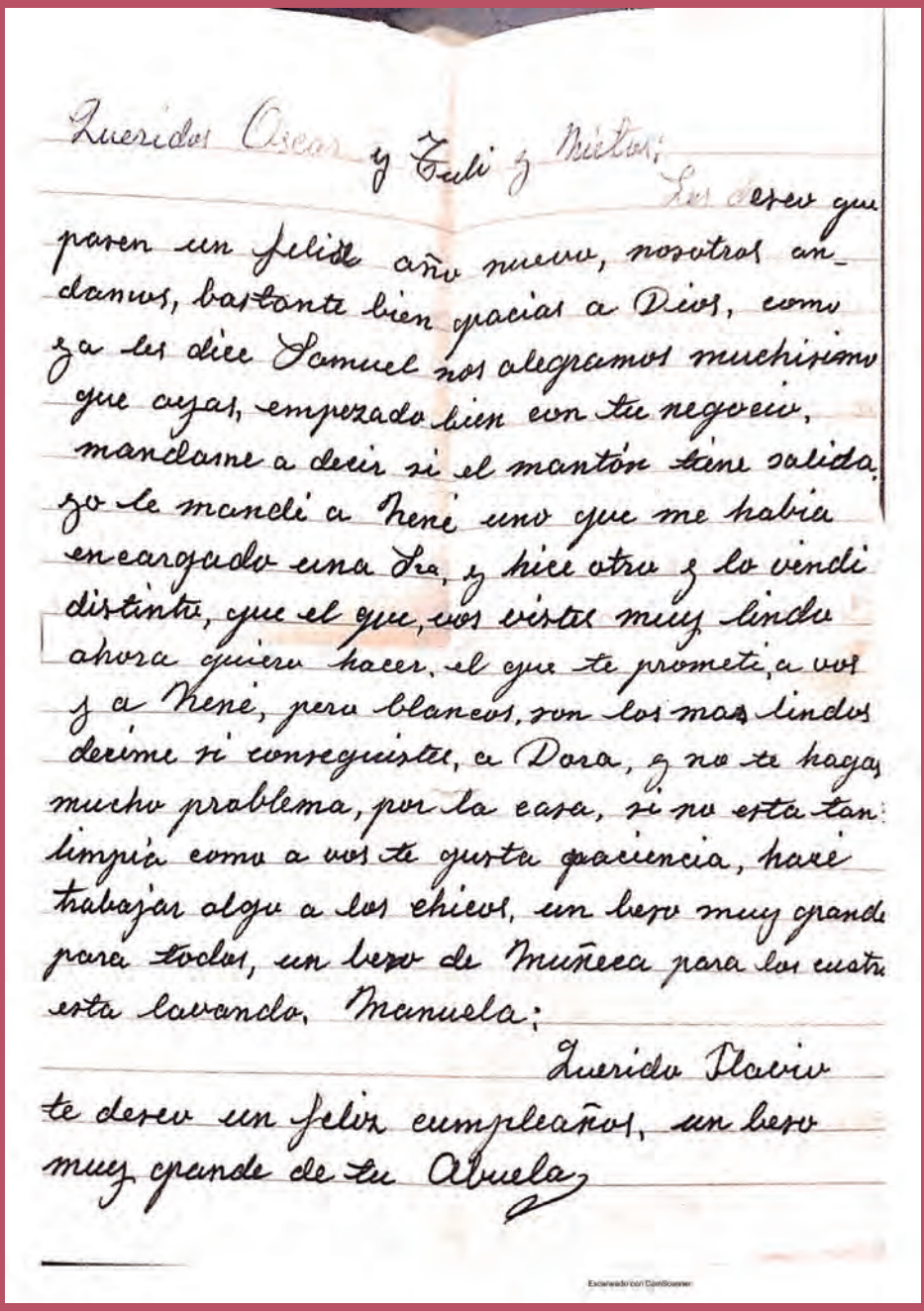
Samuel

Mis condolencias y recibe el cariño y un fuerte abrazo de tu tia

Manuela

Escaneado con CamScanner

Continuación de la carta anterior.



Queridos Oscar y Zuli y Nietas:
Les deseo que
pasen un felis año nuevo, nosotros an-
damos, bastante bien gracias a Dios, como
ya les dice Samuel nos alegramos muchisimo
que ayas, empezado bien con tu negocio,
mandame a decir si el mantón tiene salida,
yo le mandé a Nené uno que me habia
encargado una Sra, y hice otro y lo vendi
distinto, que el que, vos viste muy lindo
ahora quiero hacer, el que te prometi, a vos
y a Nené, pero blancos, son los mas lindos
decime si conseguiste, a Dora, y no te haya
mucho problema, por la casa, si no esta tan
limpia como a vos te gusta paciencia, hace
trabajar algo a los chicos, un beso muy grande
para todos, un beso de Muñeca para los cuatro
esta lavando, Manuela:
Querida Flavia
te deseo un felis cumpleaños, un beso
muy grande de tu Abuela

Escaneado con CamScanner

Santa Rosa, La Pampa, 30 de diciembre de 1979. 2 pp. De Manuela, a su hijo Oscar y su nieta Flavia, a la que felicita por su cumpleaños. El uso sistemático del voseo indica una completa aculturación lingüística de la remitente.

María José García Hernandorena

SWAK: SEALED WITH A KISS: CARTAS DE AMOR MIGRANTE

(USA)

UNIDADES[1]

21 cartas escritas en inglés, escaneadas directamente de los originales, la mayor parte con sus sobres, más una fotografía.

FECHAS EXTREMAS

1928-1931.

REMITENTE

Rose Roselló (Villalonga, Valencia, 1913), emigrante a Estados Unidos en 1920.

DESTINATARIO

Ernesto García Martínez (Carlet, Valencia 1901-1970), emigrante a Estados Unidos entre 1920 y 1933.

---

[1] "Sellado con un beso" es una expresión que se popularizó en los EEUU durante los años veinte del siglo pasado y que se escribía bien al final o bien en el reverso de los sobres de las cartas de amor. Aparece en varias de las cartas de esta colección. (N.A.)

CONSERVACIÓN

El epistolario forma parte de un archivo personal conservado por la nieta del receptor.

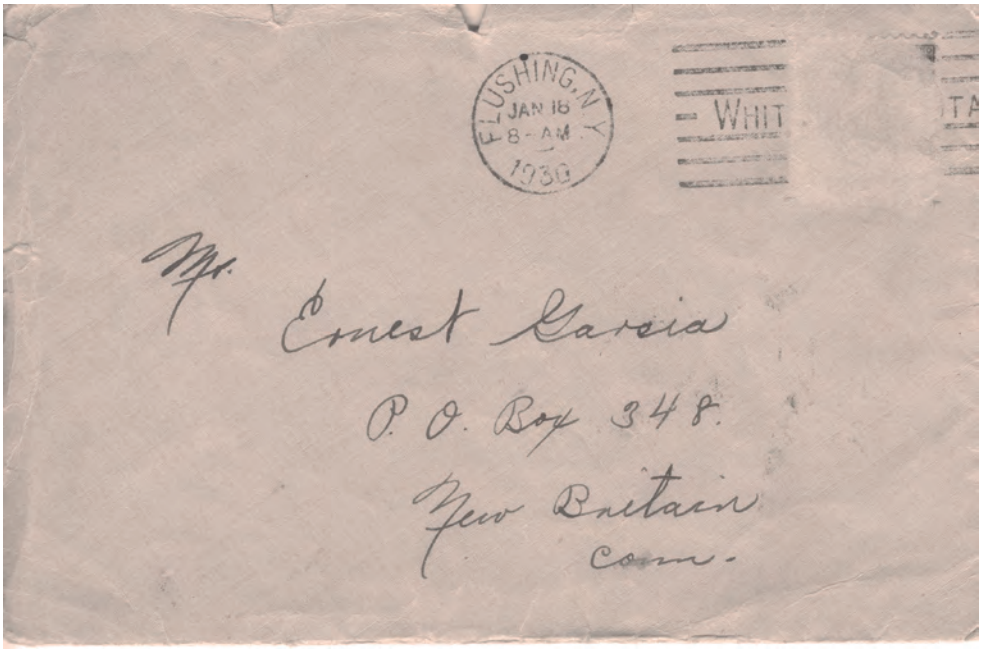
CONTENIDOS

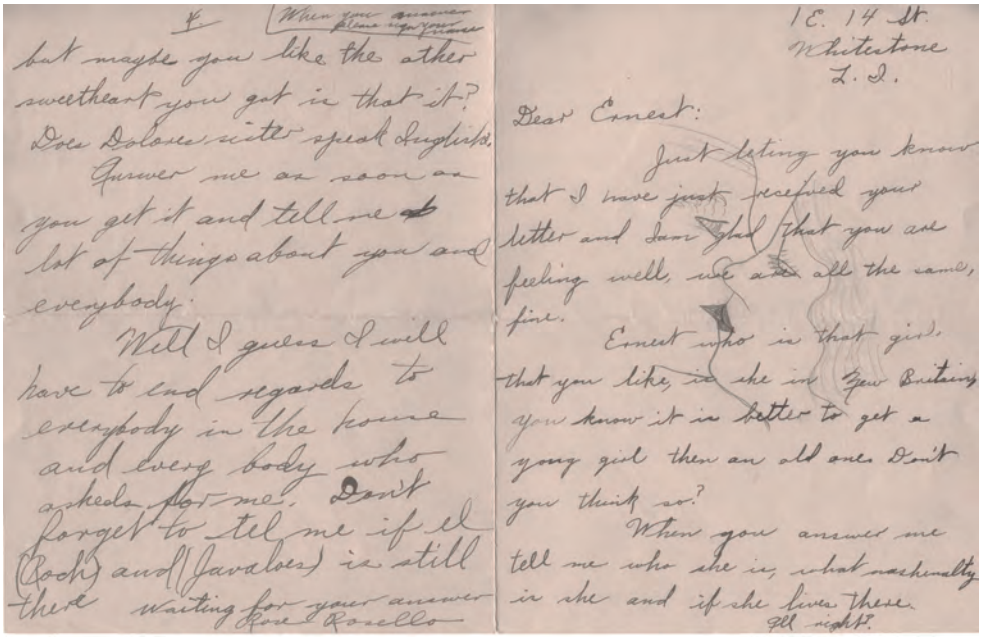
Correspondencia amorosa entre dos emigrantes que coincidieron en Connecticut, Estados Unidos, donde ya había una numerosa colonia valenciana. Incluye comentarios sobre asuntos laborales y domésticos, las dificultades de adaptación y la esperanza del retorno.

CLASIFICACIÓN

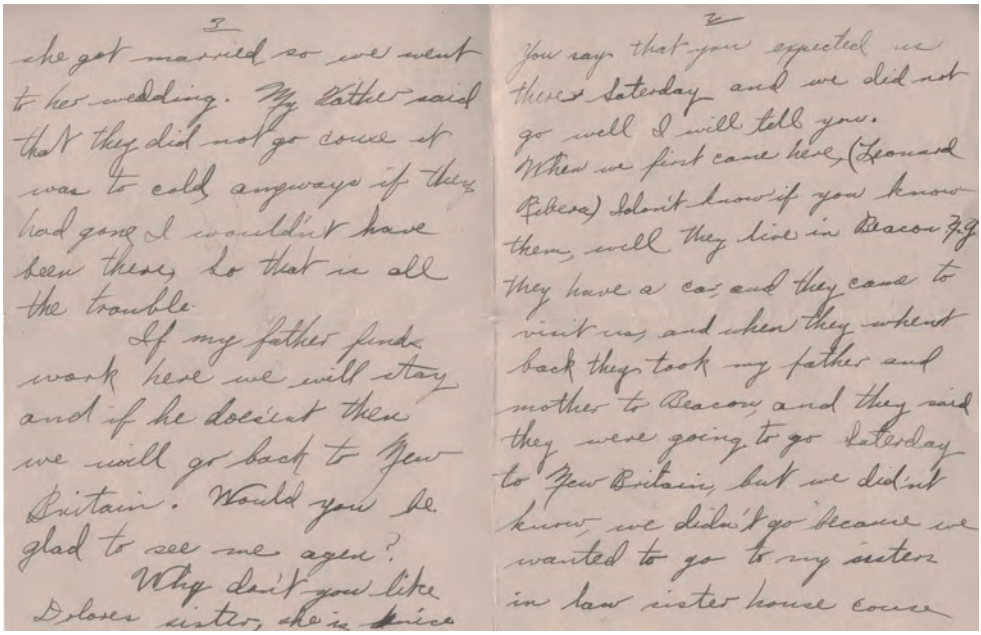
- 12 cartas escritas desde New Britain, Connecticut, a Ernesto, en distintas ciudades del mismo estado
- 4 cartas escritas desde Pego, provincia de Alicante (1929), a Ernesto, en New Britain, Conn. 5. Adjunta una foto en la playa, con dedicatoria al dorso.
- 2 cartas escritas desde Whitestone, New York (1930), a Ernesto, en New Britain, Conn.
- 1 carta escrita desde Bristol, Conn. (1930), a Ernesto, en Waterbury, Conn.
- 2 cartas escritas desde New York (1931), a Ernesto, en Danbury, Conn.

Fotografía de Rose en la playa enviada en una carta desde Pego, Alicante, a Ernesto, en New Britain, el 15 de julio de 1929.





Whitestone, Nueva York, 18 de enero de 1930. 4 pp. Sobre y carta enviada por Rose a Ernest, domiciliado entonces en New Britain, Connecticut. Comenta asuntos laborales y sentimentales.



3

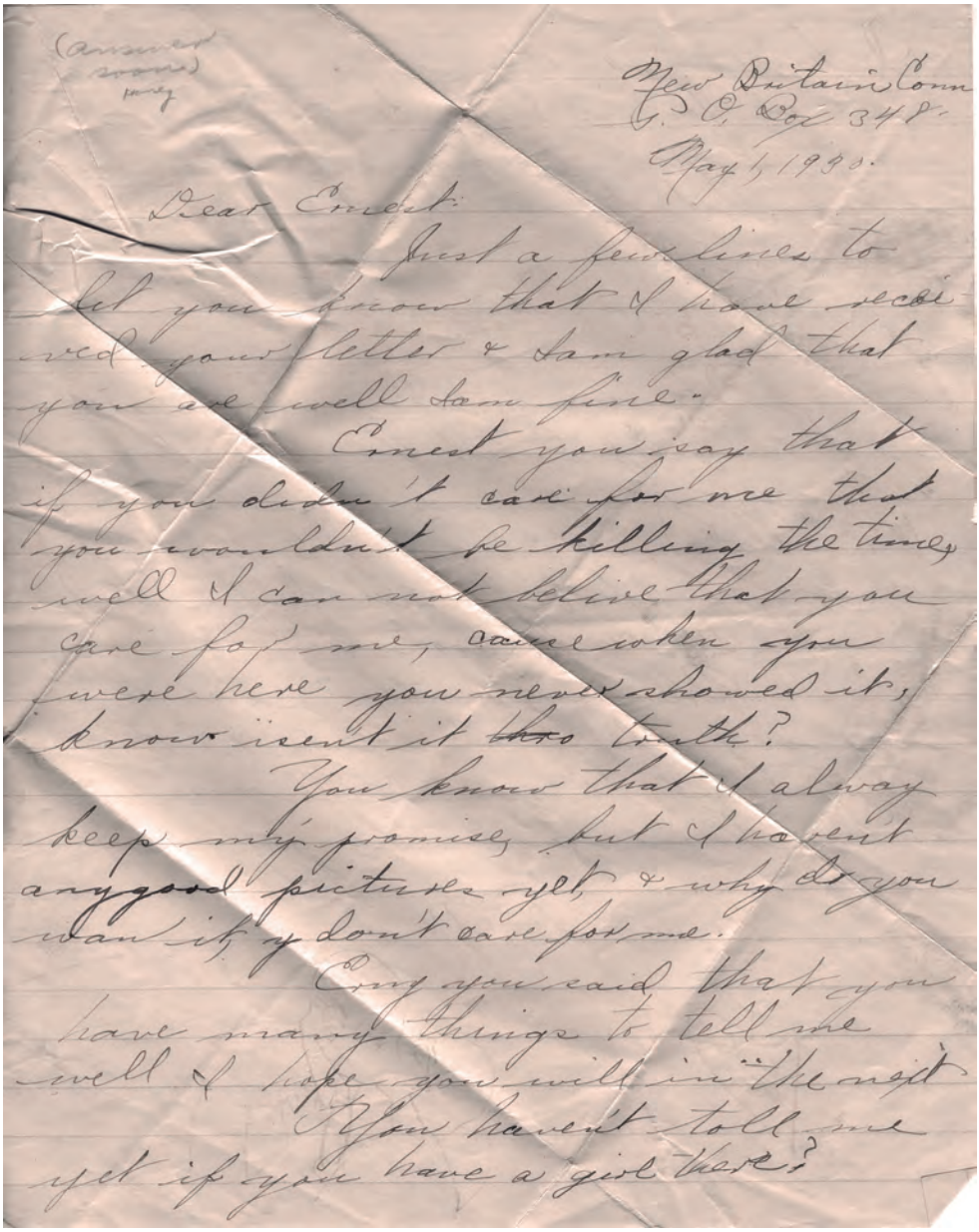
she got married so we went to her wedding. My father said that they did not go cause it was to cold anyways if they had gone I wouldn't have been there so that is all the trouble.

If my father finds work here we will stay and if he doesn't then we will go back to New Britain. Would you be glad to see me again?

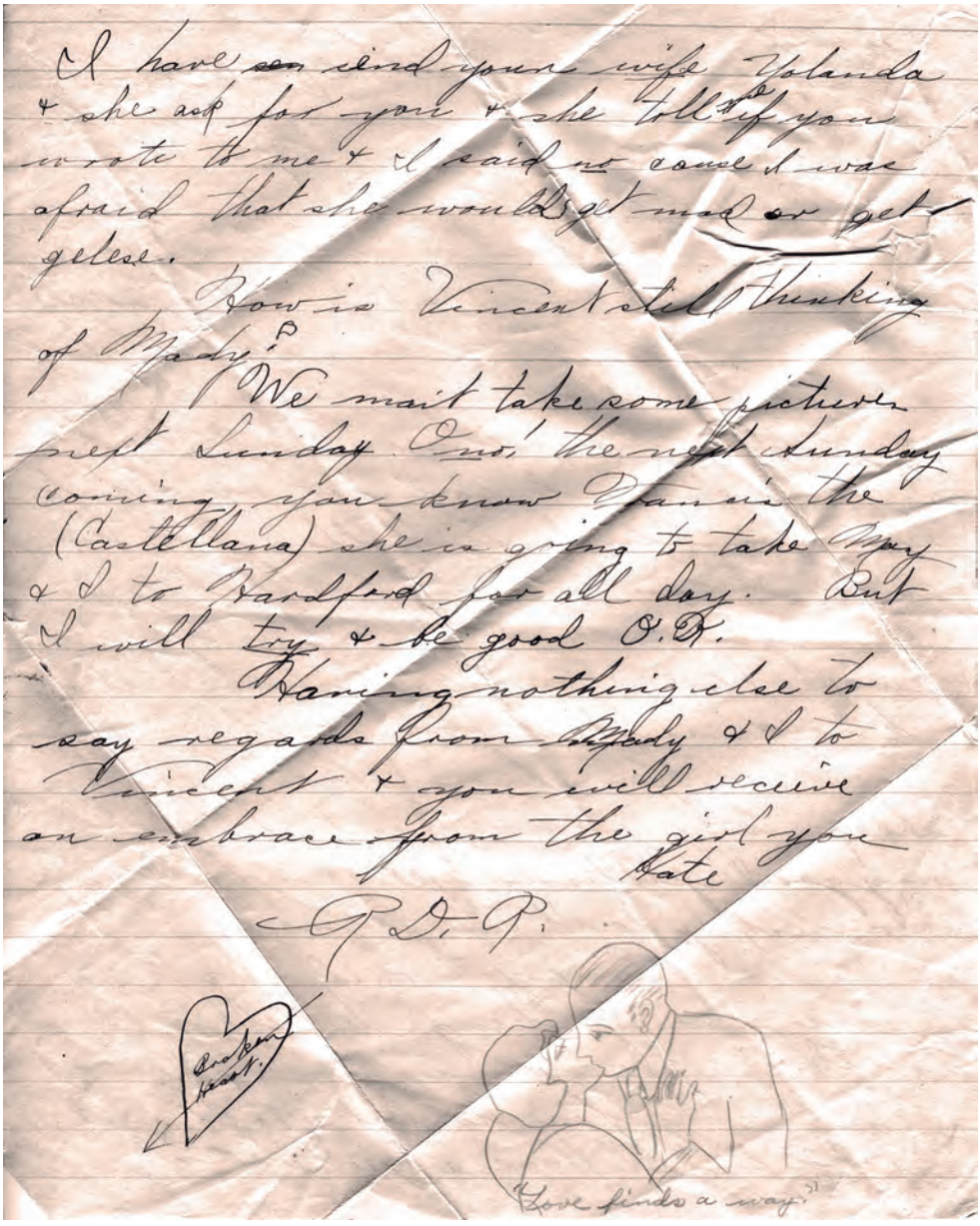
Why don't you like Dolores sister, she is nice

2

You say that you expected us there Saturday and we did not go well I will tell you. When we first came here, (Leonard Ribera) I don't know if you know them, well they live in Beacon Falls they have a car, and they came to visit us, and when they went back they took my father and mother to Beacon and they said they were going to go Saturday to New Britain, but we didn't know, we didn't go because we wanted to go to my sisters in law sister house cause



New Britain, Connecticut, 1 de mayo de 1930. 2 pp. Cuatro meses después, es Rose la que escribe a Ernesto, que reside entonces en New Milford, Connecticut. La pasión continúa.



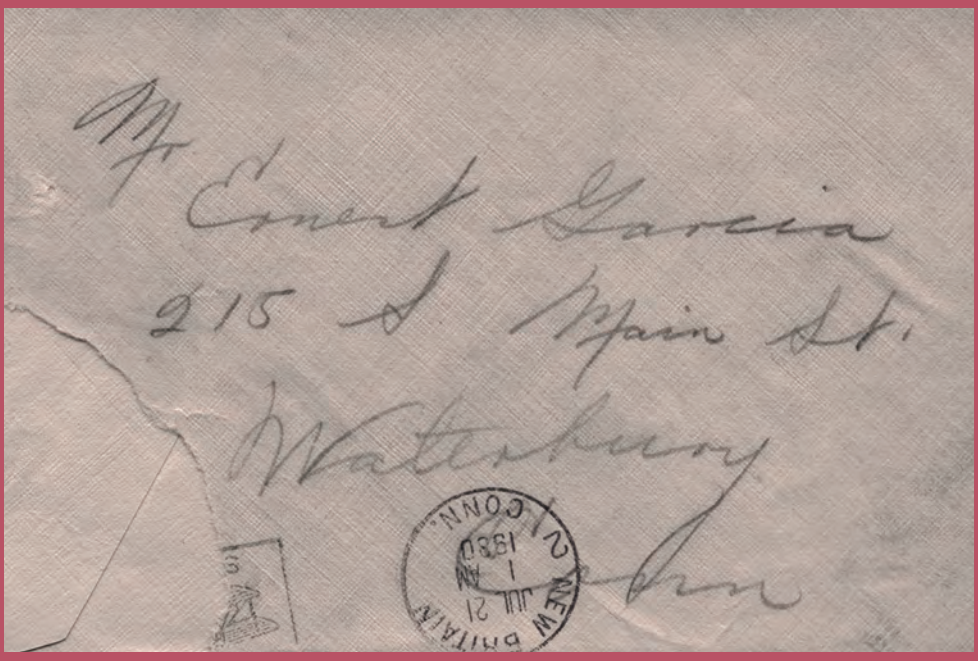
I have send your wife Yolanda & she ask for you & she told if you wrote to me & I said no cause I was afraid that she would get mad or get jeles.

How is Vincent still thinking of Mady?

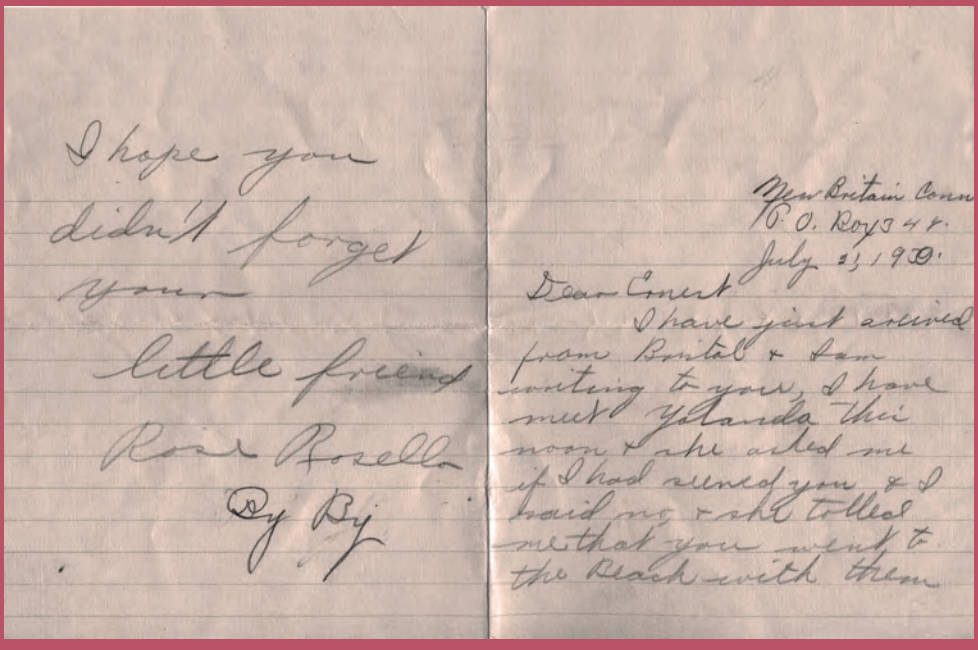
We mait take some pictures next Sunday. No, the next Sunday coming you know Dania the (Castellana) she is going to take May & I to Hardford for all day. But I will try & be good O.K.

Having nothing else to say regards from Mady & I to Vincent & you will receive an embrace from the girl you hate

P.D.P.

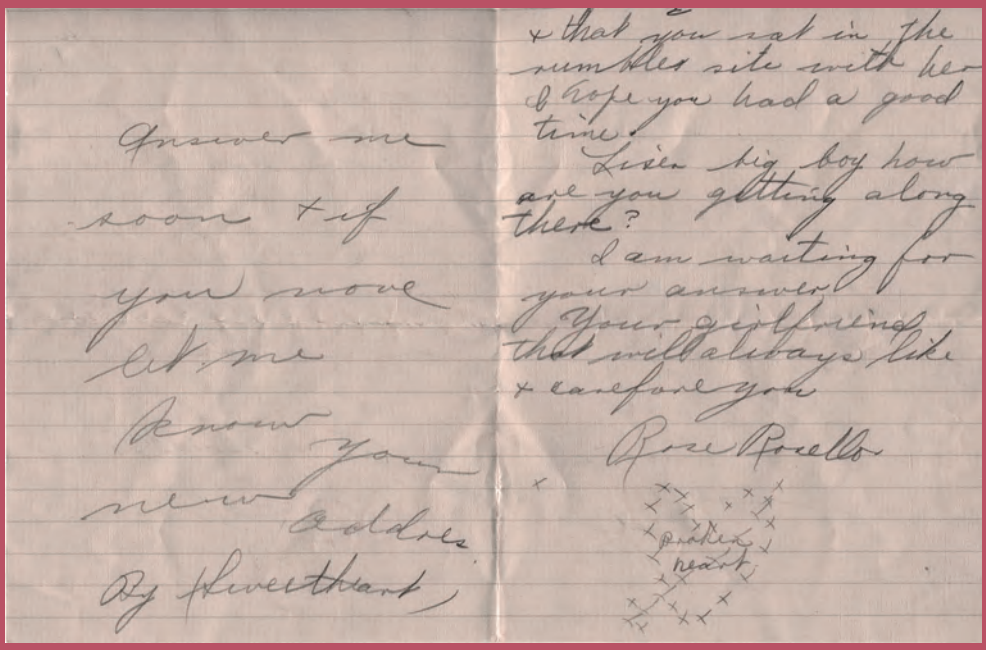

Mr Ernest Garcia
215 S Main St.
Waterbury
Conn
NEW BRITAIN CONN. JUL 21 1930 2 PM

New Britain, Connecticut, 21 de julio de 1930. 4 pp. Carta, con su sobre, enviada por Rose a Ernesto en Waterbury, Connecticut.


I hope you
didn't forget
your
little friend
Rose Rozella
Bye Bye

New Britain Conn
P. O. Box 344
July 21, 1930.

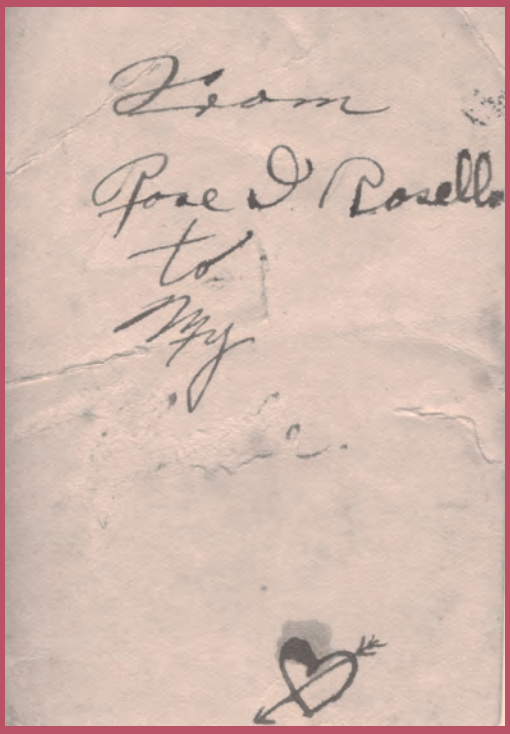
Dear Ernest
I have just arrived
from Bristol & am
writing to you, I have
met Yolanda this
noon & she asked me
if I had heard of you & I
said no & she told
me that you went to
the Beach with them



Answer me
soon + if
you move
let me
know your
new addres
By Sweetheart

+ that you sat in the
rumbles site with her
& hope you had a good
time!
Lisin big boy how
are you getting along
there?
I am waiting for
your answer
Your girlfriend
that will always like
+ care for you
Rose Rosello

broken
heart



From
Rose D' Rosello
to
My

ÁLBUMES Y COLECCIONES DE FOTOGRAFÍA

María Aurora Pérez Guardamino

Primer premio

¡PAISANO!

(Cuba)

PARTICIPANTES

María Aurora Pérez Guardamino y Joaquín Domingo Pérez Guardamino.

UNIDADES

50.

AUTOR/ES

Varios. No figuran.

NATURALEZA

Copias digitales.

TIPOLOGÍA

B/N. Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL

Media.

FORMATOS DE ORIGEN

Varios.

CONSERVACIÓN

Los originales escaneados por el participante presentan los problemas habituales. Las imágenes en B/N, presentan diversas manchas (problemas de revelado, fijado u oxidación de líquidos o emulsiones), y algunos dobleces, rayones o roturas. Algunas imágenes de color presentan las patologías propias de las fotografías de los 80 y 90, pérdidas cromáticas, veladuras etc.

ORIGEN

Álbum familiar de la familia de Eloy Pérez Baranda.

PROTAGONISTAS

Eloy Pérez Baranda y su familia.

LOCALIZACIONES

Espinosa de los Monteros (Burgos, España), La Habana (Cuba), Vitoria (España), Madrid (España), Burgos (España).

FECHAS EXTREMAS

1918-1997.

ASUNTOS/CATEGORÍAS

Familia. Fotos familiares. Retratos. Documentación. Trabajo. Boda. Casamiento. Cuba. La Habana. Espinosa de los Monteros. Imprenta. Sociedad Benéfica Burgalesa. Sociedad Castellana de Beneficencia. Agrupación de Sociedades Castellanas. Viajes.

USO

Familiar. Correspondencia. Institucional.

ORÍGENES DE LA FAMILIA

Espinosa de los Monteros (Burgos, España).

EMIGRADOS A

La Habana (Cuba).

OBSERVACIONES

Aunque parecen proceder de un mismo álbum o álbumes familiares (excepto algunas que proceden de documentación), no parecen constituir una unidad documental (álbum completo). Excepto algunas imágenes en B/N, que presentan una mayor calidad técnica —lo que indica que probablemente proceden de estudios fotográficos—, parecen haber sido realizadas por fotógrafos aficionados.

Se acompaña de un pequeño relato biográfico del protagonista, Eloy Pérez Baranda. Las imágenes vienen descritas con detalle.

¡PAISANO!

Eloy Pérez Baranda (11/03/1906–05/06/1998), fue un emigrante burgalés que dejó a su Espinosa de los Monteros natal con solo 14 años, en busca de mejorar la situación económica de la familia. En el "Marqués de Comillas" hizo la travesía por el Atlántico y desembarcó en La Habana adonde siempre vivió.

Dentro de esta ciudad se desenvolvió fundamentalmente en La Habana Vieja, adonde trabajó y vivió una buena parte de su vida. Allí fundó, junto a Puri, una familia, en la que nacieron sus hijos, Joaquín y María Aurora, a los que trasmitieron buenos ejemplos y los enseñaron a amar tanto a Cuba, como a España.

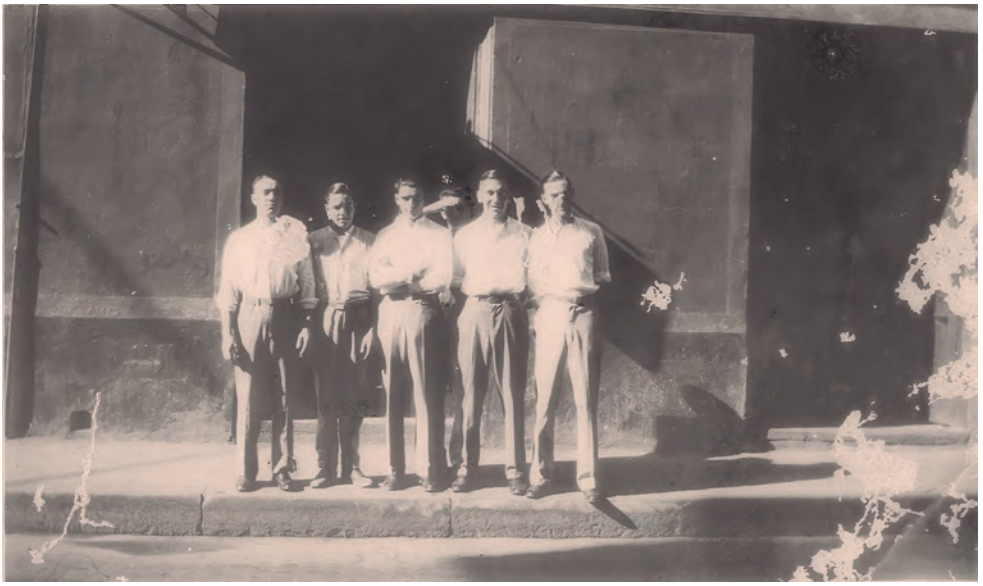
Durante más de 50 años Eloy trabajó en el sector de la imprenta donde desarrolló diferentes trabajos y se destacó por sus cualidades excepcionales como vendedor. Llegó a ser el gerente de la imprenta Fernández Solana y Cía. Fue un emigrante que cumplió el objetivo de poder ayudar en la economía familiar. Siempre mantuvo contacto con sus padres, hermanas y sobrinos, los apoyó económicamente siempre que pudo y tuvo la satisfacción de comprar la casa donde nació para cumplir la promesa hecha a su padre cuando emigró en 1920.

Su vinculación con las sociedades españolas fue desde el mismo momento de pisar tierra cubana. Fue directivo de la sociedad benéfica burgalesa, de la sociedad castellana de beneficencia y de la agrupación de sociedades castellanas y leonesas. En una entrevista al periódico *La Región Internacional* declaró: "los centros españoles, la mejor obra que se ha podido crear".

A pesar de los años vividos en La Habana, nunca olvidó ni a su terruño, ni a su familia. Siempre mantuvo intercambio epistolar y trasmitió a su esposa e hijos el amor a su familia española y a su patria, y además pudo realizar varios viajes para reencontrarse con sus orígenes.

Joaquín y María Aurora nos sentimos en deuda, pues pensamos que no hemos sido capaces de plasmar para la Historia toda la vida de este emigrante ejemplar, por eso participamos en este concurso "I Premio Memoria de la Emigración Española" para disminuir en algo la deuda.

Eloy con 14 años listo para emigrar a Cuba, 1920.



Eloy (izquierda), en la fachada de Fernández Solana, la imprenta adonde laboró más de 50 años.

Eloy (primero abajo a la izquierda) con la directiva de la Sociedad Benéfica Burgalesa, h. 1935.

Eloy con sus hijos, María Aurora y Joaquín en el complejo turístico Río Cristal, en Rancho Boyeros.

Justa Zulema Nieto

Accésit

SOMOS NIETO

(Accésit, Argentina)

PARTICIPANTES

Justa Zulema Nieto.

UNIDADES

74.

AUTOR/ES

Varios. No figuran.

NATURALEZA

Copias digitales.

TIPOLOGÍA

B/N. Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL

Media.

FORMATOS DE ORIGEN

Varios.

CONSERVACIÓN

Los originales escaneados por el participante presentan los problemas habituales. Las imágenes en B/N, presentan diversas manchas (problemas de revelado, fijado u oxidación de líquidos o emulsiones), y algunos dobleces, rayones o roturas. Algunas imágenes de color presentan las patologías propias de las fotografías amateurs, pérdidas cromáticas, veladuras etc.

ORIGEN

Álbum familiar de la familia de la Familia Nieto.

PROTAGONISTAS

Matías Nieto y familia.

LOCALIZACIONES

Camarones-Malaspina (Chubut, Argentina), Zona del Valle Inferior (Chubut, Argentina), Dolavon (Chubut, Argentina), Trelew (Chubut, Argentina), Quemu Quemu (La Pampa, Argentina).

FECHAS EXTREMAS

1882-2023.

ASUNTOS/CATEGORÍAS

Familia. Fotos familiares. Retratos. Documentación. Trabajo. Boda. Casamiento. Argentina. La Pampa. Chubut. Trelew. Argentina.

USO

Familiar.

ORÍGENES DE LA FAMILIA

Santiz (Salamanca, España).

EMIGRADOS A

Argentina.

OBSERVACIONES

Se trata de un álbum digital construido con motivo de la convocatoria del premio que presenta una miscelánea de imágenes, entre las que se incluyen fotos familiares, documentación de diferentes archivos, e imágenes actuales de algunos de los escenarios vitales de la familia protagonista. Por tanto, no constituyen una unidad documental (álbum completo). Excepto algunas imágenes en B/N, que presentan una mayor calidad técnica —lo que indica que probablemente proceden de estudios fotográficos—, el resto parecen haber sido realizadas por fotógrafos aficionados.

Foto de boda de Matías Nieto y Justa Leandro.

José Esteban, María Isaura y Justa Argentina, hijos de Matías y Justa, 1920.

Justa Leandro y Rosa Nieto con su carro de venta de queso y productos hortícolas, h. 1940.

Celebración vecinal, 1936.

Raúl Adolfo Garrido González

COLECCIÓN FOTOGRÁFICA

(Cuba)

PARTICIPANTES

Raúl Adolfo Garrido González.

UNIDADES

39.

AUTOR/ES

Varios. No figuran.

NATURALEZA

Copias digitales.

TIPOLOGÍA

B/N. Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL

Media.

FORMATOS DE ORIGEN

Varios.

CONSERVACIÓN

Los originales escaneados por el participante presentan los problemas habituales. Las imágenes en B/N, presentan diversas manchas (problemas de revelado, fijado u oxidación de líquidos o emulsiones), y algunos dobleces, rayones o roturas. Una de ellas esta coloreada.

ORIGEN

Álbum familiar de la familia de Raúl Adolfo Garrido González.

PROTAGONISTAS

Raúl Adolfo Garrido González y su familia.

LOCALIZACIONES

Las Tunas (Cuba), Puerto Padre (Las Tunas, Cuba), Vázquez (Las Tunas, Cuba), Arriondas (Asturias, España).

FECHAS EXTREMAS

1920-2010.

ASUNTOS/CATEGORÍAS

Familia. Fotos familiares. Documentación. Retratos. Trabajo. Cuba. La Habana. Las Tunas. Puerto Padre. Vázquez. Santiago de Cuba. Arriondas, Asturias. Sociedades Españolas. Baile. Casa Iberoamericana de Las Tunas. Covadonga. Hotel. Sociedad de Beneficencia de Cangas de Onís, Parres y Amieva. Centro Gallego de La Habana.

USO

Familiar. Correspondencia.

ORÍGENES DE LA FAMILIA

Arriondas y Avilés (Asturias, España).

EMIGRADOS A

Las Tunas (Cuba).

OBSERVACIONES

Se trata de una selección de fotos elaborada con motivo de la convocatoria del premio que presenta una miscelánea de imágenes, entre las que se incluyen fotos familiares, documentación de diferentes archivos, e imágenes actuales de algunos de los escenarios vitales de la familia protagonista. Aunque parecen proceder de un mismo álbum o álbumes familiares (excepto algunas que proceden de documentación), no parecen constituir una unidad documental (álbum completo). Excepto algunas imágenes en B/N, que presentan una mayor calidad técnica —lo que indica que probablemente proceden de estudios fotográficos—, parecen haber sido realizadas por fotógrafos aficionados. La mayoría se presentan sin fechar, pero el relato biográfico del protagonista, que las acompaña, ayuda a contextualizarlas temporalmente. Las imágenes se acompañan de un pequeño vídeo casero sobre una actividad cultural de una sociedad española.

BREVES APUNTES AUTOBIOGRÁFICOS DE UN CUBANO-ESPAÑOL

Llegué a la vida un día 6 de julio del año 1963, aparecí al mundo en medio de inmigrantes españoles en Cuba, es decir nací con la información genética del inmigrante y esto real, recuerdo muy bien que pronto obtuve conciencia plena de vivir entre seres fuertemente vinculados con lo ancestral y me hallé muy a gusto con ello a pesar de que nunca conseguí sentirme plenamente integrado a mis raíces y no por falta de batallar. A cambio el destino me otorgo una vida de improvisación y mestizaje lo cual era a veces bueno y hasta gracioso, pero otras tantas traumático y en no pocas ocasiones triste, la vida del emigrante siempre fue dura, los descendientes mitigan angustias y alivian dolores, pero padecen a la vez.

Desciendo de los españoles apellidados González y Tamargo, asturianos, los primeros de Arriondas y los segundos todos de Avilés y que se hicieron a la mar por causas distintas, luego se unieron por amor. Huyendo de la guerra o buscando progresos llegaron a Cuba y plantaron su árbol, precisamente en un pueblo de verdes praderas

llamado Vásquez por otro español asentado antes allí, un pintoresco lugar con las calles a dos manos colmadas de mercados y negocios, aunque eso fue mucho después de su llegada.

Progresos existieron sin dudas, pero no como para volverse a la España natal y comprase una casa de indianos ni a su Asturias jamás olvidada. Mi abuelo Ángel desembarco en La Habana con 20 años precisamente en el año 1920, llego junto a otros tres hermanos uno de ellos regreso a la terrina mientras mi abuela Rosalía Florinda arribo con sus padres y tres hermanos, además ambos tuvieron tres hijos, Maruja, Covadonga, segunda en nacer y mi madre, más José Ángel, el menor.

Asentarse en Vázquez al Oriente de la isla significo una vida diferente muy distante de lo imaginado, toco enfrentar ciclones tropicales, crisis económicas, tiempos de turbulencias políticas y la revolución del 59; para esa fecha los míos tenían un hotel, una barbería y la emblemática fonda Covadonga cuya plaza de enfrente era compartida con la iglesia del pueblo y justo allí se efectuaban verbenas y se disfruta de ver pasar los trenes de cachimba alimentados con huya para la zafra azucarera, José el padre de la abuela había servido en el ejército cuando el monarca era Alfonso XIII y fue recomendado por el propio presidente cubano Mario García Menocal para trabajar en el ingenio Chaparra, yo y las siguientes generaciones aparecimos con las propias visiones y percepciones de la realidad, por supuesto también con las tensiones normales que rozaban la bronca, pero no llegaban a la crispación total.

Siempre y a Dios gracias existió armonía familiar, cerca del pueblo había una playa espantosa más bien era un estero, pero se colmaba de pobladores que tradicionalmente concurrían a la divertida corrida del cangrejo inventada por lo inmigrantes, pero ni eso ni otras fiestas reemplazó nunca de la casa de los Gonzales Tamargo las navidades y sobre todo, la matanza del cerdo, eso era otra cosa, Rosalía nunca dejó de hacer fabadas y callos, también se bebía sidra como algo muy sagrado que me toco compartir, siempre estuvo presente lo Hispánico, también teníamos un cristalino rio que frecuentaba semanalmente.

Mis recuerdos mantienen de forma perenne en mi memoria y de manera especial a los Tamargos de Puerto Padre, ellos vivían a solo 20

km, principalmente recuerdo a Olvido y sus vasos espirituales en plena sesiones como vidente, invocando sus dioses y costumbres del norte de España también Agustín el periodista que nunca dejo de amar las raíces españolas, aunque fue un apasionado cubano hasta el fin de sus días, todos pasaron una etapa de asentamiento y progresos que compartieron con las alegrías, y las tristezas de los fracasos incluidas las inevitables muertes de cuyos detalles conocí en su mayoría por la narrativa oral y familiar.

Mis padres partieron en 1960 para Victoria de Las Tunas ciudad ubicada a treinta kilómetros, allí tuvimos buenas casas y una vida aceptable, en principio pasamos algunos meses en un barrio periférico luego nos movimos al centro de ciudad cerca en la antigua colonia española donde había un circulo de teatro en una biblioteca y donde yo solía leer con frecuencia y mis padres pertenecían a una sociedad española.

Algunas personas comenzaron a llamarme gallego, no era al único, recuerdo a muchos, comúnmente nos decían gaitos. En 1983 llevaba una camiseta que decía España 82 y presumía de ello, también de la música española, solía escuchar a Los Fórmulas V, Los Bravos, Los Brincos, Los Mustang, Julio Iglesias y otros en el Liceo de la ciudad y pude ver todas las películas de Sara Montiel, Rocío Dúrcal y Marisol en el teatro de Rivera propiedad de un gallego que además del cine tenía un hotel justo al lado de mi casa, donde me crié, luego lo compró un asturiano de apellido García que murió residiendo en otro hotel cercano también de otro español llamado Álvarez, no me perdí tampoco series españolas, la más impactante fue “El hombre y la tierra” que veía religiosamente en mi vieja tele marca RCA Víctor.

En mi época de bachiller finales de los 70 comencé a buscar e investigar sobre los ascendientes españoles entre viejas revistas que guardaba el tío José Ramón en la barbería que logró conservar a pesar de las leyes expropiatorias y sobrevivió incluso conservando muchos de sus clientes y amigos de la época republicana, desde entonces comenzamos reclamaciones legales para devolución de negocios según acuerdos de Cuba con España, aunque no estaban muy claros aquellos acuerdos.

Llegaron los 80 y con estos la universidad donde tengo dificultades porque defendía al clero y a los españoles, no me hacía gracia las

exageraciones históricas, estudiaba en la ciudad de Camagüey allí había mucha historia que contar y al graduarme de abogado unos sacerdotes españoles aparecieron por mi ciudad, ellos me colaboraron, me interesaba mucho indagar y averiguar en centros culturales y me vincule a un festival creado por la bailarina cubana Alicia Alonso, se denominaba “La Huella de España”.

Comienzo a explorar junto con unos descendientes gallegos y canarios en las asociaciones y constituyo un espacio cultural propio en mi pueblo, las noches Iberoamericanas que aún se conservan, pero casi voy a la cárcel tras la tozudez de un funcionario de cultura, insistí y avancé todo lo que puede sin el éxito deseado, pero lo llevaba dentro la necesidad y el deber de proseguir. Y entre velatorios y entierros la recopilación de historias, invertí mucho tiempo, comencé a preocuparme por los descendientes y a recibir visitas desde España y siempre no fue bien con los del gobierno, pero nada me detuvo, recibí gentes de varias ciudades constituí la sociedad centro oriental para descendientes y afronté pugnas con las autoridades.

En La Habana no marchaban las cosas, las sociedades españolas en la capital no se abrían a los del interior del país todo lo contrario, yo pretendía desentrañar viejos archivos y antes había cooperado con entusiasmo en la tarea de descifrar de unos restos óseos que penitencian a unos soldados españoles enterrados cerca de un antiguo fuerte. Cuando apareció la Ley de Memoria Histórica y todo lo que aconteció derivado de ella entonces eran demasiados los temas a llevar, para esa fecha en Puerto Padre había estado muy atento a una teoría sobre el descubrimiento de Cuba que no con poco rigor y argumentario científico técnico se sostiene aun sobre la entrada del almirante por allí por las aguas de esa bahía pero habían encarcelado a uno de los escritores y se frustro mi idea como ya había ocurrido con otras anteriores, me interesaba mucho que se desentrañaran enigmas y proteger la familia del que salvo la sociedad de descendientes asturianos que vivían en Cuba porque casualmente vivían en mi ciudad, el Centro Gallego de La Habana tenia mejores opciones para sus integrantes y la Sociedad Canaria me abrió las puertas para el tema cultural.

Justo a unos 100 km de mi escenario de operaciones tenía en Gibara un teatro español muy antiguo que requería atención. La ciudad guardaba tesoros museables y reliquias impresionantes de la era

colonial incluso existía un consulado, me tomó tiempo, recorrí la parte oriental de la isla recibí en regalo unos sables toledanos de Edy, un bardo local, develé los escritos escondidos de autores de época matizados en un antiguo periódico llamado El Eco y compartí leyendas de comerciantes españoles donde tendría sitio especial el tema del famoso mercado “EL Encanto” abrí puertas de empresa españolas con pincelada dramáticas de un andaluz en La Habana. Hoy todavía lucho porque no muera la memoria hispánica en la región centro oriental, actualmente estoy en España lo curioso es que ahora soy

Foto familiar en la que aparece la bisabuela y la abuela de Raúl Adolfo Garrido González.

Tío del protagonista trabajando en “la zafra” azucarera.

Foto familiar recibida desde Asturias. Un niño de Primera Comunión posando ante la Virgen de Covadonga, patrona de Asturias (“La Santina”).

Madre del protagonista posando en la fachada de la Fonda Covadonga, en Vázquez (Las Tunas).

Reunión de la Casa Iberoamericana de Las Tunas.

Balet español de Las Tunas.

Rosario Mourentán Pérez

NOSTALGIA E INCERTIDUMBRE DEL GALLEGO

(Argentina y Brasil)

PARTICIPANTES

Rosario Mourentán Pérez.

UNIDADES

44.

AUTOR/ES

Varios. No figuran.

NATURALEZA

Copias digitales.

TIPOLOGÍA

B/N. Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL

Mala.

FORMATOS DE ORIGEN

Varios.

CONSERVACIÓN

Los originales presentan deficiencias en la digitalización (brillos, dobleces, sombras), habiendo sido algunos reproducidos solo de manera parcial.

ORIGEN

Álbum familiar de la familia Mourentán Méndez.

PROTAGONISTAS

Familia Mourentán Méndez.

LOCALIZACIONES

Buenos Aires (Argentina), Río de Janeiro (Brasil).

FECHAS EXTREMAS

1948-2009.

ASUNTOS/CATEGORÍAS

Documentación. Familia. Argentina. Galicia. Trabajo. Cartas. Correspondencia. Río de Janeiro.

USO

Familiar. Correspondencia.

ORÍGENES DE LA FAMILIA

Enquerentes, Touro (A Coruña, España).

EMIGRADOS A

Buenos Aires (Argentina), Río de Janeiro (Brasil).

OBSERVACIONES

Rosario Mourentán Pérez participa también con un texto en la modalidad de relatos y con una serie de audios autobiográficos en la modalidad de materiales audiovisuales. Se hace necesaria la revisión del resto de materiales para una mejor comprensión de la historia familiar.

María Maurentán Méndez.

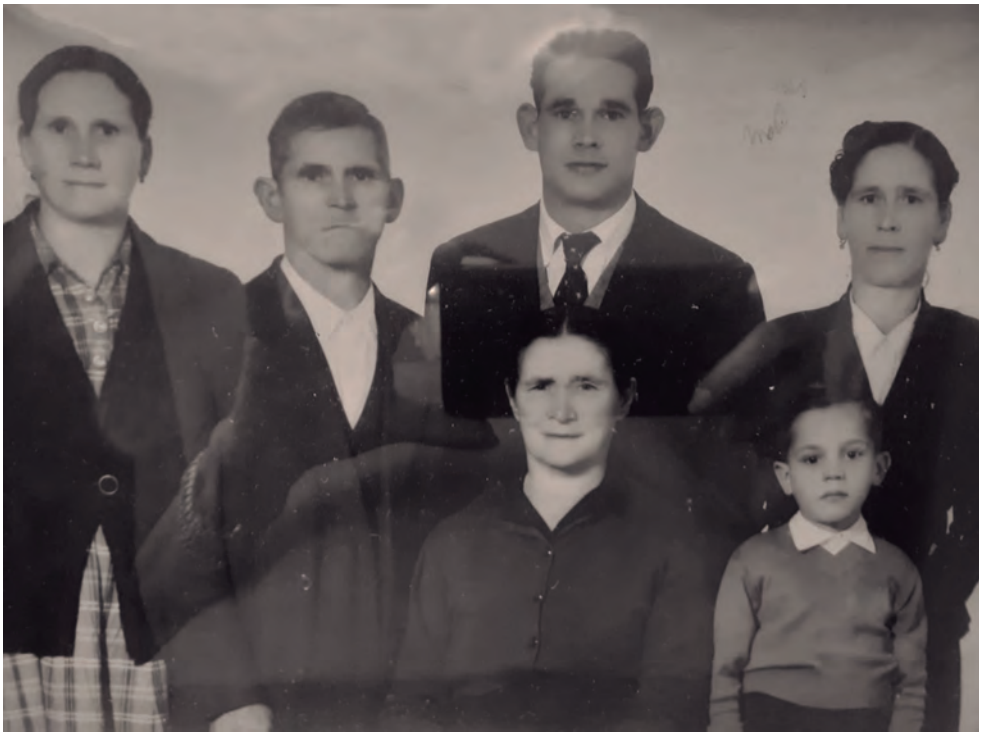


Foto de la familia Maurentán Méndez, 1952-1954.

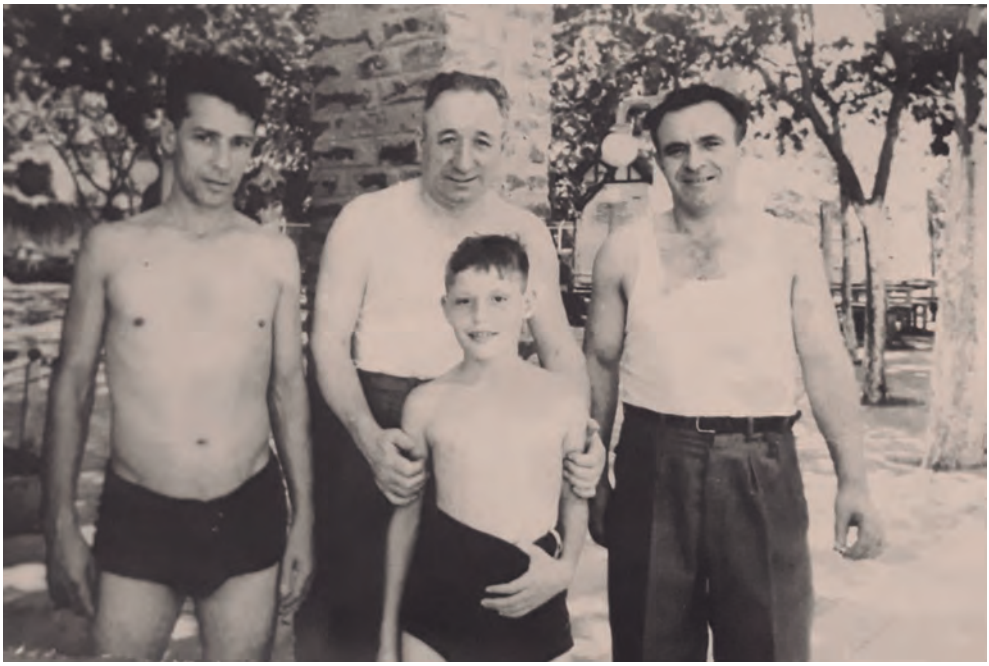


Foto de la familia Mourentán Méndez, s/f.

Foto de la familia Mourentán Méndez, 1962.

MATERIAL AUDIOVISUAL

Tana Garrido Ruiz

Primer premio

LA TIERRA LLAMA

(Cuba)

PARTICIPANTES

Tana Garrido Ruiz.

AUTOR/ES

Tana Garrido Ruiz.

DURACIÓN

27´

FORMATO DIGITAL

En línea

TIPOLOGÍA

Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL

Muy buena.

NATURALEZA

Documental.

GUION (NARRADOR)

No.

ARCHIVOS

Archivos familiares de los protagonistas.

PROTAGONISTAS

Dionisia Lezama Castaños, María Teresa Martínez Larrarte, María Margarita Lotina Martín y Marta Esperanza Acevedo Badías.

LOCALIZACIONES

La Habana (Cuba).

ASUNTOS/CATEGORÍAS

Mujeres. Familia. Santurce. Viaje. Barco. México. Cuba. Sociedades. Panteón. Cementerio Colón. Viaje. Barco. Cocina. La Tropical. Fiestas. Canciones. Aurresku. Folclore. Asociación Vasco-Navarra de Beneficencia.

ORÍGENES DE LOS PROTAGONISTAS

País Vasco.

EMIGRADOS A

La Habana (Cuba).

OBSERVACIONES

El documental traza algunas líneas vitales de cuatro mujeres vascas, o de ascendencia vasca, emigradas en Cuba en los tiempos de la revolución e integrantes de la Asociación Vasco-Navarra de Beneficencia de La Habana.

LA TIERRA LLAMA

SINOPSIS

La Habana, 2019. Cuatro mujeres de ascendencia vasca reconstruyen un pasado que se erosiona. Es verano. Dionisia duerme tranquila. Teresa hace una visita inesperada a Marta, que observa el ajetreo de la calle desde su balcón. Marga se mece bajo el porche de su vieja casa. Cuatro mujeres buscan en su memoria retazos de una tierra que les es familiar y extraña al mismo tiempo.

NOTAS DE LA DIRECTORA

En mi familia se cuenta que a principios del siglo XX mi tío abuelo se coló de polizón en un barco y viajó desde Santurce a Cuba, donde finalmente se establecería. Desde entonces, hemos mantenido una conexión intermitente con aquella familia cubana, de la que me ha llegado un relato, en ocasiones mitificado, construido a base de viejas anécdotas e instantes fotografiados en el desgastado álbum de mi abuela. En el verano del 2019, tengo la oportunidad de iniciar un viaje a la Habana, donde conocería a una generación de mujeres abiertas a completar con sus vidas la narración de un relato fragmentado. Mis visitas diarias y nuestras conversaciones darían lugar a un gesto que va más allá de la rememoración del País Vasco. Escenificando su intento de recordar, llamo a la necesidad de recuperar el relato doméstico de aquellas que no están reflejadas en la historia oficial. Esta película, es el tiempo que pasé con ellas buscando dar forma a nuestra memoria, donde su esfuerzo por recordar se funde con el denso verano caribeño, el helado de mango y el polvo que reposa quieto sobre los objetos.

EL CONTEXTO

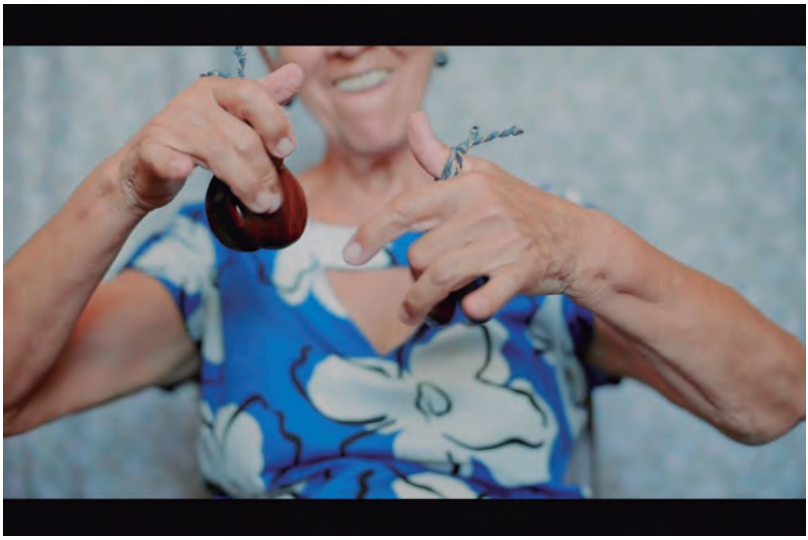
En las primeras décadas del siglo XX, culmina una de las olas migratorias más notables desarrolladas entre la península ibérica y Cuba. El contexto socioeconómico español empuja a varias generaciones a buscar fortuna al otro lado del Atlántico. Lo que pasaría después —el triunfo de la Revolución Cubana—, afectaría de manera particular a aquellos migrantes y descendientes de extranjeros nacionalizados en una isla que no podrían abandonar durante las siguientes décadas. Las cuatro protagonistas de esta película, son

mujeres vascas o de ascendencia vasca que se sumaron al proyecto revolucionario mientras dejaban atrás sus raíces, familias y prácticas religiosas. Estas circunstancias detonan el interés por un grupo de mujeres maduras dispuestas a reconstruir los recuerdos de una tierra que apenas pisaron pero que permanece lúcida en sus memorias.

Fotograma 1.

Fotograma 2.

Fotograma 3.



Fotograma 4.

Pablo Cueto Parcero

Accésit

INDIANOS D'AZUCRE

(Australia)

SUBTÍTULO

Un documental sobre la diáspora asturiana en Australia durante las décadas de 1960 y 1970

PARTICIPANTES

Pablo Cueto Parcero.

AUTOR/ES

Pablo Cueto Parcero.

DURACIÓN

29'58"

FORMATO DIGITAL

En línea.

SISTEMA

En línea.

TIPOLOGÍA

Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL

Buena.

NATURALEZA

Documental.

GUION (NARRADOR)

Sí.

ARCHIVOS

Archivos familiares de los protagonistas. National Archives os Australia. National Film and Sound Archive (NFSA) of Australia. Filmoteca Española. Diario el Comercio. La Pastorina. Youtube-Oskar Proy.

PROTAGONISTAS

Julio Sampedro, Patri Alonso, Milagros Noriega, Tanti Asprón, Aurora García, Federico Yustas, María Teresa Velasco, José Antonio Cavada, José María García, José Felipe López, Leontina Prieto, José Ramón Alonso, José Vejo, Roberto Asprón, Flor Gutiérrez, Kennedy Trenzado.

LOCALIZACIONES

Asturias y Australia.

ASUNTOS/CATEGORÍAS

Eucalipto. Australia. Emigración asistida. Trabajo. Iglesia. Reconocimiento médico. Viaje. Avión. Familia. Ingham. Mount Isa. Queensland. Sídney. Camberra. Melbourne. Correspondencia. Barco. Caña de Azúcar. Tabaco. Boneguilla. Idioma. Castellano. Italiano. Inglés. Correspondencia. Folclore. Prensa. Deporte. Fútbol.

ORÍGENES DE LOS PROTAGONISTAS

Asturias: Alevia (Peñamellera Baja). Llanes. Inguanzo (Cabrales). Caldueñu (Llanes). Teverga. Pen (Amieva). Cangas de Onís. Oviedo. Villanueva (Ribadedeva). Gamoneu (Onís).

EMIGRADOS A

Australia: Melbourne. Ingham. Queensland. Mount Isa. Sídney. Camberra.

OBSERVACIONES

El documental traza algunas líneas de las historias de vida de varios asturianos emigrados en Australia durante las décadas de 1960 y 1970 mediante el sistema de la emigración asistida.

INDIANOS D'AZUCRE

SINOPSIS

A mediados del siglo XX se forjaba un acuerdo de emigración asistida entre los gobiernos australiano y español. Australia necesitaba mano de obra, así que cientos de emigrantes asturianos se embarcaron hacia la inmensa isla con el pasaje pagado y el propósito de alcanzar la prosperidad económica de la que no disponían en la Asturias campesina. La mayoría trabajó en los campos de caña de azúcar de Queensland y ese proceso forjó el carácter de una generación que ahora participa en este documental.

En casi 30 minutos de filmación se realiza un recorrido audiovisual por los principales acontecimientos que marcaron la vida de los protagonistas mencionados en este formulario, pero también de otros muchos que inspiraron la recogida desinteresada y altruista de todos estos testimonios olvidados.

CONTEXTO HISTÓRICO

La emigración es un fenómeno que ha marcado históricamente las comarcas del norte de España. En este caso, centrados en el Principado

de Asturias, se dispone de análisis de las migraciones regionales ya desde antes del siglo XVIII. En ese tiempo, el ilustre Jovellanos abordó las causas y consecuencias de la emigración, fundamentalmente de los campesinos, así como todo lo que estos emigrantes aportaban posteriormente al territorio asturiano a través de mejoras comunitarias y aumento de la riqueza. Para solucionar los temas migratorios, Jovellanos creía necesario remodelar el sistema productivo del campo y la industria (Caso González, 1984).

Aunque más tarde, ya en el siglo XX, la mayor parte de los asturianos que se veían obligados a emigrar seguían siendo campesinos en busca de prosperidad económica. Conseguían de este modo huir del escaso bienestar que imperaba en la España de la época. Estos campesinos, ahora migrantes, viajaban sobre todo al continente americano. Lo hacían en barco y la explosión de estas migraciones se produjo durante los fines del siglo XIX y la primera mitad del XX.

Hubo muchos emigrantes que retornaron, algunos de ellos con dinero, a los que se les denominó indianos. A este concepto hacen referencia en un artículo Rato Martín y Fernández Cuesta (2019: 424) como «una estirpe de emigrantes al continente americano, rica y muchas veces retornada, que tuvo un gran influjo en la sociedad y en la economía de sus localidades durante esta época». Eran emigrantes exitosos y para que la bonanza de la que gozaban a su regreso pudiera palparse en la sociedad local, financiaban obras públicas y construían viviendas lujosas con un estilo de arquitectura ecléctica que siguen conservándose hoy, algunas de ellas como museo.

La Real Academia Española (2021) también recoge el significado de indiano en su cuarta acepción como “dicho de una persona: Que vuelve rica de América”. Siguiendo la contextualización de la emigración española y asturiana, más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial, tal y como enuncia Otero Ochaíta (2003): «Europa había perdido el liderazgo mundial, tanto político como económico, ahora detentado por Estados Unidos; pero los países de la Europa occidental y central poseían un índice de desarrollo muy superior al de las zonas mediterráneas y orientales. Eran un polo de atracción para dichas poblaciones». Era el tiempo de la emigración voluntaria y por causas económicas a las regiones centrales de Europa, principalmente entre 1950 y 1975.

Tal y como indica García (1999), en ese mismo periodo, se estaba fraguando entre los gobiernos de Australia y España un plan con el objetivo de enviar ciudadanos españoles al país australiano para trabajar en la industria azucarera. Ese sería el Plan Canguro, un programa de emigración asistida en el que los gobiernos subvencionan el viaje, primero en barco y más tarde en avión, además de asegurar el hospedaje al llegar y un puesto de trabajo durante las primeras semanas. Todo esto se produjo a partir de 1959.

Los emigrantes, una vez en el otro continente eran llevados a un centro de recepción de emigrantes denominado Bonegilla, un antiguo cuartel que en ese momento sirvió para alojar durante las primeras semanas a miles de ciudadanos mayoritariamente europeos (García, 1999).

Sigue recogiendo García (1999) en su investigación sobre este fenómeno migratorio que las autoridades australianas pedían desde Canberra mano de obra, eso sí, de trabajos relacionados con los duros sectores de la agricultura, la construcción o la fundición, que era en los gremios donde sufrían un déficit de trabajadores. El trabajo predominante fue el relacionado con la caña de azúcar, en la zona norte del país, en Queensland. Así las cosas, el gobierno español seleccionó en un primer momento a hombres de la mitad norte española para participar en las primeras ediciones de los programas migratorios. Fue más tarde cuando comenzaron a viajar mujeres y familias, tanto de norte como de otros territorios españoles.

En Asturias fueron centenares las personas que por motivos económicos o personales decidieron participar de la Operación Canguro y de las que le sucedieron después. El funcionamiento era similar, con alguna variación en la gestión de los pasajes.

Para viajar al territorio australiano, los emigrantes debían pasar primero un escrupuloso control sanitario en las oficinas de salud de las provincias en cuestión.

En Asturias, este reconocimiento médico se ejecutaba en el puerto de Gijón/Xixón, en El Musel. Aunque no se ha podido demostrar que desde el puerto citado haya partido alguna de las expediciones a Australia, ya que los informantes que forman parte de este proyecto iniciaron sus viajes en barco y en avión desde Santander, Vigo,

Róterdam, Génova, Francia o Madrid. Alguno de esos barcos tenía nombres que para los emigrantes que surcaron los océanos abordo son míticos, Aurelia o Monte Udala son dos de esas denominaciones.

En ese mismo tiempo, y durante pocos años, se llevaron a cabo otros programas de emigración con origen España y destino Australia. Cabe destacar el Plan Emú, Eucalipto o el Plan Marta, este último sirvió para trasladar mujeres españolas con el propósito de que desempeñaran su trabajo como empleadas de hogar, pudieran casarse allí y formaran una familia (Otoya, 2020). Una de las participantes en este plan narra en el documental cómo fue esa experiencia, desde el convento madrileño por el que pasó cuarenta días para 'aclimatarse' hasta su llegada a Melbourne. Ese testimonio se suma al de otros compatriotas asturianos que consiguieron hacer dinero en suelo australiano para regresar luego a su casa.

Aunque los protagonistas de este trabajo no emigraron a las Indias, sí lo hicieron a un lugar más lejano: Australia. La mayoría regresaron y lo hicieron con una situación económica saneada que les permitió vivir sin la miseria con la que partieron. Una proeza que también es digna de portar el término indianos que tan extendido está por el norte de España. Esa palabra, indiano, unida a azucre —que en lengua asturiana significa «azúcar», aludiendo a la caña de azúcar que cortaban en Queensland— dan nombre al proyecto sobre el que versa este documento: Indianos d'azucre.

PROCESO DE RECUPERACIÓN

La realidad muestra la escasa investigación realizada a lo largo de los años sobre el fenómeno migratorio que se produjo entre España y Australia durante las décadas de los 60 y 70 del siglo XX. Es precisamente esa ausencia de información y trabajo sobre esta temática la que ha servido de motivación para sacar adelante Indianos d'azucre.

La investigación y recopilación comenzaba este mismo año 2022 sobre el terreno, desde el Principado de Asturias. En este territorio es común y sabido el amplio análisis al que fue sometido el fenómeno migratorio a Centroamérica, mucho más numeroso y notorio que el australiano, que parece se ha desarrollado en silencio, con la colaboración de los gobiernos, pero que también reúne a cientos de personas.

De este modo, se comenzó la investigación consultando en las bases de datos abiertas disponibles en internet, para continuar los trabajos con el apoyo de las redes sociales y finalizar con la información aportada por museos e instituciones tanto públicas como privadas.

Además de las visitas en persona a los pueblos de los informantes, muchas horas de investigación de campo, el contacto con multitud de personas relacionadas con esta investigación a través de internet, los museos y archivos consultados han sido: Archivo de Indianos - Museo de la Emigración, Muséu del Pueblu d'Asturies, Bonegilla Migrant Experience, Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias de la Universidad de Oviedo, National Archives of Australia, Archivo Histórico de Asturias, Autoridad Portuaria de Vigo, Autoridad Portuaria de Gijón/Xixón, Asociación Navarra Boomerang Australia Elkartea, Archivo General de la Administración, Sociedad Asturiana de Estudios Económicos e Industriales, Ministerio de Asuntos Exteriores, Embajada de Australia en España, Archivo Naval de Cartagena, Arquivo Histórico Provincial de Pontevedra y el Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán.

Una vez conseguidos los contactos de los informantes, todos ellos recopilados en una base de datos creada para este proyecto, se procedió a registrar los parámetros: lugar origen, localización actual, año de emigración y regreso, medio de transporte utilizado en el viaje, forma de contacto, así como también se habilitó otro apartado con los apuntes que resultaran interesantes en cada caso. Por ejemplo, algunas de las anotaciones tienen que ver con la participación de esas personas en operaciones como el Plan Marta, la obtención del pasaje en barco o avión a través de procesos poco habituales como Falange Española o la red colectiva que tejían algunos asturianos para apoyar a sus compatriotas una vez en el país extranjero.

Fotograma 1.

Fotograma 2.

Fotograma 3.

Fotograma 4.

Alejandro Zapatero

Mencion honorífica

MIS RECUERDOS ABREVIADOS

(Argentina)

PARTICIPANTES

Alejandro Zapatero.

DURACIÓN

25’06”

FORMATO DIGITAL

Mp3

RESOLUCIÓN DIGITAL

Regular.

NATURALEZA

Autobiografía sonora.

GUION (NARRADOR)

No.

FECHA

Década de 1990.

PROTAGONISTA

Alejandro Zapatero (padre).

Asuntos/categorías: Familia. San Ciprián de Sanabria. Mercado del Puente. Puebla de Sanabria. Zamora. Madrid. Virgen de las Nieves. Trabajo. Cruz de los Caídos. Pueblo. Viaje. Cádiz. Buenos Aires. Argentina. Tren. Barco. Canarias. Río de Janeiro. Santos. Uruguay. Tapalqué. Agricultura. Ganadería. Caza. Lanús.

ORÍGENES DE LOS PROTAGONISTAS

San Ciprián de Sanabria (Zamora, España).

EMIGRADOS A

Madrid (España) y Lanús (Argentina).

OBSERVACIONES

El protagonista de la grabación, Armando Nazareo Zapatero decidió emigrar salir de su pueblo tras morir sus progenitores, primero a Madrid, y posteriormente a Argentina, donde llega en 1956. Durante la travesía, para pasar el tiempo, comenzó a escribir sus memorias, que grabó con una grabadora casera en la década de los 90. En 2019, su hijo Alejandro Zapatero, con motivo del día del Padre, digitaliza esta grabación, y realiza varias copias para el protagonista pudiera hacérsela llegar a sus familiares. Lamentablemente, éste muere pocas semanas después y no puede hacer estas entregas. Se trata de una relación de las diferentes vicisitudes de su vida migrante narrada en verso.

Román Castaño y Margarida Rodríguez Tilve

JOSÉ IGLESIAS FERNÁNDEZ. UN ILUSTRE OURENSÁN DESCOÑECIDO

(España y Reino Unido)

PARTICIPANTES

Román Castaño Frieiro y Margarida Rodríguez Tilve.

AUTOR/ES

Román Castaño Frieiro y Margarida Rodríguez Tilve.

DURACIÓN

38’56”

FORMATO DIGITAL

En línea.

TIPOLOGÍA

Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL

Muy buena.

NATURALEZA

Documental.

GUION (NARRADOR)

Sí.

IDIOMA

Gallego.

ARCHIVOS

Archivos familiares de los protagonistas.

PROTAGONISTA

José Iglesias Fernández.

LOCALIZACIONES

Povoanza, Rairo. O Xen y Ourense (Ourense).

ASUNTOS/CATEGORÍAS

Regreso. Raíces. Guerra Civil. Familia. Memoria. Entrevista. Economía. Movimiento obrero. Sindicalismo. Juventud Obrera Cristiana. Franquismo. Activismo. Municipalismo. Docencia. Renta básica. Homenaje.

ORÍGENES DEL PROTAGONISTA

Ourense.

EMIGRADOS A

Bilbao (España), Londres y Oxford (Reino Unido). Barcelona (España).

OBSERVACIONES

José Iglesias Fernández nació en una familia humilde de Ourense, fue criado por dos mujeres trabajadoras y nobles que consiguieron educar en esos mismos valores a un niño con un porvenir incierto. Fueron esas ganas de luchar las que cambiaron lo que se presuponía que sería la vida del niño más pobre de Ourense. La emigración, la lucha obrera, los libros, la guerra, el amor... José vuelve 70 años después al sitio que lo vio nacer, del que nunca se separó por completo, convertido en un brillante economista, escritor y precursor de la Renta Básica. Esta es la historia de José, un ilustre ourensano desconocido.

Fotograma 1.

Fotograma 2.

Fotograma 3.

Fotograma 4.

Rosario Mourentán Pérez

NOSTALGIA E INCERTIDUMBRE DEL GALLEGO

(Argentina y Brasil)

PARTICIPANTE

Rosario Mourentán Pérez.

NUMERO DE ARCHIVOS

8.

DURACIÓN

25’06’’; 06’28’’; 01’28’’; 01’48’’, 01’25’’, 05’33’’ 00’17’’ y 13’48’’.

FORMATO DIGITAL

Mp3

RESOLUCIÓN DIGITAL

Buena.

NATURALEZA

Memoria sonora.

FECHA

2023.

PROTAGONISTAS

Familia Mourentán Méndez.

ASUNTOS/CATEGORÍAS

Familia. Argentina. Galicia. Trabajo. Viaje. Barcos. Carta de llamada. Cartas. Correspondencia. Calabria. Regreso. Memoria. Ciudadanía. Río de Janeiro. Saudade. Matrimonio.

ORÍGENES DE LOS PROTAGONISTAS

Enquerentes, Touro (A Coruña, España).

EMIGRADOS A

Buenos Aires (Argentina), Río de Janeiro (Brasil).

OBSERVACIONES

Vicisitudes sobre la historia migratoria de las hermanas Socorro, María, Leonor, Estrella, Purificación y Virtudes Mourentán Méndez, tías de la participante, narradas por varios miembros de la familia. Rosario Mourentán Pérez participa también con un texto en la modalidad de relatos y con una serie de fotografías en la modalidad de álbumes y colecciones de fotografías.

María de las Mercedes Ordóñez López

ESTA ES MI HISTORIA

(Cuba y México)

PARTICIPANTES

María de las Mercedes Ordóñez López.

AUTOR/ES

María de las Mercedes Ordóñez López.

DURACIÓN

16´24´´

FORMATO DIGITAL

En línea

TIPOLOGÍA

Color.

RESOLUCIÓN DIGITAL

Muy buena.

NATURALEZA

Documental.

GUION (NARRADOR)

Sí.

ARCHIVOS

Archivos familiares de los protagonistas.

PROTAGONISTAS

Bisabuelo paterno-Antonio González Muñiz; bisabuelos maternos-Manuel Rodríguez y Rosario Hernández; abuelo paterno-Antonio Ordóñez Fernández; abuelo materno-Lucio López Fernández.

LOCALIZACIONES

San Juan de Beleño, Ponga (Asturias, España). México D. F. (México). El Pedroso, Mieres (Asturias, España). Borbolla, Llanes (Asturias, España).

ASUNTOS/CATEGORÍAS

Trabajo. Cuba. México. San Juan de Beleño, Ponga. Indianos. Beneficencia Española de México. Junta Española de Covadonga. El Pedroso, Mieres. Guerra Civil Española. Exilio. Andalucía. Cartagena. Alicante. Argelia. Orán. Campo de Concentración. Refugiados. París. Nueva York.

ORÍGENES DE LOS PROTAGONISTAS

San Juan de Beleño, Ponga (Asturias, España). El Pedroso, Mieres (Asturias, España). Borbolla, Llanes (Asturias, España). Jerez de la Frontera (Cádiz, España).

EMIGRADOS A

Cuba. Actopan (Hidalgo, México). México D. F. (México).

OBSERVACIONES

Se trata de una completa reconstrucción del itinerario vital y migratorio de los antepasados de la participante, complementada con fotos y documentación personal.

NOTAS BIOGRÁFICAS

*María de las Mercedes Ordóñez López (narradora de "Esta es mi historia"— Nace en México D.F. el 29 de mayo de 1979, de nacionalidad mexicana y española, vive en México toda su vida menos un año que lo pasa en Madrid, siempre orgullosa de sus raíces, casada, con un hijo.

*Bisabuelo paterno —Antonio González Muñiz— Nace en San Juan de Beleño,Ponga, Asturias en 1877, emigra a Cuba y posteriormente a México, se dedica a la venta de semillas y harinas, logra una buena fortuna con molinos de harina de trigo, vuelve a Asturias como Indiano, pero regresa a México y aquí muere. Tuvo tres hijas, una de ellas mi abuela paterna.

*Bisabuelo materno —Manuel Rodríguez— Nace en Jerez de la frontera, Cádiz, Andalucía en 1882, comerciante, se casa y tiene 3 hijas y un hijo el cual muere, emigra a México solo y se dedica al comercio en la tienda El Nuevo Mundo, años más tarde recibe a su esposa con sus hijas, y tiene dos hijas más, una de ellas, mi abuela materna. Muere en México.

*Bisabuela materna —Rosario Hernández— Nace en Jerez de la frontera, Cádiz, Andalucía en 1894, se dedica al hogar toda su vida, se queda en España sola cuando su marido emigra a México, años más tarde emigra también con sus tres hijas, teniendo aquí otras dos, una de las hijas mayores muere al dar a luz, quedando la hija huérfana y padre se regresa a España con la pequeña, su esposo muere al día siguiente de la muerte de la hija al leer la esquela en el periódico regresa a España muchos años después con su hija menor para la boda de su nieta. Muere en México.

*Abuelo paterno —Antonio Ordóñez Fernández— Nace en 1907 en El Pedroso, Mieres, Asturias, nace en una familia de comerciantes y mineros, de clase media, pero nunca se llevó bien con su padre, sale de su casa para emanciparse y sin una razón específica más que mejorar y cambiar de vida emigra a México, al año muere su padre y regresa a España, terminado el duelo regresa a México, su madre siempre lo esperó de vuelta, pero nunca regresó. Se casó en México y tuvo tres hijos, la mayor murió a los 15 días, los otros dos aún viven, uno de ellos es mi padre.

*Abuelo materno —Lucio López Fernández— Nace en 1914 en la Borbolla, Llanes, Asturias, desde muy joven abandonó su hogar y se fue al sur, cuando se alista en la marina comienza como Cabo fogonero, cuando estalla la guerra el sigue en los barcos, pasó por varios barcos, hasta que en la base de Cartagena bombardean su barco, su tomado prisionero y llevado al norte de África, estuvo en dos campos, gracias a su hermano que ya estaba en México y al servicio de refugiados logró salir rumbo a Francia, Don Gilberto Bosques le otorgó su visa y pudo salir rumbo a Estados Unidos de Norteamérica y de ahí entren hasta la frontera con México, llegó a la Ciudad de México en 1940 para reunirse con su hermano, en la guerra murió un hermano, se dedicó al comercio, se casó y tuvo 6 hijos, dos ya murieron y 4 aún viven, una es mi madre. Pudo regresar de viaje a España, pero ya no volvió a ver a su madre, murió en México.

Fotograma 1.

Fotograma 2.

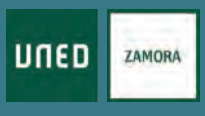
Fotograma 3.

Fotograma 4.

Fotograma 5

Fotograma 6.

GOBIERNO
DE ESPAÑA
MINISTERIO
DE INCLUSIÓN, SEGURIDAD SOCIAL
Y MIGRACIONES
SECRETARÍA DE ESTADO
DE MIGRACIONES

U=23
PRESIDENCIA ESPAÑOLA
CONSEJO DE LA UNIÓN EUROPEA

UNED
ZAMORA